LA PALABRA DE CRISTO

IX

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANO

Declarada de interés nacion

ESTA COLECCIÓN SE PUBLICA BAJO LOS AUSPICIOS Y AL
DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMAN

LA COMISIÓN DE DICHA PONTIFICIA UNIVERSIDAD ENCARGADA DE LA INMEDIATA RELACIÓN CON LA B. A. C., ESTÁ INTEGRADA EN EL AÑO 1957 POR LOS SEÑORES SIGUIENTES:

PRESIDENTE:

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBA VIEJO, O. P., *Obispo de Salamanca y Gran Cancil de la Pontificia Universidad.*

VICEPRESIDENTE: Ilmo. Sr. Dr. LORENZO TURRAI *Rector Magnífico.*

VOCALES: R. P. Dr. Fr. AGAPITO SOBRADILL O. F. M. C., *Decano de la Facultad de Teolog* M. I. Sr. Dr. LAMBERTO DE ECHEVERRÍA, *Decano la Facultad de Derecho;* M. I. Sr. Dr. BERNARDO R CÓN, *Decano de la Facultad de Filosofía;* R. P. Dr. JO JIMÉNEZ, C. M. F., *Decano de la Facultad de Hun nidades Clásicas;* R. P. Dr. Fr. ALBERTO COLU GA, O. P., *Catedrático de Sagrada Escritura;* revere do P. Dr. BERNARDINO LLORCA, S. I., *Catedrático Historia Eclesiástica.*

SECRETARIO: M. I. Sr. Dr. LUIS SALA BALUST, *Profes*

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. APARTADO 4
MADRID · MCMLVII

ERBUM VITAE

LA PALABRA DE CRISTO

epertorio orgánico de textos para el estudio e las homilías dominicales y festivas

ABORADO POR UNA COMISIÓN DE AUTORES BAJO LA DIRECCIÓN DE

MONS. ANGEL HERRERA ORIA

Obispo de Málaga

TOMO IX

IBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID · MCMLVII

LA PALABRA DE CRISTO

ESTA SERIE DE LA B. A. C. CONSTARÁ DE LOS SIGUIENTES VOLÚMENES :

I. Adviento y Navidad.
II. Epifanía a Cuaresma.
III. Cuaresma y tiempo de Pasión.
IV. Ciclo Pascual.
V. Pentecostés (1.º)
VI. Pentecostés (2.º)
VII. Pentecostés (3.º)
VIII. Pentecostés (4.º)
IX. Fiestas (1.º)
X. Fiestas (2.º). Indices generales.

TOMO IX

FIESTAS (1.º)

Navidad.—Epifanía.—Jueves y Viernes Santo.—La Ascensión del Señor.—Corpus Christi —Sagrado Corazón de Jesús.—San José.—Todos los Santos.—Conmemoración de los Fieles Difuntos.

Han colaborado en este volumen:

D. LUIS VERA ORDÁS *(selección de textos patrísticos y teológicos, comentarios exegéticos y guiones).*
D. FRANCISCO CARRILLO RUBIO *(guiones).*
D. JOSÉ MARÍA EGUARAS IRIARTE *(parte litúrgica, teológica y guiones).*
D. MANUEL DÍEZ DE LOS RÍOS *(selección de textos pontificios).*
D. LUIS ORTIZ MUÑOZ *(selección de textos escriturísticos y miscelánea histórica y literaria).*
D. JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ GARCÍA *(ordenación de materiales).*

NIHIL OBSTAT:

Dr. JUSTO NOVO DE VEGA,
Censor.

IMPRIMATUR:

† ANGEL,
Obispo de Málaga.
Madrid, 8 diciembre de 1957.

LA EDITORIAL CATÓLICA, S. A.—ALFONSO XI, 4.—MADRID

SEGRETERIA DI STATO
DI SUA SANTITA

Núm. 308.234

Vaticano, 2 de septiembre 1953.

Excelentísimo y reverendísimo señor:

El Augusto Pontífice ha recibido el tomo primero de La palabra de Cristo, *serie de la benemérita Biblioteca de Autores Cristianos, y desea manifestar a vuestra excelencia la satisfacción con que ha acogido tan interesante obra.*

En estos difíciles tiempos, en los que la ignorancia religiosa ha hecho tanto daño a las almas, una publicación como ésta, dirigida a restaurar una predicación auténticamente evangélica, es de excepcional importancia.

El Padre Santo ha visto con viva complacencia que esta colección no es uno más de los sermonarios existentes. Su variado y abundante acopio de materiales ofrece al orador sagrado los elementos necesarios para su mejor preparación, una serie de conocimientos que abarcan la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia, teólogos, autores clásicos y, con gran oportunidad, las enseñanzas pontificias para que su predicación esté sólidamente fundada y la palabra de Dios pueda penetrar en los corazones de los hombres y dar frutos de vida eterna sin perderse en vanas retóricas.

Su Santidad quiere que llegue a vuestra excelencia y a los doctos y diligentes miembros de la comisión que ha elaborado este hermoso trabajo el testimonio de su particular benevolencia y su paternal felicitación por la

obra que han realizado, que será de mucho provecho para todos los sacerdotes, en especial para los dedicados a la cura de almas, y muy a propósito para formar a los jóvenes levitas en el verdadero sentido de la predicación sagrada.

El Augusto Pontífice pide al Señor que les conceda llevar a cabo el plan que se han propuesto y los ilumine en su ejecución, mientras que, en prenda de celestiales gracias, les da de todo corazón la bendición apostólica.

Reciba también de mi parte, excelentísimo señor, mi expresiva gratitud por el ejemplar que me ha enviado, deseoso de que alcance el mayor éxito y produzca los más copiosos frutos.

Al reiterarle el testimonio de mi más distinguida consideración, quedo siempre de vuestra excelencia reverendísima seguro servidor.

J. B. MONTINI,
Prosecr.

Mons. Angel Herrera, Obispo de Málaga.

INDICE GENERAL

Págs.

EL NACIMIENTO DE CRISTO

Fiesta de Navidad (25 de diciembre)

SECCION I.—**Textos sagrados** 3

I. *Partes variables de la misa* 3

II. *Epístola* 6

III. *Evangelio* 8

SECCION II.—**Comentarios generales** 11

I. *Situación litúrgica* 11

A) Notas históricas 11

B) Comentario 12

II. *Apuntes exegético-morales* 12

A) Epístola 12

B) Evangelio 12

SECCION III.—**Santos Padres** 18

I. *San Juan Crisóstomo* 18

La Navidad y la paz 18

II. *San Agustín* 24

La fiesta de la santa liberación 24

III. *San León Magno* 29

La encarnación del Verbo y la filiación adoptiva del hombre 29

SECCION IV.—**Teólogos** 37

I. *Santo Tomás de Aquino* 37

Fiesta de Navidad 37

II. *San Buenaventura* 41

La encarnación del Verbo y el nacimiento de Cristo en el alma 41

SECCION V.—**Autores varios** 47

I. *Santo Tomás de Villanueva* 47

Sermón sobre la Natividad del Señor 47

Págs.

II. *Fray Luis de León* 50
Cristo, verdadero Hijo 50
III. *Bossuet* 59
Cristo Hombre, pasible y pobre 50
IV. *Cardenal Mercier* 63
La gloria de Dios, fin de Cristo y nuestro 63

SECCION VI.—**Textos pontificios** 67
«Et in terra pax hominibus bonae voluntatis» (Lc. 2,14) 67
A) Cinco condiciones para que la paz y el nuevo orden tan deseado sean dignos y estables 67
B) Cinco puntos fundamentales para la pacificación de la sociedad humana 68
C) La paz interna de los pueblos 71

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 74
I. *¿Dónde nació Jesús?* 74
II. *¿Cuándo nació Jesucristo?* 77
III. *Leyendas de Navidad* 79
IV. *El ermitaño de Belén* 80
V. *El origen de la «misa del Gallo»* 81
VI. *La primera presentación plástica de la Navidad* 82
VII. *El pesebre que preparó San Francisco* 82
VIII. *La primera misa de San Ignacio* 83
IX. *Poesía navideña española* 83
X. *Costumbres navideñas* 86

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 87
Sinopsis de los guiones homiléticos 87
Serie I : *Litúrgicos* 87
1. Fiesta de Navidad 87
Serie III : *Sobre el evangelio* 90
2. La Providencia en Belén 90
3. Las personas de Belén 91
4. Adoradores de Belén. Los pastores 93
5. «Gloria a Dios» (I) 95
6. «Gloria a Dios» (II) 97
7. «Paz en la tierra» 98
8. «No temáis» (I) 100
9. «No temáis» (II) 103
10. Belén, escuela de santidad 104
11. El orden sobrenatural 106
12. El orden sobrenatural 109
13. El orden sobrenatural 112
14. El orden sobrenatural 114
Serie IV : *De actualidad social* 116
15. Ricos y pobres en el portal 116

Págs.

LA ADORACION DE LOS MAGOS

Fiesta de la Epifanía (6 de enero)

SECCION I.—**Textos sagrados** 121

I. *Partes variables de la misa* 121
II. *Epístola* 122
III. *Evangelio* 122
IV. *Algunos textos de la Escritura relacionados con la Epifanía* 123

SECCION II.—**Comentarios generales** 125

I. *Situación litúrgica* 125
A) Origen 125
B) Significación 125

II. *Apuntes exegético-morales* 126
A) Epístola 126
B) Evangelio 127

SECCION III.—**Santos Padres** 132

I. *San Juan Crisóstomo* 132
Tres lecciones 132

III. *San Gregorio Magno* 145
La estrella y la ofrenda 145

IV. *San León Magno* 148
Fe de los Magos y malicia de Herodes 148

SECCION IV.—**Teólogos** 156

I. *Santo Tomás* 156
La manifestación de Cristo 156

II. *San Buenaventura* 160
La estrella de los Magos y su significación 160

SECCION V.—**Autores varios** 164

I. *Fray Luis de Granada* 164
Tres episodios de la infancia de Cristo 164

II. *P. La Puente* 168
El viaje de los Magos y la Providencia divina 168

III. *Beato Juan de Avila* 175
Buscar y hallar a Cristo 175

IV. *Bourdaloue* 178
Dos conductas, dos lecciones 178

Págs.

V. *Columba Marmion* 181
La Epifanía y la vocación de los gentiles 181

SECCION VI.—**Textos pontificios** 186

La supranacionalidad de la Iglesia 186
A) La Iglesia, bandera alzada entre las naciones, pertenece por igual a todos 186
B) La Iglesia ante la humanidad dividida 191

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 193

A) ¿Quiénes eran los Magos? 193
B) ¿Eran reyes? 194
C) ¿Cuántos eran? 194
D) ¿Cómo se llamaban? 195
E) ¿De dónde venían? 196
F) ¿Dónde adoraron a Jesús? 196
G) Oro, incienso y mirra 197
H) La estrella 198
I) El camino de regreso 199
J) El destino ulterior de los Magos 199

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 201

Sinopsis de los guiones homiléticos 201
Serie I: *Litúrgicos* 201
1. «Hemos visto su estrella» 201
Serie III: *Sobre el Evangelio* 203
2. La vocación de los Magos 203
3. El ejemplo de los Magos 205
4. La vocación en Cristo 208
5. Conoce tu vocación 211
6. Modo de conocer la vocación 214
7. Una estrella en el cielo 218
8. Vocación 221
9. Caridad 223
10. Mortificación 225
11. Oración 226

JUEVES Y VIERNES SANTO

La Eucaristía y la Sagrada Pasión

SECCION I.—**Textos sagrados** 231

I. *Partes variables de la misa* 231
II. *Epístola (Jueves Santo)* 232
III. *Evangelio (Jueves Santo)* 233
IV. *Evangelio (Viernes Santo)* 234

Págs.

SECCION II.—**Comentarios generales** 241

Situación litúrgica 241

A) Fundamento 241
B) Disposiciones 242

SECCION III.—**Santos Padres** 243

I. *Pseudo-Cipriano* 243
Pasión del Señor 243

II. *San Juan Crisóstomo* 250
Institución de la Eucaristía y otros pasajes de la Pasión. 250

III. *San Agustín* 270
El lavatorio de los pies y el mandato. Figuras de la Pasión 270

SECCION IV.—**Teólogos** 300

I. *Santo Tomás* 300
Teología de la Pasión 300

II. *San Buenaventura* 304
Cuadros de la Pasión del Señor 304

SECCION V.—**Autores varios** 310

I. *Fray Luis de León* 310
Cristo Rey y la Pasión 310

II. *Fray Luis de Granada* 318
Los dolores de Cristo y la compasión de María 318

III. *Fray Alonso de Cabrera* 335
Dos lecciones : San Pedro y el buen ladrón 335

IV. *P. La Palma* 343
La Pasión de Cristo y la Santísima Virgen 343

V. *P. La Puente* 360
El cristiano ante la Pasión de Cristo 360

VI. *Bossuet* 367
Sermones sobre la Pasión del Señor 367

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 382

I. *Las profecías mesiánicas* 382
II. *Figuras de la Pasión* 384
III. *El proceso de Jesús* 386
IV. *Un libro de valor excepcional sobre la torre Antonia* ... 388
V. *Morton describe la «Vía Dolorosa»* 389
VI. *El «Vía Crucis», devoción española* 390
VII. *Corazón estigmatizado con los instrumentos de la Pasión.* 391

Págs.

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 393

Sinopsis de los guiones homiléticos 393
1. La Eucaristía, don del amor 393
2. «Habiendo amado a los suyos, al fin los amó» (Io. 13,1) 396
3. «Habiendo amado a los suyos, al fin los amó» 399
4. Sermón del mandato 402
5. Pasión. Sermón de la Cena 406
6. La última lección del Maestro 407
7. «No siervos, sino amigos» 410
8. «Que todos sean uno» 412
9. Cristo, sacerdote 415
10. La oración sacerdotal 418
11. El gozo de San Pablo 420
12. Jesús en el tribunal de Anás 422
13. Jesús en el tribunal de Caifás 425
14. Las negaciones de Pedro 428
15. La flagelación 430
16. La coronación de espinas 432
17. «Ecce Homo» 434
18. La calle de la Amargura 436
19. La crucifixión 439
20. María al pie de la cruz 441
21. Siete palabras.—Primera palabra: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23,34) 443
22. Segunda palabra: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc. 23,43) 445
23. Tercera palabra: «He ahí a tu hijo, he ahí a tu Madre» (Io. 19,26) 446
24. Cuarta palabra: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» (Mc. 15,34) 447
25. Quinta palabra: «Tengo sed» (Io. 19,28) 449
26. Sexta palabra: «Todo está acabado» (Io. 19,30) 450
27. Séptima palabra: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu» (Lc. 23,46) 452

LA ASCENSION DEL SEÑOR

Jueves de la quinta semana de Pascua

SECCION I.—**Textos sagrados** 457

I. *Partes variables de la misa* 457
II. *Epístola* 458
III. *Evangelio* 459
IV. *Algunos pasajes de la Escritura relacionados con la Ascensión* 459

Págs.

SECCION II.—**Comentarios generales** 461

I. *Situación litúrgica* 461
A) Antiguas características 461
B) Lo principal, la comunión 461

II. *Apuntes exegético-morales* 462

SECCION III.—**Santos Padres** 464

I. *San Agustín* 464
La Ascensión, fiesta de esperanza y de fe 464

II. *San León Magno* 468
Bienes de la Ascensión 468

III. *San Gregorio Magno* 474
La Ascensión y la fe 474

SECCION IV.—**Teólogos** 479

Santo Tomás de Aquino 479
La Ascensión y la exaltación del Señor 479

SECCION V.—**Autores varios** 484

I. *Santo Tomás de Villanueva* 484
Las lecciones de la Ascensión 484

II. *Fray Luis de León* 493
La diestra de Dios 493

III. *Fray Luis de Granada* 498
De la subida de nuestro Salvador a los cielos 498

IV. *P. La Puente* 502
La Ascensión, triunfo de Cristo 502

V. *Columba Marmion* 510
La Ascensión, gloria de Cristo y confianza nuestra 510

SECCION VI.—**Textos pontificios** 517

Las dos miradas del cristiano 517
A) Nuestra ascensión con Cristo al cielo 517
B) «Recibiréis la virtud del Espíritu Santo» (Act. 1,8). 519
C) Destellos de la Ascensión ante el mundo del trabajo. «¿Qué estás mirando al cielo?» (Act. 1,11) 520

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 526

I. *Sólo dos hombres antes de Cristo fueron arrebatados al cielo* 526
II. *La nube* 527
III. *La topografía* 528
IV. *Las huellas divinas* 529
V. *La Ascensión y los santos* 530
VI. *Joya de la literatura nacional* 531

Págs.

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 533

Sinopsis de los guiones homiléticos 533

Serie I: *Litúrgicos* 533

1. La fiesta de la Ascensión 533

Series II y III: *Sobre la epístola y el evangelio* 536

2. La Ascensión, gloria de Jesucristo 536
3. «Os conviene que yo me vaya» 539
4. Cristo, nuestro Pontífice, en el cielo 541
5. Alegría de la Ascensión 544
6. Cómo seguir a Cristo 547
7. «Yo estoy con vosotros» 549
8. Dureza e incredulidad 552
9. Ascensión y juicio final 554
10. Lecciones de la Ascensión (I) 557
11. Lecciones de la Ascensión (II) 559

FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI

Jueves después del domingo 1.º después de Pentecostés

SECCION I.—**Textos sagrados** 565

I. *Partes variables de la misa* 565
II. *Epístola* 567
III. *Evangelio* 567
IV. *Algunos textos de la Escritura relacionados con la Eucaristía* 568

SECCION II.—**Comentarios generales** 570

I. *Situación litúrgica* 570
A) Jueves Santo y Corpus Christi 570
B) La liturgia de Santo Tomás 570

II. *Comentarios sobre la festividad* 571
A) Sus orígenes 571
B) La nueva festividad 573

SECCION III.—**Santos Padres** 575

I. *La Eucaristía y la unidad* 575

II. *Cirilonas, sacerdote* 576
Homilías sobre la Pascua de Cristo 576

III. *San Juan Crisóstomo* 581
Eucaristía y comunión 581

IV. *San Atanasio* 590
Preparación para la comunión 590

V. *San Agustín* 596
Eucaristía y unidad 596

Págs.

SECCION IV.—**Teólogos** 598

San Buenaventura 598

Efectos de la Eucaristía y preparación para recibirla ... 598

SECCION V.—**Autores varios** 609

I. *Bourdaloue* 609

La procesión del Santísimo Sacramento 609

II. *P. Vieira* 612

La transubstanciación 612

SECCION VI.—**Textos pontificios** 621

La sagrada Eucaristía 621

A) León XIII, próximo a morir, habla del sacramento del amor a un mundo perturbado por la soberbia. 621

B) La Eucaristía es el sacramento de la vida, que se nos da en forma de pan para que todos lo coman. 622

C) Restablece en los espíritus el vigor y fervor de la fe. 622

D) Y refrena las pasiones en un mundo relajado por la molicie 623

E) Robustece la esperanza de los bienes inmortales y es causa y prenda de la divina gracia y de la futura resurrección 623

F) Nos recuerda la Pasión de Cristo y el deber de llevar nuestra cruz 624

G) Frente a un mundo dividido, en que las clases se odian, aparece el amor de Dios, que quiere unirnos en este sacramento 624

H) A la cual unión convidan oportunamente las señales exteriores del mismo 625

I) Constituyendo esta unión una bella manifestación de fraternidad social 625

J) Existe una íntima relación entre la comunión sacramental y la comunión de los santos 626

K) El Sacramento es el centro en que toda la vida cristiana se reduce 626

L) De él saca la Iglesia toda su virtud y gloria 626

M) Que los sacerdotes respondan al honor recibido encaminando las almas a la Eucaristía 627

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 628

I. *Profecías y figuras* 628

II. *La comunión de Cristo y de la Virgen* 630

III. *Reliquias eucarísticas* 632

IV. *Curiosidades históricas* 634

V. *Milagros eucarísticos españoles* 638

VI. *La procesión y la fiesta del «Corpus»* 640

VII. *Los autos sacramentales* 646

VIII. *Una liturgia excepcional* 647

IX. *Arte eucarístico* 647

Págs.

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 650

Sinopsis de los guiones homiléticos 650
1. La procesión del Corpus 650
2. El sacramento de nuestro consuelo 653
3. La Eucaristía, símbolo de unidad 655
4. «¡Oh sagrado convite!» 658
5. «Recuérdase la memoria de su Pasión» 659
6. «El alma se llena de gracia» 661
7. «Prenda de la gloria futura» 663
8. La Eucaristía y la mortificación 664
9. La Eucaristía y María 667
10. La Eucaristía y la fortaleza 668
11. La Eucaristía y el Espíritu Santo 670
12. Las visitas al Santísimo 672

EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Viernes después de la octava del Corpus

SECCION I.—**Textos sagrados** 677

I. *Partes variables de la misa* 677
II. *Epístola* 678
III. *Evangelio* 679
IV. *Algunos textos de la Escritura relacionados con el Corazón de Jesús* 679

SECCION II.—**Comentarios generales** 681

I. *Situación litúrgica* 681
A) Los albores de la devoción 681
B) Características de la fiesta 682
C) El espíritu que le ha impuesto Pío XII 682

II. *El culto al Sagrado Corazón* 683
A) Fundamento dogmático e historia 683
B) Culto social del Sagrado Corazón 686

SECCION III.—**Santos Padres** 688

I. *San Agustín* 688
Fiesta del amor 688

II. *San Bernardo* 694
Triple modo de amor a Dios 694

SECCION IV.—**Teólogos** 702

I. *Santo Tomás* 702
Fundamentos teológicos 702

II. *San Buenaventura* 704
La caridad del Corazón de Jesús 704

Págs.

SECCION V.—**Autores varios** 708

I. *Fray Luis de Granada* 708
La Encarnación, obra del amor 708

II. *Fray Luis de León* 714
Cristo, amor que enciende 714

III. *Fray Diego de Estella* 722
Sobre el amor de Dios 722

SECCION VI.—**Textos pontificios** 727

La devoción al Sagrado Corazón 727

A) Hay cristianos que consideran el culto al Sagrado Corazón de ninguna o poca utilidad, cosa de mujeres, falto de acción intensa 727
B) Pero los papas han visto en él un remedio a los males presentes, que trae innumerables frutos de salvación 728
C) Dos motivos por los que la Iglesia tributa el culto de latría al Corazón de Jesús 728
D) El amor del Verbo encarnado a su Padre y a los hombres no fué únicamente espiritual, sino de verdadero afecto humano 729
E) Como nos lo dice la fe católica, solemnemente confirmada por los Romanos Pontífices y concilios 729
F) Con todo, la verdad de la unión hipostática y de la redención debe iluminar esta realidad del corazón amoroso de Cristo 730
G) Aunque la Escritura no nos describe el Corazón de Cristo, nos pone de relieve las conmociones sensibles con él relacionadas 730
H) Por eso es considerado como índice y símbolo del amor divino, humano espiritual y humano sensible de Cristo 730
I) El Sagrado Corazón de Jesús, símbolo de amor perfectísimo durante la vida terrena del Salvador 731
J) El Corazón de Jesús late de amor divino y humano en la Encarnación, en Nazaret y en la vida pública 731
K) Igualmente Jesús expresa el amor de su Corazón ante los que le siguen y ante los que le rechazan. 732
L) Pero particularmente palpitó de amor en la Pasión y en la Cruz 732
M) La Eucaristía, la Santísima Virgen y el sacerdocio, dones del Corazón amantísimo de Jesús 733
N) También la Iglesia y los sacramentos son dones del Sagrado Corazón de Jesús 733
Ñ) El Sagrado Corazón de Jesús, símbolo de su triple amor a la humanidad en la vida gloriosa del cielo. 734
O) Los dones del Espíritu Santo son también dones del Corazón adorable de Jesús 734

Págs.

P) Debemos, por tanto, adorar al Corazón de Cristo, como símbolo de la caridad del Redentor 735
Q) No es, pues, ésta una forma cualquiera de piedad. 735
R) Exhorta el Papa a practicar esta devoción, tan acreditada en la Iglesia por tantos títulos 736
S) Y propone el culto al Sagrado Corazón como lábaro de salvación para el mundo de hoy 737

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 378

I. *La llaga del costado* 738
II. *Estigmas de santos* 741
III. *Las revelaciones a Santa Margarita María de Alacoque.* 744

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 747

Sinopsis de los guiones homiléticos 747
1. La fiesta del Corazón de Jesús 747
2. El Corazón de Cristo 749
3. Las dimensiones del Corazón de Cristo 752
4. Gozo del Corazón de Jesús 754
5. La correspondencia y la reparación 756
6. Remedio de la apostasía moderna 759
7. Reparación al Sagrado Corazón 763
8. El Corazón de Jesús, modelo de humildad y mansedumbre 766

FESTIVIDAD DE SAN JOSE

(19 de marzo)

SECCION I.—**Textos sagrados** 760

I. *Partes variables de la misa* 769
II. *Epístola* 770
III. *Evangelio* 771

SECCION II.—**Algunos pasajes biográficos de San José** ... 772

SECCION III.—**Santos Padres** 780

San Agustín 780
La paternidad de San José 780

SECCION V.—**Autores varios** 788

I. *Santa Teresa* 788
Patrocinio universal de San José 788

II. *San Alfonso María de Ligorio* 790
La devoción a San José 790

III. *Bossuet* 795
El santo depósito confiado a San José 795

IV. *P. Bonifacio Llamera, O. P.* 800
Teología de San José 800

Págs.

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 815

I. *Algunas curiosidades biográficas del santo patriarca* ... 815
II. *Los desposorios* 816
III. *Camino de Belén* 818
IV. *El nacimiento de Jesús* 819
V. *Muerte de San José* 820
VI. *El culto y la devoción* 822
VII. *Patrocinio especial de San José* 823

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 825

Sinopsis de los guiones homiléticos 825
1. El secreto de una vida 825
2. «Depositum custodi» (1 Tim. 6,20): «Guardián del depósito» 827
3. Custodio de la virginidad de María 829
4. San José, custodio del Hijo 831
5. Primer dolor y gozo: Noche oscura de San José 833
6. Segundo dolor y gozo: San José, modelo de obediencia 837
7. Tercer dolor y gozo: Las ofensas a Dios 842
8. Cuarto dolor y gozo: Oblación generosa y esperanza cumplida 846
9. Quinto dolor y gozo: Persecución, destierro, desamparo 850
10. Sexto dolor y gozo: El temor de Arquelao y la alegría de Nazaret 853
11. Séptimo dolor y gozo: El niño perdido y hallado en el templo 856

FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

(1 de noviembre)

SECCION I.—**Textos sagrados** 861

I. *Partes variables de la misa* 861
II. *Epístola* 862
III. *Evangelio* 863

SECCION II.—**Comentarios generales** 864

I. *Situación litúrgica* 864
A) Historia de la festividad 864
B) Su carácter litúrgico 865

II. *Apuntes exegético-morales* 865
El Evangelio: El sermón de la Montaña 865

SECCION III.—**Santos Padres** 870

San Agustín 870
Las bienaventuranzas 870

Págs.

SECCION IV.—**Teólogos** 874
Santo Tomás 874
La fiesta de Todos los Santos 874

SECCION V.—**Autores varios** 883
I. *Cornelio a Lápide* 883
Las bienaventuranzas 883
II. *P. Alonso Rodríguez* 893
El deseo de santidad 893
III. *Bossuet* 897
La felicidad de los bienaventurados 897
IV. *P. Royo Marín, O. P.* 902
La perfección cristiana 902

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 908
I. *La gloria de los santos* 908
II. *Santos del primero de noviembre* 910
III. *Origen y desarrollo de la fiesta* 912
IV. *Santidad y amor a Dios* 914

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 917
Sinopsis de los guiones 917
1. El culto de los santos 917
2. El culto a las reliquias e imágenes de santos 919
3. Historia del culto a los santos 921
4. La oración a los santos y su intercesión 924
5. Maravillas de Dios en sus santos 927
6. Los santos, modelos nuestros 930
7. Santos en el propio estado 930
8. Obligatoriedad de la perfección 932
9. El sermón de la Montaña, síntesis del cristianismo. 934
10. Cristo, Maestro y Reformador 935
11. Santidad falsa y santidad verdadera 936

CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS

(2 de noviembre)

SECCION I.—**Textos sagrados** 939
I. *Primera misa* 939
II. *Segunda misa* 942
III. *Tercera misa* 944

SECCION II.—**Comentarios generales** 946
Situación litúrgica 946
A) Espíritu de la conmemoración 946
B) Notas históricas 946

Págs

SECCION III.—**Santos Padres** 950

I. *San Agustín* 950
Sufragios por los difuntos 950

II. *San Bernardo* 960
Orad por los difuntos 960

SECCION IV.—**Teólogos** 962

Santo Tomás de Aquino 962
La Conmemoración de los Fieles Difuntos 962

SECCION V.—**Autores varios** 971

I. *Bossuet* 971
Oración fúnebre sobre la fragilidad de la vida 971

II. *Bourdaloue* 977
Sermón de difuntos 977

III. *P. Royo Marín* 982
Doctrina sobre el purgatorio 982

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 992

I. *La visión de Ezequiel* 992
II. *El purgatorio* 992
III. *Indulgencias y sufragios* 997
IV. *La eficacia de la misa* 997

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 999

Sinopsis de los guiones homiléticos 999

1. El purgatorio 999
2. Cómo vió el purgatorio Santa Catalina de Génova 1000
3. La misa por los difuntos 1003
4. El dogma y la historia de las indulgencias 1005
5. Práctica de las indulgencias 1007
6. Sepultar a los muertos 1009
7. Consuelo en la muerte 1011

ÍNDICE DE SAGRADA ESCRITURA 1014
ÍNDICE DE MATERIAS 1015

EL NACIMIENTO DE CRISTO

Fiesta de Navidad (25 de diciembre)

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

Fiesta de Navidad.
La encarnación del Verbo.
Filiación divina del hombre.
La paz.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. PARTES VARIABLES DE LA MISA 1

A) Misa del Gallo

Introitus.—Ps. 2,7: Dominus dixit ad me: Filius meus et tu, ego hodie genui te.—Ps. 2,1: Quare fremuerunt gentes: et populi meditati sunt inania? ℣. Gloria Patri.

Introito.—Díjome el Señor: Mi Hijo eres tú; yo te he engendrado hoy.—Ps.: ¿Por qué se embravecen las naciones y los pueblos maquinan vanos proyectos? ℣. Gloria al Padre.

Oremus.—Deus, qui hanc sacratissimam noctem veri luminis fecisti illustratione clarescere: da, quaesumus; ut, cuius lucis mysteria in terra cognovimus, eius quoque gaudiis in coleo perfruamur. Qui tecum vivit...

Oremos.—¡Oh Dios, que hiciste brillar esta sacratísima noche con el resplandor de la Luz verdadera!, rogamos nos concedas que, pues conocemos en la tierra los misterios de esta Luz, gocemos en el cielo de las delicias de Aquel que contigo vive...

Grad.—Ps. 109,3 y 1: Tecum principium in die virtutis tuae: in splendoribus sanctorum, ex utero ante luciferum genui te. ℣. Dixit Dominus Domino meo: Sede a dextris meis: donec ponam inimicos tuos, scabellum pedum tuorum.

Grad.—Contigo está el principado en el día de tu poderío: entre resplandores de santidad de mis entrañas Yo te engendré antes del lucero del alba. ℣. Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies.

Alleluia, alleluia. ℣. Ps. 2,7: Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodei genui te. Alleluia.

Aleluya, aleluya. ℣. Díjome el Señor: Mi Hijo eres tú; Yo te he engendrado hoy. Aleluya.

Offert.—Ps. 95,11 y 13: Laetentur coeli, et exultet terra ante faciem Domini: quoniam venit.

Ofert.—Alégrense los cielos y regocíjese la tierra a la presencia del Señor, que ha venido.

Secr.—Accepta tibi sit, Domine, quaesumus, hodiernae festivitatis oblatio: ut, tua gratia largiente, per haec sacrosancta commercia, in illius inveniamus forma, in quo tecum est nostra substantia: Qui tecum vivit et regnat.

Secr.—Rogamos, Señor, te sea acepta la ofrenda de la presente festividad, para que, con el favor de tu gracia, por estas comunicaciones sagradas nos revistamos de la forma de Aquel en quien se une contigo nuestra naturaleza: El cual contigo vive...

Comm. — 109,3: In splendoribus sanctorum, ex utero ante luciferum genui te.

Com.—Entre resplandores de santidad, antes del lucero de la mañana, de mis entrañas te engendré.

Postcomm. — Da nobis quaesumus, Domine Deus noster: ut, qui Nativitatem Domini nostri Jesu

Poscom.—Concédenos, suplicamos, Señor Dios nuestro, que pues celebramos gozosos la Natividad de nuestro

Señor Jesucristo frecuentando los divinos misterios, merezcamos con santas costumbres llegar a la compañía de Aquel que contigo vive y reina...

Christi mysteriis nos frequentare gaudemus; dignis conversationibus ad eius mereamur pervenire consortium. Qui tecum vivit...

B) Misa de la aurora

Introito.—Hoy brillará la Luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor, y será llamado Admirable, Dios, Príncipe de Paz, Padre del siglo venidero; cuyo reino no tendrá fin.—Ps.: El Señor reina, vistióse de hermosura; el Señor se vistió y ciñó de fortaleza. ℣. Gloria al Padre.

Introitus.—Isa., 9,2 et 6: Lux fulgebit hodie super nos: quia natus est nobis Dominus: et vocabitur Admirabilis, Deus, Princeps pacis, Pater futuri saeculi: cuius regni non erit finis.—Ps. 92,1: Dominus regnavit, decorem indutus est: indutus est Dominus fortitudinem, et praecinxit se. ℣. Gloria Patri.

Oremos. — Rogamos, Dios todopoderoso, nos concedas que pues somos iluminados con la nueva luz de tu Verbo encarnado, resplandezca en nuestras obras lo que por la fe brilla en nuestra mente. Por el mismo...

Oremus.—Da nobis, quaesumus, omnipotens Deus: ut, qui nova incarnati Verbi tui luce perfundimur; hoc in nostro resplendeat opere, quod per fidem fulget in mente. Per eumdem Dominum.

Grad.—Bendito el que viene en el nombre del Señor; el Señor es Dios y nos ha manifestado su Luz. ℣. Obra es ésta del Señor; es cosa estupenda a nuestros ojos.

Grad.—Ps. 117,26,27 et 23: Benedictus qui venit in nomin Domini: Deus Dominus, et illuxit nobis. ℣. A Domino factum est istud: et est mirabile in oculis nostris.

Aleluya, aleluya. El Señor reina; vistióse de hermosura; vistióse el Señor de fortaleza y se ciñó de poder. Aleluya.

Alleluia, alleluia. ℣. Ps. 92: Dominus regnavit, decorem induit: induit Dominus fortitudinem, et praecinxit se virtute. Alleluia.

Ofert.—Dios asentó la redondez de la tierra, y no se conmoverá: desde entonces, Señor, se levanta tu trono; desde la eternidad eres Tú.

Offert.—Ps. 92,1-2: Deus firmavit orbem terrae, qui non commovebitur: parata sedes tua, Deus, ex tunc, a saeculo tu es.

Secr.—Rogamos, Señor, que nuestras ofrendas sean dignas del misterio de la presente Natividad y nos infundan siempre la paz; para que así como el que hoy nace hombre resplandeció como Dios, así esta ofrenda terrenal nos comunique la vida divina. Por el mismo...

Secr.—Munera nostra, quaesumus, Domine, Nativitatis hodiernae mysteris apta proveniant, et pacem nobis semper infundant: ut, sicut homo genitus idem refulsit et Deus, sic nobis haec terrena substantia conferat quo divinum est. Per eumdem...

Com.—Regocíjate, hija de Sión; alaba, hija de Jerusalén; mira que viene tu Rey, el Santo, el Salvador del mundo.

Comm.—Zach., 9,9: Exsulta, filia Sion: lauda, filia Ierusalem: ecce Rex tuus venit sanctus et salvator mundi.

Poscom.—Renuévenos constantemente, Señor, el siempre nuevo Nacimiento *eucarístico* de Cristo; cuya singular natividad destruyó la vejez del hombre pecador. Por el mismo N. S. J. C....

Poscomm.—Huius nos, Domine, sacramenti semper novitas natalis instauret; cuius nativitas singularis humanam repulit vetustatem. Per eumdem Dominum...

C) Misa de la Natividad

Introitus.—Isa., 9,6: Puer natus est nobis, et filius datus est nobis; cuius imperium super humerum eius: et vocabitur nomen eius, magni consilii Angelus.—Ps. 97.1: Cantate Domino canticum novum: quia mirabilia fecit. ℣. Gloria Patri.

Introito.—Un niño nos ha nacido, y un hijo se nos ha dado, que lleva sobre sus hombros el principado y se llamará el Angel del Gran Consejo.—Ps.: Cantad al Señor un cántico nuevo: porque ha obrado maravillas. ℣. Gloria al Padre...

Oremus.—Concede, quaesumus, omnipotens Deus: ut nos Unigeniti tui nova per carnem nativitas liberet; quos sub peccati iugo vetusta servitus tenet. Per eumdem Dominum nostrum...

Oremos.—Rogamos, Dios todopoderoso, nos concedas que el nuevo Nacimiento, según la carne, de tu unigénito Hijo nos libre de la antigua servidumbre, que nos retiene bajo el yugo del pecado. Por el mismo N. S. J. C....

Grad.—Ps. 97,3 et 2: Viderunt omnes fines terrae salutare Dei nostri: iubilate Deo omnis terra. ℣. Notum fecit Dominus salutare suum, ante conspectum gentium revelavit iustitiam suam.

Grad.—Todos los confines de la tierra han visto al Salvador que Dios nos envía: toda la tierra cante al Señor. ℣. El Señor manifestó a su Salvador: a vista de las naciones descubrió a su Justo.

Alleluia, alleluia. ℣. Dios sanctificatus illuxit nobis: venite gentes, et adorate Dominum: quia hodie descendit lux magna super terram. Alleluia.

Aleluya, aleluya. ℣. Nos ha amanecido un día santificado: Venid, naciones, y adorad al Señor; porque hoy ha descendido una luz grande sobre la tierra. Aleluya.

Offert.—Ps. 88,12 et 15: Tui sunt coeli, et tua est terra: orbem terrarum, et plenitudinem eius tu fundasti: iustitia et iudicium praeparatio sedis tuae.

Ofert.—Tuyos son los cielos y tuya es la tierra: Tú cimentaste la redondez del mundo y cuanto en él se contiene. Justicia y equidad son las bases de tu trono.

Secr.—Oblata, Domine munera, nova Unigeniti tui nativitate santifica: nosque a peccatorum nostrorum maculis emunda. Per eumdem...

Secr.—Santifica, Señor, por la nueva Natividad de tu Unigénito, los dones que te ofrecemos; y purifícanos de las manchas de nuestros pecados. Por el mismo...

Prefacio de Navidad

Vere dignum et iustum est, aequum et salutare tibi semper et ubique gratias agere: Domine sancte, Pater omnipotens, aeterna Deus: Quia per incarnati Verbi mysterium, nova mentis nostrae oculis lux claritatis infulsit; ut dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amorem rapiamur. Et ideo cum Angelis et Archangelis, cum Thronis et Dominationibus,

Digno y justo es, en verdad, debido y saludable, que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, pues el misterio de la Encarnación del Verbo resplandeció en los ojos de nuestra alma nueva luz de tu claridad: para que conociendo a Dios visiblemente seamos por El arrebatados al amor de las cosas invisibles. Por tanto, uniéndonos con los

Angeles y Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones y con toda la milicia del ejército celestial, entonamos este himno a tu gloria diciendo sin cesar: ¡Santo...!

cumque omni militia caelestis exercitus, hymnum gloriae tuae canimus, sine fine dicentes: Sanctus!...

Com.—Todos los confines de la tierra han visto al Salvador que Dios nos envía.

Comm.—Ps. 97.3: Viderunt omnes fines terrae salutare Dei nostri.

Poscom.—Rogámoste, Dios todopoderoso, nos concedas que el Salvador del mundo nacido en este día, así como es el autor de nuestra adopción divina, así también nos otorgue la inmortalidad: El cual contigo vive y reina...

Postcomm.—Praesta, quasumus, omnipotens Deus: ut natus hodie Salvator mundi, sicut divinae nobis generationis est auctorita et immortalitatis sit ipse largitor: Qui tecum vivit et regnat.

2

II. EPISTOLA

A) Misa del Gallo

(Tit. 2,11-15)

11 Porque se ha manifestado la gracia salutífera de Dios a todos los hombres;

12 enseñándonos a negar la impiedad y los deseos del mundo, para que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo,

13 con la bienaventurada esperanza en la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Cristo Jesús,

14 que se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y adquirirse un pueblo propio, celador de obras buenas.

15 He aquí lo que has de decir, exhortando y reprimiendo con todo imperio: que nadie te desprecie.

11 Apparuit enim gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus,

12 erudiens nos, ut abnegantes impietatem, et saecularia desideria: sobrie, et iuste, et pie vivamus in hoc saeculo,

13 exspectantes beatam spem, et adventum gloriae magni Dei, et Salvatoris nostri Iesu Christi:

14 qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum.

15 Haec loquere, et exhortare, et argue cum omni imperio. Nemo te contemnat.

B) Misa de la aurora

(Tit. 3,4-7)

4 Mas cuando apareció la bondad y el amor hacia los hombres de Dios, nuestro Salvador,

5 no por las obras justas que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, nos salvó mediante el lavatorio de la regeneración y renovación del Espíritu Santo,

6 que abundantemente derramó so-

4 Cum autem benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei:

5 non ex operibus iustitiae, quae fecimus nos, sed secundum suam misericordiam salvos nos fecit per lavacrum regenerationis, et renovationis Spiritus Sancti,

6 quem effudit in nos abunde

per Iesum Christum Salvatorem nostrum:

7 ut iustificati gratia ipsius, heredes simus secundum spem vitae aeternae.

bre nosotros, por Jesucristo, nuestro Salvador,

7 a fin de que, justificados por su gracia, seamos herederos, según nuestra esperanza, de la vida eterna.

C) Misa de la Natividad

(Hebr. 1,1-12)

1 Multifariam multisque modis olim Deus loquens patribus in Prophetis:

2 novissime diebus istis locutus est nobis in Filio, quem constituit heredem universorum, per quem fecit et saecula:

3 qui cum sit splendor gloriae, et figura substantiae eius, portansque omnia verbo virtutis suae, purgationem peccatorum faciens, sedet ad dexteram maiestatis in excelsis:

4 tanto melior Angelis effectus, quanto differentius prae illis nomen hereditavit.

5 Cui enim dixit aliquando Angelorum: Filius meus es tu, ego hodie genui te? Et rursum: Ego ero illi in patrem, et ipse erit mihi in filium?

6 Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terrae, dicit: Et adorent eum omnes Angeli Dei.

7 Et ad Angelos quidem dicit: Qui facit Angelos suos spiritus, et ministros suos flammam ignis.

8 Ad filium autem: Thronus tuus, Deus, in saeculum saeculi: virga aequitatis, virga regni tui.

9 Dilexisti iustitiam, et odisti iniquitatem: propterea unxit te, Deus, Deus tuus oleo exsultationis prae participibus tuis.

10 Et: Tu in principio, Domine, terram fundasti: et opera manuum tuarum sunt caeli.

11 Ipsi peribunt, tu autem permanebis, et omnes ut vestimentum veterascent:

12 et velut amictum mutabis, eos, et mutabuntur: tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient.

1 Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres, por ministerio de los profetas,

2 últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo el mundo;

3 y que siendo esplendor de su gloria y la imagen de su substancia, y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas,

4 hecho tanto mayor que los ángeles, cuanto heredó un nombre más excelente que ellos.

5 ¿Pues a cuál de los ángeles dijo alguna vez: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy»? Y ¿luego: «Yo seré para él Padre, y él será Hijo para Mí»?

6 Y cuando de nuevo introduce a su Primogénito en el mundo dice: «Adórenle todos los ángeles de Dios».

7 De los ángeles dice: «El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros, llamas de fuego».

8 Pero al Hijo: «Tu trono, ¡oh Dios!, subsistirá por los siglos de los siglos, cetro de equidad es el cetro de tu reino».

9 «Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad, por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de exaltación sobre tus compañeros».

10 Y «Tú, Señor, al principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos.

11 Ellos perecerán, pero tú permaneces, y todos, como un vestido, envejecerán,

12 y como un manto los envolverás y como un vestido se mudarán; pero tú permaneces el mismo y tus años no se acabarán».

III. EVANGELIO

A) De la primera misa

(Lc. 2,1-14)

1 Aconteció, pues, en los días aquellos que salió un edicto de César Augusto, para que se empadronase todo el mundo.

2 Fué esté empadronamiento primero que el del gobernador de Siria Cirino.

3 Iban todos a empadronarse, cada uno en su ciudad.

4 José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y de la familia de David,

5 para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta.

6 Estando allí se cumplieron los días de su parto.

7 Y dió a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre por no haber sitio para ellos en el mesón.

8 Había en la región unos pastores que moraban en el campo y estaban velando las vigilias de la noche sobre su rebaño.

9 Se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió con su luz, y quedaron sobrecogidos de terror.

10 Díjoles el ángel: No temáis, os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo:

11 Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.

12 Esto tendréis por señal: Encontraréis al Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

13 Al instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo:

14 Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

1 Factum est autem in diebus, illis, exiit edictum a Caesare Augusto, ut describeretur universus orbis.

2 Haec descriptio prima, facta est a praeside Syriae Cyrino:

3 et ibant omnes ut profiterentur singuli in suam civitatem.

4 Ascendit autem et Ioseph a Galilaea de civitate Nazareth in Iudaeam, in civitatem David, quae vocatur Bethlehem eo quod esset de domo, et familia David,

5 ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore praegnante.

6 Factum est autem, cum essent ibi, impleti sunt dies ut pareret.

7 Et peperit filium suum primogenitum, et pannis eum involvit, et reclinavit eum in praesepio: quia non erat eis locus in diversorio.

8 Et pastores erant in regione eadem vigilantes, et custodientes vigilias noctis super gregem suum.

9 Et ecce angelus Domini stetit iuxta illos, et claritas Dei circumfulsit illos, et timuerunt timore magno.

10 Et dixit illis angelus: Nolite timere: ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo:

11 quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus in civitate David.

12 Et hoc vobis signum: invenietis infantem pannis involutum, et positum in praesepio.

13 Et subito facta est cum angelo multitudo militiae caelestis laudantium Deum, et dicentium:

14 Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis.

B) De la segunda misa

(Lc. 2,15-20)

15 Et factum est, ut discesserunt ab eis Angeli in caelum: pastores loquebantur ad invicem: Transeamus usque Bathlehem, et videamus hoc verbum, quod factum est, quod Dominus ostendit nobis.
16 Et venerunt festinantes: et invenerunt Mariam, et Ioseph, et infantem positum in praesepio.

17 Videntes autem cognoverunt de verbo, quod dictum erat illis de puero hoc.
18 Et omnes qui audierunt mirati sunt: et de his, quae dicta erant a pastoribus ad ipsos.
19 Maria autem conservabat omnia verba haec, conferens in corde suo.
20 Et reversi sunt pastores glorificantes, et laudantes Deum in omnibus, quae audierant, et viderant sicut dictum est ad illos.

15 Así que los ángeles se fueron al cielo, se dijeron los pastores unos a otros: Vamos a Belén a ver esto que el Señor nos ha anunciado.

16 Fueron con presteza y encontraron a María, José y el Niño acostado en un pesebre,
17 y, viéndole, hicieron saber lo que se les había dicho acerca del Niño.

18 Cuantos los oían se maravillaban de lo que les decían los pastores.

19 María guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón.

20 Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según se les había dicho.

C) De la tercera misa

(Io. 1,1-14)

1 In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum.

2 Hoc erat in principio apud Deum.
3 Omnia per ipsum facta sunt: et sine ipso factum est nihil, quod factum est,

4 in ipso vita erat, et vita erat lux hominum:

5 et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt.

6 Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes.

7 Hic venit in testimonium ut testimonium perhiberet de lumine, ut omnes crederent per illum,

8 non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine, ut omnes crederent per illum.
9 Erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.

10 In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit.

1 Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.
2 El estaba al principio en Dios.

3 Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.
4 En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.
5 La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la abrazaron.
6 Hubo un hombre enviado de Dios, de nombre Juan.
7 Vino éste a dar testimonio de la luz, para testificar de ella y que todos creyeran por él.
8 No era él la luz, sino que vino a dar testimonio de la luz.

9 Esta era la luz verdadera que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre.
10 Estaba en el mundo y por El fué hecho el mundo. Pero el mundo no le conoció.

11 Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron.

12 Mas a cuantos le recibieron dióles poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre;

13 que no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios son nacidos.

14 Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

11 In propria venit, et sui eum non receperunt.

12 Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his, qui credunt in nomine eius:

13 qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.

14 Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis: et vidimus gloriam eius, gloriam quasi unigeniti a Patre plenum gratiae et veritatis.

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

A) Notas históricas 4

La fiesta de Navidad se celebraba en Roma con toda certeza a mediados del siglo IV, pues en la *Depositio Martyrum* filocaliana, un esbozo del calendario litúrgico, que data del año 336, se lee: «VIII Kal. ian. natus Christus in Bethlehem Iudae». Y es fácil que su origen se remonte, según el *Liber Pontificalis*, a los días del Papa Telesforo (125-136) (cf. SCHUSTER, *Lib. Sacram.*, [Marietti, 1936] t.2 p.168). De Occidente pasó a Oriente y parece que fué introducida por San Juan Crisóstomo en Antioquía el año 375. La característica litúrgica principal de este día es la celebración de las tres misas. Esta liturgia es hoy día común a todo sacerdote. Antiguamente era exclusiva del Papa. La misa «ad galli cantum», la más sugestiva de las tres, no era, como lo es hoy, peculiar del día de Navidad, sino el sacrificio, con que terminaban las vigilias de la noche. Su origen es anterior al siglo IV. El autor de la biografía del Papa Telesforo en el *Liber Pontificalis* afirma que fué este Papa quien introdujo el canto del «Gloria in excelsis» en la misa de Navidad a medianoche.

En Jerusalén acostumbraban los cristianos a trasladarse a Belén para celebrarla en el lugar donde nació Cristo. En Roma se celebraba en un principio en la basílica de San Pedro. Mas desde que el Papa Sixto III (432-440) construyó el hipogeo *ad Praesepe*, los romanos trasladaron allí la celebración de esta misa. Siendo la capilla del *Praesepe* muy reducida no podían ser muchos los asistentes. Y ciertamente que no era esta la misa en la que se comulgaba, sino la que se decía con toda solemnidad en la basílica de San Pedro a la hora de tercia del día de Navidad. Entonces ocurría la gran solemnidad de la fiesta. Acudía un inmenso gentío y comulgaba en ella. Así lo atestigua el Papa Liberio en el sermón que dirigió a la hermana de San Ambrosio, Marcelina, quien recibió en tal fiesta el velo de las vírgenes: «Hija mía, has suspirado por unos desposorios nobilísimos. Ya ves la ingente multitud que se ha reunido para festejar el aniversario del nacimiento de tu Esposo, y ya ves cómo ninguno se queda en ayunas»...

La misa del alba o segunda de Navidad aparece en el siglo V. Se celebraba en obsequio de la colonia bizantina que residía en Roma en la basílica de Santa Anastasia, para conmemorar el martirio de la santa mártir de Sirmio. No tuvo, por tanto, al principio, carácter navideño. Poco a poco vino a menos la devoción a la Santa, y la misa, conservando la estación, se celebró para venerar, al igual que las otras dos, el misterio de Navidad.

5

B) Comentario

La Navidad es, indudablemente, la fiesta que mayor repercusión ha alcanzado y tiene en la vida exterior de las gentes, como lo atestiguan los villancicos, belenes o nacimientos y las distintas costumbres populares de los pueblos (felicitaciones, árbol de Noel, cenas de Navidad, etc.). Sólo un espíritu mezquino podrá decir que tales costumbres son en sí reprobables. Lo mismo que una familia se alegra cuantas veces una nueva cuna se mece en la casa, así la Iglesia se regocija al celebrar el nacimiento del Redentor, y lleva esta alegría dulce e íntima a la vida familiar y social. Puede, sin embargo, existir el riesgo de atender solamente a lo exterior o darle preeminencia sobre lo interior. Una buena preparación durante el Adviento nos puede librar de tal peligro. A ello contribuirá eficazmente la predicación del día de Navidad, que no debe faltar a lo menos en la misa de medianoche y en la solemnísima de la mañana. Breve y sencilla en la primera por las especiales circunstancias de la hora y más larga y densa en la solemne.

La orientación de estos sermones ha de ir encaminada a lograr que los fieles tomen parte activa en la liturgia de la fiesta. Por ello se ha de insistir en la comunión, mediante la cual se opera un nacimiento místico de Cristo en nuestras almas. Los sentimientos que pueden excitarse nos los dan las lecciones del segundo nocturno: «Agamus gratias Deo... Agnosce, christiane, dignitatem tuam».

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

A) Epístola

6

a) Argumento

La epístola de la primera misa de Navidad pende toda ella de los dos versículos anteriores, no recogidos en la lección litúrgica. En éstos aconseja San Pablo a los esclavos que cumplan sus obligaciones *para hacer honor a la doctrina de nuestro Salvador* (2,10). ¿Cuál es esta doctrina, a la que debemos hacer honor? En este punto comienza la parte que se lee hoy: *Negar la impiedad y los deseos del mundo para que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo con la bienaventurada esperanza en la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Cristo Jesús* (v.12-13).

Así, pues, la lección de hoy se compone de una brevísima introducción para mostrarnos al Señor predicando esa doctrina: *Porque se ha manifestado la gracia salutífera de Dios a todos los hombres...* (12), de la esencia de esa doctrina y de uno de esos apéndices, a los que tan aficionada es la pluma de San Pablo, la cual apenas si escribe el nombre de Jesús, cuando se le viene algo siempre a sus puntos. Este es un lacónico resumen de la Pasión.

Cuando San Pablo ha escrito su trozo, la importancia de lo dicho le hace olvidarse de los siervos, y pensando en el argumento total de la carta, esto es, las normas que ha de seguir Tito, sintetiza todos los argumentos de su predicación en lo que acaba de escribirle: *He aquí lo que has de decir, exhortando y reprimiendo con todo imperio* (v.15).

7

b) Los textos

1. Se ha manifestado la gracia salutífera

Estas son las palabras que dan a la epístola un carácter navideño. La gracia de las gracias, porque nos trae la salud, no de un modo formal, como la que llamamos santificante, sino causal y meritorio, es Cristo Jesús.

Gracia, porque es un puro don del Padre, que, no contento con elevarnos al orden gratuito sobrenatural, nos envía a su Unigénito para que rescate lo que habíamos perdido.

Esta gracia se destina a todos los hombres, con voluntad salvífica universal, y por eso, todos ellos en los climas más remotos celebran hoy su aparición de paz.

2. Enseñándonos...

La gracia sustancial de Dios, Verbo encarnado, viene para redimirnos y darnos ejemplo de vida. Sus enseñanzas son doctrinales y prácticas. Cuando hoy veamos que el que habitaba en forma de Dios nace en un pesebre, habremos aprendido a negar los deseos del mundo y vivir sobria y justamente, amén de negar toda impiedad, pues tamaña dignación y rebajamiento es llevada a cabo por el Cordero de Dios y para quitar los pecados del mundo.

3. Con la bienaventurada esperanza

La segunda venida de Dios, temerosa para nuestras conciencias pecadoras, fué siempre un motivo de aliento para la primera generación cristiana, que, viviendo sólo por Jesús y para Jesús, ansiaba el momento de verle triunfal.

Entonces, cuando se manifieste la gloria de nuestra filiación divina, porque *aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de saber, sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a El* (1 Io. 3,2), entenderemos cómo ha valido la pena de renunciar a todos los deseos temporales en aras de una felicidad divina y eterna.

4. Para adquirirse un pueblo

El fin de la pasión del Señor es hacernos mejor. Israel fué el pueblo de Dios. Cristo ha conseguido que su pueblo lo sea mucho más íntimamente, puesto que nos ha unido en cuerpo místico, como se unen los miembros a la cabeza. No es, pues, de extrañar que estos miembros sean celosos de buenas obras.

B) Evangelio 8

El lector encontrará en los guiones las suficientes aplicaciones morales y lecciones dogmáticas sobre el evangelio de hoy. Por eso nos ceñimos a copiar, suprimiendo algunos párrafos, la historia de la escena, según Ricciotti (cf. *Vida de Jesucristo*, nn.240-248, [ed. Miracle, Barcelona 1944] p.257 ss.).

a) El lugar de origen

«En Oriente, la adhesión al lugar de origen era, y es aún, muy tenaz. Entre los hebreos, cada tribu se dividía en grandes «familias», las familias se subdividían en linajes «paternos», y éstos se fraccionaban poco a poco en

nuevos linajes, que podían rebasar la colmena humana originaria y trasladarse a otros lugares. Pero dondequiera que fuesen, las nuevas agrupaciones familiares conservaban tenazmente el recuerdo de la colmena originaria, ya demográfica, ya geográficamente...

Tal adhesión al lugar de origen formaba entre los judíos la base para un censo, y los romanos, en el primer censo de Quirino, siguieron esta norma local... Por eso, una vez pregonado el censo, correspondió a José la obligación de presentarse a los funcionarios competentes de Bethlehem...

Bethlehem era una población bastante mísera en tiempos de Jesús... Era, no obstante, lugar de paso para las caravanas que de Jerusalén se dirigían a Egipto, e incluso existía un lugar de reposo para dichas caravanas, un albergue construído allí por Camaam, quien acaso fuese hijo de un amigo de David (2 Reg. 19,37 ss.), y de aquí que tal punto fuese llamado *albergue de Camaam* (Ier. 41,17)».

9

b) El viaje

«De Nazareth a Bethlehem había por la carretera moderna 150 kilómetros, y en tiempos de Jesús podría haber una pequeña diferencia en menos. Tratábase, pues, de un viaje de tres o cuatro días para las caravanas de entonces. No consta con certeza si estaba obligado a presentarse solamente José en Bethlehem, o si también lo estaba María; pero el hecho es que, aun si ésta no se hallaba inclusa en la ley, José se dirigió a la población *con María, su esposa, que estaba encinta* (Lc. 2,5). Estas palabras pueden muy bien implicar una delicada alusión a una, a lo menos, de las razones por las que también fué María, es decir, la proximidad del parto, circunstancia en que no era corriente dejarla sola. Otra razón—además de la posible obligación legal—pudo ser la de que los dos cónyuges pensasen trasladarse establemente al lugar originario del linaje de David. En efecto, puesto que el ángel había anunciado que Dios daría al nacido el trono de su padre David, ¿había pensamiento más natural que volver a la patria de David para esperar allí la realización de los misteriosos designios divinos? Ya hacía siglos que el profeta Miqueas había mencionado la *pequeña* Bethlehem como lugar de procedencia de aquel que dominaría sobre Israel.

El viaje debió ser muy fatigoso para María, que andaba en el noveno mes de embarazo. Los caminos del país no estaban aún trazados y atendidos por los romanos, maestros en la materia, sino que eran malos y apenas transitables para las caravanas de asnos y camellos. Además, aquellos días, con el movimiento implicado por el censo, debían estar más transitados que nunca y ser menos cómodos que lo usual...».

10

c) La dificultad de hospedarse

«En Bethlehem, las condiciones empeoraron aún. El pueblecillo rebosaba de gente, que se instalaba por doquier, comenzando por el albergue de las caravanas, el cual quizá fuese el mismo de Camaam subsistente y reparado en el transcurso de los siglos. Lucas lo llama *la hospedería*..., pero la equivalente palabra europea no debe inducirnos a error y hacernos pensar en algo que se asemeje ni remotamente a una modestísima fonda de nuestros pueblos. El que hemos llamado «albergue de caravanas» era en substancia el actual *Khan* palestinense, es decir, un recinto sin techar, circuído por un muro bastante alto, con una sola puerta. Dentro, a uno o más de los lados del muro, corría un porche que en algunos lugares podía tener pare-

des que lo cercasen, formando así un camaranchón, y, contiguas a él, algunas estancias más pequeñas. Toda la hospedería se limitaba a eso. Las bestias se reunían en el centro, al aire libre, y los viajeros, bajo los porches o en el camaranchón, mientras quedaba sitio. Cuando no, acampaban entre los animales. Las estancias más pequeñas, si existían, se reservaban a quienes podían permitirse el lujo de pagar tal comodidad. Y en aquel amasijo de hombres y bestias revueltos, se hablaba de negocios, se rezaba, se cantaba y se dormía, se comía y se efectuaban las necesidades naturales, se podía nacer y se podía morir, todo en medio de la suciedad y el hedor que aun hoy infectan los campamentos de los beduínos en Palestina cuando viajan.

Lucas nos comunica que cuando José y María llegaron a Bethlehem *no había lugar para ellos en la hospedería* (2,7). Esta frase está más meditada de lo que parece a primera vista. Si Lucas sólo quisiera decir que aquel recinto no podía contener más gente, hubiésele bastado decir que allí *no había lugar*. Cuando añade *para ellos*, no deja de referirse implícitamente a las particulares condiciones de los cónyuges, es decir, a la inminencia del parto de María. Ello podrá parecer una sutileza, pero no lo es. José debía tener en Bethlehem amigos o parientes a quienes pedir hospitalidad, porque aunque el pueblo estuviese lleno de forasteros, un rincón para dos personas tan sencillas y modestas siempre podía encontrarse en Oriente. Cuando a Jerusalén afluían centenares de miles de peregrinos en ocasión de la Pascua, la capital no rebosaba menos que Bethlehem durante el censo, y, sin embargo, todos encontraban lugar, adaptándose a las circunstancias. Naturalmente, cuando sobrevenían semejantes casos, en las misérrimas casas privadas, que habitualmente consistían en un solo aposento en planta baja, los acogidos se hallaban en análogas condiciones a las del recinto de las caravanas: todo era común, todo se hacía en público, no había reserva ni secreto alguno. Por eso se comprende que Lucas especifique que *no había lugar para ellos*, ya que, dada la inminencia del parto, lo que María buscaba era solamente reserva y retiro».

d) El nacimiento 11

«*Y ocurrió que mientras estaban allí se cumplieron los días para el parto de ella, y parió su hijo primogénito, y lo fajó y lo acostó en un pesebre* (Lc. 2,6-7). Aquí sólo se habla de *pesebre;* pero éste es un indicio bien seguro a la luz de las costumbres de la época. Un pesebre implica un establo, y un establo exigía, según los usos de entonces, una gruta o pequeña caverna excavada en la ladera de cualquier montículo cerca del poblado. Grutas de tal género y destinadas a tal uso se encuentran aún hoy en Palestina en los contornos de los caseríos. Aquel establo sobre el cual pusieron los ojos los esposos estaría quizá parcialmente ocupado por animales, sería oscuro, sucio y lleno de estiércol, pero estaba algo apartado del pueblo y, por tanto, resultaría tranquilo y solitario, y esto bastaba a la futura madre.

De aquí que, al llegar a Bethlehem y viendo tan grande afluencia de gente, se instalaron como mejor pudieron en aquella cueva solitaria, sea en espera de cumplir las formalidades del censo, sea del parto, que la embarazada comprendía inminente. Es posible que José buscara el rincón más apropiado y menos sucio; que dispusiera un lecho de paja limpia; que extrajera de las alforjas las provisiones y lo más necesario, colocándolo todo en el pesebre. No podían exigirse entonces en Palestina y para dos personas de aquella categoría social—y que además se recluían voluntariamente en una gruta de animales—otras comodidades.

En conclusión, la pobreza y la pureza fueron el motivo histórico de que

Jesús naciese en un establo. Pobreza de su padre legal, que no tenía dinero para alquilar un departamento separado en competencia con tante gente; pureza de su madre natural, que quiso rodear su parto de reverente reserva.

Entre los lugares arqueológicos de la vida de Jesús, la gruta es el que tiene en su favor testimonios más antiguos y autorizados fuera de los evangelios... Venido Jesús a este mundo en la gruta, María *lo fajó y lo acostó en un pesebre*. Estas palabras del delicado evangelista médico dan a entender con bastante claridad que el parto tuvo lugar sin la usual asistencia de otras personas, ya que la misma madre atiende al recién nacido, lo faja y lo coloca en el pesebre. Ni siquiera se nombra a José...».

12

e) El hijo de David

«Así, pues, María *parió su hijo primogénito*, que el ángel le pronunciara como heredero del *trono de su padre David*. Sólo que el futuro reino del recién nacido—a lo menos a juzgar por aquellas primeras manifestaciones—se preveía muy diverso de los reinos de entonces, ya que este heredero dinástico tenía por mansión regia un establo, por trono un pesebre, por dosel las telarañas del techo, por nubes de incienso el hedor del estiércol, por cortesanos dos seres humanos sin hogar.

Así, pues, el reino de aquel heredero dinástico se anunciaba desde entonces con ciertas notas características nuevas de verdad y del todo ignoradas en los reinos de la época: De los tres componentes de aquella corte, uno representaba la virginidad, otro la indigencia y los tres la inocencia y la humildad. Exactamente a 9 kilómetros más al norte, brillaba la dorada corte de Herodes el Grande, en la que la virginidad era desconocida y aborrecida la indigencia, y en la que la inocencia y la humildad manifestábanse en los atentados a la vida del propio padre, en el hecho de dar muerte a los hijos, en el adulterio, el incesto y la sodomía. El verdadero contraste histórico entre ambas cortes no reside, pues, tanto en el estiércol de la una y los oros de la otra como en sus características morales».

13

f) Pastores y ángeles

«Sin embargo, al recién nacido, descendiente de David, esperábale un homenaje de cortesanos, de condición social no muy diferente a la de David, pastor de ovejas, y de la de los dos cortesanos que estaban permanentemente junto a su trono-pesebre. Y además, puesto que el ángel había anunciado que el recién nacido sería llamado *Hijo del Altísimo*, esperábale también un homenaje de cortesanos del Altísimo, que coincidiesen en ello con los humildísimos cortesanos de la tierra.

Bethlehem estaba, y está hoy, en los límites de la estepa, o sea, de la extensión abandonada e inculta, que sólo puede aprovecharse como pasto para los rebaños. Las pocas reses ovinas que poseían los habitantes del pueblo eran albergadas durante la noche en los establos del contorno; pero los rebaños numerosos permanecían continuamente en la estepa, al raso, con algunos hombres que los guardaban. Fuese día o noche, estío o invierno, aquellas numerosas bestias y aquellos pocos hombres formaban toda una comunidad que vivía de la estepa y en la estepa. Tal género de pastores gozaba de pésima reputación entre escribas y fariseos, en primer lugar porque su vida en terrenos escasos de agua les hacía ser sucios, malolientes e ignorantes de todas las leyes fundamentales sobre lavatorio de manos, pureza de vajillas y elección de alimentos, y porque ellos más que nadie

constituían aquel «pueblo de la tierra» que merecía el más cordial desprecio de los fariseos...

Por otra parte, no se podía insistir mucho con ellos para persuadirles de que observasen la «tradición» lavándose las manos y limpiando bien las vajillas antes de comer, porque eran hombres de nervio y empuje, y así como no temían romper con el cayado la cabeza del lobo que hostigaba sus rebaños, no hubiesen vacilado en aplastarla al escriba o fariseo que hubiese hostigado su conciencia. De aquí que aquellos seres abyectos y groseros estuviesen excluídos de los tribunales y su testimonio—como el de los ladrones y reos de extorsión—no fuera aceptado en juicio (cf. TOSEFTA, *Sanhedrín*, V,5).

Pero aquellos humildísimos pastores, excluídos de los estrados judiciales de los fariseos, entraban en los estrados de la corte real del recién nacido hijo de David, y eran invitados a ella por los celestiales cortesanos del Altísimo... Esta escena sigue inmediatamente al relato del nacimiento y, sin duda, fué intención del narrador hacer entender que entre estos dos hechos no mediaron más que algunas horas. Jesús, pues, nació de noche, como nocturna es la aparición a los pastores. A éstos, después de la oportuna glorificación a Dios en las alturas, sólo se les anuncia una cosa: *Paz en la tierra...*».

g) LA ADORACIÓN 14

«Por la admirable aparición del ángel y por sus palabras, los pastores comprendieron que había nacido el Mesías. Eran, sí, hombres toscos, que no sabían nada de la inmensa doctrina de los fariseos; pero, israelitas sencillos y al antiguo estilo, sabían del Mesías prometido a su pueblo por los profetas y de él habrían hablado, sin duda, durante las largas velas de custodia de los rebaños. El ángel les había dado también la *señal:* un niño fajado y en un pesebre. Quizá les indicara igualmente la dirección para llegar a la gruta. Aquellos pastores continuaban, pues, hallándose en su ambiente, ya que ellos, cuando podían, se refugiaban también en las grutas en casos de mucha lluvia o intenso frío. Acaso alguno de ellos hubiese llevado también a su mujer en caso de parto a alguna gruta y depositado su hijo recién nacido en un pesebre. Y ahora oían de boca de quien no podía engañarles, que el Mesías se encontraba en las mismas condiciones. Fueron, pues, en pos de él, *presurosos*, como dice Lucas (2,16), con aquella prisa que mueve una alegre familiaridad. Hubiera sido, en cambio, con lentitud mezclada de inquieta perplejidad como se hubiesen dirigido a la corte de Herodes, si les dijeran que allí había nacido el Mesías.

Llegaron a la gruta. Encontraron a María, José y el recién nacido. Se maravillaron. Siendo pobres de dinero, pero señores de espíritu, no pidieron nada y volvieron, sin más, a sus ovejas. Unicamente sintieron una gran necesidad de alabar a Dios y de contar a otros del lugar lo sucedido.

Antes de terminar, el discreto Lucas advierte: *Empero María conservaba todas estas palabras* (hebraísmo por «sucesos»), *meditándolas en su corazón*. Ya sabemos que esto constituye una alusión delicada a la fuente de que Lucas tomó las noticias».

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

La Navidad y la paz

A) Sermón de Navidad

Es una égloga de distintas homilías o colección de sermones reunidos poco después de la muerte del Santo. Extractamos uno sobre la Navidad, aun a trueque de que pierda su alto estilo lírico (cf. *Egloga in S. Diem Natalem*, hom. 34: PG 63,821-834).

15 a) Exordio

«Ha llegado la fiesta de las fiestas derramando gozo por el mundo, la fiesta acrópolis de todos los bienes..., por la que se abrió el cielo, fué enviado el Espíritu, derribada la pared divisoria y deshecha la cerca; por la que fué unido lo que estaba separado, se disiparon las tinieblas y resplandeció la luz. El cielo recibió a la tierra, y ésta al que se sienta por encima de los querubes. Los siervos son ya libres; los enemigos, hijos; los extraños, herederos. Terminó la enemistad y la larga guerra; llegó la paz tanto tiempo deseada por ángeles y justos. Pablo a grandes voces dice: *El es nuestra paz, que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de separación* (Eph. 2,14). Hoy se levanta espléndido y brillante el trofeo de la cruz, botín de Cristo, primicias de nuestra naturaleza, despojos de nuestro Rey. ¿Qué fiesta podrá igualársele? Dios en la tierra, y el hombre en el cielo, mientras ángeles y hombres danzan juntos, unidos en fiesta alegre con todos los poderes celestiales, y el demonio huye, la muerte pierde su imperio, el paraíso se abre, la verdad se reconstruye y la naturaleza, contra la que los querubines celaban el paraíso, se une a Dios...

No os maravilléis de mis palabras, porque en verdad lo extraño e inesperado es la encarnación de un Dios, ante la que todo lo demás resulta mera consecuencia. No se hubiera humillado nunca tanto, de no ser para exaltarnos a nosotros. Nació según la carne, para que tú nacieras según el Espíritu; nació de una mujer, para que tú fueses en adelante algo más que hijo de otra; aceptó un padre obrero o siervo, para convertir al esclavo en hijo del Señor. Si Abrahán se

alegró viendo este día (Io. 8,56), ¿qué haremos nosotros?... Pero ¿cómo ha podido ocurrir que los culpables, indignos de vivir en este mundo..., hayamos sido elevados a tal altura..., y que siendo nosotros los ofensores, y sin haber vencido batalla alguna, seamos llamados a la paz por el justamente irritado? Nos envía sus legados, pues Pablo decía: *Somos embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros* (2 Cor. 5,20). Gran maravilla. Le injuriamos y nos propone El mismo la paz».

b) Fin de la encarnación 16

«Si queréis, os enseñaré más profundamente cómo se debe tan sólo a la benignidad de Dios que nos haya regalado todo lo que tenemos hoy y tendremos en el futuro».

Antes de crear a los ángeles, Dios existía sin necesitar a nadie. Los creó movido por su bondad, y no por su necesidad. «Después, y por el mismo motivo, creó los mundos, y a este pequeño y pobre hombre lo constituyó rey de todos ellos, haciéndole en la tierra lo que Dios es en el cielo... Y no sólo esto, sino que le da la razón —único ser que la disfruta—, le honra con su conocimiento y trato, le promete la inmortalidad y le llena de ciencia. ¿Qué ocurrió después de tantos beneficios? Pues que el hombre juzgó más digno de crédito a su enemigo que al que le había colmado de tantos dones... ¿Y creéis que acaso Dios borró para siempre a ese hombre que desde el primer momento, desde la primera raya, por así decirlo, mostró tamaña ingratitud? Pues no. Se cuidó del caído todavía más que antes». Se preocupó de advertir al mundo de sus errores, le envió profetas, y «finalmente a su Hijo, nacido de una mujer, hecho bajo la ley, para que recibiéramos la adopción de hijos, hasta el punto de que un profeta, estupefacto de tal preocupación para con el orbe, exclamara: *Hizo que se dejara ver en la tierra y conversara con los hombres* (Bar. 3,38)... Dios inefable... no paró de resolverlo todo hasta conseguir alcanzar a sus enemigos y tomarlos amigos suyos».

Como el que coge las manos de dos enemigos y uniéndolas hace que sellen las paces, así hizo El con la naturaleza divina y la nuestra.

Los reyes suelen desnudarse de sus insignias para no ser reconocidos en la batalla y evitar les ataquen con mayor fiereza. Dios, en cambio, se despoja de la apariencia de la divinidad para poder ser reciamente atacado.

c) Por qué se encarna Dios mismo 17

No pudo redimirnos un ángel u otro hombre, porque, agradecidos, lo hubiéramos deificado. No nos hubiera podido colocar como ahora estamos por encima de la misma naturaleza angélica. Porque el demonio hubiera puesto tan gran empeño en derribarnos, que sin contar con la ayuda de Dios, como ahora contamos, no hubiéramos podido resistir.

El orador se dirige a los paganos para prever su escándalo: «No os extrañéis. Si concedéis que el sol, a pesar de ser una materia sensible y perecedera (aunque a los griegos les siente mal tal cosa), puede dirigir sus rayos al lodo, secarlo y purificarlo de malos olores, sin que él se manche, ¿no podrá hacerlo Dios con el hombre? ¿Os extraña que digamos que Dios se ha hecho hombre y vosotros lo habéis hecho mármol, madera», etc.?

Refiere seguidamente la historia de la concepción virginal, las dudas de San José, etc. A propósito de la virginidad trae a colación la profecía de Isaías que comenta ampliamente. Las gentes le llamarán, dice, «Enmanuel», porque nunca ha estado Dios más cerca de nosotros, hablando con los pobres y los pecadores. Continúa después exponiendo la adoración de los Magos.

18 d) APLICACIONES

1. Honor y caridad

«Conociendo, pues, tanta dignación, rindámosle el honor debido. Ningún otro mejor podemos tributarle que ocuparnos de nuestra santificación y ejercer la caridad para con nuestros prójimos. El sello, el distintivo del fiel es el cuidado de sus hermanos y de su salvación, ya que el mismo Cristo no se preocupó de sí mismo, sino de los demás. Por eso dijo San Pablo: *No busco mi conveniencia, sino la de todos para que se salven* (1 Cor. 10,33)».

2. La Eucaristía

(El Crisóstomo da un fácil paso de la adoración en el pesebre a la sagrada comunión, nuestro portal de Belén.)

«Sabiendo, pues, estas cosas, arreglemos nuestra vida, de modo que seamos la providencia de nuestros hermanos, y vivamos siempre en unidad con ellos. A esto nos induce este grande y tremendo sacrificio, al que debemos acudir, fervientes de caridad, para volar como águilas al cielo.

Este cuerpo, reclinado en un pesebre, fué adorado por los Magos... venidos de lejos, con todo respeto y temor... A pesar de que le encontraron en una cueva y en un pesebre, sin ver nada de lo que tú ves ahora, se acercaron con reverencia. Tú, en cambio, no lo ves en un pesebre, sino en un altar, no en los brazos de una mujer, sino delante de un sacerdote; no te encuentras con un cuerpo inerme, sino que conoces ya su poder y sus obras. Excitémonos, pues, a adorarle con respeto...»

19 **3. Comunión frecuente**

«No te digo esto para que te abstengas de comulgar, ni mucho menos, sino para que no te acerques con descuido. Pues si hacerlo así es peligroso, en cambio, no acercarse a este místico banquete produce debilidad mortal. En él encontraremos el nervio del alma, la fuerza del entendimiento, la causa de nuestra confianza, esperanza,

salud y vida. Y cuando subamos al cielo, después de este sacrificio, atravesaremos sus dinteles, como cubiertos de armadura áurea y resplandeciente...

Pero ¿es que acaso necesito hablar de glorias futuras, cuando este misterio nos convierte la tierra en cielo? Abre las puertas de la gloria y mira... Aquí (en la Eucaristía) tenemos ya lo más hermoso de ella», porque en la corte de un rey lo más hermoso y lo que todos desean contemplar no es la riqueza de sus muros y sus adornos, sino la persona del monarca. Pues lo más hermoso del cielo no son los ángeles ni los santos, sino el mismo Rey. Ahí lo tienes en la Eucaristía.

4. «Despréciálo todo por Cristo»

Si te llamaran a sostener en tus brazos al hijo del rey, tirarías cualquier cosa que tuvieras entre ellos. Pues aquí te llamamos a sostener a Dios, a un Dios que, nacido en un pesebre, desprecia las riquezas del mundo, y que recorriendo la tierra no tenía donde reclinar su cabeza. Despréciálo todo tú también. «Buscando las mansiones celestiales, pisoteemos el fasto mundano y la concupiscencia del lucro». ... Preparemos nuestro eterno tabernáculo en Jesucristo, al que sea toda gloria. Amén.

B) La paz

La paz—orden permanente—, para ser completa, ha de existir, sobre un orden perfecto, entre el hombre y Dios; dentro del hombre mismo, esto es, entre su alma y pasiones; y entre el hombre y sus hermanos. Estos pensamientos, en que abundan San Agustín, Santo Tomás y fray Luis de León, se encuentran asimismo esparcidos entre las obras del Crisóstomo. Seleccionamos algunos

a) «Et in terra pax...» 20

1. La paz con Dios

1.º *Es lo único necesario* (cf. *In Ep. I ad Cor.*, hom. 1: PG 61,14).

Si la paz te viene de Dios, no te gloríes vanamente. Y si tienes paz con El, ¿por qué te aficionas a las criaturas? «Dos cosas le pido a Dios: que seáis de El y para El. De El, porque nada hay firme y seguro que no venga de su gracia; para El, porque nada hay en el mundo que pueda aprovecharnos, si no lo ordenamos hacia Dios. Estando en paz con todos, vivimos en pelea con El. Así como, por el contrario, nada debe preocuparnos si reina la paz entre El y nosotros... La verdadera gracia y verdadera paz están en Dios».

2.º *Consiste en luchar contra el pecado*

Esto es, contra el demonio (cf. hom. 33: PG 62,163 ss.).

San Pablo (cf. Eph. 6,6-14) recomienda que estemos armados de toda clase de armas, *in praeparationem evangelii*. «Así, el corazón estará listo y a punto para recibir el evangelio de la paz». Poniendo este ejemplo de guerras y peleas, el Apóstol nos enseña que habre-

mos de luchar con el demonio, porque el evangelio es evangelio de paz, y la paz con Dios se consigue peleando con Satán. Lucha con el demonio quiere decir paz con Dios. Y, ¡oh hermano!, no tengas miedo en la lucha. Ha llegado el evangelio, la buena nueva. Ya luce la victoria.

21 **2. La paz consigo mismo**

1.º *Dominio de las pasiones* (cf. *Exp. in Ps.* 4,11-12: PG 55,57-58).

Comenta la frase: *En paz me duermo luego en cuanto me acuesto, porque tú, ¡oh Yaveh!, a mi desolado me das seguridad* (Ps. 4,9). Fruto de la primera paz, a saber, de la paz con Dios y su conocimiento, es la paz interior del alma. *Mucha paz tienen los que aman tu ley* (Ps. 118,165). Destierra toda perturbación del alma y toda guerra civil dentro de ella, apaciguando la sedición de las pasiones. «Ciertamente que si el hombre padece esta guerra dentro de sí mismo, aunque viva próspero y tranquilo por de fuera, es el más triste y miserable de los combatientes...»

«Ni los escitas, ni los tracios, ni los sármatas, ni los indos, ni los moros promueven guerra tan feroz como la que suelen agitar dentro del alma los malos pensamientos, la lujuria intemperante, el amor al dinero, las apetencias de mando y el deseo de cosas temporales...» En realidad, lo peor es siempre una guerra civil o interna... La polilla hace más daño a las maderas que los agentes exteriores; la enfermedad perjudica al cuerpo mucho más que cualquier otra cosa, y las disensiones internas dañan a la patria más que los enemigos de fuera. Lo mismo le ocurre al alma; pero, ayudada por el temor de Dios, puede acallar las rebeldías de dentro y vivir en la paz que vino a traer Cristo y de la que decía San Pablo antes: *La gracia y la paz con vosotros, de parte de Dios, nuestro Padre* (Rom. 1,7).

Ejemplo de ello es el envidioso, que aun cuando no le moleste nadie, se basta él para entristecer su vida. Ejemplo el avaro... En cambio, el justo goza de paz durante el día y duerme con sosiego durante la noche. Cuidándose sólo de su bien espiritual, vive tranquilo.

2.º *El medio necesario*

Medio necesario para alcanzar la paz es huir de las malas compañías. A esto nos invitaba el Señor cuando decía: *Si, pues, tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti* (Mt. 5,29). Si las cosas naturales, tales como la salud, el buen color y el apetito, se pierden por el contagio, ¿qué ocurrirá con los bienes de la voluntad?

22 **3. La paz con los hermanos**

Pensamiento muy apropiado para el día en que el Amor se encarnó era traer la paz. Así como de la paz de Dios se deriva la paz con nosotros mismos, de ésta sale la paz con el prójimo (cf. *In Epist. ad Eph.* 4; hom.9: PG 62,69 ss.).

Cuidaos de conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo

de la paz (Eph. 4,3). Preso como estoy por el Señor, *os exhorto a andar de una manera digna de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad, y mansedumbre, y longanimidad, soportándoos los unos a los otros con caridad...* (ibid., 4,1-2).

La humildad (el reconocer que todo nos viene de Dios) ha de ser completa y con todos «no sólo en palabras, sino en obras, no paciente con uno y déspota con otro, sino amable con todos, amigos y enemigos, grandes y pequeños.

... Por eso dice el Apóstol *con toda humildad, mansedumbre y longanimidad*, porque puede darse el caso de una persona humilde (para con Dios) y soberbia (para con el prójimo), pero a ésa nada le aprovecha su humildad en cuanto amanece su ira.

¿Cómo podréis soportaros los unos a los otros si sois iracundos, delatores y maldicientes? ¿Cómo haréis para soportaros? San Pablo indica el medio: *Con la caridad.* ¿Crees que podrá soportarte tu Dios y Señor si tú no soportas a tu prójimo y consiervo? En cambio, la caridad hace que todo sea sobrellevado fácilmente».

Procurad «*conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz.* Atad vuestras manos con la dulzura y la mansedumbre, con el vínculo, con la atadura, con esa palabra que he querido evitar, pero no puedo, porque realmente es hermosa. Atate con tu hermano, y verás qué fácil es todo para los que están amarrados por el amor».

Esfuérzate por conservar la unidad del espíritu, porque así como el alma es principio de unión de todos los miembros, así se nos ha dado un espíritu que nos une a todos los de condición más diversa, jóvenes y ancianos, ricos y pobres... El vínculo de la paz, la caridad.

No puede el fuego penetrar en la pira y hacer una sola masa ardiente si la encuentra fría y mojada, ni la caridad podrá unirnos si nos encuentra fríos y entre disensiones.

No podrá ligar a tu hermano contigo si no te ligas tú también con él para formar una doble unión. Hermosa unión y hermosa atadura «esa que nos une a los unos con los otros y a todos con Dios, atadura que no oprime, sino que ensancha... y da a sus presos una alegría que no tienen los hombres libres...

¿Qué es lo que disuelve este vínculo? El amor del dinero, del mando, de la gloria y de los honores... *Por el exceso de la maldad se enfriará la caridad de muchos* (Mt. 24,12). El pecado ahoga la caridad, y no sólo la caridad para con Dios, sino el mismo amor del prójimo». Podrá haber paz entre los ladrones y avaros cuando pueda haberla entre dos fieras hambrientas ante un solo pedazo de comida. Donde no hay virtud, no hay paz. ¡Qué ciudad sería aquella en la que reuniéramos a todos los avaros, ambiciosos, iracundos, incapaces de perdonar!...

En cambio, si reina la caridad, nadie preferirá el dinero a la amistad ni la ira al perdón. Todos sabrán que *quien ama al prójimo ha cumplido la Ley* (Rom. 13,8). Todos vivirán en paz (cf. *In Epist. ad Eph.*, hom.9: PG 62,73-74).

II. SAN AGUSTIN

La fiesta de la santa liberación

San Agustín tiene trece sermones, breves todos ellos y de pensamientos muy repetidos, sobre la Natividad del Señor. Copiamos los dos principales, espigando de entre todos los demás (cf. PL 38,996-1021).

28 ### *A) Exordio*

a) Lección de humildad

«Al correr de los años volvemos a celebrar la Natividad de nuestro Salvador Jesucristo; éste es el día en que la Verdad nace en la tierra, luz de la luz que nació para luz nuestra. Alegrémonos y gocémonos...

Cuánto bien nos haya traído esta sublime humildad, la fe de los cristianos lo sabe y el corazón de los impíos lo ignora, porque Dios *escondió todas estas cosas a los sabios y prudentes y se las reveló a los párvulos* (Mt. 11,25). Afírmense, pues, los humildes en la humildad de Dios, para que con esta única ayuda, ayuda digo de su flaqueza, puedan llegar a la altura de Dios» (cf. *Serm.* 1,1: PL 38, 996).

«Con razón lo anunciaron los profetas antes de nacer y los cielos y los ángeles cuando había nacido. Yacía en el pesebre el que contiene al mundo y era niño sin habla el que es la Palabra. Aquel que no cabe en los cielos lo llevó el seno de una mujer. Esta regía a nuestro Rey, llevaba a Aquel en quien somos y alimentaba a nuestro Pan. ¡Oh manifiesta flaqueza! ¡Oh admirable humildad en la que se esconde toda la divinidad! Regía con su poder a la madre a quien estaba sujeto por su infancia y alimentaba con la verdad a aquella de cuyos pechos era amamantado. Complete sus dones en nosotros el que no se espantó de seguir nuestros primeros pasos, y háganos hijos de Dios el que por nosotros se hizo hijo del hombre» (ibid., 3,997).

24 b) Recibido, pero no limitado por el seno de la Virgen

«Canten mis labios las alabanzas del Señor, de ese Señor por el que fueron hechas todas las cosas y que fué hecho El en medio de las mismas; de ese Señor que es el manifestador del Padre y el creador de su madre; Hijo del Padre Dios sin madre, hijo del hombre de madre y sin padre; gran luz de los ángeles, pequeña en la luz de los hombres; Palabra de Dios antes de los tiempos, palabra humanada en el tiempo oportuno; Creador del sol, creado bajo el

sol; Ordenador de los siglos en el seno del Padre, consagra el día de hoy en el seno de la madre; allí permanece y de allí vino. Hacedor del cielo y de la tierra, nacido en la tierra bajo el cielo; inefablemente sabio, sabiamente sin palabras llena el mundo y nace en un pesebre; gobierna a las estrellas y se amamanta de unos pechos; de tal manera grande en la forma de Dios y pequeño en la forma del siervo, que ni aquella grandeza se ha disminuído por esta pequeñez, ni esta pequeñez oprimido por aquella grandeza. Al tomar los miembros humanos no deja las obras divinas, ni ceja en llegar *de un fin hasta el otro fin fuertemente, disponiéndolo todo con suavidad* (Sap. 8,1). Revestido de la flaqueza de la carne; recibido, pero no limitado por un seno virginal, para que a los ángeles no les fuera quitado el alimento de su sabiduría y nosotros pudiéramos gustar cuán agradable es el Señor» (cf. *Serm.* 4,1: PL 38,1001).

B) Encarnación de Dios 25

«Dicen algunos que el hijo del hombre se hizo hijo de Dios, pero que el Hijo de Dios no se hizo hijo del hombre. Lo dijeron, y lo dijeron estudiando la verdad, pero sin saberla explicar. ¿Qué es lo que consideraron, sino que la naturaleza humana puede mejorarse y la divina no puede disminuir? Es cierto, pero también lo es que *el Verbo se hizo carne* sin que la divinidad padeciese nada. No nos dice el Evangelio que la carne se hiciese Verbo, sino *el Verbo carne*... y de esa forma el que era Hijo de Dios se hizo hijo del hombre, asumiendo la parte inferior y no mudándose la superior; recibiendo lo que no era y no perdiendo lo que era... Debemos, pues, confesar que aquel que era Hijo de Dios, al nacer de María virgen, asumida la forma de siervo, se hizo hijo del hombre, permaneciendo en lo que era y asumiendo lo que no era, comenzando a ser en una naturaleza menor que el Padre, y permaneciendo en otra, gracias a la cual El y el Padre son una sola cosa.

Si el que es siempre Hijo de Dios no se hubiese hecho hijo del hombre ¿cómo hubiera podido decir de El el Apóstol: *Siendo Dios en la forma, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó; tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres?* (Phil. 2,6-7). No era otro, sino el mismo que existía en la forma de Dios igual al Padre, el Hijo Unigénito de Dios, el que se anonadó haciéndose semejante a los hombres. No era otro, sino el mismo que existía en la forma de Dios igual al Padre, el que se humilló, *se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Phil. 2,8). Todo ello lo hizo el Hijo de Dios, pero en aquella forma por la cual es hijo del hombre» (cf. *Serm.* 3,2-3: PL 38,999).

26

C) *Para salvarnos y regenerarnos*

a) Las aparentes contradicciones divinas

«El Verbo del Padre, por el cual fueron creados los tiempos, se ha hecho carne y hoy celebramos su nacimiento. Para este nacimiento quiso escoger un día Aquel sin cuya voluntad divina no girarían los días. En el seno del Padre existía antes que los siglos; naciendo de una madre, entra hoy en el curso de los años. Hecho hombre el autor del hombre, para alimentarse de unos pechos mientras gobierna los cielos; para que el Pan tuviera hambre; para que la Fuente tuviera sed; para que la Luz durmiera; para que el Camino se fatigara de caminar; para que la Verdad fuera acusada por testigos falsos; para que el Juez de vivos y muertos fuera sentenciado por un juez mortal y la Justicia condenada por los injustos; para que la Ley fuese azotada; para que la rosa fuese coronada de espinas; para que el cimiento fuese colgado de un leño; para que la fuerza fuese debilitada, la salud herida y la vida muerta. Decidióse a padecer tanta indignidad por nosotros, para librar a los indignos, siendo así que ni El, que por nosotros sufría tantos males, había hecho nada malo, ni nosotros, que recibíamos de El tantos bienes, habíamos hecho nada bueno» (cf. *Serm.* 8,1: PL 38,1009).

27

b) Nadie dude en renacer

«Mortales éramos, oprimidos por los pecados, abrumados por los castigos. Nace el hombre y comienzan sus miserias; no es necesario que busques profetas que te lo expliquen. Pregúntale al que nace y lo verás llorar. ¿Y cómo es que siendo ésta la indignación de Dios sobre la tierra se obra de repente favor tan grande? *La verdad nace de la tierra* (Ps. 84,21); creó todas las cosas y ha sido creado en medio de ellas; creó la luz y ha sido dado a luz; Cristo Señor, que junto al Padre en la eternidad no tuvo principio, tiene hoy su nacimiento. Era Verbo en el principio y de no recibir la generación humana nosotros no hubiésemos alcanzado la regeneración divina; nació para que renazcamos. Cristo ha nacido, nadie dude en renacer; Cristo es engendrado para que nosotros seamos reengendrados» (cf. *Serm.* 6,3: PL 38,1006).

D) *Reparador de todo sexo*

28 a) El nacimiento del Verbo encarnado honra a los dos sexos

«Debemos creer con fe católica dos nacimientos del Señor: uno divino y el otro humano, aquél sin tiempo y éste en el tiempo. Ambos admirables, el uno sin madre y el otro sin padre. Si no

entendemos este modo de nacer ¿cómo podremos cantar aquel otro? ¿Quién puede entender esta nueva e inusitada novedad, única en el mundo, increíble, pero que es necesario creer... de que una virgen haya concebido, una virgen haya dado a luz y haya permanecido virgen? Lo que la razón humana no alcanza, la fe lo admite, y donde falla el entendimiento del hombre, la fe adelanta.

Había creado a los dos sexos, al varón y a la mujer, y por eso quiere honrar con su nacimiento a los dos, ya que vino a liberar a ambos. Ya conoces la caída del primer hombre y cómo la serpiente no se atrevió a hablar al varón, sino que utilizó el ministerio de una mujer para hacerle caer. Derribó al fuerte por medio de la más débil, y conquistando al uno triunfó de los dos. Y para que movidos del justo dolor de nuestra muerte no llegásemos a aborrecer a la mujer y creerla condenada sin remedio, Dios, que vino a buscar lo que habían perecido, quiso recomendarnos y honrar a los dos sexos, puesto que uno y otro habían perecido. No hagamos injuria de ninguno de ellos al Creador, ya que el nacimiento del Señor les ofrece la esperanza a ambos. El cuerpo de Cristo en honor del sexo masculino; su madre, del femenino. La gracia de Cristo venció la audacia de la serpiente» (cf. *Serm.* 7,2: PL 38, 1001).

b) Y HONRA A TODOS LOS ESTADOS DE LA VIDA CRISTIANA 29

«Alegraos, vírgenes de Cristo, su Madre es igual a vosotras. No habéis podido ser madres de Cristo... pero si os acordáis de sus palabras como debéis, sabéis que también sois madres suyas, puesto que cumplís la voluntad de su Padre. El lo dijo: *Todo el que hace la voluntad de mi Padre, es mi hermano, y mi hermana, y mi madre* (Mt. 12,50). Alegraos, viudas, del Cristo que supo hacer fecunda la virginidad, y a quien habéis entregado la santidad de vuestra continencia. Alegraos, casados honestos, y todos los que vivís fielmente con vuestra esposa. Lo que no habéis conservado en vuestro cuerpo, guardadlo en vuestro corazón... conservad la virginidad de la fe. En María, la virginidad alumbró a Cristo; en Ana, la anciana viudez le conoció pequeño; en Isabel, la castidad y fecundidad conyugal trabajaron para Cristo» (cf. *Serm.* 9,2: PL 38,1012).

E) La verdad y la justificación

a) EL NACIMIENTO DE LA VERDAD EN LA TIERRA 30

«Este es el día del nacimiento en el que la Sabiduría de Dios aparece como niño que no puede hablar y la Palabra de Dios emite los vagidos humanos sin palabras... Con este aniversario celebramos aquel día en que se cumplió el anuncio del profeta: *La verdad*

sale de la tierra y la justicia mira desde el cielo (Ps. 84,12). La Verdad que está en el seno del Padre, nace de la tierra para habitar así también en el seno de la madre. La Verdad que sostiene al mundo nace de la tierra para ser sostenida por las manos de una mujer. La Verdad que alimenta incorruptible la felicidad de los ángeles ha nacido de la tierra para ser amamantada por una mujer. La Verdad para la que el cielo no basta, nace en la tierra para ser colocada en un pesebre...

¿A quién aprovecha humildad tan sublime? De ninguna manera le aprovecha a El, pero mucho nos aprovecha a nosotros, si tenemos fe. Despiértate, pues, ¡oh hombre! Dios se hace hombre por ti. *Levántate, tú que duermes, levántate de la muerte y te iluminará Cristo* (Eph. 5,14). Por ti, Dios se hizo hombre. Habríamos muerto para la eternidad si no hubiese nacido El en el tiempo. Nunca te hubieras visto libre de esta carne de pecado si no la hubiera recibido El. Hubieras gemido en miseria perpetua de no aparecer tal misericordia. No hubieras resucitado si no hubiese salido al encuentro de tu mortalidad. Hubieras caído si no te ayudara. Hubieras perecido de no venir».

31 b) El día de hoy es día de alegría santa

«Celebremos, pues, alegres, la venida de nuestra salud y redención. Celebremos este día de fiesta en el cual un tan grande y eterno día nos viene de aquel otro grande y eterno a éste nuestro, tan breve y temporal...

Este día *se ha hecho para nosotros justicia, santificación y redención, para que, como está escrito, el que se gloría se glorie en el Señor* (1 Cor. 1,30-31)... Por eso apenas si ha dicho: *La Verdad nace de la tierra*, añade: *y la justicia mira desde el cielo*, para que nuestra debilidad mortal no se la apropiara diciendo ser suya y creyendo que el hombre se justifica a sí mismo, esto es, que se hace justo por sí mismo, recusando la justicia de Dios. La Verdad nace de la tierra, y Cristo, que dice: *Yo soy la verdad* (Io. 14,6), nace de una virgen.

Por eso, nacido el Señor de una virgen, en este día cuya fiesta celebramos, se oye el anuncio de los ángeles que cantan: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (Lc. 2,14). ¿De dónde paz en la tierra, sino porque la verdad nace en la tierra, esto es, porque Cristo nace como hombre? *El es nuestra paz que hace de los dos pueblos uno* (Eph. 2,14) para que seamos hombres de buena voluntad, unidos suavemente por los vínculos de la unidad. Alegrémonos, pues, ante este nacimiento para que nuestra gloria consista *en el testimonio de la conciencia* (2 Cor. 1,12) donde nos gloriamos, no en nosotros mismos, sino en el Señor» (cf. *Serm.* 2,1-3: PL 38,997).

F) Humildad que cura las heridas de la soberbia 32

¿Quién podrá cantar la generación de este Verbo tan distante de nuestra humildad, Palabra por la cual fué hecho todo, engendrado en el seno del Padre y después en el seno de María, eterno en la eternidad de Dios y hombre en los brazos de su madre? Su primera generación «no tiene día para celebrarse ni aparece al girar de los años, sino que permaneció siempre sin ocaso, porque no comenzó con ninguna aurora. Es un día eterno, el único Verbo de Dios, es la vida, la Luz de los hombres. En cambio, este otro que aparece en la carne humana, ahora se llama hoy y mañana ayer... ¿Qué alabanzas entonaremos al amor de Dios y qué gracias le daremos? Nos amó en forma tal que nació en el tiempo el que creó los tiempos, y el que era más antiguo que el mundo fué menor en edad que muchos de sus siervos.

¿Ves, pues, ¡oh hombre!, lo que Dios ha hecho por ti? Aprende la lección de tan grande humildad, aunque sea de los labios de un maestro que no habla todavía. En el paraíso hablaste tú con tal facilidad que impusiste nombre a todos los animales (Gen. 2,19), y ahora, por ti, tu Creador yace sin palabras en un pesebre, incapaz de llamar por su nombre ni siquiera a su madre. En aquel hermoso y amplio jardín de bosques te perdiste por desobediente, y éste, por obedecer, viene en carne mortal a una estrecha posada, para buscar muriendo al que estaba muerto. Tú, hombre, quisiste ser dios, y pereciste; El, Dios, quiso ser hombre para salvarte. Tanto te hundió la soberbia humana que no pudo alzarte sino la humildad divina» (cf. *Serm.* 5,2-3: PL 38,1004).

III. SAN LEON MAGNO

La encarnación del Verbo y la filiación adoptiva del hombre

Las ideas predominantes en los diversos sermones de San León sobre la Natividad son, además de la alegría de la fiesta, nuestra adopción de hijos y la existencia de las dos naturalezas, contra los monofisitas.

Extractamos íntegro el sermón 22, segundo de Navidad, y recopilamos, ordenándolos, los principales pensamientos de los demás. Pueden leerse cinco sermones muy bien traducidos por D. Casimiro Eliseda en Ediciones Aspas (Madrid 1945) p.25-57 (cf. PL 54-56).

A) Sermón segundo

a) Alegría de la fiesta. Satanás derrotado 33

«Alegrémonos, dilectísimos..., porque ha brillado para nosotros el día de la nueva redención... Dios omnipotente y misericordioso, cuya naturaleza es la bondad... tan pronto como nos ocasionó la

muerte el demonio... señaló los remedios que a su piedad nos tenía preparados..., anunciando al diablo que nacería Cristo en carne mortal, Dios y hombre a la vez, para que, hijo de una virgen, condenase con su nacimiento sin mancilla al corruptor del género humano».

Jactábase el demonio de haber privado al hombre de sus dones y hasta de haber torcido el orden de la Providencia. Esta, inmutable y clemente, consiguió se cumpliera su primer propósito, si bien por misteriosos medios.

34 b) MARAVILLAS DE LA ENCARNACIÓN

Entra Dios de un modo nuevo. El invisible, visible; el anterior al tiempo, en el tiempo; el Señor, esclavo.

Engendrado por una virgen: «Si lo que quieren saber es la verdad de su naturaleza, tendrás que confesar la materia humana, mas si inquieres saber la razón de su origen, declararás el poder de Dios. Vino Nuestro Señor Jesucristo a librarnos de nuestras dolencias, no a cargar con ellas; no a rendirse a los vicios, sino a remediarlos..., y por eso convenía que naciera de manera nueva quien traía la gracia nueva de la santidad inmaculada... Convino que la virtud del Hijo velase por la virginidad de la madre y que tan grato claustro de pudor y morada de santidad fuera guardada por la gracia del Espíritu Santo, que había determinado levantar lo caído, dar solidez a lo quebrado y conceder a la pureza fuerzas superiores para vencer a los halagos de la carne».

35 c) LUCHA Y ENGAÑA AL DEMONIO

«Dios, de entre todos los procedimientos de destruir la obra del demonio, elige la justicia, sin tener que echar mano a los recursos de su poder». La tiranía del demonio no era indebida, pues la elegimos libremente.

Cristo, para luchar, cubre su divinidad inseparable con el velo de nuestra flaqueza, y el demonio se engaña creyendo ser un puro hombre.

Persiste «el malvado pirata» en tentar a Cristo, hasta que en la pasión éste rompe el decreto que le valía. «Toda la trama del maligno recae sobre su cabeza (Gen. 3,15) y prisionero el príncipe de este mundo se recogen sus despojos».

36 d) APRECIAD VUESTRA RECONCILIACIÓN

A ti, abyecto, arrojado del paraíso, destinado a ser polvo y ceniza, te dió Cristo el ser hijo de Dios por la adopción. Llámale Padre. «Libre del reato de las culpas pasadas, debes suspirar por los celestiales reinos, cumpliendo la voluntad de Dios».

El demonio volverá a luchar contra ti, pero no consientas que disipe los gozos de este día.

«Honrad el sagrado misterio de la redención del hombre. Abrazad a Cristo, que nace con nuestra propia carne, para que finalmente merezcáis ver al Dios de la gloria reinando en su majestad con el Padre y el Espíritu Santo... Amén».

B) Selección de pensamientos

a) Alegría en día tal 37

«Nuestro Salvador, amadísimos, ha nacido hoy: alegrémonos. Pues no es justo dar lugar a la tristeza cuando nace la vida, que acabando con el temor de la muerte nos llenó de gozo con la eternidad prometida. Exulte el santo, porque se acerca el premio. Alégrese el pecador, porque se le invita al perdón» (cf. o.c., *Serm.* 1 p.23).

«Todos los días deben acordarse los fieles del nacimiento de nuestro Señor, ya en la oración, ya durante la oblación del sacrificio. Pero ningún día como el presente nos pone delante este nacimiento. No sólo ante nuestra memoria, sino que, en cierta manera, se verifica ante nuestros mismos ojos. El Verbo de Dios revestido de carne y el que nunca fué visible por ojos humanos empezó a dejarse tocar y palpar. Hoy los pastores le conocieron por medio de un ángel, y a los que presiden la grey del Señor se les enseñó la manera de anunciar la buena nueva, para que también nosotros digamos con el ejército de la milicia celeste (Lc. 2,4): *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*» (cf. ibid. *Serm.*, 6 p.37).

«Al celebrar, carísimos, el día del nacimiento del Señor, que es el día más señalado entre los de tiempos pasados, aunque haya transcurrido el orden de las acciones corporales, y toda la humildad del Redentor ha sido sublimada hasta la gloria de la majestad del Padre, tanto que *al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria del Padre* (Phil. 2,10), nosotros adoramos continuamente el parto de la salutífera Virgen, y reverenciamos a aquella indisoluble unión del Verbo y la carne, no menos cuando está postrada en el pesebre, que cuando aparece sentada en el trono de la majestad paterna» (cf. ibid., *Serm.* 9 p.53).

b) Dos naturalezas en Cristo. Su necesidad 38

1. Venció al demonio en su terreno más fuerte

«En esta lucha emprendida por nosotros, peleóse según las mejores y más justas reglas de la equidad, pues el Señor todopoderoso combatió con el cruelísimo enemigo, no en su majestad, sino en nuestra humildad» (cf. ibid., *Serm.* 1 p.23).

2. Dos naturalezas en una persona

«Así, pues, el Verbo de Dios, Dios, Hijo de Dios, que *en el principio estaba con Dios, por quien han sido hechas todas las cosas y sin El nada se ha hecho* (Io. 1,2-3), para librar al hombre de la muerte eterna, se hizo hombre, de tal manera bajándose a revestirse de nuestra humidad (aunque sin disminución de su majestad), que permaneciendo como era y tomando lo que no era, unió la verdadera forma de siervo a aquella otra forma por la que es igual a Dios Padre; y con tan estrecha alianza cosió una y otra naturaleza, que ni a la inferior la absorbió la glorificación ni a la superior la disminuyó la asunción. Quedando a salvo la propiedad de cada substancia y aglutinándose en una sola persona, es tomada por la majestad la humildad; por la fortaleza, la debilidad; por la eternidad, la mortalidad, y para pagar la deuda de nuestra condición, una naturaleza inviolable (inatacable, inasequible al daño) es unida a una naturaleza pasible, y un Dios verdadero y hombre verdadero se plasma en un solo Señor (en Jesucristo), para que, conforme convenía a nuestro remedio, uno e idéntico mediador entre Dios y los hombres pudiese morir por un lado y resucitar por otro. Con razón, pues, no ocasionó corrupción alguna a la integridad virginal el parto de salvación, porque fué guarda del pudor el nacimiento de la verdad» (cf. ibid., p.24-25).

«Tal nacimiento, carísimos, era el que convenía a la fortaleza de Dios y a la sabiduría de Dios, que es Cristo; nacimiento por el cual se hiciese semejante a nosotros por la humanidad y nos aventajase por la divinidad. De no haber sido Dios, no nos hubiera proporcionado remedio; de no haber sido hombre, no nos hubiera dado ejemplo» (cf. ibid., p.25).

39 c) HOY SOMOS ENGENDRADOS SOBRENATURALMENTE

«También celebramos nuestros principios. La generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano, como el nacimiento de la cabeza lo es a la vez de todo el cuerpo... Todo el conjunto de los fieles, nacidos en la fuente bautismal, así como han sido crucificados con Cristo, resucitados en su resurrección, colocados a la derecha del Padre en su ascensión, del mismo modo han sido engendrados con El en este su nacimiento..., y ya para nada cuenta la ascendencia de su padre carnal, sino que reciben su origen del Salvador, que se hizo hijo del hombre para que nosotros pudiéramos ser hijos de Dios; pues si El no hubiera descendido hasta nosotros con su humildad, ninguno hubiera podido llegar con sus propios méritos hasta El» (cf. ibid., *Serm.* 6 p.37-38).

«Naciendo, pues, Nuestro Señor Jesucristo como hombre verdadero, sin dejar de ser nunca Dios verdadero, dió origen en sí a una nueva generación, y con la forma de su nacimiento dió principio espiritual al género humano... por medio de un nacimiento sin semilla de pecado para los regenerados; de los cuales

que *no proceden de la sangre, ni del querer de la carne, ni de la voluntad de hombre, sino que nacen de Dios* (Io. 1,13). ¿Cómo podrá el entendimiento comprender tal misterio? ¿Cómo podrá la lengua referir semejante gracia? Cambia en inocencia la iniquidad y en novedad la vejez. Pasan a recibir la adopción los extraños y entran a tomar parte de la herencia los forasteros. De impíos comienzan a ser justos..., de terrenales se hacen celestiales. ¿A quién deberá atribuirse tal cambio sino a la diestra del Todopoderoso? Puesto que vino el Hijo de Dios a destruir las obras del diablo, y de tal manera se unió a nosotros y a nosotros nos unió a El, que la bajada de Dios hasta el hombre se convirtió en elevación del hombre hasta Dios» (cf. ibid., *Serm.* 7 p.46).

«Por medio de la Encarnación del Verbo se te dió poder de acercarte a tu Creador, estando tan de antiguo apartado de El; de reconocerle como padre; de verte libre de tu esclavitud; de pasar de extraño a la categoría de hijo, y de que, habiendo nacido de carne corruptible, renazcas por el Espíritu de Dios y obtengas por la gracia lo que no habías recibido por la naturaleza, como el que, reconociéndote Hijo de Dios por el espíritu de adopción, te atrevas a llamar Padre a Dios» (cf. ibid., *Serm.* 2 p.33).

d) Consecuencias de la adopción

1. Conoce tu dignidad. Vive conforme a ella 40

«Despierta, ¡oh hombre!, y reconoce la dignidad de tu naturaleza y recuerda que fuiste hecho a imagen de Dios, que si se corrompió en Adán, fué reformada en Cristo. Usa, como debe usarse, de las criaturas visibles... Mar, cielo, aire, fuentes y luces, y cuanto de bello y admirable en ellos encuentres, conviértelo en gloria y alabanza del Creador... Si somos templos de Dios y el Espíritu Santo habita en nosotros, mucho más digno es lo que esconde dentro de su alma cualquier fiel que lo que admira en el cielo. No os decimos estas cosas, queridos hermanos, para persuadiros a que menospreciéis las obras de Dios o penséis hallar algo contrario a la fe en lo que Dios creó, sino para que uséis de toda la belleza de las criaturas y de todo el ornato del mundo moderada y razonablemente, *pues las cosas que aparecen,* como dice el Apóstol, *son pasajeras; mas las que no se ven, son eternas* (2 Cor. 4,18). Y puesto que hemos nacido para las cosas presentes, pero renacido para las venideras, no nos entreguemos a los bienes temporales, sino que apetezcamos los eternos, y para que veamos más de cerca nuestra esperanza, pensemos en el misterio del nacimiento del Señor y en lo que la gracia divina ha dado a nuestra naturaleza. Oigamos al Apóstol cuando dice: *Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Mas cuando apareciere vuestra verdadera vida, entonces también vosotros apareceréis con El en la gloria* (Col. 3,3), que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén» (cf. ibid., *Serm.* 7 p.50).

41 **2. Honra tu linaje**

«Si en los linajes carnales y en las estirpes terrenas los vicios de una vida depravada empañan la fama de los hijos de padres nobles, y precisamente por esto el resplandor de sus mayores confunde a los hijos indignos, ¿cuál será el fin de los que no tienen inconveniente en regenerar por su amor al mundo de la generación de Cristo? Si entre los hombres es tenido por digno de loa que la honradez de los padres resplandezca en sus descendientes, ¿cuánto más glorioso será que en los nacidos de Dios resalte la imagen de su autor, mostrando en su alma al que los ha engendrado, pues dice el Señor (Mt. 3,16): *Brille vuestra luz ante los hombres, que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos?*» (cf. ibid., *Serm.* 6 p.40).

42 **3. Renuncia a la carne**

«Por tanto, amadísimos hermanos, demos gracias a Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo, el cual, por la excesiva misericordia con que nos amó, se compadeció de nosotros, y *estando muertos por los pecados nos resucitó a la vida de Cristo* (Eph. 2,18), para que tuviéramos en El una nueva vida y un nuevo ser. Así que dejemos el hombre viejo con sus acciones y hechos participantes del nacimiento de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, ¡oh cristiano!, tu dignidad, pues participas de la divina naturaleza, y no quieras volver a la antigua vileza con una vida depravada. Recuerda de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Ten presente que habiendo sido arrancado del poder de las tinieblas, has sido transportado al reino y esplendor de Dios. Por el sacramento del bautismo fuiste hecho templo del Espíritu Santo; no ahuyentes a tan escogido huésped con acciones pecaminosas, sometiéndote otra vez a la esclavitud del demonio, porque has costado la sangre de Cristo, quien te juzgará conforme a verdad, quien te redimió según su misericordia, el que con el Padre y el Espíritu Santo reina por los siglos de los siglos. Amén» (cf. ibid., *Serm.* 1 p.26).

43 **4. Suspira por el reino**

«Libre ya de las culpas pasadas, debes suspirar por los celestiales reinos, haciendo la voluntad de Dios, ayudado del auxilio divino, imitando a los ángeles sobre la tierra, alimentándote con el manjar de la substancia inmortal, luchando contra las tentaciones enemigas, bien seguro en tu piedad, y si cumples fielmente los juramentos del ejército celestial, no dudes que serás coronado por tu victoria en los campamentos triunfadores del Rey eterno, recibiéndote la resurrección preparada a los buenos para llevarte a la compañía del reino celestial» (cf. ibid., *Serm.* 2 p.33).

e) La verdadera paz

1. Efecto de la adopción 44

«Si nosotros mismos nos acusamos mediante la propia confesión, y si además negamos nuestra alma a los deseos de la carne, nos atraeremos las enemistades del que es autor del pecado, pero aseguraremos una paz inalterable con Dios sirviendo a su gracia, no estando sometidos a nuestro Rey únicamente por la obediencia, sino también mediante el propio juicio; porque si tenemos unanimidad de pensamientos, si lo que El quiere lo queremos nosotros, si lo que reprueba lo reprobamos, El luchará por nosotros todas las batallas; El, que nos dió el querer, nos dará también el poder, y cooperaremos a sus obras y repetiremos el dicho profético llenos del regocijo de la esperanza: *El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida, ¿de quién tendré miedo?* (Ps. 26,1).

Los que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios (Io. 1,13), ofrezcan a Dios su amistad de hijos dóciles..., pues la gracia del Padre se ha dignado aceptar como herederos no a los desunidos y desavenidos, sino a los que sienten y aman una misma cosa. Los nuevamente conformados no deben tener más que una sola alma y pensamiento. El nacimiento del Señor es a la vez día del nacimiento de la paz, como dice el Apóstol: *El es nuestra paz, puesto que hizo de dos cosas una sola* (Eph. 2,14), porque tanto judíos como gentiles, *por su medio nos acercamos al Padre, unidos en un mismo Espíritu* (Eph. 2,18). El día anterior a su pasión... enseñaba a sus discípulos principalmente esta doctrina: *Mi paz os doy, mi paz os dejo* (Io. 14,27). Y para que no se oscureciese con el nombre general de paz la paz tan sublime que nos había de dar, dijo: *No os doy yo una paz como la del mundo* (ibid.). Tiene el mundo también sus amistades y hace que muchos se amen con amor perverso. Hay quienes piensan del mismo modo encenagados en los vicios, y la semejanza en sus deseos produce la igualdad en los afectos... Estos no son de los amigos de Dios, sino de la paz del mundo. Porque la paz de los espirituales y de los católicos, que viene de arriba y arriba nos conduce, no quiere que nos mezclemos con los amadores del mundo de ningún modo, sino que resistamos a todas sus dificultades, y libres de perniciosos deleites nos elevemos a los goces verdaderos..., adonde a los que sentimos y queremos lo mismo, a los que estamos unidos por la misma fe, esperanza y caridad, nos encamine y nos lleve el Espíritu de la paz, porque *los que se guían por el Espíritu de Dios, ésos son los hijos de Dios* (Rom. 8,14)» (cf. ibid., *Serm.* 6 p.42-43).

2. Obsequio al recién nacido. Compendio de los mandatos 45

«Y ¿qué cosa podemos hallar en los tesoros de la largueza del Señor más en consonancia con el homenaje debido a la presente festividad que la paz anunciada por los ángeles por primera vez

en el nacimiento del Señor? Ella es la que engendra los hijos de Dios, la que fomenta el amor y produce la unidad. Ella es el reposo de los bienaventurados y la morada de la eternidad, cuyo principal oficio y especial beneficio es unir a Dios a los que se han separado del mundo. Y por lo mismo el Apóstol nos anima a tan gran bien, diciendo: *Justificados, pues, por la fe, mantengamos la paz con Dios* (Rom. 5,1). En tan breves palabras se contienen en resumen todos los mandamientos, porque donde estuviere la verdadera paz no puede faltar ninguna virtud. ¿Qué es, queridísimos, estar en paz con Dios sino querer lo que El manda y no querer lo que prohibe? Y si en las amistades humanas se mantiene un mismo carácter y parecida voluntad o querer, hasta el punto que la divergencia en las costumbres nunca reporta una avenencia sólida, ¿cómo podrá participar de la paz de Dios aquel a quien desagrada lo que a Dios agrada y pretende deleitarse en lo que sabe le ofende? No es éste el espíritu de los hijos de Dios, ni la nobleza del hijo adoptivo permite tal proceder. Este linaje real y escogido corresponda a la dignidad de su origen, ame lo que su padre ama y no discrepe en nada del parecer de su autor, no sea que diga de nuevo el Señor: *Engendré hijos y los encumbré; ellos, sin embargo, me despreciaron. El buey reconoce a su dueño, y el asno, el pesebre de su amo, pero Israel no me ha reconocido y mi pueblo no me ha comprendido* (Is. 1,2)» (cf. ibid., *Serm.* 6 p.39-40).

SECCION IV. TEOLOGOS

I. SANTO TOMAS DE AQUINO

Fiesta de Navidad

Los textos de Santo Tomás que hoy presentamos son de dos clases, unos se refieren y aclaran el dogma; otros versan sobre algunas circunstancias concretas del nacimiento del Redentor.

A) En Cristo hay dos nacimientos

a) EN LA ETERNIDAD Y EN EL TIEMPO **46**

«Se puede afirmar que Cristo ha nacido dos veces, según sus dos nacimientos; porque así como se dice que corre dos veces el que corre en dos tiempos, así puede decirse que nace dos veces el que nace una vez en la eternidad y otra en el tiempo; porque la eternidad y el tiempo difieren mucho más que dos tiempos, aunque uno y otro designen una medida de duración» (cf. 3 q.35 a. 2 ad 4).

b) LOS DOS NACIMIENTOS **47**

«La naturaleza se compara al nacimiento como el término al movimiento o mutación; y el movimiento se diversifica según la diversidad de los términos, como consta por el Filósofo *(Phys.* V, 5,3: Bk 229a25). Pero en Cristo hay dos naturalezas, divina y humana, de las cuales la una la recibió «ab aeterno» del Padre, y la otra la recibió temporalmente de la Madre. Por eso, es necesario atribuir a Cristo dos nacimientos: uno por el que nació eternamente del Padre, y otro por el que nació temporalmente de la Madre» (cf. 3 q.35 a.2 c).

B) La maternidad de María

a) LA VIRGEN ES MADRE DE CRISTO **48**

«La Bienaventurada Virgen María es verdadera y natural madre de Cristo, porque, como se ha dicho (q.5 a.2), el cuerpo de Cristo no ha sido traído del cielo, como supuso el hereje Valentín, sino

tomado de la Virgen Madre y formado de su purísima sangre; y esto es lo único que se requiere para ser madre. Por consiguiente, la Bienaventurada Virgen es verdaderamente la Madre de Cristo» (3 q.35 a.3 c).

49 b) Es también Madre de Dios

«Todo nombre, que significa en concreto una naturaleza, puede atribuirse a una hipóstasis de esta naturaleza. Pero como la unión de la encarnación fué hecha en una hipóstasis, es evidente que este nombre *Dios* puede atribuirse a la hipóstasis que tiene la naturaleza humana y la naturaleza divina; y por eso, todo lo que conviene a la naturaleza divina o humana puede atribuirse a aquella persona, ya se le atribuya a ella un nombre que significa la naturaleza divina, ya se le atribuya otro que significa la humana.

Pero ser concebido y nacer se atribuye a la persona y a la hipóstasis según aquella naturaleza en que es concebida y nace. Ahora bien, como en el principio mismo de la concepción la naturaleza humana fué tomada por la persona divina, se puede afirmar con toda razón que Dios fué concebido y nació de la Virgen. Pero una mujer recibe el nombre de madre de una persona por haberla concebido y engendrado. De lo cual se sigue que la Bienaventurada Virgen se dice verdaderamente Madre de Dios. Porque sólo se podría negar que la Bienaventurada Virgen es Madre de Dios si la humanidad hubiera estado sometida a la concepción y al nacimiento antes que aquel hombre hubiese sido el Hijo de Dios, como supuso Fotino; o si la humanidad no hubiese sido levantada a la unidad de persona o hipóstasis del Verbo de Dios, como supuso Nestorio. Pero ambas hipóstasis son erróneas; por consiguiente es herético negar que la Bienaventurada Virgen es Madre de Dios» (cf. 3 q.35 a.4 c).

50 c) Es Madre sin detrimento de su virginidad

«Es manifiesto que convenía que en la generación humana del Verbo de Dios resplandeciese alguna propiedad de la generación espiritual del Verbo. Ahora bien, el verbo, según sale de quien lo profiere, tanto si es concebido interiormente como si es pronunciado exteriormente, no ocasiona la corrupción de quien lo profiere, sino que más bien es una muestra de la plenitud de perfección de quien lo pronuncia. Por consiguiente, fué conveniente que el Verbo de Dios fuera concebido y naciera según la generación humana, de tal manera que no corrompiera la integridad de la madre. Era también conveniente que el Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas y por quien todas son conservadas en su integridad, naciera de modo que conservase la integridad de la madre en todo. Por lo tanto, fué conveniente que su generación fuese virginal» (cf. *Suma contra los gentiles*, 4,45: BAC 2,778).

C) *Cristo nació del Espíritu Santo*

a) La encarnación, expresión del Verbo 51

«Aunque cualquier operación divina destinada a producir algo en las criaturas es común a toda la Trinidad, como consta por lo dicho anteriormente (c.21), sin embargo, la formación del cuerpo de Cristo, que fué realizada por el poder divino, se atribuye convenientemente al Espíritu Santo, aunque sea común a toda la Trinidad.

Esto conviene, al parecer, a la encarnación del Verbo, porque, así como nuestro verbo, concebido en la mente, es invisible, pero se hace sensible manifestándolo externamente con la voz, así también el Verbo de Dios existe invisiblemente en el corazón del Padre, según la generación eterna, y por la encarnación es sensible para nosotros. Luego la encarnación del Verbo de Dios es como la expresión vocal de nuestro verbo. Ahora bien, la expresión vocal de nuestro verbo se realiza por nuestro espíritu, por el cual se forma la voz de nuestro verbo. Según esto, también se dice convenientemente que la formación de la carne del Hijo de Dios se hizo por su Espíritu» (cf. *Suma contra los gentiles* 4,46: BAC 2,780).

b) La causa de la encarnación 52

«Esto sirve también para indicar la causa que impulsó a la encarnación del Verbo. Y ésta no pudo ser otra que el inmenso amor de Dios hacia el hombre, cuya naturaleza quiso unir a sí en unidad de persona. Pero en la Deidad, el Espíritu Santo es el que procede como amor, según se dijo anteriormente (c.19). Luego fué conveniente que la obra de la encarnación se atribuyera al Espíritu Santo» (ibid.).

c) La encarnación, máximo don 53

«También en la Sagrada Escritura suele atribuirse cualquier gracia al Espíritu Santo, porque lo que se da gratuitamente parece ser concedido por el amor del donante. Mas al hombre no se le ha podido conceder mayor gracia que unirse a Dios en persona. Luego esta obra se atribuye convenientemente al Espíritu Santo» (ibid.).

D) *Cristo nació en Belén*

a) Porque era de la familia de David 54

«Así como David nació en Belén, así también eligió a Jerusalén para establecer en ella la silla del reino y edificar allí el templo de Dios. Por eso escogió a Jerusalén para que ésta fuese a la vez

la ciudad real y la ciudad sacerdotal. Pero el sacerdocio de Cristo y su reino se consumó principalmente en su Pasión; y por eso eligió convenientemente a Belén para la Natividad, y a Jerusalén para la Pasión» (cf. 3 q.35 a.7 ad 11).

55 b) Porque es «pan vivo»

«En segundo lugar, porque, como dice San Gregorio (cf. *In Evang.* 1,8: PL 76,1104), Belén se interpreta «casa de pan», y el mismo Cristo es el que dice *yo soy el pan vivo, que descendió del cielo*» (ibid.).

56 c) Para confundir la gloria de los hombres

«Al mismo tiempo confundió con esta elección la gloria de los hombres, que se glorían de traer su origen de nobles ciudades, en lo que quieren también ser honrados principalmente. Cristo, por el contrario, quiso nacer en una ciudad oscura y sufrir el oprobio en una ciudad noble» (ibid.).

E) En tiempo oportuno

57 a) Durante el censo de Quirino

«Cristo había venido para llevarnos del estado de la esclavitud al estado de la libertad. Por eso, así como tomó nuestra mortalidad para conducirnos a la vida, así, como dice Beda (cf. *In Lc.* 2,4,1: PL 92,330), «se dignó encarnarse en el tiempo en que el César ordenaba que el recién nacido fuera inscrito en el censo, para someterse a la esclavitud en interés de nuestra libertad» (cf. 3 q.35 a.8 ad 1).

58 b) Cuando el mundo estaba en paz

«En aquel tiempo en que todo el orbe vivía bajo el poder de un solo príncipe se disfrutó de mayor paz en el mundo. Por lo tanto, convenía que en aquel tiempo naciese Jesucristo, que *es nuestra paz, y de ambos ha hecho un solo pueblo*, como se dice en Eph. 2,14. Por esta razón añade San Jerónimo (cf. *Super Is.* 2,4,1.2: PL 24,46): «Si revolvemos las historias antiguas, encontraremos que hasta el año 28 del reinado de César Augusto hubo guerras en el mundo entero; pero al nacer el Señor cesaron todas», según aquello de Is. 2,4: *No alzará la espada una nación contra otra nación*» (ibid.).

II. SAN BUENAVENTURA

La encarnación del Verbo y el nacimiento de Cristo en el alma

A) Conveniencia de la encarnación

(Cf. *Breviloquio*, p.4.ª: BAC, *Obras de San Buenaventura* t.1 p.331y 335.)

a) LA UNIÓN DE DIOS Y EL HOMBRE FUÉ EL MEDIO MÁS CONVENIENTE

1. A Dios por ser causa eficiente universal **59**

«Puesto que el principio eficiente de las cosas no pudo ni debió ser otro que Dios mismo, y no es menos reparar las cosas creadas que sacarlas a la existencia, como no es menos tampoco el perfecto existir que el mero existir, convenientísimo fué que el Principio reparador de las mismas fuera el Sumo Dios, a fin de que, así como Dios todo lo creó por el Verbo Increado, así también todo lo sanara por el Verbo Encarnado.

Y ¿qué mayor poder que unir dos extremos más distantes en una única persona? ¿Qué cosa más sabia y conveniente que realizar, para la perfección de todo el universo, la unión de lo primero y de lo último, esto es, del Verbo, Principio de todas las cosas, y de la naturaleza humana, la última de todas las criaturas? ¿Qué mayor benevolencia que tomar el Señor *la forma de siervo* (Phil. 2,7) para rescatar al siervo?»

2. Era el mejor medio para que el hombre conociera, amara e imitara a Dios **60**

El hombre espiritual al pecar se separó de Dios, potentísimo, sapientísimo y benevolentísimo, adquiriendo las opuestas condiciones de debilidad, ignorancia y maldad, e incapacitándose para imitar la virtud de Dios, conocer su luz y amar su bondad.

Por lo tanto, para que el hombre pudiera imitar a Dios, conocerle y amarle, necesario era que Dios se le acercase, haciéndose cognoscible, amable e imitable. Y como quiera que el hombre ya no podía conocer, amar ni imitar más que las cosas que le eran semejantes o proporcionadas, el Verbo se hizo carne, de forma que el hombre pudiera conocer, imitar y amar a Dios fácilmente.

3. Conviene para poder reparar el daño y satisfacer el pecado **61**

La reparación debe devolver al alma:

1.º Aquella su excelencia por la que sólo dependía de Dios.
2.º Su inocencia.
3.º La amistad con Dios.

Si el hombre fuese reparado por otra criatura, quedaría dependiendo de ésta y no de Dios, no siendo por lo tanto completa la restauración de la dignidad y excelencia humanas.

Para devolver la mutua amistad se necesita un mediador que participe de la condición de ambos enemigos, Dios y el hombre.

Devolver la inocencia por medio del perdón requiere la intervención de Dios, y perdonar, previa una satisfacción condigna, requiere un reparador que sea Dios y hombre.

Así, pues, la restauración de la excelencia del hombre requiere un restaurador excelentísimo; la de su amistad, un mediador amicísimo; la de su inocencia, un satisfactor suficientísimo.

De este modo el hombre que creado por el Verbo increado cayó por desoír al Verbo inspirado es reparador mediante el Verbo encarnado.

62 b) Dos naturalezas en una persona

1. *Para curar* debió Dios unirse a la naturaleza humana sin excepción de parte alguna, pues toda ella estaba enferma. Dícese que se «encarnó» por ser la carne lo más enfermo y por indicar mejor la humillación de Dios (cf. ibid., c.2 p.335).

2. *Para satisfacer* se necesitaban ambas naturalezas, pues ninguno satisface sino el que debe y puede, y no debe sino el hombre, y no puede sino Dios.

3. *Para reconciliar* se necesita:

1.º Un mediador.

2.º Que vuelva el hombre al conocimiento de Dios.

3.º A su conformidad divina.

4.º A la filiación divina.

Nadie mejor para mediador que el que es medio en la Santísima Trinidad, principio principiado; ni para dar a conocer a Dios que la Palabra por la que el Padre se manifiesta; ni para informarnos a El que su idea; ni para devolvernos la filiación que el Hijo.

Como la naturaleza divina no puede ser sostenida por otra persona que la divina, ambas naturalezas tienen esa sola persona.

63 c) Tiempo de la encarnación

At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum... (Gal. 4, 4). Dios esperó la plenitud de los tiempos, esto es, que transcurrieran muchas edades y economías religiosas antes de encarnarse (cf. ibid., c.4 p.343).

1. Porque para restaurar quería la cooperación del libre albedrío, y como nadie busca al médico si no se reconoce enfermo, quiso dejar a la humanidad en su estado de ignorancia y soberbia mientras fracasaban todos los remedios.

2. La grandeza del remedio de la encarnación requería fuese

amada y deseada, lo cual exigía una larga preparación de profetas, etc.

3. La perfección gradual del universo pide que lo más perfecto sea lo último.

B) De cómo es concebido y nace Cristo en el alma

Devotos y delicados y a la vez muy prácticos para pláticas espirituales son los párrafos de San Buenaventura en su opúsculo titulado *Las cinco festividades del Niño Jesús*. Aun cuando en el siglo XVIII se puso en tela de juicio la autenticidad del mismo, la opinión más común y segura es qué se deba a la pluma del Seráfico Doctor y pertenece al grupo de escritos que transparentan los finos sentimientos de su dulce alma, y son fruto de una contemplación íntima y sobrenatural (cf. *Las cinco festividades:* BAC, *Obras de San Buenaventura* t.2 p.365).

a) Cristo es concebido espiritualmente por el alma devota

1. Fecundada por el Padre mediante inspiraciones, comienza menospreciando al mundo 64

«Cuando el alma devota... comienza a ser visitada con nuevas inspiraciones, santos afectos la inflaman y altos pensamientos y consideraciones del cielo la acongojan. Entonces, finalmente, despedidos de sí los antiguos defectos y desestimados los vanos deseos de otro tiempo, es fecundada espiritualmente con el propósito de una nueva vida en espíritu de gracia por el Padre de las lumbres, de quien procede toda dádiva buena y todo don perfecto. Y entonces, por la virtud del Altísimo y la sombra refrigerante del cielo... es cuando el Padre celestial fecunda al alma con una como divina semilla. Después de esta concepción sacratísima, el alma se torna pálida por la verdadera humildad en la conservación; siente náuseas del manjar y de la bebida por el menosprecio y total renuncia de las cosas mundanales; sus apetitos y deseos varían por la diversidad de los buenos propósitos e intenciones, y a las veces en el aniquilamiento de la propia voluntad, comienza a enfermar y a padecer incomodidades y dolencias de espíritu» (cf. o.c., p.367-369).

2. Sube luego a la montaña, buscando la compañía y el consejo de los buenos 65

«Habiendo gustado el alma la Navidad del espíritu, comienza a subir con María a la montaña; porque, después de aquella concepción, las cosas terrenas engendran fastidio, y amor las celestiales y eternas. Ya empieza a huir de la compañía de los que sólo hallan sabor en lo vil y caduco de esta vida y a apetecer la familiaridad de los que anhelan por lo del cielo. Ya comienza a servir a Isabel, esto es, a los iluminados de la divina sabiduría, a los más abrasados en amor. Este punto es muy de notar, por lo mucho que les importa a los tales: cuanto más se alejan del mundo, tanto más se hacen más amigos y familiares de los buenos y tanto menos

gusto reciben de la compañía de los malos cuanto más los aficiona y enciende la honesta conversación de los buenos... Eso mismo has de hacer tú, alma devota, si sientes haber concebido del Espíritu nuevos deseos de vida celestial. Huye del trato y compañía de los malos, asciende con María, busca los consejos de las personas espirituales, trabaja por seguir las huellas de los perfectos y contempla en los buenos palabras, obras y ejemplos» (ibid., p.369).

66 **3. Debe seguir adelante, sin cobardías, confiada en Dios**

1.º *El peligro de ciertos consejos*

«Otros hay que parecen, y quizás lo son, buenos y religiosos; mas, con su perdón, son harto cobardes. No echan de ver que no está abreviada la mano salvadora del Señor, ni disminuída la piedad del Altísimo, que gusta de favorecer con su poderosa ayuda; tienen celo de Dios, pero indiscreto, hijo de la ignorancia, puesto que por compasión de los sufrimientos físicos, o tal vez por temor de que vuelvan atrás de lo comenzado—viendo a otros efectuar valerosamente propósitos que ellos mismos estimaban buenos y santos, pero sin osar emprenderlos—, retraen las almas de las obras de perfección. Disuaden de lo que excede las normas de la vida común, destruyen los santos consejos de la inspiración divina, y los consejos de los tales, atenta su vida, tanto son más peligrosos cuanto más autorizados.

A veces dicen éstos, objetando astutamente por el arte sofístico del antiguo adversario: Haciendo esas cosas te juzgarán por santo, por buen religioso, por devoto. Y como aún están muy lejos de serlo a los ojos del Supremo Juez, que ve tus grandes y graves y horrendos pecados, serás delincuente, perderás el mérito de la obra y serás condenado como hipócrita y fingido. Ciertos ejercicios sólo convienen a los que nunca cometieron culpa, que llevaron una vida santa e inocente y dejaron todas las cosas por Dios y todo el tiempo de su vida permanecieron unidos a El».

67 2.º *No hay que oírlos*

«Mas tú, ¡oh carísima alma consagrada a Dios!, guárdate de ellos, y sube con María a la montaña. San Pablo no había vivido sin pecado, no había perdido al Señor mucho tiempo cuando fué arrebatado al tercer cielo y vió y contempló a Dios cara a cara. María Magdalena, ayer toda soberbia, toda ambición, toda entregada a las vanidades del mundo y a las codicias de la carne, hoy se asienta entre los apóstoles a los pies de Cristo, puesto el atento oído a la doctrina devota de la perfección. Y en brevísimo tiempo se halló merecedora de ver a Dios, antes que todos, y constantemente anunció a los otros las palabras de la Verdad. Que no es Dios aceptador de personas. No mira la nobleza del linaje, ni el número de los días gastados en su servicio, ni la cantidad de las obras, sino el mayor fervor y caridad más ardiente del alma devota. No piensa en lo que un tiempo fuiste, sino en lo que comienzas a ser ahora. En suma, los dictámenes de ciertos consejeros serían

harto reprensibles, a no excusarlos la simplicidad, mas no deben ser aprobados.

Si no puedes salvarte por la inocencia, procura salvarte por la penitencia. Si no puedes ser Catalina o Cecilia, no tengas en poco el ser María Magdalena o de Egipto. Así que, si sientes haber concebido al dulcísimo Hijo de Dios con el propósito de una vida santa, despide estos venenos mortíferos y corre, date prisa y suspira, como mujer en su último mes, por llegar felizmente al parto» (ibid., p.371-373).

b) Cristo nace espiritualmente en el alma devota 68

1. Cuando ejecuta el buen propósito

«Atiende y considera cómo el bendito Hijo de Dios, ya espiritualmente concebido, espiritualmente nace en el alma. Nace, pues, cuando después de un sano consejo, después de maduro examen y después de haber invocado el patrocinio de la divina gracia, viene el hombre a poner por obra el santo propósito. Nace cuando el alma empieza a ejecutar ya los buenos deseos mucho tiempo ideados, a los cuales, con todo, no se acababa de determinar, temerosa del éxito» (ibid., p.375).

2. Brota, como en Belén, la paz interior 69

«En este beatísimo nacimiento los ángeles cantan, glorifican a Dios y pregonan paz a los hombres; porque en efectuándose el buen deseo, concebido y meditado, luego al punto brota la paz del hombre interior. Que, cierto, en el reino del alma no reposa fácilmente la divina paz cuando lucha la carne contra el espíritu y el espíritu contra la carne; cuando el espíritu busca la soledad y la carne el bullicio; cuando Cristo atrae y alegra al espíritu y el mundo a la carne; cuando el espíritu codicia el reposo de la contemplación con Dios y la carne apetece las honras y cargos del siglo. Y al contrario, cuando la carne se sujeta al espíritu y, vencidos los obstáculos, se lleva a efecto la buena obra, luego la paz y alegría brotan en el corazón» (ibid.).

c) Hemos de ser como María 70

1. El nombre de María

«Si esta jocunda natividad te deleita, has de ser espiritualmente María. Su nombre significa océano amargo, iluminadora y señora. Has de ser, pues, tú mar amargo por el llanto de la contrición, doliéndote amargamente de los pecados que cometistes, gimiendo inconsolable por los bienes que omitiste, afligiéndote sin descanso por los días que inútilmente perdiste. Has de ser iluminadora por honesta convivencia de obras virtuosas y tener el cuidado de informar a los otros en el bien. Has de ser, finalmente, señora de

tus sentidos, de las concupiscencias carnales, de todas tus obras, sujetándolas al juicio de la razón, buscando en todas ellas tu propia salud, la edificación del prójimo, la alabanza y gloria de Dios».

71 **2. La dulzura de ese nombre**

«Esta es la feliz María que se lamenta y duele de los pecados cometidos, resplandece y brilla de virtudes y señorea los apetitos sensuales. De esta espiritual María no se desdeña Jesucristo de nacer espiritualmente con alegría, sin dolor y sin trabajo. El alma, después de este dichoso nacimiento, conoce y gusta cuán suave es el Señor Jesús. Suave, en verdad, si nutrido con santas meditaciones, si lavado en la fuente de calientes y devotas lágrimas. Suave, si envuelto en los pañales de castos y limpios deseos y traído en los brazos del santo amor. Suave, cuando se le colma de besos por continuos afectos de devoción y se le abriga dentro en el seno del corazón. De esta suerte, pues, nace en el alma el Niño Jesús» (ibid., p.375-377).

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Sermón sobre la Natividad del Señor

Extractamos uno de sus muchos sermones sobre la Natividad y formamos seguidamente una colección de los pensamientos repartidos por los otros (cf. *Concio tert. in die Natali Domini*, ed. Complut. fol.37vto. 41).

A) Sermón tercero

a) EXORDIO 72

Comienza comentando el Salmo de David (71,17): «Tú, ¡oh Dios!, me adoctrinaste desde mi juventud y hasta ahora he pregonado tus grandezas. No me abandones, pues, ¡oh Dios!, en la vejez para que pueda manifestar tu poderío a esta generación y tus proezas a la venidera».

Me instruíste, dice, en mi juventud, esto es, durante mi vida, porque tú eres el Maestro, y yo lo cantaré hasta mi vejez, mientras haya vida en mí para hacer conocer tus glorias a las futuras generaciones. Estas futuras generaciones somos nosotros y estas maravillas el nacimiento del Señor.

No puede la Antigua Ley mostrar prodigios como el de Belén. ¿El mar se divide en dos? Eso no es nada; un océano infinito cabe encerrado en el vaso estrecho de un cuerpecillo. ¿La vara seca de Aarón se cubrió de follaje? Eso no es nada. Una virgen ha dado a luz al hombre Dios. ¿Moisés en una cesta? Eso no es nada; el Rey del cielo está en un pesebre. ¿Una columna de fuego guiando al pueblo por el desierto? Eso no es nada; el fuego divino, escondido en los labios de un cuerpo humano, conduce al mundo... Todas sus maravillas eran sombras; éstas son la realidad.

b) GLORIA DE LOS ATRIBUTOS DIVINOS 73

En todas las criaturas brilla el poder de Dios por su creación..., pero ¿qué extraño es que Dios cree ángeles y cielo, criaturas bellas? «Lo que es un acto admirable de su poder es que la naturaleza creada y creadora, lo pasible y lo impasible, lo mortal y lo inmortal, en una palabra, Dios y el hombre, se hayan unido indisolublemente.

Gran unión fué la de unir el alma y el cuerpo con nudo tan admirable y efectos tan profundos, que la muerte sea amarga, pero más admirable es la unión del Verbo y la carne en una persona sola».

El castigo de los ángeles es de severidad temerosa y manifestación de la justicia divina, y, sin embargo, no me espanto con los rigores sufridos por el pecado, porque, Señor, me parecéis más severo al perdonarme que cuando castigasteis a los espíritus rebeldes.

«¡El hombre pecó y Dios se inmola! La falta de un hombre condena a muerte al Hijo único de Dios. ¡Oh Señor! Me espantáis más al rescatarnos que si nos hubierais abandonado, y al perdonarnos, que si me hubierais dejado en la perdición. ¿Quién puede comprender una justicia semejante? Excusadme, Señor, yo os conjuro, pero deseo ardientemente vuestra gloria y no puedo expresar sin afligirme este acto de justicia. Os habéis excedido en vuestra obra y yo me excederé en las palabras. Sí, Señor, habéis pasado los límites de la justicia y en el gran deseo de parecer justo habéis caído en un exceso de justicia. Si no fueseis Dios, os diría que una justicia exagerada os hace parecer injusto. ¿Qué justicia es esta que condena a morir al Hijo por el esclavo, al Inocente por el culpable, al Todopoderoso por un gusano? ¿No es más grande el castigo que la falta? Y ¿la satisfacción no es mayor que la ofensa? Si hay exceso, no hay igualdad; si no hay igualdad, no hay justicia... Pesad nuestros pecados..., pesad la muerte de vuestro Hijo y la balanza se inclina desigualmente...» Pero, ¡oh Señor!, ¿cómo vais a ser injusto? Habéis hecho justicia, pero una justicia a vuestro modo, al estilo de Dios, que no podemos comprender, pero veneramos, admiramos, adoramos y abrazamos con todas las fuerzas de nuestra alma.

«No es sólo el poder y la justicia. Son todos los atributos divinos los que resplandecen en este misterio..., bondad, sabiduría, misericordia, magnificencia y amor...» Hablaremos sólo de lo principal de todo ello, del amor, porque en este misterio se notifica, según la Iglesia, *la multiforme sabiduría de Dios a los principados y potestades* (Eph. 3,10), pero el amor nos toca más cerca.

Parece que este misterio está diciendo a los mismos ángeles: *Venid y ved las obras de Dios. Cosas magníficas ha hecho en favor del hombre* (Ps. 65,5). ¿Quién es éste, dice también David, para que así obres con él? (Ps. 143,3). Habéis abierto todos los tesoros de vuestro amor, habéis satisfecho los deseos de vuestro corazón.

«En efecto, tan bueno sois por naturaleza, que vuestros ardores infinitos os empujan a extender vuestra bondad, pero hasta que el hombre fué creado no encontrasteis un ser capaz de satisfacer este deseo de hacer el bien». Por eso en la Sagrada Escritura no se lee que descansaseis hasta después de haber creado al hombre.

c) EXHORTACIÓN 74

Desgraciada la nación pecadora cargada de iniquidades, raza maldita de hijos perversos que olvida los beneficios de Dios (Is. 1,4).

San Jerónimo se quejaba de que la sangre reciente de Cristo, que bullía ardiente en el corazón de los primeros cristianos, perdido su calor, se hubiese helado en el de sus contemporáneos. ¿Qué podré, entonces, decir yo en el frío de nuestros días...? Todos, desde los pequeños a los grandes, todos están llenos de rapiñas, y todos, profetas y sacerdotes, llenos de fraudes (Ier. 6,10). Las jóvenes no olvidan sus adornos, y las esposas, sus trajes; sólo mi pueblo me olvida a mí (Ier. 2,32).

Y vosotros, sacerdotes, que vivís para cantar las alabanzas del Señor... Los fieles en sus necesidades no tienen tiempo para hacerlo y os sostienen para que lo hagáis en su nombre. Si los clérigos cumplen con negligencia obligación tan importante, conozcan el juicio que les espera a quienes estaban obligados a ello por el doble título de los bienes de Dios y el salario del pueblo.

Termina con una exhortación a las religiosas para que alaben al Señor con los labios y el corazón, y después todos juntos cantarlas con la gloria divina, en la gloria del cielo.

B) Trozos escogidos

a) EXORDIO 75

En este día callarse sería un pecado (4 Reg. 7,9), porque hasta los ángeles cantan (Lc. 2,14): *Gloria a Dios en las alturas.* «La admiración me agobia, porque lo veo todo cambiado. Si alzo mis ojos al cielo, veo, ¡oh Dios mío!, lo que eres y lo que es tu Padre... Bajo los ojos, y ¡qué pobreza, qué miseria, qué molestias, qué compañía, qué vestidos! No sé qué admirar, si vuestra grandeza, si vuestra humillación...»

«Todo ha cambiado en ti, Señor, en quien no hay cambio (Iac. 1,17). Tú, poderoso y temible, ahora humilde y sin fuerzas; tú, *que herías a los grandes reyes* (Ps. 135,17), ahora tributario de un rey; tú, legislador del Sinaí entre nubes y rayos, ahora callado entre dos animales. No te contiene el cielo ni la tierra y estás encerrado en un cuerpecillo tembloroso. Tu trono eran los siglos y hoy es una cuna... ¿Qué es lo que no ha cambiado cuando tu sabiduría encienda una lámpara que iluminará al mundo y la pose en el candelero de la Cruz? ¡Oh maravilloso cambio! Los ángeles, hombres y animales, juntos en torno de un pesebre, todos viendo en el pesebre al Rey» (cf. *Concio* 2, ed. Complut., fol.44 ss.).

76 b) CONTEMPLACIÓN DEL MISTERIO

«De repente el rostro de la virgencita cambia, los colores sonrosan sus mejillas, toda ella toma el color de la púrpura; son los lirios mezclados entre rosas bermejas. Su espíritu se inflama, ardores desacostumbrados consumen esta alma feliz, inefables delicias inundan su corazón... La joven madre ha conocido las señales inmediatas, el Espíritu Santo la llama, sus rodillas se doblan, se consagra entera a Dios y espera el cumplimiento de su adorable voluntad...

San José está presente. Asombrado ruega en silencio y espera, cuando he aquí que encuentra al Niño delante de sus ojos, palpitando y llorando. Es el Niño todopoderoso, el Niño admirable en quien *se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (Col. 2,3). ¡Dios inmenso! Como del seno de púrpura de la aurora se levanta el sol que ciega, como el rayo que atraviesa el cristal sin mancharlo, así nace el Niño. Como una estrella extiende su fuego, como la rosa temprana derrama a su alrededor perfume suave, así la virgencita entrega al mundo el Salvador. ¡Madre feliz! Adora a su hijo y le ofrece el homenaje de su alma como a Dios, antes de prestarle los cuidados necesarios como madre. ¡Oh Virgen, quién pudiera entrar en los pensamientos de tu alma y en la alegría de tu corazón!» (cf. *Concio* 2, ibid.).

La sabiduría de Dios *se extiende poderosa de uno al otro extremo y lo gobierna todo con suavidad* (Sap. 8,1). Sólo ella sabe unir extremos tan distintos; grandeza y abajamiento; majestad y humildad; nacer de una virgen, reclinarse en un pesebre; brillar en el cielo, tener por compañía dos animales; recibir la adoración de los ángeles, estar envuelto en pañales pobres y ser adorado por reyes; estar callado en el pecho de su madre y ser anunciado por la luz del cielo. Contrastes que me descubren dos naturalezas. Porque es hombre, nace; porque es Dios, le adoran los ángeles; porque es hombre, se viste de pañales; porque es Dios le adoran los reyes; porque es hombre, llora en el pecho de una virgen joven; porque es Dios, el cielo le anuncia a las naciones; porque es hombre, su madre le amamanta; porque es Dios, no tiene padre (cf. *Concio* 5, ibid.).

II. FRAY LUIS DE LEON

Cristo, verdadero Hijo

Existe un ciclo de fiestas—Encarnación y Navidad—agrupados por los Santos Padres, y en especial por San León, bajo un mismo signo teológico: la filiación divina de Jesús y nuestra filiación sobrenatural. La propia liturgia nos lee en una de las misas de Navidad el primer capítulo del evangelio de

San Juan, en el que, tras describir al Verbo en el seno del Padre, nos lo muestra encarnado y haciéndonos hijos de Dios.

Fray Luis de León explica con teológica profundidad esta doctrina en los *Nombres de Cristo, Hijo* y *Padre del siglo futuro*. Los iremos reproduciendo a lo largo de estas festividades. Comenzamos hoy por el nombre de *Hijo* (cf. *Obras completas castellanas*: BAC, 2.ª ed. p.666 ss.).

A) *Condiciones para ser hijo*

a) Nacido por generación 77

«Y cuanto a lo primero, hijo, como sabéis, llamamos, no lo que es hecho de otro como quiera, sino lo que nace de la substancia de otro, semejante en la naturaleza al mismo de quien nace; y semejante así, que el mismo nacer le hace semejante, y le pinta, como si dijésemos, de los colores y figuras del padre, y pasa en él sus condiciones naturales. Por manera que el mismo ser engendrado sea recibir un ser, no como quiera, sino un ser retratado y hecho a la imagen de otro. Y como en el arte, el pintor que retrata, en el hacer del retrato mira el original, y por la obra del arte pasa sus figuras en la imagen que hace, y no es otra cosa el hacer la imagen, sino el pasar en ella las figuras originales, que se pasan a ella por esa misma obra con que se forma y se pinta, así en lo natural el engendrar de los hijos es hacer unos retratos vivos, que en la substancia de quien los engendra, su virtud secreta, como en materia o como en tabla dispuesta, los va figurando semejantes a su principio. Y eso es el hacerlos, el figurarlos y el asemejarlos a sí».

b) Para perpetuar o dar a conocer al Padre 78

«Mas como entre las cosas que son haya unas de vida limitada y otras que permanecen sin fin, en las primeras ordenó la naturaleza que engendrasen y tuviesen hijos, para que en ellos, como en retratos suyos, y del todo semejantes a ellos, lo corto de su vida se extendiese y lo limitado pasase adelante, y se perpetuasen en ellos los que son perecederos en sí; mas en las segundas, cuando los tiene, o las que de ellas los tienen, el tenerlos y el engendrarlos, no se encamina a que viva el que es padre en el hijo, sino a que se demuestre en él y parezca y salga a luz y se vea. Como en el sol lo podemos ver, cuyo fruto, o si lo habemos de decir así, cuyo hijo es el rayo que de él sale, que es de su misma cualidad y substancia, y tan lucido y tan eficaz como él... Y así le produce, no para vivir en él, sino para mostrarse en él y para que, comunicándole toda su luz, veamos en el rayo quién es el sol. Y no solamente le veamos en el rayo, mas también le gocemos y seamos particioneros de todas sus virtudes y bienes...»

79 c) POR ENDE, PARA AMARLE Y OBEDECERLE

«Y así, para que uno se diga y sea hijo de otro, conviene, lo primero, que sea de su misma substancia; lo segundo, que le sea en ella igual y semejante del todo; lo tercero, que el mismo nacer le haya hecho así semejante; lo cuarto, que o sustituya por su padre cuando faltare él, o, si durare siempre, lo represente siempre en sí y le haga manifiesto y le comunique con todos. A lo cual se consigue que ha de ser una voluntad y un mismo querer el del padre y del hijo; que su estudio de él y todo su oficio ha de ser emplearse en lo que es agradable a su padre; que no ha de hacer sino lo que su padre hace, porque, si es diferente, ya no le es semejante, y por el mismo caso en aquello no es hijo; que siempre mire a él, como a un dechado, no sólo para figurarse a él, sino para volverle con amor lo que recibió con deleite, y para enlazarse en un querer puro y ardiente y recíproco el hijo y el padre...»

B) Cristo, Hijo único de Dios

80 a) ENGENDRADO

«Porque, lo primero, El solo, según la parte divina que en sí contiene, nace de la substancia de Dios, semejante por igualdad a aquel de quien nace; y semejante porque el mismo nacer y la misma forma y manera como nace de Dios le asemeja a Dios y le figura como El, tan perfecta y acabadamente, que le hace una misma cosa con El. Como El mismo lo dice (Io. 10,30): *Yo y el Padre somos una cosa*, de que diremos después más copiosamente.

Pues, según la otra parte nuestra que en sí tiene, ya que no es de la substancia de Dios, mas, como Marcelo ayer decía, parécese mucho a Dios, y es cuasi otro El por razón de los infinitos tesoros de celestiales y divinísimos bienes que Dios en ella puso. Por donde El mismo decía (Io. 14,9): *Felipe, quien a mí me ve, a mi Padre ve*».

81 b) MANIFIESTA AL PADRE

«Demás de esto, el fin para que las cosas eternas, si tienen Hijo, le tienen, que es para hacerse manifiestas en El, y, como si dijésemos, para resplandecer por El en la vista de todos, Cristo sólo es el que lo puede poner por obra, y el que de hecho lo pone. Porque El solo nos ha dado a conocer a su Padre, no solamente poniendo su noticia verdadera en nuestros entendimientos, sino también metiendo y asentando en nuestras almas con suma eficacia sus condiciones de Dios y sus mañas y su estilo y virtudes. Según la naturaleza divina hace este oficio, y según que es hombre, sirvió y sirve en este ministerio a su Padre, que en ambas naturalezas es voz que le manifiesta, y rayo de luz que le deslumbre, y testimonio que le saca a luz e imagen y retrato que nos le pone en los ojos.

En cuanto Dios, escribe San Pablo de El que *es resplandor de gloria y figura de su Padre, y de su substancia* (Hebr. 1,3). En cuanto hombre, dice El mismo de sí (Io. 18,37): *Yo para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad.* Y en otra parte también (Io. 17,6): *Padre, manifesté a los hombres tu nombre.* Y conforme a esto es lo que San Juan escribe de El (Io. 1,18): *Al Padre nadie le vió jamás; el Unigénito, que está en su seno, ése es el que nos dió nuevas de El*».

c) LE AMA Y OBEDECE 82

«Y como Cristo es Hijo de Dios solo y singular en lo que habemos dicho hasta ahora, asimismo lo es en lo que se resta y se sigue. Porque El solo, según ambas naturalezas, es de una voluntad y querer con El mismo. ¿No dice El de sí (Io. 4,34): *Mi mantenimiento es el hacer la voluntad de mi Padre?* ¿Y David de El en el Salmo (Ps. 30,8-9): *En la cabeza del libro está escrito de mí que hago tu voluntad, y que tu ley reside en medio de mis entrañas?* Y en el huerto, combatido de todas partes, ¿qué dice? (Mt. 26,39): *No lo que me pide el deseo, sino lo que tú quieres, eso, Señor, se haga.* Y por la misma manera siempre hace, y siempre hizo, solamente aquello que vió hacer a su Padre. *No puede el Hijo,* dice (Io. 5,19), *hacer de sí mismo ninguna cosa más de lo que ve que su Padre hace.* Y en otra parte (Io. 7,16): *Mi doctrina no es mi doctrina, sino de Aquel que me envía.* Su Padre reposa en El con un agradable descanso, y El se retorna todo a su Padre con una increíble dulzura, y van y vienen del uno al otro llamas de amor ardiente y deleitosas. Dice el Padre (Mt. 3,17): *Este es mi querido Hijo, en quien me satisfago y descanso.* Dice el Hijo (Io. 17,4): *Padre, yo te he manifestado sobre la tierra, perfeccionado he la obra que me encomendaste que hiciese.*

Y si el amor es obrar, y si en la obediencia del que ama se hace cierta prueba de la verdad del amor, ¿cuánto amó a su Padre quien así le obedeció como Cristo? *Obedecióle,* dice (Phil. 2,8), *hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz...*»

C) *Nacimiento eterno de Cristo* 83

«Tiene nombre de Hijo Cristo, porque el Hijo nace y porque le es a Cristo tan propio y, como si dijésemos, tan de su gusto el nacer, que sólo El nace por cinco diferentes maneras, todas maravillosas y singulares. Nace, según la divinidad eternamente del Padre. Nació de la Madre virgen, según la naturaleza humana, temporalmente. El resucitar, después de muerto, a nueva y gloriosa vida para más no morir, fué otro nacer. Nace en cierta manera en la hostia, cuantas veces en el altar los sacerdotes consagran aquel pan en su cuerpo. Y, últimamente, nace y crece en nosotros mismos siempre que nos santifica y renueva. Y digamos por su orden de cada uno de estos nacimientos por sí...»

84 a) CONVENÍA QUE DIOS TUVIESE UN HIJO

«Porque, aunque parecerá a alguno, como a los infieles parece, que a Dios, siendo como es en el vivir eterno y en la perfección infinito y cabal en sí mismo, ni le era necesario el tener Hijo, ni menos le convenía engendrarlo; pero considerado por otra parte, como es la verdad, que la esterilidad es un género de flaqueza y pobreza y que, por la misma causa, lo rico, y lo perfecto, y lo abundante, y lo poderoso, y lo bueno, conforme a derecha razón, anda siempre junto con lo fecundo, se ve luego que Dios es fecundísimo, pues no es solamente rico y poderoso, sino tesoro infinito de toda la riqueza y poder, o por mejor decir, la misma bondad y poderío y riqueza infinita...»

85 b) LO TUVO DE LA MANERA MÁS PERFECTA

«Y porque Dios es sumamente perfecto en todo cuanto es, fué menester que la manera como engendra y pone en ejecución la infinita fecundidad que en sí tiene, fuese sumamente perfecta...

Porque lo primero es así, que Dios, para engendrar a su Hijo, no usa de tercero de quien lo engendre con su virtud, como acontece en los hombres; mas engéndralo de sí mismo y prodúcelo de su misma substancia, con la fuerza de su fecundidad eficaz...

Lo otro, no aparta de sí lo que engendra, que eso es imperfección de los que engendran así, porque no pueden poner toda su semejanza en lo que de sí producen, y así es otro lo que engendran; y el hombre, aunque engendra hombre, engendra otro hombre apartado de sí, que dado que se le parece y allega en algunas cosas, en otras se le diferencia y desvía y al fin se aparta y divide y desemeja, porque la división es ramo de desemejanza y principio de disensión y disconformidad. Por donde, así como fué necesario que Dios tuviese Hijo, porque la soledad no es buena, así convino también que el Hijo no estuviese fuera del Padre, porque la división y apartamiento es negocio peligroso y ocasionado, y porque en la verdad el Hijo, que es Dios, no podía quedar sino en el seno y, como si dijésemos, en las entrañas de Dios, porque la divinidad forzosamente es una y no se aparta ni divide. Y así dice Cristo de sí (Io. 10, 78) que *El está en su Padre y su Padre en El*. Y San Juan dice del mismo (Io. 1,18) *que está* siempre *en el seno del Padre*. Por manera que es Hijo engendrado, y está en el seno del que lo engendra. En que, por ser Hijo engendrado, se concluye que no es la misma persona del Padre que le engendró, sino otra y distinta persona; y por estar en el seno de El, se convence que no tiene diferente naturaleza de El, ni distinta. Y así el Padre y el Hijo son distintas personas para compañía y una en esencia de divinidad para descanso y concordia.

Lo tercero, aquesta generación y nacimiento no se hace partidamente ni poco a poco ni es cosa que se hizo una vez y quedó hecha,

y no se hace después, sino por cuanto es en sí limitado todo lo que comienza y acaba, y lo que es Dios no tiene límite, desde toda la eternidad el Hijo ha nacido del Padre y eternamente está naciendo, y siempre nace todo y perfecto y tan grande como es grande su Padre...

Lo otro, en esta generación no se mezcla pasión alguna ni cosa que perturbe la serenidad del juicio; antes se celebra toda con pureza y luz y sencillez...»

D) Generación intelectual del Verbo

a) Engendrado por ser idea 86

«Antes, y sea lo quinto, el entendimiento de Dios, despejado y clarísimo, es el que la celebra, como los santos antiguos lo dicen expresamente y como las Sagradas Letras lo dan bien a entender. Porque Dios entiende, por cuanto todo El es mente y entendimiento; y se entiende a sí mismo, porque en El solo se emplea su entendimiento como debe. Y entendiéndose a sí y siéndole natural, por ser suma bondad, el apetecer la comunicación de sus bienes, ve todos sus bienes, que son infinitos, y ve y comprende según qué formas los puede comunicar, que son también infinitas, y de sí y de todo esto que ve en sí dice una palabra que lo declara, esto es, forma y dibuja en sí mismo una imagen viva, en la cual pone a sí y a todo lo que ve en sí, así como lo ve menuda y distintamente, y pasa en ella su misma naturaleza entendida y cotejada entre sí misma y considerada en todas aquellas maneras que comunicarse puede, y, como si dijésemos, conferida y comparada con todo lo que de ella puede salir. Y esta imagen, producida en esta forma, es su Hijo.

Porque como un grande pintor, si quisiese hacer una imagen suya que lo retratase, volvería los ojos a sí mismo primero y pondría en su entendimiento a sí mismo y, entendiéndose menudamente, se dibujaría allí primero que en la tabla, y más vivamente que en ella y este dibujo suyo, hecho, como decimos, en el entendimiento y por él, sería como un otro pintor, y si le pudiese dar vida sería un otro pintor de hecho, producido del primero, que tendría en sí todo lo que el primero tiene, y lo mismo que el primero tiene, pero allegado y hecho vecino al arte y a la imagen de fuera; así Dios, que necesariamente se entiende y que apetece el pintarse desde que se entiende, que es desde toda su eternidad, se pinta y se dibuja en sí mismo, y después, cuando le place, se retrata de fuera. Aquella imagen es el Hijo; el retrato que después hace fuera de sí son las criaturas, así cada una de ellas, como todas allegadas y juntas. Las cuales, comparadas con la figura que produjo Dios en sí y con la imagen del arte, son como sombras obscuras y como partes en extremo pequeñas y como cosas muertas en comparación de la vida...»

87 b) UNICO ENGENDRADO

«Comparándolo con la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, sola esta imagen es la que se llama Hijo con propiedad y verdad. Porque, aunque el Espíritu Santo sea Dios como el Padre y tenga en sí la misma divinidad y esencia que El tiene, sin que en ninguna cosa de ella se diferencie ni desemeje de El, pero no la tiene como imagen y retrato del Padre, sino como inclinación a El y como abrazo suyo; y así, aunque sea semejante, no es semejanza según su relación particular y propia ni su manera de proceder tiene por blanco el hacer semejante, y por la misma razón no es engendrado ni es Hijo. Quiero decir que como yo me puedo entender a mí mismo y me puedo amar después de entendido, y como del entenderme a mí nace en mí una imagen de mí y del amarme se hace también en mí un peso que me lleva a mí mismo y una inclinación a mí que se abraza conmigo, así Dios, desde su eternidad, se entiende y se ama y entendiéndose, como dijimos, y comprendiendo todo lo que su infinita fecundidad comprende, engendra en sí una imagen viva de todo aquello que entiende; y de la misma manera, amándose a sí mismo, y abrazando en sí a todo cuanto en sí entiende, produce en sí una inclinación a todo lo que ama así, y produce, como dicho habemos, un abrazo de todo ello.

Mas diferimos en esto; que en mí esta imagen y esta inclinación son unos accidentes sin vida y sin substancia; mas en Dios, a quien no puede advenir por accidente ninguna cosa, y en quien todo lo que es, es divinidad y substancia, esta imagen es viva y es Dios, y esta inclinación o abrazo, que decimos, es abrazo vivo y que está sobre sí. Aquella imagen es Hijo, porque es imagen; y esta inclinación no es Hijo, porque no es imagen, sino Espíritu, porque es inclinación puramente; y estas tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, son Dios y un mismo Dios, porque hay en todas tres una naturaleza divina sola; en el Padre de suyo, en el Hijo recibida del Padre, en el Espíritu recibida del Padre y del Hijo. Por manera, que esta única naturaleza divina en el Padre está como fuente y original, y en el Hijo como en retrato de sí misma, y en el Espíritu como en nclinación hacia sí...»

88 ***E) En El y por El***

Puesto que Dios al formar su Idea representa en ella todos sus bienes y las formas con que los puede representar en las criaturas, síguese que entre la realidad que tienen éstas en sí mismas y la que tienen en el Verbo existe la misma diferencia que la que habría entre el autorretrato del pintor y la idea que éste hubiera formado de sí mismo, caso de haberle podido dar su propia vida.

«Porque el ser que allí las cosas tienen es ser verdadero y macizo, porque es el mismo de Dios; mas el que tiene en sí es trefe

y baladí y, como decimos, en comparación de aquél es sombra de ser. Por donde ella misma dice de sí (Eccli. 24,25): *En mí está la manida de la vida y de la verdad; en mí toda la esperanza de la vida y de la virtud.* En que, diciendo que está toda la vida en ella, manifiesta que tiene ella en sí el ser de las cosas, y diciendo que está la verdad, dice la ventaja que el ser de las cosas que tiene, hace al que ellas mismas tienen en sí mismas; que aquél es verdad y éste, en su comparación, es engaño...

Y por la misma razón aquesta viva imagen es sabiduría puramente, porque es todo lo que sabe de sí Dios, que es perfecto saber, y porque es el dechado y, como si dijésemos, el modelo de cuanto Dios hacer sabe; y porque es la orden, y la proporción, y la medida, y la decencia, y la compostura, y la armonía, y el límite, y el propio ser y razón de todo lo que Dios hace y puede. Por lo cual San Juan, en el principio de su Evangelio (1,1), le llama *Logos* por nombre, que, como sabéis, es palabra griega que significa todo aquesto que he dicho.

Y, por consiguiente, aquesta imagen puso las manos en todo cuanto Dios crió, no solamente porque era ella el dechado a quien miraba el Padre cuando hizo las criaturas, sino porque era dechado vivo y obrador, y que ponía en ejecución el oficio mismo que tiene. Que, aunque tornemos al ejemplo que he puesto otra y tercera vez, si la imagen que el pintor dibujó en sí de sí mismo tuviese ser que viviese, y si fuese substancia capaz de razón, cuando el pintor se quisiese retratar en la tabla, claro es que no solamente menearía el pintor la mano mirando a su imagen, mas ella misma por sí misma le regiría el pincel y se pasaría ella a sí misma en la tabla. Pues así San Pablo (Hebr. 1,2) dice de aquesta imagen divina que hizo el Padre por ella los siglos. Y ella, ¿qué dice? (Eccli. 24,5-6): *Yo salí de la boca del Alto, engendrada primero que criatura ninguna; yo hice que naciese en el cielo la luz, que nunca se apaga; y como niebla me extendí por toda la tierra...*

Todas las criaturas que hace Dios, cada una por sí, en este Hijo las parió, como si digamos, primero todas mejoradas y juntas, y así él solo es el parto de Dios cabal y perfecto, y todo lo demás que Dios hace nació primero en este su Hijo..., y por eso nace en sí mismo después, porque nació eternamente primero en El.

¿Qué dice acerca de éste San Pablo? (Eph. 1,15): *Es imagen de Dios invisible, primogénito de todas las criaturas, porque todas se produjeron por El, así las de los cielos como las de la tierra, las visibles y las invisibles.* Dice que es imagen de Dios para que se entienda que es igual a El y Dios como El... Imagen de Dios invisible, para dar a entender que Dios que no se ve, por esta imagen se muestra, y que su oficio de ella es, según decíamos, sacar a luz y poner en los ojos públicos lo que se encubre sin ella. Y porque dice que era imagen, añade que es *engendrado*, porque, como está dicho, siempre lo engendrado es muy semejante. Y dice que es engendrado primero o que es *primogénito*, no sólo para decir que antecede en

tiempo el que es eterno en nacer, sino para decir que es el original universal engendrado, y como la idea eternamente nacida de todo lo que puede por el discurso de los tiempos nacer, y el padrón vivo de todo, y el que tiene en sí y el que deriva de sí a todas las cosas su nacimiento y origen. Y así, porque dice esto, añade luego a propósito de ello y para aclararlo mejor: *Porque en El se produjeron todas las cosas, así las de los cielos como las de la tierra, las visibles y las invisibles. En El*, dice; que quiere decir: *en El y por El; en El* primero y originalmente, *y por El*, después como por maestro y artífice...»

89 ## *F) Como el sol*

«Ninguna de las cosas visibles nos representa más claramente que el sol las condiciones de la naturaleza de Dios y de esta su generación que decimos. Porque así como el sol es un cuerpo de luz que se derrama por todo, así la naturaleza de Dios, inmensa, se extiende por todas las cosas. Y así como el sol, alumbrando, hace que se vean las cosas que las tinieblas encubren, y que puestas en obscuridad parecen no ser, así la virtud de Dios, aplicándose, trae del no ser a la luz del ser a las cosas. Y así como el sol de suyo se nos viene a los ojos, y cuanto de su parte es nunca se esconde porque es él la luz y la manifestación de todo lo que se manifiesta y se ve, así Dios siempre se nos pone delante, y se nos entra por nuestras puertas, si nosotros no le cerramos la puerta, y lanza rayos de claridad por cualquiera resquicio que halle. Y como al sol, juntamente le vemos y no le podemos mirar: vémosle, porque en todas las cosas que vemos miramos su luz; no le podemos mirar, porque si ponemos en él los ojos, los encandila, así de Dios podemos decir que es claro y obscuro, oculto y manifiesto. Porque a El en sí no le vemos, y si alzamos el entendimiento a mirarle, nos ciega, y vémosle en todas las cosas que hace, porque en todas ellas resplandece su luz. Y—porque quiero llegar esta comparación a su fin—así como el sol parece una fuente que mana y que lanza claridad de continuo, con tanta priesa y agonía que parece que no se da a manos, así Dios, infinita Bondad, está siempre como bulliendo por hacernos bien, y enviando como a borbollones bienes de sí sin parar ni cesar.

90 Y para venir a lo que es propio de ahora, así como el sol engendra su rayo—que todo este bulto de resplandor de luz que baña el cielo y la tierra un rayo de sol es, que envía de sí todo el sol—, así Dios engendra un solo Hijo de sí, que reina y se extiende por todo. Y como este rayo de sol, que digo, tiene en sí toda la luz que el sol tiene, y esa misma luz que tiene el sol, y así su imagen del sol es su rayo, así el Hijo que nace de Dios tiene toda la substancia de Dios, y esa misma substancia que El tiene, y es, como decíamos, la sola y perfecta imagen del Padre; y así como en el sol, que es puramente luz, el producir de su rayo es un enviar luz de sí, de manera que

la luz, dando luz, le produce, esto es, que le produce la luz, figurándose y pintándose y retratándose, así el Padre eterno, figurando su ser en sí mismo, engendra a su Hijo. Y como el sol produce siempre su rayo, que no lo produjo ayer y cesó hoy de producirlo, sino siempre le produce, y con producirle siempre, no le produce por partes, sino siempre y continuamente sale de él entero y perfecto, así Dios siempre desde toda su eternidad engendró y engendra y engendrará a su Hijo, y siempre enteramente. Y como estándose en su lugar, su rayo no le hace presente, y en El y por El se extiende por todas las cosas el sol, y es visto y conocido por él, así Dios, de quien San Juan dice (1,18) *que no es visto de nadie*, en el Hijo suyo que engendra nos resplandece y nos luce y, como El lo dice de sí, El es el que nos manifiesta a su Padre. Y, finalmente, así como el sol, por la virtud de su rayo, obra adondequiera que obra, así Dios lo crió todo y lo gobierna todo en su Hijo, en quien, si lo podemos decir, están como las simientes de todas las cosas».

III. BOSSUET

Cristo Hombre, pasible y pobre

Insertamos aquí el primer sermón de Navidad, pronunciado en Metz en 1656 (cf. ed. Lebarq, t.2 p.274, París, Desclée, 1929).

A) Exordio 91

«Nos reunimos para admirar la aniquilación del Verbo y gozarnos del piadoso espectáculo de ver cómo Dios desciende para levantarnos, se rebaja para hacernos crecer, y se empobrece para repartirnos sus tesoros».

Dios bajó de su grandeza a nuestra pequeñez por tres grados: haciéndose primero hombre, vistiéndose después de nuestras enfermedades, al tomar carne pasible, y, finalmente, naciendo en la pobreza. Es lo que significa el Evangelio (Lc. 2,12) al decir: *Encontraréis un niño*—la humildad—*envuelto en pañales*—el frío y nuestras flaquezas—*en un pesebre*—la pobreza.

Pudo hacerse hombre y tomar nuestra naturaleza, tal y como la tuvimos en el paraíso. Pudo tomarla tal y como la tenemos hoy, pero cubriendo su debilidad con las glorias de abundancia y de pompa que el mundo admira. Y, sin embargo, recorrió estos tres grados de descenso: hacerse menor que los ángeles *(paulo minus ab angelis)*, cargar con nuestra naturaleza enferma por el pecado y, pareciéndole poco, tomar también los ultrajes de la fortuna y la pobreza.

Pero aún hay más. Estos tres grados de humillación se dieron como señal para que fuera conocido: *Dabo vobis signum* (Lc. 2,121).

¿Señal del Salvador estar sujeto a todas nuestras miserias, aumentadas por la pobreza? Sí. Y ése será el argumento de nuestro sermón.

Tu naturaleza cayó por el pecado. El Señor la tomó para curarla. Estás sujeto a mil debilidades. El Señor las ha tomado para curarte. Las penalidades te asustan. El se ha hecho pobre para quitarte el miedo.

B) Cristo Hombre

92 a) El terror a Dios

Para entender cómo nos ha levantado Dios, debemos entender cómo, al tomar nuestra naturaleza, nos ha devuelto la posibilidad de acercarnos al que habíamos perdido por el pecado.

Después de la maldición pronunciada contra nosotros, el hombre se sintió sujeto al terror a Dios. El pueblo en el desierto no se atrevía a oír a Dios por miedo a morir (Ex. 22,19). Los padres de Sansón dijeron: *Moriremos de muerte, porque hemos visto al Señor* (Iud. 13,22). Jacob, después de su visión, gritó asustado: *Terrible es este lugar y verdaderamente que aquí está la casa de Dios* (Gen. 28,17). *Desgraciado de mí,* lloraba Isaías, *porque he visto al Señor de los ejércitos* (Is. 6,5). ¿Qué desgracia puede ser ésa para sobrecoger a tan gran profeta?

Las causas son dos, primero la grandeza de Dios, y segundo su cólera irritada. La primera produce aniquilamiento delante de tal majestad. La segunda, amilanamiento ante las amenazas.

Pero el Hijo de Dios al encarnarse cubre con su humanidad los esplendores de la divinidad, para que cesemos de temblar ante sus amenazas. Meditémoslo.

Fácil es entender lo infinitamente lejos que estamos de Dios. Todos sus atributos—infinidad, omnipotencia, etc.—lo distancian de nosotros. Sólo su bondad lo acerca.

En efecto, Isaías gritaba: *Escondeos, meteos debajo de tierra, buscad las cuevas más profundas, delante del rostro terrible de Dios y de la gloria de su majestad* (Is. 2,10). Esa es la majestad de Dios que aleja a los hombres.

En cambio, la misericordia nos acerca. *Tu misericordia nos sigue,* dice David (Ps. 22,6). No sólo nos sigue, nos envuelve: *Sperantem autem in Domino misericordia circumdabit* (Ps. 31,10).

93 b) Su grandeza y justicia

Pero para que la bondad de Dios nos acerque a El es necesario que seamos inocentes, porque en cuanto pecamos la bondad se retira, sólo vemos aquello que nos aleja. Cuando en la corte pierde el favor aquel que nos facilitaba la entrada, no encontramos ya en ella más que dificultades, y cuanto más grande y solemne

sea la corte, mayores serán éstas. Pues así, después del pecado, alejada la bondad, ya no queda en Dios «más que una luz que ciega y una majestad que asombra».

Si la grandeza nos aleja, la justicia hace más. Nos rechaza. Grande fué el horror de Adán y Eva cuando fueron arrojados del paraíso. Por todas partes parecía seguirles la espada de fuego. ¿Dónde podrían esconderse? Es lógico que después de aquella maldición la humanidad haya tenido miedo a Dios.

Tales son los extremos de nuestra miseria. Alejados de Dios y sin poder acercarnos a El. *Redde, mihi laetitiam, salutaris tui* (Ps. 50,14): *Devuélveme la alegría de tu vista.*

Dios nos ha oído. *Et hoc vobis signum,* ésa es la señal, el Niño del pesebre. Ya no está Dios irritado ni alejado del hombre, puesto que se ha hecho hombre. Ha vuelto a aparecer su bondad, ocultando todos los atributos que nos asustaban. *Apparuit benignitas. Ha aparecido el amor y la humanidad de nuestro Salvador* (Tit. 2, 11 y 3,4).

En el pesebre ha ocultado su gloria, su poder, su grandeza, su justicia rigurosa. Sólo aparece la bondad.

Los antiguos temblaron con razón, como Isaías, viendo su majestad o, como Adán, temiendo su justicia. Pero nosotros no podemos temblar, porque el que era mayor que los ángeles se ha hecho como nosotros, para que lo tratemos de igual a igual (cf. TERTULL., *Adv. Marc.*, 3,24).

Acerquémonos confiados a Dios. Nadie objete nuestra flaqueza y nada, porque por nada que yo sea, soy hombre, y Dios, que lo es todo, es hombre también. Este *Hijo nos ha sido dado, y para nosotros se ha hecho niño pequeño* (Is. 9,6). Ahora yo me uno al lado que Cristo tiene igual a mí, a su humanidad, y entro en posesión de lo que tiene igual al Padre. ¡Cristiano! Levanta tu ánimo. ¿Qué tienen ya que ver contigo los placeres del animal y las cosas de la tierra? Dios se ha encarnado para que el hombre aprenda a vivir como Dios, *ut homo divine agere doceretur* (cf. TERTULL., ibid.).

¿Indigno de Dios? Lo que es indigno de Dios es útil para mi salvación. Y desde el momento que me es útil deja de ser indigno para Dios, porque nada hay más digno de El que la salvación del hombre (cf. TERTULL., ibid.).

C) Cristo mortal 94

Los pañales del Niño nos recuerdan su sudario. Ciertamente que la cuna y las envolturas de los niños tienen no sé qué sabor de sepultura. Siguiendo, pues, este símil, después de haber considerado al Señor tomando nuestra naturaleza, consideremos ahora, al contemplar los lienzos en que está envuelto, la mortalidad que asume con todas sus consecuencias.

Puesto que es Dios, bien está que haga milagros; puesto que

es hombre, no cabe avergonzarse de nuestras debilidades. Por eso hizo cosas tan altas y tan pequeñas, elevando sus obras bajas con las extraordinarias y templando las extraordinarias con las comunes. Nacido, pero de madre virgen; come, pero cuando le parece bien hace que los ángeles le sirvan la mesa; duerme, pero en su sueño impide que la barca se hunda; anda, pero, cuando lo ordena, las aguas le sostienen; muere, pero en su muerte espanta a toda la naturaleza, y se mantiene en un medio tan exacto, que pareciendo hombre sabe demostrar que es Dios...

Ahora bien, ¿cómo puede curar nuestras flaquezas con las suyas? ¿Pues qué, nos basta saber que el Hijo de Dios las ha tomado, para esperar que las sane? *Et hoc vobis signum.* El Apóstol lo entendió admirablemente, y por eso, contemplando las debilidades del Maestro, se consolaba de las suyas. *No tenemos un pontífice insensible a nuestros males* (Hebr. 4,15). El los ha probado todos. *Tentatum per omnia* (ibid.). Esa es la señal. No hay quien se compadezca mejor de las desgracias del prójimo que quien ha padecido las mismas. Cristo ha sufrido todas las que podemos sufrir nosotros: hambre, sed, cansancio... Por eso Pablo llega a gloriarse de sus dolores diciendo: *No tenemos un pontífice insensible a nuestros males,* él los siente, se compadece y tiene piedad. Porque *tentatum per omnia,* los ha pasado todos, excepto el pecado.

¿Pero qué? ¿Es que acaso Dios necesitaba hacerse hombre para conocer nuestros sufrimientos? No; no es ése el pensamiento de San Pablo. La experiencia no ha aumentado la ciencia de Dios, pero ha aumentado su compasión. Ya no se compadece de nosotros como el que tranquilo en el puerto lamenta el peligro de los navegantes en plena tempestad, sino que, teniendo presentes siempre sus antiguas amarguras, nos compadece como se compadecen unos a otros los que se encuentran juntos en el mismo mar.

Siendo esto así, el que busque un consuelo fuera de Jesús no merece consuelo alguno. Porque la compasión de Cristo no es un afecto inútil. Conmueve, sí, su corazón, pero mueve también su brazo. Presentadle vuestras penas...

95

D) Cristo pobre

Terminad, Señor, vuestra obra. Al encarnarnos me demostrasteis que mi fin era Dios. Tomando mis flaquezas me hacéis pasar por encima de ellas. Deshaced ahora los impedimentos que me detienen.

Esto es lo que consigue Dios naciendo en un pesebre, deshaciendo la ilusión de los bienes exteriores que llamamos honores, riquezas y placer.

El mundo suele engañarnos o con sus falsas dulzuras o con miedo. A los unos les hace ambicionar las voluptuosidades y la abundancia. A los otros les atemoriza hasta que os dicen: Yo no

quiero grandes riquezas, pero tampoco puedo resistir la pobreza; yo no quiero vivir en el mundo de las grandes intrigas, pero también me repugna vivir oscuro. Y de este modo, unos por ambición de lo grande y otros por temor de lo escaso, ambos se desvían del camino recto.

«Cristo desenmascara al mundo. Si todos esos honores fueran honores verdaderos, ¿quién los hubiera merecido mejor que Dios? Pero los juzgó indignos de El, y al no quererlos, los rechazó, y, al rechazarlos, los condenó, y al condenarlos, los dejó para pompa del diablo». Esta es la sentencia que pronunció Cristo contra todas las vanidades de los hombres. ¡Qué crimen, qué desgracia, si las estimas tú!

Todos los argumentos del mundo fallan delante de estas dos verdades: ¡Cristo es pobre! ¡Dios es pobre! Su cuna no es una cuna humilde, es el carro triunfal que se arrastra por encima de un mundo vencido, por encima del temor a la pobreza, de los honores..., y que mirándonos nos dice (Io. 16,33): *Confiad, yo he vencido al mundo.* Cuando temáis, mirad al pesebre: *Et hoc vobis signum.*

Los judíos esperaban un mesías que les diera el imperio del mundo y la felicidad en la tierra. ¡Cuántos judíos hay entre nosotros! Cristo no está entre esas cosas. ¿Pues dónde? «Si es despreciable, si es obscuro y bajo a los ojos de los hombres, ése es el Jesucristo que yo busco» (cf. TERTULL., *Adv. Marc.*, 3,18).

Termina Bossuet diciendo que muchos entablan un diálogo con Cristo queriendo conseguir que transija con sus criterios, pero en vano. Si no lo hacen con las palabras, a lo menos lo hacen con las obras. Finalmente, extiéndese en una exhortación, en la que invita a seguir las huellas de Cristo.

IV. CARDENAL MERCIER

La gloria de Dios, fin de Cristo y nuestro

Ultima y profundísima parte de un retiro dado a los sacerdotes (cf. *La vida interior*, plát.6 entret.6 y concl.).

A) La gloria del Padre, fin de las obras de Dios 96

«El anuncio de los ángeles cuando cantaron gloria a Dios en la sublimidad de los cielos no se dirige sólo a los pastores, sino a todos nosotros».

Existen dos ciclos de vida divina: la vida divina en Dios y la vida de la gracia en nosotros. Los dos ciclos terminan glorificando al Padre y el órgano de esa glorificación es Cristo *ut in omnibus*

glorificetur Deus per Iesum Christum, cui est gloria et imperium in saecula saeculorum (1 Petr. 4,11).

Las obras divinas brillan por su acabada unidad. La comunicación de la esencia de Dios hecha por el Padre al Hijo y por ambos al Espíritu Santo es una obra unitiva a la vez que distintiva, y el mismo acto vital que opera la distinción de la tercera persona, al ser un acto de amor, ha de ser también unitivo por naturaleza, *in unitate Spiritus Sancti.*

Como el mar aparentemente quieto tiene su flujo y reflujo, el océano infinito de Dios tiene un flujo de pensamiento y amor que el amor mismo hace refluir a su fuente. La vida sobrenatural tanto en Dios como en sus manifestaciones creadas tiene siempre este mismo ciclo. Del Padre al Hijo y al Espíritu Santo, para volver después al Padre dándole gloria.

Veámoslo en la obra «ad extra» de las personas divinas, a saber, en la encarnación de Cristo y la perfección dada por el Espíritu Santo.

La misión de una persona divina importa una relación al que envía y una obra que realizar por el enviado.

El Hijo enviado por el Padre ha de cumplir su obra. ¿Cuál es? En todas las páginas de la Sagrada Escritura se asegura no ser otra sino glorificar al Padre.

La vida y muerte tienen por objeto hacérnosla conocer y amar. San Pablo pensando en ello le llama *esplendor de su gloria* (Hebr. 1,3), y nosotros cantamos: *Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam.*

El Espíritu Santo es enviado por el Hijo. Vino a dar toda su amplitud a la obra esbozada por Cristo. Su fin es glorificar a Cristo. *El me clarificará* (Io. 13,32). Obra justa, puesto que todo lo que tiene lo recibió del Hijo. *Todo cuanto tiene es mío* (Io. 16,15).

Glorifícalo unificando, santificando, universalizando la Iglesia, hasta que este mundo que vió a Cristo un día semejando *un gusano, que no un hombre,* llegue a cantarle: *Tú eres el Rey de la gloria, Cristo.*

Pero Cristo, a su vez, recoge todos estos homenajes y con ellos glorifica al Padre: *Pater clarifica Filium tuum ut Filius tuus clarificet te* (Io. 17,1). Es el ciclo del amor «ad extra».

Recibimos también al Espíritu Santo enviado. Es el Espíritu de Cristo; el Espíritu cristiano, y por lo tanto, el Espíritu que el Hijo nos da en su nombre y en el del Padre para que el Padre sea glorificado.

El Espíritu Santo se derrama plenamente sobre Cristo el día de la encarnación. Por Cristo canal llega a los papas, obispos y ministros. Por medio de los sacramentos y de la gracia a todos los fieles. Este fluir de la gracia no se interrumpe y, bajo el soplo del Espíritu de Unidad, vuelve por Cristo al seno del Padre a tributarle constantemente nuestras adoraciones y acciones de gracias.

Es esencial del Verbo referirse al Padre, tanto en su preexis-

tencia eterna como en el cumplimiento de su misión terrena, y del mismo modo el Espíritu Santo procura que las almas dóciles se dirijan a El en la piedad filial. *No habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: Abba, Padre* (Rom. 8,15).

La caridad creada y la increada nos traen al Padre, que es el Principio *(Nadie puede venir a mí si el Padre, que me envió, no lo trae* (Io. 6,44) y será el fin a quien demos gloria. «Puedan, Señor, estos santos misterios por vuestra poderosa gracia borrar nuestras manchas y hacer subir nuestras almas purificadas al que es su Principio» (cf. Dom. I de Adv., Secreta).

Hasta que terminada la lucha actual en el día del triunfo último, restaurados incluso nuestros cuerpos, se presente el Hombre Dios con toda la gloria que recibió en la Historia y con todos los suyos a prosternarse ante el Padre. *El Hijo que habrá sometido todo a su propio imperio, entonces se prosternará delante del que lo sujetó todo a El y Dios lo será todo en todas las cosas* (1 Cor. 15,28)».

B) La gloria de Dios, fin de la religión 97

«Todo nos viene del Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo... El Padre alimenta en nosotros la piedad por medio del Hijo en el Espíritu Santo. El Padre vela por nosotros y cuidadosamente nos dirige por medio del Hijo en el Espíritu Santo» (cf. SAN CIRILO DE ALEJ., *In Io.*, 10,2).

En vista de ella debiéramos olvidar todo lo creado y concentrarnos en el Unico necesario, con todo nuestro esfuerzo, inteligencia y amor. No entendemos, sin embargo, así la religión. Estamos invadidos de naturalismo egoísta. Consideramos el cielo como el lugar de nuestra felicidad y la tierra como el lugar de nuestros intereses, mientras que Cristo, la Iglesia, la Liturgia y el Espíritu Santo con sus inspiraciones nos señalan como fin Dios solo. *A Dios solo todo honor y toda gloria.* San Pedro entre llamas y la sangre de la persecución de Nerón dice: *Todo a la gloria de Dios por Jesucristo. A El la gloria y el poder por los siglos de los siglos* (1 Petr. 4,11).

La religión es exigida por la justicia, que obliga a dar a cada uno lo que se le debe, y su primer deber es el de procurar la soberanía de Dios y el respeto de sus derechos. Lo demás son cosas accesorias de las que cuidará la providencia. *Quaerite primum...* (Mt. 6,31-33).

El Señor nos manda como oración destinada a todos los fieles el Padre nuestro, el objeto de cuya primera parte es la gloria de Dios. *Santificado sea... Venga a nos... Hágase tu voluntad.*

Los cristianos, por el contrario, están tan acostumbrados a rebajar a Dios a su nivel, que creen que estas peticiones están destinadas a una minoría selecta. A todos los hombres se les dice: *Gloria in excelsis Deo*».

Unidos a aquellos ángeles te decimos: *Laudamus Te, benedicimus Te.* Tú eres el Ser, nosotros el vacío. Tú lo eres todo, nosotros nada. *Adoramus Te, glorificamus Te.*

Te damos gracias, ¡oh Padre!, por haber hecho vivir a tu Hijo entre nosotros, brillando en su gloria *lleno de gracia y de verdad* (Io. 1,14). Te damos gracias, ¡oh Hijo!, por haber hecho resplandecer ante nuestros ojos la gloria de tu Padre y la impronta de su substancia en tu Persona (Hebr. 1,4). Te damos gracias, ¡oh Espíritu Santo!, por haberte derramado plenamente en Jesús de Nazaret. Tú, que nos hablaste en los profetas y has hecho oír la voz mesiánica que ha cumplido las Escrituras. Te damos gracias, Trinidad Beatísima, *propter magnam gloriam tuam.*

A ti, Dios, te alabamos. Te Deum. A ti, Padre Eterno..., la Iglesia repartida por todo el orbe. *Te aeternum Patrem... Te per orbem terrarum.* Padre de inmensa majestad, con todas sus jerarquías de mártires y de vírgenes... *Venerandum tuum Verum... Sanctum quoque, Paraclitum Spiritum.* Gloria a ti, Cristo, *Rex gloriae,* plenitud de Dios a quien revelas. Gloria a ti, Iglesia, plenitud de Cristo, a quien enseñas.

Cristo nos da a Dios. La Iglesia nos da a Cristo. Cristo sube a los cielos al seno del Padre, y la Iglesia, incorporada a Cristo por el Espíritu Santo, sube con El.

¡Oh grandiosa Unidad! Dios, Cristo, plenitud de Dios. La Iglesia, complemento de Cristo. Cristo y su Iglesia, plenitud de Dios. «Aprended a conocer la caridad de Cristo para que os dejéis llenar de El y realizar con El la plenitud de Dios. *Scire charitatem Christi..., ut impleamini in omnem plenitudinem Dei* (Eph. 3,19).

Ministros de Cristo, manos a la obra. No tenemos otra razón de ser en el mundo que la de glorificar a Dios. *Per Ipsum, cum Ipso et in Ipso.* Sea nuestra resolución práctica la de permanecer unidos en el Espíritu Santo para la gloria de Dios.

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

«Et in terra pax hominibus bonae voluntatis» (Lc. 2,14)

A) *Cinco condiciones para que la paz y el nuevo orden tan deseado sean dignos y estables* 98

«Sólo con estas disposiciones de ánimo se podrá llegar a infundir a esa seductora expresión *nuevo orden* un contenido hermoso, digno, estable, apoyado en las normas de la moralidad; y se evitará el peligro de concebirlo y de plasmarlo como un mecanismo puramente externo, impuesto por la fuerza, sin sinceridad, sin pleno consentimiento, sin alegría, sin paz, sin dignidad, sin valor. Y entonces se podrá dar a la humanidad una nueva esperanza que la tranquilice, un ideal que responda a sus nobles aspiraciones; y desaparecerá el poder oculto y abierto, opresor y ruinoso de la discordia crónica que pesa sobre el mundo.

Pero las bases indispensables para un orden nuevo son:

a) La victoria sobre el odio 99

La victoria sobre el odio que divide hoy a los pueblos; y, por lo tanto, renunciar a sistemas y a prácticas que no hacen sino acrecentarlo. Existe, en verdad, al presente en algunos países, una propaganda desenfrenada, y que no rehuye las manifiestas deformaciones de la verdad, mostrando, día por día, y hasta hora por hora, a la pública opinión, las naciones adversarias bajo una luz falseada y ultrajante. Quien en verdad desee el bienestar del pueblo, quien ansíe contribuir a preservar de incalculables daños las bases espirituales y morales de la futura colaboración de los pueblos, deberá considerar como un sagrado deber y una alta misión no dejar que se pierdan, en el pensamiento y en el sentimiento de los hombres, los ideales naturales de la veracidad, justicia, cortesía y cooperación al bien, y ante todo, el sublime ideal sobrenatural del amor fraterno traído por Cristo al mundo.

b) La victoria sobre la desconfianza 100

La victoria sobre la desconfianza, que grava con peso tan deprimente el derecho internacional, haciendo irrealizable toda verdadera inteligencia; vuelta, por tanto, al principio: «La incorruptible fidelidad, hermana de la justicia» (cf. Horat., *Od.* 1,24,6-7); a aquella fidelidad en la observancia de los pactos, sin la que no es posible una tranquila convivencia de los pueblos, y sobre todo una coexistencia de pueblos poderosos y de pueblos débiles. «El fundamento, pues—proclamaba la antigua sabiduría romana—, de la justicia es la fidelidad, esto es, la permanencia y la realidad de lo dicho y de lo pactado» (cf. Cicero, *De officiis* 1,7,23).

101 c) La victoria sobre el funesto principio de que la utilidad es la base del derecho

La victoria sobre el funesto principio de que la utilidad es la base y la regla del derecho y que la fuerza crea el derecho, principio que hace inconsistente toda relación internacional, con gran daño especialmente para los Estados que, ya por su tradicional fidelidad a los métodos pacíficos, ya por su menor potencialidad bélica, no quieren y no pueden luchar con otros; vuelta, por lo tanto, a una seria y profunda moralidad en las normas de la relación entre las naciones, cosa que no excluye evidentemente ni el rebuscar la utilidad honesta ni el usar, oportuna y legítimamente, la fuerza para tutelar los derechos pacíficos atacados violentamente o para reparar sus lesiones.

102 d) La victoria sobre las divergencias en el campo de la economía mundial

La victoria sobre los gérmenes de conflictos que consisten en las diferencias demasiado estridentes en el campo de la economía mundial; por lo tanto, una acción progresiva, equilibrada por correspondientes garantías, para llegar a una organización que dé a todos los Estados los medios para asegurar un conveniente tenor de vida a sus propios conciudadanos, de cualquier clase que sean.

103 e) La victoria sobre el espíritu del frío egoísmo

La victoria sobre el espíritu del frío egoísmo que, orgulloso por su fuerza, termina fácilmente violando no menos el honor y la soberbia de los Estados que la justa, sana y disciplinada libertad de los ciudadanos. Y en su lugar ha de introducirse una sincera solidaridad jurídica y económica, una fraternal colaboración, según los preceptos de la ley divina entre los pueblos, una vez que estén asegurados en su autonomía e independencia» (cf. Pío XII, *Mensaje de Navidad 1940*, 24: Col. Enc., p.401-403).

104 *B) Cinco puntos fundamentales para la pacificación de la sociedad humana*

«Acción y no lamentos, tal es la consigna de la hora presente; no lamentar lo que es o lo que fué, sino reconstruir lo que surgirá y debe surgir para bien de la sociedad. A los mejores y más selectos miembros de la cristiandad, animados por un entusiasmo de cruzados, toca reunirse en el espíritu de verdad, de justicia y de amor al grito de ¡Dios lo quiere!, dispuestos a servir y a sacrificarse como los antiguos cruzados.

Fin esencial de esta cruzada necesaria y santa es que la estrella de la paz, la estrella de Belén, brille de nuevo sobre toda la humanidad con su fulgor rutilante, con su consuelo pacificador, cual premisa y presagio de un mejor porvenir, más feliz y más fecundo.

El camino desde la noche hasta el luminoso mañana será, en verdad, largo; pero son decisivos los primeros pasos en el sendero, sobre cuyas primeras cinco piedras miliarias se hallan esculpidas, con broncíneo cincel, las siguientes máximas:

a) Dignidad y derechos de la persona humana 105

Quien desee que aparezca la estrella de la paz y se detenga sobre la sociedad, contribuya por su parte a devolver a la persona humana la dignidad que Dios le concedió desde el principio; opóngase a la excesiva aglomeración de los hombres, casi a manera de masas sin alma; a su inconsistencia económica, social, política, intelectual y moral; a su falta de sólidos principios y de profundas convicciones, a su exuberancia de excitaciones instintivas y sensibles y a su volubilidad. Favorezca por todos los medios lícitos, en todos los campos de la vida, aquellas formas sociales que posibiliten y garanticen una plena responsabilidad personal, así en el orden terrenal como en el eterno. Apoye el respeto y la práctica realización de los siguientes derechos fundamentales de la persona: el derecho a mantener y desarrollar la vida corporal, intelectual y moral, y particularmente el derecho a una formación y educación religiosa; el derecho al culto de Dios, privado y público, incluída la acción caritativa religiosa; el derecho, en principio, al matrimonio y a la consecución de su propio fin; el derecho a la sociedad conyugal y doméstica; el derecho a trabajar, como medio indispensable para la manutención de la vida familiar; el derecho a la libre elección de estado, y, por consiguiente, aun del estado sacerdotal y religioso; el derecho a un uso de los bienes materiales, con plena conciencia de sus deberes y de las limitaciones sociales.

b) Defensa de la unidad social y especialmente de la familia 106

Quien desea que la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la sociedad, rechace toda forma de materialismo que no ve en el pueblo sino una grey de individuos que, divididos y sin interna consistencia, son considerados como un objeto de dominio y de sumisión.

Procure concebir la sociedad como una unidad interna, crecida y sazonada bajo el gobierno de la Providencia; unidad que, en el espacio a ella asignado y según sus particulares condiciones, tiende, por la colaboración de las diferentes clases y profesiones, a los eternos y siempre nuevos fines de la civilización y de la religión.

Defienda la indisolubilidad del matrimonio; dé a la familia, célula insustituíble del pueblo, espacio, luz, tranquilidad, para que pueda cumplir la misión de perpetuar la nueva vida y educar a los hijos en un espíritu conforme a sus propias y verdaderas convicciones religiosas; según sus fuerzas, conserve, fortifique y reconstituya su peculiar unidad económica, espiritual, moral y jurídica; vigile el que también los criados participen de las ventajas materiales y espirituales de la familia; cuídese de procurar a cada familia un hogar en donde la vida doméstica, sana material y moralmente, llegue a desarrollarse con toda su fuerza y valor; procure que los sitios de trabajo y los domicilios no estén tan separados que hagan del jefe de familia y del educador de los hijos casi un extraño en su propia casa; procure, sobre todo, que entre las escuelas públicas y la familia renazca aquel vínculo de confianza y de mutua colaboración que en otro tiempo produjo frutos tan benéficos, y que hoy ha sido sustituído por la desconfianza allí donde la escuela, bajo el influjo o el dominio del espíritu materialista, envenena y destruye todo cuanto los padres habían sembrado en las almas de los hijos.

107 c) DIGNIDAD Y PRERROGATIVAS DEL TRABAJO

Quien desee que la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la sociedad, dé al trabajo el lugar que Dios le señaló desde el principio. Como medio indispensable para el dominio del mundo, querido por Dios para su gloria, todo trabajo posee una dignidad inalienable y al mismo tiempo un estrecho lazo con el perfeccionamiento de la persona; noble dignidad y prerrogativa del trabajo, en ningún modo envilecidas por el peso y la fatiga que se han de soportar como efecto del pecado original, mediante la obediencia y sumisión a la voluntad de Dios.

El que conoce las grandes encíclicas de nuestros predecesores y nuestros anteriores mensajes, no ignora que la Iglesia no duda en sacar las consecuencias prácticas que se derivan de la nobleza moral del trabajo y en apoyarlas con toda la fuerza de su autoridad. Estas exigencias comprenden, además de un salario justo, suficiente para las necesidades del obrero y de la familia, la conservación y el perfeccionamiento de un orden social que haga posible una segura, aunque modesta, propiedad privada a todas las clases del pueblo, que favorezca una formación superior para los hijos de las clases obreras especialmente dotados de inteligencia y buena voluntad, y promueva en las aldeas, en los pueblos, en la provincia y en la nación la vigilancia y la realización práctica del espíritu social que, al suavizar las diferencias de intereses y de clases, quita a los obreros el sentimiento del aislamiento a cambio de la consoladora experiencia de una solidaridad genuinamente humana y cristianamente fraterna.

El progreso y el grado de las reformas sociales, que ya no sufren más demora, depende de la potencia económica de cada nación. Sólo mediante un mutuo cambio de fuerzas, inteligente y generoso, entre los poderosos y los pobres, será posible llevar a cabo una pacificación tan universal que no queden focos de incendio y de infección, que podrían originar nuevas catástrofes.

Indicios evidentes mueven a pensar que, en medio del torbellino de todos los prejuicios y sentimientos de odio, inevitable pero triste parto de esta aguda psicosis bélica, no sólo no se ha apagado en los pueblos la conciencia de su íntima recíproca dependencia en el bien y en el mal, sino que se ha hecho más viva y atractiva. ¿Acaso no es verdad que profundos pensadores ven cada vez con mayor claridad que sólo en la renuncia al egoísmo y al aislamiento nacional está el camino de la salvación general, hallándose dispuestos a solicitar de sus pueblos una parte gravosa de sacrificios, necesarios para la pacificación de otros pueblos? ¡Ojalá que este nuestro mensaje navideño, dirigido a todos los dotados de buena voluntad y generoso corazón, anime y aumente los escuadrones de la cruzada social en todas las naciones! ¡Y quiera Dios conceder a su pacífica bandera la victoria, de la que es merecedora su noble empresa!»

108 d) REINTEGRACIÓN DEL ORDENAMIENTO JURÍDICO

«Quien desea que la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la vida social, coopere a una profunda renovación del orden jurídico.

El sentimiento jurídico de nuestros días ha sido frecuentemente deformado y perturbado por la promulgación y por la realización de un positivismo y de un utilitarismo sumisos y vinculados al servicio de determinados grupos, clases y movimientos, cuyos programas señalan y determinan el camino a la legislación y a la práctica judicial.

El saneamiento de esta situación resulta posible de obtenerse cuando se despierte la conciencia de un orden jurídico fundada en el supremo dominio de Dios y defendida de todo capricho humano; conciencia de un orden que extiende su mano protectora y vindicativa aun sobre los inviolables derechos del hombre y los proteja contra los ataques de todo poder humano.

Del orden jurídico querido por Dios nace el inalienable derecho del hombre a la seguridad jurídica, y por ello a una esfera concreta de derecho, protegida contra todo ataque arbitrario.

Las relaciones entre hombre y hombre, del individuo con la sociedad, con la autoridad y con los deberes sociales, y la relación de la sociedad y de la autoridad con cada uno de los individuos, han de cimentarse sobre un claro fundamento jurídico y estar protegidas, si no hay necesidad, por la autoridad judicial. Esto supone:

1. Un tribunal y un juez que reciban sus normas de un derecho claramente formulado y circunscrito.

2. Normas jurídicas claras, que no se puedan tergiversar con abusivas apelaciones a un supuesto sentimiento popular y con meras razones de utilidad.

3. El reconocimiento del principio según el cual también el Estado, sus funcionarios y las organizaciones de él dependientes están obligados a reparar y revocar las medidas que ofendan a la libertad, a la propiedad, al honor, al mejoramiento y a la vida de los individuos.

e) Concepción del Estado según el espíritu cristiano 109

Quien desea que la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la sociedad humana, coopere a formar una teoría y práctica estatales fundadas en una disciplina razonable, una noble humanidad y un consciente espíritu cristiano.

Ayude a conducir de nuevo al Estado y su poder al servicio de la sociedad, al pleno respeto de la persona humana y de su actividad para la consecución de sus fines eternos.

Esfuércese y trabaje por disipar los errores que tienden a desviar el Estado y su poder, separándolos del sendero moral y desatándolos del vínculo eminentemente moral que los une a la vida individual y social, y a hacerles rechazar o ignorar en la práctica la esencial dependencia que los subordina a la voluntad del Creador.

Promueva el reconocimiento y la difusión de la verdad que enseña, aun en la esfera terrenal, cómo el sentido profundo y la última legitimidad moral y universal del reinar es servir» (cf. Pío XII, *Mensaje de Navidad 1942:* Col. Enc., p.429-434).

C) La paz interna de los pueblos

a) Su objeto principal 110

«Si dirigimos nuestra mirada hacia lo futuro, la paz interna de cada pueblo se presenta como el primero y más urgente problema. Por desgracia, la lucha por la vida, la preocupación por el trabajo y por el pan dividen en campos adversos a hombres que habitan una misma tierra y son hijos de una misma patria. Unos y otros mantienen la exigencia, en sí legítima, de ser considerados y tratados no como objetos, sino como sujetos de la vida social, sobre todo en el estado y en la economía nacional.

Por eso muchas veces, y con una insistencia cada vez mayor, Nos hemos señalado la lucha contra el paro forzoso y el esfuerzo hacia una bien entendida seguridad social como una condición indispensable para unir a todos los miembros de un pueblo, altos y bajos, en un solo cuerpo.

Ahora bien, ¿osarían, tal vez, lisonjearse de servir a la causa de la paz interna aquellas organizaciones que, para tutelar los intereses de sus miembros, no recurriesen a las armas del derecho y del bien común, antes se apoyasen en la fuerza del número organizado y en la debilidad de los demás, que no están igualmente organizados o que tienden siempre a subordinar el uso de la fuerza a las reglas del derecho y del bien común?

111 b) Bases indispensables para lograrla

La paz interna, pues, no pueden esperarla los pueblos sino de hombres —gobernantes o gobernados, jefes o meros partidarios—que, al defender sus particulares intereses y sus propias opiniones, no se obstinan, ni se empequeñecen en sus puntos de vista; antes bien, saben ensanchar sus horizontes y elevar sus miras al bien de todos. Si en no pocos países preocupa una deplorable falta de participación de las jóvenes generaciones en la vida pública, ¿no es, quizá, una de las causas, el que pocas o raras veces se les ha ofrecido el luminoso y atractivo ejemplo de hombres como los que ahora hemos descrito?

Bajo la superficie de indudables dificultades políticas y económicas se esconde, pues, una más grave miseria espiritual y moral: el gran número de espíritus estrechos y de corazones mezquinos, de egoístas y de arribistas, que corren tras del que está más en auge; que se dejan mover—por ilusión o por pusilanimidad—por el espectáculo de las grandes masas, por los clamores de las opiniones, por la embriaguez de la excitación. Ellos solos no darían un paso, cual es el deber de cristianos de fe viva, para avanzar firmes, guiados por el espíritu de Dios, a la luz de los principios eternos con imperturbable confianza en su divina Providencia. Esta es la verdadera, la íntima miseria de los pueblos.

Como la hormiga blanca corroe las casas, de igual manera esa miseria social consume interiormente a los pueblos, y, antes de que aparezca al exterior, os hace incapaces de cumplir su misión. Así, las bases del régimen industrial capitalista han sufrido cambios esenciales, acelerados por la guerra, pero preparados ya de antiguo. Pueblos esclavizados hace siglos se abren el camino hacia la independencia; otros, privilegiados hasta ahora, se esfuerzan con métodos antiguos y nuevos, por conservar su posición. La aspiración, cada vez más profunda y más extendida, hacia la seguridad social no es sino el reflejo de una humanidad en la cual muchas cosas, que en cada pueblo eran o parecían tradicionalmente sólidas, se han vuelto caedizas e inciertas.

112 c) Necesidad de la solidaridad entre los individuos

¿Por qué, pues, esa comunidad de incertidumbres y de peligros creada por las circunstancias no engendra también en cada pueblo una solidaridad entre los individuos? Bajo este aspecto, ¿no son acaso las inquietudes del patrono las mismas de sus obreros? ¿Acaso la producción industrial no está ligada como nunca en todos los pueblos con la producción agrícola, dado el influjo recíproco de su destino? Y vosotros, los que permanecéis insensibles ante las angustias del prófugo, errante y sin hogar, ¿no deberíais sentiros solidarios con él, cuya triste suerte de hoy puede ser la vuestra de mañana?

¿Por qué esa solidaridad de cuantos se sienten intranquilos y en peligro no ha de ser para todos el camino seguro, de donde pueda venir la salvación social? ¿Por qué ese espíritu de solidaridad no ha de ser como el eje del orden social natural en sus tres formas esenciales de familia, propiedad y Estado, para volverlas a llevar a su orgánica colaboración, adaptada a las circunstancias presentes, circunstancias que, a pesar de todas las dificultades, son un don de Dios para confirmar nuestro espíritu cristiano?» (cf. Pío XII, *Mensaje de Navidad 1950)*.

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. ¿DONDE NACIO JESUS?

A) *Belén*

113 a) La situación geográfica

Belén es una población situada 10 kilómetros al sur de Jerusalén, a 725 metros de altitud sobre el Mediterráneo y 1.169 sobre el nivel del Mar Muerto. Se diferencia en este aspecto poco de Jerusalén, pues el punto más alto de esta última alcanza los 780. La ciudad de David se alza sobre dos colinas de elevación mediana, orientadas de Norte a Sur y unidas por una pequeña cresta. Las colinas descienden por una serie de terrazas hasta profundos valles. La más occidental es la más elevada, y encierra la antigua ciudad bíblica, con calles estrechas, tortuosas y sombrías. La colina oriental abarca las afueras, donde se hallaba el lugar del nacimiento de Cristo.

En realidad, Belén era en la época evangélica una ciudad pastoril, fértil y cultivada, con abundantes pastos y profusión de viñas, almendros, higueras y olivos. A pesar de estar a un paso de Jerusalén, formaba una región geográfica propia, donde alternaban los campos de labor y los páramos. Significaba, en sumo, la última posición habitable en la zona esteparia hacia el Mar Muerto, la postrera comunicación con la zona desértica, el último mercado, donde los nómadas compraban grano y frutos y vendían sus géneros y tejidos (cf. Willam, *La vida de Jesús en el país y pueblo de Israel* [Espasa-Calpe, Madrid 1943] p.45-46).

114 b) El nombre

Los filólogos hablan de un primitivo *Beth-Lahamu*, lo que ha llevado a suponer que fué o una fundación babilónica o un santuario cananeo. La teoría no está aún plenamente aceptada. Lo único seguro es que el nombre, al advenir los hebreos, y en razón de la fertilidad de la comarca, fué interpretado como *Bet-lehem*, que significa «casa de pan». Más tarde también se la llamó *Ephratá*, esto es, «fértil», con mención reiteradamente bíblica. Por eso, más que disquisiciones filológicas, preferimos la hermosa interpretación de Santa Paula, que glosó entre sollozos este nombre, para ella bendito, el año 383: «Yo te saludo, ¡oh Betlehem!, casa del pan, donde vió la luz de la tierra el pan descendido del cielo; yo te saludo, ¡oh Ephratá!, campo riquísimo y fértil, que entre tus frutos has traído al mismo Dios» (cf. *Epitaph. Paulae* [inter *Epist. S. Hieron.*, 108, 27] 10).

c) La Belén bíblica 115

La primera alusión de la Sagrada Escritura la encontramos en la época patriarcal (Gen. 35,16). Se alude a Belén por la comarca *Ephratá*. Después que Jacob, de regreso de la casa de Labán, viene con Raquel al lugar de sus padres, pasa por Betel, donde levanta un altar y llega a la región de Ephrata, la fértil. Allí muere Raquel y aún hoy día el peregrino visita su tumba. Jacob al salir de este paraje fija su tienda más allá de Migdal Eder, o sea, en la llamada *Torre del Ganado* (Gen. 35,21), hoy identificada con *Siarel-Ghanem*, que posiblemente es el lugar de los pastores del Evangelio.

Después de la época de los patriarcas, puede suponerse en Belén el núcleo cananeo. Cuando en la época de Josué se reparten las tierras entre los israelitas, Belén es ya una ciudad que responde por su propio nombre (Io. 15) y toca a la tribu de Judá. En la época de los Jueces (Iud. 12,8), Belén produce a Abesán, sucesor de Jefté. Más tarde sabemos que de Belén era Elimelec, el marido de Noemi, cuyos dos hijos, que luego murieron prematuramente, desposaron a las moabitas Orfa y Rut (Ruth 1,1). Los campos de Booz se encontraban entre Beit-Sahur y Dier er Rawat, o sea, a poca distancia al este de Belén, y allí sitúa la Escritura la bellísima escena de la joven espigadora y su afortunado matrimonio con el rico hacendado (Ruth c. 2 y 4). Pero la gloria bíblica más brillante de Belén es haber sido la cuna de Isaí (1 Reg. 16,1) y de su hijo David, el humilde pastorcillo «rubio y de hermosos ojos», a quien Samuel había de ungir como rey en su propia ciudad natal (cf. ibid., 16,12-13). El Belén davídico fué temporalmente filisteo, y allí sitúa la Escritura la pintoresca escena de los tres valientes que fueron por agua de la cisterna para satisfacer el real capricho del monarca (2 Reg. 23, 14-16). Esta cisterna es probablemente la misma que hoy vemos a medio kilómetro al nordeste de Belén. De la misma ciudad son, en fin, en esta época, Joab, y también Abisaí y Asael, hermano de Sarvia, la hermana de David, todos guerreros gloriosos. Cerca asimismo de Belén se encuentran hoy día los famosos estanques del rey Salomón.

La ejecutoria bíblica de Belén culmina, por último, en la época del profeta Miqueas, que vive probablemente hacia el 740 a. J. C., durante el reinado de los reyes Joatam, Acaz y Ezequías. Este profeta es quien anuncia que de la pequeña Belén (entonces quizá población de unos mil habitantes) saldrá «quien señoreará sobre Israel» (Mich. 5,2).

d) El misterio de Belén 116

Después del nacimiento de Cristo es curioso observar que la gloria de Belén se eclipsa por completo, cual si la Providencia quisiera tejer un velo de misterio sobre la patria terrestre del Salvador. Jesús se llama ya *de Nazaret* y la gente lo cree de allí en todo el transcurso de su vida. Los Evangelios no vuelven a aludir para nada a Belén, y su nombre se pierde en el olvido de todos los demás escritos del Nuevo Testamento. Hace falta llegar a los escritores del siglo II de la era cristiana, especialmente a San Justino y Orígenes, para que reviva el recuerdo del lugar en que nació el Redentor.

117 ## B) La gruta

«Su autenticidad está fuera de duda. Los Santos Padres más antiguos la señalan con toda precisión. Así, San Justino Mártir, nacido hacia el año 100 en Siquem (Palestina), el cual, por tanto, conocía de vista el lugar (cf. *Dial. c. Tryph.*, c.78); también el pagano Celso (hacia 150) nos habla de dicha cueva (cf. ORÍGENES, *C. Cels.* 1,51). De las diversas que hay en las proximidades de Belén, sólo a ésta convienen las indicaciones de la Sagrada Escritura; a la otra parte de la misma, el monte ofrece pronunciadísimo declive. La señala también una tradición no interrumpida: los cristianos la tuvieron desde el principio en gran veneración y parece que muy pronto la dedicaron al culto divino, pues ya en 137 el emperador Adriano, para alejar a los cristianos de allí, erigió la estatua de Adonis e introdujo un culto nefando. Mas esto mismo sirvió para que se conservase la memoria del lugar, hasta que el emperador Constantino y su madre Santa Elena (cf. EUSEBIO, *Vita Constantini*, 3,43) hicieron construir, antes del año 326, la iglesia de la Natividad, que hoy existe...» (cf. SCHUSTER-HOLZAMMER, *Historia bíblica* [Edit. Litúrg., Barcelona 1947] t.2 p.93).

Del coro griego de esta iglesia «nacen dos escaleras de mármol que conducen a la gruta de la Natividad. Originariamente era ésta una cueva natural de piedra calcárea con acceso al nivel del suelo. Al construirse la iglesia fué transformada en cripta... Preciosos mármoles de varios colores cubren el pavimento y las paredes; arden de continuo muchas lámparas que derraman suavísima claridad... Al fondo, en el extremo oriental, entre las dos escaleras, se ve un nicho semicircular de dos metros y medio de altura y uno y medio de anchura. Es el lugar del nacimiento del Señor. El suelo está enlosado con una plancha de mármol blanco incrustada en jaspe; en medio se ve una estrella de plata (costeada por España en el siglo XIX) con la inscripción: *Hic de Virgine Maria Iesus Christus natus est: Aquí nació Jesucristo de María Virgen*» (cf. ibid., p.96).

118 ## C) El pesebre

Con toda probabilidad el pesebre de la cueva de Belén era de madera, móvil y viejo, y estaba suspendido en el muro del establo o colocado en el mismo suelo para que más fácilmente paciesen los animales (cf. PRAT., *Jésus Christ, sa vie, sa doctrine, son oeuvre* [París, Beauchesne] t.1 p.85).

Así parece demostrarlo la configuración del altar actual de la Adoración de los Pastores en la cripta de Belén. En efecto, cuatro pasos hacia el sudoeste de donde se venera el lugar del nacimiento del Señor hay que descender por una breve escalinata de tres peldaños al oratorio llamado del Pesebre, cuya entrada por el lado norte está sostenida por tres columnas de mármol verdoso. A través de las coberturas de tela se advierten las rocosas paredes. Aquí fué donde la Virgen colocó sobre el pesebre a Jesús recién nacido y aquí fué adorado por los pastores, como lo conmemora un cuadro de mediocre valor artístico, colocado entre las lámparas. Una excavación en la roca, recubierta de mármol, representa el pesebre (cf. MEISTERMANN, *Guida di Terra Santa* [Firenze 1925] p.345).

Una tradición antigua afirma que al querer levantar Sixto III con la reconstrucción de la basílica Liberiana un monumento al concilio de Efeso en honor de la maternidad divina de María, surgió espontánea la idea de

un oratorio que reprodujera la gruta de Belén, objeto de especial veneración entonces por el número y calidad de peregrinos romanos que, movidos por el ejemplo de San Jerónimo y Santa Paula, pasaban a Tierra Santa. Así se construyó, al parecer en el segundo tercio del siglo V, la capilla llamada vulgarmente del *Praesepium*. Como reproducción cuidadosa de la gruta del nacimiento, estaba practicada bajo tierra y con su arco rebajado, propio de una cueva, dando acceso a la concavidad abovedada de su gruta, en la que un altar conmemoraba el parto virginal de María, mientras el nicho o camarín del fondo representaba en un segundo plano la cuna del divino Niño. En el siglo XVI el oratorio se hallaba quince metros y medio distante del lugar que hoy ocupa bajo el altar del Sacramento, y fué Domingo Fontana quien lo transportó en bloque a la cripta de la nueva capilla por él construída con el nombre de Sixtina, de su predecesor Sixto V (cf. HARTMANN GRISAR, *Archeologia del «Praesepio» in Roma:* Civiltà Cattolica, LIX [1908], IV, 703-719).

En el siglo XVI seguía aún enriquecido este oratorio con una reliquia venerada: la de los restos del pesebre de Belén. Aunque una tradición supone que la reliquia se trasladó a Roma desde Oriente, juntamente con el cuerpo de San Jerónimo, entre los años 640 y 650, siendo pontífice Teodoro I, Grisar atribuye la tradición al siglo XI y afirma que no se puede aducir en su favor razón histórica alguna. Sin embargo, la reliquia continuó en el oratorio de Santa María la Mayor hasta el pontificado de Pío IX, en que se la trasladó a la *confessio* o cripta del altar mayor, donde en una rica urna de cristal y plata, donación real española, se venera hasta nuestros días (cf. GRISAR, *Analecta Romana* I [Roma 1899] p.589-593).

II. ¿CUANDO NACIO JESUCRISTO?

A) El año 119

Nació antes de la muerte de Herodes el Grande, es decir, antes del tiempo comprendido entre fines de marzo y primeros de abril del año 750 de Roma y 4.º antes de Cristo, puesto que existe la seguridad de que Herodes murió en aquella época. Los exegetas apuran aún más los datos cronológicos, sobre todo el que aporta el evangelio de San Mateo (2,16); a saber: la edad de dos años de los Santos Inocentes, cuando llegaron los Magos y el traslado del viejo monarca a Jericó, cuatro meses antes de su muerte. Descuentan así a la fecha de la muerte de Herodes dos años del plazo de los Inocentes, más los cuarenta días que median entre el nacimiento y la llegada de los Magos y la marcha de Herodes a Jericó, y concluye que Jesús nació más o menos a fines del año 748 de Roma; esto es, el 6 antes de la era cristiana (cf. RICCIOTTI, *Vida de Jesucristo* [ed. Miracle, Barcelona 1944] p.176-177).

B) El mes 120

«San Clemente Alejandrino (l.1 *In Stromatum*, ad finem) refiere que algunos herejes afirmaron que Cristo nació el 20 ó 21 de abril; otros, que el 25 de mayo. San Epifanio *(Haeresis.* 51) dice que nació el 6 de enero;

opinión que, callando el nombre de su autor, cita y rechaza San Jerónimo *(In Ez.*, c.1), diciendo que ese día se manifestó Cristo, pero que no nació en él, aunque él habla no del día 6, sino del día 5 de enero... Casiano refiere en sus *Colaciones* (c.1) que los egipcios acostumbraban celebrar ese día el nacimiento del Señor; así se encuentra también en el prefacio de la carta de Teófilo Alejandrino y en San Isidoro (l.1 *Eccles. offic.)* y lo insinúa Orígenes *(Hom. in divers.)*.

Pero la verdadera opinión es que Cristo nació el día 25 de diciembre, como se prueba lo bastante por la tradición eclesiástica y por la celebración de la fiesta, la cual consta por San Clemente (l.5 *Const. apostolic.*, c.12) y por Orosio (l.7 c.2), que desde los tiempos de los apóstoles se guardaba tal día. La misma es la opinión de los antiguos Padres: de Evodio en la *Historia eclesiástica* de Nicéforo (l.2 *Historiae*, c.3), de San Juan Crisóstomo *(Hom. 1 in Lc.)*, de San Agustín (l.4 *De Trinitate*, c.5), de San Anastasio, obispo Niceno» (cf. SUÁREZ, *Misterios de la vida de Cristo*: BAC, t.2 p.373).

121 ## *C) El día de la semana*

Algunos dicen que nació en viernes. Pero es más probable que naciera en domingo. Esto lo confirma el Sínodo VI en el capítulo 8. Lo mismo dice Nicéforo en el libro 1 de su *Historia* (c.12). Del mismo parecer es Sofronio *(Orat. de natali Christi)* y San Antonino (p.1.ª *Historiali tract.*, 5,1,2), y le siguen Guillermo Durando (l.5 *Rationalis*, c.13) y Dadreo (l. *De emendatione temporum)*. «Y cierto, si Cristo fué concebido un viernes, necesariamente se sigue que naciera un domingo. Pues a cualquiera que compute rectamente, se le hará claro que si el 25 de marzo cae en viernes, es necesario que el 25 de diciembre siguiente sea domingo». San Agustín y San Atanasio dicen que encarnó y murió el mismo día. Este último autor añade que fué concebido el mismo día en que Adán fué creado. «Y consta que fué creado en viernes, como lo nota Gaudencio *(Tract. 1 in Ex.)*, porque fué creado el sexto día, que precedía al sábado» (cf. SUÁREZ, ibid., p.374).

122 ## *D) La hora*

Según San Anastasio Niceno, a la hora séptima del día. San Anastasio Sinaíta (l.7 *Hexameron)* dice que nació al atardecer. Hesiquio habla de la hora tercia del día. Pero se ha de decir que nació después de las doce de la noche, como se colige del Evangelio, ya que los pastores velaban a esa hora con vigilias de la noche sobre su grey (Lc. 2,7). «De aquí nació la tradición eclesiástica de celebrar aquella sagrada noche y de ofrecer en ella el santo sacrificio, por decreto del papa San Telesforo (cf. *Epist. Decret.*, c.2). Lo cual lo notó también San Dámaso Papa *(Vita Telesph.)*» (cf. SUÁREZ, ibid., p.375).

III. LEYENDAS DE NAVIDAD

A) Camino de Belén 123

«Y aparejando su asna, hizo acomodarse a María sobre ella; y mientras un hijo suyo iba delante llevando la bestia del ronzal, José les acompañaba. Cuando estuvieron a tres millas de distancia (de Belén), José volvió su rostro hacia María y la encontró triste; y se dijo a sí mismo: «Es que el embarazo debe causarle molestias». Pero al volverse otra vez, la encontró sonriente; y le dijo: «María, ¿qué es lo que te sucede, que unas veces veo sonriente tu rostro y otras triste?» Y ella repuso: «Es que se presentan dos pueblos ante mis ojos: uno que llora y se aflige, y otro que se alegra y regocija».

Y al llegar a la mitad del camino dijo María a José: «Bájame, porque el fruto de mis entrañas pugna por venir a luz». Y la ayudó a apearse del asna» (cf. *Protoevangelio apócrifo de Santiago*, XVII, 2-3, en AURELIO SANTOS, *Los evangelios apócrifos* [BAC, Madrid 1956] p.174-175).

B) Luz en el establo 124

«Y en diciendo esto, mandó el ángel parar la caballería, porque el tiempo de dar a luz se había echado ya encima. Después mandó a María que bajara de la cabalgadura y se metiera en una cueva subterránea, donde siempre reinó la obscuridad, sin que nunca entrara un rayo de luz, porque el sol no podía penetrar hasta allí. Mas en el momento mismo en que entró María, el recinto se inundó de resplandores y quedó todo refulgente como si el sol estuviera allí dentro. Aquella luz divina dejó la cueva como si fuera al mediodía. Y mientras estuvo allí María, el resplandor no faltó ni de día ni de noche» (cf. *Evangelio apócrifo del Ps.-Mateo*, XIII, 2, en ibid.,p.2 21).

C) El alumbramiento 125

«Cuando llegó, pues, la hora, salió al descubierto la virtud de Dios. Y la doncella, que estaba mirando fijamente al cielo, quedó convertida (como) en una viña, pues ya se iba adelantando el colmo de los bienes. Y en cuanto salió la luz, la doncella adoró a Aquel a quien reconoció haber ella misma alumbrado. El niño lanzaba de sí resplandores, lo mismo que el sol. Estaba limpísimo y era gratísimo a la vista, pues sólo El apareció como paz que apacigua todo (el universo). En la misma hora de nacer se oyó la voz de muchos espíritus invisibles que decían a una vez: «Amén». Y aquella luz se multiplicó y obscureció con su resplandor el fulgor del sol, mientras que esta cueva se vió inundada de una intensa claridad y de un aroma suavísimo. Esta luz nació de la misma manera que el rocío desciende del cielo a la tierra» (cf. el apócrifo *Liber de infantia Salvatoris*, 73, en ibid., p.283-284).

126 ## *D) La partera de Jerusalén*

«A todo esto se había puesto ya el sol, cuando la anciana llegó a la gruta en compañía de José. Ambos penetraron dentro. Y he aquí que estaba iluminado el recinto con una luz más hermosa que el resplandor de lámparas y antorchas, y más refulgente que la luz del sol. Un niño en pañales y reclinado en un pesebre estaba mamando la leche de su madre, María.

Admirados los dos de esta luz, pregunta la anciana a María: «¿Eres tú por ventura la madre del recién nacido?» Al responder María afirmativamente, le dice: «Pues tú no eres como las demás hijas de Eva». A lo que María replica: «Lo mismo que mi hijo no tiene igual entre los niños, de igual manera su madre no tiene semejante entre las mujeres». Dice entonces la anciana: «Aquí he venido, señora mía, en busca de alguna recompensa, pues hace ya mucho tiempo que me encuentro aquejada de parálisis». Dícele, pues, María: «Pon tus manos sobre el niño». Y, nada más hacer esto, quedó curada la mujer. Entonces marchó diciendo: «De ahora en adelante seré la esclava y criada de este niño durante todos los días de mi vida» (cf. el apócrifo *Evangelio árabe de la infancia*, III, 1-2, en ibid., p.328-329).

127 ## *E) Eva y María*

«Y dicho esto, vió nuestra primera madre Eva que se elevaba al cielo una nubecilla partiendo de la cueva. Y por otro lado aparecía una luz centelleante que había venido a posarse ante el pesebre del establo. Y el niño se aplicó a los pechos de su madre para mamar, después de lo cual volvió a su sitio y se sentó. A vista de esto, José y nuestra primera madre Eva dieron, reconocidos, gloria a Dios y quedaron estupefactos de admiración ante los prodigios que acababan de tener lugar. Y decían: «En verdad que ¿quién ha oído jamás a nadie cosa semejante o ha visto con sus propios ojos prodigio parecido a este que acaba de realizarse?»

Y nuestra primera madre entró en la cueva, tomó al niño en sus brazos y se puso a acariciarle y a abrazarle con ternura, bendiciendo a Dios, porque el niño era extremadamente hermoso y tenía un semblante fascinador y resplandeciente, mientras que sus rasgos eran muy expresivos. Después lo envolvió entre pañales, lo depositó en el pesebre de los bueyes y salió de la cueva. Y de pronto vió a una mujer llamada Salomé, que venía de la ciudad de Jerusalén. Eva, nuestra primera madre, se le adelantó y le dijo: «Te doy una buena y feliz noticia: una tierna doncella acaba de traer un hijo al mundo sin haber conocido varón en absoluto» (cf. el apócrifo *Evangelio armenio de la infancia*, IX, 2-3, en ibid., p.381-382).

128 # IV. EL ERMITAÑO DE BELEN

El ermitaño de Belén es San Jerónimo, quien desde el año 385, es decir, a los cuarenta y tres años de su vida, decidió vivir permanentemente en aquella ciudad sin separarse de la gruta donde nació el Redentor. Allí fundó un monasterio, donde se consagró a la vida ascética, a la dirección de almas y a la composición de la mayor parte de sus obras.

Se ha conservado desde el siglo IV una cavidad rocosa, reducida a forma regular por los muros, que en el siglo XII se comunicaba con el claustro latino del monasterio, y que era la celda donde el santo Doctor redactó la famosa Vulgata o traducción latina de la Sagrada Escritura. En este retiro escribió también el ilustre Padre de la Iglesia aquellas controversias y refutaciones vehementes contra todos los errores de su tiempo. Allí combatió hasta los ochenta y ocho años de edad contra Joviniano, Vigilancio, Pelagio y los origenistas. Y como si tantos trabajos no fueran suficientes, el intrépido escritor aceptó el año 395 la administración de la parroquia de Belén, a instancias del obispo jerosolimitano Juan. Allí, al fin, acabó sus días el año 420 y allí fué sepultado. Todavía se muestra en la cripta de Belén el lugar de su tumba, que él en vida mandó excavar al lado de las de sus discípulas Santa Paula y Santa Eustoquio. Esta tumba está hoy vacía, pues los restos de San Jerónimo fueron trasladados a Roma, a Santa María la Mayor, y reposan en la capilla del Santísimo Sacramento (cf. MEISTERMANN, *o.c.*, p.348-349).

V. EL ORIGEN DE LA "MISA DEL GALLO" 129

«Es probable que Sixto III haya introducido la costumbre de celebrar en la fiesta natalicia un oficio nocturno (maitines y laudes) de carácter mariano, diverso, naturalmente, de aquel que mientras tanto se cantaba en San Pedro, precedido hacia media noche de la celebración de una misa en el oratorio del «praesepe», durante la cual, según San León Magno, el texto evangélico refería la Anunciación a María. Es también sumamente probable que esta conmemoración nocturna de la Navidad haya sido inspirada al Papa Sixto III por una costumbre análoga en vigor en la iglesia de Jerusalén hasta el siglo IV. En efecto, la *Peregrinatio* recuerda una estación nocturna en Belén que se hacía solemnemente por el obispo y el pueblo en la noche del 6 de enero, entonces fiesta de Navidad. No sabemos si se celebraba la misa, pero es muy probable; algunos decenios después el biógrafo de Santa Melania lo atestiguaba expresamente... Nada de extraño, por tanto, si a principios del siglo V, con las relaciones tan frecuentes que existían entre Roma y Palestina, se haya querido reproducir en la basílica liberiana, a una con la gruta de la Natividad, la función nocturna que se celebraba en Belén. Puede ser también que como se había formado el Adviento sobre el tipo de la Cuaresma, así se quisiera modelar una gran vigilia en Navidad sobre la gran noche de Pascua.

El Papa celebraba esta primera misa hacia la medianoche, *mox ut gallus cantaverit*, y no en el altar de la basílica, sino en un pequeño oratorio del pesebre, *ad praesepium*, dice el *XI Ordo*, que entonces debía encontrarse inmediatamente detrás del altar mayor. Terminada la misa, en la cual él solo comulgaba, presidía el solemne oficio de la noche; pero más tarde, después del siglo XII, el oficio de la vigilia fué anticipado a la misa y el papa no asistía más que a los laudes» (cf. MARIO RIGHETTI, *Historia de la Liturgia:* BAC [Madrid 1955] t.1 p.693-694).

VI. LA PRIMERA REPRESENTACION PLASTICA DE LA NAVIDAD

130

«Si se buscan las muestras más antiguas de cómo se figuró el nacimiento, veremos que Emil Mâle describe el sarcófago del Museo de Letrán, de la primera mitad del siglo IV: la Virgen está sentada en el portal; Jesús, en la cuna, que es de mimbres, con el buey y el asno; obediente la composición a la llamada «fórmula griega», mientras se adapta a «la siríaca» la ampolla del tesoro de Monza: el Niño en el pesebre, entre los dos animales; la Virgen, acostada, y San José, sentado, cabizbajo...

No fué temprana la representación pintada o esculpida del Nacimiento en las mismas catacumbas romanas; el único ejemplar, que es el de las de San Sebastián, se fecha en el siglo IV; dentro del cual, y algo antes, data el sepulcro de Letrán (343). Por la lentitud en la difusión del tema no sorprende encontrarlo en los sarcófagos ni en los poco numerosos relieves prerrománicos. La más antigua representación española parece ser la miniada en el antifonario de la catedral de León, escrito en 1062, de letra mozárabe. La Virgen, con muy voluminosos vestido y tocado, está sentada a la cabecera del pesebre, o mejor, cuna, pues faltan las bestias; a los pies, está, erguida, al lado de una silla de tijera, la matrona» (cf. JAVIER SÁNCHEZ CANTÓN, *Los grandes temas del arte cristiano en España*, t.1: *Nacimiento e infancia de Cristo* [BAC, Madrid 1948] p.19-20).

VII. EL PESEBRE QUE PREPARO SAN FRANCISCO

131

Es digno de piadosa memoria lo que San Francisco de Asís llevó a cabo el día de Navidad en un pueblo llamado Grecio. Moraba allí un digno señor llamado Juan. Quince días antes de Navidad llamólo Francisco y le dijo que quería preparar un nacimiento, a lo que el buen hombre accedió y preparó todo lo que le propuso el Santo. «Llegó por fin el día de la alegría y la hora de la satisfacción apetecida. Fueron convidados religiosos de varias partes, los hombres y mujeres del lugar, según su posibilidad, y con íntimo gozo, con luces y hachas, se dispusieron a iluminar aquella noche, que con inmensa claridad, cual astro refulgente, irradia sobre los días y los años. Llegó en último lugar el siervo de Dios, y hallándolo todo a punto según lo deseara, alegróse en extremo. Dispónese luego el pesebre, acomódase la paja y se trae el buey y el asno. Hónrase allí la sencillez, se elogia la pobreza, se celebra la humildad, y Grecio se convierte en otra ciudad de Belén. Queda la noche iluminada como claro día y da placer a los hombres y a los animales. Llegan los pueblos y animan con nuevo entusiasmo y fervor aquel admirable misterio. Resuenan en el valle las voces, y los ecos responden con estremecimiento. Cantan los religiosos entonando las divinas alabanzas y transcurre la noche en santa alegría. Contempla, extático, el siervo de Dios el pesebre, suspira tiernamente y se le adivina rebosando ternura y nadando en mar de celestiales goces. Celébrase el santo sacrificio de la misa junto al pesebre, y el sacerdote disfruta de inusitado consuelo.

Viste Francisco los ornamentos sagrados propios del grado de diácono, a cuyo orden estaba elevado, y con voz conmovida entona el santo Evangelio. Aquella voz es insinuante y dulce, clara y sonora, convidando a todos a

los premios eternos. Predica después al pueblo que le rodea, y de sus labios brotan dulcísimas palabras sobre el nacimiento del Rey-pobre y de la insignificante ciudad de Belén. Cuando ha de pronunciar el dulce nombre de Jesús, ardiendo en flagrantísimo amor, llámale, con sin igual ternura, el Niño de Belén; y esta palabra, a causa del estremecimiento y emoción, percíbese como tierno balido de oveja, y su boca llénase, más que con el nombre, con el dulce afecto que al pronunciarlo experimenta. Su lengua, cuando ha de nombrar al Niño de Belén o el nombre tiernísimo de Jesús, muévese alrededor de los labios cual si lamiese saboreando algo dulcísimo y gustase el grato sabor de aquella divina palabra. El Altísimo multiplicó allí sus maravillas, pues un hombre piadoso de los que allí había contempló una admirable visión. Vió un niño exánime reclinado en el pesebre, al cual se acercó el santo varón de Dios y lo resucitó tan suavemente cual si le despertara del sopor del sueño. Tuvo esta visión particular sentido, y ciertamente muy adecuado, porque significaba que, habiendo sido echado en olvido el divino Jesús y arrojado de muchos corazones, resucitó por su siervo Francisco con el auxilio de la divina gracia y quedó impreso en los corazones deseosos de verdad. Cesaron por fin los solemnes cultos, y cada cual volvió a su casa lleno de gozo y alegría» (cf. *Escritos completos de San Francisco de Asís:* CELANO, *Vida de San Francisco*, en BAC [Madrid 1945] p.340-341).

VIII. LA PRIMERA MISA DE SAN IGNACIO 132

San Ignacio subió al altar a los dieciocho meses justos de su ordenación, la noche del miércoles 25 de diciembre de 1538, en Roma. La fecha viene inequívocamente registrada por el Santo, en carta de 2 de febrero de 1539 a los señores de Loyola: «El día de Navidad pasado, en la iglesia de Nuestra Señora Mayor, en la capilla donde está el pesebre donde el Niño Jesús fué puesto, con la su ayuda y gracia, dije la mi primera misa» (cf. S. IGNATII *Epistolae*, I, p.147, y la *Carta de San Ignacio sobre su primera misa:* AHSI, I [1932] 100).

San Ignacio retrasó la celebración medio año, y sobre este retraso se han expuesto diversos motivos, entre ellos la preparación que se proponía realizar para el santo sacrificio, pero también es lógico pensar que su amor a Cristo y su devoción a los santos lugares gustados por él en 1523 le hicieron desear la celebración de su primera misa en Palestina. Mas habiendo continuado todo aquel año la imposibilidad de navegar a Tierra Santa por la guerra contra el turco, creyó llegado el momento de celebrar su primera misa, escogiendo para ello lugar y fecha muy conformes con sus ansias palestinenses, porque «fué la noche de Navidad del año 1538, como escribe Ribadeneira, y díjola en Roma, en la capilla del Pesebre» (cf. *Obras completas de San Ignacio de Loyola* t.1: BAC [Madrid 1947] p.500-501).

IX. POESIA NAVIDEÑA ESPAÑOLA 133

Es tan inmenso el arsenal poético de nuestra áurea literatura, que por falta de espacio nos vemos precisados a insertar aquí solamente un reducido muestrario de la poesía navideña española.

A) Canción para callar al Niño

«Callad, Vos, Señor,
nuestro Redentor,
que vuestro dolor
durará poquito.
Angeles del cielo,
venid dar consuelo,
a este moçuelo
Jesús, tan bonito.
Este me reparo,
aunqu'el costó caro
de aquel pueblo amaro
cativo en Egito.
Este santo dino,
Niño tan benino,
por redimir vino
al linaje aflito.
Cantemos gozosas,
hermanas graciosas,
pues somos esposas
del Jesú bendito».

(cf. GÓMEZ MANRIQUE [1412?-1490?], *De la Representación del Nacimiento de Nuestro Señor*, villancico final, en *Cancionero Español de Navidad* [Madrid 1944, p. 123).

B) Anda acá, pastor

«Anda acá, pastor,
a ver al Redentor.
Anda acá, Minguillo,
deja tu ganado,
toma el caramillo,
zurrón y cayado.
Vamos sin temor
a ver al Redentor.
No nos acerquemos
sin llevar presente;
mas, ¿qué llevaremos?
Dilo tú, Llorente.
¿Qué será lo mejor
para el Redentor?
Yo quiero llevarle
leche y mantequillas
y para abrigarle
algunas mantillas,
para ir con amor
a ver al Redentor.
Con aquel cabrito
de la cabra mocha
le daré un quesito
y una miga cocha,
que tendrá sabor,
sabor al Redentor.
No piense que vamos
su Madre graciosa
sin que le ofrezcamos
más alguna cosa,
que es de gran valor
Madre del Redentor».

(cf. JUAN DEL ENZINA [1469-1529], en ibid., p.150-151).

C) Clavel de la aurora

«Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno;
¡qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!
Cuando el silencio tenía
todas las cosas del suelo,
y coronada de hielo
reinaba la noche fría,
en medio la monarquía
de tiniebla tan cruel
caído se le ha un clavel.
De un solo clavel ceñido
la Virgen, Aurora bella,
al mundo le dió, y ella
quedó cual antes, florida.
A la púrpura caída

siempre fué el heno fiel;
caído se le ha un clavel.
El heno, pues, que fué digno,
a pesar de tantas nieves,
de ver en sus brazos leves
este rosicler divino,
para su lecho fué lino,
oro para su dosel;
caído se le ha un clavel».

(cf. LUIS DE GÓNGORA, en ibid., p.224-225).

D) Zagalejo de perlas

«Zagalejo de perlas,
hijo del alma,
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?
Como sois lucero
del alma mía,
a traer el día
nacéis primero,
pastor y cordero
sin choza y lana;
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?
Perlas en los ojos,
risa en la boca,
las almas provoca
a placer y enojos;
cabellitos rojos,
boca de grana,
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?
¿Qué tenéis que hacer,
pastorcito santo?
Madrugando tanto,
lo dais a entender;
aunque vais a ver
disfrazado al alma,
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?»

(cf. LOPE DE VEGA, en ibid., p.239-240).

E) Hombre y Dios

«Pues hombre es no más el que
de humanas entrañas nace;
más es que hombre: Dios es
quien nace de Virgen Madre,
quedando en el parto virgen,
virgen después, virgen antes.
—Hombre es quien siente al nacer
las destemplanzas del aire.
—Dios es quien, naciendo al hielo,
le abrigan los animales.
—Hombre es quien su sangre deja
que a ocho días se derrame.
—Dios es quien, por dar ejemplo,
quiere que la Ley se guarde.
—Hombre es quien nace tan pobre
que de pastores se vale.
—Dios es quien nace tan rico
que reyes van a adorarle.
—Hombre es quien teme la muerte
y huyendo a Egipto se parte.
—Dios es quien por el camino
tantos ídolos deshace.
—Hombre es, pues se pierde y deja
con desconsuelo a sus padres.
—Dios es, pues le hallan a donde
más que los rabinos sabe.
—Hombre es, pues mal le pegas
solamente con tocarle.
—Dios es quien, si enferma en mí,
no espera que yo le sane.
—Hombre es, pues su mancha lava
del Jordán en los cristales.
—Dios es, pues la mancha es mía
y El deja que se la laven».

(cf. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA, *De la cura y la enfermedad*, en ibid., p.277-278).

134

X. COSTUMBRES NAVIDEÑAS

Sólo queremos insertar un botón de muestra entre los mil que pudieran aducirse, dada la riqueza del folklore navideño nacional. Hemos escogido, por su carácter eminentemente popular, las escenas pastoriles de La Bañeza (León), tal como relata VALERIO SERRA BOLDÚ en F. CARRERAS Y CANDI, *Folklore y costumbres de España* t.3 [edit. Alberto Martín, Barcelona 1946] p.510-512).

«En los días que preceden a Navidad, reúnense los jóvenes en casa del tamborilero. A las seis de la tarde llegan los mozos y mozas cantando villancicos, con plumas, flores y olivos, a la habitación señalada para el ensayo, y en tanto las mozas tejen un ramo de singular aderezo, los mozos entonan los «kyries» de la misa, acompañándose de tamboril y flauta.

El día de Nochebuena llegan, a las doce de la noche, los pastores a la puerta del templo. Les preceden los aldeanos, conduciendo en un carretillo de triunfo el ramo que ha de ser bendecido en la parroquia. Los rondadores y mozas permanecen en el atrio, esperando a las autoridades. Cuando llegan éstas, el sacerdote bendice al pueblo, y con su venia se canta la copla de entrada, en la que se alude a los acontecimientos más importantes del año. Seguidamente, los pastores, dirigiéndose al altar de la Virgen, la saludan con romances originales, prometiéndola alabanzas para después de la misa y felicitándoles la Navidad a Ella y al Rey del cielo con coplas y bailes.

Antes de comenzar la misa, los pastores, a cuyo frente va su mayoral, se tienden en el presbiterio formando un semicírculo, en el centro del cual encienden una hoguera y sobre ella colocan unas trébedes con un caldero.

Un zagalillo con vestiduras de ángel aparece entre los pastores anunciándoles el nacimiento del Señor; pero, simulando dormir todos, sólo el mayoral percibe entre sueños la extraña visión. Con ferviente humildad adora al ángel y llama después a sus compañeros para manifestarles la buena nueva.

Dudosos los compañeros, tornan a su sueño, cuando invisiblemente se escucha la divina voz, más dulce e insinuante ahora. El mayoral, de rodillas y entre lágrimas y clamores, invita de nuevo a sus camaradas a presenciar el prodigio. Al fin consigue que ellos caminen a Belén para adorar al Niño Dios.

Finalizada la misa, las mozas se acercan al presbiterio con el carro triunfante en que llevan el ramo. Con filigranas originales dirigen al sacerdote chispeantes coplas, salpicadas de ingenio. Después de repetidos bailes y repiques de castañuelas, los rondadores abandonan el templo, recorriendo las calles en demanda de limosnas para los pobres».

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

Tema litúrgico:

Fiesta de Navidad (1).

El misterio de Belén:

La Providencia en Belén (2).
Las personas de Belén (3).
Adoradores de Belén. Los pastores (4).
Belén, escuela de santidad (10).
Ricos y pobres en el portal (15).

El mensaje de los ángeles:

«Gloria a Dios» (5 y 6).
«Paz en la tierra» (7).
«No temáis» (8 y 9).

El orden sobrenatural:

La elevación del hombre (11).
Hijos de Dios (12).
Hijos adoptivos (13).
Nuestra deificación (14).

SERIE I: LITURGICOS

1

Fiesta de Navidad

I. *Un gran gozo.* 135

A. Como el ángel dijo a los pastores *os anuncio una gran alegría* (Lc. 2,10): *Os ha nacido un Salvador*, así la Iglesia exclama: «Christus natus est hodie; venite adoremus».

B. Nuestros altares se convertirán en auténticos pesebres donde Cristo, real y verdaderamente presente, descansará envuelto en los blancos accidentes de pan, como antaño en los blancos pañales.

C. Como corrieron los pastores, corramos nosotros al altar, escuchando el «Venite» con que la Iglesia nos invita. «Adeste fideles, laeti triumphantes». Sobre el altar resuena, al igual que sobre la gruta, el himno celestial (Lc. 2,14): «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

136 II. *Actualidad de la Navidad.*

A. No menos que para los pastores, la Navidad es para nosotros una actualidad.

a) *Las fiestas de la Iglesia no son solamente un recuerdo, sino que tienen una íntima realidad mística.*

b) *«El año litúrgico, al que la piedad de la Iglesia alimenta y acompaña, no es una fría e inerte representación de hechos que pertenecen al pasado, o una simple y desnuda evocación de realidades de otros tiempos. Es más bien Cristo mismo, que vive en su Iglesia siempre y que prosigue el camino de inmensa misericordia por El iniciado..., a fin de poner a las almas humanas en contacto con sus misterios y hacerlas vivir por ellos; misterios que están permanentemente presentes y operantes, no en la forma incierta y nebulosa de que nos hablan algunos escritores recientes, sino porque... son ejemplos ilustres de perfección cristiana y fuentes de gracia divina por los méritos y la intercesión del Redentor y porque perduran en nosotros con su efecto...»* (Pío XII, *Mediator Dei* 205).

B. La realidad de la Navidad es, pues, el conjunto de gracias vinculadas a este misterio, que se derrama, al celebrarlo, sobre nuestros corazones.

a) *Podemos decir que Cristo nace para nosotros: «Christus natus est nobis», para nosotros los hombres del siglo XX.*

b) *Las fórmulas preparatorias de Adviento están todas construídas en futuro, como refiriéndose a esta mística realidad: el Señor vendrá...; «ven, ven, ven...».*

137 III. *Ayer y hoy.*

A. Cuando Cristo abrió los ojos en Belén, el cuadro que le ofrecía el mundo era desconsolador.

a) *El mundo judío, su pueblo escogido, con una equivocada idea sobre el Mesías, que no le recibe: «In propria venit et sui eum non receperunt»* (Io. 1,11).

b) *El mundo romano y el griego, con su poderío, sabiduría y fuerza, que adora a los ídolos y vive embriagado en el placer y vicio.*

c) *Solamente un grupito de muy pocos le reciben: la Virgen, José, los pastores y... los Magos que se ponen en camino.*

B. Cristo contempló también el cuadro que el mundo del siglo XX ofrecía a sus ojos.

a) ***El cuadro de nuestros días no es menos desconsolador que el de entonces. Sin caer en tópicos pesimistas, debemos reconocer***

que gran parte de la familia humana vive lejos de Cristo y que los suyos, sus cristianos, no viven como El ha enseñado. Como ayer, son pocos los que le reciben.

b) *Nace el Señor, es cierto, para todos. Mas solamente se aprovecharán de su mística venida los que se acerquen a El, como los pastores, reproduciendo en su corazón los sentimientos de María Santísima en la Nochebuena.*

IV. *Nuestras disposiciones en Navidad.* **138**

A. Las disposiciones necesarias para aprovecharnos de la nueva aparición de Cristo nos las da el Papa San León en su sermón primero de la Navidad.

a) *Gratitud: «Demos gracias, queridísimos, a Dios Padre por su Hijo en el Espíritu Santo, el cual, por la excesiva caridad con que nos amó, se compadeció de nosotros; y estando muertos por los pecados nos vivificó con Cristo para que fuésemos en El una nueva criatura».*

b) *Reforma de vida: «Depongamos, pues, al hombre viejo en sus obras: y, puesto que hemos alcanzado la participación en la vida de Cristo, renunciemos a la carne. Reconoce, ¡oh cristiano!, tu dignidad, y, una vez hecho consorte de la naturaleza divina, no vuelvas a la antigua vileza con una vida degradante e indigna. Acuérdate de qué Cabeza y Cuerpo eres miembro. Ten presente que, sacado del poder de las tinieblas, has sido trasladado al reino de la luz».*

c) *Amor. De San Alfonso María de Ligorio se dice que, después de haber considerado el amor de Cristo en el portal de Belén, exclamaba: «¡Ah, qué caro nos ha costado amarnos!» Cuando un Dios se anonada tomando la forma de esclavo y se abraza con la pobreza y el dolor y la vida dura, no podemos menos de caer de rodillas ante él y hacerle una sincera profesión de amor, lamentándonos de no haberle amado antes, diciéndole con San Agustín: «Sero te cognovi, pulchritudo tam antiqua, sero te amavi».*

B. «Venite adoremus»... Acerquémonos al altar. Recibámosle en nuestros corazones. He aquí el gran homenaje. Presentémonos con el anhelo de unirnos a El para vivir de El, identificándonos con su pensar, querer y obrar.

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

2

La Providencia en Belén

139 I. *La Providencia, según el Concilio Vaticano, sostiene y gobierna todo cuanto Dios creara, disponiéndolo todo suave y fuertemente.*

A. Lo alcanza todo, tanto los sucesos físicos como los actos libres. Lo mismo las acciones individuales que los decretos de los reyes y las obras colectivas.

B. Todo lo mueve y ordena para conseguir los fines que El mismo ha señalado, pero lo mueve suavemente. Porque Dios sabe utilizar sus instrumentos, acomodándose a la naturaleza de éstos. El buen músico no emplea el violín del mismo modo que el piano. Y así Dios gobierna a los hombres libres respetando su libertad.

140 II. *El nacimiento de Cristo es el centro de los tiempos. Dios supo ordenar todos los siglos de manera que prepararan ese momento.*

141 III. *La historia religiosa de la humanidad se divide en dos períodos: antes de Cristo y después de Cristo. Bien ajenos estaban los habitantes de Belén de que esta noche se cerraba un libro de la historia y comenzaba otro, de que era el broche final de una era y el comienzo de otra.*

A. La primera etapa de miles y quizá millones de años tuvo por objeto preparar la venida de Cristo.

a) *Los once primeros capítulos del Génesis nos muestran la humanidad en sus albores, vigilada ya por Dios para conservar dentro de ella una parcela limpia.*

b) *Miles de años después se abre la historia de los patriarcas. Aquella parcela de hombres justos que preocupaban a Dios desde el principio va a concretarse en un pueblo, para que el Mesías nazca en él.*

B. Todo el Antiguo Testamento no es otra cosa que la sinfonía de Dios, que desenvuelve siempre y de los modos más insospechados el mismo tema: la Providencia prepara en el pueblo judío la venida de su Hijo.

a) *Primero forma el pueblo, apartándolo de toda fusión con elementos extraños, para lo cual lo lleva a Egipto, donde vivirá aislado.*

b) *Después lo constituye en Estado, mediante Moisés.*

c) *Le da un territorio con Josué, los Jueces y David.*
d) *Lo sostiene mediante los profetas, e interviniendo directamente, unas veces mediante sucesos prósperos y otras adversos.*

C. En toda la historia del Antiguo Testamento el pueblo judío aparentemente no es sino la más pequeña rueda de la gran maquinaria universal.

a) *Pero si se lee la santa Biblia con ojos de fe, se ve cómo toda la historia va siendo aprovechada recia y suavemente para conseguir los fines decididos por Dios para su pueblo.*
b) *Un ejemplo: la prosperidad de Caldea sirve de castigo a Israel; el efímero predominio persa le da la libertad.*

D. Hasta que llega el momento final. Es necesario que se cumplan las profecías.

a) *El reino de Dios no será un pequeño pueblo, sino que la voz de sus predicadores ha de oírse por todo el mundo.*
b) *Entonces surge el primer imperio universal: el imperio romano.*
1. Este superará las hasta entonces invencibles barreras de las razas y naciones. Un judío podrá recorrer libremente el mundo entero.
2. Conseguirá la unidad de lenguas. Con el griego y el latín podrán hacerse entender por todas partes los predicadores.
3. Los medios de comunicaciones cruzarán el mundo conocido.

E. Ya está todo hecho para que el reino encuentre hecha posible su predicación. ¿Qué falta?

a) *Que se cumpla una pequeña profecía. Un detalle sin importancia. Que Jesús nazca en Belén.*
b) *César Augusto, dueño del mundo, obedece sin saberlo los planes de Dios y da un decreto de empadronamiento.*
c) *La Providencia se ha encargado del cumplimiento de la profecía sin forzar a nadie.*

IV. *¿Cuál es el plan actual de la Providencia? Instaurarlo todo en Cristo.* **142**

3

Las personas de Belén

I. *A modo de sencilla meditación vamos a mirar las personas que vemos en Belén y considerar sus acciones.* **143**
II. *José.* **144**

A. El Evangelio nos dice que salió José con María. Siempre es la primera la autoridad, aun en aquella familia

en la que el padre y esposo es inferior al hijo y a la madre. José dispone y guía el viaje.

B. Modelo de obediencia a la ley. En efecto, obedece:

a) *Con prontitud.*
b) *A pesar de las dificultades que ofrecía lo largo del camino, la pobreza de sus medios y la situación de María.*
c) *Totalmente, pues la ley no se opone a ningún precepto divino.*

C. Celoso en sus deberes maritales. No es difícil imaginar su preocupación al no encontrar un lugar a propósito.

D. Cuando comprende que debe desaparecer, se esfuma. Los pastores y los reyes encuentran al Niño con su madre. Simeón se dirige a María.

a) *En cambio, cuando hace falta la actividad del varón vuelve a aparecer, como en la huída a Egipto.*
b) *Gran lección de humildad del santo más grande y más oculto. Gran lección de cómo los intereses, e incluso las autoridades. humanas (v.gr.: la de los padres), deben ceder cuando se manifiestan los intereses de Dios.*

145 III. *María.*

A. Sumisa a Dios. Emprende un viaje penoso. No encuentra albergue. No importa. Conoce la voluntad profética de que Jesús nazca en Belén y entre animales. No pregunta más.

B. Virgen madre. Hasta ese momento la virginidad no se apreciaba en el mundo. Desde ahora Cristo nos enseña:

a) *A apreciar la virginidad como flor la más digna de ofrecerse al Dios de la limpieza absoluta.*
b) *A santificar la maternidad que recibe el honor inmenso de haber traído un Dios al mundo.*

C. Unida a Cristo. Ya no podremos separarla de El. La hallaremos ofreciéndolo en el templo, pidiéndole el primer milagro, cuidándole oculta durante su predicación, ofreciéndole otra vez en el Calvario. ¿Separaremos en el cielo la obra de quienes la ejecutaron siempre juntos en la tierra?

146 IV. *Jesús.*

A. ¿Quién? «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Io. 1,14). No nos queda sino doblar las rodillas.

B. ¿Cómo? En un pesebre; entre pañales, hijo de artesanos. ¡Qué palacio! ¡Qué cuna y vestidos! ¡Qué clase social! Más tarde dirá que su reino no es de este mundo. Hoy aprendemos, por lo menos, que no es al modo de los de este mundo.

C. ¿Para qué? Para salvarme. Para enseñarme el camino

del cielo: la humildad, la abnegación, la mortificación, la penitencia.

V. *Los hombres.* **147**

A. Sólo daremos un vistazo a la humanidad.
B. Los unos no se enteran porque no hay quien se lo diga. Estos constituyen entonces y hoy la gran parte de la humanidad. Dios les ha nacido y ellos no lo saben. Son los ignorantes.
C. Los otros se espantan cuando lo saben. Son los ambiciosos que temen por su posición. Más tarde el sucesor de este Herodes lo tendrá delante de él y se reirá. Es el sensual que no le entiende.
D. Otros, pocos, oyen la voz de Dios manifestada por los ángeles o la estrella y acuden prestos. ¿Son pobres o ricos? Son hombres de fe y buena voluntad.

VI. *¿Y yo?* **148**

A. ¿En qué clase figuro?
B. Sólo sé una cosa. Que no figuro entre los ignorantes.

4

Adoradores de Belén. Los pastores

I. *Acerquémonos a la gruta de Belén para ver quiénes adoran al Niño.* **149**

A. El Padre Eterno. Veía lo que ni siquiera la Santísima Virgen alcanzaba: las perfecciones de Dios, ocultas bajo una carne sonrosada y débil, y decía: «Tú eres el hijo de mi amor, en quien me complazco enteramente» (Mc. 1,11 y Lc. 4,22).
B. María Santísima, que entendía los misterios de la Encarnación y Redención como no los ha entendido criatura alguna.
C. Los ángeles, que a diferencia de Satanás, que no quiso humillarse ante un Dios encarnado, acuden a darle la bienvenida, asombrados ante su rebajamiento.
D. Los pastores y los demás vecinos, que, atraídos por lo que éstos les contaron (Lc. 2,18), acudirían curiosos.

II. *Vamos a detenernos especialmente en los pastores.* **150**

A. Eran gente sencilla y pobre. Dios demostró su amor a los pobres enviando sus ángeles como mensajeros que les comunicaran la buena nueva.

B. Pero ¿fué la condición esencial de su obediencia esta pobreza? No, pobres y sencillos serían también los vecinos de Belén que lo supieron por ellos. En cambio, no lo eran los Reyes Magos que vinieron de tan lejos.

C. ¿Cuál fué, pues, el motivo de que acudieran a la gruta?

151 III. *Los pastores y los reyes se distinguieron por la misma condición: la fe obediente.*

A. Los pastores creen con sencillez.

a) *Se dirá que creyeron ante el milagro. ¿Pero no vieron milagros mayores los judíos? ¿Acaso no los oyó Herodes de boca de personas de crédito como los Magos? ¿No existen miles de personas científicas que no se toman la molestia de estudiar un expediente de Lourdes y prefieren negar lo que podía ser para ellos evidente?*

b) *Los pastores sometieron su entendimiento a cosa tan lejana de su mentalidad como ver a un Mesías en la cueva.*

c) *Los transeúntes que se asomaban al pesebre no veían sino a un niño cualquiera. Nosotros excitemos nuestra fe y veamos a Dios en él.*

B. Pero la fe de los pastores fué obediente.

a) *Se dieron prisa. Buscaron al Niño por los alrededores de Belén y por las distintas cuevas.*

b) *Hay dos clases de fe. La fe puramente intelectual y la que se traduce en obras. Hay quienes creen en Dios y le odian o temen como los demonios. Hay quienes creen en El, pero no traducen su fe en obras. Hay quienes creen y su fe es activa a la voluntad del Dios en quien creen.*

C. Los pastores creyeron y obedecieron a un Dios desnudo.

a) *Esto es lo difícil. No lo es creer que Jesucristo es Dios. Lo es admitir en nuestra vida la desnudez que El practicó. Acomodarla a nuestra clase y modos.*

b) *Creer y obedecer no a un Cristo abstracto, sino al Cristo concreto del Evangelio. El Cristo de la abnegación del pesebre y de la cruz. El Cristo de la abnegación por los demás hombres.*

152 IV. *También nosotros tenemos nuestro pesebre: la Eucaristía.*

A. Nuestra fe ¿es verdaderamente viva? Entonces, ¿por qué tan poco respeto? ¿Por qué tan poca devoción? ¿Por qué tan poca frecuencia?

B. ¿Es verdaderamente obediente? Entonces, ¿por qué tan poca comunión y tan poco aprovechamiento?

5

«*Gloria a Dios*» *(I)*

I. *Los ángeles cantan el día de Navidad el himno de la gloria de Dios. La Iglesia, antes de verlo nacer eucarísticamente en la santa Misa, canta a diario en el prefacio: «Verdaderamente que es digno, justo, equitativo y saludable...»* **153**

II. *El nacimiento del Señor es el instrumento mejor de la gloria de Dios.* **154**

A. Porque es el centro, modelo y causa meritoria y eficiente de nuestra divinización. Elevó a toda la creación de una manera admirable, y ahora ésta, engrandecida en sus fuerzas, ya no canta la gloria de Dios débilmente como antes, sino que coopera a la infinita glorificación que el Padre celestial quiere que se le tribute.

B. Porque coloca a Cristo como cabeza y sacerdote de la humanidad, en cuyo nombre da gloria a Dios. Lo que Cristo puede no lo puede ninguna criatura.

III. *Glorificar a Dios es digno fin del hombre: «Vere dignum».* **155**

A. La alteza y dignidad de la criatura consisten en que ésta, por su naturaleza, es una manifestación de la grandeza de Dios.

a) *Nada hay grande en el cielo ni en la tierra que no se refiera a la honra y glorificación de Dios. Cuanto más refleja a Dios una criatura, más perfecta es.*

b) *Si esta manifestación aparece también en el modo de pensar, entonces la criatura llega al colmo de su grandeza. Cuanto más se acercan tus pensamientos a Dios consigues hacer tuyos los pensamientos e intenciones de Dios.*

c) *Cristo no reconoció otro fin de su vida que servir de instrumento para la honra y glorificación de Dios por medio de sus obras y padecimientos.*

B. La sumisión a Dios es el vínculo común de toda la perfección y el fundamento de la verdadera felicidad. De ella nacen todas las virtudes.

a) *No hay cosa tan agradable como esa virtud que todo lo refiere a Dios; ni hay nada tan detestable como el hombre que en último término se busca a sí mismo.*

b) *Todos los que no buscan a Dios, son idólatras: unos de la honra, otros del interés y la mayor parte del bienestar.*

c) *El más noble de los hombres es aquel que, considerándose como criatura de Dios, deduce de esta verdad todas las consecuencias, y conforme a ellas ordena enteramente su vida.*

156 IV. *Es obligación de justicia: «Iustum».*

A. Esta obligación es, además, de justicia. Tú no te perteneces a ti, sino a Dios. El no puede proceder de otra manera. Debe tratarte como propiedad suya. El no puede criarte sino para sí y para su gloria. Todo es de Dios y nada tuyo; guárdate, por consiguiente, de apropiarte los bienes ajenos.

B. La necesidad de pertenecer a Dios no resulta de tener el hombre un determinado oficio o estado, sino que se funda en la esencia misma de toda criatura. Esa necesidad es el fundamento de todos los deberes y del bienestar así individual como social.

C. En el temor de Dios y observancia de sus mandamientos está cifrada la ocupación principal del hombre, su naturaleza, su historia, su grandeza toda, su gloria y su felicidad. Importa, por consiguiente, mucho, hacer de esta verdad el principio fundamental de todas nuestras empresas y trabajos.

D. Esto exige el derecho y la justicia. Obra, pues, conforme a derecho, y no tienes que temer a nadie.

157 V. *Decoroso: «Aequum».*

A. Esta obligación es también de equidad. Toda grandeza y todo dominio son verdaderamente reconocidos. Pues ¿cuánto más deben ser reconocidos el dominio, grandeza y amor de Dios, que superan infinitamente a todo lo que me rodea? ¿No es, por consiguiente, razonable que levantemos con humildad nuestros ojos a Dios, ya que El los baja con tanto amor hacia nosotros? Agradecimiento..., esperanza...

B. El espíritu que hoy predomina en el mundo es el espíritu de la revolución, que en lugar de Dios coloca al hombre. De Dios no se habla sino como de cosa muerta, o se le considera, ya como un objeto destinado a satisfacer las pretensiones humanas, ya como un medio de seguridad del Estado. ¿Quién no se sentirá, considerando este error, poderosamente movido a tributar al Dios de la verdad la honra debida?

158 VI. *Saludable para nosotros: «Et salutare».*

A. Esta obligación es finalmente saludable para nosotros mismos. Al hombre le importa mucho conseguir la felicidad, para la cual ha sido creado.

B. Dios nos gobierna, para hacernos felices junto a sí. Debemos entregarnos a Dios para encontrarnos de nuevo en Dios.

a) *Sólo en Dios puede el hombre encontrar su felicidad, porque su destino es Dios. Por eso el corazón del hombre está inquieto hasta que descansa en Dios.*
b) *El que se busca a sí mismo se encontrará a sí mismo después de todos los goces aparentes. El que busca a Dios, encontrará a Dios después de todas pruebas.*

6

«*Gloria a Dios*» *(II)*

I. *Los ángeles cantan la pragmática o carta magna del reinado de Jesús que nace: «Gloria a Dios».* **159**

II. *Qué es la gloria.* **160**

A. Santo Tomás define la gloria siguiendo a San Ambrosio: «un conocimiento claro con alabanza» (2-2 q.122 a.3 et passim). La gloria verdadera supone un bien objetivo que se manifiesta al exterior para que sea alabado. La manifestación de ese bien constituye la gloria y el que lo da a conocer glorifica al conocido.

B. Dios, Sumo Bien, es digno de la suma gloria.

III. *Cristo vino a dar a conocer al Padre para que fuera glorificado entre los hombres. «Yo te he glorificado sobre la tierra, he acabado la obra que me encomendaste»* (Io. 17,4). **161**

A. Durante toda su vida cumple esa misión. Vamos a ver cómo la desempeña en Belén.

B. En Belén brilla:

a) *La veracidad y fidelidad de Dios. «Fiel a todas sus promesas»* (Ps. 144,13).

1. A lo largo de los siglos había profetizado el nacimiento de un niño de una madre virgen (Is. 7,14), que se llamaría Manuel (ibid.), en la aldea de Belén (Mich. 5,2), desaparecido ya el cetro judío de las manos de Judá (Gen. 49,10). Todas las profecías se cumplen en aquel establo, y brilla la ciencia y fidelidad de Dios.
2. Pero hay otra profecía que nos toca más de cerca. Apenas caído Adán, Dios anuncia al nacido de mujer que aplastará la cabeza de la serpiente. Ahí, entre las pajas, Dios cumple su promesa, y nos ha nacido el Vencedor.

b) *Brilla su providencia, en la que debemos confiar.*
c) *Brilla su santidad en ese ambiente de que se rodea. Lección de humildad, abnegación, generosidad, etc.*
d) *Brilla su amor. «Yacía en el pesebre y reinaba en el cielo»* (resp. 8 dom. infraoct. Nativ.). *«Me amó a mí y se entregó*

por mí» (Gal. 2,20). *El amor es unitivo, y para unirse a mí tuvo que salvar las distancias de su trono a la cueva de Belén.*

C. Además de esta glorificación silenciosa entregada a nuestra meditación, en la cuna de Belén comienza otra glorificación activa.

a) *«Ved, dice San Ambrosio, los orígenes de la Iglesia naciente»* (cf. *Lib.. 2, in c.2 Lc.). Los ángeles cantan, según San León, «porque empieza a construirse en la tierra la celestial Jerusalén»* (*Serm. 1, de Nativ.).*

b) *En la cuna de Belén, al nacer el fundador de la Iglesia, que nace para fundarla, comienza a brillar como centellica lo que después será hoguera. Aparece como Vida y Luz, y «la vida es la luz de los hombres»* (Io. 1,4). *Con razón la liturgia lee este día las palabras de Isaías que después San Mateo aplica a Jesús: «El pueblo que yacía en tinieblas ha visto una gran luz»* (Mt. 4,16).

c) *Allí nace Cristo, palabra que glorifica y predica a Dios.*

D. Pero en Belén es donde la gloria de Dios alcanza su ápice en la tierra.

a) *La gloria es tanto mayor cuanto más digno es quien la da. Por eso el Hijo se hace hombre para que Dios encuentre un sacerdote digno de él que le ofrezca la gloria que los hombres quisiéramos y no podemos darle.*

b) *Allí se cumple el plan divino que quiso encerrarlo todo en Cristo. A su semejanza nos crió. Encerró en El todo bien para que nosotros fuéramos réplica suya. Hoy viene a restaurar en nosotros su imagen y a recoger toda su gloria para ofrecerla en nombre propio y nuestro al Padre.*

c) *Por último, la gloria de Dios era invisible en sí misma y notoria sólo por sus efectos. Dios se ha encarnado y hecho uno de nosotros. Es ese niño.*

162 IV. *Demos nosotros también gloria a Dios.*

A. Meditemos sus excelencias y demos gracias al Padre porque nos las ha mostrado por medio de Jesús su Hijo.

B. Unámonos a El, para glorificar a Dios. Para mejor hacerlo, revistámonos de Cristo. «Dejemos las obras de las tinieblas y vistamos la librea de la luz» (Rom. 13,12), como decíamos en el primer domingo de Adviento.

7

«*Paz en la tierra*»

163 I. *Los ángeles pregonan el lema de Cristo: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».*

A. Prescindiendo de las distintas interpretaciones gramaticales sobre el inciso de la «buena voluntad» y sobre si es

aplicable a los hombres o a la paz, siempre nos queda la idea fundamental de que Cristo ha venido a traer como paralela a la gloria de Dios la paz a los hombres.

B. Cristo estaba profetizado como Príncipe de la paz (cf. el guión de la dom. «in albis»: «La palabra de Cristo», t.4 p.321). La paz fué el tema constante de su predicación (ibid.). La despedida última y el primer saludo después de su pasión (ibid.).

II. *¿Cómo, pues, una humanidad que se dice cristiana vive en guerra?* **164**

A. La paz, según San Agustín, consiste en «la tranquilidad del orden» (cf. «De civ. Dei», 19,13; SANTO TOMÁS, «La palabra de Cristo», ibid.).

a) *Supone, pues, un orden estable. Cuando en una familia el padre desempeña la autoridad y la madre representa a la obediencia del amor y ambos educan a unos hijos que se dejan educar, se dice de ella que vive en paz.*

b) *Rómpase uno de esos elementos y la paz se habrá perdido. Sólo existe el desorden.*

B. Pero para que la paz sea completa es necesario que exista el orden entre todos los elementos. Estos son tres:

a) *Orden para con Dios.*

b) *Orden entre los hombres.*

c) *Orden dentro de nosotros mismos.*

C. Estos tres órdenes están intrínsecamente unidos.

a) *Si se rompe el orden para con Dios, los Estados, por ser la suprema fuente de derecho y el único juez que les puede someter a cuenta, no reconocen más derecho que su conveniencia y su fuerza. Los hombres tampoco encuentran otra norma que su egoísmo, y se convierten en lobos los unos para los otros, con una ventaja para los lobos, porque éstos no tienen más que zarpas y dientes.*

b) *Roto el orden para con Dios, tampoco encontramos motivos para ordenar nuestras pasiones sometiéndolas al dictado de la razón. A su vez, si no imponemos dentro de nosotros el orden debido, será imposible que, dominados por el placer, subordinemos nuestro bien al del prójimo y nos sometamos a Dios.*

III. *Cristo vino a restablecer la paz completa y, por lo tanto, estos tres órdenes.* **165**

A. Nos reconcilió con Dios. Misterio total de la redención. Nos predicó como a Padre y nos enseñó teórica y prácticamente a ordenarlo todo para su gloria.

B. Nos enseñó a amar a los hermanos hombres (sermón de la última cena, código de las bienaventuranzas, parábolas de la misericordia, sermones sobre la caridad y la limosna).

C. Nos enseñó a sacrificarnos por el bien ajeno, El, que murió por el bien común.

D. Nos dejó la doctrina cristiana sobre el fin último del hombre y sobre cómo hemos de gobernarnos hacia el nuestro exterior e interior.

166 IV. *¿Por qué, pues, el mundo vive en guerra?*

A. Porque no ha practicado el mensaje angélico. Una cosa es cantar himnos a la paz y otra ponerla en práctica, comenzando por nosotros mismos.

B. Vayamos, pues, al portal y que el mejor deseo navideño sea: «El mismo Señor de la paz os conceda vivir en paz siempre y dondequiera» (2 Thes. 3,16).

8

«*No temáis*» *(I)* [1]

167 I. *Cuando los ángeles inician su mensaje comienzan diciendo: «No temáis».*

A. Se referían a su propia aparición. Pero bien hubiera podido ser el lema puesto sobre la cuna del Señor.

a) *Le teme Herodes, le temerán después los judíos.*

b) *Simeón le profetiza, cuando es un infante todavía, piedra de contradicción. San Pablo, piedra de escándalo* (Rom. 9,33).

c) *El mismo Señor llama bienaventurados a los que no se escandalicen de El* (Mt. 11,6).

B. La religión engendra normalmente un sentimiento mezclado de temor y de alegría.

a) *Dios es justo y bueno; nosotros, pecadores. Tememos su justicia, nos alienta su misericordia. «Servidle con temblor. Venturosos los que a El se acogen»* (Ps. 2,11-12).

b) *El mismo llanto del arrepentimiento distínguese experimentalmente de la desesperación y el abatimiento diabólico, en que va acompañado de cierta alegría honda.*

C. En cambio, el malo se turba ante Dios. Es un efecto natural de su grandeza. La luz excesiva ofende el ojo enfermo.

D. Por eso los ángeles advierten: «No temáis». Y en su himno al Dios nacido, cantan: «Paz en la tierra».

168 II. *Pero ¿qué es lo que temen los hombres en ese niño? Temen tres cosas que ofenden su vista enferma. La humildad, la verdad, la santidad.*

---

[1] Guión inspirado en el sermón 2.° sobre Navidad de Bossuet (cf. *Obras completas*, ed. Lebarq, 6 p.485).

III. *Los hombres temen la humildad del Niño Jesús.* **169**

A. Desde muy antiguo tropezaron con la pobreza de sus pajas.

a) *Tertuliano refiere las palabras de Marción: «Quitadme de delante ese molesto decreto del censo, esas estrechas posadas, esos sórdidos pañales y duros pesebres»* (cf. TERT., *De carne Christi).*

b) *San Pablo encontraba que su predicación de la cruz parecía una locura a los gentiles.*

c) *Los mismos judíos probablemente hubieran seguido entusiastas a un rey espléndido temporalmente. Hasta Natanael preguntaba si el Mesías podía salir de Nazaret.*

B. El hombre sin más visión que la terrena no aspira sino a glorias mundanas. ¿Quién se gloría sinceramente de lo humilde de su cuna? Sólo algunos refinadamente vanidosos que lo hacen para que resalten los propios méritos que los elevaron a la altura.

C. Mejor haríamos en considerar, no lo pobre de nuestro origen: «Nacido... lloré igual que los otros..., porque no hay rey que tenga otro modo de venir a ser» (Sap. 7,3-5), sino la hondura de miseria de donde nos sacó el Señor. Que descendamos a mirar la noche de tinieblas eternas iluminadas sólo por el fuego justiciero.

D. Por eso, Dios que viene a salvar a los condenados por soberbia, se aniquila a sí mismo. Y yo entendiendo la lección que quiere darme, hago mías las palabras de Tertuliano: «No me avergüenzo, porque es cosa para dar vergüenza; lo creo, porque parece absurdo; estoy cierto, porque semeja imposible» (ibid.). Esto es, lo admito y adoro, porque sé que los caminos de Dios parecen inverosímiles a los gustos de los hombres.

IV. *Los hombres temen la verdad del Niño Jesús.* **170**

A. Parece que los pecadores debieran haber recibido al Salvador, como los enfermos al médico. Pero estos enfermos no eran humildes y les repugnaba someterse a la verdad de la medicina.

B. Quizás se rieron de los pastores, porque ¿puede salir algo bueno de una cueva y de tales gentes? Herodes rechazó con sangre la idea de que pudiera haber otros reyes más que él.

a) *Cuando ese Niño, Verdad encarnada, se convierta en Palabra operante, cuando no pueda encontrarse verdad más palmaria que la que predica y acaba de confirmar con la resurrección de un muerto cuatridiano, entonces «se descubren los pensamientos de muchos corazones»* (Lc. 2,25) *y deciden matarle rápidamente.*

b) *Buscáis matarme, porque mi palabra no ha sido acogida por*

vosotros...; buscáis quitar la vida a un hombre que os ha hablado la verdad (Io. 8,37-40).

C. ¿Por qué rechazamos la verdad?

a) *Porque verdad y humildad forman una ecuación y no somos humildes.*

1. Las pajas de Belén dicen al rico: No te ensoberbezcas de esos bienes que te desemejan de Dios, que poseyéndolos todos los dejó por servirnos y bajó a un pesebre.
2. Esas mismas pajas dicen al pobre: No ansíes desmedidamente honores e independencia que ese Niño renunció.

b) *Porque la verdad es austera y nosotros preferimos la concupiscencia de la carne, de los ojos y de la vida.*

1. Un predicador que hubiera mezclado la santidad externa de Anás, el poder de Pilato y la sensualidad de Herodes, hubiera tenido el éxito inicial que tuvo Mahoma, Lutero, Enrique VIII.
2. Un predicador que nace en un pesebre, termina en una cruz.

171 V. *Los hombres tropiezan con la santidad del Niño Jesús.*

A. Si tropiezan con su humildad y verdad, tropiezan ya con su santidad que no quieren imitar. Pero ahora nos referimos al escándalo y ocasión de pecar que les da Cristo con su santidad y misericordia.

B. Los novacianos y montanistas ya se escandalizaban de la facilidad de perdón concedido por los sacramentos. Juliano el Apóstata decía que la remisión total del bautismo equivale a una invitación a pecar.

C. Pero pasado aquel escándalo teórico, hoy padecemos otro («recibido y no dado»).

a) *Este escándalo consiste en el abuso que hacemos de su misericordia. Pecamos confiados en que se nos perdona.*

b) *Cierto que la misericordia divina es infinita. Pero no es menos cierto que existe un pecado (aquel en el que sorprende la muerte) que no se perdona jamás. Y no sabemos si ése será el primero que cometamos.*

172 VI. *Los ángeles nos dicen: «No temáis».*

A. No os espantéis de su humildad, de su verdad y santidad.

B. Para hacerla fácil y asequible se hizo niño. Para abrirnos un camino asequible a todos.

9

«*No temáis*» *(II)* [1]

I. *El anuncio del temor.* 173

A. Díjoles el ángel a los pastores: «No tenéis que temer, pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo». A los sencillos pastores pudo decirles que no temieran. Pero a vosotros, hombres poderosos, ¿podría deciros yo lo mismo?

B. Cristo nacido es motivo de temor para unos y de gozo para otros. Este fué su destino: «Ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos» (Lc. 2,34). «Servid al Señor con temor y alabadle con temblor» (Ps. 2,11).

II. *¿Por qué? Porque quizás para vosotros no sea el Salvador por tres motivos.* 174

A. Porque queréis que os salve, pero sin que os libre de vuestros pecados.

a) *No vino a salvarnos de males temporales, sino del pecado. El ángel le dijo a José: «Le pondrás por nombre Jesús, porque El salvará a su pueblo de sus pecados»* (Mt. 1,21).

b) *¿Queréis que os libre de veras del pecado? ¿Desedis dejar vuestras impurezas, soberbias, avaricias?...*

1. Los judíos se imaginaron un Mesías temporal, y así no consiguieron lo que esperaban y perdieron la salvación que les vino. Temieron perder sus bienes temporales; no pensaron en los eternos, y perdieron unos y otros.
2. Nos parecemos a ellos. En las penas temporales recurrimos a Cristo; pero, cuando se trata de reformar nuestros pecados, pensamos como judíos y nos acaecerá como a ellos.

B. Queremos que nos salve, pero sin que nos cueste nada.

a) *No es ése su plan. No nos salvará a la fuerza. Habremos de asociar nuestros esfuerzos a los suyos que comienzan en el pesebre. Lo contrario no sería salvarnos, sino fomentar nuestra corrupción.*

b) *Oíd a San Pablo: «Cumplo en mi carne lo que le falta a los tormentos de la carne inocente de Cristo»* (Col. 1,24).

C. Queremos que nos salve, pero sin seguir su doctrina, sino las nuestras. Si hubiese nacido un Mesías en la opulencia y predicara la sensualidad, ¿tendríais que re-

[1] Guión inspirado en un sermón de Bourdaloue, dom. Adviento (cf. ed. Blas Román [1776] p.324-248).

formar en algo vuestra vida actual para acomodaros a su doctrina? ¿No os podría decir entonces con gran razón que os anunciaba un gran gozo?

175 III. *Aun cuando nace humilde y en toda su predicación se rodea de humildes, no es aceptador de personas* (Act. 10,38) *y también acepta a los poderosos. Alegraos.*

A. Porque también llama a los poderosos.

a) *Llamó a los Magos y, según San Juan Crisóstomo, con más abundancia de gracia, pues tuvo que vencer al mundo con todas sus concupiscencias. Pero la fe es la vencedora del mundo* (1 Io. 5,4).

b) *Dios no reprueba ningún estado, sino sus abusos de fausto, aspereza, etc.*

B. Porque podéis pareceros a Cristo mejor que los pobres.

a) *Cristo no es un simple pobre. Es un poderoso que se ha humillado. Podéis haceros pobres de espíritu, siendo humildes, desprendidos, despegados, caritativos, y os pareceréis a El más que quienes no tienen que dejar nada.*

b) *El grande que pueda decir: «Señor, mi corazón no se ha exaltado, ni mis ojos se han levantado»* (Ps. 130,1), *pues ni me deslumbró el mundo, ni me ha llevado la vanidad a empresas superiores a mí o contra justicia* (ibid., 2), *ése se ha humillado como un niño y es el mayor en el reino de los cielos* (Mt. 18,4).

c) *Ejemplo de los Magos.*

C. Porque vuestra grandeza podrá dar mejor tributo al Niño recién nacido, ya que si como Dios desea ser glorificado y como pobre socorrido, vosotros, grandes, podéis darle la gloria mayor, y ricos, podéis socorrerle en los pobres abundantemente.

10

Belén, escuela de santidad

176 I. *El nacimiento de Jesús nos ayuda a conocer a Dios.*

A. Nuestro entendimiento no conoce sino lo que entra por los sentidos. De ahí la gran dificultad de conocer a Dios.

B. Siendo, pues, nuestra condición la de imaginar lo espiritual, envuelto siempre en figura corporal, mucho nos ha ayudado en este sentido el hacerse Dios hombre.

a) *Dios, en su deseo de darse a conocer a los hombres, los cuales no logran conocerle muchas veces a través de la creación, les fué hablando, como explica San Pablo en su introducción a la*

Epístola a los Hebreos, de una y otra forma por medio de los profetas, hasta que finalmente envió a su propio Hijo.

b) *Sus atributos son ahora muy fácilmente cognoscibles, porque nos los manifiestan claramente las obras del Dios humanado.*

c) *El Verbo encarnado manifiesta el poder de Dios.*

1. Mostró la grandeza de su poder levantando tanto por la gracia lo que era tan bajo por su naturaleza humana. Prueba de su omnipotencia fué que apareciera un hombre impecable capaz de decir: ¿Quién de vosotros podrá argüirme de pecado? Prueba también, verle que sujeta a la misma muerte.
2. Mostró la grandeza de su poder, haciéndole compatible con la humildad.

d) *Manifiesta la ciencia de Dios.*

1. Unir ambas naturalezas en una sola persona constituye un misterio que aun después de revelado no conseguimos explicar.
2. Las consecuencias de este misterio no son menos incomprensibles. Ese niño no disfruta ni aun del uso de los sentidos, y, sin embargo, goza de la visión beatífica. Padece frío y llora, y, sin embargo, es inmensamente feliz. Parece un desvalido, y está redimiendo al mundo.

e) *Manifiesta su justicia. Exige ésta que el hombre ofrezca una compensación infinita. Y Dios ha sabido obligar a su justicia para que encuentre el medio de que un hombre sea capaz de méritos infinitos.*

f) *Manifiesta su amor. ¿No es un misterio de amor que El mismo sea ese hombre? «Sic Deus dilexit mundum...»* (Io. 3,16)

II. *El nacimiento de Jesús nos enseña a amar a Dios.* 177

A. Quita los impedimentos para amar.

a) *Si la rudeza de nuestro entendimiento era impedimento para conocer a Dios, mayor obstáculo era la diferencia existente entre ambos para amarle, toda vez que el amor sólo puede sustentarse entre iguales. El amor, o nace o produce semejanza, y mal se dan juntos majestad y amor.*

b) *Pues veis aquí quitada la desigualdad, cuando de esta manera se abajó la Majestad y se acomodó a nuestra poquedad.*

B. Nos manifiesta grandes motivos para amarle.

a) *Proveyéndonos de grandes estímulos e incentivos de amor con la muestra de su bondad y de la grandeza de los beneficios que se encierran en este sumo beneficio.*

b) *Al ver el amor de Dios no podremos por menos de corresponderle. En este momento nos demuestra su amor, poniendo de manifiesto las dos propiedades más claras de éste, a saber, el deseo de hacer el bien a la persona amada y el de sacrificarse por ella.*

c) *Para mejor ponderar cómo Dios nos quiere y se sacrifica por nosotros, debemos entender que ni en cuanto Dios pudo ganar nada con su nacimiento, pasión y muerte, ni aun siquiera en*

cuanto hombre, pues desde el primer momento había recibido la plenitud de la gracia y dones que no podían aumentar.

178 III. *El nacimiento de Jesús nos facilita la imitación de Dios.*

A. Imitar a Dios es necesario. Ver a Dios, imposible. Ver a un hombre es fácil.

B. Dios se hace hombre y podemos ver e imitar fácilmente sus virtudes.

a) *El celo, que le hacía peregrinar por villas y lugares.*
b) *La piedad con los enfermos.*
c) *La fidelidad obediente para con el Padre, refiriéndole todo a El.*
d) *La misericordia con los pecadores. La blandura con sus discípulos.*
e) *La pobreza.*
f) *La humildad.*

11

El orden sobrenatural [1]

I. La elevación del hombre

179 I. *En el día de Navidad comienza en el portal de Belén el misterio de la redención.*

A. La redención encierra en su verdadero concepto dos funciones.

a) *La primera consiste en el perdón del pecado.*
b) *La segunda en la reintegración del orden sobrenatural.*

B. Por eso San Pablo nos dice unas veces que Jesús murió como propiciación de nuestras culpas, y otras que lo hizo para que recibiéramos la adopción de hijos.

180 II. *Además de este sentido general de la redención, el nacimiento lo tiene de un modo especialísimo. Cristo es el modelo. A su imagen hemos sido elevados al orden sobrenatural y constituídos hijos de Dios. Es lógico que meditemos nuestra asimilación a Dios el mismo día en que Dios se acerca al hombre.*

181 III. *El primer punto que debemos entender con toda precisión es la diferencia existente entre el orden natural y el sobrenatural.*

A. El orden natural.

a) *Hay quien llama natural a todo lo que los hombres suelen hacer corrientemente.*

[1] Los Santos Padres, y especialmente San León, predicaron en estas fiestas sobre la divinización de nuestra naturaleza. Destinamos una serie de guiones a exponer la esencia del orden sobrenatural, que nos reconquistó Cristo.

1. Según esta significación, es natural la ira, el robo si se presenta ocasión, etc. Dando un paso más, llaman naturales a los excesos sexuales, y en países poco religiosos se pierde poco a poco la moralidad sexual.
2. Esta interpretación es un error. Nada de eso es natural. Son defectos de la naturaleza que ésta misma debe corregir. Muchas veces son verdaderas corrupciones que el pecado y las costumbres han introducido en nuestro natural modo de ser.

b) *Natural es todo cuanto constituye, se deriva o es exigido por nuestra naturaleza.*

1. Es natural al hombre, por lo tanto, tener alma y cuerpo, porque son los constitutivos físicos de su humanidad.
2. Le es natural tener entendimiento, voluntad, sentidos, pasiones, etc., porque todo ello se deriva necesariamente de su alma y de su cuerpo.
3. Finalmente, nos es natural todo cuanto nos resulta necesario para poder vivir y conseguir nuestro propio fin; v.gr., el aire para respirar, la luz para ver y las fuerzas necesarias para cumplir los mandamientos y salvarnos.

c) *Dios, al crear un hombre o un ser, queda comprometido con su ciencia y justicia a darle a ese hombre todo aquello que le es necesario. ¿Quiere, por ejemplo, crear un árbol? Pues habrá de darle todo lo necesario para que sea árbol y viva como tal.*

d) *Si, pues, queremos saber qué es lo que Dios debe darnos dentro del orden natural, debemos seguir estudiando este orden para entender qué es lo que necesitamos dentro de él.*

B. Qué somos en este orden puramente natural.

a) *Tenemos una naturaleza humana. Luego no es divina.*

b) *Somos puras criaturas. Luego no somos hijos de Dios.*

1. El cristiano está tan acostumbrado a oírse decir hijo de Dios, que le suena casi a irreverente el que se le niegue este título. Pero en realidad, el haber sido producido por alguien no da derecho a ser hijo suyo. De lo contrario, las mesas serían hijas de los carpinteros.
2. Para ser hijo de un padre es necesario haber recibido su misma naturaleza. Los hijos de los leones son leones, y los de los hombres son hombres. Los hijos de Dios deben ser dioses como El. Yo no soy Dios, luego no soy hijo suyo. No soy más que una simple criatura.

c) *Las fuerzas están proporcionadas a la naturaleza que se posee. Las fuerzas de un animal son puramente animales, y sería absurdo que le pidiéramos resolver un problema de matemáticas. Las fuerzas de un hombre nunca serán divinas, sino puramente humanas.*

d) *El premio que puede conseguirse debe estar proporcionado también a las fuerzas que lo han merecido.*

1. ¿Quién daría un premio intelectual para recompensar los esfuerzos físicos de un caballo? Este animal no lo puede merecer ni disfrutar.

2. Del mismo modo, el premio que el hombre consiga con sus fuerzas naturales nunca será un premio divino, sino puramente humano.
3. ¿En qué consiste este premio humano? Digamos en qué no consiste.
   1.º *El hombre con sus fuerzas naturales, aunque cumpla celosísimamente todos los mandamientos, nunca podrá conseguir ir al cielo. ¿Nos extraña? Sí, porque se nos ha hablado siempre del cielo. Pero es porque vivimos en orden superior al natural.*
   2.º *El cielo, el ver a Dios cara a cara, es algo propio de Dios, es la felicidad que el mismo Dios se tenía reservada para sí, y nosotros, con nuestras propias fuerzas, no podemos merecerlo ni gozar de él.*

182 IV. *La elevación.*

A. Cuentan que Miguel Angel, entusiasmado con su escultura de Moisés, le dió un golpe con su cincel y le dijo: ¡Habla! Tanto amó Miguel Angel a su obra que si le hubiese sido posible la habría convertido en un hombre como él. Miguel Angel no pudo. Dios, sí.

B. Dios se entusiasmó de tal forma y amó tan sin medida al hombre, que, no contento con dejarlo en la situación de puro hombre, quiso asimilarlo a su propia naturaleza.

a) *¿Como lo hizo? En Belén tenemos un ejemplo. Cristo, a cuya semejanza Dios nos divinizó.*
   1. Allí en aquel niño, junto a la naturaleza divina está la naturaleza humana, y aquella persona que vemos en un pesebre, además de ser hombre es Dios.
   2. En nosotros también ha colocado Dios algo especialísimo, que, sumado a nuestra naturaleza, consigue que sin dejar de ser hombres seamos hombres divinizados.

b) *¿Con qué lo hizo? Con la gracia.*
   1. Una fuerza creada por Dios que llenó de ella a Cristo nuestro Señor, y que El nos reparte, y que al impregnar, por así decirlo, nuestra alma, la eleva de categoría y la coloca en la divina.
   2. ¿Ejemplos? Algo lejanos, pero capaces de darnos una idea. Injertad un naranjo con una yema de granado, y el naranjo sin dejar de ser naranjo tendrá las propiedades del granado, y sus frutos se habrán asimilado en el color y sabor a la granada. Ved el sol cómo envía sus rayos a una nube plomiza y la trueca en brillante como él, hasta el punto que ofende a la vista.
   3. Dios también, por medio de ese injerto, de ese rayo de la gracia, eleva de plano nuestro ser natural y lo diviniza.

c) *¿Cuáles son las consecuencias?*
   1. Ya no somos puras criaturas. Somos seres divinizados.
   2. Ya podemos ser hijos de Dios, puesto que hemos recibido una naturaleza divinizada.

3. Ya tenemos las fuerzas divinas correspondientes a nuestra elevación.
4. Ya podemos conseguir, por lo tanto, aquel premio divino que Dios tenía reservado para sí mismo.

V. *Acerquémonos a Belén y expresemos nuestros sentimientos.* **183**

A. ¡Oh Cristo, Señor nuestro!, te reconocemos como nuestro hermano primogénito. Pudo alejarnos de ti saber que eres Dios, pero saber que somos hermanos tuyos nos acerca.

B. ¡Oh Cristo, Señor nuestro!, ahora entendemos los efectos de tu amor.

a) *El amor iguala a los que se aman. Y, o desciende un amante, o sube el otro. Tú descendiste para después subir conmigo. Tú descendiste a un pesebre para merecerme le alevación de mi naturaleza, y después hacerme subir contigo.*

b) *Ya sé que tu obra será completa cuando el día del juicio te presentes con todos los tuyos al Padre, porque entonces habrás consumado tu obra, y recibiremos el premio reservado para los que gracias a ti son hijos de Dios como tú.*

12

El orden sobrenatural

2. Hijos de Dios

I. *Hoy ha aparecido en la tierra el Hijo de Dios.* **184**

A. Es Aquel que fué tomado como modelo para nuestra adopción. Es el que viene a reconquistarla para nosotros. Celebremos, pues, hoy la fiesta de nuestra filiación divina.

B. La predicación de nuestra filiación constituyó el nervio de la evangelización del mundo, que, sumido en la esclavitud y en la relajación, la acogió alborozado. Hoy la vamos olvidando.

II. *Las criaturas reflejan las perfecciones de Dios.* **185**

A. Los seres racionales alcanzan el grado más elevado de esta imitación.

a) *Para crear al mundo Dios miró a la segunda Persona de la Santísima Trinidad, como si fuera el modelo imitable.*

b) *«En El fueron creadas todas las cosas..., todo fué creado por El y para El»* (Col. 1,16). *Por El, significa que el Hijo fué el Creador; para El, que estamos destinados a glorificarle; en El no puede significar otra cosa, ni de hecho significa, sino que sirvió de modelo para nuestra creación.*

B. Pero, como hemos dicho en el guión anterior, ninguna de las criaturas refleja la filiación divina. Y lo personalísimo del Hijo es precisamente serlo.

a) *¿Quedará sin reflejarse esta augusta perfección personal? No. Dios mirando a Cristo nos elige a nosotros para hijos suyos. «Nos predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que Este sea el primogénito entre muchos hermanos»* (Rom. 8,9).

b) *Ahora entendemos cuál fué el plan divino de la creación del mundo y ahora sabemos el porqué de nuestro destino a glorificar a Cristo y mediante El a Dios.*

1. Antes de crear el mundo pensó en Cristo, el Hombre-Dios, hijo natural del Padre. Quiso que fuera el mayor de entre muchos, y entonces decidió crearnos a nosotros, elevarnos al orden sobrenatural y hacernos hijos suyos.
2. Nuestro fin será, pues, glorificar al que «es el primogénito entre muchos», y juntos con El glorificar al Padre común.

c) *Ahora entendemos la importancia que tiene el día de Navidad y la que hubiera tenido aun cuando Adán no hubiera pecado. Es el momento en que el Hijo de Dios viene a reinar entre los que participan y reflejan su filiación divina, para constituir el reino del amor del Padre.*

d) *Ahora entendemos por qué somos amados en Cristo. El es el Hijo en quien Dios tiene sus complacencias. Y no puede menos de amarnos a nosotros en cuanto que somos sus retratos e imágenes.*

186 III. *Pero ¿serán acaso exageraciones piadosas del teólogo esto de llamarnos hijos de Dios? No sólo no son exageraciones, sino que constituyen uno de los dogmas de la predicación cristiana.*

A. Cuando la herejía protestante quería sumir al hombre en los abismos de una corrupción total de la que no podía levantarse, el Concilio de Trento definió que los bautizados se vuelven «inocentes, inmaculados, puros e hijos amados de Dios» (cf. sess.5 c.5: DB 792). Y al explicar la justificación del pecador, dice que es «trasladado desde aquel estado de hijo del primer Adán, en que nace el hombre, al de gracia y de adopción de los hijos» (Rom. 8,15). (Cf. sess.6 c.4: DB 796.) Es, pues, un dogma central en el tratado de la gracia.

B. Lo fué también en la predicación del Señor y de los apóstoles.

a) *Uno de los argumentos de la de Cristo fué inculcarnos nuestra filiación divina. Baste recordar cómo nos enseñó a orar llamando a Dios Padre, cómo al hablar de la Providencia le daba este mismo nombre y le comparaba con los de la tierra, cómo al despedirse decía: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre»* (Io. 20,19).

b) *No creemos necesario enumerar los numerosos textos, en los que San Pablo nos dice que Jesús vino al mundo para que recibiésemos la adopción de hijos. Y por ello, nos contentaremos con reproducir uno de San Juan: «A cuantos le recibieron dióles el poder ser hijos de Dios»* (Io. 1,12).

IV. *¿Pero no se tratará de una filiación alegórica? También a veces nosotros llamamos a cualquier simple animalillo hijo de Dios.* 187

A. En primer lugar, las metáforas no se repiten tan continuamente y en momentos tan importantes. La metáfora de llamar a alguien «hijo adoptivo» es algo absurda.

B. Pero además los textos son evidentes.

a) *«Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos»* (1 Io. 3,1), *en donde San Juan distingue la simple apelación del hecho. Una filiación que nos coloca en el mismo plano que a Cristo, como hemos visto.*

b) *Una filiación que nos confiere verdaderos derechos, tales como:*

1. No ser ya simples siervos, como lo son las criaturas: «Ya no es siervo, sino hijo» (Gal. 4,7).
2. Ser heredero, manifestación principalísima de la filiación: «Somos hijos de Dios, y si hijos también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo» (Rom. 8,17).
3. Es más; como si todo esto fuera poco, se nos habla mil veces de que para ser hijos de Dios necesitamos volver a nacer. Es el mismo Señor quien afirma a Nicodemo: «En verdad, en verdad te digo que quien no naciere de arriba...» (Io. 3,3).

V. *Nuestros sentimientos ante esta filiación divina no pueden ser otros sino los que se le ocurrieron al mismo San Juan: «Ved qué amor nos ha mostrado el Padre».* 188

A. Debemos ponderar la gloria de la herencia reservada. Porque, ¿cuál es ésta? Parecernos en todo a Dios en el cielo.

a) *En efecto, San Juan nos habla de que por ahora no podemos acabar de entender nuestra filiación divina, porque no se ha manifestado en todo el esplendor de sus afectos y derechos: «Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque no se ha manifestado lo que hemos de ser»* (1 Io. 3,2).

b) *Pero cuando llegue el momento en que Cristo se nos manifieste glorioso, «sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a El»* (ibid.).

B. Volvamos, pues, al portal de Belén y oigamos a San Agustín: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Como si dijese: ¡Oh hombres!, no temáis que os sea imposible llegar a ser hijos de Dios, pues el mismo Dios, el Verbo de Dios, se hizo carne, para ser uno de vosotros. ¡Pagadle en la misma moneda!... No,

no desespere el hombre de llegar a ser hijo de Dios por la participación de su Verbo, cuando el mismo Hijo de Dios se ha hecho hijo del hombre por la participación de nuestra naturaleza» (cf. *Epist.* 140,11).

13

El orden sobrenatural

3. Hijos adoptivos

189 I. *Acerquémonos al portal y veamos al Hijo de Dios.*

A. Allí no hay más que una sola persona.

a) *Esa persona divina fué engendrada en las soledades augustas de la Santísima Trinidad por el Padre Eterno. Generación misteriosa, pero verdadera que hizo que la segunda Persona fuera tan hijo del Padre como lo somos nosotros de los nuestros.*
b) *Un día esa persona divina asume también un cuerpo y alma, esto es, una humanidad perfecta, y el que era Hijo de Dios, no por haber asumido una naturaleza humana deja de serlo, sino que comienza también a ser hijo de María.*

B. Cuando nos llamamos nosotros hijos de Dios ¿lo somos exactamente igual que la segunda persona de la Santísima Trinidad?

a) *No. Eso sería una blasfemia. Hemos sido hechos hijos «a imitación» suya.*
b) *Primero éramos hombres y luego fuimos aceptados y recibidos como hijos.*
c) *Por eso las Sagradas Letras y la doctrina de la Iglesia nos llaman continuamente hijos adoptivos.*

190 II. *La adopción divina.*

A. Maravilla sería ya que Dios adoptara a una criatura. «La criatura es una esclava y el Creador su Señor..., pero la criatura ha sido unida a su Señor, se ha visto libre de su condición pasada» (cf. San Cirilo de Alejandría, *Th.* ass. 5).

B. Maravilla sería que un rey adoptara a un mendigo. Pero lo es mucho más que Dios adopte a un hombre. Y no sólo porque, dada la infinita diferencia existente entre un rey y Dios debe ser mucho mayor el favor, sino por las ventajas que lleva la adopción divina a la humana.

C. En efecto, la adopción supone:

a) *Que el adoptado sea una persona extraña a la familia del adoptante. ¡Y qué lejos estamos de aquella familia divina constituída por las tres divinas Personas! El rey y el pordiosero coinciden en la naturaleza humana. Nosotros no coincidimos en nada.*

b) *El adoptado no tiene derecho alguno a la adopción, la cual es un favor enteramente gratuito.*

1. Cuando los hombres adoptan a un extraño le hacen un favor, pero en realidad lo que buscan siempre es, por lo menos cumulativamente, su propio bien. «Buscan suplir lo que les falta», como, por ejemplo, llenar de calor su hogar y encontrar el amor que desean (cf. SANTO TOMÁS, *Summa Theol.* 3 q.23 a.1 ad 2).
2. Dios, en cambio, no busca sino hacernos bien. ¿Qué puede recibir de nosotros? Apenas si una pobre gloria externa, que al fin y al cabo no consiste en otra cosa sino en que brille su bondad y amor.
3. No sólo no recibe, sino que para adoptarme me ama y se entrega por mí (Gal. 2,20). Y cómo se entrega: «Tanto amó Dios al mundo que le dió su unigénito Hijo, para que tenga la vida eterna» (Io. 3,16).

c) *Al adoptado se le reconoce en algunas ocasiones el derecho a la herencia y siempre el título de hijo.*

1. El derecho a la herencia. A poseer unos bienes caducos..., cuando muera su padre. ¿Podremos compararlos con la herencia del cielo y de aquellos bienes que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni nadie ha podido imaginar?
2. Pero en donde se quiebra la comparación, porque le es imposible resistirla, es en la concesión del título de hijo.

1.° *La adopción humana se limita a eso, a otorgar un puro título. El que no era hijo sigue sin serlo. Sólo ha recibido el nombre de tal. El que adopta y el adoptado deben ser de idéntica naturaleza, y por eso los hombres no pueden adoptar a ningún animal, porque son incapaces de otorgarle ni aun siquiera una sombra de la naturaleza humana. En cambio, adoptan a otro hombre «al que no le hacen hábil para la adopción, sino que eligen, porque ya lo es»* (cf. SANTO TOMÁS, ibid.). *Y como ni aun a ese hombre, que les es igual, pueden trocarle ni la naturaleza ni la sangre, se ven forzados a limitarse a cosa tan extrínseca como la inscripción en un registro.*

2.° *En cambio, Dios, si quiere adoptar a alguien no encuentra a nadie que no diste infinitamente de su naturaleza divina. No encuentra a nadie que sea ni aun siquiera capaz de gozar de los bienes que constituyen su felicidad y herencia. Pero tiene poder para tocar nuestras almas, transformarlas y divinizarlas mediante la gracia. Por eso, nuestra adopción se llama nuevo nacimiento y roza ya los límites de la filiación natural. No lo es, porque no hemos nacido de Dios por generación. Pero tampoco se reduce a ser esa pura adopción exterior jurídica que ni quita ni pone nada en nuestro interior. Nosotros somos dioses e hijos de Dios, como veremos.*

III. «*Que la descendencia elegida responda con sus obras a la dignidad de su regeneración. Que ame lo que ama su Padre*» (cf. SAN LEÓN MAGNO, *Serm.* 26, *in Nat.*, 6,4). 191

14

El orden sobrenatural

4. Nuestra deificación

192 I. *El hombre, a semejanza y por impulso de Satanás, se hace reo de lesa majestad divina por querer usurpar los atributos que Dios no delega en ninguna criatura.*

A. Quiere ser independiente, siendo así que Dios, Principio Sumo, recaba para sí ineludiblemente la causalidad y legislación supremas. No tenemos sino ver a Jesús, el Hombre-Dios, que, a pesar de serlo, comienza en Belén la carrera de la obediencia, la cual culminará en la muerte, y muerte de cruz.

B. En cambio, ese mismo Niño nos dice y El es el ejemplo de nuestra participación nada menos que en la naturaleza y vida divina. Y es el caso que no apreciamos ni conocemos tamaño don.

193 II. *Al hablar de nuestra filiación divina hemos dicho que para ser hijo es necesario haber recibido la misma naturaleza del padre.*

A. Al explicar nuestra adopción subrayábamos que, a diferencia de la humana, que es puramente extrínseca, en la divina Dios toca nuestras mismas almas comunicándoles algo que las asimila a su propia naturaleza.

B. Que todo ello no es pura especulación teológica, sino punto central del dogma revelado, nos lo demuestra:

a) *La Sagrada Escritura.*

1. Para San Pedro la deificación de nuestra naturaleza es el fin a que se dirigen todos los dones que fluyen de la redención, comenzando por ella misma.
2. «Por el divino poder nos han sido otorgadas todas las cosas que tocan a la vida (sobrenatural) y a la piedad..., y nos hizo merced de preciosos dones prometidos (el principal la redención) para hacernos así partícipes de la naturaleza divina» (2 Petr. 1,3-4).

b) *Los Santos Padres.*

1. La doctrina de los Santos Padres puede resumirse en una frase de San Gregorio Nacianceno que condensa todo el orden sobrenatural: «Un Dios unido a dioses y familiarmente tratado por ellos» (cf. *Orat.* 38,7: PG 36,317).

2. Tan íntimamente se sentía este dogma, que para argüir contra aquellos arrianos que insistían en negar la divinidad del Espíritu Santo, se les echa en cara que si no es Dios, cómo puede divinizarnos a nosotros. «Si el Espíritu Santo no es Dios, que se haga Dios antes de venir a deificarme a mí» (cf. ibid., *Orat.* 34,12: PG 36,252).

c) *La liturgia. «Lex orandi, lex credendi». Al mezclar el agua con el vino en la santa Misa el sacerdote ve el símbolo de nuestra deificación y pide a Dios nos conceda ser «consortes de la divinidad de Aquel que se dignó hacerle partícipe de nuestra humanidad».*

III. *¿En qué consiste esta participación de la divinidad? Hay que huir de dos extremos viciosos:* 194

A. Concebirla como una simple denominación honrosa derivada del hecho de haber sido unida la humanidad de Cristo, representante nuestro, a la persona divina del Verbo. La unión hipostática representa un alto honor para la especie humana, pero no una divinización de cada uno de los individuos.

B. Creer que participamos de la misma divinidad esencial de Dios, en cuyo caso absurdo—imaginado por algunos pseudo-místicos al estilo indio—Dios tendría tantas personas como hombres fuésemos. ¿En qué consiste, pues, nuestra asimilación?

IV. *Todas las criaturas reflejan alguno de los atributos de Dios.* 195

A. Estos atributos están en Dios formando parte de su propia esencia, porque Dios, por ejemplo, no tiene ciencia, sino que es la misma ciencia, y están en los hombres como recibidos de Dios, esto es, en lenguaje filosófico, por participación.

a) *Participar, pues, de una perfección divina quiere decir haberla recibido.*

b) *Pero además añade otra idea, a saber, que la perfección que se ha recibido es de la misma especie que la que Dios posee, aunque El la tenga de un modo muchísimo más perfecto.*

B. Mas dentro de las perfecciones divinas reflejadas por las criaturas puede darse una escala infinita.

a) *Todas las criaturas, según los Santos Padres, son huella de Dios, porque reflejan algo suyo, lo suficientemente para que entendamos que son obras de Dios. La mínima de todas ellas refleja por lo menos su experiencia. Otras, en cambio, llegan a la categoría de imágenes, porque reflejan atributos más perfectos, tales como la inteligencia, etc.*

b) *Pero ¿no habría alguna que hubiera reflejado precisamente aquella perfección por la que Dios es Dios y vive como Dios? Esa sería, según los Santos Padres, no sólo una imagen, sino*

una imagen semejante. Pues bien, naturalmente no, pero sobrenaturalmente Dios ha querido que las almas en gracia reflejen la vida divina.

196 V. *Vida y naturaleza son conceptos casi sinónimos. Cada uno vive conforme a su naturaleza. Vida vegetativa, vida animal, vida intelectual son grados correspondientes a la naturaleza de cada uno de ellos. Vida divina supone naturaleza divina.*

A. Si, pues, participamos de la vida divina, es que participamos de la naturaleza divina.

B. Y ¿en qué consiste esta nuestra vida divina? En que verificamos los mismos actos que constituyen la vida de Dios.

a) *«Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, solo Dios verdadero»* (Io. 17,3). *La vida divina consiste en ejercitar su acto esencial, en verse y entenderse a sí mismo. Y nosotros participaremos perfectamente de esa vida cuando en el cielo, por dignación especial de Dios, podamos repetir el mismo acto esencial de la vida divina, viendo a Dios tan directamente como El se ve a sí mismo.*

b) *Hoy, la divinización de nuestra vida consiste en que podamos ejecutar actos que nos ordenan positivamente a aquella visión. «Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a El, porque le veremos como es»* (1 Io. 3,2).

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

15

Ricos y pobres en el portal

197 I. *Cristo pobre.*

A. Lo mismo que a Acaz se le dió una señal que no pedía, a nosotros se nos da una que no esperábamos ni apetecemos: Encontrarlo en un pesebre.

B. Es señal de Cristo.

a) *Porque significa su misión y oficios.*

1. Cristo es esencialmente víctima. Según todos los Santos Padres y la teología, el sacrificio de Cristo culmina en el Calvario, pero comienza en el pesebre. Allí inicia la expiación de nuestra rebeldía, soberbia, desobediencia e ingratitud.
2. La pobreza y el dolor son los mejores signos de una vida de expiación. En la cruz, el dolor; en el pesebre,

la pobreza. Esa misma pobreza y sufrimiento constituyen uno de los elementos de su expiación.

3. Sufre porque sabe que nuestra penitencia sin su sufrimiento no tendría valor ninguno. Pero nos enseña a sufrir, porque sabe también que sus padecimientos sin nuestra penitencia no nos serían útiles. Y con este pensamiento pasamos a ver cómo la pobreza de Belén.

b) *Sintetiza su doctrina.*

1. La doctrina moral del Señor está sintetizada por San Ignacio en la meditación de las dos banderas. Nos perdió la soberbia que nos lleva al amor del dinero, y de ahí a los extremos de la sensualidad.
2. Contra la soberbia, la humildad; contra el afán de los bienes temporales, la pobreza; contra la sensualidad, la mortificación. Todo ello brilla en el pesebre.
3. Pudo aparecer entre oropeles humanos, ¿pero qué caso hubiéramos hecho de su predicación si nos cuesta tanto trabajo practicarla, después de haberle visto a El en una cueva? ¡Oh precioso portal! Era la señal más evidente de los deseos que Dios tiene de salvarme, corregirme y enseñarme.

II. *Cristo, Maestro de pobres y de ricos.* 198

A. Vamos a ver en ese portal qué lección da a ambos estados. Los pobres son los pastores y los ricos los reyes.

B. Cristo y los pobres.

a) *Los pastores acuden al pesebre, adoran al Señor sin escandalizarse de su pobreza y, felices de ser semejantes a El, se vuelven llenos de alegría.*

b) *Antes de Belén la pobreza abundaba, pero se ignoraba su valor. El pobre se avergonzaba y murmuraba. Era despreciado. Existía la pobreza, pero sin su virtud y mérito. Se carecía de riquezas, pero no de deseos.*

c) *Los pastores, al volver de la cueva, a buen seguro que no se acuerdan para nada de los ricos de Jerusalén.*

1. Cristo ha dignificado y santificado la pobreza. La ha dignificado haciendo de los pobres sus amigos. La ha santificado constituyéndola en un medio de perfección.
2. Desde entonces aparece la pobreza organizada y honrada por Dios y la Iglesia.

d) *Pobres, adoráis a un Dios que quiso ser lo que vosotros sois.*

C. Cristo y los ricos.

a) *Ricos, adoráis a un Dios que no quiso ser lo que vosotros sois...*

1. Parece como si os despreciara. Pero también os llama. Los reyes son una prueba.
2. Pero os llama para que aprendáis algo.

b) *Quiere que aprendáis la humildad de la fe.*

1. Entre la sabiduría del mundo y la obediencia de la fe existe una oposición mucho mayor que entre la sencillez de espíritu y las luces del cielo. Por eso, el

camino ordinario de la Providencia es la de manifestarse a los sencillos.

2. La misma oposición existía entre la ciencia de los Magos y el atraso del pueblo judío. Y, sin embargo, los reyes se humillan obedeciéndola, y nada menos que ante un niño reclinado en un pesebre.

c) *Quiere que aprendáis la pobreza de corazón.*

1. Es más difícil para el rico que para el pobre. Cuando éste apetece riquezas, muchas veces lo que apetece es únicamente cubrir con decoro sus necesidades. Incluso es mucho más fácil hacerle aceptar y ofrecer a Dios una pobreza de la que no puede librarse.
2. Pero la riqueza es un veneno sutil que corrompe el corazón. Los mismos ricos que dicen no estar apegados, no suelen pasar de una expresión retórica.
3. En cambio, en aquel portal vemos el milagro de unos poderosos que ponen sus riquezas al pie del Señor. Más tarde, en los primeros días del cristianismo, otros ricos las colocarán a los pies de los apóstoles. Santiago decía a los poderosos: *Temblad y gemid la desgracia de vuestro estado* (5,1). Hoy os decimos: Animaos, porque Cristo os ha llamado también en la persona de los Magos.
4. Pero advertid que Jesús no llama sino a los que desengañados del esplendor vano de las riquezas están prontos a sacrificarlas. Sólo llama a los que, si ven un niño en un pesebre, colocan delante de él sus bienes

LA ADORACION DE LOS MAGOS

Fiesta de la Epifanía (6 de enero)

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

La manifestación de Cristo.
La infancia de Jesús.
La adoración de los Magos.
La vocación.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. PARTES VARIABLES DE LA MISA

Introitus.—Mal. 3,1; 1 Par. 29,12: Ecce advenit Dominator Dominus: et regnum in manu eius et potestatas et imperium.—Ps. 71,1: Deus, iudicium tuum Regi da: et iustitiam tuam Filio regis. Gloria Patri...

Introito.—Ved que ha llegado el soberano Señor; en su mano tiene el reino y el poder y el imperio.—Ps.: ¡Oh Dios!, da el imperio al Rey; y el poder al Hijo del Rey. Gloria al Padre...

Oremus.—Deus, qui hodierna die Unigenitum tuum gentibus stella duce revelasti: concede propitius; ut qui iam te ex fide cognovimus, usque ad contemplandam speciem tuae celsitudinis perducamur. Per eumdem Dominum...

Oremos.—¡Oh Dios, que en este día por medio de una estrella revelaste tu unigénito Hijo a los gentiles!, concede propicio que, pues ya te conocemos por la fe, lleguemos a contemplar tu soberana hermosura. Por el mismo Señor...

Grad.—Is. 6 y 1: Omnes de Saba venient, aurum et thus deferentes, et laudem Domino annuntiantes. Surge et illuminare, Ierusalem: quia Gloria Domini super te orta est.

Gradual.—Todos los sabeos vendrán trayendo oro e incienso y pregonando las alabanzas del Señor. Levántate y revístete de claridad, Jerusalén, porque la gloria del Señor ha amanecido sobre ti.

Alleluia, alleluia.—Mt. 2,2: Vidimus stellam eius in Oriente, et venimus cum muneribus adorare Dominum. Alleluia.

Aleluya, aleluya.—Vimos su estrella en Oriente y hemos venido con dones a adorar al Señor. Aleluya.

Offert.—Ps. 70,10-11: Reges Tharsis, et insulae munera offerent: reges Arabum et Saba dona adducent: et adorabunt eum omnes reges terrae: omnes gentes servient ei.

Ofert.—Los reyes de Tarsis y las Islas ofrecerán dones: los reyes de los árabes y de Saba llevarán presentes; y le adorarán todos los reyes de la tierra; todas las naciones le servirán.

Secr.—Ecclesiae tuae, quaesumus, Domine, dona propitius intuere: quibus non iam aurum, thus et myrrha profertur; sed quod eisdem muneribus declaratur, immolatur et sumitur, Iesus Christus Filius tuus Dominus noster, qui tecum...

Secr.—Suplicamos, Señor, mires propicio los dones de tu Iglesia, con los cuales te ofrece, no ya oro, incienso y mirra, sino Aquel que en estos dones es figurado, y ahora se inmola, se da en alimento, Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, que contigo...

Praefatio.—Vere dignum et iustum est, aequum et salutare, nos tibi semper, et ubique gratias agere: Domine sancte, Pater omnipotens, aeter-

Prefacio.—Digno y justo es, en verdad, debido y saludable, que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno.

Pues al aparecer tu unigénito Hijo revestido de nuestra carne mortal, nos ha renovado con la nueva luz de su inmortalidad.—Y, por tanto, con los Angeles y Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celestial, entonamos un himno a tu gloria diciendo sin cesar: Santo...

ne Deus. Quia, cum Unigenitus tuus in substantia nostrae mortalitatis apparuit, nova nos immortalitatis suae luce reparavit.—Et ideo cum Angelis et Archangelis, cum Thronis et Dominationibus, cumque omni militia caelestis excercitus, hymnum gloriae tuae canimus, sine fine dicentes: Sanctus!...

Com.—Vimos su estrella en Oriente y venimos con dones a adorar al Señor.

Comm.—Mt. 2,2: Vidimus stellam eius in Oriente, et venimus cum muneribus adorare Dominum.

Poscom.—Concédenos, Dios todopoderoso, que, purificado nuestro espíritu, comprendamos el misterio que en esta solemnidad hemos celebrado. Por nuestro Señor Jesucristo...

Postcomm.—Praesta, quaesumus, omnipotens Deus: ut quae solemni celebramus officio, purificatae mentis intelligentia consequamur. Per Dominum...

200

II. EPISTOLA

(Is. 60,1-6)

1 Levántate y resplandece, que ya se alza tu luz, y la gloria de Yahveh alborea para ti,

1 Surge, illuminare, Ierusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.

2 mientras está cubierta de sombras la tierra, y los pueblos yacen en tinieblas. Sobre ti viene la aurora de Yahveh, y en ti se manifiesta tu gloria.

2 Quia ecce tenebrae operient terram, et caligo populos: super te autem orietur Dominus, et gloria eius in te videbitur.

3 Las gentes andarán en tu luz, y los reyes, a la claridad de tu aurora.

3 Et ambulabunt gentes in lumine tuo, et reges in splendore ortus tui.

4 Alza los ojos y mira en torno tuyo: todos se reúnen y vienen a ti; llegan de lejos tus hijos, y tus hijas son traídas a ancas.

4 Leva in circuitu oculos tuos, et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi: filii tui de longe venient, et filiae tuae de latere surgent.

5 Cuando esto veas resplandecerás, y palpitará tu corazón y se ensanchará. Vendrán a ti los tesoros del mar, llegarán a ti las riquezas de los pueblos.

5 Tunc videbis, et afflues, et mirabitur et dilatabitur cor tuum quando conversa fuerit ad te multitudo maris, fortitudo gentium venerit tibi.

6 Te inundarán muchedumbres de camellos, de dromedarios de Madián y de Efa. Llegarán de Saba en tropel, trayendo oro e incienso y pregonando las glorias de Yahveh.

6 Inundatio camelorum operiet te, dromedarii Madian et Epha: omnes de Saba venient, aurum et thus deferentes, et laudem Domino annuntiantes.

201

III. EVANGELIO

(Mt. 2,1-12)

1 Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos,

1 Cum ergo natus esset Iesus in Bethlehem Iuda in diebus Herodis regis, ecce Magi ab oriente venerunt Ierosolymam,

2 dicentes: Ubi est qui natus est rex Iudaeorum? Vidimus enim stellam eius in oriente, et venimus adorare eum.

3 Audiens autem Herodes rex, turbatus est, et omnis Ierosolyma cum illo.

4 Et congregans omnes principes sacerdotum, et Scribas populi, sciscitabatur ab eis ubi Christus nasceretur.

5 At illi dixerunt ei: In Bethlehem Iudae: Sic enim scriptum est per Prophetam:

6 Et tu Bethlehem terra Iuda, nequaquam minima es in principibus Iuda: ex te enim exiet dux, qui regat populum meum Israel.

7 Tunc Herodes clam vocatis Magis diligenter didicit ab eis tempus stellae, quae apparuit eis:

8 et mittens illos in Bethlehem, dixit: Ite, et interrogate diligenter de puero: et cum inveneritis, renuntiate mihi, ut et ego veniens adorem eum.

9 Qui cum audissent regem, abierunt, et ecce stella, quam viderant in oriente, antecedebat eos, usquedum veniens staret supra, ubi erat puer.

10 Videntes autem stellam gavisi sunt gaudio magno valde.

11 Et intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre eius, et procidentes adoraverunt eum: et apertis thesauris suis obtulerunt ei munera, aurum, thus, et myrrham.

12 Et responso accepto in somnis ne redirent ad Herodem, per aliam viam reversi sunt in regionem suam.

2 diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarle.

3 Al oír esto el rey Herodes, se turbó, y con él todo Jerusalén,

4 y reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Mesías.

5 Ellos contestaron: En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta:

6 Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ciertamente la más pequeña entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un jefe que apacentará a mi pueblo Israel.

7 Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, les interrogó cuidadosamente sobre el tiempo de la aparición de la estrella;

8 y enviándolos a Belén, les dijo: Id a informaros sobre ese niño, y cuando le halléis, comunicádmelo, para que vaya también yo a adorarle.

9 Después de oír al rey, se fueron y la estrella que habían visto en Oriente les precedía, hasta que, llegada encima del lugar en que estaba el niño, se detuvo.

10 Al ver la estrella sintieron grandísimo gozo,

11 y entrados en la casa vieron al niño con María, su madre, y de hinojos le adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.

12 Advertidos en sueños de no volver a Herodes, se tornaron a su tierra por otro camino.

IV. ALGUNOS TEXTOS DE LA ESCRITURA RELACIONADOS CON LA EPIFANIA

A) Vaticinio de Balaam 202

16 Dixit auditor sermonum Dei, qui novit doctrinam Altissimi, et visiones Omnipotentis videt, qui cadens apertos habet oculos.

16 Oráculo del que oye palabras de Dios, del que conoce los consejos del Altísimo, del que ve visiones del Omnipotente.

17 La veo, pero no ahora: la contemplo, pero no de cerca. Alzase de Jacob una estrella, surge de Israel un cetro, que aplasta los costados de Moab y el cráneo de todos los hijos de Set.

18 Edom es su posesión; Seir presa de sus enemigos; Israel acrecienta su poder.

19 De Jacob sale el dominador que devasta de las ciudades las reliquias.

17 Videbo eum, sed non modo: intuebor illum, sed non prope. Orietur stella ex Iacob, et consurget virga de Israel: et percutiet duces Moab, vastabitque omnes filios Seth.

18 Et erit Idumaea possessio eius: haereditas Seir cadet inimicis suis: Israel vero fortiter aget.

19 De Iacob erit qui dominetur, et perdat reliquias civitatis (n.24, 16-19).

203 B) PREDICCIONES SÁLMICAS

Vienen príncipes del Egipto, y Etiopía se apresura a presentar sus manos a Dios.

8 Dominará de mar a mar, del río hasta los cabos de la tierra.

9 Ante él se inclinarán los habitantes del desierto, y sus enemigos morderán el polvo.

10 Los reyes de Tarsis y de las Islas le ofrecerán sus dones y los reyes de Saba le pagarán tributo.

11 Postraránse ante él todos los reyes y le servirán todos los pueblos.

Venient legati ex Aegypto: Aethiopia praeveniet manus eius Deo (Ps. 67,32).

8 Et dominabitur a mari usque ad mare: et a flumine usque ad terminos orbis terrarum.

9 Coram illo procident Aethiopes; et inimici eius terram lingent.

10 Reges Tharsis, et insulae munera offerent: reges Arabum, et Saba dona adducent:

11 Et adorabunt eum omnes terrae: omnes gentes servient ei (Ps. 71, 8-11).

204 C) PRESAGIOS PROFÉTICOS

Vienen de lejos: éstos del norte y del poniente; aquéllos de la tierra del sur.

Y conmoveré a todas las gentes: y vendrá el Deseado de todas las naciones: y llenaré esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos.

Y luego en seguida vendrá a su templo el Dominador, a quien buscáis, y el ángel de la alianza que deseáis. Ved que viene, dice Yahveh Sebaot.

Ecce isti de longe venient, et ecce illi ab Aquilone et mari, et isti de terra australi (Is. 49,12).

Et movebo omnes gentes: et veniet desideratus cunctis gentibus: et implebo domum istam gloria, dicit Dominus excercituum (Ag. 2,8).

Et statim veniet ad Templum suum Dominator, quem vos quaeritis, et angelus testamenti, quem vos vultis. Ecce venit, dicit Dominus excercituum (Mal. 3,1).

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

A) Origen 205

La Epifanía es una fiesta que proviene de Oriente, donde se celebraba antes del siglo IV. Juntamente con la Resurrección, constituye la fiesta más antigua, pues son las dos que menciona la española Eteria. De Oriente pasó a Occidente, como la de Navidad pasó de Occidente a Oriente. Y al igual que aquí se celebraron, al principio, el día 6 de enero, la Epifanía y la Navidad, en Oriente se unieron también la Navidad y la Epifanía, celebrándose ambas el 25 de diciembre, hasta que se desglosaron.

La Epifanía es etimológicamente la fiesta de la manifestación de Nuestro Señor. Había nacido cual si fuera un simple niño. Mas a través de los celajes de su carne resplandecían rayos de su divinidad. Era hombre y Dios. Había de manifestarse como Dios. Esta manifestación es el motivo y centro de la fiesta de Epifanía. Comparándola con la Navidad, diríamos: en la Navidad Dios se presenta al mundo como hombre. En la Epifanía, ese hombre se manifiesta como Dios. «El que nació en Navidad de la Virgen—dice San León en las lecciones de Mt.—es recibido hoy por el mundo...» Es recibido como Dios, como Rey. De aquí los acentos triunfales de la fiesta, cuya liturgia nos presenta la realeza de Cristo hasta el punto de que, si no hubiera fiesta especial, sería ésta la más indicada para cantar a Cristo Rey.

En nuestros días, tanto litúrgica como popularmente, la Iglesia y los cristianos conmemoran la adoración de los Magos. Quedan, sin embargo, vestigios del antiguo carácter oriental de la fiesta, en la que se conmemoraban tres hechos históricos que manifestaban la divinidad y poder de Cristo. «... Hoy al celeste Esposo unióse la Iglesia, porque en el Jordán lavó Cristo sus pecados. Acuden presurosos con dones los Magos a las reales nupcias, y ante la conversión del agua en vino se alegran los convidados» (Ant. *ad Magn.* de las seg. Vísp.). En nuestra liturgia el bautismo de Jesucristo se conmemora el día de la Octava de Epifanía, y las bodas de Caná el domingo segundo.

B) Significación 206

La fiesta de la Epifanía es la fiesta de nuestra vocación. Los Magos eran de Oriente. Su vocación es símbolo de la universal de todas las naciones a la salud y a la participación en los bienes de la redención, que los judíos consideraban exclusivos de su pueblo. Esta vocación universal estaba predicha en los profetas. En Adviento se hacen varias alusiones a ella y claramente se advierten en la Epístola de hoy. El llamamiento de la gentilidad no ocurrió durante la vida pública del Señor, quien, al contrario, decía a los discípulos: *In viam gentium ne abieritis* (Mt. 10,5), y a la cananea: *Non sum*

missus nisi ad oves quae perierunt ex domo Israel (Mt. 15,24). El ingreso de los gentiles en el reino estaba reservado a la predicación de los apóstoles. Mas quiso Cristo llamarles a su cuna en la persona de los Magos, que simbolizaban a todo el pueblo gentil. Por eso, podemos decir que así como la Navidad es la fiesta de la vocación de los judíos, la Epifanía lo es de los gentiles. Como nosotros pertenecíamos al mundo gentil, tenemos en la Epifanía nuestra fiesta, la de nuestro llamamiento a la fe y a la salvación. Por eso hoy se nos recuerda nuestro llamamiento: *Christus apparuit nobis*... Llamamiento que es perenne, porque si a los Magos les llamó Dios mediante la estrella, a nosotros nos llama por medio de su Iglesia, la cual, con su doctrina, liturgia, gobierno y predicación no cesa de invitarnos a buscar a Cristo. Es, por tanto, la Epifanía fiesta que reclama nuestro agradecimiento al Señor, a la vez que nos invita a pedir para que la luz de su Estrella—su Iglesia—ilumine a los que viven aún en las tinieblas del paganismo.

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

207 ### *A) Epístola*

La epístola de hoy no es propiamente una epístola, sino el comienzo del capítulo 60 de Isaías.

En el anterior el profeta lloraba las iniquidades de su pueblo, que lo habían llevado a la cautividad y postración de Babilonia. Pero como es frecuente en él, después del llanto y la amenaza, cambia de tono para levantar los ánimos aplanados y comienza a cantar las grandezas de la Jerusalén futura.

En esos momentos la inspiración profética anuncia los hechos, enfocándolos desde un doble punto de vista; a saber, desde el de su inmediata realidad y desde aquella otra, de la que son figura y tipo.

Isaías, por ejemplo, se dirige a Jerusalén y le anuncia los venturosos tiempos en los que, decretada por Ciro la liberación de los judíos, Jerusalén verá levantarse otra vez sus muros, y sus casas volverán a ser habitadas.

Pero por encima de esta Jerusalén que le sirve de tipo y de modelo ve otra mucho más esplendorosa, constituída por el reino mesiánico y por la Iglesia, visión ante la que se entusiasma y prorrumpe en cánticos que serían desmesurados si hubieran de aplicarse exclusivamente a la libertad y reconstrucción de Zorobabel, harto desmedrada en cuanto a riquezas, y bien pobre siempre en lo tocante a libertad, pues fuera de la breve etapa macabea el pueblo judío no disfrutó de ella más. Así lo entendieron los mismos judíos que interpretaron este y otros muchos lugares semejantes en sentido mesiánico.

En cambio, más tarde, cuando la Iglesia vió realizada en sí misma las profecías, los judíos encontraron una explicación restrictiva, y San Jerónimo, al explicar a Isaías, tiene ya que hacerles ver lo que llevamos expuesto.

En cuanto al estilo, fácilmente se advierte la ampulosidad oriental, con sus acostumbradas figuras, que no creemos sea necesario explicar al pueblo. Ahora bien, existen algunas frases como la del oro e incienso ofrecido, que parecen relacionar este lugar con la festividad de hoy. ¿La relacionan en realidad? ¿Isaías profetiza la ofrenda de los Magos? Abunde cada uno en su parecer, pues carecemos de datos para saberlo. Posible es que sí, y posible es también que los camellos, dromedarios, oro e incienso no indiquen sino las riquezas y medios de locomoción que conocía el profeta.

Salvado este detalle, las dos ideas principales se resaltan por sí solas. Es la una la llegada de la luz que ha de poner en pie y alegrar a la ciudad; es la segunda, la universalidad de la futura Jerusalén, a la que acudirán gentes de todos los lugares, incluso de aquellas islas griegas que para un judío del tiempo de Isaías constituían casi las columnas del «non plus ultra».

«¡Ea, pues, oh Iglesia, oh pueblo creyente en Cristo!, que hasta ahora yacías sentado en las tinieblas de la incredulidad y la ignorancia sobre Dios, que dormías sobre toda clase de pecados y rebosabas en la cárcel y cautiverio, recibe el sol de justicia que se levanta, despierta del sueño del pecado, alza la cabeza y corre con los brazos abiertos a abrazar la libertad, la luz y la alegría que te trae Cristo». A esto aludía el capítulo 9,2 cuando decía: «Un pueblo que caminaba en tinieblas vió una gran luz; luz que se ha levantado para los que habitaban en la región de las sombras de la muerte». A esto se refería San Pablo cuando advertía (Rom. 13,11): *Hermanos, ya es hora de despertar del sueño... Arrojemos las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz.* «Vístete de claridad, esto es, recibe la luz de la fe y de la gracia como si fueses un espejo, para que te transformes en ella y seas como un sol que ilumina el mundo. Esto es lo que dice San Pablo (2 Cor. 3,18): *Todos nosotros a cara descubierta contemplamos la gloria del Señor como en un espejo y nos transformamos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor...*» (cf. CORNELIO A LAPIDE, in hunc locum).

Sobre la universalidad de la Iglesia, de ese árbol que creció nacido como un grano de mostaza en el portal de Belén, ya hemos hablado suficientes veces.

B) *Evangelio*

Copiamos la historia de RICCIOTTI, remitiéndonos para las aplicaciones morales a los Santos Padres y autores varios, y muy especialmente al P. LA PUENTE (cf. *Vida de Jesucristo* [Barcelona 1944] p.271-277).

a) EL RELATO 208

«Hasta ahora, Lucas sólo ha situado en torno al recién nacido Mesías —aparte de los cortesanos celestiales—gentes humildes en funciones de cortesanos terrenos; es decir, pastores de la estepa y dos ancianos de la ciudad. Mateo calla sobre todos éstos y, por el contrario, conduce ante Jesús personajes no sólo insignes, sino además—y ello puede sorprender con razón en el más israelita de los cuatro evangelistas—precisamente no israelitas y pertenecientes a los aborrecidos «gojim». Si este nuevo episodio hubiese sido narrado por Lucas se habría dicho que estaba introducido para confirmar el anuncio de Simeón respecto a la revelación de los gentiles; pero, puesto que quien lo relata es Mateo, no queda más que atenerse a la realidad de los hechos diversamente seleccionada por los diferentes narradores. *Habiendo, pues, nacido Jesús, he aquí que (unos) Magos de Oriente se presentaron en Jerusalén diciendo: ¿Dónde está el nacido rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo. Y oyendo (esto) el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él, y reuniendo a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, les inquiría dónde el Cristo debía nacer. Y ellos le dijeron: En Bethlehem de Judea, porque así ha sido escrito por medio del profeta: «Y tú, Bethlehem, tierra de Judá, de ningún modo eres la menor entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un conductor que apacentará a mi pueblo Israel»* (Mt. 2,1-6).

209 b) Los Magos

Los inesperados extranjeros eran, pues, *magos* y venían de Oriente. Estos son respecto a ellos los únicos datos seguros y, aun así, muy vagos. El más vago es Oriente, que geográficamente designa todas las regiones de más allá del Jordán, y en las cuales, internándose hacia Levante, se halla primero el inmenso desierto siro-arábigo, luego Mesopotamia (Babilonia) y, en fin, Persia. En el Antiguo Testamento, en efecto, todas estas tres regiones son designadas como Oriente, incluso la remotísima Persia (como vemos por Isaías 41,2, donde se alude al persa Ciro el Grande). Y es precisamente a Persia, con preferencia a las otras dos regiones más próximas, adonde nos lleva la palabra *magos*, que es originariamente pérsica y está estrechamente ligada a la persona y doctrina de Zarathusthra (Zoroastro).

Los magos fueron originariamente discípulos de Zarathushtra, y a ellos había confiado él su doctrina reformadora de las poblaciones del Irán, de la que fueron después custodios y transmisores. Su clase aparece muy poderosa desde tiempos muy antiguos, incluso en la época de los medos, y más aún en la de los aqueménidas. «Mago» era aquel Gaumata (el «falso Smerdi») que usurpó el trono aqueménida el año 522 a. de J. C., durante la campaña de Cambises en Egipto. Después de la muerte violenta de Gaumata, los magos mantuvieron su poder en el imperio persa y en los regímenes sucesivos hasta el siglo VIII d. de J. C. En el campo cultural, se ocuparían también del curso de los astros, como todas las personas instruídas en aquellos tiempos y regiones; pero no eran astrólogos ni hechiceros. Antes bien, como discípulos de Zarathushtra y fieles transmisores del «Avesta» debían ser naturales enemigos de las doctrinas astrológicas y nigrománticas de los caldeos, las cuales el «Avesta» condena con energía.

210 c) La estrella

Los Magos llegados a Jerusalén habían visto, pues, una estrella en Oriente, y comprendiendo que era la estrella del «rey de los judíos», se pusieron en viaje desde Oriente para adorarle.

Respecto a la estrella, ya hemos expresado nuestra opinión de que Mateo se propuso presentarla como un hecho milagroso, no identificable con un fenómeno natural. Poco después él nos dice que, salidos los Magos de Jerusalén, la estrella les precedió a guisa de guía en su camino y se detuvo precisamente sobre el lugar donde estaba el niño buscado (Mt. 2,9). Si del rey Mitrídates se narraba que a su nacimiento y al principio de su reinado había aparecido un cometa (cf. Justino, *Histor.*, XXXVII, 2), y otro tanto se decía de Augusto al comienzo de su imperio (Servio, *in Eneida*, X, 272), ninguno, no obstante, había dicho que semejantes cometas indicaran a los hombres paso a paso un determinado camino, esperándoles incluso en los descansos y moviéndose después, para al cabo pararse definitivamente sobre la meta. Establecido, en consecuencia, este carácter milagroso, ¿cómo se explica, sin embargo, que los Magos, al ver la estrella, la reconociesen como la del «rey de los judíos»? ¿Qué sabían ellos de antemano, en su lejana Persia, de un rey de los judíos esperado como salvador en Palestina?

El reconocimiento de la estrella por los Magos está, en la narración de Mateo, estrechamente ligado al carácter de la estrella: la milagrosa estrella se hace reconocer milagrosamente por ellos como signo del recién nacido. Pero respecto a las predisposiciones culturales de los Magos y a su posible conocimiento de la espera mesiánica de los judíos, hoy estamos mejor infor-

mados, gracias a recientes estudios, que anteriormente, y podemos afirmar que en Persia se esperaba, por tradición local, una especie de salvador y se sabía, además, que existía análoga espera en Palestina.

d) Número y nombres 211

Mateo no dice cuántos fueron los Magos venidos a Jerusalén; la tradición popular tardía los creyó más o menos en número, variando de dos a una docena, pero prefiriendo el número de tres, sin duda sugerido por los tres dones que ofrecieron. Y de estos tres Magos, desde el siglo IX, se supieron también los nombres: Gaspar, Melchor y Baltasar.

Eran con toda evidencia extranjeros aquellos Magos y no sabían prácticamente nada de las condiciones políticas de Jerusalén, ya que apenas entrados comienzan a preguntar: ¿Dónde está el nacido rey de los judíos? Rey de los judíos no había otro que Herodes, y bastaba por lo demás conocer un poco el carácter de éste para estar seguro de que apenas se mostrase un eventual competidor suyo hubiera tenido contados los días y aun las horas. Por eso la pregunta era peligrosa, en su ingenuidad, para el mismo niño buscado.

e) Se informa a Herodes de su llegada 212

Los primeros ciudadanos interpelados por los Magos quedaron estupefactos y aun algo inquietos, porque una pregunta de tal género hecha por los desconocidos personajes inducía a sospechar tenebrosas conjuras, que hubiesen llevado a las acostumbradas convulsiones civiles y a matanzas de gentes sospechosas. Pasando, pues, la pregunta de boca en boca, llegó a oídos de personas de la corte y del propio Herodes.

El viejo monarca, que por sospechas de conspiración había ya hecho matar a dos hijos y estaba a punto de matar a un tercero, no pudo dejar de turbarse también; pero comprendió en seguida que, si allí había una amenaza, era muy diferente de las otras. Su policía secreta, magníficamente organizada, le tenía informado hasta de los más mínimos hechos que acaecían en la ciudad, y en aquellos días no le había referido nada inquietante. Por otra parte, desde la lejana Persia no se dirigían fácilmente los hilos de una conjuración, ni se hubiesen enviado para organizarla personas tan ingenuas e inexpertas como aquellos Magos. No; allí debía de haber algo de otro género, algún movimiento religioso de mal agüero, muy probablemente la quimera de aquel Rey-Mesías que los súbditos de Herodes esperaban, aunque él ciertamente no coincidiera con ellos. En todo caso, convenía prevenirse, informándose primero con claridad y después procediendo con astucia.

f) La consulta al Sanhedrín 213

Como se trataba de asuntos religiosos, Herodes no consultó al Sanhedrín en pleno, sino a los dos grupos del consejo más versados en tales cuestiones: los *sumos sacerdotes* y los *escribas* del pueblo, y les preguntó, abstracta y genéricamente, dónde debía nacer el Cristo. Es decir, quería saber el lugar en que, según la tradición judaica, debía nacer el Mesías. Una vez conocido esto, él sabría valerse de aquellos ingenuos Magos para ajustar cuentas con el recién nacido rey de los judíos.

Los consultados respondieron que el Mesías debía nacer en Bethlehem, y citaron como prueba el pasaje de Miqueas (5,1-2), que en el texto hebraico

dice así: *Y tú, Bethlehem Efrata, aunque siendo pequeña entre las particiones de Judá, de ti saldrá* (quien) *será dominador en Israel y sus salidas* (orígenes) *desde la antigüedad, desde los días eternos. Por esto* (Dios) *le entregará* (en poder de sus enemigos) *hasta el tiempo en que la puérpera dé a luz.* Nótese que este pasaje no está reproducido íntegramente, ni con estas palabras precisas en la respuesta de los doctores consultados, tal como la refiere Mateo; pero, de todos modos, se halla lo esencial, o sea, Bethlehem como lugar del nacimiento del Mesías, y en tal sentido se expresa también el Targum en el mismo pasaje. Semejante designación era, pues, tradicional en el judaísmo de aquella época.

Al obtener esta contestación, Herodes debió de quedar perplejo. Bethlehem era un pueblecillo cualquiera, en el que su policía no le señalaba nada sospechoso, mas, con todo, aquel complejo de estrellas, Magos desconocidos, y especialmente aquel apelativo rey de los judíos, mientras de una parte despertaban su curiosidad, de otra turbaban su calma. Para satisfacer, pues, la primera y proveer a la segunda, no quedaba más que servirse de los mismos Magos, de tal modo que no se despertasen las sospechas de éstos ni de las demás gentes.

214

g) El plan del astuto rey

El plan fué llevado a la práctica. Herodes hizo llamar a los Magos *ocultamente* (Mt. 2,7), porque ni quería aparecer demasiado crédulo dando importancia a hombres tal vez desequilibrados, ni renunciar a sus medidas de precaución. Interrogóles, pues, hábilmente sobre el tiempo y circunstancias de la aparición de la estrella y los dejó marchar a Bethlehem, encareciéndoles que buscasen bien al recién nacido y, una vez hallado, le avisasen, porque quería ir a adorarle también.

Mandar tras aquellos extravagantes orientales un destacamento de soldados con alguna orden secreta habría sido procedimiento más seguro y le hubiese evitado el esperar la noticia de que el niño había sido encontrado, pero le expondría también a las burlas de sus súbditos, ya que en todo Jerusalén no se hacía más que hablar de aquella extraña comitiva, dándose a la vez por hecho que el asunto terminaría en una escena grotesca y que aquellos orientales resultarían unos soñadores exaltados. En todo caso, los Magos, así como habían pasado por Jerusalén de ida, habrían de pasar de regreso, y por tanto, Herodes los tendría siempre a su disposición.

215

h) La adoración de los Magos

Los Magos, después de la audiencia real, partieron. *Y he aquí que la estrella que vieron en Oriente les precedía, hasta que llegando, detúvose sobre donde estaba el niño. Y viendo la estrella se gozaron con gozo grande en extremo. Y llegando a la casa vieron al niño con María, su madre, y postrados le adoraron. Y abriendo sus cofres le presentaron dones: oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido revelación en sueños de no volver a Herodes, regresaron a su país por otro camino* (Mt. 2,9-12). La narración está restringida a sus líneas principales y hace abstracción de tiempo y lugar. No obstante, despréndese de ella que los Magos pasaron a lo menos una noche en Bethlehem, ya que allí recibieron revelación en sueños, y no queda excluído que incluso permaneciesen más de un solo día. Igualmente se obtiene la deducción de que la familia de José, abandonada la gruta, se había instalado en una casa.

Dirigiéndose a rendir homenaje a un rey, los Magos habían preparado donativos tales como los exige la etiqueta oriental. La mansión regia de He-

rodes en Jerusalén refulgía de oro y a lo largo de sus galerías los pebeteros exhalaban vapores de incienso y de resinas odoríferas. Lo mismo sucedía en aquel suntuoso Herodium donde su orgulloso constructor había de ser sepultado de allí a cortos meses y que se elevaba a poca distancia de Bethlehem. Quizá más de una vez los pastores del contorno, girando en torno a las faldas del montículo, habrían entrevisto los áureos reflejos de las casas y aspirado las nubes de humo aromático que de ellas salía. Con arreglo al ceremonial de las grandes cortes, los Magos ofrecieron oro, incienso y aquel género de resina perfumada llamada por todos los semitas «mor», nombre del que se ha derivado el nuestro de «mirra». Herodes mismo solía mostrar gran largueza en sus donativos a otros monarcas, sobre todo si eran más poderosos que él. Por ejemplo, precisamente en aquellos días dejaba a Augusto en su testamento un legado de 1.000 ó 1.500 talentos (cf. *Bell. Iud.*, I, 646; II, 10; *Antiq. Iud.*, XVII, 323), suma altísima, incluso en aquellos tiempos, y que Augusto, no obstante, rehusó señorilmente. Los Magos, cierto, no podían ser tan munificos como Herodes; pero en compensación tuvieron la alegría de ver aceptados sus dones y, además, la de comprobar que eran oportunísimos, ya que, si todos los regalos reconocían la dignidad real del recién nacido, el oro especialmente llegaba como una providencia para restaurar la hacienda de aquella corte, que no poseía ni un techo propio, ni tal vez siquiera medio siclo, una vez dejados cinco enteros en el templo de Jerusalén.

Ofrecidos sus homenajes, los viajeros partieron hacia su país transcurrido algún tiempo, pero no pasaron por Jerusalén ni Jericó, sino por el otro camino que, tocando la fortaleza herodiana de Masada, costeaba la ribera occidental del Mar Muerto. Y nada volvió a saberse de ellos.»

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

Tres lecciones

Trasladamos los párrafos más interesantes de las homilías 6 y 7 sobre San Mateo (cf. PG 31,119 ss.).

A) *Hasta el palacio de Herodes*

216 a) Los motivos del viaje

«¿Cómo es que los Magos por medio de su estrella aprenden que El es rey de los judíos? Pues en realidad de verdad no era rey de aquí abajo, como él mismo se lo dijo a Pilato: *Mi reino no es de este mundo* (Io. 18,36). Así es que nada ostentaba en lo material. No tuvo en torno de sí ni lanceros, ni escuderos que le hicieran guardia, ni caballos, ni mulas, ni otro distintivo alguno, antes pasaba una vida vulgar y pobre, llevando consigo doce hombres vulgares. Pero aunque supieran que era rey, ¿por qué acuden a El?... ¿Qué razón, qué esperanza de bienes les persuadió a venir desde tan grande distancia a adorar a un rey?... Si hubiera nacido en un palacio real y estuviera presente su padre el rey, bien se podría decir que ellos adoraron al niño nacido por hacer un obsequio a su padre, y de este modo conciliarse su benevolencia. Pero ahora, cuando ni esperan que reine sobre ellos, sino sobre una nación extraña y muy distante de sus patrias, ni le han visto aún hombre formado, ¿por qué motivo emprenden tan larga peregrinación, y le llevan dones, y eso habiéndolo de llevar a cabo entre peligros? Herodes al oírlo se turbó y turbóse también todo el pueblo oyendo de ellos estas noticias.

Aun cuando fueran los más necios, no habían de desconocer que entrando en una ciudad gobernada por un rey y anunciando tales cosas, publicando otro rey distinto del que entonces había, no podían menos de acarrearse mil peligros de muerte.

Y, en resumen, ¿cómo le adoraron, además, viéndole envuelto en pañales? Porque si fuera ya hombre formado, pudiérase decir que por la esperanza de obtener su patrocinio se habían lanzado a un peligro manifiesto; por más que ya esto mismo sería suma locura,

que un persa, un bárbaro, que nada tenía que ver con la nación judía, dejara su propia casa y abandonara su patria, sus parientes y domésticos y se sujetara a otro reino.»

b) Los motivos de la adoración 217

«¿Era acaso ley o costumbre que a los reyes que naciesen en todo el mundo se les hiciera este obsequio? ¿Andaban acaso recorriendo todo el orbe para adorar, antes de que subieran al trono, a los nacidos de padres pobres y sin representación, de quienes supieran que habían de ser reyes? ¿Quién puede decir semejante cosa? Pues ¿por qué le adoraron? Si por alguna utilidad presente, ¿qué esperaban poder recibir de un niño y de una madre pobre? Y si por alguna utilidad futura, ¿de dónde sabían que se había de acordar de lo de entonces el niño a quien adoraban envuelto en pañales? Y aunque se lo hubiera de recordar su madre, aun en ese caso, no merecían honra, sino castigo, pues le ponían (con su adoración) en manifiesto peligro. Ya que desde entonces Herodes, turbado, le buscaba, y andaba tras él, y trataba de quitarle la vida... ¿Ves cuántos absurdos se siguen si se examina el hecho según el curso y costumbre ordinaria de las cosas humanas? Y no esto sólo: muchas más cosas se pudieran decir que traerían consigo nuevas cuestiones... Mas para no ir trabando una duda con otra y causaros vértigo, ¡ea!, pasemos ya a la solución de las cuestiones propuestas, dando comienzo por la estrella. Porque si nos enteramos de qué estrella fué y de qué clase, si fué una de tantas o extraordinaria, si fué estrella por naturaleza o sólo para la apariencia de la vista, fácilmente veremos también todo lo demás.»

c) Cuestiones acerca de la estrella 218

«—Y ¿por dónde se aclarará todo esto? —Por las mismas Escrituras.—En efecto, que esta estrella no fué una de tantas, y, más todavía, ni aun siquiera estrella, como a mí me parece, sino cierta virtud invisible transformada en esta apariencia, es claro, en primer lugar, por su misma dirección. Porque no hay, no hay estrella alguna que recorra ese camino... En segundo lugar, échase de ver esto por el tiempo mismo, pues no aparece de noche, sino en pleno día, brillando el sol... En tercer lugar, porque unas veces aparecía y otras se ocultaba... Lo cuarto, se ve claramente lo mismo por el modo con que señalaba el lugar. Pues no lo mostraba permaneciendo en lo alto del cielo, pues de ese modo no hubieran podido ellos enterarse, pues bien sabéis que una estrella no puede señalar un lugar tan pequeño como es el que ocupa una cueva, y más aún el cuerpo de un niño pequeñuelo...

Pues ¿por qué apareció? Para herir la insensibilidad de los ingratos judíos y quitarles toda excusa... Así, pues, lo mismo que hizo Jesús con los ninivitas, enviándoles a Jonás, y con la Samari-

tana y con la Cananea, hizo también con los Magos. Por eso también decía: *Los hombres de Nínive se levantarán y condenarán;* y *la reina del austro se levantará y condenará a esta generación* (Mt. 12, 41-42), porque ellos creyeron con argumentos menores y éstos ni aun con mayores.

219 —Y ¿por qué motivo, dirás, los trajo por medio de la visión de una estrella? —Pues ¿cómo convenía hacerlo? ¿Enviándoles profetas? —Los Magos no los hubieran recibido. —¿Enviándoles un ángel? —Tampoco hubieran hecho caso de él. Por eso, dejando a un lado todos aquellos medios, los llama Dios por el que era usual y les muestra una estrella grande y diferente de las otras, de suerte que por su magnitud y la hermosura de su aspecto los llenara de admiración, y no menos por el modo particular de su curso.

San Pablo también imitaba esta conducta al hablar con los griegos, tomando ocasión del ara, y al aducir testimonios de poetas, mientras que con los judíos habla tomando pie de la circuncisión y tratando con quienes vivían en la Ley, da comienzo a su enseñanza por los sacrificios. Y es que, como cada uno tiene gusto en lo que le es acostumbrado, tanto Dios como sus enviados disponen las cosas de esta manera para la salvación del mundo... Así es que después de haberlos conducido y llevádolos de la mano y puéstoles delante del pesebre, no les habla ya por medio de la estrella, sino por medio de un ángel (v.12), pues poco a poco se habían convertido en mejores...

Merece también investigarse por dónde vinieron a dar en semejante pensamiento y quién los movió a ello. Porque, evidentemente, no me parece a mí que ésta fuese obra de la estrella tan sólo, sino de Dios, que movía también sus almas; pero lo hizo de modo que no les quitara el libre albedrío, como tampoco cuando llamó a Pablo con una voz del cielo, patentizando al mismo tiempo su propia gracia y la obediencia de aquél (Act. 9).

Y ¿por qué razón, dirás, no reveló esto a todos los magos? Porque no todos habían de creer, y éstos estaban mejor dispuestos que los demás; como también, pereciendo innumerables gentiles, a sólo los ninivitas fué enviado el profeta; y estando en cruz dos ladrones, sólo uno fué salvo».

B) *Dejad la pereza*

220 a) La pereza de los judíos

«Con razón se turbaba Herodes, como rey y como quien temía por sí y por sus hijos; pero Jerusalén ¿por qué?... Era que tenían el mismo sentir que en otro tiempo, cuando rechazaban a Dios, que les hacía beneficios, y mientras gozaban de tan grande libertad, recordaban las carnes de Egipto... Era natural que, discurriendo por lo presente, aunque nada supieran de lo más secreto y subli-

me, pensaran de este modo: Si nacido, así temen a nuestro rey, ¡cuánto más le temerán crecido ya, y qué obediencia le rendirán, y cómo gozará nuestra nación de mayor prestigio que las de los bárbaros! Pero nada de esto los anima; tanta era su pereza y juntamente su envidia, vicios que conviene exterminemos diligentemente de nuestras almas, para que quien ha de ponerse en este combate sea más ardiente que el fuego. Por eso decía también Cristo: *¡Fuego vine a lanzar sobre la tierra, y ojalá hubiese ya prendido!* (Lc. 12,49). Por eso también el Espíritu Santo aparece en forma de fuego.»

b) La pereza del cristiano 221

«Pero nosotros nos hemos quedado más fríos que ceniza y más muertos que los mismos muertos, y eso viendo como vemos a San Pablo volar sobre el cielo y los cielos de los cielos, y vencer y sobrepujar con más ímpetu que la misma llama todas las dificultades, lo de arriba y lo de abajo, lo presente y lo venidero, lo existente y lo por existir. Y si el ejemplo te parece superior a tus fuerzas —por más que ya eso es una excusa de pereza, pues, en efecto, ¿qué tuvo Pablo más que tú para que digas que te es imposible emularle?—, para no disputar, dejando a San Pablo, pensemos en los primeros fieles, que desecharon el dinero, las posesiones y todos los cuidados y solicitudes temporales y se entregaron completamente a Dios, atendiendo noche y día a la enseñanza de la palabra divina. Porque tal es la naturaleza del fuego espiritual; no permite tener afición alguna a las cosas de acá, sino que nos traslada a otro amor. Por eso, el que siente el amor de estas cosas, aunque sea necesario dejarlo todo, como mirar con risa y desprecio el placer y la gloria y entregar la misma vida, todo lo hace con suma facilidad. Porque el ardor de aquel fuego, penetrando en el alma, destierra toda pereza y da alas a aquel de quien se apodera, y así es que, despreciando ya todo lo visible, permanece en continua compunción derramando continuas fuentes de lágrimas y disfrutando así de gran placer. Pues nada hay que así enlace y una con Dios como semejantes lágrimas. Este tal, aunque habite en medio de las ciudades, vive como en soledad, cual si estuviera en montes y selvas sin ver a ninguno de los presentes, ni hastiarse jamás de semejante llanto, bien derrame lágrimas por sí mismo, bien por los pecados ajenos. Por eso, con preferencia a los otros llamó Dios bienaventurados a éstos, diciendo: *Bienaventurados los que lloran* (Mt. 5,5). Y como dice San Pablo: *Regocijaos siempre en el Señor* (Phil. 4,4), refiriéndose al placer que procede de estas lágrimas. Porque así como el regocijo según el mundo tiene por compañera de fortuna la tristeza, así las lágrimas, según Dios, germinan regocijo perpetuo e inmarcesible...

Si de este modo lloras también tú, serás imitador de tu Señor. Porque también El derramó lágrimas por Lázaro y por la ciudad

y se turbó por causa de Judas. Se le ve conmoverse muchas veces, mas reírse nunca, ni aun siquiera sonreírse suavemente, o por lo menos ninguno de los evangelistas lo dijo. También San Pablo se sabe que lloró de noche y día por espacio de tres años, como refirió él mismo y otros acerca de él, pero que se riera ni lo dijo él en parte alguna ni lo contó nadie».

C) *Los espectáculos*

222 a) La vida es un combate

«Por tanto, no pidas a Dios lo que recibes del demonio. Porque de Dios es dar un corazón contrito y humillado, vigilante, continente, refrenado, penitente y compungido. Estos son sus dones, ya que de ellos sobre todo necesitamos. En efecto, tenemos un combate terrible: contra las potestades invisibles es nuestra lucha, contra los espíritus de maldad nuestro certamen, contra los principados y las potestades nuestra guerra (Eph. 6,12), y ¡ojalá que, aunque con esfuerzo y vigilando y despiertos, podamos hacer frente a aquella terrible falange! Pero si nos reímos y holgamos y estamos mano sobre mano, aun antes del encuentro vendremos a tierra por nuestra dejadez. No dice, pues, bien a nosotros reírnos continuamente y vivir en la disolución y en los placeres, sino a los que viven del teatro... Porque Satanás es quien de semejante cosa hizo arte para relajar a los soldados de Cristo y debilitar el nervio de sus ánimos. Por eso edificó teatros en las ciudades, y ejercitando a aquellos payasos, por medio de su perdición lanza como rayo esta peste contra toda la ciudad; de todo lo cual nos mandó huir San Pablo, persuadiéndonos que evitemos las palabras tontas y chocarreras (Eph. 5,4). Lo peor de todo es ver lo que suele ser la ocasión de esta risa. Porque cuando cualquier payaso y bufón dice algo blasfemo o torpe, entonces es cuando muchos necios se ríen y se complacen, aplaudiéndoles, cuando debieran apedrearles...»

223 b) Los peligros de los espectáculos

«No me digas que aquello es pura ficción; esa ficción ha forjado muchos adúlteros y trastornado muchas familias. Y por eso más que nada gimo, porque ni aun siquiera os parece malo lo que sucede, sino que resuenan aplausos y clamoreo y risa desacompasada, mientras se comete tanto adulterio. ¿Qué dices? ¿Que es ficción lo que ocurre? Pues por eso mismo son aquéllos dignos de mil muertes, porque se proponen imitar lo que todas las leyes mandan evitar. Porque si la cosa es mala, también la representación lo es. Y no digo todavía cuántos adúlteros suscitan los que representan semejantes dramas de adulterio, cuán petulantes y desvergonzados hacen a sus espectadores. Nada hay más lascivo y petulante que los

ojos que tales cosas miran. Tú que ni en la calle, más aún, ni en casa consentirías ver a una mujer desnuda, antes a eso llamas afrenta, ¿subes al teatro para ultrajar la naturaleza de hombres y mujeres y llenar de oprobio tus ojos? No digas que aquélla es una mujer perdida; la misma naturaleza y el mismo cuerpo tienen la mujer honrada y la fornicaria. Si en ello no hay nada de irracional, ¿cómo es que si lo ves en la plaza te retiras y rechazas a la desvergonzada? ¿O es que cuando estamos separados, entonces eso es obsceno, y cuando todos reunidos y juntos, ya no es torpe y vergonzoso?»

D) *Exhortación*

a) Apartamiento de las cosas terrenas

224 «Acompañemos, pues, también nosotros a los Magos y apartémonos al mismo tiempo a gran distancia de las costumbres bárbaras, para poder ver a Cristo, pues tampoco a ellos, a no haberse alejado mucho de su región, le hubieran podido contemplar. Apartémonos de las cosas terrenales. Que los Magos, mientras estaban en Persia, veían la estrella, pero cuando salieron de allí, contemplaron el Sol de Justicia; más aún, ni aun la estrella hubieran visto, si no se hubiesen levantado con prontitud para la partida. Levantémonos, pues, también nosotros; aunque todos se alboroten, corramos nosotros a la casa del niño; aunque los reyes, aunque los pueblos, aunque los tiranos nos corten este camino, no se entibie ni relaje nuestro deseo. Así lograremos pasar por encima de todas las dificultades... Antes de ver al niño, por todas partes les asediaban temores, peligros y turbaciones; pero después de adorarle, todo era calma y seguridad; ya no es la estrella, sino un ángel el que los recibe... Abandona, pues, tú también al pueblo judío, a la ciudad perturbada, al tirano envidioso, a la mundana vanidad, y date prisa por ir a Belén, donde está la espiritual casa de pan. Aunque seas pastor, si aquí llegas, verás al niño en el albergue; aunque seas rey, si no te presentas, de nada te valdrá la púrpura; aunque seas mago, nada te estorbará serlo, con sólo que vayas a honrarle y adorarle, y no a pisotear al Hijo de Dios, si le adoras con temblor y con alegría, pues ambas cosas pueden ir juntas. Pero mira, no seas como Herodes y digas: *Para que yo también vaya a adorarle*, y una vez llegado, le quieras matar. *Reo será* ese tal, dice (el Apóstol), *del cuerpo y de la sangre del Señor* (1 Cor. 11,27). Pues tiene, dentro de sí, un tirano envidioso del reino de Cristo, y más injusto que Herodes, a saber, la avaricia. Quiere reinar y envía sus domésticos, que en la apariencia le adoren, mas al adorarle le degüellen.»

b) Nuestra ofrenda a Dios

225 «Temamos, pues, no sea que tengamos apariencia de siervos y adoradores, pero en las obras mostremos lo contrario. Y una vez que le hemos de adorar, arrojemos de las manos cuanto tenemos en

ellas. Si oro, ofrezcámoselo a El y no lo sepultemos, porque si aquellos bárbaros se lo ofrecieron para honrarle, ¡cuán rezagado te quedarás, si no das ni aun al que tiene necesidad! Si ellos recorrieron camino tan largo para verle nacido, ¿qué excusa tendrás tú, si no vas siquiera a un barrio para visitarle enfermo y encarcelado? Porque cuando están enfermos y encarcelados, solemos compadecernos aun de los enemigos, y tú, ¿no te compadeces ni aun de tu Bienhechor y Señor? Más aún, ellos ofrecieron oro; tú a duras penas das pan. Ellos vieron la estrella y se regocijaron; tú viendo al mismo Cristo peregrino y desnudo, no te doblegas. Porque, en efecto, ¿quién de vosotros, con haber recibido infinitos beneficios, hizo tan larga peregrinación como la de aquellos bárbaros, o mejor, más sabios que todos los sabios? ¿Qué digo tan largo viaje? Muchas de las mujeres son entre nosotros tan muelles, que ni siquiera un barrio quieren atravesar para verle espiritualmente en el pesebre, si no es llevadas en mulas. Y en cambio otros, que pueden andar, en vez de acudir al templo, prefieren la turba de los negocios mundanos o asistir a los espectáculos... Viendo a Cristo tendido en el pesebre, te das prisa para ver a las mujeres en la escena. ¿Qué rayos no merece tal conducta?»

226 c) AQUÍ ESTÁ LA FUENTE DE LA VIDA

«Porque, dime. Si alguno te prometiera introducirte en el palacio imperial y mostrarte al emperador sentado en su trono, ¿preferirías a esto ver el teatro? Y eso, a pesar de que lo primero no te proporcionaría ganancia alguna. En cambio, aquí de esta mesa brota una fuente espiritual de fuego, y tú, abandonándola, corres a los espectáculos para ver mujeres nadando en la escena y la naturaleza de la mujer expuesta a la ignominia, y en tanto dejas a Cristo sentado junto a la fuente. Pues que también ahora está sentado junto a la fuente, no hablando con la Samaritana, sino con toda la ciudad, aunque quizás también ahora habla solamente a la Samaritana, ya que ninguno está con El, sino algunos sólo con los cuerpos y otros ni aun con los cuerpos. Con todo, El no se retira, sino que permanece y nos pide de beber no agua, sino santidad, porque las cosas santas (el Santísimo Sacramento) se les da a los santos. Ni es agua lo que nos da esa fuente, sino su sangre viva, que con ser símbolo de muerte, es causa de vida. Mas tú, dejando la fuente de esta sangre y el cáliz sacratísimo, corres a la fuente diabólica para ver nadar a una perdida y hacer naufragar tu alma. Aquella agua es piélago de lujuria, que no sumerge los cuerpos, sino hace naufragar las almas. Ella va nadando desnuda, y tú, viéndola, te hundes en el abismo de la lascivia...»

227 d) VIDA SANTA

«—Bien, dices, y ¿qué nos mandas hacer? ¿Irnos a los montes y hacernos solitarios? —¡Eso es lo que me hace gemir, que penséis

que sólo a los solitarios les conviene el recato y la castidad, con ser así que Cristo puso estas leyes para todos! Porque cuando dice: *Si alguno mira a una mujer para desearla*, no se lo dice al solitario, sino al casado, pues el monte, en tal ocasión, estaba lleno de hombres casados... No mandó habitar las soledades y los montes, sino ser bueno, modesto y casto, viviendo en medio de la ciudad... De suerte, dice, que no os mando subir a las cumbres de las montañas, por más que bien lo quisiera, pues las ciudades imitan los vicios de Sodoma, mas con todo no os fuerzo a ello. Quédate con la posesión de tu casa, tus hijos y tu mujer, pero no afrentes a tu mujer, ni expongas al oprobio a tus hijos, ni metas en casa la peste de los espectáculos. ¿No oyes a San Pablo que dice: *El varón no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer* (1 Cor. 7,4), y establece leyes comunes a las dos partes? Pero tú, si la mujer va con frecuencia a la iglesia, te conviertes en pesado acusador, ¡y tú, que te pasas los días en los espectáculos, no te crees reprensible! De la castidad de tu esposa eres tan solícito, que llegas a ser superfluo y extremado, hasta para no permitirle las salidas necesarias, ¡y a ti te crees que todo es lícito! Pero no te lo permite San Pablo, que también a la mujer da la misma potestad, porque *el varón*, dice, *pague a su mujer el honor que le debe* (1 Cor. 7,3). Y ¿a qué se reduce ese honor, si en lo más principal la ultrajas, y entregas a las mujeres perdidas tu cuerpo, ya que tu cuerpo es también suyo..., si haces en la calle tales cosas, que al contarlas en casa avergüenzas a la mujer que te escucha, y sonrojas a la hija presente, y antes que a ellas a ti mismo? Pero, en fin, por ahora, para no ser más pesado, terminaré el discurso. Si perseveráis en lo mismo, afilaré más el acero, os abriré otra más profunda herida y no desistiré hasta que, disipado el teatro del diablo, purifique el concurso de la iglesia. De esta manera nos libraremos del oprobio presente, y lograremos el fruto de la vida venidera, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén»

II. SAN AGUSTIN

En la fiesta de la Epifanía

De los seis sermones que tiene San Agustín sobre la Epifanía, trasladamos los cuatro primeros, pues los dos últimos son mera repetición de los anteriores (PL 38,1026-1035).

A) Sermón primero

a) La luz de los pastores y la estrella de los Magos 228

«Hemos celebrado recientemente el día en que el Señor nació del pueblo judío; hoy celebramos aquel otro en que fué adorado por los gentiles, porque *la salvación viene de los judíos* (Io. 4,22),

pero esta *salvación se extiende hasta los fines de la tierra* (Is. 49,6); en aquel día le adoraron los pastores y hoy los Magos. A aquéllos se lo anunciaron los ángeles y a éstos una estrella. Los dos aprendieron del cielo, al ver al Rey del cielo en la tierra, qué era la gloria de Dios en las alturas y en la tierra la paz para los hombres de buena voluntad, porque *El es nuestra paz que hizo de los dos pueblos uno* (Eph. 2,14). Ese niño nacido y anunciado apareció como la piedra angular desde los primeros momentos de su nacimiento.

Ya ha comenzado a unir en sí mismo las dos opuestas paredes, atrayendo a los pastores de Judea y a los Magos del Oriente, *para hacer en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo y dando la paz, paz a los de lejos y paz a los de cerca* (Eph. 2,15-17). Por eso, llegando los unos desde cerca el mismo día del nacimiento y viniendo hoy los otros desde lejos, nos dejaron a la posteridad dos días festivos, y, sin embargo, no vieron ambos sino una sola, única luz del mundo» (*Serm.* 199,1: PL 38,1026).

229 b) La pregunta de los Magos

«Hoy nos corresponde hablar sólo de éstos, a los que la fe trajo a Cristo desde remotas tierras. Llegaron y comenzaron a preguntar: *¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarle* (Mt. 2,2). Anuncian y preguntan, creen y buscan, significando a todos los que caminan en la fe y desean la visión.

Pero ¿es que acaso no habían nacido ya en Judea muchos reyes de los judíos? ¿Qué es, pues, lo que estos extranjeros conocen en el cielo y buscan en la tierra, que brilla en lo alto y se esconde en la humildad? Ven los Magos una estrella en el Oriente y entienden que ha nacido un Rey en Judea. ¿Quién es este Rey tan pequeño y tan grande que todavía no habla en la tierra y ya fulmina sus edictos en el cielo?

Por nosotros, y porque quiso que aprendiésemos en sus Escrituras santas, ha hecho que esos Magos a quienes había dado una señal tan clara en el cielo y a cuyos corazones había revelado su nacimiento en Judea tuvieran, sin embargo, que recurrir a sus profetas, a los príncipes de los judíos y preguntar en qué ciudad había nacido Aquel a quien deseaban ver y adorar, para que los judíos, que llevaban la Sagrada Escritura en los labios y no en el corazón, se viesen forzados a dar razón de la fe a los fieles, a pesar de ser ellos infieles, y siendo mentirosos de suyo, tuviesen que decir la verdad contra sí mismos».

230 c) La conducta de los Magos y la actitud de los judíos

«¡Cuánto mejor hubiera sido que acompañasen a los que preguntaban por Cristo apenas oyeron que deseaban adorarle por haber visto una estrella! ¡Cuánto mejor que, conduciéndoles a

ese Belén que ellos mismos indicaron según los libros divinos, le hubieran visto juntos, le hubieran conocido juntos y juntos le hubieran adorado! Sin embargo, enseñaron a otros la fuente de la vida y ellos murieron de sed. Se parecen a las piedras miliarias que muestran el camino a los viandantes y ellas se quedan inmóviles.

Los Magos buscaban para encontrar, Herodes buscaba para matar; los judíos leían la ciudad del nacimiento y no entendían el tiempo de la venida. Y así, entre el piadoso amor de los Magos y el cruel temor de Herodes, ellos fueron unos necios limitándose a señalar a Belén, dispuestos a negar al Cristo que había nacido allí, no ahora que se le buscaba, sino después cuando se le podía ver; dispuestos a matarle, no ahora niño sin habla, sino más tarde cuando hablase. ¡Oh! Mil veces más feliz la ignorancia de aquellos niños a los que el miedoso Herodes persiguió que la ciencia de éstos, a quienes consultó cuando se vió perturbado. Los pequeñuelos pudieron padecer por un Cristo a quien no eran capaces de confesar; los judíos, capaces de enseñar, no siguieron la verdad de cuyo nacimiento pudieron conocer la ciudad» (cf. o.c.: 1,1027).

B) Sermón segundo

a) Jesús, adorado por los Magos y temido por los impíos 231

«Vinieron los Magos desde el Oriente para adorar al nacido de una virgen... Ellos fueron las primicias de los gentiles y nosotros el pueblo de las gentes. A nosotros nos lo ha enseñado la palabra de los apóstoles; a ellos, una estrella como palabra de los cielos.

¡Qué gran misterio! Yacía entonces en un pesebre y conducía, sin embargo, a los Magos desde el Oriente. Se escondía en un establo y era conocido en el cielo, y por ser conocido en el cielo se manifiesta en un establo y es llamado este día Epifanía, que en latín quiere decir manifestación, indicando a la vez su excelsitud y su humildad, porque el que se mostraba en el cielo abierto con señales de estrella había de ser encontrado a fuerza de buscarle en una estrecha posada, y el que no podía valerse con sus miembros infantiles, envueltos entre pañales, es adorado por los Magos y temido por los impíos» (cf. *Serm.* 200,1: PL 38,1028).

«Temió el rey Herodes cuando los Magos anunciaban y buscaban al Niño que supieron nacido por el testimonio del cielo. ¿Qué será ese Juez, sentado en el tribunal, si así espanta a los reyes desde la cuna de un niño? ¡Oh! Y con cuánta más razón los reyes de ahora no le buscan para matarle como Herodes, sino que se complacen como los Magos en adorarle, sobre todo después que sufrió de parte de los enemigos y por los mismos enemigos esa muerte que el malvado rey quería infligirle y de haberla sentado muriendo él mismo. Temen piadosamente los reyes al que está sentado a la diestra del Padre, a ese a quien el rey impío temió cuando todavía

se alimentaba de los pechos de su madre. Oigan lo que está escrito: *Ahora, pues, ¡oh reyes!, obrad prudentemente, dejaos persuadir, rectores de la tierra. Servid a Dios con temor, servidle con temblor* (Ps. 2,10-11)».

232 b) La estrella de los Magos, testimonio contra los impíos

«Ese Rey vengador de los reyes impíos y gobernante de los piadosos no nació como los soberanos de este mundo, porque en realidad su reino no es de este siglo. Al nacer, su nobleza consiste en la virginidad de su Madre, y la nobleza de su Madre en la divinidad del Hijo» (cf. o.c.: 2,1029).

«Pero lo que no debemos omitir es que la luz de los Magos se convirtió en testimonio magnífico de la ceguera de Israel. Los Magos buscaban en tierra judía al que los judíos no conocían en la suya. Guiándose de los judíos consiguieron encontrar al Niño que ellos después negaron cuando les enseñaba en su mismo país. Estos peregrinos, venidos de tan lejos, adoraron a Cristo Niño, que todavía no hablaba, en los mismos territorios en los que sus ciudadanos le crucificaron cuando de joven obraba milagros. Los unos conocieron a Dios en un cuerpo niño; los otros no fueron capaces de perdonar ni siquiera a un hombre en sus grandes obras, como si fuese más ver una estrella nueva que brillaba en su nacimiento que contemplar al sol que lloraba en su muerte».

La estrella que pudo guiarlos hasta Belén se ocultó en Jerusalén, forzándoles a preguntar a los judíos, los cuales, de esta forma, han venido a darnos testimonio de Cristo. «Porque cuando presentamos las viejas profecías sobre Cristo, comprobadas abiertamente por los sucesos, pudiera ocurrir que los paganos a quienes queremos conquistar nos opusieran que han sido escritas, no antes, sino después de los hechos, para que así lo que es historia pasase por profecía escrita por nosotros» (cf. o.c.: 3,1029).

233 c) La vocación del cristiano

«Así, pues, carísimos hijos y herederos de la gracia, ved cuál sea vuestra vocación y uníos con amor perseverantísimo a ese Cristo que se ha manifestado como piedra angular a los judíos y a los gentiles. Desde los primeros días de su infancia se manifestó a los que estaban cerca y a los que estaban lejos; a los que estaban cerca en los pastores hebreos, y a los que estaban lejos en los Magos gentiles. A los unos el mismo día que nació, a los otros hoy. Manifestóse, pues, a los que no eran doctos y a los que no eran justos, porque entre los pastores descuella su ignorancia y rusticidad, y en los Magos su impiedad sacrílega. Para unos y otros se mostró como piedra angular el que había venido para elegir los necios del mundo y confundir así a los sabios (1 Cor. 1,27); el que había venido, no a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mt. 9,13), para

que ningún grande se ensoberbezca ni ningún pequeño desespere. Esta es la razón por la que los escribas y fariseos, que se juzgaban grandemente doctos y grandemente justos, que pudieron recitar las palabras proféticas y mostrar con ellas la ciudad del nacimiento, lo rechazaran, sin embargo, al construir el edificio. Mas como era la piedra angular, cumplió padeciendo lo que mostró al nacer» (cf. o.c.: 4,1030).

C) *Sermón tercero*

a) La obediencia de los Magos y el escepticismo de Pilato 234

Descrita la historia de la llegada a Jerusalén de los Magos (*Serm.* 201,1: PL 38,1031), continúa el Santo diciendo: «También Pilato percibió algún soplo de la verdad cuando escribió en su pasión aquel título de Rey de los judíos, al que éstos, mentirosos, quisieron enmendar y a quienes hubo de contestar: *Lo que escribí, está escrito* (Io. 19,22).

Meditemos estos grandes y admirables misterios. Los Magos vienen de la gentilidad, y Pilato también era gentil. Aquéllos vieron la estrella en el cielo y éste escribió su título en un madero, pero ni los unos le llamaron ni el otro le conoció como Rey de los gentiles, sino de los judíos. Y el caso es que los judíos ni siguieron la estrella ni admitieron el título. Ya comenzaba a ocurrir lo que después dirá el Señor: que *muchos han de venir del Oriente y del Occidente a sentarse con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino irán a las tinieblas exteriores* (Mt. 8, 11-12). Porque los Magos vinieron de Oriente y Pilato de Occidente... para sentarse en el reino de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob, de quienes eran descendientes los judíos y a quienes se injertaban por la fe aquellos gentiles que no habían nacido de ellos según la carne, mostrándose ya como el acebuche que se injerta en el olivo, según hablaba el Apóstol (Rom. 11,24).

Por eso los gentiles buscaban y conocían al Rey de los judíos, no de los gentiles, porque es el acebuche el que viene al olivo y no viceversa. Sin embargo, las ramas que habían de talarse, esto es, los judíos infieles, contestaron a la pregunta de los Magos sobre el lugar del nacimiento de Cristo, diciéndoles que en Belén de Judá, y se levantaban pertinacísimos contra Pilato cuando les echaba en cara que quisieran crucificar a su Rey» (cf. o.c.: 2,1031).

b) La manifestación de Cristo en este día 235

«Pero sobre el testimonio que dió Pilato con su inscripción, en la que se leía que Cristo era Rey de los judíos, hablaremos en otra oportunidad, a saber, en el tiempo de la Pasión. Ahora hemos de predicar sobre la manifestación de Cristo en este día..., porque

también es agradable considerar cómo los judíos contestaron a la pregunta de los Magos sobre el lugar del nacimiento de Cristo diciéndoles que en Belén de Judá, y, sin embargo, no fueron ellos, sino que cuando se hubieron marchado volvió la estrella a guiar a los Magos hacia el lugar en donde estaba el Niño, haciéndonos ver con esto que también hubiera podido mostrarles el pueblo, pero que quiso ocultarse un tanto para que preguntasen a los judíos.

En efecto, éstos fueron interrogados para enseñarnos que ellos conservan el testimonio divino, no para su salud y conocimiento, sino en beneficio de los gentiles. Por esa misma razón ese pueblo ha sido expulsado de su reino y disperso por el mundo entero, para que se vean obligados a ser en todas partes los testigos de la fe, de la que son enemigos. Perdidos su templo, los sacrificios, los sacerdotes, su misma tierra, guardan su raza y su nombre en unas pocas y antiguas ceremonias, para que de este modo no desaparezcan mezclados con las gentes y se pierda el testimonio de la verdad. Son como Caín cuando fué señalado para que ninguno le matase» (cf. o.c.3,: 1032).

D) La imitación de los Magos

Con el número 139 figura en Migne, entre los dudosos, un sermón que en ocasiones ha sido atribuído a San Ambrosio con el número 12 y otras veces a San Cesáreo de Arlés, como homilía 16.

236 a) Imitemos a los Magos

«Imitad a estos Magos y venid siempre a la iglesia con el mismo deseo y afán que ellos vinieron de tierras lejanas a adorar a Cristo.

Ofrecieron dones preciosos, ofrecedle vosotros vuestra alma. Vuestros dones serán razonables si le ofrecéis la fe, esperanza, caridad, penitencia, humildad y castidad, esto es, si os ofrecéis vosotros mismos, porque Dios estima más este don que el de vuestras riquezas. Muchos son los que dan limosnas, y, sin embargo, no dejan de pecar; ofrecen sus dones a Dios y a sí mismos se ofrecen al demonio. Dios no quiere entrar a la parte con el diablo (2 Cor. 6,15). Por lo tanto, alejad de vosotros, con la ayuda de Dios, lo mismo el robo que la lujuria, el odio que la soberbia y cualquier cosa que fuere mala, para que vuestro Creador os posea por entero.

Meditad por qué Herodes buscó a Cristo y no lo encontró, a saber, porque le buscó mal. También vosotros buscaréis a Cristo si obráis el bien por la alabanza humana. Cuidad no sea que buscando cosas semejantes no le encontréis a El y os perdáis a vosotros.

Los Magos cuando se acercaron a Herodes perdieron la estrella; también vosotros si os acercaseis al diablo pecando deja-

ríais de gozar la luz espiritual, a no ser que abandonéis el mal de nuevo por medio de la confesión y la penitencia. No vayáis a Herodes, porque es mejor precaver el pecado que enmendarlo; pero si, aconsejados por el diablo, hubieseis pecado, cuando os separéis de él con la ayuda de Dios por la penitencia volveréis a recibir la gracia perdida, del mismo modo que los Magos, una vez que se hubieron separado de Herodes, merecieron ver la estrella que habían perdido».

b) Los obsequios de los Magos 237

«Se dice que los Magos eran tres y tres eran sus dones, oro, incienso y mirra, porque reconocieron al verdadero Dios, Rey y hombre en carne mortal. También vosotros, hermanos, ofrecedle el oro de la sabiduría celestial, el incienso de la oración limpia y la mirra de la perfecta mortificación.

Se volvieron a su tierra... Esta vida es una peregrinación, y el paraíso vuestra patria. Y ya que es necedad inmensa preferir el destierro a la patria, despreciad vosotros esta vida incierta y miserable para que podáis llegar a la felicidad certísima de la patria celestial. Para eso vino el Hijo de Dios del cielo a la tierra, para que vosotros, siguiendo su ejemplo, podáis subir de la tierra al cielo. Concédaoslo Aquel cuyo reino e imperio permanece sin fin por los siglos de los siglos».

III. SAN GREGORIO MAGNO

La estrella y la ofrenda

(Cf. *Homil.* 10 *in Evang.*: PL 76,1108 ss.)

A) La estrella 238

«Habéis oído, hermanos carísimos, en la lectura del Evangelio de este día, que, habiendo nacido el Rey del cielo se turbó el rey de la tierra, porque la grandeza de este mundo se anonada en el momento en que aparece la majestad del cielo. Mas se nos ocurre preguntar: ¿Qué razones hubo para que, inmediatamente que nació nuestro Redentor, fuera anunciado por los ángeles a los pastores de Judea y, en cambio, a los magos de Oriente les llamara una estrella y no un ángel para que fuesen a adorarle? Porque a los judíos, como a criaturas que usaban de su razón, debía anunciarles esta nueva un ser racional, esto es, un ángel; los gentiles, por el contrario, que no sabían hacer uso de su razón, habían de ser guiados al conocimiento de Dios, no por medio de palabras, sino

de señales. De aquí que dijera San Pablo: *Las profecías fueron dadas a los fieles, no a los infieles; las señales* (milagros), *a los infieles, no a los fieles* (1 Cor. 14,22); porque a aquéllos se les han dado las profecías como fieles, no a los infieles, y a éstos se les han dado las señales como infieles, no a los fieles...

Debemos considerar en todos estos milagros que siguieron al nacimiento y a la muerte del Señor cuánta debió ser la dureza de corazón de algunos judíos que no llegaron a conocerle ni por el don de profecía ni por los milagros. Todos los elementos han dado testimonio de que ha venido su Autor. Porque en cierto modo los cielos le reconocieron como Dios, pues inmediatamente que nació lo manifestaron por medio de una estrella. El mar le reconoció sosteniéndole en sus olas, y la tierra y el sol al ocurrir su muerte, estremeciéndose aquélla y ocultando éste el resplandor de sus rayos; le conocieron los peñascos y los muros rompiéndose cuando se rompía su vida, y el infierno restituyendo los muertos que conservaba en su poder. Y Aquel cuya divinidad proclamaban todos los elementos insensibles, no es reconocido por los corazones de los judíos infieles, que, más duros que los mismos peñascos, no quieren romperse por la penitencia y rehusan confesar al que los elementos, con sus señales, declaran como Dios».

239 ## *B) La ofrenda*

«Inmediatamente que supo Herodes el nacimiento de nuestro Rey recurre a la astucia con el fin de no ser privado de su reino terreno... Mas ¿qué vale la malicia de los hombres contra los designios de Dios? Escrito está: *No hay sabiduría, ni prudencia, ni consejo contra el Señor* (Prov. 21,30). Así la estrella que apareciera, guía a los Magos, hallan al Rey recién nacido, ofrécenle sus dones y son avisados en sueños para que no vuelvan a Herodes, por lo cual éste no pudo encontrar a Jesús, a quien buscaba. ¿Quiénes están representados en la persona de Herodes sino los hipócritas, aquellos que pareciendo buscar al Señor con sus obras nunca merecen hallarle?

Los Magos ofrecen oro, incienso y mirra; el oro conviene al rey; el incienso se usaba en los sacrificios ofrecidos a Dios; con la mirra eran embalsamados los cuerpos de los difuntos. Por consiguiente, con sus ofrendas místicas predican los Magos, al que adoran con el oro, como rey; con el incienso, como Dios; con la mirra, como hombre mortal... Ofrezcamos nosotros oro al Señor recién nacido, confesando que reina en todas partes; ofrezcámosle incienso, creyendo que Aquel que se dignó aparecer en el tiempo era Dios antes de todos los siglos; ofrezcámosle mirra, afirmando que si es impasible en su divinidad, también fué mortal por haber tomado nuestra carne.

240 El oro, incienso y mirra pueden tener también otro significado.

Con el oro se designa la sabiduría, según Salomón, el cual dice: *Un tesoro codiciable descansa en la boca del sabio* (Prov. 21,20). Con el incienso que se quema en honor de Dios se expresa la virtud de la oración, según el Salmista: *Dirijase mi oración a tu presencia a la manera que el incienso* (Ps. 140,2). Por la mirra se representa la mortificación de nuestra carne; de aquí que la santa Iglesia diga de los operarios que trabajan por Dios hasta la muerte: *Mis manos destilaron mirra* (Cant. 5,5). Por consiguiente, ofrecemos oro a nuestro Rey recién nacido si resplandecemos en su presencia con la claridad de la sabiduría celestial. Le ofrecemos incienso si consumimos los pensamientos carnales por medio de la oración en el ara de nuestro corazón, haciendo llegar hasta El el suave aroma que exhalan los deseos celestiales. Le ofrecemos mirra si mortificamos los vicios de la carne con ayuda de la abstinencia. La mirra, como hemos dicho, es un preservativo contra la putrefacción de la carne muerta. Esta putrefacción significa la sumisión de nuestro cuerpo mortal al ardor de la impureza, como dice el Profeta de algunos: *Pudriéronse los jumentos en su estiércol* (Ioel 1,17). El entrar en putrefacción los jumentos en su estiércol significa terminar los hombres su vida en el hedor de la lujuria. Por consiguiente, ofrecemos la mirra a Dios cuando preservamos nuestro cuerpo mortal de la podredumbre de la impureza por medio de la continencia».

C) La vuelta 241

«Al volver los Magos a su país por otro camino distinto del que trajeron nos manifiestan una cosa que es de suma importancia. Poniendo por obra la advertencia que recibieron en sueños nos indican qué es lo que nosotros debemos hacer. Nuestra patria es el paraíso, al que no podemos llegar, una vez conocido Jesús, por el mismo camino que recorrimos para venir. Nos hemos separado de nuestra patria por la soberbia, por la desobediencia, siguiendo el señuelo de las cosas terrenas y gustando el manjar prohibido; es necesario que volvamos a ella, llorando, obedeciendo, despreciando las cosas terrenas y refrenando los apetitos de nuestra carne. Por consiguiente, retornemos a nuestra patria por un camino muy distinto, porque si las delicias de la carne nos han separado de los goces del paraíso, hemos de volver a ellos por medio de nuestros lamentos.

De aquí que sea necesario, hermanos carísimos, que con mucho 242
temor y temblor tengamos siempre presente, por una parte, las culpas de nuestras obras, y por otra, el riguroso juicio a que se nos ha de someter. Pensemos en la severidad con que ha de venir el justo juez, oculto ahora a nuestra vista, a tomarnos estrechísima cuenta, ese juez que amenaza con graves castigos a los pecadores y, no obstante, todavía los espera y está dilatando su segunda venida para encontrar menos a quienes condenar. Castiguemos con

el llanto nuestras culpas y prevengamos su presencia por medio de la confesión, poniendo por obra lo que dice el Salmista (Ps. 94,2). No nos dejemos engañar por fugaces placeres, ni tampoco nos dejemos seducir por vanas alegrías. No tardaremos en ver al juez que dijo: *¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!* (Lc. 6,25). Por eso exclamaba Salomón: *La risa será mezclada con el dolor, y el fin de los goces será ocupado por el llanto* (Prov. 14,13). Y en otro lugar: *He considerado la risa como un error, y he dicho al gozo: ¿por qué engañas en vano?* (Eccles. 2,2). Y en otra parte vuelve a decir: *El corazón de los sabios está donde hay tristeza, y el corazón de los necios donde reina la alegría* (ibid., 75). Temamos mucho los preceptos de Dios si queremos celebrar su fiesta con sinceridad, porque es un sacrificio muy grato a sus ojos la aflicción por los pecados, como dice el Salmista: *Es un sacrificio a Dios el espíritu atribulado* (Ps. 50,19).

Nuestros pecados antiguos quedaron borrados al recibir el bautismo, pero como después hemos cometido muchísimos más, bauticemos nuestra conciencia con lágrimas, ya que la hemos manchado nuevamente y no podemos lavarnos otra vez con aquel agua. Así, marchando por distinto camino del que anduvimos cuando nos atraían los bienes terrenales, volvamos a nuestra patria llenos de amargura por los males obrados y confiando en el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo», etc.

IV. SAN LEON MAGNO

Fe de los Magos y malicia de Herodes

A) Epifanía del Señor

Cristo, apenas nacido, anuncia a todos su nacimiento. En vano Herodes maquina contra Cristo. Los Magos declaran con dones su fe. Maliciosamente Herodes ordena la muerte de los Inocentes. Virtudes que hemos de imitar en Cristo. Léese en el Breviario, en la feria IV infraoctava (cf. *Serm.* 31, 1.º de Epifanía, en ediciones Aspas, S. A., trad. de don Casimiro Sánchez Aliseda, p.57).

243 a) MANIFESTACIÓN DEL SALVADOR

«Habiendo celebrado poco ha el día en que la Virgen Inmaculada dió al mundo el Salvador del género humano, la festividad de la Epifanía, tan digna de veneración, nos da ocasión de seguir gozando, para que, juntándose los misterios de estas solemnidades santísimas, no se entibie ni el vigor de nuestra alegría ni el fervor de la fe. Convenía a la salvación de la humanidad que la infancia del mediador entre Dios y los hombres se manifestase al mundo entero cuando aún se hallaba encerrada en una pequeña aldea. Aun-

que había elegido al pueblo de Israel y una familia determinada para de ella tomar la humana naturaleza, no quiso, sin embargo, que las primicias de su nacimiento estuviesen ocultas en las angosturas de la aldea en que había nacido, sino que, como nacido para todos, a todos quiso comunicar la noticia de su nacimiento. Así, una estrella de resplandor desusado se apareció a los tres Magos en la región de Oriente, la cual, distinguiéndose por su hermosura de las otras, fácilmente arrastró tras sí los ojos y almas de los que la miraban, para mostrar que no podía carecer de significación una cosa tan maravillosa. El mismo que dió tal señal iluminó la inteligencia de los que la contemplaban y animó a su búsqueda y se ofreció finalmente a ser hallado.

Tres hombres se animan a seguir la trayectoria de esta estrella sobrenatural. Fija la mirada en el astro que les precede y siguiendo la ruta que les indica, son conducidos al conocimiento de la verdad por el resplandor de la gracia. Ellos pensaron conforme al sentido humano que debían buscar al Rey recién nacido en una ciudad real. Mas el que había tomado la forma de siervo y no había venido a juzgar, sino a ser juzgado, eligió a Belén para su nacimiento y a Jerusalén para su pasión.»

b) El temor de Herodes 244

«Al oír Herodes que había nacido el Rey de los judíos, sospechando fuera su sucesor, se estremece, y, mientras maquina la muerte del autor de la vida, promete un falso homenaje. ¡Cuánto más feliz hubiera sido de haber imitado la fe de los Magos, dirigiendo hacia la religión lo que tramaba con engaños! ¡Oh ciega maldad de la necia envidia, que te figuras podrás trastornar con tu vesania los planes divinos! El Señor del mundo no quiere los reinos terrenos cuando ofrece los eternos. ¿Por qué te empeñas en trastocar el orden inmutable de las cosas, cometiendo tú el crimen que otros realizarán? La muerte de Cristo no corresponde a tu época. Primero hay que fundar el Evangelio, primero hay que predicar el reino de Dios, primero hay que realizar las curaciones y ejecutar los milagros. ¿Por qué lo que será obra ajena te empeñas tú en convertirlo en crimen propio? Nada consigues con tales maquinaciones; nada adelantas. Quien nació por su propia voluntad, morirá cuando le plazca.»

c) La adoración de los Magos 245

«Cumplan plenamente los Magos su deseo y guiándoles la misma estrella lleguen hasta el Niño y Señor Jesucristo. Adoran en carne mortal al Verbo de Dios, en la infancia la sabiduría, en la debilidad la fortaleza y en la realidad de hombre al Señor de la Majestad, y, para manifestar los secretos de su fe y convicción, lo que creen de corazón lo demuestran con ofrendas. El incienso,

como a Dios; la mirra, como a hombre, y el oro se lo ofrecen como a rey, para así venerar sabiamente la unión de la humana y divina naturaleza, pues lo que era peculiar de cada substancia no era diverso por su poder...

Levantad, pues, dilectísimos, vuestros santos afectos a la gracia resplandeciente del hombre celestial, y venerando los misterios realizados para la salvación humana, someted vuestros deseos a tan altas realidades. Amad la pureza de la castidad, pues Cristo es flor de la virginidad. *Absteneos de los deseos carnales, que luchan contra el espíritu* (1 Petr. 2,11), conforme acaba de exhortarnos el santo Apóstol con las palabras que acabamos de leer. *Sed niños en la malicia* (1 Cor. 14,20), porque el Señor de la gloria se acomodó a la infancia de los mortales. Tratad de alcanzar la humildad, que el Hijo de Dios se dignó enseñar a sus discípulos: Revestíos de la virtud de la paciencia, con la cual podáis comprar vuestras almas, puesto que quien sirvió de redención a todos, es también fortaleza de todos. *Gustad las cosas de arriba y no las de esta tierra* (Col. 3,2). Caminad constantemente por la vía de la verdad y de la vida, y no os entorpezcan los bienes terrenos cuando tenéis preparados los celestiales; por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

B) Nuestro llamamiento

Suprimimos un párrafo sobre la dureza judía por figurar sus ideas en San Agustín (cf. *Serm.* 32, 2.º de Epif., en o.c., p.61 ss.).

246 a) GLORIA DE DIOS Y VOZ DE LA VERDAD

«*Regocijaos en el Señor,* carísimos, *de nuevo os lo digo, regocijaos* (Phil. 4,4), porque en tan breve espacio de tiempo, después de la solemnidad del nacimiento de Cristo, ha brillado la fiesta de su declaración, y al que en aquel día parió una virgen, hoy el mundo le ha reconocido. El Verbo hecho carne, de tal manera dispuso los principios de su aparición entre nosotros, que naciendo Jesús, al momento se manifestó a los creyentes y se ocultó a sus perseguidores. Por lo mismo, ya desde entonces los cielos publicaron la gloria de Dios, y por toda la tierra se extendió la voz de su verdad, cuando por una parte el ejército de los ángeles se aparecía a los pastores, anunciándoles el nacimiento del Salvador, y por otra, una estrella precedía a los Magos para que le adorasen. De este modo, desde el levante al ocaso, brilló el nacimiento del verdadero Rey cuando los mismos reinos del Oriente supieron por medio de los Magos la verdad de tales cosas y no quedó oculto al Imperio romano. Hasta la crueldad de Herodes, pretendiendo ahogar en su nacimiento al Rey que le infundía sospechas, contribuía, sin darse él cuenta, a esta manifestación, para que, mientras estaba ocupado en crimen tan atroz y perseguía deshacerse de aquel Niño con la matanza

general de los Inocentes, la fama más ilustre publicaba el nacimiento del Rey por medio de una estrella, contribuyendo a la pronta y rápida difusión, tanto la prodigiosa e inusitada señal del cielo como la cruel impiedad del perseguidor. Entonces es cuando fué llevado el Salvador a Egipto, con objeto de que aquellos pueblos entregados a los antiguos errores recibieran, mediante oculta gracia, el llamamiento de la salvación, y los que aún no habían arrojado de sus inteligencias la idolatría tuviesen al menos la dicha de hospedar entre ellos la Verdad.»

b) Grandeza de esta fiesta 247

«Con razón, amados hermanos, este día consagrado con la Epifanía del Señor alcanzó en todo el mundo peculiar dignidad, que en nuestros corazones debe brillar con resplandor adecuado, para que veneremos el orden de los acontecimientos, no sólo creyendo, sino también entendiendo. Cuántas gracias debemos dar al Señor por su manifestación a los gentiles, lo prueba la obcecación de los judíos. ¿Se puede concebir mayor ceguera y mayor odio a la luz que el manifestado por los sacerdotes y los escribas de los israelitas?... No quisieron reconocer con sus ojos al que habían señalado, según los sagrados libros, para que, a quien no adoraban humilde en la debilidad de la infancia, después le crucificasen resplandeciente por la sublimidad de sus milagros...»

c) Los Magos, primicias de nuestra fe 248

«Reconozcamos, pues, ¡oh carísimos!, en los Magos adoradores de Cristo las primicias de nuestra fe y vocación, y con ánimo exultante celebremos los acontecimientos de nuestra esperanza. Desde aquel momento empezamos a penetrar en la herencia eterna; desde entonces se nos abrieron los secretos de las Escrituras que nos hablan de Cristo, y la verdad, que no quiso recibir la obcecación de los judíos, desparramó por todas las naciones su luz. Sea honrado por nosotros el día sacratísimo en que apareció el autor de nuestra salvación, y al que los Magos veneraron como Niño en una cuna, nosotros adorémosle como omnipotente en los cielos. Y como ellos ofrecieron al Señor de sus tesoros místicas especies de dones, así nosotros presentemos ofrendas dignas de Dios, sacadas de nuestros corazones. Aunque El es el dador de todos los bienes, con todo, busca también el fruto de nuestra buena voluntad; puesto que el reino de los cielos no llega para los que duermen, sino para los que se encuentran vigilando y trabajando en los mandatos divinos, tanto que si nosotros mismos no inutilizamos los dones divinos, por medio de aquellas mismas cosas que nos da, mereceremos recibir lo que prometió. Por lo tanto, exhortamos a vuestra caridad, que absteniéndoos de toda obra mala, las cosas que son justas y castas, ésas persigáis. Los hijos de la luz deben arrojar las obras de las tinieblas.

Así, pues, dejad los odios, aborreced las mentiras, destruíd la soberbia, con la humildad, amad la liberalidad; es justo que los miembros estén de acuerdo con su cabeza, para que merezcamos ser participantes de la felicidad prometida, por medio de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

C) *Humanidad y divinidad*

Cf. *Serm.* 34, 4.º de Epif., o.c., p.66 ss. Léese en el Breviario el día séptimo de la octava. Se dirige contra los maniqueos que negaban la humanidad de Cristo. Seleccionamos sólo dos párrafos tradicionales en la predicación y en la teología.

249 a) La perfecta sabiduría

«Conducidos, finalmente, los Magos a Belén gracias a la estrella que les precedía, como dice el evangelista, *se alegraron grandemente con alegría bien cumplida, y entrando en la casa, hallaron al Niño con María su Madre, y postrados en tierra le adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron oro, incienso y mirra* (Mt. 2,12). ¡Oh admirable fe de la perfecta sabiduría, instruída no por medio de la humana ciencia, sino por el Espíritu Santo! ¿De dónde dedujeron estos varones que debían ofrecerle presentes, si cuando salieron de su patria todavía no habían visto a Jesús, ni habían encontrado nada a su vista que venerar razonablemente, sino que la esplendorosa irradiación de la verdad les iluminaba los corazones, mejor que la belleza de la estrella, vista por sus ojos, y así antes de ponerse en camino comprendieron que les anunciaba a aquel a quien se debe honor de rey, representado en el oro, veneración de Dios, significada en el incienso, y de quien debemos creer que es mortal, conforme indica la mirra? Y estas cosas, que pertenecen a la luz de la fe, pudieron ellos muy bien entenderlas y creerlas hasta el punto de no necesitar ver con los ojos corporales lo que habían visto plenamente con los ojos del alma. Pero su diligente perseverancia en no cejar hasta encontrar al Niño aprovechaba a los hombres de tiempos futuros y a los de nuestra época, para que así como nos fué muy provechoso que después de la resurrección del Señor las manos del apóstol Santo Tomás palpasen las llagas de Cristo en su misma carne, también lo ha sido ahora que su infancia fuera atestiguada por los Magos. Vinieron, pues, y adoraron los Magos a un niño de la tribu de Judá, *de la familia de David, según la carne, nacido de mujer y sujeto a la ley* (Rom. 1,3), la cual no había venido a derogar, sino a cumplir. Vieron y adoraron a un niño, pequeño exteriormente y en todo semejante a los demás hombres en sus primeros años. Porque del mismo modo que eran fidedignos los testimonios que nos declaraban que en El había majestad de la divinidad invisible, también debía der verdadero el que el Verbo se hizo carne y que la esencia sempiterna del Hijo de Dios había tomado realmente la

naturaleza humana, para que ni los inefables portentos y milagros que habrían de seguir, ni los sufrimientos y suplicios que debería padecer, perturbasen el misterio de nuestra fe, a causa de tanta diversidad de cosas, máxime teniendo en cuenta que nadie puede justificarse plenamente, sino el que confiesa que el Señor Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre...»

b) La encarnación, muestra del poder de Dios 250

«Quieren demostrar que es cosa indigna la creencia de que un Dios e Hijo de Dios pueda encerrarse en las entrañas de una mujer y que la majestad de Dios haya pasado por la humillación de que, mezclado con la naturaleza carnal, naciera realmente con un cuerpo de hombre, siendo así que todo esto no es para El (para Dios) una afrenta, sino una muestra de su poder, y no se debe creer que fuera para El una deshonra, sino gloriosa condescendencia. Si aun esta misma luz visible no se corrompe por causa de las inmundicias que alumbra, ni contamina el esplendor de los rayos del sol, que todos bien sabemos se trata de corporal criatura, los lugares sucios y cenagosos que ilumina, ¿qué pudo, pues, ensuciar a la esencia aquella de luz sempiterna e incorpórea? La cual, uniéndose a la misma criatura que había formado a su imagen, la purificó y no recibió de ella mancha y curó las llagas de su enfermedad de modo que ella no sufriese merma en su virtud. Este es el gran misterio de la divina misericordia que nos ha sido anunciado por todos los testimonios de las santas Escrituras».

D) La infancia espiritual

El ejemplo de la infancia de Cristo es norma para la vida del cristiano (cf. *Serm.* 37, 7.º de Epif., en o.c., p.76 ss.). Léese en el Breviario el día de Santa Teresita del Niño Jesús, elección muy oportuna, por haber sido la Santa la propugnadora del camino de la infancia espiritual.

a) El ejemplo del Salvador 251

«El recuerdo de los hechos del Salvador del género humano nos produce, ¡oh dilectísimos!, gran utilidad, si nos proponemos imitar lo que creemos. En la ordenación de los misterios de Cristo las virtudes son gracias e incitamientos las enseñanzas, para que imitemos también con el ejemplo de las obras al que confesamos con espíritu de fe... Un niño de cuerpo pequeño es el Señor y Rector del mundo, y el que se recoge en el regazo de una virgen no puede ser encerrado dentro de límites. Mas aquí precisamente está la curación de nuestras heridas y la manera de levantarnos de nuestra postración; porque de no haberse juntado en uno solo tanta diversidad, no podría haberse reconciliado con Dios la humana naturaleza.

Nuestro remedio está en seguir la ley de la vida, que si es norma de las costumbres, es también medicina para los muertos. Y no sin razón cuando los tres Magos fueron guiados a adorar al Niño por la claridad de una estrella, no le vieron imperando a los demonios, ni resucitando a los muertos, ni dando vista a los ciegos o facultad de andar a los cojos y habla a los mudos u obrando cualquiera otra acción divina, sino que le encontraron niño calladito y sin moverse, atenido a la solicitud de su madre, en todo lo cual no se manifestaba ninguna señal divina, sino que ofrecía un magnífico milagro de humildad... Toda la victoria del Salvador con que venció al diablo y al mundo la empezó con la humildad y con ella la remató...»

252 b) La humildad, vencedora de la muerte

«Si, pues, la omnipotencia de Dios hizo que nuestra causa, que estaba perdida, se salvase en gracia de su humildad, y por ello destruyó a la muerte y al autor de la muerte, pues no rehusó nada de cuanto sus perseguidores echaron encima, antes hecho obediente al Padre aguantó con dulzura y paciencia los tormentos de sus verdugos, ¿cuánto no conviene que seamos nosotros humildes y sufridores, porque si nos viene algún trabajo, sabemos que no lo sufrimos sin mérito? *¿Quién se gloriará de tener un corazón limpio o de estar libre de pecado?* (Prov. 20,9). Y dice a su vez San Juan: *Si dijéramos que no tenemos pecados, nosotros mismos nos engañamos y no está con nosotros la verdad* (1 Io. 1,8). ¿Luego quién podrá considerarse tan ajeno al pecado que no tenga algo la justicia que reprocharle o la misericordia que perdonarle?

De donde, amadísimos, la regla de la cristiana sabiduría consiste no en la abundancia de palabras, no en la sutileza de la discusión, no en el afán de la gloria y alabanzas, sino en la verdadera y voluntaria humildad, que Nuestro Señor Jesucristo eligió y enseñó con gran valor desde el vientre de su Madre hasta el suplicio de la cruz. Pues disputando en cierta ocasión sus discípulos, como refiere el evangelista, *cuál de ellos sería mayor en el reino de los cielos, llamando a un niño le puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo que, como no os convirtáis y os hagáis como los pequeños, no entraréis en el reino de los cielos. Todo el que se humilla como este niño, ése será el mayor en el reino de los cielos* (Lc. 22,23 y Mt. 18,1). Ama Cristo a la infancia por ser el primer estado que asumió en su alma y en su cuerpo. Ama Cristo a la infancia, porque es maestro de la humildad, modelo de inocencia, ejemplo de mansedumbre. Ama Cristo a la infancia, hacia la cual dirige las costumbres de los mayores y los años de los ancianos, y deben acomodarse a tal regla los que pretendan subir al reino eterno.»

253 c) La infancia de espíritu

«Mas para que podamos entender plenamente cómo nos será posible conseguir tan asombrosa transformación y mediante qué cambio podremos volver al estado de niños, tomemos por maestro

a San Pablo, que nos dice: *No os hagáis como los niños en el modo de entender, sino sed como los pequeños en cuanto a la carencia de lo malo* (1 Cor. 14,20). No debemos, por lo tanto, volver a los juegos de la niñez y a las torpezas de los primeros años, sino imitar ciertas cosas que son convenientes hasta para la edad madura. Podemos tomar, por ejemplo, de esta edad, que sea pasajera en nosotros toda turbación y rápida la vuelta a la paz; que no guardemos rencor de las ofensas, ni ambicionemos altos puestos; debemos fomentar el mutuo intercambio y guardar la igualdad de ánimo. Gran ventaja es no saber hacer daño a nadie ni maquinar maldades, porque en injuriar y devolver las injurias consiste la astucia de este mundo; pero no devolver a nadie mal por mal es propio del estado de la infancia y de la serenidad cristiana.

A tal semejanza con los niños, carísimos hermanos, nos invita el misterio de la fiesta de hoy, y el Salvador adorado por los Magos en forma de niño nos inculca este tipo de humildad; el cual, para manifestarnos la gloria que reserva a sus imitadores, consagró con el martirio el nacimiento de los que vieron la luz en sus mismos días, y que merecieron participar en una común persecución los que por nacer, como Cristo, en Belén, resultaban ser además sus compañeros por razón de la edad. Amen los fieles la humildad y eviten, sobre todo, la soberbia. Cada cual prefiera a su prójimo a sí mismo, y nadie busque su particular provecho, sino el del prójimo; de esta forma al abundar en todos los sentimientos de amor, los corazones se verán libres de la ponzoña de la envidia, porque *el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado* (Lc. 14, 11), según lo atestigua nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

SECCION IV. TEOLOGOS

I. SANTO TOMAS

La manifestación de Cristo

A la manifestación de Cristo nacido dedica Santo Tomás la cuestión 36 de la tercera parte de la *Suma Teológica*. Entresacamos de aquélla algunos pensamientos que podrían parecer tal vez anticuados al exegeta y aun al teólogo, pero que ofrecen materia al predicador para explicaciones sencillas al pueblo cristiano.

A) La manifestación de Jesucristo

254 a) No convenía que el nacimiento de Cristo se manifestase a todos

1. De otro modo se hubiera impedido la redención

«El nacimiento de Cristo no debió ser comúnmente manifiesto a todos, porque se hubiera impedido así la redención humana, que se realizó por su cruz, puesto que, como se dice (1 Cor. 2,8), *si le hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria*» (3 q.36 a.1 c).

2. Y disminuiría el mérito de la fe

Además, si «en su nacimiento Cristo se hubiese dado a conocer a todo el mundo por medio de señales evidentes, se destruiría la razón de la fe, que es el *argumento de las cosas que no aparecen*, como se dice en Hebr. 11,1» (ibid.).

255 b) Debió, en cambio, manifestarse a algunos

«Pertenece al orden de la divina sabiduría que los dones de Dios y los secretos de ella no lleguen igualmente a todos, sino inmediatamente a algunos, y que por medio de éstos se deriven a los demás. Por lo cual, y respecto al misterio de la resurrección se dice (Act. 10, 40-41) que *Dios quiso* que Cristo resucitado *se manifestase no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había determinado de antemano*. Por esta razón también debió observarse esto con relación al nacimiento del mismo, para que Cristo no se manifestase a todos, sino a algunos, por los cuales pudiera llegar al conocimiento de los demás» (ibid., a.2 c).

c) De toda clase y condición 256

«La salvación, que había de lograrse por Cristo, pertenecía a toda clase de hombres; porque, como se dice en Col. 3,11, en Cristo *no hay varón y mujer, gentil y judío, siervo y libre*, y así de los demás. Y para que este carácter no se prefigurase en el mismo nacimiento de Cristo, se manifestó a toda clase de hombres. Porque, como dice San Agustín *(Serm.* 202,1: PL 38,1033), «los pastores fueron israelitas, los Magos gentiles; los primeros de cerca, los segundos de lejos; sin embargo, unos y otros concurrieron a la piedra angular». También hubo entre ellos otra diferencia; pues los Magos fueron sabios y poderosos, y los pastores sencillos y rústicos. Manifestóse a los justos, esto es, a Simeón y a Ana, y a los pecadores, que son los Magos. Manifestóse también a los varones y a las mujeres, a saber, para significar con ello que ninguna condición humana queda excluída de la salvación de Cristo» (ibid., a.3 c).

d) Primero a los judíos; después a los gentiles 257

«La manifestación del nacimiento de Cristo fué una señal previa de la plena manifestación, que debía tener lugar después; y así como en la segunda manifestación se anunció primeramente la gracia de Cristo por el mismo Cristo y por los apóstoles a los judíos y después a los gentiles, así llegaron a Cristo primeramente los pastores, que eran las primicias de los judíos, como los más cercanos; y después vinieron los Magos de lejanos países, «los cuales fueron las primicias de las naciones», como dice San Agustín *(Serm.* 200,1: PL 38,1028)» (ibid., a.3 ad 1).

e) Se manifestó mediante un ángel y una estrella

1. Dos maneras de manifestación 258

«Así como la demostración silogística se hace por medio de las cosas que mejor conoce aquel a quien se debe manifestar algo, en la manifestación que se hace por signos debe hacerse por lo que es más familiar a aquellos a quienes se manifiesta. Pero es evidente que los santos varones están familiarizados y acostumbrados a ser instruídos por el movimiento interior del Espíritu Santo sin la demostración de signos sensibles, esto es, por el espíritu de la profecía; mientras que hay otros que, entregados a las cosas corporales, son conducidos por las cosas sensibles a las inteligibles.

Los judíos estaban acostumbrados a recibir las respuestas divinas por medio de los ángeles, por los cuales también recibían la ley según aquello (Act. 7,53): *Recibisteis la ley por ministerio de los ángeles;* mientras que los gentiles y los astrólogos, sobre todo, están acostumbrados a examinar el curso de las estrellas; y por eso, a los justos, esto es, a Simeón y Ana les fué manifestado el nacimiento

de Cristo por el movimiento interior del Espíritu Santo según aquello (Lc. 2,26): *Había recibido respuesta del Espíritu Santo que él no vería la muerte sin ver antes al Cristo del Señor.*

Mas a los pastores y Magos, como entregados a las cosas corporales, les fué manifestado el nacimiento de Cristo por visibles apariciones. Y como el nacimiento no era puramente terreno, sino en cierto modo celestial, por eso a unos y otros fué revelado el nacimiento de Cristo por signos celestiales; porque, como dice San Agustín *(Serm.* 204: PL 38,1037), «los ángeles habitan los cielos y las estrellas los adornan»; luego a los unos y a los otros los cielos cuentan la gloria de Dios» (ibid., a.5 c).

259 **2. Doble razón de este proceder**

«Con razón, pues, fué revelado el nacimiento de Cristo por los ángeles a los pastores, que representan a los judíos, entre los que tuvieron lugar con frecuencia las apariciones de los ángeles; mientras que fué manifestado por una estrella a los Magos, que estaban acostumbrados a la contemplación de los cuerpos celestes; porque, como dice San Crisóstomo (cf. *In Mt.*, hom.6: PG 57,65), «Dios quiso llamarlos a El condescendiendo con lo que les era familiar». Hay además otra razón; porque, como dice San Gregorio *(In Evang.*, hom.10: PL 76,1110), «un ser racional, esto es, el ángel debió anunciar el nacimiento de Cristo a los judíos, como el pueblo más ilustrado, mientras que los gentiles, que no sabían hacer uso de la razón, han sido conducidos para conocer al Señor, no por la palabra, sino por signos. Y así como a éstos les anunciaron el Señor los predicadores elocuentes, cuando la voz de él resonaba por el orbe, así los elementos mudos se lo hicieron conocer cuando aún no hablaba» (ibid., a.5 c).

B) La estrella de los Magos

260 a) No fué una estrella ordinaria

«Es evidente por muchas razones que aquella estrella, que se apareció a los Magos, no fué una de las estrellas celestes.

1.º Porque ninguna otra de las estrellas sigue esta dirección; pues se dirigía del norte al sur, porque tal es la posición de la Judea con relación a Persia, de donde vinieron los Magos.

2.º Por el tiempo, pues no sólo apareció de noche, sino también en medio del día, lo cual no es propio de la virtud de una estrella ni aun de la luna.

3.º Porque unas veces aparecía y otras se ocultaba; así cuando entraron en Jerusalén, se ocultó, y cuando abandonaron a Herodes se les apareció.

4.º Porque no tenía movimiento continuo; pues avanzaba cuando era preciso que los Magos avanzaran y se paraba cuando

era oportuno que se detuvieran, como sucedía con la columna de la nube en el desierto.

5.º Porque no demostraba el parto de la Virgen manteniéndose elevada, sino descendiendo; pues se dice en Mt. 2,9 que *la estrella que los Magos habían visto en el Oriente iba delante de ellos hasta que llegando se paró sobre donde estaba el Niño*. De lo que se desprende que las palabras de los Magos *vimos su estrella en el Oriente* no deben entenderse como si hubieran visto en Oriente una estrella que se encontraba en la tierra de Judá, sino que la vieron en el mismo Oriente y les precedió hasta la Judea; aunque algunos consideran esta opinión como dudosa» (3 q.36 a.7 c).

b) SINO UNA ESTRELLA ESPECIALMENTE CREADA 261

«Por eso dicen algunos que así como el Espíritu Santo descendió sobre el Señor al ser bautizado en figura de paloma, así se apareció a los Magos en figura de estrella. Otros pretenden que el ángel que se apareció a los pastores en figura humana se apareció a los Magos en figura de estrella. Sin embargo parece más probable que fué una estrella creada de nuevo, no en el cielo, sino en el aire próximo a la tierra, la cual era movida según la voluntad divina. Por esta razón dice el Papa San León (cf. *Serm.* 31,1: PL 54, 235): «A los Magos se les apareció en el Oriente la estrella de la nueva claridad, la cual, más resplandeciente y más bella que las demás, atraía las miradas y ánimos de los que la contemplaban, a fin de que inmediatamente se advirtiese que un signo tan extraordinario no existía sin motivo» (ibid.).

C) *La adoración de los Magos*

a) FUÉ INSPIRADA POR EL ESPÍRITU SANTO 262

«Los Magos son *las primicias de las naciones* de los que creen en Cristo, en los cuales apareció, como en cierto presagio, la fe y la devoción de las gentes, que venían a Cristo desde países lejanos. Y por esto, así como la devoción y la fe de las gentes están sin error por la inspiración del Espíritu Santo, de la misma manera también debe creerse que los Magos inspirados por el Espíritu Santo tributaron sabiamente a Cristo adoración» (3 q.36 a.8 c).

b) REPRESENTA LA CONSTANCIA DE LAS NACIONES 263

«Por aquella anunciación de los Magos se presignificaba la constancia de las naciones que confiesan a Cristo hasta la muerte. Por lo que dice el Crisóstomo (cf. *Opus imperf. in Mt.*, 1,2: PG 56, 637) que, «cuando consideraban al rey futuro, no temían al rey presente; aún no habían visto a Cristo y ya estaban dispuestos a morir por él» (ibid., a.8 ad 2).

264 c) SIMBOLISMO DE LOS DONES OFRECIDOS

Como los Magos «buscaban al rey celestial, aunque ninguna excelencia real veían en él, sin embargo, contentos y con el testimonio de la sola estrella, le adoraron» (cf. CRISÓSTOMO, *Opus imperf. in Mt.*, 2,11, hom.11: PG 56,662), pues ven al hombre y reconocen a Dios. Y ofrecen presentes adecuados a la dignidad de Cristo: «Oro como a un rey grande; incienso, del que se hace uso en el sacrificio de Dios, como a Dios, y mirra, que sirve para embalsamar los cuerpos, a fin de demostrar cómo debía morir por la salvación de todos» (cf. SAN GREGORIO MAGNO, *In Evang.* 1, hom. 10: PL 38,1034); en lo cual también, como dice San Gregorio (ibid.), «somos enseñados para que, guiados por la luz de la sabiduría, ofrezcamos ante la presencia del rey nacido, oro, por el cual se significa la sabiduría; incienso, por el cual se expresa la devoción de la oración, se lo ofrecemos a Dios, si podemos por el ejercicio de la oración servirle de olor grato; y, por último, mirra, que indica la mortificación de la carne, si mortificamos los vicios carnales por la abstinencia» (ibid., a.8 ad 4).

II. SAN BUENAVENTURA

La estrella de los Magos y su significación

Por el fervor y ternura que rezuma, transcribimos casi íntegro el capítulo de la 4.ª festividad en el opúsculo del Doctor Seráfico «Las cinco festividades del Niño Jesús».

A) Elevación mística

265 a) ¿DÓNDE ESTÁS, REY DE LOS JUDÍOS?

«¡Oh dulcísimo y amantísimo Niño eterno, Niño y antiguo! ¿Cuándo te veremos, cuándo te hallaremos, cuándo compareceremos delante de tu rostro? Tedio es gozar sin Ti, deleitoso gozar contigo, llorar contigo. Todo lo que a Ti es contrario, a nosotros penoso; tu beneplácito según nuestro insaciable deseo. ¡Oh, si tan dulce es llorar por Ti, cuán dulce será gozar contigo! ¿Dónde, pues, estás, oh fin de nuestras pesquisas? ¿Dónde estás, oh deseado en todas las cosas y sobre todas las cosas? ¡Oh nacido Rey de Israel, ley de los devotos, luz de los ciegos, guía de los miserables, vida de los que mueren, salud eterna de los que eternamente viven! ¿Dónde estás?» (cf. *Las cinco festividades del Niño Jesús*, fest.4,2: BAC, *Obras completas*, t.2 p.381).

b) En Belén de Judá

266

«Ved aquí la oportuna respuesta: En Belén de Judá. Belén significa *casa del pan*, Judá quiere decir *confesor*. Allí, pues, se encuentra Jesús donde, confesados los pecados, se escucha, se rumia y se asimila la doctrina evangélica, que es pan de vida, para ejecutarla y proponerla a los demás como dechado de la palabra y el ejemplo; allí se encuentra el Niño Jesús con su Madre María donde, después de llorosa contrición y fructuosa confesión, entre la abundante copia de lágrimas se gusta la dulcedumbre de la contemplación celestial; donde, pues, el hombre en oración, casi desesperado de salud, salido de ella, se encuentra lleno de alegría con la esperanza del perdón. ¡Oh feliz María!, en la cual se concibe Jesús, de la cual nace y con la cual permanece con tanta dulzura y alegría» (cf. o.c., 31 p.381-383).

c) Adoradle y ofrecedle dones

267

«Pues también vosotros, ¡oh reyes!—esto es, vosotras, fuerzas naturales del alma devota—, buscadlo para adorarlo y ofrendarle vuestros dones. Adoradlo con reverencia como a Creador, Redentor y Glorificador: como Creador dió la vida natural, como Redentor restauró la vida espiritual, como Glorificador distribuye la vida eterna. ¡Oh reyes!, adoradlo con reverencia, porque es Rey poderosísimo; adoradlo con el debido decoro, porque es Maestro sapientísimo; adoradlo con alegría, porque es Príncipe liberalísimo. Ni os deis por satisfechos con sólo la adoración; acompañadla con ofrendas. Ofrecedle oro de caridad ardentísima; ofrecedle incienso de contemplación devotísima y mirra de contrición amarguísima: el oro del amor por los bienes recibidos, el incienso de la devoción por los goces que os tiene preparados, la mirra del dolor por los pecados cometidos. El oro ofreced a la eterna divinidad, el incienso a la santidad del alma de Cristo, la mirra a su cuerpo pasible. ¡Oh almas!, buscadlo de esa manera, adoradlo y presentadle vuestros dones» (cf. o.c., p.383).

B) Significado de la estrella

Los párrafos que siguen acerca del significado de la estrella que acompañó a los Magos están tomados del segundo discurso o *Collatio* que San Buenaventura pronunció en la Universidad de París *(Discursos sobre la Epifanía del Señor*—Introducción—, disc.1.º: BAC, *Obras*, c.2 p.431).

a) La estrella tiene una significación mística

1. La estrella marca una ruta al mundo

268

«Esa estrella apareció no sólo para los Magos, sino también para esclarecer el misterio que ilustra a todo el mundo. Ahora es enseñado todo el mundo por el misterio de la estrella; son ilustra-

dos, digo, los que siguen la ruta de la estrella, la cual es, no ruta natural, sino evangélica; y así como los Magos fueron dirigidos por la estrella natural, así nosotros lo seremos por la estrella espiritual» (cf. *Discurso 1.° en la Epifanía:* BAC, t.2 p.461).

269 **2. Induce, conduce, reduce a los hombres a Cristo**

«La estrella indujo a los Magos a presentarse ante Cristo, los condujo a Cristo y los redujo a Cristo.

Y que los indujese se da a entender cuando se dice: *Hemos visto su estrella en el Oriente.*

Y que los condujese se insinúa con estas palabras: *La estrella iba delante de ellos, hasta que llegando se paró delante donde estaba el Niño.*

Y que los redujese se indica diciendo: *Y viendo la estrella se regocijaron en gran manera. Y entrando en la casa hallaron al Niño,* etcétera. Esta estrella, por consiguiente, induce, conduce y reduce. Pero esta estrella no es sino una figura de la estrella espiritual, que también nos induce a ir a Cristo, nos conduce a Cristo y nos reduce a Cristo» (cf. ibid., p.461).

270 **3. La Escritura y el Espíritu Santo significados en la estrella**

«La estrella que nos induce a la presencia de Cristo es significada por la estrella de la mañana, de la cual, si de alguna, tuvo origen la estrella aparecida a los Magos; y bien podemos decir que la estrella externa es la que nos induce a presentarnos ante Cristo; la estrella superior es la que nos conduce a Cristo, y la estrella interior es la que nos reduce a Cristo. La estrella exterior, cuya virtud nos induce a la presencia de Cristo, es la Sagrada Escritura; la estrella superior, a la que compete conducirnos a Cristo, es la santa y bendita Virgen María; y la estrella interior, que nos reduce a Cristo, es la gracia del Espíritu Santo. Estas tres estrellas nos llevan como de la mano a la presencia de Cristo» (cf. o.c., p.461 y 463).

271 **b) La Escritura es luz**

«La estrella que nos induce a ir donde está Cristo es la Sagrada Escritura, de la cual se dice en el Eclesiástico (50,6): *Brilla como el lucero de la mañana en medio de la niebla y como la luna llena en sus días,* etc. La Escritura se halla en medio de la niebla, es decir, en medio de la oscuridad de la ignorancia humana. Puesto que no podemos ver las cosas superiores, tampoco podemos ver la faz divina de Cristo; de ahí que sea requisito necesario para verla la dirección de la luz celestial; y esta luz es la Sagrada Escritura, luz del cielo, traída por los ángeles a los patriarcas, profetas y apóstoles. Esta es la luz que hemos de mirar; y de ella dice San Pedro (2 Petr. 1,19): *Y aún tenemos más firme la palabra de los profetas; la cual hacéis bien en atender como a una antorcha que luce*

en un lugar tenebroso. Necesitamos la luz de la Sagrada Escritura hasta que brille el día de la eternidad. La Sagrada Escritura es luz legal en los patriarcas, profética en los profetas y evangélica en los apóstoles. En los patriarcas hay brillo de méritos; en los profetas, brillo de méritos y de milagros, y en los apóstoles, brillo de méritos, de milagros y de martirio» (cf. o.c., p.463).

c) María vence a nuestros enemigos 272

«La estrella superior, que es la bienaventurada Virgen, nos conduce a Cristo; y de ella se entiende lo que se dice en el libro de los Números (24,17) con estas palabras: *De Jacob nacerá una estrella y de Israel se levantará una vara y herirá a los caudillos de Moab*. Llámase estrella la bienaventurada Virgen por su virtud estable e inconmovible; por Moab se entienden los voluptuosos. Caudillos de Moab son los demonios o los pecados capitales. Esta estrella, es decir, la bienaventurada Virgen, desbarata a los caudillos de Moab, que son los siete pecados capitales: el espíritu de soberbia, siendo humildísima; el espíritu de envidia, siendo benignísima; el espíritu de ira, por ser mansísima; el espíritu de pereza, por ser devotísima; el espíritu de avaricia, por su generosidad liberalísima; el espíritu de gula, por su templanza moderadísima; y, por último, el espíritu de lujuria, siendo como es integerrísima y omnímodamente casta. Desbarató, pues, esa estrella a los caudillos de Moab y condujo a los Magos a Cristo» (cf. o.c., p.465).

d) El Espíritu nos lleva a Cristo si no matamos sus inspiraciones 273

«La estrella interior, que es la gracia del Espíritu Santo, nos reduce a Cristo. De ella se dice en el Apocalipsis (2,26.28): *Y al que venciere y guardare mis obras hasta el fin yo le daré potestad sobre las naciones*, etc., *y le daré la estrella de la mañana*. Mas se ha de notar que la gracia del Espíritu Santo puede ser inicial, promotiva y final. No nos reduce a Cristo sino la gracia final. Pierde la dirección de esta estrella el que incurre en el endurecimiento de Herodes, es decir, aquel que extingue las inspiraciones divinas en sí mismo. Demos que has concebido el propósito de practicar obras de piedad, enmendar la vida y entrar en una religión. Pues bien, si lo dejas sin cumplirlo eres como Herodes, que intentaba matar al Niño. Otros, en cambio, son como Faraón, que mandó arrojar al río a todos los niños varones. Hay quienes extinguen todo buen propósito del prójimo allí donde lo encuentran. Por ejemplo: cuando a uno que quiere entrar en una religión se le dice: Puedes hacer mayor bien en el siglo, llegando a apagar en él el buen propósito. Estos son, sin duda, como Faraón, que mandó matar a todos los hijos varones; y cosa cierta es que el pecado de Faraón fué grande. Habríale de bastar al hombre su propio pecado» (cf. o.c., p.467).

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. FRAY LUIS DE GRANADA

Tres episodios de la infancia de Cristo

A) La cátedra del divino pesebre

(Cf. *Obra selecta*, en BAC, 752 y 769.)

274 a) Extremo grande de humildad

«¿Quién no se espantará de ver al Señor de todo lo criado acostado en un pesebre de bestias? *El Señor*, dice el Profeta (Ps. 10,5), *está en su santo templo, el Señor tiene en el cielo su silla*. Pues ¿cómo se trocó el templo por el establo? ¿Cómo se mudó el cielo en el pesebre? Creo cierto que cuando los santos algunas veces en la contemplación salían de sí quedaban enajenados y transportados en Dios era considerando esta grande maravilla y esta grande muestra de la divina bondad y caridad.

Y no solamente los hombres, mas si fuera posible salir Dios de sí, dijéramos que había salido de sí cuando llegó a este tan grande extremo de humildad. A lo menos los filósofos de este mundo así lo sentían cuando decían que la predicación del Evangelio era locura (1 Cor. 1,18), pareciéndoles que no era posible que aquella altísima y simplicísima substancia quisiese inficionarse (como ellos hablan) y sujetarse a tan grandes injurias.

Pues hasta aquí llegó la bondad y la misericordia y el amor de Dios para con los hombres, a hacer tales cosas por ellos, que aquellos mismos por quien las hacía las tuviesen por locuras.

Elegantemente dijo un sabio que amar y tener seso apenas se concede a Dios. Porque así vemos aquí a Dios, ya que no era posible caer este desfallecimiento en El, como salido de sí y transformado en el hombre, tomando lo que no era, sin dejar de ser lo que era, por la grandeza del amor...»

275 b) Lecciones del pesebre

«Perseverando más en la consideración de este sagrado pesebre hallarás en él motivos no sólo para el conocimiento de aquella soberana bondad y amor de Dios, sino también para toda virtud.

Aquí aprenderás humildad de corazón, aquí menosprecio del mundo, aquí aspereza de cuerpo y aquí aquella desnudez y pobreza de espíritu tan celebrada en el Evangelio.

Sabía muy bien este médico y maestro del cielo cuánta paz e inocencia mora en la casa del pobre de espíritu y cuántas guerras y desasosiegos y cuidados trae consigo el desordenado amor de las riquezas, y por esto luego, desde la cuna del pesebre como de una cátedra celestial, la primera lección que leyó y la primera voz que dió fué condenando la codicia, raíz de todos los males, y engrandeciendo la pobreza de espíritu y la humildad, fuente de todos los bienes. Esto, dice un doctor, nos predica aquel pesebre, aquellos pañales, aquella pobre casa y aquel establo.

¡Oh dichosa casa! ¡Oh establo más glorioso que todos los palacios de reyes, donde Dios asentó la cátedra de la filosofía del cielo, donde la palabra de Dios, enmudecida, tanto más claramente habla cuanto más calladamente nos avisa! Mira, pues, hermano, si quieres ser verdadero filósofo no te apartes de este establo, donde la palabra de Dios, callando, llora; mas este lloro es más dulce que toda la elocuencia de Tulio y que aun la música de todos los ángeles del cielo...

Verdaderamente tú eres niño misericordioso, a quien la misericordia sola hizo niño, aunque la misericordia y la verdad juntamente se encontraron en ti. Verdaderamente tú, niño misericordioso, naciste no para ti, sino para nosotros, pues naciendo buscaste nuestro remedio y no tu acrecentamiento. Y por esto, dulce cosa es por cierto contemplar a Dios niño, y no sólo dulce, sino poderoso y eficaz para curar nuestras llagas.»

c) El motivo de la encarnación 276

«Mas con todo esto siempre vuelvo a aquello que más dulcemente sabe: conviene a saber, que por eso se quiso hacer semejante a los hombres, por ser más amable a los hombres, porque la semejanza es causa de amor. Y por esto no puedo caber en mí de alegría cuando veo que aquella soberana Majestad vistió la naturaleza divina de mi carne y me admitió, no por una hora, sino para siempre, a las riquezas de su gloria. Hízose hermano mío el Señor mío, y ya el temor que le tenía como a Señor se vence con el afecto de hermano.

Y por esto, Señor mío, de buena gana oigo decir que reinas en el cielo más de mejor que naces en la tierra. Porque esta consideración arrebata mi afición y la memoria de este beneficio enamora y enciende mi corazón.

Estábase mi Señor entre los coros de los ángeles oyendo la música y los cantares de su gloria, haciendo maravillas en el cielo y en la tierra y en todos los abismos. Yo estaba atollado en el cieno, lleno de trabajos y miserias y perdida la esperanza de salir de ellas. El, en la gloria; yo, en la miseria. El admirable y yo miserable.

Pues aquel que era admirable a los ángeles inclinó los cielos y descendió e hízose consiliario de los hombres. El nombre de majestad se volvió en nombre de piedad. Y el que era admirable en el cielo viene a ser consiliario en la tierra.

Escondió su púrpura real debajo del saco de mi miseria e inclinóse al lodo, donde yo estaba, sin ensuciarse en él. Yo estaba atollado en el profundo cieno, y El extendió su diestra a la obra de sus manos y sacóme del profundo de las aguas, y, sacado, lavóme, y, lavado, vistióme, y, vestido, reparóme, y, reparado, confirmóme, y así del todo me dejó remediado».

Dióme la mano cuando nació, sacóme cuando predicó, lavóme cuando murió, vistióme cuando resucitó, reparóme cuando subió al cielo y confirmóme cuando envió al Espíritu Santo, y así del todo me remedió.

277 ***B) Las penalidades de la huída a Egipto***

(Cf. ibid., c.16 p.679-770.)

«Consideremos, pues, con qué prisa se levantaría la sacratísima Virgen en esta hora, y tomaría en sus brazos al Niño, y dejaría su pobre casa, y sin despedirse de nadie, porque la prisa del negocio no daba lugar a más, comenzaría a andar a gran prisa su camino. Porque la que tan bien sabía estimar el tesoro que tenía, no haría caso de perder todas las cosas por asegurar tan grande bien.

¡Oh noche oscura! ¡Oh noche tenebrosa! ¡Oh noche de lágrimas y de dolor! ¡Oh si de esta manera supiesen los hombres e timar a Cristo, si supiesen poner en el cobro que convenía en este tesoro, que cuando corriese riesgo de perder a El o de perder todo lo demás supiesen perder para ganar y aun tuviesen, con el Apóstol, todas las pérdidas por ganancias (Phil. 3,8), cuando con ellas conservasen este bien! Porque si la astuta serpiente sabe poner todo el cuerpo a peligro por asegurar la cabeza, en la cual consiste su vida, ¿cuánto más debíamos nosotros poner a riesgo todo lo demás por asegurar a Cristo, nuestra cabeza, en quien está nuestra vida?

Pues, tornando a vos, Virgen santísima, ¿qué tan grandes fueron los trabajos que pasasteis en esta jornada, desamparando vuestra tierra, vuestra casa y vuestros dulces conocidos y parientes, y caminando a tierras extrañas y tierra de idólatras e infieles con ese tan delicado Niño en vuestros brazos, donde ni teníades casa, ni abrigo, ni hacienda para servirle? Si entre vuestros naturales no hallasteis más que un establo y un pesebre para el nacimiento del Niño, ¿qué hallarías entre infieles, bárbaros y extraños? ¿Dónde aportaríais? ¿Quién os acogería? ¿Quién usaría con vos de caridad donde reinaba la infidelidad?...

Y tú, ¡oh santísimo Niño!, ¿por qué tan presto quieres comenzar a padecer trabajos? ¿Por qué no quieres perdonar los tiernos años de esa edad?»...

C) *Los Santos Inocentes, mártires de Cristo*

(Cf. ibid., p.770-773.)

a) Crueldad de Herodes 278

«Esta sentencia de Herodes no sólo nos descubre la extremada y nunca vista crueldad de este tirano, sino también su grandísima ceguedad y locura... Pues dime, loco, si ese nuevo rey es tan poderoso que puede alterar los cielos, luego fuera está de tu jurisdicción.

Pues ¿por qué mandaste publicar tan cruel edicto contra estos niños? ¿Qué maleficio cometieron? ¿Qué causa te dieron para tan cruel sentencia, pues no vemos en ellos otra culpa que haber nacido? Y por sola esta causa hinchas la ciudad de verdugos y mandas juntar las madres con sus hijos, y es de creer que también los padres y los parientes se hallarían presentes a ese tan doloroso espectáculo.

Mas ¿qué palabras bastarán para escribir y poner ante los ojos aquella tan grande calamidad y aquellas lágrimas y música tan confusa y lamentable de los niños, de las madres, de los padres y de los parientes, que todos lastimosamente daban voces y clamaban contra las amenazas de aquellos crueles carniceros?

¿Quién podrá con palabras representar de la manera que estaba el verdugo par del niño, con la espada desenvainada en la mano, con los ojos sangrientos y encarnizados y con palabras furiosas, tirando con la una mano del niño hacia sí y con la otra levantando la espada para herirle, y, por otra parte, cómo la triste madre tiraba el niño para sí, poniendo sus cervices al golpe de la espada por no ver con sus ojos despedazar sus entrañas?

¿Quién declarará el sentimiento de los padres, los ruegos, las exclamaciones, los gemidos, los postreros abrazos de sus hijos, pues todas estas cosas juntas concurrían en un mismo tiempo?...

Mira, pues, en qué extremo de males despeñó la soberbia y el amor del señorío a este malaventurado, pues no sólo le hizo más cruel que todas las fieras, sino también el más loco de todos los locos.

Esta es, pues, hermano mío, la miseria del corazón humano; ésta es la naturaleza del amor desordenado de sí mismo, hasta aquí llega el amor de la propia excelencia y hasta aquí has de creer tú también de ti que llegarías, si tuvieras la misma causa o si no fueses prevenido con la divina gracia.»

b) Grandeza de la bondad divina 279

«Mas sobre todo esto es mucho de considerar la grandeza de la divina bondad que en la gloria de estos niños resplandece. ¿Qué mayor bondad y largueza que aceptar Dios no sólo por sacrificio,

sino por martirio, una muerte padecida no por voluntad, sino por necesidad; donde no hubo querer, sino fuerza; donde no hubo merecimiento, sino acaecimiento; donde no hubo corazón de mártir, aunque había cuerpo de mártir; donde no hubo devoción en el que moría, sino crueldad en el que mataba, y donde, finalmente, había cuchillo de tirano y no había espíritu de mártir?

Mas esto que faltaba suplió la divina gracia, la cual mudó los desastres en coronas y los acaecimientos en merecimientos. Porque no es mayor la malicia de Herodes que la bondad de Dios, y si aquella maldad se extendió a dar pena sin culpa, no es mucho que esta bondad se extienda a dar corona sin merecimiento.

Mira, pues, desconfiado; mira, pusilánime y escrupuloso, que por cada niñería piensas ser condenado, cuánto mejor Dios tienes de lo que pensabas, cuán amador de los hombres, cuán deseoso de su salud, cuán amigo de dar su gloria, pues tales ocasiones busca para darla y con tales servicios se contenta...

¡Oh bienaventurados niños, dichosamente nacidos, pero más dichosamente muertos! Mueren, dice Eusebio Emiseno, por Cristo los niños, por la justicia muere la inocencia.

¡Cuán dichosa edad, que aún no puede hallar a Cristo y ya merece morir por Cristo, y no teniendo cuerpo para las heridas, ya lo tiene para la pasión!»...

II. P. LA PUENTE

El viaje de los Magos y la Providencia divina

(Cf. *Meditaciones espirituales*. p.2.ª medit.22-23 [Apostolado de la Prensa, 1950] t.1 p.504-520.)

A) Aparición de la estrella

280 a) EFICACIA DE LA DIVINA INSPIRACIÓN

«Esto tengo de aplicar a mí mismo, ponderando cuántas veces la estrella de la divina inspiración aparece dentro de mi alma, solicitándome a que busque a Cristo y abrace su pobreza, humildad y virtudes; y aunque entiendo lo que dice esta estrella, no quiero menearme ni dar un paso en su busca por no perder mis comodidades ni dejar las cosas que mucho amo, y por no padecer un pequeño trabajo, fingiendo dificultades donde no las hay; y así, como se dice en el libro de Job, *huyendo del hielo, que es el trabajo de la tierra, caerá sobre mí la nieve* (Iob 6,16), que es el castigo del cielo, dejándome Dios helado y desamparado; y la estrella que salió para mi salvación será testigo contra mí para mi condenación.

Ponderaré la gran merced que hizo Dios a estos tres Reyes en inspirarles con tanta eficacia y con tanta luz interior la resolución que tomaron en dejar sus tierras y casas y salir a buscar a Cristo, dejando a los otros en su ceguedad y miseria; y por aquí conoceré la eficacia de la divina inspiración y suplicaré a nuestro Señor me prevenga con ella...; pero si Dios ya me ha hecho tal merced, con luz de otra estrella eficazmente... tengo de darle muchas gracias y suplicarle que a menudo envíe dentro de mi alma semejantes estrellas e ilustraciones que me muevan a dejar todo lo que me estorba el amarle y seguirle con perfección...»

b) Fe viva en las manos de Dios 281

«Los Reyes, con la fe viva que tenían, arrojándose en las manos de Dios, comenzaron a caminar..., de donde sacaré que si fiado de Dios y estribando en la fe comienzo a buscarle, su providencia acudirá a proveerme de guía y ayuda para proseguir mi jornada, y el espíritu divino y la gracia de mi vocación irá siempre delante como estrella, guiándome y enderezando mis pasos, al modo que guió a los israelitas por el desierto... Así también nuestro Señor me guiará, amparándome en el día de la prosperidad y en la noche de la adversidad, defendiéndome en los ardores de las tentaciones sensuales y mundanas y también de las frialdades, tibiezas y pusilanimidades.

Los Reyes iban caminando siguiendo siempre la estrella, sin apartarse a un lado ni a otro, parando donde ella paraba y andando cuando ella se movía, procurando no hacer cosa indigna del Señor que en la estrella reconocían; y a esta imitación he yo de tomar por estrella y guía de mi vida la lumbre de la razón y la lumbre de la fe, inspiración o ilustración del divino Espíritu y la dirección de mis prelados o confesores. Estas cuatro estrellas se reducen a una, que es Dios, el cual nos guía por ellas; y a mi cuenta está seguirla derechamente, sin torcer a un lado ni a otro lo que esta estrella me dice, procurando no hacer cosa que ofenda sus ojos».

c) Esperanza y lealtad a la divina Providencia 282

«Ponderaré cómo prosiguiendo su camino los Reyes, y llegando cerca de Jerusalén, de repente, por ordenación de Dios, se les encubrió la estrella, quedando tristes y afligidos por esto; lo cual ordenó así la divina Providencia para probar su fe y lealtad y para darles ocasión de ejercitar grandes virtudes en la entrada de Jerusalén, y para que, faltando la guía del cielo, buscasen la que Dios ha dejado en la tierra, que es la de los sabios y doctores de la ley y de los prelados y superiores en su Iglesia. Y así, los Magos no desmayaron, ni se dieron por engañados, ni dejaron su empresa volviéndose a su tierra, sino determinaron de entrar en Jerusalén a buscar lo que deseaban, enseñándome con este ejemplo lo que

yo debo hacer cuando se me esconde Dios y cuando me falta la devoción sensible y me hallo en tinieblas y tentaciones; porque en tales casos no tengo de desconfiar ni volver atrás de lo comenzado, sino poner los medios que pudiere para buscar y hallar a Dios acudiendo a sus ministros, al modo que se dice en el libro de los Cantares, que la Esposa, esto es, el ánima justa, cuando por la ausencia de su Esposo está en tinieblas y oscuridad de noche, se levanta a buscarle por las calles y plazas de la ciudad, ejercitándose en santas obras y mirando los ejemplos que de ellas le dan los otros justos; y luego pregunta a los que velan guardando la ciudad, que son los prelados, si han visto al que su ánima desea, para que la informen y enseñen adónde y cómo le ha de hallar, y por este camino le halló, como también le hallaron los Magos.

¡Oh Dios eterno!, dame la fe y constancia de estos varones para que te busque con la lealtad y perseverancia que ellos te buscaron, acudiendo con humildad a tomar los medios humanos cuando se me escondieron los divinos».

283 d) MAGNANIMIDAD Y FORTALEZA DE LOS MAGOS

«La entrada de los Reyes en Jerusalén y la pregunta que hicieron... mostraron grande fe creyendo lo que no habían visto, confesando que había nacido un Niño que era Rey y Mesías prometido a los judíos...

También mostraron grande magnanimidad y fortaleza, porque con adivinar el peligro a que se ponían de ser muertos por Herodes preguntando en su tierra y corte por otro rey, con todo eso no entraron a escondidas y preguntando por los rincones en secreto, sino públicamente y en su mismo palacio...

¡Oh alma mía!, ten fe viva en tu Dios y *en su virtud romperás los muros* (Ps. 17,30); anímate a romper dificultades, no temas acometer peligros, porque El te amparará y te sacará libre de ellos.

De esta fe y fortaleza de los Magos procedió que, aunque se turbó Herodes oyendo esta pregunta, y con él toda Jerusalén, no se turbaron ellos. En lo cual ponderaré cómo se turbó Herodes porque era tirano y ambicioso, y así temía no hubiese nacido quien le quitase el reino. Pero lo que más admira es que también se turben los judíos... Por donde echaré de ver cuán peligrosa cosa es tener estrecha amistad con personas poderosas y viciosas, que se turben fácilmente con pasiones de odio, ira, venganza y ambición, porque en turbándose, me turbaré yo con ellas; pero si confío en Dios como los Magos, no me turbaré aunque se turben todos, antes diré con David: *El Señor es mi luz y mi salud; ¿a quién temeré? El Señor es guarda de mi vida; ¿quién me hará temblar? Si estuvieren contra mí huestes de enemigos, no temerá mi corazón; y si se levantare contra mí grande guerra, en El esperaré* (Ps. 26,1-2-3)».

e) RESPLANDECE LA PROVIDENCIA DE DIOS POR MUCHOS CAMINOS 284

«Herodes, oída esta pregunta, consultó sobre ella a los sabios..., en lo cual resplandece la providencia de Dios por muchos caminos.

Lo primero, en que se sirve de los malos para favorecer los intentos de los buenos, como se sirvió de Herodes para descubrir a los Magos el lugar del nacimiento del Salvador...

Lo segundo, resplandece en que, por medio de sus ministros, aunque sean malos, descubre la verdad de la divina Escritura a los que desean saberla para su provecho, como en este caso no consintió que los sacerdotes y doctores de la ley descubriesen esta verdad a los Magos; y si yo, con buen celo, deseo saber la divina voluntad, Dios me la descubrirá por medio de sus ministros...

También resplandece la providencia de Dios en habernos dado la Escritura divina, en la cual hay bastantísima luz para conocer a Cristo, buscarle y hallarle, de suerte que no es menester estrella milagrosa ni revelación nueva, sino oración fervorosa y meditación profunda, conforme a lo que Cristo nuestro Señor dijo a los judíos: *Escudriñad las Escrituras, en las cuales creéis que está la vida eterna, porque ellas os darán testimonio de quién yo soy* (Io. 5,39).

¡Oh dulce Jesús, que dijiste: *Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis!* (Lc. 11,9), dame luz para que te busque en tus sagradas Escrituras de modo que te halle, y para que escudriñe la vida eterna, que está en ellas, de modo que la alcance. 285

Finalmente, me han de atemorizar y poner grima los secretos juicios de Dios que en este caso resplandecen; porque, viniendo los gentiles de tierras tan distantes, y con tanto trabajo, a buscar a Cristo, los judíos, que tantos años le habían esperado, con estar tan cerca, no se movieron a buscarle. Y aunque dieron aviso a los Magos dónde le hallarían, no lo tomaron para sí, para que se vea la verdad de lo que después dijo este Señor: *Ninguno puede venir a mí si mi Padre no le trajere* (Io. 6,44). Pero estos miserables no fueron traídos del Padre, porque gustaron más de aplacar al tirano; y dilatando esta ida para cuando los Magos volviesen, nunca la hicieron. Por lo cual, escarmentando en cabeza ajena, quitaré los estorbos que pongo al Padre Eterno para que con sus inspiraciones no me llame y junte con Cristo, no dilatando el obedecer a las que me diere para otro tiempo, porque quizás la dilación será causa de mi perdición».

B) Salen los Magos de Jerusalén 286

(Cf. medit.23, o.c., p.512 ss.)

«Aquí tengo de ponderar, lo primero, el cuidado de estos Reyes en proseguir su empresa, porque al mismo punto que supieron lo que deseaban saber, se salieron de Jerusalén y de la corte del rey

Herodes, huyendo del bullicio que allí había, con lo cual nos enseñan la puntualidad con que debemos acudir al negocio de nuestra salvación, saliendo de los bullicios del mundo y huyendo al lugar donde hemos de hallar a Dios...

Lo segundo, ponderaré la providencia amorosa de nuestro Dios y su fidelidad en premiar el trabajo de los que le buscan; porque, dado caso que pudieran estos Reyes, pues ya sabían el lugar donde nació el Niño, ir a Belén sin la estrella, pero quiso nuestro Señor que se les apareciese segunda vez y les causase gozo, no cualquiera, sino grandísimo, para premiarles con esto los trabajos que pasaron en Jerusalén, los peligros a que se pusieron, las diligencias que hicieron para saber dónde hallarían al Rey que buscaban y para convertir la tristeza pasada en grande gozo, cumpliéndose lo que David había dicho, que *según la muchedumbre de los dolores fué la grandeza de los consuelos que alegraron su alma* (Ps. 93,19)».

C) Admiración de los Magos al ver que la estrella se paraba sobre un establo

287 a) La grandeza de Dios no se muestra en las cosas pomposas

«Ilustrados con la luz interior, reconocieron que la grandeza de aquel Rey no se mostraba en las cosas pomposas de este mundo, sino en el verdadero desprecio de ellas, y así rindieron su juicio al testimonio de la estrella exterior.

¡Oh Rey benditísimo, pues ya comenzáis a triunfar del mundo, cautivando los entendimientos de los sabios en servicio de vuestra fe, cautivad el mío con gran fuerza, para que yo triunfe del mundo, despreciando cuanto hay en él, por vuestro amor!»

288 b) No se halla a Jesús sin su Madre

«Hallaron al Niño con su Madre; lo cual se dijo también de los pastores (Lc. 2,16), para significar que regularmente no se halla a Jesús sin su Madre, ni su Madre sin Jesús, porque quien es amigo de Jesús, luego es devoto de su Madre, y quien es devoto de su Madre, alcanza la amistad con Jesús; y pues los dos andan tan unidos, tengo de señalarme en el amor y servicio de ambos, para que el amor del uno se confirme y perfeccione en el amor del otro».

289 c) Luz celestial que penetra en los corazones

«Cómo en el mismo punto que los Magos vieron al Niño... les causó un gozo interior excesivo, que les llenó toda el alma; porque si la vista de la estrella material tan gran gozo les causó, ¿qué gozo causaría la vista de Jesús, Estrella de la mañana y Señor de las es-

trellas? ¡Oh qué contentos y hartos quedarían con la vista de esta divina Estrella, cumpliéndose en ellos, en su tanto, lo que dijo David: *¡Quedaré harto cuando apareciere tu gloria!* (Ps. 16,15)».

d) Adoración y ofrecimiento 290

«Tres cosas señaladas hicieron aquí los Magos en servicio del Niño, las cuales estaban profetizadas por David. La primera, fué postrarse en tierra, en señal de la suma reverencia exterior e interior que le tenían; porque, como el cuerpo se humilló lo más que pudo, hasta postrarse y coserse con la tierra, así el ánima se humilló delante de este Rey, reconociéndose en su presencia como polvo y nada. Comenzándose a cumplir aquí la profecía de David, que dice: *Delante de El se postrarán los de Etiopía; y los que antes eran sus enemigos, besarán la tierra en señal de sujeción* (Ps. 71,9).

La segunda, fué adorarle, no sólo como se adoran los reyes de la tierra, sino con la suprema adoración que se da a sólo Dios, y se llama latría..., y con esta fe hablarían con El, y le darían gracias por la merced que les había hecho en haber venido a remediarlos, y en especial en haberles traído con su estrella para que le conociesen, y allí se ofrecieron por sus vasallos perpetuos, con determinación de servirle para siempre, cumpliéndose lo de David: *Le adorarán todos los reyes de la tierra y le servirán todas las gentes* (Ps. 71,11).

La tercera cosa que hicieron los Magos fué abrir los cofres de sus tesoros..., porque le ofrecieron oro como a rey, incienso como a Dios y sumo sacerdote, y mirra como a hombre mortal. Pero mucho mayores fueron los dones interiores con que acompañaron los exteriores, ofreciéndose con oro de amor, con incienso de devoción, y con mirra de mortificación de sí mismos por servir a su Señor, cumpliéndose lo que habían dicho los profetas, que *los reyes de Arabia y de Saba le ofrecerían dones y presentes de incienso, mirra y oro, con alabanzas del Señor* (Ps. 71,10; Is. 60,6)».

e) Dios agradece la ofrenda 291

«Luego puedo ponderar cuán agradable fué al Niño Jesús la ofrenda de estos varones... por la voluntad con que las ofrecían... ¡Oh qué agradecido se les mostraría, no con palabras exteriores, porque no hablaba, sino con palabras interiores de inspiraciones, comunicándoles grandes dones celestiales! Píamente puedo considerar que en retorno de estos tres dones les dió otros tres, aumentándoles grandemente el oro de la sabiduría y caridad, y el incienso de la oración y devoción, y concediéndoles la mirra de la incorrupción, preservándoles de caer en culpas graves, con perseverancia en su amor. A imitación de estos santos Reyes, tengo de postrarme delante del Niño Jesús con la humildad posible y adorarle como El quiere ser adorado, *en espíritu y en verdad* (Io. 4,23) y abrir los tesoros de mi corazón, no en presencia de los hombres, por agra-

darles, sino en la presencia de Dios, por sólo darle contento y ofrecerle oro encendido y acendrado de caridad y amor para con Dios y para con mis prójimos; incienso muy oloroso de oración, con afectos muy levantados de devoción; y mirra muy escogida de perfecta mortificación de mí mismo, ejercitando obras virtuosas, sin abrir los tesoros de modo que los roben los ladrones de la soberbia y vanagloria; y en particular cada obra exterior que hiciere ha de llevar estos tres dones por compañeros, haciéndola por amor, con oración y devoción, y con la mortificación necesaria para que vaya bien hecha, confiando en la liberalidad de este Señor, que también premiará esta mi ofrenda, volviéndose en retorno grande aumento de estos dones, pues por esto dice el Espíritu Santo que *quien es veloz y diligente en sus obras no tendrá enfermedad, y alcanzará privanza con los reyes* (Eccli. 31,27; Prov. 22,29).

Demás de esto, si soy religioso, tengo de ofrecerle de nuevo los tres votos: el de castidad, con la mirra de las mortificaciones de la carne; y el de la pobreza, con el oro de todas las cosas temporales que hay en el mundo, deseando dárselas todas, si fueran mías; y el voto de obediencia, negándome a mí mismo y deshaciéndome como incienso en el fuego del divino amor, para darme todo a Dios».

292 ### *D) Coloquio de los Magos con la Virgen*

Tengo de considerar el coloquio tan dulce que tuvieron los Reyes con la Virgen, dándole cuenta de la estrella que habían visto en Oriente, y de lo que les había pasado en Jerusalén, ponderando cómo se ofrecían a su servicio, cuán admirados estarían de ver la santidad que en aquella Señora resplandecía y de ver la pobreza del lugar en que estaba. Y aunque San José no estuvo presente a la primera entrada, para que entendiesen los Magos que el Niño no tenía padre en la tierra, pero poco después vendría y tratarían con él de las mismas cosas. ¡Oh qué contenta estaría la Virgen oyéndolas! ¡Y cómo las conservaría en su memoria para conferirlas a sus solas! ¡Cómo agradecería a los Magos el trabajo que habían tomado en venir a adorar a su Hijo, y qué cosas tan divinas les diría para confirmarlos en la fe! ¡Oh reina de Saba, que en persona de estos Reyes, hijos tuyos (3 Reg. 10,4-5), vienes de nuevo con dones a ver el verdadero rey Salomón, cuán admirada quedaste contemplando la infinita sabiduría que resplandecía en su pobre casa y en su pobre compañía! ¡Oh con qué afecto dirías, mirando a la Virgen y a José: *Bienaventurados son, Señor, estos siervos tuyos, que asisten siempre delante de ti, aprendiendo de tu infinita sabiduría!* (3 Reg. 10,8).

¡Oh Virgen soberana, más sabia que la reina de Saba, que como maestra enseñábades hoy a los sabios la sabiduría del cielo, que no alcanza el mundo! Enseñádmela para que acierte a servir a vuestro Hijo, como estos nuevos discípulos suyos y vuestros le sirvieron».

III. BEATO JUAN DE AVILA

Buscar y hallar a Cristo 293

(Cf. *Sermón de Epifanía* en *Obras completas*, t.2 p.119-126: BAC, Madrid 1953).

«*¿Adónde está el que ha nacido Rey de los judíos?* (Mt. 2,2). Son palabras que nos habían de dar mucho ejemplo, y confortarnos a que con mucho cuidado y diligencia busquemos lo que buscaron, para que hallemos lo que hallaron».

A) Es necesario buscar a Dios

a) PORQUE ES UN TESORO ESCONDIDO 294

«*Sapientia invisa et thesaurus absconditus, quae utilitas in utrisque?* (Eph. 2,11-12). La buena sabiduría es para que se comunique y el tesoro para que se goce de él; si la sabiduría del Eterno Padre está escondida y no gozamos del tesoro, ¿qué nos aprovecha? El Niño que ha nacido es la sabiduría y el tesorero del Eterno Padre; si no os conocemos, etc. Muchos se engañan en contentarse con saber que Dios nació y murió por nosotros, sin procurar de gozarle ni aprovecharse de su vida. ¿Qué aprovecha que haya Dios, si no le gozamos?»

b) SI NO SE ENCUENTRA NO SE APROVECHA 295

«No hay ninguno de quien Dios no sea Dios, pero aquel se llama estar sin Dios que, por no hacer su voluntad, no goza de El. ¿Qué les aprovecha a los malaventurados del infierno que haya Dios, pues no saben qué cosa es Dios? El que no posee a Dios, se dice estar sin Dios, porque al tal no le aprovecha nada que haya Dios... De los que no se aprovechan de lo que Cristo nos enseñó en naciendo: no ha nacido por ellos. ¡Grande lástima sería que hubiese algún alma que haya sido para ella el nacimiento de Cristo en balde y que, habiendo llovido los cielos miel, no la haya el tal gustado! Por eso se celebra hoy esta fiesta, para que, pues sabemos que es ya nacido el Hijo de Dios, le busquemos, y de tal manera, que le hallemos...»

B) ¿Quién es el Niño a quien buscamos? 296

«¿Quién es el que ha nacido? Mucho nos aprovechará saber quién es, para nos aprovechar y para nos despertar a le buscar...»

a) El Admirable

«Su nombre es *admirable* (Is. 9,6), maravilloso, cuanto está más bajo, pobre y despreciado. El demonio no se espantaba de ver a Dios en su alteza, y espántase y teme en velle en tal bajeza, porque, quedándose Dios grande y estándose en su alteza, todo el mundo servía al demonio, porque todos eran hijos de Adán, su vasallo; todos nacían sus esclavos; pero bajándose Dios y haciéndose chiquito, fuéle quitado el mando y principado que tenía sobre todos los hombres, porque fué justo que el que puso la mano sobre quien nada le debía, perdiese el derecho de lo que poseía; y esto fué lo que obró en su bajeza: lo que no había obrado en su alteza. Pues mirad si es admirable el Niño. ¿Qué mayor maravilla que, siendo Dios, nazca de una doncella pobre? ¡Qué maravilla tan grande estar echado en tan pequeño pesebre! Y estando llorando es más bienaventurado que todas las criaturas del cielo, *quia ab instante incarnationis vidit Deum*. Maravilloso en ser concebido sin ayuntamiento de varón; maravilloso en ser parido sin dolor de la madre, sino que quedó virgen y santa; maravilloso en la vida; maravilloso en la muerte; maravilloso en la resurrección; ¿pues qué si miráis sus maravillas en la conversión del mundo?»

297 ### b) El Consejero

«*Consiliarius:* guía y consejero que os aconseje en todas las cosas con tal certidumbre que, si tomáis su consejo, no es posible engañaros, y tomando sus avisos no nos podemos perder ni errar el camino de todo nuestro bien. También es maravilla que un niño tan pequeño, que aún no habla, sea tan seguro guía, y que todos los que no le siguieren vayan tan perdidos... Porque así como es imposible Dios no ser Dios, así es imposible que no sea verdad; y antes faltará el cielo y la tierra que falten sus palabras, y que deje de ir al cielo el que fuere por donde El dice: y antes se hundirá el cielo que entre en él hombre que no fuere guiado por donde El dijere...»

298 ### c) El Dios fuerte

«*Deus fortis*. Aunque hombre y Dios, llámase Dios por razón de la persona divina. Los efectos de la divinidad: criar cielos, ser adorado de los ángeles; fructo de la humanidad es nacer, llorar. El árbol es uno, pero diversos fructos. En cuanto engendrado de Padre es Dios, en cuanto nacido de madre es hombre. Fuerte, pues venció las fuerzas del demonio: *fortis armatus* (cf. Lc. 11,21). Con flaqueza de la carne venció las fuerzas del demonio; unde Paulus: *Virtus in firmitate perficitur*... (cf. 2 Cor. 12,9). Al vencer, pues, las fuerzas del demonio con la flaqueza que tomó, mostró grandemente sus fuerzas...»

d) Padre del siglo futuro 299

«*Pater futuri saeculi*. Como no hay hombre que tenga carne que no la haya recibido de Adán, así ninguno hay que tenga espíritu, que no lo haya recibido de Cristo. Todos viven en el alma por El; todos se salvan por El... De Adán recibimos la carne; de Cristo, el Espíritu y la gracia. Uno nos vendió, otro nos rescató. Siempre obró en el mundo el efecto de la encarnación de Cristo. Por la fe todos lavaron sus estolas en la sangre del Cordero».

e) El Príncipe de la paz 300

«*Princeps pacis*. Alégrense los que están reñidos con el Padre Eterno, que Cristo vino a hacer las amistades. Si alguno está reñido con su sensualidad, este Niño vino a sujetarla debajo de los pies de la razón. Así le cantaron paz cuando nació; paz dió a sus discípulos; paz les mandó que tuviesen entre sí. El bando de Jesucristo es paz, *unde dictum est: Nova bella elegit Dominus*. Las guerras viejas de Dios eran vengarse, castigar luego a quien se la hacía. Agora hace guerra nueva, porque contra sí toma la espada, en sí descarga, en el escudo de su cuerpo recibe los golpes, por que no descarguen sobre los hombres. *Non putetis quod pacem veni mittere, sed gladium* (cf. Mt. 10,34; Lc. 21,51)...»

C) ¿Cómo encontrarlo?

a) Saliendo de la tierra del pecado 301

«Quien no le busca, no le hallará. Abraham *exivit de terra sua* (Gen. 21,1 ss.). El hombre que sale de su propia voluntad y de sus deleites y placeres, ese tal sale de su tierra y hallará a Dios... En vuestra cama, adonde vuestra propia carne y voluntad descansa en vuestros pecados, ¿cómo le queréis hallar?... No se engañe nadie, hermanos, que poco aprovecha para hallar a Dios, oír misa y dar limosna, si no dejáis la cama de vuestros pecados... El hombre que dice: «Desde hoy quiero salir de mi casa, quiero salir de mis pecados y dejar mis deleites y placeres para agradar a Dios, quiero guerrear contra mí», ese tal le hallará, con tal de que salga de veras, no de burlas, poniendo a riesgo todo cuanto se le ofreciere y fuese menester perder, ora sea hacienda, honra o la vida...»

b) Siendo esforzados para la pelea 302

«Los hombres que por miedo, por vergüenza, dejan de servir a Dios y se vuelven atrás de lo comenzado no son buenos para el cielo...

¡Ay!, que hijos y mujer, y vos mismo, y todo lo demás que podéis

tener, todo se ha de posponer a la voluntad de Dios. Desnudo nació, para que desnuda traigáis vos vuestra alma de todo lo que no fuere Dios, y no os han de acongojar ni dar pena las afrentas que por Dios se os ofrecieren. Deshonra da a Dios el que se queja estar por El deshonrado. No penséis reinar con El, si primero no padecéis con El».

303 c) SIENDO CONSTANTES

«No es bueno para la guerra el hombre que por trabajos vuelve atrás de lo comenzado y deja de buscar a Dios porque mormuran de él o porque se ve con tentaciones y sequedad. Ese tal llamarse ha amigo de mesa... Al tiempo de romper las lanzas para alcanzar victoria huyen los enemigos...»

304 *D) Unicamente la estrella de la fe encuentra a Dios*

«Párase la estrella encima... ¿Qué haces, estrella? Si éste es Rey. ¿Qué es de los palacios reales? ¿Qué es de los caballeros? ¿Dónde está la seda y brocados? ¿Qué rey en mesón y establo, acompañado de animales? Si la estrella no los guiara, fuéranle a buscar en la casa más rica. ¡Oh bienaventurada fe de los cristianos! ¡Qué perdido anda el que busca a Cristo sin la estrella de la fe! En lo pobre y más olvidado del mundo está Cristo... Si no hay fe, no atinaréis dónde está Dios: que en las lágrimas está la risa, en la pobreza el reino, en la hambre la hartura, el fuego debajo del agua. Miserables ricos, si sois malos, ¡qué lejos está de vosotros Dios!... Para hablar a Cristo, buscad al enfermo, y al pobre, y al olvidado del mundo. Temo que por falta de esta estrella no buscan muchos a Cristo. O se engaña el mundo en buscar riquezas viles, o Cristo en buscar los pobres. Cristo no puede... Grande es la fuerza de la fe. ¿Por qué creéis que en una hostia está Cristo? Por la estrella que dice que está allí... Porque la estrella ansí lo dice, que adonde menos parece estar Dios, está».

IV. BOURDALOUE

Dos conductas, dos lecciones

(Cf. *Serm. de Epifanía* en ed. Miguel del Castillo [Madrid 1778] t.9 p.377, y Firmin-Didot, t.2 p.173.)

305 *A) Exordio*

«Dos conductas muy diferentes fueron la de los Magos y la de Herodes respecto de Jesucristo; los Magos le vienen a buscar y Herodes conspira contra El. Saquemos de esto dos grandes instruc-

ciones, que servirán de asunto a este discurso. En la conducta de los Magos que buscan al Hijo de Dios hay un modelo de la sólida sabiduría de los escogidos y de los verdaderos cristianos. Y en la conducta de Herodes, que persigue al Hijo de Dios, hay una idea de la ciega sabiduría de los réprobos e impíos».

B) Los Magos, modelo de la sabiduría fiel 306

«Modelo de la sabiduría de los escogidos y verdaderos cristianos es la conducta de los Magos que buscan al Hijo de Dios. Examinemos todos los caracteres de su fe».

a) En su principio

«En su principio. Prontitud que tuvieron en seguir la vocación del cielo. Este fué el primer efecto de la fe de los Magos, y el primer hecho de la alta sabiduría que los puso en estado de hallar a Jesucristo. Luego que vieron su estrella partieron para ir a encontrarle. Por eso, buscar a Dios con un modo eficaz y sólido, como lo busca un alma fiel, no es discurrir, ni deliberar, sino ejecutar y obrar, pues en ello no ha de haber tardanza. A más de esto se necesita valor para vencer todas las dificultades. Los Magos dejaron su país, sus casas, sus familias y sus estados, y éste fué otro paso de su fe que nacía y una nueva prueba de su sabiduría eminente. Si queremos hallar, como ellos, a Jesucristo, es necesario vencer como ellos todos los obstáculos que asustan nuestra flojedad y nos detienen».

b) En sus progresos 307

«En sus progresos. Constancia que manifestaron cuando desapareció la estrella; su fe no se turba ni desconcierta por esto, pues caminan y obran siempre. En esto se manifiesta el don de la sabiduría de que están llenos, y algunas veces nos pone Dios en semajantes pruebas después de una conversión. Retira o no concede algunas gracias sensibles y nos abandona en algún modo a nosotros mismos para darnos motivo de que le manifestemos nuestra constancia. No obstante, ¿qué hacen los Magos para suplir la falta de la estrella? Se informan, y recurren a los sacerdotes y doctores de la Ley. Nosotros, para ilustrarnos y sostenernos en cualquier desamparo y abandono en que nos parezca estar, tenemos también como ellos en la Iglesia sacerdotes y doctores a quienes debemos recurrir. Los Magos nos enseñan alguna cosa más, y es el buscar a Dios con un generoso desprecio de todos los respetos humanos. En medio de Jerusalén, y en presencia del mismo Herodes, preguntan adónde está el nuevo Rey de los judíos».

308 c) EN SU PERFECCIÓN

«Llegan a Belén, donde encuentran a Jesucristo en un pesebre, y, no obstante el miserable estado en que está, le reconocen por su soberano. La perfección de su fe se manifiesta también en que no contentos con honrarle como a soberano Monarca del mundo, le adoren como a su Dios. También se demuestra en que le hacen ofrendas misteriosas, que expresan su divinidad, su humanidad y su soberanía; porque eso significan el incienso, el oro y la mirra que le presentaron. Los extranjeros y extraños vinieron a buscar a Jesucristo en la Judea, cuando los judíos (en medio de los cuales había nacido) le desconocían y despreciaban. ¿Y quién sabe si nos quitará Dios el talento de la fe, de que no nos aprovechamos, para transferirlo a los infieles?»

309 *C) Herodes, modelo de falsa sabiduría*

«Se ve una idea de la ciega sabiduría de los réprobos e impíos en la conducta de Herodes que persigue a Jesucristo. Esta falsa sabiduría es enemiga de Dios, y en esto consiste su desorden; Dios es enemigo de ella, y en esto está su desgracia.

Sabiduría enemiga de Dios, pues le combate y se levanta contra El. ¿Qué no hizo Herodes para perder a Jesucristo? Pues todo cuanto hizo se lo inspiró una política falsa. ¡Cuántos sabios mundanos hay todavía que son tan impíos como Herodes, tan opuestos a Jesucristo, tan interesados y tan hipócritas?»

Sabiduría de la que Dios es enemigo y la reprueba. ¿Qué hace de su parte Jesucristo cuando nace, para confundir la política de Herodes?»

310 a) LE TURBA Y LE INQUIETA

«Herodes se halla combatido con mil sospechas y temores, y nada es más capaz de turbar la paz de un mundano que el pensamiento de un Dios pobre y humilde.»

b) JESUCRISTO HACE ODIOSA ESTA POLÍTICA

«Queriendo Herodes satisfacer su ambición, vino a ser el horror del género humano. ¿Y qué hay en el día más odioso que un mundano que sacrifica toda su fortuna e interés?»

311 c) TAMBIÉN HACE JESÚS VANA E INÚTIL AQUELLA POLÍTICA

«Por más que haga Herodes matando cruelmente todos los niños que hay cerca de Belén, Jesucristo se libra de su furor; y el mundano, con su aparente sabiduría, por más que quiera hacerse dichoso, jamás lo llega a conseguir.»

d) JESUCRISTO HACE TAMBIÉN QUE AQUELLA POLÍTICA SIRVA A SUS DESIGNIOS

«Herodes quiere perder y sepultar el nombre del nuevo Rey de Israel que acaba de nacer, y con los medios que toma contribuye a lo contrario y le da a conocer más. ¡Cuántas veces el impío ha visto por una secreta disposición de la Providencia recaer sobre él su misma impiedad!

Renunciemos para siempre a la sabiduría del mundo, que es una sabiduría reprobada, y sigamos la Sabiduría santa del Evangelio para ir a Dios y para hallarle».

V. COLUMBA MARMION

La Epifanía y la vocación de los gentiles

(Cf. *Jesucristo en sus misterios*. c.8, en 2.ª ed. Barcelona 1941, p.129 ss.)

A) Significado de la Epifanía

a) DIOS, LUZ ETERNA, SE MANIFIESTA POR LA ENCARNACIÓN 312

«Siempre que el alma se halla en contacto un tanto íntimo con Dios siéntese como envuelta en el misterio (Ps. 96,2).

Fenómeno que responde y es consecuencia inevitable de la infinita distancia que separa a la criatura de su Criador; pues todo ente finito es aventajado por el que, desde toda eternidad, es la plenitud misma del ser. De ahí que uno de los caracteres más insondables del Ser divino sea su incomprensibilidad y su invisibilidad; pero todavía es más de admirar que sea visible la misma luz divina aquí en la tierra.

Dios es luz, dice San Juan; luz infinita *sin sombras ni tinieblas*. Advierte el Apóstol con mucha insistencia que esta verdad constituye uno de los fundamentos de su Evangelio (1 Io. 1,5). Mas esta luz que nos baña con sus fulgores, en vez de revelar a Dios a los ojos de nuestra alma, parece que lo oculta, sucediendo lo que con el sol, cuyos resplandores nos impiden contemplarlo: *Habita luz inaccesible* (1 Tim. 6,16). Esto no obstante, esta luz es la vida del alma. En la Sagrada Escritura échase de ver que con frecuencia van asociadas estas dos ideas de luz y de vida (Io. 1,4). Igualmente el Salmista, al querer describirnos la eterna bienaventuranza, cuyo origen radica en Dios, dice que *en El se halla el principio de la vida;* y luego añade: *Y en tu luz veremos la luz* (Ps. 35,9-10). Asimismo, al declararse Nuestro Señor la luz del mundo, dijo: *El que sigue mis pasos no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*

(Io. 8,12). Nuestra vida, pues, en el cielo consistirá en conocer claramente la lúz eterna y en gozar de sus esplendorosos fulgores.

313 Durante la vida presente nos hace ya Dios partícipes de su luz al dotar de inteligencia al alma humana... (Ps. 4,7). Es tan potente ese foco, que de suyo basta para revelar al hombre la existencia de Dios y algunas de sus perfecciones. Escribiendo San Pablo a los fieles de Roma, declara a los paganos inexcusables (Rom. 1, 20) de no haber conocido a Dios mediante la contemplación del universo... Pero existe otra manifestación más profunda, más misericordiosa que Dios ha hecho de sí mismo, y es la encarnación.

La luz divina deslumbra demasiado para que pueda penetrar con todos sus esplendores en nuestra débil mirada, y por eso se ha cubierto *con los velos de la humanidad*, en frase de San Pablo (Hebr. 10,20)... Sólo el velo de la humanidad impide que nos deslumbre el fulgor infinito y radiante de su divinidad. De este hombre irradian purísimos rayos a toda alma de buena voluntad, los cuales revelan ser El también Dios. Iluminada el alma por la fe, descubre los esplendores ocultos tras el velo de este santo de los santos»...

314 b) La encarnación, obra de misericordia

«Esta manifestación de Dios a los hombres es un arcano tan inaudito y obra de tanta misericordia, que constituye uno de los caracteres más esenciales de la encarnación. Por eso en los primeros días de la Iglesia no había día especial para festejar de una manera particular el nacimiento del Salvador en Belén, sino que se celebraba en las fiestas de las «Teofanías» o de las «manifestaciones divinas» en la persona del Verbo encarnado: manifestación a los Magos en Belén, junto al Jordán, en el bautismo de Jesús, en las bodas de Caná, donde Cristo obró su primer milagro. Al pasar la fiesta de la Iglesia de Oriente a la de Occidente conservó su nombre griego Epifanía, «manifestación», pero teniendo ya por casi exclusivo objeto la manifestación del Salvador a la gentilidad, a las naciones paganas, en la persona de los Magos»...

B) Vocación de los gentiles

315 a) La evangelización de los paganos

«El Verbo encarnado se manifestó primeramente a los judíos en la persona de los pastores, por ser ellos el pueblo escogido, del cual debía salir el Mesías, hijo de David... Más tarde, en su vida pública se manifestaría Nuestro Señor a los judíos por la sabiduría de su doctrina y por la aureola de sus milagros... Cuando en su vida pública enviaba Nuestro Señor a sus apóstoles a predicar como El la buena nueva, les decía: *No vayáis a tierra de genti-*

les ni os detengáis entre los samaritanos; antes por el contrario, buscad las ovejas extraviadas de Israel (Mt. 10,5-6)... Según el trazado del plan divino, estaba reservada a los apóstoles la evangelización de las naciones paganas, después que los judíos crucificaron al Mesías...

Las naciones paganas fueron llamadas también a ocupar la herencia prometida por el Padre Eterno a su Hijo Jesús (Ps. 2,4). Nuestro Señor se decía a sí mismo *el buen pastor que entrega su vida por sus ovejas*, y añadía luego: *No tengo solamente ovejas entre mi pueblo, tengo también otras que no pertenecen a este aprisco. Es necesario que las atraigáis a mí; ellas oirán mi voz y no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor* (Io. 10,11.16). Por eso, antes de subir al cielo envía a sus apóstoles a continuar su misión salvadora, no sólo entre las ovejas perdidas de Israel, sino en todos los pueblos, dirigiéndoles las siguientes palabras: *Id, predicad a toda criatura y enseñad a todas las gentes... Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos*» (Mt. 28,19-20; Mc. 16,15).

b) Les invita al establo en la persona de los Magos 316

«Con todo eso, no esperó el Verbo encarnado a su Ascensión para derramar entre la gentilidad la gracia de la buena nueva. Ya desde su aparición en este mundo la invita al establo en la persona de los Magos. La Sabiduría eterna, como El es, quiso mostrarnos así que era el portador de la paz (Lc. 2,14), *no sólo a los que se hallaban cabe él*—los judíos fieles representados por los pastores—, sino también a los de lejanos países, cuales eran los paganos representados por los Magos. De este modo, *de dos pueblos*, al decir de San Pablo, *no resultaba sino uno solo*, por ser El uno, por la unión de su humanidad a la divinidad, el medianero perfecto y *por quien únicamente tenemos entrada ante el Padre, en un solo y único Espíritu* (Eph. 2,14.17-18)...

Cada una de las almas de los adultos es alumbrada a lo menos una vez, como los Magos, por la estrella de la vocación a la salvación eterna. A todos se da luz suficiente, y dogma de nuestra fe es que *Dios quiere salvar a todos los hombres* (1 Tim. 2,4)... Los que por toda la eternidad haya Dios arrojado de sí reconocerán que ellos han sido los causantes de su perdición.

Pero no fuera esto verdadero si los precitos no hubiesen tenido la posibilidad de conocer y recibir la luz divina de la fe, pues repugna no sólo a la bondad infinita de Dios, sino también a su justicia, el condenar a un alma sumida en invencible ignorancia.

Sin duda, la estrella conductora de los hombres a la fe no es una misma para todos; tiene destellos y matices varios; pero su fulgor es asaz visible para que los corazones de buena voluntad puedan reconocerla y descubrir en ella la señal de la vocación divina. Dios, en su providencia sapientísima, varía incesantemente su acción. Incomprensible como El mismo, la cambia, siguiendo las reales esplendideces, siempre activas de su amor, y las exigen-

cias, siempre santas, de su justicia. Aquí debemos adorar, con San Pablo, *la profundidad insondable de los caminos de Dios y proclamar cómo trasciende infinitamente a todo cuanto puede alcanzar el ojo humano. ¿Quién penetró jamás en los arcanos del Señor o fué su consejero?* (Rom. 11,33)».

817 c) LLAMADA A LA FE Y A LA SALVACIÓN

«Nosotros hemos tenido la dicha de haber «visto la estrella» y de haber reconocido por Dios nuestro al Niño en el pesebre, y nos ha cabido la suerte de pertenecer a la Iglesia, cuyas primicias fueron los Magos.

En el oficio de la festividad, la liturgia denomina esta vocación de todo el género humano a la fe y a la salvación en la persona de los Magos «las bodas de la Iglesia con el Esposo». Mirad con qué alegría y en qué términos tan magníficos y simbólicos, extractados del profeta Isaías, proclama en la Epístola de la misa el esplendor y gloria de esta Jerusalén espiritual, que debe acoger en su maternal regazo a las naciones: *Levántate y resplandece, Jerusalén, porque ha venido tu deseada luz y se ha manifestado sobre ti la gloria del Señor. Cuando las tinieblas cubran la tierra y la obscuridad los pueblos, nacerá sobre ti el Señor y veráse en ti su gloria. Las gentes caminarán guiadas de tu luz y los reyes al resplandor de tu aurora. Alza tus ojos en derredor y mira: todos se han juntado y vienen a ti; de lejos vendrán tus hijos y del lado surgirán tus hijas. Entonces verás y quedarás radiante de alegría y tu corazón se maravillará y dilatará, porque te traerán las riquezas de la mar y los tesoros de las naciones* (Is. 60,1-5).

818 Demos incesantemente acción de gracias por *habernos hecho dignos de compartir la herencia de los santos en la luz, al librarnos del poder de las tinieblas para trasladarnos al reino de su Hijo* (Col. 1, 13), es decir, a su Iglesia.

El llamamiento a la fe es un insigne beneficio, porque contiene en germen la vocación a la eterna bienaventuranza de la visión divina. No olvidemos que ella ha sido la alborada de todas las misericordias de Dios y que la felicidad del hombre se resume en la fidelidad a esta vocación; la fe ha de conducirnos hasta la visión beatífica...

Pidamos también a Dios que otorgue este don preciadísimo de la fe a todas las almas que *de asiento yacen en las tinieblas y sombras de la muerte;* supliquemos al Señor que las ilumine con su estrella y que El mismo sea *el sol que las visite desde lo alto con su dulce misericordia* (Lc. 1,7-79).

Mucho agrada a Nuestro Señor que pidamos sea conocido y glorificado como el Salvador de todos los hombres y Rey de los que dominan. Lo es asimismo el Padre Eterno, pues no desea otra cosa sino la glorificación de su Hijo.

Repitamos muy a menudo, en estos santos días, la oración que el mismo Verbo encarnado ha puesto en nuestros labios: ¡Oh Padre celestial, *Padre de las luces!* Haced que llegue vuestro reino, el reino que tiene por jefe a vuestro Hijo Jesús: *Adveniat regnum tuum!* Sea vuestro Hijo cada vez más y más conocido, amado, servido y glorificado, para que, a su vez, manifestándoos más aún a los hombres, os glorifique en la unidad de vuestro común Espíritu».

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

La supranacionalidad de la Iglesia

A) La Iglesia, bandera alzada entre las naciones, pertenece por igual a todos

319 a) La Iglesia es supranacional, madre de todos los pueblos, y a todos pertenece por igual

«La Iglesia católica, cuyo centro es la Urbe, es supranacional por su misma esencia. Esto tiene un doble sentido, uno negativo y otro positivo. La Iglesia es madre, *Sancta Mater Ecclesia*, una verdadera madre, la madre de todas las naciones y de todos los pueblos, no menos que de todos y cada uno de los hombres; y precisamente por ser madre, no pertenece ni puede pertenecer exclusivamente a este o a aquel pueblo, y tampoco a un pueblo más y a otro pueblo menos, sino a todos por igual. Es madre, y, por lo tanto, no es ni puede ser extranjera en ningún lugar; ella vive, o al menos por su naturaleza debe vivir, en todos los pueblos. Además, mientras la madre, con su esposo y sus hijos, forma una familia, la Iglesia, en virtud de una unión incomparablemente más estrecha, constituye, más y mejor que una familia, el Cuerpo místico de Cristo. Por lo tanto, la Iglesia es supranacional, porque es un todo indivisible y universal» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1945*, 6: Col. Enc., p.244).

«En un tiempo perturbado, como todavía es el nuestro, la Iglesia, por su bien propio y por el de la humanidad, debe hacer todo lo posible para valorizar su integridad indivisa e indivisible. Hoy tiene ella que ser más supranacional que nunca» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1945*, 8: Col. Enc., p.245).

«Es supranacional porque abraza con un mismo amor a todas las naciones y a todos los pueblos, y es tal, según ya hemos señalado, porque en ningún lugar es extranjera. Vive y se desarrolla en todos los países del mundo, y todos los países del mundo contribuyen a su vida y a su desarrollo. Tiempo hubo en que la vida eclesiástica, en cuanto es visible, se desarrollaba perfectamente en los países de la vieja Europa, de donde se difundía, cual río majestuoso, a lo que podía llamarse la periferia del mundo; hoy aparece, por lo contrario, como un intercambio de vida y de energías entre todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo en la tierra. No pocas regiones de otros continentes han sobrepasado hace ya mucho tiempo el período de la forma misionera de su organización eclesiástica, siendo regidas ya por una propia jerarquía y dando a toda la Iglesia bienes espirituales y materiales, mientras que antes solamente los recibían» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1945*, 9: Col. Enc., p.246).

b) Y FORMA UN TODO INDIVISIBLE COMO CRISTO 320

«La Iglesia es un todo indivisible, porque Cristo, con su Iglesia, es indiviso e indivisible. Cristo, como cabeza de la Iglesia, es—usaremos un profundo pensamiento de San Agustín (cf. *Serm.* 341,1: PL 39,1493)—«totus Christus», Jesucristo íntegro. Esta totalidad de Cristo, según el santo Doctor, significa la indivisible unidad de la cabeza y del cuerpo «in plenitudine Ecclesiae», en aquella plenitud de vida de la Iglesia, que une todas las zonas y todos los tiempos de la humanidad redimida, sin excepción alguna. Establecida firmemente con raíz tan profunda, la Iglesia, hallándose como se halla en medio de toda la historia del género humano, en el campo agitado y revuelto de energías divergentes y de tendencias opuestas, aunque expuesta a todos los asaltos dirigidos contra su indivisible integridad, tan lejos está de ser sacudida por ellos, que de su propia vida de integridad y de unidad irradia y difunde siempre nuevas fuerzas sanadoras y unificadoras en una humanidad desgarrada y dividida, fuerzas de unificante gracia divina, fuerzas del Espíritu unificador, de las que todos están hambrientos, verdades que siempre y doquier valen, ideales que siempre y doquier arden» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1945*, 7: Col. Enc., p.245).

c) POR ESO ES UN SACRÍLEGO ATENTADO HACERLA COMO PRISIONERA DE UN PUEBLO PARTICULAR 321

«De todo ello se deduce que era y es un sacrílego atentado contra el «totus Christus», Jesucristo en su integridad, y al mismo tiempo un golpe nefasto contra la unidad del género humano, siempre que se ha intentado o se intenta hacer a la Iglesia como prisionera o esclava de este o de aquel pueblo particular, o confinarla en los angostos límites de una nación, o también desterrarla. Ese desmembramiento de la integridad de la Iglesia ha disminuído o disminuye—tanto más cuanto más dura—, en los pueblos que son víctima de él, el bien de su vida real y plena» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1945*, 7: Col. Enc., p.245).

d) SE HA HUNDIDO LA SANA LIBERTAD HUMANA AL QUERER UNIR A LA HUMANIDAD SIN LA IGLESIA Y CONTRA ELLA 322

«Pero el individualismo nacional y estatal de los últimos siglos no sólo ha pretendido vulnerar la integridad de la Iglesia, debilitar y obstaculizar sus fuerzas aunadoras y unificantes, aquellas fuerzas que, sin embargo, tuvieron en otro tiempo una parte esencial en la formación de la unidad del Occidente europeo. Un anticuado liberalismo quiso crear, sin y contra la Iglesia, la unidad mediante la cultura laica y un humanismo secularizado. Acá y allá, como fruto de su acción disolvente y al mismo tiempo como enemigo, le sucedió el totalitarismo. En una palabra, ¿cuál ha sido después de poco más de un siglo el resultado de todos aquellos esfuerzos sin la Iglesia y a veces contra ella? La tumba de la sana libertad humana; las organizaciones impuestas; un mundo que por la brutalidad y la barbarie, por las destrucciones y por las ruinas y, sobre todo, por la funesta desunión y la falta de seguridad, no había conocido igual» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1945*, 7: Col. Enc., p.245).

323 e) ANTE EL MUNDO DESPEDAZADO LA IGLESIA ES BANDERA ALZADA QUE INFLUYE POR SU UNIDAD E INTEGRIDAD

«Esta Iglesia se eleva hoy, en medio del mundo despedazado y dividido, como una señal amonestadora, como una *bandera alzada ante las naciones* (Is. 11,12), que llama hacia sí aun a los que todavía no creen, y confirma a sus hijos en la fe que profesaron, porque sin Dios y lejos de Dios no puede haber entre los hombres unidad alguna verdadera, sólida y segura» (Pío XII, *A los nuevos cardenales*, 20 febrero 1946, n.2: Col. Enc., p.324).

«Así, pues, si hoy tantos de todas partes, en una ansiosa expectación y en una trémula esperanza, se vuelven hacia la Iglesia y le piden y le preguntan cuál es su parte (de la Iglesia) en la salvación de la sociedad humana, en el establecimiento de aquel bien inestimable, más precioso que todos los tesoros, que es una permanente paz interior y exterior, la respuesta de la Iglesia puede ser múltiple y varia, como variadas son sus posibilidades. Sin embargo, la grande y definitiva respuesta, a la cual pueden reducirse todas las demás, continúa siendo siempre la unidad y la integridad de la Iglesia fundada en Dios y en Cristo. De donde la necesidad—en primer lugar para los mismos hijos de la Iglesia, pero también para la sociedad humana en general—de tener una noción clara y exacta del influjo prácticamente ejercido por aquella unidad y por aquella integridad. Ese influjo se ejerce sobre el fundamento, sobre la estructura y sobre la dinámica de la sociedad humana» (Pío XII, *A los nuevos cardenales*, 20 de febrero de 1946, 3: Col. Enc., p.324).

324 f) YA QUE, AL CONTRARIO DEL IMPERIALISMO MODERNO, ELLA PROGRESA ANTE TODO EN PROFUNDIDAD

«La unidad y la integridad de la Iglesia, aclarada por la evidencia de su supranacionalidad, es de gran importancia para el fundamento de la vida social. No ya porque sea oficio de la Iglesia abarcar y en cierto modo abrazar, a guisa de un gigantesco imperio mundial, a toda la sociedad humana. Concebir así la Iglesia, como un imperio terrenal y dominador del mundo, es fundamentalmente falso; en ninguna época de la historia ha sido verdadero, ni correspondiente a la realidad, a no ser que erróneamente se pretenda trasladar a los siglos pasados las ideas y la terminología propias de nuestro tiempo.

La Iglesia—aun cumpliendo el mandato de su divino Fundador de difundirse por todo el mundo y de conquistar toda criatura para el Evangelio—no es un imperio, sobre todo en el sentido que suele darse ahora a semejante palabra. Ella señala en su progreso y en su expansión un camino inverso al del imperialismo moderno. Ella progresa ante todo en profundidad, luego en extensión y en amplitud. Ella busca primeramente al hombre mismo; se afana por formar al hombre, por modelar y perfeccionar en él la semejanza divina. Su trabajo se realiza en el fondo del corazón de cada uno, pero tiene su repercusión por todo el tiempo de la vida, en todos los campos de la actividad de cada uno. Con hombres así formados, la Iglesia prepara a la sociedad humana una base, sobre la cual puede ésta apoyarse con seguridad. El imperialismo moderno, por lo contrario, sigue un camino opuesto. El procede en extensión y en amplitud. No busca al hombre como tal, sino las cosas y las energías a las cuales le hace servir; con esto lleva en sí gérmenes que ponen en peligro el fundamento de la convivencia humana. En esas condiciones, ¿puede tal vez maravillar la angustia actual de los pueblos por su recíproca seguridad? Angustia que se deriva de la desenfrenada

tendencia a la expansión, que oculta en sí el gusano roedor de la continua inquietud y determina que a una necesidad de seguridad siga sin interrupción otra, tal vez aún más apremiante» (Pío XII, *A los nuevos cardenales*, 20 de febrero de 1946, 4: Col. Enc., p.324).

«Pero, además, vana sería la solidez de la base si a la construcción le faltase cohesión y equilibrio. Ahora bien, la Iglesia contribuye también a la cohesión y al equilibrio de todos los múltiples y complejos elementos del edificio social. También aquí su acción es, ante todo, interior. Los puntales, los contrafuertes, aplicados desde el exterior a un edificio que peligra, no son sino un precario paliativo y sólo logran el retardar por algún tiempo el fatal derrumbamiento. Si las injurias del tiempo, que no han perdonado a tantos monumentos de fecha más reciente, han respetado las magníficas catedrales góticas del siglo XIII; si éstas han continuado irguiéndose tranquilas por encima de las ruinas que las rodean, es porque sus arbotantes no hacen sino aportar un concurso, precioso, sí, pero accidental, desde el exterior a la intrínseca fuerza del organismo ojival, con su arquitectura genial, no menos firme y precisa que audaz y esbelta.

Así también la Iglesia. Ella obra en lo más íntimo del hombre, del hombre en su dignidad personal de criatura libre, en su dignidad infinitamente más alta de hijo de Dios. La Iglesia forma y educa a este hombre, porque sólo él, completo en la armonía de su vida natural y sobrenatural, en el ordenado desarrollo de sus instintos y de sus inclinaciones, de sus ricas cualidades y de sus variadas aptitudes, es al mismo tiempo el origen y el fin de la vida social, y con ello también el principio de su equilibrio» (Pío XII. *A los nuevos cardenales*, 20 de febrero de 1946, 5: Col. Enc., p.325).

g) Las tendencias imperialistas, por el contrario, mantienen únicamente su cohesión por la fuerza, no por la adhesión de los hombres 325

«Ved por qué el Apóstol de las gentes, al hablar de los cristianos, proclama que ellos ya no son como niños vacilantes (Eph. 4,14), de andar incierto en medio de la sociedad humana. Nuestro predecesor Pío XI, en su encíclica sobre el orden social *Quadragesimo anno*, sacaba de este mismo pensamiento una conclusión práctica, cuando promulgaba un principio de valor general, es decir: lo que los individuos pueden hacer por sí y con sus propias fuerzas no debe serles quitado para ser confiado a la comunidad; principio que vale igualmente para las comunidades menores y de orden inferior frente a las mayores y más altas. Porque—prosigue así el sabio Pontífice—toda actividad social es, por naturaleza suya, subsidiaria: debe servir de auxilio para los miembros del cuerpo social, sin jamás destruirlos ni absorberlos. Palabras verdaderamente luminosas, aplicables a la vida social en todos sus grados, y también a la vida de la Iglesia, sin perjuicio de su estructura jerárquica.

Y ahora, venerables hermanos, con esta doctrina y con esta práctica de la Iglesia, comparad, en su realidad, las tendencias imperialistas. Aquí no encontraréis ningún principio de equilibrio interno; y por ello la solidez de la convivencia humana sufre un daño nuevo y grande. Si de hecho esos gigantescos organismos no tienen ningún real fundamento moral, necesariamente evolucionan siempre hacia una concentración cada vez mayor y hacia una cada vez más apretada uniformidad. Por ello su equilibrio, su misma cohesión, se mantienen únicamente por la fuerza y el influjo opresor de las condiciones materiales y de los procedimientos jurídicos, de los acontecimientos y de las instituciones, pero no en virtud de la adhesión íntima de

los hombres, de su actitud y rapidez para tomar iniciativas y asumir las responsabilidades. El llamado orden interior redúcese casi a una simple tregua entre los diversos grupos, con la continua amenaza de romper su equilibrio en cualquier cambio, ya de los intereses cruzados, ya de la proporción entre las respectivas fuerzas. Tan frágiles y tan inestables como son en su continuación interna, estos organismos están otro tanto más expuestos a convertirse en peligrosos aun para la entera comunidad de los Estados» (Pío XII, *A los nuevos cardenales*, 20 de febrero de 1946, 5: Col. Enc., p.325).

326 h) EN OTRAS CIRCUNSTANCIAS, TAMBIÉN LA IGLESIA CURA LAS HERIDAS DE UN IMPERIALISMO CERRADO, SIN ENFEUDARSE A NINGÚN GRUPO ÉTNICO O CLASE SOCIAL

«Sin duda que es muy diverso el caso de un imperio fundado sobre una base cuyo carácter espiritual se ha establecido y reforzado a través de la historia, y que encuentra su apoyo en la conciencia de una gran mayoría de los ciudadanos. Pero ¿acaso no ofrece su costado a un peligro de otra naturaleza, esto es, el de conceder una estimación exagerada, una atención exclusiva a todo cuanto le es propio, y no saber apreciar o simplemente conocer lo que le es extraño? Y ved de nuevo la unidad y la integridad de la comunidad humana conmovidas por la brecha producida en un punto esencial de su fundamento; ved vulnerado el sagrado principio de la igualdad y de la paridad entre los hombres.

También aquí la Iglesia es la que puede curar y sanar semejante herida. También aquí ella lo hace, penetrando en las profundidades más íntimas del ser humano y colocándolo en el centro de todo el orden social. Ahora bien, este ser humano no es el hombre abstracto, ni considerado tan sólo en el orden de la pura naturaleza, sino el hombre completo, cual es ante los ojos de Dios, su Creador y Redentor, cual es en su realidad concreta e histórica, que no se podría perder de vista sin comprometer la economía normal de la convivencia humana. Lo sabe la Iglesia, y obra en consecuencia. Si, en determinados tiempos y lugares, una u otra civilización, uno u otro grupo étnico o clase social, han hecho sentir su influjo en la Iglesia más que otros, esto no significa, sin embargo, que ella se enfeude a ninguno ni que se fosilice, por decirlo así, en un momento de la historia, cerrándose a todo ulterior desarrollo. Al contrario, inclinada como está sobre el hombre con una incesante atención, escuchando todos los latidos de su corazón, ella conoce todas sus riquezas, percibe todas sus aspiraciones con aquella clarividente intuición y agudeza penetrante, que sólo puede derivarse de la luz sobrenatural de la doctrina de Cristo y del calor sobrenatural de su divina caridad. Y así la Iglesia, en su progreso, sigue, sin detención y sin choque alguno, el camino providencial de los tiempos y de las circunstancias. Tal es el sentido profundo de su ley vital de continua adaptación, que algunos, incapaces de alzarse a ese concepto tan magnífico, han interpretado y presentado como oportunismo. No; la comprensión universal de la Iglesia nada tiene que ver con la estrechez de una secta ni con el exclusivismo de un imperialismo prisionero de su tradición.

Con todo cuidado tiende ella al fin que Santo Tomás de Aquino, siguiendo al Estagirita, señala a la vida común, que es el de unir entre sí a los hombres con los lazos de la amistad. Se ha dicho que, con todos los medios modernos de comunicación, los pueblos y los hombres están ahora más aislados de lo que jamás estuvieron. Pero esto nunca se podrá decir de los católicos, de los miembros de la Iglesia» (Pío XII, *A los nuevos cardenales*, 20 de febrero de 1946, 6: Col. Enc., p.326).

B) La Iglesia ante la humanidad dividida

a) Unos quieren que la Iglesia se ponga al servicio de intereses meramente políticos 327

«Ahora bien, quienes falsamente consideran a la Iglesia casi como una cualquier potencia terrenal, como una especie de imperio mundial, fácilmente se ven inducidos a exigir también de ella, como de los demás, la renuncia a la neutralidad, la opción definitiva en favor de una u otra parte. Sin embargo, en el caso de la Iglesia no se puede tratar de renunciar a una neutralidad política, por la sencilla razón de que ella no puede ponerse al servicio de intereses meramente políticos.

Y no se crea que sea éste un puro juego de palabras y de conceptos. Basta tener una noción elemental del fundamento en que la Iglesia descansa como sociedad, para que se nos comprenda sin necesidad de explicaciones más amplias. El divino Redentor fundó la Iglesia para comunicar, por medio de ella, a la humanidad su verdad y su gracia hasta el fin de los tiempos. La Iglesia es su Cuerpo místico. Ella es toda de Cristo, y Cristo es de Dios» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1951*, 4: Col. Enc., p.291).

b) Lo cual es herir la esencia misma de la Iglesia 328

«Los hombres políticos, y a veces hasta hombres de Iglesia, que intentasen hacer de la Esposa de Cristo su aliada o el instrumento de sus combinaciones políticas nacionales o internacionales, herirían la esencia misma de la Iglesia, dañarían a su propia vida; en una palabra, la rebajarían al mismo plano en que se debaten los conflictos de intereses temporales. Y esto es y continúa siendo verdad, aunque se haga por razones e intereses legítimos en sí mismos.

Quien quisiere, pues, separar a la Iglesia de su presupuesta neutralidad, o hacer presión sobre ella en la cuestión de la paz, o menoscabar su derecho a determinar libremente si ha de tomar posición en los varios conflictos y cuándo y cómo ha de hacerlo, no facilitaría su cooperación a la obra de la paz, porque una tal determinación por parte de la Iglesia, aun en los asuntos políticos, nunca puede ser una actuación puramente política, sino que debe ser siempre «sub specie aeternitatis», a la luz de la ley divina, de su orden, de sus valores y de sus normas» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1951*, 5: Col. Enc., p.292).

c) Y si ella juzga o habla no es por partidismo, sino en virtud de su misión divina 329

«No es raro el caso de que a potencias e instituciones puramente terrenales se las vea salir de su neutralidad, para formar hoy en un campo, mañana tal vez en otro. Es un juego de combinaciones que puede explicarse por el incesante fluctuar de los intereses temporales. Pero la Iglesia se mantiene alejada de semejantes combinaciones mudables. Si juzga, no es porque salga de una neutralidad observada hasta entonces, porque Dios jamás es neutral respecto a los acontecimientos humanos, ni ante el curso de la historia; y por ello tampoco puede hacerlo la Iglesia. Si habla ella, es en virtud de su misión divina querida por Dios. Si habla y juzga sobre los

problemas del día es con la clara conciencia de anticipar, por la virtud del Espíritu Santo, la sentencia que al final de los tiempos confirmará y sancionará su Señor y Cabeza, Juez del universo.

Tal es la función propia y sobrehumana de la Iglesia respecto a las cosas políticas. ¿Qué quiere decir, pues, esa vana frase de una neutralidad a la que debería renunciar la Iglesia?» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1951*, 6: Col. Enc., p.292).

330 d) OTROS QUIEREN LA NEUTRALIDAD DE LA IGLESIA, SIN COMPRENDER QUE ELLA NO PUEDE PERMANECER INDIFERENTE ENTRE EL BIEN Y EL MAL

«Otros, por lo contrario, quieren la neutralidad de la Iglesia en interés de la paz. Pero tampoco éstos tienen una idea justa del lugar que la Iglesia ocupa en el curso de los grandes acontecimientos mundiales.

Ella no puede bajar de la alta esfera sobrenatural, que no conoce la neutralidad política—en el sentido en que este concepto se aplica a las potencias terrenas—, lo cual no excluye, antes bien, confirma profundamente la parte que ella toma en las angustias y en los sufrimientos de sus miembros, divididos entre uno y otro campo, y la inquietud que ella experimenta por la oposición de opiniones y de deseos dentro de sus propias filas. La Iglesia no puede avenirse a juzgar con criterios exclusivamente políticos, no puede ligar los intereses de la religión a orientaciones determinadas por motivos puramente terrenos, ni puede exponerse al peligro de que se dude fundadamente de su carácter religioso; no puede olvidar, ni siquiera por un momento, que su cualidad de representante de Dios sobre la tierra no la permite permanecer indiferente ni un solo instante entre el bien y el mal en las cosas humanas. Si la pidiesen esto ella debería negarse, y los fieles de ambos bandos deberían, en virtud de su fe y esperanza sobrenaturales, comprender y respetar esa actitud suya» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1951*, 7: Col. Enc., p.292).

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

Queremos dar en esta sección un resumen histórico-literario de los principales problemas que se han planteado en torno a la figura de los Magos, recogiendo los datos, tradiciones y leyendas de los principales autores antiguos y tratadistas contemporáneos.

A) ¿Quiénes eran los Magos? 331

El Evangelio califica a los adoradores de Jesús de «magos», palabra que sabe a primera vista a encanto y a hechicería, a artes esotéricas y ocultas, a brujería y a sortilegio. Pero no. El nombre de mago especifica también en el Oriente al sabio, al filósofo, al perito en astrología. En su origen parece ser una palabra persa, vinculada a la figura y a las enseñanzas de Zoroastro. Magos fueron sus discípulos, agrupados en poderosa clase, como consejeros y ayos de los príncipes. Cultivaban las ciencias de la naturaleza, la astrología y la teología, y actuaban, al decir de Herodoto, con noble prestigio en los asuntos del Estado. El jefe de los «magos», según testimonia Jeremías, figuraba entre los príncipes más distinguidos de Nabucodonosor. El propio profeta Daniel recibió el título de «gran mago» en recompensa de sus servicios. Sacerdotes, y maestros a la vez, profesaban la teología avéstica de la eterna lucha entre el bien y el mal, de la que había de triunfar el primero, como subraya Ricciotti, merced a la intervención de «un socorredor» o «verdad encarnada» en el que se cifraban todas las esperanzas, pues había de devolver a la humanidad su primitiva condición feliz. Esta doctrina teológica se puso en contacto con la hebraica de un Mesías redentor, y así nada tiene de extraño que algunos magos, los del Evangelio, al refulgir en el abismo negro y aterciopelado del cielo de Oriente la nueva estrella, rutilante como una pupila, ellos, avezados a la observación astrológica desde sus «zigurah», creyeran llegado el momento de la venida del «socorredor», o recordaran los pronósticos hebreos del adivino Balaam, aprendidos durante el cautiverio israelita, y pensaran que había aparecido la estrella de Jacob.

Eran, pues, los Magos de nuestra historia unos de tantos sabios astrólogos, semejantes a los que florecieron en la época de los medos y de los aqueménidas, expertos en la observación de la naturaleza, de los elementos y de los misterios de los astros, en el caso de que se les suponga de origen persa, o simplemente hombres graves consagrados al estudio de los cielos, o incluso judíos que vivían en la Arabia con la esperanza de que una estrella nacería de Jacob y un cetro se levantaría en Israel.

332 ## B) ¿Eran reyes?

El Evangelio no les atribuye jerarquía real. Quien primero los llama reyes es Tertuliano, fundándose precisamente en el salmo 71: «Los reyes de Tarsis y de las Islas le ofrecerán dones; los reyes de la Arabia y de Saba le traerán presentes»; y en aquel otro (67,30): «Por tu templo en Jerusalén te ofrecen dones los reyes»; y asimismo en el conocido pasaje de Isaías: «Los reyes caminarán al resplandor de tu aurora...; todos los de Saba vendrán trayendo oro e incienso». Desde los primeros siglos de la Iglesia se establece en los Padres una corriente favorable a proclamar la categoría regia de los Magos, como testimonian San Cesáreo de Arlés, San Gregorio Magno, San Hilario y el mismo San Jerónimo. Pero ¿cómo es posible que el evangelista, tan preciso en aplicar al Salvador las profecías bíblicas, olvidara este detalle? Por otra parte, no parece que Herodes los agasajase en su corte en plan de reyes, ya que ni los envió embajadores y legados, según la costumbre oriental, ni salió a recibirlos. Tampoco se explica cómo pudieron luego marcharse ocultamente, sin aparato de despedida. La crítica moderna se pronuncia, por tanto, en sentido negativo, afirmando que la categoría real, inspirada desde luego en los aludidos textos de la Escritura, es mera leyenda, generalizada a partir del siglo VI. Los sagrados pasajes aluden en términos elevados y metafóricos a la conversión general de los gentiles y en los monumentos más antiguos del arte cristiano los Magos no lucen atributos de realeza hasta el siglo VIII, en que se los confiere la fantasía medieval.

Mas contra estos argumentos esgrimen otros no menos estimables los defensores acérrimos de la condición monárquica. San Mateo—vienen a afirmar—pudo omitir el dato de la realeza, porque le importó subrayar, más que el aparato regio, la sabiduría de los Magos, ya que el conocer el nacimiento de Cristo por una estrella es cosa más propia de astrólogos que de reyes. También la Escritura a veces omite el título real, como ocurre con los amigos de Jacob, que eran tales y no se les llama así. Por lo que respecta a Herodes, si no los agasajó como reyes fué para exaltar su propia gloria y majestad, y si no los despidió regiamente fué acaso por astucia... En cuanto a las representaciones artísticas, se asegura que si el resplandor de la realeza está más dentro del tono de modestia y simplicidad, propia del arte ingenuo e incipiente...

En suma, que no faltan razones tampoco para mantener la tradición popular y poética de los monarcas orientales humillando su majestad ante el Rey de reyes, recién nacido en el pesebre de Belén.

333 ## C) ¿Cuántos eran?

Nada dice el Evangelio sobre el número de los Magos. Un silencio semejante se percibe en los Padres más antiguos. El primero que precisa la cifra es Orígenes, para quien fueron tres. Luego, la tradición fluctúa. Los sirios y los armenios hablan de doce, inspirándose acaso en el escrito apócrifo llamado de Seth. El Crisóstomo en algún lugar acepta la cifra. Pero en el Occidente, salvo la discrepancia de Pedro Abelardo, que se aferra a la docena, y la del autor de la Glosa ordinaria, que alude vagamente a «muchos», el número de tres se afianza sobre todo a partir de los sermones de San León,

y más tarde, cuando sigue el mismo criterio San Gregorio Magno. Con este sentir congenian las representaciones artísticas arcaicas, sin otra excepción que los frescos de las catacumbas de los santos Pedro y Marcelino, donde sólo figuran dos Magos, y los de Domitila, en que se dibujan cuatro. Kraus explica este hecho por razones de simetría, y asegura que en nada desmiente la tradición occidental del número de tres, ratificada, por otra parte, en el primer sermón de la Epifanía de San Agustín y luego en los escritos de San Anselmo y de San Beda.

Parece indudable que la teoría ternaria, en vigor hasta nuestros días, a pesar de no aludirse a ella ni en el Breviario, ni en el Misal, ni en la liturgia romana, se apoya en razones de simbolismo. La más sencilla es el número de los dones, y en ella coincide la mayoría de los Padres. Pero no han faltado escritores que han querido ver en la tríada de ofrendas y en el número de los Magos el símil de la Trinidad, empezando por el propio San Agustín. «Por un solo camino vinieron a la vez los tres Magos—dice San Máximo—, porque en un solo Cristo Jesús, que es el camino de todos los creyentes, estaba la Trinidad adorable». Otros autores, en fin, simbolizan en los tres Magos las edades de la vida, a saber: la juventud, la virilidad y la vejez, y hasta algunos, como San Ruperto, personifican en ellas las tres razas humanas: la semita, la camítica y la jafática o europea.

D) ¿Cómo se llamaban? 334

Ningún escritor griego ni latino se atrevió hasta el siglo VII a romper la reticencia evangélica sobre el nombre de los Magos. Un manuscrito de esa fecha, conservado en la Biblioteca Nacional de París, empezó a llamarlos: Bithisarea, Melchior y Gathaspa. El historiador Angelo, en el siglo IX, les asignó en su «Liber pontificalis Ecclesiae Ravennatis» los nombres actuales de Melchor, Gaspar y Baltasar, que, al parecer, recogió en el siglo XII San Beda, a quien debemos la primera semblanza física de los ilustres personajes. «El primero—dice—fué Melchor, viejo, cano, de barba y cabellos largos y grises... El segundo tenía por nombre Gaspar y era joven, imberbe y rubio... El tercero, negro y totalmente barbado, se llamaba Baltasar...»

Esta onomástica no concuerda, sin embargo, con la tradición siria, que nos ha transmitido doce nombres, entre los que los primeros son Zarvandad, hijo de Artabán; Hormizd, hijo de Sitruq, y Gushnasaph, hijo de Gunaphar. Tampoco se compagina con la nomenclatura que asignó a los Magos Zacarías, obispo, crisopolitano del siglo XII, quien los denominó Appellio que quiere decir «fiel»; Amero, «humilde», y Damasco, «misericordioso». En hebreo se llamaron, asimismo, Magalath, que se interpreta «mensajero»; Galgalah, que se traduce «devoto», y Saracin, que significa «gracia». En otros autores se denominaron Ator, Sator y Paratoras, y hasta hubo un escritor en el siglo VII para quien los Magos fueron Henoch, Elías y Melchisedec, que bajaron del paraíso hasta el pesebre betlemita atraídos por la estrella. Por encima de todas estas rarezas prevaleció hasta hoy la tradición de San Beda, tanto porque la aceptó la fantasía popular como porque la recogió así también el arte plástico de Occidente.

335

E) ¿De dónde venían?

Se ha pretendido concretar la vaga mención del Oriente a que alude el Evangelio con el país originario de los Magos. La más antigua opinión, sustentada por San Clemente Papa, San Justino y Tertuliano, los hace venir de la Arabia, sin otro fundamento que los pasajes de la Escritura aludidos más arriba y la naturaleza de los dones, especialmente del incienso y la mirra, que se tenían por productos arábigos. Pero ni uno ni otro se cultivan en la Arabia con exclusividad, ni aunque así fuera el Evangelio dice que los Magos llevasen estos presentes de su propio país. Otro sector importante de autores, que encabeza Orígenes, inspirándose en la aparición de la estrella, reputan a Caldea, considerada como cuna de la astrología, la patria de los Magos. Tampoco la razón es decisiva, porque astrólogos hubo en todo el Oriente, e incluso los persas fueron científicamente más expertos que los caldeos.

Hay quien los hace venir de la Etiopía, del Egipto, de la India y hasta de la China, e incluso algunos pintores los han diseñado de razas distintas en armonía con las tres principales regiones del Oriente, a saber: el zoroastrismo, el brahmanismo y el budismo. Pero la doctrina más en boga entre los escritores contemporáneos y la que asimismo alcanza más defensores en la antigüedad es la de que vinieron de Persia, precisamente por ser oriunda de allí la casta de los magos. En este sentido se pronuncian San Basilio, San Juan Crisóstomo, el poeta Juvenco y San Cirilo de Alejandría, y en nuestro tiempo cuantos especialistas localizan el Irán como lugar donde vivieron los auténticos Magos evangélicos, antagónicos de los astrólogos nigromantes de la Caldea.

336

F) ¿Dónde adoraron a Jesús?

Se presenta la duda de si la adoración de los Reyes fué en el mismo establo del nacimiento o en una «casa» donde pudo albergarse la Sagrada Familia cuando, al terminar el censo, la gente se dispersó. La teoría de la gruta como escenario de la adoración cuenta con una tradición antigua que se remonta al siglo IV. Es más, se señala desde entonces en la cripta de Belén con un altar el sitio donde se verificó el suceso y en el que se celebraba la Epifanía, que constituía precisamente la principal fiesta del año y era la titular de la basílica. Allí, en ese altar, hasta el día de hoy y ante un humilde cuadro que evoca la adoración de los Reyes, se han prosternado los peregrinos de todos los siglos, seguros de que pisaban el mismo suelo donde los Magos ofrendaron sus dones. La crítica moderna, sin embargo, pretende que la palabra «casa» del Evangelio de San Mateo alude a un lugar diferente del establo, por lo que se hace preciso rectificar la tradición. O a lo menos no considera cierto el lugar venerado hasta nuestros días. Contra esta hipótesis se alza la consideración de que el vocablo «casa» pudo ser tan sólo una expresión común para designar simplemente «habitación». Aun con ella, un palestino de hoy llamaría también a una cueva. Esta razón, y sobre todo la poderosísima de que tanto el Crisóstomo como San Agustín y el mismo San Jerónimo, morador por espacio de tantos años en Belén, sitúen la adoración de los Magos en el establo, nos inclinan a respetar el criterio tradicional, consolidado asimismo por las innumerables representaciones artísticas, y a figurarnos sobre el portal la milagrosa estrella y a los Magos prosternados ante el humilde pesebre donde quiso nacer para redimirnos el Hijo de Dios.

G) *Oro, incienso y mirra* 337

La ofrenda de los dones se menciona en el Evangelio por este orden. ¡Oro, el poderoso metal amarillo, el primero que conocieron los mortales! Incluso antes que el cobre, en la remota lejanía de la edad prehistórica. ¡Oro, el que los semitas asociaron a las manifestaciones del culto y consagraron a la divinidad, hasta el punto de considerar sagradas las tierras en que se descubría!... ¿Quién podrá decir de dónde vino aquel oro que fué ofrecido al Niño del pesebre? Famosos eran en la antigüedad los áureos aluviones de la India, de donde innumerables esclavos lo extraían en los tiempos primitivos. Etíopes, medos y persas, al decir de Estrabón, usaron mucho el valioso metal. Caldeos y egipcios se acreditaron como los más peritos en la extracción y como los primeros que lo amalgamaron, enlazando las industrias con el culto religioso. Pero aún era más proverbial en producirlo la Arabia Feliz, el antiguo país del oro, de donde lo transportaban las caravanas a lomos de camellos, en consonancia con lo que cantó el salmista: «Le darán el oro de la Arabia»...

¡Incienso!, el blanco «lebonah» de los judíos, el «luban» de los árabes, el «libanos» de los griegos, proveniente de la «Amyris Kafai» o de la «Bowelia sacra», que lo lloraban cual lágrimas traslúcidas de amarillo limón. Así lo transpiraban los troncos del «árbol árabe», como lo llaman Plinio y Tertuliano, y era transportado del Africa a la India en granos elipsoideos para quemarse en humo de fragante olor en las turiferaciones sacrales en honor de las deidades del Oriente, empezando por el altar de los perfumes de la liturgia israelita. Allí, en el ara construída de madera de setim y recubierta de oro finísimo, recibió Yahvé, el Dios único, mañana y tarde y por espacio de siglos, el humeante homenaje de su pueblo escogido, a través de la combustión del purísimo incienso, mezclado con el estoraque, el ónice oloroso y el gálbano aromático.

Por último, la mirra..., resina amarga, también llorada en lágrimas rojizas y semitransparentes por la «Commifera» o «balsamodendron», de los que fluye en forma de zumo para cuajarse paulatinamente en el tronco. Ningún sahumerio ni ungüento alcanzó en el Oriente más prestigio que el confeccionado con mirra. Se la utilizaba como aroma excepcional, como humo perfumado para las ceremonias religiosas, como medicamento y, en el antiguo Egipto, según atestiguan las momias, para embalsamar cadáveres. Cual mirra selecta exhaló suave olor la sabiduría y como manojito de mirra fué su amado para la Esposa de los Cantares...

Pues he aquí que estos tres dones figuran desde la antigüedad en el inventario de los regalos de los «piadosos donantes». Por eso, nuestros reales viajeros, al abrir sus alforjas, ofrendaron lo que los extraños estimaban como los productos mejores de su tierra, como el emblema más afectuoso y expresivo. No ofreció Melchor el oro, Gaspar el incienso y Baltasar la mirra, según dice San Beda, sino tal vez cada una de las tres cosas, como proclama San Anselmo. Pero muy lejos estaban entonces de pensar que estos ingenuos obsequios alcanzarían bien pronto calidad de símbolo y que con ellos, como empezó a afirmar San Ireneo, declaraban quién era Aquel al que se debía adorar. «Ofrecían oro al que era Rey, y de un reinado que no tendría fin, incienso, al que era Dios, y mirra al que había de morir por el linaje humano». Honraron de esta manera, como subrayan el poeta español Juvenco, Sedulio y el propio San Gregorio Magno, al Rey, al Dios y al Hombre, y consumaron, según San Hilario, «el conocimiento de todo el

misterio: en el hombre, el misterio de la muerte; en Dios, el de la resurrección; en el Rey, el del juicio». Si los escritores ascéticos de todos los tiempos han visto en el oro la caridad, en el incienso la adoración y en la mirra la penitencia, y los místicos han presentido, a su vez, en los mismos motivos, la ofrenda de la pobreza, la obediencia y la castidad, el oficio de la Epifanía ha consagrado la simbología de los dones, cantando en el oro al Rey poderoso, en el incienso al Sacerdote magno y en la mirra al Dios sepultado, después de morir por la humanidad.

338 ## *H) La estrella*

Comúnmente se ha relacionado con la estrella de los Magos la llamada profecía o vaticinio de Balaam, que se refiere en el libro sagrado de los Números: «Se alzará una estrella de Jacob y surgirá un cetro de Israel». Los Magos, fieles observadores del firmamento, al observar la aparición del astro, y supuesto el conocimiento que poseían de las esperanzas mesiánicas de los hebreos, se sintieron atraídos a adorar al Salvador.

Sobre la estrella se han formulado multitud de hipótesis, desde las puramente fantásticas y literarias, hasta las más científicas. El evangelio apócrifo árabe dice que fué un ángel en forma de estrella. Según el Protoevangelio de Santiago, apareció «una estrella de mucho brillo entre todas las estrellas y que las eclipsaba hasta el punto de hacerlas invisibles». En análogos términos se expresa el libro armenio de la infancia. San Ignacio de Antioquía llegó a afirmar que «sobrepujaba en claridad a los demás astros, incluso a la luna y al sol, que danzaban en su torno». Tales cosas se dijeron en la antigüedad y aun en el alto medievo sobre la estrella de Belén, que Santo Tomás de Aquino hubo de rechazar la opinión de que fuera el Espíritu Santo y declarar que se trataba de una nueva estrella creada expresamente por Dios, no en el cielo, sino en el aire próximo a la tierra, y que se movía por voluntad divina a la manera de la columna de fuego que guió a los israelitas en el desierto.

Posteriormente se han desarrollado otras hipótesis. Ante todo, la creencia en una estrella fija ordinaria, cuya luz se vió entonces por primera vez. Esta teoría difícilmente puede concordarse dentro de las leyes astronómicas con lo que refiere el Evangelio, a saber: la dirección que tomó el astro y su parada, indicadora del establo de Belén. En segundo lugar, se ha reproducido la vieja tesis de Orígenes, por la que se creía un cometa, y hasta el mismo cometa Halley, que, al igual que en 1910, pasó también por el firmamento el año 12 antes de Jesucristo. Mas tampoco se armonizan sus leyes con la aparición y desaparición mencionadas en el Evangelio. ¿Fué quizá entonces la conjunción de Saturno y Júpiter en el signo de Piscis, ocurrida precisamente el año 747 de la fundación de Roma, según han planteado algunos astrónomos católicos de la época moderna? En tal caso, ¿por qué el evangelista emplea la palabra «aster», que designa siempre no un par de planetas, sino una estrella sola y aislada? Kepler, a pesar de cuanto se ha dicho, no aseguró que tal conjunción fuera la estrella de los Magos, sino que profesó la que creemos más cierta teoría, la de Santo Tomás de Aquino, a saber: «una estrella que no se movía en la región del éter, sino en las capas inferiores de la atmósfera». Sólo pensando, a la manera popular, en un prodigioso meteoro móvil puede explicarse ese aparecer y desaparecer, avanzar y pararse que describe el relato evangélico. Cobra así prestigio la ingenua interpretación de los Padres, en especial la de San Justino y el Crisóstomo, y sobre todo aquella visión de sor María de Agreda, en la «que el santo ángel formó

de la materia del aire una estrella refulgente, aunque no de tanta magnitud como las del firmamento, porque no subió más alta que pedía el fin de su formación». Fué, como la vió la madre Emmerich, el «globo de larga cola de fuego... que alguien conducía como pendiente de un hilo de luz»..., o «la nubecilla luminosa» que, al decir de Alfonso el Sabio en su *Crónica*, fué contemplada en España al mismo tiempo que nacía el Redentor.

En último extremo—y pensamos en las palabras de San Agustín—no fué la estrella ni siquiera un fenómeno celeste, sino tan sólo la «iluminación interna» con que Dios encendió el alma de los Magos para que percibieran el mensaje de la universal Epifanía.

I) El camino de regreso 339

Una vez que adoraron al Niño y le ofrecieron sus presentes, emprendieron el regreso a su patria. Ya no brillaba la estrella. Habían de retornar a Herodes para comunicarle la nueva de su feliz hallazgo, cuando aquella misma noche el aviso divino, percibido mientras dormían, les arrancó de las garras del malvado reyezuelo de Jerusalén. Era preciso huir a toda prisa, buscando una ruta poco frecuentada y anticiparse a la persecución de los sicarios reales. El Evangelio de San Mateo alude tan sólo «a otro camino». Los comentaristas han intentado las más diversas hipótesis. Puesto que el regreso había de verificarse secretamente para despistar a los espías del tirano, Arnobio el Joven, en el siglo V, opinó que los Magos debieron apresurarse a ganar la costa a grandes jornadas y regresar por vía marítima, esto es, esquivando por mar la Palestina, para alcanzar luego, por el Líbano y Siria, el paso hacia el Oriente. No hace falta, empero, suposición tan atrevida. Si los Magos, al venir en pos de la estrella, tomaron la ruta ordinaria de Jericó hasta Jerusalén, lo probable es que a la vuelta caminaran por el este de Belén, bien por senderos que, atravesando el Jordán, conducían a la meseta moabita, para enlazar con las caravanas orientales, o que, tocando la fortaleza herodiana de Masada, costearan la ribera occidental del Mar Muerto.

De todos modos, por uno u otro camino, se extinguió históricamente su memoria. Ni el Evangelio ni los libros apostólicos volvieron a mencionar a estos bienaventurados sabios del Oriente, a quienes el cielo deparó la fortuna de ver y adorar al Redentor.

J) El destino ulterior de los Magos 340

Desde entonces ha sido un enigma para la historia el destino ulterior de los Magos. Apenas si se encuentran noticias de su vida, ni en los Padres, ni siquiera en los escritos legendarios y apócrifos. Por mucho que se trate de exprimirla, bien poco jugo da de sí la alusión del Crisóstomo: «Tú, Cristo, llamaste con tu venida a los Magos del Oriente y los hiciste volver a los suyos convertidos en evangelistas». Sin embargo, no había de faltar la consabida leyenda que a lo menos abriera un horizonte a la piadosa fantasía de los fieles. Así, el autor del «Opus imperfectum» afirma que los Magos, al retornar a su patria, «vivieron muchos años glorificando a Dios, con más fervor que antes, y enseñaron y predicaron a muchos». Y aun añade que después de la resurrección de Jesucristo, cuando el discípulo incrédulo fué a evangelizar a los partos, atravesando el Tigris, como asegura Orígenes, y hasta

penetró en el desierto de la India, según narra el libro apócrifo de los «Hechos de Santo Tomás», escrito en lengua siríaca, los Magos se unieron al apóstol, quien no sólo los bautizó, sino que los tomó por colaboradores, los consagró obispos y robusteció sus almas con los dones celestes hasta hacerlos dignos de un martirio que padecieron en las postrimerías del siglo I de nuestra era. Lucio Dester, en su *Crónica*, por ejemplo, supone que el martirio de los Magos ocurrió en el año 70.

Mas, aparte de lo inseguro de tales hechos por la poca calidad de las fuentes que los relatan, está en pie todavía la duda sobre la propia evangelización índica de Santo Tomás. Y eso—digámoslo de pasada—que cuenta en su favor con una tradición del siglo III, reafirmada por el famoso relato de Cosme en el siglo VI, con la que se armoniza la llamada «cristiandad de Santo Tomás», encontrada por los portugueses al arribar a la India en el siglo XV, y aludida por San Francisco Javier; la ciudad situada entre el cabo Comorín y el de Bengala, denominada con el nombre del apóstol y cantada por Camoens como escenario martirial del discípulo «cuya mano tocó las heridas de un Dios», y la afirmación de Marco Polo de que «los peregrinos subían en grandes caravanas y los mismos sarracenos veneraban el sepulcro de Tomás como el de un compatriota».

A la leyenda de los Magos, obispos y mártires de la India, o por lo menos de la Persia, vino a unirse otra no menos sugestiva, que arranca del siglo XI. Tal es la que afirma que sus restos mortales fueron transportados por Santa Elena de Persia a Constantinopla y depositados en Santa Sofía, desde donde los trajo a Milán el obispo Eustorgio en el siglo IV. Allí fueron venerados por los fieles por espacio de siete siglos, hasta que en 1164 el emperador germánico Federico Barbarroja, accediendo a los deseos del canciller Reynaldo de Dassel, los trasladó, juntamente con los cuerpos de los santos Félix y Nabor, a Colonia. Se edificó primero en honor de los Magos un templo sencillo. Pero luego se convirtió, durante el siglo XIII, en la maravillosa catedral, orgullo del arte gótico, la cual aún en nuestros días perpetúa en el mundo cristiano la memoria de aquellos fieles seguidores de la estrella de Belén, a quienes la Iglesia ha colocado en los altares y ha asignado una fiesta propia en su calendario litúrgico.

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SIPNOSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

Tema litúrgico:

«Hemos visto su estrella» (1).

Los Magos:

El ejemplo de los Magos (3).
Una estrella en el cielo (7).

Simbolismo de los dones:

Caridad (9).
Mortificación (10).
Oración (11).

Vocación:

Vocación (8).
La vocación de los Magos (2).
La vocación en Cristo (4).
Conoce tu vocación (5).
Modo de conocer la vocación (6).

SERIE I: LITURGICOS

1

«*Hemos visto su estrella*»

I. *Simbolismo litúrgico de la estrella.* 341

A. La Liturgia con frecuencia busca el símbolo en los hechos históricos del Evangelio.

B. En la fiesta de Epifanía ve la Eucaristía, simbolizada en la estrella al decir en la comunión: «Hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorar al Señor».

C. Pero enciérrase, además, otro simbolismo en la estrella que guió a los Magos: la estrella significa a la Iglesia. La Iglesia, a través de los siglos, brilla con el resplan-

dor de Cristo y conduce a El los pueblos y los individuos.

342 II. *Es el día del desposorio de la Iglesia* (antif. del «Benedictus»).

A. Epifanía es, ante todo, fiesta de la manifestación de Cristo. Fiesta de grandeza y triunfo, de poderío y de luz: «Ecce advenit dominator dominus» (introito). Por ella la Iglesia se nos presenta en íntima unión con Cristo: «hodie caelesti Sponso iuncta est Ecclesia».

B. De aquí que la Iglesia brille a través de su historia con el fulgor divino de Cristo. En ella tienen realidad las palabras de Isaías que se leen en la Epístola: «Levántate y resplandece, que ya se alza tu luz y la gloria del Señor alborea para ti; mientras está cubierta de sombras la tierra y los pueblos yacen en tinieblas, sobre ti viene la aurora del Señor y en ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán en tu luz y los reyes a la claridad de tu aurora» (Is. 60,1-6).

C. La Iglesia es «la estrella de Cristo».

343 III. *Las gentes andarán en tu luz.*

A. Como la estrella guió a los Magos, la Iglesia está fundada para conducir a las gentes al reino de Dios. Cuantos han recibido a Cristo ha sido mediante la Iglesia; lo han encontrado en ella.

B. Sigue brillando hoy día la Estrella y... todavía las tinieblas cubren gran parte de la tierra. China, Japón, Oceanía, América... 1.500 millones de infieles. Muchas regiones de Europa, que no están en posesión de la verdadera religión. Ha de cumplirse la profecía «las gentes andarán en tu luz».

C. Para esto se necesitan apóstoles.

a) *Son ellos como los rayos de luz de la Iglesia. Por ellos brilló el Evangelio y se convirtieron las gentes a Dios. Pedro y Pablo y los otros once en el primer siglo. Bonifacio, Agustín, Patricio en la Edad Media. San Francisco Javier y los misioneros del Oriente. Los apóstoles de la oración, como Santa Teresa y Santa Teresita de Lisieux y la legión de almas desconocidas.*

b) *Lo característico de todos ellos es su amor a Cristo y a las almas. Sentían que Dios las amaba como a ellos; que, como ellos, habían sido también iguales: la del Rey y la del pordiosero; en su pueblo y en naciones extrañas. Y por Cristo y por las almas... se entregaban a la oración, al sacrificio, al apostolado.*

D. La fiesta de Epifanía es fiesta de pedir a Dios que suscite apóstoles... Fiesta propia para encender en nosotros la llama del apostolado para amar las almas que viven en tinieblas y pedir y sacrificarnos por ellas. A fin de que vean la Estrella y se acerquen a adorar a Cristo.

IV. *En nuestro ambiente.* 344

A. Todavía exige más de nosotros la Epifanía. Aun allí donde la Iglesia está constituída no se percibe su luz. Pertenecemos y vivimos en el reino de la Luz y estamos rodeados de tinieblas. El odio, la envidia, la ambición, la frivolidad, la deshonestidad cubren de tupido velo muchos sectores y ambientes de la vida, sin que la luz de la Iglesia penetre en ellos.

a) *En la familia, en la calle, en la escuela, en las oficinas, fábricas y talleres, en mercados, en las compraventas, en las relaciones con obreros y sirvientes, hasta en el templo, se filtra el desorden, la insinceridad, el egoísmo, la malicia.*

b) *Se hace caso omiso de la voz de la Iglesia, que habla constantemente y constantemente ilumina a través del papa y los obispos.*

B. ¿Por qué esto?... ¿Por qué resulta tan débil la voz de la Iglesia?... No es débil esta voz; es que no la reproducimos nosotros. Ni es tenue su luz, sino que no la reflejamos. La culpa puede ser nuestra. Epifanía viene a sembrar una inquietud. Necesita el mundo generaciones nuevas, totalmente renovadas, según el pensamiento de los modernos pontífices. Cada cristiano ha de ser «luz en el Señor». No podremos convertir a los hombres sino irradiando nosotros el Evangelio; viviendo para los demás, haciéndoles partícipes de la paz y alegría que nosotros tenemos; iluminando con los principios de la sana justicia y sublime caridad las relaciones de unos hombres con otros.

C. De este modo caminarán los pueblos con el resplandor de la Iglesia hacia el reino glorioso de Cristo.

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

2

La vocación de los Magos

I. *Vocación de los gentiles.* 345

A. La Iglesia ha concedido importancia extraordinaria a la fiesta de la Epifanía porque ella representa la vocación de los gentiles al Evangelio.

B. El pueblo cristiano en todas las épocas ha sentido íntimamente esta fiesta y la ha embellecido en las formas más variadas.

C. El tema de la vocación, pues, es propiísimo de esta fiesta.

346 II. *Concepto de vocación.*

A. La vocación, como su nombre indica, es llamada. Es Dios el que llama a los hombres. Es comunicación de un decreto divino, por consiguiente eterno, y concretamente relacionado con la vida del individuo a quien Dios llama. La vocación es la ejecución en el tiempo —como decimos—de un decreto eterno. No se puede separar el concepto de vocación del concepto de predestinación.

B. San Pablo lo dice en el capítulo séptimo a los Romanos: «A los que predestinó, a éstos también llamó», dice el Apóstol (Rom. 7,30).

a) *Los conoció con un conocimiento de amor en su presciencia divina. «In caritate perpetua dilexit te; attraxi a te miserans»* (Io. 31,3).

1. Te conocí desde la eternidad con un conocimiento amoroso: «in caritate perpetua».
2. Te traje en el tiempo ordenado a la vida: «atraxi».
3. Envuelto en mi misericordia: «miserans», y te destiné a la vida eterna.
4. Te justifiqué en el tiempo; te glorifiqué en la eternidad.

b) *«Y a estos que ha predestinado, también los ha llamado: y a quienes ha llamado también los ha justificado, también los ha glorificado»* (Rom. 7,30).

347 III. *Cristo, ejemplar y cabeza.*

A. La doctrina es agustiniana y ha sido recogida por Santo Tomás.

B. Cristo es cabeza y ejemplar de todos los predestinados, «a los que quiere Dios que sean conformes con su divino Hijo», primero, en los sufrimientos de esta vida mortal; después, en la gloria de su resurrección y de su triunfo eterno (cf. Rom. 8,18).

C. Por eso nuestra vocación es propiamente la filiación divina, que en nosotros es adoptiva así como en Cristo fué natural.

a) *«Herederos de Dios, coherederos de Cristo»* (Rom. 8,17).
b) *«Juntamente padecemos, para ser juntamente glorificados»* (Rom. 8,17).

348 IV. *Doble vocación.*

A. Hay que distinguir en el hombre la doble vocación: una vocación general y una vocación individual. Hasta ahora venimos hablando de la vocación general, que es la vocación a la gracia y a la gloria. A esta vocación

se refiere San Pablo en el capítulo 4 a los Efesios: «Yo os ruego, hermanos, que caminéis de un modo digno de la vocación a que habéis sido llamados» (Eph. 4,1).

B. Cinco actos de la acción divina. Los teólogos, resumiendo la doctrina de San Pablo, expresada principalmente en la Carta a los Romanos, distinguen lo que llaman cinco actos de la acción salvadora de Dios:

a) *La presciencia: En el cual consideran un acto de la inteligencia divina, si bien connotan también un acto de amor, de beneplácito divino.*

b) *La predestinación: Cuyo término es la filiación adoptiva y que, como se ha dicho, es llamada primero a la gracia, y después a la gloria.*

c) *La vocación propiamente dicha: Que son actos temporales a diferencia de la presciencia y predestinación, que son actos eternos. La vocación es la realización en el tiempo del decreto divino que existía en la mente de Dios. Así en el caso de los Reyes Magos.*

d) *La justificación: Acto temporal también que supone el concurso divino por la gracia para que el hombre realice temporalmente la vocación; es decir, la llamada divina en el tiempo de la voluntad eterna de Dios.*

e) *La glorificación: Es el término de este proceso amoroso de la Providencia divina.*

V. *Fidelidad a la vocación.* 349

A. Dios quiere que «todos los hombres sean salvos» (1 Tim. 2, 4). Sin embargo, es de fe que no todos los hombres se salvarán.

B. Porque este proceso divino que comprende cinco puntos, en dos de estos puntos es indispensable el concurso humano: en el de la vocación y el de la justificación.

a) *Por esto el apóstol San Pablo dice: «Yo os ruego, hermanos, que caminéis de un modo digno de la vocación a que habéis sido llamados»* (Eph. 4,1).

b) *Es decir, que respondáis a esta vocación con vuestras obras; es decir, que no falte vuestro concurso en la obra de vuestra salud.*

C. Los Reyes Magos. Los Reyes Magos fueron fidelísimos a la vocación del Señor. Son tan ejemplares las normas de su conducta que merecen un guión aparte.

3

El ejemplo de los Magos

I. *Un ejemplo admirable. De la simple lectura del texto evangélico se desprende que los Reyes Magos fueron modelo en el seguimiento de la vocación divina.* 350

A. Excelente disposición.

a) *Los autores ascéticos suponen que los Reyes Magos cuando apareció la estrella se encontraban, por su oficio, contemplando el cielo. Es decir, suponen que estaban entregados al trabajo a que su vocación natural les había llevado. Y en el trabajo advirtieron el fenómeno nuevo, desacostumbrado, extraordinario, que los cielos les ofrecían.*

b) *Dada su buena voluntad, Dios les descubrió cuál era el valor singular de aquella estrella. Fijos sus ojos en ella, contemplándola con humildad, considerándola una señal del cielo y deseosos de interpretar su significación, merecieron de Dios luz para penetrar en el sentido del fenómeno celeste. Advirtieron que la estrella se movía y comprendieron que les invitaba a seguirla.*

B. Prontitud en seguir la estrella.

a) *«Vidimus; venimus». Del texto se desprende que no dudan un momento en dejarlo todo y en caminar detrás de la estrella. Hubo por su parte docilidad y solicitud.*

b) *Auténticos hombres del tercer binario ignaciano. Lo dejaron todo, arrastrados por la voz de Dios, que misteriosamente les hablaba.*

C. Confianza en Dios.

a) *Se lanzaron a la ventura por un camino desconocido. Sin duda no procedieron según la prudencia humana, sino según el don de consejo.*

b) *He aquí una norma que deben guardar las almas santas cuando se sientan movidas por una inspiración celestial: una santa imprudencia, una divina temeridad puede ser el origen de su ventura, como ocurrió a los Reyes Magos. Cuando tengan conciencia de que Dios lo quiere aunque la empresa sea difícil y temeraria a los ojos de los hombres deben lanzarse a ella haciendo esta consideración: Si sale bien, ¡cuánta gloria no va a recibir Dios Nuestro Señor de ella!; si sale mal, de mi humillación consiguiente, ¡cuántos beneficios no se seguirán para la santificación de mi alma!*

D. Paciencia.

a) *Contemplad a los Reyes Magos soportando todas las molestias del camino largo. Las soportaban porque su determinación se basaba en la fortaleza.*

b) *Estaban seguros de que era la voz de Dios la que hablaba en el fondo de su alma. No fué una impresión pasajera la que les movió a realizar el viaje.*

E. Constancia.

a) *Dios les sometió a la más dura prueba que podían recibir: la desaparición de la estrella. Sin embargo, estaban tan seguros de la verdad de su llamada que cuando se ocultó Dios acudieron a la prudencia de los hombres para conocer el camino.*

b) *Pusieron todos los medios humanos. No desdeñaron la sentencia de los sabios de la tierra.*

F. Perseverancia.

a) *No ya guiados por la estrella, sino orientados por los sabios de Jerusalén, se encaminaron hacia la ciudad de Belén.*

b) *Dios premió su buena disposición. De nuevo apareció la estrella que iluminó y guió su camino. «Y en viendo la estrella ellos se alegraron con gozo sobremanera grande»* (Mt. 2,10).

c) *Y, al fin, como premio a su perseverancia, llegaron a la casa donde estaba Jesús con su madre.*

G. Generosidad y entrega.

a) *Conocieron la realeza divina de Jesús. Merecieron conocerla por la excelente disposición de su voluntad.*

b) *Completaron la santa empresa que habían emprendido entregando toda su persona y sus bienes a aquel niño en el que veían al mismo Dios del cielo. Cayeron de rodillas y adoraron, es decir, le entregaron su mente y su voluntad, le reconocieron por Dios y le ofrecieron los dones de la tierra que del mismo Dios habían recibido.*

II. *La intercesión de María.* 351

A. San Mateo nos dice que con el Niño estaba la Madre. ¡Con qué gozo no vería María Santísima la llegada de aquellos tres hijos escogidos! Su oración se había anticipado a las oraciones de los Magos y, sin duda, fué singular intercesora cerca de su divino Hijo.

B. ¿Sería aventurado pensar que desde que salieron de su tierra María Santísima, con espíritu profético, había conocido la altísima vocación de aquellos hombres escogidos y les había acompañado durante su camino con oraciones y súplicas maternales al Niño Dios para que no decayera la fe y la constancia de los viajeros?

C. El Niño no podía recibir los bienes; sin duda, los recibió María Santísima. Ella conservaría el oro, el incienso y la mirra que los Reyes Magos ofrecieron a Jesús.

a) *¡Que María Santísima reciba también los propósitos de nuestra vocación!*

b) *¡Que ella vele para que no nos desalentemos ante las dificultades que nos ofrecen los caminos de la vida!*

c) *¡Que ella nos conduzca a los pies de su divino Hijo!*

d) *¡Que ella nos enseñe a adorar a Dios y a realizar la ofrenda representada en aquellos dones: en el oro, la caridad; en la mirra, la mortificación; en el incienso, la oración!*

4

La vocación en Cristo

352 I. *Toda vocación procede de Dios.*

A. Lo enseña el apóstol San Pablo:

a) *«Pablo, apóstol no de hombres ni por hombres, sino por Jesucristo y por Dios Padre, que le resucitó de entre los muertos»* (Gal. 1,1).

b) *«Por el cual hemos recibido la gracia y el apostolado para promover la obediencia a la fe, para gloria de su nombre en todas las naciones»* (Rom. 1,5).

B. Y la vocación procede desde la eternidad. «In caritate perpetua dilexi te»: «Te amé desde la eternidad» (Ier. 31, 3). «Te amé», porque la vocación es una muestra del amor y es un fruto del amor de Dios.

353 II. *Dios prepara los caminos.*

A. Por eso Dios prepara los caminos del hombre para que realice más fácilmente en la vida su eterna vocación divina.

B. Y los prepara:

a) *En el orden natural: Le da aptitudes especiales, tendencia natural, gusto en la ejecución. Adapta, como si dijéramos, la naturaleza de cada hombre, en cuanto de él depende, a la vocación a que le destina.*

b) *En el orden sobrenatural: El tiene preparadas desde la eternidad las gracias actuales y dones especiales que cada hombre necesita para cumplir la misión que Dios le encomienda en este mundo.*

354 III. *Desde la eternidad.*

A. Nuestra vocación es eterna por su origen.

B. Este concepto se expresa de distintas maneras en las Escrituras.

a) *«Desde el seno de tu madre te amé»* (Ps. 138,13).

b) *«El cual me segregó del seno de mi madre»* (Gal. 1,15).

c) *«Ergo utero ante luciferinus genui te» («De mi vientre te engendré antes del lucero de la mañana»)* (Ps. 109,3).

1. Este salmo es mesiánico. Se aplica a Jesucristo.
2. Y, por lo mismo, es aplicable a toda vocación en cuanto al tiempo. Porque la predestinación de Cristo y la de todos los hombres existe del mismo modo y por el mismo acto desde la eternidad («Summa Theologica» 3 q.24 a.4 c).

IV. *Llamados en Cristo.* 355

A. Y, sin embargo, nuestra vocación es en Cristo Jesús, del cual se dice que es causa y ejemplar de toda predestinación.

a) *Es causa ejemplar: Porque El fué predestinado para ser Hijo natural de Dios y nosotros para ser hijos adoptivos, que es una cierta semejanza participada de la filiación natural de Cristo, según lo dice el apóstol San Pablo: «Porque a los que de antes conoció, a ésos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos»* (Rom. 8,29).

b) *En cuanto al modo: En cuanto al modo, Cristo es causa de nuestra predestinación porque ésta se verifica por la gracia. De Cristo procede la gracia y la verdad y de su plenitud recibimos todos nosotros* (cf. Io. 1,16).

B. Nuestra vocación en Cristo es como una segunda creación.

a) *Esta asociación nuestra al misterio de Cristo, que nos hace nacer de nuevo, es la doctrina sublime de los primeros capítulos de la Epístola a los Efesios.*

b) *Y la especial revelación que Dios concedió a San Pablo, «el misterio secreto que no conocieron los siglos», es el que las gentes serán coherederas y copartícipes de las promesas en Cristo Jesús por la virtud del Evangelio* (cf. Eph. 3,6).

c) *El versículo príncipe de esta doctrina se encuentra en Efesios 2,10, cuyas ideas capitales son:*

«Hechura suya sois,
creados en Cristo Jesús,
en obras buenas,
que preparó Dios
para que caminemos por ellas».

d) *He aquí expresada claramente nuestra vocación en Cristo, conocida por Dios desde la eternidad, que se realiza en Cristo por obras realizadas por la gracia de Cristo que Dios nos tiene preparadas si nosotros cumplimos sus designios. Este es el «per ipsum, et cum ipso» del apóstol San Pablo.*

V. *Las dos conexiones.* 356

A. Concebida así la vida del hombre como una vocación o llamada eterna de Dios Nuestro Señor, que se realiza en Cristo y por Cristo, se ofrecen claramente las dos conexiones de nuestra vida espiritual:

B. La primera y principal conexión, con Cristo, cabeza del que recibimos la gracia. «Tenens caput».

a) *«Y no teniendo la cabeza, por la cual el cuerpo entero, alimentado y trabado por las coyunturas y ligamentos, crece con crecimiento divino»* (Col. 2,19).

b) *«Sino que, al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a aquel que es nuestra cabeza, Cristo»* (Eph. 4,15).

c) *«De quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad»* (Eph. 4,16).

C. Con los hermanos:

a) *Transmitiéndoles a ellos—según la actividad correspondiente a cada miembro—«el alimento que Cristo suministra al organismo en orden a la plena formación en virtud de la caridad»* (Eph. 4,16).

b) *Estos dos momentos suponen una doble vocación: una vocación genérica y una vocación específica. Una vocación genérica a la gracia y a la gloria que tienen todos los cristianos* (Eph. 4,1), *y una vocación individual, que es el ministerio propio que en cada momento corresponde a cada uno en el Cuerpo místico, para que coopere con Cristo al aumento de la gracia en los demás miembros.*

1. «Así todos tenemos dones diferentes, según la gracia que nos fué dada; ya sea la profecía, según la medida de la fe» (Rom. 12,6).
2. «A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo» (Eph. 4,7).
3. «Y El constituyó a los unos apóstoles, a los otros profetas; a éstos evangelistas, a aquéllos pastores y doctores» (Eph. 4,11).

c) *La vocación se puede, pues, definir como la función propia que a cada uno le corresponde en el Cuerpo místico de Jesucristo.*

D. Dos partes del primer mandamiento.

a) *De estos dos tiempos de la vocación, el más importante es el primero: el amor de Dios, la unión con Cristo, la vida de gracia, que es el fundamento teológico del segundo: amor del prójimo.*

b) *Amor del prójimo: procurarle bienes, y especialmente los bienes de gracia y de caridad.*

357 VI. *Grave peligro moderno.*

A. Existe un grave peligro en los tiempos modernos en el que, sin duda, han caído algunos sacerdotes dotados por Dios de singular vocación apostólica.

a) *Pero han dado a ésta un sentido naturalista, aunque noble y generoso. Se han preocupado por elevar la situación del pueblo, pero han puesto más bien el fin de su intención en los bienes naturales, y la eficacia de su actividad, en los medios naturales.*

b) *Se han olvidado en dos puntos del orden sobrenatural y, por tanto, se han apartado del camino de su eterna vocación divina.*

1. No han puesto el fundamento a la eficacia de su actividad en el amor de Dios, en la unión con Cristo, en el cumplimiento de la voluntad divina, en la vida de fe y de caridad, en la virtud de la gracia.
2. No se han preocupado ante todo del bien espiritual del

pueblo y aun proceden a veces en forma que perjudican al bien común espiritual de la Iglesia, aunque logren algunos frutos en el orden meramente natural.

B. La piedra de toque. No hay norma más segura para conocer si una vocación apostólica procede puramente por vía de fe, de caridad y de unión con Cristo que la norma de sumisión y de adhesión a la Iglesia.

a) *Por eso es forma perfectísima de apostolado en los tiempos modernos la Acción Católica bien comprendida y bien practicada. La genial definición de Pío XI: «participación de los fieles en el apostolado jerárquico», indica claramente la unión con Cristo.*

b) *Es un triste fenómeno moderno el que mientras de una parte los fieles se van sintiendo jerárquicos en forma más perfecta que nunca, algunos sacerdotes mal aconsejados en el nuevo apostolado social que los tiempos modernos reclaman, crean que pueden contribuir a la gloria de Dios y al crecimiento del Cuerpo místico de Cristo por medios más humanos—organización, técnica, ciencia social—que divinos: obediencia, humildad, oración, vida de fe. «Bien está hacer aquello, pero sin omitir esto»* (Mt. 23,23).

5

Conoce tu vocación

I. *Origen altísimo.* 358

A. La sólida doctrina teológica, según la cual nuestra vocación es eterna, se basa en innumerables textos de la Escritura, de los cuales hemos ya citado algunos en los guiones anteriores.

B. Por sus circunstancias especiales merece ser recordado aquí uno de esos textos: «Como me ha enviado el Padre, también yo os envío a vosotros» (Io. 20,21).

a) *Palabras de Cristo resucitado a los apóstoles, proferidas en el Cenáculo el domingo de Resurrección. Y a continuación les dijo: «Recibid el Espíritu Santo». Presenta, pues—explícitamente se dice—, las tres personas.*

b) *La vocación procede del seno de la Santísima Trinidad. El primer enviado es Jesucristo. Y de su vocación apostólica participan los prelados, que, a su vez, envían a los sacerdotes, y en los tiempos modernos, a los seglares. Este texto ha sido aplicado con razón a la Acción Católica.*

II. *Conoce tu vocación.* 359

A. El cristiano que quiera embellecer y hacer fecunda su vida debe proponerse en ella como primer problema

el conocimiento exacto de su vocación eterna en el seno de la Trinidad.

B. ¿Qué designios tiene Dios Nuestro Señor sobre mí? Una vez conocida la vocación hay que realizarla:

a) *Con prontitud.*
b) *Con generosidad.*
c) *Con alegría.*
d) *Con amor.*
e) *Con perseverancia o fidelidad hasta la muerte*

360 III. *Con prontitud.*

A. La solicitud es parte importantísima de la virtud de la prudencia. Consiste en ejecutar con rapidez lo que hay que ejecutar, en no aplazar la ejecución. Son innumerables los hombres que se han engañado a sí mismos creyéndose dispuestos a cumplir la voluntad de Dios y aplazándola de día en día, pero manteniendo a su juicio la voluntad decidida a una ejecución que no llegó nunca. (Recuérdese la doctrina de los tres binarios de San Ignacio.)

B. ¡Qué bellamente expresó Lope de Vega el estado lamentable del alma que aplaza constantemente el seguir la llamada de Dios en los tercetos del famosísimo soneto «¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?»:

«¡Cuántas veces el ángel me decía:
Alma asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!
Y ¡cuántas, oh Hermosura soberana,
mañana le abriremos, respondía,
para lo mismo responder mañana!»

C. Los santos procedieron de otra manera. Tomemos los textos de la Escritura.

a) *El patriarca Abraham: Dios le ordenó cosas durísimas.*

1. Le dijo: «Sal de tu tierra». «Y fuése Abraham conforme le había dicho Yavé» (Gen. 12,4).
2. Dios mandó a Abraham que circuncidara a todos los suyos. Y dice el Génesis: Y lo hizo «aquel mismo día». «Tomó, pues, Abraham a Ismael, su hijo, y a todos los siervos, los nacidos en casa y los comprados, todos los varones de su casa, y circuncidó la carne de su prepucio aquel mismo día, como se lo había mandado Yavé» (Gen. 17,23).
3. Prueba suprema: «Ofréceme tu hijo en holocausto». Y «se levantó, pues, Abraham de mañana, aparejó su asno, y tomando consigo dos mozos y a Isaac, su hijo, partió la leña para el holocausto, y se puso en camino para el lugar que le había dicho Dios» (Gen. 22,2.3). Madrugó Abraham para cumplir lo mandado: el sacrificio del hijo.

4. Siempre la fidelidad y la prontitud en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

b) *El ejemplo de Samuel: Desde niño, Samuel fué obedientísimo a la voluntad de Dios. Recuérdense las tres llamadas nocturnas que Samuel durmiendo oyó y atribuyó al sacerdote Helí. «Aquí estoy porque me has llamado», dijo Samuel—que se levantó en el acto—a Helí. Es la respuesta de los santos. Oída la voz de Dios, proceder inmediatamente en consecuencia.*

c) *El apóstol San Pedro: «De hoy en adelante serás pescador de hombres», le dijo el Señor en la barca después de la primera pesca milagrosa. «Subductis in terram navibus, relictis omnibus secuti sunt eum»* (Mc. 1,17-18). *En el acto Pedro y los Zebedeos llevaron las naves a tierra; lo abandonaron todo; siguieron al Señor.*

d) *El ejemplo de San Pablo:*

1. El Apóstol dijo de corazón: «Domine, quid vis me facere?» (Act. 9,5). E inmediatamente, sin consultar con los hombres, seguro de que la vocación era de Dios, «sin consultar a la carne ni a la sangre», partió para Arabia, a fin de prepararse, en el retiro, para el nuevo ministerio.
2. Es lo que explica en su carta a los Gálatas: «Pero cuando plugo al que me segregó desde el seno de mi madre, y me llamó por su gracia, para revelar en mí a su Hijo, anunciándole a los gentiles, al instante, sin pedir consejo a la carne ni a la sangre, no subí a Jerusalén a los apóstoles que eran antes de mí, sino que partí para la Arabia y de nuevo volví a Damasco» (Gal. 1,15-17).

e) *El ejemplo de María Santísima: Conocida su vocación altísima por el ángel, María Santísima contesta: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»* (Lc. 1,38). *«Y el Verbo de Dios se hizo carne»* (Io. 1,14).

IV. *Con generosidad.* 361

A. Es decir, con perfección. «Relictis omnibus», «dejadas todas las cosas». Y dejadas con decisión. Que algunos ponen manos al arado y vuelven la vista atrás, y éstos no son aptos para el reino de los cielos.

B. Otros se dicen decididos a servir al Señor, pero le ponen condiciones: «Deja que primero vaya a enterrar a mi padre». No es ésa la conducta que agrada al Señor.

C. Dios quiere la entrega total, y, en caso de duda, tomar siempre la vía de la máxima generosidad para con Dios Nuestro Señor. La más opuesta a las tendencias de nuestra naturaleza.

V. *Con amor y alegría.* 362

A. Si hay amor, habrá verdadera alegría. Penosa vida la del que lleva arrastrando y con tristeza la cruz de su vocación. Desazonado se halla, porque le falta el amor.

B. Recuerde el «tenens caput». No busque consuelos a su vocación en la actividad exterior, porque sería apartarse de la fuente de la vida. No admita consuelos humanos. Sea su consuelo la caridad y el amor.

C. Renueve sus propósitos. Considere el origen altísimo de su llamada y ponga de nuevo la vista en Cristo y abrácese con su cruz. El amor puede renovar y remozar una vida lánguida.

363 VI. *Con perseverancia hasta la muerte.*

A. Es un don de Dios que hay que pedir todos los días. Es una gracia que el Señor concede segura cuando no se han despreciado las gracias anteriores. Mas no olvide el cristiano que hay que renovarse todos los días.

B. Oportuno será advertir aquí que la doctrina de la vocación no se ha de aplicar sólo a la vocación eclesiástica, sino a toda vocación, a la de los casados, a la del llamado a la vida pública, etc.

a) *Todos deben renovarse a diario—«renovamini»* (Eph. 4,23), *«reformamini»* (Rom. 12,2)*—en su vocación.*

b) *Vivir muy vigilantes contra los tres enemigos de su vocación, que son, principalmente, la sensualidad, el mundo y el espíritu.*

c) *Guarden el precepto del Apóstol para caminar de «una manera digna de la vocación» con que han sido llamados: con humildad, mansedumbre y longanimidad, soportándoos los unos a los otros con caridad, solícitos de conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz»* (Eph. 4,1.2).

6

Modo de conocer la vocación [1]

364 I. *Doctrina ignaciana.*

A. San Ignacio ha resumido en unas reglas sapientísimas las tres formas o modos por los que el hombre puede conocer la propia vocación.

B. He aquí el texto ignaciano:

a) «(175) *Tres tiempos para hacer sana y buena elección en cada uno dellos».*

b) «1.º *tiempo. El primer tiempo es quando Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad, que sin dubitar ni poder dubitar, la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado; assí como San Pablo y San Matheo lo hicieron en seguir a Christo nuestro Señor».*

[1] Véase el desarrollo de este guión en *La palabra de Cristo* t.1 2.ª ed. p.437, tercer domingo de Adviento, guión n.15: «Modo especial de conocer la propia vocación».

c) «2.º *tiempo. El segundo: quando se toma asaz claridad y cognoscimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones, y por experiencia de discreción de varios espíritus*».

d) «3.º *tiempo. El tercero tiempo es tranquilo, considerando primero para qué es nascido el hombre, es a saber, para alabar a Dios nuestro Señor y salvar su ánima, y esto deseando elige por medio una vida o estado dentro de los límites de la Iglesia, para que sea ayudado en servicio de su Señor y salvación de su ánima*» (SAN IGNACIO DE LOYOLA, «Libro de los ejercicios» 175-177: BAC p.194).

C. Vía mística.

a) *De los tres tiempos ignacianos, el primero y el segundo pertenecen a la mística. Vía mística queremos decir vía de dones del Espíritu Santo.*

b) *La voluntad es movida directamente por vía sobrenatural. La luz que se recibe de lo alto pertenece al don de consejo que está sobre la prudencia humana.*

c) *Nada ilustra tanto la distinción entre la vía mística de los dones y la vía ascética de las virtudes como el texto de Santo Tomás que se lee en 1-2 q.68 a.1, donde el Santo distingue entre dones y virtudes.*

II. *Dos tiempos en la vía mística.* 365

A. Distingue San Ignacio en la vía mística dos tiempos: uno extraordinario y otro ordinario.

B. El extraordinario es ciertamente rarísimo; mas no así el ordinario. El extraordinario suele ir acompañado de signos externos, que manifiestan claramente la voluntad de Dios y, sobre todo, de una luz interna vivacísima y de una emoción intensa de la voluntad. «Sin dubitar, sin poder dubitar sigue a lo que es mandado». Es el caso, para poner un ejemplo típico, del apóstol San Pablo cuando es derribado del caballo camino de Damasco. Es muy raro.

C. El ordinario, en cambio, es mucho más frecuente de lo que se cree. Muchísimas almas se han movido por él sin tener conciencia cierta de la naturaleza de ese movimiento.

D. Las almas espirituales que buscan a Dios deben aspirar a conseguir este modo místico más ordinario. El propio San Ignacio lo recomienda: «Entre los tres modos de hacer elección, si en el primero Dios no moviese, débese insistir en el segundo de conocer su vocación con experiencia de consolaciones y desolaciones» (SAN IGNACIO DE LOYOLA, o.c., p.246).

III. *Doctrina de Santa Teresa.* 366

A. Coincide plenamente con la doctrina ignaciana.

B. El alma, en el estado místico referido, obra por fe y

por amor y no por el uso natural de sus potencias. Muchas veces en contra de lo que le dicta el entendimiento (cf. «Meditaciones sobre los Cantares», c.3: BAC, «Obras completas», t.2 p.603 ss.).

C. Para evitar ilusiones engañosas, la persona discreta debe consultar mucho con Dios en la oración, una y otra vez, la solución que le parece voluntad divina, sin determinarse a seguirla desde el primer momento hasta ser plenamente confirmada en ella por la constante voz interior.

D. Por otra parte, debe acudir a una sabia dirección espiritual y contra ella no debe determinarse. Mas, una vez acabado el período deliberativo, conocida así la voluntad de Dios, debe ser decidida, rápida, generosa en la ejecución, desechando, cual si fuera tentación diabólica, cualquier movimiento en sentido contrario.

367 IV. *Las reglas de la prudencia.*

A. El tercer tiempo ignaciano pertenece al orden natural. No al don del consejo, sino a la virtud de la prudencia. Siempre se ha de contar con la gracia de Dios, incluso con la gracia habitual extraordinaria, aunque no sea propiamente mística.

B. En este tercer momento no habla Dios directamente por medio de su Espíritu, pero sí puede Dios infundir especial virtud en nuestro entendimiento para que vea con más claridad cuál es la voluntad divina, y en nuestra voluntad, para que sea más dócil.

C. He aquí las seis reglas admirables de San Ignacio, que condensan en el orden práctico todo lo que necesitamos saber acerca de esta grave materia.

a) «1.º *puncto: El primer puncto es proponer delante de la cosa sobre que quiero hacer elección, así como un officio o beneficio para tomar o dexar, o de otra cualquier cosa que cae en elección mutable* (178)».

b) «2.º *puncto: Segundo: es menester tener por obiecto el fin para que soy criado, que es para alabar a Dios nuestro Señor y salvar mi ánima; y con esto hallarme indiferente sin affección alguna dessordenada, de manera que no esté más inclinado ni affectado a tomar la cosa propuesta, que a dexarla, ni más a dexarla que a tomarla; mas que me halle como en medio de un peso para seguir aquello que sintiere ser más en gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi ánima* (179)».

c) 3.º *puncto: Tercero: pedir a Dios nuestro Señor quiera mover mi voluntad y poner en mi ánima lo que yo debo hacer acerca de la cosa propósita, que más su alabanza y gloria sea, discurriendo bien y fielmente con mi entendimiento y eligiendo conforme su sanctísima y beneplácita voluntad* (180)».

d) «4.º *puncto: Quarto: considerar raciocinando quántos cómodos o provechos se me siguen con el tener el officio o bene-*

ficio propuesto, para sola la alabanza de Dios nuestro Señor y salud de mi ánima; y, por el contrario, considerar assimismo los incómodos y peligros que hay en el tener. Otro tanto haciendo en la segunda parte, es a saber, mirar los cómodos y provechos en el no tener; y asimismo por el contrario, los incómodos y peligros en el mismo no tener (181)».

e) «5.º *puncto: Quinto: después que así he discurrido y raciocinado a todas partes sobre la cosa propósita, mirar dónde más la razón se inclina, y así según la mayor moción racional, y no moción alguna sensual, se debe hacer deliberación sobre la cosa propósita* (182)».

f) «6.º *puncto: Sexto: hecha la tal elección o deliberación, debe ir la persona que tal ha hecho, con mucha diligencia, a la oración delante de Dios nuestro Señor y offrescerle la tal elección para que su divina majestad la quiera rescibir y confirmar, siendo su mayor servicio y alabanza*» (SAN IGNACIO DE LOYOLA, o.c., p.194-195) (183).

V. *Aplicación a los Reyes Magos.* 368

A. La vocación de los Reyes Magos tiene dos tiempos: el primero es místico extraordinario. Corresponde al primero ignaciano. El segundo es de prudencia humana. Corresponde al tercero ignaciano.

B. Tiempo místico extraordinario:

a) *La aparición de la estrella es una llamada singular, singularísima, de Dios nuestro Señor, con fenómeno externo y con iluminación interna.*

b) *Ven la estrella; la ven distintas personas. Según la tradición, tres. Es un hecho sobrenatural y milagroso. Pero al mismo tiempo interpretan la significación de aquella estrella. Hay una luz interior. Es el Espíritu Santo el que les ha hablado. Por su ciencia y por su razón nunca hubieran comprendido qué significaba la estrella. Y «sin dubitar ni poder dubitar siguieron a lo que les fué mandado». Fueron fieles a la inspiración divina.*

C. Prudencia humana:

a) *Desapareció la inspiración divina sin haber llegado al término de su camino. Los Reyes Magos acudieron entonces al tercer momento, al de la prudencia humana.*

b) *Ha desaparecido el consejo de Dios mostrado en la estrella. Acuden al consejo de los hombres; a los sabios, es decir, a los puestos por Dios nuestro Señor para interpretar las Escrituras*

VI. *Imitemos a los Magos.* 369

A. Si buscamos la voluntad de Dios, no será raro que aparezca la estrella en nuestro firmamento espiritual, en la forma que fuere (véase el guión siguiente).

B. Si buscamos a Dios sinceramente, sabremos interpretar esa estrella. Pero la prudencia aconseja el acudir tam-

bién a los sabios puestos por Dios. A los doctores, a los hombres de espíritu, a nuestros directores espirituales. para que ellos nos confirmen en nuestra santa vocación.

7

Una estrella en el cielo

370 I. *Los caminos de Dios.*

A. De muchos medios externos se vale el Señor para enseñar a las almas los caminos de su santificación.

B. San Gregorio lo sintetiza en las siguientes elocuentes palabras: «Dios nos llama unas veces directamente y por Sí mismo. Otras nos llama por medio de los ángeles; otras nos llama por los Padres; otras, por los profetas; otras, por los apóstoles; otras, por los pastores. Nos llama a veces por la voz interior. Nos llama por milagros. Muchísimas veces nos llama por el azote y por la aflicción. Algunas veces, por la prosperidad en la vida; otras por la adversidad» («Hom. 39 sobre el Evangelio»; véase CORNELIO A LÁPIDE, «Comentario a Mateo», 2,2 t.1 p.105).

371 II. *Los medios más frecuentes.*

A. Tal vez los medios más frecuentes empleados por Dios sean:

a) *La palabra.*
b) *El ejemplo.*
c) *La enfermedad.*
d) *La desgracia.*
e) *La humillación.*

B. La palabra.

a) *Sin duda ha sido el modo más empleado por el Señor. Entendemos por palabra no sólo la predicación en los templos, sino también la lectura espiritual y la meditación. Dijérase que éste es el medio común.*

b) *La Escritura dice de los doctores que enseñan a muchos los caminos de la justicia que brillarán como estrellas en el firmamento: «Los que fueron inteligentes brillarán con esplendor de cielo, y los que enseñaron la justicia a la muchedumbre resplandecerán por siempre, eternamente, como las estrellas»* (Dan. 12,3).

c) *Deben temblar, pues, los que manejan la palabra de Dios, porque si no son fieles a su vocación predicando auténticamente*

el Evangelio, pueden ser causa de que muchos de sus oyentes no conozcan por sus labios el camino de su vocación.

d) *Lo dicho de la predicación se aplica naturalmente a la lectura espiritual, especialmente a la lectura del Evangelio de San Pablo y de los libros de ascética o mística universalmente aceptados.*

e) *La palabra meditada: He aquí un medio importantísimo para conocer la propia vocación, sobre todo cuando la meditación va acompañada de austeridad de vida, de constancia en la práctica de la virtud, de mantenimiento en la gracia del Señor. Tiene especial eficacia la meditación practicada en retiro o en los santos Ejercicios, como ya se ha indicado.*

C. El ejemplo. Dice San León comentando este Evangelio: «Todos los que en la Iglesia de Dios viven pía y castamente, todos los que aspiran y saben gustar de las cosas de arriba, no de las cosas terrenas, son, en cierto modo, comparables a las estrellas del cielo. Y mientras ellos conservan el esplendor de su santa vida, muestran a los demás, como la estrella a los Magos, los caminos del Señor. Sed estrellas en la tierra, dice el Santo, y brillaréis eternamente con eterna luz sideral en el reino de Dios (véase A LÁPIDE, o.c.).

D. La enfermedad.

a) *Mucho se debe predicar a las almas buenas la importancia de la adversidad en la vida espiritual.*

b) *«El sarmiento que da fruto (el Padre) lo podará para que dé más fruto»* (Io. 15,2). *Al sarmiento que está unido con Cristo, pero que puede estar más unido con El, Cristo se encargará de podarlo por la tribulación exterior.*

c) *¡Cuántos santos han hallado en la enfermedad el camino de la vida! ¡Cuánto influyó, por ejemplo, la enfermedad en San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, Santa Ludovica, San Francisco Caracciolo!, etc.*

E. La desgracia.

a) *La desgracia o el fracaso en la vida ha sido comienzo de la santificación de algunas almas.*

1. La trágica muerte de su marido fué, sin duda, un medio providencial para santificar a Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.
2. La bochornosa humillación de San Antolín en Palencia le sirvió para apartarse definitivamente del mundo, despreciarlo y entregarse a Cristo.
3. El fracaso forense impulsó a San Alfonso María de Ligorio a poner la planta en el camino de la verdadera justicia.

b) *Para todos estos santos la adversidad bajo distintas forma fué la estrella que les condujo a los pies de Jesús.*

372 III. *Los consuelos providenciales.*

A. Leyendo las vidas de los santos se advierte cómo los hombres son conducidos muchas veces por Dios nuestro Señor de un modo providencial.

B. Las almas espirituales deben considerar todos los acontecimientos de su vida a la luz de esta misericordiosísima providencia divina.

a) *San Juan de Dios, atraído a Castilla por la fama de la virtud de la Reina Católica y de su corte, venía en realidad a ponerse en contacto con el Beato Juan de Avila, cuya palabra fervorosa le impulsó a la vida heroica.*

b) *San Antonio de Padua, fracasado en su intento de evangelizar en Oriente, fué atraído por el viento y el mar a la costa de Italia, donde Dios había puesto el campo de su santificación.*

c) *Teresa de Jesús comete la insigne locura de ir a fundar contra toda ley de prudencia en Medina del Campo. Dios le impulsaba a algo más que a eso. Allí conoció a Juan de la Cruz, que iba de Salamanca camino de Burgos para ingresar en la Cartuja.*

d) *Un vulgar incidente de familia puso a San Gregorio Taumaturgo en contacto con Orígenes, de cuyos labios aprendió el Evangelio y se convirtió y se hizo santo, etc.*

e) *Ignacio, herido en Pamplona, obligado a un largo reposo, encontraría en él no sólo la salud del cuerpo, sino principalmente la del alma.*

373 IV. *Los actos heroicos. Frecuentísima es también en la historia de la Iglesia la estrella que se enciende en el cielo de un alma por cooperación generosa a un primer impulso de la gracia.*

A. San Martín parte la capa con el pobre, y el pobre era Cristo.

B. San Juan Gualberto reprime su ira y perdona al asesino del hermano, que, puesto en el camino con los brazos en cruz, le demandaba misericordia. El recuerdo del Crucificado le movió al perdón. Juan Gualberto recibió después en la iglesia próxima de la imagen de Jesús la expresión de la gratitud por el perdón otorgado, y a los pies de Cristo, Juan Gualberto renunció al mundo.

374 V. *Conclusión.*

A. Las almas que sinceramente buscan a Dios, siempre lo encuentran.

a) *En una forma o en otra ven la estrella.*

b) *Mas importa buscar pura y simplemente a Dios nuestro Señor. Ir nosotros a Dios y no pretender que Dios venga a nosotros.*

c) *Importa que nuestra alma esté totalmente libre de la influencia de la soberbia, de la sensualidad y del mundo*

B. Cuando con esta sencillez se levantan los ojos al cielo, la estrella aparece segura y nos invita a seguirla, y no hay sino ponerse en camino con la decisión con que emprendieron su jornada los tres Reyes Magos.

8

Vocación[1]

I. *Vocación religiosa de los hijos* (fiesta de la Sagrada Familia, guión 19 t.2 p.137). 375

A. El ejemplo de Cristo.
B. La familia, semillero de vocaciones (un bello texto de Pío XI).
C. Proceder de muchos padres.
D. Deberes de los padres respecto de la vocación de los hijos.
E. Conducta de los hijos ante la oposición de los padres.
F. Recomendación a los padres. Oportunas consideraciones sacadas, en parte, de los Papas y, en parte, de la experiencia.

II. *El llamamiento de Dios* (los obreros enviados a la viña, domingo de Septuagésima, guión 13 t.2 p.925). 376

A. Dios llama a todos a su viña.
B. ¿Cuándo nos llama?

a) *En la niñez.*
b) *En la adolescencia.*
c) *En la edad adulta.*
d) *En la ancianidad. Cualquier hora en que nos llegue la llamada del Señor es buena.*

C. ¿Cómo nos llama?

III. *El misterio de la predestinación* (domingo de Septuagésima, guión 14 t.2 p.927). 377

A. Pocos son los elegidos.

a) *No interesa aquí el número de los que se salvan.*
b) *Más importante es saber por qué unos se salvan y otros se condenan.*

B. Dios quiere que todos se salven.
C. Dios da a todos los medios necesarios para salvarse.

[1] Damos a continuación un breve resumen de algunos guiones de *La palabra de Cristo* que, incluídos en tomos anteriores, tratan de temas propios para ser desarrollados en esta fiesta

D. No todos se salvan.
E. Causas de la condenación. La causa no está en Dios, sino en los hombres
F. ¿Qué hacéis ociosos todo el día?

378 IV. *Todo hombre tiene una especial vocación* (domingo 2.º después de Pascua, guión 8 t.4 p.503).

A. El gobierno pastoril supone una relación íntima del pastor con las ovejas.
B. Dios conoce desde la eternidad a cada oveja, a cada hombre.
C. Razones teológicas:

a) *Dios no crea a los hombres en serie.*
b) *Esto le piden:*

1. La sabiduría.
2. La omnipotencia.
3. La liberalidad.
4. La misericordia.

D. Crear es un acto de misericordia.
E. Dios acompaña a los hombres con su providencia amorosa durante todo el curso de la vida.
F. La segunda creación en Cristo.
G. Confirmación mística.
H. Doctrina del P. Faber.
I. Consecuencias prácticas deducidas por el P. Faber.

a) *La proximidad de Dios Padre cerca de cada uno de nosotros.*
b) *Sentimiento de temor.*
c) *Serenidad ante la vida.*
d) *Diligencia continua y amorosa para conocer en cada momento la vocación del Padre.*

J. Devociones básicas.

a) *La profunda y solidísima doctrina del conocimiento «nominatim» de cada una de las ovejas es la base de dos devociones importantísimas:*

1. La de la presencia de Dios.
2. La de la ocupación del momento presente.

b) *San Alfonso María de Ligorio llegó a hacer voto de no perder un solo instante en la vida.*

379 V. *La vocación de un pueblo* (domingo infraoctava de la Ascensión, guión 18 t.4 p.1240).

A. Distinción preliminar.
B. La historia del «Filioque».
C. Dos manifestaciones en la época visigótica del sentido teológico del pueblo español.

D. La expansión de los siglos XVI y XVII.
E. La misión teológico-social de España en los tiempos modernos.

VI. *Tres maneras de seguir a Cristo* (domingo 4.º después de Pentecostés, guión 6 t.5 p.1045). 380

A. Tres tipos de vocación.
B. Primer tipo: el escriba.
C. Segundo tipo: el joven rico.
D. El tercer tipo: San Pedro. Generosidad de San Pedro.
E. El arranque de San Pedro.
F. Virtudes de San Pedro.
G. El último fruto.
H. La verdad en la vida espiritual [1].

9

Caridad

I. «*Vivir en caridad*» (domingo 3.º de Cuaresma, guión 3 t.3 p.500). 381

A. En caridad.
B. El amor de Cristo.
C. Amad como Cristo nos amó.
D. Grado supremo de caridad:

a) *Dar la vida por el prójimo.*
b) *Esclavizarnos a Dios por el prójimo.*

E. Heroísmo y caridad.

II. «*La caridad cubre todos los pecados*» (domingo infraoctava de la Ascensión, guión 2 t.4 p.1187). 382

A. La caridad y sus efectos sobre el pecado.
B. La caridad disimula los pecados del prójimo.

a) *Una primera razón que alcanza a la esencia del amor.*
b) *Los demás motivos propios del amor cristiano de caridad están contenidos en éste.*
c) *El ejemplo de los santos.*

C. Nuestra caridad disimula nuestros pecados.

---

[1] Esta misma materia se trata de nuevo, dentro de la misma homilía, en el guión 12 p.1060 titulado «Tres binarios o tres modos de seguir a Cristo». Se estudian en este guión los tres binarios de San Ignacio.

383 III. «*La paz, efecto de la caridad*» (domingo de Pentecostés, guión 17 t.5 p.182).

A. Paz, justicia y caridad.
B. Doctrina de Santo Tomás.
C. Paz, justicia y concordia.
D. La paz del mundo.
E. La paz perfecta.

384 IV. «*Dios es amor*» (domingo 1.º de Pentecostés, t.5 p.485 ss.). *La epístola del día dice: «Dios es amor». Y el evangelio: «Dios es misericordioso». Los veinte guiones de esta homilía, cuyos títulos damos a continuación, ofrecen materia abundante y práctica sobre la caridad.*

1. «Dios es amor».
2. «Dios nos amó primero».
3. Amor al prójimo.
4. La caridad de Dios manifestada
5. El temor y la caridad.
6. La misericordia.
7. La misericordia, síntesis de la religión cristiana.
8. La misericordia de Dios.
9. Juicio misericordioso.
10. «No juzguéis».
11. Juzgar según Dios.
12. El juicio de Dios y el juicio de los hombres.
13. Juicio humano, juicio mundano y juicio divino.
14. «No os juzguéis mutuamente».
15. «Dad y se os dará».
16. La paja y la viga.
17. La corrección fraterna: 1) Quiénes pueden hacerla.
18. La corrección fraterna: 2) Obligación y condiciones.
19. La corrección fraterna: 3) Proceso.
20. Obligaciones de la caridad.

385 V. *Nuestra vocación de cristianos* (domingo 17 después de Pentecostés, guión 2 t.7 p.980).

A. Para ser santos.
B. La santidad en el amor.
C. Tres exigencias del amor.
D. La perfección del amor.
E. Caminad de manera digna a vuestra vocación.

386 VI. «*El primer mandamiento*» (domingo 17 después de Pentecostés, guión 9 t.7 p.1002).

A. El primero de todos.
B. Por ser base de los demás.
C. Por ser el más necesario.

D. Porque la caridad excede en dignidad a las demás virtudes.
E. Por razón del fin.
F. Porque es lo que Dios pide de nosotros.

10

Mortificación

I. *Necesidad de la mortificación según San Pablo. Porque tenemos enemigos que vencer* (domingo 1.º de Cuaresma, guión 15 t.3 p.176). 887

A. El ejemplo de Cristo.
B. La penitencia es necesaria.
C. Es necesaria por razón de las consecuencias que en nosotros ha dejado el pecado original.
D. Por razón de los pecados personales.
E. Por razón de la lucha contra el demonio y contra el mundo.

II. *Necesidad de la mortificación según San Pablo. Motivos superiores* (domingo 1.º de Cuaresma, guión 16 t.3 p.179). 888

A. Planteamiento de la cuestión.
B. Necesaria por razón de nuestro fin sobrenatural.
C. Necesaria por imitación de Jesucristo.
D. Necesaria para el crecimiento de la Iglesia.

III. «*Gloriémonos en la cruz*» (domingo de Ramos, guión 1 t.3 p.1065). 889

A. Hacia el triunfo de la cruz.
B. La cruz en la historia.
C. La cruz, patrimonio del cristiano.
D. Abracémonos a la cruz.

IV. *Mortificación cristiana* (domingo 6.º después de Pentecostés, guión 3 t.6 p.305). 890

A. El bautismo reclama la mortificación.
B. Sin mortificación no puede haber vida sobrenatural.
C. La mortificación, consecuencia del vivir en Cristo.
D. Criterio en las mortificaciones.
E. Mortificaos.

11

Oración

391 I. *La plegaria litúrgica* (domingo 5.º después de Pascua, guión 1 t.4 p.1011).

A. La Iglesia orante.
B. Continuación de Cristo.
C. Excelencia de la oración litúrgica.
D. Breviario.
E. La oración litúrgica de los fieles.

392 II. *Necesidad de orar* (domingo 5.º después de Pascua, guión 4 t.4 p.1019).

A. «Pedid y recibiréis».
B. Necesitamos orar porque dependemos de Dios.
C. Necesitamos orar por ser hijos de Dios.
D. Naturaleza de la necesidad de orar.
E. Aspecto social de la oración.
F. Oremos. Necesitamos orar en el orden natural y sobrenatural, en el individual y en el social.

393 III. *Modos de orar* (ibid., guión 5 p.1023).

A. Sobre la oración ascética.
B. Oración vocal.
C. Oración mental o meditación.
D. Cautela necesaria.

394 IV. *En el nombre de Jesucristo* (ibid., guión 6 p.1028).

A. Condiciones para la eficacia de la oración.
B. «Yo soy el camino».
C. Unidos a Cristo.
D. A mayor unión, más eficacia.
E. El poder de la humanidad santísima de Jesús.
F. Saber rezar.

395 V. *Eficacia de la oración* (ibid., guión 7 p.1031).

A. Cualidades de la buena oración.
B. Toda oración es eficaz.
C. No siempre se consigue lo que se pide.
D. «Perseverantes en la oración».

VI. *Oración mental y oración vocal* (ibid., guión 8 p.1035). **396**

A. La oración, elevación a Dios.
B. La oración mental.
C. Oración y métodos.
D. La oración vocal.

VII. *Excelencia del padrenuestro* (ibid., guión 9 p.1038). **397**

A. Introducción.
B. Su autor.
C. Su contenido.
D. Sus condiciones. Son cinco según Santo Tomás:

a) *Oración segura.*
b) *Recta y conveniente.*
c) *Ordenada.*
d) *Devota.*
e) *Humilde.*

JUEVES Y VIERNES SANTO

La Eucaristía y la Sagrada Pasión

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

La sagrada Pasión del Señor.
La institución de la Eucaristía.
Figuras de la Pasión.
Las siete palabras del Señor en la cruz.
La soledad de la Virgen.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. PARTES VARIABLES DE LA MISA

Introitus.—Gal. 6,14: Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Iesu Christi: in quo est salus, vita, et resurrectio nostra: per quem salvati et liberati sumus.—Ps. 66,2: Deus misereatur nostri, et benedicat nobis: illuminet vultum suum super nos, et misereatur nostri.—Nos autem...

Oremus.—Deus, a quo et Iudas reatus sui poenam, et confessionis suae latro praemium sumpsit, concede nobis tuae propitiationis effectum: ut, sicut in passione sua Iesus Christus Dominus noster diversa utrisque intulit stipendia meritorum: ita nobis, ablato vetustatis errore, resurrectionis suae gratiam largiatur. Qui tecum...

Grad.—Phil. 2,8-9: Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum: et dedit illi nomen, quod est super omne nomen.

Offert.—Ps. 117,16 et 17: Dextera Domini fecit virtutem, dextera Domini exaltavit me; non moriar, sed vivam, et narrabo opera Domini.

Secr.—Ipse tibi, quaesumus, Domine sancte, Pater omnipotens, aeterne Deus, sacrificium nostrum reddat acceptum, qui discipulis suis in sui commemorationem hoc fieri hodierna traditione monstravit, Iesus Christus Filius tuus Dominus noster. Qui tecum...

Communicantes et diem sacratissimum celebrantes, quo Dominus noster Iesus Christus pro nobis est traditus: sed et memoriam venerantes, in primis gloriosae semper Vir-

Introito.—Nosotros debemos gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en quien está nuestra salud, vida y resurrección, y por quien fuimos hechos salvos y libres.—Ps.: Apiádese Dios de nosotros y nos bendiga; mírenos con rostro sereno y apiádese de nosotros. Nosotros debemos...

Oración.—¡Oh Dios, de quien Judas recibió la pena de su pecado, y el ladrón el premio de su confesión!: concédenos el efecto de tu benignidad, para que así como Nuestro Señor Jesucristo en su pasión dió a entrambos su merecido, así a nosotros, destruído el error del hombre viejo, nos conceda la gracia de su resurrección. Que contigo...

Grad.—Cristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual también Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre.

Ofert.—La diestra del Señor manifestó su poder; la diestra del Señor me ensalzó; no moriré, mas viviré y contaré las maravillas del Señor.

Secr.—Suplicámoste, Señor santo, Padre omnipotente, Dios eterno, te haga acepto nuestro sacrificio el mismo Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que en este día mandó a sus discípulos celebrarlo en memoria suya. El cual contigo vive...

Unidos en la comunión y celebrando el día santísimo en que nuestro Señor Jesucristo fué entregado por nosotros, y venerando en primer lugar la memoria

de la gloriosa Virgen María, Madre del mismo Dios y Señor nuestro, Jesucristo, etc.

Así, pues, Señor, esta ofrenda de tus siervos y de todo tu pueblo, que te ofrecemos para honrar el día en que nuestro Señor Jesucristo encargó a sus discípulos celebrar los misterios de su cuerpo y sangre, suplicámoste, Señor, que la recibas aplacado, etc.

El cual, el día antes que por nuestra salvación y la de todos padeciese, esto es, hoy, tomó el pan, etc.

Com.—El Señor Jesús, después que cenó con sus discípulos, les lavó los pies y les dijo: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros yo, el Señor y Maestro? Ejemplo os he dado para que así lo hagáis también vosotros.

Poscom.—Alimentados con este manjar de vida, te suplicamos, Señor Dios nuestro, que, por favor de tu gracia, consigamos en la inmortalidad lo que practicamos en nuestra vida mortal. Por nuestro Señor Jesucristo...

ginis Mariae, Genitricis eiusdem Dei et Domini nostri Iesu Christi: sed et beatorum, etc.

Hanc igitur oblationem servitutis nostrae, sed et cunctae familiae tuae, quam tibi offerimus, ob diem, in qua Dominus noster Iesus Christus tradidit sanguinis sui mysteria celebranda: quaesumus, Domine, ut placatus accipias, etc.

Qui pridie quam pro nostra omniumque salute pateretur, hoc est, hodie, accepit panem, etc.

Comm.—Io. 13,12.13 et 15: Dominus Iesus, postquam coenavit cum discipulis suis, lavit pedes eorum, et ait illis: Scitis, quid fecerim vobis, ego Dominus et Magister? Exemplum dedi vobis, ut et vos ita faciatis.

Postcomm.—Refecti vitalibus alimentis quaesumus, Domine Deus noster: ut, quod tempore nostrae mortalitatis exsequimur, immortalitatis tuae munere consequamur. Per Dominum...

II. EPISTOLA (JUEVES SANTO)

(1 Cor. 11,20-32)

20 Y cuando os reunís, no es para comer la cena del Señor.

21 Porque cada uno se adelanta a tomar su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro está ebrio.

22 Pero ¿es que no tenéis casas para comer y beber? ¿O en tan poco tenéis la Iglesia de Dios y así avergonzáis a los que no tienen? ¿Qué voy a deciros? ¿Os alabaré? En esto no puedo alabaros.

23 Porque yo he recibido del Señor, lo que os he transmitido, que el Señor Jesús en la noche en que fué entregado, tomó el pan,

24 y después de dar gracias, lo partió y dijo: Este es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria mía.

25 Y asimismo, después de cenar, tomó el cáliz diciendo: Este cáliz es el

20 Convenientibus ergo vobis in unum, iam non est Dominicam coenam manducare.

21 Unusquisque enim suam coenam praesumit ad manducandum. Et alius quidem esurit, alius autem ebrius est.

22 Numquid domos non habetis ad manducandum, et bibendum? Aut Ecclesiam Dei contemnitis, et confunditis eos qui non habent? Quid dicam vobis? Laudo vos? In hoc non laudo.

23 Ego enim accepi a Domino quod et tradidi vobis, quoniam Dominus Iesus, in qua nocte tradebatur, accepit panem,

24 et gratias agens, fregit, et dixit: Accipite, et manducate: hoc est corpus meum quod pro vobis tradetur: hoc facite in meam commemorationem.

25 Similiter et calicem, postquam coenavit dicens: Hic calix no-

vum testamentum est in meo sanguine. Hoc facite quotiescumque bibetis, in meam commemorationem.

26 Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis: mortem Domini annuntiabitis donec veniat.

27 Itaque quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne: reus erit corporis et sanguinis Domini.

28 Probet autem seipsum homo: et sic de pane illo edat, et de calice bibat.

29 Qui enim manducat, et bibit indigne, iudicium sibi manducat, et bibit: non diiudicans corpus Domini.

30 Ideo inter vos multi infirmi et imbecilles, et dormiunt multi.

31 Quod si nosmetipsos diiudicaremus, non utique iudicaremur.

32 Dum iudicamur autem a Dominis corripimur, ut non cum hoc mundo damnemur.

nuevo testamento en mi sangre; cuantas veces lo bebáis, haced esto en memoria mía.

26 Pues cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que El venga.

27 Así, pues, quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor.

28 Examínese, pues, el hombre a sí mismo y entonces coma del pan y beba del cáliz.

29 Pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor, se come y se bebe su propia condenación.

30 Por esto hay entre vosotros muchos flacos y débiles, y muchos dormidos.

31 Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos condenados.

32 Mas juzgados por el Señor, somos corregidos para no ser condenados con el mundo.

III. EVANGELIO (JUEVES SANTO) 400

(Io. 13,1-15)

1 Ante diem festum Paschae, sciens Iesus quia venit hora eius ut transeat ex hoc mundo ad Patrem: cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

2 Et coena facta, cum diabolus iam misisset in cor ut traderet eum Iudas Simonis Iscariotae:

3 sciens quia omnia dedit ei Pater in manus, et quia a Deo exivit, et ad Deum vadit:

4 surgit a coena, et ponit vestimenta sua, et cum accepisset linteum, praecinxit se.

5 Deinde mittit aquam in pelvim, et coepit lavare pedes discipulorum, et extergere linteo, quo erat praecinctus.

6 Venit ergo ad Simonem Petrum. Et dicit ei Petrus: Domine, tu mihi lavas pedes?

1 Antes de la fiesta de la Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin extremadamente los amó,

2 y comenzada la cena, como el diablo hubiese puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle;

3 con saber que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que había salido de Dios y a El se volvía,

4 se levantó de la mesa, se quitó los vestidos, y tomando una toalla se la ciñó.

5 Luego echó agua en la jofaina, y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a enjugarlos con la toalla que tenía ceñida.

6 Llegó, pues, a Simón Pedro, que le dijo: Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?

7 Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora; lo sabrás después.
8 Díjole Pedro: Jamás me lavarás tú los pies. Le contestó Jesús: Si no te los lavase no tendrás parte conmigo.
9 Simón Pedro le dijo: Señor, entonces no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.
10 Jesús le dijo: El que se ha bañado no necesita lavarse, está todo limpio; y vosotros estais limpios, pero no todos.
11 Porque sabía quién había de entregarle, y por eso dijo: No todos estáis limpios.
12 Cuando les hubo lavado los pies, y tomado sus vestidos y puéstose de nuevo a la mesa, les dijo: ¿Entendéis lo que he hecho con vosotros?
13 Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque de verdad lo soy.
14 Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también habéis de lavaros vosotros los pies unos a otros.
15 Porque yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho.

7 Respondit Iesus, et dicit ei: Quod ego facio, tu nescis modo, scies autem postea.
8 Dicit ei Petrus: Non lavabis mihi pedes in aeternum. Respondit ei Iesus: Si non lavero te, non habebis partem mecum.
9 Dicit ei Simon Petrus: Domine, non tantum pedes meos, sed et manus et caput.
10 Dicit ei Iesus: Qui lotus est, non indiget nisi ut pedes lavet, sed est mundus totus. Et vos mundi estis, sed non omnes.
11 Sciebat enim quisnam esset qui traderet eum: propterea dixit: Non estis mundi omnes.
12 Postquam ergo lavit pedes eorum, et accepit vestimenta sua: cum recubuisset iterum, dixit eis: Scitis quid fecerim vobis?
13 Vos vocatis me Magister et Domine: et bene dicitis: sum etenim.
14 Si ergo ego lavi pedes vestros, Dominus et Magister: et vos debetis alter alterius lavare pedes.
15 Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.

401

IV. EVANGELIO (VIERNES SANTO)

(Io. 18,1-40; 19,1-42)

18,1 En diciendo esto salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos.
2 Judas, el que había de traicionarle, conocía el sitio, porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos.
3 Judas, pues, tomando la cohorte y los alguaciles de los pontífices y fariseos, vino allí con linternas y hachas y armas.
4 Conociendo Jesús todo lo que iba a sucederle, salió y les dijo: ¿A quién buscáis?

18,1 Haec cum dixisset Iesus, egressus est cum discipulis suis trans torrentem Cedrom, ubi erat hortus, in quem introivit ipse, et discipuli eius.
2 Sciebat autem et Iudas, qui tradebat eum, locum: quia frequenter Iesus convenerat illuc cum discipulis suis.
3 Iudas ergo cum accepisset cohortem, et a pontificibus et pharisaeis ministros, venit illuc cum laternis, et facibus, et armis.
4 Iesus itaque sciens omnia quae ventura erant super eum, processit, et dixit eis: Quem quaeritis?

5 Responderunt ei: Iesum Nazarenum. Dicit eis Iesus: Ego sum. Stabat autem et Iudas, qui tradebat eum, cum ipsis.
6 Ut ergo dixit eis: Ego sum: abierunt retrorsum, et ceciderunt in terram.
7 Iterum ergo interrogavit eos: Quem quaeritis? Illi autem dixerunt: Iesum Nazarenum.
8 Respondit Iesus: Dixi vobis, quia ego sum: si ergo me quaeritis, sinite hos abire.
9 Ut impleretur sermo, quem dixit: Quia quos dedisti mihi, non perdidi ex eis quemquam.
10 Simon ergo Petrus habens gladium eduxit eum: et percussit pontificis servum: et abscidit auriculam eius dexteram. Erat autem nomen servo Malchus.
11 Dixit ergo Iesus Petro: Mitte gladium tuum in vaginam. Calicem, quem dedit mihi Pater, non bibam illum?
12 Cohors ergo, et tribunus, et ministri Iudaeorum comprehenderunt Iesum, et ligaverunt eum:
13 Et adduxerunt eum ad Annam primum, erat enim socer Caiphae, qui erat pontifex anni illius.
14 Erat autem Caiphas, qui consilium dederat Iudaeis: Quia expedit, unum hominem mori pro populo.
15 Sequebatur autem Iesum Simon Petrus, et alius discipulus. Discipulus autem ille erat notus pontifici, et introivit cum Iesu in atrium pontificis.
16 Petrus autem stabat ad ostium foris. Exivit ergo discipulus alius, qui erat notus pontifici, et dixit ostiariae: et introduxit Petrum.
17 Dicit ergo Petro ancilla ostiaria: Numquid et tu ex discipulis es hominis istius? Dicit ille: Non sum.
18 Stabant autem servi et ministri ad prunas: quia frigus erat, et calefaciebant se: erat autem cum eis et Petrus stans, et calefaciens se.
19 Pontifex ergo interrogavit Iesum de discipulis suis, et de doctrina eius.
20 Respondit ei Iesus: Ego palam locutus sum mundo: ego semper docui in synagoga, et in templo,

5 Respondiéndole: A Jesús Nazareno. El les dijo: Yo soy. Judas el traidor estaba con ellos.
6 Así que les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra.
7 Otra vez les preguntó: ¿A quién buscáis? Ellos dijeron: A Jesús Nazareno.
8 Respondió Jesús: Ya os dije que yo soy; si, pues, me buscáis a mí, dejad ir a éstos.
9 Para que se cumpliese la palabra que había dicho: De los que me diste no se perdió ninguno.
10 Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó e hirió a un siervo del pontífice, cortándole la oreja derecha. Este siervo se llamaba Malco.
11 Pero Jesús dijo a Pedro: Mete la espada en la vaina; ¿el cáliz que me dió mi Padre no he de beberlo?
12 La cohorte, pues, y el tribuno y los alguaciles de los judíos se apoderaron de Jesús y le ataron,
13 y le condujeron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, pontífice aquel año.
14 Era Caifás el que había aconsejado a los judíos: «Conviene que un hombre muera por el pueblo».
15 Seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Este discípulo era conocido del pontífice, y entró al tiempo que Jesús en el atrio del pontífice.
16 Mientras, Pedro se quedó fuera en la puerta. Salió, pues, el otro discípulo, conocido del pontífice, y habló a la portera, e introdujo a Pedro.
17 La portera dijo a Pedro: ¿Eres tú acaso de los discípulos de este hombre? El dijo: No soy.
18 Los siervos del pontífice y los alguaciles habían preparado un brasero, porque hacía frío y se calentaban, y Pedro estaba también con ellos, calentándose.
19 El pontífice preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina.
20 Respondióle Jesús: Yo públicamente he hablado al mundo; siempre enseñé en las sinagogas y en el templo,

adonde concurren todos los judíos; nada
hablé en secreto.
21 ¿Qué me preguntas? Pregunta a
los que me han oído qué es lo que yo
les he hablado; ellos deben saber lo que
les he dicho.
22 Habiendo dicho esto Jesús, uno
de los alguaciles que estaba a su lado
le dió una bofetada, diciendo: ¿Así res-
pondes al pontífice?
23 Jesús le contestó: Si hablo mal,
muéstrame en qué, y si bien, ¿por qué
me pegas?

24 Anás le envió atado a Caifás, el
pontífice.
25 Entre tanto, Simón Pedro estaba
de pie, calentándose, y le dijeron: ¿No
eres tú también de sus discípulos? Negó
él y dijo: No soy.

26 Díjole uno de los siervos del pon-
tífice, pariente de aquel a quien Pedro
había cortado la oreja: ¿No te he visto
yo en el huerto con El?
27 Pedro negó de nuevo, y al ins-
tante cantó el gallo.
28 Llevaron a Jesús de casa de Cai-
fás al pretorio. Era muy de mañana.
Ellos no entraron en el pretorio, por no
contaminarse para poder comer la Pas-
cua.
29 Salió, pues, Pilato fuera y dijo:
¿Qué acusación traéis contra este hom-
bre?
30 Ellos respondieron diciéndole: Si
no fuera malhechor, no te lo traeríamos.

31 Díjoles Pilato: Tomadle vosotros
y juzgadle según vuestra ley. Le dijeron
entonces los judíos: Es que a nosotros
no nos es permitido dar muerte a nadie.

32 Para que se cumpliese la palabra
que Jesús había dicho, significando de
qué muerte había de morir.
33 Entró Pilato de nuevo en el pre-
torio, y llamando a Jesús le dijo: ¿Eres
tú el rey de los judíos?
34 Respondió Jesús: ¿Por tu cuen-
ta dices eso o te lo han dicho otros
de mí?
35 Pilato contestó: ¿Soy yo judío
por ventura? Tu nación y los pontí-
fices te han entregado a mí: ¿qué has
hecho?

quo omnes Iudaei conveniunt: et
in occulto locutus sum nihil.
21 Quid me interrogas? Inter-
roga eos qui audierunt quid locutus
sim ipsis: ecce hi sciunt quae dixe-
rim ego.

22 Haec autem cum dixisset,
unus assistens ministrorum dedit
alapam Iesu, dicens: Sic respondes
pontifici?

23 Respondit ei Iesus: Si male
locutus sum, testimonium perhibe de
malo: si autem bene, quid me cae-
dis?
24 Et misit eum Annas ligatum
ad Caipham pontificem.
25 Erat autem Simon Petrus
stans, et calefaciens se. Dixerunt
ergo ei: Numquid et tu ex discipulis
eius es? Negavit ille, et dixit: Non
sum.
26 Dicit ei unus ex servis ponti-
ficis, cognatus eius, cuius abscidit
Petrus auriculam: Nonne ego te vidi
in horto cum illo?

27 Iterum ergo negavit Petrus:
et statim gallus cantavit.

28 Adducunt ergo Iesum a Cai-
pha in praetorium. Erat autem ma-
ne: et ipsi non introierunt in prae-
torium, ut non contaminarentur, sed
ut manducarent Pascha.

29 Exivit ergo Pilatus ad eos fo-
ras, et dixit: Quam accusationem
affertis adversus hominem hunc?

30 Responderunt, et dixerunt ei:
Si non esset hic malefactor, non tibi
tradidissemus eum.
31 Dixit ergo eis Pilatus. Acci-
pite eum vos, et secundum legem
vestram iudicate eum. Dixerunt ergo
ei Iudaei: Nobis non licet interficere
quemquam.
32 Ut sermo Iesu impleretur,
quem dixit, significans qua morte
esset moriturus.

33 Introivit ergo iterum in prae-
torium Pilatus: et vocavit Iesum,
et dixit ei: Tu es rex Iudaeorum?

34 Respondit Iesus: A temetipso
hoc dicis, an alii dixerunt tibi de
me?

35 Respondit Pilatus: Numquid
ego Iudaeus sum? Gens tua et pon-
tifices tradiderunt te mihi: quid fe-
cisti?

36 Respondit Iesus: Regnum meum non est de hoc mundo. Si ex hoc mundo esset regnum meum, ministri mei utique decertarent ut non traderer Iudaeis: nunc autem regnum meum non est hinc.

37 Dixit itaque ei Pilatus: Ergo rex es tu? Respondit Iesus: Tu dicis quia rex sum ego. Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: omnis qui est ex veritate, audit vocem meam.

38 Dicit ei Pilatus: Quid est veritas? Et cum hoc dixisset, iterum exivit ad Iudaeos, et dicit eis: Ego nullam invenio in eo causam.

39 Est autem consuetudo vobis ut unum dimittam vobis in Pascha: vultis ergo dimittam vobis regem Iudaeorum?

40 Clamaverunt ergo rursum omnes, dicentes: Non hunc, sed Barabbam. Erat autem Barabbas latro.

19,1 Tunc ergo apprehendit Pilatus Iesum, et flagellavit.

2 Et milites plectentes coronam de spinis, imposuerunt capiti eius: et veste purpurea circumdederunt eum.

3 Et veniebant ad eum, et dicebant: Ave rex Iudaeorum: et dabant ei alapas.

4 Exivit ergo iterum Pilatus foras, et dicit eis: Ecce adduco vobis eum foras, ut cognoscatis quia nullam invenio in eo causam.

5 (Exivit ergo Iesus portans coronam spineam, et purpureum vestimentum.) Et dicit eis: Ecce homo.

6 Cum ergo vidissent eum pontifices et ministri, clamabant, dicentes: Crucifige, crucifige eum. Dicit eis Pilatus: Accipite eum vos, et crucifigite: ego enim non invenio in eo causam.

7 Responderunt ei Iudaei: Nos legem habemus, et secundum legem debet mori, quia Filium Dei se fecit.

8 Cum ergo audisset Pilatus hunc sermonem, magis timuit.

9 Et ingressus est in praetorium iterum: et dixit ad Iesum: Unde es tu? Iesus autem responsum non dedit ei.

36 Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, mis ministros habrían luchado para que no fuese entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí.

37 Le dijo entonces Pilato: ¿Luego tú eres rey? Respondió Jesús: Tú dices que soy rey. Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz.

38 Pilato le dijo: Y ¿qué es la verdad?, y dicho esto, de nuevo salió a los judíos y les dijo: Yo no hallo en éste ningún crimen.

39 Hay entre vosotros costumbre de que os suelte a uno en la Pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al rey de los judíos?

40 Entonces de nuevo gritaron, diciendo: ¡No a éste, sino a Barrabás! Era Barrabás un bandolero.

19,1 Tomó entonces Pilato a Jesús y mandó azotarle.

2 Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, le vistieron un manto de púrpura,

3 y acercándose a El, le decían: Salve, rey de los judíos; y le daban de bofetadas.

4 Otra vez salió Pilato y les dijo: Aquí os lo traigo para que veáis que no hallo en El ningún crimen.

5. Salió, pues, Jesús fuera con la corona de espinas y el manto de púrpura, y Pilato les dijo: Ahí tenéis al hombre.

6 Cuando le vieron los príncipes de los sacerdotes y sus satélites, gritaron, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale! Díjoles Pilato: Tomadle vosotros y crucificadle, pues yo no hallo crimen en El.

7 Respondieron los judíos: Nosotros tenemos una ley, y según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.

8 Cuando Pilato oyó estas palabras temió más,

9 y entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Jesús no le dió respuesta ninguna.

10 Díjole entonces Pilato: ¿A mí no me respondes? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y poder para crucificarte?

11 Respondióle Jesús: No tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo alto; por esto los que me han entregado a ti tienen mayor pecado.

12 Desde entonces Pilato buscaba librarle; pero los judíos gritaron diciendo: Si sueltas a ése, no eres amigo del César; todo el que se hace rey va contra el César.

13 Cuando oyó Pilato estas palabras sacó a Jesús fuera y se sentó en el tribunal, en el sitio llamado *litóstrotos*, en hebreo *gabbatha*.

14 Era el día de la Parasceve, preparación de la Pascua, alrededor de la hora sexta. Dijo a los judíos: Ahí tenéis a vuestro rey.

15 Pero ellos gritaron: ¡Quita, quita! ¡Crucifícale! Díjoles Pilato: ¿A vuestro rey voy a crucificar? Contestaron los príncipes de los sacerdotes: Nosotros no tenemos más rey que al César.

16 Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. Tomaron, pues, a Jesús,

17 que, llevando su cruz, salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice Gólgota,

18 donde lo crucificaron, y con El a otros dos, uno a cada lado y Jesús en medio.

19 Escribió Pilato un título y lo puso sobre la cruz; estaba escrito: Jesús Nazareno, Rey de los judíos.

20 Muchos de los judíos leyeron este título porque estaba cerca de la ciudad el sitio donde fué crucificado Jesús, y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego.

21 Dijeron, pues, a Pilato los príncipes de los sacerdotes de los judíos: No escribas Rey de los judíos, sino que El ha dicho: Soy rey de los judíos.

22 Respondió Pilato: Lo escrito, escrito está.

23 Los soldados, una vez que hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y la túnica. La tú-

10 Dicit ergo ei Pilatus: Mihi non loqueris? Nescis quia potestatem habeo dimittere te?

11 Respondit Iesus: Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper. Propterea qui me tradidit tibi, maius peccatum habet.

12 Et exinde quaerebat Pilatus dimittere eum. Iudaei autem clamabant dicentes: Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris. Omnis enim qui se regem facit, contradicit Caesari.

13 Pilatus autem cum audisset hos sermones, adduxit foras Iesum: et sedit pro tribunali, in loco qui dicitur Lithostratos, hebraice autem Gabbatha.

14 Erat autem parasceve Paschae, hora quasi sexta, et dicit Iudaeis: Ecce rex vester.

15 Illi autem clamabant: Tolle, tolle, crucifige eum. Dicit eis Pilatus: Regem vestrum crucifigam? Responderunt pontifices: Non habemus regem, nisi Caesarem.

16 Tunc ergo tradidit eis illum ut crucifigeretur. Susceperunt autem Iesum, et eduxerunt.

17 Et baiulans sibi crucem exivit in eum, qui dicitur Calvariae locum, hebraice autem Golgotha:

18 ubi crucifixerunt eum, et cum eo alios duos hinc et hinc, medium autem Iesum.

19 Scripsit autem et titulum Pilatus: et posuit super crucem. Erat autem scriptum: Iesus Nazarenus, Rex Iudaeorum.

20 Hunc ergo titulum multi Iudaeorum legerunt: quia prope civitatem erat locus, ubi crucifixus est Iesus: et erat scriptum hebraice, graece, et latine.

21 Dicebant ergo Pilato pontifices Iudaeorum: Noli scribere: Rex Iudaeorum: sed quia ipse dixit: Rex sum Iudaeorum.

22 Respondit Pilatus: Quod scripsi, scripsi.

23 Milites ergo cum crucifixissent eum, acceperunt vestimenta eius (et fecerunt quattuor partes: unicuique militi partem) et tunicam. Erat

autem tunica inconsutilis, desuper contexta per totum.

24 Dixerunt ergo ad invicem: Non scindamus eam, sed sortiamur de illa cuius sit. Ut Scriptura impleretur, dicens: Partiti sunt vestimenta mea sibi: et in vestem meam miserunt sortem. Et milites quidem haec fecerunt.

25 Stabat, autem iuxta crucem Iesu mater eius, et soror matris eius, Maria Cleophae, et Maria Magdalene.

26 Cum vidisset ergo Iesus matrem, et discipulum stantem, quem diligebat, dicit matri suae: Mulier, ecce filius tuus.

27 Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua. Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua.

28 Postea sciens Iesus quia omnia consummata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio.

29 Vas ergo erat positum aceto plenum. Illi autem spongiam plenam aceto, hyssopo circumponentes, obtulerunt ori eius.

30 Cum ergo accepisset Iesus acetum, dixit: Consummatum est. Et inclinato capite tradidit spiritum.

31 Iudaei ergo (quoniam parasceve erat) ut non remanerent in cruce corpora sabbato (erat enim magnus dies ille sabbati), rogaverunt Pilatum ut frangerentur eorum crura, et tollerentur.

32 Venerunt ergo milites: et primi quidem fregerunt crura, et alterius, qui crucifixus est cum eo.

33 Ad Iesum autem cum venissent ut viderunt eum iam mortuum, non fregerunt eius crura,

34 sed unus militum lancea latus eius aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua.

35 Et qui vidit, testimonium perhibuit: et verum est testimonium eius. Et ille scit quia vera dicit: ut et vos credatis.

36 Facta sunt enim haec ut Scriptura impleretur: Os non comminuetis ex eo.

37 Et iterum alia Scriptura dicit: Videbunt in quem transfixerunt.

nica era sin costura, tejida toda desde arriba.

24 Dijéronse, pues, unos a otros: «No la rasguemos, sino echemos suertes sobre ella para ver a quién le toca», a fin de que se cumpliese la Escritura: «Dividiéronse mis vestidos y sobre mi túnica echaron suertes». Es lo que hicieron los soldados.

25 Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre, y la hermana de su Madre, María la de Cleofás, y María Magdalena.

26 Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la Madre: Mujer, he ahí a tu hijo.

27 Luego dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.

28 Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura dijo: Tengo sed.

29 Había allí un botijo lleno de vinagre. Fijaron en un venablo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca.

30 Cuando hubo gustado el vinagre, dijo Jesús: Todo está acabado, e inclinando la cabeza entregó el espíritu.

31 Los judíos, como era el día de la Parasceve, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el día de sábado, por ser día grande aquel sábado, rogaron a Pilato que les rompiesen las piernas y los quitasen.

32 Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con El;

33 pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas,

34 sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua.

35 El que lo vió da testimonio, y su testimonio es verdadero. El sabe que dice verdad para que vosotros creáis.

36 Porque esto sucedió para que se cumpliese la Escritura: «No romperéis ni uno de sus huesos».

37 Y otra Escritura dice también: «Mirarán al que traspasaron».

38 Después de esto rogó a Pilato José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque secreto, por temor de los judíos, que le permitiese tomar el cuerpo de Jesús, y Pilato se lo permitió. Vino, pues, y tomó su cuerpo.

39 Llegó Nicodemo, el mismo que había venido a El de noche al principio, trajo una mezcla de mirra y áloe, como unas cien libras.

40 Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo fajaron con bandas y aromas, según es costumbre sepultar entre los judíos.

41 Había cerca del sitio donde fué crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual nadie aún había sido depositado.

42 Allí, a causa de la Parasceve de los judíos, por estar cerca el monumento, pusieron a Jesús.

38 Post haec autem rogavit Pilatum Ioseph ab Arimathaea (eo quod esset discipulus Iesu, occultus autem propter metum Iudaeorum), ut tolleret corpus Iesu. Et permisit Pilatus. Venit ergo, et tulit corpus Iesu.

39 Venit autem et Nicodemus, qui venerat ad Iesum nocte primum, ferens mixturam myrrhae et aloes, quasi libras centum.

40 Acceperunt ergo corpus Iesu, et ligaverunt illud linteis cum aromatibus, sicut mos est Iudaeis sepelire.

41 Erat autem in loco, ubi crucifixus est, hortus: et in horto monumentum novum, in quo nondum quisquam positus erat.

42 Ibi ergo propter Parasceven Iudaeorum, quia iuxta erat monumentum, posuerunt Iesum.

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

Situación litúrgica

La Santa Sede ha reformado la Semana Santa y en el primer año de su 402
celebración se han experimentado ya las grandes ventajas de la innovación. Dos fines principales ha pretendido la Iglesia, a saber, la asistencia y la más activa participación de los fieles a los oficios litúrgicos en los días más santos. Para que esto pueda lograrse satisfactoriamente incumbe a todo sacerdote el deber de instruir al pueblo y prepararle debidamente durante la Cuaresma para el mayor fruto espiritual de la Semana Santa. De aquí que la Iglesia diga a los obispos: «Los ordinarios del lugar cuiden de que los sacerdotes, especialmente los dedicados a la cura de almas, estén bien instruídos, no sólo en las disposiciones rituales del nuevo orden, sino en el significado litúrgico y en su fin pastoral» *(Instruc.*, I,1)... Para ayuda de los sacerdotes orientamos principalmente este comentario.

A) Fundamento 403

La Iglesia quiere que el pueblo fiel participe de la acción litúrgica, porque ésta entraña una especial eficacia. La doctrina es general para todas las fiestas del año. Pero ha comenzado por la Semana Santa para aproximar a los fieles con la liturgia y acabar con un divorcio que ha durado siglos. Esta eficacia especial está expresada en las siguientes palabras: «Los ritos de la Semana Santa no sólo tienen especial dignidad, sino que poseen también singular fuerza y *eficacia sacramental* para alimentar la vida cristiana»... Obsérvese la frase subrayada. Con estas palabras se quiere decir que la intención litúrgica encierra por sí misma un fruto y eficacia, independientemente del sujeto que actúe o asista. Esta eficacia proviene no tanto del *opus operatum* cuanto del *opus operantis Ecclesiae*, en cuanto que es acción de la Iglesia, como tal Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.

De aquí se deduce la excelencia de la liturgia sobre otros actos de devoción, muy subrayada en el decreto e instrucción de reforma. Los ritos litúrgicos «no pueden hallar compensación en los piadosos ejercicios de devoción llamados comúnmente extralitúrgicos que se celebran en la tarde del triduo sacro» (decr.). Instrúyase ampliamente a los fieles sobre el gran valor de la sagrada liturgia, que supera ampliamente, siempre pero especialmente estos días, todas las otras costumbres y devociones, incluso las mejores, de cualquier clase que sean.

Dedúcese de aquí que en las funciones de estos días deben observarse todas las prescripciones de la Iglesia para que no queden desposeídas de la eficacia que gozan en cuanto que son acciones de la Iglesia. Y asimismo que no se debe reparar en reformar muchos actos de devoción, que más

cansan que benefician. Habrá que extremar la prudencia; pero debe afrontarse el problema con valentía y con el convencimiento de que una cuidadosa instrucción de los fieles vencerá cualquier obstáculo para la reforma.

404

B) Disposiciones

Señálanse también en el decreto e instrucción citados las disposiciones para participar mejor de los frutos de estos días.

a) Una, general, es la sagrada comunión. De aquí que se recomiende vivamente a los fieles la confesión y comunión en los días de Semana Santa. Otra, general también, es el espíritu de recogimiento con que se debe celebrar.

b) Las particulares se refieren a cada uno de los días. Así, el jueves ha de ser día de eucaristía y caridad y se debe dar oportunidad a los cristianos para que practiquen obras de caridad, según expresamente se hace notar. El viernes es el día de la muerte del Señor, día de meditación junto a la cruz, día de dolor y recogimiento, día, por fin, de ayuno y abstinencia, cuya observancia especialmente se recomienda. El sábado, el día del gran luto, es de meditación y recogimiento hasta que lleguen las alegres notas del anuncio pascual.

De nosotros depende en gran parte que el pueblo viva de la liturgia y viviéndola participe de sus frutos. Por eso, como indicación postrera, importa recordar que las breves explicaciones que antecedan inmediatamente o acompañen a las funciones y el gusto y esmerada preparación de todas las ceremonias constituyan un factor indispensable.

SECCION III. SANTOS PADRES

I. PSEUDO-CIPRIANO

Pasión del Señor

El libro *De cardinalibus operibus Christi* ha sido considerado por Santo Tomás y todos los clásicos como de San Cipriano. Tiene, pues, la gran autoridad extrínseca del uso que de él ha hecho la Iglesia durante siglos, que se une al mérito intrínseco de su doctrina (cf. *Opera*, Antuerpiae, apud viduam et heredes I. Stellii, 1568).

A) La tristeza de la oración de Getsemaní 405

«*Señor, oí tu palabra y temí* (Hab. 3). Llenóme de terror lo que dijiste al Padre cuando se acercaba el traidor Judas y se aproximaba la hora de la pasión: *Padre, si es posible, pasa de mí este cáliz* (Mt. 26,39); y confesaste en presencia de los apóstoles, bañado en el sudor de sangre de tu excesiva angustia, que estabas *triste hasta la muerte* (Mt. 26,38). Al escuchar estas palabras me he llenado de pavor. Pues ¿quién habrá que no tema, si teme Aquel a quien temen todas las cosas, si tiene pavor Aquel ante quien se dobla toda rodilla, si Aquel que es muerte de la misma muerte y tormento del infierno tiembla al acercarse la hora de morir? ¿Acaso no habías venido a esto y no habías predicho que así había de suceder? ¿No fué esto mismo lo que anunciaban las figuras, los oráculos y los vaticinios de los profetas desde el principio del mundo? Si obedeces voluntariamente al Padre sin que ninguna necesidad te obligue a padecer, ¿por qué te quejas? ¿Por qué te defiendes? ¿No habías predicado a tus fieles que no temiesen a los que dan la muerte al cuerpo, porque su tiránica violencia no puede llegar hasta el alma?

Mas aquel miedo expresaba un afecto común de la debilidad 406
humana, y proclamaba que la generalidad de los que viven en la carne están sujetos a esta pena, y que la disolución de la naturaleza corporal y espiritual no puede estar exenta de esta molestia, y que a toda la descendencia de Adán, sin excepción alguna, le fué impuesta la de temer el trabajo del último trance. Y, a la verdad, esta molestia la padecen y no sin razón todos aquellos que van a saldar cuentas ante el juicio de Dios, los cuales, por lo mismo que han abusado del beneficio de la vida y de la razón y de todos los demás dones, temen, argüidos por su propia conciencia, some-

terse a aquel examen en el que no queda subterfugio alguno. La misma separación del espíritu rompe y lastima la delicadeza de la carne; nadie ha escapado de esta molestia, y ninguno ha expirado sin amargura al rendir el alma».

107

B) El prendimiento

«Mas tú, Señor, que eres juez de todos, que tienes en tu mano el dar la vida y el volverla a tomar, tú, a quien no aflige la pena por necesidad y que no puedes temer la presencia del Padre, ¿por qué estás ansioso? ¿Por qué vas a la oración lleno de temblor? Mientras los apóstoles están durmiendo, Tú, en vela, aguardas al traidor; y, sin embargo, no te escondes, sino que sales al encuentro de los que venían a apresarte y conducirte al tribunal de Pilato, precedidos por Judas como capitán lleno de malicia. Oí, Señor, tu palabra y me llené de pavor cuando preguntas a los que van en busca tuya qué es lo que buscan, sabiendo que te buscan a ti, y les dijiste que eras Jesús Nazareno. Inmediatamente se apoderó el temor de aquellos a quienes temías, y, postrados en tierra, cayeron exánimes, y la cohorte armada se llenó de terror ante la voz de un solo hombre; y la omnipotencia que se ocultaba en tu humanidad te presentaba como lleno de miedo y de pavor ante tus discípulos y como terrible ante tus perseguidores».

108

C) El proceso de Cristo

«Mas para que se cumpliera la voluntad del Padre y diera principio el sacrificio de la carne por la tristeza y el temor, aguardaban a la víctima muchos trances angustiosos de los que supo salir triunfante por medio de la obediencia. Y cuando era conducido atado al tribunal del presidente no suplicó a los sayones, sino que reprimió el celo de Pedro; ni tampoco permitió que se hiciera uso de las espadas, y hasta menospreció a Herodes y a Pilato, y no pudo el orgullo de los poderosos arrancarle una respuesta a lo que le preguntaban. Superado ya todo temor y haciendo uso de una autoridad más poderosa, consiguió, con su paciencia y mansedumbre, llenar de turbación a sus perseguidores en medio de los esputos, bofetadas y demás escarnios que le hicieron sufrir; la malicia de los judíos, sintiéndose despreciada ante las injurias e insultos, se exacerba mucho más, y la mansedumbre y piedad de Cristo sale triunfante de la impiedad y de la malicia».

109

D) El lavatorio de Pilato

«Inútilmente, ¡oh juez!, lavas tus manos en el pretorio confesándote inocente del derramamiento de la sangre del Señor. Tú mismo, al indagar con escrupulosidad la causa de la muerte, confiesas

que no la encuentras en El; tu misma mujer te había avisado que no te mezclases en las cosas de aquel justo, testificando así los demonios por su boca que les estaba amenazando el juicio; y no le excusas, sino que le acusas y haces causa común con los judíos. Ellos se condenan con la traición; tú, con un parricidio. Ellos matan con su lengua; tú, con el hierro; esta malicia de inaudita crueldad te alcanza a ti tanto como a ellos. Vendrá tu alma a las manos del juez a quien condenas, y destruídos tus tribunales serás juzgado y sumergido en lo más profundo del infierno; allí tendréis, tú y el malvado Judas, penas interminables, llamas inextinguibles, dolores perpetuos y tormentos eternos.

Pero el Hijo del hombre se va, como está escrito de El; fué 620
sentenciado para librar a los condenados; sintió dolores para sanar a los enfermos; tuvo miedo para dar confianza; sufrió los oprobios para que los improperios de los murmuradores no hicieran mella en los elegidos. Fué contado en el número de los impíos, de los cuales uno fué elegido y el otro reprobado, para enseñarnos con ejemplo imborrable que la clemencia de Dios ni aun en el último trance excluye al penitente, y que ninguna hora es tarde para el que está verdaderamente compungido, así como tampoco son juzgados otra vez aquellos que en cualquier época de su vida se juzgaron a sí mismos. Pues cuando el pecador, sin tratar de excusarse, se convierte en su propio juez y verdugo aplicándose el castigo, el incienso de este holocausto consigue el perdón de Dios. Porque no juzga Dios dos veces lo mismo, sino que juzga y condena a los impenitentes y absuelve a los penitentes, por cuanto los halla ya juzgados por sí mismos, y nada añade la justicia del cielo al juicio que ha fallado la severidad de la penitencia humana.

Los egipcios fueron juzgados al ser tragados por las olas del 621
mar cuando las aguas los envolvían (Ex. 14,27); los sodomitas lo fueron cuando quedaron abrasadas sus ciudades por las llamas de azufre (Gen. 19,24-25); mas si en aquellas mismas calamidades gimieran penitentes, la pena eterna no sucediera a la temporal, sino que el suplicio les hubiera servido de remedio y los tormentos para su perdón; ni un juicio eterno atormentara ni se cebara en los contritos de corazón. Así, el ladrón que confesó a Cristo en la cruz (Lc. 23,42) no solamente alcanzó el perdón, sino que fué hecho familiar de Cristo y le precedió al paraíso, mereciendo participar de su reino después de haber sido, por su confesión, compañero en el martirio. Pero nada pudo hacer la clemencia de Dios con el otro ladrón blasfemo, el cual desesperó de su poder; tampoco pudo aprovecharle nada el acompañarle en la cruz, puesto que el lavatorio de la penitencia no expiaba su malicia».

412 ## *E) El triunfo en la cruz*

«Subiste, Señor, a la palma, porque el leño de la cruz representaba el triunfo contra el diablo y la victoria contra los principados, potestades y milicias espirituales; *y en tus manos había dos cuernos* (Hab. 3,4), en los que estaban tu fortaleza oculta y *tu imperio sobre tu hombro* (Is. 9,6). Tú mismo, cargado con la cruz, te unías al leño que llevabas a cuestas, soportando la ansiedad de caminar bajo su peso y morir en ella. Consideré tus obras y me llené de pavor. Nada dices de la atrocidad de tus llagas, cuando los clavos taladran tus pies y manos; no te quejas de las espinas que penetran en tu sagrada cabeza, sino que cuidas de que conozcan los venideros por qué pareces abandonado del Padre y expuesto a las befas y escarnios de los judíos. El mismo Pilato había dicho que en ti no había causa de muerte (Io. 11,38), y Caifás, que era pontífice aquel año, había profetizado que tu muerte había de satisfacer por el pueblo enemigo (Io. 11,50). Tú no haces caso de la muerte ni de los oprobios, sino que quieres que se comprenda cuál es la causa de la muerte y cuál la ganancia, para que, conocidas una y otra, aparezcan como son en sí el pecado y la gracia y por el efecto de ambas cosas entendamos su importancia, ya que no puede haber remedio alguno a la muerte original más que en la cruz de Cristo, ni cualquier ofrenda sino sólo el sacrificio singular de esta sangre es capaz de reconciliar con Dios a los desterrados y condenados».

413 ### a) La carta del perdón

«Dios hubiera podido perdonar el pecado sin este holocausto; mas si ahora los padecimientos de Cristo apenas logran contener nuestra maldad ni arrancar de la hez de los placeres a los ánimos pervertidos, ¿qué sería entonces, cuando la facilidad en conseguir el perdón hubiera dejado sueltas las riendas con las que el pecado era contenido? En efecto, no se encontraba medicamento conveniente para la curación de llaga tan pútrida y para sofocar el hedor exhalado por las cicatrices antiguas si no se untaba la llaga con el ungüento de esta sangre; ni se secaban los venenos que la serpiente seductora había puesto al calcañal del primer hombre y a toda su descendencia sino con el remedio del cuerpo de Cristo extendido en la cruz. Esta única medicina consumió todas las cicatrices que tanto habían aumentado, la corrupción de las pasiones perdió su fuerza y, borrada la sentencia de condenación, fué restituída la libertad, firmándose la carta de perdón con el sello de la llaga del costado».

b) El desamparo 414

«Considero tus obras y me asombro de que, enclavado en la cruz en medio de los condenados, ya no estás triste, ni lleno de pavor, sino como vencedor de los suplicios y con las manos elevadas, triunfante de Amalec; como santificando al pueblo desde lo alto, llevando a la patria celestial la enseña de la victoria y levantando la escala desde las regiones inferiores al encuentro del Padre. Allí, sin acordarte de los dolores y denuestos, indagas minuciosamente y expones Tú mismo por qué fuiste desamparado, indicando que aquellas quejas eran las voces de tus delitos, puesto que Tú habías tomado a tu cargo satisfacer por ellos, y de tal manera, que toleraste que por boca de Moisés y del Apóstol (2 Cor. 5,21) se te llamara *pecado* y *maldito*, por la semejanza en la pena, no en la culpa; porque quisiste que se entendiera de aquellos que habían merecido por sus pecados ser abandonados de Dios y cuya reconciliación habías tomado a tu cargo. En cuya causa, como abogado sutil, no te desdeñaste de tomar el papel de siervo por los siervos, y tanto te compadeces de los débiles que no te ruborizas ni tiemblas de ser crucificado y morir para que ellos vivan y no perezcan, siendo Tú el que los patrocinas; abandonando tu alteza y dejando la majestad hasta el tiempo de tu gloria, para que vuelvan los que están dispersos y respiren los desahuciados. Esta es la causa por que has sido desamparado, para que tu anonadamiento atraiga y reúna a los que padecían abandono, y se conviertan a la justicia los que habían estado sin Dios mientras dominaba en ellos el pecado, y se hicieran semejantes a Cristo, y cristos y dioses. Por eso está escrito (Ps. 81,6): *Yo dije: sois dioses*».

c) Provecho de los desamparados 415

«Te contemplo, Señor, en aquel patíbulo en el que parecías hallarte sin auxilio alguno y considero de qué manera envías delante a tu reino al buen ladrón en virtud de tu sublime potestad. Con esta elección nos enseñas de un modo bien manifiesto cuánto provecho has producido en los desamparados, de entre los cuales éste fué el primero que, coronado de gloria, fué constituído, en el mismo día, ciudadano del paraíso y doméstico de la curia celestial. Era imposible que tu santa alma fuera retenida por los infiernos, acerca de lo cual tú mismo dices al Padre: *Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni que mi carne se corrompa en el sepulcro* (Ps. 15,10), y así volvió sin dilación al cuerpo una vez presentada como vencedora ante la presencia del Padre, rotas ya las puertas del infierno y reducida a cautiverio la misma cautividad, y se acercaron a la salud los que de ésta se hallaban lejos, y el que estaba libre entre los muertos concedió la libertad perpetua a los que yacían sujetos a la muerte».

416 d) SOLÍCITO POR LA MADRE

«Te contemplo en la cruz, solícito por tu Madre, a quien negaste una entrevista en días anteriores, cuando quiso hablar contigo mientras predicabas el Evangelio, prefiriendo a los que escuchaban tu palabra, los pobres de espíritu, y diciendo que *aquellos eran tu madre y tus hermanos que obedecían a la voluntad del Padre* (Mt. 12, 49-50). En esta ocasión te mueves por el afecto a tu Madre, y, encomendando el tálamo de tu humanidad al discípulo amado que se inclinó sobre ti, provees a la bendita entre las mujeres con la clientela del apóstol y entregas la virgen al discípulo virgen...»

417 e) ORANDO POR LOS ENEMIGOS

«Además, poniendo de manifiesto el privilegio de la dignidad sacerdotal, oras como mediador entre el Padre y nosotros por aquellos que añadieron los oprobios al dolor de tus llagas y pides el perdón para tus enemigos (Lc. 23,34); haces oración y suplicas que se les perdone esta iniquidad y que por tu muerte no sean castigados los que piden que tu sangre caiga sobre ellos y sobre sus hijos; ciegos hasta el punto de no comprender la gravedad de su crimen; obstinados de tal forma que ni tu misma muerte, Señor, fué capaz de extinguir su odio hacia ti. Mas tu caridad suspende entre tanto el juicio, y tu paciencia para con los ingratos y reos da lugar a la penitencia, y aguarda el tiempo y difiere el castigar a los que son dignos de condenación, pidiendo entre otras cosas que se abran sus ojos y reconozcan cuál es la virtud de la Cruz, cuál la eficacia de la sangre y cuál la magnitud del delito y del don de la gracia y del pecado...»

418 *F) Eficacia de la sangre divina*

He aquí que más pudo el don que el delito, la gracia que el pecado, porque absolvió gratis en virtud de su piedad, sin mérito alguno de gracia, a los que por deuda se habían hecho reos de condenación, y el juicio dió lugar a la misericordia por disposición de Cristo, y la justicia mitigó su rigor. Ya ve el hebreo y cualquier otro que, libertado de la servidumbre de los egipcios, anhela por la libertad de la patria prometida, que la sangre de Cristo es más eficaz que la sangre de aquel cordero que inmoló Israel en Egipto para alejar las potestades contrarias, ya que no sólo defiende los límites del pueblo de Israel, sino que también el signo solo del sacramento repele los demonios de todos aquellos que no viven como Israel y es terrible para ellos la virtud del nombre sagrado y la señal de la sangre. Finalmente, cualesquiera que sean las manos que sumergen a los que se acercan al bautismo o que ungen, cualquiera que sea el pecho de donde proceden las palabras sagradas,

la operación produce su efecto en conmemoración de la Cruz, y todo lo hace el nombre adorable invocado por los ministros de los sacramentos. Y aunque sean indignos los que los reciben, sin embargo la reverencia a estos signos sensibles de la gracia prepara un acceso más fácil a Dios, y, luego que vuelven en sí, subsiste la ablución y tienen efecto los demás dones, y no hay necesidad de pedir o repetir la administración del saludable sacramento».

Tu sangre, Señor, ya no busca la venganza; tu sangre lava los 419
crímenes y borra todos los pecados. La sangre de Abel está clamando; también están clamando los pecados de los sodomitas y el parricidio y el placer sensual son dignos de venganza. Tú, que eras antes el Dios de las venganzas, ahora te compadeces y perdonas a los que te han ofendido; sanas a los contritos de corazón y pones venda a los que están llagados; no echas en cara sus excesos al hijo pródigo que viene a tus brazos, no arguyes con su prostitución a la adúltera, no rehusas el servicio de la pecadora pública y al deudor de dinero le perdonas el depósito. Diste la gracia a los pérfidos judíos y perdonas la maldad de las maldades y el pecado de los pecados. De tu costado sale una fuente que salta hasta la vida eterna, y de la misma fuente brotan agua y sangre para complemento y perfección de toda justicia, los sacramentos que habían de durar para siempre, y la abundancia de las aguas de aquella fuente riega y fecundiza con su corriente continua toda la Iglesia. De esta fuente no sólo sacamos las aguas de la primera ablución de los que se acercan a Cristo, sino que también fluyen de ella arroyos perennes de compunción y de lágrimas, y mana la suavidad de las misericordias y el efecto de toda piedad. Tú, Señor, sacerdote santo, que en tiempo de la ira fuiste hecho reconciliador, dejaste permanente la plenitud de esa sangre santa y diste para siempre el beneficio de este santo licor, y estableciste entre nosotros una bebida vivificante que nunca se consume, la señal de la cruz y el ejemplo de la mortificación. Vete al Padre, consumadas todas las cosas, y llévanos en pos de ti; concédenos en la vida presente que llevemos tu cruz sin auxilio alguno y comprendamos con todos los demás santos qué significa la longitud, la latitud, altura y profundidad de este leño, visto el cual no nos haga daño ni nos muerda la serpiente del desierto, sino que conservándonos incólumes te sigamos; seamos párvulos contigo, contigo seamos circuncidados, contigo bautizados, ayunemos contigo, contigo comamos el pan de los ángeles, lavados los pies, contigo vivamos crucificados para este mundo, contigo llenos del Espíritu Santo, y permanezcamos así para siempre con el cuerpo y el espíritu. Que vives y no volverás a morir por los siglos de los siglos».

II. SAN JUAN CRISOSTOMO

Institución de la Eucaristía y otros pasajes *de la Pasión*

Seleccionamos algunos lugares de los comentarios a San Mateo, procurando no coincidir con los pasajes comentados por San Agustín y prefiriendo las aplicaciones morales a las explicaciones históricas.

A) Judas

(Cf. *Hom.* 81 *in Mt.*: PG 32,231.)

420 a) La revelación del traidor

«*En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar* (Mt. 26, 21). Y aun antes de cenar le había lavado los pies. Es de notar la gran consideración que tiene con el traidor, pues no dice *él*, sino *uno de vosotros* me ha de entregar, para de este modo facilitarle otra ocasión de arrepentimiento. Prefirió infundir el terror y la alarma en el ánimo de todos antes que dejar de animarle por todos los medios a que se arrepintiera. Uno de vosotros doce, dijo, que a todas partes me habéis acompañado, cuyos pies acabo de lavar, a quienes tantas y tan grandes promesas he hecho...

Aquel a quien yo diere pan mojado con la salsa, ése es (Io. 13,26). Advierte que solamente le descubre para librar a los demás del temor que de ellos se había apoderado, pues estaban ya casi sin aliento cuando le preguntaban. Tenía además otro motivo para hacerlo así, a saber: para que lleno de miedo el traidor se arrepintiera y se enmendara, pues viendo que designándole de una manera confusa e indistinta no se conmovía su corazón, descorrió el velo para más y más tocarle... No conviene que pasemos por alto todas estas cosas, sino que profundamente las grabemos en nuestra mente para que nunca demos lugar a la ira. En efecto, ¿quién al contemplar aquella cena y ver al traidor sentarse a la misma mesa que el Salvador y hacerse cargo de la humildad y mansedumbre con que habla el que iba a ser vendido no arrojará lejos de sí todo el veneno de la ira y del furor? Observa qué blandamente le habla: *El Hijo del hombre va ciertamente, como está escrito de El* (Mt. 26,24); con cuyas palabras se propuso, al par que confirmar a sus discípulos para que no creyeran que era por flaqueza, tratar otra vez de corregir al traidor. *¡Ay de aquel por quien será entregado el Hijo del hombre; más le valiera no haber nacido!* (Mt. 26, 24). Considera una y otra vez su inefable mansedumbre, pues no le reprende agria y duramente, sino que le habla lleno de compasión y también de una manera embozada...

¿Soy yo acaso, Maestro? (Mt. 26,25). ¡Oh necedad sin ejemplo! 421
Pregunta lo mismo que tan a fondo sabía, pues el evangelista refirió esto admirado de tanto descaro. ¿Qué respondió el manso y benigno Jesús? *Tu dixisti* (ibid.). Así le contesta, aunque podía decirle: ¡Perverso y vil! Tanto tiempo hace que estás meditando tanta maldad, y ahora, aconsejado por el demonio, vas a recibir dinero a cuenta de tu delito, y, sin embargo, te atreves a preguntarme como si lo ignoraras. Nada de esto quiso decirle, contentándose con responder: *Tu dixisti*; enseñándonos de este modo a tolerar y a olvidar las injurias...

Pero veamos lo que este miserable contestó cuando fué reprendido por su Maestro. *¿Soy yo acaso, Rabbí?* ¿Qué motivos tuvo Judas para no preguntar esto desde el principio, como hicieron los demás? Porque como había dicho en general *uno de vosotros*, creía no ser descubierto; pero cuando vió que en particular le reprendía, confiando poder evitar la reprensión a causa de la mansedumbre del Señor, le hizo esta pregunta, dándole el tratamiento de Maestro, que ninguno hasta entonces le dió. ¡Oh inaudita ceguedad de la mente, hasta dónde te atreves a llegar! En efecto, tal es la avaricia, que hace a los hombres tontos, estúpidos, desvergonzados, perros y aun peor que perros y demonios; ella hizo que Judas se echara en brazos del demonio tentador y que, convertido en diablo por su voluntad, traicionara y villanamente entregara a Jesús, que le brindaba sus beneficios. La insaciable sed de riquezas vuelve a los hombres fatuos y furiosos, sin pensar, como Judas, en otra cosa más que en su lucro».

b) Poseído del demonio 422

«Pero ¿cómo es que San Mateo, San Marcos y San Lucas, al ocuparse de la traición, dicen que estaba poseído del demonio, mientras que San Juan aseguró que Satanás se apoderó de él después de haber recibido de Jesús el pedazo de pan mojado? Si bien se examina, no dice San Juan una cosa diferente de los demás: *Acabada la cena, como el diablo hubiese ya puesto en el corazón de Judas que le entregase* (Io. 13,2); ¿cómo, pues, dice luego que detrás del bocado entró en él Satanás? Porque entra en el hombre no de repente ni en un solo instante, sino poco a poco y haciendo sus pruebas, como aquí sucedió. Habiéndole tentado y atacádole suavemente, cuando vió que estaba dispuesto a recibirle, se le metió ya entero y se apoderó de él totalmente.

... Así, pues, os ruego y suplico que corrijáis con gran cuidado y diligencia esta pasión y las demás que en nosotros se desarrollan, según las diversas edades. Si al navegar por este mar en cualquiera época de nuestra vida no nos dedicamos a la útil tarea de la virtud, experimentaremos continuos naufragios, y, arrastrados al puerto, careciendo de espirituales mercancías, seremos condenados a los

mayores suplicios. Porque esta vida es un mar ancho y largo, y en él, como en todos, hay varios golfos donde por diversas causas se originan grandes tempestades»...

423 c) CORREGIR LAS PASIONES

«Lo mismo suele suceder en nuestra vida, pues su primer golfo se ve ya en el niño, a causa de su edad, expuesto a muchas y grandes tormentas, ora porque el entendimiento está poco desarrollado, ora porque todavía no tiene firmeza alguna, sino que se doblega a todas partes. Por esto le encargamos a pedagogos y maestros que suplan con su diligencia los defectos de la naturaleza, como sucede en la navegación, en la que la destreza del timonero triunfa de las encrespadas olas del mar.

A la niñez suceden las olas de la juventud, que, como en el mar Egeo, es agitada por los fuertes vientos de la concupiscencia; esta edad se presta menos a corrección, no solamente porque son mayores las olas que la azotan, sino también porque, faltando ya el pedagogo y el maestro, no son reprendidas las faltas. Soplando, pues, los vientos con mayor impetuosidad, siendo el timonero más inexperto y no habiendo nadie que defienda y ayude, considera cuál será la magnitud de la tempestad.

424 La edad viril ocupa el tercer lugar, y aquí pesan los cuidados de la familia: la mujer, el matrimonio, los hijos, el gobierno de la casa, las preocupaciones que caen como copos de nieve. Es el momento en que brotan las flores de la avaricia y de la envidia.

Si, pues, en todas las edades estamos expuestos a naufragar, ¿cómo pasaremos esta vida? ¿Cómo nos libraremos de los eternos suplicios? Si en la primera edad no aprendemos a ser sinceros y rectos, si en la juventud no vivimos modestamente, y si en la edad viril no dominamos la avaricia, llegaremos a la vejez teniendo la barquilla de nuestra alma rota por las tempestades, y arribaremos al puerto llevando, no mercancías espirituales, sino abundante y sucio lodo, con lo cual daremos gusto al demonio, al mismo tiempo que nos condenamos a nosotros mismos y nos haremos merecedores de eternos e intolerables tormentos.

Para que esto no suceda, estrechémonos por todas partes y, peleando contra las pasiones, arrojemos lejos de nosotros la sed de riquezas, para que de este modo podamos vivir aquí tranquilos y alcanzar después la eterna bienaventuranza por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Amén».

B) La Eucaristía

(Cf. *Hom.* 82 *in Mt.*: PG 32,734 ss.)

a) Voluntad humana y auxilio divino 425

«De aquí debemos aprender una gran verdad, a saber, que de ningún modo basta la voluntad del hombre si el auxilio superior no viene en su ayuda, y que, por el contrario, de nada nos serviría el auxilio superior si nuestra voluntad le rechaza; ejemplo de lo uno es San Pedro, y de lo otro, Judas. En efecto, aunque éste tenía amplia protección de Cristo, sin embargo, como no quiso atender ni prestar su cooperación, no le sirvió aquélla de nada; pero aquél, aunque animado por los mejores deseos, una vez privado del auxilio divino no pudo conservarse. Porque la virtud resulta de estas dos cosas. Así, pues, encarecidamente os suplico que no lo atribuyáis todo a Dios, entregándoos al sueño y a la negligencia; ni que, cuando estáis vigilantes, creáis que todo se debe a vuestro trabajo. Dios no nos quiere desidiosos ni que nos echemos boca arriba, sino que nos pide alguna cosa; ni tampoco que nos dejemos llevar por la arrogancia, por lo cual no todo nos lo ha confiado a nosotros»...

b) Ver con los ojos del entendimiento 426

«Habiendo dicho Cristo: *Este es mi cuerpo* (Mt. 26,28), no vacilemos un instante, sino creamos, viéndolo con los ojos del entendimiento, pues sus dones son invisibles, si bien nos los da por medio de cosas sensibles. Así en el bautismo se nos concede aquel don por el agua, que es una cosa sensible; empero lo que por ella se confiere, esto es, la regeneración y renovación, son algo inteligible. Si tú fueras incorpóreo, te hubiera dado unos dones puramente incorporales, pero como tu alma está unida al cuerpo, te comunica lo inteligible en lo sensible. Cuántos hay que dirán: Quisiera ver su figura y su rostro, sus vestiduras, su calzado. A El mismo ves, a El mismo tocas, a El mismo comes. Deseas ver sus vestiduras, pero El se te entrega a sí mismo, no solamente para que le veas, sino también para que le toques y le tengas dentro de ti».

c) Cómo debe recibirse la Eucaristía 427

«Nadie, pues, se acerque a recibirle con náuseas, con frialdad, sino háganlo todos con entusiasmo, con fuego, con fervor... Si tanta indignación te causan el traidor y los que le crucificaron, guárdate muy bien de hacerte reo del cuerpo y sangre del Señor. Aquéllos desgarraron cruelmente su cuerpo sacrosanto; tú, a quien tantos y tan grandes beneficios ha dispensado, le recibes con el alma llena de inmundicias. No le bastó con hacerse hombre, ser

azotado y crucificado, sino que se hace, por decirlo así, una misma masa con nosotros, y esto no solamente por medio de la fe, sino que realmente nos hace su cuerpo. Así, pues, ¿quién debiera ser más puro que el que goza de este sacrificio? ¿No deberían estar más limpias que los rayos del sol las manos que dividen esta carne, la boca que se inunda de un fuego espiritual, la lengua que se tiñe con esta admirable sangre? Acuérdate de la inmensa honra que recibes, de qué mesa disfrutas, pues se nos da en alimento un manjar a cuya vista los ángeles tiemblan, un pan celestial que no pueden mirar sin pavor a causa del brillo que despide... *¿Quién contará las maravillas del Señor y hará oír todas sus alabanzas?* (Ps. 105,2). ¿Qué pastor ha habido jamás que con sus miembros alimentara a sus ovejas? Muchas madres, después de dar a luz a sus hijos, los entregan en poder de nodrizas que los críen; pero Cristo ni aun en esto consiente, sino que con su propio cuerpo nos cría, nos une consigo mismo y estrechamente nos liga con El.

428 Pero, dirás, nada de esto pertenece a todos. Sí, a todos, porque si tomó nuestra naturaleza, es claro que pertenece a todos y, por consiguiente, a cada uno en particular. Pero ¿cómo es, objetarás, que no todos sacan el mismo fruto? Esto no sucede por su causa, pues con grande ansia lo desea, sino por culpa de aquellos que no le quieren recibir. El se une por medio de este misterio con cada uno de los fieles y no entrega sus hijos a otros para que los críen, sino que lo hace El mismo con grande solicitud y esmero, probándote también de este modo que tomó tu misma carne; así, pues, ya que somos objeto de tanta caridad y de tanto honor, no nos entibiemos. ¿No veis con cuánta alegría cogen los niños el pecho, con cuánto gozo lo oprimen con sus labios? Acerquémonos nosotros con no menor ansia a esta mesa y al pecho espiritual de este cáliz, y, como los niños de pecho, chupemos la gracia del espíritu y sea nuestro único dolor y tristeza el vernos privados de este alimento espiritual.

429 No son obras humanas las que ejecutó en aquella cena, y lo mismo podemos decir de las que ejecuta hoy, pues aunque las lleve a cabo por medio de nosotros, que somos sus ministros, El es quien las santifica y las transubstancia. No se acerque, por tanto, ningún Judas, ningún avaro. Sepárese el que no sea discípulo, pues este tal no tiene participación en esta mesa: *Con mis discípulos quiero celebrar la Pascua* (Mt. 26,18). En nada difiere esta mesa de aquélla y en nada le es inferior, pues si allí fué Cristo el celebrante, aquí no lo es un hombre cualquiera, sino que El celebra las dos. Este es aquel cenáculo en donde estaba Cristo con sus discípulos y de donde salió para el monte de los Olivos. Salgamos también de aquí nosotros hacia las manos de los pobres, porque éste es ahora el monte de los Olivos.

En efecto, los olivos plantados en la casa de Dios son la muchedumbre de los pobres; de aquí destila gota a gota el aceite que un día nos será de absoluta necesidad, el que tenían las cinco vírge-

nes prudentes, del que carecían las otras vírgenes fatuas y perecieron por ello. Adelantémonos llevándole con nosotros y con resplandecientes lámparas salgamos al encuentro del Esposo».

d) Hay que rechazar a los indignos 430

«No se presente ningún cruel, ningún despiadado, ningún manchado con cualquiera clase de impureza. Digo esto tanto a los que comulgáis como a los que administráis la comunión, para que con más afición y más diligente cuidado distribuyáis estos sagrados dones. No es pequeño el castigo que os amenaza si sabiendo que alguna persona está en pecado la permitís tener participación en este banquete, pues a vuestras manos se pedirá cuenta de su sangre. Si un general, si el mismo prefecto de la ciudad, si el que ostenta en su cabeza la diadema real se acerca indignamente, recházale y hazle separar, porque tu poder es mayor que el suyo. Si te diera el cargo de conservar intacta para el rebaño la cristalina agua de una fuente y vieras que se acercaban a ella inmundos cerdos, de seguro que no consentirías que bajaran a la corriente ni revolvieran el agua del manantial. Ahora bien, estándote confiada la sacratísima fuente, no ya de agua, sino de sangre y de espíritu, si vieras que se acercaban a ella hombres sucios y manchados, ¿no te indignarías ni tratarías de impedirles el paso? Y ¿qué perdón merecerías por este abandono? Dios quiso honraros tanto para que con sumo cuidado examinarais estas cosas; para esto es vuestra dignidad, no para que os paseéis por la iglesia revestidos de blanquísima túnica. Mas dirás, ¿cómo he de poder distinguir a los dignos de los indignos? Entiéndase que hablo solamente de aquellos cuya indignidad sea notoria, no en manera alguna de los demás...

Rechacemos, pues, sin miramientos a cualquiera que veamos acercarse indignamente; nadie comulgue si no fuere discípulo, no coma de este pan ninguno que no esté limpio si no quiere ser condenado como Judas. También esta multitud es el Cuerpo de Cristo. Mirad, pues, vosotros los que administráis la Eucaristía no irritéis al Señor por no conservar puro este cuerpo. No deis en lugar de alimento una espada. Si alguno por su desvergüenza o locura se acercara a la mesa, recházale sin temor; teme a Dios, no al hombre, porque si a éste temes serás objeto de burla para el mismo que te inspira temor, mientras que si temes a Dios te harás digno de la veneración de los hombres. Si no te atreves a rechazarlos, dímelo a mí, que no permitiré que tal cosa suceda; aunque me cueste morir no entregaré indignamente a nadie el cuerpo del Señor, y antes que conceder a un hombre sucio y manchado aquella sacratísima sangre derramaré gustoso la mía. Si se acercare algún indigno sin que vosotros lo sepáis, no tendréis ninguna culpa si por vuestra parte hubiereis hecho todo lo posible por conocerlo. Hablo de aquellos pecadores que son notorios y manifiestos. Si a éstos corregimos, pronto nos manifestará Dios los desconocidos; pero

si admitimos a los conocidos, ¿cómo nos ha de manifestar Dios los ocultos?

451 He dicho esto no solamente para que refrenemos y separemos, sino también para que corrijamos y traigamos al buen camino y tengamos cuidado de todos; pues de este modo tendremos propicio a Dios y haremos que cada día sea mayor el número de los que puedan comulgar dignamente, para que tanto por nuestro cuidado y diligencia como por la piadosa solicitud para con los demás alcancemos grandes premios por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Amén».

C) *Pasajes de la Pasión*

452 a) Reo de muerte (cf. *Hom.* 84 *in Mt.*: PG 32,755 ss.)

«*Reo es de muerte* (Mt. 26,66), porque querían llevarle ya condenado a la presencia de Pilato... Pero ¿por qué no hicieron mención de los sábados? Porque muchas veces les había hecho enmudecer y porque deseaban condenarle por lo que entonces acababa de ocurrir... Nada de esto declaran a Pilato, sino que se contentan con decirle: *Si no fuera un malhechor seguramente no te lo entregaríamos* (Io. 18,30). De este modo procuraban condenarle a muerte por delitos públicos. Y ¿por qué no le quitaron la vida ocultamente? Porque querían desprestigiarle en opinión de todos, y por lo mismo que muchos le habían oído llenos de admiración, tanto por su doctrina como por sus milagros, procuraban que su muerte fuera también pública. Mas Cristo no lo impidió, sino que se valió de la perversidad de ellos para afirmar más la verdad, pues manifestada a todos su muerte, sucedió precisamente lo contrario de lo que ellos deseaban.

453 En efecto, ellos se proponían deshonrarle matándole públicamente, pero así brilló su gloria con mayor esplendor. Y así como decían: *Matémosle, porque si le dejamos así vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nuestra nación* (Io. 11,48), lo cual les sucedió precisamente por haberle dado muerte, así también ahora le crucificaron públicamente para que fuera grande su deshonra, y sucedió enteramente lo contrario. Que tenían potestad para darle muerte por sí mismos lo dice claramente Pilato: *Tomadle vosotros y juzgadle conforme a vuestra ley* (Io. 18,31). Mas ellos no quisieron, pues preferían que su muerte apareciera como la de un enemigo de la ley, de un ambicioso de mando y sedicioso. De ahí que crucificaran a su lado dos bandidos y que dijeran a Pilato: *No escribas Rey de los judíos, sino que El dijo: Rey soy de los judíos* (Io. 19,31). Todas estas cosas hablan tan alto en favor de la verdad, que ni aun sombra de la más desvergonzada excusa pueden tener los judíos, y el acto de custodiar y sellar el sepulcro añadió gran esplendor a la verdad, así como también los oprobios y las afrentas.

Porque la falsedad es cosa que se destruye con las mismas razones con que intenta herir, como vemos que les ocurrió a éstos. Creyéndose ya vencedores, se ven cubiertos de afrenta por la cosa misma con la que creían haber alcanzado la victoria; mientras que el que parecía vencido brilló extraordinariamente y consiguió un admirable triunfo. No busquemos, pues, en todas partes la victoria ni temamos siempre ser vencidos; hay ocasiones en que la victoria es un perjuicio y en que la derrota trae consigo grandes ventajas.

En efecto, el que dejándose dominar por la ira dirige a otros 434
grandes insultos cree que ha vencido, cuando en realidad, al ser dominado por aquella perturbación, se hace a sí mismo notable daño; al paso que quien sufre las injurias con paciencia alcanza una brillante victoria digna de ser alabada. Pues aquél ni aun pudo reprimir su propia conmoción y éste apaga también la ajena; aquél se deja vencer por su enfermedad, éste cura las dolencias de los otros, y no solamente no se irrita, sino que apaga la llama de los demás. Si hubiera querido lograr esta aparente mas en realidad falsa victoria hubiera permanecido vencido y excitado más el furor de su adversario. Ambos quedarían humillados torpe y miserablemente, como mujerzuelas dominadas por la ira. No haciéndolo así, ninguna afrenta recibe el que sigue la cristiana filosofía y logra, tanto para sí como para su prójimo, una victoria sobre la cólera. No hay, pues, que buscar siempre la victoria; el que ofende parece que vence al ofendido, pero con una victoria perniciosa para sí; mientras que el ofendido, si con gran ánimo sufre la injuria, aunque aparezca vencido, consigue, sin embargo, una espléndida corona. Muchas veces, por tanto, es mejor ser vencido que vencer, y ésta es la más excelente manera de manifestarse la victoria, pues cuando uno tiene envidia, hiere o roba a otro, si éste lo sufre con paciencia, sin intentar devolver mal por mal, es seguramente el más digno de vencer.

Pero ¿a qué hablar del robo y de la envidia cuando hasta el 435
que es conducido al martirio, azotado, herido y últimamente degollado es quien sale de ello vencedor? En las guerras, el combatiente que cae se llama vencido, al paso que entre nosotros le declaramos vencedor, pues en verdad, no haciendo mal a nadie y sufriendo con paciencia las adversidades, vencemos. El mejor triunfo es el que se consigue contra el que nos hace mal; triunfo que, por ser de naturaleza opuesta a la victoria exterior, lo cual es prueba de la más alta virtud, dedúcese que procede de Dios. Así como los escollos incesantemente azotados por las olas las disipan fácilmente, así también todos los santos coronados con las más grandes alabanzas lograron magníficos trofeos, alcanzando esta victoria sin trabajo.

No te muevas, no te fatigues, parece decirte Cristo. Dios te 436
ha concedido la facultad de vencer solamente con la paciencia y no con el esfuerzo de tus manos. No salgas a la palestra y vence-

rás; no luches y serás coronado, porque eres más valeroso y fuerte que tu enemigo. ¿Por qué te estás deshonrando a ti mismo? No consientas que nadie pueda decir que con dificultad le venciste en la pelea, sino más bien haz que mire esta tu inexpugnable virtud y confiese estupefacto que fué vencido de ti sin combate...

Procuremos con todas nuestras fuerzas alcanzar esta victoria que nace de la paciencia, huyendo con gran cuidado de la que resulta de inferir una injuria. De este modo pasaremos tranquila y sosegadamente esta vida y alcanzaremos la otra por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Amén».

b) MALDAD DE LOS JUDÍOS Y MANSEDUMBRE DE JESÚS (cf. *Hom.* 85 *in Mt.*: PG 32,751 ss.)

437 **1. Malos tratos y burlas**

«*Entonces le escupieron en la cara y le maltrataron a puñadas, y otros le dieron bofetones en el rostro, diciendo: Adivínanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido?* (Mt. 26,67).

Admira la sublime sabiduría de los evangelistas, que con tanta minuciosidad refieren estos hechos para que claramente se vea cuánto aprecio hacían de la verdad, exponiendo completamente todo lo que parecía más indecoroso, sin ocultar nada, sin avergonzarse de nada, antes al contrario, teniendo por grande gloria (como así lo es efectivamente) el que el Señor del universo se dignara sufrir por nosotros tales oprobios. Lo cual pone de manifiesto su amor inefable hacia nosotros y la imperdonable maldad de aquellos que tan crueles se mostraban contra el mansísimo y suavísimo Señor, que, aun en medio de sus tormentos, solamente profería palabras capaces de convertir a un león en manso cordero. Y así como El no olvidó ninguna muestra de mansedumbre, así ellos no perdonaban ningún insulto, ninguna impiedad, sino que con obras y palabras desahogaban su furor, todo lo cual había predicho Isaías, que en pocas palabras describió mucho antes estas ignominiosas afrentas. *Así como muchos*, dice, *te mirarán con asombro; así tu semblante será deshonrado entre los hombres y tu hermosura entre los hijos de los hombres* (Is. 52,14). ¿Qué cosa hay comparable con semejante afrenta? Escupían y maltrataban aquel rostro reverenciado por las olas del mar y venerado por el sol, que al verle en la cruz escondió respetuoso sus rayos; le herían en la cabeza desfogando ampliamente su cólera y causándole llagas infamantes; le maltrataban a puñadas y le abofeteaban en la divina faz, a la que también se atrevían a escupir. Al mismo tiempo le decían con feroz sarcasmo: *Adivínanos, Cristo, ¿quién te ha herido?* (Mt. 26,67). De esta manera le insultaban porque los más decían que era profeta. Otro evangelista (Mc. 14,65) dice que le hacían esto después de velarle el rostro, y no sólo los hombres libres, sino aun los mismos esclavos se burlaban de El, como si fuera un hombre infame y despreciable.

Leamos esta relación muchas veces, os lo ruego; escuchémosla convenientemente y grabémosla en nuestros corazones, pues ésta es nuestra gloria. Yo no me enorgullezco sólo de los infinitos muertos que el Señor volvió a la vida, sino también de los sufrimientos que por nosotros padeció. Esto es lo que una y otra vez dice y repite San Pablo: la cruz, la muerte, los sufrimientos y los oprobios, las injurias y las afrentas, y exclama: *Salgámosle al encuentro llevando su propia ignominia* (Hebr. 13,13). Y en otra parte: *El cual, en vez del gozo que se le proponía, escogió la cruz, despreciando la vergüenza* (Hebr. 12,2)»...

2. Desesperación y muerte de Judas 438

«*Entonces, Judas, que le había entregado, viendo que había sido condenado, movido de arrepentimiento, devolvió las treinta monedas de plata* (Mt. 27,3). Esto aumentó la culpa, tanto de Judas como de los pontífices; de aquél, no porque se arrepintió, sino porque lo hizo demasiado tarde y se condenó a sí mismo confesando la traición que acababa de cometer; de éstos, porque pudiendo cambiar de propósito siguieron obstinados sin dar ninguna muestra de arrepentimiento.

Pensad ahora que se arrepintió Judas cuando ya estaba consumado su crimen. Tal es, en efecto, la astucia del demonio, que, a no estar vigilante el hombre, no le permite conocer sino al final la magnitud de su pecado, no sea que, arrepentido, salga de su triste situación. No habiendo hecho impresión en el ánimo de Judas las repetidas advertencias de Cristo, se arrepiente cuando el crimen está consumado, y ni aun entonces se arrepintió útil y convenientemente. Porque declarar su crimen y arrojar las monedas sin que le inspirasen temor alguno los judíos fué cosa laudable; pero ahorcarse, lo que es indigno de todo perdón, fué pernicioso consejo del demonio. Arrebatólo, pues, antes de que tuviera tiempo de arrepentirse, para que perdiera el fruto de su dolor, y murió con muerte funesta.

Considerad cómo siempre brilla por todas partes la verdad, 439
hasta por lo que hacen y padecen los mismos enemigos de ella. El mismo género de muerte que puso fin a los días del traidor cerró la boca de los que condenaron a Cristo, sin que pudieran alegar ninguna excusa o pretexto. ¿Pues qué podrían decir, cuando el traidor dió tal sentencia contra sí mismo?... Oíd esto vosotros, avaros, meditad detenidamente el castigo que sufrió, pues perdió el dinero, cometió el delito y condenó su alma. Tal suele hacer la atroz tiranía de la avaricia. No gozó del dinero ni de la vida, todo lo perdió a la vez, y, dejando de sí una mala opinión en los mismos con quienes había tratado, terminó al fin ahorcándose con un cordel»...

440 **3. Contra los ladrones que hacen limosna**

«*Y tomaron las treinta monedas de plata, precio del apreciado, y las dieron por el campo del alfarero, así como me lo ordenó el Señor* (Mt. 27,9-10)... Escuchad esto vosotros todos los que tomando el precio del alma de un hombre hacéis después beneficios con el producto de su muerte; tal limosna es judía, por no decir diabólica.

Hay algunos que después de haber despojado a otros de todo cuanto poseían creen que su crimen les será perdonado distribuyendo una pequeña parte entre los pobres. De éstos dice el profeta: *Habéis cubierto mi altar de lágrimas* (Mal. 2,13). En verdad, Cristo no quiere mantenerse con la rapiña, pues tales alimentos le son sumamente desagradables. ¿Por qué llevas el desprecio a tu Señor hasta el punto de tener la osadía de ofrecerle cosas inmundas? Preferible es permitir que se muera de hambre a sustentarle con estos alimentos, porque lo primero es solamente cruel, mientras que en lo segundo se une a la crueldad la afrenda y el oprobio, y es mejor no dar nada que dar las cosas de los otros.

441 Dime, te ruego, si vieras a dos sujetos, uno de ellos completamente desnudo y el otro vestido, ¿no cometerías una injusticia despojando al vestido para cubrir al desnudo? Sí, y muy grande. Y si dando a otro todo lo que has robado no haces una limosna, sino que cometes una injusticia, ¿de qué castigo no serás acreedor no devolviendo ni la trigésima parte de tu robo y llamando a esto limosna? Y si todavía no has sufrido tu castigo eres más digno de compasión, porque mayor será el enojo que te acarreas si no haces penitencia...

Hagamos, pues, penitencia; demos limosnas limpias de toda mancha de avaricia, y no con tacañería, sino copiosamente. Acordaos de que los judíos solían sostener ocho mil levitas, además de las viudas y de los huérfanos, y que, sujetos a otras contribuciones, también servían en la milicia. Ahora, empero, la Iglesia posee campos, casas, caballos, mulos y otras muchas cosas por causa de vosotros y de vuestra crueldad. Porque era más conveniente que vosotros tuvierais este tesoro de la Iglesia y que ésta sacara frutos de vuestra devoción. Más males se cometen en la actualidad, pues vosotros con nada contribuís, cual si nada estuvierais obligados a dar, y los sacerdotes de Dios tienen que ocuparse de cosas ajenas a su sagrado ministerio. ¿Por ventura no podía la Iglesia en tiempo de los apóstoles poseer casas de campo? ¿Por qué, pues, vendiéndolas ofrecían su importe? Porque esto era mucho mejor».

442 **4. La Iglesia, aplicada a lo terreno, pierde su autoridad**

«Ahora, en cambio, que tanto os preocupa el cuidado de las cosas del siglo, llegaron a temer nuestros padres que no pensando vosotros sino en recoger, y no en sembrar, murieran de hambre las viudas, los huérfanos y las vírgenes, por lo cual se vieron en la precisión de adquirir aquellas cosas. Verdad es que no lo hicieron con

gusto, pues deseaban que vuestra devoción les suministrara los frutos, de tal manera, que pudieran ellos dedicarse solamente a la oración, mas ahora los habéis obligado a que imiten el cuidado y el gobierno de los que se ocupan de negocios temporales, introduciendo así gran confusión y desorden.

En efecto, si hemos de andar tan solícitos como vosotros por las cosas de este mundo, ¿quién se ocupará de tener propicio a Dios? De ahí que no podamos desplegar nuestros labios, puesto que la Iglesia de Dios no se diferencia en nada de los hombres del mundo. ¿No habéis oído decir que los apóstoles se negaron aun a administrar el dinero recogido sin trabajo alguno? Ahora, en cambio, los obispos andan más metidos en preocupaciones que los procuradores, administradores y posaderos. Y mientras se debían cuidar de vuestras almas, se ven en la precisión de atender a lo que debía estar encomendado solamente a publicanos, recaudadores y mayordomos.

No deploro esto en vano, sino para que se ponga alguna enmienda a tales abusos, a fin de que nosotros, que sufrimos la penosa servidumbre, alcancemos misericordia, y vosotros preparéis frutos y tesoros para la Iglesia. Si así no lo queréis hacer, a vuestra vista están esos pobres, de los cuales mantendremos a cuantos nos sea posible, dejándoos a vosotros los demás y suplicándoos los amparéis con diligencia, a fin de que en el terrible día del juicio no oigáis aquellas palabras que serán dirigidas a los faltos de misericordia: *Me visteis hambriento y no me disteis de comer* (Mt. 25,35). Esta dureza nos hace a todos, ciertamente, dignos de burla, pues desatendiendo las oraciones, la predicación y el culto de la Iglesia, unos disputan durante toda la vida con los vendedores de vino, otros con los negociantes en trigo, y otros con los posaderos, sobreviniendo de aquí los altercados, las riñas y los oprobios, y se ha venido a dar a cada uno de los sacerdotes nombres adecuados a los negocios seculares a que se dedican. 443

Conviene, pues, introducir en esto grandes innovaciones y que los presbíteros se llamen así por lo que ordenaban los apóstoles, esto es, por sustentar a los menesterosos, dispensar su protección a los heridos, patrocinar a los peregrinos, cuidar de los huérfanos, proteger a las viudas y defender a las doncellas, Conveniente es darles estos cargos en vez del cuidado de las quintas y de las casas; éstos son los ornatos de la Iglesia, éstos sus tesoros adecuados, que pueden proporcionarnos a nosotros una vida más sencilla y a vosotros más fructífera, y aun juntamente con la sencillez os reportará no pequeña utilidad.

Creo que se reúnen aquí, por la gracia de Dios, cien mil hombres, y si cada uno de ellos diera todos los días un pan a cualquier pobre, es indudable que la clase proletaria no necesitaría de nada; si diesen solamente un óbolo, nadie sería del todo indigente ni tendríamos que soportar tantos denuestos y quejas por nuestra solicitud por las materialidades de la vida. 444

Aquellas palabras del Evangelio: *Ve, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres y sígueme* (Mt. 19,21), se pueden aplicar con mucha razón a los prelados de la Iglesia, a causa de sus espaciosas y grandes posesiones, pues no podemos seguir a Cristo, si no nos desprendemos de todos los cuidados más groseros y seculares. Ahora, en cambio, los sacerdotes están pendientes de la vendimia y de la siega, y de los negocios de compra y venta. Los que tenían a su cargo un culto figurativo, aunque corporalmente les estuviera encomendada la administración, estaban, sin embargo, libres de todas aquellas ocupaciones. Y nosotros, que somos llamados al interior de los cielos, que penetramos en el verdadero «sancta sanctorum», nos convertimos en comerciantes y revendedores, de lo cual se origina una gran negligencia de las Escrituras, flojedad en la oración y desprecio de todo lo demás, pues no es posible que el hombre atienda a ambas cosas a la vez».

445 **5. Hay que desentenderse de los cuidados materiales**

«Así, pues, ruego y suplico que por doquiera manen muchas fuentes, y que la era y el lagar sean para nosotros vuestra devoción; de este modo se sustentará con más facilidad a los pobres, Dios será glorificado, y vosotros, progresando en las obras de misericordia, alcanzaréis la eterna bienaventuranza, de la cual ojalá podamos disfrutar todos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Amén».

c) Interrogatorio de Pilato

446 **1. Se decide a condenarle** (cf. *Hom.* 86 *in Mt.*: PG 32,766 ss.)

«*Tomadle vosotros y juzgadle conforme a vuestra ley* (Io. 18,31). Muchas cosas había, en efecto, para apartar, así a Pilato como a los judíos, de aquel nefando juicio, a saber, inauditos prodigios y grandes milagros; la increíble clemencia del que padecía y su inestimable silencio... Pero una vez turbada la razón por una como embriaguez o insano furor, es sumamente difícil volver en sí, a no ser muy generosa el alma perturbada. En verdad que es muy peligroso dar cabida a estas funestísimas pasiones, por lo cual, a todo trance, hay que impedirles la entrada y rechazarlas, porque si se apoderan del alma y la dominan suelen encender una viva llamarada, cual si el fuego prendiera en una gran masa de materia seca. Así, pues, os ruego y suplico que hagamos todas las cosas como si quisiéramos, con una cerca, impedir la entrada a esas pasiones. Nadie diga: ¿qué importa esto o aquello? Pues de aquí se siguen mil perjuicios, y esta frívola razón es causa y origen de que la perversidad se adueña de nuestra alma».

2. No despreciemos las faltas pequeñas 447

«En efecto, siendo el demonio astuto para el mal, emplea gran malicia, mucho trabajo, extremado estudio y alguna condescendencia para perder a los hombres. Ordinariamente empieza por las cosas más insignificantes, como tendremos ocasión de apreciar. Ansiaba que el rey Saúl acudiera a las falaces promesas y delirios de la pitonisa, pero conociendo que si se lo hubiera aconsejado desde el principio, de seguro no le hubiera atendido, puesto que desterraba a la pitonisa, procura inducirle poco a poco e insensiblemente. Porque acusado de no haber obedecido a Samuel y de haber ofrecido holocaustos durante su ausencia, dijo: Creció la necesidad ante los enemigos, y en vez de llorar, se alegraba como si ningún mal hubiera hecho. Otra vez le mandó Dios hiciera ciertas cosas con los amalecitas, pero él desobedeció sus órdenes, y de aquí empezó a odiar a David, y fué así, poco a poco, cayendo hasta que dió consigo en el abismo de su perdición (1 Reg. 28,15).

Lo mismo vemos que sucedió con Caín; no le sugiere de repente la muerte de su hermano, no fuera que, asustado por la magnitud del delito, retrocediera horrorizado, sino que primeramente le aconseja que ofrezca lo peor, diciéndole que no hay en ello ningún pecado, y después le enciende con el veneno de la envidia, persuadiéndole de que tampoco se puede seguir ningún mal. Así, insinuándole paulatinamente, le impele a matar a su hermano y a negar su delito, y no ceja hasta que cae en el abismo de todos los males» (Gen. 4,6-8).

3. Hay que rechazar el principio del mal 448

«Hay, pues, que rechazar el principio del mal. Porque aun cuando los primeros pecados no sirvieran como de base a otros mayores, no por eso se debía hacer poco caso de ellos; pero la verdad es que siempre van creciendo por semejante negligencia, por lo cual ha de ponerse todo cuidado y empeño en desarraigar de todo punto sus primeros gérmenes. No hay que ponderar solamente la gravedad del delito ni pensar que es cosa insignificante, sino más bien considerar que si a tiempo no se corta la raíz, se hará mayor el pecado. Me atrevo a decir algo sorprendente e inaudito: algunas veces me parece que se debe poner más diligencia en evitar los pecados pequeños e insignificantes que los grandes, pues la naturaleza sola del pecado basta para hacernos evitar éstos, mientras que aquéllos por el mero hecho de ser pequeños, nos hacen desidiosos, y, despreciándolos, no se levanta generosamente nuestro ánimo para rechazarlos. Así nació en Judas el gran pecado de la traición, pues si no hubiera reputado como cosa insignificante apropiarse el dinero de los menesterosos, no hubiera llegado nunca a tal grado de perversidad. Del mismo modo los judíos, si no hubieran despreciado por pequeño el delito de la vanagloria, no hubieran sido arrastrados hasta procurar la muerte de Cristo. De este modo verás que siempre acabamos por caer en los delitos más infames. Porque nadie llega

repentinamente a la extrema perversidad; tiene el alma cierto natural e innato pudor, al cual no puede hollar ni arrojar de repente, sino que paulatinamente muere por negligencia...

449 Consideremos, pues, que si es reprendida una persona que ríe demasiado e inoportunamente, podrá decir otra que no hay en ello ningún mal, porque ¿qué es la risa o qué males puede producir? Sin embargo, de una risa desordenada nace la bufonería; de la bufonería las conversaciones torpes, y de éstas a una fea acción no va más que un paso. Si uno fuera reprendido por hablar mal de su prójimo y por dirigirle improperios, quizás no haría caso, diciendo que ningún mal hay en hablar así; pero de aquí nacen los odios y las desavenencias, de aquí las enemistades capitales y las afrentas, de éstas el ataque, y de aquí, con frecuencia, la muerte».

4. Otras trazas del demonio: el desabrimiento
450 **y las apariencias de virtud**

«Así nos conduce el demonio de las cosas más pequeñas hasta las más graves, y desde éstas a la desesperación, que es otra traza suya peor que la primera. Porque no perjudica tanto el pecado como la desesperación. En efecto, el que ha delinquido, si hace penitencia, no tarda en alcanzar el perdón del delito, mientras que quien se desespera, desprecia la penitencia, y no aplicando esta saludable medicina, no puede ser perdonado.

Usa además otras asechanzas, con las cuales, so pretexto de devoción, induce a las personas religiosas al pecado. ¿Y cuándo, dirás, puede hacer el diablo una cosa semejante? Atiende y aprende, para que puedas guardarte de sus lazos. Cristo, por medio de San Pablo, manda que la mujer no se separe de su marido, y que no se priven uno de otro, a no ser por mutuo consentimiento (1 Cor. 7,5); algunas, empero, dominadas por cierto ardor de castidad, se separaron de sus maridos, y creyendo hacer un acto piadoso, se han precipitado a sí mismas al adulterio. Piensa cuán gran pecado cometen las que, después de haber sufrido grandes trabajos por la castidad, serán acusadas como adúlteras y sufrirán los mayores suplicios, porque precipitaron a sus esposos al abismo de la perdición...

451 *Para que no nos sorprenda Satanás, pues no ignoramos*, añade, *sus pensamientos* (2 Cor. 2,11), ya que siempre suele inventar nuevos engaños y fraudes. Porque si francamente peleara, fácil sería la victoria, y ni aun ahora es muy difícil si vivimos avisados, porque contra todos estos ataques nos ha dado Dios armas, aconsejándonos que no despreciemos las cosas pequeñas... No digas, pues: ¿Qué mal hay en mirar con curiosidad a una hermosa mujer? Porque quien peca en su corazón no dudará en poner por obra el pecado mismo. No digas: ¿Qué mal hago en desatender a este pobre? Porque de esta manera desatenderás después a otro y a otro, y acabarás por no atender a ninguno. No digas: ¿Qué mal hay en desear las cosas del prójimo? Porque esto perdió al rey Achab, y aunque pagara su importe, no obstante, fué castigado por tomar la viña

contra la voluntad de su dueño, pues el comprador no debe obligar, sino persuadir a la venta. Y si el que paga el justo precio es tan severamente castigado, ¿qué suplicio no merece el que, sin dar su importe, roba las cosas ajenas? Para libertarnos de él, abstengámonos de toda violencia y robo, conservándonos limpios, no solamente de pecado, sino también de las causas y principios del mismo, y sigamos el camino de la virtud si queremos llegar al reino de los cielos, en donde ojalá nos veamos todos por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Amén».

d) LOS SOLDADOS INSULTAN AL SEÑOR (cf. *Hom.* 87: PG 32,773 ss.)

1. Sufrió todas las afrentas 452

«*Y desnudándole, le vistieron un manto de grana* (Mt. 27,28). De muchas y variadas maneras le insultaban, porque ya herían aquella santísima cabeza con una caña o con mojicones, ya le ceñían una corona de espinas, aquellos hombres impuros y malvados. ¿Qué excusa podremos alegar nosotros, si cuando nos insultan nos enfurecemos, a pesar de no ignorar lo mucho que Cristo padeció? En verdad, las afrentas que El sufrió fueron las mayores, pues no fué un solo miembro, sino todo el cuerpo, objeto de los más duros tratamientos; la cabeza con la corona, la caña y las puñadas; el rostro con salivas, el resto del cuerpo con los azotes, la desnudez, la vestidura de grana y la fingida adoración; las manos con la caña que le dieron por cetro, y hasta la boca y la lengua con haberle dado a beber hiel y vinagre. ¿Qué cosas más graves que éstas se dieron jamás? ¿Qué cosas más afrentosas se pueden pensar? Estas exceden a cuanto puede decirse, pues como temerosos de dejar algún dolor que no le hicieran sufrir, pusieron especial cuidado en aplicarlos todos son suma audacia y crueldad...»

2. ¿Cuándo podremos sufrir como El? 453

«Conviene que meditemos detenidamente sobre esto. ¿Cuándo podrás sufrir tal y tanto como tu Señor? Si alguno te ha injuriado en público, de seguro que no te diría las expresiones que Aquél escuchó; has sido azotado, pero no en todo tu cuerpo ni desnudado como Aquél; has sido abofeteado, pero no de aquella manera. Añade a esto quiénes eran los que le atormentaban, por qué, cuándo, quién eres tú, y, lo que es más grave, nadie reprochaba aquellos hechos, nadie se quejaba, sino al contrario, todos lo aplaudían, se confundían con los que le azotaban e injuriaban y se reían de El cual si fuera un embustero seductor que no pudiera comprobar con los hechos sus propias palabras. El a todo callaba, dándonos un gran ejemplo de longanimidad; nosotros, empero, ni aun a nuestros criados sufrimos oyendo cosas semejantes, sino que pateamos y brincamos más que los asnos silvestres, y nos mostramos crueles e inhumanos, si se dice o hace alguna cosa contra nosotros, mientras

que reputamos de poca o de ninguna importancia, todo lo que se comete contra Dios. Del mismo modo nos excitamos contra nuestros amigos, pues si alguno nos causa algún pequeño dolor, no lo podemos sufrir, y si con sus palabras nos reprende, nos enfurecemos más que las bestias feroces. Ni sirve que todos los días se lea que un discípulo le hizo traición; que los demás le abandonaran a pesar de haberles hecho muchos y muy grandes beneficios; que unos, dominados por el furor, le escupían en el rostro; que el siervo del pontífice le dió una bofetada; que los soldados le herían; que todos los circunstantes se burlaban de El y le zaherían; que los ladrones le acusaban y que, a pesar de todo, a nadie dijo una palabra, sino que a todos venció con el silencio».

454 **3. Paciencia en los sufrimientos**

«Todo esto te enseña que cuanto mayor sea tu paciencia en los sufrimientos, tanto más vencerás al que te injurie y más digno te harás de alabanza. ¿Quién no admirará, en efecto, al que con ánimo tranquilo sufre las injurias de sus enemigos? Pues así como parece injustamente atormentado el que sufre con resignación un justo castigo, así también, si no soporta con paciencia una pena indebida, se creerá que la ha merecido y todos se burlarán de él, cual si fuera un esclavo descompuesto por la ira y que pospone al furor la nobleza de su alma, y no habrá nadie que diga que tal hombre es libre, aunque tenga bajo su poder a mil esclavos...

Si quieres que otro te alabe, hónrate a ti mismo, y nadie te podrá deshonrar; mientras que si te deshonras tú mismo, aunque todo el mundo te alabe, nunca podrás ser honrado. Pues así como nadie puede imbuirnos una mala pasión si nosotros no nos la imbuímos, así también nadie nos podrá deshonrar si nosotros mismos no nos infamamos. Supongamos que hay un varón admirable e insigne al que todos consideran como adúltero, ladrón, homicida y profanador de sepulcros, sin que esta opinión le irrite ni tenga nada que echarse en cara: ¿qué daño le puede hacer esta murmuración? Ninguno. ¿Y si son muchos, dirás, los que de él tienen formada tal opinión? Ningún daño, repito, le hacen injuriándole, sino que a sí mismos se injurian los que le juzgan diferente de lo que es. Dime, te suplico, si hubiese alguno que dijera que el sol es autor de las tinieblas, ¿a quién infamaría, al sol o a él mismo? Está claro que a él, por seguir una opinión propia de un loco o mentecato».

455 **4. Guardar pura la conciencia**

«De igual modo los que tienen por malos a los buenos, o viceversa, a sí mismos se deshonran. Por esto hemos de tener mucho cuidado, teniendo limpia la conciencia, de no dar ocasión a que se forme de nosotros alguna mala sospecha; pero si a pesar de todo hay quien sospeche, no por eso nos hemos de conmover y condolernos de que tal suceda, porque el que es bueno, no podrá dejar

de ser quien es por la mala opinión de muchos, mientras que el que temerariamente sospecha, contrae una contagiosa enfermedad. Así también, si el malo aparece como bueno, no solamente nada gana con ello, sino que incurrirá en mayor abandono y se hará acreedor a mayores tormentos, porque si le reconocen como malo, quizás, al verse humillado, advertirá más fácilmente su delito; pero estando oculta su maldad, vive más seguro. En efecto, si siendo todos acusadores, hay muchos que apenas se convierten, ¿cómo podrán hacerlo si, además de no ser reprendidos, saben que los aplaude la multitud? ¿No oyes a San Pablo decir lo mismo cuando los corintios, no sólo no permitían al incestuoso reconocer su pecado, sino que, aplaudiéndole y honrándole, le arrastraban a otras cosas peores? Así, pues, os ruego y suplico que, despreciando las murmuraciones, las injurias y los honores, estemos muy vigilantes y no nos hagamos reos de algún mal, ni nos deshonremos a nosotros mismos; pues de este modo, tanto en la vida presente como en la venidera, conseguiremos grande gloria, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Amén».

e) El entierro del Señor (cf. *Hom.* 88 *in Mt.*: PG 778 ss.)

1. Loa de la limosna 456

«Mas José se acercó y pidió el cuerpo de Cristo... Y María Magdalena y la otra María estaban allí sentadas enfrente del sepulcro... ¿Ves la fortaleza de estas mujeres? ¿Su piadoso amor? ¿Su liberalidad y desprendimiento? ¿Su valor para despreciar mortales peligros? Imitémoslas, nosotros, varones, y no abandonemos al Señor en las tentaciones; ellas gastaron profusamente su dinero en El, aun después de muerto, despreciando los riesgos a que exponían su vida, mientras que nosotros—jamás me cansaré de repetirlo—, ni siquiera damos de comer al que está hambriento ni cubrimos su desnudez, sino que cuando le vemos mendigar pasamos de largo.

En verdad que si vierais a Cristo en persona, no dudaría ninguno de vosotros en poner a su disposición todos los bienes; empero a éste no le dais un maravedí, a pesar de ser Jesucristo mismo, como El lo dijo. ¿Pues por qué no das? ¿No le oyes decir: Lo que haces con uno de éstos, conmigo lo haces? Ninguna diferencia hay entre darlo a un pobre o dárselo a Cristo, ni es menor tu mérito que el de aquellas mujeres que entonces le alimentaban, sino que (y nadie se asuste por estas palabras) es mucho mayor, porque no es igual alimentar al propio Señor, que con sola su presencia atraería al corazón más endurecido, que alimentar y curar, porque así lo manda El, a los pobres, a los mendigos y a los enfermos. En efecto, en el primer caso hasta el rostro y la dignidad del que está presente es partícipe juntamente contigo de lo que haces; mientras que en el segundo, todo es premio de la liberalidad y compasión. Añádase que es señal de una mayor reverencia para con Cristo

cuando solamente por respeto a sus palabras alimentas y cuidas a tu prójimo en todas sus necesidades.

457 Cuida, pues, y atiende a los pobres, confiando en el que lo recibe y dice: *A mí me lo das*. Porque, si a El no le dieras, nunca te concedería el reino de los cielos, y, por el contrario, si no fuera a El a quien se lo negaras, no te enviaría al infierno por negárselo a algún sujeto plebeyo y vulgar. Pero como es al mismo Cristo a quien desatiendes, por eso cometes un gran delito; también Saulo le perseguía a El cuando perseguía a sus discípulos, como claramente lo dió a entender en aquellas palabras: *¿Por qué me persigues?* (Act. 9,4).

458 **2. El pobre representa a Cristo**

«Si damos alguna cosa a un pobre, figurémonos que a Cristo se la damos, pues hemos de creer más bien en sus palabras que en nuestros ojos, y cuando veas al indigente acuérdate de aquella sentencia en que da a entender que a El mismo es a quien socorres, pues si bien nuestra vista no alcanza a descubrirle, sin embargo, bajo aquel traje y figura es El quien mendiga y recibe. ¿Te avergüenzas cuando oyes decir que Cristo anda mendigando? Avergüénzate más bien de no tender la mano al necesitado. Esto es lo que merece vergüenza, lo que merece pena, lo que merece suplicios. Si El mendiga se debe a su bondad, y, por consiguiente, preciso es que nos gloriemos de ello; mientras que, si nada le damos, revelamos nuestra crueldad. Tal vez no creas ahora que desatiendes al mismo Cristo en la persona del pobre, pero te convencerás de ello cuando, haciéndote comparecer ante su presencia, te diga: *Lo que no hiciste con estos pequeñuelos, tampoco conmigo lo hiciste* (Mt. 25, 45). No quiera Dios que recibamos tan dura lección, sino que, creyendo y dando fruto ahora, oigamos entonces aquella bienaventurada voz que nos introduzca en el reino de los cielos».

459 **3. Hay quien se queja de oír hablar tanto de la limosna**

«Pero acaso no faltará quien diga que siempre y a todas horas estoy hablando de la limosna. Lo hago con razón y nunca me cansaré de hacerlo así, pues ni aunque viera que cumplíais perfectamente lo que os aconsejo, convendría que dejara de encargároslo, para evitar que tal vez llegara algún tiempo en que no lo ejecutarais. Sin embargo, aflojaría algo si viese que vuestra perfección era absoluta; pero, si todavía no habéis llegado ni aun a la mitad, no os quejéis de mí, sino de vosotros mismos. Cuando te lamentas, haces precisamente lo que un muchachuelo que, habiendo oído nombrar muchas veces la letra *a*, sin llegar a conocerla todavía, se queja de su maestro porque continúa enseñándole. ¿Quién de vosotros se ha hecho más limosnero después de haberme oído predicar las excelencias de esta virtud? ¿Quién ha derramado su dinero? ¿Quién ha dado a los pobres la mitad o la tercera parte de su caudal? Ninguno. ¿No sería, pues, una ridiculez que, no habiendo aprendido

nada todavía, me pidierais que suspendiera mis lecciones? Lo contrario debía suceder: que, si alguna vez yo desistiera, vosotros os apresuraseis a impedírmelo diciendo: Todavía no lo hemos aprendido, ¿por qué desistes de tus exhortaciones?

Si alguno tuviera un ojo malo y, siendo yo médico, le aplicara 460
una cataplasma o le dispusiera algún otro remedio que le aliviara algún tanto y dejara entonces de curarle, ¿acaso no tendría derecho para acercarse a mi oficina y reprocharme a voz en grito por mi negligencia en dejarle abandonado antes de curar completamente su dolencia? Y si yo le contestara: Ya te he puesto una cataplasma, ¿se daría por satisfecho con mi contestación? De ninguna manera, sino que inmediatamente me diría: ¿Qué adelanto yo con que hayáis hecho esto, si todavía me dura la enfermedad? Aplica esto al alma. Si después de haber explorado y examinado muchas veces con grande atención una mano contraída por algún pasmo no pudiera darle flexibilidad, ¿no oiría las mismas recriminaciones? También ahora reblandecemos una mano contraída y seca, y por lo mismo no cesamos de hacerlo hasta que con toda perfección la podamos extender. ¡Ojalá que ésta fuera vuestra continua conversación en casa, en la plaza, en la mesa y hasta en sueños durante la noche! Porque, si de día nos preocupara este pensamiento, también en sueños nos había de ocupar.

¡Y qué!, dices, ¿quieres que siempre esté hablando de la limos- 461
na? De buena gana quisiera no tener necesidad de daros este consejo, sino más bien exhortaros a luchar contra los judíos, los gentiles y los herejes; pero ¿quién da armas a hombres que no están todavía completamente curados? ¿Cómo exponer a los rigores de la guerra a los que tienen su cuerpo acribillado de heridas? Si os contemplara llenos de salud, ya os hubiera hecho formar en batalla y hubierais visto por la gracia de Dios caer y morir a muchos y hacer un montón con sus cabezas. En otros libros nos hemos ocupado largamente de esto, pero a consecuencia del abandono de muchos no podemos gloriarnos completamente de las victorias conseguidas. En efecto, después de haberlos vencido frecuentemente en los dogmas, nos objetan con la desarreglada vida de muchos y nos echan en cara las heridas, esto es, las enfermedades del alma de los que viven con nosotros».

III. SAN AGUSTIN

El lavatorio de los pies y el mandato. Figuras de la Pasión

Seleccionamos los pensamientos más brillantes de los *Comentarios al Evangelio de San Juan*, en torno a los sagrados misterios de la Semana Santa.

A) El lavatorio de los pies

462 a) «COMO EL DIABLO YA HABÍA PUESTO EN EL CORAZÓN DE JUDAS ISCARIOTE» (Io. 13,2)

«Este colocar nos indica una sugestión espiritual que no tiene lugar por los oídos, sino por medio del pensamiento, y que merece, pues, llamarse no espiritual, sino corporal... No hay duda alguna de que también el espíritu bueno nos infunde oculta y espiritualmente buenas sugestiones, y lo que interesa es saber a cuáles consiente el entendimiento humano, si a las malas, desprovisto del auxilio divino por su culpa, o a las buenas, ayudado por la gracia. Se había decidido ya Judas en su corazón a acceder a las sugestiones diabólicas y a que el discípulo entregase a un Maestro en quien no había aprendido a conocer a Dios. Ya había venido con esta disposición al banquete, como explorador del Pastor, como ponedor de insidias al Salvador, como vendedor del Redentor. Ya había venido de esta manera y, sin embargo, se le sabía, se le toleraba y él creía pasar inadvertido porque se engañaba precisamente en aquello que quería engañar; pero El, leyendo en el interior de su corazón, usaba a sabiendas del que no sabía que era utilizado» (cf. *Comentarios a San Juan*, tr.55,4: PL 34,1786).

463 b) «SABIENDO QUE EL PADRE HABÍA PUESTO EN SUS MANOS TODAS LAS COSAS»... (Io. 13,3)

«Luego también al mismo traidor, pues si no lo hubiese tenido en sus manos, no hubiera podido usarlo a su capricho. Ya estaba, pues, entregado al traidor, y precisamente al mismo que deseaba entregarle, de modo que cuando lo entregara para el mal saliera de su traición un bien que él ignoraba. Sabía muy bien el Señor lo que estaba haciendo por sus amigos este Señor que se servía pacientemente de sus enemigos. Por lo tanto, todo lo había puesto el Padre en sus manos, incluso lo que era malo en cuanto su uso y bueno en cuanto al deseo».

c) «SE QUITÓ LOS VESTIDOS Y TOMANDO UNA TOALLA»... (Io. 13,4) 464

«Debemos, hermanos carísimos, estudiar diligentísimamente la intención del evangelista. Antes de hablar de tan gran humillación del Señor quiere ponderar su grandeza y para eso dice: *Con saber que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que había salido de Dios y a El se volvía.* A pesar de saber que el Padre le había entregado todo en sus manos, lavó, no las manos, sino los pies de los discípulos y, a pesar de saber que había salido de Dios y a Dios volvía, cumplió los menesteres, no del Señor Dios, sino del hombre siervo. Uno de éstos era el hablar anticipadamente sobre el mismo que le había de entregar, el que había entrado ya como traidor y como tal era conocido, para que así su humildad llegase al máximo, no desdeñándose de lavar los pies de aquel cuyas manos se preveían ya criminales» (ibid., 6: PL 34,1786).

«¿Es, pues, de maravillar que, levantándose en medio de la cena, se colocara sus vestidos Aquel que, viviendo en la forma de Dios, sin embargo se aniquiló a sí mismo? ¿Y qué maravilla hay en que se ciñera una toalla el que recibió la forma del siervo y se manifestó como hombre? ¿Qué nos puede asombrar que echara agua en la jofaina para lavar a sus discípulos el que derramó por la tierra su sangre para lavar la suciedad de los pecados? ¿Cómo nos asombraremos de que secara con la toalla que llevaba ceñida los pies que acababa de lavar el que confirmó las huellas de los evangelistas con la carne de que se había revestido?

Había de padecer tormentos y adelantaba favores. No sólo a 465
aquellos por quienes había de sufrir la muerte, sino a aquellos otros por los que había de ser entregado a la misma.

Tanta es la utilidad de la humildad humana, que quiso encomendarla con su ejemplo la sublimidad divina, porque el hombre soberbio hubiera perecido eternamente si no hubiera salido a su encuentro un Dios humilde. Vino, sí, el Hijo del hombre a buscar y salvar lo que había perecido. Pereció por seguir la soberbia de su engañador; sálvese, pues, siguiendo la humildad del Redentor» (ibid., 7: PL 34,1787).

d) «LLEGÓ, PUES, A SIMÓN PEDRO, QUE LE DIJO: SEÑOR, ¿TÚ LAVAS A MÍ LOS PIES?» (Io. 13,6) 466

«¿Quién no se espantaría de que el Hijo de Dios le lavara los pies? Por eso, aunque parece gran audacia que el siervo contradiga a su Señor y el hombre a su Dios, Pedro prefirió hacerlo antes que consentir que sus pies fuesen lavados por su Señor y Dios.

No hay que creer que Pedro hubiese temido y rechazado al Señor después de que los otros discípulos lo hubieran permitido..., sino que debemos entender que comenzó por él, esto es, cuando comenzó a lavar los pies de los discípulos vino a aquel por quien iba a empezar, o sea a Pedro, y entonces Pedro, espantado de lo

que hubiera espantado a cualquier otro, le dijo: *Señor, ¿tú lavas a mí los pies?*

¿Qué significa *tú?* ¿Qué significa *a mí?* Más vale meditarlo que explicarlo, no vaya a ocurrir que lo que el alma entienda en estas palabras no sepa explicarlo la lengua» (tr.56,1: PL 34,1787).

Lo que yo hago tú no lo sabes ahora; lo sabrás después (Io. 13,7). Asustado de la profundidad de aquella acción del Señor, no permite que se haga aquello cuyo porqué ignora; no puede ver, no puede resistir a Cristo humillado ante sus pies. *Jamás me lavarás tú los pies.*

Si no te los lavo, no tendrás parte conmigo... (Io. 13,8). Entonces, acongojado por el amor y el temor e inquietándole más el ser negado por Cristo que el verle humillado ante sus plantas, contestó: *Señor, entonces no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.* Si así me amenazas, ahí tienes mis miembros, y no solamente no te quito lo más bajo, sino que te entrego lo más alto» (ibid., 2: PL 34, 1788).

467 e) «DICE EL SEÑOR: EL QUE SE HA BAÑADO NO NECESITA LAVARSE MÁS QUE LOS PIES, PUES ESTÁ TODO LIMPIO» (Io. 13,10)

«¿Qué quiere decir esto, qué significa? ¿Cómo habremos de interpretarlo? El Señor lo dice, es la Verdad quien habla: es necesario que se lave los pies incluso el que se ha bañado. ¿Qué imagináis que significa, hermanos míos, sino que el hombre que en el bautismo es lavado completamente, sin exceptuar los pies, sin embargo, después, al vivir en medio de las cosas humanas, ha de pisar la tierra? Los afectos humanos, de los cuales no podemos prescindir mientras vivimos aquí abajo, son como los pies por los cuales somos infectados por las cosas terrenas, de tal forma que, *si dijéramos que no tenemos pecados nosotros mismos, nos engañamos y la verdad no está en nosotros* (1 Io. 1,8). Por eso nos lava todos los días los pies el que interpela por nosotros (Rom. 8,34) y por eso necesitamos lavarnos a diario, esto es, dirigirnos por las sendas del espíritu, como confesamos en la oración dominical al decir: *Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Si confesamos, como está escrito, nuestros pecados, bien seguros podemos estar de que Aquel que lavó los pies de sus discípulos fiel y justo es para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad (1 Io. 1,9), esto es, para limpiarnos hasta los mismos pies con los que caminamos por la tierra» (ibid., 4: PL 34,1788).

468 «Por eso la Iglesia, a la que Cristo limpió con el lavado del agua en el Verbo, no se compone sólo de los que sin mancha ni arruga alguna son arrebatados del contagio de esta vida inmediatamente después del bautismo de la regeneración y que por no haber pisado la tierra no necesitan lavarse los pies, sino también de aquellos otros con los que tuvo el Señor esta misericordia de hacerlos salir del siglo con los pies lavados. Los que aquí quedan, aunque

estén limpios porque vivan santamente, necesitan lavarse los pies, ya que no viven sin pecado; por eso dice el Cantar de los Cantares: *Ya me he lavado los pies, ¿cómo volveré a ensuciarlos?* (Cant. 5,3). Dícelo cuando, teniendo que salir a recibir a Cristo, se ve obligada a pisar el suelo para ir a El».

Se nos presenta otra nueva cuestión. «¿Por qué hay que pisar la tierra para buscar un Cristo que está en el cielo? Pero no tengo tiempo para explicarlo» (ibid., 5: PL 34,1789).

«No me olvido de mi deuda y ha llegado el tiempo de pagarla. 469
Concédame el pago el que me concedió contraer la deuda. Me dió el amor del que fué dicho: *no debáis a nadie nada, sino amaros mutuamente* (Rom. 13,8); déme, pues, también la palabra que entiendo debo a mis amados.

Cristo está arriba sentado a la diestra del Padre, pero también está aquí, por lo cual cuando hablaba a Pablo, perseguidor en esta tierra, le decía: ¿Por qué me persigues?

Cristo, pues, está personalmente en el cielo, y la Iglesia, que es prolongación de Cristo, está en la tierra» (tr.57,1: PL 34,1789).

f) Gran misterio 470

«*Ya me he lavado los pies, ¿cómo volveré a ensuciarlos?* (Cant. 5,3). ¡Oh arcano admirable! ¡Oh gran misterio! ¿Teme mancharse los pies yendo hacia el que lavó los pies de sus discípulos? Sí que lo teme, porque por la tierra ha de ir hacia Aquel que está también en la tierra, pues no abandona nunca a los que están en ella. ¿No fué El el que dijo: *Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos?* (Mt. 28,20).

Refiérese a los que predican a Cristo y le abren las puertas para que habite por la fe en los corazones de los hombres (Eph. 3, 17). Refiérese a los que deliberan si han de aceptar o no un ministerio para el que se juzgan menos aptos y temen no poder cumplirlo sin culpa, de forma que, predicando a otros, ellos se condenen. Porque en realidad es más tranquilo oír la verdad que predicarla, ya que el oyente se conserva humilde y al predicador le es difícil sustraerse a la jactancia humana, la que, desde luego, mancha los pies» (ibid., 2: PL 34,1790).

«Disfrutemos, pues, oyendo en silencio la verdad que nos ha- 471
bla en lo interior. Fuera suena esta verdad cuando se la lee, se la anuncia, se la predica, se la explica, se la manda, se consuela, se exhorta e incluso se canta. Los que a ellos se dedican temen manchar sus pies, lo cual ocurrirá si procuran complacer a los hombres y aceptar el humo de las alabanzas humanas. En cambio, los que la oyen gustosa y piadosamente no corren el peligro de jactarse del trabajo ajeno y se aprovechan y gozan de la humildad sin hinchazón alguna ante la voz de la verdad del Señor. Por eso la Iglesia santa tiene sus delicias en los que aprendieron a oír humildemente y con gusto y hacen transcurrir su vida tranquila en medio de deseos

santos y saludables, y dicen: *Yo duermo y mi corazón vigila* (Cant. 5, 2). ¿Qué significa lo de que duermo y vigila mi corazón sino que descanso y escucho? Mi descanso no sirve para fomentar la pereza, sino para conseguir la sabiduría. *Yo duermo y mi corazón vigila* (Cant. 5,2). Descanso y veo que tú eres el Señor... Descanso de los asuntos de esta vida y mi alma se hincha de los afectos divinos» (ibid., 3: PL 34,1791).

472 g) NECESIDAD DE LA ACCIÓN

«Pero he aquí que a esos mismos que descansan tan suave y humildemente, iglesia que se regala ociosa, he aquí que los llama Aquel que dijo (Mt. 10,7): *Lo que os digo en las tinieblas, decidlo vosotros en la luz, y lo que escucháis a vuestro oído, predicadlo sobre los tejados*. Su voz llama a la puerta y dice (Cant. 5,2): *Abreme, hermana mía, vecina mía, paloma mía, perfecta mía, porque mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de las gotas de la noche*. Como si dijera: Tú descansas y la puerta está cerrada ante mí, tú te entregas al ocio de unos pocos y la iniquidad que va abundando enfría la caridad de muchos. Noche es la iniquidad, rocío son sus gotas y las que se enfrían y caen enfrían la cabeza de Cristo, esto es, hacen que Dios no sea amado.

Llama, pues, para sacudir la tranquilidad de los santos ociosos y grita diciendo: *Abreme, hermana* de mi sangre, *vecina mía* por mis palabras, de las que te saturaste en el descanso; ábreme, predícame, ¿cómo voy a entrar en la casa de los que me cerraron las puertas si no hay quién me las abra? ¿Y cómo me oirán si no hay quien predique?» (ibid., 4: PL 34,1791).

473 «Muchos de los que aman el descanso desearían que se levantasen apóstoles que calentasen la caridad enfriada. La Iglesia desearía que volviesen los primeros predicadores de la verdad, pero si ya se han despojado de la túnica, ¿cómo van a volver a ceñirla? Si están ya en el cielo, ¿cómo volverán a predicar? Entonces, mirando a los que temen ahora predicar por no empañar su perfección y que dicen: *Me he lavado los pies, ¿cómo los volveré a manchar?* (Cant. 5,3), les grita: «Levántate y abre. Cristo los lava». Perdónanos nuestras deudas, porque no se ha apagado del todo nuestra caridad, ya que nosotros también perdonamos a nuestros deudores. *Cuando te oímos a ti, nuestros huesos humillados saltan contigo hasta el cielo* (Ps. 50,10). Pero cuando te predicamos, pisamos la tierra para abrirte. Si nos reprenden, nos turbamos; si nos alaban, nos envanecemos. Lava nuestros pies antes limpios y ahora manchados, porque hemos pisado la tierra para acudir a abrirte.

Basta por hoy, queridísimos. Si hemos dicho algo menos oportuno que os extrañe o nos hemos envanecido más de lo conveniente con vuestras alabanzas, pedid al Señor con vuestras oraciones que limpie mis pies» (ibid., 6: PL 34,1792).

h) «VOSOTROS ME LLAMÁIS MAESTRO Y SEÑOR, Y DECÍS BIEN, PORQUE LO SOY» (Io. 13,13) 474

«Decís bien, porque es verdad lo que decís, puesto que lo soy. Impúsosele al hombre este precepto: *Que te alabe el extraño, no tu boca* (Prov. 27,2). Peligroso es para el que ha de procurar no ensoberbecerse complacerse a sí mismo. Pero, en cambio, Aquel que está por encima de todo no se ensalza jamás demasiado por mucho que se le alabe. Nunca se podrá decir justamente que Dios es arrogante. Nosotros necesitamos conocerle, El se conoce ya y nadie puede conocerle si El mismo no se lo enseña. Por lo tanto, si El quisiese cómo evitar la arrogancia no alabándose, nos privaría a nosotros del saber. Y nadie reprendería a un maestro, aunque se entendiese de él ser un puro hombre, que manifestara lo que es, porque no haría otra cosa sino lo que hacen todos los hombres, que confiesan sin arrogancia alguna ser maestros en sus artes para conseguir el nombre de profesores. Mas ¿quién aguantará que un hombre se llame señor de sus discípulos cuando éstos sean libres? Pero aquí es Dios el que habla; no hay soberbia en arrogarse tanta grandeza, no hay mentira ninguna. El que nosotros nos sometamos a El, útil es para su grandeza; el que nosotros le sirvamos, útil para la verdad; el que se dé el nombre de Señor no es vicio en El, sino beneficio nuestro. Son alabadas las palabras de cierto autor que dijo: «Toda arrogancia es odiosa, pero la que presume de genio y elocuencia es mucho más molesta» (cf. CICERO, *In Q. Caecilium)*. Y, sin embargo, este mismo autor cuando se refería a su elocuencia decía: «La llamaría perfecta si me lo pareciera y no temería el pecado de arrogancia si fuese verdad» (ibid., *Oratore)*. Si, pues, aquel hombre elocuentísimo no temió ser soberbio diciendo la verdad, ¿cómo podrá temer ser arrogante la Verdad misma? Llámese, pues, Señor el que es el Señor, diga la verdad el que es la Verdad, no sea que yo deje de aprender lo que me es útil por callarse El lo que El es» (tr.58,3: PL 34,1793).

i) «SI, PUES, YO, QUE SOY VUESTRO SEÑOR Y MAESTRO, HE LAVADO VUESTROS PIES, VOSOTROS DEBÉIS TAMBIÉN LAVAROS LOS UNOS A LOS OTROS, PUESTO QUE OS HE DADO EJEMPLO, PARA QUE VOSOTROS HAGÁIS LO QUE YO HE HECHO» (Io. 13,14-15) 475

«¡Oh bienaventurado San Pedro! Eso es lo que ignorabas cuando no permitías que te lavase; esto es lo que prometió que habías de saber después, cuando tu Señor y Maestro te asustó para que le permitieras lavarte. Hemos aprendido, hermanos, la humildad del Altísimo; hagamos mutuamente y humildes lo que el Altísimo hizo humildemente. Grande es este sermón sobre la humildad. Lo practican los hermanos con obras visibles cuando se reciben hospitalariamente, puesto que algunos conservan con hechos exteriores estas costumbres humildes (1 Tim. 5,10)... Pero donde no

existen estas costumbres los santos ejecutan con el corazón lo que no hacen con las manos, si es que en realidad se cuentan entre el número de aquellos de quienes dice el himno de los tres santos varones: *Bendecid al Señor los santos y humildes de corazón* (Dan. 3, 87)» (ibid., 4: PL 34,1794).

476 j) «ORAD LOS UNOS POR LOS OTROS»

Además de estas consideraciones morales podemos nosotros entender que el Señor nos recomienda que nos lavemos los unos a los otros esos pecados que se nos pegan al caminar por el mundo, limpiando nuestros afectos. ¿Cómo podrá ser esto? «¿Acaso podemos decir que un hermano puede limpiar a su hermano del contagio de los delitos? ¡Ya lo creo! Y eso es lo que se nos advierte también en estos asombrosos hechos del Señor, a saber, que, confesándonos mutuamente nuestros delitos, oremos por nosotros como Cristo interpela por nosotros (Rom. 8,34). Oigamos al apóstol Santiago, que nos lo manda y dice clarísimamente: *Confesad, pues, mutuamente vuestras faltas y orad unos por otros para que os salvéis* (Iac. 5,16). También de esto nos dió el Señor ejemplo. Si Aquel que no tiene, ni tuvo, ni tendrá pecado alguno oró por los nuestros, ¿cuánto más deberemos nosotros orar los unos por los otros? Y si nos perdonó Aquel a quien nosotros no tenemos nada que perdonar, ¿cuánto más debemos perdonarnos los que somos incapaces de vivir aquí sin pecado? ¿Qué es lo que quiere significarnos el Señor en este tan hondo misterio de sus palabras cuando nos dice: *Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo que yo he hecho*, sino lo mismo que nos enseña tan claramente el Apóstol: *Soportándoos y perdonándoos mutuamente siempre que alguno diere motivo a otro de queja. Como el Señor os perdonó, así también perdonaos vosotros?* (Col. 3,13).

Perdonémonos, pues, mutuamente nuestros pecados, oremos mutuamente por nuestros delitos, y así, en cierto modo, nos lavaremos los pies los unos a los otros. A nosotros nos toca, por su gracia, este ministerio de la caridad y de la humildad; a El le corresponde escucharnos y limpiarnos de toda mancha de pecado, por Cristo y en Cristo, para que lo que nosotros perdonemos, esto es, lo que desatemos en la tierra, sea desatado en el cielo» (ibid., 5: PL 34,1794).

B) La turbación del Señor

477 a) «HABIENDO DICHO ESTO, SE TURBÓ JESÚS EN SU ESPÍRITU» (Io. 13,21)

«Turbóse el que tenía poder para entregar su alma y para volverla a recobrar otra vez, turbóse aquel poder inmenso, turbóse la firmeza de la piedra. ¿No será mejor, quizás, decir que se turbó

en él nuestra flaqueza? No crean los siervos encontrar nada indigno en su Señor, sino, por el contrario, conózcanse a sí mismos como miembros de aquella Cabeza. El que murió por nosotros turbóse también por nosotros. El que murió por su libre voluntad, por su voluntad libre se turbó; el que transfiguró el cuerpo de nuestra humildad haciéndolo conforme al cuerpo de su gloria (Phil. 3,21), transfiguró también en sí mismo los sentimientos de nuestra flaqueza compadeciendo los de nosotros con los de su alma. Por lo tanto, cuando el grande, el fuerte, el cierto, el invicto se turba, no temamos que llegue a desfallecer, porque no perece, sino que nos busca. A nosotros nos busca, y nos busca en forma tal que nos veamos en su turbación, para que cuando nos turbemos no perezcamos por desesperar. Cuando se turba el que no padecería turbación si no quisiese padecerla, es para consolar al que se turba sin quererlo» (tr.60,2: PL 34,1797).

«Fuera, pues, todos los argumentos de esos filósofos que niegan 478
que el sabio pueda sufrir perturbaciones en su alma; Dios ha convencido de necedad a la sabiduría del mundo, y Dios conoce los pensamientos de los hombres y sabe que son vanos. Túrbese, sí, el ánimo cristiano, y túrbese no por su miseria, sino por la misericordia. Tema el hombre perecer para Cristo, entristézcase cuando alguien perece para El; arda en deseos de adquirir hombres para Cristo, alégrese cuando los consiga; tema no perezca él para Cristo, entristézcase si se ve peregrino lejos de El; apetezca reinar con Cristo, alégrese mientras espera reinar con El. He aquí las cuatro cosas que llaman perturbaciones, a saber, el temor y la tristeza, el amor y la alegría. Teman los justos por justa y cristiana causa y no consientan en el error de los estoicos ni de cualquier otra clase semejante de filosofía. Esos son los que llaman a la verdad vanidad y al estupor salud» (ibid., 3: PL 34,1798).

b) La turbación del cristiano ante la muerte 479

«Quizás me objete alguno: ¿Pero es que el alma cristiana debe turbarse cuando le amenaza la muerte? ¿Dónde queda, pues, aquello del Apóstol que deseaba deshacerse y estar con Cristo (Phil. 1,23), si lo que desea puede turbarle cuando llegue? Nos sería fácil contestar diciendo que esa perturbación puede llamarse alegría... Sin embargo, es preferible que nos acomodemos al sentido de las Sagradas Escrituras y que contestemos la pregunta según ellas mismas con la gracia de Dios, no sea que si al comentar lo escrito de que Jesús después de haber dicho todo aquello se turbó en su espíritu decimos que se turbó con alegría, nos objeten y hagan callar con aquello otro de *triste está mi alma hasta la muerte* (Mt. 26, 38)» (ibid., 4: PL 34,1798).

«Muy firmes son los cristianos, si es que existen, que no se turban cuando les amenaza la muerte; pero ¿acaso serán más fuertes que Cristo? ¿Quién que no esté rematadamente loco se atreverá

a decirlo? ¿Para qué se turba si no es para consolarnos, asemejándose voluntariamente a la flaqueza de los que viven en cuerpo débil, esto es, los que forman su Iglesia? Para que, si algunos se turbaren al ver la muerte, le miren a El y no se crean réprobos por ello.

¿Cuántos bienes no deberemos esperar y desear de la participación de su divinidad, si hasta su misma turbación y flaqueza nos tranquiliza y robustece?» (ibid., 5: PL 34,1798).

C) *El mandato*

480 a) «UN MANDATO NUEVO OS DOY, QUE OS AMÉIS LOS UNOS A LOS OTROS COMO YO OS HE AMADO» (Io. 13,34)

«Afirma el Señor que da a sus discípulos el mandato nuevo de que se amen mutuamente. ¿Es que acaso no existía ya este mandamiento en aquella antigua Ley de Dios en la que está escrito: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo?* (Lev. 19,18). ¿Por qué, pues, llama el Señor nuevo a lo que aparece tan antiguo? ¿Es quizás porque, despojados del hombre viejo, nos reviste del nuevo? No todo amor, sino este del que el Señor, para distinguirlo del carnal, dice: *Como yo os he amado*, es el que renueva al que lo escucha, o mejor dicho, al que lo obedece. Porque también se aman mutuamente los esposos y sus esposas, los padres y los hijos, y todos aquellos a quienes une la necesidad humana, y eso aun olvidándonos de los amores culpables y condenados, con los cuales se aman mutuamente los adúlteros, los fornicarios, las meretrices y todos aquellos a quienes une no la necesidad humana, sino la dañosa torpeza de la vida del hombre. Lo nuevo, pues, del mandato que Cristo nos da consiste en que nos amemos mutuamente como El nos amó a nosotros.

481 Este amor humano, carísimos, es el que renovó a los justos de entonces, aquellos patriarcas y profetas, como después a los apóstoles bienaventurados; éste es el que renueva ahora a las gentes y el que forma con el género humano esparcido por todo el orbe de la tierra el pueblo nuevo, cuerpo de esta nueva Esposa del Hijo unigénito de Dios, de la que se dice en el Cantar de los Cantares: *¿Quién es ésta que sube blanca?* (8,5, versión de los Setenta). Blanca es, porque ha sido renovada; ¿y quién la renovó sino el mandato nuevo? Por esto sus miembros se preocupan los unos de los otros, y si uno de ellos padece, se compadecen todos, y si uno es glorificado, se alegran los demás (1 Cor. 12,25-26). Oyen y guardan las palabras, estas palabras de *un mandato nuevo os doy, que os améis mutuamente*, no como los que se aman para perjudicarse, ni como se aman los hombres en cuanto tales, sino como hijos, porque todos son dioses e hijos del Altísimo. Amense para ser hermanos de su Hijo único, queriéndose con aquel amor mutuo con que El

los amó para conducirlos a un fin que les sea suficiente y que sacie todos sus deseos (Ps. 102,3). No faltará nunca nada cuando *Dios sea todo en todos* (1 Cor. 15,28). Ese fin no tiene fin. Nadie muere en aquel lugar, adonde nadie llega si no ha muerto en este siglo, y no precisamente con esa muerte común a todos, que consiste en la separación del alma y del cuerpo, sino con la muerte de los elegidos, esa otra que consiste en poner el corazón arriba aun mientras se vive en este cuerpo mortal. Esa muerte de la que dice el Apóstol: *Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col. 3,3)».

b) «El amor es fuerte como la muerte» 482

«Quizás por eso se ha dicho que *el amor es fuerte como la muerte* (Cant. 8,6), porque éste es el amor que nos constituye muertos, aun dentro de nuestro cuerpo todavía corruptible, y hace que nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios. Es más, este amor es nuestra muerte al siglo y nuestra vida con Dios. Si el separarse el alma del cuerpo es ya morir, ¿cómo no será muerte también el que nuestra alma se separe del mundo? Fuerte es, pues, al amor como la muerte; ¿hay algo más fuerte que lo que nos hace vencer al mundo?» (tr.55,1: PL 34,1808).

No creáis que este precepto nos haga olvidarnos de aquel otro mayor de amar a Dios, sino que, por el contrario, está incluído en él. «Los que lo entienden encuentran ambos amores juntos. Porque el que ama a Dios no puede despreciarle cuando nos manda amar al prójimo, y el que santa y espiritualmente ama a su prójimo, ¿qué es lo que ama en él sino a Dios? Este es el amor distinto de cualquier amor mundano, y para precisar la distinción, añade el Señor: *como yo os he amado*. ¿Qué es lo que amó en nosotros sino a Dios? No amó lo que teníamos, sino que nos amó para conseguir, como os he dicho, que Dios fuera todo en todos. Así es como el médico ama a sus enfermos, ¿y qué es lo que ama en ellos sino la salud que desea llevarles, y no la enfermedad que ha venido a desterrar? Amémonos, pues, nosotros todo cuanto podamos, ayudémonos mutuamente con los cuidados del amor para tener en nosotros a Dios.

Este es el amor que él mismo nos da cuando dice: *Como os amo a vosotros, para que vosotros os améis mutuamente*. Nos amó para que nos amásemos; para que este mutuo amor nos enlace entre nosotros, y unidos los miembros con tan dulce vínculo, seamos el cuerpo de cabeza tan noble» (ibid., 2: PL 34,1809).

c) «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros» (Io. 13,35) 483

«Como si dijera: Muchos, que no son míos, han recibido otros dones míos, que les son comunes con vosotros, y no sólo la naturaleza, la vida, los sentidos, la razón y hasta esa salud de que gozan

tanto los hombres como los animales, sino incluso las lenguas, los sacramentos, la profecía, la ciencia, la fe, el distribuir sus bienes a los pobres y el entregar sus mismos cuerpos para que ardan; pero, sin embargo, como no tienen caridad, suenan como un címbalo y no son nada ni aprovechan nada (1 Cor. 13,13). No se les conocerá, pues, como discípulos míos porque disfruten de todos esos bienes que pueden poseer los que no lo son, sino que *en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros.*

¡Oh Esposa de Cristo, la más hermosa entre todas las mujeres! ¡Oh tú, que subes blanca y apoyándote en tu hermano! La misma luz que te ilumina para que brilles, te sirve de ayuda para que no caigas. ¡Oh y qué bien se canta sobre ti en aquel Cantar de los Cantares, epitalamio tuyo: *La caridad constituye tus delicias!* (7,6 según los Setenta). Esa caridad sí que no pierde su alma en medio de los impíos, ésa es la que separa tu causa y es tan fuerte como la muerte y constituye tus delicias. ¡Y qué especie tan admirable de muerte es ésa, a la cual le parece poco no padecer y desea estar llena de delicias!» (ibid., 3: PL 34,1809).

484 d) «ESTE ES MI PRECEPTO, QUE OS AMÉIS UNOS A OTROS» (Io. 15,22)

«Esta repetición del mandamiento es lo mismo que recomendarlo con más fuerza, sólo que allí se habla de un mandato nuevo y aquí se dice que es un mandato suyo; allí se habla de él como si no hubiera existido antes; aquí como si El no hubiese dictado ningún otro mandato. Pero allí se le llama nuevo para que no perseveremos en nuestra vejez, y aquí se le llama suyo para que no lo despreciemos» (tr.83,2: PL 34,1845).

485 «¿Y por qué dice, hermanos míos, que éste es su mandato, como si no existiera otro? ¿Es que acaso no ha puesto más precepto que este del mutuo amor? ¿Es que acaso no es mayor todavía el de amar a Dios? ¿Es que acaso Dios nos manda sólo que nos amemos y no busquemos otra cosa? Tres cosas nos recomienda el Apóstol diciendo: *Permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; y la mayor de ellas, la caridad* (1 Cor. 13,13). Pues si en la caridad, esto es, en el amor, se incluyen aquellos dos preceptos y de ella se dice que es la mayor, hay que concluir que no es la única. ¿Cuántas cosas se nos han mandado sobre la fe y sobre la esperanza, hasta el punto de que nadie puede ni reunirlas ni enumerarlas? Sin embargo, atendamos a lo que nos dice el mismo Apóstol: *La caridad es la plenitud de la Ley* (Rom. 13,10). Donde está, pues, la caridad, ¿qué es lo que puede faltar? Y donde no está, ¿qué es lo que puede aprovechar? El demonio cree, pero no ama; en cambio, nadie ama si no cree. Esperará en balde, pero puede esperar el perdón el que no ama; en cambio, ninguno de los que aman pueden desesperar. Por lo tanto, donde está el amor, necesario es que estén la fe y la esperanza; donde está el amor del prójimo, necesario es que esté también el amor de Dios. El que no ama a Dios, ¿cómo podrá amar al prójimo

como a sí mismo, si no sabe ni siquiera amarse a sí propio? Es un inicuo y un impío, y el que ama la iniquidad, desde luego que no ama su vida, sino que la odia (Ps. 10,6). Obedezcamos firmemente este precepto del Señor y amémonos mutuamente, y así cumpliremos todo cuanto nos haya mandado, porque aquí se encierra cualquier otra cosa».

Distingamos este amor del amor humano, puesto que para eso añadió Cristo lo de *como yo os he amado*. ¿Para qué nos amó Cristo sino para que podamos reinar con El? Amémonos, pues, mutuamente para que distingamos nuestro amor de los demás amores de esos que no se aman mutuamente, porque ni siquiera aman. Los que se aman para poseer a Dios, ésos se aman a sí mismos; luego aman a Dios para amarse a sí mismos» (ibid., 3: PL 34,1845).

e) Como Cristo nos amó 486

«Debemos amarnos como Cristo nos amó a nosotros. San Juan lo explica en su Epístola (I, 3,16): que El dió su vida por nosotros y nosotros debemos dar nuestras vidas por nuestros hermanos amándonos como nos amó el que la entregó por nosotros. Esto es lo que se lee en los Proverbios de Salomón: *Si te sentares a cenar a la mesa de un poderoso, mira lo que te ponen delante y alarga tu mano, sabiendo que eso mismo debes preparar* (Prov. 23,1-2 según la versión de San Agustín). ¿Cuál es la mesa del poderoso, sino ésa donde se toma el cuerpo y sangre de quien entregó su vida por nosotros? ¿Y qué es sentarse a ella sino acercarse humildemente, y qué es considerar y mirar lo que tienes delante sino meditar dignamente en la gracia tan grande que recibes? ¿Y qué es alargar la mano para saber lo que debes preparar sino el que, como ya os he dicho, debemos poner nuestra vida por los hermanos, como Cristo puso la suya por nosotros? Es lo que dice el apóstol Pedro: *Cristo padeció por nosotros, dejándonos el ejemplo para que sigamos sus huellas* (1 Petr. 2,21). En eso consiste preparar lo mismo» (tr.84,1: PL 34,1846).

«No quiere esto decir que podamos nosotros ser iguales a Cristo 487
nuestro Señor, aunque estemos dispuestos a derramar en el martitio nuestra sangre por El. El pudo entregar su vida y volverla a tomar; nosotros no podemos vivir lo que queramos, y morimos, aunque no queramos. El, muriendo, mató la muerte; nosotros, al morir, nos libramos de ella. Su carne no conoció la corrupción (Act. 2,31); la nuestra, después de corrompida, será revestida, al final del siglo y gracias a El, de incorrupción. El no necesita de nosotros para salvarse; nosotros no podemos salvarnos sin El. El se nos entregó a nosotros como la vid a los sarmientos; nosotros no podemos tener sin El la vida. Por último, aunque los hermanos murieran por sus hermanos, sin embargo, la sangre del martirio no se derrama para perdón de los pecados de los hermanos, que es lo que hizo El por nosotros» (ibid., 2: PL 34,1846).

488 f) «VOSOTROS SOIS MIS AMIGOS SI CUMPLÍS TODO LO QUE OS MANDO»

«Después que Jesús nuestro Señor hubo recomendado aquella caridad que El mismo nos mostraba muriendo por nosotros, y después que hubo dicho que ninguno tiene mayor amor que el que entrega su vida por sus amigos, añadió: *Vosotros sois mis amigos si cumplís todo lo que yo os mando* (Io. 15,14). ¡Qué gran dignación! El siervo no puede ser bueno si no cumple los preceptos de su Señor, y éste quiere que sean amigos suyos con aquello que a los siervos sólo los hace buenos. Esta es, como os he dicho, su gran dignación: que se digne llamar amigos a los que sabe que son siervos suyos» (tr.85,1: PL 34,1848).

D) Comentarios a la Pasión

a) EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ

489 1. **«En diciendo esto salió Jesús»** (Io. 18,1).

«Lo que cuenta aquí sobre la entrada del Señor con sus discípulos en el huerto, no sucedió inmediatamente de terminado el discurso, a que se refiere con estas palabras, *en diciendo esto*, sino que ocurrieron en el intermedio otras cosas preteridas aquí y que se leen en otros evangelistas, del mismo modo que también en éste encontramos muchas que los otros callan en su narración. El que quiera saber cómo convienen entre sí, de modo que la verdad que el uno expone no se oponga a la del otro, habrá de averiguarlo no leyendo este discurso, sino estudiando trabajosamente los libros; no escuchándolo de pie, sino sentándose y leyendo o escuchando al que lee y aplicando con toda intensidad su entendimiento para comprenderlo. Pero sea que consiga saber algo en esta vida, sea que encuentre estorbos que se lo impidan, crea, sin embargo, ciertamente que ningún evangelista de los que la Iglesia ha recibido como canónicos ha podido escribir algo contrario a lo que haya dicho él mismo u otro con no menor veracidad que él» (tr.112,1: PL 34,1929).

490 2. **«En cuanto dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron por tierra»** (Io. 18,6)

«¿Dónde está la cohorte de soldados y ministros de los príncipes y de los fariseos, en dónde el terror y la fuerza de las armas? Una sola vez que dice: *Yo soy*, y es capaz sin dardo alguno de herir, rechazar y derribar aquella turba feroz, terrible en odios y armas. Es que Dios se escondía allí en la carne, y la luz eterna se ocultaba en los miembros humanos, para que las tinieblas la buscasen con linternas y hachas para matarla. *Yo soy*, dice, y derriba a los impíos. ¿Qué no hará cuando venga a juzgar el que hoy, cuando marcha

a ser juzgado, habla de tal forma? ¿Qué podrá cuando vaya a reinar el que tal podía cuando iba a morir?

Vinieron los perseguidores y el traidor para aprehender a Jesús; encontraron al que buscaban, le oyeron decir *Yo soy*, y ¿por qué, en vez de prenderle, retrocedieron y cayeron? ¿Por qué sino porque lo quiso el que puede todo cuanto quiere? Si no les hubiese permitido que le prendieran, ellos no hubieran conseguido aquello por lo que venían, pero El tampoco hubiera obrado por lo que había venido. Ellos le buscaban persiguiéndole, y El nos buscaba muriendo. Por eso mostró su poder a los que querían sujetarle y no podían; sujétenle, pues, y así se cumplirá su voluntad por medio de los que lo ignoran» (ibid., 3: PL 34,1930).

b) En la casa de Anás

1. «Lo llevaron primero a la casa de Anás» (Io. 18,13) **491**

«Una vez que los perseguidores, mediante la traición de Judas, hubieron preso y atado al Señor, que nos amó y se entregó por nosotros y al que no perdonó el Padre, sino que lo entregó por todos nosotros (Eph. 5,2; Rom. 8,32), para que sea cosa patente que Judas no es laudable por lo útil de su traición, sino muy condenable por su voluntad criminal, lo llevaron primero a casa de Anás, según nos cuenta Juan el evangelista» (tr.113,1; PL 34,1932).

2. «La portera le dijo a Pedro: ¿Acaso eres tú uno de los discípulos de ese hombre? El contestó: No lo soy» (Io. 18,17) **492**

«He aquí una columna firmísima que tiembla ante el soplo de un aura suave. ¿En dónde está aquella audacia que todo lo prometía y que tanto se fiaba de sí misma? ¿Dónde están aquellas palabras de *¿Por qué no puedo seguirte ahora? Yo entregaré por ti mi vida?* (Io. 13,37). ¿Consiste acaso el seguimiento del Maestro en negar ser discípulo suyo? ¿Así se entrega la vida por el Señor, cuando se teme hasta la palabra de una criada, no sea que ocurra lo que se prometió? Pero ¿qué de extrañar es que Dios prediga la verdad cuando el hombre presume la mentira? En verdad que en esta negación del apóstol Pedro que ya comienza debemos advertir que no sólo niega a Cristo el que dice que no es Cristo, sino el que niega ser discípulo suyo, cuando en realidad lo es.

El que niega ser discípulo de Cristo, niega esa realidad cuyo nombre es el de cristiano. ¡Ay!, cuántos después, y no sólo ancianos, en los que el cansancio de la vida puede facilitar la muerte por confesar a Cristo; no sólo la juventud de uno y otro sexo, a cuya edad se puede exigir con razón la fortaleza, sino hasta los niños y las niñas pudieron, en innumerable multitud de santos mártires, entrar fuerte y valientemente en el reino de los cielos, de lo que fué incapaz este que había recibido sus llaves» (ibid., 2).

493 3. **«Si he hablado bien, ¿por qué me hieres?»** (Io. 18,23)

«¿Puede haber algo más verdadero, manso y justo que esta respuesta? Es de Aquel de quien dijeron los profetas: *Marcha, cabalga sobre la verdad y la justicia* (Ps. 44,5).

Si pensamos quién recibió la bofetada, ¿no quisiéramos aniquilar al que la diera, o que el fuego del cielo lo consumiera, o que abriéndose la tierra lo sorbiera, o que fuera arrebatado por el demonio, o que recibiera alguno de estos y aun mayores castigos? ¿Y cuál de ellos no hubiera podido infligirle con su poder Aquel por quien el mundo fué formado, de no haber preferido enseñarnos la paciencia que vence al mundo? Quizás me diga alguno: ¿Y por qué no hizo lo que mandó? (Mt. 5,39). No debió contestar, sino presentar la otra mejilla. ¿Pues qué, el que contesta ahora tan veraz, mansa y justamente, qué hace sino presentar su otra mejilla cuando prepara todo el cuerpo para que sea clavado en la cruz? Admirablemente nos demuestra lo que convenía entonces demostrar, a saber, que su gran precepto de la paciencia se cumple no con ostentaciones del cuerpo, sino con la preparación del corazón. Porque puede muy bien ocurrir que un hombre ofrezca la otra mejilla y esté lleno de ira. ¿Cuánto mejor es contestar con mansedumbre y preparar el alma a sufrir daños más graves? Feliz aquel que en todas las cosas que padece por la justicia dice: *Preparado está mi corazón, ¡oh Dios!, preparado está mi corazón* (Ps. 56,8). Este es el que realmente puede recitar lo que se sigue: *Te cantaré y te alabaré* (ibid.), como Pablo y Bernabé lo hicieron en prisiones durísimas» (ibid., 4).

c) En el pretorio de Pilato

494 1. **«No entraron en el pretorio para no contaminarse»** (Io. 18,28)

«Había comenzado el día de los ázimos, en el cual les contaminaría entrar en una casa de extranjeros. ¡Oh ceguera impía! Les parece que van a contaminarse con una casa extraña, y no temen contaminarse con un crimen propio; temen contaminarse en el pretorio de un juez forastero, y no temen derramar la sangre de un hermano inocente. Y digo esto aun refiriéndome sólo a lo que le atestiguaba su mala conciencia, puesto que el llevar impíamente a la muerte al Señor y al dador de toda vida no podía imputársele a su conciencia, sino a su ignorancia» (tr.114,2: PL 34,1936).

495 2. **«Si no fuese un malhechor, no te lo entregaríamos»** (Io. 18,30)

«Pregúnteseles y contesten los que fueron liberados del espíritu inmundo, los enfermos sanos, los leprosos limpios, los sordos que oyen, los mudos que hablan, los ciegos que ven, los muertos que resucitan y, lo que es más todavía, los necios hechos sabios; pregúnteseles y contesten si Jesús es un malhechor. Pero verdad es

que todo esto lo decían de Aquel de quien los profetas habían ya anunciado: *Me devuelven mal por bien* (Ps. 34,12)» (ibid., 3).

3. **«No nos es lícito matar a nadie»** (Io. 18,31) **496**

«¿Qué es lo que dices, loca crueldad? ¿No estás matando con entregar a la muerte, o es que acaso la cruz no mata?... A tal punto ha llegado vuestro endurecimiento, ¡oh falsos israelitas!; así habéis perdido en vuestra maldad todo sentido, que os creéis limpios de una sangre inocente porque encomendáis a otro que la derrame. ¿O es que acaso Pilato, a quien comprometéis a que emplee su autoridad en ello, va a matarle con sus propias manos? Si no lo hubiseeis querido matar vosotros, si no le hubieseis puesto asechanzas, si no le hubieseis preso y atado y conducido, si no le ofrecieseis para que lo mataran, si no lo pidierais con vuestras voces, entonces podríais jactaros de que no erais vosotros quienes lo matabais. Pero si después de haber hecho todo lo que acabo de enumerar, todavía gritáis diciendo: *¡Crucificale, crucificale!*, oíd lo que contra vosotros dice también el profeta: *Yazgo entre hombres encendidos de furor, cuyos dientes son lanzas y saetas, cuya lengua es tajante espada* (Ps. 56,5). Ahí tenéis las armas, las saetas y la espada. Matáis al Justo, cuando decís que no os es lícito matar a nadie» (ibid., 4).

d) Delante de Pilato

1. **«Mi reino no es de este mundo»** (Io. 18,36) **497**

«Esto es lo que nos quiere enseñar el buen Maestro, pero antes era necesario demostrar la vanidad de la opinión humana, gentil o judía, sobre su reino y la acusación que habían llevado a Pilato sobre él para que fuese condenado a muerte como usurpador de una corona» (tr.115,1: PL 34,1938).

«Oíd, pues, judíos y gentiles; oíd, circuncisos e incircuncisos; oíd todos los reinos de la tierra: No impido vuestro dominio en este mundo, porque mi reino no es de él; no temáis con un miedo más vano y mayor que el de Herodes, quien, al serle anunciado Cristo, tembló y llevó la muerte a tantos niños, más cruel todavía en el miedo que en la ira. No temáis, porque mi reino no es de este mundo; ¿que más queréis? Venid al reino que no es de este mundo, venid por la fe y no lo persigáis por el temor. Dice una profecía refiriéndose a Dios Padre: *Yo he sido constituído por El Rey sobre Sión, su monte santo* (Ps. 2,6). Pero ese Sión y ese monte no son de este mundo. ¿Cuál es el reino sino los que creen en El, y de los cuales dice: *Vosotros no sois del mundo, como yo tampoco lo soy?* (Io. 17,14). Aunque cierto que quería que estuviesen en el mundo, por lo cual pide por ellos al Padre y dice: *No te pido que los quites de este mundo, sino que los libres del mal* (Io. 17,16-15). Por eso ahora no dice: mi reino no está en el mundo, sino: *no es de este mundo*, y cuando para demostrarlo añade: *Si mi reino fuese de este mundo, mis soldados pelearían para que no fuese entregado a los judíos* (Io. 18,36), no

termina diciendo: Ahora bien, mi reino no está aquí, sino mi reino no es de aquí. Este es su reino, duradero hasta el fin del mundo, y que tiene en sí mezclada la cizaña hasta que llegue la siega. La siega tendrá lugar al fin de los tiempos, cuando vengan los segadores, esto es, los ángeles, y reúnan todos los escándalos del reino, lo que ciertamente no ocurriría si éste no estuviera aquí. Sin embargo, no es de aquí porque está en el mundo como un peregrino.

498 Dice de su reino: *No sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo* (Io. 15,16). Erais del mundo cuando no formabais parte todavía del reino, sino que pertenecíais a los príncipes del mundo. Es del mundo todo hombre creado por Dios, pero engendrado después por la estirpe condenada de Adán. El reino, en cambio, no ha sido hecho de este mundo porque ha sido regenerado en Cristo. Dios nos arrancó del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, reino del que dice que no es de este mundo» (ibid., 2).

499 **2. «Yo para eso he nacido y para eso he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad»** (Io. 18,37)

«Es cosa manifiesta que aquí se refiere a su nacimiento temporal, cuando vino encarnado al mundo, puesto que el otro nacimiento no tuvo principio en cuanto a Dios... Hablando, pues, de este temporal, dice que nació, y nació de una virgen, y vino al mundo para dar testimonio de la verdad. Pero como no todos tienen la misma fe, añade: *El que ha nacido de la verdad, oye mi voz* (ibid.). Oyen, sí, con los oídos interiores, esto es, escuchan mi voz, lo que equivale a decir: Me creen. Cuando Cristo da testimonio de la verdad, da testimonio de sí mismo, puesto que son sus palabras: *Yo soy la Verdad* (Io. 16,6), y en otro lugar dice: *Yo doy testimonio de mí mismo* (Io. 8,18). Al indicar que todo el que pertenece a la verdad oye su voz, está ensalzando la gracia con la cual llama, según su voluntad. Sobre ello dice el Apóstol: *Sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman* (Rom. 8,28). Voluntad es del que llama y no de los llamados, lo que corrobora más claramente diciendo: *Soporta con fortaleza los trabajos por la causa del Evangelio en el poder de Dios, que nos salvó y nos llamó con vocación santa, no en virtud de nuestras obras, sino en virtud de su propósito y de la gracia* (2 Tim. 1,8-9). Porque si se refiriese sólo a la naturaleza en la que hemos sido creados, y puesto que la verdad nos ha creado a todos, ¿quién no pertenecería a la verdad? Pero esta Verdad no concede a todos el que la oigan, esto es, que la escuchen para que crean en ella, y a ninguno, desde luego, se le concede por sus méritos anteriores, porque, de lo contrario, la gracia no sería gracia» (ibid., 3).

500 **3. «¿Qué es la verdad?»** (Io. 18,38)

«Paréceme que cuando Pilato preguntó qué es la verdad, le vino a las mientes de repente la costumbre judía de soltarles un preso

el día de la Pascua, y por eso esperó que le contestase Jesús qué era la verdad... Sin embargo, no pudo apartar de su corazón que Jesús era el Rey de los judíos, como si la verdad se lo hubiera fijado en su interior como un cartel».

4. «Oído esto, clamaron otra vez, diciendo: No a éste, sino a Barrabás. Barrabás era un ladrón» (Io. 18,40) 501

«No reprendo, ¡oh judíos!, que libréis en la Pascua a un hombre dañino, sino que matéis al inocente: pero por otra parte, si no lo hicierais, no tendríamos la verdadera Pascua. Los judíos estaban apegados a la sombra de la verdad, y por una admirable disposición de la divina Sabiduría, los hombres falaces cumplen la verdad de aquella sombra, porque para que se celebrase la verdadera Pascua inmolaron a Cristo como un cordero» (ibid., 4).

e) Ante el pueblo

1. «Y le daban de bofetadas» (Io. 19,3) 502

«Así se cumplió lo que Cristo había predicho de sí mismo. De esta forma los mártires fueron adoctrinados para sufrir cuanto sus perseguidores tuviesen a bien infligirles. Así se ocultó un tanto aquel tremendo poder y se nos recomendó que imitásemos ante todo la paciencia, así predicó un reino que no era de este mundo y venció al mundo soberbio no con el espanto de las batallas, sino con la humildad del padecer; así se sembraba para su multiplicación aquel grano en medio de injurias horribles para que brotase después en medio de admirable gloria» (tr.116,1: PL 34,1941).

2. «Ecce homo» (Io. 19,5) 503

«Veamos aquí todo lo que hicieron los soldados sin que Pilato lo ignorase, y quizá lo hubiese mandado, quizá lo hubiese querido, por lo que ya hemos dicho antes, para que los enemigos se hartasen de beber ludibrios y no tuviesen sed de sangre. Salió, pues, a ellos Jesús llevando su corona de espinas y su traje de púrpura, no brillante de imperio, sino lleno de oprobios. Les dice: *Ecce homo*. Si envidiabais a un rey, perdonadle, que bien caído le veis. Ha sido azotado, coronado de espinas, vestido con un traje de burla, mofado amargamente, lleno de bofetadas; hierve la ignominia, enfríese la envidia; pero no se enfrió, se encendió más y creció» (ibid., 2).

3. «Contestaron los judíos: Nosotros tenemos una Ley, y según la Ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios» (Io. 19,7) 504

«He aquí otra envidia mayor. Parecía pequeña la primera cuando le acusaban de ambiciones ilícitas y de usurpar la regia potestad. Sin embargo, Jesús no usurpó mendazmente ni lo uno ni lo otro, porque ambas cosas son ciertas y El es el Hijo unigénito de Dios

y el Rey colocado sobre Sión, su monte santo. Ambas cosas se demuestran, porque cuanto más poderoso, tanto más paciente prefiere ser» (ibid., 3).

505 **4. «Jesús no contestaba»** (Io. 19,8)

«No es la primera vez que el Señor calla, puesto que, si leemos el Evangelio, le vemos callado ante los príncipes de los sacerdotes y ante Herodes, y ahora mismo ante Pilato; y es que en realidad no había sido vana la profecía: *Como cordero delante del esquilador estaba silencioso y no abría sus labios* (Is. 53,7)... Cuando no abría sus labios en el juicio se asemejaba al cordero, esto es, no aparecía como un malvado que tiene que callarse convencido de su pecado, sino como un manso que se inmola por los ajenos» (ibid., 4).

506 **5. «El que me ha entregado a ti tiene mayor pecado»** (Io. 19,11)

«Por fin contesta, aunque su silencio no era el del reo engañador, sino el del cordero que, inocente, no abre sus labios. Cuando no respondía, callaba como una oveja; cuando contesta, enseña como un pastor. Aprendamos, pues, lo que nos dijo y lo que después nos enseña por el Apóstol: que *no hay poder que no venga de Dios* (Rom. 13,1) y que peca más el que entrega por envidia al inocente para que el poderoso lo mate, que el poderoso que lo mata por miedo a otra autoridad mayor.

El me entrega a ti por envidia; tú ejercerás contra mí tu poder por miedo. El hombre no debe matar a otro hombre ni aun siquiera por miedo, y mucho menos si se trata de un inocente; sin embargo, peor es hacerlo por envidia que por temor. Por eso el maestro veraz no dice: El que me entrega a ti, ése es el que tiene pecado, como si el otro no lo tuviera, sino que afirma que tiene un pecado mayor» (ibid., 5).

f) En el Calvario

507 **1. «Llevando a cuestas la cruz»** (Io. 19,17)

«Caminaba hacia el lugar donde iba a ser sacrificado llevando su cruz. Gran espectáculo; pero si lo mira la impiedad, gran ludibrio; si lo mira la piedad, gran misterio; si lo mira la impiedad, prueba de ignominia enorme; si lo mira la piedad, gran fundamento de nuestra fe; si lo mira la impiedad, se reirá viendo al Rey llevar un leño en lugar de un cetro; si lo mira la piedad, verá que el Rey lleva el madero donde ha de ser clavado, el mismo madero que después será colocado en la frente de los reyes. Despreciado ante los ojos de los impíos en lo mismo que se gloriarán después los corazones de los santos. Pablo habrá de decir: *Lejos de mí gloriarme como no sea en la cruz de nuestro Señor Jesucristo* (Gal. 6,14). Cargaba sobre sus hombros su misma cruz y llevaba en alto el candelero de esa antorcha que ha de arder sin que se coloque debajo de un celemín» (tr.117,3: PL 34,1945).

2. «Lo escrito, escrito está» (Io. 19,22) 508

«¡Oh fuerza inefable de las obras divinas, que alcanza hasta el corazón de los ignorantes! ¿No estaba acaso resonando en el corazón de Pilato una voz oculta, y si me es lícito decirlo, con un silencio clamoroso?»

«¿Qué decís, ¡oh locos!; por qué os empeñáis en contradecir lo que no puede cambiar? ¿Acaso dejará de ser verdadero rey porque haya dicho que lo es de los judíos? Si no pudo trocarle lo que escribió Pilato, ¿podrá trocarle lo que dijo la Verdad? Por eso es rey de los judíos, que tienen circuncidado el corazón con el espíritu, aunque no en la letra, cuya alabanza no viene de los hombres, sino de Dios, de los que pertenecen a la Jerusalén libre, nuestra madre eterna en los cielos, Sara espiritual que expulsó de la casa de libertad a la esclava y a sus hijos (Gal. 4,22 y 31). Por eso Pilato afirmó: *Lo que escribí, escrito está,* porque lo que el Señor dijo, dicho está» (ibid., 5).

3. La cruz 509

Después de haber expuesto el significado de la túnica y de las vestiduras repartidas en cuatro pedazos, que para él simbolizan la Iglesia extendida por los cuatro puntos cardinales, continúa: «Y no es extraño que hasta las acciones de los malos signifiquen algo bueno, cuando hemos de decir lo mismo de la cruz que los impíos y enemigos fabricaron y colocaron sobre Cristo. Sin embargo, ella también nos significa lo que dijo el Apóstol, cuál sea lo largo, lo ancho, lo alto y lo profundo (Eph. 3,18). Ancho es el madero transversal donde se extienden las manos del que cuelga en ella y significa las obras buenas en la anchura de la caridad; largo es el madero que llega hasta la tierra, en el que se apoya la espalda y los pies, y que significa la perseverancia a lo largo del tiempo hasta el fin; alto es aquel remate que se alza por encima del madero transversal, y que simboliza el último fin al que se dirigen todas las obras, porque todo lo que se obra a lo largo y a lo ancho perseverantemente, es ejecutado por la altura de los premios divinos; profunda es aquella parte que se hunde en la tierra y se oculta allí donde no puede verse, pero de la que después se levanta todo lo que sobresale y aparece como nuestros bienes, que proceden todos ellos de la profundidad de la gracia de Dios, que no puede comprenderse ni discernirse.

Pero aun cuando la cruz de Cristo significara únicamente lo que 510
nos dice el Apóstol, que los que son de Cristo crucifiquen su carne con sus pasiones y concupiscencias, ¿no sería ya un gran bien? Y por último, ¿qué es lo que hemos conocido todos como señal de Cristo, sino su cruz? ¿No es ése el signo con el cual se completa todo, sea que lo coloquemos en la frente de los que creen, sea en el agua por la cual se regeneran, sea en el aceite con cuyo crisma se unge, sea en el sacrificio con el que son alimentados? ¿Os extraña, pues, que las acciones de los malos signifiquen el bien, cuando la cruz de Cristo que fabricaron ellos se emplea como señal en la ce-

lebración de los sacramentos que nos traen el bien?» (tr.118,5: PL 34,1948).

511 4. **«He ahí a tu Madre»** (Io. 18,27)

«Esta es la hora a la que Jesús se refería cuando poco antes de convertir el agua en vino, le dijo a su Madre: *¿Qué nos va a ti ni a mí, mujer? Aún no ha llegado mi hora* (Io. 2,4). Esta es la hora que anunció, en la cual debía reconocer moribundo aquella de que había nacido como mortal. Entonces iba a obrar hechos divinos y no conocía a la que era madre, no de la divinidad, sino de su flaqueza; pero ahora que padece en lo humano, recomienda con cariño de hijo a aquella por la que él mismo fué hecho hombre. Entonces, el que había creado a María manifestaba su poder; ahora, el que había nacido de María pendía de una cruz» (ibid., 1: 1950).

«Se nos presenta aquí la ocasión de consideraciones mil. Cristo obra lo que nos enseñó a obrar, y nos enseñó, maestro bueno, con su ejemplo, que los hijos piadosos se cuiden de sus padres, como si el leño en donde estaban enclavados sus miembros moribundos fueran la cátedra del Maestro. De estas enseñanzas bebía San Pablo cuando decía que, si alguno no se cuidase de los suyos, y principalmente de sus domésticos, negaría la fe y sería peor que un infiel. ¿Hay algo más doméstico que los padres para con sus hijos o los hijos para con sus padres? Pues bien, el Maestro de los santos se constituyó en ejemplo de este salubérrimo precepto en ese momento en que buscó un hijo que lo sustituyera, no para la sierva que Dios había creado, sino para la Madre que le formó a él y que tenía que abandonar» (tr.119,2: PL 34,1951).

512 5. **«Tengo sed. Todo se ha cumplido. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu»** (Io. 19,28-30)

«¿Quién puede disponer de tal guisa sus obras como dispuso este hombre lo que había de padecer? Pero es que este hombre era el mediador entre Dios y los hombres, era el hombre de quien se había predicho: *Es un hombre, ¿y quién lo conocerá?* Los que así obraban con El no conocían al hombre Dios, porque el hombre estaba visible y Dios oculto; el que se manifestaba visiblemente lo padecía todo, y el que se ocultaba, todo lo disponía» (ibid., 4: PL 34,1952).

513 6. **«Le abrió el costado»** (Io. 19,34)

«Muy advertidamente emplea el evangelista esta palabra, porque no quiso decir hirió su costado, o golpeó su costado, o alguna otra cosa, sino *abrió*. Sí, abrió para que se abriese de algún modo y allí mismo la puerta de la vida por donde manaran los sacramentos de la Iglesia, y no siendo por la cual no se puede entrar a la vida que es verdadera vida. Aquella sangre fué derramada para perdón de los pecados; aquella agua es la que templa la vida saludable y es la que sirve de lavado y de vida. Lo prenunció Noé cuan-

do mandó abrir una puerta en el arca por donde entrasen todos los animales que habían de salvarse del diluvio, con lo que anunciaba la Iglesia. En atención a ésta fué también hecha la primera mujer del costado de un hombre y llamada vida y madre de los vivos. Grande bien fué significado antes de la gran prevaricación. Ahora, este segundo Adán, inclinada su cabeza, duerme en la cruz para que se le forme una Esposa nacida del costado muerto. ¡Oh muerte, de donde los muertos resucitan! ¿Hay algo más limpio que esta sangre, hay algo más saludable que esta herida?» (tr.120,2: PL 34,1953).

E) Figuras de la Pasión

a) Judas

514

1. Jesús, vendido

«Mirad, hermanos carísimos, a Judas, aquel mal discípulo, venal y vendedor, ladrón y traidor, comprado por los judíos y junto con ellos esclavo del demonio; miradle recibir el precio de Aquel que no tiene precio. Cuando Caín mató a su hermano Abel, oyó la voz de Dios que le decía: *¿Qué has hecho de tu hermano? Su sangre clama hasta mí desde la tierra* (Gen. 4,9-10). Preguntadle a Judas y a los judíos; es más, preguntad en Judas a todos los judíos, pregúntele Dios y dígale: Judas, ¿dónde está Cristo, tu hermano? ¿Te atreverás a decirle, ¡oh mal hermano!, que Cristo no lo era tuyo? Convénzate, pues, el Señor, en primer lugar de que sí que lo era. Dinos, Señor nuestro Jesucristo, ¿era Judas hermano tuyo? Contesta: Sí que lo era, sí que lo era; no lo es ahora, pero sí que lo fué, puesto que yo a todos me refería en general cuando le dije a mi Padre: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos* (Ps. 21,23). Judas, ya estás convencido de que Cristo era hermano tuyo; ¿dónde está tu hermano? Contesta, di aquello que dijo el otro: *No lo sé, ¿soy acaso el guardián de mi hermano?* (Gen. 4,9). No, tú no fuiste custodio, sino traidor y vendedor; pero, sin embargo, di: *¿Soy acaso el guardián de mi hermano?*, para que te conteste: *La voz de su sangre clama a mí desde la tierra*» (cf. *Serm. sobre el cultivo del campo del Señor* c.3: PL 40,688).

2. Por qué Cristo eligió a Judas

515

«Preveía en él a su traidor, pero lo elegía para un trabajo muy necesario. De su mal supo sacar un gran bien. Lo eligió entre sus doce para que, a pesar de ser un número exiguo, no careciese del mal, y ello para ejemplo de nuestra paciencia, porque es preciso que vivamos entre malos. Necesario es que padezcamos a los malos, conociéndolos o sin conocerlos, y por eso nos dió este ejemplo de paciencia para que no desfallezcamos cuando comencemos a vivir entre ellos. Y si aquella academia de Cristo, compuesta sólo de doce, no desfalleció, ¿cuál no deberá ser nuestra firmeza cuando

se cumpla en esta gran Iglesia lo que ya ha sido predicho sobre la mezcla de malos que ha de existir?» (cf. *Enarrat. in Ps.* 34,10: PL 36,329).

516 3. **En el Cenáculo**

«*Uno de vosotros* (Io. 13,21), en cuanto al número, no en cuanto a la virtud; por estar mezclado con vosotros corporalmente, no por estar unido con vínculo alguno espiritual; por la cercanía del cuerpo, no por la unidad del corazón. Por lo tanto, no porque sea uno de vosotros, sino porque ha de salir de vosotros. Ya antes había dicho *salieron de nosotros;* en un sentido, de nosotros, y en otro, no de nosotros. Por la comunidad de los mismos sacramentos, de nosotros; por sus crímenes, no de nosotros» *(Comentario al Evangelio de San Juan* tr.61,2: PL 34,1799).

Dióle el Señor un pedazo de pan a Judas y entró en él Satanás (Io. 13,26-27). «Ya está manifiesto el traidor, ya se han desnudado las tinieblas. Bueno era lo que recibió, pero lo recibió para su mal, porque el malo recibió malamente lo que era bueno» (ibid., 6: PL 34,1801).

517 4. **Las disposiciones del que recibe**

«Sé, carísimos, que muchos de vosotros preguntáis, los buenos para saberlo y los malos para echármelo en cara, cómo puede ser que, en cuanto hubo dado el Señor un pan mojado a Judas, entrase en él Satanás... Decís: ¿Ese fué el efecto del pan de Cristo, que se le dió de la misma mesa de Cristo, a saber, que después de él entrase Satanás en su discípulo? Le responderemos que lo que aquí queremos enseñar es la gran precaución que hay que tener para no recibir el bien de mala manera. Lo que interesa, y muy mucho, no es saber lo que se recibe, sino quién lo recibe; no qué es lo que se da, sino cuál es aquel a quien se da. Porque el bien hace daño y el mal aprovecha según quien lo reciba. El pecado, dice el Apóstol para mostrar toda su malicia, por los bienes me dió la muerte (Rom. 7,11). Ahí tenéis cómo del bien sale el mal cuando el bien fué recibido malamente». Por eso mismo dice que, cuando un ángel de Satanás le abofeteaba, Dios le contestó que le bastaba su gracia, porque la virtud se robustece en la flaqueza (2 Cor. 12,9). He ahí cómo el mal se convierte en bien cuando es recibido buenamente. ¿De qué, pues, te maravillas si el pan de Cristo que se le dió a Judas le convierte en esclavo del demonio, si acabas de oír que, por el contrario, San Pablo recibió a un ángel de Satanás que lo perfeccionó en Cristo? El bien hace daño al malo, y el mal aprovecha al bueno. Acordaos del sitio donde está escrito que *todo el que comiere este pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y sangre del Señor* (1 Cor. 11,27). San Pablo, al decir esto, se refería a aquellos que comen el cuerpo del Señor indiscreta y negligentemente, como si fuese un alimento vulgar. Si, pues, es castigado el que no distingue el cuerpo del Señor de otra comida, ¿cuál no será

la condenación del que se acerca enemigo a su mesa, fingiendo amistad? Si la negligencia es digna de reprensión, ¿qué pena no recibirá el traidor? Por otra parte, el alargar este pan al traidor, ¿qué era sino mostrarle la gracia, a la que era ingrato?» (ibid., 62,1: PL 34,1801).

«Después de este pan entró Satanás en el que entregaba al Señor, para poseerle plenamente... Primero entró en él infundiendo en su corazón el pensamiento de entregar a Cristo, puesto que ya había venido a cenar con esa idea; ahora, luego de recibir este pan, entró en él no para tentar a un extraño, sino para tomar posesión de quien le era propio» (ibid., 2; 1802). 518

«No hay que imaginar, como hacen algunos, que leen sin poner atención, que Judas recibió entonces el cuerpo de Cristo. Conviene saber que ya había distribuído antes a todos el sacramento de su cuerpo y sangre» (ibid., 3: 1802).

5. «Lo que has de hacer, hazlo pronto» (Io. 13,27) 519

«Poseído Judas, no por el Señor, sino por el diablo, después que el pan entró en el estómago de un hombre ingrato y el enemigo en su alma, faltaba todavía poner en práctica *(effectus)* lo que ya se había decidido *(affectus)* para su perdición. Así, pues, cuando el Señor, Pan vivo, hubo dado pan a aquel muerto, y entregando el pan descubrió al traidor del Pan, dijo: *Lo que has de hacer, hazlo pronto.* No mandó el crimen, sino predijo el mal de Judas y nuestro bien. ¿Hay alguien peor que Judas? ¿Y hay algo mejor para nosotros que el que entregase a Cristo? Bien para nosotros, lo diré, a pesar de su voluntad.

Lo que has de hacer, hazlo pronto. ¡Oh palabras, más bien del que está a punto que del que está lleno de ira! ¡Oh palabras, que expresan no tanto el castigo del traidor cuanto las mercedes del Redentor! Dijo, *lo que has de hacer, hazlo pronto,* no por prisa de maldecir al pérfido, sino para salvar a los fieles, porque *se entregó por nuestros delitos* (Rom. 4,25), *amó a su Iglesia y se entregó por ella* (Eph. 5,25).

Si Cristo no se hubiera entregado, nadie hubiera entregado a Cristo. ¿Qué podemos encontrar en Judas sino un pecador? Al entregar a Cristo no pensó en nuestra salud, por la cual Cristo se entregó El mismo, sino sólo en la ganancia pecuniaria, por donde vino a encontrar el daño de su alma. Recibió el premio que deseaba, y recibió también el que no quería, pero que había merecido. Judas entregó a Cristo; Cristo se entregó a sí mismo. Aquél negociaba el precio de la venta; éste nuestra redención» (ibid., 3: 1802). 520

«*El, tomando el bocado, se salió luego; era de noche* (Io. 13,30). *El que* salía era la misma noche» (ibid., 6: 1803).

6. Las tres voluntades que entregan a Cristo 521

«Ved cuánto bien sabe Dios sacar de los malos, aunque es cierto que después no les retribuirá según el bien que ha sacado, sino

según su maldad. Ved qué bienes saca para nosotros del mismo pérfido crimen de Judas el traidor. Judas entregó al Hijo de Dios para llevarle a la pasión, y gracias a la pasión del Hijo de Dios, todas las gentes fueron redimidas y salvadas. Sin embargo, Judas no recibió el premio de la salvación del mundo, sino el suplicio merecido por su maldad.

En realidad, si consideramos el hecho de entregar a Cristo y no la intencian de quien lo entregaba, nos encontraremos con que Judas hizo lo mismo que Dios Padre, del cual está escrito que *no perdonó a su Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros* (Rom. 8,32). Judas hizo también lo que Cristo nuestro Señor, del cual se lee que *se entregó por nosotros como hostia de oblación a Dios en olor de suavidad* y también que *Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella* (Eph. 5,2-25). Y, sin embargo, damos gracias a Dios Padre, que no perdonó a su Hijo único, sino que lo entregó por nosotros; damos gracias al Hijo, que por nosotros se entregó a sí mismo y con ello cumplió la voluntad del Padre, y detestamos a Judas, de cuyos hechos supo Dios sacar tantos beneficios en favor nuestro.

522 Y con razón lo hacemos, puesto que él no entregó a Cristo por nosotros, sino que lo vendió por plata, aun cuando su traición sea nuestra salvación y la venta de Cristo nuestra redención. También los que perseguían a los mártires los perseguían en la tierra y los enviaban al cielo... Lo mismo que a los malos les hace daño la bondad del justo, a los buenos les aprovecha la iniquidad del impío» (cf. *Enarrat. in Ps.* 93,28: PL 36,1214).

«Sufra, pues, el justo al injusto, tolere la impunidad en que vive en este siglo, soporte el ver al bueno en medio de trabajos, porque los buenos viven de la fe. No es otra la vida del hombre justo sino el vivir de la fe por obra de la caridad, y si vive de la fe crea que le espera el futuro descanso después de los trabajos y sufrimientos presentes, mientras que a los otros les aguardan los tormentos eternos después de la alegría de hoy... Cuando vea que han recibido el poder de hacer daño y dominar, levante su corazón hacia arriba, hacia donde nadie perjudica a nadie, y estudie bien aquella ley de Dios que nos dice que mitigará los días tristes, mientras está cavando la fosa del pecador (Ps. 93,23)» (ibid., 29: 1215).

523 **7. La desesperación de Judas**

«Después de haberle entregado se arrepintió de ello, y si hubiese orado en nombre de Cristo, hubiera pedido perdón; si hubiera pedido perdón, hubiera tenido esperanza; si hubiera tenido esperanza, hubiera esperado misericordia; si hubiera esperado misericordia, no se hubiera ahorcado desesperado» (cf. *Enarrat. in Ps.* 108,9: PL 36,1436).

«*Le complacen los que le temen*, pero ¿cómo han de temerle?, *y los que esperan en su misericordia* (Ps. 146,11). Temióle Judas, el traidor de Cristo, pero no esperó en su misericordia; arrepintióse después de haber entregado al Señor, y dijo: *Pequé entregando la*

sangre del justo (Mt. 27,4). Muy bien está que temas, pero con tal que esperes en la misericordia de aquel a quien temas. Judas, desesperado, se marchó y se ahorcó; teme, pues, al Señor, pero esperando en su misericordia. Si temes a un ladrón, el auxilio lo esperas de otro, no de aquel de quien recelas. Si temieses a Dios de esta forma por ser pecador, ¿quién te auxiliaría contra El? ¿Dónde habrías de huir, qué habrías de hacer? ¿Quieres huir de El? Huye hacia El mismo. ¿Quieres huir del lleno de ira? Huye hacia el que ya se ha aplacado. Y lo aplacarás si esperas en su misericordia. La forma de precaverte y no pecar en adelante consiste en pedir perdón por lo pasado para que te lo perdone el Señor, a quien sea dado honor e imperio con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén» (cf. *Enarrat. in Ps.* 146,20: PL 36,1912).

b) San Pedro

1. La escena del Cenáculo 524

«Una vez que el Señor hubo recomendado a sus discípulos el santo amor con el que habían de amarse mutuamente, *díjole Simón Pedro: Señor, ¿adónde vas?* (Io. 13,36). Así habló el discípulo al Maestro y el siervo al Señor, como si estuviese a punto para seguirle. Y por eso el Señor, que leía en su alma el motivo de la pregunta, le contestó: *A donde yo voy no puedes tú seguirme ahora* (ibid.); como si le dijera: No puedes seguirme ahora a eso que tú preguntas. No dice no puedes, sino *no puedes ahora*, dilatándolo y no quitándole la esperanza; al contrario, dándosela, por lo que le asegura con voz firme: *Me seguirás después.*

¿Por qué te das prisa, Pedro? La piedra no te ha hecho todavía sólido infundiéndote su espíritu; no te engrías presumiendo, *no puedes ahora;* no desmayes desesperando, *me seguirás después.*

¿Qué es lo que continúa hablando? *¿Por qué no puedo seguirte* 525
ahora? Yo daré por ti mi vida (ibid., 37). Veía sus deseos, no veía sus fuerzas. El enfermo se jactaba de su voluntad, el médico veía su flaqueza; el uno prometía, el otro preveía. El que ignoraba se atrevía; el que preveía, enseñaba. ¿A qué no se atrevía Pedro mirando sólo su voluntad e ignorando su capacidad? ¿A cuánto se atrevía, si habiendo venido el Señor para entregar su alma por sus amigos, y por lo tanto por él mismo, confiaba en ofrecerse a su Señor, y, a pesar de que Cristo no había entregado todavía su vida, él promete entregar la suya por Cristo?

Respondióle Jesús: ¿Darás por mí tu vida? (ibid., 38). ¿Irás a hacer por mí lo que yo no he hecho todavía por ti? *¿Entregarás por mí tu vida?* ¿Serás capaz de ir delante, tú que ni siquiera puedes seguirme? ¿Y cómo presumes así? ¿Qué piensas y qué crees de ti mismo? Oyeme lo que eres: *En verdad, en verdad te digo que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces* (ibid.). Ahí tienes cómo te manifestarás a ti mismo dentro de muy poco, tú que hablas de empresas tan grandes sin saberte tan pequeño.

Tú que me prometes tu muerte, negarás tres veces tu vida. Tú que piensas ser capaz de morir por mí, cuida primero de ti mismo, porque temiendo la muerte de tu cuerpo matarás tu alma. Así como el confiar en Cristo es vida, el negarle es muerte» *(Comentarios al Evangelio de San Juan* tr.66,1: PL 34,1810).

526 **2. Las negaciones**

«Los profundos juicios de Dios reparten sus dones. Podemos admirarlos, pero no investigarlos. *Porque ¿quién conoce los pensamientos del Señor? ¡Cuán insondables son sus juicios y cuán inescrutables sus caminos!* (Rom. 11,34-33).

Pedro sigue las huellas de Cristo y, sin embargo, se turba y niega. Es mirado, y llora, y su llanto borra lo que el temor manchara.

Aquello no fué una deserción para Pedro, sino una lección. Preguntándole al Señor, presumió en su corazón, afirmando que había de morir por El. Se lo atribuyó a sus propias fuerzas, y si no hubiera sido abandonado un tanto por quien le dirigía, no lo hubiera entendido. Se atrevió a decir: *Entregaré por ti mi vida* (Io. 13, 37)..., y después, cuando fué turbado por el miedo, como el Señor le había anunciado, negó tres veces a Aquel por quien había prometido morir.

527 Como está escrito, *el Señor le miró y él lloró amargamente* (Lc. 22, 61-62). Amargo es el recuerdo de la negación para que sea dulce la gracia de la redención. Si no hubiera sido abandonado no hubiera negado; si no hubiera sido mirado, no llorara.

Dios odia a los que presumen de sus fuerzas, y como médico raja este tumor en quienes ama. Al cortar, causa dolor, pero produce la salud. Por eso el Señor resucitado encomienda sus ovejas a Pedro, que le negó. Primero, negador por presuntuoso; después, pastor por amante, pues ¿para qué le pregunta tres veces si le ama sino para compungir triplemente al que le negara? La gracia de Dios perfeccionó en Pedro lo que no pudo llevar a cabo su propia confianza, porque en ese momento apenas si le ha encomendado sus ovejas para que las apaciente, no para sí, sino para el Señor, le anuncia la pasión futura, aquella que al principio había desperdiciado por darse demasiada prisa. *Cuando envejezcas extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará donde no quieras. Esto lo dijo indicando con qué muerte había de glorificar a Dios* (Io. 21,18-19).

Así ocurrió. Pedro, que borró con lágrimas su negación, consiguió llegar a la pasión, y lo que le había prometido el Salvador no lo pudo quitar el tentador» (cf. *Serm.* 285,3: PL 38,1294).

528 **3. No prometamos nada para el futuro**

«Ya os acordáis de cómo el apóstol Pedro, el primero de todos los discípulos, fué turbado en la pasión del Señor. Se turbó él y Cristo lo renovó. Primero, audaz, presuntuoso, y después, tímidamente apóstata. Promete morir por el Señor..., el Señor le contesta... Llega el momento, y, como Cristo era Dios y Pedro un

hombre, se cumple la Escritura: *Habiame dicho en mi abatimiento: Todos los hombres son mentirosos* (Ps. 115,11). Dice también el Apóstol: *Dios es veraz, y todo hombre mendaz* (Rom. 3,4). Cristo, pues, veraz; Pedro, mentiroso» (*Serm.* 147,1: PL 38,797).

Cuando más tarde el Señor le pregunta a Pedro si le ama, contesta que sí. «¿Es también entonces Pedro mentiroso y contesta mendazmente que ama al Señor? Contesta con verdad, porque habla sólo de lo que ve en su corazón. Cuando decía: *Entregaré por ti mi vida* (Io. 13,37), quiso presumir de sus fuerzas futuras. Cuando los hombres hablan de lo que son en aquel momento, hablan de lo que saben, pero cuando hablamos del mañana, ¿qué sabemos?» (ibid., 2: PL 38,798).

4. San Pedro y los mártires 529

«*Mártir* es una palabra griega, acostumbrada ya en el latín, que significa testigo.

Fácil es dar testimonio de nuestro Señor Jesucristo y de la verdad, porque es Dios; pero darlo hasta la muerte es más ardua obra. Existieron, según nos da a conocer el Evangelio, varios príncipes de los judíos que creyeron en el Señor Jesús, pero que por temor a los mismos judíos no se atrevieron a confesarlo públicamente. El mismo Evangelio añade a continuación esta nota: *Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios* (Io. 12,43).

Hubo, pues, quienes se avergonzaron de confesar a Cristo ante los hombres. Hubo otros mejores que no se avergonzaron de ello, pero no pudieron confesarlo hasta la muerte. Dones son éstos de Dios que más de una vez van creciendo gradualmente en el alma.

Atiende un momento y compara entre sí estas tres clases de 530
testigos. El uno cree en Cristo y apenas si se atreve a nombrarle susurrando; el otro cree en El y lo confiesa públicamente; el tercero cree y está dispuesto a morir por confesarle. El primero es tan débil que no necesita del miedo para ser vencido, pues basta la vergüenza; el segundo tiene ya una frente serena, pero no hasta derramar la sangre; el tercero lo ofrece todo hasta el punto de no quedarle nada. Este es el que cumple lo que está escrito: *Lucha por la verdad hasta la muerte* (Eccli. 4,33)» (cf. *Serm.* 286, *sobre los mártires San Protasio y San Gervasio* 1: PL 38,1297).

«¿Qué diremos de Pedro? Predicó a Cristo, fué enviado y lo evangelizó antes de la Pasión... ¿No venció, pues, a aquellos judíos que temían confesarle públicamente? Sin embargo, todavía no era semejante a Protasio y Gervasio. Ya era apóstol, ya ocupaba el primer puesto, vivía junto al Señor. Ya se le había dicho: *Tú eres Pedro*, y, sin embargo, todavía no era un Protasio ni un Gervasio, todavía no era un Esteban ni un Nemesiano niño. Todavía no era ni aun siquiera lo que algunas mujeres, lo que algunas niñas como Crispina e Inés. Todavía no era lo que estas débiles mujercitas.

Ensalzo a Pedro, pero primero me avergüenzo de Pedro. ¡Qué 531

ánimo tan decidido, pero qué poco sabía conocerse!... En cambio, aquel médico que sabía leer el interior del corazón le anuncia el peligro próximo... El médico anunció lo que el enfermo desconocía, y cuando llegó la enfermedad, cuando le preguntaron: *¿Tú eres de ellos?*, entonces conoció el enfermo que había presumido vanamente... Ha llegado el peligro, ahí tenéis a Pedro que muere. ¿Qué es morir sino negar la vida? Negó a Cristo, negó la vida y murió. Pero el que resucita a los muertos le mira, y llora amargamente. Pereció negándole, resucitó llorando.

Convenía que primero muriera el Señor por él, y después, según exige el recto orden, Pedro moriría por el Señor. A Pedro le seguirán los mártires; ya se ha hecho llano el camino antes espinoso, ya lo han aplastado los pies de los apóstoles, ya se ha hecho más suave para los que han de seguirle.

La tierra se ha llenado de mártires como de semilla de sangre, y de esta semilla surgen las mieses de la Iglesia» (ibid., 2 y 3: PL 38, 1298).

532 **5. Pedro, ejemplo de caídos**

No quites jamás de mi boca completamente las palabras de verdad (Ps. 118,43). Habla Cristo en nombre de la Iglesia. «Como quiera que muchos, aunque pertenecieran al cuerpo que pronunció estas palabras, sin embargo, llegada la persecución, no fueran capaces de soportarla y, desfalleciendo, negaran a Cristo, añade: *No quites jamás de mi boca completamente las palabras de verdad*. De mi boca, dice, porque habla de la unidad del cuerpo, al que también pertenecen como miembros los que desfallecieron una vez negándole, pero después resucitaron en la penitencia y hasta llegaron algunos a conseguir con su confesión la palma del martirio que habían perdido.

No quitó la palabra *completamente* (Vulgata, *usquequaque)* de los labios de Pedro, porque aunque le negase en un momento, turbado por el miedo, sin embargo, lo reparó todo con su llanto y después consiguió la corona. Es todo el cuerpo de Cristo, esto es, la santa Iglesia universal, la que aquí habla, cuerpo del cual no desaparece nunca totalmente la palabra de la verdad, sea porque en medio de las negaciones abundantes habrá siempre quien luche fuerte hasta la muerte, sea también porque muchos de los que la negaron repararon su pecado.

533 La frase de *no quites* ha de entenderse por no permitas que nos quiten, lo que ya significamos en nuestra oración cuando decimos: *No nos dejes caer en la tentación*. El mismo Señor le dice a Pedro: *Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe* (Lc. 22,32).

El Salmo continúa diciendo: *Pues espero en tus decretos*. Es necesario que pensemos atentamente el sentido de estas palabras. *Para que a quienes me increpan pueda responderles que he esperado en tu palabra. Y no quites jamás de mi boca las palabras de verdad, pues espero en tus decretos* (Ps. 118,42-43), porque esos tus decretos

con los que corriges y azotas, no sólo no me quitan la esperanza, sino que la aumentan, ya que el Señor corrige a quienes ama y azota a los hijos que recibe. Los santos y humildes de corazón presumieron de ti y no desfallecieron en su interior; los que presumieron de sí mismos desfallecieron, pero, sin embargo, continúan perteneciendo al mismo cuerpo porque se conocieron a sí mismos y lloraron y encontraron, con tu gracia y para siempre, lo que perdieron por su soberbia» *(Enarrat. in Ps.* 118,3: PL 36,1437).

6. El triple amor de Pedro 534

«¿Vivo otra vez después de vencer la muerte?, pregunta el apóstol Pedro, aquel presuntuoso y negador. Y dícele Cristo: *Simón, hijo de Juan* (así se llamaba Pedro), *¿me amas?* (Io. 21,16). Respondió él lo que tenía en su corazón. Y si Pedro respondió lo que tenía en su corazón, ¿por qué le preguntaba el Señor, que lee en los corazones? Se admiraba Pedro y hasta sentía cierta pesadumbre al oír que preguntaba Aquel que todo lo sabía... Entristecíase Pedro. ¿De qué te entristeces? ¿De protestar por tres veces tu amor? ¿Es que te olvidas de tu triple miedo? Deja que te pregunte el Señor; es un médico el que te habla y sus preguntas se refieren a tu salud. No tengas pena. Espera que se cumpla el número del amor para que borre el número de las negaciones» *(Serm.* 253, 1: PL 38,1179).

7. «Apacienta mis ovejas» 535

«¿Qué premio me darás por amarte? Muestra tu amor con mis ovejas. ¿Qué es lo que me das tú a mí, si he sido yo quien te doy el amor? Ya tienes dónde probarme ese amor que me profesas, ya tienes dónde ejercerlo, apacienta mis ovejas» (ibid., 2: 1180).

«Cuando contestó Pedro al Señor diciendo *entregaré por ti mi vida*, dejóse llevar de cierta presunción soberbia. Todavía no había recibido las fuerzas para cumplir su promesa. Ahora, en cambio, para que pueda llevarla a cabo es lleno de amor. Por eso se le dice: *¿Me amas?*, y él contesta: *Te amo*. Porque esta obra no la cumple sino el amor. ¿Qué, pues, Pedro, qué temías cuando negabas? Todo tu temor se cifraba en la muerte. Ahí tienes hablándote vivo al que viste muerto; no temas, pues, a la muerte. La que temías ha sido vencida en él. Colgó de una cruz, fué atravesado por clavos, entregó su alma, fué herido por una lanza y colocado en un sepulcro. Eso es lo que temías cuando le negabas; temiste padecer, y al temer la muerte negabas la vida. Entiéndelo ahora: cuando temiste morir, moriste tú; moriste al negarle, resucitaste llorando.

¿Qué es lo que ahora le dice el Señor?: *Sígueme*, porque ya le conoce maduro» (ibid., 3: PL 38,1180).

SECCION IV. TEOLOGOS

I. SANTO TOMAS

Teología de la Pasión

Completamos aquí la doctrina teológica del Doctor Angélico acerca de la pasión y muerte del Salvador, expuesta en el Domingo de Ramos (véase *La Palabra de Cristo* t.3). Santo Tomás expone ideas concisamente desarrolladas. Pero proporcionarán al predicador una base sólida para instruir, primero, y conmover, después, al pueblo.

536 *A) Cristo fué entregado a la Pasión por su Padre*

Cristo padeció voluntariamente por obediencia al Padre. Por consiguiente, «Dios Padre le entregó a la Pasión en tres conceptos:

a) Según que ordenó de antemano por su voluntad eterna la Pasión de Cristo para libertar al género humano, conforme aquello que se dice (Is. 53,6): *Cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros;* y más adelante: *el Señor quiso quebrantarle con trabajos.*

b) En cuanto le inspiró la voluntad de padecer por nosotros, infundiendo en él la caridad, de donde se sigue (ibid.): *Se ofreció, porque El mismo lo quiso.*

c) No protegiéndole en la Pasión, sino exponiéndole a sus perseguidores; por lo que también se lee (Mt. 27,46) que pendiente de la cruz decía Cristo: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?*, es decir, por qué lo expuso al poder de sus perseguidores, como expresa San Agustín» (3 q.47 a.3 c).

537 *B) Así se manifestó la justicia y la bondad del Padre*

«Es impío y cruel entregar a un hombre inocente a la Pasión y muerte contra su voluntad. Pero Dios Padre no entregó así a Cristo, sino inspirándole la voluntad de padecer por nosotros; en lo cual se manifiesta la severidad de Dios, que no quiso perdonar el pecado sin la pena; lo cual hace notar el Apóstol cuando dice (Rom. 8,32): *No perdonó aun a su propio Hijo.* Y su bondad, en que el hombre, no pudiendo satisfacer suficientemente por medio de alguna pena, que él mismo sufriría, le dió uno que satisfaciera

por él; lo cual indicó el Apóstol diciendo: *Lo entregó por todos nosotros;* y (Rom. 3,25): *A quien,* esto es, Cristo, *Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre*» (ibid., ad 1).

C) Cristo con su Pasión mereció nuestra salvación 538

«La gracia fué dada a Cristo, no sólo como a una persona singular, sino en cuanto es la cabeza de la Iglesia, es decir, para que de El redundase a sus miembros; y por esto las obras de Cristo se refieren de este modo tanto a El como a sus miembros, como se refieren las obras de un hombre en estado de gracia a él mismo. Pero es evidente que todo el que, constituído en gracia, padece por la justicia, merece por esto mismo para sí la salud, según aquello (Mt. 5,10): *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.* Por esta razón Cristo por su Pasión no solamente mereció la salvación para sí, sino también para todos sus miembros» 3 q.48 a.1 c).

D) Cristo satisfizo por nuestros pecados 539

«Satisface propiamente por una ofensa el que da al ofendido aquello que en la línea del amor es igual o superior al odio incluído en la ofensa. Pero Cristo, padeciendo por caridad y obediencia, presentó a Dios algo mayor que lo que exigiría la compensación de la universal ofensa del género humano.

a) Por la grandeza de la caridad, por la que padecía.

b) Por la dignidad de su vida, que daba para satisfacer, la cual era vida de Dios y hombre.

c) Por la generalidad de la Pasión y la magnitud del dolor tomado, como se ha dicho (q.46 a.6).

Por lo tanto, la Pasión de Cristo no solamente fué una satisfacción suficiente, sino también superabundante por los pecados del género humano, según aquello (1 Io. 2,2): *El es propiciación por nuestros pecados. Y no tan sólo por los nuestros, mas también por los de todo el mundo*» (3 q.48 a.2 c).

E) La Pasión de Cristo fué verdadero sacrificio 540

«Se llama sacrificio en sentido propio algo hecho en honor debido propiamente a Dios para aplacarle. De aquí viene lo que dice San Agustín (cf. *De civ. Dei* 10,6: PL 44,283): «El verdadero sacrificio es toda obra que se hace para unirnos a Dios en santa sociedad, es decir, el referido a aquel fin del bien con el que podemos ser verdaderamente dichosos». Pero Cristo, como se dice

en este texto, *se ofreció a sí mismo en la Pasión por nosotros;* y el sufrir voluntariamente la Pasión fué muy acepto a Dios, como proveniente de la mayor caridad. De lo cual se sigue evidentemente que la Pasión de Cristo fué verdadero sacrificio» (3 q.48 a.3 c).

541 ## *F) Cristo nos redimió padeciendo*

«Por el pecado había quedado obligado el hombre de dos maneras:

a) Por la esclavitud del pecado, puesto que *todo aquel que comete pecado, esclavo es del pecado,* según se dice (Io. 8,34); y *todo aquel que fué vencido queda esclavo del que lo venció* (2 Petr. 2,19). Y como el diablo había vencido al hombre induciéndole a pecar, el hombre quedaba sometido a la servidumbre del diablo.

b) En cuanto al reato de la pena, por la que estaba obligado el hombre a la justicia de Dios, y esto también es una servidumbre; pues a ésta pertenece que uno sufra lo que no quiere, porque es propio del hombre libre hacer uso de sí mismo como quiere.

Pero como la Pasión de Cristo fué satisfacción suficiente y superabundante por el pecado y reato de la pena del género humano, su Pasión fué como cierto precio por el que hemos sido librados de esta doble obligación; pues la satisfacción misma por la que uno satisface por sí o por otro se dice ser cierto precio por el que se redime a sí mismo o a otro del pecado y de la pena, según aquello: *Redime tus pecados con limosnas* (Dan. 4,24). Pero Cristo satisfizo no dando dinero u otra cosa parecida, sino dando lo que fué más grande, esto es, dándose a sí mismo por nosotros. Y por esto la Pasión de Cristo se dice ser nuestra redención» (3 q.48 a.4 c).

G) Efectos de la Pasión del Redentor

542 ### a) Perdón de los pecados

1. Razón

«La Pasión de Cristo es la causa propia del perdón de los pecados de tres maneras:

1.ª Excitando a la caridad, porque, como dice el Apóstol (Rom. 5,8): *Dios hace brillar su caridad en nosotros; porque, aun cuando éramos pecadores en un tiempo, murió Cristo por nosotros.* Pero por la caridad conseguimos el perdón de los pecados, según aquello (Lc. 7,47): *Perdonados le son sus muchos pecados porque amó mucho.*

2.ª La Pasión de Cristo causa el perdón de los pecados a modo de redención. Porque como es nuestra cabeza, por la Pasión, que sufrió por amor y por obediencia, nos libró, como miembros suyos, de los pecados, pagando el precio de su Pasión; como

si el hombre se redimiese de un pecado, que había cometido con los pies, por medio de una obra meritoria que hiciera con sus manos; pues así como un cuerpo natural es una unidad compuesta de diferentes miembros, así toda la Iglesia, que es el Cuerpo místico de Cristo, está constituída como una sola persona con su cabeza, que es Cristo.

3.ª A modo de causa eficiente en cuanto a la carne, con la que Cristo sufrió su Pasión, es instrumento de su divinidad, de lo que resulta que sus pasiones y acciones obran por virtud divina para expeler el pecado» (3 q.49 a.1 c).

2. Modo 543

«Cristo con su Pasión nos libró de nuestros pecados obrando como causa, esto es, instituyendo la causa de nuestra liberación, de modo que por ella pudieran ser perdonados cualesquiera pecados pasados, presentes o futuros; como si un médico hace una medicina con la que puedan ser curadas cualesquiera enfermedades, incluso las futuras» (ibid., ad 3).

b) Liberación del poder del demonio

1. Tres razones 544

«Acerca del poder que el diablo ejercía sobre los hombres antes de la Pasión de Cristo, deben considerarse tres cosas:

1.ª Por parte del hombre, que mereció por su pecado ser entregado al poder del diablo, por cuya tentación había sido vencido.

2.ª Por parte de Dios, a quien el hombre había ofendido pecando, y el cual por su justicia le había abandonado al poder del diablo.

3.ª Por parte del diablo, que con su depravada voluntad impedía al hombre la consecución de la salud.

Respecto a la primera, el hombre fué librado del poder del diablo por medio de la Pasión de Cristo, por ser ésta la causa del perdón de los pecados. Con relación a la segunda, debe decirse que la Pasión de Cristo nos liberó del poder del diablo, porque nos reconcilió con Dios. Y respecto a la tercera, la Pasión de Cristo nos liberó del diablo, porque excedió el modo de la potencia que Dios le ha dado, trabajando para que muriese Cristo, que no merecía la muerte, puesto que estaba sin pecado. Por esta razón dice San Agustín (*De Trin.* 13,14: PL 42,1027): «El diablo fué vencido por la justicia de Cristo; puesto que, no encontrándose en El cosa alguna digna de muerte, sin embargo, le mató. Por tanto, es justo que los deudores que tenía los dejase libres y que creyesen en aquel a quien mató sin que debiera nada» (3 q.49 a.2 c).

2. Remedio contra el demonio 545

«El diablo puede también ahora, permitiéndolo Dios, tentar a los hombres en cuanto al alma y atormentarlos en cuanto al cuerpo;

y, sin embargo, la Pasión de Cristo ha preparado al hombre un remedio, con el cual puede defenderse contra los ataques del enemigo, para no caer en el abismo de la muerte eterna» (ibid., ad 2).

546 ### *H) Motivos por los que Cristo murió*

«Fué conveniente que Cristo muriese:

a) *Para satisfacer por el género humano,* que había sido condenado a muerte a causa del pecado, según aquello (Gen. 2,17): *Cualquier día que comiereis de él, moriréis.* Pero hay una manera conveniente de satisfacer por otro, cuando uno se somete al castigo que otro ha merecido. Por esto quiso Cristo morir para satisfacer por nosotros con su muerte según aquello (1 Petr. 3,18): *Cristo murió una vez por nuestros pecados.*

b) *Para manifestar la verdad de la naturaleza* que tomó; porque, como dice Eusebio *(In Orat. de laudib. Constantini* 15: PG 20,1413), «si después de haber vivido entre los hombres hubiese desaparecido de otro modo y se hubiese ocultado huyendo de la muerte, todos le hubieran comparado a un fantasma».

c) *Para librarnos* con su muerte del temor de ella, por lo que se dice (Hebr. 2,14) que *participó de la carne y de la sangre, para destruir por su muerte al que tenía el imperio de la muerte, y para librar a aquellos que por el temor de la muerte estaban en servidumbre toda la vida.*

d) *Para que, muriendo corporalmente,* a semejanza del pecado, es decir, a semejanza de la pena, nos diera el ejemplo de morir espiritualmente al pecado. Por esta razón se dice (Rom. 6,10): *Porque en cuanto al haber muerto por el pecado, murió una vez; mas en cuanto al vivir, vive para Dios. Así también vosotros consideraos que estáis ciertamente muertos al pecado, pero vivos para Dios.*

e) *Para que, resucitando* de entre los muertos, manifestase su virtud, por lo que venció la muerte, y nos diera la esperanza de resucitar también. De donde dice el Apóstol (1 Cor. 15,12): *Si se predica que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de los muertos?* (3 q.50 a.1 c).

II. SAN BUENAVENTURA

Cuadros de la Pasión del Señor

Transcribimos las consideraciones del Seráfico Doctor acerca de algunos cuadros de la Pasión de Cristo. Todas las descripciones, excepto una, están tomadas del opúsculo *Meditaciones de la Pasión de Jesucristo,* cuya autenticidad parece hoy suficientemente probada (cf. *Obras de San Buenaventura:* BAC t.2 p.735). Son muy jugosas y ayudarán eficazmente a los predicadores de la Pasión del Señor.

A) *La oración del huerto*

a) Lección de humildad 547

«Jesús ora aquí. Ya hemos leído que oró en otras muchas circunstancias; pero entonces oró como abogado nuestro, y ahora ora por sí. Compadécete de El y admira su profundísima humildad. Pues siendo Dios coeterno e igual a su Padre parece que se olvida de que es Dios y ora como hombre, y se porta en la oración delante del Señor como cualquiera hombrecillo del pueblo» (cf. *Medit. de la Pasión* c.3: BAC, *Obras de San Buenaventura* t.2 p.767).

b) Lección de obediencia 548

«Considera también su perfectísima obediencia. ¿Pues qué es lo que pide? Ciertamente pide al Padre que aleje de El la hora de la muerte, es decir, que le será agradable no morir, si así es la voluntad del Padre, y no es oído. Esto se debe entender cierta voluntad inferior que había en El, porque en Jesús hubo muchas voluntades, como luego diré. Y aquí compadécete igualmente de El, pues el Padre quiere que irremisiblemente muera y no le perdonó aunque era su Hijo verdadero, único y propio, sino que dispuso que muriese por todos nosotros; pues en *tanto grado amó Dios al mundo, que le ha dado su Hijo único* (Io. 3,16). Jesús recibió esta obediencia y la cumple con reverencia suma» (ibid.).

c) Lección de caridad 549

«Considera en tercer lugar la caridad indecible tanto del Padre como del Hijo para con nosotros, caridad dignísima de compasión, admiración y veneración. Por amor a nosotros es decretada esta muerte, y del mismo modo, por un exceso de amor para con nosotros, es sufrida. Jesús ora prolijamente a su Padre y le dice: «Padre mío clementísimo, te ruego que oigas mi oración y que no menosprecies mi ruego; atiéndeme y óyeme, porque estoy triste en mi trabajo, y mi espíritu está angustiado en mí y mi corazón está grandemente turbado. Inclina a mí tu oído y atiende a la voz de mi ruego. A ti, Padre, te plugo enviarme al mundo para que satisfaciese por la injuria que te hizo el hombre. Y luego que esto has querido, dije: He aquí que yo voy. Y así como fué escrito en el principio del libro que hiciese tu voluntad, así lo quise, y anuncié tu verdad y tu salud. Pobre soy, y en mis trabajos desde mi juventud hago tu voluntad, e hice todas cuantas cosas me mandaste. Preparado estoy a cumplir las que faltan. Mas, ¡oh Padre!, *si es posible aparta de mí tanta amargura* como me está preparada de parte de mis enemigos. Mira, Padre mío, cuántas cosas maquinan contra mí y en cuántas y cuán grandes me calumnian, por las cuales han

determinado quitarme la vida. Pero, Padre santo, si yo hice estas cosas, si hay maldad en mis manos, o si he vuelto mal a los que me hacían mal, entonces caiga yo con razón como hombre vano ante mis enemigos. Yo hice siempre las cosas que te placen. Mas ellos pusieron contra mí males por bienes y odio por mi amor; corrompieron a mi discípulo y le hicieron su caudillo para obrar contra mí y me han apreciado en treinta dineros. Ruégote, Padre mío, que apartes de mí este cáliz. Mas *si otra cosa te agrada, hágase tu voluntad y no la mía*» (ibid.).

550 d) CRISTO ORÓ POR LA MISERICORDIA PARA CON SU PUEBLO

«Contémplalo limpiando su rostro o lavándolo quizá en el torrente, y míralo reverentemente todo afligido. Compadécelo en lo íntimo de tu alma, porque esto no pudo en manera alguna sucederle sino a fuerza de la violencia de un grande dolor.

Dicen, sin embargo, los sabios y los expositores que Jesús oró a su Padre, no tanto por el temor de padecer, cuanto por misericordia para con su primer pueblo; porque se compadecía de los judíos, quienes se perderían por la muerte cruelísima que le iban a dar. Ellos no lo debían matar, porque de ellos era, estaba profetizado en su ley y les había hecho multitud de beneficios. Por esta razón oraba al Padre, y decía: «Yo no rehuso a la Pasión para que la muchedumbre de gentiles abra sus ojos a la luz de la fe. Mas si los judíos han de ser cegados para que los otros vean, no se haga mi voluntad, sino la tuya». Adviértase que en Cristo hubo entonces cuatro voluntades, a saber: la voluntad de la carne, y ésta de ninguna manera quería padecer; voluntad natural, y ésta rehuía y temía; voluntad de la razón, y ésta obedecía y consentía, pues, según Isaías, *se ofreció porque El mismo quiso* (Is. 53,7); y voluntad de la Divinidad, y ésta mandaba y dictaba la sentencia. Y así como era verdadero hombre, bajo este concepto estaba puesto en una angustia extremada. Compadécelo, considera y atiende con diligencia todos los actos y cada uno de los sentimientos del Señor Dios tuyo».

B) Judas

551 a) SU MALDAD

«Al alma que devotamente quiera considerar la Pasión de Jesucristo, lo primero que se le ofrece es la perfidia del traidor. Rebosó de tanto veneno de fraude, que entregó a su Maestro y Señor; se abrazó en tales llamas de codicia, que vendió por dinero a Dios, infinitamente bueno, a vil precio la sangre preciosísima de Cristo; tan grande fué su ingratitud, que persiguió de muerte al que lo había hecho familiar tesorero suyo y enaltecido a la gloria del apostolado; tan obstinada su dureza, que no pudieron apartarlo

de su pérfida alevosía, ni la familiaridad de la cena, ni la humildad del lavatorio, ni la suavidad de la plática. ¡Oh admirable bondad del Maestro para con el duro discípulo, del piadoso Señor con el peor de los siervos! Cierto, más le valiera no haber nacido. Mas con ser tan inexplicable la impiedad del traidor, lo es mucho más infinitamente la dulcísima mansedumbre del Cordero de Dios, dada en ejemplo a los mortales para que el débil corazón humano, traicionado por la amistad, no diga en adelante: Si estos ultrajes me vinieran de un enemigo declarado, los llevaría con paciencia; pues he aquí que el hombre en quien Jesús puso toda su confianza, el hombre que parecía ser uno en la voluntad con el Maestro, su íntimo y familiar, el hombre que saboreaba el pan de Cristo, el hombre que en la sagrada cena comió con El los regalados manjares, levantó contra El el golpe de la iniquidad. Y sin embargo de esto, el mansísimo Cordero, sin engaño ni dolo, en la misma hora de la traición, no dudó en aplicar sus labios divinos a la boca rebosante de malicia, sellándola con beso suavísimo, para dar al discípulo aleve todas las muestras de afecto, que hubieran podido ablandar la dureza del corazón más perverso» (cf. *El árbol de la vida* f.5 n.17: BAC, t.2 p.315).

b) El beso traidor 552

«Hablando aún el Señor, vino delante de aquella tropa el malvado Judas, mercader abominable, y le dió el ósculo de paz. Dícese que era costumbre de nuestro Señor recibir con ósculo de paz, cuando volvían, a los discípulos que enviaba; y por esto aquel traidor señaló a Jesús, entregándolo, con un ósculo. Adelantóse a los otros, volvió a Jesús y le dió el ósculo, como diciendo: «Yo no soy de estos que vienen armados, sino que, habiendo vuelto, te saludo, según la costumbre, diciendo: *Dios te salve, Maestro*».

Considera con atención al Señor y fija en El tus miradas. Mira con qué paciencia y benignidad recibe los abrazos de aquel infeliz Judas y los ósculos de este traidor, a quien poco antes había lavado los pies y alimentado con el más precioso manjar; cómo se deja prender, atar, herir y ser llevado furiosamente como si fuera un malhechor e impotente para defenderse; cómo se compadece de sus discípulos, que huyen y andan errantes.

Puedes también considerar el dolor de estos mismos apóstoles; cómo se retiran casi forzados, dando suspiros de dolor y gimiendo como huérfanos, llenos y aterrados de temor; y este dolor se aumenta más y más viendo a su Señor tan vilmente tratado, y a estos perros furiosos, que le llevaban como una víctima al sacrificio, y a El como cordero mansísimo, siguiéndolos sin resistencia» (cf. *Medit. de la Pasión:* l.c., p.773).

553 ## C) *María en la noche del jueves al viernes*

«Entre tanto, San Juan va a encontrar a María, Señora nuestra, y a sus compañeras, que estaban juntas en casa de Magdalena, donde había hecho la cena, y les cuenta todas las cosas que habían sucedido al Señor y a los apóstoles. Entonces es indecible el llanto, los suspiros y los gritos de dolor que allí hubo. Míralas y compadécelas, pues se hallan en una grandísima aflicción y vehementísimo dolor por causa de su amado Señor, porque bien ven y creen, sin duda alguna, que la hora de su muerte se aproxima. Por último, nuestra Señora se retira a un rincón, y puesta en oración dice: «Padre venerabilísimo, Padre piadosísimo, Padre misericordiosísimo, os recomiendo a mi amadísimo Hijo. No seáis para El cruel, Vos, que para todos sois benignos. Padre Eterno, ¿morirá mi Hijo Jesús? Ciertamente, El no hizo mal alguno. Mas, ¡oh Padre justo!, si Vos queréis la redención del género humano, os ruego que la hagáis por otros medios, pues todas las cosas os son a Vos posibles. Ruégoos, Padre santísimo, que, si os agrada, no muera mi Hijo Jesús; libradle, Señor, de las manos de los pecadores y devolvédmelo a mí. El no se vale de su poder para ayudarse, por la obediencia y reverencia que os tiene. Se desamparó a sí mismo y está entre éstos como hombre sin fuerza ni poder. Por lo cual, Señor, ayudadle Vos». Estas y otras cosas semejantes decía en su oración nuestra Señora con todo el afecto de su alma y con grande amargura de su corazón. Compadécela, pues la ves tan afligida» (ibid.).

D) *La crucifixión*

554 ### a) Jesús sube a la cruz

«Mira ahora con diligencia cómo se dispone la cruz. Colocándose dos escaleras, una por detrás al brazo derecho y otra al izquierdo, sobre las cuales suben aquellos malvados con los clavos y martillos. Ponen también otra escalera por la parte de delante, llegando hasta el lugar en donde debían clavarse los pies.

Observa ahora cada una de estas cosas. Es obligado el Señor a subir a la cruz por esta escalera pequeña; y El sin resistencia ni contradicción hace humildemente cuanto le mandan. Luego que llegó a la cima de esta pequeña escalera, volvió las espaldas a la cruz, y abriendo aquellos brazos reales, extendió a lo alto sus hermosísimas manos y las entregó a los que le iban a crucificar. Alzando entonces los ojos al cielo, dijo a su Padre: «Aquí estoy, Padre mío; has querido que yo fuese humillado hasta la cruz, por amor y por la salvación del género humano. Me place. Yo acepto y me ofrezco a ti por ellos, pues me les has dado y quisiste que sean mis her-

manos. Acepta también tú, Padre mío, este sacrificio y sé propicio desde ahora por amor de mí. Limpia las antiguas manchas de todos y aléjalas de ellos, porque me ofrezco por ellos a ti, ¡oh Padre mío!»

b) Los sayones clavan las manos y los pies del Señor 555

«Uno de los sayones que estaba detrás de la cruz coge su mano derecha y la clava fuertemente a la cruz. Hecho esto, otro que estaba al lado izquierdo, coge la mano izquierda, tira cuanto puede, la extiende, y poniendo en ella otro clavo, golpea y la fija en la cruz. Después de esto bajan los que estaban en las escaleras y las separan todas. El Señor entonces queda pendiente con todo el peso de su cuerpo, que tira hacia abajo, sostenido solamente por los clavos que traspasan sus manos. Mas luego llega un tercero y tira cuanto puede de los pies, y teniéndolos extendidos de este modo, otro los atraviesa y fija en la cruz con un clavo muy grande.

Algunos, sin embargo, creen que no fué crucificado de este modo, sino que, extendida la cruz en el suelo, lo crucificaron y después levantaron y fijaron la cruz en la tierra. Y si esto te agrada más, contempla cómo le cogen de una manera despreciativa, como a un ladrón vilísimo; cómo lo derriban furiosamente en tierra sobre la cruz y cómo cogiendo sus brazos y extendiéndolos violentamente los clavan con grande crueldad a la cruz. Contempla del mismo modo cómo clavaron sus pies, los cuales estiraron con cuanta violencia pudieron».

c) Los ultrajes del Señor en la cruz 556

«He aquí a Jesús crucificado y extendido en la cruz, de tal modo que *pueden contarse todos sus huesos* (Ps. 21,8), como El mismo se queja por el profeta. Corren por todas partes ríos de su sacratísima sangre, que fluye de aquellas grandes heridas, y de tal manera está oprimido, que no puede mover sino la cabeza. Aquellos tres clavos sostienen todo el peso del cuerpo; sufre dolores acerbísimos y está en una aflicción superior a cuanto se puede decir ni pensar. Está pendiente entre dos ladrones, de todas partes sufre penas, de todas partes oprobios, de todas partes insultos. Pues aun viéndolo tan angustiado no perdonan insulto alguno. Unos blasfeman diciendo: *¡Bah! ¡Tú que destruyes el templo de Dios!* (Mt. 27,40) Otros dicen: *No puede salvarse a sí mismo* (ibid., 42), y otros muchísimos le ultrajan al decirle: *Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz, a fin de que creamos en El* (ibid.). Los soldados que lo crucificaron repartieron entre sí sus vestiduras en su misma presencia» (ibid., c.6: l.c., p.787).

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. FRAY LUIS DE LEON

Cristo Rey y la Pasión

Cristo es rey como ninguno, como manso y educado en el dolor, condiciones inigualadas por ningún rey (cf. *Los Nombres de Cristo, Rey de Dios*, en *Obras completas castellanas* [BAC, 2.ª ed. 1951] p.548 ss.):

557 ***A) Los reyes y el sufrimiento***

a) ANIMO MANSO Y HUMILDE

«Parecerá al juicio del mundo que esta condición de ánimo no es nada decente al que ha de reinar; mas Dios, que no sin justísima causa llama entre todos los demás reyes a Cristo su Rey, y que quiso hacer en El un Rey de su mano, que respondiese perfectamente a la idea de su corazón, halló, como es verdad, que la primera piedra de esta su obra era un ánimo manso y humilde, y vió que un semejante edificio, tan soberano y tan alto, no se podía sustentar sino sobre cimientos tan hondos. Y como en la música no suenan todas las voces agudo, ni todas grueso, sino grueso y agudo debidamente, y lo alto se tiempla y reduce a consonancia en lo bajo, así conoció que la humildad y mansedumbre entrañable que tiene Cristo en su alma convenía mucho para hacer armonía con la alteza y universalidad de saber y poder con que sobrepuja a todas las cosas criadas...

558 Demás de que cuando... por lo que a El y a su ánima toca, le fuera necesaria o provechosa esta mezcla, a los súbditos y vasallos suyos nos convenía que este Rey nuestro fuese de excelente humildad. Porque toda la eficacia de su gobierno y toda la muchedumbre de no estimables bienes que de su gobierno nos vienen, se nos comunican a todos por medio de la fe y de amor que tenemos con El y nos junta con El; cosa sabida es que la majestad y grandeza y toda la excelencia que sale fuera de competencia, en los corazones más bajos no engendra afición, sino admiración y espanto, y más arredra que allega o atrae...

Y a la verdad, si queremos ser jueces justos y fieles, ningún afecto ni arreo es más digno de los reyes ni más necesario que lo

manso y lo humilde. Sino que con las cosas habemos ya perdido los hombres el juicio de ellas y su verdadero conocimiento; y como siempre vemos altivez y severidad y soberbia en los príncipes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los pobres. Y no miramos siquiera que la misma naturaleza divina, que es emperatriz sobre todo, y de cuyo ejemplo han de sacar los que reinan la manera como han de reinar, con ser infinitamente alta, es llana infinitamente, y si este nombre de humilde puede caber en ella y en la manera que puede caber, humildísima, pues como vemos desciende a poner su cuidado y sus manos ella por sí misma, no sólo en la obra de un vil gusano, sino también en que se conserve y viva...»

b) Ejercitado en los dolores humanos 559

«Pues fué Cristo, además de ser manso y humilde, más ejercitado que ningún otro hombre en la experiencia de los trabajos y dolores humanos. A la cual experiencia sujetó el Padre a su Hijo, porque le había de hacer Rey verdadero, y para que en el hecho de la verdad fuese perfectísimo Rey, como San Pablo (Hebr. 2,10-11) lo escribe: *Fué decente que aquel de quien y por quien y para quien son todas las cosas, queriendo hacer muchos hijos para los llevar a la gloria, al Príncipe de la salud de ellos le perfeccionase con pasión y trabajos; porque el que santifica y los santificados han de ser todos de un mismo metal.* Y entreponiendo ciertas palabras, luego, poco más abajo, torna y prosigue (ibid., 17-18): *Por donde convino que fuese hecho semejante a sus hermanos en todo, para que fuese cabal y fiel y misericordioso Pontífice para con Dios, para aplacarle en los pecados del pueblo. Que por cuanto padeció El siendo tentado, es poderoso para favorecer a los que fueren tentados.*

En lo cual no sé cuál es más digno de admiración: el amor entrañable con que Dios nos amó, dándonos un Rey para siempre, no sólo de nuestro linaje, sino tan hecho a la medida de nuestras necesidades, tan humano, tan llano, tan compasivo y tan ejercitado en toda pena y dolor, o la infinita humildad y obediencia y paciencia de este nuestro perpetuo Rey, que no sólo para animarnos a los trabajos, sino también para saber El condolerse más de nosotros cuando estamos puestos en ellos, tuvo por bueno hacer prueba El en sí primero de todos...»

c) El rey ha de criarse en trabajos 560

«—Nuevo camino para ser un rey—dijo aquí Sabino, vuelto a Juliano—es este que nos ha descubierto Marcelo. Y no sé yo si acertaron con él algunos de los que antiguamente escribieron acerca de la crianza e institución de los príncipes; aunque bien sé que los que ahora viven no le siguen. Porque en el no saber padecer tienen puesto lo principal del ser rey.

—Algunos—dijo al punto Juliano—de los antiguos quisieron que el que se criaba para ser rey se criase en trabajos, pero en trabajos del cuerpo, con que saliese sano y valiente; mas en trabajos del ánimo que le enseñasen a ser compasivo, ninguno que yo sepa lo escribió ni enseñó. Mas si fuera aquesta enseñanza de hombres, no fuera aqueste rey de Marcelo, rey propiamente hecho a la traza e ingenio de Dios, el cual camina siempre por caminos verdaderos, y por el mismo caso, contrarios a los del mundo, que sigue el engaño.

Así que no es maravilla, Sabino, que los reyes de ahora no se precien para ser reyes de lo que se preció Jesucristo, porque no siguen en el ser reyes un mismo fin. Porque Cristo ordenó su reinado a nuestro provecho, y conforme a esto, se calificó a sí mismo y se dotó de todo aquello que parecía ser necesario para hacer bien a sus súbditos; mas estos que ahora nos mandan, reinan para sí...

561 —Así es—dijo Sabino—. Pero ¿quéa yo osaría ejercitar en dolor y necesidad a un príncipe? O si osase alguno, ¿cómo sería recibido y sufrido de los demás?

—Esa es—respondió Juliano—nuestra mayor ceguedad: que aprobamos lo que nos daña y que tendríamos por bajeza que nuestro príncipe supiese de todo, siendo para nosotros tan provechoso, como habéis oído, que lo supiese. Mas si no se atreven a estó los ayos es porque ellos y los demás que crían a los príncipes los quieren imponer en el ánimo a que no se precien de bajar los ojos de su grandeza con blandura a sus súbditos, y en el cuerpo, a que ensanchen el estómago cada día con cuatro comidas, y a que aun la seda les sea áspera y la luz enojosa».

562 d) CRISTO PROBÓ TODAS LAS MISERIAS DE LA PENA

«Y como unos hombres padezcan en una cosa y otros en otra, Cristo, porque así como su imperio se extendía por todos los siglos, así la piedad de su ánimo abrazase a todos los hombres, probó en sí cuasi todas las miserias de pena».

De niño, pobreza, destierro, persecución. En la edad de varón hambre, frío, pobreza, cansancio, todo ello llevado con gran fortaleza

B) Dolores morales

563 a) DOLOR DE INGRATITUD

«Y para que su trabajo fuese trabajo puro, o por mejor decir, para que llegase creciendo a su grado mayor, de todo aqueste afán, el fruto fueron muy mayores afanes. Y de sus tan grandes sudores no cogió sino dolores y persecuciones y afrentas; y sacó del amor desamor; del bien hacer, mal padecer; del negociarnos la vida, muerte extremadamente afrentosa; que es todo lo amargo y lo duro a que en este género de calamidad se puede subir. Porque si

es dolor pasar uno pobreza y desnudez y mucho desvelamiento y cuidado, ¿qué será cuando por quien se pasa no lo agradece? ¿Qué cuando no lo conoce? ¿Qué cuando lo desconoce, lo desagradece, lo maltrata y persigue? Dice David en el Salmo (37,12): *Si quien me debía enemistad me persiguiera, fuera cosa que la pudiera llevar; mas ¡mi amigo y mi conocido, y el que era un alma conmigo, el que comía a mi mesa y con quien comunicaba mi corazón!* Como si dijese que el sentimiento de un semejante caso vencía a cualquiera otro dolor. Y con ser así, pasa un grado más adelante el de Cristo; porque no sólo le persiguieron los suyos, sino los que por infinitos beneficios que recibían de El estaban obligados a serlo; y lo que es más, tomando ocasión de enojo y de odio de aquello mismo que con ningún agradecimiento podían pagar; como se querella en su misma persona de El el profeta Isaías (49,4), diciendo: *Y dije: Trabajado he por demás; consumido he en vano mi fortaleza, por donde mi pleito es con el Señor, y mi obra con el que es Dios mío*».

b) Miseria que sucede a la prosperidad 564

«Sería negocio infinito si quisiésemos por menudo decir en cada una obra de las que hizo Cristo lo que sufrió y padeció. Vengamos al remate de todas aquellas que fué su muerte, y veremos cuánto se preció de beber puro este cáliz, y de señalarse sobre todas las criaturas en gustar el sentido de la miseria por extremada manera llegando hasta lo último de él. Mas ¿quién podrá decir ni una pequeña parte de aquesto? No es posible decirlo todo, mas diré brevemente lo que basta para que se conozcan los muchos quilates de dolor con que cualificó Cristo aqueste dolor de su muerte, y los innumerables males que en un solo mal encerró.

Siéntese más la miseria cuando sucede a la prosperidad, y es género de mayor infelicidad en los trabajos el haber sido en algún tiempo feliz. Poco antes que le prendiesen y pusiesen en cruz quiso ser recibido, y lo fué de hecho, con triunfo glorioso. Y sabiendo cuál mal tratado había de ser dende a poco, para que el sentimiento de aquel tratamiento malo fuese más vivo, ordenó que estuviese reciente y como presente la memoria de aquella divina honra que aquellos mismos que ahora le despreciaban ocho días antes le hicieron. Y tuvo por bien que cuasi se encontrasen en sus oídos las voces de *¡Hosanna, hijo de David!* y de *¡Bendito el que viene en el nombre de Dios!* (Mt. 21,9) con las de *¡Crucifícale, crucifícale!* (Mc. 15,13; Io. 19,6) y con las de *Veis el que destruía y reedificaba el templo de Dios en tres días;* no puede *salvarse a sí y pudo salvar a los otros* (Mt. 27,40-42); para que lo desigual de ellas y la contrariedad que entre sí tenían con las unas las otras causase mayor pena en su corazón».

565 c) ABANDONO Y TRAICIÓN

«Suele ser descanso a los que de esta vida se parten no ver las lágrimas y los sollozos y la tristeza afligida de los que bien quieren; Cristo, la noche a quien sucedió el día último de su vida mortal, los juntó a todos y cenó con ellos juntos, y les manifestó su partida, y vió su congoja, y tuvo por bien verla y sentirla, para que con ella fuese más amarga la suya. ¡Qué palabras les dijo en lo que platicó con ellos aquella noche! ¡Qué enternecimientos de amor! Que si a los que ahora los vemos escritos el oírlos nos enternece, ¿qué sería lo que obraron entonces en quien los decía?...

¿De qué no hizo experiencia? También sintió la pena que es ser vendido y traído a muerte por sus mismos amigos, como El lo fué en aquella noche de Judas; el ser desamparado en su trabajo de los que le debían tanto amor y cuidado; el dolor del trocarse los amigos con la fortuna; el verse no solamente negado de quien tanto amaba, mas entregado de todo en las manos de quien le desamaba tan mortalmente; la calumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos, la injusticia misma y la sed de la sangre inocente asentada en el soberano tribunal por juez; males que sólo quien los ha probado los siente; la forma de juicio y el hecho de cruel tiranía; el color de religión adonde era todo impiedad y blasfemia; el aborrecimiento de Dios, disimulado por defuera con apariencias falsas de su amor y su honra».

566 d) MEJORA Y EMPEORAMIENTO DE LA CAUSA

«Con todas estas amarguras templó Cristo su cáliz; y añadió a todas ellas las injurias de las palabras, las afrentas de los golpes, los escarnios, las befas, los rostros y los pechos de sus enemigos bañados en gozo, el ser traído por mil tribunales, el ser estimado por loco, la corona de espinas, los azotes crueles; y lo que entre estas cosas se encubre, y es dolorosísimo para el sentido, que fué el llegar tantas veces en aquel día de su prisión la causa de Cristo, mejorándose, a dar buenas esperanzas de sí, y habiendo llegado a ese punto, el tornar súbitamente a empeorarse después. Porque cuando Pilato despreció la calumnia de los fariseos y se enteró de su envidia, mostró prometer buen suceso el negocio. Cuando temió por haber oído que era Hijo de Dios, se recogió a tratar de ello con Cristo, resplandeció como una luz y cierta esperanza de libertad y salud. Cuando remitió el conocimiento del pleito Pilato a Herodes, que por oídas juzgaba divinamente de Cristo, ¿quién no esperó breve y feliz conclusión? Cuando la libertad de Cristo la puso Pilato en la elección del pueblo, a quien con tantas buenas obras tenía obligado; cuando les dió poder que librasen al homicida o al que restituía los muertos a vida; cuando avisó su mujer al juez de lo que había visto en visión, y le amonestó que no condenase a aquel justo, ¿qué fué sino un llegar casi a los umbrales

el bien? Pues este subir a esperanzas alegres y caer de ellas al mismo momento, este abrirse el día del bien y tornar a oscurecerse de súbito, el despintarse improvisamente la salud que ya se tocaba; digo, pues, que este variar entre esperanza y temor, y esta tempestad de olas diversas que ya se encumbraban prometiéndole vida, y ya se derrocaban amenazando con muerte; esta desventura y desdicha, que es propia de los muy desgraciados, de florecer para secarse luego, y de revivir para luego morir, y de venirles el bien y desaparecerse deshaciéndoseles entre las manos cuando les llegaba, probó también en sí mismo el Cordero. Y la buena suerte y la buena dicha única de todas las cosas quiso gustar de lo que es ser uno infeliz.

Infinito es lo que acerca de esto se ofrece; mas cánsase la lengua en decir lo que Cristo no se cansó en padecer. Dejó la sentencia injusta, la voz del pregón, los hombres flacos, la cruz pesada, el verdadero y propio cetro de aqueste nuestro gran Rey; los gritos del pueblo, alegres en unos y en otros llorosos, que todo ello traía consigo su propio y particular sentimiento».

C) *Oración del huerto*

a) Hambre y codicia de padecer 567

«Pero vamos a donde ya El mismo, levantado de la mesa y caminando para el huerto, nos lleva. ¿Qué fué cada uno de los pasos de aquel camino, sino un clavo nuevo que le hería, llevándole al pensamiento y a la imaginación la prisión y la muerte, a que ellos mismos le acercaban buscándola? Mas ¿qué fué lo que hizo en el huerto, que no fuese acrecentamiento de pena? Escogió tres de sus discípulos para su compañía y conhorte, y consintió que se venciesen del sueño, para que con ver su descuido de ellos, su cuidado y su pena de El creciese más. Derrocóse en oración delante del Padre, pidiéndole que pasase de El aquel cáliz, y no quiso ser oído en aquesta oración. Dejó desear a su sentido lo que no quería que se le concediese, para sentir en sí la pena que nace del desear y no alcanzar lo que pide el deseo. Y como si no le bastara el mal y el tormento de una muerte que ya le estaba vecina, quiso hacer, como si dijésemos, vigilia de ella y morir antes que muriese, o por mejor decir, morir dos veces, la una en el hecho y la otra en la imaginación de El. Porque desnudó por una parte a su sentido inferior de las consolaciones y esfuerzos del cielo, y por otra parte le puso en los ojos una representación de los males de su muerte y de las ocasiones de ella, tan viva, tan natural, tan expresa y tan figurada, y con una fuerza tan eficaz, que lo que la misma muerte en el hecho no pudo hacer sin ayudarse de las espinas y el hierro, en la imaginación y figura por sí misma y sin armas ningunas lo hizo; que le abrió las venas, y sacándole la sangre de ellas, bañó con ella

el sagrado cuerpo y el suelo. ¿Qué tormento tan desigual fué este con que se quiso atormentar de antemano? ¿Qué hambre, o digamos, qué codicia de padecer? No se contentó con sentir el morir, sino quiso probar también la imaginación y el temor del morir lo que puede doler. Y porque la muerte súbita y que viene no pensada y cuasi de improviso, con un breve sentido se pasa, quiso entregarse a ella antes que fuese; y antes que sus enemigos se la acarreasen, quiso traerla El a su alma, y mirar su figura triste, y tender el cuello a su espada, y sentir por menudo de espacio sus heridas todas, y avivar más sus sentidos, para sentir más el dolor de sus golpes, y como dije, probar hasta el cabo cuánto duele la muerte, esto es, el morir y el temor de morir».

568 b) CONSINTIÓ QUE LA CONGOJA MOVIESE GUERRA A SU ALMA

«Y aunque digo el temor del morir, si tengo de decir, Juliano, lo que siempre entendí acerca de esta agonía de Cristo, no entiendo que fué el temor el que le abrió las venas y le hizo sudar gotas de sangre. Porque aunque de hecho temió, porque El quiso temer, y temiendo, probar los accidentes ásperos que trae consigo el temor... No fué el temor el que sacó afuera la sangre de Cristo, sino, si lo habemos de decir con una palabra, el esfuerzo y el valor de su ánima, con que salió al encuentro y con que al temor resistió, ése, con el tesón que puso, le abrió todo el cuerpo. Porque se ha de entender que Cristo, como voy diciendo, porque quiso hacer prueba en sí de todos nuestros dolores y vencerlos en sí para que después fuesen por nosotros más fácilmente vencidos, armó contra sí en aquella noche todo lo que vale y puede la congoja y el temor, y consintió que todo ello de tropel y como en un escuadrón moviese guerra a su alma. Porque figurándolo todo con no creíble viveza, puso en ella como vivo y presente, lo que otro día había de padecer, así en el cuerpo con dolores, como en esa misma alma con tristeza y congojas. Y juntamente con esto, hizo que considerase su alma las causas por las cuales se sujetaba a la muerte, que eran las culpas pasadas y por venir de todos los hombres, con la fealdad y graveza dellas, y
569 con la indignación grandísima y la encendida ira que Dios contra ellas concibe. Y ni más ni menos consideró el poco fruto que tan ricos y tan trabajados trabajos habían de hacer en los más de los hombres. Y todas estas cosas juntas y distintas, vivísimamente consideradas, le acometieron a una, ordenándolo él, para ahogarle y vencerle. De lo cual Cristo no huyó, ni rindió a estos temores y fatigas apocadamente su alma; ni para vencerlas les embotó, como pudiera, las fuerzas; antes como he dicho, cuanto fué posible se las acrecentó; ni menos armó a sí mismo y a su santa alma, o con insensibilidad para no sentir, antes despertó en ella más sus sentidos, o con la defensa de su divinidad, bañándola en gozo, con el cual no tuviera sentido el dolor, o a lo menos, con el pensamiento de la gloria y de la bienaventuranza divina, a la cual por aquellos males

caminaba su cuerpo, apartando su vista de ellos y volviéndola a aquesta otra consideración, o templando siquiera la una consideración con la otra, sino desnudo de todo esto, y con sólo el valor de su alma y persona, y con la fuerza que ponía en su razón el respeto de su Padre y el deseo de obedecerle, les hizo a todos cara, y luchó, como dicen, a brazo partido con todos, y al fin lo rindió todo y lo sujetó debajo sus pies. Mas la fuerza que puso en ello y el estribar la razón contra el sentido, y como dije, el tesón generoso con que aspiró a la victoria, llamó afuera a los espíritus y la sangre, y la derramó.

Por manera que lo que vamos diciendo, que gustó Cristo de sujetarse a nuestros dolores, haciendo en sí prueba de ello, según esta manera de decir, aún se cumple mejor. Porque no sólo sintió el mal del temor y la pena de la congoja y el trabajo que es sentir uno en sí diversos deseos y el desear que no se cumple; pero la fatiga increíble del pelear contra su apetito propio y contra su misma imaginación, y el resistir a las formas horribles de tormentos y males y afrentas, que se le venían espantosamente a los ojos para ahogarle, y el hacerles cara, y El, peleando uno contra tantos, valerosamente vencerlos con no oído trabajo y sudor, también lo experimentó».

D) El Calvario 570

«Vengo al monte Calvario. Si la pública desnudez en una persona grave es áspera y vergonzosa, Cristo quedó delante de todos desnudo. Si el ser atravesado con hierro por las partes más sensibles del cuerpo es tormento grandísimo, con clavos fueron allí atravesados los pies y las manos de Cristo. Y por que fuese el sentimiento mayor, el que es piadoso aun con las más viles criaturas del mundo, no lo fué consigo mismo, antes en una cierta manera se mostró contra sí mismo cruel. Porque lo que la piedad natural y el afecto humano y común, que aun en los ejecutores de la justicia se muestra, tenía ordenado para menos tormento de los que morían en cruz, ofreciéndoselo a Cristo, lo desechó. Porque daban a beber a los crucificados en aquel tiempo, antes que los enclavasen, cierto vino conficionado con mirra e incienso, que tiene virtud de ensordecer el sentido y como embotarle al dolor para que no sienta; y Cristo, aunque se lo ofrecieron, con la sed que tenía de padecer, no lo quiso beber.

Así que, desafiando al dolor, y desechando de sí todo aquello 571
con que se pudiera defender en aquel desafío, el cuerpo desnudo y el corazón armado con fortaleza, y con solas las armas de su no vencida paciencia, subió este nuestro Rey en la cruz. Y levantada en alto la salud del mundo, y llevando al mundo sobre sus hombros, y padeciendo El solo la pena que merecía padecer el mundo por sus delitos, padeció lo que decir no se puede. Porque ¿en qué parte de Cristo o en qué sentido suyo no llegó el dolor a lo sumo? Los

ojos vieron lo que visto traspasó el corazón: la Madre, viva y muerta, presente. Los oídos estuvieron llenos de voces blasfemas y enemigas. El gusto, cuando tuvo sed, gustó hiel y vinagre. El sentido todo del tacto, rasgado y herido por infinitas partes del cuerpo, no tocó cosa que no le fuese enemiga y amarga. Al fin dió licencia a su sangre, que, como deseosa de lavar nuestras culpas, salía corriendo abundante y presurosa. Y comenzó a sentir nuestra vida, despojada de su calor, lo que sólo le quedaba ya por sentir: los fríos tristísimos de la muerte, y al fin sintió y probó la muerte también.

Pero ¿para qué me detengo yo en esto? Lo que ahora Cristo, que reina glorioso y señor de todo en el cielo, nos sufre, muestra bien claramente cuán agradable le fué siempre el sujetarse a trabajos. ¡Cuántos hombres, o por decir verdad, cuántos pueblos y cuántas naciones enteras, sintiendo mal de la pureza de sú doctrina, blasfeman hoy de su nombre! Y con ser así que El en sí está exento de todo mal y miseria, quiere y tiene por bien de, en la opinión de los hombres, padecer esta afrenta, en cuanto su cuerpo místico, que vive en este desierto, padece, para compadecerse así de El y para conformarse siempre con El».

II. FRAY LUIS DE GRANADA

Los dolores de Cristo y la compasión de María

A) Pensamientos generales

(Cf. *Memorial de la vida cristiana* tr.6: BAC, *Obra selecta* c.24 p.799-810.)

572 a) De la grandeza de los dolores de Cristo

«Pregunta Santo Tomás en la tercera parte si los dolores que padeció Cristo en su sacratísima Pasión fueron los mayores que se han padecido en el mundo. A lo cual responde él diciendo que, quitados aparte los dolores de la otra vida, que son los del infierno y del purgatorio, éstos fueron los mayores que en el mundo se padecieron ni padecerán jamás.

Esta conclusión prueba él con muchas razones.

573 **1. Por la caridad de Cristo**

La primera, por la grandeza de la caridad de Cristo, que era la mayor que podía ser, la cual le hacía desear la gloria de Dios y el remedio del hombre con sumo deseo. Y porque mientras mayores dolores padecía por los pecados más enteramente satisfacía a la

honra de Dios ofendido y más copiosamente redimía al hombre culpado, por esto quiso El que sus dolores fueran gravísimos, por que así fuese perfectísima esta redención.

2. Por la pureza de los dolores 574

La segunda causa era la pureza de sus dolores, los cuales ninguna mixtura tenían de alivio ni consolación. Porque jamás en esta vida padeció nadie dolores tan puros que no se aguasen con alguna manera de consolación, con lo cual se hiciesen a veces tolerables y a veces también alegres, como acaeció a los mártires. Mas en Cristo no fué así, porque por la razón susodicha cerró El todas las puertas por donde le pudiese entrar algún rayo de luz o de consolación, y así, cruzados los brazos, se entregó al ímpetu de los tormentos, para que sin contradicción, ni mitigación alguna, le atormentasen todo cuanto le pudiesen atormentar.

3. Por la delicadeza de su cuerpo 575

La tercera causa fué la delicadeza de su cuerpo, el cual no fué formado por virtud de hombres, sino del Espíritu Santo, por lo cual fué el más perfecto y más bien complexionado de todos los cuerpos, y así era el más delicado y el más sensible de ellos, por lo cual sentía mucho más que otro alguno sus dolores.

4. Por la compasión de su Madre 576

Juntamente con esto le afligía grandemente la memoria y compasión de su bendita Madre, cuyo corazón sabía El que había de ser atravesado con el más agudo cuchillo de dolor que nunca mártir alguno padeció. Porque así como ningún mártir amó tanto su propia vida cuanto ella la de su Hijo, así nunca mártir sintió tanto su propia muerte cuanto ella la del Hijo.

5. Por la memoria de su propia muerte 577

También, naturalmente, le afligía la representación y memoria de su propia muerte. Porque así como es natural el amor de la vida, así lo es el horror de la muerte, y tanto más cuanto más merece ser amada la vida. Por donde dice Aristóteles que el sabio ama mucho su vida, porque, como es sabio, entiende que tal vida merece ser muy amada. Pues según esto, ¿cuánto amaría el Salvador aquella vida, de la cual sabía que una hora valía más que todas las vidas criadas?

Pues estas cuatro causas de dolor afligían aquella alma santísima sobre todo lo que se puede encarecer. En lo cual parecen haber sido mucho mayores los dolores de su alma que los de su cuerpo y mucho mayor la pasión invisible que padecía dentro que la visible que padecía de fuera».

578 b) PADECIMIENTO GENERAL

«Demás de esto, el mismo linaje de muerte, que fué la cruz, es penosísimo, como adelante se verá, con lo cual se junta que en esta muerte concurrieron tantas maneras de injurias y tormentos, que ninguna cosa hubo en toda aquella sagrada humanidad (sacada la proporción superior de su alma) en la cual no padeciese su propio tormento.

Porque él primeramente padeció en su alma santísima los dolores que hemos dicho, y padeció en su cuerpo los que nos quedan por decir.

Padeció también en la fama con los falsos testimonios y títulos ignominiosos con que fué condenado.

Padeció en la honra con tantas invenciones y maneras de escarnios, injurias y vituperios como le fueron hechos.

Padeció en la hacienda, que eran solas aquellas pobres vestiduras que tenía, de las cuales también fué despojado y puesto en la cruz desnudo.

Padeció en sus amigos, pues todos huyeron y le desampararon y le dejaron solo en poder de sus enemigos.

Padeció también en todos los miembros y sentidos de su sacratísimo cuerpo, en cada uno su propio tormento. La cabeza fué coronada con espinas, los ojos oscurecidos con lágrimas, los oídos atormentados con injurias, las mejillas heridas con bofetadas, el rostro afeado con salivas, la lengua jaropada con hiel y vinagre, la sagrada barba repelada, sus manos traspasadas con clavos, el costado abierto con una lanza, las espaldas molidas con azotes, los pies atravesados con duros clavos, y todo el cuerpo, finalmente, descoyuntado, ensangrentado y estirado en la cruz.»

579 c) PROPORCIONADO A NUESTRAS CULPAS

«Porque así como todos los miembros de su Cuerpo místico estaban heridos y llagados, así también los del verdadero natural estuviesen heridos y atormentados; y asimismo, pues nuestra malicia había sido tal que con todas nuestras cosas y con todos nuestros miembros y sentidos habíamos ofendido a Dios, la satisfacción de Cristo fuese tal que en todas sus cosas padeciese tormentos, pues nosotros con todas las nuestras habíamos cometido pecados».

580 d) SUFRIMIENTO CONTINUADO

«Creció también esta pena con la continuación y muchedumbre de trabajos que el Salvador padeció desde la hora de su prisión hasta que expiró en la cruz. Porque en este tiempo todos a porfía trabajaban por atormentarle, cada cual de su manera. Uno le prende, otro le ata, otro le acusa, otro le escarnece, otro le escupe, otro le abofetea, otro le azota, otro le corona, otro le hiere con la caña, otro

le cubre los ojos, otro le viste, otro le desnuda, otro le blasfema, otro le carga la cruz a cuestas, y todos, finalmente, se ocupan de darle cada cual su manera de tormento. Vuélvenle y revuélvenle, llévanle y tráenle de juicio en juicio, de tribunal en tribunal, de pontífice en pontífice, como si fuera un público ladrón y malhechor.

¡Oh Rey de la gloria!, ¿qué te debemos, Señor, por tantas invenciones y maneras de trabajos como padeciste por nos?

Pues éstas y otras semejantes causas claramente prueban que los dolores que el Salvador padeció sobrepujan todos cuantos dolores hasta hoy se han padecido en esta vida y padecerán jamás».

e) Lo que nos enseña la cruz 581

«Pues ¿qué fruto sacamos de esta consideración? Verdaderamente grande e inestimable. Porque todo cuanto enseña la filosofía cristiana, nos enseña en breve la cruz de Cristo, y todo cuanto obran la ley y el Evangelio, dándonos conocimiento del bien y amor de El, todo esto, en su manera, enseña y obra la filosofía de la cruz.

Porque, primeramente, por aquí, mejor que por todos los medios del mundo, se conoce la gravedad y malicia del pecado, viendo lo que el Hijo de Dios padeció por él y lo que hizo por destruirlo.

Por aquí se conoce la gravedad de las penas del infierno, pues en tal infierno de penas y dolores quiso entrar este Señor para sacarnos de ellas.

Por aquí se conocen cuán grandes sean los bienes, así de gracia como de gloria, pues tal mérito fué menester para alcanzarlos, después de perdidos, por vía de justicia.

Por aquí se ve la dignidad del hombre y el valor de su alma, considerando lo que Dios la estimó, pues tal precio quiso dar por ella.

Por aquí también, más que por otro medio, venimos en conocimiento de Dios, no cual le tuvieron los filósofos, que tampoco les aprovechó, pues poco más conocieron que la omnipotencia y sabiduría suya, la cual resplandece en las cosas criadas, mas tal cual conviene para hacer a los hombres santos y religiosos, que es de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la providencia y de la justicia de Dios. Porque este conocimiento causa en nuestras almas amor y temor de Dios, y confianza en su misericordia, y obediencia a sus mandamientos, en las cuales virtudes consiste la suma de la verdadera religión.

Pues cuánto resplandezcan estas perfecciones divinas en este 582
misterio, parece claro por esta razón. Porque a la bondad pertenece comunicar y darse a sí misma; al amor, hacer bienes al amado, y a la misericordia, tomar sobre sí todas las miserias y males del miserable, y a la justicia, castigar severamente los delitos del culpado.

Pues siendo esto así, ¿qué mayor bondad que la que llegó a comunicar a sí mismo y hacerse una misma cosa con el hombre? ¿Qué mayor caridad que la que repartió cuantos bienes tenía con el hom-

bre? ¿Qué mayor misericordia que recibir Dios en sus espaldas los azotes que nuestros hurtos merecían, padecer nuestra cruz, beber nuestro cáliz y querer ser atormentado por nuestros deleites, deshonrado por nuestras soberbias, despojado en la cruz por nuestras codicias y, finalmente, entregado al poder de las tinieblas por librar a los hombres de ellas? ¿Puede ser mayor misericordia que ésta?

Pues no es menor la justicia que aquí resplandece.

Porque ¿qué mayor justicia que haber querido tomar Dios tan extraña manera de venganza de los pecados del mundo en la persona de su amantísimo e inocentísimo Hijo? Porque justísimo es el juez que a su mismo hijo no perdona por haber tomado sobre sí la culpa ajena.

Pues siendo esto así, ¿quién no temerá tal justicia, y quién no esperará en tal misericordia, y quién no amará tal bondad?

583 Verdaderamente, no era posible darse al hombre mayores motivos de amor, de temor, de obediencia y de confianza de los que aquí le fueron dados, y el corazón que con esto no se vence, no sé cosa que lo pueda vencer.

Demás de esto, ¿qué tan grandes son los ejemplos y motivos que aquí se nos dan para todas las otras virtudes, y señaladamente para la virtud de la humildad, de la obediencia, de la paciencia, de la mansedumbre, de la pobreza de espíritu y para todas las demás?

Porque, como dice Santo Tomás, los ejemplos de las virtudes tanto son más eficaces cuanto son de personas más altas. Porque ¿quién tendrá corazón para ir a caballo cuando ve a su rey ir a pie o para quedarse en la cama cuando lo ve entrar en la batalla? Pues si tanto pueden ejemplos de reyes, que al fin son hombres mortales como nosotros, ¿cuánto más deben poder los ejemplos de aquella real Majestad, que tanto hizo por nosotros? Especialmente que los ejemplos de Cristo tienen otra dignidad y fuerza admirable que en ningunos otros se puede hallar. Porque sus ejemplos de tal manera son ejemplos, que también son beneficios, y remedios, y medicinas, y estímulos de amor, de devoción y de toda virtud.

584 Demos, pues, infinitas gracias al Señor por este tan grande beneficio; esto es, por lo mucho que El nos dió, y por lo mucho que le costó, y mucho más por lo mucho que nos amó, porque mucho más amó que padeció, y mucho más padeciera si nos fuera necesario.

Y pues de nuestra parte no tenemos cosa digna que darle, a lo menos trabajemos por que toda nuestra vida sea suya, pues la suya fué toda nuestra».

B) *Lavatorio y mandato*

(Cf. *Oración y meditación* p.1.ª c.3: BAC, *Obra selecta* c.26 p.811-813.)

a) Ejemplo de humildad 585

«Contempla, pues, ¡oh alma mía!, en esta cena a tu dulce y benigno Jesús, y mira el ejemplo de inestimable humildad que aquí te da levantándose de la mesa y lavando los pies de sus discípulos.

¡Oh buen Jesús!, ¿qué es esto que haces? ¡Oh dulce Jesús!, ¿por qué tanto se humilla tu majestad? ¿Qué sintieras, alma mía, si vieras allí a Dios arrodillado ante los pies de los hombres y ante los pies de Judas? ¡Oh cruel!, ¿cómo no te ablanda el corazón esa tan grande humildad? ¿Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas ordenado de vender este mansísimo Cordero? ¿Es posible que no te hayas ahora compungido con este ejemplo? ¡Oh hermosas y blancas manos!, ¿cómo podéis tocar pies tan sucios y abominables? ¡Oh purísimas manos!, ¿cómo no tenéis asco de lavar pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre?

Mirad, ¡oh espíritus bienaventurados!, qué hace vuestro Criador. Salid a mirar desde esos cielos, y vedlo arrodillado ante los pies de los hombres, y decid si usó jamás con vosotros de tal linaje de cortesía. Señor, oí tus palabras, y temí; consideré tus obras, y quedé espantado.

¡Oh apóstoles bienaventurados!, ¿cómo no tembláis viendo esa tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces? ¿Por ventura consentirás que el Señor de la majestad te lave los pies?»

b) «¿Tú, Señor, lavas a mí los pies?» 586

«Maravillado y atónito San Pedro, como viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzó a decir: *¿Tú, Señor, lavas a mí los pies?* ¿No eres tú el Hijo de Dios vivo? ¿No eres tú el Creador del mundo, la hermosura del cielo, el paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? Pues ¿tú me quieres a mí lavar los pies? ¿Tú, Señor de tanta majestad y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza? ¿Tú, que fundaste la tierra sobre sus cimientos y la hermoseaste con tanta maravilla; tú, que encierras el mundo en la mano, mueves los cielos, gobiernas la tierra, divides las aguas, ordenas los tiempos, dispones las cosas, beatificas los ángeles, enderezas los hombres y riges con tu sabiduría todas las cosas?

¿Tú a mí has de lavar los pies? ¿A mí, que soy un hombre mortal, un poco de tierra y ceniza, un vaso de corrupción, una criatura llena de vanidad, de ignorancia y de otras infinitas miserias y, lo que es sobre toda miseria, llena de pecados?

¿Tú, Señor, a mí? ¿Tú, Señor de todas las cosas, a mí, el más bajo de todas ellas? La alteza de tu majestad y la profundidad de mis miserias me hacen fuerza que tal cosa no consienta.

Deja, pues, Señor mío, deja para los siervos este oficio; quita esa toalla, toma tus vestiduras, asiéntate en tu silla y no me laves los pies. Mira no se avergüencen de esto los cielos viendo que con esa ceremonia los pones debajo de la tierra, pues las manos en quien el Padre puso los cielos y todas las cosas vienes a poner debajo de los pies de los hombres. Mira no se afrente de esto toda la naturaleza criada, viéndose puesta debajo de otros pies que los tuyos. Mira no te desprecie la hija del rey Saúl (2 Reg. 6,10) viéndote con ese lienzo vestido a manera de siervo y diga que no quiere recibir por esposo ni por Dios al que ve entender en tan vil oficio.

Esto decía Pedro como hombre que aún no sentía las cosas de Dios y como quien no entendía cuánta gloria estaba encerrada en esta obra de tan gran bajeza. Mas el Salvador, que tan bien lo conocía y tanto deseaba dejarnos un tan maravilloso ejemplo de humildad, satisfizo a la simplicidad de su discípulo y llevó adelante la obra comenzada».

587 c) El mandato del amor

«Mas no sólo dejó aquí ejemplo de humildad, sino también de caridad, porque lavar los pies no sólo es servicio, sino también regalo, el cual hizo el Salvador a los pies de sus amigos víspera del día que habían de ser enclavados y lavados con sangre los suyos; para que veas cuán dura es la caridad para sí y cuán blanda para los otros.

Pues este ejemplo de caridad y humildad deja el Señor en su testamento por mandato a todos los suyos, encomendándoles en aquella hora postrera que se tratasen ellos entre sí como El los había tratado y se hiciesen aquellos regalos y beneficios que El entonces les había hecho.

Pues ¿qué otra ley, qué otro mandamiento se pudiera esperar de aquel pecho tan lleno de caridad y misericordia más propio que éste? ¿Qué otro mandamiento dejara un padre a la hora de su muerte a hijos que mucho amase sino que se amasen entre sí e hiciesen para consigo lo que él hacía para ellos? Este fué el mandamiento que el santo José dió a sus hermanos cuando los envió a su padre, diciendo: No tengáis pasiones en el camino, caminad en paz y no os hagáis mal unos a otros. Mandamiento fué éste de verdadero hermano que de verdad amaba a sus hermanos y deseaba su bien.

588 Pues para mostrar el Señor este mismo amor para con los hombres pone aquí este mandamiento, que por excelencia se llama el mandato, en el cual nos mandó la cosa que más convenía para nuestra paz, para nuestro bien y para nuestro regalo. Tanto, que si este mandamiento se guardase en el mundo, sin duda vivirían en él los hombres como en un paraíso.

Donde advertirás también cuáles sean los mandamientos que nos manda el Señor. Porque tales son y tan provechosos para los hombres, que, si bien se consideran, más debemos nos a El por las cosas que nos manda que El a nos por la guarda de lo que manda; pues aun quitando aparte el galardón del cielo, ninguna cosa se nos podía mandar en este mundo que fuese más para nuestro provecho».

C) *Temor en el huerto*

(Cf. ibid.: BAC, c.28 p.820 y 822.)

a) Mío es tu temor 589

«Dime, ¡oh dulcísimo Redentor!, ¿por qué temes la muerte que tú tanto deseabas, pues el cumplimiento del deseo más es causa de alegría que de temor? No tenían los mártires ni la fortaleza ni la gracia que tú, sino una sola partecica que de ti, que eres la fuente de la gracia, se les comunicaba, y con sola ésta entraban tan alegres en las conquistas de su martirio. ¿Y tú, que eres dador de la fortaleza y de la gracia, te entristeces y temes antes de la batalla?

Ciertamente, Señor, ese temor tuyo no es tuyo, sino mío, así como aquella fortaleza de los mártires no era de ellos, sino tuya. Tú temes por lo que tienes de nosotros, y ellos se esforzaron por lo que tenían de ti. La flaqueza de mi humanidad se descubre en los temores de Dios, y la virtud de tu deidad se muestra en la fortaleza del hombre. Así que mío es este temor y tuya esta fortaleza, y por eso mía es tu ignominia y tuya mi alabanza.

Quitaron el hueso al primer Adán para formar de él la mujer, y en lugar del hueso que le quitaron pusiéronle carne flaca (Gen. 2, 21). Pues ¿qué es eso sino que de ti, nuestro segundo Adán, tomó el Padre Eterno la fortaleza de la gracia para poner en la Iglesia tu esposa y de ella tomó la carne y flaqueza para poner en ti? Pues por esto queda la mujer fuerte y tú flaco; ella, fuerte con tu virtud, y tú, flaco con su flaqueza.

Doblada merced fué esta que nos hiciste, Padre nuestro, pues no contento con vestirnos de ti te hiciste vestir de nosotros.

Por lo uno y por lo otro te bendigan los ángeles para siempre, pues ni fuiste avariento en comunicarnos tus bienes ni tuviste asco de recibir nuestros males.

Pues ¿qué debo hacer considerando esto, sino, viéndome lleno de tus misericordias, gloriarme en ti, y viendo a tí por mi amor lleno de mis miserias, compadecerme de ti? Por lo uno me alegraré y por lo otro me entristeceré, y así con lágrimas y alegría cantaré y lamentaré el misterio de tu pasión y estudiaré siempre en aquel libro de Ezequiel que de cantares y lamentaciones era escrito»...

590 b) TIENES CORAZÓN DE PIEDRA

Si no puedes llorar por falta de amor, a lo menos llora por la muchedumbre de tus pecados, pues ellos fueron la causa de este dolor.

No lo azotan ahora los verdugos, no lo coronan los soldados, no son los clavos ni las espinas las que ahora le hacen salir la sangre, sino tus culpas. Esas son las espinas que lo punzan, ésos los verdugos que lo atormentan, ésa la carga tan pesada que le hace sudar ese sudor.

¡Oh cuán caro te cuesta, Salvador mío, mi salud y mi remedio! ¡Oh mi verdadero Adán, echado del paraíso por mis pecados, que con sudores de sangre ganas el pan con que me has de mantener!»

591 c) EXTRAÑO DESCUIDO DE NUESTRA SALVACIÓN

«Considera también en este mismo paso, por una parte, aquella tan grande agonía y vigilia de Cristo y, por otra, el sueño tan profundo de los discípulos y verás aquí representado un grande misterio.

592 Porque verdaderamente no hay cosa más para sentir en el mundo que ver el descuido en que viven los hombres y el poco caso que hacen de un negocio tan grande como es su salvación. ¿Qué cosa puede ser más para sentir que tan grande descuido en tan gran negocio?

Pues si quieres entender lo uno y lo otro, mira al Salvador y mira a los discípulos en este paso. Mira cómo el Salvador, entendiendo en este negocio, está puesto en un tan profundo cuidado y agonía que le hace sudar gotas de sangre; y mira a los discípulos, por el contrario, tendidos por aquel suelo, durmiendo con un sueño tan pesado que no bastaba ni la reprensión del Maestro, ni la mala cama que allí tenían, ni el desabrigo y sereno de la noche, para hacerlos volver en sí.

Mira, pues, qué tan grande es el negocio de la salvación de los hombres, pues bastó para hacer sudar gotas de sangre al que sostiene los cielos y la tierra. Y mira, por otra parte, en cuán poco lo tienen los hombres, pues tan dormidos y descuidados están al tiempo que así por ellos se desvela el mismo Dios. No se pudo más encarecer lo uno y lo otro que por estas dos cosas tan extrañas.

Pues si trabajos ajenos pusieron a Dios en tanto cuidado, ¿cómo vive con tan extraño descuido aquel cuyo es el trabajo, y el negocio, y el provecho, y el daño?»

D) «*Ecce Homo*»

(Cf. ibid.: BAC, c.32 p.837-841.)

a) Míralo todo desfigurado 593

«Pues para que sientas algo, alma mía, de este paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imagen antigua de este Señor y la excelencia de sus virtudes y luego vuelve a mirarlo de la manera que aquí está.

Mira la grandeza de su amor, la mesura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad y aquel aspecto suyo de tanta veneración. Míralo tan humilde con sus discípulos, tan blando con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, tan suave para con los humildes y tan misericordioso para con todos. Considera cuán manso haya sido siempre en el sufrir, cuán sabio en el responder, cuán piadoso en el juzgar, cuán misericordioso en el recibir y cuán largo en el perdonar.

Y después que así lo hubieres mirado y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos a mirarlo tal cual aquí lo ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano y aquella horrible diadema en la cabeza, y aquellos ojos mortales, y aquel rostro difunto, y aquella figura toda borrada con la sangre y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo dentro y fuera: el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido por los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente y desamparado de todo favor humano.

Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como presente; no como dolor ajeno, sino como tuyo propio. A ti mismo ponte en lugar del que padece y mira lo que sentirías si en una parte tan sensible como es la cabeza te hincasen muchas y muy agudas espinas que penetrasen hasta los huesos. ¿Y qué digo espinas? Un solo alfiler que fuese, apenas lo podrías sufrir. ¿Qué sentiría aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormentos?»

b) Yo soy, Señor, la causa de tus dolores 594

«Pues, ¡oh resplandor de la gloria del Padre!, ¿quién te ha maltratado? ¡Oh espejo sin mancilla de la majestad de Dios!, ¿quién te ha todo manchado? ¡Oh río que sales del paraíso de deleites y alegras con tus corrientes la ciudad de Dios!, ¿quién ha enturbiado esas tan serenas y tan dulces aguas? Mis pecados, Señor, las han enturbiado, mis maldades las han oscurecido.

¡Ay de mí, pobre y miserable! ¡Ay de mí! Y ¡qué tal habrán parado mis pecados a mi alma cuando tal pararon los ajenos a la fuente clara de toda la hermosura! Mis pecados son, Señor, las

espinas que te punzan; mis locuras, la púrpura que te escarnece; mis hipocresías y fingimientos, las ceremonias con que te desprecian; mis atavíos y vanidades, la corona con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor.

Limpió el rey Ezequías (2 Par. 29,16) el templo de Dios, que estaba por los malos profanado, y toda la basura que en él había mandó echar en el arroyo de los cedros. Yo soy este templo vivo por los demonios profanado y ensuciado por infinitos pecados, y tú eres el río limpio de los cedros que sustentas con tus corrien-
595 tes toda la hermosura del cielo. Pues ahí son lanzados todos mis pecados, ahí desaparecen mis maldades.

Porque por el mérito de esa inefable caridad y humildad con que te inclinaste a tomar sobre ti todos mis males, no sólo me libraste de ellos, mas también me hiciste participante de todos tus bienes. Porque tomaste mi muerte, me diste tu vida. Porque tomaste mi carne, me diste tu espíritu. Porque tomaste sobre ti mis pecados, me diste tu gracia.

Así que, Redentor mío, todas las penas tuyas son tesoros y riquezas mías. Tu púrpura me viste, tu corona me honra, tus cardenales me hermosean, tus dolores me regalan, tus amarguras me sustentan, tus llagas me sanan, tu sangre me enriquece y tu amor me embriaga. ¿Qué mucho es que tu amor me embriague, pues el amor que tú me tuviste bastó para embriagarte y dejarte, como a otro Noé, tan avergonzado y desnudo? Con la púrpura encendida de ese amor sostienes esa púrpura de escarnio, y con el celo de mi aprovechamiento esa caña en la mano, y con la compasión de mi perdimiento esa corona de confusión»...

596 ### c) Nuestro intercesor ante Dios

«Perseverando en la contemplación de este mismo paso, además del aborrecimiento del pecado puedes también de aquí tomar grandes esfuerzos para confiar en Dios considerando esta misma figura, la cual, así como es poderosa para mover los corazones de los hombres, así también lo es, y mucho más, para mover el de Dios.

Para lo cual debes considerar que la misma figura que sacó entonces el Salvador a los ojos del pueblo, esa misma se presenta hoy a los del Padre tan fresca y tan corriendo sangre como estaba aquel mismo día.

597 Pues ¿qué imagen puede ser más eficaz para amansar los ojos del Padre que la carne amancillada de su Hijo? Este es el propiciatorio de oro, éste es el arco de diversos colores y puesto entre las nubes del cielo con cuya vista se aplaca Dios. Aquí se apacentaron sus ojos, aquí quedó satisfecha su justicia, aquí se le restituyó su honra, aquí se le hizo tal servicio cual convenía a su grandeza.

Pues dime, hombre flaco y desconfiado, si en este paso estaba tal la figura de Cristo que bastaba para amansar los ojos crueles de tales enemigos, ¿cuánto más lo estará para amansar los ojos de

aquel Padre piadoso, especialmente padeciendo por su honra y obediencia todo lo que allí padecía? Compárame ojos con ojos y persona con persona y verás cuánto más segura tienes tú la misericordia del Padre presentándole esta figura que tuvo Pilato la de los judíos cuando allí se la presentó.

Pues en todas tus oraciones y tentaciones toma a este Señor por escudo y ponlo entre ti y Dios y preséntalo ante El diciendo: *Ecce homo*. He aquí, Señor, Dios mío, el hombre que tú buscabas tantos años ha para que se pusiese de por medio entre ti y los pecadores. He aquí el hombre tan justo como a tu bondad convenía y tan justiciado cuanto nuestra culpa demandaba.

Pues, ¡oh defensor nuestro!, míranos, Señor, y para que así lo hagas pon los ojos en la cara de tu Cristo. Y tú, salvador y medianero nuestro, no ceses de presentarte ante los ojos del Padre por nosotros, y pues tuviste amor para ofrecer tus miembros al verdugo para que los atormentase, tenlo, Señor, para presentarlos al Padre Eterno para que por ti nos perdone».

E) María

(Cf. *Oración y meditación*, ibid.: BAC, *Obra selecta* c.36 y 37 p.860-868.)

a) La compasión de María 598

«Hasta aquí has celebrado, alma mía, la muerte y los dolores del Hijo; tiempo es ya que comiences a celebrar y lamentar los de la Madre.

Pues para esto asiéntate ahora un poco a los pies del profeta Jeremías, y, tomándole las palabras de la boca, con amargo y doloroso corazón, suspirando, di así (Thren. 1,1): ¿Cómo quedas ahora sola, inocentísima Virgen? ¿Cómo quedas viuda, la Señora del mundo, y sin tener ninguna culpa te han hecho tributaria de tanta pena? ¡Oh Virgen santísima!, querría consolarte y no sé cómo. Querría aliviar un poco la grandeza de tus dolores, y no sé por qué camino.

Reina del cielo, si la causa de tus dolores eran los de tu Hijo bendito y no los tuyos porque más amabas a El que a ti, ya han cesado tus dolores, pues el cuerpo ya no padece y su alma es ya del todo gloriosa. Cese, pues, la muchedumbre de tus gemidos, pues cesó la causa de tu dolor. Lloraste con el que lloraba, justo es que goces ahora con el que ya goza. Ciérrense las fuentes de esos purísimos ojos, más claros que las aguas de Hesebón y ahora turbios y oscurecidos con la lluvia de tantas lágrimas (Cant. 7,4).

Aplacada es ya la ira del Señor con el sacrificio del verdadero 599
Noé (Gen. 8,21); cese, pues, el diluvio de tus sacratísimos ojos y esclarézcase la tierra con una nueva serenidad. Salida es ya la paloma del arca; señales traerá, cuando vuelva, de la clemencia divina. Alégrate con esta esperanza y cesen ya tus gemidos.

El mismo Hijo tuyo pone silencio a tus clamores y te convida a nueva alegría en sus Cantares (2,11) diciendo así: El invierno es ya pasado, las lluvias y los torbellinos han cesado, las flores han aparecido en nuestra tierra; levántate, querida mía, hermosa mía y paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra y en las aberturas de la cerca, que es en las heridas y llagas de mi cuerpo; deja ahora esa morada y ven conmigo.

Bien veo, Señora, que no basta nada de esto para consolaros, porque no se ha quitado, sino trocado, vuestro dolor. Acabóse un martirio y comienza otro; renuévanse los verdugos de vuestro corazón; idos unos, suceden otros con nuevos géneros de tormentos para que con tales mudanzas se os doble el tormento de la pasión.

Hasta aquí llorabais sus dolores, ahora su muerte; hasta aquí su pasión, ahora vuestra soledad; hasta aquí sus trabajos, ahora su ausencia; una ola pasó y otra viene a dar de lleno sobre Vos, de manera que el fin de su pena es comienzo de la vuestra».

600 b) La lanzada del Hijo atraviesa el corazón de la Madre

«Y como si esta pena fuera pequeña, veo que os aparejan otra no menor.

Cerrad, Señora mía, cerrad los ojos y no miréis aquella lanza que va enristrada por el aire adónde va a parar. Cumplido es ya vuestro deseo; escudo sois hecha de vuestro Hijo, pues aquel golpe a Vos hiere y no a El. Deseabais los clavos y las espinas: eso era para su cuerpo; la lanzada se guardaba para Vos.

¡Oh crueles ministros! ¡Oh corazones de hierro! ¿Y tan poco os parece lo que ha padecido el cuerpo vivo que no lo queréis perdonar aun después de muerto? ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande que no se aplaque cuando ve el enemigo ya muerto delante de sí? Alzad un poco esos crueles ojos y mirad aquella carne mortal, aquellos ojos difuntos, aquel caimiento de rostro y aquella amarillez y sombra de muerte; que, aunque seáis más duros que el hierro y que el diamante y que vosotros mismos, viéndolo, os amansaréis.

601 ¿Por qué no os contentáis con las heridas del Hijo, sino que también queréis herir a la Madre? ¡A Ella herís con esa lanza, a Ella tira ese golpe, a sus entrañas amenaza la punta de ese hierro cruel!

Llega, pues, el ministro con la lanza en la mano y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremecióse la cruz en el aire con la fuerza del golpe y salió de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados del mundo.

¡Oh río que sales del paraíso y riegas con tus corrientes toda la sobrehaz de la tierra! ¡Oh llaga del costado precioso, hecha más con el amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre

de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de las palomas sencillas y lecho florido de la esposa de Salomón!

¡Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones; herida que hieres las almas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable!

Por ti entran las almas a guarecerse del diluvio en el arca del 602
verdadero Noé, a ti se acogen los tentados, en ti se consuelan los tristes, contigo se curan los enfermos, por ti entran en el cielo los pecadores y en ti duermen y reposan dulcemente los desterrados y peregrinos.

¡Oh fragua de amor, casa de paz, tesoro de la Iglesia y vena de agua viva que salta hasta la vida eterna!

Abreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazón en esa tan deleitable morada; dame por ella paso a las entrañas de tu amor; beba yo de esta dulce fuente; sea yo lavado con esta agua santa y embriagado en ese tan preciado licor. Adormézcase mi alma en este pecho sagrado; olvide aquí todos los cuidados del mundo; aquí duerma, aquí coma, aquí cante dulcemente con el profeta, diciendo: Esta es mi morada en los siglos de los siglos; aquí moraré, porque esta morada escogí (Ps. 131,14)».

c) Del descendimiento de la cruz y llanto de la Virgen 603

«Considera cómo fué quitado aquel santo cuerpo de la cruz y recibido en los brazos de la Virgen. Llegan, pues, el mismo día sobre tarde aquellos dos santos varones José y Nicodemo y, arrimadas sus escaleras a la cruz, descienden en brazos el cuerpo del Salvador.

Como la Virgen vió que, acabada ya la tormenta de la cruz, llegaba el sagrado cuerpo a tierra, aparéjase Ella para darle puerto seguro en sus pechos y recibirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide, pues, con gran humildad a aquella noble gente que, pues no se había despedido de su Hijo ni recibido de El los postreros abrazos en la cruz al tiempo de su partida, que le dejen ahora llegar a El y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo si, habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivos, ahora los amigos se lo quitan muerto.

¡Oh por todas partes desconsolada Señora! Porque si te niegan 604
lo que pides, desconsolarte has; y si te lo dan, como lo pides, no menos te desconsolarás. No tienen tus males consuelo sino en sola tu paciencia. Si por una parte quieres excusar un dolor, por otra parte se dobla.

Pues ¿qué haréis, santos varones? ¿Qué consejo tomaréis? Negar a tales lágrimas y a tal Señora cosa que pida no conviene, y darle lo que pide es acabarle la vida. Teméis por una parte desconsolarla y teméis por otra no seáis, por ventura, homicidas de la Madre como fueron los enemigos del Hijo.

Finalmente, vence la piadosa porfía de la Virgen y pareció a aquella noble gente, según eran grandes sus gemidos, que sería mayor crueldad quitarle el Hijo que quitarle la vida, y así se lo hubieron de entregar.

Pues cuando la Virgen lo tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió?

¡Oh ángeles de paz!, llorad con esta sagrada Virgen; llorad, cielos; llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María.

Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos, para sólo esto le quedaban fuerzas; mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza del Hijo y riégase la del Hijo con las lágirmas de la Madre.

605 ¡Oh dulce Madre! ¿Es ése, por ventura, vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ése el que concebiste con tanta gloria y pariste con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura en quien vos os mirabais?

Ya no os aprovecha mirarle a la cara, porque sus ojos han perdido la luz. Ya no os aprovecha darle voces y hablarle, porque sus oídos han perdido el oír. Ya no se mueve la lengua que hablaba las maravillas del cielo; ya están quebrados los ojos que con su vista alegraban el mundo.

¿Cómo no hablas ahora, Reina del cielo? ¿Cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudecida, mas el corazón allá dentro hablaría con entrañable dolor al Hijo dulcísimo y le diría»:

606 d) Devotísimo soliloquio de la Virgen

«¡Oh vida muerta! ¡Oh lumbre oscurecida! ¡Oh hermosura afeada! Y ¿qué manos han sido aquellas que tal han parado vuestra divina figura? ¿Qué corona es esta que mis manos hallan en vuestra cabeza? ¿Qué herida es esta que veo en vuestro costado?

¡Oh Sumo Sacerdote del mundo! ¿Qué insignias son estas que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¿Quién ha borrado el traslado de la gloria del Padre? ¿Quién ha manchado el espejo y la hermosura del cielo? ¿Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¿Estos son aquellos ojos que oscurecían al sol con su hermosura? ¿Estas son las manos que resucitaban los muertos a quienes tocaban? ¿Esta es la boca por donde salían los cuatro ríos del paraíso? ¿Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios? Hijo mío y sangre mía, ¿de dónde se levantó a deshora esta fiera tempestad? ¿Qué ola ha sido esta que así te me ha llevado?

Hijo mío, ¿qué haré sin ti? ¿Adónde iré? ¿Quién me remediará? Los padres y los hermanos afligidos venían a rogarte por sus hijos y por sus hermanos difuntos, y tú, con tu infinita virtud y clemencia, los consolabas y socorrías. Mas yo que veo muerto a mi

hijo, y mi padre, y mi hermano, y mi Señor, ¿a quién rogaré por El? ¿Quién me consolará? ¿Dónde está el buen Jesús Nazareno, Hijo de Dios vivo, que consuela a los vivos y da vida a los muertos? ¿Dónde está aquel grande Profeta poderoso en obras y palabras?

Hijo, antes de ahora descanso mío y ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hiciste por que los judíos te crucificasen? ¿Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tantas buenas obras? ¿Este es el premio que se da a la virtud? ¿Esta es la paga de tanta doctrina? ¿Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo, hasta aquí la malicia del demonio, hasta aquí la bondad y clemencia de Dios?

¿Tan grande es el aborrecimiento que Dios tiene contra el pecado? ¿Tanto fué menester para satisfacer por culpa de uno? ¿Tan grande es el rigor de la divina justicia? ¿En tanto tiene Dios la salud de las almas?

¡Oh dulcísimo hijo mío!, ¿qué haré sin ti? Tú eras mi hijo, mi 607
padre, mi esposo, mi maestro y toda mi compañía. Ahora quedo huérfana sin padre, madre sin hijo, viuda sin esposo y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré más entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicación del Evangelio. Ya no limpiaré más el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré más sentado a mi mesa comiendo y dando de comer a mi alma con tu divina presencia. Ya no me veré más a tus pies oyendo las palabras de tu dulce boca, ni sonará más en mis oídos la dulce voz de madre, ni de mujer, ni de María. Fenecida es ya mi gloria; hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad.

Hijo, ¿no me hablas? ¡Oh lengua del cielo que a tantos consolaste con vuestras palabras, a tantos diste habla y vida!, ¿quién os ha puesto tanto silencio que no habláis a vuestra Madre? ¿Cómo no me dejáis siquiera alguna manda con que yo me consuele? Yo la tomaré con vuestra licencia. Esta corona real será la manda; de estos clavos y de esta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazón; allí estarán hincados vuestros clavos, allí estará guardada vuestra corona, vuestros azotes y vuestra cruz. Este es el mayorazgo que yo elijo para mí, mientras me durare la vida.

¡Cómo dura poco la alegría en la tierra y cómo se siente mucho 608
el dolor después de mucha prosperidad! ¡Oh Belén y Jerusalén, cuán diferentes días he llevado en vosotros! ¡Qué noche fué aquélla tan clara y qué día este tan oscuro! ¡Qué rica entonces y qué pobre ahora! No podía ser pequeña la pérdida de tan grande felicidad.

¡Oh ángel bienaventurado! ¿Dónde están ahora aquellas tan grandes alabanzas de la antigua salutación? No era vana mi turbación ni mi temor en aquella hora, porque a grandes alabanzas, por fuerza es que se ha de seguir o gran caída o grande cruz. No quiere el Señor que estén sus dones ociosos; nunca da honra sin

carga, ni mayoría sin servidumbre, ni mucha gracia sino para mucho trabajo.

Entonces me llamaste llena de gracia; ahora estoy llena de dolor. Entonces, bendita entre las mujeres; ahora, la más afligida entre las mujeres. Entonces dijiste: El Señor es contigo; ahora también está conmigo, mas no vivo, sino muerto, como lo tengo en mis brazos.

609 ¡Oh dulce Redentor mío!, ¿fué alguna culpa tenerte yo en mis brazos con tanta alegría recién nacido por do viniese ahora a tenerte en ellos tan atormentado? ¿Fué algún pecado recibir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, por que ahora me hayas querido dar a beber un cáliz de tanta amargura? ¿Fué algún yerro mirarme yo en tu rostro como en un espejo luciente, por que ahora has querido que te vea yo tan afeado y atormentado? ¿Fué algún delito amarte tanto, por que ahora has querido que el amor se me hiciese verdugo y que tanto más padeciese cuanto más te amé?

¡Oh Padre eterno, oh amador de los hombres, piadoso para con ellos y para con vuestro Hijo riguroso! Vos sabéis cuán grandes sean las olas y tempestad de mi corazón. Vos sabéis que cuantos azotes y heridas ha recibido este santo cuerpo, tantas muertes ha llevado este corazón.

Mas con todo esto, yo, la más afligida de todas las criaturas, os doy gracias infinitas por este dolor. Básteme quererlo Vos para que yo me consuele. De vuestra mano, aunque sea el cuchillo, lo meteré yo en mis entrañas. Por los favores y por los dolores igualmente os doy las gracias. Por el usufructo de vuestros bienes, de que hasta aquí he gozado, os bendigo; y porque ahora me lo quitáis, no me indigno, sino antes os vuelvo vuestro depósito con hacimiento de gracias. Por lo uno y por lo otro os bendigan los ángeles, y mis lágrimas también con ellos os bendigan.

Mas suplícoos, Padre mío, si Vos de ello sois servido, os deis por contento con treinta y tres años de martirio que hasta aquí se han pasado. Vos sabéis que desde el día que aquel santo Simeón me anunció este martirio se echó acíbar en todos mis placeres, y desde entonces traigo este día atravesado en el corazón. En medio de mis alegrías me salteaba siempre la memoria de este dolor, y nunca tuve gozo tan puro que no se aguase con los dolores y temores de este día.

610 Bien sé que todo esto fué encaminado por vuestra providencia y que Vos quisisteis que desde entonces tuviese yo conocimiento de este misterio, para que así como el Hijo trajo siempre la cruz ante los ojos desde el día de su concepción, así también la trajese la Madre. Así queréis Vos que los vuestros en esta vida siempre padezcan, y en este valle de lágrimas no queréis que sean grandes ni perpetuas nuestras alegrías, aunque sean en Vos.

Pues, ¡oh Rey mío!, habed ya por bien que sea éste el postrero de mis martirios, si Vos de ello sois servido; y si no, hágase en esto y en todo vuestra divina voluntad. Si para una mujer os parece poco

un martirio, bien sabéis Vos que tantas veces he sido mártir cuantas fué herido el cuerpo de mi Salvador. Ya se acabaron sus martirios, y el mío, viéndole, se renueva. Mandad a la muerte que vuelva por los despojos que dejó y lleve a la madre con el hijo a la sepultura.

¡Oh dichosa sepultura, que has sucedido en mi oficio, y la corona que a mí quitan, a ti la dan, pues encerrarás dentro de ti al que tuve yo encerrado en mis entrañas! Mis huesos se alegrarían si allí se viesen, y allí sería de verdad mi vida en la sepultura. El corazón y alma, que yo puedo, yo la sepultaré; mas Vos también, Señor mío, el cuerpo, que yo no puedo sin Vos.

¡Oh muerte!, ¿por qué eres tan cruel que me apartas de aquel 611
en cuya vida está la mía? Más cruel eres a las veces en perdonar que en matar. Piadosa fuera para mí si nos llevaras a entrambos; mas ahora fuiste cruel en matar al hijo y más cruel en perdonar a la madre».

III. FRAY ALONSO DE CABRERA

Dos lecciones: San Pedro y el buen ladrón

A) San Pedro y la necesidad de la gracia

(Cf. *Sermón para el Martes Santo:* Biblioteca de Autores Españoles, *Predicadores de los siglos XVI y XVII* t.1 p.382-383.)

a) La gracia y la perseverancia

1. La vana confianza y presunción 612

«El santo profeta y rey David, queriendo dar a los hombres un desengaño de lo poco que son y valen por sí y cuán necesitados viven del favor de Dios, cuán pendientes de su providencia, cuán colgados de su mano, pónese a sí por ejemplo de la inconstancia y mutabilidad de las cosas humanas, cuando le falta la permanencia y estabilidad que de sólo Dios les puede venir, y dice en el salmo 29: *Ego autem dixi in abundantia mea: non movebor in aeternum* (Ps. 29,7). Después de haber hecho gracias al Señor por haberle librado de un gran trabajo... declara la causa que él dió a sus daños y la culpa por que fué dejado caer en tan graves peligros. *Yo dije en mi abundancia: no seré derrocado eternamente* (ibid.). El Parafraste caldeo dice: *In confidentia.* Elevado con la continua prosperidad de mis buenos sucesos, viéndome rico y venturoso, híceme presuntuoso y confiado, y con demasiada lozanía me prometí seguridad; ninguna cosa será parte para derribarme de la alteza y gloria que poseo; soy a los golpes de fortuna lo que un islote inmoble a las olas bravas del mar... Mas para desangrarme de mi vana confianza y presunción en las propias fuerzas, *escondisteis un rato vuestro rostro de mí;*

un solo desvío de ojos, y luego quedé turbado, mortal, sin aliento, sin vida, vacilando, titubeando como arena movediza que el viento arrebata (ibid., 8).

613 Por donde habiendo tocado en la mano mi fragilidad, y visto bien y entendido de dónde me viene la salud y el esfuerzo, *a Vos, Señor, clamaré confiado en vuestra bondad, y de corazón y entrañas os suplicaré me hagáis merced* (ibid., 9).

En este ejemplo está muy al vivo representado el peligro que corren de perderse los ricos y abundantes de virtudes, de gracia y dones sobrenaturales, y la causa ordinaria de sus caídas, que suele ser presumir de sí y desasirse de Dios. El viento deshecho, aunque sea próspero, zozobra el navío; y así el marinero diestro quita el paño, y amaina las velas... En esta navegación peligrosa de la vida espiritual, cuando sopla el viento próspero de los favores divinos, es menester amainar las velas de la presunción humana, porque de no hacerlo, muchos arriscados han ido al fondo en el abismo de la soberbia. Cuando un hombre piensa que es algo, y se tiene por más que otros, y se regodea con su alma a solas, por oración de sus virtudes, como el otro rico avaro por la de sus riquezas. *Anima mea, habes multa bona posita in annos plurimos, requiesce, comede, bibe, epulare* (Eccli. 11,14). Muy rica estáis, alma mía, de bienes espirituales. Ya son muchos años que guardo castidad inviolable; no he consentido cosa que sea pecado mortal. Cada día rezo mis horas, mis devociones..., castigo mi cuerpo con ayunos, cilicios; hago de mis bienes limosnas. Esta es la abundancia que desvanece al hombre tocado blandamente en el corazón, y engendrando en el alma una complacencia de sí mismo y desprecio de los demás... ¡Oh pestilencia de malditos pensamientos!... Cuantas veces el hombre se aplace a sí mismo en la posesión de sus bienes, tantas cae en el profundo de la soberbia. Eso que en sus ojos reluce, por el mismo caso no es oro, sino alquimia. Muy de otra suerte el humilde como cuerdo hace la buena obra, y tiénese por siervo inútil, y su obra, indigna de los divinos ojos, llena de faltas y mancillas; y así no saca de ella aplauso, sino temor...

El que de sí piensa que es algo, siendo nada, a sí mismo se engaña, dice San Pablo (Gal. 6,3). El por su antojo se precia de seso y de juicio».

614 **2. Pedro, engreído con los favores de Cristo**

«La prueba de esto tenemos bien clara, no menos que en el Príncipe de la Iglesia San Pedro, que, engreído con los favores de Cristo, y presumiendo más de lo justo de sus fuerzas, en la abundancia de su hervor de espíritu y amor grande que tenía a su Señor, dijo: *Non movebor in aeternum* (Ps. 29,7). Dícele a Cristo: *Animam meam pro te ponam*... (Io. 13,37). No pudo ser mayor bravata, pero con muy poco saber, porque contradijo a la palabra de Cristo (primera verdad) y porque se aventajó a los demás y presumió demasiado de sí...

Y mientras el Señor, por su beneplácito, quiso dar a su gallardía firmeza, bien mostró su ánimo que era de igualar con las obras sus palabras; pues en el huerto puso mano contra todo el batallón, y de un altibajo le derrocó la oreja derecha a Malco, y él no tiraba sino a rajarle por medio la cabeza. ¿Qué más pudieran hacer Héctor y Aquiles? ¿Veis éste tan valiente, tan arriscado? *Avertisti faciem tua a me; et factus sum conturbatus* (Ps. 29,8). En volviendo Cristo su rostro de él, un punto que le dejó de su mano, se turbó y amilanó de manera que a la voz de una mozuela negó a Cristo. Tres veces hizo signos con osadía y tres veces negó con pusilanimidad. Y si el Señor no le volviera a mirar con su clemencia, tan rematado iba como Judas».

3. El remedio de la oración 615

«¿Qué sacamos de aquí? *Ad te, Domine, clamabo et ad Deum meum deprecabor* (Ps. 29,9). Orar con gran afecto al Señor, y suplicarle continuamente que nos mire con ojos de misericordia, y no alce su mano de nosotros. Sentencia es de nuestro padre Santo Tomás, que el don de la perseverancia no es otra cosa que una manutenencia, un conservar Dios al hombre en la gracia que una vez le ha dado, continuando aquella acción primera con que se la dió. Y así como no cae debajo de mérito la primera gracia, ni la acción con que Dios la da, tampoco el continuarla, que es el don de la perseverancia. Pero si no se puede merecer, puédese impetrar con oraciones, como la misma gracia, que no la merece, ni puede el pecador, pero con oraciones la alcanza. Como la alcanzó el hijo pródigo, y el publicano, que hiriéndose los pechos oraba: *Deus, propitius esto mihi peccatori* (Lc. 18,13). En lo cual se conoce la excelencia de la oración, que es el único medio para alcanzar el don de la perseverancia, tan importante, que sin él no hay corona ni premio ni los otros dones y virtudes, antes se vuelven en cargos y materia de mayor castigo.

Por eso el cristiano que desea salvarse, cada día ha de hacer 616
instante oración a Dios que le deje acabar en su gracia, y que no le permita caer en tentación ni en pecado. Ha de andar tamañito, temblando como azogado, conociendo su impotencia y la precisa necesidad que tiene de que Dios le mire y sustente. Lo que dice San Pablo (Phil. 2,12-13): *Con miedo y con temblor haced las obras de vuestra salvación.* Miedo en el ánimo; temblor en el cuerpo. Porque Dios es el que obra en vosotros el querer, y el ejecutar y llevar al cabo lo bueno, por su buena voluntad..., porque ni el querer el bien, ni el obrarle, consiste en vuestras fuerzas, sino que Dios, por su bella gracia, quiere obrar en vosotros, y causa, como principal autor, así el buen propósito de la voluntad como la ejecución de él y perseverancia del bien comenzado.

De suerte que no basta estar un hombre en gracia ni tener todas las virtudes y dones (aunque sea en grado heroico), sino que además de esto es necesario el concurso de Dios, auxilio especial actual,

para obrar bien meritoriamente y para no caer en pecado. Que es lo que dijo Cristo: *Sine me nihil potestis facere* (Io. 15,5). Sin mí, nada que importe para el cielo podéis hacer, sin mi gracia, sin mi favor. En quitando Dios su concurso, en apartando sus ojos del alma, y dejándola a sí misma queda como la luna eclipsada cuando se interpone la tierra entre ella y el sol; como la tierra antes que Dios criase la luz, que estaba descompuesta y fea, y vacía de todos los bienes, toda cubierta de tinieblas; como el cuerpo sin el alma, que nada puede y para nada es de provecho, sino para manjar de gusanos.

617 Cierto es, dice el cardenal Cayetano, que San Pedro en la cena estaba en gracia, pues Cristo con su boca testificó que estaba limpio; había recibido dignamente el sacramento del cuerpo y sangre divinísima del Señor; estaba avisado de Cristo de la tentación venidera; era más fuerte y más ahervorado que los otros discípulos, y entonces verdaderamente estaba dispuesto y determinado a morir por Cristo. Y con todos estos requisitos, a la voz de una mozuela, niega, perjura, anatemízale. ¿Qué es esto? Porque le faltó la manutenencia de Dios y su especial auxilio. Luego menester es orar continuamente, como nos enseña Cristo. *Et ne nos inducas in tentationem; sed libera nos a malo. Amen* (Mt. 6,13; Lc. 11,4). Y con este presupuesto entramos en la historia».

b) La caída

618 **1. Confesar exteriormente la fe**

«*Non novi hominem* (Mt. 26,72). Por este acto no perdió Pedro la fe; porque no negó ser Cristo Dios, ni el Mesías, ni le preguntaron eso. Sino pecó porque no confesó exteriormente la fe que creía siendo preguntado. Está obligado el cristiano a confesar que lo es cuando le preguntan...

¿Cuántos cristianos se hallarán hoy que de esta manera le niegan? Son cristianos de palabra, porque dicen que conocen a Dios..., pero con los hechos lo niegan... ¿Pensáis que tiene por hijo de Dios a Jesús aquel hombre (cualquiera que sea) que ni se espanta de sus amenazas, ni se mueve por sus promesas, a los mandamientos no obedece, los consejos no toma? Item: los que no osan confesar y comulgar..., ir a los hospitales, por que el mundo no los desestime y burle de ellos; ¿qué es esto, sino negar a Cristo, y tener vergüenza de parecer su discípulo?... Teman los tales aquella terrible amenaza que les tiene hecha por San Lucas (9,26): *El que se afrentare de parecer mío y guardador de mis palabras, el hijo de la Virgen se afrentará de reconocerle por suyo cuando venga con su majestad y con la del Padre y de los santos ángeles*».

619 **2. La humana flaqueza, confiada en sí**

«No paró aquí el mal recaudo de Pedro... Dame gana en este paso de hablar con Pedro y decirle con razón lo que al santo Job dijo uno de sus amigos, sin ella (Iob 4,3): *Ecce docuisti multos et*

manus lassas roborasti, vacillantes confirmaverunt sermones tui et genua trementia confortasti. ¿Qué es esto, Pedro? ¿Vos no habéis enseñado a muchos ignorantes el camino del cielo? ¿Y habéis predicado y hecho milagros en el nombre de Cristo? Vos reforzasteis las manos cansadas, dando ánimo a los discípulos temerosos para que se ofreciesen a seguir a Cristo hasta la muerte. Porque prometiéndolo vos, *similiter et omnes discipuli dixerunt.* Cuando algunos discípulos dejaron al Señor por dificultades que hallaban en su doctrina, y vos salisteis con aquella generosa voz (Io. 6,69): *¿Adónde iremos, Señor, si de Vos nos apartamos, porque tenéis palabra de vida eterna?* Vuestro oficio es fortalecer a vuestros hermanos en la fe, como os dijo Cristo: *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos* (Lc. 22,32). Pues ¿qué mudanza ha sido ésta tan grande?... ¿Una liviana ocasión os ha rendido, un mundano temor os ha turbado? ¿Dónde está aquel temor filial con que solíades respetar a vuestro Maestro, cuando teniéndoos por indigno de su presencia le dijisteis: *Exi a me, quia homo peccator sum, Domine* (Lc. 5,8). ¿Y cuando ayer le dijisteis: *Domine, tu mihi lavas pedes?* (Io. 13,6). ¿Por qué 620
ahora le negáis como a enemigo? ¿Dónde la fortaleza con que blasonábades antes del peligro? *Si fuese necesario morir contigo, no te negaré* (Mt. 26,35). ¿Dónde la paciencia que debe tener el pastor para sufrir, cuando conviniere, la muerte por la gloria de Dios y bien de sus ovejas? ¿No veis el mal ejemplo que dais a vuestros súbditos? ¿Dónde la perfección de vuestros caminos? Que desposeído de todas las cosas del siglo, y teniendo la mira en un solo Dios, pudisteis con la verdad decir: *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus* (Mt. 19,27). ¿Cómo, pues, ahora le negáis?... ¡Oh humana flaqueza, confiada en sí y desamparada de Dios! ¡Con cuánta razón podemos lamentar con el profeta esta desventura (Thren. 4,1): *¡Cómo se ha oscurecido el oro y mudado el color muy bueno, y desperdiciado en las bocas de las calles las piedras del santuario, en las entradas de las plazas!*... Pues ¿cómo la sabiduría de Pedro se ha oscurecido? Aquella sabiduría por el Padre revelada, que los príncipes de este mundo no pudieron alcanzar, que resplandeció en aquella magnífica confesión: *Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo* (Mt. 16,16), ¿cómo está aquí escurecida? ¿Quién anubló su refulgencia y claridad? Aquel oro encendido de su caridad, con que a todos se aventajaba, ¿cómo está aquí amortiguado?...

No hay que espantarnos, sino humillarnos, que eso es ser hombres, y por santo que seáis y perfecto, siempre estáis a peligro de caer: *Noli altum sapere sed time* (Rom. 11,20). No tengáis presentimientos altivos, sino temed y pedid con humildad el favor de Dios y su asistencia... Pero ya será razón ver el modo de la conversión de Pedro, y la amargura de su penitencia».

621 c) La conversión y la gracia

«Notemos este discurso. Primero cantó el gallo; luego miró el Señor; luego se acordó Pedro de la mirada de Jesús; a esto se siguió salir fuera y llorar amargamente. El gallo es el predicador, que con sus voces pretende despertar a los pecadores dormidos del sueño de la culpa, que duermen en la noche de la ignorancia. Pero por más que los predicadores se quiebren la cabeza, y aunque revienten por los ijares, es predicar en desierto, si el Señor no mira al pecador. Muchos oyentes tuvo San Pablo en aquel sermón que predicó en Filipos, ciudad de Macedonia, y solamente se convirtió una mujer hilandera de púrpura: *Cuius Dominus aperuit cor intendere iis, quae dicebantur a Paulo* (Act. 16,14): Cuyo corazón abrió el Señor para que atendiese a las cosas que Pablo decía. Y así es necesario suplicar al Señor abra los corazones de los oyentes, los ablande y enternezca, para que las palabras de los predicadores hagan en ellos impresión. *Conversus Dominus, respexit Petrum* (Lc. 22,61). Veis aquí cómo el principio de la justificación es de Dios, que con su gracia preveniente mueve al pecador y le despierta, para que quiera salir de su culpa... Si Dios no mira al hombre, imposible es que el hombre vuelva a mirar a Dios. Pues, Señor, si tan necesitado estoy de vuestra vista, *aspice in me et miserere mei secundum iudicium diligentium nomen tuum* (Ps. 118,132): Miradme, Señor, y habed misericordia de mí. Apiadaos de mi miseria y extrema necesidad según el uso y costumbre que guardáis con los que os quieren bien, al fuero de vuestros amigos, como Vos soléis mirarlos y remediarlos».

B) El buen ladrón. Vive bien para morir bien

(Cf. *Sermón para el Miércoles*: ibid. p.395-399.)

622 a) No se ha de hacer de este ejemplo regla general

«Bocado fuera éste (la conversión del ladrón) de mucha suavidad para Cristo en tal coyuntura, sino que El suspendió la dulzura que podía sentir porque quiso padecer sin ningún género de consuelo, y también porque aquel gusto le aguó con extraña amargura que sintió, sabiendo qué de pecadores se habían de condenar, gastando toda la vida en pecados, y esperando al fin de ella hacer penitencia, como el ladrón, y se habían de hallar burlados. No son todos los tiempos iguales, ni de un caso rarísimo y milagroso que hizo el Señor para manifestar su divinidad a la hora de su muerte se ha de hacer la regla general...

Pero yo quiero decir más. Haced vos lo que el buen ladrón hizo a la hora de su muerte, que yo os aseguraré el cielo, aunque hayáis sido peor que él y que Judas. Porque dado que la gracia y conoci-

miento de Cristo se le dió de barato, como habemos dicho, pero el cielo no se le dió de gracia, sino de justicia, por altísimas virtudes y heroicas obras que en aquel breve espacio hizo».

b) El ladrón practicó las tres virtudes teologales

1. Fe que asombra 623

«Porque él tuvo en grado perfectísimo las tres virtudes teologales. Lo primero, fe que asombra. Abraham creyó a Dios que le hablaba desde lo alto del cielo; éste le ve colgado en un palo. Isaías creyó en Dios viéndolo sentado en un magnífico trono, cercado de serafines; éste ve a Dios crucificado entre ladrones. Moisés creyó a Dios que le hablaba desde la zarza, pero vela arder y que no se quemaba; éste ve al mismo Dios en la zarza de su cruz, todo coronado de espinas y abrasándose en vivas llamas de penas. Fe tuvo San Pedro, pues se arrojó al mar en pos de Cristo; pero vióla a él primero andar sobre las aguas; éste no le ve pisar las aguas, sino bañado de pies a cabeza en su propia sangre. Los hijos del Zebedeo fe tuvieron; pero vieron a Cristo transfigurado en el monte Tabor, su rostro más resplandeciente que el sol y sus vestiduras más albas que la nieve; éste no le ve transfigurado, sino desfigurado; no hermoso, sino feo; no blanco, sino denegrido y despojado de sus vestiduras. Muchos justos en Israel creyeron, pero viéndole hacer grandes maravillas; mas éste, que ni vió milagro, ni leyó Escritura, ni vió en Cristo cosa digna de rey ni de Dios (en lo que es grandeza y aparato exterior), y con todo eso creyese con tanta firmeza, cosa prodigiosa es».

2. Esperanza 624

«¿Pues esperanza? ¿Qué mayor, pues espera reino y pide memoria? *Domine, memento mei*... (Lc. 23,42)».

3. Caridad y amor 625

«¿Pues caridad y amor? No podía dejar de abrasarse y derretirse en él, pues tan cercano estaba a la esfera del fuego... No siente ya sus dolores, no le lastiman sus penas; sólo siente la cruz de Cristo, su cruz le aflige y sus tormentos le atormentan. Llámale Señor, llámale su rey; pídele le tenga en su memoria. Todas ésas son señales de amor. Más. Dale cuanto puede y sacrifícale todo lo que tiene libre en su persona... No dineros, que se los tomó el fisco; no la ropa, que se la tomó el verdugo; no los pies, que están presos; ni las manos, que las tiene clavadas; ni el cuerpo, que está quebrantado. Honra que dar no la tiene; la vida ya se le acaba; no le queda más que el corazón y la lengua libre, y eso todo lo ofrece con larga voluntad... Dale a Dios el corazón, que, si no hay más, con eso solo se contenta y sin él nada le agrada. Mas porque la caridad no sólo tiene este primer acto, que es amar a Dios, sino también el segundo, que es amar al prójimo, mirad cómo lo ejercita procu-

rando la salud de su compañero. Guarda con él el precepto de la corrección fraterna, repréndele su culpa, avísale del peligro en que estaba...»

626 c) RESPLANDECIÓ ADEMÁS EN LA HUMILDAD

«Pues la virtud de la humildad, ya veis cuánto resplandeció en él: no sólo en confesar su culpa, sino en aquella humilde petición que hizo: *Domine, memento mei*... No se concedió eso a los santos padres, que luego, en muriendo, viesen la esencia divina... ¿Cuándo pensáis vos hacer otro tanto? ¡Oh, que vuestra muerte tendrá tales razones!... Tenedme vos estas virtudes a la hora de vuestra muerte, haced tales obras, que yo os aseguro el cielo. ¿Pero quién os podrá asegurar que las haréis? No os fiéis en eso, que os hallaréis burlado. Mirad que es negocio peligroso, porque viviendo siempre mal esperéis acabar bien como el ladrón, porque lo que hizo Dios con él no fué por vía ordinaria... Mirad que dice San Crisóstomo que el ladrón no dijo *memento mei* hasta haber puesto delante su arrepentimiento y confesión de sus pecados. Así vos, si no precede primero la penitencia de los vuestros, ¿cómo pensáis decir en la muerte: *Domine, memento mei?* ¿No veis que lo que en aquella hora se hace, por la mayor parte, es necesidad y no voluntad? ¿No veis que es contra justicia que habiendo empleado toda la vida en servicio del demonio vais a la muerte a pedir a Dios el galardón?...

627 ¿Habéis oído decir, *dubitat Augustinus?* Pues sabed que su duda es de la salvación de aquel que para la muerte deja su penitencia... Sus palabras están en la homilía 41: *De vere paenitentibus*. Quiero referirlas a la letra; encomendadlas a la memoria y aprovechaos de ellas, por que tengáis buen fin: «¿Quieres salir de esta duda y hacer cierto lo que está dudoso? Haz penitencia mientras tienes salud. Si así lo haces, seguro estás, porque te arrepentiste cuando pudiste. Entiéndese seguro de la manera que en esta materia puede haber seguridad, no infalible. Pero si dejas la penitencia para cuando no puedas pecar, ya entonces no dejas tú los pecados, sino ellos te dejan a ti». Estas son sus palabras; pues si queréis que no dudemos de vuestra salvación, aprended a bien morir antes que lleguéis a tal punto. Oficio es que para hacerlo bien lo habéis de aprender toda la vida; porque en aquella hora hay tanto que hacer en morir, que no hay espacio para aprender a bien morir. La regla general es que la buena vida es víspera de buena muerte; y si hay alguna excepción, es privilegio particular.

628 Si toda la Sagrada Escritura se pudiese fundir para ver qué salía de ella, ninguna cosa saldría más repetida que tras buena vida, buena muerte, y tras mala vida, mala muerte; porque nunca viste cabo de oro en soga de esparto. Pues si vuestras obras han sido malas y toda la vida habéis estado a la banda del infierno, ¿cómo pensáis en la muerte ir a la del cielo? Porque la pared siempre va a caer a donde está inclinada. No penséis en vuestras espinas

coger uvas y de vuestros cardos trigo. Lo que sembrare el hombre, eso cogerá: si pecados, fruto de infierno, y si buenas obras, fruto del cielo, descanso y bienaventuranza y gloria. Amén».

IV. P. LA PALMA

La Pasión de Cristo y la Santísima Virgen

Escogemos los lugares más afectuosos de la clásica *Historia de la Pasión* (cf. ed. Barcelona 1762).

A) Despídese el Salvador de su Santísima Madre

(Cf. o.c., c.5 p.65-71.)

a) La Virgen no ignoraba la Pasión 629

«Cosa cierta es que la Virgen Santísima no ignoraba la causa por que el Hijo de Dios se había hecho hombre en sus entrañas, que era para redimir el linaje humano con acerbísimos tormentos... Esto supo lo primero con la lección y meditación de la Sagrada Escritura aun antes que su Hijo encarnase. Lo segundo, con la profecía que le dijo el viejo Simeón cuando presentó a su Hijo en el templo. Lo tercero, por la frecuente comunicación que tendría de este punto con su Hijo; porque si el Señor avisó tantas veces de esto a sus discípulos, mucho mejor avisaría a su Madre; y así son de considerar aquellas largas y reiteradas conversaciones que tendría con Ella, dándole inteligencia y luz de las Escrituras y mostrándole por todas ellas que convenía que padeciese Cristo para entrar en su gloria. Porque si el Salvador dió cuenta de su Pasión diferentes veces a sus discípulos, ¿cuánto mejor y más en particular se la daría a su Madre para consolarse y descansar con Ella? Porque los discípulos, así como entendían este misterio (Lc. 18,14), así tenía el Salvador poco alivio en tratarlo con ellos... Y si con todo esto perseveraba el Señor en dar parte de sus penas y buscar consuelo en donde hallaba tan poco, ¿cómo creeremos que trataría este negocio con su Madre? ¿Cómo descansaría en Ella dándole cuenta de sus cuidados y congojas? ¿Cómo le contaría las calumnias y envidias, los odios y persecuciones de los judíos? ¿Cuán por menudo le daría razón del fin en que había de parar aquella borrasca y tempestad y cómo, finalmente, había de ser anegado en sus olas? (Ps. 63,8). No se puede dudar sino que muchas veces y muy despacio trataría de estas cosas con su Madre, desahogándose y consolándose con Ella, la cual entendía tan profundamente este misterio, y le aceptaba con tanta conformidad, y le ofrecía con tanta devoción, y le sentía con tanta ternura,

y, finalmente, tenía el corazón tan semejante, y tan unido, y tan uno con el de su Hijo.

630 Por todo lo dicho no se puede creer sino que tenía esta Señora muy frecuente y casi continua meditación de esta Pasión, porque a este pensamiento le llevaba el amor y dolor... Y de aquí se despertaba en la Virgen una grande admiración y ardentísimo amor; porque con la luz que el Espíritu Santo le comunicaba conocía bien la alteza de la Majestad de Dios, la pequeñez y vileza de los hombres y la acerbidad de los tormentos que por ellos había de padecer; y confiriendo entre sí estas cosas, sacaba la grande caridad de Dios, y el inestimable beneficio que se hacía a todo el género humano, y la parte tan aventajada que Ella tenía en él. Y a este conocimiento correspondía en su casto y humilde corazón un profundo agradecimiento y fervorosísimo amor de Dios y no menos una grande y escondida caridad para con los mismos hombres a los cuales veía que había Dios estimado tanto»...

631 b) La despedida

«Estando, pues, la Virgen tan apercibida con tan clara noticia y con tan continua y profunda meditación de la Pasión de su Hijo y sabiendo cierto que aquella era la noche que había de ser entregado a la muerte, se vino en pos de El a Jerusalén...

Viendo, pues, la Virgen a su Hijo en pie se retiró a lo secreto de su aposento a esperar el último abrazo y despedida que tanto dolor le había de costar, cuando le ve entrar con el sosiego y mesura acostumbrados, encendido el rostro del trabajo de haber lavado los pies y del largo razonamiento que había hecho después de la cena, y mucho más del grande fervor de su abrasada caridad, y puesto delante con el amor y reverencia que tal Hijo debía a la Madre: Señora (le dice), no vengo a deciros cosa que no sepáis, sino a despedirme para lo que ya sabéis. Muchas veces he descansado con Vos tratando de ello: dad gracias a Dios, Señora, que os ha cabido en buena suerte tener un Hijo que haya de morir por justicia, pero para satisfacer a la Justicia divina y para justificar a los hombres y reconciliarlos con Dios. Consolaos, Señora, que el fruto es grande y la tempestad breve. En hacer yo esta jornada cumplo el mandamiento de mi Padre y hago su santísima voluntad. El consuelo que yo llevaré será saber que Vos quedáis con alguno; porque el tiempo da prisa, dadme, Señora, vuestra licencia, vuestra mano y vuestra bendición.

¡Qué lágrimas tan sosegadas correrían por aquel rostro de la Virgen! ¡Qué corazón tan atravesado de dolor y tan constante y esforzado para obedecer y conformarse con lo que Dios disponía! ¡Qué caridad tan abrasada para ofrecer el Hijo que tanto quería por la gloria de Dios y la salud de los hombres! Vuestro Padre, Hijo mío (respondería la Virgen), os dé la bendición desde el cielo; y añadiría luego: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según*

su voluntad (Lc. 1,38). El Salvador lloraría también, pues se entregó y lloró de ver llorar a María Magdalena (Io. 11,35) en la muerte de Lázaro, su hermano, y mudos los dos con el sentimiento, se debió de hacer aquella última despedida echándose los brazos y haciéndose el uno al otro con silencio el debido acatamiento, y con esto se arrancaría el Hijo de su Madre, y Ella le seguiría con los ojos hasta perderle de vista, y nosotros debemos estimar, y agradecer, y tenernos por muy obligados al amor con que la Virgen nos da su Hijo para padecer y morir por nosotros».

B) De otras causas más secretas de la tristeza de nuestro Salvador 632

(Cf. ibid., c.8 p.84-90.)

«Aunque todas las causas previstas de la Pasión que hemos dicho eran motivos de suma tristeza y dolor, no fueron, con todo eso, parte para que el Salvador no se ofreciese prontamente a la muerte..., y con todo eso, mirando la carga que tomaba sobre sus hombros, se puso en agonía... Porque el negocio que emprendía de pacificar los cielos y la tierra, reconciliar los hombres con Dios... era negocio de tanto peso y cuidado, que ponía en más congoja al amoroso corazón de nuestro Salvador que los mismos tormentos y deshonras que en lo de fuera había de padecer. Y de aquí podemos sacar algunos de los motivos y causas más secretas que tuvo el Salvador en su oración, de tanta tristeza y agonía».

a) La grandeza de su amor 633

«La primera causa fué la grandeza de su amor, porque su dolor fué a la medida de su amor, y así como no se puede comprender del todo su amor, tampoco su pena y dolor (cf. B. Juan de Avila, *Audi filia* c.79). Porque es así que, en siendo criada aquella ánima santísima e infundida en su cuerpo en el vientre virginal de Nuestra Señora, luego vió tan claramente como ahora la divina Esencia y, en vión lola, juzgó ser digna de toda honra y servicio, y así lo deseó con inefables fuerzas de amor que le fueron dadas para amar. Mas como también vió todas las ofensas que los hombres habían hecho contra Dios desde el principio del mundo y las que habían de hacer hasta el fin de él, fué tan entrañable su dolor de ver ofendida la divina Majestad cuan grande era el deseo que tenía de verla servida; y como no hay quien pueda alcanzar la grandeza de este deseo, tampoco hay quien pueda alcanzar la grandeza de aquel su dolor (cf. *Audi filia* c.80). Y así leemos de algunos que tanto arrepentimiento tuvieron de haber pecado, que no pudiendo caber en ellos tanto dolor, perdieron la vida. ¡Qué dolores obró en Ti, Señor, aquel amor sin medida que a Dios y a los hombres

tuviste, pues que una centella de este amor infundida en los corazones de aquéllos les apretó tanto que les hizo reventar como pólvora!»

634 b) El amor a los hombres

«A esta primera causa del amor de Dios es consecuente otra del amor grandísimo que tenía este Señor a los hombres; y como El solo sabía conocer y estimar dignamente cuán grande mal es estar en desgracia de Dios y haber de carecer para siempre de su gloriosa vista y compañía, así se acongojaba sobremanera de ver a los que El tanto quería en tan grave y manifiesto peligro..., deseando la satisfacción de la honra divina y el remedio de los hombres, aunque fuese muy a su costa. Porque si el Apóstol (2 Cor. 11, 28) dice de sí que le consumía más la solicitud y cuidado de las iglesias que le fatigaba allá dentro que todos los trabajos y persecuciones que padecía por defuera, y que cuando alguno flaqueaba, él se enflaquecía, y cuando era escandalizado, él se abrasaba, ¿qué padecería dentro de sí aquel Señor que tenía tanta mayor caridad que el Apóstol?»

635 c) Haberse hecho cargo de los pecados humanos

«Demás de este dolor... había otro que no le causaba menores congojas: el cual era haberse hecho cargo de todos los pecados de los hombres para satisfacer las injurias de su Padre, que estaba ofendido, y pagar las deudas de sus hermanos que estaban condenados...

Isaías dice (53,6): *Cada uno de nosotros se perdió por un camino, y el Señor puso sobre su Mesías los pecados de todos.* Y esta sentencia tan rigurosa de la divina Justicia, tu amor, Señor, la tuvo por buena y echaste sobre tus hombros y te hiciste cargo de todos los pecados, sin faltar uno, que todos los hombres hicieron, hacen y han de hacer desde el principio del mundo hasta que se acabe, para pagarlos Tú, Señor y amador nuestro, con dolores de tu corazón. Pues ¿quién podrá contar el número de estos dolores, no habiendo quien pueda contar el número de nuestros pecados?...

636 No solamente quiso el Señor pagar como fiador por culpas ajenas, sino como si El mismo fuera el culpado y los pecados fueran suyos propios... Mas el Señor se hizo tan uno con nosotros como es la cabeza con su cuerpo; y por esta razón quiso que las culpas nuestras se dijesen culpas suyas, y no solamente pagarlas con su sangre, sino pasar vergüenza y confusión por ellas. Y sin duda que fué muy grande la que nuestro Señor padeció por nuestros delitos y que fué gran parte de la congoja que tuvo a la entrada de su Pasión cuando se hizo cargo y se ofreció a pagar por ellos. Esto quiso El significar por el profeta cuando dijo (Ps. 43,16): *Tota die verecundia mea contra me est, et confusio faciei meae cooperuit me.* Y en otra parte dice (Ps. 68,8): *Operuit confusio faciem*

meam. Y representando a su Eterno Padre esta congoja como una de las mayores que padecía, dice así (Ps. 68,20): *Tu scis improperium meum, et confusionem meam, et reverentiam meam*».

d) INTERCEDIÓ POR NUESTROS PECADOS COMO SI FUERAN SUYOS 637

«Y aquí se nos descubre un nuevo argumento de la humildad y caridad de Cristo nuestro Señor, porque siendo nuestros pecados tan feos y pasando El tanta vergüenza y confusión en interceder por ellos, intercedió y abogó por ellos con profundísima humildad y ardentísima caridad como si fueran suyos propios. Suele acaecer que cuando algún hombre comete algún delito infame, sus amigos y deudos le desconocen y desamparan por que no se les pegue el mal olor de aquella infamia... Pero este benignísimo Señor y amador nuestro, cubierto su rostro de vergüenza por las abominaciones que nosotros cometimos, no se desdeña ante el tribunal de la divina Justicia de reconocernos y confesarnos, no sólo por amigos, por deudos, por hermanos y por hijos, sino también por sus miembros y por cuerpo suyo, cuya cabeza es El. Y de ahí es que no solamente ruega y negocia que seamos perdonados, sino que también se ofrece como si fuera El malhechor a pagar la pena que merecimos»...

e) NUESTRA INGRATITUD 638

«No parece que podían ser mayores las congojas de nuestro Salvador si no las hiciera crecer nuestro desagradecimiento y mala correspondencia, que es la cosa que más aflige a los que hacen beneficios y tienen amor. Porque el ver que había de haber tantos que no conociesen, ni estimasen, ni agradeciesen este beneficio, ni se aprovechasen de remedio tan costoso, y que después de haber dado su sangre para medicina de nuestras dolencias, y para hacer un bautismo con que purificar nuestras manchas, hubiese con todo eso tantos que, por no curarse, muriesen eternamente, y tan pocos que lavasen sus vestidos en la sangre del Cordero, esto era una cosa que lastimaba el corazón de este Señor más de lo que con palabras se puede declarar. Aquí sintió de nuevo los pecados de los hombres como de gente que pisaba su sangre y despreciaba su amor y desestimaba sus beneficios, y mucho más los pecados de aquellos que, por ser cristianos o religiosos o por haber recibido mayores dones de Dios, era mayor y más feo su desagradecimiento. Y si los que mucho aman se afligen notablemente cuando les responden con desamor, dinos, Señor, ¿qué sentiste cuando, teniendo tanto amor a los hombres, viste en ellos tanto desamor, tanto olvido y desagradecimiento?»

639 f) Los padecimientos de los escogidos

«Además de lo dicho, tuvo el Señor otro motivo de dolor que declara mucho su amor y para nosotros es de mucho consuelo; porque vió claramente los caminos que habían de llevar sus escogidos para conseguir el fruto de su redención. Allí se representaron muy en particular y por menudo sus tentaciones y luchas, sus ayunos y vigilias, sus persecuciones y penitencias, sus trabajos y cansancios, sus injurias y deshonras y sus dolores y martirios. Todas estas cosas no las miró como ajenas, sino como pasiones propias suyas, porque, en la verdad, le tocaban de muchas maneras. Lo primero, porque eran pasiones de sus miembros, y por ese título eran suyas. Lo segundo, porque ellos las habían de padecer por su amor y por no negarle ni ofenderle a El. Lo tercero, porque los mismos perseguidores y tiranos habían de perseguir y atormentar a los justos por su respecto y porque le seguían y servían a El. Por todo lo cual el benignísimo y fidelísimo Señor se hacía cargo de todas estas pasiones como si fueran suyas y las padeciese El.

Porque si a Saulo cuando perseguía a sus fieles le dijo: *¿Por qué me persigues?* (Act. 9,4), de la misma manera pudo decir que las piedras de Esteban le herían, y el fuego de San Lorenzo le quemaba, y todas las otras congojas de sus santos le afligían, las cuales El sabía y penetraba mejor que otro ninguno y las aceptó este día y las ofreció al Eterno Padre en su oración, no sintiendo menos los trabajos de su Cuerpo místico que sentía los de su mismo cuerpo natural».

C) Es el Salvador entregado y preso

(Cf. ibid., c.10 p.100-112.)

640 a) Amonestación al traidor

«Y por no perder ocasión ninguna de hacer bien a quien le hacía mal, después de haberle dado aquella significación de amor, le amonestó de palabra con tanta dulzura y suavidad como no pedía la gravedad del delito, sino como sufría la poca disposición del enfermo; porque le llamó por su nombre propio (que es señal de regalo) y le declaró la gravedad de su delito. Y esto no exagerando ni reprendiendo, sino preguntando, que es señal de cortesía y amor, cuando le dijo (Lc. 22,48): *Iuda, osculo Filium hominis tradis?* Como si dijera: ¿Con muestras de paz me haces guerra? ¿Con señales de amor me entregas a la muerte? ¿El discípulo al Maestro y el siervo a su Señor? Y luego, para moverle más al conocimiento de su culpa, le hizo otra pregunta con no menos fuerza de palabras y de amor (Mt. 26,50): *Amigo,* dijo, *¿a qué has venido?* Amigo, no porque lo eres, sino porque lo has sido; y por haberlo sido es mayor la injuria que me haces y más vivo el

sentimiento y dolor que me causas: *Quia si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique* (Ps. 54,13). Amigo, que lo has sido y lo debías ser, y por lo que a Mí me toca lo puedes ser de aquí en adelante, que yo estoy dispuesto a serlo tuyo. Amigo, no porque tienes ganas de mi amistad ni porque tus obras merezcan este nombre, sino porque lo pide mi amor y las obras que yo hago contigo como si lo fueses. Pues, amigo, ¿qué intento es este que traes y qué empresa es esta a que has venido?

Turbóse, sin duda, Judas de ver que a los ojos de su Maestro estaba tan patente su traición y quedó atónito y confuso con respuesta de tanta mansedumbre; y no dejándole su mala conciencia juntarse con los otros apóstoles y condiscípulos suyos, se retiró hacia los soldados y ministros (Io. 18,5) que habían venido con él...»

b) La curación de Malco 641

«Cerró San Pedro (Io. 18,10) con el siervo del pontífice y tiróle un golpe a la cabeza, que, resbalando, por ventura, del casco con que venía, vino a dar en la oreja derecha y se la cortó... Y para no faltar nada a quien era, después de haber curado la herida corporal del enemigo se puso a enseñar la ignorancia del discípulo y dar testimonio con su palabra de la voluntad con que se ofrecía a la muerte por cumplir la de su Padre y lo que estaba profetizado de El en la Escritura. Y de camino quiso herir los corazones de los judíos, poniéndoles delante la pena y castigo a que se sujetaban por querer darle la muerte tan injustamente. Porque delante de todos ellos dijo a San Pedro (Mt. 26,52): Volved, Pedro, vuestro cuchillo a su lugar, que no es ahora tiempo de defendernos con armas... Por lo que a Mí toca, por ahora yo no trato de huir la muerte, sino de aceptarla con toda voluntad y amor, porque no la miro yo como dada de mano de ellos, sino como ordenada y dispuesta por mi Padre. *El cáliz* (Io. 17,11) *que mi Padre me da, ¿no queréis vos que yo lo beba?* Que bien basta venir de tal mano para que Yo lo tenga por dulce y lo beba con sed y con deseo. Y cuando Yo quiera defensa, ¿qué necesidad tenía de la vuestra, que sois flacos, pocos y desarmados? (Mt. 26,53). Pues con abrir Yo la boca y rogárselo a mi Padre, me enviaría aquí luego, por once hombres que vosotros sois, más de doce legiones de ángeles, que asistirían a mi defensa y servicio. Pero Yo no trato de defenderme, ni esto que veis es para mí cosa nueva y no pensada, que muchos siglos ha que los santos profetas, movidos del Espíritu Santo, lo dijeron que convenía que se hiciese así; y si Yo me pusiera en resistencia, ¿cómo se habían de cumplir las Escrituras?»

642 ## *D) Niega San Pedro al Salvador*

(Cf. ibid., c.13 p.138-140.)

«No sin causa permitió el Señor tanta flaqueza en el que tenía señalado para piedra fundamental de nuestra Iglesia; entre otras podemos considerar cuatro. La primera, por que ninguno confíe presuntuosamente de sí mismo, pues cayó un apóstol tan querido y privilegiado; y tome cada uno para sí el consejo de San Pablo: *El que piensa que está en pie* (1 Cor. 10,12) *mire bien y esté sobre aviso para que no caiga.* La segunda, por que ninguno desconfíe de Dios por caído que se vea, pues Pedro, habiendo cometido tan gran culpa, por medio de las lágrimas y penitencia volvió a la antigua gracia y amistad y fué hecho príncipe de los apóstoles, cabeza de la Iglesia, pastor del rebaño de Cristo y depositario de las llaves del reino de los cielos. La tercera, por que quedase el mismo apóstol humilde y más recatado, lo cual dice San Agustín (cf. *De civ. Dei* l.14 c.13) por estas palabras: «Atrévase a decir que es provechoso a los soberbios caer en algún pecado claro y manifiesto, por donde se parezca mal y se desagrade de sí los que, pareciéndose bien y agradándose de sí mismos, habían ya caído; porque más provechosamente se desagradó Pedro a sí mismo cuando lloró su culpa que no se había agradado cuando presumió de su constancia». La cuarta razón, de San Gregorio (cf. *Hom.* 11 *in Ev.*)... Para que aquel (dice este Santo) que había de ser Pastor de la Iglesia aprendiese en su misma culpa cómo se había de compadecer de las ajenas; porque la misericordia que usó el Señor con San Pedro fué de todas maneras grande y digna de eterna memoria. Niega el siervo a su Señor, que muere inocentemente por él, y en medio de la culpa que el siervo comete le mira para salvarle y le da la mano para que del todo no quede perdido. Tal, por cierto, y tan piadoso había de ser el Señor de la vida y tan apiadado convenía que fuese el pastor que en su lugar había de apacentar su ganado, por que se acordase de la piedad que usó su Maestro con él y no desamparase ninguna oveja por enferma, rebelde o descarriada que fuese».

643 ## *E) «Ecce Homo»*

(Cf. ibid., c.23 p.210-217.)

«¡Oh mal juez (si alguno se ha visto en el mundo), que, confesando ya la tercera vez que después de muy examinado y mirado no halla causa en este Hombre para que sea castigado, con todo eso, le ha puesto tal, que, conociendo la rabia de sus enemigos, le parece que con sólo mirarle se han de mover a compasión! ¡Oh ángeles del cielo, que os hallasteis presentes a este espectáculo, quién

os viera arrodillados y postrados reverenciando esta santa humanidad y confesando que todo vuestro amor es como hielo si se compara con el fuego encendido de su caridad! ¡Quién os viera cruzadas las manos, confesando que sola su voluntad y mandamiento os las tiene atadas para no vengar sus injurias! ¡Oh pueblo judaico!... Ya que has cerrado los oídos a las voces de Dios, ábrelos siquiera a las voces del presidente Pilato. El cual desde aquel lugar alto y en presencia del mismo Salvador, para ponerles en vergüenza o para moverlos a compasión les estaba diciendo: *Ecce Homo*. Mirad este hombre; ¿veis aquí el Hombre que acusáis? Este es el Hombre que me entregasteis, que por ventura no le conoceréis por el riguroso castigo que se ha hecho en El; mirad qué Hombre para emplear contra El tan grande furor; veis aquí este Hombre, no esclarecido con imperio, sino obscurecido con oprobios; si teníais envidia de El como rey, compadeceos ahora como de miserable; estad seguros y ciertos que no se acordará más del nombre de rey, que tan caro le ha costado; está infame, azotado por justicia, coronado de espinas, vestido de andrajos, deshonrado con todo género de afrentas, afrentado con mil invenciones de injurias; ¿qué más le pedís?...

No piense, pues, Pilato que atavió a Cristo en balde aunque no 644
pudo mover a compasión a los judíos que allí estaban, pues tantos... han mirado los trabajos de este Señor con tan grande compasión, que están azotados y coronados de espinas y crucificados en el corazón con El.

Miremos, pues, todos a este Hombre Dios, al cual desearon ver tantos reyes, tantos patriarcas y profetas. Miremos a este Hombre para oír sus palabras, porque El es el Maestro que el Padre Eterno nos ha dado. Miremos a este Hombre para imitar su vida y seguir sus pisadas, porque no hay otro camino para ser salvos sino El. Miremos a este Hombre para compadecernos de El, pues estaba mal que bastara a mover a compasión a los que le querían mal. Miremos a este Hombre para llorar y hacer penitencia, pues nosotros con nuestros pecados le paramos tal como está. Miremos a este Hombre, porque no puede escapar de la muerte eterna quien así no le mirare, porque El es la serpiente de metal levantada en el desierto para que los que le miraren no perezcan. Miremos en la faz de aqueste Hombre, meditando siempre en El y arreglando nuestra vida por El, para que en El, como en un espejo, veamos nuestras faltas y, conociendo lo que nos afean, tomemos de las lágrimas y de la sangre que por su rostro hermoso va corriendo y limpiemos con dolor nuestras manchas y quedaremos limpios y hermosos en su divino acatamiento».

645 *F) Encuéntrase el Salvador con su Santísima Madre*

(Cf. ibid., c.27 p.247-250.)

«Haciendo Dios una obra como ésta sobre la tierra, en la cual más que en otra ninguna descubría la grandeza de su sabiduría, de su poder y bondad, y la grandeza de su justicia y misericordia, y de su inmensa caridad; y habiendo allí tantos jueces ciegos y apasionados que no la entendían ni estimaban ni sentían de ella como era razón, no quiso la Divina Majestad que faltase aquella Virgen y Madre suya, que sólo ella la entendía y penetraba y sabía estimar, y ninguna otra criatura como ella; porque cada uno quiere que sus obras, si son de mucho primor, salgan a la luz delante de quien las estima y entiende.

Pues estando esta Señora en tal lugar y a vista de tal espectáculo, ¿qué olas y avenidas pasarían por su pecho virginal? ¿Qué lágrimas correrían por sus sagrados ojos? Porque si ahora nos da saltos el corazón y se nos erizan los cabellos de ver que llevan a morir por justicia a un hombre extraño que nunca conocimos, y nos falta el ánimo muchas veces para mirarle al rostro, ¿con qué esfuerzo dado del cielo miró la Virgen a su Hijo, que iba tan desfigurado y atormentado a morir afrentosamente en la cruz? Pero al fin le miró, y le miró de cara, y el Hijo la miró a Ella, que era su Madre; y los ojos de los dos se encontraron, y quedaron atravesados los corazones de cada uno con el dolor y sentimiento del otro, y no menos regalados con la vista y con la fidelidad y amor que reconoció cada uno en el otro. No se hablaron palabra, porque la prisa no daba lugar; y aunque estuviera muy despacio, el dolor era tan crecido, que había anudado sus gargantas de manera que no daba lugar a poder formar la voz. Pero los que se quieren bien, con los ojos se hablan y se dan a entender los corazones, principalmente siendo los ojos tan vivos y penetrantes como eran aquí los del Hijo y los de la Madre.

646 Porque entonces el Hijo vió aquella suspensión y admiración del alma de su sagrada Madre, causada de ver la alteza y la majestad de Dios, que con tanta luz conocía y con tan viva fe creía en la persona de Cristo, tratada indignamente. Vió el agudísimo dolor de aquel corazón virginal que tenía delante de sus ojos a su Hijo, merecedor de toda honra y regalo, puesto en suma deshonra y tormento. Vió aquel agradecimiento tan humilde y verdadero con que la Madre agradecía al Hijo aquella redención tan copiosa y tan costosa que hacía del género humano. Vió aquel reconocimiento tan leal de la parte tan rica y aventajada que a Ella le cabía de este Redentor. Vió aquella voluntad tan resignada, tan sujeta y tan conforme con la del Eterno Padre en caso tan dificultoso y tan repugnante a la naturaleza. Vió, finalmente, el Hijo amantísimo aquellas lágrimas, aquel dolor y quebrantamiento de corazón de

su Madre, nacido de amor y compasión de sus males. Pues yendo el Señor rodeado de tan crueles enemigos, que, como estaba escrito (Ps. 21,13), *le cercaron como toros grandes e hicieron salto en El como león que brama y hace presa*, y que *mirando a una mano y a otra* (Ps. 141,5) *no halló quien le conociese ni quisiese volver por El ni salir a su defensa*, no pudo dejar de consolarse viendo tan cerca de sí a la que le conocía mejor que otra ninguna criatura, y sabía estimar la obra que hacía, y agradecer el amor con que le trata en aquellos pasos, y le había puesto peleando con sus enemigos en aquella estrechura.

La Madre, por otra parte, que vió a su Hijo en tan grande 647
afrenta y dolor, reconoció en El el amor tan encendido que ardía en su pecho para con Dios y para con los hombres, la voluntad tan conforme y sujeta al mandamiento de su Eterno Padre, el esfuerzo y alegría de su corazón con que iba a padecer por los hombres, la redención del género humano, la redención del mundo, la abundancia de la gracia y los inestimables premios de gloria y vida eterna que habían de resultar de aquella muerte temporal de su Hijo. Con esta vista debió de crecer tanto en el conocimiento de aquella obra que hacía y de aquella empresa que llevaba que no se pudo contener que no fuese tras El al monte santo a hallarse presente a aquel sacrificio que el Sumo Sacerdote había de ofrecer para aplacar la ira de Dios y reconciliar con El a todos los hombres».

G) Los buenos cristianos hallan ejemplo, remedio y consuelo en Jesucristo crucificado 648

(Cf. ibid., c.32 p.284-294.)

«Fué suma de la sabiduría de Dios, habiendo venido a este mundo hecho hombre, escoger para salir de él la muerte más afrentosa y dolorosa que podía haber y conquistar su reino por el madero de la cruz..., embotándole al mundo sus más fuertes y mejores armas y dando ánimo a los suyos para hollarle como a enemigo vencido (Io. 16,33)...

Enseñónos también la suma reverencia, obediencia y amor que debemos tener a Dios sobre todas las cosas, perdiéndolas todas y la misma vida, cuando sea menester, para glorificarle y cumplir sus mandamientos. Además de esto esforzó nuestra flaqueza, armándonos de paciencia, de humildad y de confianza en Dios para todos los casos, por diversos que sean...

Y habiendo su Divina Majestad ordenado manifestar su gran- 649
deza en la cruz y llevar por este camino a sus escogidos, era muy conveniente que, así como en el cielo era grande en la majestad, así fuese en la tierra grande en la paciencia; y que El tomase primero su cruz para que le siguiésemos todos... Porque su pobreza llegó a punto que le faltaron todas las cosas, pues ni tuvo una cama en que morir...

El desamparo de los hombres fué tan grande, que se pudo decir en su persona (Ps. 41,5): *Miraba a una mano y a otra, y no hallaba quien me conociese*, porque mis conocidos antiguos huyeron muy lejos de mí y me tuvieron por cosa abominable. Y fué tanto mayor este golpe y caída, cuanto fué de más alto...

Teniendo tan declaradas contra sí las voluntades de los judíos y gentiles, mayores y menores; en los suyos, que habían seguido su escuela, tampoco halló firmeza y lealtad...

650 Mas ¿quién dirá cuán gravemente y de cuántas maneras padeció en la honra? Tuvo tanto más vivo el sentimiento de sus deshonras, cuanto era de más alto corazón, y había alcanzado mayor reputación y estima, y le habían tratado siempre con mayor reverencia...

Fué su deshonra la más calificada que se podía imaginar. Lo primero, por parte de su persona, que era verdadero Dios, y en cuanto hombre, tan acreditado y conocido.

Lo segundo, por parte de las personas que le deshonraron..., la gente más acreditada en letra y religión y de quien menos se podía presumir, o que ignorase la justicia, o que quisiese hacer injusticia y agravio...

Lo tercero, por parte de los delitos de que le acusaron, a saber: de blasfemo contra Dios..., de traidor a los reyes..., de hombre embustero y alborotador...

Lo cuarto, creció su deshonra por parte de las cosas que se hicieron con El, que todas fueron llenas de dolor y de ignominia...

651 Los dolores de su cuerpo fueron tantos, que se pudo bien decir (Is. 1,6), que *desde la planta del pie hasta lo más alto de la cabeza no tenía parte sana*, y que *todo estaba hecho una llaga* (Is. 53,4)...

Porque ya que Dios quiso padecer, como Dios había de padecer; y así, en lo que padeció, como en el modo y causa de padecerlo, claramente se descubría que era más que hombre el que padecía... Ahora si miramos la causa por que padeció, hallaremos que fué cosa muy conveniente a quien era, porque todo esto padeció por la justicia y por la verdad, y por volver por la honra de Dios y cumplir con el precepto que le tenía puesto... Padeció también por el bien público de todos los hombres...»

H) De la segunda palabra

(Cf. ibid., c.35 p.301-307.)

652 a) EL LADRÓN ENTENDIÓ QUE ERA REY VERDADERO

«Entre estos en quienes tuvo efecto la oración del Salvador fué uno de los ladrones que estaban crucificados con El... Con ojos alumbrados de Dios estaba contemplando aquel espectáculo, fuente de toda la gracia y santidad; considerando la profunda paciencia y mansedumbre de aquel Señor que padecía y la caridad con que rogaba por sus enemigos, movido interiormente del Espíritu divino, entendió no sólo que era inocente, sino que era Rey verdadero;

y que para gloria suya y confusión de sus enemigos podía librar a los ladrones del tormento y hacerlos participantes de su reino y de su gloria, aunque no de la manera que el otro su compañero blasfemaba. Por lo cual le reprendió y corrigió desde la cruz diciendo (Lc. 23,40-41): *¿Ni tú tampoco temes a Dios estando comprendido en la misma condenación y sentencia? Digo que es la misma, aunque la causa muy diferente, porque tú y yo padecemos justamente, pero éste ¿qué cosa mala hizo?*

Como si dijera: Maravilla es que la ceguedad de los sacerdotes 653
y letrados sea tanta, que no conozcan la inocencia de este santo Cordero, que injustamente padece, y que su pasión esté tan encendida y tan embravecido su furor, que viéndole padecer tales dolores estén tan lejos de compadecerse, que se los aumentan y dan mucho mayores con su lengua. Maravilla es que Pilato, estando desapasionado y habiendo conocido la verdad, se haya dejado rendir a la injusticia, lo cual es argumento claro de que él y ellos, y ellos y él, han perdido del todo la vergüenza y el temor de Dios. Mas, al fin, el presidente se dejó vencer del temor humano de perder la gracia y amistad del César, la cual quería conservar para sus pretensiones. Los sacerdotes, llenos de ambición y de codicia, han conseguido pertinazmente su intento de quitar delante de los ojos al que tenían por contrario de su honra y de sus intereses. Los unos y los otros, como gente descansada y que no sabe de tormento, tampoco se compadecen de los que están en él. Pero lo que es peor, y que por ningún camino se puede excusar, es que ni aun tú tienes temor de Dios, siendo en ti tanto más feo el no tenerlo, porque ni te humilla la afrenta en que estás, ni te rinde la pena que padeces, ni te desengaña la muerte que esperas. Antes, estando como estás, condenado, te muestras tan insolente como están los acusadores y jueces, y tienes tan poca compasión como si no participaras del tormento, siendo consorte y compañero en la misma sentencia y condenación.

Et nos quidem iuste. Nosotros con justicia somos castigados, porque recibimos la paga que merecían nuestros delitos; pero éste ninguna cosa hizo que no fuese de santo y gran profeta... De esta manera, estando el Señor en la cruz, alumbró al un ladrón para ganarle, y al otro, por que no se perdiese, le proveyó de predicador que le reprendiese y enseñase, el que más a propósito pudiera ser, que era su mismo compañero.

b) La fuerza de la luz y la gracia celestial 654

«*Acuérdate, Señor, de mí cuando vinieres en tu reino* (Lc. 23,42). Que fué una modesta petición y maravillosa confesión; porque le confesó por Rey y creyó que había de resucitar, pues dijo que había de venir glorioso en la majestad de su reino; y le tuvo por Dios, pues le llamó Señor y pidió que se acordase de él, no para cosa de esta vida, pues ya estaba para perderla, sino solamente para que le perdonase sus pecados.

Y si miramos el tiempo y circunstancias en que creyó y confesó estas verdades, se descubre más la fuerza de la luz y la gracia celestial. Veíale padecer como él, y que los sacerdotes y letrados le blasfemaban aún más que a él. ¿Qué mucho que pensara que tenía las mismas culpas o mayores que él? Y como dice San León (cf. *Serm.* I, *De pas.*): «¿Qué exhortación le persuadió esta fe? ¿Qué doctrina se la enseñó? ¿Qué predicador le despertó? El no había visto los milagros que primero se habían hecho; por entonces había cesado la cura de los enfermos, el alumbrar los ciegos y resucitar los muertos. Aquellas mismas señales que se habían de hacer al tiempo de su muerte, obscureciéndose el sol, quebrándose las piedras y abriéndose las sepulturas, aún no estaban presentes. ¡Con todo eso, confiesa por Rey y por Señor al que tiene por compañero en el suplicio!» Esto dice San León.

655 Pero el mismo Señor, que después de subido a los cielos ha descubierto a tantos las excelencias de su cruz, se las descubrió a este ladrón estando en ella, y por eso le dijo: *Acuérdate, Señor, de mí cuando vinieres a tu reino.* Bien sé, Señor, y lo conozco, que aunque eres Señor de todo el mundo, pero que tu reino no es de este mundo, ni yo te suplico por cosa de este mundo estando yo en una cruz y tú en otra, los dos ya casi fuera del mundo. Y aun cuando yo no mereciera esta cruz por mis delitos, y tuviera en mis manos todas las riquezas y haberes del mundo, todo lo dejaría libremente, y sobre todo escogiera esta cruz en que estoy por ser compañero de la tuya. Solamente me tiene aficionado y suspenso la gloria y bienaventuranza que me has descubierto de tu reino. Y si a ti, Señor, estando en este mundo te ha cabido tanta parte de la pena de mis pecados, no es mucho que cuando yo salga de él me quepa alguna del premio de tus merecimientos. No te pido de las primeras sillas, ni la mano derecha o siniestra de tu gloria; yo me tengo por muy favorecido en que me hayas dado la mano derecha de tu cruz, y esto me da algún atrevimiento para pedirte que cuando te veas en tu reino me tengas siquiera en tu memoria.

Aceptó el Señor de buena gana, entre tantas blasfemias de los sacerdotes, la confesión de un ladrón..., y haciendo trono de su cruz, y asiento y silla en las mismas llagas de que estaba colgado y en los clavos a que estaba asido, despachó la petición de este ladrón con liberalidad y magnificencia de Rey, diciendo: *Yo te lo digo de verdad, que hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc. 23,43). ¡Tal, por cierto, convenía que fuese el trono de su clemencia, y que así se despachasen las causas de los pecadores!»

I) De la sexta palabra

(Cf. ibid., c.42 p.339-348.)

a) Maestro y Redentor

656

«Dos oficios trajo nuestro Salvador al mundo, conviene a saber: de Maestro y de Redentor. Y dos cosas le encomendó su Eterno Padre que hiciese, esto es, que nos enseñase y nos redimiese; y la una y la otra llevó hasta el cabo, y las puso en su perfección. De la primera dijo, después de haber predicado el último sermón a sus discípulos en la Cena (Io. 17,4): *Cumplido he perfectamente y llevado hasta el cabo la obra que me encomendaste, porque he predicado y manifestado tu nombre a los hombres.* De lo segundo, dijo el mismo Señor cuando subía a padecer (Lc. 18,31): *Ved aquí que subimos a Jerusalén, y se acabarán de cumplir hasta la postrera letra todas las cosas que están escritas por los profetas del Hijo del hombre.* Esta palabra, *consummabuntur omnia*, que dijo aquí el Señor de futuro, estando para expirar en la cruz, dió testimonio que estaban ya de cumplir; y por esto repitió de pretérito la misma palabra cuando dijo: *Consummatum est* (Io. 19,30).

Y así como se cumplieron a la letra todas las pasiones que estaban profetizadas del Señor, así también El llevó hasta el cabo, y dió la perfección y consumación a sus divinos y soberanos intentos acerca de la gloria de Dios y remedio de los hombres. Todo esto se comprende en esta palabra: *Consummatum est...*»

b) En la cruz se consumaron y perfeccionaron todas las cosas

657

«Porque este enigma de la cruz, tan obscuro para la sabiduría humana... con solas estas palabras se declaró, para que los escogidos de Dios reconociesen en la misma cruz la virtud y sabiduría divina, y la perfección y consumación de todas las cosas. *Consummatum est.* Ya está todo acabado; ya he bebido yo el cáliz de mi pasión, hasta agotarlo, sin dejar nada en él; ya se han cumplido todas las profecías, y se ha dado luz a las sombras, y declarádose la verdad de las antiguas figuras; ya se han pagado las deudas de los pecadores, y se ha comprado por su justo precio el premio de la gloria para los justos, y se han asentado firmes paces entre Dios y los hombres; ya está acabada la pelea contra el pecado y contra el infierno, y se ha conseguido ilustre victoria; ya se ha dado fin al curso de la peregrinación y de la vida mortal, y se da principio al imperio y triunfo de la gloria: *Consummatum est...*»

c) Satisfacción de la deuda de Adán

658

«Para reconocer mejor tan grande beneficio, puestos al pie de la cruz en presencia de este Señor, debemos atentamente considerar, y cuanto su gracia nos ayude, ponderar en el divino acatamien-

to, cuán grande fué la deuda que nuestro padre Adán cargó sobre sí y sus hijos, desobedeciendo al mandamiento que Dios le puso...

Pero aquel Señor, que es rico en misericordia por las entrañas de su piedad, bajó del cielo a satisfacer por nuestra obligación, y a pagar, como se dice en el Salmo (Ps. 68,5), lo que El no había robado. Puesto en la cruz, con el precio de su sangre compró a su Eterno Padre nuestras deudas; y hecho por este título Señor de todos los hombres, y nosotros sus esclavos, nos dió perfecta libertad, remitiéndonos la deuda graciosamente, y perdonando liberalmente nuestros pecados. Despojó también al príncipe de este mundo (Col. 2,14) del derecho que tenía contra nosotros quitándole la obligación con que nos habíamos sujetado a él como escritura de deuda ya pagada, borrándola con su sangre y enclavándola en su cruz; y no quiso salir de esta vida sin dar El mismo al mundo las buenas nuevas de su rescate, cuando dijo: *Consummatum est.* Ya este negocio está acabado, y está pagada esta deuda.

659 Y fué tan copiosa esta redención, y tan sobrado y abundante el precio, que no solamente bastó para pagar nuestras deudas y librarnos del infierno, sino también para comprar por su justo valor el premio de la bienaventuranza...

Porque los hombres con sus pecados tenían ofendida la divina Majestad..., el cual era un estado muy miserable; porque ¿dónde podía huir, o cómo podía el hombre esconderse de Dios? ¿Y cuál de las criaturas le podía hacer amistad teniendo por enemigo al común Señor de todas? ¿Y cómo podía tener paz consigo no teniéndola Dios con él? Era asimismo el remedio muy dificultoso, por no haber mediador que se pusiese a componer las partes y alcanzase de Dios perdón de lo pasado, y del hombre la enmienda de lo venidero... El hombre por sí mismo era tan pobre y flaco, que ni tenía caudal para satisfacer por las ofensas hechas, ni fuerzas para sustentarse sin volver a caer de nuevo en otras...»

660 d) La paz entre el cielo y la tierra

«Estaba, pues, *el Príncipe* (Is. 9,6) *y Medianero de la paz* clavado en la cruz y levantado en el aire entre el cielo y la tierra, asentando las capitulaciones que convenía para que las paces fuesen firmes y perpetuas. Y no trataba con Dios con sola fe, como los otros hombres, sino que le veía claramente, y cara a cara hablaba con El en presencia de los espíritus soberanos y de toda la corte celestial. Allí le estaba ofreciendo por parte de los hombres su sangre y su vida, para pago de sus deudas y satisfacción de sus injurias, y le suplicaba *con gran clamor y eficacia* (Hebr. 5,7) *y con lágrimas* que los perdonase y se reconciliase con ellos; y fué oído de su Eterno Padre en su oración, así por la paga tan sobrada que ofrecía como por la reverencia con que lo pedía y por lo que se debía a su persona. Por respeto de ella y de este sacrificio se reconcilió Dios con los hombres, y se ofreció a mantener de su parte la paz y amistad con ellos siem-

pre; y concluído así este negocio, dijo el Señor desde la cruz: Ya está pagado, ya está concluído todo y pacificado: *Consummatum est*...

Ya está cumplido todo lo que se había prometido a los patriarcas, 661
se había predicado por los profetas, y estaba significado y encerrado en las antiguas ceremonias y figuras. Ya está todo hecho: lo que era menester para enseñar nuestra ignorancia, y para esforzar nuestra flaqueza, y para corregir nuestra malicia; consumado está ya el remedio de todos nuestros males. Ninguna cosa falta de lo que era conveniente y necesario para despertar a los tibios y alentar a los fervorosos, para curar los enfermos, y preservar a los sanos, para el consuelo y aumento de los justos, y para el perdón y reconciliación de los pecadores. Ya está acabado todo lo que convenía para vencer al mundo, y para sujetar la carne, y para triunfar gloriosamente del demonio y del infierno: *Consummatum est.*

Para hacer verdadera esta palabra y concluir tan gloriosas empresas, hizo rostro el Señor con tanta constancia y entereza a las afrentas y a los dolores... Diónos ejemplo en esto para no desistir ni volver atrás de lo que una vez hubiéramos emprendido para mayor gloria y servicio de Dios, por muchas dificultades que se ofrezcan... Perseveremos, pues, con firmeza en la cruz (Hebr. 12,2), y corramos por medio de la paciencia sin desfallecer en la pelea de la fe, trayendo siempre delante de los hijos al Autor de ella, Jesucristo Nuestro Señor, el cual, teniendo delante el gozo y descanso, escogió sufrir la cruz para nuestro remedio y ejemplo...»

e) Hay que pelear por la justicia 662

«Conviénenos, pues, pelear (Eccl. 4,33) y agonizar por la justicia hasta derramar la sangre, y ser fieles (Apoc. 2,10) hasta la muerte, si queremos alcanzar la corona de la vida y no huir de la cruz, sino perseverar en ella hasta que del todo se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, como perseveró nuestro Salvador hasta que pudo decir: *Consummatum est.*

No pueden ser largos los trabajos que tienen fin; breve es y pequeño todo lo que pasa con el tiempo. Las tribulaciones de los suyos hizo Dios que pasasen presto y apriesa; lo que al principio parece intolerable, si un poco nos sufrimos, a vuelta de cabeza ya es acabado. Y por que no nos faltase este consuelo de boca del Salvador, habiendo pasado sobre El tan grande tempestad de pasiones y estando para morir, antes que expirase dijo: Ya esto es acabado: *Consummatum est*».

V. P. LA PUENTE

El cristiano ante la Pasión de Cristo

Espigamos algunos pensamientos que nos han parecido más originales o piadosos (cf. *Meditaciones* p.4.ª: Apostolado de la Prensa, 1950, 9.ª ed. t.2).

A) La Pasión

663 a) «Yo soy»

«Se ha de ponderar la fuerza de aquella palabra: *Yo soy* (Io. 18, 4), la cual, para los buenos, es dulce y de agradable consuelo cuando después de haberle buscado y llamado en la oración les dice como a los apóstoles (Mt. 14,27): *No queráis temer, Yo soy;* esto es: Yo soy vuestro Padre, vuestro protector y remediador, vuestro descanso y alegría; Yo soy vuestra sabiduría y justicia, vuestra santificación y redención; soy vuestro camino, verdad y vida; soy el que soy y por mí seréis vosotros con un ser bienaventurado, participando del mío. Mas a los malos que buscan a Cristo para ofenderle e injuriarle esta palabra es terrible y espantosa, porque quiere decir: Yo soy vuestro juez, que os tengo que juzgar; soy el Todopoderoso, que os puedo condenar; soy el Dios de las venganzas, que os tengo de castigar; soy el que soy, para vuestro daño y desventura, aunque por vuestra culpa. Y si esta palabra, dicha por la boca de Cristo cuando estaba en tanta aflicción, es tan poderosa que derriba en tierra a sus enemigos, ¿cuánto más poderosa será la que dijere cuando venga como rey a juzgar y diga a los malos: *Apartaos de mí, malditos?* (Mt. 25,41). Será, sin duda, como un viento impetuosísimo que dará con ellos no sólo en tierra, sino en el profundo del infierno. Por tanto, alma mía, busca a Cristo con humildad y hallarle has para tu provecho; porque si le buscas con soberbia y para tus intentos vanos, hallarle has para tu daño» (cf. *Medit.* 24 p.2.ª,2 p.214).

664 b) La prisión

«Sobre todas las virtudes campea la infinita caridad de este dulcísimo Salvador en dar sus benditísimas manos para ser atadas con tanta crueldad, manos que siempre se ocuparon en hacer bien a los mismos que las ataban; y aunque pudiera romper las ataduras con más facilidad que Sansón rompió las suyas (Iud. 16,9-12), no quiso hacerlo, porque El mismo se las quiso atar con las sogas y cadenas de la caridad, en castigo de la mala libertad y demasiada soltura que han tenido las nuestras y para librarnos de la

cárcel, adonde merecíamos estar atados de pies y manos (Mt. 22, 13). Entonces se cumplió lo que había dicho por David: *Los cordeles de los pecadores me ataron, pero Yo no me olvidé de tu ley* (Ps. 118, 61). ¿Y qué ley es ésta sino la ley de la caridad? De la cual no se olvidó Cristo cuando le ataban los pecadores, amándolos y deseando traerlos y atarlos consigo con cuerdas de Adán y con cadenas de caridad (Os. 11,4).

¡Oh amabilísimo y amorosísimo Jesús! ¿Quién pudiera atar tus manos si tu amor primero no las atara? ¡Oh manos liberalísimas y poderosísimas, que poco ha repartisteis a los vuestros el pan del cielo y nunca estuvisteis atadas para hacer bien a los hombres! ¿Por qué os dejáis atar con tanta crueldad? ¡Oh atrevimiento endemoniado de los hombres, que con tanta ignominia maniatáis a Dios! No permitáis, Señor, que con mis pecados y desagradecimientos ate tus manos para que no me hagas bien, antes te suplico ates las mías para todo lo que es culpa y las sueltes para todo lo que es virtud» (cf. *Medit.* 25 p.2.ª,3 p.223).

c) Ante Pilato 665

«Cerca de este examen que Pilato hizo de Cristo nuestro Señor se han de ponderar las notables sentencias que dijo en sus respuestas.

La primera, que su reino no era reino terreno y mundano como los de acá, y por esto no tenía aparato de soldados...

La segunda fué que verdaderamente era rey, pero celestial, y tenía reino, pero reino de otro mundo, que es el reino del cielo y el reino espiritual de su Iglesia, y, por consiguiente, tenía vasallos y criados, pero celestiales y espirituales..., porque cual es el rey tales son los vasallos, y cual es el reino tales son sus ciudadanos.

¡Oh Rey soberano, instituído por el Padre Eterno sobre el santo monte de Sión (Ps. 2,6)!, muy debido era a vuestra grandeza ser también rey de este mundo y tener por vasallos y esclavos a todos los reyes de la tierra. Pero vuestra infinita caridad renunció esta pompa mundana para darme ejemplo de humildad y levantar mi corazón a la pretensión del reino celestial con desprecio del terreno. Hacedme, Rey mío, vasallo digno de vuestro reino con ánimo para hollar todo lo que estima el mundo.

La tercera sentencia fué que había nacido en el mundo para 666
dar testimonio de la verdad; esto es, para enseñarla y predicarla, confirmándola con milagros y obras maravillosas; en lo cual tuvo tres excelencias: la primera, que nunca testificó cosa que fuese falsedad o mentira, sino verdad, y no cualquiera, sino verdad provechosa para alcanzar el reino cual Rey era. La segunda, que testificó esta verdad con gran valor, aunque le hubiese de costar la vida el decirla. La tercera, que cuando era de cosa gloriosa para El la decía, no por su honra, sino por cumplir con su oficio, dando testimonio de la verdad. A imitación de este Señor he de persuadir-

me que yo también nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad con mis obras y palabras, procurando que siempre resplandezca en ellas la divina verdad, sin mezcla de mentira ni fingimiento, aunque me cueste la vida el testificarla.

La cuarta sentencia fué que todos los que son del bando de la verdad y la aman oyen su voz, dando crédito a lo que dice y obedeciendo a lo que manda, y por aquí echaré de ver si soy del bando de Cristo, que es la misma verdad, o del bando del demonio, que es padre de la mentira (Io. 8,44)...

¡Oh Maestro del cielo!, respondedme dentro de mi corazón qué es la verdad y dámelo a sentir con gran firmeza. Vos, Dios mío, sois la misma verdad y cuanto de Vos procede es la verdad. Verdad es vuestra vida, vuestra doctrina, vuestros preceptos, vuestros consejos, vuestros milagros y vuestros sacramentos. ¡Oh si mi vida se conformase con esta verdad (Io. 3,4) y anduviese siempre en verdad hasta veros claramente en vuestra gloria! Amén» (cf. *Medit.* 32 p.3.ª p.270-271).

667 d) «¡A Barrabás!»

«Ponderaré cómo todas las veces que ofendo a Dios pasa dentro de mi corazón un juicio perverso, semejante a este de los judíos, porque la tentación que me instiga a pecar no es otra cosa sino una pregunta que me hace, diciéndome: ¿A cuál quieres más, a Cristo o a Barrabás? ¿A Dios o a la criatura? ¿Al cielo o a la tierra? ¿A la honra de Dios o a la tuya? Y cuando ando vacilando y dudando sobre lo que escogeré, llegan el demonio y la carne a persuadirme con sugestiones y razones que deje a Cristo. Y, finalmente, cuando consiento, es como abalanzarme y escoger a Barrabás, a la criatura y al deleite sensual o a la honra vana con grande injuria de Dios y con gran desprecio de Cristo y de su grandeza y con grave desagradecimiento de las mercedes que me ha hecho, por lo que me tengo de avergonzar, teniéndome por peor que los judíos, pues teniendo fe verdadera de quién es Dios y quién es Cristo, le desprecio y dejo por otra cosa más vil que Barrabás.

¡Oh Hijo unigénito del Padre celestial, que fuiste comparado a Barrabás!..., no permitas que yo haga tal traición como ésta dentro de mi alma, sino que siempre viva como hermano tuyo, hijo de tu Eterno Padre, reprobando lo que tú repruebas y aprobando lo que apruebas, estimándote a Ti sobre todo lo criado, pues eres infinitamente más amable que todo ello» (cf. *Medit.* 34 p.2.ª,3 p.283-284).

668 e) «¡Ecce homo!»

«Estas palabras tengo de considerar...; lo primero, en cuanto fueron dichas de Pilato, quieren decir: Mirad a este hombre que se llama Rey, Mesías e Hijo de Dios, y veréisle tan castigado y desfigurado que apenas parece hombre; pero de verdad es hombre,

y pues es hombre como vosotros, compadeceos de vuestra humana naturaleza y contentaos con los castigos que ha recibido este miserable hombre... Mírale bien y hallarás ser verdad lo que dijo de Sí: *Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo* (Ps. 21,7), y el que solía ser más hermoso que todos los hijos de los hombres (Ps. 44,3) es el más feo de todos, en quien no hay cosa que pueda ser vista (Is. 53,2).

¡Oh Hijo del Hombre, Dios y hombre verdadero!, harta humillación fué abajarte a tomar forma de hombre. Pues ¿por qué te humillas tanto en esta forma que vengas a ser tenido por gusano y no hombre, y por afrenta del linaje de los hombres? La soberbia con que yo pretendí ser más que hombre, igualándome con Dios, es causa de que Tú, Dios mío, te hayas humillado a parecer menos que hombre, porque tan abominable soberbia pedía medicina de tan admirable humildad. ¡Oh si mi hombre exterior fuese del todo semejante al tuyo, gustando con verdadera humildad el ser pisado como gusano y tenido por menos que hombre y desecho de los hombres!

Lo segundo, ponderaré estas palabras en cuanto fueron dichas 669
del divino Espíritu por boca de Pilato: *Mirad a este hombre* (Io.19,5), que aunque parece sólo hombre, es más que hombre, porque es Hijo de Dios vivo..., cuya caridad fué tan grande, que ha tomado esta figura tan dolorosa por sólo amor de los hombres, para pagar las deudas de sus pecados...

¿Qué podré esperar de quien tanto amor me ha mostrado? ¿Cómo no me desahogo en amar a quien tanto por mí ha hecho? ¡Oh hombre más que hombre!, yo te adoro y glorifico como a hombre y Dios eterno, y te suplico me tomes por tu esclavo, herrando mi rostro con esta lastimosa figura que tiene el tuyo.

Lo tercero, ponderaré estas palabras como dichas por el Padre 670
Eterno: *Mirad este hombre* que yo envié al mundo para que fuese maestro de los hombres y dechado de toda perfección y santidad y para dar ejemplo de ella ha tomado esta horrenda figura. Mirad sus virtudes interiores en medio de tales ocasiones exteriores, su humildad en tantos desprecios, su pobreza de espíritu en tanta desnudez, su mansedumbre en tan graves injurias, su paciencia en tan terribles dolores, su modestia entre tantos blasfemadores, su obediencia entre tantos perseguidores y su caridad en medio de tantos que le aborrecen, y pues por vuestro ejemplo ha tomado esta figura, miradla y estampadla en vuestras almas.

¡Oh Padre Eterno! ¿Es por ventura este hombre aquel de quien dijisteis en su bautismo y transfiguración: *Este es mi Hijo muy amado, en quien bien me he agradado, a El oíd?* (Mt. 18,5)... De todo lo veo desamparado; pero sus virtudes le acompañan; éstas predican su inocencia, descubren su divinidad y autorizan su persona; y pues me mandáis que le mire y que le imite, ayudad mi flaqueza para que pueda conformarme con la imagen de este hombre celestial, borrando de mí la imagen del hombre terreno...

671 Ultimamente, volviéndome al Eterno Padre para alcanzar todo esto que deseo, le diré: ¡Oh Padre soberano!, mirad a este hombre llagado y desfigurado por mis pecados. Vos me mandáis que le mire para compadecerme de El; yo os suplico que le miréis para compadeceros de mí. Queréis que le mire para que le imite; miradle, Señor, para darme por su respeto fuerzas para imitarle. ¡Oh Padre soberano, a quien todos los hombres hemos injuriado con graves pecados!, mirad a este hombre atormentado con graves dolores para satisfacer por nuestras ofensas y aplacad vuestra ira dándonos perdón de ellas. ¡Oh Padre de misericordia!, *mirad a este hombre*, que tiene dentro de su corazón a todos los hombres y ofrece su vida por todos ellos; no me miréis a mí a solas, sino miradme junto con este hombre, y lo que por mí no merezco, dádmelo por lo que El merece. ¡Oh Dios protector mío!, mirad el rostro de vuestro Cristo (Ps. 83,10), porque no es posible que desamparéis a los que El tiene escondidos en lo secreto de su rostro afligido con tal figura. Mirad, Dios mío, a este espejo y en él veréis vuestro divino rostro (Ps. 21,2), porque es imagen vuestra, y por él mirad a nosotros y veréis que somos imagen suya; y por el amor que tenéis a vuestra imagen, perdonad, reformad y santificad a todos los que somos criados a su imagen y redimidos con la sangre que derrama en esta dolorosa figura» (cf. *Medit.* 37 p.303-306).

672 f) EN LA CRUZ

«Por escarnio, le zaherían en las cuatro cosas más principales de que Cristo nuestro Señor se preciaba.

1. *Lo primero, en su poder*, diciendo: Que quien podía librar a otros no tenía poder para librarse a Sí.

2. *Lo segundo, en su reino*, diciendo: Que si era rey de Israel bajase de la cruz y creerían en El; como si dijeran: Tan falso es ser rey cuan imposible bajar de la cruz.

3. *Lo tercero, en la confianza que tenía en Dios*, diciéndole: Si se precia de confiar en Dios porque le ama, pida a Dios que le libre, como quien dice: No le librará, porque no le ama.

4. *Lo cuarto, en la dignidad de Hijo de Dios*, teniéndola por fingida; y en todas cuatro cosas mezclaban grandes falsedades, porque el demonio, padre de mentiras, hablaba por ellos para tentar a Cristo y conocer si era Hijo de Dios, bajando de la cruz, a título de que aquella gente creyese en El. Mas nuestro buen Jesús sufría con paciencia estos escarnios sin responderles palabra ni hacer caso de sus dichos, porque sabía el mal ánimo de donde procedían.

673 ¡Oh mansísimo Cordero!, ¿qué te daré por la paciencia con que sufrís tales baldones y blasfemias contra tus soberanas y divinas virtudes? Lo que a gloria tuya deseo es confesar lo que estos blasfemos no alcanzaron y preciarme de lo que ellos despreciaron. Confieso que hiciste salvos a otros muchos y que puedes salvarte;

pero no quieres hacerlo por salvarme, porque mi vida está pendiente de tu muerte. Confieso también que eres verdadero Rey de Israel y que por eso no quieres bajar de la cruz donde tu reinado comienza, para que todos creamos en Ti. También confieso que tienes confianza en Dios Padre tuyo, que te ama como a su propio Hijo; pero no quiere librarte, porque no es señal cierta de los hijos de Dios ser librados de los trabajos, sino perseverar constantemente hasta la muerte en ellos. Concédeme, Señor, esta confianza resignada en tu santa voluntad, para que pueda perseverar en la cruz hasta morir en ella» (cf. *Medit.* 44 p.4.ª,2 p.361-362).

B) La imitación 674

«Lo primero, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz desnudo de sus vestiduras y éstas las dejó para que los soldados se las repartiesen entre sí mismos, también yo tengo de procurar desnudar mi corazón del amor de todas las cosas de esta vida, de suerte que quede totalmente desnudo de las aficiones desordenadas que tenía. Cuanto al uso de las cosas que poseyere, tengo de ser tan moderado que no tome sino las necesarias, desnudándome de las superfluas y de las que se toman por vanidad o regalo, y cuanto a la propiedad, tengo de desnudarme de algunas para que se vistan los pobres, y si puedo, mucho mejor será desnudarme de todas, renunciándolas para seguir desnudo al desnudo Jesús y morir del todo desnudo como El, dejando todos los cuidados de lo temporal para atender a lo eterno.

Lo segundo, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz, 675
clavados pies y manos con tres clavos, sin tener libertad de volverse de una parte a otra y desangrándose poco a poco por las heridas hasta vaciar toda la sangre de sus venas, también yo no me tengo de contentar con desnudarme de las cosas exteriores que poseo, sino procurar, como dice San Pablo, *crucificar mi carne* con sus vicios y concupiscencias (Gal. 5,24) en la cruz de Cristo, de modo que no tenga pies ni manos libres para desear ni hacer cosa que la desvíe de esta cruz, sino que esté sujeta del todo al espíritu y enclavada con los clavos del temor de Dios y de su amor y obediencia a su santa voluntad, como se ponderó en la meditación 44. Y de esta manera he de perseverar hasta que se vacíe y purifique toda la mala sangre de mis pecados e imperfecciones; porque como el crucificado no muere de un golpe, sino poco a poco (Deut. 7,22), así no podré mortificar de un golpe todas mis pasiones y aficiones desordenadas, sino poco a poco, con paciencia y larga esperanza, continuando el ejercicio de la mortificación hasta que alcance esta perfecta muerte; y como el crucificado no se crucifica a sí mismo, sino otro le crucifica y enclava, así mi carne ha de ser crucificada por otros; la ha de crucificar el espíritu con penitencias, negando sus antojos y deseos; pero a ella y al espíritu crucifica Dios nuestro

Señor con trabajos, el demonio con tentaciones y los hombres con persecuciones, las cuales hemos de llevar con paciencia hasta morir esta dichosa muerte.

676 Lo tercero, así como Cristo nuestro Señor en la cruz tuvo especial cuidado de cumplir sus obligaciones y oficios con tres personas, es a saber, con su Madre, con su discípulo y con el buen ladrón, a los cuales habló como queda dicho, así tengo yo de tener cuidado de cumplir las obligaciones de piedad y de justicia y las de mi estado y oficio, especialmente con tres suertes de personas. Lo primero, con mis superiores, significados por la Madre. Lo segundo, con los domésticos, significados por el discípulo. Lo tercero, con los demás hombres, figurados por el buen ladrón, dando a cada uno lo que estoy obligado y ayudando a todos como mejor pudiere. Pero, además de esto, he de cumplir las obligaciones de la perfecta caridad, rogando a Dios por mis enemigos y por los suyos para que los convierta y excusando las faltas de mis prójimos, como lo hizo el mismo Señor, comenzando por aquí el cumplimiento de sus oficios.

677 Lo cuarto, como Cristo nuestro Señor, cumplidas estas obligaciones, en las tres horas que hubo de tinieblas se ocupó en oración como quien se aparejaba para morir, así yo, cumplidas las obligaciones de mi estado y oficio, tengo de tomar tiempo y lugar retirado y quieto para vacar a sólo Dios y negociar mi salvación y una buena muerte, y en especial atizar una gran sed como la que tuvo Cristo nuestro Señor de obedecer a Dios y a sus ministros, de padecer mucho por su servicio y de ganar muchas almas que le sirvan; y como me fuere acercando a la muerte, así han de ir creciendo estos ejercicios de oración, con los afectos que de ella proceden, disponiéndome para ella, porque, como dice San Gregorio, «cuanto más cercano a la muerte, tanto he de ser más cuidadoso para que sea buena» (cf. 1,7, *Ep.* 1).

678 Lo quinto, para esto he de procurar que todas mis obras vayan tan bien hechas que al fin de cada una pueda decir aquella palabra de Cristo: Acabado he lo que Dios me mandó en esta obra; cumplido queda y bien perfecto. Y de la misma manera he de gastar el día tan bien que a la noche pueda decir lo mismo, y al mismo paso tengo de ordenar la vida y aparejarme al fin de ella con los sacramentos de confesión y viático, con el testamento y disposición de mis cosas obligatorias, de modo que pueda decir: Acabado es y cumplido todo lo que Dios me ha mandado.

679 Ultimamente, en vida y en muerte, con amor y confianza, encomendaré a Dios mi espíritu, poniéndole en sus manos para que El le guarde, defienda y le gobierne y enderece al fin de la bienaventuranza eterna, al modo que se ponderó en la meditación precedente. Pero como Cristo nuestro Señor quiso morir en su florida edad, a los treinta y tres años de su vida, cuando los hombres sienten más el morir, así yo tengo de ofrecerme con resignación

en las manos de Dios para que me lleve cuando El quisiere, aunque sea en lo más florido de mi edad y de mis pretensiones, fiándome que me llevará en la edad al mismo lugar que más me conviniere para mi salvación» (cf. *Suma de las meditaciones* p.407-410).

VI. BOSSUET

Sermones sobre la Pasión del Señor

Extractamos brevemente los diversos sermones sobre la Pasión del Señor. Respetamos los textos de la Vulgata.

A) Los tres tormentos de Jesús

(Cf. *Sermón del Viernes Santo* en ed. Firmin-Didot, t.2 p.622-632.

a) Exordio 680

Sólo Dios puede hablar de sus grandezas, sólo Dios puede hablar de sus humillaciones, porque nosotros no tenemos palabras bastante altas ni nos atrevemos a formular pensamientos lo suficientemente bajos; por eso escojo las palabras del profeta que lo creyó *un leproso* (Is. 53,41), cubierto con la verdadera lepra de nuestros pecados.

El más dulce consuelo de un hombre bueno es su propia inocencia. Este es el consuelo que tuvieron los mártires. Pero Jesús no disfrutó de tal dulzura y al rey de los mártires le faltó lo que tuvieron éstos. En medio de su vergüenza y tormentos no podía ni quejarse, porque, inocente con relación a los hombres, era considerado como criminal por el Padre desde el momento en que se cargó con nuestras iniquidades. Este Jesús que dijo: *¿Quién de vosotros podrá argüirme de pecado?* (Io. 8,46), no puede hablar ya de inocencia.

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado? (Mt. 27,46). Ya lo sé, muy lejos está de mi salvación la voz de mis delitos (Ps. 21, 1). Golpea, golpea al criminal, castiga mis pecados, esto es, los de los hombres, que ahora son míos.

Este misterio no es una ficción ni una invención agradable; fué un abandono efectivo que vamos a estudiar. El pecador es entregado a tres clases de enemigos. Primero, a su propia conciencia; segundo, a las criaturas, que se emplearán en vengar al Creador; tercero, y principal, a la misma justicia de Dios, que se arma de venganzas.

¡Oh Jesús, al que ya no me atrevo a llamar inocente! En el huerto de los Olivos tu Padre te entregó a ti mismo; después te entregará a todos los tormentos creados; por fin, El mismo te hará inclinar la cabeza.

681 b) JESÚS ENTREGADO A SÍ MISMO

El pecado tiene en sí mismo su propio castigo, y si no lo advertimos hoy, Dios nos lo hará entender algún día.

En el huerto, Jesús comenzó a sentir el peso de su propia conciencia. Hasta ese momento había hablado de la pasión con alegría y la llamaba su hora por excelencia; sin embargo, en el huerto comienza a temblar, su alma se turba y es combatida por el desaliento, el temor, la tristeza y la languidez. El desaliento hace la vida insoportable y penosa, el temor la sacude con la amenaza de los tormentos, la tristeza la asemeja a la muerte, y la languidez es un desfallecer de todas las fuerzas.

La misma Escritura nos explica el estado del Señor cuando compara el dolor con un mar de olas agitadas (Thren. 2,13). Pues bien, el Señor unas veces acalló la tempestad con su palabra, otras soltó la brida de los vientos, pero caminó seguro por encima de las olas. En esta ocasión pudo calmar la tempestad de dolor y, sin embargo, prefirió dejarla que se desatase y caminar por encima de ella. Precisamente por haberse desatado vemos ese temor y abatimiento que le hace decir que su alma está triste hasta la muerte y desear la compañía de sus amigos. Es el peso de mis pecados que le ahoga.

682 Erramos nuestros caminos como ovejas y *el Señor cargó con todas nuestras iniquidades* (Is. 53,6). Así caen sobre el Señor repentinamente todas las traiciones, adulterios... *Torrentes de iniquidad me conturbaron* (Ps. 17,5).

Pecador endurecido, mira a Jesús postrado porque tú marchas erguido, mira a Jesús en la agonía porque tú caminas alegre.

Los pecados producen vergüenza y dolor. La vergüenza cubre en primer lugar el rostro de Jesús, le hace temblar ante su Padre, le hace perder aquella familiaridad con que antes se le dirigía. *Si es posible*, dice ahora—pues ¿no eres tú su Hijo querido?—, *pase de mí este cáliz, pero hágase tu voluntad y no la mía* (Mt. 26,39). ¡Oh Jesús! ¿No eres el que afirmabas antes que todo lo de tu Padre era tuyo? (Io. 17,10). ¿No eres el que decía: *Te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que siempre me escuchas?* (Io. 11,41). ¿Por qué, pues, hablas así como si hubiera oposición entre la voluntad del Padre y la del Hijo?

Habla de esa forma porque la vergüenza le ha quitado la libertad filial. Ahora ruega prolijamente; antes le bastaba con decir: *Lo quiero, Padre* (Io. 17,24).

683 La segunda causa de su agonía es el dolor que sintió por los pecados que había hecho suyos. Nosotros no lo tenemos, porque no advertimos lo amargos que son. Para saberlo nos debiera bastar ver a Pedro llorando su vida entera por un sólo crimen. Pues bien, Jesús los soportó todos, hasta los de los judíos y los del pueblo que le crucificaba. Los sintió todos y todos pesaron sobre él. *Me rodean males sin número, se me echan encima mis iniquidades y no*

puedo levantar la vista. Superan en número a los cabellos de mi cabeza y por eso desfallece mi corazón (Ps. 39,13).

Había dolor suficiente para hacerle morir, pues su alma estaba triste hasta la muerte, y prueba de ello es el sudor de su sangre. ¡Qué agonía la suya tan diferente de la nuestra! En nosotros un alma se esfuerza para no separarse del cuerpo; aquí un alma dispuesta a salir es retenida por su propia autoridad. Vive, ¡oh pobre Jesús!, vive para sufrir los tormentos que te esperan; deja algo para los judíos que se acercan, para el traidor Judas que los guía. Ya basta con habernos enseñado que el pecado era suficiente para hacerte morir.

¿Habéis creído que vuestros delitos tenían tal poder? Si sólo entre las manos de los verdugos hubiésemos visto desfallecer al divino Jesús, no nos acusaríamos de su muerte, pero al contemplarle en el huerto de los Olivos lloremos y gimamos nuestro deicidio.

c) Jesús entregado a las criaturas 684

El libro de la Sabiduría dice que las criaturas se levantarán contra el pecador (5,21). Nuestro misericordioso criminal ha experimentado el primer castigo y va a sufrir ahora el segundo grado de la venganza divina. No os diré que todas las criaturas le hicieran sufrir, pero deseo meditéis cómo Jesús se abandona a toda clase de insultos y de ultrajes. Criaturas son que vengan al Creador. El asumió voluntariamente nuestras culpas, y justo es que el pecador que se separó de Dios, su apoyo, caiga en la última flaqueza.

Los judíos se acercan y les pone de manifiesto que pudieron prenderle tranquilamente en el templo, pero que no lo hacen, sino en este momento, porque es la hora del poder de las tinieblas. Sólo ahora pueden prenderle, cuando llega el instante preciso en que el Hijo de Dios suspende su poder para que las criaturas le hagan sufrir. El que no tiene fuerzas puede huir; el que no puede huir se defiende cuando le acusan; el que no defenderse puede, al menos llora. Jesús se priva de todas estas libertades, no abre su boca, no tuerce su cabeza ante los golpes. Hasta un gusano de tierra cuando le aplastan hace algún esfuerzo para librarse; Jesús está quieto, *no aparta su cara* (Is. 50,6).

¿Qué hace en su pasión? Entregarse al que le juzgaba injustamente (1 Petr. 2,23). Se entrega para que hagan lo que quieran. Si le quieren besar, acerca sus labios; si le quieren atar, extiende sus manos; si le quieren abofetear, ofrece las mejillas; si le quieren azotar, presenta la espalda. Delante de Caifás y de Pilato se da por convicto; delante de Herodes, que se burla, cállase. 685

Cristianos, ¿todavía están secos vuestros ojos? ¿No sollozáis? ¿Será necesario que haga desfilar ante vosotros todos los personajes de la pasión, todos los golpes, la cruz y los verdugos? Mirad ese rostro, antes delicioso y horroroso ahora, mirad a ese hombre

que presenta Pilato. *Ecce homo.* ¿Hombre? Un gusano de la tierra. *Ecce homo:* el hombre de dolor en el triste estado en que le pusieron nuestros pecados. ¡Oh Jesús, quién te conocerá! *No tiene ya ni apariencia de hombre siquiera* (Is. 53,2). *Herido por nuestros pecados, aplastado por nuestros crímenes, él nos curó con sus heridas* (Is. 53,6). ¡Oh llagas!, yo os adoro. ¡Oh cicatrices!, yo os beso. ¡Oh tierra!, no bebas esa sangre porque me pertenece a mí, a quien ha salvado.

Pero aún no es tiempo de que nos sumerjamos en ese baño saludable, aún debe correr esa sangre a borbotones. Veámosla caer como un diluvio bendito, acerquémonos a la cruz. Ya la ha puesto el Señor en sus espaldas. Bien ha debido merecer la muerte cuando lleva el cadalso sobre sus hombros.

¡Oh inocente Jesús! ¿Será necesario que me confieses que has merecido el último suplicio? Sí, es necesario, porque los hombres le imputan crímenes que no ha cometido, pero Dios ha puesto sobre él nuestras iniquidades. Así, pues, al ver la cruz, exclama: ¡Oh Padre mío!, la merezco, no por los crímenes que me imputan los judíos, sino por aquellos con que tú me cargas. Ven, ¡oh cruz!, déjame que te abrace, justo es que cargue contigo para expiar los pecados en este madero infame.

686 d) JESÚS ENTREGADO A LA VENGANZA DIVINA

Era necesario que en este sacrificio todo fuera divino; para que la satisfacción fuese digna de Dios, preciso era que Dios la cumpliera. Una venganza digna de Dios no podía ser más que divina. Tormentos terribles de la cruz, sangre, sed, burlas, he aquí lo único que podemos imaginar, y, sin embargo, es lo de menos. No pasa de ser un preparativo, porque el golpe definitivo del sacrificio ha de darlo el mismo Padre.

Sólo Dios puede vengar justamente las injurias recibidas. *Mía es la venganza,* dice El, *yo la ejecutaré* (Rom. 12,19), y bien que la cumplió en aquel momento. Por eso el mismo profeta nos dice: *Quiso quebrantarle Dios con padecimientos* (Is. 53,10).

San Pablo nos da una idea terrible cuando considerando las maldiciones que caen sobre el pecador, afirma que Jesucristo *se hizo pecado* por nosotros (2 Cor. 5,21), más aún, que *se había hecho maldito o execrable por nosotros* (Gal. 3,13). ¿Podíamos suponer al Hijo de Dios hecho maldición de Dios, si no nos lo enseñara el Espíritu Santo?

687 La Sagrada Escritura nos dice que la maldición rodea a los pecadores, primero por fuera (Ps. 118,18), entra después en su interior apegándose a las potencias del alma, hasta que por fin penetra en el mismo fondo de su substancia como el aceite (ibid.). Pues bien, el Padre abandona ahora a Cristo y le deja sin ningún socorro exterior. *¿Por qué te marchas, Señor, tan lejos y me abandonas en la necesidad?* (Ps. 9,22). Los mismos judíos piden que si es Hijo del Padre, se acuerde éste de El. Pero la maldición continúa hasta el inte-

rior de Cristo..., porque la Sagrada Escritura nos habla de que Dios tiene un rostro para los justos, a los que llena de alegría (Ps. 15,11), y otro para los que obran el mal (Ps. 49,37). ¡Oh Jesús crucificado!, tú viste anteriormente el rostro cariñoso de Dios, pero ¡cómo ha cambiado su expresión! ¿Dónde estás, rostro dulce y paterno, que no veo ninguno de tus rasgos? *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?*

Por último, la maldición penetra hasta el fondo mismo del alma, 688
ese fondo donde sólo llega Dios, el Dios que aplasta a los criminales y pecadores (Is. 1,28). Entonces se verifica lo que dijo el profeta: *Quiso quebrantarle* (Is. 53,10). Renuncio a describir aquel supremo tormento en el que Cristo de un modo misterioso es abandonado por Dios, y renuncio a ello porque es mejor que le escuchemos cuando se queja al Padre del abandono. La divinidad de Cristo parece que se repliega sobre sí misma y no deja sentir su presencia al alma humana; la abandona toda ella a la venganza de Dios, y por un milagro desconocido para nosotros, sabe poner de acuerdo la unión hipostática y la desolación extrema.

Sin embargo, en esos momentos de abandono, Dios estaba 689
obrando la reconciliación del mundo, porque a la vez que golpeaba, abría los brazos, rechazaba a su Hijo y nos abrazaba a nosotros, le miraba a él con cólera y a nosotros con misericordia.

Por eso el Señor que va a morir, reúne todas sus fuerzas, mira a la justicia satisfecha, los hombres absueltos, y dice: *Todo se ha cumplido* (Io. 19,30). Sí, todo se ha cumplido porque *habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin* (Io. 13,1).

Llora toda la creación, lloran los amigos del Señor, llora María. ¡Oh Padre Eterno!, no hace falta que eclipses tu sol, ni que apagues la luz del cielo por esa Virgen, porque ya no luce para ella y ya se apagaron todas sus alegrías en la tierra. Y vosotros, cristianos, no seáis más duros que los judíos. Convertid esta iglesia en calvario y salid todos de aquí golpeando vuestro pecho. Llorad, porque *si tales cosas se han hecho en un leño verde, ¿qué no se hará en el seco?* (Lc. 23,31).

B) Desprecio del mundo y aprecio de la salvación

Sermón predicado a religiosas, y que repite grandes trozos del anterior, como verá fácilmente el lector.

a) Exordio 690

Nunca me precié de saber cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado (1 Cor. 2,1). A esto debe reducirse toda nuestra ciencia. Para comprenderlo, meditemos lo que el Señor, en su pasión, perdió, compró y conquistó. Entregándose a sus enemigos se pierde y destruye a sí mismo, lo cual consuma el sacrificio; entregándose,

compra las almas, lo cual verifica la redención, y una vez rescatadas del infierno las lleva al cielo superando la oposición de la justicia y consiguiendo la victoria del combate.

691 b) Lo que Jesús desprecia

Todos los hombres amarían los bienes eternos si fuesen capaces de despreciar los temporales, y por eso, el primero y más difícil paso consiste en aprender el menosprecio de lo que nos rodea. Para enseñárnoslo, Dios nos muestra un libro, cuyas palabras son indubitables, porque las ha escrito El mismo, y tan claras que no hace falta sino abrir los ojos para verlas.

El Hijo de Dios estimó siempre lo que era estimable, como la fe de la Cananea... ¿Qué es lo que despreció? Abrid ese libro; sus caracteres son de sangre para llamaros la atención.

Para entender los dolores de Cristo debemos ver que Dios soltó las bridas al furor de la envidia y sujetó el poder de su Hijo.

Uno de los mayores suplicios fué ver la ingratitud. «Malvados, dice San Agustín, si devolvierais mal por mal, no hubierais sido inocentes; si no hubieseis devuelto bien por bien, seríais ingratos, pero le devolvisteis el mal por el bien» (cf. *Enarrat. in Ps.* 37,25).

No debemos olvidar que Jesús se somete voluntariamente. Aquí comienza el misterio; el Hijo de Dios para convertirse en víctima suspende su poder, porque el estado de víctima es un estado de destrucción.

¿Quédanos algo sino leer este libro para aprender cómo Cristo despreció a todo lo humano? Ante su decisión de abandonar los bienes de la tierra, ¿intentaremos colocar alguna estima en ellos?

Si la ignominia del Señor es completa, sepamos que hemos sido bautizados en su muerte (Rom. 6,3).

692 c) Lo que Jesús compra

Es asombroso que nos tengan que enseñar nuestra propia estima. El hombre se busca siempre a sí mismo y no sabe conocerse; se admira y no entiende su valor. El alma es un tesoro escondido en medio del barro de nuestra mortalidad y Cristo ha querido enseñarnos su valor. ¡Oh alma!, levántate, mira lo que vales a pesar de lo mezquino que parece nuestro cuerpo, conoce el precio que ha pagado la sabiduría divina (cf. San Agustín, *Enarrat. in Ps.* 102,6).

Recordemos que nuestro pecado nos había vendido a Satanás y a la justicia divina; a Satanás porque se es esclavo de aquel que nos vence (2 Petr. 2,19), a la justicia divina porque habíamos caído bajo su látigo.

Dios, para librarnos, no quiso utilizar su poder, quiso pagar nuestro rescate. Los Santos Padres dicen que atrajo al demonio al combate ocultando su divinidad, y una vez allí lo venció dejándose vencer. Pero a quien realmente pagó Cristo con rigor exacto fué a

la justicia divina, a la que ninguna criatura podía satisfacer. Buscaban los hombres víctimas suficientes y ninguna servía para ello, y entonces Cristo, sustituyendo a los becerros y animales, dijo: Aquí vengo, y se ofreció a sí mismo.

¡Oh Padre!, ¿vais a consentir este cambio? ¿Podrá morir un Hijo para que se salven los extraños? ¿Quién puede penetrar tu inmensa caridad? Tanto amaste al mundo que le diste tu propio hijo. ¡Oh hijos adoptivos, lo que costáis al Padre! *Habéis sido comprados con un precio muy grande,* no os hagáis esclavos de los hombres (1 Cor. 7,23).

Y si hemos sido comprados, ya no nos pertenecemos, pertenecemos a Cristo. No sean vuestros tratos del oro o de la plata, sino vivid como rescatados con la preciosa sangre del Cordero inmaculado, Cristo (1 Petr. 1,18).

d) Lo que Cristo conquista 693

Mucho llaman la atención los combates, y las partes interesadas tiemblan hasta que llega la decisión. Aquí Dios combate contra Dios y el Hijo contra el Padre. Pero como no se combate con Dios más que cediendo, Cristo lucha contra él con su obediencia. Alma del misterio es ver que Dios se venga de Dios y que Dios satisface a Dios. La mano del Padre se alza armada del rayo contra su Hijo, el rayo de la maldición.

Esta es la guerra y mientras se lleva a cabo se negocia la paz. Mientras la tormenta ruge, va aclarándose poco a poco el cielo, hasta llegar la calma. Mientras la justicia rigurosa de Dios combate a su Hijo y el cielo padece violencia, se nos abre el paraíso. Para conseguirlo y derrotar la severidad del Padre, Cristo se sirve de la contrición y de la obediencia. La contrición, porque al verse cargado con todos nuestros pecados, sufre la agonía del huerto; la obediencia, porque para cumplir el precepto del Padre sube hasta la cruz.

Dolámonos de nuestros pecados en el sacramento de la penitencia; satisfagamos por nuestras culpas; imitemos a Cristo.

C) El testamento de Cristo

Tercer sermón de Viernes Santo (cf. ed. Firmín-Didot, t.2 p.645).

a) Exordio 694

El testamento de Cristo se abre hoy públicamente en el Calvario. Judíos y gentiles lo oyen, pero no lo entienden; para los unos será escándalo y para los otros *locura* (1 Cor. 1,23), porque nadie puede descifrar esta escritura, si el espíritu de Jesús no lo ilumina y su sangre no lo purifica.

En los testamentos hay que considerar: primero, su validez; segundo, los bienes que deja; tercero, lo que manda hacer a los herederos.

695 b) VALIDEZ DEL TESTAMENTO

Meditemos su firmeza. Un testamento necesita para su validez observar las leyes, que varían en cada país. Jesús había recibido su ley del Padre, quien dispuso que así como ciertos testamentos deben ser escritos por la propia mano del testador, éste lo fuera por su propia sangre y ratificado por la muerte. Dura condición, explicada por San Pablo. Un testamento, nos dice, no tiene fuerza hasta la muerte del testador (Hebr. 9,16), pero aquí no basta una muerte corriente, es necesario agotar las venas, porque esa sangre es la sangre del Nuevo Testamento que le confiere validez inmutable (Mt. 26,28).

¿Por qué esta ley tan dura? Lo exigían nuestros pecados. Jesús podía donar, pero nosotros éramos incapaces de recibir, ya que las leyes no permiten disponer de los bienes en favor de criminales condenados. Cristo nos entrega sus bienes y nos da su sangre para que nos lave. Ea, pues, Señor, id de prisa al huerto de los Olivos, a la casa de Caifás, al Calvario...

Este es el punto de partida para contemplar la pasión dolorosa, a saber, meditar que la sangre que empieza a fluir en el huerto es la sangre que derrama el Señor apresurado para salvarnos. No puede contenerla dentro de sí porque es nuestra salud; recibamos, pues, hermanos, esta sangre con fe piadosa.

Veo en ello otro misterio: el deseo infinito que tenía Jesús de expiar nuestros crímenes, los cuales se le presentaban uno a uno como si gravitasen sobre El.

Si Cristo hubo de verificar un milagro para no morir ante la angustia que le producía el pecado, ¿cómo podemos vivir tranquilos llevando en nuestro corazón la causa de una muerte tan cierta? Si el pecado bastaba para matar a Dios, ¿cómo podemos vivir nosotros con ese veneno en las entrañas? ¡Ah!, vivimos por un milagro continuado de la divina Providencia.

696 Y si la caridad afligida del Salvador le hace sudar sangre, ya podéis suponer que no la ahorraría entre las manos de judíos y de romanos. Sigamos sus huellas y veremos que las traza con sangre por todos los caminos.

Antes de terminar os diré que el Señor dió rienda suelta a las fuerzas del mal y sujetó las suyas. ¿Os contaré cómo se entregó a la libertad salvaje y burlona de los soldados?, etc. ¡Oh testamento místico de Jesús, cuánta sangre costáis al hombre Dios!

Pero no basta todavía la que ha derramado, es necesario agotar la de sus venas en la cruz. Yo os conjuro, hermanos, llorad de una vez y ahorradme palabras incapaces de describir lo que no se puede narrar. Ved a ese hombre..., no hay un dolor que se parezca al suyo (Thren. 1,12).

Como consecuencia, aprendamos a hacernos dignos de la gracia de su testamento, aplicándonos a la penitencia. Ya está escrito, ya está firmado, ya es inmutable; Jesús ha dado su sangre para hacerlo

válido. Pero no, me engaño, falta una cosa todavía, hay una fuente de sangre y de gracia que no se ha abierto aún. Ven pronto, soldado, abre su corazón, corra la sangre, salga el agua sagrada del bautismo y de la penitencia, el agua de nuestras lágrimas piadosas. ¡Oh agua eficaz para lavar nuestros crímenes cuando se une con la sangre de Jesús! Brotad, aguas felices de la penitencia, pero mezclaos con la sangre de Cristo para lavar nuestras almas, porque aunque El la prodigó toda en su cuerpo, aún le queda la suficiente para llenarnos de ella en los sacramentos de la Iglesia.

c) Lo que Jesús nos deja 697

Lo que el Señor nos lega en su testamento es el perdón del pecado, y como quiera que para conseguirlo es necesario odiarlo, su primera manda es enseñarnos los motivos para que lo detestemos.

El primer motivo es ver lo que hace sufrir al Hijo de Dios.

El pecado lleva consigo una aversión a Dios y un íntimo apego a la criatura. Consiste en elegir a Barrabás y condenar a Cristo. Y todo ello hizo que nuestro Salvador sintiera el mayor de los suplicios, el abandono del Padre, que le obligó a exclamar: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?* (Mt. 17,46).

Prodigio inaudito, que un Dios persiga a un Dios y que un Dios tenga que quejarse de su soledad. El alma de Cristo se horroriza al ver a un Dios que le amenaza. ¿A quién recurriréis, oh Jesús? Ante la persecución de los hombres os arrojáis a los brazos del Padre, y éste os rechaza. Cristianos, este misterio significa que nosotros hemos abandonado al Dios vivo y es justo que El nos abandone con un sentimiento desdeñoso ante nuestro desprecio; de cólera, ante nuestros ultrajes, y de justicia, porque hemos violado sus leyes. Criatura, ¿te crees capaz de soportar el desdén, la cólera y la justicia de un Dios? Porque no lo eres, Jesús aceptó por nosotros tan pesada carga.

Reconozcamos que nuestros corazones están apegados a las criaturas y volvamos hacia Dios. Podíamos seguir considerando en la Pasión todos los motivos que encontramos para despegarnos de las criaturas, para entender de una vez, como dice San Juan, que el mundo no sólo es maligno, sino la misma malignidad (1 Io. 5,19). El mejor medio será comprobar cómo vomita todo su veneno contra el Señor, ver en su Pasión de qué sirve la amistad, la prudencia, las virtudes humanas.

Comencemos por los amigos y comprobemos cómo nos venden 698
por interés, nos pierden con el engaño, nos abandonan por debilidad o nos socorren según su gusto y no según nuestras necesidades.

El pérfido Judas representa la maldad del amigo que nos vende por interés. No me digáis que vosotros escogeríais mejor vuestras amistades. ¿Acaso seríais más prudentes que Jesús? Los amigos os adularán y os venderán por un beso.

Otros huirán de vuestro lado en el momento del peligro; ahí

tenéis a los apóstoles. «¡Oh corte, a quien predico este Evangelio! ¿No te conoces a ti misma en esta historia? ¿No conoces tus favores engañosos y tus amistades inconstantes?»

Más aún. Cuando la amistad quiere socorrer, socorre según su gusto y no según nuestra necesidad. Pedro, por ejemplo, saca la espada y no era así como podía ayudar al Señor, sino con humildad y obediencia perseverante.

El último golpe lo da también el amigo que después de haber seguido de lejos a Jesús, termina por renegar de El en la hora más triste. ¡Oh amistades engañadoras de los hombres! Y ¿qué decir de los indiferentes? Sólo una palabra, que el furor los arrastra a tomar la parte de los enemigos; así nos lo enseñan los romanos de la Pasión, hombres desgraciados, que sabían unir tan perfectamente sus pasiones y el interés del Estado.

699 ¿Y las virtudes humanas? Pilato era un hombre probo, pero ya veis que su virtud es incapaz de soportar una prueba. Tales son las virtudes del mundo; vigorosas hasta que se enfrentan con un gran interés. Amor imperfecto de la verdad y de la justicia. *¿Qué es la verdad?* (Io. 18,38), dice Pilato, y se marcha sin esperar la respuesta. No se trataba más que de una fórmula y no interesaba llegar al fondo.

Jesús condenado por la virtud imperfecta nos enseña a expiar nuestros defectos y fracasos vergonzosos. Bien nos conocía y por eso pide perdón para nosotros, porque no sabemos lo que nos hacemos.

Y aún nos queda el amor deshonesto, que también hizo sufrir a Jesús. Dirígese al Padre y le dice: *Tú conoces los oprobios que me han cargado* (Ps. 68,23). Delicias criminales, que convertís a Jesús en el varón de dolores.

700 d) Obligaciones que nos impone

El que quiera participar de la gracia de sus dolores debe sentir algo de ellos. El cargó con los principales, pero nos dejó que sufriéramos alguna prueba, y como quiera que no somos capaces de soportar el dolor corporal, se contenta con que nos hagamos partícipes de su pasión en el sacramento de la penitencia. Ya no admitiríamos los castigos que la Iglesia imponía antiguamente; admitamos siquiera el dolor de nuestros pecados. Cristianos, Jesús va a morir; ya dobla la cabeza, sus ojos se quedan fijos, ya expira, ya ha muerto, ya ha entregado el alma. ¿Hemos muerto con El ? ¿Hemos muerto al pecado? Pues comencemos entonces una vida nueva. ¿Hemos quebrantado nuestro corazón con una contrición perfecta? ¡Quién me diera, cristianos, imprimir estos sentimientos en vuestra alma! Si mis palabras no bastan, mirad a Jesús y a sus llagas. Ni aun siquiera os pido que miréis a Jesús crucificado, mirad su retrato, mirad a los pobres. Son su imagen más natural. Jesús sufre en ellos, muere de hambre con un inmenso número de familias pobres,

Jesús sufre su abandono y su desprecio. Todos los ricos debieran acudir a ellos, pero no, Jesús vuelve a sentir el abandono y a clamar: *Añadieron dolores sobre el dolor de mis heridas* (Ps. 68,31).

Señor, vuestra Majestad les conoce y vuestra bondad paterna testimonia sobradamente su emoción. Señor, no se canse vuestra Majestad; puesto que la miseria crece es necesario que aumente la misericordia, y puesto que Dios dobla sus azotes, necesario es que poblemos nuestros socorros.

D) María al pie de la cruz

Primer sermón para el Viernes de Dolores (cf. ed. Firmin-Didot, t.2 p.551-561).

a) Exordio 701

No hay espectáculo más conmovedor que la virtud afligida y serena, ni encontraremos jamás ambas condiciones tan unidas como en la Santísima Virgen. Observad las heridas de su corazón y la serenidad de su rostro. Los rayos del sol multiplican su fulgor al reflejarse, y los dolores del Hijo reflejados en el corazón de la Madre, deben tener más fuerza para conmover el rostro.

Es voluntad del Padre que María esté no solamente sujeta a la cruz por los mismos clavos que el Salvador, sino asociada al misterio que se cumple con su muerte.

Tres elementos concurren en el sacrificio del Señor: los sufrimientos de la víctima, la resignación con que se ofrece como sacerdote y la fecundidad con que nos engendra en la gracia. Los sufrimientos miran a su humanidad, que quiso cargarse de crímenes; la sumisión mira al Padre, a quien, obediente, quiere resarcir de la desobediencia que lo irrita; la fecundidad nos mira a nosotros, puesto que los dolores de un inocente nos devolverán la vida.

Animo, Señora; ánimo, Virgen incomparable; tomad parte en estos misterios, y vosotros, hermanos, ¿no veis cómo se coloca cerca de la cruz y con qué ojos mira a su Hijo? Esa mirada le da la muerte, y si se acerca al altar es porque quiere ser también inmolada. Cerca está de su Hijo, no con proximidad del cuerpo, sino con la comunidad de dolores. Allí la tenéis, junto a la cruz. Esta es la primera semejanza con el Señor, pero ¿desfallece? No. Estaba en pie, porque acepta los dolores y los ofrece. ¿Qué le falta sino que su Hijo le comunique su propia fecundidad? Pues oídlo: *Mujer, ahí tienes a tu hijo* (Io. 19,26). ¡Oh mujer, que sufres conmigo! Sé tan fecunda como yo; sé la madre de mis hijos, te los entrego sin reserva en la persona de mi discípulo. Yo los engendré con dolores como tú con amargura.

702 b) EL AMOR, FUENTE DE DOLOR

No me corresponde a mí hablaros de los dolores de María; meditadlos vosotros. Sólo os diré que del mismo modo que todo el gozo de la Santa Virgen consiste en ser Madre de Cristo, todo su martirio nace del mismo amor.

No hace falta preparar instrumentos de dolor como se prepararon a los mártires, que no pudieron prescindir de ellos para asemejarse a Cristo. Es apreciar muy poco el amor de María creer que necesita otra cosa que la misma cruz de su Hijo. ¡Oh Padre Eterno! ¿Quieres cubrirla de llagas? Haz que vea las de su Hijo, colócala al pie de la cruz y deja que hable su amor.

Para entender estas verdades debéis saber que el amor de la Santísima Virgen sobrepasa el amor natural de todas las mujeres. ¿Por qué aman éstas a sus hijos? La naturaleza supo unir maravillosamente los hijos a sus madres. En los primeros meses la vida pasaba por los mismos canales. Corrían ambos los mismos peligros, porque no formaban más que una misma persona. ¿Creéis acaso que al nacer rompe el hijo esta unión? No hay fuerza que pueda romper lo que la naturaleza unió tan fuertemente. Cuando la primera comunión termina, nace otra formada por los lazos del amor y la madre lleva al hijo como si no hubiese salido aún de sus entrañas, hasta el punto que basta que el hijo sufra para que el corazón de la madre salte.

703 Os pondré un ejemplo. Cuando la Cananea pide al Señor que cure a su hija sólo le dice: *Ten piedad de mí, mi hija está poseída por el demonio* (Mt. 15,22). Si quiere que se compadezca de ella, ¿por qué habla de sus aflicciones? Porque le basta pensar en las de su hija. «En ella padezco, sus dolores son los míos; a ella la atormenta el demonio y a mí la naturaleza, y los golpes que le infligen llegan hasta mí» (cf. SAN BASILIO DE SELEUCIA, *Sermón* 20, sobre la Cananea).

Pero he prometido hablaros de un amor más alto, pues los humanos no son más que sombras imperfectas comparados con el de María. El amor que la Santísima Virgen tuvo a su Hijo nació de la misma fuente de donde había brotado su fecundidad. La razón es evidente; todo el que produce algo, ama a su obra, y por eso las madres aman a sus hijos. Dinos, pues, ¡oh Virgen santa!, ¿quién te hizo fecunda? ¿Fué una virtud natural? No; es imposible. Oídselo a ella misma: *¿Cómo puede ser eso?* (Lc. 1,34). Oíd al ángel, que le contesta: *La virtud del Altísimo te cubrirá* (ibid., 35). Claro es, pues, que su fecundidad viene de arriba y de allí ha de venir su amor.

704 En efecto, fácil es comprender que la naturaleza no interviene allí para nada, que el amor de María hacia su Hijo y Dios no puede ser un amor natural. ¿Amará a Cristo como hombre, o como Dios? ¿Amará la divinidad a ese cuerpo que el Espíritu Santo unió a ella con lazos tan estrechos? Si la naturaleza no pudo unir a Dios y al hombre, ¿qué tiene que ver aquí? La naturaleza empuja, sí, a Ma-

ría a que ame a su Hijo, pero entre todos los movimientos que puede producir no se encuentra ni uno siquiera que sea digno del Hijo de María.

¿Qué queda, pues, ¡oh Padre Eterno!, sino que intervenga tu 705
gracia y obre ella lo que la naturaleza no puede? Tú hiciste fecunda a María, luego ensancha su corazón para que ame al Hijo como el Hijo se merece; Hijo que es el esplendor de tu gloria, imagen de tu substancia. Ya sabemos de dónde viene el amor de María, amor que sobrepuja a la naturaleza, amor tierno, amor que une, porque nace del principio de la misma unidad; amor que establece una comunicación perfecta entre Jesús y la Virgen santa, como existe una comunicación perfectísima entre Jesucristo y su Padre. El Padre y el Hijo participan en la eternidad de la misma gloria; la Madre y el Hijo participan en el tiempo de los mismos sufrimientos. El Padre y el Hijo disfrutan de la misma clase de placeres; la Madre y el Hijo viven un mismo torrente de amarguras. El Padre y el Hijo se sientan en un mismo trono; la Madre y el Hijo cuelgan de la misma cruz. ¿Quién ha hecho esto sino el amor? María y su Hijo son como dos espejos enfrentados que se reflejan mutuamente en una especie de emulación multiplicando sus imágenes hasta lo infinito. Los dolores de María afligen a Jesús y los de Jesús a María; la compasión del Hijo aumenta la de la Madre y la de la Madre los sufrimientos de su Hijo.

¡Padre Eterno! No tenéis por qué eclipsar el sol si pensáis en María, ni por qué apagar las luminarias del cielo. Ya no hay luz para esta Virgen. No es necesario que sacudáis los cimientos de la tierra, ni que cubráis de horror la naturaleza, ni que amenacéis envolverla en el primer caos, porque después de la muerte de su Hijo no hay ya para ella sino tinieblas.

Esto es lo que debe enseñarnos la cruz de Cristo. Si sentimos sus dolores, el mundo no tendrá dulzuras para nosotros.

c) Resignación de víctima 706

Existen tres casos de resignación. Una en la que desaparece la tristeza; otra en la que la tristeza perdura, y a pesar de la resignación el alma está turbada; en la tercera no desaparece el dolor, pero el alma no sufre turbación alguna. San Pablo es un ejemplo del primer estado cuando dice que estaba lleno de consuelo y nadaba en gozo (2 Cor. 7,4). Del segundo dice Tertuliano que la paciencia combate con el dolor y se turba con el mismo esfuerzo que hace para no turbarse (cf. *De anima*, 10). El tercer estado es un milagro de Dios. En el primero existe la tranquilidad que destierra el dolor; en el segundo, un dolor que impide la tranquilidad, y en el tercero, dolor y tranquilidad se unen.

Os pondré un ejemplo. Dios, unas veces calma las aguas, como en el milagro de la tormenta; otras, no calma las aguas, pero da a San Pedro poder para andar sobre ellas, aunque se turba y tiene

El que socorrerle; en el tercer caso permite que el viento le agite y las olas le sacudan, y, sin embargo, camina sereno sobre el mar. Lo mismo ocurre en la pasión. Permite que el dolor le combata y se mantiene sereno.

707 Levántanse contra la Santísima Virgen olas que parecen amenazar el cielo atacando su constancia y que abren abismos espantosos de muerte. María no quiere evitar el dolor, porque le asemeja a su Hijo, no quiere limitar sus penas porque no puede sujetar su amor, no quiere que la consuelen porque su Hijo no admite consuelos. Sin embargo, levántense las olas, bramen los vientos; el Espíritu Santo no permitirá que su templo tiemble, porque *ha puesto sus cimientos en lo más alto de las montañas altas* (Ps. 86,1), y esa más alta parte del alma donde plantó su tienda no perderá jamás su serenidad. Os voy a explicar el motivo. San Juan Crisóstomo se maravilla de que el Señor tiemble en el huerto y después en la cruz se dedique sereno a orar, a salvar un ladrón, a consolar a los suyos, a enumerar las profecías...

708 Es que en el huerto se consideraba, como víctima, cargado con los pecados, mientras que en la cruz es el sacerdote que ofrece el sacrificio (cf. SAN AGUSTÍN, *Tract.* 60 *in Io.*). Pero no creáis que su obra termina en sí mismo, puesto que inspira los mismos sentimientos a su Madre, que debía también ofrecer la muerte de Cristo. Aprended, hermanos, a ofrecer a Dios lo que os sea más querido.

Ya había sacrificado toda su vida desde la profecía de Simeón. Miradla. Ella os dirá que no salgáis de este lugar sin ofrecer vuestros más caros afectos. No temáis, os devolverá ciento por uno, porque María también recibe más de lo que da. Pronto le devolverá Dios su Hijo amado, y mientras se lo quita sólo por tres días, le entrega la cristiandad entera.

709 d) FECUNDIDAD DE MARÍA: «AHÍ TIENES A TUS HIJOS»

El Apocalipsis nos habla de una mujer que da a luz en medio de grandes gritos (12,1). San Agustín ve en esta mujer a la Santísima Virgen (cf. *Sermón* 4.º *de Simp. ad catech.* c.1).

María dió a luz a Cristo y a todos los cristianos: al inocente, sin dolor; a los pecadores, en medio de grandes sufrimientos. Le cuestan su Hijo unigénito.

Jamás podremos admirar suficientemente el amor de Dios que engendró en la eternidad un Hijo consubstancial a El, y, cuando parecía agotada su fecundidad—¡oh misericordia del Padre, que tiene ya un Hijo tan perfecto!—, adopta a todos los hombres, dándolos por hermanos a su primogénito. Más todavía: en el Calvario entregó a su Hijo natural para salvar a los adoptivos. *Tanto amó Dios al mundo, que le entregó su Hijo unigénito* (Io. 3,16) para que los que crean no perezcan. Hijos de adopción, ¡cuánto costáis al Padre Eterno!

Pero no creáis que María salió mejor librada, porque es la Eva 710
de la nueva alianza y es necesario que vea morir al primero de sus hijos. Por eso la llama la Providencia al pie de la cruz.

San Paulino de Nola, hablando de su pariente Santa Melania, a la que sólo le quedó un hijo de los muchos que había tenido, describe su dolor, diciendo: «Quedó con un hijo, resto desgraciado de una gran desgracia, y que, muy lejos de consolarla, no servía sino para agriar su dolor, pues parecía que se lo había dejado para recordarle su luto» (cf. *Ep.* 29 *a Severiano)*. ¿No os parece que estas palabras se escribieron para aplicarlas a María? Mujer, ahí tienes a tus hijos. ¡Ah!, dice ella, es el último adiós, pero ¿qué hijo me das en tu lugar? ¿Es necesario que Juan me cueste tan caro?

Ya lo entiendo, Salvador divino; no has querido consolar a tu Madre, sino convertir su llanto en inmortal. Un amor acostumbrado a Dios, al encontrar en su lugar a un hombre, echará de menos lo que le falta, y ese hijo que le das no será más que el recuerdo de su desgracia. Palabra que mata y palabra que la fecundiza. Señora, mueres, pero te conviertes en Madre de todos los cristianos. Con acero y con fuego han sacado de tus entrañas a tus nuevos hijos.

Y tú, cristiano, *no te olvides de los gemidos de tu Madre* (Eccli. 7,29).

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. LAS PROFECIAS MESIANICAS

Fundamentalmente son tres, a saber: el salmo 21, que «ha sido considerado por la Iglesia desde los tiempos más antiguos como el gran salmo de la Pasión, y ciertamente es el salmo por antonomasia del Viernes Santo (cf C. A. GRIGGS, *The Book of Psalmes* [International Critical Commentary] I. Edimburg 1907, p.190); el poema dramático del Siervo de Yahveh, de Isaías, que abarca, según el P. RAFAEL CRIADO, S. I. (cf. *La Sagrada Pasión en los profetas*, Escelicer 1944), cuatro cantos, a saber: 1.º, Is. 42,1-4; 2.º, Is. 49,1-6; 3.º, Is. 50,4-9; 4.º, Is. 52,13 y 53,1-12, y, por último, la transfixión y el movimiento de los pueblos hacia el Mesías (Zach. 12,10 ss.).

Damos a continuación una antología de estas profecías mesiánicas utilizando las traducciones del autor citado.

711

A) *El salmo 21*

a) ABANDONADO

¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?
Lejos estás de mi clamor,
lejos de mis gemidos.
¡Dios mío! ¡Clamo de día y no me oyes,
de noche no me escuchas!

b) LA IGNOMINIA DE HABER CREÍDO

Yo, en cambio, soy un gusano, no un hombre,
oprobio para todos, desprecio de la nación.
Todo el que me ve gesticula burlándose,
abre despectivo sus labios, menea la cabeza.
¿Se entregó a Dios? ¡Pues que le libre!
¡Sálvele, ya que le quiere!
¡Sí, por cierto! Tú eres mi conductor desde que nací,
Tú mi esperanza desde los pechos de mi madre.
A tus cuidados me entregaron ya en mi gestación,
desde que alenté en el seno materno, Tú eres mi Dios.
No estés lejos de mí, que el apuro es presente,
estáte cerca, que no tengo ayudador.

c) EL PAROXISMO DE LOS ENEMIGOS

Me rodean novillos numerosos,
toros de Basán me cercan.

Han abierto hacia mí su boca
como león rugiente que roba.
Agua vertida soy
y mis huesos todos desconyutados.
El corazón se me ha puesto como cera,
derretido dentro de mi pecho.
Mi paladar, reseco como el barro cocido;
mi lengua, aglutinada con mis fauces;
pueden echarme a tierra, exánime.
Pues son perros los que me rodean,
sociedad de malvados la que me da vueltas;
han atravesado mis pies y mis manos;
Y mientras yo puedo ir contando mis huesos,
ellos me miran y se fijan con fruición en mi espectáculo.
Se reparten mis vestidos,
echan suertes sobre mi túnica.

B) Los frutos de la redención 712

He aquí que mi Siervo tendrá éxito,
sobresaldrá, se levantará, quedará muy alto.
Así como muchos se horripilarán con motivo de él
por desfigurado, de modo que su aspecto no era de hombre.
Ni su figura, humana.
Así pondrá admiración a muchos pueblos,
por causa de él reyes cerrarán la boca,
porque están viendo sus ojos lo que jamás se oyó contar.
Y comprueban lo que nunca se narró.
¿Quién ha dado crédito a nuestro mensaje?
¿Y el poder de Dios a quién fué revelado?
Porque creció como un retoño delante de El,
como un brote de tierra seca:
No tenía figura, ni menos aún magnificencia para que lo mirásemos,
ni aspecto para que nos atrajese.
Fué despreciado y el último de los hombres,
varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento.
Y como uno delante del cual se cubre el rostro,
fué despreciado y nosotros no hicimos cuenta de él.
Sin embargo, nuestros padecimientos él los ha cargado,
y nuestros dolores él los ha llevado sobre sí.
Mientras que nosotros le teníamos por castigado,
por punido de Dios y de él atormentado.
Pero en realidad él fué atravesado por nuestros pecados.
Molido a golpes por nuestras maldades.
La corrección que había de producir nuestro bienestar, cargó sobre él,
y a costa de sus cardenales hubo salud para nosotros.
Todos nosotros andábamos errantes cual ovejas,
cada uno de nosotros íbase su camino.
Pero el Señor hizo caer sobre él
la culpa de todos nosotros.
Fué maltratado, pero accedió a ella
y no abrió su boca;

Cual cordero que es conducido a la carnicería
y cual oveja delante de sus esquiladores
calló él y no abrió sus labios.
Después de la prisión (el prendimiento) y del juicio, quitáronlo de en medio.
Y ¿quién se preocupa ya de su suerte?
Porque, en efecto, fué separado de la tierra de los videntes,
por causa del pecado de su pueblo fué maltratado hasta morir.
Se quiso darle sepultura con los malhechores,
pero con el rico fué su sepulcro.
Porque no obró injusticia,
ni en su boca se encontró engaño.
Pero plugo a Yahvé pulverizarlo con el dolor...
Si da su vida como sacrificio por el pecado,
habrá de ver posteridad, vivir largos años,
y el deseo de Yahvé quedará realizado por él.
Contemplará la luz cuando salga de la tribulación de su alma,
saciará con su conocimiento a muchos,
Justificará mi Siervo a muchos,
sus pecados los cargará sobre sí.
Por esto le voy a asignar como porción suya esos muchos,
recibirá como botín innumerables;
por haber derramado su vida hasta morir
y haber sido contado entre los malhechores,
siendo así que cargó con los pecados de muchos
y que intercedió en favor de los pecadores.

713 ### *C) La transfixión (Zach. 12,10)*

«Sobre la casa de David y los habitantes de Jerusalén derramaré yo un espíritu de gracia y de implorar misericordia; y ellos mirarán al que traspasaron».

II. FIGURAS DE LA PASION

714 ### *A) El mancebo de la sábana*

Cuando llevaban a Jesús entre denuestos y golpes hacia el palacio de los pontífices, al trasponer la linde de Getsemaní, una vagorosa y fugitiva sombra, casi fantasmal, cruzó desnortada ante el armado tropel. Corrieron tras ella guardias y soldados, sin conseguir apresarla. Uno de los esbirros logró asir un blanco cendal de lino, que quedó en sus manos flotando al viento de la madrugada, mientras huía veloz y desnuda la figura de un adolescente. ¿Quién fué aquel misterioso espectador? Indudablemente salió de alguna casa vecina, cubierto tan sólo por una sábana, atraído por el rumor y los gritos. Muchas hipótesis se han levantado en torno a la personalidad del misterioso joven. El hecho de usar sábana de lino revela que se trataba de una persona rica (cf. HERODOTO, II 95, y EUSEBIO, *Hist. Ecles.* VI 40,7), pues las clases populares, como los apóstoles, dormían envueltos en sus pro-

pios vestidos. La mayoría de los comentaristas identifican al anónimo viandante con Marcos, fundándose en la circunstancia de que su Evangelio es el único que refiere la curiosa anécdota (Mc. 14,51-52; cf. GRIMM, *Geschichte des Leidens Iesu* I 486 ss.). Piensan asimismo que el huerto de Getsemaní con su casita pertenecía a la familia de Marcos y allí descansaría el jovenzuelo aquella noche primaveral. Otros autores se inclinan por Lázaro, el resucitado de Betania (cf. FILLION, *Vida de Jesucristo* t.4 p.208); por el joven rico, aquel a quien sus riquezas impidieron seguir a Jesús (Mt. 19,16-30); por San Juan Evangelista (cf. BEDA, *Super Mc.)*; por Santiago, hermano del Señor (cf. S. EPIFANIO, *Haeres.* 87 y 13), o incluso por Saulo, el futuro Pablo (cf. FILLION, ibid.).

B) *Claudia Prócula* 715

Pilato tuvo dos mujeres. La primera fué Marcia, primogénita de un rico cliente de su padre, llamado Gaio Marcio, quien desarrollaba entonces en Roma importantes negocios mercantiles. Contrajo con ella matrimonio hacia el año 2 de la era cristiana, es decir, a los veintidós de edad. Desgraciadamente esta esposa falleció de parto, apenas cumplido un año de vida conyugal. Al regresar de la campaña contra los alemanes siete años después, Pilato contrajo segundas nupcias con Prócula o Procla, nombre que nos ha sido conservado por el Evangelio apócrifo de Nicodemo (cf. AURELIO DE SANTOS OTERO: BAC, *Los Evangelios apócrifos* p.434). Aunque hay quien la supone originaria de la familia imperial de los Claudios, parece más probable la teoría de que era oriunda de la *Gallia bracata*, aun cuando su familia gozaba de los mismos derechos que los ciudadanos romanos. De su matrimonio con Pilato tuvo tres hijos (cf. FRANZERO, *Memoirs of Pontius Pilate* p.93), de los cuales uno murió casi recién nacido; otra hija se casó con Gaio Quinto, y el más pequeño se incorporó como oficial a la Legión Nona.

«Provisionalmente se había prohibido a los empleados romanos llevar a sus esposas consigo a las provincias. Mas desde Augusto la prohibición perdió su vigor (cf. TÁCITO, *Annales* III 33). Regularmente Prócula estaba con su esposo en la Cesarea marítima; pero en esta ocasión le había acompañado a Jerusalén para las fiestas de la Pascua. Probablemente oiría hablar de la entrada solemne del Mesías, si es que ella misma no era prosélita» (cf. KETTER, *Figuras femeninas de la vida de Jesús* [Madrid, Atenas] p.236).

«Prócula, siendo mujer, no podía intervenir directamente en la marcha del proceso. Compareciendo personalmente habría perjudicado más bien que ayudado a la causa de Jesús, porque los contrarios habrían interpretado este paso como deseo de influir en el ánimo del juez. Pero nadie podía prohibirle enviar un recado a su esposo.

No hemos de explicar el sueño necesariamente por causas sobrenaturales, como otros referidos en la Biblia. Sin embargo, el hecho de que esa mujer padeciera tanto en sueños a causa de Cristo, nos hace sospechar que también estando despierta se había ocupado mucho de la persona y de la suerte de Jesús. Expositores más tardíos expresaron una opinión insostenible, a saber: que el diablo quiso evitar por medio de este sueño el sacrificio redentor de Cristo. Dadas las circunstancias especiales, se necesita tener espíritu de confesor para atreverse a llamar «justo» a Jesús. Por el mensaje tuvo que ver Pilato que su esposa juzgaba al reo de una manera diferente que la turba fanática de los judíos y sus cabecillas. La incertidumbre del juez creció de punto. Esforzóse aún más para inhibirse y soslayar la situación des-

agradable, sea como fuere. La postura de su esposa habría podido servir a Pilato, en el mejor de los casos, como respaldo, porque no le exigía torcer ni lo más mínimo la justicia. Con la percepción más fina de mujer sentía ella la desgracia que se acercaba, y con la solícita preocupación de esposa procuraba defender de la misma a su marido. No lo logró. Mas por su intervención a favor del «justo» expió ella como mujer algo de la gran injusticia de que se hizo culpable Pilato al condenar a muerte al Inocente» (cf. P. KETTER, o.c., p.236-240).

716 ### *C) Simón Cireneo*

La madre Emmerich en sus revelaciones nos ha dejado una bella semblanza de este personaje, inmortalizado por el Evangelio. «Entonces—dice—vieron a poca distancia a un pagano, llamado Simón de Cirene, acompañado de sus tres hijos, que llevaba bajo el brazo un haz de ramos, pues era jardinero y volvía de trabajar en los jardines, situados junto al muro oriental de la ciudad. Todos los años venía a Jerusalén por la Pascua, con la mujer y los niños, y vendía setos como los otros hortelanos. Se encontró de pronto en medio de la multitud, de la que no pudo desasirse. Cuando los soldados se dieron cuenta por su indumentaria que era pagano y jornalero de clase inferior, se apoderaron de él y le obligaron a ayudar al galileo a llevar la cruz. El al principio se opuso y mostró gran repugnancia, pero hubo de ceder a la fuerza. Los niños gritaban y lloraban, pero algunas mujeres que los conocían los tomaron a su cargo.

Simón sintió gran disgusto por el triste estado de Jesús y por sus ropas manchadas de cieno, pero el Señor gemía y lo miraba con aspecto conmovedor. Entonces el Cireneo le ayudó a levantarse y los verdugos cargaron un brazo de la cruz sobre las espaldas de Simón. El seguía inmediatamente a Jesús, a quien se había aliviado del peso...

El cortejo tornó a reanudar su camino. Simón era un hombre robusto, de unos cuarenta años. Llevaba la cabeza al aire. Se cubría de una túnica corta con cinturón de tela. Sus sandalias, ligadas en torno a las pantorrillas con cintas, terminaban en punta. Sus hijos lucían vestiduras policromas. Dos eran mayores; se llamaban Rufo y Alejandro, y más tarde se unieron a los discípulos del Señor. El tercero era pequeñito, y lo he visto, todavía muy niño, con San Esteban. Simón no llevó mucho tiempo la cruz detrás del Señor sin sentirse profundamente conmovido» (cf. EMMERICH, *La dolorosa Passione* [Bérgamo 1949] p.331-332).

717 ## III. EL PROCESO DE JESUS

«Salomón Zeitlin, profesor de Literatura Rabínica en el colegio Dropsies de Filadelfia, ha publicado en la revista judía *The Jewis Quarterly Review* varios artículos, escalonados entre los años 1941-1945. También él sostiene que la condenación de Jesús fué obra exclusiva de Pilato. El único delito imputable a los judíos sería el haber entregado a Jesús al tribunal romano, pero esto mismo no lo habría hecho un Sanhedrín religioso, sino un tribunal civil que obraba bajo la presión romana.

Según este autor, hay que distinguir en la Palestina posterior al destierro dos tribunales distintos: uno, religioso, llamado Bet Din en hebreo y Kri-

terion o Dikasterion en griego, y otro, civil, llamado Synedrion. Sólo después de la destrucción de Jerusalén por los romanos el año 70 de nuestra era se llamó Sanhedrín al tribunal religioso.

El Synedrion civil era un tribunal que sólo se convocaba cuando hacía falta. Mientras Palestina estuvo gobernada por reyes, era el rey quien convocaba el tribunal. Después que Judea fué convertida en provincia romana, a pesar de la presencia en el país de un procurador romano. los asuntos internos de Palestina estaban en manos del sumo pontífice. El era, por lo mismo, quien convocaba el tribunal civil.

El Bet Din o tribunal religioso constaba de dos magistraturas. Una, compuesta de setenta y un jueces, era un cuerpo legislativo, cuya función se limitaba a la interpretación de la ley bíblica. Fuera de eso, sólo actuaba cuando se trataba de juzgar al jefe del Estado o al sumo sacerdote o en juicios por ofensas contra el Estado o el templo. Sus reuniones se celebraban bajo la presidencia del Nasí en un departamento del templo, que se llamaba «la cámara de la piedra rota».

La otra magistratura se encontraba en todas las ciudades importantes de Judea, y formaba tribunales de veintitrés miembros, encargados de juzgar los delitos que exigían pena capital. La ejecución podía revestir una de estas cuatro formas: lapidación, incineración, decapitación y estrangulación. El tribunal celebraba sesión todos los días de la semana, excepto los sábados y días de fiesta y la víspera de estos días. Podía una persona ser juzgada y absuelta en un mismo día, pero no podía ser condenada en el mismo día en que había comenzado el juicio. Por esta razón, no se reunía el tribunal en víspera de fiesta.

Ninguna de estas reglas se observaban en el tribunal civil. Mientras los miembros del tribunal religioso eran doctores que habían pertenecido previamente a otros tribunales inferiores, los del Synedrion eran elegidos a discreción del jefe del Estado, que sólo se preocupaba de buscar personas dispuestas a secundar sus deseos. No era necesario que estuviesen enterados de las leyes judías, y podían reunirse en cualquier lugar y a cualquier hora.

Se discute si el tribunal religioso tenía en tiempo de Pilato la facultad de imponer penas de muerte. Zeitlin opina que sí, y niega esta facultad únicamente al tribunal civil o Synedrion.

De la presencia de soldados de la cohorte romana entre los que prendieron a Jesús deduce Zeitlin que no fué detenido por orden del tribunal religioso, sino del Synedrion. Por eso no se tuvieron en cuenta las reglas del Bet Din en cuanto al lugar, día y hora del interrogatorio.

Cuando el sumo sacerdote procedió contra Jesús y lo entregó a la autoridad romana, habría obrado movido por el temor de verse acusado por los dominadores romanos como cómplice de la rebelión. Caifás, como sumo sacerdote, era responsable personalmente ante el procurador romano de la obediencia de los judíos a la autoridad del invasor. El y algunos príncipes de los sacerdotes que con él colaboraban eran los Quislings de aquellos días. El pueblo judío no pudo ser moralmente responsable de la crucifixión de Jesús. El mismo San Lucas dice que cuando llevaban a Jesús camino del Calvario, «le seguía una gran muchedumbre del pueblo y de mujeres que lloraban y se lamentaban por El».

La condenación y la ejecución de Jesús reviste una forma netamente romana (cf. Excmo. y Rvdmo. Dr. D. Jesús Enciso Viana, *Por los senderos de la Biblia. Jesucristo* [Studium, 1957, Madrid] p.187-189).

718

IV. UN LIBRO DE VALOR EXCEPCIONAL SOBRE LA TORRE ANTONIA

Tal es *La Forteresse Antonia à Jérusalem et la question du Prétoire*, que como tesis doctoral presentada en la Facultad de Letras de París ha publicado recientemente, en febrero de 1956, en Jerusalén la madre María Aline de Sión. De este libro eruditísimo tomamos, extractándolas, las principales conclusiones (cf. p.269-271).

Antes de la excavaciones efectuadas sobre el emplazamiento de la Antonia, es decir, en una época en que la localización del pretorio de Pilato sólo podía investigarse a la luz de algunos textos históricos y sobre indicaciones del Evangelio, un gran número de sabios y de exegetas habían optado por la Antonia, a pesar de la ausencia de documentación arqueológica. Su decisión se fundaba en la verosimilitud resultante de los hechos evangélicos y de la situación política y religiosa de Jerusalén en la Pascua del año 30. Esta verosimilitud dejaba lugar a una duda: ¿El concepto moderno de *pretorio* podía «a priori» aplicarse al palacio herodiano de la ciudad alta? Pero sus razonamientos no tenían en cuenta ni las circunstancias de tiempo y de persona, ni la topografía especial de Jerusalén, ni la arqueología de los lugares puestos a discusión.

Abiertas las excavaciones de la Antonia, los primeros descubrimientos revelaron las líneas directrices del edificio, del que se pudo desde 1933 indicar la ordenación general y la arquitectura. Hoy, después de veinte años de investigación, se conoce la distribución interior y los principales detalles arquitectónicos del palacio fortaleza.

Se ha renovado así el problema de la localización del pretorio. Las conclusiones tenidas hasta entonces por simplemente verosímiles se han visto confirmadas desde que, en el cuadro del gran *atrium* de la Antonia, se ha intentado adaptar al suelo el desarrollo de las escenas evangélicas. Y el problema, tal como se plantea en nuestros días, ha dejado lejos de sí las interpretaciones y los razonamientos apoyados sobre el culto exclusivo de los textos.

La evolución histórica del concepto *pretorio* en el mundo romano no nos interesa más que en la medida, en que era conocido de los evangelistas. Si se tiene al término *pretorio* por sinónimo de «residencia del procurador romano», muchos textos parecen fijar esta residencia unos en el palacio de la ciudad alta, otros en la Antonia. Limitándonos al plano histórico, estaríamos reducidos a la incertidumbre si el examen de las circunstancias particulares de la Pascua del año 30 no dirimiera el equívoco a favor de la Antonia. Al venir a Jerusalén para vigilar el *hieron*, hogar habitual de las sediciones judías en el momento de las fiestas religiosas, Pilato, celoso de conservar el favor de Tiberio, tenía como su mayor preocupación la de mantener el orden. Entre los dos palacios que le ofrecían una instalación igualmente lujosa, el uno dominando inmediatamente el templo, el otro situado en la extremidad opuesta de la ciudad, es verosímil que el procurador haya optado por el primero, es decir, por la Antonia.

Esta razón de simple buen sentido ha sido confirmada por los datos topográficos de los lugares en cuestión. Los indicios de localización proporcionados por los evangelistas pueden ser, *grosso modo*, los tres testimonios *aulé*, *lithostrotos* y *gabbatha*. Estos términos y su contexto se adaptan al plano

y al sitio de la Antonia, tal como los han restituído las excavaciones. Cuando, por el contrario, se intenta aplicarlos al palacio de la ciudad alta, nos encontramos reducidos, en ausencia de positivos vestigios arqueológicos, a un verdadero caos de hipótesis.

Se debe fatalmente recurrir a un expediente análogo al evocar en el cuadro incierto del mismo palacio el desarrollo de las escenas del pretorio. En la Antonia, por contraste, se pueden localizar de una manera adecuada no sólo la trama general de los relatos de la Pasión, sino hasta los menores detalles. Desde el principio del siglo IV, por lo demás, la tradición primitiva, en ausencia de todo vestigio visible, ha buscado el pretorio cerca del emplazamiento de la Antonia. Dicha tradición se renueva definitivamente en la Edad Media, persistencia tanto más llamativa cuanto que ninguna tradición ha intentado nunca localizar el pretorio en el palacio de la ciudad alta.

Ninguno de estos argumentos tiene, sin embargo, el valor decisivo que sólo daría la evidencia. Porque—es preciso decirlo con toda imparcialidad—en el problema de la localización del pretorio evangélico ninguna prueba absoluta permite decidir categóricamente entre la Antonia y el palacio de la ciudad alta. Pero, a defecto de criterios decisivos, el problema se esclarece con presunciones que dan los argumentos de orden histórico, exegético, topográfico y arqueológico. Ahora bien, estos argumentos están todos en favor de la localización del pretorio en la Antonia. Nos encontramos en presencia, no de una prueba perentoria, sino de un haz de razones concordantes, de las que una sola bastaría para motivar la convicción, y que se refuerzan por su concordancia misma.

Se puede, pues, a reserva de las modificaciones de opinión que pudieran aportar nuevos descubrimientos, afirmar que en el estado actual de la ciencia y ante los recientes datos arqueológicos, no sólo ninguna razón se opone a que se tenga a la Antonia por el lugar del pretorio evangélico, sino que, por el contrario, los argumentos convergen todos en favor de esta localización.

V. MORTON DESCRIBE LA "VIA DOLOROSA" 719

Tomamos de la reciente traducción del libro de Morton *De viaje con Jesucristo* (cf. ed. de la Compañía Bibliográfica Española [Madrid 1956] p.228-230) una de las más bellas descripciones.

«La «Vía Dolorosa» resultó piadosamente corta, apenas unos mil pasos. Iba desde el pretorio a la puerta de Genath. Por la parte de afuera de esta puerta, y a corta distancia de las murallas de la ciudad, junto a la vía principal que entraba en Jerusalén procedente del norte, había un lugar llamado Gólgota, el «lugar de la Calavera». En ninguno de los cuatro Evangelios hay nada que permita suponer que el Gólgota fuese un cerro, pero es el caso que por tal se ha tenido. Las gentes que llenaban las calles cercanas al pretorio, verían la horrorosa y ya tan vista comitiva de la muerte. Rompía marcha un centurión a caballo, al mando de media compañía de la Doce Legión, que iba abriéndose paso a través de las estrechas calles. Tras él, venía andando un legionario, llevando un cartel en una pértiga. El cartel, en fondo de yeso blanco, tenía escrita en rojo la breve relación de los crímenes cometidos por los que iban a morir.

Venía, después, Jesús, con el travesaño de la cruz a cuestas, ya sin la clámide escarlata de sus afrentosas burlas, sino, como nos dice San Mateo, con su propia ropa. Una tradición muy antigua afirma que llevaba una tú-

nica negra, ceñida a la cintura con un cinturón de cuero, y que bajo la misma tenía puesta la vestidura que, para escarnecerle, le había dado Herodes. No llevaba puesta la corona de espinas, que traía uno de los verdugos a fin de coronarlo, de nuevo, en la cruz. Rendido por tanto padecer y emoción tanta, Nuestro Señor no podía seguir al mismo paso de la comitiva, y parece que, al obligar a Simón el de Cirene a que echase una mano, podemos descubrir un rasgo de humanitarios y buenos sentimientos en el centurión Longinos, que bien pronto había de dar testimonio de la divinidad de su Reo y abrazar la fe cristiana.

Seguían los dos ladrones, llevando los travesaños de sus cruces, y tras ellos, marchando de seis en fondo, venía el resto de la media compañía con sus espadas al hombro. Los sanedritas, que sin duda estarían deseosos de gozarse de su propio triunfo, seguían al final de la comitiva. Pero, al llegar a la puerta de Genath, pusieron sus blancas mulas al trote y, así, siguieron hasta el Gólgota.

Bajo el sol de una mañana de primavera, mientras los vencejos volaban sobre las murallas de Jerusalén. como en el mes de Nisán, aún hoy lo hacen, claváronse tres cruces al otro lado de la puerta de la ciudad. Aquellos que allí estaban «mirándole desde lejos» se taparon los ojos con el corazón hecho pedazos. Y las horas pasaban. Bajo la cruz, los soldados agitaban los dados en un casco, echando a suertes la túnica inconsútil. Tumbados en el suelo del Gólgota, a la hora de mayor calor, comían pan y queso, bebiendo su vino avinagrado. Y oyeron cómo brotaban aquellas palabras de divina misericordia de los labios del Hombre abandonado:

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

A las tres de la tarde, los sanedritas se fueron a Pilato a pedirle el «crurifragium», a fin de que no quedasen los cuerpos en la cruz hasta el anochecer, aquel anochecer que también iba a ser (¡bien lejos estaban de figurárselo!) el comienzo de un nuevo día. Y los soldados aceleraron la muerte de los ladrones, «pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas».

720 VI. EL "VIA CRUCIS", DEVOCION ESPAÑOLA

«Pese al silencio de los historiadores sobre la acción de España en la evolución progresiva del Vía Crucis, desempeña ésta un papel importantísimo en la misma.

Primero con los previacrucis. La fachada de las «Platerías» de Santiago y las «Ermitas» de Escalaceli son anteriores a los Vía Crucis de que nos hablan H. Thurston, J. Beaufays, Ignace María, Hoornaert, etc., en el extranjero.

Luego con los *Vía Crucis propiamente dichos*. La huerta murciana con sus flores y encantos naturales y Alcorisa con sus olivares y viñedos tendrán siempre un puesto de honor en la historia de la espiritualidad por haber sido con toda probabilidad la cuna del primer *Vía Crucis* propiamente dicho la una, y del primer Calvario con Santo Sepulcro y trece estaciones más, la otra.

En eso no comulgamos con el P. Atanasio López, que dice en la revista *Eco Franciscano:*

«De buen grado reconocemos que España no fué de las primeras naciones que adoptaron tan piadosa costumbre, si bien es innegable que más tarde se propagó aquí más que en ninguna otra parte».

El P. Atanasio había leído los historiadores franceses y alemanes que hablan de la serie de esculturas dolorosas de Adam Kraft y de las siete columnas de Rodas y de los *septem cassus* de Pedro Sterck...

Mas ni las esculturas del taller de Kraft, ni las columnas de Rodas, ni los *septem cassus* de Sterck merecen el nombre de *viacrucis* propiamente dichos.

Y aun en el supuesto de elevarlos a la categoría de tales, serían todos ellos posteriores a la fachada de las «Platerías» (siglos XI al XII) y a las «Ermitas» del Beato Alvaro (1420), que tendrían el mismo derecho, sobre todo estas últimas.

Digámoslo, pues, bien alto: España fué la que echó los cimientos del Vía Crucis en Santiago y Escalaceli. España fué la que primero puso en práctica las doctrinas de Adricomio en Santa Catalina del Monte, de Murcia. España fué la que empezó a erigir viacrucis por los claustros de los conventos. Primero en Murcia y luego en el de franciscanos de Herbón—Galicia—y en otros. España fué la que popularizó esta práctica tan piadosa levantando el primer viacrucis por las calles y montes, haciendo de él el alma de la espiritualidad del siglo XVII. Lo reconocen los mismos extranjeros. Dejemos la palabra, por ejemplo, a aquel fraile de porte modesto que San Alfonso María de Ligorio no dudó en apellidar el gran misionero del siglo XVIII, San Leonardo de Puerto Mauricio. En un momento de comunicación y sencillez franciscana deja resbalar la pluma y escribe en su libro *Vía Crucis explanado:*

«Siendo informado por algunos religiosos españoles... de cómo en los reinos de España eran erigidos por nuestros religiosos los viacrucis aún en los lugares no sujetos ni dependientes de la Orden con inmenso provecho de las almas de aquellos reinos, habida esta noticia se encendió en mi corazón un santo deseo de procurar un bien tan grande para nuestra Italia y aun para todo el mundo».

¡Eso dice el apóstol del Vía Crucis! El que erigió personalmente 572 y dió para el Vía Crucis hecho procesionalmente las recomendaciones que la Sagrada Congregación de Indulgencias adoptó y estableció como reglas.

Pero hay todavía más: España fué probablemente la que fijó en catorce el número de estaciones. Y, sin duda ninguna, la que escribió el primer manual para el Vía Crucis tal como lo practicamos hoy.

Podemos, pues, exclamar, mientras no se nos demuestre lo contrario: España, siempre fecunda en devociones populares, fué también con toda probabilidad la madre y la cuna del Vía Crucis» (cf. CESÁREO GIL ATRIO, en *Archivo Ibero-Americano*, año XI [enero-marzo 1951] n.41 p.90-92).

VII. CORAZON ESTIGMATIZADO CON LOS INSTRUMENTOS DE LA PASION 721

Sorprendente ha sido en la historia la singularísima estigmatización plástica del corazón de Santa Verónica Giuliani. He aquí como la refiere JOHANNES MARIA HOCHT en su primoroso libro *Los estigmatizados* (cf. trad. de Ediciones Fax [Madrid 1954] t.2 p.69-71).

«Trece años después, el Sábado Santo de 1727, algunos meses antes de su muerte, reveló Verónica a su confesor, P. Guelfi, que se lo había mandado por obediencia, que durante los días de la Semana Santa se le había impreso en el corazón la figura de dos llamas y un estandarte con las

iniciales de los santos nombres de Jesús y de María; que, además, hacía tiempo llevaba grabados otros signos.

El confesor quiso poseer un documento auténtico de todas las declaraciones de la Santa para poder comprobarlas después de su muerte; así, pues, le ordenó que hiciera un dibujo de su corazón, tal como se lo había descrito de palabra. Verónica obedeció, pero como no sabía dibujar, recurrió a sor Florida Cevoli y sor María Magdalena Boscaini. Se recortó un papel rojo en forma de corazón, sobre el que se aplicaron en papel blanco y en sus sitios respectivos los instrumentos de la Pasión y otros signos. Las letras se añadieron con la pluma. El dibujo, terminado en Pentecostés, fué entregado al P. Guelfi. Tres días después sobrevino a Verónica un ataque de apoplejía, a consecuencia del cual murió algunas semanas más tarde. El confesor puso inmediatamente el dibujo en manos del obispo, que lo firmó aplicándole su sello. Damos a continuación la descripción de ese admirable corazón, tal como fué dibujado y como se halló después de la muerte.

No menos de veinticuatro figuras e impresiones diferentes se notaban en el corazón de Verónica. En medio del dibujo hecho por ella se veía una cruz latina, en cuya extremidad superior estaba grabada la letra C, en el cruce mismo la F, en el extremo del brazo derecho la V y en el del izquierdo la O; encima de la cruz y a un lado, una corona de espinas; a la izquierda de la cruz, cortándola oblicuamente, un estandarte, cuya tela estaba dividida en dos partes: en la superior se leía la letra I; en la inferior, la letra M. Encima del estandarte se veía una llama; debajo de él, un martillo, tenazas, una lanza y una caña con la esponja. A la derecha de la cruz se hallaba, de arriba abajo, la túnica inconsútil, otra llama, un cáliz, la figura de dos llagas entreabiertas, una columnita, tres clavos y un látigo. Debajo de la cruz estaban figuradas siete espadas, unidas por la punta, encima de otra letra V. A cada lado de la cruz, en la parte inferior, estaba grabada la letra P.

¿Qué podía significar esta estigmatización plástica? Verónica misma había dado a su confesor la explicación de las letras simbólicas grabadas en su corazón. Las dos letras impresas en el estandarte eran las iniciales de los nombres de Jesús y María. La letra C indicaba la caridad; la F, la fe y la fidelidad a Dios; la O, la obediencia; las dos V, la humildad (umiltà= =vmiltà) y la voluntad de Dios; las dos P, el padecer y la paciencia; las dos llamas, el amor de Dios y del prójimo. El estandarte era el símbolo de las victorias que había Verónica reportado en su vida. Las siete espadas representaban los dolores de la Santísima Virgen; las demás figuras, los instrumentos de la Pasión».

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

Eucaristía:

La Eucaristía, don del amor (1).
«Habiendo amado a los suyos, al fin los amó» (2 y 3).
Sermón del mandato (4).

Sermón de la Cena:

Sermón de la Cena (5).
La última lección del maestro (6).
«No siervos, sino amigos» (7).
«Que todos sean uno» (8).

Oración sacerdotal:

Cristo, sacerdote (9).
La oración sacerdotal (10).
El gozo de San Pablo (11).

Pasajes de la Pasión:

Jesús en el tribunal de Anás (12).
Jesús en el tribunal de Caifás (13).
Las negaciones de Pedro (14).
La flagelación (15).
La coronación de espinas (16).
«Ecce homo» (17).
La calle de la Amargura (18).
La crucifixión (19).
María al pie de la cruz (20).

Sermón de las siete palabras del Señor (21 a 27).

1

La Eucaristía, don del amor

I. *Dar y darse es esencial al amor.* 722

A. El amor da y recibe. Recibe cuanto viene de la mano del amado.

B. Pero más que recibir, el amor consiste esencialmente en dar. Recibe, porque esta reciprocidad es el com-

plemento y perfección. Da, porque es amor; recibe por ser amado.

C. Nace esta ley como resultado lógico del concepto de amor; el que ama desea, sobre todo, el triunfo del amado en todas las cosas, y más en sí mismo.

723 II. *Ley por la que se rige Dios.*

A. Dios es el amor esencial.

a) *Consiguientemente dará sin medida y sin término.*

b) *Dar es su nombre, su esencia y su ley.*

B. En su vida íntima: el misterio de la vida interna de Dios consiste en dar.

a) *El Padre da al Hijo su propia naturaleza, no sólo específica, sino incluso numérica.*

b) *El Padre y el Hijo dan esta misma naturaleza y con la misma perfección al Espíritu Santo.*

724 III. *Es ley de su actuación al exterior.*

A. Todas las acciones divinas que tocan a las criaturas no son por parte de Dios sino dar y darse.

a) *En la creación Dios da todo el ser y se da a sí mismo en cuanto puede darse. Toda criatura es participación de la bondad de Dios; cuanto más la participan, son más amadas, porque más han recibido. El hombre, criatura racional, ha recibido la propia imagen y semejanza de Dios.*

b) *Donación es la elevación al orden sobrenatural, en que Dios comunica su propia vida al hombre para hacerle hijo adoptivo y colocarlo en el plano que toca a la divinidad. En su desarrollo normal esta vida sobrenatural termina en la visión de Dios, es decir, que Dios se dará en objeto de gloria como lo es para sí mismo.*

c) *La encarnación del Verbo ha resumido en sí todas las donaciones de Dios al darse a sí mismo en una medida que, si la fe no nos lo dijera, aparecería para cualquier entendimiento criado como excesiva. Lo ha cantado Santo Tomás en el oficio del Corpus Christi: «Naciendo, se nos dió por compañero; en la cena, como alimento; en la cruz, como precio; y en el Cielo, como premio».*

B. Por esto los actos más trascendentales de Dios en relación al hombre se llaman dones.

a) *El Padre celestial de «tal modo amó al mundo, que le dió a su Hijo unigénito»* (Io. 3,16).

b) *«El Hijo me ha amado y se ha entregado por mí»* (Gal. 2,20).

c) *«El Espíritu Santo es el don de Dios Altísimo»* (himno «Veni Creator»).

725 IV. *El don de la Eucaristía.*

A. Se llama con propiedad el Sacramento del Amor, porque la Eucaristía es el resumen de todas las donaciones

de Dios. «¡Oh sagrado banquete!, en el que se recibe a Cristo, revive en él su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda segura de la gloria venidera».

B. Se nos da en ella Cristo.

a) *Cristo, realmente presente en la Eucaristía, es el mejor don que encierra todos los demás. Porque con El viene todo bien que Dios pueda comunicarnos.*

b) *Se nos da Cristo precisamente del modo en que más íntimamente se nos pueda dar.*

1. Se nos da como comida. La comida se transforma en aquel que con ella se alimenta. Pero la comida material solamente se hace cuerpo, no alma.
2. En el caso de la Eucaristía somos nosotros los que nos transformamos en Cristo. No porque El quiera recibir de nosotros, sino porque es el modo de que nosotros lo recibamos a El.

C. Recuerdo de su pasión. Dos aspectos ponen de relieve la medida de la donación que Cristo nos hace en la Eucaristía.

a) *La instituye en la noche en que había de ser entregado. Lo hace resaltar San Pablo. Para que brille más la excelencia del don de Cristo, lo describe sobre el fondo negro de la pasión; no de la pasión considerada bajo cualquier aspecto, siempre doloroso, sino bajo el más negro y triste de todos sus aspectos, como es el de la traición. «En la noche en que había de ser entregado»* (1 Cor. 11,23).

b) *Ella misma, la Eucaristía, es la repetición del sacrificio del Calvario, la donación cruenta que Jesucristo hizo de sí mismo por el hombre. El «mysterium amoris», que es la cruz, se encuentra en la Eucaristía, y adquiere mayores proporciones cuando se ve sobre el fondo de los pecados, que como «mysterium iniquitatis» lo rodean.*

D. El alma se llena de gracia. La Eucaristía pone a Dios presente en nosotros, porque mediante ella en ocasiones recibimos la primera gracia y siempre, en el alma bien dispuesta, el aumento de la misma.

E. Prenda de gloria futura. En el Sacramento del Amor está anticipada la donación de Dios definitiva, total, eterna, que es nuestra glorificación.

V. *Condiciones de este don.* 726

A. Para apreciar la donación que significa la Eucaristía es conveniente considerar las cualidades de este don inenarrable:

B. Es don universal.

a) *En ella Jesús se da a todos sin excepción alguna. No es exclusivo este don de una clase privilegiada. A la mesa del sacramento pueden acercarse los grandes santos que perseveran y los hijos pródigos que vuelven a la casa paterna. Los pobres y*

los ricos. Los niños, los jóvenes, los hombres de edad madura, los moribundos.

b) *En la Eucaristía Jesús llega a todas las latitudes y rincones para invitarnos con sus alentadoras palabras: «Todos los que estáis cargados y tenéis trabajos, venid a mí y os aliviaré»* (Mt. 11,28).

C. Don total.

a) *Los demás sacramentos comunican la gracia; la Eucaristía nos da al autor de la gracia.*

b) *Nos lo da en su cuerpo, sangre, alma y divinidad: total. Se nos da Jesucristo no solamente en la totalidad de su ser, sino también en la substancia de sus misterios y en el mérito de sus virtudes.*

c) *Quisiéramos haber vivido con aquel Jesús de Belén, de la vida pública, etc. Pues bien, la Eucaristía es Jesús niño; el Jesús de las bienaventuranzas, el de los milagros portentosos, el Jesús que perdona, el que enjuga lágrimas.*

D. Don perpetuo.

a) *La Eucaristía es la respuesta real al deseo de todos los tiempos: «Permanece, Señor, con nosotros, porque anochece»* (Lc. 24, 29).

b) *Es el don sin arrepentimiento y sin retractación.*

c) *Aunque a veces sea escoltado su paso de blasfemias y haya de introducirse en corazones sacrílegos o sea profanado por los hombres, Jesús se ha encadenado en la hostia consagrada para no huir de nosotros.*

727 VI. *Conclusión.*

A. «Si conocieras el don de Dios» (Io. 4,10).

B. Pedir a Dios el conocimiento de las medidas del don de la Eucaristía y dejar al corazón que corresponda a tal donación con el don de una entrega recíproca.

2

«*Habiendo amado a los suyos, al fin los amó*» (*Io. 13,1*)

728 I. *Síntesis perfecta.*

A. San Juan en este texto, como en otros pasajes de sus escritos, tiene una visión amplia y universal, una verdadera intuición, que, por ser intuición, puede expresarla con la brevedad de una cláusula.

a) *Estas palabras abren el capítulo 13 de su Evangelio. Y con este capítulo comienza el sublime relato de la última Cena.*

b) *Está, por tanto, el evangelista profeta situado en el vértice de los tiempos y de la propia vida mortal de Jesús.*

B. Contenido de las palabras.

a) *Constituyen estas palabras una visión de toda la actuación de Jesús y de Dios para con el hombre, tanto en lo que hasta entonces ha vivido la humanidad como en lo que a ésta le queda por andar. Por parte de Dios todo ha sido amor y todo seguirá siendo amor.*

b) *El evangelista, que en su epístola nos va a dar la definición de la esencia de Dios, diciendo que es amor* (1 Io. 4,16), *de acuerdo con el principio filosófico de que el obrar se acomoda al ser, nos presenta el hilo del amor de Dios entretejiendo toda la economía divina en su acción sobre el mundo.*

C. Tesis universal.

a) *Dios actúa por amor y su operar es amor.*

b) *Toda criatura racional, en cuanto tal, actúa por amor y su obra es amor.*

c) *Sólo que la criatura es defectible, y unas veces edifica la ciudad de Dios amando a Dios y despreciándose a sí, y otras edifica la ciudad humana amándose a sí mismo de un modo desordenado y odiando a Dios.*

II. «*Habiendo amado a los suyos*». 729

A. El amor con que ama Jesús es amor divino y humano. Jesucristo es Dios y hombre. Nosotros extendemos aquí el significado de estas palabras «habiendo amado» al amor que Dios ha tenido desde toda una eternidad y que ha manifestado en su obra.

B. La creación, obra de amor.

a) *En la creación brilla de modo especial la omnipotencia divina. Es frecuente en los ejercicios espirituales, al considerar el Principio y Fundamento de los mismos, hacer aplicaciones a las relaciones de dependencia de la criatura para con el Creador. Se procura que en el alma broten los sentimientos de quien se ve «nada» ante el «todo».*

b) *Hay, sin embargo, un aspecto que presupone el anterior, más olvidado, pero que tiene más vigor, más jugo y más eficacia para lo que se pretende en el Principio y Fundamento. Nace esta consideración de un análisis más atento de la obra creadora en sí misma. La Teología nos dice que es obra de amor.*

c) *En efecto, estudiando a nuestro modo humano el proceso de la acción creadora de Dios, vemos que:*

1. En primer lugar, con prioridad de naturaleza, lo primero que existe en Dios es su propia esencia, infinita, absolutamente considerada, sin relación a nada externo.
2. Esta esencia, conocida por sí misma, es decir, por el entendimiento divino, se contempla como participable *ad extra* en infinidad de criaturas que pueden tener realidad objetiva. Hasta ahora son solamente posibles.
3. Sobre todos estos posibles hace acto de presencia el amor de Dios. La voluntad de Dios va señalando una

por una aquellas criaturas posibles a quienes desea dar realidad.

4. Un acto de amor eficaz es lo que da ser a la criatura. Consiguientemente, la criatura es concreción externa o término real y objetivo de un acto de amor de Dios.

d) *Por tanto, en los ejercicios espirituales no sólo debemos insistir en la consideración de que somos criaturas y Dios el Creador omnipotente; es necesario además saber que la omnipotencia divina en la obra creadora es el amor de Dios en acción; que nosotros somos concreción del amor de Dios. Que soy rectamente entendido, amor de Dios. He aquí mi gran dignidad y realidad y que mayores exigencias me impone.*

C. La elevación al orden sobrenatural.

a) *Esta elevación acentúa la manifestación del amor de Dios a su criatura. Dios parece como si se superara a sí mismo.*

b) *El amor de Dios, que actúa en la creación, nos hace exclamar que somos amor de Dios. Pero lo mismo podrían decir todas las criaturas, incluso las irracionales. No todas en el mismo grado que la criatura racional, pero sí todas con verdadera propiedad.*

c) *En la elevación al orden sobrenatural hay una creación nueva, que supera a la anterior en la manifestación del amor, estableciendo relaciones de filiación entre la criatura elevada y Dios que la eleva. La corriente de amor que brota entre el Padre y el Hijo en el seno de la Trinidad es tan intensa, tan perfecta, que da origen al acto infinitamente perfecto que es el Espíritu Santo.*

d) *Entre Dios, que eleva, y el hombre, hijo adoptivo, que es elevado, debe haber una corriente de tal amor que, por ser improporcionado el amor natural para actuar en este orden de la filiación adoptiva, se le ha de dar una fuerza sobrenatural, la de la virtud teologal de la caridad, a fin de que su amor tenga el rango que le corresponde.*

e) *Y tanto crece y se desarrolla este amor entre Dios y el hombre, que ha de introducirse no de igual modo que en la Trinidad, pero sí de modo proporcional, el mismo Espíritu de Amor, que, en un último desarrollo de la vida espiritual, actúa de modo extraordinario sobre las virtudes en el ejercicio de los dones.*

D. El decreto de la reparación.

a) *Nunca podremos comprender perfectamente toda la iniquidad que encierra el pecado. Cuando Dios lo da a entender, esta comunicación divina es uno de los medios eficaces para conocer, por contraste, con todo su relieve, lo que el amor de Dios ha sido para el hombre.*

b) *Por esta razón sería conveniente considerar toda la malicia del pecado original, por la especial significación que tenía en Adán y por los resultados que para el hombre había de tener, para al menos vislumbrar el amor que se encierra en la inmediata promesa del Redentor hecha en el mismo paraíso.*

c) *Esta promesa de un redentor sigue la misma línea del amor de padre.*

1. Los hijos adoptivos han perdido su filiación divina.
2. Parece natural que el hombre debería seguir la suerte de los ángeles: la pérdida definitiva de la herencia divina.
3. Aun en el caso de tener Dios misericordia, Dios podrá esperar para ejercerla el retorno de la humanidad a El, después que la humanidad hubiese gustado la amargura del abandono de Dios.
4. Sin embargo, Dios no espera nada. Como verdadero Padre del hijo pródigo, que ha ido malgastando toda su herencia, sale al encuentro inmediatamente para ofrecerle la esperanza del Redentor, cuyos méritos serán valederos desde aquel momento.
5. Dios pudo haber hecho cabeza de la humanidad redimida a otro hombre o a un ángel. Sin embargo, envía a su propio Hijo, para que la filiación adoptiva pueda ser recuperada con mayor perfección y a las puertas del paraíso pueda cantar la Iglesia con San Agustín: «¡Oh feliz culpa, que mereció tan grande Redentor!»

E. La preparación de la encarnación.

a) *El amor de Dios al hombre ha hecho retrasar el momento de la encarnación del Hijo. Pretendía hacer al hombre consciente de su propia inutilidad en el orden sobrenatural y de la necesidad que tenía de Dios.*

b) *Pero no ha significado abandono por parte de Dios. Es brillante la actuación de Dios sobre el pueblo escogido, a quien ha conducido a través de la Historia como llevándolo de la mano, con paciencia inaudita para sobrellevar sus desvíos e ingratitudes.*

c) *Si hay un pueblo que pueda llamarse predilecto de Dios, éste será el pueblo de Israel.*

III. *Conclusión.* **730**

A. Bien dice San Juan: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo».

B. Los propios ángeles pueden corroborar esta historia del amor de Dios para los suyos que vivían en este mundo, porque con los ángeles Dios procedió de modo distinto: al primer pecado siguió el castigo eterno.

3

«*Habiendo amado a los suyos, al fin los amó*»

I. *Dios encarnado había amado a los suyos.* **731**

A. La misma encarnación es un misterio profundo de amor al hombre.

a) *El amor une e identifica al amante con el amado. No podía inventar el amor otro modo de acercarse más Dios al hombre que viniendo a tomar su naturaleza en unidad substancial.*

b) *El hombre se fabricó sus dioses, pequeños y ridículos, en el afán de tener a Dios junto a sí. Dios ha colmado sus deseos haciéndose un hombre más.*

B. El nacimiento del Verbo encarnado es amor.

a) *Ante la cuna de Belén la Iglesia exclama: «Sic nos amantem quis non redamaret?»: ¿Quién no amará al que de esta manera nos ama?*

b) *Por este misterio, Jesús, que ha vivido en el seno de María, es entregado al mundo. «Así amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo unigénito»* (Io. 3,16).

c) *Hasta las circunstancias en que nace hablan de amor.*

1. Nace niño pequeño, para que podamos acercarnos fácilmente a El. San Pablo nos dirá que al Dios temeroso del Antiguo Testamento ha sucedido la más amable manifestación de la presencia de Dios (cf. Tit. 3,4).
2. Nace en un establo, para estar más cerca de nuestra necesidad y miseria; para que no haya ningún obstáculo que nos impida acercarnos a El.
3. Nace para nosotros, aunque desde el primer momento se ve desatendido y despreciado de los suyos.

C. La vida de Cristo es toda ella amor.

a) *Su vida oculta es el ejemplo de amor, que se acerca al hombre para enseñarle el camino que ha de seguir en su vida consagrada al trabajo. Ha querido hacerse uno de nosotros, sin dispensarse de las penalidades de la vida.*

b) *Su primera lección en el templo: «Conviene que esté en las cosas de mi Padre»* (Lc. 2,49). *Es la lección olvidada por Adán y por todos los pecadores de que el primero y fundamental amor es el amor de Dios.*

c) *La vida pública de Jesús toda ella es amor, que se ha hecho:*

1. Doctrina de amor.

1.° *Nos ha comunicado el sentido de la paternidad de Dios, que está en los cielos*
2.° *Nos ha enseñado que toda la ley se reduce a la síntesis del amor a Dios Padre y a los hombres nuestros hermanos.*
3.° *La confianza ilimitada en la providencia del Padre celestial.*
4.° *El amor a los enemigos.*
5.° *Las parábolas de la misericordia, en que hace un retrato inimitable de sí mismo.*

2. Ejemplo de amor: Su vida toda se ha reducido al cumplimiento de la ley de amor que proclama:

1.° *Con relación al Padre. Para El no hay otra comida que el cumplimiento de su voluntad, aunque esta voluntad le haya impuesto el ser obediente hasta la muerte de cruz.*
2.° *Con relación a los hombres. Las mismas turbas, que en esta ocasión como nunca tienen la veracidad de la voz de Dios, resumen el paso de Jesús por su vida diciendo: «Pasó haciendo el bien»* (Act. 10,38). *Hizo el bien a los cuerpos con sus innumerables milagros, a las almas con la generosidad del perdón y con las riquezas espirituales que derramó.*

D. Amor esencial a los discípulos.

a) *Ellos en un grado superior pueden aplicarse las palabras de San Juan: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo». Los suyos eran los discípulos y, entre todos, los apóstoles.*

b) *Para ellos fueron las predilecciones de su mayor amistad, de la comunicación de su doctrina, del llamamiento que les hizo, de los poderes que les había de confiar.*

II. *Un cambio de escena.* 732

A. San Juan en su relato nos ha sintetizado toda la actuación de Jesús diciéndonos que ha sido «amor».

B. Parece que ahora, ante los graves acontecimientos que se van a desarrollar, que colmarán la medida de la ingratitud y falta de correspondencia por parte del hombre al amor de Cristo, también Cristo podía adoptar un cambio de postura. Puede haber llegado la hora final de su paciencia en el amar, si vale la expresión, al hombre que huye contra corriente.

C. ¿Qué hará el que hasta ahora ha amado?

a) *«Al fin los amó». El cambio que se opera no es sino en la intensidad del amor subiendo a un plano sorprendente.*

b) *Todo el amor manifestado por Dios antes de encarnarse y una vez nacido por nosotros, no será sino preludio o pedestal para una nueva armonía, para una estatua nueva que ha de levantarse. La nueva armonía, el monumento, es un «amor» que eclipsa las manifestaciones anteriores.*

c) *«Al fin los amó», como si todo lo anterior, en comparación de lo que ahora va a hacer, no hubiera sido nada.*

III. *«Al fin los amó».* 733

A. Este amor, llegado a su cumbre en los misterios que narrará San Juan, envuelve:

a) *A todos los hombres, pues por ellos se realizan.*

b) *Especialmente a los apóstoles.*

1. Ellos personalmente los han vivido.
2. Para los apóstoles habrá gracias especiales y singulares.
3. Por manos de los apóstoles se transmiten a los demás.

B. Las nuevas manifestaciones del amor.

a) *En el cenáculo alcanza su cumbre la doctrina del amor.*

1. Se pide la consumación en la unidad para los apóstoles y la Iglesia en el amor (Io. 17,22).
2. Se promete la venida de la Trinidad a morar por amor en el alma del justo (Io. 14,23).
3. Se anuncia el envío de la tercera persona de la Santísima Trinidad, Amor sustancial de Dios.

b) *En el cenáculo, la ley del amor. Tres veces en dos versículos, bajo las formas más insinuantes, se señala el precepto del amor* (cf. Io. 15,12.7).

c) *El gran ejemplo del amor: El amor esencialmente es humilde. Cristo a los pies de Judas es gran ejemplo de amor y celo por su alma.*

d) *El don del amor: La Eucaristía, el sacramento del amor. Si el amor es entrega, y al fin toda la historia del amor de Dios al hombre es la historia de sus entregas a él, el sacramento de la Eucaristía es el don del amor.*

e) *El regalo del amor. El sacerdocio creado en la última cena.*

f) *El comienzo de su entrega cruenta por el hombre.*

1. Aquí, en el cenáculo, es donde Jesús va a decir «que no hay amor más grande que el de aquel que da la vida por el amigo» (Io. 15,13).
2. En el cenáculo es donde, al entregar en sacramento de Eucaristía su cuerpo y sangre, anuncia, como algo que ha dado comienzo, que serán entregados por la redención de los hombres en el sacrificio de la cruz (cf. 1 Cor. 11,24).

g) *En el Cenáculo, la doctrina de la unión, que es ya unidad, en la imagen de la vid y de los sarmientos. Unidad de Cuerpo místico que ha realizado el amor hasta llegar a la solidaridad de nombres, de culpas, de bienes y de personas en la persona mística del Cristo total.*

h) *La redención se podía haber operado sin este modo misterioso, que es la más sublime fórmula del amor, de nuestra incorporación a Cristo. Pero ha sido invención del amor de Dios para que la obra de la reparación no tenga punto de comparación con los beneficios anteriores, y que donde abundó el delito, sobreabunde la gracia* (cf. Rom. 5,20).

4

Sermón del mandato

734 I. *Ceremonia de caridad.*

A. El lavatorio hecho por Cristo en la última Cena es, según los exegetas, símbolo y enseñanza de humildad y de purificación.

B. Pero la Iglesia al reproducirlo el día de Jueves Santo ha unido a esta ceremonia los textos más elocuentes del Maestro sobre la caridad:

a) «*Un mandamiento nuevo os doy: que os améis mutuamente como yo os he amado*».

b) «*En esto conocerán que sois mis discípulos: que os améis unos a otros*» (antífona de la ceremonia).

C. Puede, por tanto, considerarse la ceremonia litúrgica del lavatorio como símbolo y enseñanza de caridad.

La moneda o el pequeño óbolo que el obispo o el párroco debe dar a aquellos a quienes lava los pies atestigua esto mismo.

II. *El mandamiento nuevo.* 735

A. En el Antiguo Testamento existía ya el mandamiento del amor. «¿Qué está escrito en la Ley?... Amarás a Dios... y al prójimo como a ti mismo...» (Lc. 10,23 ss.). Era, sin embargo, imperfecto, porque estaba restringido en su extensión por la pertenencia al pueblo judío.

B. Jesucristo declaró la sublime universalidad del precepto de la caridad. Con razón se le puede llamar nuevo, pues antes de El se desconocían las grandezas y los perfiles con que lo adornó.

C. Las distintas características del precepto del amor en la Nueva Ley con relación a la Antigua son las siguientes:

a) *En la Antigua Ley, el mandamiento de la caridad no era universal. Se limitaba el amor al amigo, al correligionario, al bienhechor. En el Nuevo, en cambio, es universal. Hay que amar al enemigo y al ofensor; hacerles bien y rezar por ellos* (cf. 5,44).

b) *El precepto viejo se refería a un amor natural. Era ciertamente algo más que un puro sentimiento. Podía considerarse como una disposición de la voluntad, una virtud natural. Pero se fundamentaba en lo bueno que pudiera encontrarse en el prójimo: sus buenas cualidades, su bondad, los beneficios que hiciera, pertenecer al mismo pueblo, etc. Hoy también, como siempre, existen hombres que poseen en alto grado un amor puro y noble, pero natural, hacia el amigo, el bienhechor, el paisano, etc. El amor que Cristo predica es sobrenatural. Se funda en el amor de Dios y es fruto de la caridad derramada por el Espíritu Santo en nuestros corazones. El de Cristo fué sobrenatural. Nosotros, como sarmientos de la vid, que es Cristo, al participar de su vida, participamos también de su amor, pues la vida de Cristo, que vive del Padre, no es más que amor, ya que «Dios es amor».*

c) *El mandamiento viejo mandaba amor al prójimo como a nosotros mismos; el nuevo, en cambio, manda que nos amemos mutuamente como Cristo nos amó. «Si Cristo dió por nosotros su vida, también nosotros debemos darla por nuestro hermano». Esta es la expresión más acabada y completa, el grado del amor al prójimo* [1].

III. *Postura de amor.* 736

A. El cristiano no puede limitarse a realizar actos de amor. Jesucristo exige mucho más. Nuestro amor al prójimo tiene que ser algo constante, un modo de obrar habi-

[1] Para desarrollar esta idea puede consultarse *La palabra de Cristo* v.2, domingo de Quincuagésima, sec.IV, Santo Tomás; y también v.3, tercer domingo de Cuaresma, guión 3.

tual, una postura, ya que la caridad, de la que brota es un hábito. Por esto dice el apóstol San Pablo: «Vivid en caridad como Cristo nos amó» (Eph. 5,2).

B. Esta postura es consecuencia de nuestra fe. Por la fe vemos que Dios ha enviado a su Hijo para redimirnos y para redimir también a nuestros hermanos.

a) *Por esto mediante ella distinguimos en el hermano el amor con que Dios lo distingue, y así brota la caridad sobrenatural que nos hace amar al prójimo en nombre de Dios.*

b) *Por esto fe y caridad son dos virtudes teologales que nos unen directamente con Dios y que nos unen al prójimo por Dios.*

C. Enseñan los teólogos que el amor cristiano del prójimo es una misma cosa con el amor de Dios. La misma virtud de la caridad produce uno y otro. Amamos a nuestro prójimo por Dios y por Cristo. Amamos a Dios y a Cristo en nuestro prójimo. Porque amamos a Dios amamos también en El a todos los que le pertenecen como hijos o que al menos están destinados a ser hijos suyos.

D. De la misma manera que nuestro amor a Dios tiene que ser postura constante en nuestra vida, así también debe ser postura constante nuestro amor al prójimo.

737 IV. *Reconstruir el amor.*

A. Según esta doctrina hemos de reconstruir el verdadero amor cristiano. Tenemos que lamentar que quizás vivimos un cristianismo recortado o más bien de casuística. Se ha llegado incluso a decir que para no faltar al precepto del amor es suficiente con que recemos el «Padre nuestro», por ser oración colectiva que supone en nuestros corazones el amor.

B. Es claro que, si queremos reconstruir una sociedad nueva según el espíritu del Evangelio, no basta con eso.

a) *Muchas personas piadosas existen que rezan el «Padre nuestro» y que incluso se acercan al altar todas las mañanas, pero luego en su vida ordinaria amontonan faltas y faltas contra la caridad en sus juicios, palabras, comportamientos. A pesar de sus comuniones, son duros, fríos con sus prójimos, caprichosos, impacientes, inflexibles, etc.*

b) *¿Dónde está en estas personas la verdadera caridad de Cristo?*

C. Para vivir el espíritu del Evangelio es necesario:

a) *Ser comprensivos con nuestros prójimos, esforzándonos por juzgarles con criterios de misericordia, disimulando, cuando no justificando, sus faltas.*

b) *Estar siempre dispuestos a ayudar a cualquiera que en un momento dado puede necesitar de nosotros.*

c) *Ayudar, de hecho, a los que están junto a nosotros.*

1. El señor que tiene grandes proyectos de obras de caridad, pero desatiende y descuida a sus obreros o criados, no vive según el precepto del amor.
2. La señora que visita hospitales y pertenece a asociaciones piadosas, pero es dura y maltrata a la criada, tampoco camina en el precepto del amor.
3. El médico, el abogado y en general todo profesional que pertenecen a Consejos de Acción Católica o que han dado su nombre a obras benéfico-sociales, pero no hacen caso de los que van a la consulta porque son pobres y no van bien vestidos..., es evidente que no caminan según el precepto del Evangelio.

V. *Vivir para los demás.* 738

A. Tal tiene que ser en resumen la consigna dada por Cristo: «Vivir no tanto para nosotros cuanto para nuestros hermanos». Como Cristo y precisamente por El. Para esto no hay que olvidar que se trata de amor y de virtud sobrenaturales, y, por tanto, sin vida de oración no es posible perseverar en él. «La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo».

B. Existirá tanto más amor cuanto más nos acerquemos a la fuente de la gracia. Con la oración y la frecuencia de los sacramentos fácilmente podremos llegar a realizar como postura de nuestra vida el ideal de la oración atribuída a San Francisco de Asís:

a) *«Señor, haced de mí un instrumento de vuestra paz. Que allí donde haya odio, ponga yo amor; que allí donde haya ofensa, ponga yo perdón; que allí donde haya discordia, ponga yo armonía; que allí donde haya error, ponga yo verdad; que allí donde haya duda, ponga yo la fe; que allí donde haya desesperación, ponga yo la esperanza; que allí donde haya tinieblas, ponga yo la luz; que allí donde haya tristeza, ponga yo alegría».*

b) *«¡Oh Maestro!, que no me empeñe tanto en ser consolado como en consolar, en ser comprendido como en comprender, en ser amado como en amar; pues dando se recibe, olvidando se encuentra, perdonando se es perdonado, muriendo se resucita a la vida eterna».*

5

Pasión: Sermón de la Cena

739 I. *Características.*

A. El llamado sermón de la Cena es una pieza singular. Es una larga conversación de sobremesa. Ocupa más de cuatro capítulos en el Evangelio de San Juan.

B. Son características suyas la espontaneidad, la profundidad y el ternísimo sentimiento melancólico de que está transida toda la pieza.

C. No hay orden oratorio. Los temas se enuncian, se abandonan, se vuelven a coger, se entrelazan.

740 II. *Tres personalidades.*

A. Ofrece el sermón tres temas capitales. Jesucristo se manifiesta con tres personalidades relacionadas con los temas.

B. Jesucristo es:

a) *Padre que se despide dulce y suavemente de sus hijos. Es el sermón del consuelo.*

b) *Maestro que da la última lección a sus discípulos. En él se sintetiza la vida espiritual desde su fundamento hasta la cumbre.*

c) *Sacerdote. Jesucristo se muestra como sumo y perfectísimo Sacerdote. Previene a los primeros sacerdotes de los peligros que les esperan. Aparece como intermediario entre el Padre y el mundo y termina en la oración sacerdotal pidiendo la unión del Padre y del mundo en su divina persona, que es el fin último de todo sacerdocio.*

741 III. *Padre que consuela. Primer aspecto del sermón.*

A. Se despide de sus hijos. Advierte su tristeza. No les engaña. Les manifiesta que está fundada, porque les esperan grandes tribulaciones. «Ahora mismo, porque os he dicho esto, la tristeza ha llenado vuestros corazones» (Io. 16,6).

B. Jesucristo les previene el futuro inmediato:

a) *Les perseguirán: «y con esto creerán hacer una cosa agradable a Dios»; les arrojarán de la sinagoga; les darán muerte;*

b) *«ellos se alegrarán y vosotros os llenaréis de tristeza». Es el anuncio del gozo de los enemigos triunfantes.*

C. Fuentes del consuelo. La principales fuentes del consuelo se encuentran exte didas en todo el Evangelio:

a) *El Padre les ama porq ellos han amado a Jesucristo, su Hijo.*
b) *El Padre conocía estas tribulaciones vuestras. Yo también y os las anuncio para que las conozcáis antes de que lleguen. La sorpresa y la imprevisión no aumentarán vuestro dolor.*
c) *El Padre está cerca de vosotros y con vosotros y os consolará todo lo que pueda en mi nombre.*
d) *El Padre os enviará el Consolador, Abogado o Paráclito. No podrá venir si yo no me ausento; por eso os conviene que yo me vaya. El Espíritu Santo causará en vuestra alma el gozo y la paz.*
e) *La paz que yo os dejo no es como la paz del mundo. Es paz verdadera, es paz profunda. Nace de que el Padre, el Espíritu Santo y yo habitaremos en vuestra alma. Esta paz no os la puede quitar nadie.*
f) *El Padre os reserva una morada en la patria celestial.*

D. La tribulación será breve.

a) *«Dentro de poco me veréis y pasado otro poco me volveréis a ver»* (Io. 16). *Las tribulaciones serán breves. En esta misma vida, porque no tardará en llegar la consolación espiritual y en ella quedarán anegadas vuestras penas. Sobreabundará el gozo sobre el dolor.*
b) *La vida misma es brevísima; aunque alguna vez el dolor o la tribulación os abata, considerad que el tiempo es breve y que después os espera una eterna corona de gloria.*

6

La última lección del Maestro

I. *Síntesis de la santidad.* 742

A. Dos partes componen la última lección del Maestro En ellas se enseña de modo elocuentísimo cuál es el fundamento de toda santidad y cuál es la cumbre. Lección de humildad. Lección de caridad. Hasta la forma es perfecta. No hay pedagogía comparable con la del Evangelio.

B. El lavatorio: Jesucristo a los pies de Judas. He ahí la última y definitiva lección de humildad y de caridad. Lección práctica, sensible, imborrable, indesvirtuable, indescalificable. Cristo a los pies del traidor practicando la operación más humilde que se puede practicar con los hombres. «Caepit facere et docere». Y hasta la muerte

fué unida en Jesús la palabra y la obra. Practicó lo que enseñó.

C. Jesucristo dijo: «Me llamáis Maestro, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, siendo vuestro Maestro, os he lavado los pies, cuánto más vosotros estáis obligados a lavaros los pies los unos a los otros».

743 II. *Humildad y santidad.*

A. La humildad no es la santidad, pero sin humildad no hay santidad posible.

a) *La humildad es el fundamento negativo de la santidad; el fundamento positivo es la fe. La humildad es quitar de nosotros para poder llenarnos de Dios. La santidad consiste en estar llenos de Dios por la caridad. Pero Dios no puede entrar en nosotros si nosotros no salimos de nosotros mismos.*

b) *Por la humildad nos vaciamos de nosotros mismos y ese vacío se llena inmediatamente de Dios. «No podemos quitar y poner de Dios en nosotros», dice Santa Teresa, pero sí podemos quitar de nosotros mismos, y esto basta para que nos llenemos de Dios.*

B. La humildad no es virtud teologal. Pero sin el especial concurso divino no se adquiere. Los antiguos no conocieron la humildad. La humildad supone la idea de Dios. Humildad sin fe no es humildad. Es pusilanimidad, apocamiento, cobardía, humildad de garabato. Santa Teresa tiene trozos geniales acerca de la humildad. La humildad de garabato consiste o en pensar objetivamente mal de sí, faltando a la verdad de las cosas, o en llevar una falsa humildad en los labios y no en el corazón.

C. La humildad es la verdad. Este exacto y profundo concepto de Santa Teresa se lee en las «Moradas sextas», capítulo 10. Dios es amigo de la verdad, dice la Santa, porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad. Este párrafo de la Santa aclarará el pensamiento:

> *«No digo sólo que no digamos mentira, que en eso, gloria a Dios, ya veo que traéis gran cuenta en esta casa con no decirla por ninguna cosa; sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes de cuantas maneras pudiéramos; en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo y a nosotras lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y así tendremos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal no es durable»* («Moradas sextas», c.10).

III. *Cómo se consigue.* 744

A. La humildad se consigue de dos maneras: por la humillación y por la oración.

B. Por la humillación. Con ella matamos nuestro amor propio, abatimos nuestra soberbia, desairamos nuestra vanidad, somos pisoteados por el mundo y acabamos por vencer, despreciar y pisotear al mundo. El verdaderamente humilde lo señorea todo.

a) *La mejor humillación es la que viene de fuera, más segura que la procurada por nosotros mismos. Esta es medida, graduada, superficial, ligera y a veces falsa. Puede ser vanidad. La que viene de fuera y sin esperarla es más segura. Ambas, sin embargo, deben procurarse.*

b) *El ejemplo de Cristo: Cristo en la última noche se humilló al lavar los pies. Acto heroico, voluntario, de humildad. Y fué humillado: por la presencia del traidor; por el abatimiento de flaqueza en el huerto; por la prisión; por el juicio; por la bofetada; por las negaciones; por la sentencia; por las burlas, mofas y ludibrios. Y siguió la humillación durante toda la mañana del viernes hasta que expiró en la cruz*

C. Humildad y oración. De dos maneras se consigue la humildad en la oración:

a) *La humildad es efecto de toda oración bien hecha. Donde no hay fruto de humildad no hay buena oración. «La piedra blanca es más blanca cabe la negra y la negra es más negra cabe la blanca» (Santa Teresa). En el cielo todos seremos perfectamente humildes, porque la presencia de Dios será perfecta también.*

b) *Por la oración de petición: Pidiéndola al Padre como San Juan de la Cruz: «¿Juan, qué quieres de mí?» «Pati et contemni pro Te»: «Señor, padecer y ser despreciado por ti. Señor, la humildad».*

IV. *La caridad: «Hasta el fin».* 745

A. «Amando a los suyos, los amó hasta el fin». Algunos interpretan hasta el fin de su vida, hasta el último momento. Pero la interpretación perfecta es «los amó hasta la forma más perfecta de caridad. Los amó hasta morir por ellos». El mismo dice que no hay forma más perfecta de amar al amigo que entregar la vida por el amigo.

B. Complemento de la perfección. Todavía esta forma más perfecta tiene un complemento, como si dijéramos, que es la institución del sacramento de la Eucaristía, por el cual se queda entre nosotros y reproduce el sacrificio de la cruz millares de veces todos los días.

C. Fórmulas de caridad. Basta enunciar las fórmulas de

caridad que propone Jesucristo en el sermón de la Cena para que el orador encuentre materia abundante.

a) *Estas fórmulas son:*
   1. «Permaneced en mí»; «permaneceréis en mí si cumplís mi palabra».
   2. «El Padre y yo permaneceremos en vosotros».
   3. «Permaneced unidos mutuamente, porque en esto conocerán todos que sois mis discípulos».

b) *Sintetizando esta doctrina diremos:*
   1. Que la caridad se conoce en las obras y no en las palabras. «Obras son amores y no buenas razones», como dice el refrán castellano.
   2. Que el amor de Dios se conoce por el amor a los hombres. «El que no ama al hermano que ve, ¿cómo amará a Dios, a quien no ve?»

7

«*No siervos, sino amigos*»

746 I. *Jesús proclama amigos a los discípulos.*

A. Jesús llega en su sermón de la Cena a las mayores intimidades. Entre dos repeticiones del mismo precepto de amor mutuo que insistentemente propone en esta noche, hace una proclamación solemne de amistad con los apóstoles.

a) «*Este es mi precepto, que os améis unos a otros como yo os he amado*» (Io. 15,12).
b) «*Esto os mando, que os améis unos a otros*» (ibid., 17).

B. Entre ambos versículos intercala la sublime doctrina de la amistad:

a) «*Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos*» (v.13).
b) «*Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando*» (v.14).
c) «*Ya no os llamaré siervos, sino amigos*». *Razones que lo prueban:*
   1. «El siervo no es sabedor de lo que hace su amo».
   2. «A vosotros os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre».
   3. «No me elegisteis a mí, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros».
   4. «Os he destinado para que vayáis y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero».
   5. «A fin de que cualquiera cosa que pidiereis al Padre en mi nombre os la conceda» (v.15-16).

II. *Jesús prueba esta amistad.* 747

A. Toda la actuación de Jesús con los discípulos a lo largo de su vida es garantía de la amistad con que los distingue.

B. Jesús da la vida de modo especial por los discípulos.

a) *En la oración sacerdotal* (Io. 17,19) *de esta noche dice Jesús al Padre: «Yo me santifico por ellos». El texto original dice «sacrificio» por «santifico». Es decir, se trata del ofrecimiento sacrifical, en que entrega su vida, que lo hace por el mundo, pero especialmente por los apóstoles.*

b) *Todo el fruto de ese sacrificio se aplicará al mundo por el ministerio de estos hombres; del mismo modo que el mundo creerá en Cristo en virtud de la palabra predicada por ellos.*

C. Jesús ha dado a conocer toda su doctrina a los apóstoles, a quienes era dado entender la doctrina del reino (cf. Mc. 4,11).

a) *Para los apóstoles, la gran intimidad del misterio de la cruz* (Lc. 18,32 ss.).

b) *Para los apóstoles, la instrucción especial después de la resurrección.*

c) *Para los apóstoles, la plenitud de poderes antes de subir al cielo* (Mt. 28,19).

d) *Para los apóstoles, el Espíritu de verdad enviado en la mañana de Pentecostés.*

e) *Todos sus secretos y misterios fueron comunicados hasta tal punto a los apóstoles, que con ellos se cerró el depósito de la revelación pública.*

D. Jesús fué quien los eligió.

a) *La elección por parte de quien confía un ministerio indica una amistad.*

b) *Sobre todo cuando se considera la calidad y grandeza del ministerio que se les va a encomendar.*

c) *Y más cuando se pueden aportar tan pocos valores por parte del elegido: los más rudos y pobres eran los apóstoles.*

E. Los destina para que vayan. La misión apostólica es señal de amistad.

a) *Porque van en representación de Cristo.*

b) *Porque llevan sus mismos poderes.*

c) *Porque hasta tal punto los deja Cristo en su propio lugar, que El desaparece visiblemente y los deja como únicos depositarios del tesoro de la redención.*

F. La promesa del fruto. Es señal de amistad especial. Es confirmarlos en la fidelidad de la misión. Es una delicadeza de la amistad de Jesús.

a) *Les da una misión divina insuperable para las fuerzas puramente humanas. Por esto los conforta con la certeza de que obtendrán un fruto que será duradero.*

b) *Les da un medio infalible para obtener cuanto necesiten en favor de la eficacia de su ministerio: la oración.*

748 III. *La servidumbre, camino de amistad.*

A. Jesús pide correspondencia a la amistad. La prueba indiscutible de esta amistad es el cumplimiento de sus mandatos.

B. La amistad de los ángeles y la amistad de los hombres con Dios quedaron rotas por un «non serviam». La amistad se restituye cuando se entrega la voluntad para un servicio al amigo.

a) *María Santísima echó un nudo irrompible en la amistad de la humanidad con Dios, porque proclamó y vivió su «Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum Verbum tuum».*

b) *Cristo se empeñaba en aplacar al Padre, airado con la humanidad, pronunciando y viviendo el «fiat voluntas tua».*

c) *Esto hicieron también los apóstoles. El gran título y la gran prueba de amistad está proclamada por San Pablo a los romanos, que vivían en ambiente de glorias y grandezas: «Pablo, siervo de Jesucristo»* (Rom. 1,1). *Y esta servidumbre valía más que cualquier estima que pudiera tener delante de los hombres* (Gal. 1,10).

749 IV. *Conclusión.*

A. He aquí el modo de granjearse una amistad eterna con Dios: cumplir su voluntad.

B. Este es, al mismo tiempo, el medio infalible para dar eficacia al ministerio sacerdotal.

8

«*Que todos sean uno*»

750 I. *Un sello inconfundible.*

A. El corazón de Cristo está más lleno que nunca y más que nunca se desborda en las horas del Cenáculo.

a) *Son los momentos finales de su vida terrestre. Son las últimas horas con los suyos.*

b) *Están a la puerta los sublimes misterios de la redención.*

c) *Le aguardan cercanos y dispuestos los enemigos para llevarlo maniatado a la cruz.*

d) *Le urge abrir su corazón al Padre y a los discípulos: consignas finales, postreros alientos.*

B. Dios, y por tanto también todas sus obras, han de tener un sello inconfundible.

a) *Dios tiene el sello de la vida y de la unidad perfectísimas.*
b) *Cristo viene a reunir e incorporar a Dios por la redención al hijo que había huído de la casa del Padre.*
c) *Sus preocupaciones finales son, por tanto, el logro de esta unión, de esta unidad. La unidad es más que la unión.*
1. Unidad como la que hay en el misterio de Dios.
2. Unidad que se consigue solamente en Dios. Viviendo su vida.
3. Vida de Dios que se difunde en nuestros corazones por la acción del Espíritu Santo.

C. Consecuencias.

a) *Todos los anhelos de Cristo se resumen en la plegaria de su oración sacerdotal: «Que todos sean una misma cosa»* (Io. 17,21).
b) *Esta unión se conseguirá cuando venga el Espíritu Santo.*
c) *Unidad que está sometida como ley universal y única a una ley vital de amor, cual se propone en el Cenáculo* (Io. 17,22).

II. *Unidad necesaria.* 751

A. La impone Jesús a su Iglesia.

a) *Como cualidad necesaria. No podía ser de otro modo, ya que al fin y al cabo la Iglesia y su obra son la prolongación de Cristo en la tierra y han de estar sometidas a la misma ley vital de unidad que hay en Jesucristo. Dios no puede estar contra sí mismo.*
b) *Como nota distintiva: «Por los frutos los conoceréis»* (Mt. 7,16). *Es inconfundible esta señal para conocer el árbol.*
1. Para conocer el verdadero árbol de vida plantado por Jesucristo, nada como atender a este fruto dificilísimo de la unidad, que únicamente puede producir el verdadero árbol de vida, es decir, el que tiene en sí la verdadera vida de Dios.
2. Cuando el árbol deja de tener la verdadera savia, cuando el cuerpo es abandonado por el alma, lógica y necesariamente viene la disgregación. Ocurre exactamente igual en las sociedades que se llaman cristianas. Pierden la unidad cuando pierden su verdadera vida. Por esta necesidad lógica, la unidad es nota distintiva de la Iglesia en un sentido positivo. No se da sino en la verdadera.

B. Impone una triple unidad.

a) *Unidad de fe. La verdad es una. Por esta unidad en la verdad hará Cristo todo lo necesario; incluso concederá a sus apóstoles y al magisterio de la Iglesia el don de la infalibilidad.*
b) *Unidad de régimen. Porque para ir al Padre todos los caminos tendrán que discurrir dentro del que es único camino, Jesucristo. Por El ha bajado el cielo a la tierra y ésta es la única senda*

abierta en el bosque del pecado para que la tierra suba al cielo.

c) *Unidad de liturgia.*

1. Todo va a reducirse al sacrificio que ha eclipsado a los demás sacrificios, como la luz a las sombras: la plenitud del sacrificio eucarístico, que comunica la gracia del único sacrificio que operó la redención, el sacrificio de la cruz.
2. De este sacrificio participamos por un sacramento, que es el sacramento de la comunión, el sacramento del amor, símbolo y causa de nuestra unión con Jesucristo.
3. Unico sacrificio, del cual brotan los otros sacramentos y medios de santificación, como cauces de un mismo caudal de gracia, como lazos de unión que nos incorporan a un mismo Dios.

752 III. *Unidad por el amor.*

A. En Dios.

a) *Dios tiene la vida más simple, más santa, más feliz: la vida infinita en toda su perfección.*

b) *Dios tiene en esta vida la nota distintiva de lo perfecto: la unidad.*

c) *Esto es así porque Dios es amor* (1 Io. 4,16). *Dijo el Señor a la B. Angela de Foligno: «Mírame: ¿hay algo en mí que no sea amor?»*

d) *Lo que cierra el misterio trinitario es el Espíritu Santo, amor sustancial.*

B. En la Iglesia, la unidad por el amor.

a) *La unidad de fe.*

1. El Espíritu Santo, actuando con eficacia sobre el magisterio de la Iglesia, la enseñará toda la verdad, y con su asistencia lo hace infalible para que la unidad de la fe pueda conservarse.
2. La verdad revelada por Cristo no fué conocida, como tampoco el misterio de su v da, sobre todo el de la cruz, hasta que vino el Espíritu Santo.
3. Es que la verdad revelada por los labios y la vida de Jesús no es una verdad fría y matemática, sino la verdad viva que exige del corazón el calor del amor.

b) *La unidad litúrgica o sacramental. También los sacramentos se unifican en el amor. Ellos son los instrumentos por los que comunica la vida sobrenatural al alma un mismo Espíritu Santo.*

c) *La unidad de régimen.*

1. La ley de Cristo toda ella está dictada por el amor,
2. Toda la ley consiste en el amor, que es el mandamiento que a todos los resume y vivifica
3. Toda la ley es fuente de amor. Ella, al fin, no intenta sino conducir por el camino del amor hacia Dios.

d) *Por lo cual en la Iglesia el principio vital interno que reduce a la unidad más perfecta y es fuente primaria de toda vida; en una palabra, el alma es el espíritu de amor.*

1. En nosotros el Espíritu Santo es el que reduce a unidad y armonía perfecta todo nuestro ser y potencias por la gracia; mientras el pecado, ausencia de amor, rompe nuestra unidad, como rompió la primera caída la armonía del universo.
2. En la Iglesia, el Espíritu Santo de tal modo quiere la unidad para ella, que la primera derrota que ha querido para los que de ella se han separado ha sido la pérdida de la unidad. Los protestantes alegan la inspiración inmediata del Espíritu Santo. Para confundirlos, este mismo Espíritu les muestra que no puede estar con ellos, haciéndoles cada día multiplicarse en más sectas, señal evidente de corrupción y de falta de vida.

9

Cristo, sacerdote

I. *Cristo se manifiesta como sacerdote en el sermón de la Cena e instruye a los primeros sacerdotes.* 753

A. La cumbre de esta manifestación se encuentra en la llamada oración sacerdotal, que comprende todo el capítulo 17 de San Juan. A ella dedicamos el guión siguiente.

B. Las cinco declaraciones especiales que Jesucristo hace a sus apóstoles son:

a) *Prevenirlos del mundo, gran enemigo del sacerdote, y en el cual, sin embargo, tienen que vivir.*
b) *La unión entre sí, de la que ya se ha indicado algo.*
c) *La unión con el Padre y con El, puesto que el sacerdote es intermediario entre Dios y los hombres y ha de estar en contacto con ambas partes.*
d) *La recomendación especial que hace al Padre de los apóstoles, la cual pertenece ya a la oración sacerdotal.*
e) *La recomendación de que por la predicación han de creer en la palabra evangélica.*

II. *Los sacerdotes y el mundo.* 754

A. El gran enemigo. Jesucristo considera el mundo como el terrible enemigo del sacerdote. El sermón de la Cena es el gran sermón contra el mundo, aplicable a todos los cristianos, pero preferentemente a las almas espiri-

tuales que tienen que vivir en el mundo, y más especialmente a los sacerdotes[1].

B. Dos mundos. «Hay dos mundos—dice San Agustín—: uno que hizo Dios, otro que gobierna el demonio» (cf. «Enarrat. in Ps.» 96,7: PL 36,1841).

a) *Esta distinción no hace referencia al orden material o físico: éste fué hecho por Dios y por Dios es gobernado. Las leyes físicas se cumplen en el mundo tal como están concebidas en la mente divina* (cf. supra, SAN AGUSTÍN, p.760).

b) *Se refiere la distinción indicada al mundo de los hombres, hecho por Dios, autor de la naturaleza humana, pero sometido también a las decisiones libres del hombre. El hombre, en virtud de su libre albedrío, puede acomodarse o no a la ley de Dios. Los hombres, si no se acomodan al designio divino, son gobernados por el demonio.*

C. Definición del mundo. Es de San Juan en la primera de sus epístolas, y dice así: «Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida» (1 Io. 2,15-16).

755 III. *Aspecto social del mundo.*

A. Propiamente el mundo no se produce hasta que el reino de la triple concupiscencia tiene alguna manifestación externa u objetiva que mata o daña al alma. El mundo expresa una idea social en el sentido genérico de esta palabra.

a) *Los hombres, cuando conviven en sociedad o compañía, pueden crear el mundo. El origen del mundo es interno en cada uno de ellos, pero la manifestación es externa. El mundo arranca del individuo, pero se proyecta en el conjunto social.*

b) *Hay leyes del mundo, criterios mundanos, cátedras mundanas, modas mundanas, etc. Todo lo cual ya no es subjetivo, sino externo y social* (véase «La palabra de Cristo» t.4 p.876).

B. Las armas del mundo. Son de irresistible eficacia. Es un maestro singular con métodos propios, que no se siguen en ninguna escuela más que en la del mundo.

a) *«El mundo no procede como los demás maestros. Enseña sin dogmatizar».*

b) *«No prueba sus sentencias. Sabe imprimirlas en nuestro corazón sin que nosotros lo advirtamos».*

c) *«Las leyes y normas del mundo se insinúan y penetran en nuestra alma más bien por un contagio insensible que por una expresa y formal enseñanza».*

[1] Hay abundante materia sobre el tema del mundo en el t.4 p.875-899. De ellas tomamos algunas ideas, remitiendo al lector para su ampliación al lugar referido. Domingo cuarto después de Pascua: «La promesa del Paráclito». Guión 15: «Qué es el mundo», p.875. Guión 16: «Jesucristo y el mundo en San Juan», p.879. Guión 17: «El mundo en San Pablo», p.883. Guión 18: «¿Dónde está el mundo?», p.886.

d) *«Todo lo que se dice en los medios mundanos, el aire mismo que en ellos se respira, nos arrastra al placer y nos sumerge en las vanidades de la vida».*

e) *«Si preguntáis a Tertuliano qué peligros ve en el mundo: Todo lo temo de él—os contestará este gran hombre—, hasta el aire que se respira, infectado de tantas opiniones malignas, de tantas máximas anticristianas»* («Ipsumque aerem, scelestis vocibus constupratum»; t.4 p.892 III, B).

C. Las armas contra el mundo. Las podemos expresar con frases de San Pablo: «Despojaos de las obras de las tinieblas; vestíos de las armas de la luz» (Rom. 13,12).

a) *Primer momento. Despojaos del espíritu del mundo. Despojémonos de las obras de las tinieblas; ni comilonas, ni borracheras, ni nada que sepa a carne y mundo* (Rom. 13,13 ss.).

b) *Segundo momento. Revestíos de Jesucristo. Vestíos de Jesucristo, y de Jesucristo crucificado, como dice el Apóstol: oración. ayuno, abstinencia, mortificación* (t.4 p.894 VI, A).

IV. *El mundo, enemigo de la Trinidad.* **756**

A. No se contenta Jesucristo con presentar al mundo como enemigo de Dios.

B. Lo presenta como enemigo, una a una, de las tres personas de la Santísima Trinidad.

a) *Enemigo del Padre. El mundo no conoce al Padre. «Padre' el mundo no te conoció»* (Io. 17,25). *El mundo aborrece a Jesús. «El que me aborrece a mí, aborrece también a mi Padre»* (Io. 15,23).

b) *Enemigo del Hijo. Lo acabamos de consignar. El mundo le aborrece* (Io. 15,18). *Pero reiteradas veces aparece como enemigo del Hijo, como veremos después.*

c) *Enemigo del Espíritu Santo. Jesús anuncia que enviará al Espíritu Santo, que es «el espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir»* (Io. 14,17). *Y, según el texto del evangelio de hoy, Jesús se va para enviar al Espíritu Santo, «el cual viene a argüir al mundo de pecado, de justicia y de juicio»* (Io. 16, 8-11).

V. *La victoria sobre el mundo.* **757**

A. Triunfa del mundo el que muere al mundo. El triunfo del mundo debe ser personal, en todos nosotros, antes de intentar arrojar de los demás el espíritu del mundo.

B. San Pablo lo expresa vigorosamente en un conciso grito de victoria: «El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo» (Gal. 6,14). Pablo puede decir como Cristo: «Ya no hablaré muchas cosas con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, que en mí no tiene nada» (Io. 14,30).

C. Comenta el Crisóstomo el texto paulino. Tan ajeno está el espíritu de Pablo al del mundo, que la relación que

existe entre ambos no es semejante a la que se da entre el hombre vivo y el muerto, que ya sería mucho, es relación de cadáver a cadáver. El mundo muerto para San Pablo. San Pablo muerto para el mundo.

10

La oración sacerdotal

758 I. *El sacerdote, intermediario.*

A. En el capítulo 17 de San Juan, Jesucristo aparece, como en ninguna otra parte del Evangelio, cual sumo, único y verdadero Sacerdote.

B. Sus palabras aspiran a la última perfección del ministerio propio del sacerdote, que es ser intermediario entre Dios y los hombres.

759 II. *Cinco puntos pueden señalarse en el sermón de la Cena.*

A. Cristo, dirigiéndose a su Padre, hace las siguientes declaraciones:

a) «*Manifestavi nomen tuum hominibus*». *He cumplido el deber sacerdotal de predicar la palabra.*

b) «*Servavi quos dedisti mihi*». «*Yo he guardado como pastor las ovejas que me confiaste*». *En el «servavi» se encierran todos los deberes pastorales del sacerdote. Si alguno se pierde, se perderá por su culpa, como el hijo de perdición (alusión a Judas).*

c) *Pide al Padre que les libre del espíritu del mundo, aunque los ha de conservar en el mundo. Petición congruente con todo el sermón de la Cena. Se refiere no sólo a los sacerdotes, sino a todos. Alude a los que por el sacerdote han de creer en Jesucristo. Pero especialmente al sacerdote, porque necesita más del fulgor de la caridad y de la pureza del alma.*

d) *Aspecto positivo. Pide que los sacerdotes vivan en El.* «*Ellos en mí*». *Cristo es la escala para subir al Padre. El sacerdote entre Dios y los hombres. La perfección del sacerdocio en las obras es unir a los hombres con Dios. Cristo, Sumo Sacerdote, no sólo los relaciona con Dios, sino que los une con Dios, y los une con Dios uniéndolos antes con El mismo, porque en Cristo está Dios.* «*Para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado*» (Io. 17,21).

e) *Unión eterna y gloriosa:* «*Padre, lo que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo*» (Io. 17,24).

1. Hablando de la perfección del sacerdocio de Cristo, dice San Pablo que el Padre estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo. En Cristo se encuentra el Padre y el mundo, entendido esta vez el mundo en el sentido de los cristianos fieles.
2. La expresión de San Juan tiene todavía más fuerza; no es una simple reconciliación, sino una unión de Dios en Cristo. Por Cristo se sube al Padre.

B. La perfección del sacerdocio. Ya está expresada en los párrafos anteriores, pero conviene resaltar la idea principal del sacerdocio, que es la de intermediario entre Dios y los hombres, la de la reconciliación. «Tenemos ministerio de reconciliación», decía San Pablo. Pero San Juan la llevó todavía más lejos. Es ministerio de unión. «Que todos sean uno» (Io. 17,21); «Que ellos sean consumados en la unidad» (Io. 17,23). «Que el amor con que el Padre ama a Jesucristo sea en ellos y yo también esté en ellos» (Io. 17,26). Y esto, eternamente.

III. *Clases de unión. Hay una unión puramente material; otra, moral; otra, espiritual.* 760

A. La unión puramente material nace del contacto físico, como una muchedumbre o un montón de piedras, en las cuales hay unión por la proximidad o contacto físico.

B. La unión moral supone relaciones permanentes. Los miembros de una familia, por las relaciones de marido a mujer, de padre a hijo, de hijo a padre, etc. Relación de autoridad, de amor, de obediencia. La unión jurídica es una especie de la unión moral. En la familia se dan ambas.

C. La tercera unión más perfecta es la espiritual o vital cuando se participa de un solo centro de vida. Tal es la unión de los miembros del cuerpo humano. Esta última unión da alguna idea de lo que es nuestra unión en Jesucristo. «In ipso vita erat»: «En el cual estaba toda la vida». Del cual todos participamos formando un solo cuerpo, cuyo centro vital y directivo está en la cabeza, que es Cristo.

IV. *Unión intelectual.* 761

A. Queremos reproducir el comentario de Santo Tomás a uno de los versículos del sermón de la Cena, no para suscitar cuestiones discutidas, sino para centrar la atención de los sacerdotes sobre la enorme importancia que tiene en la vida sacerdotal la predicación de la palabra de Dios. El cultivo de la virtud de la fe en los fieles.

B. Dice el santo Doctor comentando el «haec est vita aeterna» (Io. 17,3):

a) *«Vivir es moverse «ab intra». Más perfecta es la vida cuando opera, cuando se mueve «in actu». Más perfecta cuanto más alta es la operación».*

b) *«La inteligencia es vida; el entender es vivir. Entender cosa eterna es vivir vida eterna. En la visión consiste la vida eterna principalmente y según toda su sustancia. «Principaliter et secundum totam suam substantiam».*

c) *El amor es un movimiento y complemento. La delectación de la quietud es el complemento de la bienaventuranza. La sustancia de la misma consiste en la visión. En este mundo no podemos conocer a Dios cara a cara. Le conocemos por la fe. Una fe ilustrada, firme, es el mejor fundamento de la caridad.*

762 V. *La palabra sacerdotal.*

A. El gran instrumento de unión es la palabra sacerdotal. En la misma oración sacerdotal aparece. Jesucristo lo dice justificando la perfección de su sacerdocio: «manifestavi nomen tuum hominibus».

B. La palabra es el mágico instrumento de unión. La palabra vive en los entendimientos; los entendimientos se convierten en palabras vivas, y si es la misma palabra la que habita en los entendimientos, la unión de las voluntades es fácil; la unión en la acción, lógica. Las organizaciones tienen vida y eficacia y permanencia.

C. Por eso el propio Jesucristo, al llamarse Rey, se llamó Rey de la verdad. El reino de Jesucristo, según canta el prefacio de Cristo Rey, es reino «veritatis et vitae»; ante todo, de verdad, como si todo lo demás dependiera de la posesión de la verdad.

11

El gozo de San Pablo

763 I. *Las tribulaciones de San Pablo.*

A. ¿Quién ha padecido más que el Apóstol?

B. Recordemos la elocuente enumeración de sus penas y dolores.

a) *«¿Son ministros de Cristo? Hablando en locura, más yo; en muchos trabajos, en muchas prisiones, en muchos azotes, en frecuentes peligros de muerte. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fuí azotado con varas,*

una vez fuí apedreado, tres veces padecí naufragio, un día y una noche pasé en los abismos del mar; muchas veces en viaje me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos. Trabajos y miserias, en prolongadas vigilias, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y en desnudez».

b) *«Esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada día, de la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?»* (2 Cor. 11,23-29).

II. *El gozo del Apóstol.* **764**

A. Y, sin embargo, San Pablo, en esa misma epístola, nos dice: «quasi tristes semper autem gaudentes» (2 Cor. 6,10). Siempre atribulado y siempre gozoso. La tristeza era en él aparente: «quasi tristes». El gozo verdadero: «semper autem gaudentes».

B. La tristeza viene de fuera. El gozo procedía del «hondón» de su alma, de la parte más secreta de su espíritu, de la unión con Dios, de la presencia del Consolador. Por emplear la bella comparación de Santa Teresa, el alma entera estaba embalsamada de un suavísimo gozo, que se levantaba de lo más profundo de ella como si hubiera echado especies aromáticas en alguna vasija interior.

C. La corona de gloria. Aparte de los gozos que experimentó en esta vida, le sostenía la corona de gloria que esperaba recibir muy pronto de Jesucristo, como él mismo nos dice: «bonum certem certavi; cursum consummavi; fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona iustitiae quam reddet mihi Dominus in illa die, iustus iudex» (2 Tim. 4,7-8). ¿Cuántos años sufrió San Pablo en este mundo? Poco más de treinta. ¿Cuánto va a durar el reposo y la gloria del Apóstol? Toda una eternidad.

III. *El origen del gozo.* **765**

A. El origen del gozo del Apóstol es doble: nace de la caridad y es fruto de la esperanza.

B. Dice Santo Tomás (2-2 q.28 a.1 ad 3): El gozo espiritual puede ser de dos maneras:

a) *En cuanto nos alegramos del bien divino considerado en sí mismo; en cuanto nos alegramos del bien divino por participar nosotros de él.*

b) *El primero es mejor, porque procede principalmente de la caridad. El segundo procede también de la esperanza, por la cual esperamos la fruición del bien divino, aunque la fruición, ya la perfecta, ya la imperfecta, se obtenga según la medida de la caridad.*

766 IV. *Amor y consuelo.*

A. Sea la conclusión que donde hay amor hay consuelo. Donde hay amor no hay pena ni fatiga, porque el amor lo soporta y lo transforma todo.

B. ¡Qué bien dice la «Imitación de Cristo», l.3 c.5!

a) *«Que no hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más alto, nada más ancho, nada más alegre, nada más lleno ni mejor en el cielo ni en la tierra; porque el amor nació de Dios, y no puede aquietarse con todo lo criado, sino con el mismo Dios...*

b) *»El amor no siente la carga ni hace caso de los trabajos; desea más de lo que puede, no se queja que le manden lo imposible, porque cree que todo lo puede y le conviene...*

c) *»Fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta, sino, como viva llama y ardiente luz, sube a lo alto y se remonta con seguridad. Si alguno ama, conoce lo que dice esta voz: Dios mío, amor mío. Tú todo mío y yo todo tuyo».*

12

Jesús en el tribunal de Anás

767 I. *Distintos tribunales.*

A. Hay en el proceso condenatorio de Jesucristo dos series de tribunales.

a) *Tribunales religiosos.*
   1. El tribunal de Anás.
   2. El tribunal de Caifás.

b) *Tribunales civiles.*
   1. El tribunal de Pilato.
   2. El tribunal de Herodes.

B. Seis veces comparece Jesús.

a) *Tres ante tribunales religiosos: dos ante Caifás y una ante Anás.*

b) *Tres ante tribunales civiles: dos ante Pilato y una ante Herodes.*

C. Prescindimos aquí de los tribunales civiles que están estudiados en el Domingo de Ramos (véase «La palabra de Cristo», v.3 p.1090-4). Estudiaremos en dos guiones sucesivos los tribunales de Anás y Caifás.

II. *¿Quién era Anás?* 768

A. Razones de su influencia.

a) *Anás, de hecho, era el personaje más influyente y activo del Sanhedrín.*
b) *Era cosa indiscutible que nunca hombre alguno había sido tan afortunado como él.*
c) *Había ocupado durante nueve años el puesto de sumo pontífice.*
d) *Aunque con intervalos, le sucedieron en el cargo cinco de sus hijos: Eleazar, Jonatán, Teófilo, Matías, Anás el Joven y uno de sus nietos.*
e) *Yerno suyo era Caifás, a la sazón sumo sacerdote.*
f) *Era, por consiguiente, considerado el supremo pontificado como una propiedad de familia.*
g) *Anás tenía cuanto un judío de su tiempo podía ambicionar: riqueza, honores, prestigio, estimasión en Roma.*

B. Pero tenía en su contra:

a) *La falta de estimación por parte de las personas honradas.*
b) *Se reprochaba a las familias sacerdotales de entonces el fasto, la vida mundana, el materialismo, la dureza de alma.*
c) *La familia de Anás se distinguía también por su perversidad y avaricia.*
d) *Se hablaba de su lengua de víbora, porque usaba de calumnia y la difamación para derrotar a sus enemigos.*
e) *Se hicieron famosos sus manejos comerciales junto al templo. Hasta monopolizó la venta de palomas y tórtolas para los sacrificios, con lo que allegó una elevada suma de dinero al poner precios muy subidos.*

III. *Por qué fué llevado Jesús a casa de Anás.* 769

A. Una vez prendido Jesús en el huerto fué conducido al palacio común de Anás y Caifás; pero en realidad lo llevaban para hacerle comparecer ante Anás. Lo lógico hubiera sido llevarlo directamente a Caifás.

B. Pudo ser un acto de deferencia por parte de Caifás, siempre respetuoso y admirador de su poderoso suegro.

C. Más verosímil es que Anás, habituado a hacer y deshacer como jefe, hubiese maquinado esta intriga, tomado sus medidas y dado órdenes, de suerte que los esbirros, con toda naturalidad, se dirigieron ahora a él como inspirador e instigador de la conspiración. Hacen más verosímil esta hipótesis las dos razones siguientes:

a) *Hasta tal punto continuaba Anás siendo considerado a los ojos del pueblo como verdadero pontífice, que el epíteto de «sumo sacerdote» estaba unido a su nombre.*
b) *A pesar de su destitución arbitraria por Valerio Grato, podía ser considerado como el legítimo sucesor de Aarón, mientras Caifás venía a ser un simple agente responsable ante la autoridad romana.*

770 IV. *El interrogatorio.*

A. No tuvo nada de jurídico.

a) *No hubo testigos ni acusadores.*
b) *Los miembros del Sanhedrín no formaban «quorum» suficiente. Estaban presentes los más encarnizados y radicales, los que habían ido hasta el huerto de Getsemaní.*

B. Lo que con él pretendió Anás.

a) *Quiere aprovechar la turbación moral que suele apoderarse del prisionero para hacer una investigación previa a la comparecencia ante Caifás.*
b) *Espera arrancar al inculpado confesiones comprometedoras.*

C. El contenido del interrogatorio versa sobre la doctrina de Cristo y sus discípulos (Io. 18,19).

D. La respuesta de Jesús.

a) *No fué la que él esperaba.*
b) *Estas fueron las palabras del Maestro: «Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en secreto. ¿Qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído lo que yo les he enseñado, pues ésos saben cuáles cosas haya dicho yo»* (Io. 18,20-1).
c) *La doctrina de Jesús y su actuación son distintas de las de los otros maestros.*
   1. Los traficantes de sabiduría humana reservan su ciencia para un corto número de iniciados, a fin de hacerla más deseable y lucrativa.
   2. La sabiduría de Jesús es asequible a las almas más sencillas y es a un tiempo capaz de satisfacer a los espíritus más elevados.
   3. Los discípulos han recibido orden de predicarla desde las azoteas.
d) *Por este camino claro, abierto y sencillo queda deshecha la intrigante y tortuosa intriga de Anás.*

771 V. *La escena final.*

A. Es muy triste que así comience la Pasión.

a) *Cuando termina de hablar Jesús, uno de los alguaciles del pontífice le dió una bofetada, diciéndole: «¿Así respondes al pontífice?» Era la bofetada dada a Jesús por la adulación vergonzosa de un criado de Anás.*
b) *Ninguno de los presentes protestó contra este indigno tratamiento infligido a un prisionero indefenso, maniatado y sujeto a un interrogatorio que no tenía nada de oficial.*
c) *Jesús responde, sin perder su calma, al agresor: «Si hablé mal, muéstrame en qué; mas si bien, ¿por qué me hieres?»* (Io. 18,22).

B. ¡Dominio, firmeza, paciencia y mansedumbre de Dios!

VI. *Aplicaciones.* 772

A. El tribunal de Anás es el tribunal del respeto humano. Este ha sido el primero en sentenciar a Jesús.

B. ¿Y nosotros?

a) *¡Cuántas veces condenamos a Jesús en el tribunal del respeto humano o de la adulación!*

b) *¡Cuántas veces también, viendo a Jesús condenado y maltratado con injustas bofetadas, no hemos salido en defensa de El!*

c) *¡Cuántas veces, por último, bajo especie de justa reivindicación del propio honor, actúa nuestro amor propio: ante la defensa de un falso honor mundano sentenciamos a muerte una ocasión que se nos ofrece de imitar a Cristo con la humildad y de santificarnos!*

13

Jesús en el tribunal de Caifás

I. *De Anás a Caifás.* 773

A. Anás y Caifás, suegro y yerno, vivían en el mismo palacio. Mientras tenía lugar el interrogatorio en casa de Anás había dado tiempo para que se reuniesen todos los sanhedritas.

B. Anás se vió derrotado por aquel prisionero. Vió que él, que por otra parte tenía en su mano todos los resortes, no podía conseguir nada de un reo que se negaba a responder. Decidió por esto mandarlo atado al tribunal oficial de Caifás.

II. *Quién era Caifás.* 774

A. Estaba casado con la hija de Anás.

B. Fué nombrado sumo sacerdote el año 18 de nuestra era por Valerio Grato. Fué depuesto el año 36 por Vitelio, gobernador de Siria, al mismo tiempo que Pilato.

C. En el momento de la Pasión de Cristo llevaba once o doce años en el pontificado.

D. Sorprende su prolongada permanencia en el cargo.

a) *Sus tres predecesores no habían podido conservar tal dignidad más de un año cada uno. Casi lo mismo sucedió con los cinco sucesores inmediatos.*

b) *Pilato, por otra parte, era un procurador suspicaz, autoritario y codicioso, que parecía gozarse en humillar al sacerdocio y en reprimir la menor tentativa de independencia de los judíos.*

c) *Hay que suponer, por tanto, en Caifás verdaderos prodigios*

de servilismo, sobornos y bajas intrigas. Pero no es necesario hacer supuestos gratuitos, porque la conducta de Caifás en esta ocasión nos lo revela de cuerpo entero.

775 III. *El Sanhedrín.*

A. Era un tribunal religioso.

a) *Su presidente nato era el sumo sacerdote.*
b) *Constaba de tres órdenes.*
1. Sumos sacerdotes o jefes de las principales familias sacerdotales. Casi todos saduceos.
2. Los ancianos o laicos notables de la nación.
3. Los escribas o legistas, en su mayor parte fariseos.

B. Sus atribuciones fueron variando bajo los diversos gobiernos.

a) *Bajo el mandato de Herodes, sus funciones fueron estrictamente judiciales.*
b) *En tiempo de los procuradores se ampliaron.*
1. Tenían guardia y policía.
2. También el derecho de encarcelar a los delincuentes.
3. Podían infligir ciertos castigos, la flagelación y la excomunión mayor y menor.

C. Normas de procedimiento. Eran muy justas y capaces por sí mismas de asegurar al reo todas las garantías.

a) *No se podía actuar de noche. Todas las diligencias se debían hacer de día.*
b) *Se debía comenzar por las declaraciones de los testigos de descargo y por los argumentos favorables al acusado. A todos los testigos se les advertía severamente de la responsabilidad del falso testimonio. Se les interrogaba por separado, de modo que no pudieran ponerse de acuerdo. Si se trataba de un crimen, se les preguntaba tan sólo por lo que sabían «de visu», sin tener en cuenta lo que supieran de oídas.*
c) *La sentencia no podía pronunciarse en el mismo día del juicio.*
d) *Finalmente, los jueces emitían su parecer por orden inverso al de sus rangos, para que los primeros no influenciaran con su prestigio a los demás.*

D. Estos datos bastan para hacer ver cómo todas las reglas procesales de la equidad y de la justicia fueron inicuamente violadas en el proceso de Jesús.

776 IV. *El juicio se celebró cuando el Sanhedrín estuvo completo.*

A. Una tentativa frustrada.

a) *Abierta la sesión se buscaron testigos dispuestos a hacer una declaración suficiente para condenar a muerte a Jesús* (cf. Mt. 26,59).
b) *Tan precipitado fué todo este período de prueba, que los tes-*

tigos no se pudieron poner de acuerdo, o, lo que es más probable, no se aprendieron bien la lección.

c) *La ley de Moisés era terminante. Para condenar a muerte se necesitaban dos o tres testimonios concordantes, o al menos no contradictorios.*

d) *Pero fracasó el intento de obtenerlos en el juicio de Jesús, a pesar de*

1. la docilidad de los testigos,
2. la parcialidad de los jueces y
3. las muchas tentativas.

B. ¿Dos testigos acordes?

a) *Al fin se presentaron dos hombres que parecían ofrecer la solución* (Mt. 26,60). *Sus afirmaciones eran las siguientes:*

1. Un testigo alegó la afirmación de Jesús: «Yo destruiré el templo de Dios y lo reedificaré en tres días».
2. Otro testigo cita la palabra de Jesús: «Yo destruiré este templo hecho por manos de hombres y en tres días levantaré otro que no será hecho por manos de hombres».

b) *Estos dos testimonios ni eran concordes entre sí, ni reproducían fielmente las palabras de Jesús, ni conservaban su espíritu. Jesús había dicho: «Si destruís este templo—su cuerpo—, yo lo reedificaré al cabo de tres días»* (Io. 2,19).

c) *Ni siquiera, aplicada la expresión en sentido literal al templo de Jerusalén, constituía blasfemia. Podría parecer, de no conocer el poder de Cristo, extravagante. El mismo Herodes había destruído el templo para reedificarlo.*

d) *Lo más que podía hacer, de ser verdadera esta acusación, era enemistar al pueblo con Jesús, pero no dar ocasión a sentencia de muerte.*

C. El diálogo con Jesús.

a) *Caifás: «¿No respondes nada a todas las acusaciones dirigidas contra ti?»* (Mt. 26,62).

b) *Jesús guarda silencio.*

c) *Los sanhedritas insisten: «Si tú eres el Cristo, dínoslo sin ambages»* (Lc. 22,66).

d) *Jesús: «Si os lo digo, no me creeréis; y si os interrogo, no responderéis»* (Lc. 22,67).

e) *Los sanhedritas quedan desarmados. Es lo mismo que había ocurrido tres días antes cuando El les preguntó por el origen del bautismo de Juan y qué significaban las palabras del salmista: «El Señor dijo a mi Señor»* (Mt. 22,43).

D. La suprema e injustísima tentativa.

a) *Caifás se siente humillado, sin conseguir del acusado la confesión que podía perder a éste.*

b) *Pero cree haber encontrado el medio de conseguirla: «Yo te conjuro en el nombre de Dios vivo a que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo del Bendito»* (Mt. 26,63).

1. Requerimiento absolutamente ilegal. Jamás se había conjurado a nadie, no habiendo testigos, a que se declarara culpable y pronunciara su condenación.
2. Si contesta Jesús, no es por respeto a una autoridad, que no tiene derecho a interrogar, sino porque en esta ocasión su silencio hubiera tenido valor de retractación.

c) *Jesús, ante el requerimiento del sacerdote y del Sanhedrín, que representa a la nación entera, no puede callar y contesta: «Tú lo has dicho; Yo soy. Y aun os digo que en lo sucesivo veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del poder de Dios y viniendo sobre las nubes del cielo»* (Mt. 26,64).

d) *Un clamor de muerte se levanta. Es el que brota de los labios de Caifás, coreado por el Sanhedrín: «Merece la muerte»* (Mt. 26,66).

1. Jesús, según ellos, acaba de proferir una gran blasfemia haciéndose Dios.
2. Caifás rasga sus vestiduras.
3. A pesar de la aparente indignación, Caifás reventaba de gozo. Esto era lo que él buscaba, motivo para condenar a Jesús.

E. La sesión de la mañana.

a) *No era lícito condenar de noche; por lo cual el Sanhedrín se reúne de mañana para sentenciar a Jesús.*

b) *En su última actuación, en este momento supremo de la vida del Salvador, se muestra en su cumbre el pecado de fariseísmo de un tribunal que está violando las leyes todas de la justicia y siente escrúpulos de no cumplir un detalle de la Ley.*

777 V. *Conclusión.*

A. El tribunal de Caifás es el de la conveniencia e hipocresía.

B. Tribunal en que, con frecuencia, Cristo queda condenado en nuestra propia vida.

14

Las negaciones de Pedro

778 I. *¡Qué contraste!*

A. ¿No te bastaba, Señor, verte vendido por uno de tus discípulos, para que quieras que el primero de todos ellos reniegue de ti?

B. ¡Qué contraste! Aunque fuera necesario morir por el Señor, Pedro no había de negarle jamás. ¿Es hora ya de sacar la espada?, preguntaba en el huerto. Y ahora dice que no tiene nada que ver con ese hombre...

C. Es un triste ejemplo de lo que acaece a muchos cristianos.

a) *San Pablo dice que muchos cristianos de Creta «alardean de conocer a Dios, pero con las obras le niegan»* (Tit. 1,16).

b) *Renegar de Cristo consiste en seguir una vida y máximas distintas de la suya; en abandonar lo que El buscó y huir lo que él amó.*

II. *Muchos cristianos reniegan.* 779

A. De la vida y ejemplos de Jesucristo.

a) *El Señor nos dió ejemplo de vida. «Porque yo os he dado el ejemplo para que vosotros hagáis también como yo he hecho»* (Io. 13,15).

b) *San Pablo quería que imitásemos a Cristo «para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo»* (2 Cor. 4,11) *hasta poder decir: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»* (Gal. 2,20).

c) *Cotéjese el amor a la pobreza y humildad, el odio al mundo de Cristo con la vida de no pocos cristianos.*

B. De la muerte y cruz del Señor.

a) *Decía San Pablo que la cruz servía de escándalo a los judíos y que parecía una locura a los gentiles.*

b) *A nosotros no da ocasión de escándalo cuando nos rebelamos ante cualquier desgracia o sufrimiento.*

c) *Demostramos nuestra locura al emplear todas nuestras fuerzas en huir de la mortificación y buscar la comodidad y regalo.*

C. De las normas morales y ascéticas de su Evangelio.

a) *La moral de Cristo y la del mundo son opuestas diametralmente.*

1. Cristo reprueba el afán de riquezas. El mundo alienta a amasar más y más y aplaude a los vencedores.
2. Cristo anima a ser dulce y misericordioso. El mundo exige satisfacciones por la menor de las injurias.
3. Cristo promete el reino de los cielos a la sencillez de los niños. El mundo ansía gloria y poder y por ellas lucha y ofende.
4. Cristo alaba la austeridad y llanto de los penitentes. El mundo no busca sino el placer.

b) *Se reniega de él en sus sacramentos, sobre todo en la Eucaristía.*

1. Con el abandono. Muchos comulgan una vez al año empujados por el precepto.
2. Con el sacrilegio.

c) *Se reniega de él en sus discípulos.*

1. Con la persecución.
2. Con el menosprecio de las personas más piadosas.

III. *La negación de San Pedro hubo de resultarle al Señor más dolorosa que las injurias de sus enemigos.* 780

A. La negación de los cristianos le duele más que la de los gentiles y judíos, que no le conocieron como a Dios. De ello se quejaba a Santa Margarita de Alacoque. Debe dolerle más que la de San Pedro, pues nosotros le hemos

visto morir y sabemos que fué por redimirnos. «Recogitate eum qui talem sustinuit a peccatoribus adversus semetipsum contradictionem» (Hebr. 12,3).

B. Cristo miró a San Pedro y éste lloró. Cristo continúa mirando a los cristianos y éstos permanecen insensibles.

C. En vista de ello en el juicio la mirada de la misericordia se convierte en mirada de ira. Ya se dijo de El que sería la piedra con la que chocaríamos muchos. «A todo el que me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre» (Mt. 10,33).

D. Las parábolas sobre este punto son numerosas. En aquel momento la justicia se mide por la misericordia precedente.

15

La flagelación

781 I. *El pretorio.*

A. Los suplicios reciben su gravedad de la vergüenza y el dolor que les acompañen. Hay suplicios que sólo llevan consigo la vergüenza. Otros que sólo causan dolor. Cristo quiso unir una y otra cosa.

B. Escena del pretorio. Cristo, según costumbre romana, es desnudado por completo delante de los soldados y de sus enemigos. Se le atan sus manos a una columna de poca altura obligándole a inclinar aquellos hombros que sostenían el mundo. Es la vergüenza. La flagelación añade el dolor.

782 II. *Un salmo mesiánico dice: «Por ti sufro afrentas y cubre mi rostro la vergüenza»* (Ps. 68,8).

A. ¿Qué es lo que así te humilla y avergüenza, Señor mío?

a) *¿El ser azotado como un esclavo? No; cuando aceptaste la forma del siervo, aceptaste sus humillaciones.*

b) *¿El ser castigado como un criminal? No; porque desde la eternidad aceptó la voluntad del Padre.*

c) *¿El verse burlado por su pueblo, que ríe de su humillación y desnudez? Sí; pero hay otra cosa que le avergüenza más todavía. El haberse cargado y hecho responsable de nuestras impurezas de pensamiento, palabra y obra.*

B. Cuando el Señor aceptó el pasar vergüenza, pasión de suyo buena y ordenada al bien, es que quiso darnos alguna lección.

a) *Lo malo de nuestra vergüenza es que la tenemos para lo bueno y carecemos de ella para el mal.*

b) *El orden debe ser otro. Porque del mismo modo que la vergüenza del bien es para nosotros fuente de todos los males, en cambio la vergüenza del mal debe ser la fuente de todos los bienes.*
c) *La vergüenza del pecado es la madre de la inocencia y la raíz del arrepentimiento.*
d) *El Señor reprocha por medio de Jeremías el que su pueblo no quiera volver a El, porque a pesar de sus faltas tiene «frente de bronce» (de meretriz, en la Vulgata).*
e) *El estado más triste del pecador es de aquel que no se avergüenza de unas faltas que enrojecieron al Señor cuando se hizo responsable de ellas. El estado más triste del cristiano se produce cuando no se atreve a cumplir el bien porque le da vergüenza. San Ignacio en la meditación sobre los pecados procura despertar el sentimiento de vergüenza ante nuestro estado.*

III. *En la flagelación se unió el dolor a la vergüenza.* 783

A. Cuando los amigos de Job le vieron sentado en el muladar quedáronse durante varios días espantados y silenciosos. ¿Qué otra cosa podremos hacer ahora? Descripción de la flagelación.

B. ¿Qué nos enseña el Señor con esa voz de sangre y llagas? Lo mismo que nos habían predicado sus labios: «El que ama su alma la pierde, pero el que aborrece su alma en este mundo la guardará para la vida eterna» (Io. 12,25). Aquí la palabra *alma* significa la vida corporal.

a) *Nuestro cuerpo naturalmente nos inclina al mal. El pecado original lo hizo además cuerpo de pecado.*
b) *Las obras a que nos inclina son aquellas que San Pablo agrupaba bajo el epígrafe de obras de la carne.*
c) *Su desenlace es la condenación.*
d) *El cuerpo santísimo de Cristo no era un cuerpo de culpa como el nuestro. Pero padecía para darnos la lección que San Pablo entendió perfectamente cuando decía: «Los que son de Cristo Jesús han crucificado su carne con las pasiones y concupiscencias»* (Gal. 5,24). *«Andad en el Espíritu y no deis satisfacción a los deseos de la carne»* (ibid., 16).

1. Así hablaba San Pablo no a grupos selectísimos, sino a todos los fieles sin excepción.
2. Así lo entendieron los santos, y por eso admiramos sus penitencias. Verificadas precisamente por quienes las merecían menos.

IV. *Lo maravilloso no es que los impíos y licenciosos rehuyan toda mortificación y se entreguen a los placeres de los sentidos. Lo difícil de entender es que:* 784

A. Nuestros penitentes creen haber hecho bastante con confesar sus pecados y haberse dolido un tanto (apenas lo suficiente) de ellos, sin compensar por sus culpas ni prevenirse contra futuras caídas.

B. Que los buenos cristianos tienen harto poco de mortificados.

C. Que muchos censores atrabiliarios de las costumbres ajenas creen haber hecho bastante con censurarlas y ser ellos mismos un ejemplo de vida regalona.

16

La coronación de espinas

785 I. *La Pasión del Señor había de asociar a todas las gentes y todos los tormentos.*

A. Habían herido y burlado al Señor los soldados judíos, los jefes del pueblo, etc. Convenía que ahora hicieran chacota de El los soldados romanos. Que hirieran la única parte de su cuerpo que restaba inmune: la frente.

B. Cada grupo social tiene su mentalidad propia, y la del soldado, cuando se le abandona a sus instintos, constituye lo que se llama la soldadesca. En esos momentos los hombres más pusilánimes cometen las mayores crueldades.

C. Descripción de los dolores físicos y de los dolores morales ante las burlas.

786 II. *En la escena vemos la coronación burlesca y dolorosa que el mundo hace de Cristo; como vemos también el reconocimiento de la realeza del Señor, que comienza a ser proclamada hasta inconscientemente por sus mismos enemigos.*

787 III. *Cristo es rey de la verdad.*

A. Ante Pilato une su realeza y su misión de predicar la verdad. «Tú dices que soy rey. Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (Io. 18,37).

B. Es el Verbo, y como tal constituye El mismo la verdad ontológica de las cosas. Al venir al mundo viene a restablecer la verdad moral.

C. Sin embargo, muchos apostatan y reniegan de esa realeza. Se burlan de ella. Nunca ha habido tanto interés en renegar de ningún moralista (Sócrates, Confucio, etcétera) como de Cristo. Las naciones y sistemas no se han armado jamás contra ningún otro predicador.

D. Pero quienes producen mejor la corona del pretorio son los que dicen admitir la verdad de Cristo, pero en realidad lo coronan rey de burlas.

a) *Tanto político liberal, que pronunciaba redundantes discursos sobre el cristianismo y firmaba leyes en contra de sus normas.*

b) *Tanto patrono que lo corona rey de la verdad en cuanto a todos los puntos de su doctrina, menos en cuanto al que le toca a él más de cerca.*

c) *Nosotros mismos con la desgraciada habilidad que tenemos para compaginar nuestras máximas mundanizadas con las del Evangelio. Casuística oportuna, distinciones arbitrarias entre mandatos y consejos, glosas...*

IV. *Cristo es un rey que debe dirigir nuestras acciones.* **788**

A. «Yo he sido constituído rey sobre Sión». Y sobre el mundo entero, porque «Yavé me ha dicho...: pídeme y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra» (Ps. 2,6-8).

a) *Es cierto que Cristo le dijo a Pilato que su reino no era de este mundo, pero con ello se refería únicamente a que renunciaba a gobernar los asuntos temporales.*

b) *Porque en cuanto al reinado del espíritu: «¡Oh reyes!, obrad prudentemente. Dejaos persuadir, rectores todos de la tierra. Servid a Yavé con temor»* (ibid., 10 y 11). *«Me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra»* (Mt. 28,18).

B. Nosotros reconocemos y proclamamos este reinado. Como los soldados, decimos: «Ave, Caesar». Pero nuestra corona es de espinas.

a) *Nuestra alma no produce otra cosa. Se parece al campo del perezoso: «Todo eran cardos y ortigas, que habían cubierto su haz»* (Prov. 2,31). *Con nuestros desórdenes, maledicencias, fraudes, cobardías.*

b) *Esto es lo que le presentamos al Señor para que teja su corona. El mismo dijo que su doctrina caía en gran parte sobre espinas que la sofocaban. Son los malos deseos de mi alma, que ahogan los mandatos con que el Señor quiere dirigir mi vida.*

C. También ponemos en la mano del Señor un cetro de burla, una caña liviana.

a) *Su reino tiene por solio principal el interior de las almas. Allí dentro gobernará en la medida que le dejemos gobernar.*

b) *Nuestra versatilidad no permite que lleve más que un cetro de caña, el arbusto representativo de la inestabilidad.*

V. *Los mismos enemigos comienzan a reconocer la realeza de Jesús.* **789**

A. Pilato escribe el cartel en el que le llama rey y se niega a sustituirla. Le ocurría lo que a Caifás cuando profetizó sin saberlo.

B. También San Ambrosio dice de los soldados: «Aun cuando no creyeran interiormente, sin embargo no dejaron de tributarle los honores debidos, ya que le saludaron como a rey, le coronaron como a vencedor y le adoraron como a Señor y Dios».

a) *Le pusieron una corona de espinas, y no sabían que era el mejor de los símbolos de un rey que había de reinar preferen-*

temente sobre los que sufren. Rey de los mártires, de los penitentes, de los pobres y desgraciados. Cuando le ofreció a Santa Catalina de Sena una corona de rosas y otra de espinas, la Santa no dudó en elegir, porque le conocía.

b) *El cetro de caña—es un pensamiento de San Agustín—representa, mejor que otro ninguno, el carácter del reinado de Cristo.*

1. Los cetros robustos y fuertes de los reyes significan el poder de sus ejércitos, etc. Son como una prolongación de su mano, para suplir la que a ésta le falta por sí misma.
2. El reino de Cristo, en cambio, es el de la mansedumbre, el reinado de un niño en un pesebre y de un hombre en una cruz, y que, sin embargo, no necesita de nadie para llegar de un extremo a otro de su imperio.

C. La púrpura del manto es la sangre de tanto mártir como ha dado, da y estará siempre dispuesto a dar su vida por su Rey.

790 VI. *Un día el Padre le dirá: «Domina en medio de tus enemigos»* (Ps. 109,2). *Evitemos contarnos entre ese número diciendo ahora: «Al Rey de los siglos inmortal, invisible, único Dios, el honor y la gloria por los siglos de los siglos»* (1 Tim. 1,17).

17

«Ecce Homo»

791 I. *Cristo, modelo.*

A. En el Antiguo Testamento se dan casos de profecía en los que el vate habla en un sentido literal, pero sus palabras tienen otro más amplio, ignorado por él, y que el Señor explicó después.

a) *Caifás anunció que era conveniente que un hombre muriese por salvar al pueblo. El se refería a la muerte de un supuesto cabecilla, para prevenir el castigo romano. pero sus palabras tuvieron una realidad universal.*

b) *Pilatos dice: «Ecce homo!» Literalmente quiere indicar: Aquí tenéis a vuestro hombre. Mirad cómo está. Pero sus palabras significan mucho más: «Ahí tenéis al hombre tipo».*

B. Podríamos considerar al hombre herido por la justicia de Dios. Pero este pensamiento es común a toda la Pasión. Preferimos mostrar a Cristo como el hombre modelo y superior a todos.

792 II. *Cristo realiza el tipo de hombre querido por Dios.*

A. Dios quiso al hombre perfecto dentro de su naturaleza humana. Le quiso además superior a su mismo natu-

ral, para lo que le concedió los dones preternaturales. Le quiso además partícipe de la naturaleza divina.

a) *Su participación hubiera sido accidental mediante la gracia.*
b) *Ello no obstante hubiera imitado a Dios, cuanto lo puede imitar una criatura por medio de dones sobrenaturales sobreañadidos.*
c) *Hubiera sido hijo adoptivo de Dios, etc.*

B. Pero el hombre no quiso reconocer su dependencia de Dios, y éste hubo de comentar irónicamente: «Ahí tenéis a Adán, que ha querido hacerse como uno de nosotros» (Gen. 3,32).

C. ¿Dónde podremos, pues, ver al hombre tal y como Dios lo quiso? En Cristo.

a) *Perfecto en su natural. Es un absurdo suponer que Dios no escogería para su Hijo una naturaleza perfecta.*

1. El alma santísima. ¿Quién podrá argüirle de pecado?
2. Su inteligencia incomparable y reconocida por los mismos no cristianos. «El Espíritu lo escudriña todo, hasta las profundas cosas de Dios» (1 Cor. 2,20). Y ese Espíritu es llamado por el mismo San Pablo el Espíritu de Jesús.
3. La voluntad perfecta no podía menos de seguir lo que su entendimiento veía tan claramente. «Yo hago siempre lo que agrada a mi Padre. Yo no busco mi querer, sino el de Aquel que me envió» (Io. 8,29 y 5,30).
4. Inasequible al cansancio (conversación con la samaritana), al desaliento ante la incomprensión de los suyos y la persecución de los enemigos. Decidido en lo arduo, domina el terror natural del huerto y afronta la muerte con serenidad.
5. Las facultades sensitivas de imaginación, amor sensible, ira, etc., en perfecta armonía, como lo demuestran sus parábolas y acciones. Todas ellas sujetas a la razón como las hubiera tenido Adán.

b) *El dominio sobre la naturaleza toda, con sus milagros y profecías.*
c) *Y sobre todo su unión con la divinidad en una sola persona.*

1. Esta unión, que no sólo era sustancialmente perfecta, sino el modelo, a cuya imitación se nos dió la gracia y la filiación adoptiva.
2. Unión que daba el calor divino de su persona a todas las acciones de Cristo.
3. Unión de la que se derivó una plenitud tal de gracia santificante, que de ella recibimos todos.

III. *Cristo es el modelo que el Padre nos propone.* 793

A. A la vez que Pilato dice «Ecce homo!», el Padre nos lo está repitiendo desde el cielo.

a) *Cristo no sólo es el hombre tipo en el sentido de que así nos quiso Dios, sino también en el sentido de que nos lo propone como modelo imitable.*

b) *No reproduciremos su unión hipostática, pero sí llegaremos a imitarla con la unión de la gracia.*

B. La ejemplaridad de Cristo no es una conveniencia histórica, como existe con relación a todo gran hombre, que, por lo mismo, es digno de ser imitado. Ni aun siquiera por ser el más perfecto de los hombres.

a) *Es que el Padre lo ha establecido así. Del mismo modo que, ya al formar su Hijo natural, el Verbo, para que fuéramos su semejanza creada, y después en Cristo para que constituyera el ápice de todo ese orden sobrenatural y semejanza divinas, ahora nos pone delante al Verbo encarnado y restaurador, para que en El y por El nos reintegremos a la vida perdida.*

b) *Nos predestinó para que «nos hiciésemos conforme a la imagen de su Hijo, por manera que sea el mismo Hijo el primogénito entre muchos hermanos»* (Rom. 8,29).

c) *Salimos de Dios «per ipsum», en cuanto que por El fuimos creados; «in ipso», en cuanto que en El, como en modelo, fuimos elevados, y volveremos a Dios «cum ipso», incorporados a El y renovando en El la imagen de Dios en nosotros.*

C. Después de esta imitación, que podríamos llamar ontológica, síguese la imitación moral de sus virtudes y obras. «Aprended de mí» (Mt. 11,29), dijo El.

a) *No es cosa de repasar ahora todas sus virtudes, sino de dar un vistazo general a su vida, iluminada sobre todo por la luz cárdena de la Pasión y de cotejarla con la mía.*

b) *¡Ojalá que al fin de mi vida pueda repetir la frase del catecismo!:*

—¿Sois cristiano?
—Sí, por la gracia de Dios.
—¿Qué quiere decir cristiano?
—Hombre de Cristo.

18

La calle de la Amargura

794 I. *No pretendemos recoger todos los tristes episodios ocurridos según el Evangelio o según la tradición en la calle de la Amargura* (véase «La Palabra de Cristo», v.3, Domingo de Ramos, Vía Crucis).

A. Nos ceñiremos a la necesidad y modo de llevar la cruz.
B. Hablaremos de la necesidad de llevarla en pos de Cristo y de la facilidad de hacerlo.

II. *Necesidad de llevar la cruz en pos de Cristo.* 795

A. Caminaba el Señor cuando, se topó con las mujeres que lloraban. Su frase fué: «Si esto se hace en el leño verde, ¿en el seco qué será?» (Lc. 23,31).

a) *De esta frase podemos tomar pie para hacer ver la necesidad de llevar nuestras cruces en pos de Cristo.*
b) *Cristo, modelo y mediador, la lleva; luego nosotros debemos llevarla. Cristo es Dios y nosotros criaturas; Cristo es el Señor y nosotros esclavos; Cristo es el Santo y nosotros los pecadores.*
c) *Debemos llevar la cruz. Pero llevarla en pos de Cristo.*

B. Debemos llevar la cruz.

a) *Cristo la llevó porque quiso, pero de su voluntad hizo una obligación, ya que se trataba de aceptar la del Padre. Nosotros no podemos evitarla. Podremos decir que queremos llevarla, o que la llevamos y la aceptamos; lo que no podremos decir nunca es que no la llevamos porque no queremos.*
b) *En todos los estados encontraré la cruz. Si escalare el trono sólo hallaré que es más pesada. Por lo tanto, si Dios lo ha dispuesto así, debo pensar que «no hay sabiduría, no hay cordura, no hay consejo contra Yahveh»* (Prov. 21,30). *Lo único que me queda es hacerla llevadera cargando decidido con ella.*
c) *Pero de esto todo el mundo está convencido. Lo que falta es pasar de la consideración puramente especulativa, en la que se detienen la mayoría de los cristianos, y aplicar el principio general a los casos particulares de mi vida.*

C. Llevar la cruz en pos de Cristo. Llevar la cruz es inevitable. Llevarla desesperadamente es pernicioso. Llevarla en pos de Cristo es meritorio.

a) *El Señor aceptó la ayuda del Cirineo, a quien contrataron para que no muriera.*

1. ¿Por qué no hizo el Señor un milagro para que le duraran las fuerzas, por estilo del que hizo para reunirlas y poder dar aquel grito que siempre se ha tenido por milagroso? ¿Por qué no llamó en su ayuda una legión de ángeles, que visible o invisiblemente se la hubieran sostenido?
2. San Ambrosio contesta que aquello era un símbolo de nuestro destino. Estamos destinados a llevar la cruz de Cristo. No pidió ayuda a los ángeles porque la cruz no era para ellos. Era la cruz suya y de los hombres. «El recto orden de nuestras cosas indicaba que primero llevara El la cruz y después nos la entregase para que le ayudáramos».
3. Al dársela al Cirineo para que la llevara en pos de El parece repetir su frase: «Si alguno quiere venir en pos de mí...»

b) *En este momento el Señor nos mira. Al vernos emocionados con sus dolores, pero, como de costumbre, sin querer pasar de ahí y rehuyendo todo cuanto recuerde las asperezas de la*

penitencia moral y material, nos vuelve a recordar la primera escena y a decir: No lloréis por mí, sino por vosotros. Llorad por vuestros pecados; llorad, porque, a pesar de haber meditado tantas veces mi Pasión, continuáis, sin embargo, sensuales, avaros, perezosos.

c) *¿Qué debemos responder?*

1. Conteste nuestro arrepentimiento, el reconocimiento de nuestra poca correspondencia anterior y el propósito firme. No seamos cirineos que llevan la cruz a la fuerza. No seamos mundanos que llevan la cruz que les impone el qué dirán, la ambición, la avaricia, la sensualidad.
2. Llevemos la cruz de Cristo como la llevaba El. Por lo tanto, debemos:
   1.° *Tener un gran dolor de nuestras culpas y ayudar así al Señor, que cargó con ellas.*
   2.° *Un gran agradecimiento, que se debe pagar con obras.*
   3.° *Una firme resolución de aprovechar por lo menos los sufrimientos que nos sobrevengan.*

796 III. *Facilidad de llevar la cruz.*

A. Toda ella se deriva de llevarla en pos del Señor. Imaginemos al Señor camino del Calvario y seguido, no de sus enemigos, sino de sus discípulos. Nos mira y dice: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt. 16,24). Nosotros no contestamos como los judíos: «¡Qué duras son estas palabras!» (Io. 6,60), sino como San Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (ibid., 68).

B. El ir en pos de Cristo hace la cruz agradable.

a) *Porque al soldado le anima el ir en pos del capitán y le avergüenza dejarle solo. San Pablo* (Hebr. 11,34 ss.) *nos describe los sufrimientos de los Padres del Antiguo Testamento animados por la esperanza de Cristo. En vista de esto debiera decirnos a nosotros: «¡Oh insensatos gálatas!, ¿quién os fascinó a vosotros, ante cuyos ojos fué presentado Jesucristo como muerto en la cruz?»* (Gal. 3,1).

b) *«Tomad sobre vosotros mi yugo... y hallaréis descanso para vuestra alma, pues mi yugo es blando y mi carga ligera»* (Mt. 11, 29). *Trátase aquí*

1. De tomar el yugo del Señor, no el que caprichosamente me parezca a mí.
2. Este yugo será mucho más soportable que el que me imponen mis pasiones, porque el mismo Señor me ayuda a llevarlo. El nos dice: Vuestra carga me abrumó a mí, pero la mía os fortificará a vosotros.
3. Señor, descárgame del yugo de mis faltas y cárgame con tu cruz.
4. Si el Cirineo hubiese conocido que la cruz del Señor encerraba la salvación del mundo, la hubiese llevado con orgullo. Yo sí lo sé.
5. Esto es lo que debe avergonzaros: que suframos poco

en comparación de los dolores de Cristo y que no queramos padecer a pesar de conocer el valor del sufrimiento.

c) *No me digáis que la dificultad se mide no por el peso de la carga, sino por las fuerzas del que la lleva, porque quien la lleva «no soy yo, sino la gracia de Dios conmigo»* (1 Cor. 15,10) *y «todo lo puedo en aquel que me conforta»* (Phil. 4,13).

1. El Señor dijo que estaría con los suyos hasta la consumación de los siglos, y los apóstoles marchaban alegres a sufrir (Act. 5,41).
2. Recordemos las frases del Señor: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré» (Mt. 11,28). «Bienaventurados los que lloran...» (Mt. 5, 5). «Vuestra tristeza se convertirá en gozo» (Io. 16,20)

19

La crucifixión

I. «*Se han dado abrazo la justicia y la paz*» (Ps. 84,11). 797

A. Este salmo tuvo su realización exacta en el monte Calvario.

B. Vamos a meditar sobre la justicia y la misericordia de Dios, reveladas en la muerte de su Hijo.

II. *La justicia de Dios.* 798

A. La justicia de Dios exigía un sacrificio digno de su majestad. Las hostias ofrecidas por los hombres no bastaban; ahora vemos sobre el altar al Hombre-Dios, en el que habita la plenitud de la Divinidad. En la encarnación aceptó el sacrificio, revistiéndose de un cuerpo mortal; en la presentación del templo se ofreció como víctima; ahora se consuma el sacrificio.

B. ¿Qué deudas puede pagar esa víctima? La respuesta encierra el misterio de la redención.

a) *Es el Hijo de Dios, en el que el Padre tiene toda complacencia. Es el Inocente.*

b) *Pero Dios ha cargado sobre él todas nuestras iniquidades, según Isaías, y el que no cometió pecado lo lleva en su cuerpo, según San Pedro.*

c) *Habiendo encontrado una cabeza jurídica responsable de las faltas de la humanidad, la justicia divina baja para herirla. En el Antiguo Testamento un ángel guardó el paraíso, otros ángeles ejercieron mil veces la justicia en nombre de Dios. Ahora es la misma justicia divina la que está presente en el Calvario.*

C. Esa justicia divina es:

a) *La que le desnuda en expiación de todas las injusticias y apego excesivo a los bienes de la tierra; la que lo clava en la cruz para castigar todos los desórdenes de la sensualidad; la que le sujeta obediente a los verdugos en reparación de nuestras desobediencias, inauguradas por Adán.*

b) *Esa misma justicia es la que le abruma con los insultos de quienes le rodean en su agonía, castigando así nuestras vanidades y ambiciones mundanas, y la que le hace sentirse abandonado del Padre para compensar las falsas alegrías y consuelos mundanos que buscamos.*

c) *En suma, la que exige su vida entera para castigar los pecados del mundo.*

D. Deduzcamos de aquí un santo temor a la divina justicia.

a) *Meditemos ante la cruz que «es horrendo caer en las manos del Dios vivo»* (Hebr. 10,31). *San Pedro, para hacernos sentir la justicia divina* (2 Petr. 2,4), *nos habla del castigo de los ángeles. Mejor será recordar que Dios no perdonó a su propio Hijo.*

b) *¿Quién podrá, pues, arrancarnos de las manos de la justicia de Dios si llegamos a caer en ella? Extiéndase quien quiera sobre el juicio y el infierno.*

799 III. *La misericordia de Dios.*

A. «Todos los caminos de Dios son de misericordia» (Ps. 24, 10). «Cuando te llenes de ira, acuérdate de la misericordia» (Hab. 3,2). «La misericordia sobreabunda sobre la justicia» (Iac. 2,13). He aquí tres textos que señalan a la cruz. Sólo en el infierno no hay misericordia. Esa víctima divina nos habla de la misericordia de Dios, que hizo bajar al Verbo y le inclinó a que tomase una carne en todo igual a la nuestra. La teología de San Pablo es clara: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal. 2,20). No separéis las dos cosas: Primero me amó y después se entregó. Preguntadle a San Pablo qué hace el Señor en el Calvario y os dirá

a) *Que le condenaban a muerte, y en el suplicio estaba borrando el decreto que nos era contrario* (Col. 2,14).

b) *Que le mataban y El nos devolvía la vida perdonándonos cuando estábamos muertos por nuestros pecados* (Ib. 13).

c) *Que le mataban y era El quien, despojando a los principados y potestades, los sacaba valerosamente en público..., triunfando de ellos en su propia persona* (ibid., 15).

B. Por eso todas sus accio es en la cruz son obras de misericordia.

a) *Ora misericordiosamente por sus perseguidores y verdugos.*

b) *Promete la misericordia a un criminal casi peor que Barrabás.*

c) *Entrega el don más misericordioso, su propia Madre, que nos la da por la nuestra.*
d) *Su misma sed, ¿qué otra cosa es sino sed de amor?*

C. El trono de la cruz no es más que el trono de la misericordia, al que sube un Pontífice nuestro para probar todos nuestros dolores y poder compadecerse de nosotros. «Acerquémonos, pues, confiados al trono de la gracia para conseguir misericordia en el momento oportuno» (Hebr. 4,16).

20

María al pie de la cruz

I. *Los dolores de María.* **800**

A. Cuando los sentimientos sobrepujan a todo lo que las palabras pueden expresar, el escritor renuncia a describirlos. Por eso el evangelista no nos dice sino que María estaba al pie de la cruz. Pudo hablarnos de los azotes y de los clavos, porque eran cosas que admiten medida material. No puede hablarnos de los dolores de María.

B. María es la Madre de Jesús.

a) *A las madres se procura separarlas, si es posible, del lecho de su hijo en el momento de expirar. Por lo menos no asisten jamás a sus ejecuciones. María está en pie junto a la cruz.*
b) *Las madres ayudan a sus hijos moribundos, secándoles el sudor, sosteniendo sus cabezas, dándoles de beber. María no puede ayudar al suyo en nada.*
c) *Ante el dolor de una madre, todo el mundo enmudece. Ante María, todo el mundo injuria a su Hijo.*

C. La medida del dolor es el amor.

a) *Amamos al hombre en general y nos apena verle sufrir. Las madres son el dechado del amor, y por eso su dolor es el más grande.*
b) *Pero María era una madre sobrenatural.*

1. Para que lo fuera tuvo que intervenir el Espíritu Santo. Su Hijo, además de hombre, era Dios.
2. Por lo tanto, el mismo Dios hubo de ensanchar su corazón humano para que pudiera amar a su Hijo como la Madre de Dios debía amarle.

D. El amor mayor es el amor de caridad. Su intensidad depende de la gracia santificante del alma que ama.

a) *Por eso hemos visto esos ejemplos admirables del amor de los santos, que ha llegado a agotar sus fuerzas físicas. Por eso les hemos visto desfallecer de dolor al oír, por ejemplo, una blasfemia.*

b) *María Santísima era la llena de gracia, y, por lo tanto, la llena de amor. Hubo, pues, de sufrir como nadie.*

E. El dolor se acrece con el sentimiento de la injusticia.

a) *Cuando María veía morir a su Hijo, cuando lo tuvo entre sus brazos, se preguntaba: ¿Qué mal han hecho esas manos? ¿Qué mal han hecho esos pies? Los beneficios derramados por su Hijo y la injusticia llevada a cabo por los hombres se le clavaba en el corazón.*

b) *Esta injusticia rayaba en el colmo cuando veía a su Hijo condenado por revoltoso perjudicial para el pueblo y enemigo de Israel.*

F. El dolor aumenta con la soledad. Aunque el triste parece como si la apeteciera, sin embargo las gentes procuran con razón acompañarle. María se veía sola.

a) *Soledad provocada por los que huyeron.*

b) *Soledad de los discípulos, que no acababan de entender. Hasta ellos aumentaban su dolor creyendo a Cristo un fracasado.*

c) *Los dolores de los místicos en la noche oscura son un palidísimo reflejo de lo que sintió María. Hasta su Hijo hubo de quejarse del abandono que sintió en la cruz.*

801 II. *Maternidad de los dolores de María.*

A. Nuestra religión ofrece una paradoja. Promete la felicidad y ofrece el dolor.

B. Sin embargo, no tiene nada de sádica. El dolor voluntariamente aceptado es

a) *Purificador. Compensa a Dios por las ofensas cometidas, ya que le dejamos siempre por un placer terreno. Purifica al alma de sus concupiscencias y perezas.*

b) *Todas las obras grandes han costado esfuerzo y dolor. La maternidad espiritual no es una excepción.*

c) *María en el Calvario merece ser llamada corredentora. Une sus dolores a los de su Hijo y los ofrece por el perdón del mundo.*

1. Esta es la parte negativa de la redención. Pero además con sus dolores están engendrando un mundo para la vida sobrenatural.

2. Hoy puede mirar a cuantos santos gozan en el cielo de la visión de Dios y decir: Todo esto lo merecimos mi Hijo y yo en el Calvario. Y todos los santos la miran y le dicen: ¡Gracias, Señora!

III. *Nosotros ante los dolores de María.* 802

A. Hoy no puede sufrir. Pero puede verse sola.

a) *Soledad de los sagrarios. Soledad de los que se olvidan de ella al menos en sus obras. Soledad de los pobres.*

b) *Acompañémosla, pues, en estos lugares.*

B. No esterilicemos sus sufrimientos.

a) *María es como el río que ofrece sus aguas, pero es necesario que el sediento se acerque a beber. Ella con su Hijo verificó la redención objetiva, pero de nosotros depende que la subjetiva se cumpla. Aprovechemos el perdón de los pecados lavando los nuestros. Aprovechemos la gracia que ella distribuye.*

b) *Y así un día entenderemos su maternidad divina, cuando en el cielo gocemos totalmente de la filiación que nos mereciera.*

21

SIETE PALABRAS [1]

Primera palabra: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23,34)

I. *Introducción general.* 803

A. Podríamos comenzar con las palabras del profeta Miqueas: «Venid, subamos al monte del Señor y nos enseñará sus caminos» (Mich. 4,2).

B. Jesucristo, camino y vida.

a) *Las ciudades de Galilea y de Judea, los caminos y los montes y las orillas de los lagos son testigos de las enseñanzas de Jesucristo.*

b) *De modo especial nos enseñó Cristo su verdad desde el madero de la cruz, resumida en siete palabras.*

1. Siete palabras que son todo el Nuevo Testamento. Testamento del amor.
2. Pueden aplicarse las siete palabras últimas de Cristo en la cruz a lo que El dejó como sello distintivo del cristianismo, cuando dijo: «En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros» (Io. 16,23).

II. *Primera palabra: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»* (Lc. 23,34). 804

A. Lección de vida cristiana: el perdón.

a) *Con esta primera palabra nos enseña Jesucristo un aspecto negativo de la caridad, el perdón de las ofensas.*

[1] Véase *La palabra de Cristo* t.3 (2.ª ed.) p.1138 ss.

b) *Los judíos han ofendido a Cristo pisoteando su honor y destrozando su cuerpo. El Maestro puede castigar o perdonar. Eligió el perdonar, y suplicó: «Padre, perdónales».*

B. El perdón en el Antiguo Testamento.

a) *En el Antiguo Testamento se recomendaba y practicaba la ley del perdón. Así cuando se dice en el Eclesiástico* (28,7): *«Acuérdate de tus postrimerías y no tengas odios». Recuérdese el ejemplo de José, que perdona a sus hermanos.*

b) *Sin embargo, la ley del Antiguo Testamento no es ley de perdón. Al contrario, en tiempos del mismo Cristo, según El mismo dice en el monte, se decía: «Ojo por ojo y diente por diente»* (Mt. 5,38).

C. El perdón en el Nuevo Testamento. Es característica esencial de la nueva ley.

a) *Muchas veces la había enseñado Jesucristo con su predicación.*

1. «Habéis oído que se dijo a los antiguos: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Yo os digo: Amad a vuestro enemigo y orad por los que os persigan» (Mt. 5, 43-44).
2. «Si al ofrecer tu ofrenda en el altar te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, ve primero a reconciliarte con tu hermano» (Mt. 5,23-24).
3. La parábola del siervo que supo perdonar es enseñanza elocuente, a la vez que bella, del perdón.

b) *Cristo conforme a lo que enseña perdona: la samaritana, la adúltera, el paralítico, la Magdalena y Pedro fueron, entre otros muchos, perdonados por Jesucristo.*

c) *Ahora en la cruz pide perdón para sus enemigos. Incluso a Judas lo hubiera perdonado.*

D. El perdón en nuestros días.

a) *Los cristianos nos olvidamos con frecuencia de este aspecto de la caridad.*

b) *Por pocos e insignificantes motivos, el amigo se indispone con el amigo, el marido con la mujer, el padre con los hijos, una clase con otra clase, un pueblo con otro. Triste es reconocer que también entre los cristianos reina el odio.*

c) *Hasta en las personas buenas y espirituales se filtran a veces sentimientos de aversión. de odio y de resentimiento. Existen demasiados rostros serios y contrariados. Se necesita copiar el semblante de dulzura del Salvador cuando va a morir en la cruz.*

E. Revestíos de entrañas de misericordia.

a) *Frente a esta conducta está la enseñanza de Jesucristo, repetida por San Pablo cuando dice* (Col. 3,12): *«Revestíos de entrañas de misericordia..., perdonándoos mutuamente si uno tiene queja contra otro; como Cristo perdonó, así también vosotros».*

b) *Tenemos que vivir el cristianismo como lo vivió Pablo, que deseaba ser anatema por aquellos que le perseguían, o como Esteban, que rogó por los que le estaban dando muerte.*

F. Día de perdón.

a) *Viernes Santo, día de perdón. El mejor homenaje a Jesucristo que muere por amor es perdonar a todos aquellos que nos han podido ofender. Perdone el marido, perdone la mujer; perdone el patrono, perdone el obrero; perdone el sacerdote.*

b) *En una palabra, perdonémosnos unos a otros como Cristo nos perdonó.*

22

Segunda palabra: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc. 23,43)

I. *Ambiente de esta segunda palabra.* **805**

A. Nos lo da la simple lectura del Evangelio.

B. Dos ladrones que blasfeman de Cristo. Pero uno se convierte al Señor para decirle: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (véase «La Palabra de Cristo», vol.3, Domingo de Ramos, guión 29).

II. *Premio y perdón.* **806**

A. En la respuesta de Cristo se incluye a la vez el perdón y el premio. El Maestro no se deja vencer en generosidad. Hace las cosas a lo Dios. No solamente perdona al buen ladrón, sino que además le promete el premio de la vida eterna.

B. Otro tanto hace el pecador. El arrepentimiento mejor es el que está motivado por la caridad. El acto de contrición es en fin de cuentas un acto de caridad. Dios Nuestro Señor por este acto no solamente perdona, sino que nos da la gracia, la semilla de la gloria.

C. Así es el amor de un Dios con nosotros.

III. *Nuestra postura para con el prójimo.* **807**

A. Con frecuencia concedemos el perdón casi por compromiso. Perdonamos; pero con dificultad olvidamos. Y más difícilmente seguimos haciendo el bien a quien nos ofendió, como si nada nos hubiera hecho.

B. No somos imitadores de Cristo. La tarde del Viernes Santo nos enseña la generosidad del perdón. Perdón, olvido y buena disposición para ayudar a cualquiera que nos hubiera ofendido.

808 IV. *Por el sufrimiento al amor.*

A. Otra lección que nos da la segunda palabra es el tesoro que lleva encerrado el sufrimiento. El buen ladrón se volvió a Cristo cuando estaba crucificado, cuando él sufre y veía a su alrededor sufrir. Las cruces de la vida se nos hacen las más de las veces incomprensibles. Más de uno, sin embargo, se ha vuelto al Señor impulsado por el sufrimiento, lo mismo que el buen ladrón.

B. La cruz es patrimonio de todo cristiano.

a) *Vayamos donde vayamos, nos encontraremos con la cruz. Hemos de saber seguir al Señor, que nos enseña los incontables bienes que podemos sacar cuando nos abrazamos con ella.*

b) *Que nos conceda al menos poder unirnos más y más con El y entonar en las horas de dolor un cántico nuevo y una plegaria de amor: «Acuérdate, Señor, cuando estés en el paraíso».*

23

Tercera palabra: «He ahí a tu hijo, he ahí a tu Madre» (Io. 19,26)

809 I. *Ambientación.*

A. Véase el Evangelio de San Juan (19,25-27).

B. Con esta palabra Jesucristo nos da lo único que le queda. Nos dejó su Eucaristía..., ha derramado toda su sangre. Al pie de la cruz está su Madre y nos la entrega: «Ahí tienes a tu hijo, ahí tienes a tu Madre».

810 II. *María, Madre de todos los hombres.*

A. Desde este momento la Virgen es proclamada como Madre de todos los hombres, realidad que se obra en el momento mismo de la encarnación. No solamente es Madre, sino que es la mejor de todas las madres, porque tiene para con nosotros el amor más puro, maternal e intenso que se puede concebir.

B. Pío XII ha dicho que la Santísima Virgen ama al Cuerpo místico que brotó del costado de Cristo con la misma maternal solicitud y cuidadosa caridad con que amó al Cristo físico (encíclica «Mystici Corporis», n.51).

811 III. *Nuevo motivo de amor.*

A. Tenemos un nuevo motivo para amar al prójimo. Es hijo de María, como nosotros. En el corazón de todos

nuestros hermanos, amigos o enemigos, se ha volcado el amor de nuestra Madre, que resplandece en ellos.

B. María Santísima nos predica la caridad. Se le ha llamado Nuestra Señora de la Caridad.

a) *La visitación a su prima Santa Isabel y la escena de Cand de Galilea, enseñanzas son de caridad.*

b) *Desde el cielo nos habla de amor al prójimo, porque allí no cesa de pedir y ayudar lo mismo a buenos que a malos, a justos que a pecadores.*

C. El cristiano tiene que parecerse a su Madre. La perfecta devoción a la Virgen consiste no sólo en invocarla, sino en imitar sus virtudes. Entre estas virtudes sobresale la caridad. Por eso el cristiano tiene que amar a todos los hombres y distinguirse en caridad. «Hijo, ahí tienes a tu Madre», que es lo mismo que decir: Ahí tienes el modelo de amor. Tienes que amar como Ella te ama a ti. Como ama a todos los hombres.

24

Cuarta palabra: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» (Mc. 15,34)

I. *Palabra misteriosa.* 812

A. La cuarta palabra es la más misteriosa e incomprensible de cuantas Cristo pronunció en la cruz.

a) *Hasta este momento Dios ha sido el apoyo y el consuelo de su corazón. Ahora se siente abandonado incluso de El.*

b) *Se encuentra solo, totalmente solo. Ha cargado con nuestras culpas y quiere presentarlas ante la justicia de su Padre sin que nadie le asista.*

c) *Es, pues, palabra de soledad.*

B. Es además palabra de tristeza. Guarda relación con aquellas del huerto: «Triste está mi alma hasta la muerte» (Mt. 26,38). Nadie adivinará el mar de amargura que en este momento inundaba el alma de Cristo.

II. *Cristo habla por sí y por nosotros.* 813

A. Cuanto Cristo hace o dice, lo hace y dice como persona física; pero además en cuanto Cabeza del Cuerpo místico. Por eso Cristo habla por sí y por nosotros.

B. Sus palabras, a la vez que descubren un afecto de su

corazón o un pensamiento de su inteligencia, manifiestan también alguna realidad del Cuerpo místico. Como esta cuarta palabra de la cruz.

814 III. *Las pruebas de Dios.*

A. Efectivamente, lo que Cristo padece lo han de sufrir también los cristianos. Muchas veces se entristecen las almas porque se ceba en ellas la injusticia y la calumnia, son tratados o interpretados o considerados como pecadores, y dijérase como si Dios se hubiera ocultado o abandonado al alma al permitir que se desencadenen sobre ella las fuerzas del mal.

B. Esto mismo permitió Dios a su Hijo Jesús.

a) *Su vida mortal es vida rectilínea hacia la gloria de Dios y la salvación de las almas. Puras fueron siempre sus intenciones, y cuanto hizo lo realizó en el más fino sentido del amor.*

b) *Sin embargo..., vino la sentencia de condenación, que es una farsa injusta e inicua. Comenzó a esconderse Dios, como se esconde o duerme para los cristianos.*

815 IV. *Aprendamos a llevarlas como Cristo las sobrellevó.*

A. Saber callar ante la calumnia o el reproche, saber apreciar lo justo que se esconde en la palabra dura de mandato o reprensión, saber recibir con sonrisa la injusticia, es seguir a Cristo y sufrir como El.

B. No es tarea fácil; antes al contrario, exige heroísmo. Hemos de saber pedir al Señor en la tarde del Viernes Santo que se nos grabe la serenidad de su rostro para cuando vengan noches como la suya. El nos ha trazado el camino; hemos de pedir que sepamos seguirlo.

816 V. *Ayudemos a llevarlas.*

A. La tristeza, como la tribulación y la cruz que la causan, es patrimonio de todos los hombres. «Humanum est quod tristitia cor tangat», dice Santo Tomás («Comm. in Io.» 16).

a) *Si es cierto que todo cristiano, según la ley de Cristo, ha de tomar su cruz para seguir al Maestro* (Mt. 16,24), *no lo es menos que debe también ayudar al hermano que la lleva. «Alter; alterius onera portate et sic adimplebitis legem Christi»* (Gal. 6,2).

b) *Es un aspecto de la caridad consolar al que sufre, al triste. Más aún, es oficio inseparable del amor el consolar; de aquí que el amigo bueno sea siempre remedio de la tristeza* (cf. SANTO TOMÁS, 1-2 q.38 a.3). *Por eso el cristiano, que tiene en sí la caridad del Padre, no puede pasar indiferente por el camino si ve en él al hermano triste.*

B. Hoy se sufre mucho en el mundo, sobre todo en el pueblo sencillo, que vive incómodo y carece de lo más necesario. También el pueblo piensa a veces que Dios le abandona. Vayamos a él llevando, con la caridad de Dios, su consuelo. De este modo consolamos al Redentor, porque si lo que El dice lo dice por nosotros, lo que hacemos nosotros lo hacemos también por El.

25

Quinta palabra: «Tengo sed» (Io. 19,28)

I. *La sed de Cristo.* **817**

A. Jesucristo había dicho (Io. 7,37): «Si quis sitit, veniat ad me et bibat»... Juan Evangelista afirma: «De plenitudine eius omnes nos accepimus» (Io. 1,16).

B. Comenta San Agustín: «El es la fuente; los hombres los que beben. La fuente nunca tiene sed ni necesita agua. Los hombres precisan de la fuente y con sus entrañas secas y sus fauces abrasadas corren a ella para reponerse. La fuente fluye para saciarles. Así es el Señor Jesús» (véase «La Palabra de Cristo», vol.1, domingo 2.º de Adv., p.177).

C. ¿Cómo, pues, exclama Cristo «sitio»?...

a) *Tiene sed de que se beba en su corazón, «forna ardens charitatis»* (letan. de S. Cord. Iesu).

b) *Sed de que bebamos de El y vivamos de su vida, de que oremos, nos sacrifiquemos por El, amemos y frecuentemos su Eucaristía. Estos son los medios de beber y participar de Cristo Jesús.*

II. *La sed material.* **818**

A. Parece indudable que Cristo en esta palabra se refería también a la sed material que padecía, consecuencia de los tormentos a que le habían sometido y del derramamiento de sangre.

B. Esta sed fué en aumento a partir del momento en que comenzó a padecer, y fué uno de los mayores sufrimientos del Redentor (véase «La Palabra de Cristo», vol.3, domingo de Ramos, guión 32, p.1150).

III. *Las necesidades de sus miembros.* **819**

A. La sed de Cristo no fué entonces saciada. El alivio de la esponja empapada de vinagre apenas si lo quiso gustar.

a) *Nosotros, en cambio, tenemos el medio de saciar dicha sed. «Cuantas veces hiciereis esto con uno de mis hermanos menores,*

conmigo lo hicisteis», dice el Señor al hablar de la sentencia del juicio (Mt. 25,40).

b) *El Maestro nos dice que nos premiará el último día el haber acudido a saciar su sed ayudando a nuestros hermanos.*

B. Frente al grupo pequeño de potentados y ricos vemos la gran masa que carece hasta de lo necesario para satisfacer sus necesidades elementales. En nombre de ellos, en ellos grita el Señor: «Tengo sed». O mejor, a través de los harapos con que se cubren o de los tugurios que habitan podemos percibir el eco de esta palabra de Cristo.

820 IV. *Modo de saciar esa sed.*

A. Ante todo, por el cumplimiento de todos los deberes de la justicia con nuestros hermanos, sobre todo por parte de aquellos que contratan y tienen a su servicio trabajadores.

B. Además, con una bien ordenada caridad. Caridad que haga más sobria y austera la vida del cristiano para que pueda ayudar al prójimo que padece necesidad.

C. Pío XII en su mensaje a España cuando se consagró en Zaragoza al Corazón de María en el Año Mariano no hacía más que exigir de nuestro cristianismo la promesa de saciar la sed de Cristo cuando decía: «Prometed reprimir el deseo de goces inmoderados, la codicia de los bienes de este mundo, ponzoña capaz de destruir el organismo más robusto y mejor constituído; prometedle amar a vuestros hermanos, pero principalmente al humilde y menesteroso, tantas veces ofendido por la ostentación del lujo y el placer» (cf. Col. Encic., p.1580).

26

Sexta palabra: «Todo está acabado» (Io. 19,30)

821 I. *El triunfo de Cristo.*

A. La sexta palabra de Cristo es el grito del triunfador, del corredor que llega a la meta o del caudillo que conquista la fortaleza. Se han cumplido los pensamientos de Dios a lo largo del Antiguo Testamento.

B. Nuestra esperanza se ha hecho salvación. Ahora mejor que nunca puede el Señor decir: «Opus consummavi, quod dedisti mihi ut faciam» (Io. 17,4). Ya se ha ter-

minado la gran obra de la Iglesia, que en este momento brota del costado de Cristo (véase «La Palabra de Cristo», vol. 3, p.1154).

II. *El himno de caridad.* 822

A. Es además la última nota del himno de caridad, que dejó sentir sus melodías al encarnarse cuando Cristo, entrando en este mundo», dice: «no quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo. Los holocaustos y sacrificios por el pecado no los recibiste. Entonces yo dije: He aquí que vengo para hacer tu voluntad» (Hebr. 10,6).

B. Desde que se encarnó hasta que murió, Cristo no tuvo otro alimento que hacer la voluntad del Padre (Io. 4,34).

III. *Cumplimiento del deber.* 823

A. El cristiano que quiera imitar la caridad de Cristo ha de esforzarse en el cumplimiento del propio deber.

a) *El deber es la manifestación de la voluntad de Dios sobre nuestra vida. Cuantas veces lo cumplimos nos unimos con Dios. No hay deberes grandes y deberes pequeños. Todo deber, por serlo, tiene algo de divino. La manifestación de nuestro amor a Dios está en la observancia de los mandamientos y de los deberes específicos que tenemos que cumplir.*

b) *Cuando no hacemos lo que Dios quiere, no actúa en aquel momento la caridad. Por el contrario, cuando la hacemos, crece el hábito de la caridad, porque la intensidad del hábito aumenta con su ejercicio.*

B. Las almas que anhelan ser fervorosas han de aprender en esta palabra a huir de su tibieza. Nunca los tibios podrán exclamar como Cristo que han realizado la obra de Dios, porque no acabaron de entregarse a su amor.

a) *No hay otro camino para subir por el amor de Dios que cumplir su santa voluntad. Lo dice bellamente Santa Teresa: «Toda la pretensión de quien comienza oración ha de ser trabajar y determinarse y disponer con cuantas diligencias pueda a hacer conformar su voluntad con la de Dios; estad muy ciertas que en esto consiste toda la perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente tuviere esto, más recibirá del Señor y más adelante está en este camino. No penséis que hay aquí más algarabías ni cosas no sabidas ni entendidas, que en esto consiste todo nuestro bien».*

b) *Cristo es nuestro camino. Con su ejemplo nos ha trazado el que hemos de seguir en la vida. Hacer como El en todo y siempre la voluntad de Dios para poder exclamar cada noche: «Consummatum est», acabé el día y cumplí cuanto creí que era voluntad de Dios.*

27

Séptima palabra: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu» (Lc. 23,46)

824 I. *Al Padre.*

A. Jesucristo pone término a su misión redentora con estas palabras: «Padre..., en tus manos encomiendo mi espíritu». Había salido del Padre y vino al mundo para enseñarnos y redimirnos. Ahora, terminada ya su obra, vuelve al Padre.

B. Jesucristo ha perfumado de caridad su paso por la tierra. Pasó haciendo el bien y estableció un testamento de amor y dejó como señal de su verdad y mandato de su Evangelio el amor: «Este es mi precepto: que os améis mutuamente, como yo os he amado» (Io. 15,12).

825 II. *El momento de la muerte.*

A. Pocas palabras tan suaves y dulces para el momento de la muerte. Desde que Cristo murió pronunciándolas, perdió la muerte su carácter de terrible; y aunque es cierto que siempre sorprendera y repugnará a la naturaleza, sin embargo, será momento de alegrías y consuelos. Como lo fué para el Redentor, que descansaba después de la afrentosa y dolorosa Pasión.

B. Se ha hablado mucho de la dulzura de la muerte. Dulzura, porque se presiente el resplandor de la eternidad dichosa, porque es el abrazo con Jesucristo; dulzura, porque es como el triunfo del espíritu en posesión de la vida de Dios sobre la carne. Solamente los que hayan vivido según el espíritu podrán saborear el consuelo de morir en paz. Mas no los que han vivido según la carne.

C. Ahora bien, este espíritu es de adopción y de amor. Cuantos viven conforme a la condición de hijos de Dios lo exige, cumpliendo su voluntad, aceptando y sobrellevando con paciencia sus pruebas, acudiendo a El con perseverante oración, podrán decir como Jesucristo: En tus manos...

D. En las manos del Padre morirán cuantos han vivido en caridad conforme al precepto del Señor. Al hablar de los medios para obtener una buena muerte, se citan muchas oraciones y devociones. Estimo que una vida de caridad, vivir para los demás y no para sí, sacrificarse por el bien ajeno, etc., son una sólida garantía de muerte en gracia.

III. *Oración de atardecer.* 826

A. La Iglesia ha tomado la última palabra de Cristo en la cruz y la ha colocado en la plegaria nocturna del oficio divino. Todos los días la repiten, a modo de oración, los sacerdotes y religiosas. Parece como si fuera una oración de atardecer, mediante la cual nos abandonamos en Dios para descansar en El y le damos gracias por sus inmensos beneficios durante el día.

B. Para poderla decir con sinceridad, debemos caminar en caridad: «Ambulate in dilectione» (Eph. 5,2). Día que no hemos amado al prójimo o que no le hemos demostrado nuestro amor, habría de llamarse estéril. Mas también en este caso habríamos de repetir el «in manus tuas»... «En tus manos, Señor, entrego mi espíritu». Sólo que ahora para que se vivifique y se fortalezca después de arrepentirse.

IV. *Muerte de Cristo. El Señor nos ha dado su última lección en las siete palabras. Ahora inclina la cabeza. Acerquémonos haciendo un acto de adoración: «Adoramus te Christe et benedicimus tibi, quia per crucem tuam redemisti mundum...» Y pensemos que quien por amor murió nos dejó un precepto de amor de unos a otros, en el que está la característica de nuestra religión.* 827

LA ASCENSION DEL SEÑOR

Jueves de la quinta semana de Pascua

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

La Ascensión del Señor.
La exaltación del Señor.
Fe y esperanza.
El triunfo de Cristo y de la Iglesia.
La confianza.
El cielo y la tierra, las dos miradas del cristiano.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. PARTES VARIABLES DE LA MISA

Introitus.—Act. 1,11: Viri Galilaei, quid admiramini aspicientes in caelum? alleluia: quemadmodum vidistis eum ascendentem in caelum, ita veniet, alleluia.—Ps. 46,2: Omnes gentes, plaudite manibus: iubilate Deo in voce exsultationis. Gloria Patri...

Oremus.—Concede, quaesumus, omnipotens Deus: ut, qui hodierna die Unigenitum tuum, Redemptorem nostrum, ad caelos ascendisse credimus, ipsi quoque mente in caelestibus habitemus. Per eumdem Dominum...

Alleluia, alleluia.—Ps. 46,6: Ascendit Deus in iubilatione, et Dominus in voce tubae. Alleluia.—Ps. 67,18-19: Dominus in Sina in sancto, ascendens in altum captivam duxit captivitatem. Alleluia.

Offert.—Ps. 46,6: Ascendit Deus in iubilatione, et Dominus in voce tubae, alleluia.

Secr.—Suspice, Domine, munera, quae pro Filii tui gloriosa Ascensione deferimus: et concede propitius: ut a praesentibus periculis liberemur, et ad vitam perveniamus aeternam. Per eumdem Dominum...

Pref.—Vere dignum et iustum est aequum et salutare, nos tibi semper et ubique gratias agere: Domine sancte, Pater omnipotens, aeterne Deus: per Christum Dominum nostrum. Qui post resurrectionem suam omnibus discipulis suis manifestus apparuit, et ipsis cernentibus est elevatus in caelum, et nos divinitatis suae tribueret esse participes.—Et

Introito.—Varones galileos, ¿qué estáis mirando, asombrados, al cielo?, aleluya; como le habéis visto subir al cielo, así vendrá; aleluya, aleluya.—Ps.: Todos los pueblos aplaudid con palmadas, aclamad a Dios con cánticos de júbilo. Gloria al Padre...

Oremos.—Te rogamos, Dios omnipotente, nos concedas que, pues creemos que en este día subió a los cielos tu Unigénito, nuestro Redentor, también nosotros moremos con el espíritu en el cielo. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo...

Aleluya, aleluya.—Subió Dios entre voces de júbilo; el Señor, a son de trompetas. Aleluya.—Ps.: El Señor está en Sina, en el santuario; subiendo a lo alto llevó cautiva a la cautividad. Aleluya.

Ofert.—Sube Dios entre voces de júbilo; el Señor a son de trompeta, aleluya.

Secr.—Recibe, Señor, los dones que te ofrecemos por la gloriosa ascensión de tu Hijo y concede propicio que nos libremos de los peligros presentes y lleguemos a la vida eterna. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo...

Prefacio.—Digno y justo es, en verdad, debido y saludable, que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Cristo, Señor nuestro. El cual, después de su resurrección, se manifestó abiertamente a todos sus discípulos, y, contemplándolo ellos, subió al cielo para hacernos participantes de su divi-

nidad.—Por tanto, con los ángeles y arcángeles, con los tronos y dominaciones y con toda la milicia del ejército celestial, entonamos un himno a tu gloria, diciendo sin cesar: Santo...

ideo cum Angelis et Archangelis, cum Thronis et Dominationibus, cumque omni militia caelestis exercitus, hymnum gloriae tuae canimus, sine fine dicentes: Sanctus...

829

II. EPISTOLA

(Act. 1,1-11)

Com.—Cantad al Señor, que sube sobre los más elevados cielos hacia el Oriente, aleluya.

Poscom.—Rogámoste, Dios omnipotente y misericordioso, nos concedas que, pues hemos recibido visiblemente los misterios, consigamos sus invisibles efectos. Por Nuestro Señor Jesucristo...

1 En el primer libro, ¡oh caro Teófilo!, traté de todo lo que Jesús hizo y enseñó

2 hasta el día en que fué levantado al cielo, una vez que, movido por el Espíritu Santo, tomó sus disposiciones acerca de los apóstoles que se había elegido;

3 a los cuales, después de su pasión, se dió a ver en muchas ocasiones, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios.

4 Y comiendo con ellos, les mandó no apartarse de Jerusalén, sino esperar la promesa del Padre, que de mí habéis escuchado;

5. porque Juan bautizó en agua, pero vosotros, pasados no muchos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo.

6 Los reunidos le greguntaban: Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?

7 El les dijo: No os toca a vosotros conocer los tiempos, ni los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder soberano;

8 pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra.

Comm.—Ps. 67,33-34: Psallite Domino, qui ascendit super caelos caelorum ad Orientem, alleluia.

Postcomm.—Praesta nobis, quaesumus, omnipotens et misericors Deus: ut, quae visibilibus mysteriis sumenda recepimus, invisibili consequamur effectu. Per Dominum...

1 Primum quidem sermonem feci de omnibus, o Theophile, quae coepit Iesus facere, et docere

2 usque in diem, qua praecipiens Apostolis per Spiritum sanctum, quos elegit, assumptus est:

3 quibus et praebuit seipsum vivum post passionem suam in multis argumentis, per dies quadraginta apparens eis, et loquens de regno Dei,

4 Et convescens, praecepit eis ab Ierosolymis ne discederent, sed expectarent promissionem Patris quam audistis (inquit) per os meum:

5 quia Ioannes quidem baptizavit aqua, vos autem baptizabamini Spiritu sancto non post multos hos dies.

6 Igitur qui convenerant, interrogabant eum dicentes: Domine si in tempore hoc restitues regnum Israel?

7 Dixit autem eis: Non est vestrum nosse tempora vel momenta, quae Pater posuit in sua potestate:

8 sed accipite virtutem supervenientis Spiritus sancti in vos, et eritis mihi testes in Ierusalem, et in omni Iudaea, et Samaria, et usque ad ultimum terrae.

9 Et cum haec dixisset, videntibus illis, elevatus est: et nubes suscepit eum ab oculis eorum.
10 Cumque intueruntur in caelum euntem illum, ecce duo viri astiterunt iuxta illos in vestibus albis,

11 qui et dixerunt: Viri Galilaei, quid statis aspicientes in caelum? Hic Iesus, qui assumptus est a vobis in caelum, sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in caelum.

9 Diciendo esto y viéndole ellos, se elevó, y una nube le ocultó a sus ojos.

10 Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en El, que se iba, dos varones con hábitos blancos se les pusieron delante,
11 y les dijeron: Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo vendrá así como le habéis visto ir al cielo.

III. EVANGELIO 830

(Mc. 16,14-20)

14 Novissime recumbentibus illis undecim apparuit: et exprobravit incredulitatem eorum et duritiam cordis: quia iis, qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt.

15 Et dixit eis: Euntes in mundum universum praedicate Evangelium omni creaturae.
16 Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit: qui vero non crediderit, condemnabitur.

17 Signa autem eos, qui crediderint, haec sequentur: In nomine meo daemonia eiicient: linguis loquentur novis:

18 serpentes tollent: et si mortiferum quid biberint, non eis nocebit: super aegros manus imponent, et bene habebunt.

19 Et Dominus quidem Iesus postquam locutus est eis, assumptus est in caelum et sedet a dextris Dei.

20 Illi autem profecti praedicaverunt ubique Domino cooperante, et sermonem confirmante, sequentibus signis.

14 Al fin se manifestó a los once, estando recostados a la mesa, y les reprendió su incredulidad y dureza de corazón, por cuanto no habían creído a los que le habían visto resucitado de entre los muertos.
15 Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura.

16 El que creyere y fuere bautizado se salvará, mas el que no creyere, se condenará.
17 A los que creyeren les acompañarán estas señales: en mi nombre echarán los demonios, hablarán lenguas nuevas,
18 tomarán en las manos serpientes, y si hubiera una ponzoña no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos, y éstos recobrarán la salud.
19 El Señor Jesús, después de haber hablado con ellos, fué levantado a los cielos y está sentado a la diestra de Dios.
20 Ellos se fueron, predicando por todas partes, cooperando con ellos el Señor y confirmando su palabra con las señales consiguientes.

IV. ALGUNOS PASAJES DE LA ESCRITURA RELACIONADOS CON LA ASCENSION 831

2 Domine Dominus noster, quam admirabile est nomen tuum in universa terra! Quoniam elevata est magnificentia tua super caelos (Ps. 8,2).

2 ¡Oh Yahveh, Señor nuestro, cuán magnífico es tu nombre en toda la tierra! ¡Cómo cantan los altos cielos tu majestad!

7 Alzad, ¡oh puertas!, vuestras frentes; alzaos más, ¡oh antiguas entradas!, que va a entrar el Rey de la gloria.
8 ¿Quién es ese Rey de la gloria? Es Yahveh, el fuerte, el poderoso; es Yahveh poderoso en la batalla.
9 Alzad, ¡oh puertas!, vuestras frentes; alzaos más, ¡oh antiguas entradas! Que va a entrar el Rey de la gloria.
10 ¿Quién es ese Rey de la gloria? Es Yahveh Sebaot, ¡cantadle!

7 Atollite portas, principes, vestras, et elevamini, portae aeternales, et introibit rex gloriae.

8 Quis est iste rex gloriae? Dominus fortis et potens: Dominus potens in proelio.

9 Atollite portas, principes, vestras, et elevamini, portae aeternales, et introibit rex gloriae.

10 Quis est iste rex gloriae? Dominus virtutum ipse est rex gloriae (Ps. 23,7-10).

6 Sube Dios entre voces de júbilo: Yahveh entre el resonar de las trompetas.
7 ¡Cantad a Yahveh, cantadle! ¡Cantad a nuestro Rey, cantadle!
8 Porque es Yahveh el rey de toda la tierra, cantadle con maestría.
9 Es Dios el rey de las naciones, que se asienta sobre su santo trono.

6 Ascendit Deus in iubilo: et Dominus in voce tubae.

7 Psallite Deo nostro, psallite: psallite regi nostro, psallite.

8 Quoniam rex omnis terrae Deus: psallite sapienter.

9 Regnabit Deus super gentes: Deus sedet super sedem sanctam suam (Ps. 46,6-9).

19 Subiste a lo alto, apresando cautivos, recibiendo honores como presentes, aun los rebeldes para habitar allí, ¡oh Yahveh Dios!
20 ¡Bendito sea todos los días Yahveh! El lleva nuestra carga, el Dios de nuestra salvación.

19 Ascendisti in altum, cepisti captivitatem: accepistis dona in hominibus: etenim non credentes, inhabitare Dominum Deum.

20 Benedictus Dominus die quotidie: prosperum iter faciet nobis Deus salutarium nostrorum (Ps. 67, 19-20).

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

A) Antiguas características 832

Hoy, fiesta de la Ascensión, terminado el Evangelio, el diácono apaga el cirio pascual, que se encendía desde la vigilia de la noche de Resurrección en todas las misas solemnes. A la hora del mediodía, en las catedrales y monasterios se solemniza especialmente la hora de nona, que se canta en muchos lugares ante el Santísimo expuesto. De esta forma exalta la Iglesia el recuerdo del hecho histórico de la Ascensión de Jesucristo a los cielos. Antiguamente lo característico de la fiesta consistía en una solemne procesión, que se celebraba al mediodía en memoria de la que hicieron los apóstoles al acompañar a Jesús fuera de la ciudad hasta el monte de los Olivos.

Ya que hoy no queda nada de esta procesión, debemos trabajar para que los cristianos conmemoren de alguna manera el momento en que, según la tradición, Cristo subió a los cielos. Lo mismo que el pueblo celebra el nacimiento en la medianoche de Navidad y la muerte a las tres de la tarde del Viernes Santo, así también hemos de procurar que no falte la asistencia del pueblo al recuerdo litúrgico de la Ascensión del Señor.

B) Lo principal, la comunión 833

Lo principal, sin embargo, es que los fieles se acerquen en el día de la Ascensión a la santa Mesa convencidos de la actualidad de la fiesta y preparados para recibir las gracias especiales a ella vinculadas. Esta actualidad va expresada en las palabras de la colecta: «Concédenos, te rogamos, ¡oh Dios omnipotente!, que todos los que creemos que tu Hijo, nuestro Redentor, subió hoy a los cielos habitemos también con el afecto en el mismo cielo».

Más expresiva todavía es una colecta del breviario mozárabe que dice: «Unigénito Hijo de Dios, que, una vez vencida la muerte, pasaste de la tierra al cielo..., concédenos que, ya que cantamos con gloriosa devoción de fe que subiste al Padre, no se enrede nuestro corazón con ningún lazo de este mundo, sino que sus afectos y deseos se dirijan sin cesar al lugar al que Tú subiste glorioso después de la muerte» (cf. DOM GUERANGER, *L'Année liturgique* t.3 del tiempo pascual, p.166).

Los cristianos mientras militamos en la tierra tenemos que trabajar y sufrir. A veces la vida de lucha es penosa. La Ascensión nos invita a levantar nuestros ojos al cielo, donde espera Jesucristo, nuestra gran recompensa. Y no solamente eso, sino que nos da gracias especiales que aviven nuestra esperanza en los momentos difíciles.

Importa mucho hacer vivir a los fieles la festividad de la Ascensión. Casi siempre coincide su celebración con el mes de mayo, y existe el peligro de que pase a un segundo plano, cediendo las primicias a la devoción popular del mes de María No debe ser así. El pueblo debe solemnizar el gran jueves de la Ascensión, que no destruye, ni mucho menos, la devoción a María, ya que puede muy bien aludirse a la Virgen al explicar el significado de la solemnidad litúrgica.

834 ## II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

Como la Epístola y el Evangelio se refieren al mismo pasaje, unimos ambos comentarios. Insertamos así la narración de Ricciotti (cf. *Vida de Jesús*, ed. Miracle, p.720-722) y remitimos al lector para las aplicaciones morales al P. La Fuente y a Santo Tomás de Villanueva en su primer sermón extractado (cf. infra, sec.5, *Autores varios*).

Imbuídos por esta idea de que la historia de Cristo, según la carne, es meramente el primer capítulo de la historia de la Iglesia, los evangelistas dan muy escaso relieve a su desaparición material de la tierra, o sea su Ascensión. La materialidad visible, en efecto, era poca cosa cuando estaban seguros de su presencia invisible y de su asistencia desde lo alto de los cielos. De aquí que hallemos que la Ascensión de Jesús no es narrada por Mateo; en Marcos (16,19) es fugazmente aludida en el apéndice, y en Juan es sólo recordada en forma de predicción (20,17). El único evangelista que la narra con cierta amplitud es Lucas (24,50 ss.); precisamente porque él, terminando en su evangelio la historia de Cristo según la carne, se ha propuesto escribir la historia del Cristo místico. Y, en efecto, sus Hechos de (los) Apóstoles son una historia episódica de la Iglesia, y por tal causa empieza repitiendo la Ascensión (Act. 1,1-11), como con la Ascensión se había cerrado su evangelio.

La Ascensión sucedió en Jerusalén, sobre el monte de los Olivos, en las cercanías de Betania, cuarenta días después de la resurrección. Dado que los apóstoles marcharon de Jerusalén a Galilea transcurridos no menos de ocho días desde la resurrección, y se encontraron en Jerusalén poco antes de la Ascensión, su permanencia en Galilea hubo de ser menor de un mes. A esta etapa van asignadas las otras muchas apariciones aludidas vagamente por Pablo y también por Lucas, cuando dice que el resucitado se apareció a los apóstoles, demostrándose vivo *con muchas pruebas*, hablando del reino de Dios y tratando habitualmente con ellos (Act. 1,3-4). Trasladándose de nuevo a Judea, sin duda por mandato de Jesús, allí tuvieron la última cita, y allí el resucitado comunicó sus últimas disposiciones, entre ellas la de que no se alejasen de la ciudad para esperar allí *la promesa del Padre, que oísteis de mí. Porque Juan bautizó en agua, pero vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo no muchos días después de éstos* (Act. 1,4-5).

835 La promesa se refería a lo que sucedió poco después, el día de la Pentecostés judáica, con el descendimiento del Espíritu Santo. Pero también en esta su última cita con el Maestro resucitado, los apóstoles sentían vagamente que estaba para producirse algo extraordinario. Y por ello volvieron a florecer en sus mentes las caras ideas de mesianismo nacionalista, tan arraigadas en aquellos espíritus judaicos, que en ellos se conservaron en parte aún después de los hechos de la muerte y la resurrección.

Los reunidos se acercaron a Jesús, plenos de esperanza, y, con dulce sonrisa invitatoria, como para obtener una confidencia desde largo tiempo

atrás anhelada, le preguntaron: *Señor, ¿acaso en este tiempo restablecerás el reino de Israel?* El pobre Israel, en efecto, llevaba hartos años privado de todo poder político y sometido primero a aquellos bastardos de Herodes y luego a los incircuncisos romanos. El de entonces, en consecuencia, sería tiempo oportunísimo de crear un espléndido reino, cuyo monarca hubiera sido, naturalmente, el mismo Jesús, quien se serviría de los apóstoles como de ministros. Con una organización de tal género sería muy fácil enviar ejércitos a las cuatro partes del mundo para batir a los romanos y a la vez predicar la doctrina de Jesús. ¿Qué mal podía haber en cumplir juntamente las dos misiones, la de conquistadores políticos y la de nuncios del Evangelio, espada en mano? El antiguo salmo había glorificado a los santos de Israel, que *tenían las alabanzas de Dios en su boca y una espada de dos filos en su mano* (Ps. 149,6). Y Jesús, que había resucitado de entre los muertos, bien podía cumplir otro milagro resucitando a nueva vida la gloria política el muerto Israel.

Pero tampoco la contestación del divino resucitado fué, como tantas **836** otras dadas antes de la muerte sobre este tema, muy adecuada para helar al instante los ardientes ánimos de los apóstoles: *No corresponde a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre estableció con su poder; sino que recibiréis potencia, sobrevenido que sea sobre vosotros el Santo Espíritu, y me seréis testigos tanto en Jerusalén como en toda la Judea y Samaria hasta la extremidad de la tierra* (Act. 1,7-8). Los apóstoles no deben preocuparse del triunfo ostensible del reino de Dios; la hora de este triunfo está establecida por el Padre celestial y llegará cuando El quiera. En vez de pensar en altisonantes conquistas políticas, los apóstoles deben proponerse conquistar el mundo entero a la doctrina de Jesús, y no sólo el mundo hebreo, sino también el no hebreo, conquista que obtendrán no por medio de ardides militares o políticos, sino únicamente en virtud de aquella potencia que recibirán cuando descienda sobre ellos el Espíritu Santo.

Esta recomendación fué la despedida final de Jesús a sus predilectos. **837** Terminado que hubo de hablar, salió con ellos de Jerusalén y les condujo a lo largo del tan conocido y amado camino que lleva a Betania. Cuando llegaron cerca de la cumbre del monte de los Olivos, Jesús les reunió en torno a sí, y alzó la mano para bendecirlos, y *ocurrió que, mientras El los bendecía, se alejó de ellos y era llevado arriba, al cielo* (Lc. 24,51). *Y estando ellos mirando, fué elevado y una nube le sustrajo a sus ojos* (Act. 1,9).

Los cuatro biógrafos oficiales de Jesús no suben más allá de la tierra y terminan con la Ascensión o poco antes. Tan sólo el apéndice de San Marcos (16,19) dirige una fugaz mirada al cielo y afirma que Jesús fué ascendido al cielo y se sentó a la diestra de Dios. Estas últimas palabras con que se anuncia que el hombre Jesús fué asociado a la gloria y potencia del Padre celeste resultan dictadas, más que nunca, por el *sensus Ecclesiae;* pero este *sensus* que nos ha transmitido los cuatro bosquejos de la biografía terrestre de Jesús, ha rehuído delinear una biografía celeste del mismo, enunciando tan sólo el tema genérico con la afirmación: *Se sentó a la diestra de Dios* (cf. RICCIOTTI, o.c., 639).

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN AGUSTIN

La Ascensión, fiesta de esperanza y de fe

A) *La Ascensión de Cristo, esperanza del cristiano*

838 a) PRIMERO EN LA CRUZ, AHORA EN EL CIELO

«La gloria de nuestro Señor Jesucristo se completa con su resurrección y ascensión. Hemos celebrado la Resurrección en la Pascua del Señor; hoy celebramos la Ascensión. Dos días de verdadera fiesta para nosotros. Porque resucitó para ser ejemplar de nuestra resurrección, y ascendió para protegernos desde arriba. Tenemos, pues, al Señor, al Salvador nuestro, Jesucristo, primero pendiente de un leño y ahora sentado en el cielo. Pendiendo en el leño, pagaba nuestro precio; sentado en el cielo, recoge lo que compró. Cuando haya recogido a todos los que en el final del tiempo recogerá, vendrá, como está escrito, manifiestamente (Ps. 49,3) y no como lo hizo al principio. Convenía, sí, que primero viniese como a ocultas para poder ser juzgado, del mismo modo que vendrá después manifiestamente para juzgar. En efecto, si hubiese venido la primera vez a las claras, ¿quién se hubiera atrevido a juzgarle, siendo así que el mismo Apóstol dice *que si le hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria?* (1 Cor. 2,8). Si El no hubiese sido asesinado, la muerte no habría muerto. El diablo fué atado con sus trofeos. Alegróse cuando, derribando al primer hombre, lo arrojó a la muerte. Engañando al primero lo mató; matando al novísimo se rompieron las ataduras del primero. Venció, pues, nuestro Señor Jesucristo cuando resucitó y subió al cielo, y entonces se cumplió lo que oís que se lee en el Apocalipsis: *Ha vencido el león de la tribu de Judá* (5,5). Llámale león al mismo que es un cordero matado. León por su fortaleza, cordero por su inocencia; león porque es invicto, cordero porque es manso. El Cordero muerto vence con su muerte al león que anda dando vueltas, buscando a quién devorar. León se llama al diablo por su ferocidad y no por su fuerza... ¿Quién no caería en sus dientes si no hubiera vencido el león de la tribu de Judá? Un León contra otro león, un Cordero contra

el lobo. Alegróse el diablo ante la muerte de Cristo, y la muerte de Cristo ató al diablo. Mordió la comida como en un anzuelo. Se alegraba de la muerte como jefe de la misma, y en lo que se alegraba le cogieron; anzuelo del diablo fué la cruz del Señor, la comida con que le cogieron fué su muerte. He aquí que resucitó nuestro Señor Jesucristo. ¿Dónde está la muerte que colgó en el leño?» (cf. *Serm.* 263,1: PL 38,1209).

b) La ascensión, exaltación de Cristo 839

«Pero, ¡oh!, y ¡qué grande es la gloria del que sube al cielo, del que se sienta a la derecha del Padre! No lo vemos con nuestros ojos, porque tampoco lo vimos colgado en el madero; lo sabemos por la fe, lo vemos con el corazón. Hoy habéis oído, hermanos, que nuestro Señor Jesucristo subió al cielo; suba con El nuestro corazón. Oigamos al Apóstol que nos dice: *Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba y no las de la tierra* (Col. 3,1-2). Y así como al subir no se separó de nosotros, así también nosotros estamos ya desde ahora con El, aun cuando todavía no se haya cumplido en nuestro cuerpo lo que nos ha sido prometido.

Ya ha sido exaltado El sobre los cielos, pero no desesperemos nosotros de conseguir la perfecta y angélica vida celestial porque haya dicho: *Nadie subió al cielo sino el que bajó del cielo: el Hijo del hombre que está en el cielo* (Io. 3,13), porque esto se ha dicho pensando en la unidad, gracias a la cual es nuestra cabeza y nosotros su cuerpo. Cuando subió al cielo no nos separamos de El. El que bajó del cielo no nos lo quiere arrebatar, sino que grita: Sed miembros míos, si queréis subir a él. Consolémonos, pues, con este pensamiento y ardamos en estos deseos. Más adelante depondremos la carne mortal; despojémonos ahora de lo viejo del alma. El cuerpo subirá hacia lo alto de los cielos, si el peso de los pecados no tira del alma hacia abajo» (cf. o.c.: 2,1210).

c) Sólo Cristo es el que sube al cielo 840

«Nadie subió al cielo, sino el que bajó del cielo. El cuerpo que no bajó del cielo, dicen, ¿cómo pudo subir a él? Como si el Señor hubiera dicho: Nada subió al cielo, sino lo que bajó del cielo. No, lo que dijo fué otra cosa: Nadie subió, sino el que bajó, porque se refiere a la persona y no al traje de la misma. Bajó sin vestido corporal y subirá con él. Y, sin embargo, nadie subió, sino el que bajó. Pues si El continúa siendo el mismo, a pesar de habernos tomado a nosotros como miembros suyos, ¿con cuánta mayor razón pertenece a su persona aquel cuerpo que tomó de una virgen?

¿Quién se atreverá a decir que no sube a un monte, a un muro o a cualquier lugar alto, el mismo que bajó de él, si bajó desnudo y sube vestido, si bajó inerme y sube con armas? Pues así como en este caso se dice que es el mismo que sube que el que bajó, aunque

lo haga con otras cosas, así también hemos de decir que sólo Cristo es el que sube al cielo, porque sólo El es el que bajó de allí, aun cuando bajase sin cuerpo y suba con él, puesto que también hemos de subir nosotros, no por nuestro poder, sino por la unión que tenemos con Cristo. Son dos en una sola carne, y este sacramento significa la unión de Cristo y de su Iglesia» (cf. o.c., 3: 1211).

841 d) El corazón sólo en el cielo

«Cuando necesitaba comer, viviendo todavía en este cuerpo mortal, ayunó; cuando, ya glorificado después de su resurrección, no necesitaba de comida alguna, comió y bebió. En el primer caso mostraba en sí mismo nuestros trabajos, y ahora muestra en nosotros su consuelo.

Cuando ayunó en carne mortal cuarenta días, parecía clamar: Absteneos de los deseos de este siglo. Ahora, que después de haber resucitado su cuerpo come y bebe durante cuarenta días, parece que grita: He aquí que estoy con vosotros hasta el final de los siglos. En efecto, el ayuno tiene lugar en medio de las tribulaciones, de la lucha, porque los que contienden en ella se privan de todo (1 Cor. 9, 25); la comida es la esperanza de la paz, que no será perfecta hasta que este cuerpo nuestro, cuya redención esperamos, se revista de inmortalidad. Todavía no somos gloriosos, puesto que aún no lo hemos conseguido, pero ya nos alimentamos con la esperanza. San Pablo nos enseña ambas cosas, diciendo: *Alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación* (Rom. 12,12), como si la una fuese la comida y la otra el ayuno. Por lo tanto, cuando emprendamos el camino del Señor, ayunemos de las vanidades del siglo presente y alimentémonos con las promesas del futuro. No pongamos nuestro corazón aquí abajo, y apacentémonos con lo de allá arriba» (cf. o.c., 4: 1211).

B) La Ascensión del Señor y la fe del cristiano

842 a) El misterio de hoy

«Muchos son los misterios escondidos en las Sagradas Escrituras, de los cuales algunos nos son desconocidos, y otros se ha dignado el Señor revelarlos a nuestra humildad, pero hoy no tengo tiempo suficiente para explicarlos a vuestra santidad. Sé muy bien que estos días la iglesia se llena con muchos que quieren marcharse antes de haber llegado y que nos juzgan pesados si hablamos largamente. Son los mismos que en esos banquetes, a los que se dan tanta prisa por ir, ni se fatigan, ni les molesta quedarse hasta el oscurecer, y ni aun siquiera se marcharían de allí voluntariamente. Sin embargo, para no defraudar tampoco a los que vienen hambrien-

tos, no me callaré sobre el misterio de hoy, día en que nuestro Señor Jesucristo subió con el mismo cuerpo que había resucitado, aunque, desde luego, pienso ser breve» (cf. *Serm.* 264,1: PL 38,1212).

b) El porqué de los cuarenta días 843

«Cristo, después de su resurrección, permaneció entre sus discípulos para confirmarlos en la fe. Ciertamente que lo hizo atendiendo a la flaqueza que mostraban, porque existían algunos a los que el diablo había tentado de infidelidad, hasta el punto de que uno de ellos, en vez de creer a los miembros vivos, prefirió dar crédito a las cicatrices recientes. Así, pues, para confirmarlos, dignóse vivir con ellos cuarenta días completos, contados desde el día de su muerte hasta el de hoy, *entrando, saliendo, comiendo y bebiendo,* como dice la Escritura (Act. 1,3), y confirmando que, con la resurrección, se había devuelto a sus ojos lo que se les había quitado con la cruz.

Sin embargo, no quiso que permanecieran siempre carnales ni amándole con amor terreno. Querían que estuviese carnalmente siempre con ellos, movidos del mismo afecto por el que Pedro temía verle padecer. Le creían maestro suyo, confortador, consolador y protector, hombre al fin como ellos mismos eran, y de no ver otra cosa distinta le hubieran creído ausente, siendo así que estaba presente en todas partes con su majestad.

En realidad, les protegía, según él mismo se dignó decirlo, *como la galliina a sus polluelos* (Mt. 23,37). La gallina, enferma por la enfermedad (debilidad) de sus polluelos..., y por eso el Señor se aplicó tal semejanza, porque por nuestra debilidad se dignó hacerse débil, recibiendo nuestra carne».

c) Convenía que el Señor subiera a los cielos 844

«Convenía ahora levantar algo su ánimo para que comenzasen a pensar en él espiritualmente, imaginándoselo Verbo del Padre, Dios de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas, pensamiento que les era impedido por la carne que veían. Convenía, sí, confirmarlos en su fe viviendo con ellos cuarenta días, pero era todavía más conveniente separarse de su vista para que el que estaba en la tierra acompañándolos como hermano, los socorriese desde el cielo como Señor, y ellos aprendieran a pensar en él como en Dios».

d) Concordancia de dos textos 845

«Esto es lo que dice Juan, si sois capaces de advertirlo y entenderlo. Palabras del Señor: *No se turbe vuestro corazón. Si me amaseis, os alegraríais de que me voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo* (Io. 14,1 y 28); y en otro lugar: *El Padre y yo somos uno* (Io. 10,30). Arrógase tal igualdad con el Padre, y no por rapiña, sino naturalmente; así, en cierta ocasión en que uno de sus discípulos le decía: *Señor, muéstranos al Padre,* le responde: *Felipe, tanto*

tiempo llevo entre vosotros ¿y aún desconocéis al Padre? El que me ve a mí, ve al Padre (Io. 14,8-11). ¿Qué quiere decir esto *del que me ve a mí?* Si se refiere a los ojos de la carne, también le vieron los que le crucificaron. ¿Qué significa, pues, *el que me ve a mí* sino el que entiende y el que mira con los ojos del corazón?» (cf. o.c., 2: 1212).

«Atended a lo que dice el libro: *Si me amsaeis..., porque el Padre es mayor que yo.* ¿En qué quedamos? ¿No dice el Apóstol que es igual? ¿No dice el mismo Señor: *El Padre y yo somos uno;* y en otro lugar: *El que me ve a mí, ve al Padre?* ¿Cómo, pues, dice ahora que el Padre es mayor que él? Esta frase, en la intención del Señor, fué un reproche y un consuelo. Miraban fijos al hombre y eran incapaces de pensar en Dios. Sólo pensarían en Dios cuando se les quitase de delante el hombre... Por eso les dice: *Si me amaseis, os alegraríais, porque voy al Padre.* ¿Por qué? Porque cuando yo me vaya podréis pensar que soy igual a El».

846 e) «SOY IGUAL AL PADRE»

«*Si me amaseis...* ¿Qué significa sino que ahora no me amáis? ¿Qué es lo que amáis? El cuerpo que veis y que no queréis que se separe de vuestra vista. ¿Y qué es eso de amarme a mí? Pues amar al Verbo que era en el principio, al Verbo que estaba en Dios y al Dios que era el Verbo.

Cuando suba al cielo os daréis cuenta de que soy igual que el Padre. No se despojó de esta túnica humana, porque de otra forma no hubieran creído en la resurrección; es la garantía de la nuestra.

Dios recibió el cuerpo por misericordia; nosotros, por condición natural. Sin embargo, El lo muestra, les confirma y eleva nuestra naturaleza humana» (cf. o.c., 4: 1214).

II. SAN LEON MAGNO

847 **Bienes de la Ascensión**

El primer sermón (73 de San León) se lee en el oficio de la segunda dominica después de Pascua y el día de la Ascensión (cf. PL 38,986 ss.). El segundo (74), el viernes y sábado infraoctavas de ésta (cf. *Sermones escogidos*, trad. de D. CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA [Aspas, Madrid] p.131-135 y 136-142).

A) Misterios que se contienen en la Ascensión (serm.1)

«Hoy, carísimos, se ha cumplido el número de los cuarenta días sagrados que han transcurrido después de la gloriosa resurrección de nuestro Señor Jesucristo, con la cual el poder divino restableció en tres días el verdadero templo que la impiedad judía había destruído».

a) Los cuarenta días sirvieron para confirmar a los apóstoles 848

«Este número de días lo señaló la Providencia santísima para provecho y enseñanza nuestra, para que al prolongarse en este tiempo la presencia corporal del Señor se afirmase la fe en la resurrección con las pruebas necesarias. La muerte de Cristo había turbado sobremanera los corazones de los discípulos, y como sus pensamientos estuvieran entristecidos por el suplicio de la cruz, por la muerte y la sepultura, cierta especie de desconfianza se había apoderado de ellos. Pues las mismas palabras de las santas mujeres, como nos declara la historia evangélica, al anunciar que la piedra del sepulcro está rodada, el cuerpo fuera del sepulcro y los ángeles testigos de que el Señor vivía, fueron tenidos por los apóstoles y demás discípulos como algo parecido a sueños».

b) Su duda ha sido provechosa para nosotros 849

«La cual duda, producto de la humana debilidad, nunca hubiera permitido el Espíritu de la verdad que se adueñase del pecho de sus predicadores si aquella misma preocupación y curiosa indecisión no hubiera levantado los cimientos de nuestra fe. Se tendía a curar nuestras perturbaciones y nuestros peligros en los apóstoles; nosotros mismos éramos instruídos en aquellos varones contra las calumnias de los impíos y contra los argumentos de la terrena sabiduría. Lo que ellos vieron nos adoctrinó a nosotros, lo que oyeron nos enseñó y lo que tocaron nos confirmó. Demos gracias a la Providencia divina a la en cierto modo necesaria tardanza en creer de los santos apóstoles. Dudaron ellos para que no tuviéramos que dudar nosotros».

c) Bienes de la festividad 850

«Por eso los días que van, ¡oh carísimos!, desde la Resurrección del Señor a su Ascensión no pasaron infructuosamente, sino que en ellos recibieron su confirmación grandes sacramentos y se nos revelaron grandes misterios. En estos días se nos arranca el temor de la muerte cruel, y no sólo del alma, sino también la inmortalidad del cuerpo se nos revela. En ellos, mediante el soplo del Señor, reciben los apóstoles el Espíritu Santo, y al bienaventurado apóstol Pedro, después de habérsele dado las llaves del reino de los cielos, se le encarga el pastoreo del rebaño del Señor. En estos días se juntó el Señor como compañero a dos discípulos que iban de camino, y para disipar la niebla de nuestra incertidumbre, reprende la tardanza en creer de estos hombres asustadizos y amedrentados. Sus corazones iluminados reciben la llama de la fe, y los que estaban tibios, al declararles el Señor las Escrituras, se vuelven fervorosos. Asimismo se les abren los ojos al sentarse a la mesa y partir el Se-

ñor el pan. Mucho más felices fueron los ojos de éstos pudiendo contemplar la glorificación de la naturaleza humana del Salvador que los de nuestros primeros padres, quienes hubieron de ver la confusión de su propio pecado.

En medio de estos y otros milagros, como los discípulos temblasen sobrecogidos del temor, a pesar de aparecérseles el Señor en medio de ellos y de haberles dicho: *La paz sea con vosotros* (Lc. 24,36), para alejar de sus pensamientos la duda que se enroscaba en su corazón (creían estar viendo un fantasma, no un cuerpo), el Salvador demuestra la falsedad de tales cavilaciones poniendo a su vista las señales de la crucifixión de sus manos y pies y les invita a que le toquen y examinen atentamente, puesto que para curar las heridas de aquellos corazones incrédulos habían sido reservadas las huellas de los clavos y de la lanza y así pudiera creerse, no con fe dudosa, sino con ciencia certísima, que la misma naturaleza que estuvo en el sepulcro había de sentarse juntamente con Dios Padre en su trono».

851 d) SE CONFIRMA LA FE EN LA RESURRECCIÓN

«Durante todo este tiempo que transcurre entre la resurrección del Señor y su ascensión, ¡oh amadísimos!, procuró la providencia de Dios, enseñó y metió en los ojos y corazones de los suyos que se reconociese por verdaderamente resucitado el Señor Jesucristo, que era el mismo que había nacido y padecido y muerto. Por donde los dichosos apóstoles y todos los discípulos que se habían alarmado por la muerte de cruz y vacilaba su fe en la resurrección, de tal modo fueron reafirmados ante la evidencia de la verdad, que al subir el Señor a lo más alto de los cielos, en vez de experimentar tristeza se llenaron de una gran alegría. Y ciertamente había motivo para gozarse de modo extraordinario e inefable al ver cómo en presencia de aquella santa muchedumbre una naturaleza humana subía sobre la dignidad de todas las celestiales criaturas, elevándose sobre los coros de los ángeles y a más altura que los arcángeles, no teniendo ningún límite su exaltación, ya que recibida por su Eterno Padre, era asociada en el trono de la gloria de aquel cuya naturaleza estaba unida con el Hijo. Y puesto que la Ascensión de Cristo constituye nuestra elevación, y el cuerpo tiene la esperanza de estar algún día donde le ha precedido la cabeza, por todo, alegrémonos, carísimos, con dignos sentimientos de júbilo y gocémonos con piadosas acciones de gracias. Hoy no sólo hemos sido hechos poseedores del paraíso, sino que hemos penetrado lo interior de los cielos con Cristo, alcanzando cosas mayores por la gracia de Cristo, que lo que habíamos perdido por la envidia del diablo. Pues a los que el terrible enemigo arrojó de la felicidad de su primera vivienda (del paraíso), el Hijo de Dios, haciéndolos de su misma clase, los colocó a la diestra del Padre, con el cual vive y reina en unión con el Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén».

B) Alegría y beneficios de la Ascensión (serm.2) 852

«El misterio, amadísimos, de nuestra salvación, que el Creador del mundo compró con el precio de su sangre, se fué realizando desde el día de su nacimiento hasta el fin de la pasión, con gran derroche de humildad. Y aunque bajo la forma de siervo aparecieran muchos indicios de su divinidad, con todo, su manera de obrar durante aquel tiempo se encaminaba a demostrar la verdad de su naturaleza humana».

a) Motivo de gozo 853

«Mas después de su pasión, rotas ya las ataduras mortales, que habían perdido su fuerza al sujetar a quien no conoció pecado, la debilidad se convirtió en valor, la mortalidad en eternidad, la ignominia en gloria, la cual el Señor Jesucristo manifestó con muchas y diversas pruebas delante de muchos, hasta que el triunfo de la victoria que había alcanzado sobre la muerte le llevase a los cielos. Así como en la solemnidad de Pascua la Resurrección del Señor fué causa de nuestra alegría, así su Ascensión a los cielos es igualmente para todos nosotros motivo del gozo presente, al conmemorar aquel día y celebrarlo como es debido, en el que la humildad de nuestra naturaleza, sentándose con Cristo en compañía de Dios Padre, fué elevada sobre la milicia celestial y sobre los coros de los ángeles, y por encima de todas las potestades. Con semejante disposición de obras divinas fuimos fundados y edificados, para que se mostrase más admirable la gracia de Dios al desaparecer de la vista de los hombres aquella presencia visible que por sí misma imponía un justo sentimiento de respeto y, a pesar de lo cual, la fe no desfalleciese, la esperanza no vacilase ni la caridad se resfriase. La fuerza de las almas grandes y la luz de los entendimientos verdaderamente fieles consiste en creer sin vacilar las cosas que no se ven con los ojos corporales y en fijar su deseo donde no pueden dirigir sus miradas. Mas esta piedad, ¿cómo podría nacer en nuestros corazones, o cómo podría nadie justificarse mediante la fe, si nuestra salvación estuviera supeditada únicamente a lo que nuestros sentidos alcanzan? Por lo cual a aquel apóstol que parecía dudar de la resurrección de Cristo, si no veía con sus ojos y tocaba con sus manos las señales de la pasión, le dijo el Señor: *Porque me has visto, has creído: dichosos los que no vieron y creyeron* (Io. 20,19)».

b) Fortalecimiento de la fe 854

«Para que nosotros pudiéramos hacernos sujetos capaces de semejante dicha, habiendo nuestro Señor Jesucristo cumplido todas las cosas referentes a la predicación evangélica y a los misterios del Nuevo Testamento, a los cuarenta días de su resurrección y

a la vista de sus discípulos se elevó a los cielos y allí está en presencia corporal, sentado a la diestra del Padre hasta que se cumplan los tiempos señalados por Dios para que la Iglesia se multiplique en sus hijos y venga a juzgar a los vivos y a los muertos con la misma carne en la cual subió a los cielos. Estos hechos de la vida de nuestro Redentor que eran bien patentes se convirtieron en misterios, y para que la fe fuera más excelente y firme, la enseñanza sucedió a la visión real, cuya autoridad seguirían los corazones de los creyentes iluminados por resplandores celestiales.

Esta fe, corroborada con la Ascensión del Señor y fortalecida con los dones del Espíritu Santo, ni las cadenas, ni las cárceles, ni los destierros, ni el hambre, ni el fuego, ni los dientes de las fieras, ni los más exquisitos tormentos de los perseguidores la pudieron amedrentar. Por esta fe lucharon por todo el mundo y hasta derramar su sangre no sólo los varones, sino también las mujeres, y no sólo los niños de poca edad, sino hasta las tiernas doncellas. Esta fe arrojó a los demonios, libró de las enfermedades, resucitó a los muertos. Así los mismos apóstoles, que confirmados con tantos milagros e ilustrados con tantas enseñanzas, no obstante se atemorizaron ante la atrocidad de la pasión del Señor y que sólo después de muchas vacilaciones creyeron en la Resurrección, se aprovecharon tanto de la Ascensión del Señor que todo cuanto antes les causaba miedo después se convirtió en gozo. Desde aquel momento elevaron toda la contemplación de su alma a la divinidad sentada a la diestra del Padre y ya no les era obstáculo la vista de su cuerpo para que la inteligencia, iluminada por la fe, creyera que Cristo, ni descendiendo, se había apartado del Padre, ni con su Ascensión se había apartado de sus discípulos».

855 c) CRISTO SE NOS DIÓ A CONOCER MEJOR

«Entonces fué, amados hermanos, cuando el Hijo del hombre e Hijo de Dios se dió a conocer mejor y más piadosamente, cuando se reintegró a la gloria de la majestad del Padre, empezando a estar de manera inefable más presente en la divinidad el que se alejaba en la humanidad. Entonces fué cuando la fe, más ilustrada, aprendió a elevarse por medio del pensamiento y a no necesitar ya del contacto de la sustancia corporal de Cristo, en la cual es menor que el Padre, puesto que permaneciendo la misma sustancia del cuerpo glorificado, la fe de los creyentes es invitada allí, donde no con mano terrena, sino con espiritual inteligencia, se palpa al Unigénito igual al que le había engendrado. Esta es la razón por la que el Señor, después de su resurrección, dice a la Magdalena, que representaba la persona de la Iglesia, al acercársele para tocarle: *No me toques, pues todavía no he subido a mi Padre* (Io. 20,17); es decir, no quiero que busques mi presencia corporal ni que me reconozcas con los sentidos carnales; te emplazo para mayores cosas, te destino a bienes superiores. Cuando suba a mi Padre me palparás más real y ver-

daderamente, tocando lo que no palpes y creyendo lo que no veas. Y estando los ojos de los discípulos llenos de admiración, siguiendo sin pestañear al Señor, que subía a los cielos, aparecieron ante ellos dos ángeles resplandecientes por la blancura de sus vestidos, que dijeron: *Varones de Galilea, ¿qué hacéis ahí clavados mirando al cielo? Este Jesús que ha sido arrebatado al cielo, así vendrá de la misma manera como le habéis visto irse al cielo* (Act. 1,11). Estas palabras enseñaban a todos los hijos de la Iglesia a creer que Jesucristo vendría visible con la misma carne con que había subido y no pudiese dudarse de que todas las cosas estaban sujetas a Aquel que desde su mismo nacimiento corporal había tenido a su servicio las milicias angélicas. Lo mismo que el ángel anunció a la bienaventurada Virgen la concepción de Cristo por obra del Espíritu Santo, así al nacer de una virgen fué la voz del cielo la que avisó a los pastores; y como su resurrección de entre los muertos fué dada a conocer por testimonio de ángeles, así también cuando venga a juzgar al mundo en su propia carne será proclamado por obra de los mismos ángeles, para que tengamos entendido cuántas potestades celestiales asistirán a Cristo cuando venga a juzgar, si tantas le sirvieron cuando vino a ser juzgado».

d) Estímulo de los deseos del cielo 856

«Así, pues, hermanos míos, rebosemos de gozo espiritual y alabando a Dios con digna acción de gracias levantemos los ligeros ojos del corazón hasta aquella altura en la cual se encuentra Cristo. No abatan afanes terrenos nuestros pensamientos invitados a lo alto, ni llenen las cosas caducas a los elegidos para las celestiales; no entretengan halagos engañadores a los que caminan por las sendas de la verdad, y de tal manera transiten los fieles por los bienes temporales que entiendan son peregrinos en este valle del mundo, en el que, si hay cosas apetecibles que gustan no se deben acariciar con daño, sino despreciarlas con resolución. A semejante disposición de alma nos incita el bienaventurado apóstol Pedro y, exhortándonos conforme a aquella caridad, que concibió con su triple confesión de amor al hacerse cargo del rebaño de Cristo, nos dice: *Carísimos, os suplico que como forasteros y peregrinos os abstengáis de los deseos carnales que pelean contra el espíritu* (1 Petr. 2,11). ¿A quién sirven los deleites carnales, sino al diablo, que intenta encadenar con placeres de bienes corruptibles a las almas que aspiran a lo alto y las que se alegran de privar de aquellas sillas de las que él cayó? Contra tales asechanzas debe vigilar sabiamente cualquier cristiano para que pueda burlar a su enemigo con aquello mismo en que es tentado. Nada hay más eficaz, hermanos míos, contra los engaños del diablo que la mansedumbre y la caridad espléndida con la que todo pecado o se evita o se vence. Pero la perfección de esta virtud no se alcanza mientras no se destruya lo que le es contrario. Mas ¿qué hay tan opuesto a la misericordia y a las obras de caridad como la

avaricia, de cuya raíz brota todo germen de pecado? La cual, como no se la dé muerte en sus comienzos, es preciso que en el campo de aquel corazón donde creció la planta de este mal, antes nazcan las espinas y abrojos de los vicios que semilla alguna de virtud reverdezca. Hemos, pues, de resistir, ¡oh carísimos!, a tan dañino mal, y hemos de buscar la caridad, sin la cual ninguna virtud puede vivir, para que por este mismo camino del amor por el que Cristo vino hasta nosotros, nosotros a la vez podamos subir hasta El, a quien se debe en unión de Dios Padre y del Espíritu Santo el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén».

III. SAN GREGORIO MAGNO

La Ascensión y la fe

(Cf. *Homilía* 29 *in Evang*. Léese en la festividad y octava.)

A) Cuarenta días para convencer nuestra incredulidad

857 «El que los discípulos tardasen en creer la resurrección del Señor no hay que atribuirlo tanto a su flaqueza cuanto al deseo de procurarnos a nosotros la firmeza suficiente. Porque a sus dudas hubo que responder con innumerables argumentos sobre la resurrección, y así, de este modo, al leerlos, es su duda la que nos robustece a nosotros. Menos me aprovecha la facilidad de María Magdalena en creer que Tomás dudando por mucho tiempo, porque éste exigió en medio de sus dudas tocar las cicatrices de esas llagas, con lo cual nos quitó todo pretexto de vacilación.

Es de notar cómo Lucas (Act. 1,4) para insinuar la verdad de la resurrección dice: *Comiendo les dijo que no se retiraran de Jerusalén.* Y poco después (Act. 1,9): *Viéndole ellos, se elevó, y una nube lo ocultó a sus ojos.* Advertid las palabras, subrayad los misterios. *Comiendo; se elevó.* Comió y subió, para que por medio de la comida quedara demostrada la verdad de su cuerpo.

Marcos (16,14), en cambio, recuerda que el Señor, momentos antes de subir al cielo, increpó a los discípulos la dureza de su incredulidad, en lo cual debemos considerar que el Señor lo hizo, al abandonarlos corporalmente, para que sus palabras, como últimas antes de marcharse, quedasen más impresas en el corazón de los oyentes».

B) La señal del fiel verdadero 858

«Increpada, pues, su dureza, oigamos qué es lo que les advierte después. *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura* (Mc. 16,15). Pero ¿acaso habrá que predicar, hermanos míos, el Evangelio a los seres inanimados y a los irracionales? No toda criatura significa al hombre, porque el hombre tiene algo de todas ellas. Tiene el ser, que le es común con las piedras; el vivir, con los árboles; el sentir, con los animales; el entender, con los ángeles. Si, pues, tiene algo de común con todas las criaturas, el hombre equivale en cierto modo a todas ellas, y a todas se les predica cuando se predica a los hombres.

El que creyere y se bautizare, será salvo, y el que no creyere se condenará (Mc. 16,16). Quizás me diga alguno: Yo he creído ya, y, por lo tanto, me he salvado. Tiene razón, si acomoda sus obras a su fe, porque la verdadera fe es aquella que no se contradice con las obras. Por eso San Pablo, refiriéndose a ciertos falsos fieles, decía (Tit. 1,16) que *confiesan conocer a Dios y lo niegan con sus acciones.* Y por eso dice San Juan (1 Io. 2,4): *El que afirma conocer a Dios y no cumple sus mandamientos es un embustero.*

Debemos, por tanto, conocer nuestra fe examinando nuestra vida. Somos fieles verdaderamente si cumplimos con nuestras obras lo que prometimos con nuestras palabras... En el día de nuestro bautismo todos renunciamos a las obras y pompas de nuestro antiguo enemigo. Vuelva, pues, cada uno sus ojos hacia dentro y examínese, y si comprueba que después del bautismo cumple lo que prometiera antes de recibirlo, esté cierto y gócese de ser fiel.

Pero si no observa lo que cumplió, si ha vuelto a caer en las malas obras y en las concupiscencias y pompas del mundo, cuide de llorar su yerro. Ante nuestro misericordioso juez no es tenido por mentiroso ni aun siquiera aquel que vuelve a la verdad después de haber mentido, pues el Dios omnipotente esconde nuestros errores al recibir nuestra penitencia».

C) Milagros de los creyentes 859

Los creyentes arrojarán demonios. «Quizá, hermanos, ¿no sois creyentes porque no verificáis todos esos milagros? No, esos milagros fueron precisos al comienzo de la Iglesia, cuando necesitaba alimentarse de ellos para que creciera el número de los creyentes, del mismo modo que nosotros cuando plantamos un arbusto lo regamos hasta ver que ha echado raíces, y cesamos de hacerlo cuando ya lo ha conseguido. Por eso dice San Pablo (1 Cor. 14,22) que el *don de lenguas es una señal para los infieles y no para los que creen.*

Nosotros disfrutamos de otra clase de señales y milagros, que

debemos examinar con cuidado sumo. La santa madre Iglesia verifica a diario de un modo espiritual lo que los apóstoles obraban corporalmente. Cuando los sacerdotes imponen sus manos a los creyentes en los exorcismos (del bautismo) e impiden a los demonios que continúen habitando en sus espíritus, ¿qué otra cosa hacen sino expulsarlos? Y cuando los fieles, abandonando las conversaciones de su antigua vida del siglo, comienzan a cantar las alabanzas y poder del Creador, ¿no están hablando una lengua nueva? Los que a fuerza de consejos desarraigan de los corazones ajenos la malicia que los llenaba, están quitando de en medio las serpientes».

860 ### *D) Subió a los cielos*

Elías subió a los cielos, pero no al de Dios, sino a un lugar ignoto, donde mora tranquilo hasta el fin del mundo, en que pagará a la muerte el tributo que difirió, pero de la que no se sustrajo. Nuestro Señor por no haberla diferido, la venció, y al resucitar acabó con ella, y al subir a los cielos manifestó su gloria.

Elías fué arrebatado por un carro para demostrar que necesitaba la ayuda ajena. «Nuestro Redentor no necesitó de carro alguno, ni del ministerio de los ángeles, porque El, que lo creó todo, subió por encima de todo y por su propio poder. Volvía a donde había estado y regresaba al lugar que no había abandonado, porque cuando subió con su humanidad al cielo, su divinidad llevaba cielo y tierra».

José figuró la venta de Cristo. Henoc y Elías, la ascensión; el uno antes de la Ley, y los otros bajo ella.

«Es cosa de meditar el que Marcos (16,19) nos diga que *está sentado a la diestra de Dios* y San Esteban que *ve los cielos abiertos y al Hijo del hombre en pie a la diestra del Señor* (Act. 7,55). ¿Cómo es que el uno lo ve sentado y el otro de pie? Ya sabéis, hermanos, que estar sentado es propio de juez, y estar de pie del que lucha y ayuda.

Pues bien, como nuestro Redentor subió al cielo y desde allí lo juzga ahora todo, y al final vendrá como juez universal, Marcos lo ve sentado después de la Ascensión. Esteban, por el contrario, colocado en medio de una gran batalla, lo ve de pie, como quien está prestándole su ayuda. Porque El luchaba desde el cielo con su gracia, para que el mártir venciera en la tierra la infidelidad de sus perseguidores.

861 ### *E) Gloria de la Ascensión*

«Debemos pensar y recordar que la obediencia siguió al mandato y los milagros a la obediencia. Pero como quiera que con la gloria de Dios vamos recorriendo y explicando todo el Evangelio, hora es ya de que hablemos algo de esta gran solemnidad.

Lo primero que se nos ocurre inquirir es por qué los ángeles que aparecieron cuando nació el Señor no iban vestidos de blanco, como ahora leemos que lo estaban cuando subió a los cielos... Al nacer el Señor la divinidad mostrábase humillada; ahora, en la Ascensión, la humanidad aparece exaltada. Los vestidos blancos son más propios del triunfo que de la humillación.

Hicieron bien, por lo tanto, los ángeles al vestirse de blanco, porque el que al nacer se manifestó como Dios humilde ahora en la Ascensión se manifiesta como hombre excelso.

Ahora bien, lo que debemos meditar con mayor atención en este día es que hoy fué borrado el documento de nuestra condena y trocada la sentencia de nuestro daño. Aquella naturaleza a la que le fué dicho (Gen. 3,19): *Tierra eres y a la tierra volverás*, sube hoy al cielo. Pensando en la elevación de nuestra carne, el bienaventurado Job llama figuradamente al Señor *ave*, y porque veía que los judíos no habían de entender el misterio de la Ascensión, figuró su infidelidad con aquella frase: *Ignoró el camino del ave* (Iob 28,7).

De esta solemnidad dice el Salmista: *¡Cómo cantan los altos cielos su majestad!* (Ps. 8,2); *Sube Dios entre voces de júbilo; Yahveh entre el resonar de las trompetas* (46,6), y *Subiste a lo alto apresando cautivos, recibiendo hombres como presentes* (67,19). Arrastró cautivos cuando subió a los cielos, porque con su poder trocó en incorruptible nuestra corrupción. Repartió sus dones, porque enviando desde arriba al Espíritu Santo, a unos les dió palabras de sabiduría, a otros de ciencia, a otros la gracia de los milagros, a otros la de curar, a otros la de interpretar.

... En cuanto Nuestro Señor subió a los cielos, su santa Iglesia desafió al mundo y, confortada con su Ascensión, predicó abiertamente lo que creía a ocultas. **862**

Voz es de la Iglesia lo que dice Salomón: *Vedle que llega, saltando por los montes, triscando por los collados* (Cant. 2,8). Grande salto es el que dió, si me permitís hablar de ese modo, cuando vino a redimirnos. ¿Queréis, hermanos, conocer su altura? Desde el cielo bajó al seno de su Madre, del seno a un pesebre, del pesebre a una cruz, de la cruz al sepulcro y del sepulcro al cielo. Estas son las distancias que hubo de salvar la Verdad divina, al manifestársenos en la carne, para que pudiéramos correr en pos de ella. La Verdad lo hizo, porque se levantó como un gigante para correr su carrera y obligarnos a decir de corazón: *Llévanos tras de ti, corramos detrás del olor de tus ungüentos* (Cant. 1,3-4).

Por tanto, hermanos queridísimos, es preciso que le sigamos con el deseo allá donde creemos que subió corporalmente. Huyamos de los apetitos terrenos. No nos deleite nada de aquí abajo a los que poseemos un Padre que vive en el cielo.

Porque debemos tener muy en cuenta que ese mismo que subió plácidamente ha de volver terrible y nos exigirá el cumplimiento estricto de todo lo que nos predicó con mansedumbre. No menos-

precie nadie el tiempo que se nos concedió para hacer penitencia. No deje nadie de preocuparse de sí mismo, mientras todavía le sea posible, porque nuestro Redentor vendrá a juzgarnos con tanta mayor dureza cuanto mayor paciencia haya tenido con nosotros antes del juicio».

SECCION IV. TEOLOGOS

SANTO TOMAS DE AQUINO

La Ascensión y la exaltación del Señor

Santo Tomás dedica la cuestión 57 a la exposición del hecho, la naturaleza y la causalidad de la Ascensión del Señor. Añadimos algunos textos de la cuestión 58, dedicada al estudio de la exaltación de Cristo a la diestra de Dios Padre.

A) La ascensión del Señor a los cielos

a) ERA CONVENIENTE **863**

«El lugar debe ser proporcionado al que lo ocupa. Cristo después de la resurrección inauguró por su resurrección una vida inmortal e incorruptible. Ahora bien, esta tierra que nosotros habitamos está sometida a la generación y corrupción, mientras que el cielo está exento de la corrupción. Tal es el motivo por que no fué conveniente que después de la resurrección Cristo permaneciese en la tierra, sino que convenía que subiese al cielo» (3 q.57 a.1 c).

b) CRECIMIENTO DE GLORIA ACCIDENTAL **864**

«Con su ascensión al cielo no recibió Cristo ningún acrecentamiento en lo que es de esencia de la gloria, sea en el cuerpo, sea en el alma; sin embargo, recibió un acrecentamiento en la decencia del lugar, algo que contribuye al bienestar de la gloria. No que su cuerpo recibiese del cuerpo celeste alguna perfección o conservación, sino sólo un lugar más propio, cual convenía a su gloria. De esto experimentaba El cierto gozo. No que de esto comenzase El a gozar cuando subió al cielo; pero de nuevo se gozó entonces, como de cosa acabada. Por esto, sobre las palabras del Salmo (15,11): *Los deleites se hallan en su diestra hasta el fin,* dice la glosa: «La delectación y la alegría se adueñarán de mí cuando me sentare a tu lado, lejos de las miradas humanas» (ibid., ad 2).

c) LA ASCENSIÓN Y LA VIDA ESPIRITUAL DEL CRISTIANO **865**

«La ascensión a los cielos, por la que (Cristo) nos privó de su presencia corporal, nos fué más útil que la presencia corporal misma.

1. Por el aumento de la fe

«Primero, por el aumento de la fe, que es de las cosas que no vemos. Por eso dice el mismo Señor que el Espíritu Santo, cuando venga, *argüirá al mundo de justicia* (Io. 16,8); a saber, «la de aquellos que creen», como dice San Agustín: «La sola comparación de los fieles con los infieles es condenación de éstos» (cf. *In Io.* tr.95: PL 35,1831). Y luego, comentando las palabras: *Porque voy al Padre, y ya no me veréis más* (Io. 16,10), añade: Son bienaventurados los que no ven y creen. Así que será nuestra justicia de la que será el mundo condenado, «porque creeréis en mí, a quien no veréis».

866 **2. Por el aumento de la esperanza**

«Segundo, levanta nuestra esperanza. Por donde dice El mismo: *Si me fuere y os preparare el lugar, de nuevo vendré y os tomaré conmigo, para que donde estoy yo estéis vosotros* (Io. 14,3). Colocando Cristo en el cielo la naturaleza que había tomado, nos da esperanzas de llegar allá, porque, como El mismo dice, *donde está el cuerpo, allí se juntarán las águilas* (Mt. 24,28). Y Miqueas: *Sube, abriendo el camino ante ellos*» (Mich. 2,13).

867 **3. Por el aumento de la caridad**

«Tercero, para levantar a los bienes celestiales el afecto de la caridad. Por esto dice el Apóstol (Col. 3,1-2): *Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; gustad las cosas de arriba, no las de la tierra.* Pues, como se dice en San Mateo, *donde está tu tesoro allí está tu corazón* (Mt. 6,21). Y porque el Espíritu Santo es amor, que nos arrebata a las cosas celestiales, por eso dice el Señor a los discípulos: *Os conviene que yo me vaya, porque, si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros; pero, si me fuere, lo enviaré a vosotros* (Io. 16,7). Lo cual expone San Agustín diciendo (cf. *In Io.* tr.94: PL 35,1864): «No podéis recibir el Espíritu Santo, mientras persistáis en conocer a Cristo en la carne. Pero, cuando Cristo se apartó corporalmente, entonces no sólo el Espíritu Santo, sino también el Padre y el Hijo vinieron a ellos espiritualmente» (3 q.57 a.1 ad 3).

868 d) CRISTO SUBIÓ A LOS CIELOS POR EL PODER DE SU ALMA GLORIFICADA

«Hay en Cristo dos naturalezas, la divina y la humana. Y según una y otra se puede tomar el poder propio de Cristo. Según la naturaleza humana, puede considerarse doble virtud en Cristo. La una, natural, que procede de los principios de la naturaleza. Y es evidente que con tal virtud no subió Cristo a los cielos. Otra virtud existente en la naturaleza humana es la virtud de la gloria. Y con esta virtud subió Cristo al cielo.

La razón de esta virtud la buscan algunos en la naturaleza de una quintaesencia que es luz, según dicen, la cual entraría en la composición del cuerpo humano y conciliaría en uno los elementos

contrarios. En el estado de nuestra mortalidad domina la naturaleza de los elementos en el cuerpo humano, y por eso, según la naturaleza del elemento predominante, el cuerpo humano naturalmente tiende hacia abajo. Pero en el estado glorioso predominará la naturaleza celestial y, en virtud de su inclinación y poder, el cuerpo de Cristo y los otros cuerpos de los santos tenderán hacia el cielo...

Dejada a un lado esta sentencia, otras señalan la razón de esta virtud antedicha, de parte del alma glorificada, de cuya redundancia será glorificado el cuerpo, como dice San Agustín (cf. *Epist.* 118, 3: PL 33,459). Será tanta la obediencia del cuerpo glorioso al alma bienaventurada, que, como dice San Agustín, «dondequiera esté el espíritu, allí estará el cuerpo al instante, ni querrá nada que no convenga al espíritu y al cuerpo» (cf. *De civ. Dei* XXII 30: PL 41, 801). Ahora bien, al cuerpo glorioso e inmortal le conviene estar en un lugar celeste, como ya se dijo, y por eso, con la virtud del alma, que lo quería, subió al cielo el cuerpo de Cristo.

Y como el cuerpo se vuelve glorioso, así, dice San Agustín, «el alma se vuelve bienaventurada por la participación de Dios» (cf. *In Io.* tr.23; PL 33,459). Por consiguiente, la causa primera de la ascensión al cielo es la virtud divina. De manera que Cristo sube al cielo por su propia virtud, ante todo por la virtud divina, y luego por la virtud del alma glorificada, que mueve el cuerpo como quiere» (3 q.57 a.3 c).

e) La Ascensión de Cristo es causa de nuestra salvación

1. Con Jesucristo penetramos todos en el cielo 869

«La pasión de Cristo es causa de nuestra ascensión a los cielos, propiamente hablando, por la remisión del pecado, que nos impedía la entrada, y por vía de merecimiento. Pero la ascensión de Cristo es directamente causa de nuestra ascensión, por cuanto la inaugura en nuestra cabeza, a la que deben juntarse los miembros» (3 q.57 a.6 ad 2).

Jesucristo con su ascensión «nos preparó el camino para subir al cielo, según lo que dice en San Juan: *Voy a prepararos el lugar* (Io. 14,2). Y en Miqueas: *Sube abriendo el camino ante ellos*» (Mich. 2, 13). Y pues El es nuestra cabeza, es preciso que los miembros sigan allá a donde los precede la cabeza, por lo cual añade: *Para que donde yo estoy, allí estéis vosotros* (Io. 14,3). En prueba de esto introdujo en el cielo las almas de los santos que había sacado del infierno, según aquello del Salmo: *Subiendo Cristo a lo alto, llevó cautiva la cautividad* (Ps. 67,19), pues a los que habían sido cautivos del diablo El los introdujo consigo en el cielo, como en lugar extraño a la humana naturaleza, cautivos de buena cautividad, como ganados por la victoria» (3 q.57 a.6 c).

870 **2. Desde el cielo Cristo envió sus dones como mediador de los hombres**

«Como el pontífice en el Antiguo Testamento entraba en el santuario para presentarse ante Dios en favor del pueblo, así también Cristo entró en el cielo *para interceder por nosotros*, como dice el Apóstol a los Hebreos (7,25). La misma presencia suya en naturaleza humana que introdujo en el cielo, es cierta intercesión en favor nuestro, pues por el hecho de haber Dios exaltado en Cristo la naturaleza humana, se ha de compadecer de aquellos por quienes el Hijo de Dios tomó esa naturaleza.

Por último, Cristo sentado en el trono de los cielos como Dios y como Señor, envía desde allí los dones divinos a los hombres, según lo que el Apóstol escribe a los Efesios (4,10): *Subió sobre todos los cielos para dar cumplimiento a todas las cosas*, «con sus dones», según dice la Glosa».

B) Jesucristo, sentado a la diestra del Padre

871 a) SIGNIFICADO DE ESTA EXPRESIÓN

Se dice que Jesucristo está sentado a la diestra de Dios Padre «en cuanto permanece eternamente incorruptible en la bienaventuranza del Padre, la cual se dice su diestra, conforme a las palabras del Salmo: *En tu diestra se hallan los deleites hasta el fin* (Ps. 15,11). Por donde dice San Agustín sobre aquello del Símbolo (cf. *Serm.* 1,4: PL 40,634): «Está sentado a la diestra del Padre». «Estar sentado» significa habitar, como decimos de uno: En aquella tierra asentó durante tres años. Así, pues, habéis de creer que Jesucristo habita a la diestra del Padre, pues es bienaventurado y el nombre de esta bienaventuranza es la diestra del Padre.

De otro modo se dice que Cristo está sentado a la diestra del Padre, en cuanto reina junto con el Padre y de El tiene el poder judicial; como el ministro que se sienta a la derecha del rey le asiste en el reinar y en el juzgar. Por esto dice San Agustín (cf. *Serm.* 1,7: PL 40,646): «Entended por diestra la potestad que recibió este hombre, tomado por Dios, a fin de que venga a juzgar el que antes vino a ser juzgado» (3 q.58 a.1 c).

872 b) LOS TÍTULOS DE JESUCRISTO PARA ESTA EXALTACIÓN

1. Como hijo de Dios

«Tres cosas podemos entender por «diestra». Lo primero, según San Juan Damasceno, «la gloria de la divinidad»; segundo, según San Agustín, «la bienaventuranza del Padre»; tercero, según el mismo, «el poder judicial». El «estar sentado» significa o la habitación, o la dignidad regia, o el poder judicial. De manera que «estar sen-

tado a la diestra del Padre» no es otra cosa que poseer con el Padre la gloria de la divinidad, la bienaventuranza y la dignidad judicial. Y esto de una manera inamovible y regia. Todo esto conviene al Hijo por razón de su divinidad. Y así es evidente que Jesucristo, en cuanto Dios, está sentado a la diestra del Padre; pero de suerte que la partícula «a» no se tome por transitiva, sino como expresiva de sola distinción personal y orden de origen, pero no de un grado de naturaleza o dignidad, que no existe en las personas divinas, como en la primera parte se ha declarado» (3 q.58 a.2 c).

2. Por la unión hipostática 873

Otro título es por «la gracia de unión, que importa distinción de naturaleza, pero unidad de persona. Según esto, Cristo, en cuanto hombre, es Hijo de Dios, y por consiguiente está sentado a la diestra del Padre; pero notando que ese «en cuanto hombre» no designa la condición de la naturaleza, sino la unidad del supuesto» (3 q.58 a.3 c).

3. Por la sobreabundante gracia habitual 874

«Dicho acceso puede entenderse de la gracia habitual, que es en Cristo más abundante que en toda otra criatura, en la misma medida que la naturaleza humana en Cristo aventaja en la bienaventuranza a las demás criaturas, y sobre ellas posee el poder regio y judicial.

Así, pues, si el «en cuanto» designa la naturaleza, Cristo, en cuanto Dios, está sentado a la diestra del Padre, es decir, en igualdad con el Padre. Pero, en cuanto hombre, está sentado a la diestra del Padre, esto es, goza de los mejores bienes del Padre por encima de las demás criaturas, es decir, «goza de mayor bienaventuranza y posee el poder judicial». Pero, si el «en cuanto» designa la unidad del supuesto, también Cristo, en cuanto hombre, está sentado a la diestra del Padre porque tiene igualdad de honor, puesto que con el mismo honor veneramos al mismo Hijo de Dios con la naturaleza que El tomó, según anteriormente queda declarado (3 q.58 a.3 c).

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Las lecciones de la Ascensión

Tiene el Santo tres magníficos sermones, de los cuales el primero encierra una serie de reflexiones sobre distintos puntos del Evangelio de hoy; el segundo, considera sólo el misterio de la Ascensión, y del tercero no tomaremos sino su primera parte, que constituye un hermoso exordio, pues el resto repite las ideas expuestas en los anteriores.

A) Sermón primero

875 a) EXORDIO

Solían los romanos celebrar el triunfo de sus generales, recompensando así sus hazañas y alentando a los demás ciudadanos, cuya emulación pretendían despertar. El Santo describe el triunfo.

Este magnífico espectáculo, desplegado antiguamente por los romanos, acaece hoy entre los ángeles. Saliste, ¡oh Señor!, lleno de sangre y vuelves acompañado de innumerables cautivos para entrar en la ciudad eterna. ¿Quién podrá cantar la alegría de los justos y de los principados celestiales? ¿Qué orador será digno de describir el regreso del Rey a la corte de los cielos?

876 b) CONSIDERACIONES DIVERSAS

1. Solemnidad de la Ascensión

Tardó cuarenta días en subir a los cielos, porque quiso dejarnos pruebas evidentes de verdad tan nueva como una resurrección.

Ahora se eleva al cielo en pleno día y ante muchos testigos. Su concepción, su transfiguración, su misma resurrección fueron secretas; ¿por qué la Ascensión es tan visible? Porque quiere que nazca en nosotros la fe y esperanza en nuestra ascensión futura.

Nuestra ascensión no es menos difícil de creer que nuestra resurrección. Que las cenizas revivan parece imposible, pero que suban al cielo es cosa que ni siquiera osó imaginar Platón, quien decía que las almas, olvidadas de sus sufrimientos anteriores, deseaban volver, y volvían en efecto, a nuestros cuerpos. Verdades tan nuevas hicieron reír a los filósofos antiguos. Pero es que aquellos insensatos que

se creían sabios (Rom. 1,22) se olvidaban de que no hay nada imposible para el Creador, y que cuando se trata de verdades superiores a la razón, hay que consultar las Escrituras divinas, y no el testimonio débil de nuestra inteligencia.

«Considerad, hermanos, los prodigios del arte y de la naturaleza, y la imposibilidad se desvanecerá. ¿Hay algo más tenue y débil que los vapores de una nube? Y, sin embargo, bajo los rayos del sol la nube admira por su belleza y claridad. ¿Hay algo más grosero y bajo que la lana de una oveja? Y, sin embargo, todos los días la industria fabrica con ella hermosos vestidos. ¿Hay algo menos precioso que el hilo de un gusano de seda? Y, sin embargo, la mano del obrero se basta para mezclarlos y formar con ellos los más ricos adornos... ¿Por qué, pues, ¡oh filósofo!, te extrañas y te burlas? ¿A qué vienen esas arrugas de tu frente desdeñosa al considerar una doctrina llena de verdad y santidad? Si tanto puede el arte y la naturaleza, ¿no podrá Dios, Creador de naturaleza y arte, obrar más grandes maravillas? El obrero es capaz de prestar tal brillo a la materia vil, y el supremo y todopoderoso Obrero, ¿no logrará darle una perfección mayor? Quería además dejarnos entrever algunas señales de su majestad escondida».

2. El Señor reprende la incredulidad de sus discípulos 877

Extraña es una reprensión cuando se debieran esperar frases de consuelo. Pero es que el Señor quería que sus palabras se grabasen en los corazones de sus discípulos, y nada mejor que pronunciarlas en el momento de la separación. También pretendía mostrarnos que no hay tiempo inoportuno para la corrección fraterna, según nos enseña el mismo San Pablo (2 Tim. 4,2).

«Quiso el Maestro recordar a sus discípulos su incredulidad, en aquella misma hora en que iban a recibir la misión de predicar al mundo la fe en Cristo, porque así su propia experiencia les enseñaría a soportar a los demás; el recuerdo de sus largas dudas les inspiraría indulgencia ante las ajenas, y si los hombres no creían fácilmente sus palabras, les extrañaría menos considerando que ni ellos mismos habían creído las de las Escrituras que anunciaban la resurrección del Señor».

3. Misión de los apóstoles 878

«Una vez que le hubieron rodeado, les dirigió un largo discurso: Hijitos míos, rebaño mío, queridas ovejas de mis pastos, vosotros conocéis mi vida, la habéis visto, habéis presenciado mis actos, las señales y prodigios que he obrado en medio de este pueblo, las heridas y tormentos que he aceptado por la salvación del mundo, la muerte que he sufrido para expiar sus pecados; habéis visto mi resurrección de entre los muertos, vais a ver ahora la ascensión hacia mi Padre. Habéis escuchado mi doctrina, todas las verdades que el Padre me había encargado que enseñara al mundo; id ahora y enseñad

a todo el universo lo que habéis visto y oído, descubrid mis misterios, revelad mis sacramentos, enseñad a las naciones, instruíd a los pueblos, guiad a los ciegos y a los desgraciados por el camino de la salud y de la verdad. Seréis mis testigos en Jerusalén y en el mundo entero».

879 **4. Reprende la curiosidad**

Los apóstoles preguntan sobre el futuro reinado de Cristo, quien les niega la respuesta, prohibiéndonos investigar curiosamente los juicios secretos de Dios y las cosas que no nos importan. Somos negligentes en lo necesario y útil para la salvación y ávidos de lo inútil o difícil. ¡Oh cristianos!, procurad merecer el cielo y no andéis curioseando.

880 **5. El que cree y se bautiza**

No basta la fe, son necesarias las obras. Las señales que seguirán a los que crean serán resucitar los muertos... No me refiero ahora a los milagros que han existido siempre en la Iglesia, sobre todo en sus comienzos, sino a ese poder de expulsar a los demonios por la penitencia, de hacer hablar a los cristianos lenguas nuevas como son las alabanzas de Dios y del prójimo. Yo hablo en esta ocasión del poder de inmolar las pasiones, serpiente venenosa que mataría al alma, pero que una vez aplastada no puede hacernos daño, porque aunque persista en sus tentaciones no perjudica al que está en Cristo y en el que no existe condenación alguna (Rom. 8,1). Me refiero a los que son capaces de imponer sus manos de caridad y de consuelo sobre los enfermos y presos.

881 **6. La subida al cielo**

¡Oh Príncipe de la gloria!, las regiones celestes os llaman y esperan. Llevad con Vos a vuestra santa humanidad, colocadla a la derecha del Padre y que participe de vuestra gloria, ya que participó de vuestras ignominias. Los príncipes de los cielos corren a colocarse en formación; Jesús habla a los que le rodean, abraza con ternura inefable a la Santísima Virgen María, extiende sus manos para bendecirlos a todos y comienza a elevarse. Cánticos de triunfo y alabanza se extienden por los cielos, porque los mismos ángeles que bajaron el día del nacimiento, vuelven ahora, el día de su victoria. Los ojos de los discípulos se llenan de asombro y el Señor va subiendo.

882 **7. Hombres de Galilea**

«La mirada de los apóstoles no puede seguir al Maestro divino hasta su entrada en los cielos. El testimonio de los ángeles viene a suplir lo débil de sus ojos...

Pero yo me dirijo ahora a vosotros, hermanos míos, y os digo: Hombres de Galilea, ¿qué hacéis ahí? ¿No sabéis que aquí abajo no

sois otra cosa que simples galileos? ¿Ignoráis que vais a salir muy presto de este mundo? ¿Por qué os quedáis entonces ahí, por qué os detenéis, por qué no buscáis la gloria que os espera? No tenéis aquí una morada permanente, sino que debéis buscar una futura (Hebr. 13,14). ¿Por qué no corréis hacia esa habitación de vuestro porvenir? ¿Por qué, si habéis de ser trasplantados tan pronto, pretendéis echar raíces en un suelo extraño? ¿Os olvidáis de la violencia y dolor del inevitable desgarramiento que es necesario para romper esas ligaduras? Considerad, os ruego, las obras de los amadores del siglo... y no echéis, como ellos, raíces en este mundo. ¿Por qué buscáis con tanta inquietud lo que se pierde tan presto? ¡Oh vosotros, que debéis habitar eternamente en los cielos!, ¿por qué aspiráis sin cesar a los placeres pasajeros de esta vida? Acordaos de que no sois más que galileos, no olvidéis... levantad vuestro ánimo, vuestro corazón y vuestra voluntad; *buscad las cosas de arriba y no las de la tierra* (Col. 3,1). Vuestro jefe y vuestro Dios sube y os abre el camino; corred y daos prisa en seguir fielmente sus huellas. ¿Os quedáis quietos? Mirad cómo corre esa muchedumbre inmensa de gentes de toda edad, clase y condición. Maravílleos la intrepidez de las vírgenes delicadas y de los niños tiernos que caminan cerca de El, al olor de sus perfumes. ¿Y os quedáis inmóviles y permanecéis sentados?

¡Oh galileos, oh viajeros! Delante de vosotros está libre el ca- 883
mino de los cielos, la puerta del paraíso está ya abierta... ¿por qué os quedáis quietos? Magnífica es la gloria que os espera, ¿y no camináis? Abundante es la recompensa que se os ofrece, ¿y aún dudáis? Brillante es la corona que se os promete, ¿y combatís con pereza? ¿Qué os diré, cobardes, perezosos e insensatos? Por un trabajo fácil, una alegría inmensa; por un combate rápido, una corona eterna; por una marcha corta, un descanso sin fin. ¡Oh viajeros!, ¿a qué viene esa inmovilidad? Siglos eternos dependen de estos momentos de vuestra vida, y aún no andáis... Y todavía hay algo más triste: estáis quietos, mirando al cielo... Miráis al cielo y permanecéis indiferentes, le veis y os dejáis dominar por la indolencia. Si al menos no le vieseis, vuestra falta sería menos grave»...

«Justo es amar la vida presente, si no se conoce otra mejor. Nada más legítimo que aspirar a estos bienes cuando no se esperan los futuros, mil veces más preciosos; pero vosotros, a quienes Dios ha abierto los ojos de la inteligencia para que contemplaseis las riquezas celestiales... vosotros, ¡oh galileos, oh cristianos!, ¿seguís inmóviles?»

Y si este peso inconmensurable de felicidad no es capaz de arrancaros de vuestra inercia, dejad, por lo menos, que os mueva el terrible juicio que os espera, la venganza ardiente de ese fuego que consumirá a los enemigos de la verdad; permitid que os sacuda la cuenta rigurosa que habéis de dar de todas las obras de la vida en el día del juicio severo, en la presencia de los ángeles y de los hombres, porque ese Jesús que sube hacia el cielo volverá de la misma manera.

B) Sermón segundo

884 a) QUIÉN ES EL QUE SUBE

El Señor dijo a Nicodemo: *Nadie subió al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo* (Io. 3,13). «Si esto es así, ¡oh Señor!, ¿para qué perdemos el tiempo en esfuerzos vanos? ¿Para qué tanto trabajo inútil, para qué quebrantarnos a diario con ayunos, oraciones y lágrimas? Desgraciados los mártires, desgraciados los anacoretas y vírgenes, desgraciados todos los que desprecian el mundo, puesto que nadie entra en el reino de los cielos. ¿A qué se reduce promesa tan repetida en el Evangelio? ¿Para qué tanta exhortación e invitación a que lo deseemos, lo pidamos y lo merezcamos? ¿Puede contradecirse el Evangelio de esta forma?...

No, hermanos míos, de ninguna manera. Oíd a San Agustín (cf. *Serm.* 91,7): «No hay nada más cierto, dice, sino que el Hijo de Dios y del hombre debe entrar El solo en el cielo; debe entrar El, sí, digo yo, debe entrar, pero todo entero. ¿Es que acaso no entrarán con El sus manos, pies, brazos y todos sus miembros? Pues nosotros somos, según testimonio del Apóstol, miembros suyos; cierto que no todos, pero por lo menos aquellos que le están unidos por la fe y la caridad. El Cristo que bajó del cielo volverá a subir con estos nuevos y numerosos miembros de su cuerpo, y todo el que sin habérsele incorporado quiera subir al cielo, se engaña evidentemente».

Por tanto, sólo el que ha bajado, subirá, pero no subirá como bajó, porque bajó en la pureza y simplicidad de su ser divino, y cuando suba tendrá cinturón y vestidos, puesto que se ha adornado con un cuerpo y se ha vestido con este traje inmenso y de mil colores que es la Iglesia...

885 También podemos entender estas palabras de otra guisa: Nadie sube al cielo por su propia virtud; la Iglesia, Esposa de Cristo, ha de apoyarse en los hombros de su Esposo. El profeta nos habla de un águila que enseñaba a volar a sus aguiluchos y les llevaba en sus alas (Deut. 32,11). Ese águila es Cristo, que nos excita con sus palabras, vela sobre nosotros con su ejemplo, nos coge con sus favores y nos lleva con sus méritos. Cristo es el águila que subió hasta las alturas, donde colocó su nido tranquilo y eterno, adonde no llegará la serpiente venenosa. No habrá ni uno de sus aguiluchos, ni Juan el Bautista, ni el más grande de los santos, que pueda llegar, si no es por El, al nido colocado junto a su Padre. *Los pájaros encuentran su morada y las tórtolas un nido donde colocar a sus hijos* (Ps. 83,3). Esa casa del pájaro es el seno del Padre, y el nido de la tórtola el corazón del bien amado, adonde se entra por la abertura de su costado divino; nido sin alarmas, lugar seguro».

Por consiguiente, *nadie subió al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo;* así dice San Juan. *El mismo*

que bajó es el que subió (Eph. 4,10); así habla el Apóstol. Comprobad el acorde perfecto de ambas liras celestiales; el mismo Espíritu divino las hace vibrar.

b) ¿ADÓNDE SUBE? 886

«A lo más alto de los cielos. No este cielo alegórico de las nubes, del sol ni de los ángeles, sino al mismo Dios. Descendió hasta la oscuridad y los lugares más bajos de la tierra. «No pudo bajar más bajo ni subir más alto», según San Bernardo (cf. *Serm.* 2 *sobre la Ascensión* 3). Convenía que el Hijo único de Dios, príncipe de la gloria, después de haberse humillado, obediente a su Padre, por debajo de los ángeles, después de haber sido el último y más pequeño de entre los hombres, fuese exaltado en gloria y honor por encima de los hombres y de los ángeles, para que así la justicia de Dios se consumara...

Esta es la enseñanza del Apóstol: *Siendo Dios en la forma*—¡qué grandeza!—*no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó tomando la forma de siervo*—¡qué rebajamiento!—(Phil. 2, 6). ¿Hasta dónde se rebajó? Hasta la forma de siervo, hasta las bofetadas, las burlas, los azotes, los tormentos, hasta *la muerte*, y para que nada faltase a la ignominia de su muerte, *y muerte de cruz*. ¡Oh, y qué bajo descendió y a qué profundidad se rebajó! Esta fué la humillación del que era hijo de Dios, pero ved cómo la justicia divina lo ensalzó por grados parecidos a su abajamiento: *Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre: para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos y en la tierra, y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre* (Phil. 2,9)...

El divino Redentor bajó por tres escalones: la forma de esclavo, 887
la pasión y la muerte. Por ellos mismos va a elevarse ahora. El amor a su Padre le hizo hombre; la justicia del Padre lo establece como Maestro y Señor de toda criatura. Había sido condenado injustamente por los hombres; su Padre celestial lo constituye Juez soberano de vivos y de muertos. Murió por todos los humanos, y ha merecido para todos los hombres y para sí mismo una vida inmortal y eterna. Sus humillaciones son principio de su exaltación. Dios bajó hasta el sufrimiento de la carne, y la carne ha sido elevada hasta las propiedades de Dios. Tener hambre y sed, cansarse y fatigarse, sufrir dolores y morir, padecimientos son de la carne; Dios los tomó para que la carne se convirtiera en impasible, incorruptible e inmortal. Dios se hizo esclavo para que Dios hombre reinase sobre el mundo».

Esto es lo que quiere decir el Evangelio cuando nos muestra a Cristo sentado a la diestra de Dios Padre.

Felicitemos, pues, a Cristo y felicitémonos a nosotros mismos, puesto que no entra en posesión de sus honores para sí solo, sino que los acepta para todos sus hermanos. Cuando aún no había muer-

to, nos dice San Juan (16,7 ss.) que era conveniente que se marchara para preparar nuestras mansiones. Si un mendigo supiera que su hermano había sido elegido rey de Francia o de España y que deseaba hacerle participar de su gloria...

888 c) FRUTOS DE LA ASCENSIÓN

Bajó por nosotros y por nosotros se dignó subir; bajó por nuestra justificación y subió para nuestra gloria; bajó para salvarnos y subió para prepararnos las mansiones celestiales (Io. 14,2). Subió para cumplirlo todo, para cumplir con su poder, sabiduría, luz, gracia, espíritu y verdad, todo lo que había comenzado en los años de su vida.

Vacíos estaban los corazones de los fieles, cuando los llenó el rocío milagroso. Así como en la primavera el sol cubre a la tierra de hierbas y flores, y a los árboles de hojas y de frutos, así Cristo hizo florecer e inundó de gracia la tierra toda. ¡Oh flores brillantes, oh vírgenes y mártires, flores blancas o porpúreas que la Iglesia fecunda produce en abundancia! Ved esas naciones que corren en masa a la verdad, pueblos ávidos de favores celestiales que piden fervientes el agua del bautismo.

Cuando los reyes se coronan, reparten oro y favores entre sus pueblos; también el Príncipe de la gloria los reparte entre los suyos.

En la tierra, médico entregado a su obra, curó sus enfermedades y padecimientos; en el cielo, Dios todopoderoso, derrama sobre nosotros los favores más preciosos y magníficos, y así, después de haber demostrado aquí abajo su misericordia, nos hace sentir su poder desde las alturas.

889 d) SUBID POR LA HUMILDAD Y PUREZA

«Esforcémonos en bajar con Cristo para subir con El, porque para subir no hay más camino que el mismo que baja. Rebajaos en vuestra estima propia y subiréis hacia Dios; sed pequeños ante vuestros ojos, para ser grandes ante los del Señor... Hombre, aprende a humillarte para ser exaltado, aprende a ser despreciado para ser glorificado. No hay nada más insensato que querer subir al cielo por otro camino que no sea el de la humildad. ¿Por qué? Porque Cristo fué elevado a su gloria precisamente por su humildad, y no será el orgullo el que os eleve a vosotros a una gloria que no os pertenece. La cabeza se rebajó al sufrimiento, y el cuerpo ¿quiere ser coronado en medio de delicias?...

¡Oh miserable locura de los hombres! ¡Oh demencia digna de condenación! ¡Oh ceguera que no podremos deplorar jamás lo suficiente! Hombres que se llaman cristianos, que profesan la fe de Cristo y la doctrina de su Evangelio; más todavía, hombres que se glorifican de ser los guías y maestros del pueblo cristiano; estos hombres, digo, son precisamente los que se dejan influir por un orgullo necio y aspiran con avidez insaciable a la dignidad y a los

honores. Todos sus cuidados son pocos y empeñan todas sus fuerzas en parecer grandes y ser honrados entre los hombres; todos sus días, toda su vida se pasa en procurarse ganancia o en aumentarlas. ¿Podemos concebir un delirio más grande o una locura mayor que servir a la ambición bajo el estandarte de la humildad, y hacer profesión del orgullo más altanero en la escuela del Maestro más humilde? ¿En qué sentido habrán entendido las palabras del Maestro: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el descanso de vuestras almas?* (Mt. 11,29).

Sacudid el peso del orgullo, expulsad el veneno de la ambición 890
y encontraréis el descanso, porque al cielo no se sube por los escalones del honor, sino por los de la virtud y la humildad...

¿Queréis que os explique cuáles son estos escalones? Escuchad al profeta que dice: *Subiré de virtud en virtud* (Ps. 83,6)... Sí, esta escala mística que sube hasta el cielo, ha de apoyarse en el corazón. Una apariencia modesta, un lenguaje piadoso, unas ceremonias del culto exterior, no son los escalones de la perfección, ni significa que se adelante en ella. Todos los grados de la virtud deben ser examinados, según los sentimientos del corazón, y no según las obras o palabras. Dios no examina, en efecto, si tus acciones son grandes o numerosas; mira si has avanzado en amor y en deseos de poseerle. Sin duda, que todos seremos juzgados atendiendo a nuestras obras, pero la caridad es la que les da su mérito».

Primeramente, purificad el alma de las pasiones, ya que *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* Felices después los que llenen su alma de verdad, lo cual no consiste en vivir como los animales. Felices los que buscan a Dios con sus palabras y acciones.

C) Sermón tercero

Exordio 891

«Algunas almas piadosas sienten esta duda que yo creo bien legítima: ¿cómo es que el Hijo único de Dios, después de haberse arrancado del seno del Padre por los ardores de su caridad, después de haberse dignado vivir en este mundo y soportar nuestros dolores para darnos el reino celestial, cómo es, repito, que unos días después de su resurrección haya podido abandonarnos en este destierro y subir sin nosotros al cielo? ¿Habrá cambiado su corazón al resucitar como cambió su vida, y al entrar en aquella tan gloriosa se habrá olvidado de estos hombres que rescató con su muerte y con efusión de toda su sangre? ¿Quién podrá decirlo después que el profeta ha afirmado: *¿Podrá la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Y aunque ella se olvidare, yo no te olvidaré; mira, te tengo grabado en mis manos?* (Is. 49,14-16). Mira estas cicatrices de mis heridas: las he conservado para acordarme de ti...

892 ¿Por qué, pues, ¡oh buen Jesús!, por qué marcharte tan pronto, por qué subir sin nosotros? Vuestra gloria la tenías segura, ¿por qué no esperáis hasta el último día para que marchásemos unidos, llenos de gloria, a los reinos celestiales? ¿No era preferible que después de haber sido compañero de nuestros viajes y peregrinaciones, guarda prudente y consolador de nuestro rebaño, nos hubieseis guiado seguros e iluminados y nos hubieseis abierto el camino delante de Vos? Entonces, rodeado de todos los vuestros, hubierais entrado en medio de los cánticos de triunfo en la ciudad celestial. ¡Cuánto consuelo y seguridad, cuánta alegría hubiese repartido vuestra presencia! Presente Vos, las persecuciones de los tiranos no nos hubiesen parecido crueles; los suplicios de los perseguidores, los males de la vida, los hubiésemos juzgado soportables. Nada hubiera sido penoso, nada enojoso, si vuestra palabra lo hubiese endulzado. Vuestra dulce compañía hubiera convertido en ligera y agradable esta vida tan triste y desgraciada. Si un escrúpulo nos asaltara, os hubiéramos consultado; si un peligro nos amenazara, a Vos hubiéramos corrido; si algún dolor o amargura nos entristeciera, Vos nos hubierais consolado...

893 Decidme, pues, ¡oh Jesús, oh gloria mía!, ¿dónde está vuestro amor, dónde está vuestra bondad, dónde están esas entrañas devoradas por la caridad? ¿Así os cuidáis de vuestro rebaño, así os preocupáis de los vuestros? Desgraciados y tristes hijos que son abandonados por Vos, mientras marcháis a gozar solo las alegrías del reino. ¿Qué impaciencia de reinar es esa que os fuerza a abandonar a los vuestros en medio de sus desdichas? ¿No podíais esperar, Señor, y tener paciencia durante algún tiempo? El mundo hubiera terminado su carrera y Vos hubierais triunfado con nosotros»...

Pero ¡oh misterio de piedad verdaderamente grande, oh maravillosos designios de la Providencia! Había venido por nosotros y para nosotros vuelve. Confórmanse la causa de su venida y el amor de su marcha. Sí, era conveniente; su marcha nos era ventajosa. Si murió por nuestras faltas, si resucitó por nuestra justificación, ha subido al cielo para glorificarnos (Rom. 3,16).

II. FRAY LUIS DE LEON

La diestra de Dios

Jesús el día de la Ascensión se sienta a la diestra del Padre, donde comienza su reino. El trozo que elegimos es aplicable lo mismo al reino de Cristo, que al *ecce ego vobiscum sum*, que a las palabras finales del evangelio de hoy (cf. *Los nombres de Cristo, Rey de Dios:* BAC, *Obras completas castellanas* 2.ª ed. p.576-581).

A) Con las almas

a) Dos estados del reino de Cristo 894

«Porque habéis de entender que este reino de Cristo tiene dos estados, así respecto de cada un particular en quien reina secretamente, como respecto de todos en común, y de lo manifiesto de él y de lo público. El un estado es de contradicción y de guerra; el otro será de triunfo y de paz. En el uno tiene Cristo vasallos obedientes y tiene también rebeldes; en el otro, todo le obedecerá y servirá con amor. En éste quebranta con vara de hierro a lo rebelde y gobierna con amor a lo súbdito; en aquél, todo le será súbdito de voluntad.»

b) El estado presente de lucha 895

«Y para declarar esto más, y tratando del reino que tiene Cristo en cada ánima justa, decimos que de una manera reina Cristo en cada uno de los justos aquí, y de otra manera reinará en el mismo después; no de manera que sean dos reinos, sino un reino que, comenzando aquí, dura siempre, y que tiene, según la diferencia del tiempo, diversos estados. Porque aquí, lo superior del alma, está sujeto de voluntad a la gracia, que es como una imagen de Cristo y lugarteniente suyo, hecho por El y puesto en ella por El, para que le presida y le dé vida y la rija y gobierne.

Mas rebélase contra ella y pretende hacerle contradicción siguiendo la vereda de su apetito la carne y sus malos deseos y afectos. Mas pelea la gracia, o, por mejor decir, Cristo en la gracia, contra estos rebeldes; y como el hombre consienta ser ayudado de ella, y no resista a su movimiento, poco a poco los doma, y los sujeta, y va extendiendo el vigor de su fuerza insensiblemente por todas las partes y virtudes del alma, y, ganando sus fuerzas, derrueca sus malos apetitos de ella, y a sus deseos, que eran como sus ídolos, se los quita y deshace, y, finalmente, conquista poco a poco todo aqueste reino nuestro interior, y reduce a su sola obediencia todas las partes de él, y queda ella hecha señora única y reina, resplande-

ciendo en el trono del alma. Y no sólo tiene debajo de sus pies a los que le eran rébeldes, mas, desterrándolos del alma y desarraigándolos de ella, hace que no sean, dándoles perfecta muerte. Lo cual se pondrá por obra enteramente en la resurrección postrera, adonde también se acabará el primer estado de aqueste reino, que habemos llamado estado de guerra y de pelea, y comenzará el segundo estado de triunfo y de paz.»

896 c) El estado futuro de gloria

«Del cual tiempo dice San Macario (cf. *Hom.* 5): «Porque entonces, dice, se descubrirá por defuera en el cuerpo lo que ahora tiene atesorado el alma dentro de sí; así como los árboles, en pasando el invierno, y habiendo tomado calor la fuerza que en ellos se encierra, con el sol y con la blandura del aire, arrojan afuera holas y flores y frutos. Y ni más ni menos, como las yerbas en la misma sazón sacan afuera sus flores, que tenían encerradas en el seno del suelo, con que la tierra y las yerbas mismas se adornan. Que todas estas cosas son imágenes de lo que será en aquel día en los buenos cristianos. Porque todas las almas amigas de Dios, esto es, todos los cristianos de veras, tienen su mes de abril, que es el día cuando resucitaren a vida; adonde, con la fuerza del sol de justicia, saldrá afuera la gloria del Espíritu Santo, que cobijará a los justos sus cuerpos, la cual gloria tienen ahora encubierta en el alma; que lo que ahora tienen, eso sacarán entonces a la clara en el cuerpo. Pues digo que éste es el mes primero del año; éste el mes con que todo se alegra; éste viste los desnudos árboles, desatando la tierra; éste en todos los animales produce deleite; y éste es el que regocija todas las cosas. Pues éste, por la misma manera, es en la resurrección su verdadero abril a los buenos, que les vestirá de gloria los cuerpos, de la luz que ahora contienen en sí mismas sus almas; esto es, de la fuerza y poder del espíritu, el cual, entonces, les será vestidura rica, y mantenimiento y bebida y regocijo y alegría y paz y vida eterna». Esto dice Macario.

Porque de allí en adelante toda el alma y todo el cuerpo quedarán sujetos perdurablemente a la gracia, la cual, así como será señora entera del alma, asimismo hará que el alma se enseñoree del todo del cuerpo. Y como ella, infundida hasta lo más íntimo de la voluntad y razón, y embebida por todo su ser y virtud, le dará ser de Dios y la transformará cuasi en Dios, así también hará que, lanzándose el alma por todo el cuerpo y actuándole perfectísimamente, le dé condiciones de espíritu, y cuasi le transforma en espíritu. Y así, el alma, vestida de Dios, verá a Dios y tratará con El conforme al estilo del cielo; y el cuerpo, cuasi hecho otra alma, quedará dotado de sus cualidades de ella, esto es, de inmortalidad y de luz, y de ligereza y de un ser impasible; y ambos juntos, el cuerpo y el alma, no tendrán ni otro ser ni otro querer, ni otro movimiento alguno más de lo que la gracia de Cristo pusiere en ellos, que ya reinará en ellos para siempre gloriosa y pacífica».

B) Con la Iglesia

a) Triunfo sobre los demonios 897

«Pues lo que toca a lo público y universal de este reino va también por la misma manera. Porque ahora, y cuanto durare la sucesión de estos siglos, reina en el mundo Cristo con contradicción, porque unos le obedecen y otros se le rebelan; y con los sujetos es dulce, y con los rebeldes y contradicientes tiene guerra perpetua, por medio de la cual, y según las secretas y no comprensibles formas de su infinita providencia y poder, los ha ido y va deshaciendo.

Primero, como decía, derrocando las cabezas, porque son los demonios que, en contradicción de Dios y de Cristo, se habían levantado con el señorío de todos los hombres, sujetándolos a sus vicios e ídolos. Así que primero derrueca a éstos, que son como los caudillos de toda la infidelidad y maldad, como lo vimos en los siglos pasados y ahora en el Nuevo Mundo lo vemos. Porque sola la predicación del Evangelio, que es decir la virtud y la palabra de sólo Cristo, es lo que siempre ha deshecho la adoración de los ídolos.»

b) Triunfo sobre los enemigos de la Iglesia 898

«Pues derrocados éstos, lo segundo, a los hombres, que son sus miembros de ellos, digo, a los hombres que siguen su voz y opinión, y que son en las costumbres y condiciones como otros demonios, los vence también, o reduciéndolos a la verdad, o, si perseveran en la mentira duros, quebrantándolos y quitándolos del mundo y de la memoria. Así ha ido siempre desde su principio el Evangelio. Y como el sol, que, moviéndose siempre y enviando siempre su luz, cuando amanece a los unos, a los otros se pone, así el Evangelio y la predicación de la doctrina de Cristo, andando siempre y corriendo de unas gentes a otras, y pasando por todas, y amaneciendo a las unas y dejando a las que alumbraba antes en obscuridad, va levantando fieles y derrocando imperios, ganando escogidos y asolando los que no son ya de provecho ni fruto.

Y si permite que algunos reinos infieles crezcan en señorío y poder, hácelo para por su medio de ellos traer a perfección las piedras que edifican su Iglesia. Y así, aun cuando éstos vencen, El vence y vencerá siempre, e irá por esta manera de continuo añadiendo nuevas victorias, hasta que, cumpliéndose el número determinado de los que tiene señalados para su reino, todo lo demás, como a desaprovechado e inútil, vencido ya y convencido por sí, lo encadene en el abismo, donde no parezca sin fin, que será cuando tuviere fin este siglo. Y entonces tendrá principio el segundo estado de este gran reino, en el cual, desechadas y olvi-

dadas las armas, sólo se tratará de descanso y de triunfo, y los buenos serán puestos en la posesión de la tierra y del cielo, y reinará Dios en ellos solo y sin término; que será estado mucho más feliz y glorioso de lo que ni hablar ni pensar se puede.

Y del uno y del otro estado escribió San Pablo maravillosamente, aunque con breves palabras. Dice a los de Corinto (cf. 15,25-28): *Conviene que reine El hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies; y a la postre de todos será destruída la muerte enemiga; porque todo lo sujetó a sus pies.* Mas cuando dice que todo le está sujeto, sin duda se entiende todo excepto Aquel que se lo sujetó. *Pues cuando todo le estuviere sujeto, entonces el mismo Hijo estará sujeto, a Aquel que le sujetó a El todas las cosas, para que Dios sea en todos todas las cosas.*»

899 c) LA HORA DE LA VICTORIA DEFINITIVA

«Dice que conviene que reine Cristo *hasta que ponga debajo de sus pies a sus enemigos* y hasta que deje en vacío a todos los demás señoríos. Y quiere decir que conviene que el reino de Cristo, en el estado que decimos de guerra y de contradicción, dure hasta que, habiéndole sujetado todo, alcance entera victoria de todo. Y dice que cuando hubiere vencido a los demás, lo postrero de todo vencerá a la muerte, último enemigo, porque, cerrados los siglos y deshechos todos los rebeldes, dará fin a la corrupción y a la mudanza y resucitará a los suyos gloriosos para más no morir. Y con esto se acabará el primer estado de su reino de guerra, y nacerá la vida y la gloria, y, lleno de despojos y de vencimientos, presentará su Iglesia a su Padre, que reinará en ella juntamente con su Hijo en felicidad sempiterna.

Y dice que *entonces*, esto es, en aquel estado segundo, *será Dios en todos todas las cosas* por dos razones. Una, porque todos los hombres y todas las partes y sentidos e inclinaciones que en cada uno de ellos hay le estarán obedientes y sujetos, y reinará en ellos la ley de Dios sin contienda; que, como vemos en la oración que el Señor nos enseña, estas dos cosas andan juntas, o casi son una misma, el reinar Dios y el cumplir nosotros su voluntad y su ley enteramente así como se cumple en el cielo. Y la otra razón es porque será Dios entonces El solo y por sí para su reino todo aquello que a su reino fuere necesario y provechoso. Porque El les será el príncipe y el corregidor y el secretario y el consejero; y todo lo que ahora se gobierna por diferentes ministros El por sí solo lo administrará con los suyos; y El mismo les será la riqueza y el dador de ella, el descanso, el deleite, la vida.»

900 d) EL REY DE LA GLORIA

«Y como Platón dice del oficio del rey, que ha de ser de pastor, así como llama Homero a los reyes, porque ha de ser para sus súbditos todo, como el pastor para sus ovejas lo es, porque él las apa-

cienta y las guía y las cura y las lava y las trasquila y las recrea, así Dios será entonces con su dichoso ganado muy más perfecto pastor: o será alma en el cuerpo de su Iglesia querida, porque, junto entonces y enlazado con ella, y metido por toda ella por manera maravillosa hasta lo íntimo, así como ahora por nuestra alma sentimos, así en cierta manera entonces veremos y sentiremos y entenderemos y nos moveremos por Dios, y Dios echará rayos de sí por todos nuestros sentidos, y nos resplandecerá por los rostros. Y como en el hierro encendido no se ve sino fuego, así lo que es hombre casi no será sino Dios, que con su Cristo reinará enseñoreando perfectamente de todos.»

e) Felicidad de la gloria 901

«De cuyo reino, o de la felicidad de este su estado postrero, ¿qué podemos mejor decir que lo que dice el profeta?: *Di alabanzas, hija de Sión; gózate con júbilo, Israel; alégrate y regocíjate de todo tu corazón, hija de Jerusalén, que el Señor dió fin a tu castigo, apartó de ti su azote, retiró tus enemigos el Rey de Israel... El Señor en medio de ti, no temerás mal de aquí adelante* (Soph. 3,14).

O como otro profeta (Is. 60,18-22) lo dijo: *No sonará ya de allí adelante en tu tierra maldad ni injusticia, ni asolamiento, ni destrucción en tus términos; la salud se enseñoreará por tus muros y en las puertas tuyas sonará voz de loor. No te servirás de allí adelante del sol para que te alumbre en el día, ni el resplandor de la luna será tu lumbrera; mas el Señor mismo te valdrá por sol sempiterno y será tu gloria y tu hermosura tu Dios. No se pondrá tu sol jamás ni tu luna se menguará; porque el Señor será tu luz perpetua, que ya se fenecieron de tu lloro los días. Tu pueblo todo serán justos todos; heredarán la tierra sin fin, que son fruto de mis posturas, obra de mis manos para honra gloriosa. El menor valdrá por mil, y el pequeñito más que una gente fortísima; que yo soy el Señor, y en su tiempo yo lo haré en un momento.*

Y en otro lugar (65,16-25): *Serán allí en olvido puestas las congojas primeras, y ellas se les esconderán de los ojos. Porque yo criaré nuevos cielos y nueva tierra, y los pasados no serán remembrados ni subirán a las mientes. Porque yo criaré a Jerusalén regocijo y alegría su pueblo; y me regocijaré yo en Jerusalén, y en mi pueblo me gozaré. Voz de lloro mi voz lamentable de llanto no será ya allí más oída, ni habrá más en ella niño en días, ni anciano que no cumpla sus años; porque el de cien años mozo parecerá, y el que de cien años pecador fuere, será maldito. Edificarán y morarán, plantarán viñas y comerán de sus frutos. No edificarán y morirán otros; no plantarán y será de otro comido. Porque, conforme a los días del árbol de vida, será el tiempo del vivir de mi pueblo. Las obras de sus manos se envejecerán por mil siglos. Mis escogidos no trabajarán en vano ni engendrarán para turbación y tristeza. Porque ellos son generaciones de los benditos de Dios, y es lo que de ellos nace cual ellos. Y será que antes que*

levanten la voz admitiré su pedido, y en el menear de la lengua yo los oiré. El lobo y el cordero serán apacentados como uno; el león comerá heno, así como el buey, y polvo será su pan de la sierpe. No maleficiarán, no contaminarán, dice el Señor, en toda la santidad de mi monte».

III. FRAY LUIS DE GRANADA

De la subida de nuestro Salvador a los cielos

902 ### *A) La presencia de la Virgen*

(Cf. *Adiciones al Memorial de la vida cristiana:* BAC *Obra selecta* 1.3 c.41 p.882-887).

«La historia de este misterio escribe San Lucas diciendo que, pasados cuarenta días después de la resurrección, habiendo el Señor aparecido a los discípulos muchas veces en este tiempo, como se llegase la hora de su gloriosa subida, llamó a todos y llevólos al monte Olivete, que es junto a Betania».

«¿Quién dudará que se hallase presente a esta fiesta la sacratísima Virgen Nuestra Señora? No era, cierto, razón que se partiese el Salvador un tan largo camino sin despedirse de su santísima Madre. ¿Habíale de ver subir en la cruz y no le había de ver subir a los cielos? ¿Había de padecer los trabajos del monte Calvario y no había de gozar del monte Olivete?

No es ésta la condición de nuestro Señor, sino que si padeciéremos con El, reinaremos con El, y si fuéremos compañeros de sus dolores, también lo seremos de sus alegrías.

Pues si los apóstoles, a quien tan pequeña parte cupo de los dolores de Cristo en comparación de la Virgen, porque de ellos huyeron, de ellos renegaron, fueron convidados a esta fiesta, la bienaventurada Madre, a quien tanta parte cupo de este cáliz, ¿había de ser excluída de ella? No por cierto. Allí estuvo, allí se halló, allí vió con sus propios ojos levantarse el fruto de su vientre sobre las estrellas del cielo»...

903 ### *B) ¿Dónde vais, Señor, sin nosotros?*

«Dichas estas palabras, como ya se llegase el tiempo de la partida, viendo los hijos de la soledad que les quedaba de todo su bien la orfandad de tal Padre, ¿qué sentirían? ¿Qué harían? ¿Qué dirían? ¿Cuán gran dolor, dice San Bernardo, y cuán gran temor, si pensáis, hermanos, entró en aquellos pechos apostólicos cuando

viesen al Señor que tanto amaban levantarse en el aire y apartarse de su compañía?

Grande, sin duda, era este dolor viendo que los dejaba aquel por quien ellos habían dejado todas las cosas. Por lo cual no podían los hijos del Esposo dejar de llorar viendo que se les iba el Esposo. Y no era menor el temor que el dolor, viendo que quedaban en medio de tantos y tan poderosos enemigos, no estando aún armados con virtud y fortaleza del cielo.

Pues, viéndose de esta manera, ¿qué sentirían? ¿Qué harían? Unos se derribarían a sus pies, otros le besarían aquellas sacratísimas manos, otros se colgarían de sus hombros y todos a una voz dirían: ¿Cómo, Señor, nos dejáis solos y huérfanos entre tantos enemigos? ¿Qué harán los hijos sin padre, los discípulos sin maestro, las ovejas sin pastor y los soldados flacos sin su capitán? ¿Dónde vais, Señor, sin nosotros? ¿Dónde quedaremos sin vos? ¿Qué vida será la nuestra faltándonos tal arrimo, tal guía y tal compañía?

A todas estas querellas les respondió benignamente el Salvador prometiéndoles la venida y favor del Espíritu Santo y su perpetua asistencia y providencia, que nunca jamás les faltaría».

C) Y subió a los cielos 904

«Entre estas y otras palabras, llegándose ya la hora de la subida, comienzan los ángeles a decir aquellas palabras del profeta: Levantaos, Señor, para ir al lugar de vuestro descanso, Vos y el arca de vuestra santificación; ese arca de donde se pagó la deuda de todo el mundo, ese arca en la cual están todos los tesoros de Dios escondidos, ese arca de santificación y de amistad por la cual fueron los hombres santificados y reconciliados con Dios.

Llevad, pues, con Vos ese arca gloriosa de vuestra humanidad, para que la que fué compañera en los trabajos lo sea en la gloria y la que estuvo fijada al santo madero reine para siempre con Vos en el cielo.

Levántese, pues, este arca y comience a subir aquel cuerpo glorioso a lo alto en una nube resplandeciente. El iba subiendo, y los discípulos, suspensos y atónitos de ver ir por el aire a su Elías volando, y ya que no podían seguirle con los cuerpos, seguíanle con los ojos y con los corazones. ¡Qué vista! ¡Qué atención! ¡Qué impresión de ojos en ojos y de corazón en corazones! Levantadas las manos en lo alto, dice San Lucas, subía al cielo y les daba su bendición».

D) ¿Y dejas, pastor santo...? 905

«¡Oh quién se hallara allí presente para que le alcanzara parte de esta bendición y se despidiera de este Señor! ¡Oh cuán dichosa procesión esta, dice San Bernardo, en la cual ni aun los mismos

apóstoles fueron dignos de ser admitidos! ¡Oh quién fuera tan dichoso, ya que en esta procesión no se hallara, que a lo menos estuviera presente al tiempo de esta partida y se despidiera de este Señor!

Sentía muy bien esta soledad y ausencia el bienaventurado San Agustín cuando dulcemente se quejaba diciendo: «Fuiste consolador mío y no te despediste de mí. Subiendo a lo alto diste la bendición a los tuyos, y no lo vi. Los ángeles prometieron que volverías otra vez al mundo, y no lo oí». Con estas y otras semejantes palabras significaba este Santo la soledad que sentía su alma con la partida de este Señor.

Y no menos sentía esto el devotísimo Bernardo, diciendo así: «¿Qué tengo yo que ver con estas solemnidades? ¿Quién me consolará, Señor Jesús, pues no te vi yo colgado en la cruz, afeado con llagas, amarillo con la presencia de la muerte; pues no me compadecí del crucificado ni serví al muerto para que lavara yo siquiera la sangre de tus heridas con mis lágrimas? ¿Cómo te fuiste sin saludarme cuando, vestido de ropas de gloria, te subiste al cielo? Sin duda no admitiera consolación mi alma si los ángeles, con alegre voz, no me previnieran diciendo: ¡Varones de Galilea!, ¿qué estáis aquí mirando al cielo? Este Señor que veis subir al cielo de esta manera, tornará cuando vuelva a juzgar al mundo».

Así vendrá, por cierto, de la manera que subió, y no de la manera que descendió, porque descendió primero con gran humildad a salvar las almas, mas descenderá después con grande gloria a resucitar los cuerpos y dar a cada uno según su merecido. Verlo he yo, aunque no ahora, y mirarlo he, aunque no tan de cerca. Este manojo de las primicias de nuestra humanidad está ya ofrecido al Padre y puesto a su mano derecha; después se ofrecerá todo lo que falta».

906 ### *E) Entrada triunfal de Cristo en el cielo*

«Mas ¿qué lengua podrá explicar con cuánta fiesta y alegría fué recibida aquella sacratísima humanidad en el cielo? Costumbre era de los romanos, cuando algún señalado capitán había hecho grandes hazañas, aparejarle un muy solemne recibimiento, rompiendo los muros por donde entrase y acompañándole y dando voces todo el pueblo y predicando sus loores. Y de esta manera entraba en un carro triunfal, acompañado de los cautivos y prisioneros que consigo traía.

Pues si esto se hace acá en la tierra, ¿qué haría aquella corte celestial a este grande Capitán que triunfó del mundo, del demonio, del pecado, de la muerte, del infierno y que tanto número de almas libres de cautiverio traía consigo? ¿Qué fiesta se haría aquel día, qué cantos, qué música, qué loores, qué recibimiento?

¿Que sería oír las voces de los ángeles y de todos aquellos cortesanos celestiales?

¡Oh Señor!, ¿qué mudanza es ésta tan grande? ¡Quién os vió en aquel Viernes y quién os ve en este Jueves! ¡Quién os vió en el monte Calvario y quién os ve hoy en el monte Olivete! Allí tan solo, aquí tan acompañado; allí subido en un madero, aquí levantado sobre las nubes del cielo; allí crucificado entre ladrones, aquí acompañado de coros de ángeles; allí enclavado y condenado, aquí libre y libertador de condenados; finalmente, allí muriendo y padeciendo, aquí gozando y triunfando de la misma muerte...

Allí venía el inocente Abel, y el justo Noé, y el obediente Abrahán, y el casto Isaac, y el fuerte Jacob, y el prudente José, y el pacientísimo Job, y el manso Moisés, y el santo Ezequías, y el elegante Isaías, y el afligido Jeremías.

Entre los cuales venía el cantor celestial con su arpa en la mano cantando delante de la verdadera arca del Testamento, convidando a los otros a que alabasen y glorificasen a este Señor, diciendo: *Cantad al Señor cantar nuevo, porque ha obrado grandes maravillas* (Ps. 149,1).

¿Por qué, veamos, cantar nuevo? Porque ningún cantar viejo responde a esta fiesta ni iguala con el merecimiento de este día, y por esto nueva fiesta y nueva gloria con nuevos loores ha de ser celebrada.

Pues ¿qué cantar nuevo cantaremos? El cantar será: *Mira cuán buena cosa es y cuán alegre morar ya los hermanos en uno* (Ps. 132,1). Estos dos hermanos son el cuerpo y el espíritu de Cristo, los cuales hasta ahora vivían en diversos estados, porque el cuerpo padecía los tormentos y el espíritu gozaba de deleites eternos. Mas en este día ya moran los hermanos en uno, pues el cuerpo y el espíritu suben glorificados al cielo y, habiendo sido tan desiguales en la vida, participan ahora una misma gloria.

De esta manera, pues, con estas alabanzas, con estos cantares y con esta tan gloriosa compañía sube aquella sacratísima humanidad sobre todos los cielos, hasta llegar a ser colocada a la diestra del Padre; por que el que se había humillado más que todas las criaturas por la obediencia y gloria del Padre, fuese sublimado sobre todas ellas y asentado a su diestra. De modo que aquella naturaleza a quien fué dicho: *Polvo eres y en polvo te volverás* (Gen. 3, 19), ahora es levantada del polvo de tierra y subida sobre todos los cielos».

IV. P. LA PUENTE

La Ascensión, triunfo de Cristo

(Cf. p.5.ª medit.18 y 19 [Apostolado, 1950] 9.ª ed. t.2 p.574-587.)

907 ### *A) Subida de Cristo a los cielos*

a) Tres afectos de los discípulos

«*Dada la bendición, comenzó el Salvador poco a poco a levantarse de la tierra e iba subiendo al cielo* (Lc. 24,51), no como Elías, arrebatado de un carro de fuego, sino con su propia virtud, llevado del fuego de su infinita divinidad y majestad, cuya inclinación es subir a lo alto, como a su propio lugar. Iban con El acompañándole todas las almas de los justos y muchos coros de ángeles que bajaron del cielo para subir con El; los discípulos tenían enclavados los ojos del cuerpo y del alma en su Maestro con tres afectos encendidísimos. El primero, de admiración, viendo una cosa tan nueva como era subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad y con muestra de tanta grandeza. El segundo, de alegría grandísima, gozándose de la gloria de su Maestro y de la divinidad que en El resplandecía. No rasgaron sus vestiduras por tristeza, como rasgó las suyas Eliseo cuando vió que su maestro Elías era llevado al cielo (3 Reg. 2,11); antes darían saltos de placer con el gusto de verle subir con tanta majestad. El tercer afecto era un entrañable deseo de seguirle y subirse con El, porque los corazones se iban tras su Amado; cumpliéndose aquí lo que estaba profetizado: *Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad* (Eph. 4,8; Ps. 67,19). Dos suertes de cautivos llevaba Cristo nuestro Señor consigo; unos real y verdaderamente en sus propias personas, como eran los justos que sacó del limbo, los cuales le siguieron hasta el cielo empíreo. Pero demás de éstos, llevaba cautivos los corazones de su Madre y de sus discípulos, los cuales le seguían con el deseo, atados con las cadenas del amor, sin poderse de El apartar.

¡Oh quién me diese que fuese yo uno de estos cautivos de Jesús! ¡Oh dulcísimo Jesús!, llevad con Vos mi corazón cautivo al cielo para que esté allí siempre en vuestra compañía. Gózome de que subáis por esos aires volando como águila y provocando a vuestros hijos a que vuelen con Vos (Deut. 32,11). Dadme, Señor, alas de águila con que vuele en vuestro seguimiento, poniendo mis pensamientos y deseos en sólo seguiros, pues fuera de Vos nada quiero sobre la tierra ni deseo más que gozaros en el cielo (Ps. 72,25)».

b) La nube que lo apartó de sus ojos 908

«*Estando los discípulos mirando a Cristo nuestro Señor cómo subía, una nube le recibió y se le quitó de los ojos* (Act. 1,9). Aquí se ha de considerar el misterio de esta nube; la cual, en llegando Cristo nuestro Señor cerca de la región del aire, le recibió dentro de sí a vista de los apóstoles. Y es de creer que sería una nube muy hermosa y resplandeciente, cual convenía para significar la majestad del Señor, que subía en ella, y la hermosura del cielo adonde iba, cumpliéndose lo que estaba escrito: *Pones tu subida sobre una nube y andas sobre las plumas de los vientos* (Ps. 103,3); que es decir: Sírveste de las nubes como de carros triunfales para subir volando por esos aires con grande pompa y majestad. ¡Oh qué alegría sentirían los apóstoles con la vista de este glorioso carro en que iba su Maestro! Y aunque no dieron voces como Eliseo cuando vió subir a Elías en el carro de fuego, porque la suspensión del espíritu les quitaba el uso de la lengua, pero cada uno diría en su corazón lo que dijo Eliseo: *Padre mío, Padre mío, carro de Israel y guía suya* (4 Reg. 2,12).

¡Oh Padre amantísimo, fortaleza y defensa de los verdaderos israelitas, fuertes en servirte y cuidadosos en contemplarte!, ¿adónde te vas y me dejas? ¡Oh Padre mío dulcísimo, gobernador y protector de los que confían en ti!, admíteme en ese carro triunfal, dame entrada en esa nube resplandeciente para que te siga siquiera con el espíritu y entre a contemplar la gloria de tu soberana majestad.

Lo segundo, se ha de ponderar cómo habiendo Cristo nuestro Señor subido un rato en esta nube, ella misma le encubrió y quitó de los ojos de sus discípulos, en lo cual esta nube representa todo aquello que nos impide ver a Cristo y nos hace perder de vista a Dios, lo cual sucede de dos maneras. Unas veces es por nuestra culpa, y entonces nuestras culpas son las nubes, las cuales ponemos entre nosotros y Dios, y son grande impedimento de la oración y contemplación, según aquello de Jeremías que dice: *Pusiste delante de ti una nube para que la oración no pasase al cielo* (Thren. 3,44); y pues yo puse esta nube, a mi cuenta está, con la divina gracia, quitarla por medio de la penitencia y mortificación, examinando en particular si es nube de soberbia, o de codicia, o de algún amor desordenado a criaturas, y aplicando medios eficaces para deshacer lo que tanto me estorba. Otras veces se pone esta nube sin nuestra culpa, por providencia de Dios, el cual, como a ciertos tiempos se nos descubre, así también a ciertos tiempos se nos encubre, y quiere que no le veamos por la suave contemplación de su presencia, para que acudamos a otras cosas de su servicio. Y, generalmente, la flaqueza de nuestra carne, la cortedad de nuestro entendimiento y la muchedumbre de cuidados y necesidades que padecemos en esta vida mortal son como nubes que nos estorban poder contemplarle con la claridad y continuación que

deseamos, como las nubes que pasan a menudo por el aire nos quitan la vista del sol.

¡Oh Dios infinito, que moras en una luz inaccesible a los mortales!, quita de mi alma las nubes de los pecados que yo he puesto y deshaz los nublados de tentaciones y turbaciones que padezco para que pueda contemplar tu gloria en esta vida mortal, hasta que llegue a verte cara a cara, sin impedimento de nube alguna en la vida eterna. Amén».

909 *B) Dos avisos que dieron los ángeles a los discípulos*

«Luego vinieron los ángeles en forma de varones con vestiduras muy blancas, y les dijeron: ¡*Varones de Galilea!, ¿qué hacéis aquí mirando al cielo? Este Jesús que se partió de vosotros, así volverá como le visteis subir al cielo* (Act. 1,10-11). En las cuales palabras los ángeles dieron dos maravillosos avisos a los discípulos, y, en ellos, a nosotros».

a) Medida y tasa en la divina contemplación

«El primero, que la suspensión y admiración y los demás afectos de la divina contemplación en esta vida se han de tomar con medida y tasa, porque no son fin último, sino medio para cumplir mejor la voluntad de Dios y las obligaciones de nuestro oficio; y así, por medio de reprensión, les dijeron los ángeles: *¿Qué hacéis mirando al cielo?* Como quien dice: Cesad; basta lo que habéis mirado; volveos a cumplir lo que está a vuestro cargo».

910 b) La memoria de la vuelta de Cristo

«El segundo aviso fué que juntasen la memoria de esta subida de Cristo al cielo con la memoria de la vuelta a juzgar, para que la vista de la primera confirmase la fe de la segunda y para que las predicasen ambas juntamente a los hombres; por que si se descuidaban de vivir bien con decir que su Señor estaba ausente y se había subido al cielo, se reformasen, acordándose de que había de volver a juzgarles. Y no les dicen cuándo ha de volver, sino que volverá, para que cada día estén en espera de su vuelta y teman la cuenta que le han de dar; y aunque es verdad que volverá así como subió, cuanto a la majestad y grandeza que mostró en la subida, pero el que sube amoroso y blando, con muestras de grande amor, volverá terrible y espantoso, con señales de grande rigor, y tomará cuenta de lo que nos encargó en la partida, sin perdonar al que hallare culpado.

Por tanto, alma mía, *en el día de los bienes acuérdate de los males* (Eccli. 11,27), y en el día de la subida de Cristo al cielo, para

ser tu abogado, acuérdate de su vuelta para ser tu juez; mira bien lo que te dejó encargado y procura cumplirlo, para que cuando vuelva te lleve consigo, subiendo a reinar con El en su cielo. Amén».

c) El regreso a Jerusalén, llenos de gozo 911

«*Oyendo sus discípulos este recado de los ángeles, haciendo su adoración, se volvieron a Jerusalén con grande gozo* (Lc. 24,52), porque, como entendieron que su Maestro estaba ya en el trono del cielo, postrados en tierra le adoraron con grande reverencia, supliendo con la vista de la fe lo que no alcanzaban con la vista del cuerpo; y volviéronse con grande gozo, porque aunque volvían sin su Maestro, volvían como gente perfecta, que se goza más de lo que Dios quiere que de lo que su carne desea, y se alegra más de la gloria de Cristo que de su propio gusto. Las causas de este gozo fueron tres, es a saber: la firmeza de fe con que quedaron, viendo cuán glorioso fin habían tenido las cosas de su Maestro, y por lo pasado quedaban muy certificados de todo lo que estaba por venir. Item, la grande esperanza que cobraron de que les enviaría el Espíritu Santo que les había prometido, y que vendría tiempo en que habían de subir con El a estar donde El está, conforme a la palabra que de esto les dió. Y, finalmente, el grande amor que le tenían, de cuya gloria se gozaban como si fuera propia; y aunque los cuerpos caminaban por la tierra desde el monte de las Olivas a Jerusalén, sus corazones estaban en el cielo contemplando la gloria de su Señor, y de aquí les resultaba tanto gozo.

Estas tres cosas han de causar también grande gozo en mi alma, 912
avivando la fe, esperanza y caridad con Cristo mi Señor, gozándome de su gloria y alegrándome con la esperanza de subir donde El está; para lo cual tengo de procurar quitar de mí todo lo que me puede impedir esta subida, como son pecados, vicios y aficiones desordenadas a cosas terrenas, y aun descargarme de la demasía de estas cosas para poder más ligeramente volar adonde está Cristo, pues por esto dijo su Majestad que *adonde está el cuerpo allí se juntarán las águilas* (Mt. 24,28); esto es, adonde está el cuerpo de Cristo nuestro Señor glorificado subirán aquellos que se han renovado como águilas (Ps. 102,5), y con la confianza en Dios mudaron su fortaleza, y tomando alas de águila (Is. 40,31), suben a contemplarle y vuelan con ligereza en las cosas de su servicio.

¡Oh Rey del cielo, que como águila real subes por esos aires y pones tu nido en lo más alto del cielo, provocándome a que te siga con el deseo!, renueva mi juventud, como la del águila, para que cobre nueva virtud y fortaleza y con ella pueda volar tras ti, siguiendo tus pasos, imitando tus virtudes, traspasando mi corazón adonde está tu cuerpo glorificado, para que de tal manera viva en la tierra, que tenga mi conversación en el cielo, donde Tú vives y reinas por todos los siglos. Amén».

913 ## C) *Triunfo glorioso de Jesucristo*

«Lo primero se ha de considerar, el glorioso triunfo con que Cristo nuestro Señor entró en el reino empíreo; en lo cual se ha de ponderar el acompañamiento que llevaba, la alegría y música con que entró, las pláticas y razonamientos que hubo en la entrada».

a) El acompañamiento de las almas del limbo

«El acompañamiento era de todas las almas que había sacado del limbo, con algunos justos ya glorificados en el cuerpo, si es verdad que los que resucitaron con Cristo no tornaron más a morir, cumpliendo lo que estaba escrito, que, *subiendo a lo alto, llevó consigo cautiva a la cautividad* (Eph. 4,8; Ps. 67,19). Esto es, llevó las almas que habían estado cautivas en el limbo, tomándolas por sus prisioneras con prisiones de amor, y con sumo gusto y consuelo de ellas, porque cuanto es de malo y penoso ser cautivo del demonio, tanto es de bueno y glorioso ser cautivo de Cristo. ¡Oh qué gozosa iba esta compañía de ilustres cautivos y prisioneros, siguiendo a su Capitán, deseando verse en el trono de su gloria, adonde habían de tener perfectísima libertad...; diciendo lo del mismo David: *Cantad a nuestro Dios, cantad, cantad con gran sabor, porque Dios es rey de toda la tierra, y se sienta sobre su santa y real silla!* (Ps. 46,7 ss.). También dirían lo del otro salmo: *Cantad al Señor, que sube sobre el supremo cielo al oriente* (Ps. 67,33-34), *y allí mora en una luz inaccesible* (1 Tim. 6,16), para alumbrar a sus escogidos con la lumbre de su gloria».

914 ### b) El cortejo angélico

«Con el coro de las almas entraba también un coro de innumerables ángeles que vinieron para acompañar a Cristo nuestro Señor, sirviéndole, cual dice David, como de carros triunfales, y eran millares de millares, todos con grande alegría (Ps. 67,18), cantando los triunfos de su victoria, haciendo entre sí diálogos y coloquios para descubrir su grandeza. Unos decían a los otros: *Abrid, príncipes, vuestras puertas; abríos, puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria* (Ps. 23,7). Otros respondían por vía de admiración: *¿Quién es este Rey de la gloria que quiere entrar por estas puertas? El Señor fuerte y poderoso, poderoso en las batallas, el Señor de las virtudes: éste es el Rey de la gloria* (Ps. 23,8-10). Otros le preguntaban por vía de regocijo: *¿Quién es este que viene de Edón, teñidas las vestiduras de Bosrá, hermoso en su vestidura, y que camina con la muchedumbre de su virtud?* (Is. 61,3). Que es decir: ¿Quién es este que sube del mundo sangriento, y del lugar de la batalla, vestido con una humanidad bordada con señales de heridas, pero hermosa a maravilla, y con muestras de grande virtud y fortaleza? *Yo soy*, dice, *el que hago justicia y el que peleó para salvar* (Is. 63,1). Yo hice en el mundo

justicia pagando los pecados de los hombres, peleando contra el demonio para salvarlos. Ahora hago justicia, subiéndome a mí y a ellos al cielo, que les tengo merecido. Entonces todos a una voz dirían lo del Apocalipsis: *Digno es el Cordero que fué muerto de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la honra, gloria y fortaleza, y la bendición y alabanza por todos los siglos* (Apoc. 5,12-13).

¡Oh Salvador del mundo!, gózome de este vuestro triunfo tan glorioso, que tenéis bien merecido. Subid, Señor, a vuestro descanso, Vos y el arca de vuestra santificación (Ps. 131,81), pues tan bien habéis trabajado por nosotros. Levantaos sobre los cielos (Ps. 107,6), subid sobre los querubines, y volad sobre las plumas de los vientos (Ps. 17,11), y poneos encima de todas las criaturas, pues sois mejor que todas ellas; dadme licencia que entre con esos coros angelicales, y que juntando mis voces con las suyas, os alabe y bendiga, diciendo con ellos: *Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de las batallas; el que es, el que fué y el que ha de venir* (Apoc. 4,8; Is. 6,3). Llenos están los cielos de vuestra gloria con la entrada tan gloriosa que hacéis en ellos».

c) La alegría de Cristo 915

«Mas sobre todo se ha de ponderar la alegría de Cristo nuestro Señor en este triunfo, porque también por El mismo se puede decir: *Dios sube con grande júbilo* (Ps. 46,6), alegrándose su ánima santísima con gran regocijo por ver el dichoso fin de sus trabajos; y como el pastor que había hallado la oveja perdida y la traía consigo al cielo, de donde bajó en su busca, diría a los ángeles que se alegrasen con El y le dieran el parabién de haberla hallado.

¡Oh Pastor soberano, que tan a costa vuestra buscasteis y hallasteis la oveja del linaje humano!, gózome del gozo que tenéis subiendo con ella triunfante sobre todos los cielos. Sea para bien la gloria de vuestro triunfo, por la cual os suplico que me hagáis participante de él buscándome y hallándome en esta vida, y subiéndome después a gozar con vos en la otra».

D) El Eterno Padre manda a Cristo sentarse a su diestra

a) El presente del Hijo 916

«Entrando de esta manera Cristo nuestro Señor por los cielos, y habiéndolos penetrado todos, como dice San Pablo (Hebr. 4,14), y llegado a lo supremo del cielo empíreo, presentó al Padre Eterno aquella dichosa cautividad que llevaba consigo, y como quien le daba cuenta de lo que en el mundo había hecho en su servicio, le diría lo que dijo en el sermón de la Cena: *Padre, yo he manifestado tu nombre a los hombres y te he glorificado sobre la tierra, acabando*

la obra que me encomendaste; ahora Padre, clarifica a tu Hijo con la claridad que tuve delante de ti antes que creases al mundo (Io. 17,4 ss.). ¡Oh qué contento recibiría el Padre Eterno con el presente que su Hijo le hacía, y con grande regocijo le mandaría sentar a su mano derecha (Mc. 16,19), cumpliendo lo que había profetizado David en un salmo: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi mano derecha!* (Ps. 109,1). Dice que se siente, para significar su señorío quieto y sosegado y la dignidad infinita de su persona; dice que se siente a su mano derecha... como cabeza y Señor de todos, porque a ninguno de los ángeles dijo: Siéntate a mi diestra; antes quiere que todos sean sus criados y ministros de su gobierno (Hebr. 1,13-14)».

917 b) El premio del Padre

«Aquí tengo de ponderar cuán bien premió el Padre Eterno a su Hijo los servicios que le hizo, ensalzando sobre todos al que se humilló más que todos. Por el trono de la cruz, le dió el trono de su majestad; por la corona de espinas, la corona de gloria; por la compañía de ladrones, la compañía de las jerarquías angélicas; por las ignominias y blasfemias de los judíos, las honras y alabanzas de los espíritus bienaventurados; y porque bajó hasta lo más profundo de la tierra, le hizo subir hasta lo más alto del supremo cielo (Eph. 4, 9-10), y le dió un nombre sobre todo nombre, a quien todos se arrodillen y adoren, reconociendo que Jesús está en la gloria de Dios Padre (Phil. 2,9 ss.). Aprende, ¡oh alma mía!, a humillarte por Cristo, porque sin duda serás ensalzada con Cristo, pues la fidelidad que tuvo el Padre con el Hijo unigénito tendrá con sus hijos adoptivos por el amor que tiene al Hijo natural, en cuyo premio está encerrado el nuestro; porque, como dice el Apóstol, *Dios, que es rico en misericordia, por la mucha caridad con que nos amó, estando muertos por el pecado, nos hizo vivos a Cristo, por cuya gracia somos salvos, y con El nos resucitó y nos hizo asentar en los cielos con Cristo Jesús* (Eph. 2,4 ss.)».

918 c) Afectos grandes de confianza

«De aquí tengo de sacar afectos grandes de confianza, esperando de subir con Cristo a los cielos, fiado en la misericordia y caridad del Padre y en los grandes merecimientos del Hijo. Y también grandes propósitos de no buscar otra cosa que a Cristo nuestro Señor y su santísima voluntad, acordándome siempre de lo que dice San Pablo: *Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra del Padre* (Col. 3,1).

¡Oh dulcísimo Jesús!, si donde está mi tesoro allí está mi corazón, donde Vos estáis he de estar siempre, porque Vos sois mi tesoro, y fuera de Vos nada tengo por precioso. ¡Ea, alma mía!, mira que eres peregrina y extranjera sobre la tierra; tu Padre y tu Redentor está ya de asiento en el cielo; date priesa a caminar a donde

está. Ya se han abierto las puertas del cielo, que tantos millares de años habían estado cerradas. Alégrate con estas nuevas, corre con ligereza de ciervo, vuela con alas de águila, sube con el corazón al trono de tu Señor y mora siempre junto a su celestial estrado, porque si ahora moras allí con el espíritu, después morarás con El glorificada también con el cuerpo por todos los siglos. Amén».

E) Cristo sentado a la diestra del Padre ejercita su oficio de remunerador y abogado

a) Remuneración a las almas que subió consigo 919

«Lo tercero, se ha de considerar cómo, sentado Cristo nuestro Señor a la diestra del Padre, comenzó luego a hacer su oficio, distribuyendo las sillas del cielo entre las almas que subió consigo. A unas puso entre los ángeles, a otras entre los arcángeles y principados y a otras entre los querubines y serafines, dando a cada una el lugar y silla conforme a sus merecimientos. En lo cual puedo discurrir, ponderando la silla que daría a los patriarcas y profetas, al glorioso San José y al gran Bautista, y también el lugar que daría a los que subieron con El glorificados en sus cuerpos. ¡Oh qué contentas estarían aquellas almas cuando se viesen en tales tronos y entre tan gloriosa compañía! ¡Oh qué alegres estarían los ángeles cuando viesen llenas las sillas que sus compañeros, por su soberbia, dejaron vacías, esperando, como dice David, en los hombres las ruinas (Ps. 109,6) y caídas de los malos ángeles! ¡Oh cuán bien cumplió el Padre Eterno la palabra que dió a su Hijo cuando le dijo: *Porque entregó su alma a la muerte, yo le repartiré muy muchos que le sirvan, y dividirá entre los fuertes sus despojos!* (Is 53,12).

Gózome, ¡oh dulce Jesús!, de que esté a vuestro cargo repartir los despojos de vuestra gloria entre los que os sirven con fortaleza. Hacedme, Señor, fuerte en vuestro servicio para que merezcamos participar de vuestros despojos».

b) Cómo comenzó a hacer su oficio de abogado 920

«También puedo considerar cómo Cristo nuestro Señor, a la diestra del Padre, comenzó luego a hacer su oficio de abogado por los hombres que quedaban en la tierra, mirándole las llagas que recibió por redimirles y por cumplir su precepto, en el cual oficio persevera siempre. De donde sacaré grandes afectos de amor y confianza acordándome de lo que dice San Pablo: *Pues tenemos un gran Pontífice que penetró en los cielos, Jesús Hijo de Dios vivo, tengamos firme la confesión de nuestra esperanza, no desfalleciendo en confesar lo que creemos, ni en pretender lo que esperamos* (Hebr. 4,14); y especialmente cuando me viere caído en pecados, tengo de acordarme de lo que dice San Juan: *Hijuelos míos, estas cosas os escribo para que*

no pequéis, mas si alguno pecare, sepa que tenemos delante del Padre por abogado a Jesucristo Justo, el cual es propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo (1 Io. 2,1-2). Y siendo tan justo como es, y habiendo hecho una redención tan copiosa como la que hizo, no dejará de abogar por mí y aplicarme el perdón que me ganó, y habiendo abierto para mí las puertas del cielo, no me las cerrará, antes me admitirá a tener parte con El en su reino para gloria de su Padre, con quien vive y reina por todos los siglos. Amén».

V. COLUMBA MARMION

La Ascensión, gloria de Cristo y confianza nuestra

(Cf. *Jesucristo en sus misterios*, c.16 [Editorial Litúrgica Española, Barcelona] 3.ª ed., p.295-314).

A) Gloria de Cristo

921 a) GLORIFICACIÓN SUPREMA

«Entre las fiestas de nuestro Señor, me atrevería a decir que la Ascensión es en alguna manera mayor, por ser la glorificación suprema de Jesús. Por eso la llama la Iglesia gloriosa y admirable, y en todo el oficio de esta fiesta no cesa de cantar las grandezas de este misterio.

Nuestro divino Salvador había pedido al Padre le glorificase con aquella gloria que poseía su divinidad en los resplandores eternos de los cielos (Io. 5); con la victoria de la resurrección apuntaba ya la aurora de la glorificación personal de Jesús por encima de todos los cielos (Mc. 16,19)...

922 b) SIMBOLISMO DE LA ASCENSIÓN

Esta Ascensión material, tan real y maravillosa como aparece, es también símbolo de otra ascensión, cuyo término final no presenciaron aún los mismos apóstoles... Sube nuestro Señor (Eph. 4, 10) y recorre todos los cielos y coros angelicales, sin detenerse hasta llegar a la diestra del Padre. La expresión «diestra de Dios»... es sólo figuración. La Sagrada Escritura (Ps. 109,1; Mc. 16,19; Eph. 1, 20; 4,10; Col. 3,1) y la Iglesia (cf. Simb. de los Apost. y el *Quicumque* de San Atanasio) la emplean para indicar los sublimes honores y el triunfo magnífico que recibió Cristo en el santuario de la divinidad. De igual modo cuando decimos que Jesús está sentado, entendemos que ha entrado para siempre en posesión de

aquel descanso eterno que le merecieron sus gloriosos combates, sin que dicho reposo excluya el ejercicio incesante de la omnipotencia que el Padre le comunica para regir, santificar y juzgar a todos los hombres.

San Pablo cantó en su carta a los Efesios, en términos grandiosos, esta glorificación divina de Jesús, diciendo: *Dios desplegó en la persona de Cristo la eficacia toda de su fuerza victoriosa, resucitándole de entre los muertos y colocándole a su diestra en los cielos, sobre todo principado y potestad y virtud y dominación y sobre todo nombre, por celebrado que sea, no sólo en este siglo, sino también en el futuro, y puso todas las cosas bajo sus pies y le constituyó cabeza y soberano de toda la Iglesia* (Eph. 1,19-22). De hoy más, Jesucristo es y será para toda alma el único venero de salud, de gracia, de vida, de bendición; y su nombre, como dice el Apóstol, será tan grande y tan glorioso, que *toda rodilla se doblará al oírlo así en el cielo como en la tierra y en los infiernos..., y toda lengua publicará que Jesús vive y reina para siempre en la gloria de Dios Padre* (Phil. 2,10-11).

Ved, si no, cómo desde aquella hora bendita, «la innumerable muchedumbre de escogidos de la Jerusalén celestial, donde el Cordero inmolado es la luz eterna, arroja las coronas a sus pies, postrándose ante El, y proclamándole en nutrido coro, cuyas sinfonías semejan el ruido del mar: *Digno es de todo honor y de toda gloria; porque El es el principio y fin de su salvación y eterna felicidad* (Apoc. passim).

Desde aquella hora... la Iglesia eleva desde sus templos sus súplicas y sus alabanzas... Tú que estás sentado a la diestra del Padre, ten piedad de nosotros, pues sólo tú eres santo, tú el único Señor, el Altísimo, ¡oh Jesucristo!, junto con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre».

B) Motivos de glorificación 923

«Todas las razones pueden reducirse a dos principales: la primera es que Jesucristo es el Hijo mismo de Dios, y la segunda, que para rescatarnos, se abismó en la humillación.

a) Jesús, Hijo de Dios 924

Jesús es Dios y hombre. Como Dios llena cielos... Mas como la humanidad en Jesús está unida a la persona del Verbo, de ahí que es la humanidad de un Dios, y como tal, goza de plenísimo derecho para pretender la gloria divina en medio de los resplandores eternos... Para llegar a la cumbre y último ápice de esta gloria, necesitaba Jesús resucitado un lugar que correspondiese dignamente a su nuevo estado; su lugar propio eran las alturas del cielo, desde donde pudiese ya irradiar en toda su amplitud su gloria y poder sobre toda la sociedad de los escogidos y remitidos. Jesús, siendo

Hombre-Dios, Hijo de Dios e igual a su Padre, tiene derecho a sentarse a su diestra y a participar con El de la gloria divina, de la felicidad infinita, de la omnipotencia del Ser soberano.

925 b) RECOMPENSA DE LA HUMILLACIÓN DE CRISTO

La segunda razón de esta suprema glorificación consiste en que es una recompensa de las humillaciones sufridas por Jesús por amor de su Padre y por caridad para con nosotros, pues al entrar Cristo en este mundo, como ya llevo varias veces repetido, se entregó enteramente al divino beneplácito del Padre y aceptó todo el programa de las humillaciones que le presentaba...

Terminado el combate, suelen los príncipes de la tierra recompensar en medio de regocijos a los esforzados capitanes que defendieron sus prerrogativas, vencieron al enemigo y dilataron con sus conquistas los confines de su reino. Algo así hizo en los cielos Jesucristo el día de la Ascensión. ¡Cuál no debió ser la fiesta y regocijos de aquel día!... ¡Qué alegría la de aquella humanidad de Jesús al verse llamada a gustar de los esplendores, felicidad y poderío de aquella eterna exaltación! Tanto más cuanto Jesús, ya a punto de consumar su sacrificio, pidió a su Padre esta gloria, que había de dilatar la gloria misma del Padre: *Padre, llegada es la hora: glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique* (Io. 17,1).

Sí, Padre mío, llegada es la hora; tu justicia está ya satisfecha por mi expiación; séalo igualmente por los honores que reciba tu Hijo, a causa del amor que te ha manifestado en medio de sus dolores...

Oíd ahora la respuesta del Padre: *Le he glorificado y le glorificaré todavía más* (Io. 12,28). Y dice el mismo Cristo aquellas palabras proféticas del salmista: *Tú eres mi Hijo; pídeme y yo te daré por herencia todas las naciones y tus dominios se extenderán a los últimos confines de la tierra* (Ps. 2,7-8). *Siéntate a mi diestra hasta tanto que haga a tus enemigos servir de escabel a tus pies* (Ps. 109,1).

En las obras divinas brillan inefables armonías y un cierto sabor peculiar que hechiza a las almas fieles.

Notad aquí: ¿dónde comenzó Jesucristo su Pasión? Al pie del monte de los Olivos... ¿Dónde inauguró nuestro divino Salvador las alegrías de su Ascensión? Jesús, que es la Sabiduría eterna..., quiso escoger, para volar a los cielos, la misma montaña que había sido testigo de sus congojas y agonías...

¿No tiene sobrada razón, pues, nuestra Madre la Iglesia para ensalzar y proclamar «admirable» la Ascensión de su divino Esposo?»

C) *Nuestra ascensión*

a) La Ascensión, privilegio de Cristo 926

«Este triunfo, en lo que tiene propiamente de divino, es privilegio exclusivo de Cristo... Por eso decía San Pablo: *¿A quién de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra?* (Hebr. 1,13).

Idéntico pensamiento expresaba nuestro Señor conversando con Nicodemo: *Nadie subió al cielo*, decía Jesús, *sino aquel que ha descendido del cielo, a saber, el Hijo del hombre que está en el cielo* (Io. 3,13)...

¿Entraremos nosotros en los cielos, o bien quedaremos excluídos de aquella morada de gloria y de bienandanza? ¿No tendremos alguna parte en la ascensión de Jesús? Sí, por cierto; mas como ya lo sabéis, entraremos en el cielo con Cristo y por medio de Cristo.»

b) El bautismo, puerta de nuestra glorificación 927

«¿De qué modo? Por el bautismo, que nos hace hijos de Dios. Así lo declaró nuestro Señor en la entrevista que tuvo con Nicodemo (Io. 5): *Quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios.* Que es como si dijera: No es posible entrar en el cielo si no se renace de Dios; hay un nacimiento eterno en el seno del Padre, y éste es el mío; con pleno derecho me subo al cielo, por ser yo el propio Hijo de Dios, engendrado en los resplandores de los santos; pero hay también otros hijos de Dios y *son aquellos que nacen de El por el bautismo* (Io. 1,13).

Son hijos de Dios, y por lo mismo *sus herederos*, y a la vez *coherederos de Cristo* (Rom. 8,17), pues que participan de su misma herencia eterna.

El bautismo, al hacernos hijos de Dios, nos hace asimismo miembros vivos de aquel Cuerpo místico cuya Cabeza es Cristo. En términos tan claros se expresa el Apóstol (1 Cor. 12,27): *Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros unidos a otros miembros;* y con más viveza, si cabe, dice también: *Nadie aborrece su propia carne; antes bien, la sustenta y cuida; vosotros mismos estáis formados de su carne y de sus huesos* (Eph. 5,30).»

c) Gloria de la Cabeza y de los miembros 928

«Y como los miembros participan de la gloria de la cabeza, y el gozo de la persona parece que trasciende a su mismo cuerpo, de ahí que participemos nosotros de los tesoros que Cristo posee, y sus alegrías, sus glorias y su dicha son también nuestras.

¡Prodigio grande de la misericordia divina! *Rico es Dios*—exclama el Apóstol—*en misericordia: movido de la excesiva misericordia con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente con Cristo (por cuya gracia vosotros*

habéis sido salvados), y nos resucitó con El, y nos hizo sentar en los cielos con El, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en vista de la bondad usada con nosotros por amor de Jesucristo (Eph. 2,4-7)...

Jesucristo lleva en pos de sí nuestra humanidad para que ocupe en el cielo la silla preparada. Esta es la gran obra, la hazaña heroica de este gigante: abrir con sus padecimientos las puertas del cielo, cerradas a la humanidad caída y trasladarla consigo a los resplandores del cielo.

Cuando Jesucristo subió a los cielos, afirma San Pablo, toda una comitiva de santos, que eran su glorioso trofeo, entró en El en la gloria: *Captivam duxit captivitatem;* pero estos justos, que hacían la escolta a Jesús en su triunfo, no son sino las primicias de la pingüe cosecha, ya que sin cesar suben al cielo almas que hasta el día en que el reino de Cristo llegue al colmo de su plenitud perpetuarán su Ascensión.

La Ascensión de Cristo a los cielos es también la nuestra; la gloria de la cabeza es gran motivo de esperanza para el resto del cuerpo; en este día santo ya no somos hechos poseedores del paraíso, sino que también entramos en las alturas del cielo con Jesucristo» (cf. San León, *Serm.* 1, *De Ascensione Domini* c.4).

929 d) La oración de este día

«Esta gracia es la que quiere la Iglesia que pidamos en dicha festividad: «¡Oh Dios omnipotente! Ya que creemos que vuestro Hijo único y Redentor nuestro subió hoy a los cielos, concédenos que también nosotros vivamos con el pensamiento en el cielo». En la postcomunión de la misa pedimos «sentir los efectos invisibles de aquellos misterios de los que visiblemente participamos». Por la sagrada comunión nos unimos a Jesús; al venir a nosotros, nuestro Señor nos hace participantes en esperanza de la gloria de que El está gozando y nos da de ella una prenda segura (cf. Antiph. del Corpus: *O sacrum convivium!*).

¡Oh!—le diremos—, llévanos en pos de ti, héroe magnánimo y poderoso: *Trahe nos post te;* danos el subir contigo a los cielos, el habitar allí por la fe, la esperanza y la caridad. ¡Concédenos el desasimiento de todo lo terreno y caduco para no buscar sino los bienes eternos y perdurables! Vivamos allá con el corazón, donde bien sabemos que subiste en cuerpo y alma en este santo día» (cf. San Gregorio, *Hom.* 29 *in Evang.* c.2).

930 ***D) Nuestros afectos***

«Múltiples son los sentimientos que la Ascensión de Jesús despierta en el alma fiel... Robustece nuestra fe en la divinidad de Jesús; aumenta nuestra esperanza mediante la visión de la gloria

de nuestro Caudillo. Y, animándonos a la observancia de sus mandamientos, en la cual estriban nuestros méritos, que son principio de nuestra futura bienaventuranza, hace que nuestro amor sea todavía más ardiente. En la Ascensión de Cristo admiramos su triunfo magnífico y le agradecemos el que nos haya dado participación de este mismo misterio. *Elevando nuestras almas a las celestiales realidades, aviva en ellas el despego de las cosas transitorias* (Col. 3,1-2); El nos da paciencia en las adversidades; pues, como dice San Pablo, *si compartimos los padecimientos de Cristo, seremos también asociados a su gloria* (Rom. 8,17). Hay, no obstante esto, dos sentimientos en los cuales quiero entreteneros breves instantes, porque parece que manan más espontáneos y abundantes...»

a) Gozo 931

«En primer lugar, ¿por qué no gozarnos en este misterio? Nuestro Señor mismo se lo decía a sus apóstoles antes de separarse de ellos (Io. 14,28): *Si me amaseis, os alegraríais de que vaya al Padre.* Otro tanto nos dice también a nosotros...

¿Cómo no gozar al ver que Jesús recibe del Padre todo aquello que en justicia se le debía?

Mirad cómo nos invita la Iglesia en su liturgia a celebrar con alegría esta exaltación de su Esposo, nuestro Dios y Redentor. Unas veces exhorta a los pueblos todos a demostrar su alegría en repetidos himnos: *¡Aplaudid, naciones todas! ¡Alabad a Dios con voces de júbilo!* (Ps. 46,1; 6,7-9)... Otras interpela a las potestades angélicas: *Levantad, ¡oh príncipes de los cielos!, vuestras puertas, para que entre el Rey de la gloria* (Ps. 23,7)...»

b) Confianza 932

«Debemos unir una firme confianza a esta profunda alegría. Esta confianza estriba principalmente en el crédito todopoderoso de Cristo cerca de su Padre, no ya sólo por cuanto es Rey invencible que hoy inaugura su triunfo, sino también por ser Pontífice supremo que intercede siempre por nosotros después de haber ofrecido a su Padre una oblación de valor infinito. Pues bien; esta mediación única Jesús la comenzó más particularmente el día de su Ascensión gloriosa a los cielos...

Jesucristo, dice San Pablo, es el Pontífice supremo... *Entra en un tabernáculo no hecho por mano de hombre* (Hebr. 9,11; cf. ibid., 24), sino *en los cielos*, en el santuario de la divinidad (ibid., 6,19); entra allí, como el gran sacerdote, llevando la sangre de la víctima. ¿Cuál es esta víctima?... *Su propia sangre* (ibid., 9,12), sangre preciosa y de valor infinito, vertida *fuera*, es decir, en la tierra, y derramada por los pecados... Entra, no ya una vez al año, sino *una vez por todas* (ibid., 12,12); pues siendo su sacrificio perfecto y de valor infinito, es *único y basta para procurar siempre la perfección a los que quiere santificar* (ibid., 10,14).

Mas Cristo no ha entrado solo; y precisamente por esto la obra divina resulta más admirable y la realidad excede a toda figura. Nuestro pontífice nos lleva consigo, no de una manera simbólica, sino, en realidad, de verdad, porque somos sus miembros, *su plenitud* (Eph. 1,23), como dice el Apóstol. Antes de El era imposible la entrada en los cielos...»

933 c) TENEMOS UN LUGAR PREPARADO

«Hasta tanto que Jesucristo venga a buscarnos, como lo ha prometido, *nos prepara un lugar* y, sobre todo, nos ayuda con su intercesión. Porque ¿qué hace este Pontífice supremo en los cielos? San Pablo nos responde que ha entrado en el cielo *a fin de estar ahora por nosotros presente ante la majestad de Dios* (Hebr. 9,24). Su sacerdocio es eterno, y, por ende, eterna es también su mediación. ¡Qué poder infinito el de su crédito!

Allí está delante de su Padre, presentándole sin cesar su sacrificio, que recuerda las cicatrices de sus llagas, que para eso ha querido conservar; allí está *viviendo siempre para interceder por nosotros* (ibid., 7,25)...

¡Oh Padre!, considerad a vuestro Hijo; mirad sus llagas y concedednos, por El y en El, estar algún día donde El está, para que asimismo por El, en El y con El os rindamos todo honor y gloria...

Apoyémonos en Jesucristo, no sólo en la oración, sino en todo lo que obramos, y entonces seremos fuertes. Si *sin El nada podemos* (Io. 15,5), *con El lo podemos todo* (Phil. 4,13)...

Hasta tanto que gocemos con Jesús en los cielos, o más bien que nos traiga El hacia Sí, puesto que *nos prepara allí un lugar*, vivamos aquí confiados en el ilimitado poder de su oración y crédito, con la esperanza de compartir un día su felicidad con la caridad que nos entrega alegre y generosamente al entero cumplimiento de sus voluntades y deseos; de este modo participaremos más de lleno en este admirable misterio de la gloriosa Ascensión de Jesús».

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS [1]

Las dos miradas del cristiano

A) *Nuestra ascensión con Cristo al cielo*

a) ASCENDAMOS CON CRISTO AL CIELO POR LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD **934**

«Ascendamos también nosotros, amados hijos, con Cristo al cielo. Dispongamos en nuestro corazón aquellas ascensiones de la fe que traspasa toda nube, de la esperanza que va más allá del tiempo, del amor que conquista la eternidad. Cuando fué llegado el momento mismo de su Ascensión, Cristo dió a los apóstoles la última lección y el último mandamiento. *No os toca a vosotros*—dijo El—*conocer los tiempos y los momentos, que el Padre ha conservado en su poder*. Ved la elevación de su fe en la sumisión al gobierno de Dios en el mundo. *Recibiréis la virtud del Espíritu Santo*. Ved la elevación de su esperanza en el valor para obrar. *Me seréis testigos... hasta los confines de la tierra*. Ved la elevación de su caridad a costa de todo sacrificio para la difusión del Evangelio (Act. 1,7-8). Son tres dones, tres virtudes, tres avisos, que han triunfado del mundo, han regenerado y confortado al hombre, han restaurado en la tierra el reino de Dios y han abierto el reino de los cielos» (Pío XII, *Homilía al pueblo en la Ascensión*, 1942).

b) POR LA FE, QUE NOS ELEVA MUY POR ENCIMA DE ESTE BAJO MUNDO **935**

«Elevemos nuestra fe en este huracanado tiempo que, al desencadenarse, arrastra con ruido pueblos y naciones a la lucha. Tampoco a nosotros nos toca conocer los tiempos y los momentos que la poderosa mano de nuestro Padre celestial regula, abreviándolos o alargándolos con aquel su providente e inescrutable designio, con que ordena todos los acontecimientos humanos al fin alto y secreto de su gloria. El es *el bienaventurado y único Soberano, Rey de los reyes y Señor de los que dominan* (1 Tim. 6,15); El no cambia en sí mismo, pero gobierna y dirige las mudanzas todas de los tiempos y de los momentos con designio inmutable, dando y quitando el poder a quien quiere, exaltando al humilde y humillando al soberbio, para que todos los hombres reconozcan que todo poder procede de El, y que no *tendrían ninguna autoridad si no la hubieran recibido de lo alto* (Io. 19,11). Nuestra fe va muy por encima de este bajo mundo; el reino de Cristo no es de este mundo, aunque en él asiente su pie; está dentro de nosotros. No vino Cristo, como

[1] Pueden verse los textos pontificios que pusimos en el IV domingo después de Pascua (cf. *La palabra de Cristo* t.4 p.807 ss.). Allí aducíamos textos sobre la verdadera alegría sacados de algunas alocuciones de S. S. Pío XII en la fiesta de la Ascensión.

lo pedían los apóstoles, a restablecer el reino de Israel (cf. Act. 1,6), sino a dar testimonio de la verdad que tanto nos realza, de la verdad que es justicia, que es paz, que es respeto del derecho, que es santa e inviolable libertad de la conciencia humana, que es consuelo aun entre las tribulaciones, los dolores y los llantos presentes; como era consuelo en los tiempos y en los momentos de los mártires, como lo es para vosotros, que en la benigna Providencia divina ponéis el fundamento que sostiene vuestra esperanza» (ibid.).

936 c) Por la esperanza, realzada por la virtud del Paráclito y sostenida por Cristo, que, presente y escondido, combate con nosotros

«Sí; vuestra esperanza se realza por la virtud del celestial Paráclito, que viene sobre vosotros; esperanza que no confunde, y que no se oscurece por la nube que a nuestra mirada oculta a Cristo que sube a los cielos. Por el crisma del Espíritu Santo el cristiano es soldado que resiste hasta derramar su sangre combatiendo contra el pecado; y, siguiendo el ejemplo y la guía de su Rey Cristo, no se cansa ni se desanima; porque nuestro divino Capitán, aun después de subir a los cielos, está siempre con nosotros todos los días hasta la consumación de los siglos, y sobre este altar se hace, para las batallas del alma, nuestra comida y nuestra bebida bajo la nube de las especies sacramentales. Presente y escondido, combate con nosotros; en los peligros y en las angustias, en las tribulaciones y en las penas, en los duelos y en las muertes, alza nuestra confianza. Aunque ardua y futura, sin embargo, con nuestro omnipotente Capitán que nos ha precedido en la gloria, todavía nos es posible la conquista del cielo, corona de nuestra esperanza. No, no pereceremos al morir en Cristo. Si tan sólo para esta vida—gritaba San Pablo (1 Cor. 15,19) a los gentiles—hubiéramos colocado en Cristo nuestra esperanza, seríamos los más desgraciados de todos los hombres» (ibid.).

937 d) Por la caridad, traída por el Espíritu divino con lenguas de luz y fuego

«Amados hijos, no desfallezcamos en la fe y en la esperanza. También sobre nosotros ha venido la virtud del Espíritu divino, con lenguas de luz y de fuego, de aquel fuego de caridad traído por Cristo a la tierra para que se encienda y arda en el mundo. También nosotros debemos dar testimonio de Cristo hasta los confines de la tierra, porque la fe de Roma ya es anunciada en todo el mundo: la fe de Pedro y de Pablo, los dos príncipes de los apóstoles, fe que nos parece vislumbrar en aquellos dos personajes vestidos de blanco que, luego de la Ascensión de Cristo, se acercaron a los discípulos y les dijeron: *¡Varones de Galilea!, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús, que de entre vosotros ha sido llevado al cielo, así vendrá, del modo que le habéis visto irse al cielo* (Act. 1,10-11). ¿No es ésta la predicación de Pedro y de Pablo? ¿No anunciaron ellos al mundo y a Roma, y lo ratificaron con su sangre, que aquel Jesús que nos oculta ahora la nube de la fe es el Redentor del mundo y vive a la diestra del Padre, de donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos? Si este altar es la confesión de Pedro que, ante nosotros y ante las naciones, responde a Jesús: *Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Señor, ¿a quién iremos nosotros? Tú tienes palabras de vida eterna* (Mt. 16,16; Io. 6,69), confesad también vosotros, amados hijos,

a Cristo; vuestro amor a El sea la llama de la caridad hacia el prójimo; vuestra lengua sea vuestra vida virtuosa; vuestro apostolado sea la luz de aquella actividad religiosa y santa, íntima y devota, que ante la faz de las naciones exalte y atestigüe la fe y la esperanza de Roma» (ibid.).

B) «*Recibiréis la virtud del Espíritu Santo*» (*Act. 1, 8*)

a) Como los apóstoles, invoquemos al Espíritu Santo 938

«La exhortación del divino Redentor, que sube a los cielos, es también para nosotros. Siguiendo el ejemplo de Pedro y de los discípulos en el primer Cenáculo de la Iglesia naciente, nuestro corazón arde por elevarse en la invocación del Espíritu Iluminador, Maestro y Consolador, y desde este grandioso Cenáculo, repleto de innumerables fieles, asciende al cielo el humilde grito de la ferviente oración: Veni Creator Spiritus!» (Pío XII, *Homilía al pueblo en la Ascensión*, 1942).

b) Oración al Espíritu Santo 939

«¡Oh Espíritu Creador, que, volando sobre las aguas del universo creado, renovaste la fe de la tierra! Tú, que hiciste llegar el primer anuncio de la verdad y de la salvación a los romanos, que presentes en Jerusalén escuchaban la predicación de Pedro (Act. 2,10), *vuélvete* a los hijos de esta Roma, corazón del mundo, a la que Pedro más tarde con su vida de apóstol y su muerte de mártir había de demostrar la firmeza de su fe, la inmovilidad de su esperanza, la anchura de su amor, *y mira desde el cielo y contempla y cuida esta viña y protege lo que has plantado con tu mano* (Ps. 79,15-16).

Desciende, ¡oh Espíritu creador! Sí. Tú has descendido ya; tú estás con 940
nosotros; tú estás junto a la Esposa de Cristo; tú eres su vida, su alma, su consuelo, su defensa en todo momento, y particularmente en los tiempos de angustia y de dolor. Derrama desde lo alto tan gran plenitud de tus dones, que todos, Pastor y grey, irradien en el mundo la luz de su fe, el vigor de su esperanza, la fuerza de su amor.

Por ti, Espíritu Iluminador, Espíritu de consejo y de fortaleza, las almas 941
cristianas de toda condición, alta o humilde, comprendan y sientan no sólo la extraordinaria gravedad, sino también la pesada responsabilidad de la hora presente, cuando un mundo viejo desaparece entre dolores, de los cuales engendra otro mundo nuevo. Ilumina para todos, cuantos en su frente llevan el nombre de Cristo, el angosto sendero de la virtud, único que conduce a la salvación, para que despierten del sueño de la indiferencia, de la tibieza y de la vacilación, y se resuelvan a avanzar fuera de los desordenados atractivos de las cosas terrenales.

Por ti, ¡oh Espíritu Consolador!, vuelva vivificante no sólo el bálsamo 942
de la resignación, sino sobre todo el vigor de la confianza a los innumerables corazones que gimen y están para hacerse pedazos, agobiados bajo el peso de las preocupaciones y de las dificultades, de los sacrificios y de las injusticias, de las opresiones y de la humillación. Sé tú reposo en la fatiga, refrigerio en los ardores, calor en el frío, consuelo en el llanto. Sé padre para los huérfanos, defensor de las viudas, alimento para los pobres, auxilio para los abandonados, morada para los prófugos, tutela para los perseguidos, protección para los combatientes, libertad para los prisioneros, bálsamo para los

heridos, medicina para los enfermos, refugio para los pecadores, auxilio para los moribundos. Consuela y reúne a quienes se aman con puro corazón, pero se ven separados por las duras vicisitudes actuales. Haz que donde enmudece la voz de los consuelos humanos hablen la sonrisa y la mano de la caridad cristiana; y que ante los ojos de su fe brille, cual prenda de alegría que nunca desfallece, la aurora de aquel día en que la superabundancia de tu inefable recompensa dará cumplimiento a la palabra del Apocalipsis: *Dios enjugará toda lágrima de sus ojos; y la muerte no existirá más, ni habrá ya más duelo, ni grito, ni trabajo, porque las primeras cosas ya serán pasadas* (Apoc. 21,4).

943 Por ti, ¡oh Espíritu, Maestro de la verdad!, se inspire y se difunda en los corazones y en las inteligencias de los hombres, no por temor del sacrificio, sino por renovación moral, un intenso deseo de paz, paz de justicia, de moderación y de prudencia, paz que en sus fórmulas, en su esencia y en su realidad no olvide tu amonestadora palabra: *No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor* (Prov. 21,30); e infúndeles al mismo tiempo la deliberada voluntad de esa paz, que no rechaza las condiciones indispensables, las líneas fundamentales, las consecuencias que la siguen. Haz que los gobernantes de los pueblos eleven y dirijan el pensamiento a la grandeza, a la dignidad, a los beneficios, a los méritos de esa paz tan deseada, y que midan los derechos vitales de sus naciones no con la longitud de su espada ni con la extensión de las ansiadas ventajas, sino según la santa norma de la voluntad y de la ley divina.

944 ¡Oh Espíritu creador!, visita las almas de tus fieles y llena los corazones con tu gracia; y mientras dure este tiempo de pruebas, con la omnipotencia de tus dones, concede a Nos, guardián del redil de Cristo, y a cuantos escucharen nuestra voz, el poder cumplir y promover con firme fe, alegre esperanza e inflamada caridad, la salvadora misión que el Redentor confió a sus discípulos: *Eritis mihi testes* (Act. 1,8). hasta el día en que la Iglesia, dejados ya los crespones de su inefable dolor, pueda exclamar, agradecida y jubilosa, ante el Dios de la paz y el Sol de la justicia: *¡La diestra del Señor ha hecho prodigios, la diestra del Señor me ha exaltado!... No moriré, sino que viviré y cantaré las proezas del Señor* (Ps. 117,16-17). Así sea» (ibid.).

C) Destellos de la Ascensión ante el mundo del trabajo. «¿Qué estáis mirando al cielo?» (Act. 1,11)

(Cf. *Discurso de S. S. Pío XII a los trabajadores de las A. C. L. I. en el aniversario de la «Rerum novarum»*, Ascensión de 1953.)

945 a) LOS ÁNGELES INVITARON A LOS APÓSTOLES A MIRAR A LA TIERRA, EL CAMINO POR DONDE SE VA A LA META Y VIÑA QUE DEBEMOS CULTIVAR

«Queridos hijos: La Iglesia celebra hoy la Ascensión de Cristo al cielo. Desde el día de Pascua. la sagrada liturgia ha sido un prorrumpir de melodías y alegres armonías, en las que el *Aleluya* es siempre la nota dominante, repetida por cada alma, por todos los coros de almas.

Si hoy, no obstante, continúan los cantos de alegría y gloria, no falta, sin embargo, alguna nota de contenida tristeza. Jesús deja a sus discípulos y sube al cielo; enviará el Espíritu Santo; entre tanto, El no está ya en medio de ellos vivo y visible. Pero mientras los apóstoles miran a Jesús que se eleva y desaparece detrás de la nube, he aquí que aparecen dos ángeles con blancas vestiduras que les dicen: *¡Varones de Galilea!, ¿qué estáis mirando*

al cielo? (Act. 1,11). Ellos, es decir, invitan a los apóstoles a no tener la mirada fija inútilmente en lo alto; les espera la tierra, donde está el camino que los llevará a la meta, donde está la viña que deberán cultivar, donde está el campo de sus pacíficas luchas. Un día, sí, verán a Jesús volver del cielo con gran poder y majestad (cf. Mt. 24,30)».

b) TAMBIÉN HOY SE INVITA A LOS HOMBRES A MIRAR LA TIERRA Y SUS PROBLEMAS, PERO DESPRECIANDO A DIOS Y A SU CIELO 946

«Pero el sonido de estas palabras recuerda otra pregunta, que quién sabe las veces que la habéis oído en un sentido completamente opuesto: «Hombres, ¿por qué estáis mirando al cielo? El cielo no existe; es inútil, por consiguiente, querer alcanzarle. No hay Dios; el alma no es inmortal. Mirad, por consiguiente, más bien a la tierra con sus problemas; industriaos por encontrar aquí su solución. Hombres, no miréis al cielo; y si alguno desea el cielo, procure formárselo aquí abajo por todos los medios».

Naturalmente, estas palabras no son pronunciadas por una sola voz. Sin embargo, es siempre el mismo enemigo, único y multiforme, el que las dice, que hasta el fin de los siglos intentará romper el frente del bien para sembrar allí destrucción y muerte. Ni tampoco se pronuncian siempre tan brutalmente. En efecto, cuando es útil, el espíritu de las tinieblas sabe vestirse incluso de ángel de luz. Entonces, según los lugares, las circunstancias, el estado de ánimo de quien escucha, cambia de tono y de lenguaje; pero la esencia del razonamiento es siempre la misma: «Hombres, no miréis al cielo; pensad únicamente en la tierra».

c) PIDIÉNDOLE A LA TIERRA QUE SE CONVIERTA EN PARAÍSO, EL CUAL, SIN EMBARGO, SIEMPRE HA APARECIDO AQUÍ MENOS REALIZABLE 947

«Esta palabra, que ha movido y mueve a personas de las más diversas condiciones sociales, ha sido durante muchos decenios, y lo es hoy todavía, el arma de asalto más peligrosa y mortífera para las almas de muchos trabajadores, protagonistas también en el drama del mundo moderno. Hoy muchos de ellos han olvidado el cielo y se obstinan en volverse únicamente a la tierra, pidiendo a ésta que se transforme en paraíso, donde nada falte, donde el corazón humano sienta calmarse las ansias y llenarse el vacío que lo angustia.

De hecho, sin embargo, este paraíso ha aparecido siempre menos realizable sobre la tierra. Por una parte, hombres en posesión de todas las comodidades de la riqueza no han alcanzado con esto la felicidad ansiada por ellos y están frecuentemente privados incluso del mínimo de serenidad y paz. Por otra parte, los que viven sin Dios, dispuestos tal vez únicamente a blasfemar de El y a maldecirlo, y desposeídos de los supremos consuelos que sólo la fe sobrenatural puede dar en las pruebas más dolorosas, gimen en un momento de inquietud y rebelión».

d) LEÓN XIII EN SU «RERUM NOVARUM» SE PREOCUPÓ DEL TRISTE ESTADO DE LOS OBREROS DE SU TIEMPO 948

«Pero—preguntará tal vez alguno—¿no ha dirigido él entonces la mirada de todos los creyentes, de todos los hombres rectos, no tanto precisamente hacia el cielo cuanto hacia la vida presente, hacia el triste estado de los jornaleros de aquel tiempo, en medio de un industrialismo todavía bas-

tante desordenado y sin freno? ¿No ha pedido él enérgicamente en nombre de Cristo las reformas, el mejoramiento de las condiciones e instituciones terrenas, y dirigido a los propietarios de los medios de producción y a los jefes de las empresas aquella amonestación, digna de ser escuchada incluso hoy, que ni las leyes divinas ni las humanas permiten que se oprima por utilidad propia a los necesitados y a los desgraciados y se trafique con la miseria de los otros? ¿No ha unido precisamente aquel sapientísimo Pontífice la verdadera vida cristiana con el recto orden de este mundo, cuando, haciendo suyas las palabras de Santo Tomás de Aquino, confirmaba en la *Rerum novarum* que el uso de los bienes temporales «es necesario para el ejercicio de la virtud» y, por consiguiente, llevar sobre la tierra una vida cristiana digna del hombre?»

949 e) Pero estableciendo el recto orden de orientar hacia el más allá con la mirada puesta en Dios

«Sí, así es. Mientras León XIII lanzaba su llamamiento de verdad y justicia en la cuestión obrera, quería que los hombres, y particularmente los trabajadores, estuviesen con ambos pies sobre la tierra. Aquí abajo, ellos, como cristianos, deben ocuparse del verdadero orden. Sin embargo, el hombre, creado y salvado por Dios, no puede tener los dos pies sobre la tierra sin tener la mirada dirigida a Dios, hacia el verdadero fin de la vida humana, la unión con Dios en el cielo, allí donde únicamente se realiza definitivamente todo orden y toda justicia.

Por esto, los hombres, que en su pensamiento y en sus obras se dan totalmente a la tierra, o que sin más niegan la patria celestial, no tienen una sólida base, ni aun en este mundo, aun cuando exteriormente parezcan poseerla, o bien se glorían ellos mismos de un pretendido realismo.

Un verdadero orden humano aquí abajo no puede ser perfecto ni perfeccionable, si no se orienta hacia el más allá. Esta es una idea esencial de la *Rerum novarum:* «No es posible (se lee allí) comprender y valorar como se debe las cosas terrenas, si el alma no se eleva a la contemplación de otra vida, es decir, la eterna, sin la cual la verdadera noción del bien moral se desvanece necesariamente, y más aún todo el universo se vuelve un misterio inexplicable.

Se engañan, por lo tanto, aquellos católicos promotores de un nuevo orden social, que sostienen ante todo la reforma social; después se pensará en la vida religiosa y moral de los individuos y de la sociedad. No se puede, en efecto, separar la primera cosa de la segunda, porque no se puede desunir este mundo del otro ni partir en dos al hombre, que es un todo viviente. León XIII, el gran defensor de los trabajadores cristianos, les ha indicado con toda claridad el camino: el de un genuino cristianismo».

950 f) También las relaciones recíprocas de los hombres en la actividad económica están unidas al fin trascendental del hombre

«Sin embargo, en la *Rerum novarum* no sólo la restauración del orden social en el mundo está íntimamente unida al fin trascendental del hombre, sino también la reforma de las relaciones recíprocas entre las personas consagradas a la actividad económica, el cuidado de las relaciones humanas cotidianas y concretas entre los que dan trabajo y los obreros, entre los jefes y dependientes en las empresas. Inmediatamente antes de los textos aquí

citados y en estrecha unión con ellos, la encíclica enseña que la Iglesia no sólo quiere un orden justo en la economía, sino que «apunta incluso más alto; a acercar otra vez lo más posible las dos clases y a hacerlas más amigas». Y ¿cuál es la causa precisa y determinante de ello? La dignidad humana igual en todos, la que a su vez deriva enteramente del fin trascendente común a todos. De frente a esta finalidad y a la patria común del cielo, todas las demás diferencias entre los hombres resultan de importancia secundaria. León XIII escribe expresamente: «Que tú tengas riquezas en abundancia y otros bienes de la tierra, o que carezcas de ellos, no tiene importancia alguna para la felicidad eterna; pero el buen o mal uso de tales bienes, eso es lo que principalmente interesa».

g) Del cual fin pende la verdadera dignidad humana, de cuyas exigencias algunos se mofaron como de piadosos sueños 951

«Cuando la verdadera dignidad humana y el destino trascendente de todos los hombres se viven realmente día por día, la empresa se convierte también en aquella comunidad de trabajo que la *Rerum novarum* desea. Entonces los unos tratarán a los otros con respeto en sus palabras y en sus hechos; les facilitarán el trabajo y lo estimarán, por muy pequeño que sea; estudiarán la manera de asignarles aquella función que mejor corresponda a su capacidad y al sentido de responsabilidad de cada uno. Se ve así que ya antes de nuestros tiempos León XIII y la Iglesia habían señalado la gran importancia del cultivo de las relaciones humanas en la empresa.

En algunos círculos se mofaron entonces de semejantes ideas y deseos, como si no fueran otra cosa que piadosos sueños. ¿En qué estima se tenía por ellos la dignidad humana del trabajador en la economía y en la producción? Para ellos nada tenía importancia fuera de la medida de la fuerza de trabajo y el modo de aplicarla con el mayor rendimiento posible a las energías de la naturaleza. Hoy, en cambio, se tiene cuidado de fomentar las relaciones humanas en la producción, incluso muchas veces no por motivos muy nobles o con métodos más teóricos que prácticos. Pero una vez más se habrían evitado errores si con la sabiduría de León XIII, con la prudencia de la Iglesia, se hubiera tomado al trabajador por lo que realmente es, hermano de Cristo y coheredero del cielo. Es triste, por lo tanto, ver cómo hoy algunos católicos rehuyen de introducir en las empresas las admirables riquezas del humanismo cristiano y lo sustituyen con una forma esfumada de humanismo, separado de la fe cristiana. Ellos confunden así la riqueza con la pobreza, lo auténtico con los sustitutivos».

h) La ordenación de la vida al fin último contribuye también a la prosperidad exterior, cosa que hoy, pese a las apariencias, no se consigue 952

«Finalmente, el autor de la *Rerum novarum* estaba, además, firmemente convencido de que la ordenación de la vida al fin último, el cielo, y, por consiguiente, la práctica de la vida cristiana, dondequiera que ella existe y se mantiene verdaderamente tal, «contribuye también por sí misma a la prosperidad exterior». ¿Por qué motivo? Porque ella conduce a aquellas virtudes que preservan al hombre de la estima excesiva de las cosas de este mundo, y especialmente a aquellos que disfrutan de bienes de fortuna y confieren seguridad en aquellos que justamente se llamó «aurea mediocritas»: la áurea moderación. De ese modo, la justa medida, la verdadera armonía y

la genuina estabilidad favorecen el progreso de la sociedad humana, progreso conforme con la naturaleza y por lo mismo acepto a Dios.

Hoy día la producción y el consumo de los bienes económicos se efectúan en una sociedad que no sabe dar al progreso ni medida, ni armonía, ni estabilidad. Esa es la fuente de donde derivan—acaso incluso en mayor grado que de las circunstancias exteriores de nuestro tiempo—aquel sentimiento de incertidumbre, aquella falta de seguridad que se nota en la economía moderna, incertidumbre que ni siquiera las esperanzas del futuro pueden hacer más tolerable. En vano se alegarían en contra las posibilidades de la técnica y de la organización, que hacen brillar la promesa de producir siempre más y a menor coste; la previsión de un futuro tenor de vida siempre en aumento; la cantidad de necesidades materiales, que los hombres pueden todavía acrecentar en el mundo entero. En vano hemos dicho; porque, al contrario, cuanto más exclusiva e incesantemente se refuerza la tendencia al consumo, tanto más cesa la economía de tener por objeto al hombre real y normal, al hombre que ordena y ajusta las exigencias de la vida terrena a su fin último y a la ley de Dios».

953 i) YA QUE LA HUMANIDAD SE DESVÍA DE LA RECTA Y JUSTA MEDIDA DE SU SER, QUE FUÉ LA QUE TUVO PRESENTE LEÓN XIII EN SU «RERUM NOVARUM»

«Si la máquina—según se pinta en cuadro prometedor—estuviera destinada a disminuir cada vez más y, por decirlo así, hasta el extremo el tiempo del trabajo y de la fatiga, el tiempo libre debería también perder necesariamente su sentido natural de alivio y de descanso entre dos momentos de actividad. Este tiempo libre se convertiría en el primer elemento de la vida y en ocasiones de nuevas y muchas veces costosas necesidades, como, asimismo, en una fuente de ganancia para aquellos que las satisfacen. Quedaría así turbada la genuina relación entre la necesidad real y normal y las exigencias creadas de una manera artificial. Las rentas aumentarían necesariamente, pero bien pronto no serían ya suficientes. La falta de seguridad subsistiría, porque la economía social nacería de una humanidad y supondría una humanidad desviada de la recta y justa medida de su ser.

León XIII tiene, en cambio, en la *Rerum novarum* delante de su mirada al hombre recto, que lleva una vida conforme con los principios cristianos. La técnica moderna, solamente en cuanto trabaja aguijada por este hombre y en beneficio suyo, efectúa un progreso armónico y duradero, del cual incluso el bienestar temporal es parte integrante. Por esto León XIII en su encíclica insiste particularmente en la observancia de los días festivos. Para él tal observancia es una señal que revela si subsisten todavía, y en qué medida, en el seno de la sociedad, el hombre recto y la verdadera armonía. El ve claro y hondo, cuando relaciona la cuestión obrera con el reposo festivo y la santificación del domingo: precisamente el bienestar externo del trabajador no puede esperarse de una técnica de producción que exige regularmente de él y de su familia el sacrificio del domingo; todavía menos puede provenir de una condición de cosas en que el domingo no sea, según Dios lo quiere, un día de descanso y de recuperación, en un clima de elevada piedad. La técnica, la economía y la sociedad manifiestan su grado de salud moral por el modo en que favorecen o contrarían la santificación del domingo».

j) Sólo existe, pues, un sistema para resolver los problemas humanos: mirar de nuevo al cielo 954

«No hay, pues, duda de que la afirmación del destino trascendente del hombre constituye el corazón de la doctrina de León XIII sobre la cuestión obrera. Toca a vosotros, queridos hijos, hacer constantemente en cada uno de los casos las aplicaciones prácticas a que no hemos podido sino aludir brevemente.

Queridos hijos, Jesús dijo un día que aquellos que busquen en primer lugar el reino de Dios y su justicia tendrán todo lo demás por añadidura (Mt. 6,33). A aquella parte de la humanidad que vive casi sin esperanza sobre la tierra porque ha querido desinteresarse del reino de Dios, es necesario repetir con energía y con dulzura que existe, sí, un sistema para resolver los problemas incluso humanos: buscar de nuevo a Dios, mirar de nuevo al cielo».

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

955 ## I. SOLO DOS HOMBRES ANTES DE CRISTO FUERON ARREBATADOS AL CIELO

Según los Santos Padres, se otorgó este admirable favor a los dos grandes predicadores de la penitencia que ha tenido la humanidad y el pueblo hebreo, para que en los días aciagos del anticristo vuelvan a la tierra, ganen para la causa de Dios a los hombres perseguidos y los sostengan en la fe. No fueron llevados a la eterna y beatífica visión de Dios, sino a un lugar o estado misterioso, para venir otra vez al mundo al fin de los tiempos. Los Santos Padres apoyan este parecer en pasajes de la Sagrada Escritura: *Henoc fué transportado al paraíso, para que un día predique a los pueblos penitencia* (Eccli. 44,16). *He aquí que yo enviaré al profeta Elías, antes de que llegue el día del Señor, grande y terrible* (Mt. 4,5) (véanse también Mc. 9,11; Mt. 17,11; Apoc. 11,3).

956 ### *A) A Henoc le trasladó Dios para que no viese la muerte*

«Entre los descendientes de Adán por la línea de Set aventaja a todos el sexto, llamado Henoc. Este *anduvo con Dios*, esto es, *agradó a Dios* muy particularmente (Gen. 6,9; Eccli. 44,16; Hebr. 11,5), por lo cual el Señor le honró con su amistad (como decía el apóstol San Judas, 14 ss.), le encomendó que anunciase a los impíos el castigo del diluvio, y debajo de esta figura, el juicio universal: *Mirad que viene el Señor con millares de sus santos a juzgar a todos los hombres y a redargüir a los malvados*. Se dice asimismo de Henoc: *Dios le trasladó para que no viese la muerte* (Hebr. 11,5): de ahí la brevedad de su vida (trescientos cincuenta y seis años), comparada con la de los patriarcas» (cf. SCHUSTER-HOLZAMMER, *Historia bíblica, Antiguo Testamento* [Ed. Litúrgica Española, Barcelona 1934] p.128-129).

957 ### *B) Elías fué transportado en un carro con caballos de fuego*

«Vinieron cincuenta hombres de los hijos de los profetas y se pararon enfrente, y los dos siguieron, parándose a la orilla del Jordán. Cogió entonces Elías su manto, lo dobló y golpeó con él las aguas, que se partieron de un lado y de otro, pasando los dos a pie enjuto. Cuando hubieron pasado dijo

Elías a Eliseo: Pídeme lo que quieras que haga por ti antes que sea apartado de ti. Y Eliseo le dijo: Que tenga yo dos partes en tu espíritu. Elías le dijo: Difícil cosa has pedido. Si cuando yo sea arrebatado de ti me vieses, así será; si no, no. Siguieron andando y hablando, y he aquí que un carro de fuego con caballos de fuego separó a uno de otro, y Elías subía al cielo en el torbellino. Eliseo miraba y clamaba: ¡Padre mío, padre mío! ¡Carro de Israel y auriga suyo! Y no le vió más, y cogiendo sus vestidos los rasgó en dos trozos, y cogió el manto de Elías, que éste había dejado caer. Volvióse después, y pasándose a la orilla del Jordán recogió el manto que Elías había dejado caer y golpeó con él las aguas, diciendo: ¿Dónde está ahora Yahveh, el Dios de Elías? Y en cuanto golpeó las aguas, se partieron éstas de un lado y de otro y pasó Elías» (4 Reg. 2,7-15).

II. LA NUBE 958

«Qué fuere esta nube y qué servicio prestó a Cristo ha sido interpretado variamente por los escritores. El Abulense (cf. *Paradoxa* 5 c.8 ss.) piensa que ésta fué una verdadera nube, o formada allí nuevamente o traída de otra parte, y puesta bajo los pies de Cristo no para sostener su cuerpo y llevarlo hacia arriba (porque más bien era Cristo quien por virtud propia o por misterio de los ángeles la sostenía a ella junto a sí), sino por cierto ornato, para que le sirviese de trono y de sede. Medina refiere ampliamente esta opinión..., y sin tener razón o prueba, afirma que aquella nube no fué otra cosa que cierto resplandor que produjo el cuerpo de Jesús cuando ya estaba más cercano al cielo, y cuya semejanza vemos en el cielo en la llamada Vía Láctea...

En cambio, a mí, en primer lugar, me parece que no hay por qué negar que aquélla fué verdadera nube. Porque la Escritura no dice que fué como nube o a semejanza de nube, sino que simplemente la llama nube. Luego pudiéndose entender sin ningún inconveniente en sentido propio y verdadero, así hay que exponer la Escritura. Y así la explica abiertamente el Crisóstomo cuando dice (cf. *Hom. 2 in Act.*) que «esta nube» fué un símbolo del cielo, manifestativo de que subía en aquella misma señal del divino poder, según aquellos del Salmo (Ps. 103,3): *Tú, que de la nube haces tu carro*... Además, no consta que esta nube descendió hasta la tierra, como dice el Abulense, y que, puesta bajo los pies de Cristo, ascendió con El al modo de una silla gestatoria.

Esto no tiene fundamento en la Escritura. Porque, como bien nota Cayetano, la Escritura no dice simplemente que una nube sustrajo a Cristo, sino que lo sustrajo de la vista de los que estaban mirando. Por tanto, es más verosímil que mientras Cristo, al subir, quiso ser visto, no se interpuso ninguna nube entre El y la tierra, porque más bien impediría la vista de los que miraban; pero después que Cristo empezó a distar más de la tierra, con la interposición de una nube se sustrajo a su vista. La nube no subió más con El, ni le prestó otro servicio que apartar el cuerpo de Cristo de la mirada de los discípulos e indicar con su claridad y esplendor la majestad del que subía» (cf. FRANCISCO SUÁREZ, *Misterios de la vida de Cristo* disp.51 sec.2: BAC, t.3 p.810).

III. LA TOPOGRAFIA

959

A) El monte Olivete

«El monte Olivete se eleva al oriente de Jerusalén, separado de la ciudad por el valle del Cedrón. El nombre le viene de los muchos olivares que en otro tiempo en él había, especialmente en la vertiente occidental que mira a Jerusalén. Hoy es un monte sin vegetación; sólo en su base crece el olivo; rala y escasa trepa la maleza por sus laderas. De sus tres cumbres, la más alta, la septentrional, llega a 818 metros de altitud y desde el siglo XIV se la conoce con el nombre de *Viri Galilaei*. La meridional, notablemente más baja, se llama monte del Escándalo, por haberla profanado Salomón con templos idolátricos. La central, en la cual se ve hoy la aldehuela Cafr et-Tur, descuella unos 50 metros sobre el nivel medio de Jerusalén y unos 24 sobre el punto más elevado de la ciudad, unos 64 sobre la explanada del templo, unos 130 sobre el nivel medio del valle de Josafat, 868 sobre el nivel del Mediterráneo y 1.200 sobre el del Mar Muerto. Desde el alminar de la iglesia de la Ascensión goza el observador la magnífica visión de la ciudad, contemplando, en primer término, la explanada del templo con sus pórticos y mezquitas. Espléndido es el panorama que ofrece el Mar Muerto, cerrado al fondo por los montes de Abarim, en la cordillera de Moab; la campiña desolada de Jericó y el valle tortuoso del Jordán» (cf. MEISTERMANN, *Guida di Terra Santa* (Firenze 1925) p.289 ss.).

960

B) El «Imbomon»

«Según refiere Eusebio (cf. *Vita Constantini* 3,41-43), Santa Elena edificó una iglesia en el lugar donde el Salvador subió a los cielos. En la *Peregrinatio Eteria* (cf. 31,1 y *passim*, en GEYER, *Itinera* 83) se le da el nombre de *Imbomon* (altura). Hallábase muy próxima a la hermosa basílica designada con el nombre de *Ecclesia in Eleona*, de la que se consideraba una ampliación, a la manera de los baptisterios de las catedrales italianas.

Destruída el 614 por los persas, la reedificó el obispo Modesto, pero dándole la forma de rotonda. Según Arculfo, que visitó los santos lugares el 685, constaba de tres galerías circulares cubiertas, que envolvían un espacio abierto, en cuyo centro se veneraban las huellas de las divinas plantas. En el lado oriental había un altar resguardado por un cobertizo. En el occidental se abrían ocho ventanales; frente a sus vidrieras ardían perpetuamente ocho lámparas colgantes; éstas, con otra más fulgente que pendía en el centro del santuario sobre las sagradas huellas del Salvador, esparcían tal resplandor a través de las vidrieras, que de noche iluminaban, no sólo la vertiente del monte que mira al Cedrón, mas también la parte más próxima de la ciudad. La noche de la fiesta de la Ascensión brillaban infinidad de luces, de suerte que parecía arder el monte en llamas. Carlomagno envió a fines del siglo VIII benedictinos que atendiesen al culto. Esta iglesia fué destruída a principios del siglo XI por el sultán Hakim.

Después de la conquista de Jerusalén los cruzados reedificaron la iglesia, dándole forma de octógono. En el centro se alzaba un edificio, igualmente

octogonal, con cúpula sostenida por pilares. Para atender al culto se edificó un convento, donde vivían padres agustinos. Pero en 1187 las huestes de Saladino destruyeron el recinto exterior, que ya no ha vuelto a reedificarse, conservando la cúpula para mezquita». Y la mezquita permanece en el día de hoy.

IV. LAS HUELLAS DIVINAS 961

Ya Eusebio (cf. *Dem. Evang.* 4,18: PG 22,457) habla de que en una cueva del Olivete se mostraban las huellas de los pies del Señor, y se sabe que tanto San Jerónimo como Santa Paula las besaron. Pero el testimonio antiguo más contundente es el de San Paulino de Nola (cf. *Epist.* 31,4: PG 61,627), al que siguió el de San Agustín (*In. Io.* tr.47,4: PL 35,1735). Posteriormente acreditan su existencia Sulpicio Severo, el año 405 (cf. *Hist. Sacr.* 2,33: PL 20,148), y a partir de entonces, innumerables peregrinos de todas las épocas.

Véase, por ejemplo, cómo las describe el P. Castillo en el siglo XVII (cf. *El devoto peregrino* [Madrid, Imprenta Real, 1656] p.195 ss.): «En medio de esta iglesia hay otra capillita también ochavada. Su capacidad no es grande. Cabrán doce o catorce personas. En medio de esta capillita está la piedra sobre la cual estaba Cristo Señor nuestro cuando subió al cielo, y dejó sus divinas plantas estampadas en ella. Hoy día no se ve más que la una, y es la del pie izquierdo, porque la del derecho se la llevaron los turcos al templo de Salomón, habiendo para esto cortado la piedra. La razón que para ello dan es como de las que ellos suelen dar, dictadas de sus bárbaros desatinos... Y así refieren una patraña, y dicen que Cristo Señor nuestro y Mahoma subieron juntos al cielo desde el monte Olivete... y que cada uno dejó señalado un pie en la piedra, y que aquel que ellos han llevado al templo o mezquita suya es el de Mahoma, y a nosotros nos dejaron el de Cristo... Por estas señales que dejó Cristo señaladas en la piedra, se ve y conoce claramente que cuando subió al cielo tenía vueltas las espaldas a Jerusalén y su rostro divino y soberano miraba al occidente. Las puntas y plantas de los pies ni miran al occidente ni al norte, sino entre el occidente y norte. Es el misterio que como Hijo de Dios venía al mundo para recoger las ovejas que se habían perdido de la casa de Israel y librarlas de la boca del lobo infernal y ponerlas a la diestra en su gloria. Mas ellas, ingratas a tan celestial beneficio, no quisieron oír las voces de su Pastor, por lo que les volverá las espaldas para siempre jamás. Y por eso en su ascensión vuelve su rostro al occidente, que son los gentiles... Y esto se echará de ver más claramente si consideramos que Jerusalén, respecto del monte Olivete, viene a estar al occidente, y el monte Olivete al oriente. Y así desde el lugar que Cristo subió al cielo, viene a quedar Jerusalén a la mano izquierda. Y así por Jerusalén es representado el pueblo judaico, y éste viene a quedar a la mano siniestra, y el gentil a la mano diestra, representado en el monte Olivete, y que habiendo sido Jerusalén el lugar escogido, en que estuvo tanto tiempo la adoración del verdadero Dios, se había de pasar a Roma, en la cual asistiría el Sumo Pontífice, que siendo su Vicario tendría sus veces en la tierra...»

Hoy, los innumerables ósculos de los peregrinos, el contacto de los rosarios, sortijas y medallas han gastado y desfigurado bastante la llamada «planta del pie izquierdo de Jesucristo», la cual, en verdad, en el sentido de la marcha, está orientada de sudeste a noroeste, es decir, hacia Europa.

V. LA ASCENSION Y LOS SANTOS

962 ## A) *Una anécdota de Santa Gertrudis*

La visión del triunfo glorioso de Cristo figura en el haber de no pocos santos y místicos. Cuéntase en la vida de Santa Gertrudis que un día, en la solemnidad de la Ascensión, y cuando ella recibía de mano del sacerdote la Hostia santa, oyó a Jesús, que le decía: «Heme aquí; vengo no para decirte adiós, sino para llevarte conmigo a la presencia de mi Padre» (cf. *Heraldo del amor divino* l.4 c.36, citado por COLUMBA MARMION; cf. *Jesucristo en sus misterios* c.16 [Edit. Litúrg., Barcelona, 2.ª ed.] p.312).

963 ## B) *San Ignacio en el monte Olivete*

San Ignacio, durante su peregrinación a Tierra Santa, en 1523, visitó el lunes 7 de septiembre el monte de los Olivos para venerar el lugar de la Ascensión, pero le inspiró tanto fervor la visita, que quiso repetirla, y entonces le ocurrió el curioso incidente que se registra en su llamada *Autobiografía* (cf. BAC, *Obras completas* t.1 p.228-229).

«Y acabado esto, volviendo donde antes estaba, le vino grande deseo de tornar a visitar el monte Olivete antes que se partiese, ya que no era voluntad de Nuestro Señor que él quedase en aquellos santos lugares. En el monte Olivete está una piedra, de la cual subió nuestro Señor a los cielos, y se ven aún ahora las pisadas impresas, y esto era lo que él quería tornar a ver. Y así, sin decir ninguna cosa, ni tomar guía (porque los que van sin turco por guía corren grande peligro), se descabulló de los otros y se fué solo al monte Olivete. Y no lo querían dejar entrar los guardas. Les dió un cuchillo de las escribanías que llevaba; y después de haber hecho su oración con harta consolación, le vino deseo de ir a Betfagé, y estando allá, se tornó a acordar que no había bien mirado en el monte Olivete a qué parte estaba el pie derecho, o a qué parte el izquierdo; y tornando allá, creo que dió las tijeras a las guardas para que le dejasen entrar.

Cuando en el monasterio se supo que él era partido así sin guía, los frailes hicieron diligencias para buscarle; y así, descendiendo él del monte Olivete, topó con un cristiano de la cintura [1], que vivía en el monasterio, el cual con un grande bastón y con muestras de grande enojo hacía señas de darle. Y llegando a él trabóle reciamente del brazo, y él se dejó fácilmente llevar. Mas el buen hombre nunca le desasió. Yendo por este camino así asido del cristiano de la cintura, tuvo de nuestro Señor grande consolación, que le parecía que veía a Cristo sobre él siempre. Y esto, hasta que llegó al monasterio duró siempre en grande abundancia».

[1] Así se llamaba a los cristianos sirios que servían en el convento de Monte Sión, sin duda por razón del ceñidor con que ataban su veste a la cintura.

C) *La visión de la Madre Agreda* 964

«Para celebrar este día tan festivo y misterioso eligió Cristo, nuestro bien, por especiales testigos, las ciento veinte personas, a quienes juntó y halló en el Cenáculo, que eran María Santísima y los once apóstoles, los setenta y dos discípulos, María Magdalena, Marta y Lázaro, hermano de las dos, y las otras Marías y algunos fieles, hombres y mujeres, hasta cumplir el número sobredicho.

Con esta pequeña grey salió del Cenáculo nuestro divino pastor Jesús, llevándolos a todos delante por las calles de Jerusalén, y a su lado a la beatísima Madre. Y luego los apóstoles y todos los demás por su orden caminaron hacia Betania, que distaba menos de media legua a la falda del monte Olivete. La compañía de los ángeles y santos que salieron del limbo y purgatorio seguía al Triunfador victorioso con nuevos cánticos de alabanza, aunque de su vista sólo gozaba María Santísima...

Con la seguridad que les previno el poder del mismo Señor, caminaron todos hasta subir a lo más alto del monte Olivete, y llegando al lugar determinado se formaron tres coros, uno de ángeles, otro de los santos, y el tercero de los apóstoles y fieles, que se dividieron en dos alas, y Cristo nuestro Salvador hacía cabeza. Luego la prudentísima Madre se postró a los pies de su Hijo, y le adoró por verdadero Dios y Reparador del mundo, con admirable culto y humildad, y le pidió su última bendición. Y todos los demás fieles que allí estaban, a imitación de su gran Reina, hicieron lo mismo: y con grandes sollozos y suspiros preguntaron al Señor si en aquel tiempo había de restaurar el reino de Israel. Su Majestad les respondió que aquel secreto era de su Eterno Padre, y no les convenía saberlo, y que por entonces era necesario y conveniente que en recibiendo al Espíritu Santo predicasen en Jerusalén, en Samaria y en todo el mundo los misterios de la redención humana.

Despedido su Divina Majestad de aquella santa y feliz congregación de fieles con semblante apacible y majestuoso, juntó las manos, y en su propia virtud se comenzó a levantar del suelo, dejando en él las señales o vestigios de sus sagradas plantas. Y con un suavísimo movimiento se fué encaminando por la región del aire, llevando tras de sí los ojos y el corazón de aquellos hijos primogénitos, que entre suspiros y lágrimas le seguían con el afecto. Y como al movimiento del primer móvil se mueven también los cielos inferiores que comprende su dilatada esfera, así nuestro Salvador Jesús llevó tras de sí mismo los coros celestiales de ángeles y santos Padres, y los demás que le acompañaban glorificados, unos en cuerpo y alma, otros en solas las almas; y todos juntos y ordenados subieron, y se levantaron de la tierra, acompañando y siguiendo a su Rey, Capitán y Cabeza» (cf. SOR MARÍA DE AGREDA, *Mística ciudad de Dios* [Barcelona, Gili, 1911] p.769-772).

VI. JOYA DE LA LITERATURA NACIONAL 965

Se ha lanzado la hipótesis de que Fr. Luis de León compuso su famosa oda en la festividad de la Ascensión de 1572, poco después de su arresto el 26 de marzo, cuando abrigaba la esperanza de un triunfo inmediato de su causa. Llobera cree que no puede ser anterior a 1578. Desde luego, es de

la mejor época de Fr. Luis. «No tiene más que cinco estrofas—dice Arjona—, pero éstas bastarían para dar a León la corona de la lírica moderna. Toda ella es belleza y grandeza». «Soberbia oda», la llama Vossler. Parece imprescindible insertar aquí la inmortal poesía (cf. BAC, *Obras completas castellanas*, 2.ª ed. p.1460-1461).

«¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?
Los antes bienhadados
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeídos,
¿a do convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?
Aqueste mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al viento fiero, airado?
Estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay!, nube envidiosa,
aun deste breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿Do vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ¡ay!, nos dejas!»

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

Tema litúrgico:

La fiesta de la Ascensión (1).

La Ascensión del Señor:

La Ascensión, gloria de Jesucristo (2).
Alegría de la Ascensión (5).
Ascensión y juicio final (9).

Lecciones de la Ascensión:

«Os conviene que Yo me vaya» (3).
«Yo estoy con vosotros» (7).
Cristo, nuestro Pontífice en el cielo (4).
Lecciones de la Ascensión (10 y 11).

El seguimiento de Cristo:

Cómo seguir a Cristo (6).
Dureza e incredulidad (8).

SERIE I: LITURGICOS

1

La fiesta de la Ascensión

I. *La Ascensión, fiesta de alegría.* **966**

A. Los discípulos volvieron a Jerusalén, después que Cristo subió a los cielos, «llenos de una gran alegría» (Lc. 24, 52). En estas palabras está señalada una de las características de la fiesta de la Ascensión.

B. Las despedidas suelen ser tristes. También esta despedida de Cristo parece envuelta por una suave y tierna melancolía, que nuestro Fr. Luis de León ha expresado bellamente en su célebre oda a la Ascensión: «Y dejas, Pastor santo»...

C. Pero, por encima de todo, la Ascensión es fiesta de ale-

gría sana, llena de optimismo; de la mejor y más plena de las alegrías, porque brota del triunfo de Cristo victorioso sobre el demonio, el mundo y la carne, y de nuestro triunfo sobre éstos en El y con El.

967 II. *El triunfo de Cristo.*

A. San León Magno nos explica cómo el triunfo de Cristo fué causa de que los apóstoles y primeros discípulos celebrasen con alegría la subida de Cristo a los cielos: «En realidad, grande e indecible motivo tenían para regocijarse, porque a la vista de aquella santa multitud la naturaleza humana se elevaba por encima de la dignidad de todas las criaturas celestiales, para sobrepasar a los coros angélicos y subir por encima de las mismas eminencias de los arcángeles, sin detenerse un paso en su ascensión sublime, hasta llegar a la sede del Padre Eterno y asociarse en su trono a la gloria de Aquel a cuya naturaleza estaba unida ya en el Hijo» (cf. Pío PARSCH, «El año litúrgico», t.3 p.148).

B. En este día Cristo es coronado como rey de reyes y queda sentado a la derecha de Dios Padre, participando en cuanto hombre en el gobierno real del universo. Hoy es el día en que se realizan las palabras del apóstol San Pablo a los de Filipos: «Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, y por eso Dios le exaltó y le dió un nombre que supera a todo nombre, para que ante El se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno» (Phil. 2,8-10).

C. Hoy, por tanto, podemos cantar como nunca las palabras del «Gloria»: «Tú solo santo, Tú solo Señor, Tú solo Altísimo, ¡oh Jesucristo!»

968 III. *Nuestro triunfo.*

A. Lo expresa también el papa San León cuando dice: «Como la Ascensión de Cristo es nuestra elevación y el cuerpo espera también el día de ir en pos de su gloriosa Cabeza; exultemos, amadísimos, con santa alegría, desbordemos piadosamente nuestro agradecimiento. Porque hoy no solamente nos ha sido asegurada la posesión del paraíso, sino que además hemos penetrado, en la persona de Cristo, en lo más alto de los cielos. Habiendo adquirido por la gracia inefable de Jesucristo derechos más amplios que los que habíamos perdido por la envidia del demonio. Pues aquellos a quienes el venenoso enemigo había despojado de la felicidad de su primera morada, el Hijo de Dios, incorporándolos consigo, los ha colocado a la diestra del Padre, con el cual

vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Así sea» (cf. Pío PARSCH, «El año litúrgico», t.3 p.148).

B. Cristo en la última cena había dicho a los apóstoles: «Voy a prepararos lugar». La entrada de Jesucristo en los cielos es prenda segura de que un día entraremos allí también nosotros. El es la Cabeza y nosotros los miembros. Si El está en los cielos, donde está la Cabeza deben estar los miembros. Allí, pues, estaremos un día. Por tanto, en esperanza hoy hemos penetrado en los cielos.

C. Podemos decir además que hemos triunfado con Cristo porque «penetró El en los cielos para presentarse constantemente por nosotros ante el trono del Señor» (Hebr. 9, 24). Vive «para interceder por nosotros» (Hebr. 7,25). «Si pecamos, tenemos allí un abogado» (1 Io. 2,1).

D. Finalmente, hemos triunfado con Cristo, porque después de la Ascensión recibimos al Espíritu Santo. Hasta que Cristo no fué glorificado no se nos podía dar, según los planes de Dios, el Espíritu Consolador. Podemos decir, por tanto, que la Ascensión nos alienta en los momentos de lucha o adversidad, cuando el deber es duro y difícil, porque «no hay proporción entre los sufrimientos de aquí abajo y la gloria futura que nos está reservada».

E. La Ascensión nos enseña, además, a trabajar y a vivir con el corazón puesto en Dios. «Debemos trabajar, pero observando esta regla: que trabajemos como trabajan los ángeles, que ejercen fielmente el ministerio de nuestra guarda, los cuales de tal manera nos asisten y están de continuo a nuestro lado, que aun entonces tienen fija la vista en el paraíso, extasiados en la contemplación del rostro adorable del Padre Eterno, «in quem desiderant Angeli prospicere» (cf. SCHUSTER, «Liber Sacramentorum», t.4 p.164).

F. La Ascensión, por fin, nos habla de nuestra obligación de prescindir de la concupiscencia de nuestra ignorancia para vivir conformes a la santidad de Cristo, que nos llamó. «Hemos de saber, hermanos, que con Cristo no sube la soberbia, ni la avaricia, ni la lujuria; ninguno de nuestros vicios puede subir con nuestro médico. Por tanto, si queremos subir en pos del Médico debemos renunciar a los vicios y pecados. Porque todos nos oprimen como cadenas y se empeñan en atarnos con las amarras de los pecados, y, por los mismo, con la ayuda de Dios, y según el consejo del salmista, «rompa-

mos las ligaduras», para que así podamos decirle confiados al Señor: «Tú has roto mis cadenas y yo te ofreceré por ello una hostia de alabanza» (cf. SAN AGUSTÍN, lect. del 2.º nocturno del dom. infraoctava).

SERIES II Y III: SOBRE LA EPISTOLA Y EL EVANGELIO

2

La Ascensión, gloria de Jesucristo

969 I. *Misterio final.*

A. La Ascensión es el último misterio de la vida visible del Salvador y, al mismo tiempo, la corona de todos estos misterios, sobre los que proyecta una luz definitiva. Es un misterio glorioso para Jesucristo y lleno de enseñanzas para nosotros.

B. En el presente guión consideramos la Ascensión del Señor en sí misma, es decir, en lo que representa para Jesucristo.

970 II. *Término singular y único.*

A. Nunca se oyó de un hombre que al salir de este mundo se elevase por los aires, penetrando en las alturas de los cielos. Los poetas apenas se han atrevido a inventar en sus ficciones lo que en realidad ocurrió con toda la sencillez de su objetividad histórica en Jesús Nazareno.

B. La partida de todos los hombres de este mundo es distinta. En vez de subir, bajan. Los poderosos, los sabios, los gobernantes, lo mismo que los más humildes, bajan al sepulcro.

a) *Al sepulcro que encierra su cuerpo, todos.*
b) *Al sepulcro que borra su recuerdo de entre los hombres, de ordinario.*
c) *Al sepulcro eterno de su condenación, seguramente no pocos.*

C. Solamente Jesucristo termina su paso sobre la tierra con el triunfo inaudito de su Ascensión.

971 III. *Misterio anunciado por los profetas.*

A. Los Salmos anuncian la gloria de Dios, que se eleva en el gozo del que sube al sonido de la trompeta (Ps. 46).

a) *«Al Señor le plugo habitar en el monte. El Señor fijó allí su mansión para siempre. Millones de espíritus celestiales ro-*

dean su carro y le cercan lanzando gritos de gozo. El Señor está en medio de ellos con la gloria y la santidad que brilla en el Sinaí (Ps. 67).

b) *San Pablo, citando palabras del salmo anterior, nos dirá: «Subió a lo más alto de los cielos, llevándose cautiva a la cautividad, enviando sus dones a los hombres»* (Eph. 4,8).

B. Figuras de la Ascensión aparecen en el Antiguo Testamento.

a) *Henoch. Agradó a Dios y fué transportado al paraíso* (Eccli. 44,16).

b) *Una figura más admirable todavía es Elías, arrebatado por un carro con dos caballos de fuego y subiendo a los cielos en un torbellino* (4 Reg. 2,12).

IV. *Admirable en el modo.* 972

A. Lo que se aparece a los ojos de los apóstoles. Es admirable la Ascensión del Señor en las circunstancias visibles con que se realiza. Todas ellas contribuyen a la gloria de Jesucristo.

a) *En presencia de toda la muchedumbre. De los cuales la inmensa mayoría, exceptuando a María Santísima y alguno de los apóstoles y mujeres, habían abandonado a Jesús en el monte de su ignominia el Viernes Santo.*

b) *Pronunciando palabras que afirman categóricamente su poder universal.*

c) *Bendiciendo a todos e indicando con ello que es real la grandeza de su reinado.*

d) *Recibido gloriosamente por una nube, como en un trono.*

e) *Apareciendo los ángeles, que han estado pendientes de su vida y de sus caminos de un modo invisible, pero que en este momento aparecen a los apóstoles como mandatarios y cortesanos del Rey.*

B. Lo que ocurre tras la nube. No es la principal gloria de Cristo la que aparece a los habitantes de la tierra; la verdadera y plena glorificación de su humanidad ocurre más allá de la nube. Los ojos de los apóstoles podían seguirle mientras estaba patente a sus miradas. Cuando desapareció, como nosotros hoy, aunque no lo contemplaban con los ojos de la cara, le seguían en su camino hasta la diestra del Padre con la mirada de la fe.

a) *Su acompañamiento. Con Jesucristo van todos los justos, a los que ha librado del seno de Abrahán y los lleva al cielo.*

b) *Le acompañan además los ángeles. En el Antiguo Testamento aparecen descritos los sentimientos y exclamaciones de los espíritus celestiales al ver avanzar la humanidad de Jesucristo, su Rey, con una gloria y esplendor superior al de ellos. Los ángeles van clamando: «Abrid ¡oh príncipes! vuestras puertas y entrará el Rey de la gloria». Y alternando unos coros con*

otros de los ángeles se preguntan: «¿Quién es este Rey de la gloria?» (Ps. 23).

c) *Y todos los ángeles se postran en adoración ante su Rey. Es bella la descripción de San Juan: «Yo miraba y oía en derredor del trono y de los animales y de los ancianos la voz de muchos ángeles. Su número de millares de miles, diciendo con voz fuerte: El Cordero que ha sido inmolado es digno de recibir el poder y la divinidad... Honor, gloria y poder por los siglos de los siglos al que está sentado sobre el trono y al Cordero»* (Apoc. 5,11).

d) *Le siguen los corazones de sus discípulos y de todos los amigos de Jesús que en el decurso de los tiempos vivirán en espíritu al lado de Jesucristo.*

1. Los que dicen con San Pablo: «¿Quién nos separará de la caridad de Jesucristo?» (Rom. 8,35). Ellos permanecen unidos a Cristo con el pensamiento, con el amor, con la palabra, con los anhelos.
2. Jesucristo vive ya no solamente en el cielo, sino que vive también en el cielo del corazón de sus hijos. Estos dicen con San Pablo: «Yo vivo; pero no yo, sino Jesucristo vive en mí» (Gal. 2,20).
3. La conversación de ellos estará en el cielo (Phil. 3,20).

973 V. *Admirable en sus efectos.*

A. Consideramos aquí los efectos de la Ascensión para el propio Jesucristo. Además de la gloria accidental que el hecho mismo de la Ascensión supone para El, por este misterio:

B. Jesucristo se sienta a la diestra del Padre, «a la diestra de la majestad en las alturas» (Hebr. 1,3). Lo cual significa.

a) *Que toma posesión de la gloria, del honor y del poder que le corresponden a El, «Señor de la gloria»* (1 Cor. 2,8).

b) *Hoy se le da al Hombre Jesús participación en el poder real de Dios. La soberana facultad de poder disponer de todos los bienes y riquezas de Dios y la absoluta autoridad sobre todos los seres y criaturas del universo.*

c) *Hoy es nombrado juez de vivos y difuntos.*

d) *Hoy es constituído espíritu vivificante* (1 Cor. 15,45). *Es decir, desde este momento actúa en la plenitud de su intensidad sobre la Iglesia, llenándolo todo, enviando sus dones a los hombres* (Eph. 4,8-10).

C. La Ascensión con relación a la vida pasada es

a) *El término de los trabajos. El camino recorrido por Jesucristo ha estado lleno de abrojos; sintió angustia y tristeza de muerte de abrazarse a la cruz, al contemplarla en el huerto de los Olivos, pero el gozo futuro que de esa misma cruz brotaría le hizo abrazarse a ella. Es decir, el misterio glorioso de la Ascensión, por los frutos que reportaría para todos los hombres*

y para la misma humanidad de Jesucristo, iluminó los misterios de dolor.

b) *Garantía de su misión. El ha venido como un enviado de Dios; su reino no es de este mundo; al subir glorioso al cielo, indica el lugar de donde vino y al que ahora vuelve, como lugar de origen, y donde debe tomar posesión del reino y del lugar que corresponde a su cuerpo glorioso.*

c) *Confirmación de su doctrina. El Maestro anunció una verdad escandalosa a los oídos del mundo: «El que se humilla, será ensalzado»* (Lc. 14,11), *«Los últimos serán los primeros»* (Mt. 20, 16). *En ningún caso tendrán confirmación más patente estas palabras que en la Ascensión de Jesucristo. El realizó los actos de más profunda humildad y El es, de modo singularísimo, exaltado. Este resumen de camino de humillación, de camino de gloria, nos lo da perfectamente San Pablo en las palabras a los Filipenses: «Antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre»* (Phil. 2,7).

3

«*Os conviene que yo me vaya*»

I. *Cristo siempre presente entre nosotros.* 974

A. Por el misterio de su Ascensión gloriosa es evidente que Cristo deja de estar presente en la tierra de modo natural.

B. Sin embargo, continúa corporalmente entre nosotros por la presencia sacramental de la Eucaristía.

C. También permanece siempre junto a nosotros su divinidad.

a) *El mismo Cristo, según el texto de San Mateo, conforta a los que presencian su Ascensión con estas palabras: «He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos»* (28,20).

b) *De aquí la bella expresión de San León Papa: «El que sube a los cielos no abandona en modo alguno a los que adoptó»* (cf. *Serm.* 72 c.3: PL 38,986).

II. *Conveniencia de la Ascensión.* 975

A. Por la Ascensión, Cristo se va del mundo; a primera vista, esta marcha no parece muy conveniente a los hombres. Sin embargo, el mismo Jesús nos dice que la Ascensión, por la que corporalmente se aparta de nosotros, nos es más conveniente que su misma presencia natural sobre la tierra.

B. Los frutos que se siguen de la Ascensión dan testimonio claro de la verdad que las palabras de Cristo encierran. Estos frutos pueden considerarse principalmente en la contribución de la Ascensión al aumento y desarrollo de las virtudes teologales.

976 III. *La Ascensión de Cristo aumenta la fe.*

A. La fe versa acerca de las cosas que no se ven. «Bienaventurados los que sin ver creyeron» (Io. 20,29). Mayor mérito tiene quien cree en Jesús reinando en el cielo que Tomás, a quien le fué necesaria su presencia corporal para creer.

B. El hecho de la Ascensión gloriosa al cielo es la contestación de Cristo al reto de aquellos que el Viernes Santo le decían que descendiese de la cruz. Más sorprendente es esta subida que aquella bajada que pedían.

C. El mismo Cristo apela al hecho de la Ascensión como comprobación de que las palabras suyas sobre la promesa de la Eucaristía, aunque llenas de sorprendente misterio, son verdaderas. Cuando todos huyen incrédulos, dice que aquel misterio será recibido sin dificultad cuando contemplen con sus ojos el hecho admirable de la Ascensión (Io. 6,63).

D. La fuerza probativa de una Ascensión gloriosa la confirman

a) *Los paganos, que quieren difundir la especie de que Rómulo ascendió al cielo, a fin de tributarle más fácilmente honores divinos.*

b) *Los creyentes, como Simón Mago, que pretende engañar al pueblo y respalda sus falsas predicaciones elevándose aparentemente a la vista de su auditorio.*

977 IV. *Robustece la esperanza.*

A. Cristo nos había prometido: «Voy allá a prepararos un lugar. Y, una vez ido y preparado el lugar, volveré de nuevo y os llevaré conmigo para que estéis bien vosotros allí donde Yo estoy» (Io. 14,3 ss.).

B. Esta esperanza tiene su raíz más sólida en la doctrina del Cuerpo místico.

a) *En Cristo y con Cristo, nuestra cabeza, «hemos sido resucitados también nosotros y hemos sido sentados con El en el cielo»* (Eph. 2,6). *Hoy ya somos «herederos de Dios y coherederos con Cristo»* (Rom. 8,17).

b) *Porque somos cuerpo de Cristo, cada uno un miembro distinto* (1 Cor. 12,27). *Y nadie odia su propia carne, sino que la sustenta y la cuida. Y así hace Cri to con su Iglesia, que es su Cuerpo* (Eph. 5,29 ss.).

c) *Ahora bien, los miembros y el cuerpo siguen siempre a la cabeza. Luego también nosotros poseemos desde hoy mismo en Cristo, en la Cabeza, las riquezas y la gloria de la exaltación al cielo.*

V. *Enciende la caridad.* 978

A. Porque la Ascensión ha colocado a Cristo en el cielo. Ahora bien, como Cristo es el tesoro de nuestros corazones, éstos desde hoy son particularmente atraídos al cielo (Mt. 6,21).

a) *Por lo cual los discípulos que no pudieron seguir a Cristo con su propio cuerpo le siguieron con los deseos ardientes del corazón y con la mirada fija en aquella nube bienaventurada que les había arrebatado la presencia del Señor.*

b) *Para siempre quedó esta añoranza en el corazón de los discípulos, y cuenta la tradición que Pedro, al ser preguntado por la causa de su continuo llanto, contestó: «Desiderio Domini». Por el deseo de estar con el Señor. Es el «cupio dissolvi et esse cum Christo» de San Pablo.*

B. El Apóstol, considerando consecuencia lógica para el cristiano este vivir pendiente del cielo, donde está Cristo, nos dice: «Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Col. 3,1-2).

C. Uno de los principales motivos por que la Ascensión causa en nosotros aumento de caridad, lo encontramos en la relación que el propio Cristo ha establecido entre su ida al cielo y el envío del Espíritu Santo. Hasta el punto de afirmar que su Ascensión es conveniente, porque de lo contrario no puede venir el Espíritu Santo. Es decir, al desaparecer corporalmente Cristo de entre nosotros, se abre el camino para que la Trinidad espiritualmente se nos comunique con plenitud enviando al Amor sustancial el día de Pentecostés (cf. «Summa Theologica», 3 q.57 a.1 ad 3).

4

Cristo, nuestro Pontífice, en el cielo

I. *Sacerdote eternamente.* 979

A. El sacerdocio de Cristo comienza en el momento mismo de la encarnación. Esta parece la interpretación más acomodada a la Sagrada Escritura (cf. Hebr. 10,5-10).

Pero lo que tuvo principio ya no tendrá fin, porque Cristo es sacerdote para toda la eternidad.

a) *El hecho de esta perpetuidad lo declara repetidamente San Pablo* (cf. Hebr. 6,20; 7,24). *Y ya estaba profetizado en el Antiguo Testamento.*
b) *Indiscutiblemente, tal eternidad se extiende, por lo menos, hasta la consumación de los siglos. Los autores que restringen la duración del sacerdocio de Cristo hasta el fin del mundo lo relacionan solamente con la celebración del sacrificio eucarístico, en el cual Jesucristo es el principal oferente.*
c) *Pero, más aún, el sacerdocio de Cristo es eterno en sentido estricto. Permanece por toda la eternidad.*

B. Eterna es

a) *Su dignidad sacerdotal. La raíz y fundamento del sacerdocio de Cristo, o, como dicen los teólogos, la causa formal—o cuasi formal—del mismo es la unión hipostática. Ella es la que constituye sacerdote a Cristo. Ahora bien, la unión hipostática es de fe que permanece eternamente.*
b) *La acción sacerdotal de Cristo. Al menos en el sentido de que Jesús eternamente aprueba la inmolación cruenta hecha una vez en el sacrificio de la cruz. Y así eternamente está ofreciendo a Dios el sacrificio de adoración y acción de gracias.*
c) *La hostia que fué inmolada en la cruz. Por la cual allí perpetuamente estará presente la sagrada humanidad de Cristo con las cicatrices de sus llagas. San Juan nos dice en el Apocalipsis* (5,6): «*Y vi al Cordero de pie como inmolado*». *Une el apóstol el doble aspecto, inmolación y vida de Cristo, ante el Padre.*
d) *La virtud y fruto de su sacerdocio y de su sacrificio.*

1. El fin del sacrificio de Cristo no fué conseguir bienes temporales, sino eternos. Por lo que dice San Pablo: «Cristo fué constituído Pontífice de los bienes futuros» (Hebr. 9,11).
2. La muerte de Cristo no se repetirá eternamente, pero los frutos de su muerte duran por toda la eternidad. Por lo que dice San Juan, que «la luz que ilumina la ciudad de los santos es el Cordero; aquel Cordero que está como inmolado» (Apoc. 21,23).

980 II. *Nuestro abogado en el cielo.*

A. El sacerdocio que Cristo continúa ejerciendo en el cielo es lo que llena de alegría el alma de los fieles en el misterio de su Ascensión.
B. Es nuestro abogado en el cielo.

a) *Lo dice San Juan para ofrecer el mejor motivo de consuelo al pecador:* «*Si alguno peca, tenemos junto al Padre un Abogado, Jesucristo*» (1 Io. 2,1).
b) *Y San Pablo:* «*Cristo entró en el cielo para comparecer en la presencia de Dios en favor nuestro*» (Hebr. 9,24).

C. Como en la cruz en el cielo.

a) *En la cruz ofreció su pasión y su muerte interponiéndose como abogado nuestro ante el Padre. Ahora también en el cielo se presenta como abogado ante el Padre, y su mera presencia es una oración interpretativa.*

b) *Más aún: no sólo en sentido interpretativo, sino en sentido propio actualmente ora en el cielo por nosotros.*

1. Lo dice San Pablo: «Cristo Jesús, el que murió, aún más, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, es quien intercede por nosotros» (Rom. 8,24).
2. Los Padres afirman que Cristo en el cielo exige del Padre que atienda a los derechos que le presenta, ya que, en atención a las promesas hechas por el propio Padre, Cristo ha merecido condignamente para los hombres la gracia y la gloria.

c) *Por tanto, en la cruz pidió al Padre por quienes le crucificaban, pero ésta era una oración de siervo a Señor, con súplica, con temor y con lágrimas. En el cielo pide la justicia divina como Hijo, con confianza, ya libre y glorioso.*

D. Confianza y gozo. Porque mediante la Ascensión ha llegado al cielo ante un Padre juez un abogado que es hermano nuestro y que todo lo puede conseguir en el tribunal donde nos representa.

III. *Dispensador de los dones.* 931

A. Cristo al llegar al cielo, como Dios y Señor de todo, nos envía los divinos dones.

a) *Así lo había anunciado. Pronuncia palabras de consuelo para aliviar la pena de los discípulos, al saber que el Maestro había de irse: «Os digo la verdad, os conviene que me vaya. Porque si no me fuere, el abogado no vendrá a vosotros; pero si me fuere os lo enviaré»* (Io. 16,7).

b) *Y San Pablo: «Subiendo a las alturas, lleva cautiva la cautividad, repartió dones a los hombres..., subió sobre todos los cielos para llenarlo todo»* (Eph. 4,8-10).

B. Cristo, por tanto, en el cielo, aunque no sea causa meritoria, sí lo es eficaz y práctica de nuestra salud y reparte de hecho los dones conseguidos por sus méritos de redentor.

a) *El principal don, resumen de todos los demás, que envió poco después de su Ascensión, fué el Espíritu Santo.*

b) *José demostró a su anciano padre Jacob que él dominaba en todo Egipto cuando envió asnos cargados de trigo y abundantes dones y riquezas. Al verlos exclamó Jacob* (Gen. 45,28): *«Basta, mi hijo vive todavía; iré y le veré antes de morir». Nosotros, por los dones que nos envía Jesucristo desde el cielo, debemos prorrumpir en estos mismos deseos de ir a verlo.*

c) *Precisamente los apóstoles, al recibir el gran don del Espíritu*

Santo, que Jesús les enviaba del cielo, se pusieron en movimiento el día de Pentecostés y quedaron iluminados para siempre todos los caminos de ellos, para no buscar otro reino de Cristo sino el auténtico y espiritual.

5

Alegría de la Ascensión

982 I. *Un hecho real.*

A. El evangelista San Lucas dice que los apóstoles se retiraron del monte de la Ascensión llenos de alegría. Parece, a primera vista, que es extraño semejante sentimiento de gozo; más natural sería que el misterio, que, anunciado por Cristo, llenó sus corazones de tristeza, hoy les dejara, al realizarse, un vacío lleno de desconsuelo.

B. San León Papa, no obstante, dice que en la presente fiesta debemos exultar de gozo y alegrarnos con piadosa acción de gracias (cf. «Serm.» 1, sobre la fiesta de la Ascensión). Y la misma liturgia se llena de los más gozosos sentimientos, resumidos en el prefacio de la misa, diciéndonos que al subir Cristo a los cielos derramó una nube de gozos sobre el orbe, y el mundo entero se alegra.

983 II. *Gozo de la Ascensión por lo que representa para Jesucristo.*

A. En el tribunal de los hombres Cristo ha sido condenado. Con ello despreciaban los hombres el poder y los atributos divinos que para sí Jesús había reclamado. La pregunta de Pilato (Io. 18,37): «¿Luego tú eres rey?», seguida de pena de muerte, indica el desprecio por parte de la autoridad.

B. El mismo pueblo que en la plaza pide su muerte porque no quiere reconocer otra realeza que la del César, se mofará del Crucificado, retándole con escepticismo y proponiendo que venga Elías para hacerle descender de la cruz, ya que a él de ningún modo le era posible.

C. La Ascensión es la respuesta del poder real que hay en Jesucristo a estas preguntas de la autoridad humana y del hombre.

a) *Es más que rey. Se manifiesta su poder en el hecho portentoso que va a realizar; en la afirmación rotunda de la plenitud del poder que le compete en el cielo y en la tierra; y finalmente,*

en la comunicación de estos poderes a quienes ha elegido por apóstoles.

b) *Mucho más difícil es la subida triunfal de Jesucristo a los cielos que descender de una cruz.*

D. Con razón Jesucristo nuestro Señor les decía a los apóstoles: «Si me amaseis, ciertamente os alegraríais, porque me voy al Padre» (Io. 14,28).

III. *Alegría para nosotros.* **984**

A. Con Cristo subimos al cielo.

a) *Repetidamente lo afirma el Maestro: «Voy a mi Padre y a vuestro Padre»* (Io. 20,17). *«Me voy a prepararos un lugar... Vendré de nuevo a vosotros, os llevaré conmigo para que donde yo estoy estéis también vosotros»* (Io. 14,1-4).

b) *Es que, incorporada a Jesucristo, no solamente va nuestra naturaleza al reino de los cielos, representada en la humanidad de Jesús, sino que nosotros mismos, en cierto sentido, ya participamos del gozo de la Ascensión. De modo pleno se realizará el día de nuestra resurrección; pero un título que nos dé derecho a entrar en el cielo poseemos, porque los miembros deben seguir la suerte de la Cabeza.*

B. Una fuente de alegría frente al origen de la tristeza. Toda la tristeza que en el mundo se ha derramado ha sido obra del pecado. La alegría se perdió entre los hombres con el destierro del paraíso terrenal, pena del pecado de Adán y de la humanidad entera en él. Una tristeza que se consuma formal y eternamente cuando tras el pecado viene la condenación del infierno.

a) *Frente a la tristeza con que el pecado inundó el mundo brota la fuente de alegría que es la redención de Jesucristo.*

b) *Y el misterio de la Ascensión en la humanidad de Jesucristo realiza con plenitud los frutos positivos de la redención Estos mismos frutos con eterna glorificación los comunica a los justos, que penetran, acompañándoles, en el cielo; algunos de ellos, probablemente, hasta con sus propios cuerpos.*

c) *Este misterio viene a decirnos toda la alegría que ha de triunfar frente a la tristeza. Es la gracia en la plenitud de sus efectos frente al pecado; es la glorificación eterna frente a la condenación.*

IV. *Alegría universal.* **985**

A. La presencia de Cristo en la tierra por la encarnación, más aún por el nacimiento, mucho más por su manifestación, era motivo de alegría para quienes conversaban con El, sobre todo para los discípulos y apóstoles, llamados a su intimidad, con quienes forma el núcleo primordial de la Iglesia que instituye. Alegría para el pueblo de Israel, que vivía esperando durante siglos la

presencia del Salvador. Para ellos, los profetas habían hablado sobre el Mesías con las imágenes más bellas y alegres: Será la luz, el agua, el príncipe de la paz, el buen Pastor.

B. En la Ascensión dice Jesús una palabra que rompe la barrera donde estaba contenida la vida del Maestro: «Predicad a todas las criaturas»; y parece que después de estas palabras, a medida que se levanta y abre sus brazos derramando bendiciones, se extiende por todo el mundo la luz de su doctrina, el agua bautismal de su gracia, la suave ley de su amor, y que sus brazos de Pastor bueno se ensanchan para atraer hacia sí a todas las ovejas perdidas. El misterio de la Ascensión alegra a todas las criaturas.

986 V. *Verdadero sentido de esta alegría.*

A. Finalmente, el día de la Ascensión comienzan los apóstoles a adquirir el verdadero sentido de la alegría y las fuentes de donde brota.

B. Cumplimiento de la voluntad de Dios.

a) *Los discípulos reciben la amonestación de los ángeles, indicándoles que no deben quedarse absortos en la contemplación de aquel misterio de gloria; deben retirarse a Jerusalén a cumplir el mandato de Cristo. Mandato que, en primer lugar, les indica que deben prepararse a recibir el Espíritu Santo, y que después se hará universal en el ministerio de la santificación, de la predicación y del gobierno de la Iglesia.*

b) *Este doble aspecto de propia santificación y santificación de los demás por el cumplimiento de la voluntad de Dios, es fuente de la verdadera y perenne alegría para todos nosotros.*

C. Camino de cruz. Es otra fuente de alegría, perfectamente unida a la anterior; porque en tanto la cruz la quiere Dios, en cuanto significa el cumplimiento de su voluntad y el camino más corto para llegar a El.

a) *Los apóstoles que se van llenos de gozo hacia el Cenáculo, llenos también de alegría saldrán de la presencia de los tribunales, donde han sido condenados por predicar el nombre de Jesús.*

b) *Y esperando este gozo de una glorificación semejante a la de Cristo, el apóstol San Pablo verá que se inundan de alegría todos sus caminos, que parecen llenos de tribulaciones* (2 Cor. 7,4).

6

Cómo seguir a Cristo

I. *Tras el Maestro.* **987**

A. Jesucristo vino al mundo para enseñarnos el camino que ha de seguir el hombre, a fin de encontrar de nuevo a Dios perdido por el pecado.

a) *En el santo Evangelio siguen a Jesús las turbas, los amigos, los discípulos. Especialmente, le siguen los apóstoles, invitados por el Maestro para que le queden definitivamente unidos en la misión de predicar la verdad a todas las gentes. Seguir los pasos de Jesucristo, he aquí el medio único de encontrar a Dios.*

b) *Sin embargo, al tratarse de su Ascensión a los cielos, Jesucristo habla a los apóstoles diciéndoles que «a donde El va ellos no le pueden seguir»* (Io. 13,33). *Los mismos ángeles sorprenden el día de la Ascensión a los apóstoles pendientes con su mirada de la nube que oculta a Jesús y les intiman a que se retiren y trabajen en el mundo, esperando el día en que Jesús recorrerá de nuevo el camino que ahora lleva. En este momento es camino glorioso, después será venida como juez.*

B. Sin embargo, siempre será verdad que para no andar en tinieblas hemos de seguir a Jesucristo (Io. 8,12). Enumeremos los distintos modos según los cuales debemos seguir a este Jesús que se va de entre nosotros con su humanidad gloriosa por el misterio de la Ascensión.

II. *Con la admiración.* **988**

A. La liturgia, en el canto de las letanías, al tratar de los misterios del Señor, aplica al de la Ascensión el epíteto de «admirable»: «Admirabilem ascensionem tuam».

B. Admirable la Ascensión, porque es un hecho único en la historia. Nunca se ha oído en la vida de un hombre que por su propia virtud haya ascendido gloriosamente en presencia de los demás.

a) *Simón Mago recibe el castigo de su temeraria osadía dando en el suelo con su cuerpo, que pretendió subiera a lo alto por artes de magia.*

b) *Los mismos ángeles, según la Escritura, quedan admirados al contemplar la Ascensión de Cristo: «¿Quién es este que viene de Edón con vestiduras hermosas y ensangrentadas, avanzando con una sorprendente manifestación de su poder?»* (Is. 63,1), *y se sorprenden, según el Salmo, cuando son invitados a abrir las puertas del cielo para recibir en majestad al Rey de la gloria* (Ps. 23,7-9).

989 III. *Con el deseo.*

A. A ello nos invita Jesucristo cuando nos dice que debemos tener el corazón donde está nuestro tesoro (cf. Mt. 6,21).

B. San Pablo, al contemplar a Jesucristo en el cielo, nos invita: «Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (Col. 3,1).

C. San Agustín encontraría perfectamente adaptada su felicísima expresión «nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti», aplicándola al deseo del corazón cristiano, sobre todo del alma profundamente espiritual, que anhela con San Pablo estar con Jesucristo en el cielo, y para ello pasar pronto por la puerta obligada de la muerte. Hay en nosotros vida de Cristo y sangre suya, que reclama, cuando atendemos a sus deseos, la unión definitiva con el que es nuestra Cabeza.

990 IV. *Con el desprecio de las cosas terrenas.*

A. Jesucristo, al invitarnos para seguirle, primero en esta vida para después poder seguirle en la otra gloriosa, nos dice: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt. 16,24).

a) *Es, por tanto, la primera condición la negación y desprecio de las cosas terrenas y de nosotros mismos para seguir a Cristo.*

b) *Es que virtud fundamental y necesaria en la vida espiritual es la de la humildad.*

B. San Pablo, al invitarnos, según vimos en el texto de los Colosenses, para que busquemos las cosas que son de arriba, puesto que Cristo está allí, lógicamente y en paralelismo inmediato nos dice que no busquemos las cosas que son de la tierra.

C. Por eso las almas espirituales encuentran tan natural y aceptan la expresión de San Ignacio que resume la impresión que le causa al contrastar el cielo con la tierra: «¡Cuánto hastía la tierra cuando se contempla el cielo!»

991 V. *Con la esperanza y la confianza.*

A. Esperanza que nace de la promesa de Jesucristo, que nos dice que va a prepararnos un lugar (cf. Io. 14,2). Y, como si ya lo hubiéramos obtenido, San Pablo (Eph. 2,6) nos dice que Dios nos ha hecho sentarnos en un trono celestial en Jesucristo.

B. Porque, según San León Magno, donde está reinando

gloriosa la cabeza, está también, por la esperanza, el cuerpo. San Gregorio Magno tiene una comparación muy gráfica: «Aunque actualmente la agitación de los acontecimientos haga fluctuar nuestra alma, tengamos fija en la patria eterna el áncora de nuestro espíritu, afirmemos en la verdadera luz la mirada de nuestra inteligencia».

VI. *Con el temor.* **992**

Los ángeles de la Ascensión, al recordarnos la venida final de Jesucristo como juez, nos indican que debemos prepararnos en esta vida con el trabajo en nuestra propia santificación y en la santificación de los demás, como lo hicieron los apóstoles, labrando nuestra salvación con temor y temblor.

VII. *Con la inocencia de vida.* **993**

A. Para subir al monte del Señor y permanecer en el lugar santo, nos dice el Salmista que es necesario caminar con manos limpias y corazón puro (cf. Ps. 23,4). Si queremos seguir al que ahora en su viaje final llega hasta el cielo,

a) *Debemos seguirle antes durante esta vida por el camino de la virtud que El recorrió.*
b) *Debemos tener por cierto que «no entrará nada manchado en el reino de los cielos»* (Apoc. 21,27).
c) *San Agustín* (cf. Serm. 176) *nos dice: «Con el autor de la bondad no sube la malicia, ni con el maestro de la humildad, la soberbia; ni con el Hijo de la Virgen, la lujuria y la impureza. No suben los vicios detrás del Padre de las virtudes, ni el pecador tras el justo, ni las enfermedades pueden caminar tras el médico».*

7

«*Yo estoy con vosotros*»

I. *La presencia de Cristo.* **994**

A. La unión del hombre con Dios, sea en una religión natural, sea en una religión sobrenatural, es la única que puede dar seguridad y esperanza a la vida del hombre. Es la única meta de todas las aspiraciones, y será, finalmente, el objeto de la glorificación en la otra vida. La feliz expresión de San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para

ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti», vale tanto en la religión sobrenatural como en la natural.

B. Pero en la religión sobrenatural en que vivimos, la presencia de Dios se ha elevado infinitamente de plano, tanto en esta vida por la gracia santificante, como en la otra por la glorificación, que consistirá en la visión intuitiva: en ver a Dios como El se ve, en amarlo como El se ama, en gozarlo como El se goza.

C. Presencia de Dios en Cristo. Pero vivimos no solamente en un orden sobrenatural, sino que se agrega el que estamos redimidos por Jesucristo, lo cual significa que aquella gracia perdida por el pecado de Adán, por el que Dios se aleja del hombre, ha sido rescatada por la venida del mismo Dios hecho hombre.

D. Una vez gustada la presencia de Dios entre nosotros no se acallarán los deseos del corazón hasta tanto que tengamos certeza de su permanencia en la tierra. Estudiando la psicología del corazón humano, no bastará el recuerdo de su paso entre nosotros.

E. Jesucristo, conociéndonos perfectamente, responde a los deseos de nuestro corazón y a los deseos del corazón de Dios, cuyas delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov. 8,31); tiene buen cuidado el día de su Ascensión de decir una palabra en la que toda la Iglesia y todos los hombres pueden descansar: «He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (Mt. 28,20).

995 II. *Con vosotros en el sacrificio de la misa.*

A. La santa misa es sacrificio. Por tanto, perpetúa entre nosotros los méritos de Cristo. El ha querido que aquellos méritos obtenidos en su sacrificio del Calvario se nos comuniquen por otro sacrificio que no solamente recuerde, sino que sea reproducción, aunque incruenta, del de la cruz, donde El realmente está presente, siendo sacerdote y víctima. Si El nos incorporó en el Calvario para ofrecernos en sacrificio de redención, El viene cada mañana a comunicar los frutos en su propia persona desde el altar.

B. La santa misa es sacramento. Tan cerca de nosotros llega Cristo en el sacrificio de la misa, que se introduce en el cuerpo de quien se acerca a recibirle en el sacramento de la comunión. La vida sobrenatural que hay en el alma por la gracia es el propio Jesucristo, quien la hace aumentar cada mañana al venir en la hostia consagrada al corazón del cristiano.

C. La misa hace que Cristo esté perpetuamente presente en nuestros sagrarios por el sacramento que en ellos se

reserva: desde el sagrario Jesucristo repite a todas las horas del día y de la noche su invitación: «Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados y yo os aliviaré» (Mt. 11,28).

III. *Con vosotros en la Iglesia.* **996**

A. Conciencia de ser Cuerpo místico. He aquí una fuente de energías y de gozo extraordinario. El cristiano debe meditar con frecuencia lo que significa esta expresión: «yo soy Iglesia», «soy cuerpo de Cristo», «soy sarmiento unido a El, que es la vid».

a) *Con todo lo que hay de valor y fuerza en la Iglesia.*
b) *Con todas las gracias y con todas las exigencias.*
c) *Con todos los derechos y todas las obligaciones.*
d) *Con toda la seguridad del triunfo en medio de las dificultades.*
e) *Sabiendo que en cada momento, aunque aparentemente pueda creerse lo contrario, encuentro lo necesario para edificar positivamente la santidad, con tal de que aproveche la gracia que Dios me envía.*
f) *Finalmente, con la seguridad del triunfo final, que terminará en nuestra eterna glorificación.*

B. Precisamente por la Ascensión.

a) *En virtud de su muerte en cruz, podemos ser incorporados a Cristo como miembros.*
b) *Pero no hemos sido incorporados para la aplicación de esos frutos al Cristo temporal, mientras vivía en la tierra, sino únicamente al Cristo triunfante exaltado a la gloria del Padre, al Cristo de la Ascensión.*
c) *Tuvo que abandonarnos y alejarse de nosotros para poder acercarse más, para hacerse una misma cosa con nosotros en la realidad de su Cuerpo místico.*
d) *Sube a los cielos para darnos los frutos conseguidos, «para llenarlo todo»* (Eph. 4,10).

IV. *Con vosotros en el sacerdote.* **997**

A. Hubiera sido gran seguridad para el hombre redimido el saber que contaba con los méritos del Redentor y que al aplicárselos Dios estaba presente a él; y tener el símbolo de su presencia real en el sacrificio de la misa y sacramento de la Eucaristía.

B. Pero Cristo ha querido dejar un testimonio de su presencia entre nosotros más palpable, más asequible aún, más al alcance de nuestras necesidades. Es en sus ministros, en la jerarquía de la Iglesia. Lo necesitábamos mientras caminamos por el mundo.

C. Toda la misión de Cristo la perpetúa la Iglesia docente.

a) *Cristo es Rey y da poder de gobernar a sus ministros. Serán personas humanas y visibles a quienes se puede ver y oír. Los*

podremos seguir como buenos pastores que señalan el camino positivo hacia el cielo y acusan y condenan los peligros y desviaciones que nos apartan de Dios.

b) *Cristo es sacerdote y santificador y en las manos del sacerdote dejará una serie de medios visibles establecidos por El que nos comunican eficazmente la gracia santificante.*

c) *Cristo es Maestro que viene a revelarnos toda la verdad, y en el magisterio infalible de su Iglesia nos deja la luz segura e inalterable que no puede sufrir sombra de error.*

D. Al papa, a los obispos y a los sacerdotes podemos acudir con la misma seguridad que a Jesucristo, porque es el modo más palpable con que Jesús confirma la realización ininterrumpida de su promesa: «He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos».

998 V. *Conclusión.*

Permanezcamos con Jesucristo en la Eucaristía, en un vivir consciente de nuestra vida cristiana, perfectamente unidos a la jerarquía de la Iglesia; porque éste es el modo de que Cristo, lo mismo que se ha hecho presente a nosotros hasta la consumación de los siglos, se haga después presente en una eternidad de gloria.

8

Dureza e incredulidad

999 I. *Dos partes de la vida gloriosa de Jesús sobre la tierra.*

A. En el período de los cuarenta días que Cristo pasó sobre la tierra entre la Resurrección y la Ascensión, deben distinguirse dos partes.

a) *La primera abraza los primeros diez o doce días y más, en concreto, la primera semana. En este primer período las dudas y temores, las incertidumbres de los apóstoles fueron muchas.*

b) *En el segundo período hasta la Ascensión cesaron las dudas y las incertidumbres y los apóstoles creyeron más firmemente.*

B. El reproche, por consiguiente, se refiere a la incredulidad y dureza de los apóstoles durante el primer período; muy especialmente a la incredulidad de Santo Tomás. Los comentaristas han visto relaciones especiales entre el reproche de dureza e incredulidad por parte de Jesucristo y su partida de este mundo por la Ascensión.

II. *Reprocha la incredulidad.* **1000**

A. Los apóstoles no habían querido creer el testimonio de los ángeles, ni el de las mujeres, ni el de Pedro, ni el de los discípulos de Emaús; Santo Tomás se resiste a creer el testimonio de los diez apóstoles. Todos, en mayor o menor escala, habían rechazado el testimonio de testigos presenciales del sepulcro vacío y del anuncio de que Jesús había resucitado de entre los muertos.

B. Eran dignos especialmente de reprensión los que van a predicar una doctrina plena de misterios. Ellos deben procurar tener un conocimiento y una fe profunda en aquellas mismas verdades que han de proponer.

a) *Tanto más dignos de reprensión son aquellos que no han creído al testimonio de otros, cuanto ellos mismos después de la Ascensión han de predicar a todas las criaturas y exigir, bajo pena de condenación, que admitan la doctrina que proponen.*

b) *Por esta reprensión los apóstoles se excitaron a humildad, con la que se preparan a recibir los altos poderes que Cristo les va a comunicar.*

III. *Reprende la dureza de corazón.* **1001**

A. Es que Cristo quiere cambiar el corazón de los apóstoles por uno lleno de caridad y de humildad. La dureza del egoísmo y de la soberbia hace rechazar toda semilla como aquel camino de la parábola en que la simiente no penetra.

B. Es la misma reprensión que en la tarde del domingo de gloria Jesús hace a los discípulos de Emaús, a quienes llama «necios y tardos de corazón» (Lc. 24,27).

C. Jesús quiere imprimirles en los últimos momentos de su estancia en la tierra la lección única que han de predicar y han de vivir: que el camino del cielo es la cruz, que su cuerpo glorioso ha brotado de un sepulcro.

IV. *La fe, principio de vida espiritual.* **1002**

A. La incredulidad que Jesús reprende en los apóstoles nos demuestra que la virtud de la fe es necesaria e indispensable como fundamento de nuestra vida espiritual.

B. El concilio de Trento (cf. ses.6.ª c.8) la llama fundamento y raíz de nuestra justificación.

a) *Fundamento positivo. Ella nos pone en contacto, por medio de su luz, con todas las verdades de orden sobrenatural, con la vida íntima de Dios en el misterio de la Trinidad, con la realidad que se encierra en Jesucristo, fuente de nuestra salud.*

b) *La humildad es el fundamento negativo. Por la soberbia huye Dios de nosotros. Por la humildad vuelve a nosotros. Pero*

esta humildad así entendida no es sino una condición previa, fundamento que remueve dificultades para que Dios esté presente en nosotros por la virtud de la fe.

c) *De aquí que la fe viva sea la raíz de todo bien espiritual. Cuando el alma tiene conciencia clara de los bienes espirituales y camina por la vida a la luz de esa voz de orden sobrenatural, se siente llena de una santa audacia para luchar contra los enemigos y para acometer las más grandes empresas. Esta es la fe que Jesucristo quiere afianzar en el corazón de aquellos que deben acometer la gran empresa de la predicación de la verdad evangélica a todo el mundo.*

1003 V. *La caridad, plenitud de vida sobrenatural.*

A. Así como les reprende la incredulidad, les reprende también la dureza del corazón.

B. La caridad es lo que ablanda en realidad nuestros corazones.

a) *Amor a Dios, que hace que nuestro corazón sea sensible a los mandatos y deseos de su voluntad.*

b) *Amor al prójimo, que hace al corazón percibir como propias las necesidades del prójimo.*

C. Así se prepararon perfectamente los apóstoles para predicar por Dios a todas las criaturas. Así viviremos nosotros con perfección la vida espiritual: con amor a Dios y amor al prójimo.

1004 VI. *Conclusión.*

Después de la Ascensión los apóstoles se preparan para recibir al Espíritu Santo, el que es luz, que les enseña todas las verdades de la fe y es el amor substancial de la Trinidad, que enciende en sus corazones el fuego del amor.

9

Ascensión y juicio final

1005 I. *Dos temas unidos.*

A. El día de la Ascensión. Quizá nos sorprende a primera vista que los ángeles de la Ascensión vengan a traer a la memoria de los absortos discípulos el tema fuerte del juicio final, cuando les dice: «Ese Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo vendrá así como le habéis visto ir al cielo» (Act. 1,11).

B. La liturgia. Parecería natural que el año litúrgico se cerrara con el tema del juicio final, pero también en el

primer domingo de Adviento, inicio del año litúrgico, nos prepara a conmemorar la venida amable de Dios hecho Niño con el tema del día final.

C. Están, sin embargo, los dos temas perfectamente relacionados entre sí.

a) *La Ascensión de Cristo es por sí misma un tema que pone luces de alegría en todos los misterios de su vida y da fuerza y solidez a los discípulos que creyeron y siguieron al Maestro. Hasta los mismos ángeles que hablan a la muchedumbre vienen con la vestidura alegre y festiva de sus túnicas blancas.*

b) *Y si es cierto que la escena del juicio final será terrible, sin embargo, para los verdaderos discípulos de Jesús ella será el comienzo de la redención en la plenitud de sus efectos. Entonces, resucitados los cuerpos gloriosos, tendrán la apoteosis que el mismo Cristo alcanza con su Ascensión. Cuando el Maestro explica a los suyos las circunstancias del juicio final, la escena, que sobrecoge sus ánimos, queda iluminada por las palabras: «Cuando comiencen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención»* (Lc. 21,28).

D. La tradición cristiana es un ejemplo digno de atención.

a) *La Iglesia de los primeros tiempos comprendía el profundo significado de la vida cristiana y vivía con la ansiedad y añoranza de que llegase el día del Señor. La expresión litúrgica de sus deseos era el «Veni, Domine, Iesu».*

b) *Era la oración que el propio Cristo había dejado en los labios de los cristianos, a quienes mandó que hicieran oración diciendo: «Adveniat regnum tuum».*

c) *Toda la revelación escrita se cierra con el mismo anhelo: «Ven, Señor, Jesús»* (Apoc. 22,18).

d) *Hoy no es tan vivo y perenne este recuerdo y lo admiramos en la vida de los santos. Una sociedad más consagrada al trabajo humano y al triunfo y conquista de este mundo pretende suprimir el pensamiento del juicio final. A los que tienen tal concepto de la vida los condena el Apóstol: «El término de éstos será la perdición, su dios es el vientre y la confusión será la gloria de los que tienen el corazón puesto en las cosas terrenas»* (Phil. 3,19).

e) *Mientras para el cristiano, según el mismo testimonio, aquel día de Cristo es el de su triunfo: «Porque somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesucristo, que reformará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas»* (Phil. 3,20-21).

II. *«Negociad mientras vuelvo»* (Lc. 19,13). **1006**

A. Cristo es aquel rey de la parábola que va a una región lejana para recibir el reino que le tocó en herencia y volverá después. Al irse ha dejado los talentos repartidos en proporciones distintas a los apóstoles, discípulos y a

todos los cristianos. A María Santísima le dejó una cantidad insuperable de talentos. No quiere Cristo ociosidad porque vendrá después a pedir estrecha cuenta de todo con objeto de premiar a quienes lo hayan merecido.

B. Por lo cual los ángeles recuerdan a los discípulos que vayan al trabajo porque les interesa prepararse para la segunda venida. Si a los mismos que estaban absortos en contemplar aquel misterio del triunfo de Cristo hablan así los ángeles, es bueno revisar.

a) *Nuestra vida de oración. No vaya a ser un poco falsa y cómoda, sin producir el fruto que Dios quiere de ella en los demás, y especialmente en nosotros mismos.*
b) *Los fieles de organizaciones de apostolado cuiden de no estar ociosos en una estéril y falsa contemplación de sí mismos, del sacerdote, etc.*
c) *Cuánto más debe temer el que está totalmente ocioso en su vida.*
d) *No justifica la ociosidad el hecho de tener resueltos nuestros propios problemas. Lo mismo en el orden natural que sobrenatural, el que no trabaja, por el mero hecho de no hacerlo, ya falta.*
e) *El que entierra su talento lo devolverá, según la parábola, a la vuelta del Señor; pero el no haberlo hecho rendir más será razón suficiente para que quede totalmente condenado.*

C. San Mateo narra a continuación de la parábola que estamos aplicando el sermón sobre el juicio final, al cual manifiestamente quiere Jesús que la apliquemos.

1007 III. *Esperanza y temor.*

A. El recuerdo del juicio en este día nos dice que debemos caminar uniendo el temor con la esperanza.

a) *Esperanza que se robustece en la Ascensión de Cristo, porque, según dice San León Magno* (cf. *Serm. de la Ascensión*): «*Allí donde reina gloriosa la Cabeza, vive por la esperanza el cuerpo*».
b) *Pero caminando con temor, con la certeza de que antes de conseguir el triunfo definitivo tendremos que ser citados a juicio.*

B. He aquí el doble apoyo en nuestro camino: esperanza para no desalentarnos, temor para evitar el pecado.

1008 IV. *Conclusión.*

A la luz que se desprende del cuerpo glorioso de Cristo que sube a los cielos, aprendamos la lección que ella nos ofrece y abracémonos al trabajo, que ha de fructificar en el triunfo definitivo.

10

Lecciones de la Ascensión (I)

I. *Cristo, nuestro modelo.* **1009**

A. Jesucristo a lo largo de toda su vida es el modelo que el hombre debe imitar en su camino hacia Dios. Ni una sola escena del vivir de Cristo podemos encontrar que, en uno u otro modo, no pueda ser un ejemplo posible de imitar para el hombre.

B. Las palabras de Jesús: «Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis igual que yo he hecho» (Io. 13,15), tienen aplicación a su vida entera.

C. La Ascensión, misterio que resume todos los precedentes de la vida del Salvador, nos ofrece lecciones admirables de ejemplaridad. Hasta tal punto que en él se sintetizan todos los ejemplos que entre nosotros dió a su paso por la tierra.

II. *Principio y fundamento de la vida cristiana.* **1010**

A. San Ignacio de Loyola ofrece al comenzar sus «Ejercicios» la consideración sobre el Principio y Fundamento: orienta al hombre desde el comienzo hacia su último fin; le coloca mirando hacia Dios y sirviéndose de todas las criaturas para alabar, hacer reverencia y servir a El, consiguiendo así su propia salvación.

a) *Este ejercicio o consideración penetra como nervio o hilo conductor toda la trama del cuerpo de los «Ejercicios» hasta «la contemplación para alcanzar amor», que no es sino el mismo Principio y Fundamento considerado en su última perfección de la vida sobrenatural.*

b) *Es decir, que esta verdad ha de ser norma de toda la vida del cristiano, como debería ser de toda la vida del hombre bien ordenado hacia Dios.*

B. La Ascensión de Jesucristo que contemplamos es un ejemplo vivo y real del punto adonde nos conduce el Principio y Fundamento cuando lo hemos realizado en nuestra vida. A la luz de este misterio tienen un valor y ambiente muy propios las palabras de Jesús que recoge San Juan antes del discurso de la última Cena.

a) *«Salí del Padre y vine al mundo; otra vez dejo el mundo y vuelvo al Padre»* (Io. 16,28). *He aquí toda la trayectoria de la vida de Jesús y la de todos los hombres. Venimos de*

Dios y vamos a Dios; pero, con mayor perfección que lo dice San Ignacio, Jesucristo quiere subrayar algo más que la relación de criaturas y Creador diciendo que viene del Padre y va al Padre; es decir, somos hijos. Es lo que debe regular toda nuestra actuación en el mundo. Tener conciencia de la dignidad de nuestro origen y del término hacia el que caminamos.

b) *La obra sobre la tierra. Entre ese venir y volver hay un período de tiempo en la vida de Jesús y en nuestra vida. Tiempo para merecer que vivimos sobre la tierra. En la Ascensión de Jesús recogemos de nuevo las palabras de sus discursos para aprender en este ejemplo la obra a realizar:*

1. «He glorificado tu nombre sobre la tierra» (Io. 17,4). Esta palabra final de Jesús va unida a la primera palabra pronunciada en nombre suyo por los ángeles en Belén: «Gloria a Dios en lo más alto de los cielos». El hombre ha nacido para alabar a Dios. He ahí el resumen de toda la vida de Jesús: la glorificación de su Padre. Glorificación que no consiste solamente en palabras, sino en el cumplimiento de su voluntad: «He aquí que vengo para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad» (Hebr. 10,5 ss.). Así comienza la vida de Jesús, y por el cumplimiento de su voluntad hasta la muerte, y muerte de cruz, discurre en cada uno de los momentos de ella. Por esta glorificación a Dios en la Ascensión el Padre corresponderá, porque ha llegado la hora en que se cumpla la petición del Hijo de que el Padre le glorifique (Io. 17,1).
2. «He consumado la obra que me encomendaste» (Io. 17,4). Jesús ha realizado toda la obra encomendada por el Padre. Porque nos sirva una línea de resumen, nos podría servir la estrofa del himno del Corpus: «Se nascens dedit socium, convescens in edulium; se moriens in pretium, se regnans dat in praemium». Se hizo nuestro hermano en Belén, con todos los ejemplos de su vida oculta y de su vida pública, con su predicación, con la institución de su Iglesia, con la bendición de sus milagros, con la explicación de su ley de amor.

   1.° *Nuestro manjar en la cena, instituyendo en ella el sacrificio y sacramento de la Eucaristía, por el que se va a perpetuar su presencia en la tierra en un sacrificio que comunica todos los méritos conseguidos en el Calvario y que facilitará su unión personal a cada uno de los cristianos en el Sacramento del Amor.*
   2.° *Nuestra redención en la cruz, devolviendo al Padre todo el honor que el hombre le niega por el pecado, satisfaciendo condigna y sobreabundantemente por todas las ofensas que contra Dios se cometieron en la historia de la humanidad.*
   3.° *Finalmente, consumará la obra del Padre con esta glorificación. Dios quiere que ella responda como un premio a su obediencia y que sea al mismo tiempo principio de glorificación para todos aquellos que se aprovechan de la obra realizada por Cristo viviendo la vida sobrenatural que para ellos ha alcanzado.*

3. «He manifestado tu nombre a los hombres» (Io. 17,6). Toda la verdad que Jesucristo viene a revelarnos está

resumida en sus propias palabras: «Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, sólo Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo» (Io. 17,3).

1.° *Cristo ha anunciado a los hombres el nombre de Dios revelándoles el único Dios, Dios uno y trino, el único fin en Dios.*
2.° *La única desdicha verdaderamente grande, que es apartarse de Dios por el pecado; el único salvador del pecado, cuyo nombre es Jesús, que es Dios verdadero y hombre verdadero.*
3.° *La única religión verdadera, que nos conduce al fin; la única fuerza sobrenatural, la gracia, que nos fortalece para este camino; la única ley santa conforme a la cual hemos de vivir el único reino, la Iglesia, donde se desarrolla la acción de Dios.*
4.° *Realmente Jesucristo ha manifestado el nombre de Dios a los hombres con todos sus secretos de vida.*

III. *Continuar su obra.* **1011**

A. Cristo entrega su misión con sus poderes a los apóstoles para que ellos continúen la misma obra que El ha realizado sobre la tierra.
B. Nosotros participamos de la vida que esos poderes comunican al alma para que también realicemos esta misma obra: glorificar a Dios, realizar la obra que nos encomiendan de nuestra propia santificación, de manifestar su nombre a todo el mundo.
C. Así seremos un día glorificados con Jesucristo, por Jesucristo y en el mismo Jesucristo.

11

Lecciones de la Ascensión (II)

I. *Valor del trabajo.* **1012**

A. Entre las distintas lecciones de ejemplaridad que nos ofrece el hecho de la Ascensión de Jesucristo a los cielos ocupa lugar preferente la del valor del trabajo en la vida cristiana.

a) *A veces se ha considerado falsamente que la vida intensamente espiritual enerva las energías, que tienen un valor humano y natural de gran eficacia.*
b) *Sin embargo, nada tan distante de la realidad. Precisamente el misterio que lleva en contemplación tras sí los ojos de los discípulos tiene una fuerza singularísima para poner de relieve el valor del trabajo y alentar el mismo.*
c) *Los ángeles vieron tan unidos estos dos aspectos, que, recién arrebatado el Redentor de la presencia visible de sus discípulos, les excitan para que, apartándose del monte de la contemplación, se dirijan al trabajo que el Padre de familias les ha confiado en su viña: predicar la buena nueva a todo el*

mundo en espera de la venida del Redentor como juez para pedir cuentas de la obra que se ha realizado. No solamente esta invitación que hacen los ángeles para inducir a una vida apostólica a aquellos hombres, sino que más aún:

B. La Ascensión alienta al trabajo.

a) *Jesucristo está recibiendo el premio único a una vida también única de trabajo.*

b) *«Por los frutos, dijo Jesús, se conoce el árbol»* (Mt. 7,16). *El fruto que hoy contemplamos es admirable y pone en el corazón cristiano el deseo de gustarle. Tras Jesucristo se van nuestros corazones aspirando a estar definitiva y gloriosamente en los cielos.*

c) *El árbol que ha producido estos frutos ha sido:*

1. La vida oculta de Nazaret: revalorización del trabajo oculto y manual. Dios vino a salvar lo que había perecido; el trabajo, castigo medicinal impuesto por Dios al hombre pecador, había sido despreciado y arrinconado; era necesario tomar esta arma para ganar la batalla. Dios quiso tomar el trabajo para exaltar su valor.
2. Vida apostólica: los tres años de vida pública de Jesús, trabajo incesante por la dilatación del reino de Dios para construir el gigantesco edificio de la Iglesia y dejarla dotada de todas las verdades, de todos los ejemplos, de todas las leyes, de todas las gracias, de todos los poderes.
3. Finalmente, el trabajo ejemplar inaudito e ingrato de su pasión y de su muerte ignominiosa. No hay ejemplo más impresionante de trabajo tan intenso como el de Jesucristo en su pasión y en su muerte por nosotros.

C. Es un misterio el de la Ascensión para los tiempos modernos, en que se cultiva como en ningún otro la virtud del trabajo, sumamente consolador. En Jesucristo todo el trabajo natural y sobrenatural estuvo tan perfectamente ordenado que dió como frutos: para los hombres, la redención; para sí mismo, la glorificación, que hoy contemplamos. Nuestro trabajo, sea natural, sea de orden sobrenatural, todo él realizado en gracia y con la intención de cumplir la voluntad de Dios, será la semilla de nuestra glorificación futura. He aquí el mejor aliento para el trabajo.

1013 II. *Optimismo cristiano.*

A. Jesucristo también ha experimentado, como ocurre con frecuencia en la vida del hombre, la amargura y la tristeza. Es aleccionadora en este sentido la escena del huerto de los Olivos. Pero San Pablo nos dice que Jesús «se abrazó con la cruz de su pasión y de su muerte a la vista del gozo» (Hebr. 12,2). Hoy en la Ascensión se perciben los frutos dulces del árbol de la cruz.

B. El cristiano, ciertamente, se ha de abrazar con el trabajo, con la cruz, con la negación de sí mismo.

a) *El mundo no entiende ni puede reconciliarse con la vida según los criterios de Jesucristo, y tacha la vida cristiana de triste.*

b) *Pero la realidad es que los mundanos buscan solamente la alegría aparente y caduca de este mundo en los honores, en las riquezas, en los placeres, en la triple concupiscencia; pero toda su gloria será destruída.*

c) *Por el contrario, los que siguen los criterios de Jesucristo y de su Iglesia procuran caminar en la vida de tal modo que al fin encuentran la verdadera y eterna alegría del premio de sus buenas obras. Aunque tengan que abrazarse con la dureza del cumplimiento de la voluntad de Dios, sin embargo, tienen goces más íntimos, esperanzas más fundadas, una mirada que penetra más allá del horizonte de esta vida para contemplar un panorama de eternidad.*

d) *Más todavía: a medida que las almas van viviendo con intensidad las virtudes teologales, anticipan los goces de la otra vida y comienzan su bienaventuranza en la presente. De aquí que la alegría sea nota distintiva en la vida de los santos.*

III. *Conclusión.* **1014**

La alegría que se abre en la vida de Jesucristo por el misterio de la Ascensión nos debe alentar para vivir lo que la Iglesia nos propone en la oración litúrgica: «Que allí estén fijos nuestros corazones por el deseo donde están los verdaderos goces».

FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI

Jueves después del domingo 1.º de Pentecostés

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

La Sagrada Eucaristía.
La comunión eucarística.
Efectos de la Eucaristía.
La festividad del Corpus.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. PARTES VARIABLES DE LA MISA

Introitus.—Ps. 80,17: Cibavit eos ex adipe frumenti, alleluia; et de petra, melle saturavit eos, alleluia, alleluia, alleluia.—Ps. 80,2: Exsultate Deo adiutori nostro: iubilate Deo Iacob. ℣. Gloria Patri...

Introito.—Los sustentó con la flor del trigo, aleluya, y saciólos con la miel que destilaba la piedra, aleluya, aleluya, aleluya.—Ps.: Aclamad a Dios, nuestro protector; cantad con júbilo al Dios de Jacob. ℣. Gloria al Padre...

Oremus.—Deus, qui nobis sub Sacramento mirabili passionis tuae memoriam reliquisti: tribue, quaesumus, ita nos Corporis et Sanguinis tui sacra mysteria venerari, ut redemptionis tuae fructum in nobis iugiter sentiamus. Qui vivis...

Oremos.—¡Oh Dios, que en el admirable sacramento nos dejaste memoria de tu pasión!, pedímoste nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu cuerpo y sangre, que experimentemos continuamente en nosotros el fruto de tu redención. Que vives y reinas...

Sequentia.—Lauda, Sion, Salvatorem; lauda ducem et pastorem, in hymnis et canticis.—Quantum potes, tantum laude: quia maior omni laude, nec laudare sufficis.

Secuencia.—Canta, Sión, con voz solemne al que a redimirte viene, a tu Caudillo y Pastor.—Alábale cuanto puedas, pues, por mucho que te excedas, todo es poco en su loor.

Laudis thema specialis, Panis vivus et vitalis hodie proponitur.—Quem in sacrae mensa coenae, turbae fratrum duodenae datum non ambigitur.

De alabanza merecida, el Pan vivo que da vida, alto objeto es hoy doquier,—Que al Colegio de los doce la Escritura reconoce dado en la cena postrer.

Sit laus plena, sit sonora, sit decora mentis iubilatio: — dies enim solemnis agitur in qua mensae prima recolitur huius institutio.

Al cantar lleno y sonoro, con júbilo y con decoro, acompañe el corazón — pues la fiesta hoy se repite que renueva del convite la primera institución.

In hac mensa novi Regis, novum Pascha novae legis Phase vetus terminat. — Vetustatem novitas, umbram fugat veritas, noctem lux eliminat.

Esta mesa del gran Rey inició la Nueva Ley, que a la Antigua puso fin.—La luz sigue a noche oscura, la verdad a la figura, el nuevo al viejo festín.

Quod in coena Christus gessit, faciendum hoc expressit in sui memoriam.—Docti sacris institutis, panem, vinum in salutis consecramus hostiam.

Lo que practicó en la cena, repetirlo Cristo ordena en memoria de su amor.—Y en holocausto divino consagramos pan y vino al ejemplo del Señor.

Dogma datur Christianis, quod in carnem, transit panis, et vinum

Como dogma, el fiel no duda que en sangre el vino se muda, la hostia en car-

ne divina.—Lo que no se ve ni entiende, la fe viva lo defiende sobre el orden natural.

in sanguinem. — Quod non capis, quod non vides, animosa firmat fides, praeter rerum ordinem.

Bajo especies diferentes, sólo signos y accidentes, gran portento, oculto está.—Sangre el vino es del Cordero, carne el pan; mas Cristo entero en cada especie se da.

Sub diversis speciebus, signis tantum, et non rebus, latent res eximiae.—Caro cibus, sanguis potus, manet tamen Christus totus sub utraque specie.

No en pedazos dividido, ni incompleto ni partido; entero se da a comer.—Uno o mil su cuerpo tomen, entero todos le comen, ni comido pierde el ser.

A sumente non concisus, non confractus, non divisus, integer accipitur. — Sumit unus, sumunt mille, quantum isti tantum ille, nec sumptus consumitur.

Lo recibe el malo, el bueno; para éste, de gracias lleno; para aquél, manjar letal.—Vida al bueno, muerte al malo, da este célico regalo. ¡Qué suerte tan desigual!

Sumunt boni, sumunt mali; sorte tamen inaequali vitae vel interitus.—Mors est malis, vita bonis; vide paris sumptionis, quam sit dispar exitus!

Dividido el Sacramento, no vaciles un momento, que encerrado en el fragmento como en el total está.—No hay en su cuerpo fractura; la hay tan sólo en la figura; ni en su estado ni estatura detrimento a Cristo da.

Fracto demum Sacramento, ne vacilles, sed memento tantum esse sub fragmento quantum toto tegitur.—Nulla rei fit scissura, signi tantum fit fractura, qua nec status nec statura signati minuitur.

¡Pan del ángel, pan divino, nutre al hombre peregrino! ¡Pan de hijos, don tan fino no a los perros se ha de echar!—Por símbolos anunciado, en Isaac figurado, en el cordero inmolado y en el antiguo maná.

Ecce Panis angelorum, factus cibus viatorum, vere panis filiorum, non mittendus canibus.—In figuris praesignatur, cum Isaac immolatur, agnus Paschae deputatur, datur manna Patribus.

¡Buen Pastor, Jesús clemente!, tu manjar, de gracia fuente, nos proteja y apaciente; y en la alta región luciente, haznos ver tu gloria, ¡oh Dios!—Pues poder y ciencia tienes; pues mortales nos sostienes, por comensales perennes, al festín de eternos bienes con tus santos llámanos. Amén. Aleluya.

Bone Pastor, Panis vere, Iesu, nostri miserere, tu nos pasce, nos tuere, tu nos bona fac videre in terra viventium.—Tu, qui cuncta scis et vales, qui nos pascis hic mortales, tuos ibi commensales, coheredes et sodales fac sanctorum civium. Amen. Alleluia.

Ofert.—Los sacerdotes del Señor ofrecen a Dios incienso y panes; por esto se conservarán santos para su Dios y no profanarán su nombre. Aleluya.

Offert.—Lev. 21,6: Sacerdotes Domini incensum et panes offerunt Deo: et ideo sancti erunt Deo suo, et non polluent nomen eius. Alleluia.

Secr.—Te rogamos, Señor, concedas propicio a tu Iglesia los dones de la unidad y de la paz, místicamente figurados en los presentes que te ofrecemos.—Por nuestro Señor Jesucristo...

Secr.—Ecclesiae tuae, quaesumus, Domine, unitatis et pacis propitius dona concede: quae sub oblatis muneribus mystice designantur. Per Dominum...

Com.—Cuantas veces comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis

Comm.—1 Cor. 11,26-27: Quotiescumque manducabitis panem

hunc et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis, donec veniat: itaque quicumque manducaverit panem vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini. Alleluia.

Postcomm.—Fac nos, quaesumus, Domine, divinitatis tuae sempiterna fruitione repleri: quam pretiosi corporis et sanguinis tui temporalis perceptio praefigurat. Qui vivis...

la muerte del Señor hasta que venga; por tanto, cualquiera que indignamente comiere el pan o bebiere el cáliz del Señor, será reo del cuerpo y sangre del Señor. Aleluya.

Poscom.—Te rogamos, Señor, nos sacies con el goce sempiterno de tu divinidad, prefigurada en el tiempo en la comunión de tu precioso cuerpo y sangre. Que vives y reinas...

II. EPISTOLA 1016

(1 Cor. 11,23-29)

23 Ego enim accepi a Domino quod et tradidi vobis quoniam Dominus Iesus in qua nocte tradebatur, accepit panem,

24 et gratias agens fregit, et dixit: Accipite, et manducate: hoc est corpus meum quod pro vobis tradetur: hoc facite in meam commemorationem.

25 Similiter et calicem, postquam coenavit, dicens: Hic calix novum testamentum est in meo sanguine: hoc facite quotiescumque bibetis, in meam commemorationem.

26 Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat.

27 Itaque quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini.

28 Probet autem seipsum homo: et sic de pane illo edat, et de calice bibat.

29 Qui enim manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat et bibit: non diiudicans corpus Domini.

23 Porque yo he recibido del Señor lo que os he transmitido, que el Señor Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan,

24 y después de dar gracias lo partió y dijo: Este es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria mía.

25 Y asimismo después de cenar, tomó el cáliz, diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre; cuantas veces lo bebáis, haced esto en memoria mía.

26 Pues cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que El venga.

27 Así, pues, quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente será reo del cuerpo y de la sangre del Señor.

28 Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz;

29 pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor, se come y bebe su propia condenación.

III. EVANGELIO 1017

(Io. 6,56-59)

56 Caro enim mea, vere est cibus: et nguis sameus vere est potus.

57 Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in illo.

56 Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

57 El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él.

58 Así como me envió mi Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí.

59 Este es el pan bajado del cielo, no como el pan que comieron los padres y murieron; el que come este pan vivirá para siempre.

58 Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem: et qui manducat me, et ipse vivet propter me.

59 Hic est panis, qui de caelo descendit. Non sicut manducaverunt patres vestri manna, et mortui sunt. Qui manducat hunc panem vivet in aeternum.

1018 IV. ALGUNOS TEXTOS DE LA ESCRITURA RELACIONADOS CON LA EUCARISTIA

18 Y Melquisedec, rey de Salem, sacando pan y vino, como era sacerdote del Altísimo,

19 bendijo a Abraham, diciendo: Bendito Abraham del Dios Altísimo, el dueño de cielos y tierras

18 At vero Melchisedech, rex Salem, proferens panem et vinum, erat enim sacerdos Dei Altissimi,

19 benedixit ei et ait: Bendictus Abram Deo excelso qui creavit caelum et terram (Gen. 14,18-19).

15 Los hijos de Israel al verlo se preguntaban unos a otros: ¿Manhú? (¿Qué es esto?), pues no sabían lo que era.

16 Moisés les dijo: Este es el pan que os da Yahveh para alimento.

15 Quod cum vidissent filii Israel, dixerunt ad invicem: Manhu? quod significat: Quid est hoc? Ignorabant enim quid esset.

16 Quibus ait Moyses: Iste est panis quem Dominus dedit vobis ad vescendum (Ex. 16,15-16).

Comerán los pobres y se saciarán y alabarán a Yahveh los que le buscan. Viva vuestro corazón siempre.

Edent pauperes et saturabuntur: et laudabunt Dominum qui requirunt eum: vivent corda eorum in saeculum saeculi (Ps. 21,27).

24 Y llovió sobre ellos el maná para que comieran, dándoles un trigo de los cielos.

24 Et pluit illis manna ad manducandum, et panem caeli dedit eis.

25 Comió el hombre pan de ángeles y les dió comida hasta la saciedad.

25 Panem angelorum manducavit homo: cibaria misit eis in abundantia (Ps. 77,24-25).

Los mantendría de la flor del trigo, y de miel sacada de la piedra los saciaría.

Et cibavit eos ex adipe frumenti: et de petra mella saturavit eos (Ps. 80,17).

Dió de comer a los que le temen, acordándose siempre de su alianza.

Escam dedit timentibus se. Memor erit in saeculum testamenti sui (Ps. 110,5).

Tomaré el cáliz de la salud e invocaré el nombre de Yahveh.

Calicem salutaris accipiam: et nomen Domini invocabo (Ps. 115,13).

Todos los ojos mirarán expectantes a ti, y tú les darás el alimento conveniente a su tiempo.

Oculi omnium in te sperant, Domine: et tu das escam illorum in tempore opportuno (Ps. 144,15).

El dió la paz a tu territorio, te sacó de la flor del trigo.

Qui posuit fines tuos pacem: et adipe frumenti satiat te (Ps. 147,14).

Venite, comedite panem meum, et bibite vinum, quod miscui vobis (Prov. 9,5).

Aquae furtivae dulciores sunt, et panis absconditus suavior (Prov. 9, 17).

Pro quibus angelorum esca nutrivisti populum tuum, et paratum panem de caelo praestitisti illis sine labore omne delectamentum in se habentem, et omnis saporis suavitatem (Sap. 16,20).

Iste in excelsis habitabit, munimenta saxorum sublimitas eius: panis ei datus est, aquae eius fideles sunt (Is. 33,16).

Ab ortu enim solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda: quia magnum est nomen in gentibus, dicit Dominus (Mal. 1, 11).

Dixit autem eis Iesus: Ego sum panis vitae: qui venit ad me non esuriet: et qui credit in me non sitiet umquam (Io. 6,35).

48 Ego sum panis vitae.
49 Patres vestri manducaverunt manna in deserto, et mortui sunt.
50 Hic est panis de caelo descendens: ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur.
51 Ego sum panis vivus, qui de caelo descendi.

52 Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum: et panis, quem ego dabo, caro mea est.
53 Litigabant ergo Iudaei ad invicem dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum?
54 Dixit ergo eis Iesus: Amen, amen dico vobis: Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis eius sanguinem, non habebitis vitam in vobis.
55 Qui manducat carnem meam, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam: et ego resucitabo eum in novissimo die (Io 6,48-55).

Venid y comed mi pan y bebed mi vino, que para vosotros he mezclado.

Son dulces las aguas hurtadas, y el pan escondido el más sabroso.

En lugar de esto proveíste a tu pueblo de alimento de ángeles, y sin trabajo les enviaste del cielo pan preparado, que teniendo en sí todo sabor, se amoldaba a todos los gustos.

Ese habitará en las alturas y tendrá su refugio en firmes rocas, tendrá pan y no le faltará el agua.

Porque desde el orto del sol al ocaso es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblación pura, pues grande es mi nombre entre las gentes, dice Yahveh Sebaot.

Les contestó Jesús: Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá ya más hambre, y el que cree en mí, jamás tendrá sed.

48 Yo soy el pan de vida.
49 Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron.
50 Este es el pan que baja del cielo, para que el que coma no muera.

51 Yo soy el pan vivo bajado del cielo.
52 Si alguno come de este pan, vivirá eternamente y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo.
53 Disputaban entre sí los judíos diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

54 Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.

55 El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día.

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

1019 ### A) Jueves Santo y Corpus Christi

La fiesta del *Corpus Christi* fué instituída en el año 1264 por Urbano IV y extendida a toda la Iglesia en 1311 por Clemente V.

Dejando aparte los pormenores históricos que la motivaron, señalaremos que la finalidad de la fiesta es cantar a Jesucristo Eucaristía y elevarle y darle gracias, porque se quedó con nosotros hasta el fin de los siglos bajo las especies de pan y vino.

No podía faltar en la Iglesia una solemnidad grandiosa para conmemorar uno de los hechos más sobresalientes de la vida del Salvador.

En los primeros siglos el día de Jueves Santo tenía este carácter eucarístico, según lo atestiguan los títulos de *Natale Calicis* e *In Coena Domini*.

A medida que la esplendidez litúrgica se apagaba y era sustituída por una piedad más sentimental, la nota eucarística del Jueves Santo decayó ante el fervor de los fieles, que preferían meditar la pasión del Señor. Hoy en la nueva reforma la Santa Sede ha renovado el aspecto eucarístico mandando celebrar nuevamente la misa solemne a la hora de la institución de la Eucaristía. Sin embargo, aunque hemos de trabajar por que los fieles atiendan a esta conmemoración, podemos afirmar que difícilmente disminuirá la piedad de los cristianos en torno a la custodia en el grandioso Jueves del *Corpus Christi*, una de las fiestas más celebradas particularmente en nuestra Patria.

1020 ### B) La liturgia de Santo Tomás

El predicador encontrará en la liturgia de este día material abundantísimo para sus sermones. Como es sabido, el autor de la liturgia es Santo Tomás, quien aun cuando utiliza algunas fórmulas antiguas, nos ha dejado un conjunto de ellas que son a la vez profundamente dogmáticas y bellamente poéticas, muy bien ordenadas, formando un todo armónico que abarca toda la teología de la Eucaristía. «El Oficio del Santísimo Sacramento es una obra maestra de doctrina y teología, de afecto y de gusto literario» (cf. SCHUSTER, *Liber Sacramentorum* t.5 p.99). «El Oficio de las fiestas antiguas parece un parque grandioso, pero salvaje; el Oficio del *Corpus* puede compararse con un artístico jardín estilo francés. Las fiestas antiguas respiran el espíritu poderoso de la era de los mártires, pero, de ordinario, no tienen una construcción tan armoniosa y artística. Las fiestas modernas se distinguen por una construcción sistemática y diversos estilos artísticos. La fiesta de *Corpus* es una fiesta moderna y ocupa el primer puesto entre estas fiestas» (cf. DOM PÍO PARSCH, *El año litúrgico* t.4 p.19). Y de los himnos dice el mis-

mo autor: «Los himnos de *Corpus* confirman todos el gran talento poético de Santo Tomás. A pesar de toda su originalidad en el ritmo y en la rima, Santo Tomás sigue las huellas de las célebres composiciones líricas de Adán de San Víctor (1192), preciosa herencia espiritual de la abadía real de los canónigos regulares de San Víctor» (cf. DOM PÍO PARSCH, *El año litúrgico* t.4 p.19).

Si nuestra predicación eucarística la fundamentamos en los textos litúrgicos, contribuiremos a centrar la vida de la fiesta en el Sacramento del Amor, y además lograremos que de él se saquen utilísimas consecuencias para ejercitar las virtudes fundamentales de la vida cristiana.

II. COMENTARIOS SOBRE LA FESTIVIDAD

A) Sus orígenes

(Cf. GARCÍA VILLOSLADA, *Historia de la Iglesia católica:* BAC, t.2 p.941-946.)

a) DEVOCIÓN A LA EUCARISTÍA 1021

El franciscano Juan de Winterthur (muerto en 1348) escribía que el Santísimo Sacramento de la Eucaristía era la principal devoción moderna *(devotio modernorum praecipua)*. Y tenía razón en llamarla moderna y en estimar su primacía. En los diez primeros siglos, como siempre, la Eucaristía fué el centro y como el corazón de la vida sobrenatural de la Iglesia. Basta recordar el significado de la misa y de la comunión. Pero es un hecho averiguado que, fuera del santo sacrificio, al sacramento no se le daba culto público. Solía guardarse en una especie de sacristía *(pastophorium, secretarium)* y aun en casas particulares. Desde el siglo VIII se reservaba en un ángulo oscuro del templo, en un nicho, en un píxide en forma de «paloma» suspendida sobre el altar. Hasta el 904 no se tiene noticia de que se encendiese lámpara alguna ante el Sacramento. De modo continuo parece que no la hubo hasta el siglo XII, y no en todas partes. En esta centuria aparecen pequeños tabernáculos detrás del altar, que más tarde serán el centro de monumentales retablos. Es la época en que el suelo de Europa se esmalta de bellísimos templos, cada día más espaciosos, para la espléndida liturgia que propagan los cluniacenses, y en que los pechos cristianos se enamoran como nunca de la sagrada humanidad del Salvador, de su alma santísima, de su cuerpo benditísimo, de sus llagas, de su pasión. Y de este enamoramiento hacia la humanidad de Cristo brota, como en clima propicio, o se desarrolla pujante, la devoción a la Eucaristía.

b) LA REACCIÓN CONTRA LAS SECTAS ANTIEUCARÍSTICAS 1022

«Ayudó, además, una circunstancia externa: la de que en ese mismo tiempo el maestro Berengario de Tours, apoyándose en argumentos filosóficos, negase la transubstanciación y aun quizá la presencia real de Cristo bajo los accidentes de pan y vino. Todas las sectas cátaras eran también antieucarísticas. La reacción despertó en los fieles un fervor encendidísimo, que en los santos produjo incendios de la más alta caridad y en el pueblo ignorante se contaminó con supersticiones».

1023

c) La misa y la Eucaristía

«Preciso es reconocer que desde los tiempos primitivos se conservaba ardiente la devoción fundamental, la de la santa misa. El pueblo en masa solía presenciar los divinos misterios todos los domingos y en las innumerables festividades del año. El papa Gregorio X ordenó que, fuera de los tiempos de Pascua y Navidad, se arrodillasen respetuosamente los fieles desde la consagración hasta la comunión. El obispo de Burgos don Mauricio († 1238) estableció en su diócesis que en todas las misas conventuales, desde el *Sanctus* hasta la *Postcommunio*, dos clérigos incensasen continuamente el altar en reverencia del Sacramento. Entre el pueblo sencillo no faltaba quienes procuraban oír cuantas misas les fuera posible. Y sobre esta costumbre corrían tradiciones y relatos milagrosos, como aquel que nos cuenta Alfonso el Sabio y que dramatizó Calderón en su auto sacramental «La devoción de la misa». Trátase de un caballero, del conde Garci-Fernández de Castilla, que antes de la batalla entró por devoción en la iglesia de un monasterio y oyó una misa, pero antes de acabarse salió otro monje a celebrar, y luego otro, y otro, hasta ocho. El buen caballero, por «guardar so costumbre, non quiso salir de la eglesia et estudo y fasta que todas las ocho misas fueron acabadas; et siempre estudo armado y los ynoios ficados ante el altar». Y entre tanto batallaba el conde con los moros. Pero Dios hizo que un caballero misterioso tomase la figura del que se hallaba oyendo misa y luchase tan bravamente, que a él le correspondiese la parte principal de la victoria» (cf. Alfonso el Sabio, *Crónica general de España*, ed. de Menéndez Pidal en NBAE [Madrid 1906] p.426-427).

1024

d) La devoción al altar

«Con la devoción a la misa va unida la devoción al altar. De tiempos antiguos, quizá por no conservarse la Eucaristía dentro del templo, la devoción de los fieles se orientó al altar. Poniendo las manos sobre el ara prestaban juramento en ocasiones; y colocando sobre el altar algún objeto simbólico, cumplían otros actos jurídicos, como un contrato, la manumisión de una sierva, la donación de un inmueble, etc. La Regla benedictina ordenaba que al hacer la profesión el monje depositase sobre el altar el documento ya firmado, o lo firmase allí mismo. El novel caballero ponía sobre el altar la espada, comprometiéndose así a defender los derechos de la Iglesia. Guilberto de Gembloux († 1211), al recibir unas letras de Santa Hildegarda, se fué gozoso a una iglesia, y colocando el papel sobre el altar, pidió al Espíritu Santo la gracia de leer la carta dignamente y comprenderla. Era frecuente que los fieles, incluso las mujeres, cuando buenamente podían, se acercasen al altar y lo besasen con respeto. «Las canciones de gesta nos muestran con frecuencia a un caballero depositando por sí mismo una ofrenda sobre el altar, sea al momento del ofertorio, sea fuera de la misa» (cf. Dom L. Gougoud, *Dévotions et pratiques ascétiques au moyen âge* [París 1925] p.52).

1025

e) Los misterios y el auto eucarístico

«Los que más propagaron el culto eucarístico fueron los cistercienses. Relacionada con ellos aparece la Beata María de Oignies († 1213), entregada, de acuerdo con su marido, a una vida de caridad y de oración. Comulgaba lo más frecuentemente que le era permitido y no podía vivir alejada

del Santísimo Sacramento. Suele decirse que quizá fuese ella la primera que introdujo la piadosa costumbre de visitarlo, si bien conocemos algunos casos de santos que ya en el siglo VIII visitaban el altar de la iglesia, y en el siglo XII los benedictinos hacían una visita antes de los Nocturnos y otra después de Completas. Del altar pasó la devoción al tabernáculo, que contenía la Eucaristía. La misma María de Oignies acostumbraba a comulgar espiritualmente en la forma recomendada un siglo antes por Anselmo de Laón, representándose con la imaginación un cáliz y deseando beber la sangre de Cristo».

f) Los prodigios 1026

«Nuevo impulso a la devoción eucarística prestaron algunos prodigios que se divulgaron por toda la cristiandad. Famoso en España fué el de los corporales de Daroca (cf. infra, sec. VII).

Más resonancia alcanzó en la Iglesia y aun en el arte—donde lo inmortalizó Rafael—el milagro que se dice de Bolsena. Iba un sacerdote alemán camino de Roma en 1263. Celebrando en Bolsena la santa misa, pidió a Dios le librase de las dudas que le asaltaban acerca de la Eucaristía. Y he aquí que de la hostia recién consagrada salieron unas gotas de sangre que empaparon completamente los corporales. Estos fueron llevados a Orvieto, donde se hallaba el papa Urbano IV, y poco después, para darles el debido culto, se empezaba a levantar la soberbia catedral gótica, «el más hermoso monumento de arquitectura policroma», al mismo tiempo que se instituía la fiesta litúrgica del *Corpus Christi*».

B) La nueva festividad

a) Su verdadero punto de partida 1027

«Esta explicación de la nueva festividad no es exacta. Las primeras noticias del milagro de Bolsena son de mediados del siglo XIV. La festividad del *Corpus Christi* fué instituída primeramente en la diócesis de Lieja en 1246-47, a consecuencia de las visiones y revelaciones de la Beata Juliana de Mont-Cornillon (1193-1258), influenciada por el círculo de María de Oignies. Era entonces arcediano de Lieja Jacobo Pantaleón, que algunos años más tarde, ocupando la Cátedra de San Pedro con el nombre de Urbano IV, extendió a la Iglesia universal, por medio de la bula «Transiturus» (8 de septiembre de 1264), dicha fiesta, que debía celebrarse con gran júbilo el jueves después de la octava de Pentecostés».

b) Su propagación 1028

«Aunque el cardenal Hugo de San Caro, en su legación alemana de 1252, propagó tal festividad, no consta que se difundiese en seguida, sino a ciertas diócesis de Alemania, Hungría y norte de Francia y a muchos monasterios cistercienses. En los misales anteriores a 1230 no se registra el oficio del *Corpus Domini*. Clemente V renovó en el concilio de Vienne la bula de Urbano IV, y solamente desde 1317, en que Juan XXII envió a las Universidades las Decretales de Clemente V, en que se incluía la bula sobre la fiesta del *Corpus Christi*, empezó esta solemnidad a extenderse por toda la Iglesia».

1029 c) Su difusión en España

«En España parece que fué Barcelona la primera en celebrarla el año 1319, pues en esa fecha se hizo un pregón convocando a los vecinos para tal solemnidad. Por el mismo tiempo se introdujo en Gerona. En Vich, en 1330. Y de Valencia conocemos un pregón por el que las autoridades, a principios de junio de 1355, mandan que «de aquí en adelante, en el día de la fiesta del Corpus Christi, a honor y reverencia de Jesucristo y de su precioso cuerpo, una general procesión por la ciudad de Valencia sea hecha, en la que estén y vayan todos los clérigos y religiosos, y aun todas las gentes de la ciudad con las cruces de sus parroquias».

1030 d) Las oraciones eucarísticas

«A las bellísimas oraciones eucarísticas que perfuman el siglo XIII *(Adoro te devote, O salutaris Hostia!)* se juntan muy pronto otras más tiernas y patéticas *(Ave verum Corpus, Ave salus mundi, Ave in aeternum sanctissima caro, Anima Christi...)*. Y si el corazón de los fieles arde en amor al Santísimo Sacramento, fácilmente se incendia su fantasía y ve doquiera prodigios eucarísticos. Sólo en Alemania, dice el P. Browe, que en las dos centurias XIII y XIV se cuentan cerca de cien casos de hostias sangrantes, que dan fe milagrosa de la realidad del Sacramento» (cf. P. Browe, *Die eucharistische Wunder des Mittelalters*, Breslau 1938).

1031 e) La literatura del Medievo

«Sería fácil espigar innumerables curiosidades en la literatura milagrera del Medievo. Todas ellas—aun las que pudieran parecer infundadas y aun supersticiosas—demuestran la ardentísima devoción popular a Cristo sacramentado: personas devotas, como las que describe Jacobo de Vitry, que se pasaban días y días sin otro alimento que el de la Eucaristía; casos como el del obrero sepultado en la mina, a quien, según San Pedro Damiano, una paloma le traía diariamente el sustento, porque su mujer ofrecía por él una misa cada día; curaciones de enfermos, de endemoniados, de ciegos, que recobraban la salud con la bendición eucarística o al solo contacto con los corporales, con la patena o con el agua de las abluciones; visiones como la de San Gregorio Magno, que diciendo misa vió surgir del cáliz la figura de Cristo desnudo y llagado, como varón de dolores, «imago pietatis», que tanto influyó en el arte medieval, principalmente en miniaturas y tapices, y que pasará también a la literatura, v.gr., en «La demanda del santo Grial», versión española del más eucarístico de los poemas y novelas de caballería:

«E semejóles que venía un hombre todo revestido como obispo que quiere decir misa. Y traía una corona de oro en su cabeza, muy rica... Y a la siniestra parte estaba una mesa de plata, en que estaba el sancto Grial, cubierto de jamete bermejo, e ansí lo pusieron los ángeles sobre la cátedra... E cuando ellos vieron, miraron contra el sancto Grial, e vieron salir dente un hombre todo despojado, sino un paño seda encima de la espalda siniestra, y era todo bermejo como sangre y tenía calzados unos paños de lino; tenía los brazos e las manos, e las piernas, e los pies et todo el cuerpo sangriento, corriendo sangre que salía de una llaga que tenía en el costado... E dixo... pues yo quiero que sepas que ésta es la escudilla en que yo el jueves de la cena con mis discípulos fuí servido... e por eso es llamado el sancto Grial... E la sangre que dél salía caía en el sancto Grial»

SECCION III. SANTOS PADRES [1]

I. LA EUCARISTIA Y LA UNIDAD

Cual simple dato demostrativo de cómo se consideró en los primeros siglos a la Eucaristía como vínculo de unión cristiana, transcribimos algunos textos tomados de BAC, cf. JESÚS SOLANO, S. I., *Textos eucarísticos primitivos.*

A) San Ignacio de Antioquía

a) CARTA A LOS EFESIOS **1032**

C.13 (FUNK-BIHLMEYER, 36,16-20; RUIZ BUENO [BAC], 455; PG 5,656 A-B).

«Procurad, pues, reuniros en mayor número para la Eucaristía de Dios y para sus alabanzas. Porque cuando os congregáis numerosos vosotros en un mismo lugar se quebrantan las fuerzas de Satanás y su poder demoledor queda deshecho con la concordia de vuestra fe. Nada hay mejor que la paz, con la cual se reduce a nada toda la guerra que nos hacen los poderes celestes y terrestres».

b) CARTA A LOS FILADELFOS **1033**

C.4 (FUNK-BIHLMEYER, 103,5-9; RUIZ BUENO, 483; PG 5,700 B).

«Esforzaos, por lo tanto, por usar de una sola Eucaristía; pues una sola es la carne de Nuestro Señor Jesucristo y uno solo es el cáliz para unirnos con su sangre, un solo altar, como un solo obispo junto con el presbiterio y con los diáconos consiervos míos; a fin de que cuanto hagáis, todo lo hagáis según Dios» (cf. BAC, o.c., p.48).

B) «Didaché» **1034**

C.9 (KLAUSER, 23 ss.; RUIZ BUENO, 86).

«Sobre la fracción del pan:
Gracias te hacemos, Padre nuestro,
por la vida y la ciencia
que nos revelaste por tu Hijo Jesús.
A Ti la honra por los siglos.

[1] Sobre textos de Santos Padres acerca de la Eucaristía, cf. *La palabra de Cristo* t.6, TERTULIANO p.210-211, y SAN AMBROSIO p.211-215.

Como este pan partido estaba antes disperso por los montes, y, recogido, se ha hecho uno, así se recoja tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la honra y el poder por Jesucristo en los siglos» (cf. BAC, o.c., p.53-54).

1035 ### *C) San Justino*

«Nosotros, por tanto, después de esto (del bautismo y de recibir la Eucaristía) recordamos siempre ya para adelante estas cosas entre nosotros; y los que tenemos, socorremos a todos los abandonados, y siempre estamos unidos los unos con los otros. Y por todas las cosas de las cuales nos alimentamos bendecimos al Creador de todo por medio de su Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo...

Los ricos que quieren, cada uno según su voluntad, dan lo que les parece, y lo que se reúne se pone a disposición del que preside y él socorre a los huérfanos y a las viudas y a los que por enfermedad o por cualquier otra causa se hallan abandonados, y a los encarcelados, y a los peregrinos, y, en una palabra, él cuida de cuantos padecen necesidad» (cf. *Apología* 1.ª 67 y 94: PG 6, 431; cf. BAC, o.c., p.63).

1036 ### *D) San Cipriano*

«... Finalmente, los mismos sacrificios del Señor declaran la unanimidad cristiana, trabada con firme e inseparable caridad consigo misma. Porque cuando el Señor llama a su cuerpo pan, formado por la unión de muchos granos, indica aunado a nuestro pueblo, al cual llevaba; y cuando llama su sangre al vino exprimido de racimos y uvas y reducido a la unidad, da a entender asimismo a nuestro rebaño unido con la fusión en la unidad de la multitud» (cf. *Carta* 69 5: PL 3,1141; cf. BAC, o.c., p.169).

II. CIRILONAS, SACERDOTE

Homilías sobre la Pascua de Cristo

Magnífica poesía arrebatada, sobre todo en la segunda parte. El autor es de fin del siglo IV (cf. BAC, *Textos eucarísticos primitivos* t.1 p.699-705).

1037 ### *A) La institución*

«El verdadero Cordero pascual habla lleno de alegría a los comensales que lo habían de comer, y el Primogénito anunciaba a sus discípulos la pascua en la sala del festín. Nuestro Salvador

se invitó a sí mismo a su inmolación y a la entrega generosa de su propia sangre. Su pan de vida era nutritivo, estaba bien preparado y el haz de sus espigas había llegado a la plenitud. La materia de su cuerpo estaba penetrada por la levadura de la divinidad. Su misericordia manó con ímpetu y su amor le forzó a hacerse manjar para los suyos. Quitó El a Sión el trigo candeal y lo entregó a su Iglesia en santidad. Un nuevo convite nupcial había El preparado y ahora invitaba y llamaba a los compañeros a celebrarlo. Preparó El un festín para saciar el hambre de su desposada».

a) El sacrificio 1038

«Nuestro Señor ofreció el primero su cuerpo, y sólo después lo ofrecieron en sacrificio los hombres. El lo exprimió en el cáliz de la redención y sólo después lo exprimió también el pueblo en la cruz. Primeramente se sacrificó El como sacerdote a Sí mismo, para que aquellos extraños no tuvieran que ejercer por sí mismos el oficio sacerdotal.

Reunió los misterios como en un collar de perlas y se lo colgó al cuello; puso las semejanzas sobre su pecho como preciosos berilos; con las calcedonias de los tipos prefigurativos atavió su humanidad y se acercó al sacrificio. Sobre la cabeza colocóse la corona de la gloriosa profecía. El afiló el cuchillo sacrifical de la Ley para inmolar con él su propio cuerpo, como Cordero pascual».

b) Los convidados a su festín 1039

«Llevó a los pueblos a su convite y llamó a su festín a las naciones. Salieron los pregoneros del Evangelio para invitar llamando en alta voz: Ved, el Rey distribuye su cuerpo; venid, comed el pan de la gracia. Vosotros los ciegos venid, mirad la luz; esclavos, recibid la libertad. Venid los sedientos, bebed el fuego; los muertos, venid, recibid de nuevo la vida.

Por este pan que se reparte de balde no puede ya nadie morir de hambre. Isaías clamó poderosamente en celo profético: *Sin dinero y sin pago comed pan y bebed vino* (cf. Is. 55,1). El mismo es el pan que ha bajado del cielo, y el cual, aunque no ha sido sembrado, ha echado raíces en la tierra. El es harina de trigo llena de pureza (cf. Lev. 2,1); porque el pecado no tuvo ningún imperio sobre El»...

c) El banquete 1040

«Nuestro Señor condujo a sus discípulos y se sentó en la sala del banquete. El subió y se sentó el primero y sus discípulos tras El. Allí estaban recostados con El a la mesa y le miraban cómo comía y se transformaba. El Cordero comió al cordero y la Pascua comía la pascua; El daba fin a la institución de su Padre y comen-

zaba la suya; El cerraba la ley y abría el nuevo pacto de la reconciliación.

¿Quién vió alguna vez un banquete tan maravilloso en el que los hombres se sentaban con su Creador? ¿Quién vió jamás un banquete tan excelso en el que sencillos pescadores tomaban parte junto con el Océano? ¿Quién vió nunca un tan admirable banquete en el que estaban juntos a la mesa una serpiente y su destructor? ¿Quién vió alguna vez un banquete tan inaudito en el que comía el azor con las once palomas? ¿Quién vió alguna vez un banquete tan maravilloso en el que el topo, el hijo de las tinieblas, tomaba parte junto con el águila?

¡Oh milagro y asombro! Fíjate bien, oyente, pescadores y recaudadores de contribuciones se sientan con El a la mesa mientras los ángeles y arcángeles están temblando ante El. Los hombres han sido hechos comensales de Dios; bienaventurados apóstoles, ¡de qué alto honor habéis sido hechos dignos! Ellos comieron la pascua antigua y dieron cumplimiento a la ley».

1041 d) Las palabras del Señor

«Entonces habló nuestro Señor: Ved ahora qué altamente y en qué manera os he honrado. He lavado vuestros pies y os he invitado a mi banquete. A vosotros, habitantes de la tierra, os he honrado de esta manera y os he hecho comer conmigo. Ninguno de los ángeles que me sirven en las alturas de los cielos se ha atrevido, desde el día en que fueron creados, a mirar mi rostro. No descubrían su rostro cubierto de alas (cf. Is. 6,2) para fijarse en mí y mirarme; pues mi justicia los llena de terror y mi majestad les hace temblar. Mirad cuánto os amo, hasta el punto de permitiros comer a mi lado y, a pesar de que soy vuestro Señor, sin embargo, voluntariamente me hago compañero vuestro. Yo, del cual está llena toda la creación, os he regalado por amor mi reino»...

1042 *B) Canto a la Eucaristía*

«Cuando aquél (Judas) salió, tenía la cabeza enormemente pesada, el color de su rostro ardiente, sus facciones desfiguradas, su corazón palpitante, todo su ser descompuesto; los dientes crujían, sus rodillas se bamboleaban. La razón le abandonó, la reflexión se retiró de él. El águila Cristo le lanzó fuera de su nido, y al punto la serpiente maldita le aprisionó. Los discípulos permanecieron en gran alegría y los doce en bienaventuranza».

1043 a) La oración al Padre

«Entonces se levantó nuestro Señor como un héroe, se colocó como un poderoso, tomó el fruto como un labrador, oró a su Padre como el heredero, miró al cielo como su Creador y abrió los tesoros

como un grande. Su rostro resplandecía como el sol, sus miembros parecían rayos de luz. Las fuerzas de su voluntad ardían como hornos ardientes, sus pensamientos quemaban como lámparas.

Como Creador, hizo correr a raudales su salvación; como Salvador, ordenó el reparto de su misericordia. El manifestó lo escondido, lo futuro y lo secreto que estaba prometido. El se vistió con el verdadero sacerdocio y con las galas del sacrificio perfecto.

Se puso de pie y se llevó a Sí mismo por amor y mantuvo levantado su propio cuerpo en sus manos. Su diestra fué un sagrado altar, su mano levantada una mesa de la misericordia. El se llevó a Sí mismo sin cansarse y sostuvo su pan sin tener hambre. El cogió su riqueza sin quedar necesitado de ella y mezcló su sangre sin tener sed. Desde su pan miraba hacia fuera su cuerpo vivo y desde su vino su sangre santa. Sus pensamientos eran como diáconos y su omnipotencia oficiaba el verdadero sacerdocio. El consagró y bendijo a Sí mismo, oró y dió gracias por (a propósito de) su cuerpo. El sacrificó y se mató a Sí mismo; El dió y prensó su sangre que otorga vida; El acabó lo que había anhelado y llevó a término aquello que había deseado».

b) El anhelo de que le comieran 1044

«Entonces comenzó a anunciar lo que había prometido: *Con gran deseo he anhelado comer esta pascua con vosotros antes de padecer* (Lc. 22,15). Venid, recibidme, pues Yo os lo pido; comedme, pues lo quiero. Con los dientes del fuego triturad mis huesos y con la lengua corporal bebed a sorbos mi sangre caliente.

Este es el cuerpo en que los ángeles no pueden fijar la mirada por causa de su brillo. Este es el pan de la Divinidad, que Yo he dado de gracia a los habitantes de la tierra. Este es lo Santísimo, por lo cual los serafines de lo alto son santificados, mientras ellos lo ensalzan como santo. Este es el fruto cuyo goce había Adán deseado para llegar a ser Dios».

c) Exhortación a la comida de su carne 1045

«¡Venid, recibidme, partidme en pedazos y gustadme velado bajo las especies! Yo me he hecho comida y el alimento completo para bien del mundo, para acallar su hambre. Venid, discípulos míos, recibidme; Yo quiero colocarme en vuestras manos. Mirad, yo estoy en pie aquí con entera verdad; pero a la vez masticadme también con entera verdad. Yo no abraso a quien me come, sino a quien se queda lejos de Mí; mi fuego no causa dolor a quien me mastica, sino a quien no me saborea.

Venid, amados míos, bebed también mi sangre, que es la sangre del Nuevo Testamento. Bebed el cáliz de la llama, la sangre que inflama a todos cuantos la beben. Esta es la sangre que reemplazará la sangre de los animales sacrificados sobre la tierra».

1046 d) Loa del cáliz

«Este es el cáliz en el que está escondido aquel carbón que robó Tamar en el camino (cf. Gen. 38,14). Esta es la sangre que santifica divinamente cuerpo y alma. Este es el cáliz que miraba afuera desde el cáliz de José, cuando éste adivinaba con él (cf. Gen. 44,5). Esta es la sangre que establece la paz y la concordia entre cielo y tierra.

Este es el cáliz en el que están escondidos misericordia y juicio, vida y muerte. Esta es la sangre por cuya consideración vendrá Dios y exigirá el pago de la sangre de sus amados y aquellos que le han derramado.

Así, pues, tomad este cáliz y bebed de él para que olvidéis vuestros sufrimientos, seáis embriagados por medio de él y consigáis fuerza misteriosa, de modo que seáis intrépidos ante los perseguidores. Bebed de él y, celosos, empapad con él toda la creación. ¡Por su fortaleza pisotearéis serpientes y con su recepción venceréis la muerte!

Los antiguos profetas me desearon y los justos pidieron contemplarme (cf. Io. 8,56). Expiaron en clamor y llanto, porque no habían de verme a pesar de sus ruegos. Bienaventurados vosotros, discípulos míos, que me habéis masticado con vuestra boca».

1047 e) La perpetuidad

«Pero a fin de que no olvidéis esta noche, que para vosotros debe ser más preciosa que el día, a fin de que no olvidéis esta hora en la que habéis gustado la divinidad, os mando también esto, amados míos, confidentes de mis secretos: Este recuerdo no debe concluir entre vosotros hasta el fin del mundo. Por tanto, hermanos míos, debéis hacerlo en todo tiempo y acordaros de Mí. Habéis masticado mi cuerpo, ¡no me olvidéis! Habéis bebido mi sangre, ¡no me menospreciéis!

En mi Iglesia sea éste mi sublime memorial y ésta llegue a ser la pascua sobre toda la redondez del mundo. Este día sea para vosotros santo, bendito y glorioso más que todos los otros días. En él deberán ser consolados todos los que sufren, liberados todos los oprimidos, redimidos todos los atormentados. En él deberán ser puestos en libertad todos los cautivos. En él deberá ser consagrada el agua visible del bautismo. En él deberá distribuirse el bautismo y será dado a luz el pueblo perfecto. En él deberán ser rejuvenecidos los ancianos envejecidos en el pecado, multiplicados mis hijos sobre la tierra y los hombres ascendidos al cielo.

Mirad, todo está consumado; sellados están los misterios como las profecías. Abandonad ahora alegres el Cenáculo y salid por el mundo como mercaderes. Predicadme en todas las regiones y dadme como manjar a los hombres. Los esclavos deberán ser libertados por Mí, los inmundos serán santificados por Mí. Esclavos y reyes

deberán acercarse a Mí, porque Yo soy igualmente bondadoso para con todos los que me imploran. Sirvientas y señoras deberán venir a Mí, porque ante Mí no hay acepción de personas. Bajos y altos deberán beber mi sangre, porque hay un único cáliz sin división.

Yo quiero ir ahora a hacer mi obra; pero vosotros salid en paz de aquí. Yo quiero ir a sufrir la cruz y quiero bajar para levantar al humillado Adán. Permaneced junto a Mí y estad sin pena hasta que resucite de nuevo de la tumba. Permaneced en paz, pues yo volveré a vosotros coronado con victoria y con gloria».

III. SAN JUAN CRISOSTOMO

Eucaristía y comunión

A) La promesa de la Eucaristía 1048

Habla el Crisóstomo de nuestra incorporación a Cristo y termina con párrafos exaltados sobre la Eucaristía (cf. *Hom.* 46 in *Io.*: PG 59,257-267; BAC, *Textos eucarísticos primitivos* t.1 p.563-574). Véanse también los pasajes de San Juan Crisóstomo que sobre el tema de la Eucaristía incluímos en *La palabra de Cristo* t.3 p.581-585 y t.5 p.572-575).

«Cuando les dió pan y sació su hambre llamábanle profeta y trataban de hacerle rey; pero cuando los instruía sobre el alimento espiritual, sobre la vida eterna, cuando los desviaba de las cosas sensibles, cuando les hablaba de la resurrección y levantaba sus ánimos, cuando más que nunca debieran admirarle, entonces murmuraban y se retiraban de El»...

a) Pan de vida 1049

«Llámase a sí mismo *Pan de vida* (Io. 6,48) porque sustenta nuestra vida, tanto la presente como la futura; por lo cual añadió: *El que coma de este pan vivirá para siempre* (ibid., 51). Y pan llama aquí, o bien a los dogmas saludables y a la fe en El, o bien su propio cuerpo. Pues ambas cosas fortalecen al alma. Pues bien; con ser así que en otra parte, al decir El: *Si alguno oyere mi palabra no probará la muerte* (Io. 8,52), se escandalizaron; aquí no les sucedió lo mismo, quizá porque todavía le respetaban a causa de los panes» (n.1).

b) «El pan que yo os daré es mi carne» 1050

«*Y de cierto, el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.* Justamente pudiera alguno dudar y preguntar aquí por qué habló en esta ocasión tales palabras, que nada edificaban

ni aprovechaban, sino más bien perjudicaban a lo edificado... Y si alguno investigare por qué motivo habló también acerca de los misterios (de la Eucaristía), responderémosle que ésta era una ocasión muy oportuna. Porque la oscuridad de las palabras suele excitar a los oyentes y hacerlos más atentos; por tanto, no debieran escandalizarse; antes bien, preguntar e informarse. Mas ellos se retiraban. Pues si le tenían por profeta, debieran creer a sus palabras. Así que el escándalo procedía de su necedad, no de la oscuridad de las palabras... Pero ellos, al fin, no sacaron fruto de las palabras; y nosotros, en cambio, gozamos del beneficio de las obras. Por lo cual es necesario que nos informemos del milagro de los misterios (eucarísticos), a saber, en qué consisten, por qué se dieron y cuál es su utilidad. *Un cuerpo nos hacemos*, dice (el Apóstol), *y miembro de su carne y sus huesos* (Eph. 5,30). Sigan los iniciados este razonamiento» (n.2).

1051 c) La muestra de amor

«Pues bien, para que esto lleguemos a ser no solamente por el amor, sino también en realidad, mezclémonos con aquella carne; porque esto se lleva a cabo por medio del manjar que El nos dió, queriendo darnos una muestra del vehemente amor que nos tiene. Por eso se mezcló con nosotros y metió cual fermento en nosotros su propio cuerpo, para que llegáramos a formar un todo, como el cuerpo unido con su cabeza. Pues ésta es prueba de ardientes amadores. Y así Job, para darlo a entender, lo decía de sus siervos, de quienes era tan excesivamente amado, que deseaban injerirse en sus carnes; ya que para mostrar su ardiente amor decían: *¡Quién nos diera de sus carnes para hartarnos!* (Iob 31,31).

Pues por eso hizo lo mismo Cristo, induciéndonos a mayor amistad y demostrándonos su amor ardentísimo hacia nosotros; ni sólo permitió a quienes le aman verle, sino también tocarle, y comerle, y clavar los dientes en su carne, y estrecharse con El, y saciar todas las ansias del amor. Salgamos, pues, de aquella mesa, como leones, respirando fuego, terribles a Satanás, con el pensamiento fijo en nuestro Capitán y en el amor que nos ha mostrado. A la verdad, muchas veces los padres entregan los hijos a otros para que los sustenten; mas yo, dice, no así, antes os alimento con mi propia carne, a mí mismo me presento por manjar, deseoso de que todos seáis nobles, y ofreciéndoos buenas esperanzas acerca de los bienes venideros. Porque quien aquí se os dió a sí mismo, mucho más se os dará en la vida venidera. Quise hacerme hermano vuestro; por vosotros participé de la carne y la sangre; de nuevo os entrego la carne y la sangre, por medio de las cuales me hice pariente vuestro».

d) Efectos de la sangre divina 1052

«Esta sangre produce en vosotros floreciente la imagen de nuestro Rey, ella causa inconcebible hermosura, ella no deja que se marchite la nobleza del alma, regándola continuamente y sustentándola. La sangre que en nosotros se forma de los manjares no se forma inmediatamente, sino primero es otra substancia; no así esta otra sangre, antes bien desde luego riega el alma y le infunde gran fuerza. Esta sangre, dignamente recibida, ahuyenta y aleja a los demonios y concurren los ángeles. Esta sangre derramada lavó todo el mundo.

Muchas cosas dijo de esta sangre el bienaventurado San Pablo en la Epístola a los Hebreos. Esta sangre purificó el santuario y el *Sancta Sanctorum*. Y si la imagen de ella tuvo tanta eficacia, ora en el templo de los hebreos, ora en medio de Egipto, puesta sobre los umbrales, ¡cuánto más podrá la verdadera y real! Esta sangre santificó el altar de oro. Sin esta sangre no se atrevía el sacerdote a entrar en el santuario, esta sangre ordenaba a los sacerdotes, esta sangre lavaba los pecados en sus figuras. Y si en las figuras tuvo tanta fuerza, si ante la sombra de ella se estremeció la muerte, ¿dime cómo no ha de temblar ante la misma realidad? Ella es la salud de nuestras conciencias, con ella se lava el alma, con ella se hermosea, con ella se inflama; ella hace el alma más resplandeciente que el fuego; ella, apenas derramada, hizo accesible el cielo» (n.3).

e) Los misterios de la Iglesia 1053

«¡Tremendos son, en verdad, los misterios de la Iglesia! ¡Tremendo es el altar! Brotó del paraíso una fuente que derramaba ríos materiales: de esta mesa brota una fuente, de la que corren ríos espirituales. Junto a esta fuente están plantados, no ya sauces estériles, sino árboles que se yerguen hasta el cielo y llevan fruto siempre en sazón e inmarcesible. Si alguno se abrasa, véngase a esta fuente y refrigere el ardor. Pues ella deshace el bochorno y refresca todo lo ardiente, y no sólo lo quemado del sol, sino aun lo inflamado por aquellas saetas de fuego, ya que tiene su principio y origen en el cielo, de donde recibe su riego. Muchos son los arroyos de esta fuente, los cuales envía el Paráclito. Y hácese el Hijo mediador, no ya abriendo camino con la azada, sino disponiendo nuestros ánimos. Esta fuente es fuente de luz, que brota rayos de verdad. Ante ella asisten aún las potestades del cielo, fija la mirada en la hermosura de sus corrientes, ya que ellas contemplan con mayor claridad la eficacia de la oblación eucarística y sus inaccesibles destellos de luz. Pues así como si uno metiera en el oro derretido, si posible fuese, la mano o la lengua, al punto las transformaría en oro; así también, y aún mucho más, aquí obra la Eucaristía en el alma estos efectos. Bulle hirviente este río más que fuego; mas no quema, sino que lava tan sólo cuanto a su paso encuentra».

1054 f) CRISTO NOS COMPRÓ CON SU SANGRE

«Esta sangre era continuamente prefigurada de antiguo en los altares, en las muertes de los justos. Ella es el precio del mundo; con ella compró Cristo la Iglesia, con ella la hermoseó toda entera. Pues, a semejanza de un hombre que para comprar esclavos da oro, y si quiere adornarlos emplea oro, así también Cristo con sangre nos compró y con sangre nos hermoseó. Los que de esta sangre participan asisten a una con los ángeles, con los arcángeles y con las soberanas potestades, vestidos de la misma real estola de Cristo y provistos de las armas espirituales. Mas nada grande he dicho todavía. Vestidos están del mismo Rey».

1055 g) CÓMO HAY QUE ACERCARSE A LA SAGRADA MESA

«Pero así como es cosa grande y admirable, así mientras te acerques con pureza, te acercas para salud; pero si con mala conciencia, para suplicio y venganza. *Porque quien come*, dice, *y bebe indignamente del Señor, su condenación se come y se bebe* (1 Cor. 11,29). Si, pues, los que manchan la púrpura imperial son castigados lo mismo que los que la rasgan, ¿qué hay de extraño en que los que reciben el cuerpo de Cristo con impura conciencia sufran el mismo suplicio que los que le desgarraron con los clavos? Considera, en efecto, cuán terrible castigo dió a entender San Pablo cuando dijo: *Uno que atropella la ley de Moisés, muere sin misericordia, sobre el testimonio de dos o tres. ¡De cuánto peor castigo pensáis que será juzgado digno quien al Hijo de Dios holló, y reputó indigna la sangre del testamento, con la que fué sacrificado!* (Hebr. 10,28 ss.).

Miremos, pues, por nosotros mismos, amados (hijos), ya que de tales bienes gozamos, y cuando nos viniera el pensamiento de decir algo torpe o nos viéramos arrebatar de la ira o de alguna otra pasión, reflexionemos de qué beneficios hemos sido objeto, de qué Espíritu hemos gozado; y este pensamiento será freno de nuestros irracionales apetitos. ¿Hasta cuándo estaremos sin despertar? ¿Hasta cuándo nos hemos de cuidar de nuestra salvación? Consideremos qué beneficios se ha digando hacernos Dios; démosle gracias, glorifiquémosle, no sólo por la fe, sino también por las obras, para que alcancemos también los bienes venideros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén» (n.4).

B) Cristo, vida de quien comulga

(Cf. *Hom.* 47 *in Io.* 1 al 4: PG 59,257-262; BAC, *Textos eucarísticos primitivos* p.574.)

a) Vida eterna

1056

«Al hablar de cosas espirituales debemos apartar de nuestro espíritu todo lo mundano y terreno, para que, dejado totalmente este lastre, nos podamos entregar enteros a escuchar la divina palabra.

Porque si calla todo tumulto cuando el rey entra en la ciudad, mucho más al hablarnos el Espíritu Santo, debemos escucharle con gran paz y a la vez con gran temor. Pues lo que hoy hemos leído es digno de temor santo. Y oye cómo: *Pues en verdad os digo*, dice Jesús, *el que no coma mi carne y beba mi sangre no tiene vida en sí mismo*. Puesto que había dicho antes que esto es imposible, muestra El no sólo que no es imposible, sino más aún, que es muy necesario. Por eso añade: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día* (Io. 54), como había dicho antes: *El que coma de este pan no morirá eternamente* (ibid., 50), y era verosímil que esto les ofendiera, como ya antes había dicho: *Abrahán murió y murieron los profetas, ¿cómo dices tú que no gustarán la muerte?* (Io. 8,52). Por eso pone la resurrección como solución al problema y afirma que no morirán eternamente. Con frecuencia vuelve a tratar de los misterios, para demostrar que esto es necesario y del todo conveniente».

b) Hay que comer su Cuerpo en realidad

1057

«*Pues mi carne es comida verdadera y mi sangre verdadera bebida* (Io. 6,55). ¿Qué quiere decir esto? Quiere significar que éste es alimento verdadero que conserva el alma o que ellos deben dar fe a sus palabras, de modo que estén seguros de que no habla en enigma y con parábolas, sino que hay que comer su cuerpo en realidad. En seguida añade: *El que come mi carne permanece en mí* (ibid., 56), indicando que se compenetra con él mismo... Perfecta es la armonía entre estas palabras; porque habiendo hablado continuamente de la vida eterna, para confirmarlo una vez más, añade: *Permanece en mí*. Pues si permanece en mí, y yo vivo, es claro que también él ha de vivir...»

c) Vida sublime

1058

«*Y el que me come, también él vivirá por mí* (ibid., 57). Aquí vida significa no una vida cualquiera, sino una vida sublime. Y que no habla simplemente de esta vida, sino de aquella gloriosa e inefable, se deduce claramente del hecho de que todos, sean infieles o no

iniciados, viven, a pesar de que no han comido de aquella carne; ¿ves cómo no habla de esta vida, sino de aquélla?; lo que quiere decir es esto: El que come mi carne, aunque muera, no perecerá ni será castigado. Más aún, no habla de la común resurrección; pues todos han de resucitar igualmente, sino de aquella eximia y gloriosa resurrección que será acompañada de premio. *Este es el pan que ha bajado del cielo, no como comieron vuestros padres maná y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente* (ibid., 58). Y repite esto con frecuencia para que se grabe en la memoria de los oyentes (pues era como su última enseñanza acerca de estas cosas) y se confirmen en la fe de la resurrección y de la vida eterna. Así, pues, añade la resurrección, ya porque dijo, vida eterna, ya para mostrar que aquella vida no era la de este mundo, sino la de después de la resurrección».

1059 d) PRUEBA DEMOSTRATIVA

«Y ¿cómo se prueba esto?, me dirás. Con las Escrituras. Porque continuamente los envía allá, mandándoles que aprendan estas cosas en ellas. Al decir: *El que da la vida al mundo* (Io. 6,33), los impele a que se estimulen, y viendo que otros gozan de tan excelente don, no se queden ellos fuera. Recuerda frecuentemente el maná, ya para establecer diferencias entre él y el nuevo pan, ya para incitarlos a creerlo. Porque si pudo Dios, sin cosecha, sin trigo, ni nada semejante sustentar sus vidas durante cuarenta años; mucho más podrá hacerlo ahora que ha venido a hacer maravillas mucho mayores. Por otra parte, si aquellas cosas eran tipo y recogían el alimento sin sudores ni trabajos, mucho más tendrá lugar esto ahora cuando tan distintas son las cosas, cuando no hay muerte completa y gozamos de la vida verdadera».

Recuerda tan continuamente la vida, porque eso es lo deseado por los hombres, y nada hay más agradable que el no morir. Porque también en el Antiguo Testamento se prometía una larga duración de la vida; mas ahora no sólo la prolongación, sino la vida sin término. Quiere mostrar al mismo tiempo que él revoca ahora la pena introducida por el pecado, aboliendo aquella sentencia de muerte e introduciendo no una vida cualquiera, sino la vida eterna; contra el decreto primero. *Estas cosas las dijo enseñando en la sinagoga de Cafarnaúm* (ibid., 59), donde había hecho los más de los milagros y, por lo tanto, se debía prestar oído a sus enseñanzas...»

1060 e) ESPÍRITU Y VIDA

«*Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida* (ibid., 63), esto es, son divinas y espirituales, no tienen nada de carne ni consecuencias naturales, sino que están libres de toda necesidad, y hasta superan las leyes de las cosas de acá y tienen un sentido muy otro y diverso. Así como en este pasaje *con espíritu* quiso decir «es-

pirituales», del mismo modo diciendo carne no dijo sino las cosas carnales, «el haber oído carnalmente», y a la vez les designa a ellos que siempre deseaban las cosas carnales, siendo así que debían apetecer las espirituales. Porque si alguno entiende esto carnalmente, no gana nada.

¿Pues qué? ¿Su carne no es carne? Sí lo es, por cierto. Entonces ¿como dijo: *La carne no aprovecha nada?* No lo dice por su carne, ni mucho menos, sino por los que entendieron carnalmente lo dicho. Pero ¿qué es entenderlo carnalmente? Simplemente ver lo propuesto y no pensar más. Esto es, «carnalmente». Pero no conviene juzgar así lo que se ve, sino hay que ver todos los misterios con los ojos interiores. Esto es, «espiritualmente». ¿Acaso el que no come su carne y bebe su sangre tiene en sí mismo vida? (cf. ibid., 53). ¿Pues cómo no es de ningún provecho la carne siendo así que no podemos vivir sin ella? Ves que lo de *la carne no aprovecha nada* no lo dijo de su propia carne, sino del modo carnal de oír».

C) La institución

Extiéndese sobre la presencia real y la limpieza necesaria al comulgante (cf. *Hom.* 82 *in Mt.* 4 y 5: PG 58,744; BAC, *Textos eucarísticos primitivos* t.1 p.557-561).

a) Voluntad del hombre y auxilio del cielo 1061

«Aquí aprendemos un gran documento, y es que no basta la voluntad del hombre si uno no tiene el auxilio del cielo, y que, a su vez, nada nos aprovecha el auxilio del cielo si no hay buena voluntad. Y ambas cosas nos las hacen ver Judas y Pedro; porque aquél, habiendo tenido gran auxilio, ningún provecho sacó, porque no quiso ni contribuyó con lo que era de su parte, y en cambio éste, con buen deseo, porque se vió destituído de auxilio, cayó. Porque de estas dos cosas se labra la virtud...

Obedezcamos, pues, dondequiera a Dios, y no le contradigamos, aunque lo que El diga parezca contrario a nuestra razón y a nuestros ojos: antes sea su palabra de más autoridad que nuestra razón y nuestros ojos».

b) Infalibilidad de su palabra 1062

«Hagámoslo así también en lo tocante a los misterios (eucarísticos), no mirando sólo a lo que tenemos delante, sino reteniendo sus palabras. Porque su palabra es infalible y nuestro sentido es muy falible. Su palabra jamás faltó, mientras que el sentido las más de las veces se engaña. Ya, pues, que su palabra dice: *Este es mi cuerpo*, obedezcamos y creamos y veámosle con los ojos espirituales: Porque nada sensible nos dió Cristo, sino que, por medio de cosas sensibles, nada nos dió sino espiritual. Así en el bautismo,

por medio de una cosa sensible, se nos da el don del agua, pero es espiritual la generación y la renovación que allí se obra. Si fueras incorpóreo, tan sólo te hubiera dado estos dones incorpóreos; pero como el alma está unida con el cuerpo, te da, por medio de cosas sensibles, otras espirituales. ¡Cuántos dicen ahora: «Quisiera ver su forma, su figura, sus vestidos, su calzado»! Pues he ahí que a El ves, a El tocas, a El comes. Tú deseas ver sus vestidos, mas El se te da a sí mismo, no sólo para que le veas, sino para que le toques y le comas, y le recibas dentro de ti. Nadie, pues, se acerque con náuseas, nadie con tibieza; todos encendidos, todos fervorosos y despiertos. Porque si los judíos, puestos en pie, teniendo el calzado y los báculos en sus manos, comían con prisa, mucho más conviene que estés tú alerta. Puesto que si ellos habían de ir a Palestina, y por eso tenían la figura de caminante, tú, en cambio, debes trasladarte al cielo».

1063 c) VIGILANCIA CONTRA LA INDIGNIDAD

«Por lo tanto, menester es de todo punto gran vigilancia: que no es mediano el suplicio que amenaza a los que indignamente comulgan. Considera cómo te indignas contra el traidor y contra los que crucificaron a Cristo. Mira, pues, no te hagas también tú reo del cuerpo y de la sangre de Cristo. Ellos inmolaron su santísimo cuerpo, ¡mas tú le recibes con el alma sucia después de tantos beneficios! Porque no se contentó con haberse hecho hombre, con haber sido abofeteado y crucificado, sino que además se une y mezcla con nosotros, y no sólo por la fe, sino en realidad nos hace su propio cuerpo. ¿Qué pureza hay que no deba sobrepujar el que participa de tal sacrificio? ¿Qué rayos de luz a que no deba hacer ventaja la mano que divide esta carne, la boca que se llena de este fuego espiritual, la lengua que se enrojece con tan venerada sangre?»

1064 d) EL HONOR DE SU MESA

«Considera cuán crecido honor se te ha hecho, de qué mesa disfrutas. A quien los ángeles ven con temblor y por el resplandor que despide no se atreven a mirar de frente, con Ese mismo nos alimentamos nosotros, con El nos mezclamos y nos hacemos un mismo cuerpo y carne de Cristo. *¿Quién dirá el múltiple poder del Señor y hará que resuenen todas sus alabanzas?* (Ps. 105,2). ¿Qué pastor apacienta a sus ovejas con sus propios miembros? Y ¿qué digo pastor? Madres hay muchas veces que, después de los dolores del parto, dan sus hijos a otras que los críen. Mas El no lo consintió, sino que El nos alimenta con su propia sangre y por todos los medios nos une consigo mismo. Míralo bien: nació de nuestra propia substancia. Pero eso no pertenece a todos, dirás. Sí, por cierto; a todos. Porque si vino a tomar nuestra naturaleza es evidente que vino a todos. Y si a todos, también a cada uno.

Pues ¿cómo, dirás, no todos se aprovecharon de esta ganancia? No, ciertamente, por culpa de Aquel que escogió esto por todos, sino por la de aquellos que no quisieron. Cada uno de los fieles se junta y mezcla por medio del sacramento, y a los que engendró alimenta consigo mismo y no se los da a otro, persuadiéndote a su vez con esto que tomó tu carne. No seamos, pues, perezosos, habiendo sido juzgados dignos de tan grande amor y honra. ¿No veis con cuánto afán los pequeñuelos se adhieren a los pechos de sus madres, con cuánto ímpetu aplican a ellos sus labios? Acerquémonos con el mismo afán nosotros a esta mesa, a este pecho y cáliz espiritual; más aún: atraigamos con mucho mayor empeño, cual niños de pecho, la gracia del Espíritu Santo, y no tengamos otra pena que la de no participar de este alimento. No es obra de humana virtud la Eucaristía. El que la llevó a cabo en aquella cena es el que también ahora la obra. Nosotros tenemos el lugar de ministros suyos; pero quien allí santifica la oblación y la transforma es El».

e) No se acerque nadie manchado 1065

«No asista, pues, ningún Judas, ningún avaro. Si alguno no es discípulo, retírese: no admite a los tales a la sagrada mesa. *Con mis discípulos*, dice, *celebro la pascua* (Mt. 26,18). Esta es la misma mesa que aquélla. Porque no es que Cristo prepara aquélla y el hombre ésta, sino entrambas Cristo. Este es aquel Cenáculo en que entonces estaban y de donde salieron al monte de las Olivas. Olivas plantadas en la casa del Señor son la muchedumbre de los pobres, que destilan el aceite que allí nos será útil, el que tenían las cinco vírgenes y por no haberlo tomado de aquí las otras cinco perecieron. Tomémoslo, pues, y entremos, para que vayamos con las lámparas resplandecientes al encuentro del Esposo; tomémoslo y salgamos de aquí con él. Ningún inhumano se acerque, ningún cruel y sin compasión, ninguno absolutamente que esté manchado.

Esto os lo digo a vosotros los que comulgáis y a vosotros los que administráis la comunión. Porque es preciso hablaros también a vosotros para que distribuyáis estos dones con mucha diligencia. No se os reserva pequeño castigo si, sabedores de la maldad de alguno, le permitís participar de esta mesa. ¡Su sangre se exigirá de vuestras manos! (cf. Gen. 42,22). ¡Aunque sea jefe militar, aunque sea prefecto, aunque sea el mismo que se ciñe la diadema, si se acerca indignamente, apártale; mayor potestad tienes que él! Si tú hubieras recibido el encargo de conservar pura una fuente de agua para un rebaño y vieras a una oveja que tuviera la boca llena de lodo, no la permitirías inclinarse a la corriente y enturbiarla; pues y ahora, encargado de una fuente, no de agua, sino de sangre y espíritu, y viendo acercarse a ella algunos manchados, no con tierra y lodo, sino, lo que es mucho peor, con el pecado, ¿no te aíras, ni los apartas? ¿Y qué perdón habrá para ti?

Por esto os honró Dios con tan grande honor, para que discernáis a los dignos y a los indignos. Esta es vuestra dignidad, ésta vuestra seguridad, ésta vuestra corona; ¿no pasearon (por la iglesia) ceñidos de blanco y resplandeciente vestidura? Y ¿por dónde discerniré, se me dirá, al uno y al otro? No hablo yo de los (pecadores) desconocidos, sino de los públicos. ¿Diré algo más espantoso? No es tan malo que estén dentro los energúmenos como es que se hallen éstos, de quienes dice San Pablo que pisotean a Cristo, tienen por inmunda la sangre del testamento y hacen ultraje a la gracia del Espíritu Santo (cf. Hebr. 10,29). Peor que el endemoniado es el que está en pecado y se acerca. Los endemoniados, no por serlo, reciben castigo; mientras que éstos, por acercarse indignamente, son entregados a suplicio inmortal. No apartemos, pues, tan sólo a aquéllos, sino a todos los que veamos acercarse indignamente. Nadie de los que no sean discípulos comulgue. Ningún Judas le reciba para que no le suceda lo que a Judas».

IV. SAN ATANASIO

Preparación para la comunión

Tomamos algunos párrafos de sus cartas festales o preparatorias de la fiesta de Pascua. Utilizamos la versión de la BAC (cf. *Textos eucarísticos primitivos* t.1 p.215 ss.).

A) «*Recedant vetera*»

1066 a) La vida nueva del cristiano

«Pero nosotros estamos fuera del tiempo de las sombras y no obramos ya conforme a éstas, sino que estamos convertidos al Señor; el cual *es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad* (2 Cor. 3,17), como hace resonar en nuestros oídos la sacerdotal trompeta. Porque ahora no inmolamos un cordero material, sino aquel verdadero cordero que fué inmolado, Nuestro Señor Jesucristo, que fué conducido al matadero como una oveja y que estaba sin decir palabra como cordero delante del matarife (cf. Is. 53, 7); purificándonos con su preciosa sangre, que habla mucho más que la de Abel (cf. Hebr. 12,24)»... (cf. *Carta* 1 9: PG 26,1365 B).

«Y ahora, después que el enemigo, tirano del mundo, fué muerto, de ninguna manera, amados míos, participamos de una fiesta temporal, sino de aquella eterna y celestial; la cual nosotros no la mostramos en figuras, sino que verdaderamente la realizamos. Entonces celebraban la fiesta con la comida de la carne de un cordero irracional y ahuyentaban al exterminador con ramos mojados en la sangre del cordero (cf. Ex. 12,22). Pero ahora, cuando

comemos al Verbo del Padre y signamos los labios de nuestros corazones con la sangre del Nuevo Testamento, conocemos que nos ha sido dada la gracia por el Salvador, que dice: *He aquí que os he dado potestad de hollar serpientes y víboras y todo el poder del enemigo* (Lc. 10,19). Ya no dominará más la muerte, sino que la vida sustituye a la muerte, porque el mismo Señor dice: *Yo soy la vida* (Io. 14,6). Ahora, pues, todas las cosas sobreabundan y saltan de alegría, como ya fué escrito: *El Señor reinó, alégrese la tierra* (Ps. 96,1). Entonces reinaba la muerte cuando llorábamos sentados en las orillas de los ríos de Babilonia (cf. Ps. 136,1) y nos entristecíamos en la amargura de la cautividad. Ahora, destruída la muerte y el reino del adversario, todo se ha llenado de copiosa alegría y gozo. Y no solamente en Judea es conocido Dios (cf. Ps. 75, 2), sino que por toda la tierra salió su voz (cf. Ps. 28,5) y el universo está lleno de la sabiduría del Señor (cf. Is. 11,9). Por lo demás, es claro, amados míos, que es necesario que nosotros, que participamos de tal festividad, vistamos nuestras conciencias no con sórdidos vestidos, sino que las adornemos con atavíos del todo puros en este día de nuestro Señor Jesús, para que realmente podamos celebrar con El esta festividad. Ciertamente nos vestimos así cuando amamos la virtud y odiamos el vicio; cuando guardamos la castidad y rechazamos la lascivia; cuando preferimos la justicia a la iniquidad; cuando, satisfechos con lo necesario, más bien fortalecemos nuestro espíritu; cuando no nos olvidamos de los pobres, sino que a todos queremos estén abiertas nuestras puertas; cuando deseamos humillar nuestro espíritu y detestamos la soberbia» (n.3).

b) La Pascua cristiana

1067

«También Israel antiguamente celebraba con diligencia este rito, como en figura, y participaba de las festividades; sin embargo, esto era entonces como una sombra, como una representación. Nosotros, en cambio, amados míos, disipada la sombra y terminadas las figuras, no debemos juzgar ya esta festividad como algo representativo ni debemos subir al altar pascual como en la Jerusalén terrestre, según la ilimitada vigilia de los judíos, temiendo no sea que en el transcurrir del tiempo parezcamos obrar fuera de tiempo, sino que debemos dejar aquellas figuras siguiendo el ejemplo de los apóstoles, y cantar aquel cántico nuevo. Habiendo presentido los mismos apóstoles que esto se había de realizar, y habiéndose hecho compañeros de la verdad, acercándose a nuestro Salvador le dijeron: *¿Dónde quieres que te preparemos la Pascua?* (Lc. 22,9). Ciertamente aquello ya no se hacía por causa de la Jerusalén terrena, ni era el deseo de celebrar la festividad solamente allí, sino dondequiera le agradase a Dios; mas El quería que esto se hiciese en todas partes y que en todo lugar se le ofreciese incienso y sacrificio. Antiguamente, como dice la historia,

no era permitido celebrar la fiesta de la Pascua en ningún sitio fuera de Jerusalén; pero después, pasado lo que era transitorio y acabadas las figuras, porque la predicación del Evangelio se debía extender por todas partes, por eso también no debía haber ningún lugar en el que no propagasen los discípulos esta fiesta. Por lo cual, dijeron al Salvador: *¿Dónde quieres que preparemos?* Nuestro mismo Salvador, pasando igualmente de lo figurado a lo espiritual, les prometió que no comerían ya en adelante la carne del cordero, sino la de El, diciendo: *Tomad, comed y bebed; esto es mi cuerpo y mi sangre*» (n.4) (cf. *Carta* 4 n.3 ss.: PG 26,1377 D)

1068 ## *B) Preparación debida*

«Nosotros nos alimentamos como con el manjar de la vida y deleitamos siempre nuestra alma con su preciosa sangre, como si fuera una fuente, y, sin embargo, siempre tenemos sed y siempre estamos ardiendo. Y El mismo está presente a los que tienen sed, y por su benignidad llama a la fiesta a aquellos que tienen entrañas sedientas, según las palabras del mismo Salvador: *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba* (Io. 7,37)»... (n.1).

«... En los días restantes sigamos el camino de la virtud haciendo penitencia, como es razón, de los pecados cometidos, cualesquiera que ellos fuesen, pues nadie está libre de manchas, aunque no hubiere vivido en la tierra sino una sola hora; así lo atestigua el virtuosísimo Job (cf. Iob 14,5 en la versión griega de los LXX). Después, dirigiendo nuestra mente a las cosas futuras, pidamos no comer la pascua indignamente y no ser enredados en los peligros. La pascua en verdad será manjar celestial para los que celebren con pureza la festividad; pero para los impuros e indiferentes, peligro e ignominia. Porque está escrito: *El que come y bebe indignamente será reo de la muerte de nuestro Señor* (cf. 1 Cor. 11,27). Así, pues, para no acercarnos sin preparación a la celebración del rito festivo y para ser dignos de acercarnos al divino Cordero y gustar los manjares celestiales purifiquemos nuestras manos, limpiemos nuestro cuerpo y tengamos la conciencia libre de todo engaño. No nos entreguemos, por favor, al vino y a las concupiscencias, sino tratemos con Nuestro Señor y sus divinas doctrinas, a fin de que, completamente puros, podamos ser hechos partícipes del Verbo» (n.5) (cf. *Carta* 5 n.1,5: PG 26,1379 C - 1380 A; 1382 D-1383 A).

C) *Pan de vida y panes de muerte*

a) Cristo, pan de vida 1069

«Al mismo tiempo Dios no rehusará ser invocado como Dios por aquellos que hayan mortificado en la tierra sus miembros y, sin embargo, viven en Cristo. Además, Dios es Dios de vivos, no de muertos (cf. Mc. 12,27); más aún, vivifica a todo hombre por su Verbo vivo, el cual da a los santos para alimento y vida, como el mismo Señor dice: *Yo soy el pan de la vida* (Io. 6,35). Los judíos, por tener el gusto enfermizo y los sentidos del espíritu no ejercitados en la virtud, no entendiendo rectamente la explicación de este pan, le contradecían porque había dicho: *Yo soy el pan que bajó del cielo y da vida a los hombres* (Io. 6,33-41)» (n.4).

b) El pecado, pan de la muerte 1070

«Pero también el pecado es un pan peculiar que contiene la muerte, y cuando invita a los amadores de los placeres y a los mentecatos, les dice: *Palpad suavemente los panes escondidos y las dulces aguas furtivas* (cf. Prov. 9,17). Pero, sin embargo, aquel que los tocare ignora que allí han de perecer los hijos de la tierra (cf. ibid., 18). Pensará el pecador que de allí recibirá placer, pero no será agradable el fin de este pan, como también dice la Sabiduría de Dios: *Grato fué al hombre el pan de mentira, pero después se llenará su boca de arenilla* (Prov. 20,17). Y a éstos les invita a sí, diciendo: *La Sabiduría se fabricó para sí una casa y la apoyó sobre siete columnas. Inmoló sus víctimas, mezcló en las hidrias su vino y preparó la mesa. Envió sus criados a convidar que viniesen a sus hidrias, gritando: Si alguno es necio venga a mí, y a los que no tienen juicio les dije: Venid a comer de mi pan y a beber el vino que os he mezclado* (Prov. 9,1-5). *¿Qué esperanza les queda a éstos? Dejad la necedad para que viváis, buscad la prudencia para que lleguéis a la longevidad* (ibid., 6; cf. Bar. 3,14). Porque el pan de la Sabiduría es fruto de vida, como dice el mismo Señor: *Yo soy el pan vivo que bajó del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá eternamente* (Io. 6,51). Fué, en verdad, el maná un manjar delicado y admirable mientras comía de él Israel, el cual, sin embargo, murió; porque aquel manjar de ningún modo servía para la vida eterna a quien lo comía. Pues realmente toda aquella multitud pereció en el desierto. Mas el Señor nos enseña diciendo: *Yo soy el pan de la vida; nuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que bajó del cielo para que quien comiere de él no muera* (Io. 6,48 ss.)» (n.5).

1071 c) HAMBRE DEL PAN DE VIDA

«Entre tanto, los impíos y los indiferentes sufren el hambre de este pan, mientras que el varón justo, apto para este pan, se sacia y dice: *Mas yo veré tu faz con justicia, y quedaré saciado cuando apareciere tu gloria* (Ps. 16,15). Quien participa del divino pan experimenta un hambre perpetua de deseo, y quien así tiene hambre, tendrá gracia sin fin, como lo promete la Sabiduría, diciendo: *El Señor no matará de hambre al alma inocente* (Prov. 10,3). Esto mismo prometió en los Salmos diciendo: *Su casa colmaré de bendiciones, a sus pobres hartaré de pan* (Ps. 131,15). Oigamos a nuestro Salvador diciendo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados* (Mt. 5,6). Es necesario, pues, que los santos y los amadores de la vida en Cristo se animen al deseo de este manjar, y orando digan: *Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así te desea mi alma, ¡oh Dios! Mi alma tiene sed de Dios vivo. ¿Cuándo iré y contemplaré el rostro de Dios?* (Ps. 41,2 ss.), y de nuevo: *¡Oh Dios mío!, me adelanto a ti. Mi alma tiene sed de ti y de muchas maneras mi carne. Como en tierra desierta, intransitable y sin agua, así aparecí ante ti en el santuario para ver tu potencia y gloria* (Ps. 62, 2 ss.)» (n.6).

1072 d) PREPARACIÓN NECESARIA

«Siendo esto así, nosotros también, hermanos míos, debemos mortificar los miembros en la tierra y alimentarnos del pan vivo con fe y caridad para con Dios, ya que sabemos que sin la fe es imposible participar de este pan. Nuestro mismo Salvador, cuando llamaba a sí a todos, dijo: *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba* (Io. 7,37). Luego hizo mención de la fe, sin la que nadie debiera recibir tal alimento, y dijo: *Del seno de aquel que crée en mí, manarán,* como dice la Escritura, *ríos de agua viva* (ibid., 38). Por lo cual El mismo alimentaba siempre con sus palabras a los discípulos, es decir, a los que tenían fe, y les comunicaba la vida por la proximidad de su divinidad...» (n.7).

«Pero el que desprecia esto, y mientras se purifica, se mancha, juzgando sangre ordinaria aquella del Testamento por la que fué santificado, y despreciando el espíritu de la gracia, oirá lo que se le dice: *Compañero, ¿cómo has entrado tú aquí no teniendo traje de boda?* (Mt. 22,12). Porque pura e inmaculada es la cena de los santos. *Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos* (ibid., 14). Judas vino a la cena, pero despreciándola, se fué de la presencia del Señor; y porque había abandonado su vida se estranguló con un lazo (cf. Act. 1,18). Pero los discípulos que permanecieron con el Señor participaron de las delicias de la cena. Si de aquel joven que habiendo marchado lejos malgasta su patrimonio *viviendo licenciosamente* (cf. Lc. 15,13), se apoderara de él el deseo de la divina cena y volviendo en sí dijera: *¡Cuántos criados de mi padre tienen abundancia*

de pan y yo aquí perezco de hambre! (ibid., 17), y levantándose de allí, viniera a su padre, y confesando dijera: *Pequé contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros* (ibid., 18 ss.); si así digo confesara, entonces sería realmente digno de ser recibido por su padre y no sería tenido por un jornalero o extraño, sino sería recibido con un beso, como hijo, y como un muerto sería restituído por él a la vida, admitido bondadosamente a la cena divina, honrado con el vestido más precioso en la casa paterna que resuena con los cánticos y regocijo por este acontecimiento (cf. Lc. 15,20-26)» (n.9).

e) Los regalos del Padre celestial 1073

«Este es el comportamiento de la benignidad y bondad del Padre, que no sólo devuelve la vida a los muertos, sino que también da la medicina de la gracia por el Espíritu. Por lo que en vez de la depravación, viste al hombre de incorrupción; en lugar de hambre, inmola un becerro, y para que aquél no marche lejos, tiene cuidado de su vuelta calzando sus pies; y lo que más es de admirar pone en su mano el divino anillo, regenerándole por esto para que sea impronta de la gloria de Cristo. Estos son los regalos del Padre, con los que el Señor adorna y alimenta a los que con El perseveren, y también a aquellos que, movidos por la penitencia, retornen a El, a los cuales promete diciendo: *Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre; y el que cree en mí no tendrá sed jamás* (Io. 6,35). Nosotros también seríamos dignos de estos bienes, si siempre siguiésemos a nuestro Salvador; y si no solamente en estos seis días de Pascua nos purificásemos, sino toda nuestra vida la juzgásemos como una solemnidad, y siempre unidos a El y nunca apartados, le dijésemos: *Tienes palabras de vida, ¿adónde iremos?* (Io. 6,69). Y si alguna vez nos hemos apartado, volvamos por la confesión de nuestras transgresiones, no guardando rencor contra nadie, sino que mortifiquemos con el espíritu los actos del cuerpo (cf. Rom. 8,13). Ciertamente, si aquí nos adelantamos a alimentar el alma con estas cosas, seremos hechos partícipes, con los ángeles, de aquella mesa celestial y espiritual; y no seremos rechazados cuando llamemos como aquellas cinco vírgenes fatuas (cf. Mt. 25,1-12), sino que entraremos con el Señor, como aquellas prudentes amigas del Esposo, manifestando la muerte de Jesús en nuestros cuerpos (cf. 2 Cor. 4,10), y recibiendo de El la vida y el reino...» (n.10).

V. SAN AGUSTIN

Eucaristía y unidad

Ya hemos incluído en distintas ocasiones la doctrina agustiniana sobre la Eucaristía (cf. *La palabra de Cristo* t.5 p.579-584 t.6 p.224 ss.). Por esto seremos ahora mucho más breves.

1074 ### *A) El sacramento de la mesa del Señor*

«Me acuerdo de mi promesa, sé que os había prometido a los que os acabáis de bautizar explicaros el sacramento de la mesa del Señor, esa que estáis viendo ahora y de la que fuisteis partícipes la noche pasada.

Debéis saber qué es lo que recibís, qué es lo que debéis recibir y qué es lo que deberíais recibir todos los días.

Ese pan que veis en el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo; aquel cáliz, mejor dicho, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Con esto quiso Cristo Señor recordar el cuerpo y sangre que derramó por nosotros para perdón de los pecados.

Si lo recibís bien, vosotros mismos os convertiréis en lo que recibís. Porque el Apóstol dice: *El pan es uno, somos muchos, un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan* (1 Cor. 10,17). Con estas palabras queda explicado el sacramento de la mesa del Señor.

En este pan se os encomienda que debéis amar la unidad. ¿Acaso se hace de un solo grano? ¿No fueron muchos los de trigo? Antes de que viniesen a formar ese pan estaban separados, pero el agua los unió después de haber sido aplastados (contritos). Si el trigo no es molido y no es regado con agua, no consigue esa forma que se llama pan. Por eso vosotros habéis sido como molidos por la humillación del ayuno y los exorcismos. Por fin llegó el agua del bautismo con la que fuisteis regados para formar la masa de pan. Pero no existe el pan sin fuego, ¿dónde está ese fuego? Es el crisma, el óleo es nuestro fuego, porque es el sacramento del Espíritu Santo.

Recordad aquel día en que vino el Espíritu Santo y se mostró como en lenguas de fuego. Inspiró el amor que nos hace arder en divinos incendios y despreciar el mundo, el que quema nuestro heno y purifica nuestro corazón como oro en el crisol. Llega, pues, el Espíritu Santo como el fuego y nos convierte en pan, en cuerpo de Cristo».

B) La Eucaristía, símbolo de la unidad 1075

«Observad el simbolismo de la unidad en el orden de estas ceremonias. Después de haber orado se os advierte que levantéis el corazón hacia arriba. Es lo que conviene a los miembros de Cristo. Si habéis sido ya hechos miembros de Cristo, ¿dónde está vuestra cabeza? Porque los miembros la tienen... Sentada a la diestra del Padre. En el cielo está nuestra Cabeza, por eso cuando se dice: Levantad los corazones, contestáis: Los tenemos ya hacia el Señor. Pero para que no os lo atribuyáis a vosotros mismos, el obispo sacerdote continúa diciendo: Demos gracias a Dios nuestro Señor, porque si El no nos lo hubiera concedido, nuestro corazón estaría todavía en la tierra; a lo cual contestáis que es digno y justo.

Después de haber santificado el sacrificio de Dios y porque quiere que nosotros seamos también hostias suyas, decimos la oración del padrenuestro que habéis aprendido. Inmediatamente se añade que la paz sea con vosotros y los cristianos se besan.

Grandes y muy grandes son los misterios. ¿Queréis entender hasta qué punto lo son? Dice el Apóstol: *El que come el cuerpo de Cristo o bebe el cáliz del Señor indignamente será reo del cuerpo y sangre del Señor* (1 Cor. 11,27). ¿Cómo se recibe indignamente? Recibiéndole irrisoria y despectivamente. No te parezca cosa vil por lo que ves. Lo que ves, pasa, pero lo invisible significado no pasa, sino que permanece. Ahora se recibe, es comido y se consume, pero ¿acaso el cuerpo de Cristo se consume? ¿Acaso la Iglesia de Cristo se consume? ¿Acaso los miembros de Cristo se consumen? Jamás; aquí se purifican, allí son coronados. Lo significado permanecerá eternamente aunque parezca transitorio.

Recibidlo, pues, de modo que penséis tener la unidad en el corazón fija para siempre».

SECCION IV. TEOLOGOS [1]

SAN BUENAVENTURA

Efectos de la Eucaristía y preparación para recibirla

Las ideas de San Buenaventura, que a continuación reproducimos, están tomadas del discurso titulado *De Sanctissimo Corpore Christi*. En este discurso glosa el Doctor Seráfico seis figuras eucarísticas, contenidas en la Sagrada Escritura, para deducir de ellas los efectos de la comunión y la preparación que deben llevar cuantos se acercan a ella. Se trata de un discurso perfecto y acabado; arquitectónico, diríamos, por la contextura lógica y literaria del mismo. Más que captado y escrito por un oyente, parece escrito de puño y letra por el mismo santo Doctor. Nos es imposible transcribirlo entero y tampoco es conveniente resumirlo, porque perdería el estilo peculiar. Por ello hemos preferido elegir algunos párrafos y copiarlos literalmente, aun cuando hayamos de sacrificar el orden lógico con que San Buenaventura presenta aquí todos sus conceptos (cf. BAC, *Obras de San Buenaventura* t.2 p.499-543).

1076 **A) *Seis efectos de la Eucaristía en seis figuras***

«El hombre estaba vacío, y diósele el Señor por el don de la inhabitación; estaba hambriento, y diósele en manjar; estaba sentado en tinieblas, y diósele para iluminarle el corazón; yacía en sombras de muerte, y diósele en sacrificio de reconciliación; estaba cautivo en mendiguez, y diósele para la práctica de las virtudes; estaba aherrojado, y diósele para ablandarle el corazón. Alaben, pues, al Señor, etc., porque El es la plenitud de los vacíos, la refección de los hambrientos, la luz de los que están sentados en tinieblas, la reconciliación de los que yacen en sombras de muerte, el tesoro de los mendigos y la causa, en fin, que ablanda los corazones endurecidos como el hierro. Y como es cosa manifiesta, todas estas cosas se insinúan en las palabras del tema.

Y en correspondencia con estos seis efectos, seis son también las figuras que representan, en la Sagrada Escritura, el Cuerpo de Cristo, a saber; la de grasa o grosura, la de pan, la de miel, la de cordero pascual, la de tesoro celestial y la de maná» (n.5,1 y 2 p.499-501).

[1] En *La palabra de Cristo* t.3 p.610-619; t.5 p.599-607; t.8 p.46-49, insertamos la doctrina de Santo Tomás sobre la Eucaristía.

a) Primera figura: «pinguedo», grosura 1077

«En cuanto a la primera figura, el santísimo Cuerpo de Cristo está prefigurado por la de grosura; y no sin razón. El Cuerpo de Cristo, en efecto, se nos ha dado para conservar en el corazón el fervor divino, fervor que se conserva de tres maneras: por la delectación interior, por el amor del prójimo y por la devoción cara con Dios»...

1. Causa delectación interior

«El Cuerpo de Cristo produce gran delectación interior y esto estaba figurado en el Génesis (49,20), donde se dice: *Aser, jugoso será su pan y proporcionará delicias a los reyes*. Este pan derrama en el hombre grandes deleites, porque remueve de él cuanto puede afligirle. Y, en verdad, cuatro cosas afligen al hombre en la vida mortal: la impotencia, la ignorancia, la malicia y la concupiscencia; y estas cuatro miserias le han sido infligidas a causa del pecado original.

Dice el Salmo (37,9): *Estoy afligido y humillado en gran manera*, y luego añade la razón diciendo: *Abandonóme la fortaleza*—he aquí la impotencia—, *y la misma luz de mis ojos ya no está conmigo*—he aquí la ignorancia—, *y mis amigos y allegados se acercaron y se pusieron contra mí*—he aquí la concupiscencia, donde la carne con sus concupiscencias se designa por una parte, por amigos y allegados, y por otra por adversarios, conforme se escribe a los Gálatas (5,17): *La carne apetece contra el espíritu; los que estaban junto a mí se apartaron muy lejos*—he aquí la malicia.

En contraposición con las cuatro miserias, señaladas en las palabras dichas, se nos da el Cuerpo de Cristo bajo la figura del pan de Aser, pan jugoso, pan delicioso y pan de reyes. Dícese *pan de reyes* porque, en virtud de la fuerza que nos comunica, nos hace reyes contra la impotencia, a fin de que el rey, o sea, la recta razón, sentándose en el trono del alma, disipe todo mal con su mirada, según se dice en el libro de los Proverbios (20,8). Dícese el Cuerpo de Cristo *pan jugoso*, porque ilumina contra la ignorancia. En efecto, la grosura que se pone en una vasija o se derrama en una lámpara, se usa para alumbrar. Dícese también *pan delicioso* contra la concupiscencia de la carne. Y esto por ser *el pan que contiene todo deleite y toda suavidad sabrosa*, según se escribe en el libro de la Sabiduría (16,20). Dícese, por último, *pan de Aser*, palabra que se interpreta *bienaventuranza*, porque beatifica al hombre todo entero, contra toda malicia. Pues la eficacia de este pan consiste en transformar al hombre en Cristo, quien, siendo bienaventurado por esencia nos hace bienaventurados por gracia. Por esta razón el Señor dijo a San Agustín (cf. *Confess.* VII 10,16): «No me convertirás tú en ti, como el alimento se convierte en tu propio cuerpo, sino tú te convertirás en mí» (ibid., n.3 y 4 p.501-503). 1078

1079 **2. Conserva el amor del prójimo**

«En segundo lugar, el Cuerpo de Cristo se nos ha dado en sacramento de comunión para conservar el amor del prójimo. Y por esto está figurado, y con propiedad, por la grosura. Porque así como la grosura dilata la piel que con ella se unge, así también el Cuerpo de Cristo dilata el alma del que devotamente lo come. La dilata, digo, en todas direcciones; hacia arriba y hacia abajo, hacia la derecha y hacia la izquierda, hacia adelante y hacia atrás; por lo que se dice en Jeremías (31,14): *Embriagaré con grosura el alma de los sacerdotes*. Y aquí la grosura con que se embriaga el alma de los sacerdotes no es otra cosa que el sacramento del altar, por cuyo medio el alma de los que devotamente lo reciben se inflama en ardores de caridad y en su virtud el alma se dilata con vehemencia en todas direcciones, razón por la que añade el profeta (ibid.): *Y mi pueblo será lleno de mis bienes*. Y se ha de notar que el pueblo se llama aquí toda la Iglesia, tanto la militante como la triunfante. Y, en verdad, tan pronto como en virtud de este sacramento el alma del sacerdote haya sido embriagada de la grosura de la dilección, llena de bienes a toda la Iglesia. La afluencia de la caridad sacerdotal se dilata en todos los sentidos: hacia arriba, en cuanto ofrece el sacrificio eucarístico en honor de los santos que reinan en la gloria; hacia abajo, hasta el purgatorio, en cuanto lo ofrece para la liberación de las almas que allí se encuentran; hacia la derecha, en cuanto lo ofrece por los amigos y bienhechores; hacia la izquierda, en cuanto lo ofrece por la salvación de los enemigos y perseguidores; hacia atrás, en cuanto lo ofrece por la salvación de sus antecesores, y, por último, hacia adelante, en cuanto lo ofrece por la salvación de los predestinados que han de existir hasta la consumación de los siglos» (ibid., n.5 p.503-505).

1080 **3. Aumenta la devoción**

«En tercer lugar, se nos ha dado el Cuerpo de Cristo como sacrificio de oblación, con el fin de conservar en nosotros la devoción para con Dios; y no sin razón se nos representa bajo la figura de grosura. Porque, así como la grosura derramada al fuego levanta la llama en alto, así también la divinísima Eucaristía, cuando la recibe el corazón devoto, lo arrebata a Dios a impulsos de la devoción. Y por eso se dice en el Salmo (62,5-6): *En tu nombre alzaré mis manos. Sea llena mi alma como de grosura y con labios de regocijo te alabará mi boca*»... (ibid., n.6 p.505).

1081 b) SEGUNDA FIGURA: «PAN SUBCINERICIO»

«Cristo nos representó su santísimo Cuerpo con la figura de pan, del cual dice El mismo por San Juan (6,51): *Yo soy el pan vivo que descendí del cielo;* y allí mismo: *El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo*. Este es aquel pan que el ángel trajo a Elías,

según se dice en el tercer libro de los Reyes (19,6): *Miró Elías y vió junto a su cabeza un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua.* El pan cocido al rescoldo es el Cuerpo de Cristo, que con razón se llama cocido al rescoldo, por estar velado con los accidentes, los cuales son significados por las cenizas; y bajo esas cenizas de los accidentes está oculto el alimento de nuestras almas» (ibid., n.8 p.507).

Cuatro son los efectos que pueden señalarse como representados bajo esta figura.

«Este sacramento nos conforta para la acción, nos eleva a la contemplación, nos dispone para la revelación de las cosas divinas y nos anima para el desprecio del mundo y para desear los bienes celestiales y eternos. Y por eso se dice en este lugar (3 Reg. 19,8-9) que Elías, *confortado con aquella comida, caminó hasta llegar al monte de Dios, vió secretos divinos y se paró a la puerta de la cueva;* y todo esto designa los cuatro efectos sobredichos»... (ibid., n.13 p.511)

1. Conforta para la acción 1082

«Esto se significa cuando se dice: *Confortado con aquella comida, caminó cuarenta días* (ibid.), y tal manjar significa el Cuerpo de Cristo, por cuya virtud confortante trabaja el hombre siempre que no deja de progresar en la vida espiritual. Y nótese que *caminó por cuarenta días.* El número cuarenta no es más que diez multiplicado por cuatro. Por el número diez se entiende el decálogo, al que se reduce todo el Antiguo Testamento. Por el número cuatro se significan los cuatro Evangelios, a los cuales se reduce todo el Nuevo Testamento. Ahora bien, caminar, fortalecido por aquella comida por cuarenta días, equivale a profesar en la vida espiritual durante el tiempo de la prueba, el cual ha de regularse por el Antiguo y Nuevo Testamento» (ibid., n.13 p.511-513).

2. Eleva a la contemplación 1083

«El segundo efecto es elevarnos a la contemplación; y por eso se dice aquí que Elías llegó al monte de Dios. Y ¿qué otra cosa pudiera entenderse por monte sino la elevación de la mente a Dios? Este es el monte a que había llegado Moisés, de quien se dice en el Exodo (3,1 ss.): *Moisés apacentaba las ovejas,* lo cual designa el ejercicio de la acción. Se añade después: *Llevó el rebaño al interior del desierto,* donde se ha de entender que todas las operaciones y afectos se han de reducir a lo íntimo del corazón. Y a continuación: *Llegó al monte de Dios,* en lo que se expresa la elevación de la mente a las cosas celestiales. Y se concluye: *Se le apareció el Señor,* señalando con esto el momento en que se comunica al alma el don de la contemplación. Y se ha de notar que se le apareció el Señor en llama de fuego, cuya propiedad es calentar e iluminar. Y ello se dice para dar a conocer que, cuando el alma llega a la

contemplación, no sólo el entendimiento se ilumina con la luz del conocimiento, sino también la voluntad se inflama con el incendio del amor» (ibid., n.14 p.513).

1084 **3. Dispone a percibir las inspiraciones**

«El tercer efecto es disponernos para la revelación de los divinos secretos; y por eso se escribe aquí que el Señor dijo a Elías (3 Reg. 19,11-12): *Sal fuera y ponte sobre el monte delante del Señor; y he aquí que pasa el Señor, y delante del Señor un viento grande y fuerte que trastorna los montes y quebranta las piedras: el Señor no está en el viento; y tras el viento un terremoto, el Señor no está en el terremoto; y tras el terremoto un fuego, y el Señor no está en el fuego; y tras el fuego un silbo de un vientecillo suave*, y ahí, en esa aura blanda, estaba el Señor. Fué, pues, revelado a Elías que el Señor no se halla ni en el viento de la soberbia, ni en el estremecimiento de la impaciencia, ni en el fuego de la codicia o de la concupiscencia carnal, sino en el silbido de un vientecillo suave, o sea, en la tranquilidad de la conciencia pacificada; y así dice el Salmo (Ps. 75,3): *El Señor fijó su asiento en la paz y su morada en Sión*» (ibid., n.15 p.513).

1085 **4. Ayuda a despreciar el mundo**

«El cuarto efecto es animar al desprecio del mundo y al deseo de los bienes celestiales. Y esto se ha de entender aquí, cuando se dice que Elías *cubrió su rostro con el manto y, habiendo salido, paróse a la puerta de la cueva* (3 Reg. 19,13). Y, ciertamente, cuando el alma es levantada hasta contemplar lo inmenso de la divina hermosura y lo infinito de la potencia divina, luego se recoge en su propia pequeñez, cubre su rostro con la profunda humildad, sale fuera de la codicia del mundo, se para a la puerta de la cueva, es decir, suspira por la eternidad. Como que aquí por cueva se entiende el cuerpo humano, y por puerta, el deseo de salir de él. Por eso estaba junto a la puerta, expresándose con esto los deseos que tenía de salir del cuerpo. Alaben, pues, al Señor por habernos representado su Cuerpo santísimo bajo la figura de pan» (ibid., n.16 p.513-515).

1086 **c) Tercera figura: miel**

Cristo «nos representó su Cuerpo venerabilísimo bajo la metáfora de miel. Y a este propósito se dice en los Proverbios (24,13): *Come miel, hijo mío, porque es buena y el panal será muy dulce a tu garganta*. Por el panal de miel se significa el sacramento del Cuerpo del Señor, y con mucha razón, pues la miel deleita el gusto y, al decir de los médicos, tiene la virtud de purificar la vista.

De la misma manera también Cristo deleita la voluntad e ilumina el entendimiento. Oigamos a San Bernardo: «Jesús, dulzura de los corazones, fuente de aguas vivas, luz de las mentes, excede

todo gozo y todo deseo». En cuanto es la dulzura de los corazones, deleita la voluntad, y en cuanto es la luz de la mente, ilumina el entendimiento.

Y que Cristo sea miel lo dice San Bernardo, *Super Canticum* (cf. *Serm.* 15,6): «Jesús es miel en la boca, melodía en el oído y júbilo en el corazón». Y en otra parte: «¡Oh Jesús!, gloria de los ángeles, en el oído suave cántico, en la boca dulce miel y en el corazón néctar celestial».

Esta es la miel que produjo para nosotros la dulce abeja nuestra **1087** Virgen María, según aquello del Eclesiástico (11,3): *Pequeña es la abeja entre los insectos, mas su fruto tiene el principio de la dulzura.* Abeja es la Virgen bienaventurada, y abeja pequeña, por ser humildísima entre todos los santos. Y su fruto tiene el principio de la dulzura. Porque nuestro Señor Jesucristo, fruto de su vientre, es dulce, no sólo como la miel, sino más que la miel y más que el contenido del panal; por lo cual dice San Bernardo: «La presencia de Jesús es mál dulce que la miel y todas las demás cosas». Más aún, así como el Cuerpo de Cristo está representado bajo la figura de pan y esto para significar el alimento de los hambrientos, así también lo está bajo la metáfora de miel para dar a entender la iluminación de los que se hallan sentados en sombras de muerte; lo que se expresa en el primer libro de los Reyes (14,27-29) cuando se dice que gustó Jonatás un poco de miel y quedaron iluminados sus ojos»... (ibid., n.17 p.515).

d) Cuarta figura: cordero **1088**

«En cuanto a la cuarta figura, se ha de decir que el Cuerpo de Cristo se representa bajo la del cordero pascual; de él se dice en el Exodo (12,3 y 5): *Tome cada uno un cordero por sus familias y casas. Y el cordero será sin mancha.* Este cordero fué previsto por Isaías cuando dijo (16,1): *Envía, Señor, al cordero dominador de la tierra.* Y este cordero fué inmaculado, porque había venido a quitar los pecados del mundo, conforme a lo que se dice en San Juan (1,29): *He aquí el Cordero de Dios; he aquí el que quita los pecados del mundo.* El cordero pascual significa el Cuerpo de Cristo, por cuya razón se nos señala aquí cuál ha de ser el hombre antes de acercarse a El, cuál en el momento de recibirlo y cuántos sean los frutos después de recibirlo» (ibid., n.26 p.521-523).

Antes de acercarse «al Cuerpo de Cristo se exigen en el hom- **1089** bre cuatro requisitos. Debe, en efecto, atender a la comunidad universal, disponerse para ser idóneo, inflamarse en la caridad y procurarse la integridad de la fe» (ibid., n.27 p.523).

En el momento de comulgar: «En cuanto al acto de recibir el Cuerpo de Cristo, ha de tener también cuatro condiciones: continencia en la carne, limpieza en el afecto, memoria de la pasión en el alma y vida eterna en el deseo» (ibid., n.28 p.525).

Frutos que se perciben: «Son cuatro. Y por eso, después de la

comida de este cordero, el Señor hizo cuatro cosas: pasó por la tierra de Egipto, hirió a los primogénitos, ejerció el juicio sobre los dioses de Egipto y guardó del azote a los señalados con la sangre; todo lo cual significa, sin duda, que a los que dignamente comulgan el Señor les envía consuelos, les templa los ardores de la concupiscencia, les quita el amor al mundo y les comunica seguridad para el día de juicio» (ibid., n.29 p.527).

1090 e) QUINTA FIGURA: TESORO ESCONDIDO

«En cuanto a la quinta figura, se ha de decir que se nos representa el Cuerpo de Cristo bajo la del tesoro celestial. Y con razón se compara el Cuerpo de Cristo con un tesoro. Porque así como en el tesoro se encierra cuanto en las riquezas es deseable, así también en el Cuerpo de Cristo se contienen todos los carismas de las gracias, y de aquí es que Dios Padre, queriendo consolar a la esposa de su Hijo, que es la Iglesia, prometió, antes de la venida de Cristo, estos tesoros cuando decía, por Isaías (45,3): *Te daré tesoros escondidos*. Y bien se dicen escondidos estos tesoros de gracias, puesto que están cubiertos bajo los velos del sacramento visible. Y es de notar que diga: *Te daré tesoros*, en plural. Es que cuatro son los tesoros escondidos en Cristo, presente bajo las especies sacramentales, a saber: el tesoro de toda esencia, el de toda sabiduría, el de toda gracia y el de toda gloria» (ibid., n.30 p.529).

1091 **1. Tesoro de toda esencia**

«En Cristo está el tesoro de toda esencia. Todas cuantas cosas, en efecto, son, fueron o serán vienen de El, por El y para El. Piensa, pues, cuán grande es este tesoro del cual provienen el cielo, la tierra, el mar y todo cuanto en ellos existe. De ahí es que de Cristo puede decirse aquello de San Mateo (13,52): *Saca de su tesoro cosas nuevas y viejas;* y aquello otro del Salmo (13,47): *De sus tesoros produce los vientos*» (ibid., n.31 p.529-531).

1092 **2. Tesoro de toda sabiduría**

«En Cristo está el tesoro de toda sabiduría; y esto porque Cristo conoce todas las cosas, las presentes, las pasadas, las futuras y todas cuantas pudieran hacerse. Y no sólo conoce las cosas, sino también sus propiedades, tanto actuales como posibles. Y la razón es porque Cristo es Dios, «a quien están patentes todos los corazones, a quien hablan todas las voluntades y a quien ningún secreto está oculto». No sólo conoce perfectísimamente todas las cosas, sino también hace que se conozcan todas cuantas se conocen. Pues es la luz que ilumina toda otra luz, conservándola en todas sus fuerzas, conforme se dice en San Juan (8,12): *Yo soy la luz del mundo*. De este tesoro se escribe a los Colosenses (2,3): *En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios*» (ibid., n.31 p.531).

3. Tesoro de toda gracia 1093

«En Cristo está el tesoro de toda gracia, pues se halla *lleno de gracia y de verdad* (Io. 1,14) y de esa plenitud reciben la gracia los ángeles y los hombres. Cristo, en efecto, posee la plenitud fontal; y abre su mano y llena de bendición a todo animal dotado de razón. Y este tesoro de gracias está oculto bajo el velo del sacramento del altar, según San Mateo (13,44): *El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo.* Y ¿qué es lo que aquí se designa por el campo sino el sacramento del Cuerpo de Cristo, el cual se confecciona de los productos del campo? El tesoro escondido lo tenemos en este campo, pues ahí es donde se halla oculto todo género de gracias; y así, *cuando lo halla un hombre, por el gozo de ello va y vende cuanto tiene y compra aquel campo* (Mt. ibid.); todo lo cual significa que quien conoce la plenitud de este sacramento suspende con sumo gusto toda otra ocupación para ejercitarse libremente tanto en los efectos como en la devoción de este sacramento, sabiendo como sabe que de él se le deriva la posesión de la vida eterna, según dice el Señor en San Juan (6,55): *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna*» (ibid.).

4. Tesoro de toda gloria 1094

«En Cristo está el tesoro de toda gloria. Cuanta gloria, en efecto, tienen los ángeles y los hombres y la tendrán los que hayan de ser salvos hasta el día del juicio, la reciben de Cristo como de un tesoro, o sea, en orden a la estola del Cuerpo, sea en orden a la estola del alma. Cristo es, en verdad, *aquel que en sus tesoros pone abismos* (Ps. 32,7), es decir, términos inexplicables en su gloria. Y por esta razón nos manda apresurar el paso hacia este tesoro, diciéndonos por San Mateo (6,20): *Atesorad para vosotros en el cielo.* Estos son los tesoros tan ardientemente deseados de los santos, y no pudiendo alcanzarlos sino por la muerte, como los que *cavan en busca de un tesoro se gozan en extremo cuando hallan el sepulcro* (Iob 3,21)» (ibid., n.31 p.532-533).

f) Sexta figura: maná 1095

«En cuanto a la sexta figura, se ha de decir que el Cuerpo de Cristo queda prefigurado por el maná...

Y está escrito en el libro de la Sabiduría (16,20-21): *Alimentaste a tu pueblo con vianda de ángeles y les diste pan del cielo, aparejado sin trabajo, que tenía en sí todo deleite y la suavidad de todo sabor. Porque ese alimento tuyo mostraba la dulzura que tienes para con tus hijos; y acomodándose a la voluntad de cada uno se volvía en lo que cada uno quería.* He aquí cómo en estos pasajes se nos describe, bajo la figura del maná, el sacramento del Cuerpo de

Cristo como manjar nobilísimo para su origen, suavísimo por su sabor, dignísimo por su contenido y admirabilísimo por su eficacia» (ibid., n.36 p.535).

1096 **1. Nobilísimo por su origen**

«En primer lugar, el Cuerpo del Señor es un manjar nobilísimo por su origen; porque, cocido por la Santísima Trinidad con el fuego del Espíritu Santo en el horno del seno purísimo de la Virgen, procede del pan material en virtud de la misma beatísima Trinidad. Y por esta razón se dice: *Y les diste pan del cielo, aparejado sin trabajo*. Ese pan que, preparado en otro tiempo en el seno virginal, ahora no sólo reside en el cielo, sino también está oculto en el sacramento» (ibid., n.37 p.537).

1097 **2. Suavísimo por su sabor**

«El Cuerpo de Cristo, figurado en el maná, es un manjar suavísimo por su sabor; pues el sabor de este pan ejerce atracción sobre los deseos de millares de ángeles; y aun en este mundo su olor no sólo excita nuestros corazones, sino también se los atrae cada día a la recompensa y colmada plenitud del cielo. Y por esta razón dice San Juan Evangelista: Tu olor, ¡oh Señor!, excita en mí apetencias eternas. Y en conformidad con lo que vamos diciendo se afirma del Cuerpo de Cristo figurado en el maná que *contiene en sí todo deleite y la suavidad de todo sabor*» (ibid., n.38 p.537).

1098 **3. Dignísimo por su contenido**

«Este manjar es dignísimo por su contenido. Y es porque contiene a toda la Santísima Trinidad, llamándose por esta razón *vaso de la Trinidad*. Digo que la contiene no circunscribiéndola, sino cuanto es objeto de la presencia y asistencia divina. La Trinidad, en efecto, «está dentro de todas las cosas, pero no incluída; fuera de todas las cosas, pero no excluída; sobre todas las cosas, pero no levantada; debajo de todas las cosas, pero no postrada». Allí, en aquel manjar, está el Hijo por la encarnación; y el Padre y el Espíritu Santo están con El por la inseparable e indivisible comunicación de una misma substancia; por lo cual se dice al Padre (Sap. 16,21): *Mostrabas tu substancia y tu dulzura, que tienes para con tus hijos*. Como si dijera: Tú, ¡oh Padre!, presentas bajo los velos sacramentales a las mentes, iluminadas por la fe, todo tu ser o substancia, es decir, a tu Hijo—el Padre comunicó al Hijo toda su substancia—y toda tu dulzura, esto es, al Espíritu Santo, aquella substancia y aquella dulzura que poseías desde la eternidad» (ibid., n.39 p.537).

1099 **4. Admirabilísimo por su eficacia**

«Por esta razón se dice aquí que el maná, *acomodándose a la voluntad de cada uno, se volvía en lo que cada uno quería* (Sap. 16,21). Y es que los frutos que de este sacramento se perciben están en

correspondencia de la buena voluntad y el grado de santidad de vida que se tuviere, conforme a lo que dice San Bernardo: «Tanto más poseerás los bienes del Señor cuanto más asentares el pie de la confianza en ellos» (ibid., n.40 p.537-538).

B) Disposiciones para comulgar 1100

Al glosar cada una de las precitadas figuras, San Buenaventura expone las diferentes disposiciones que deben adornar al alma para recibir al Señor. Entresacamos algunas independientemente del orden y motivo que con el Santo las comenta.

Entre las disposiciones que deben llevarse a la sagrada comunión conviene citar:

a) Recta intención 1101

«Primeramente, ha de tener intención recta; y esto, porque el hombre ha de ofrecer este sacrificio no por agradar a los hombres, o por provecho carnal, o por intereses temporales, sino pura y sencillamente por el honor de Dios, por la utilidad del prójimo y por aumentar el tesoro de sus méritos. Y por esa razón se dice aquí: *En tu nombre*, según aquello del Apóstol (Col. 3,17): *Todo cuanto hacéis, tanto de palabra como de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo*» (ibid., n.7 p.507).

b) Oración 1102

«El que se acerca a este sacramento ha de estar también excitado por la oración; pues nadie debe llegar a él con un corazón tibio, ya que de esta suerte pudiera merecer el castigo de la obstinación. Y por eso se dice aquí: *Levantaré mis manos*, esto es, las levantaré por la oración, según aquellas palabras de San Pablo a Timoteo (1 Tim. 2,8): *Quiero que los varones oren en todo lugar levantando sus manos puras*, se entiende al Señor. En tercer lugar ha de acercarse devotamente a la comunión, por lo que añade el profeta (Ps. 626): *Sea llena mi alma como de grosura*» (ibid.).

c) Huída del mundo 1103

«Ha de huir de los consuelos del mundo. Porque hallándose en este sacramento la plenitud de la consolación espiritual y no comunicándose ésta a los que dan entrada a otro género de consolaciones, al decir de San Bernardo, síguese necesariamente que quien quisiere alcanzar la consolación espiritual ha de dejar la delectación carnal. Y precisamente esto es lo que aquí se significa al decir que cuando Elías vino a Bersabé *dejó allí al criado* (3 Reg. 19,3). Bersabé, en efecto, se interpreta *fuente de hartura*, y significa a Cristo,

en quien reside toda la plenitud de gracias. Y ciertamente aquel que la consigue deja todas las delectaciones del mundo, según se indica lo que sigue: *Dejó allí al criado.* Y ¿qué otra cosa designamos por criado sino las delectaciones carnales? Este es el criado a quien hemos de abandonar, según nos enseña San Pablo (1 Cor. 14, 20): *No seáis niños en el sentido, mas sed pequeñuelos en la malicia.* Y, en efecto, el que deja al criado, éste deja las puerilidades mundanales» (ibid., n.9 p.509).

«El hombre muere al mundo para vivir según Dios. Y esto es lo que se dice de Jonatás. Después dijo (1 Reg. 14,43): *Gusté un poco de miel,* añadiendo luego: *He aquí que muero,* palabras que significan que tan pronto como uno queda inundado de la dulzura de este sacramento muere, en su virtud, enteramente al mundo...

Y así, porque «en ver a Dios consiste todo nuestro premio», según San Agustín, y no se logra ver a Dios sino muriendo al mundo, por eso San Agustín deseaba esta muerte cuando decía (cf. *In Ps.* 90, serm.2,13): «Haz, ¡oh Señor!, que el deseo de ti y el amor a ti me aniquilen totalmente para este mundo, y que yo olvide, según la grandeza del afecto que te tengo, la vanidad de todas las cosas transitorias para que ni por ellas, sujetas al tiempo, llore ni de ellas jamás me goce; ni sea nunca corrompido por la prosperidad ni abatido por la adversidad» (ibid., n.25 p.521).

1104 d) Invocación a María

«El que deseare gustar la dulzura de la miel escondida en el Sacramento del altar ha de prepararse invocando el patrocinio de la bienaventurada Virgen María; y por eso se lee que Jonatás, antes de llegar a paladear la meliflua dulzura, tuvo la vara en la mano (1 Reg. 14,43). En la Sagrada Escritura por vara se entiende la Virgen María, según aquello de Isaías (11,1): *Y saldrá una vara de la raíz de Jesé, y de su raíz brotará una flor.* Y, en verdad, tiene la vara en la mano el que en todas sus obras tiene presente en la memoria a la Virgen bienaventurada, mística vara por cuya intercesión se alcanza la miel; pues sin su patrocinio no se comunica la virtud de este sacramento. Y por eso, así como por medio de ella se nos dió este santísimo Cuerpo, así también se ha de ofrecer por sus manos y recibir de sus manos, bajo las especies sacramentales, lo que nació de su virginal seno y fué donado a nosotros. Oigamos a San Bernardo (cf. *In Nativit. B. M. V.* sermo *De aquaeductus* 18): «Cualquiera que sea la cosa que intentes ofrecer, acuérdate de confiarla a las manos de María, a fin de que la gracia vuelva a su dador por el mismo conducto por el que viene a nosotros. Porque pudiera suceder que tus manos se hallaran llenas de sangre o manchadas de sórdidos negocios por no haber desechado todos ellos» (ibid., n.20 p.517).

SECCION V. AUTORES VARIOS [1]

I. BOURDALOUE

La procesión del Santísimo Sacramento

(Cf. ed. de Blas Román [Madrid 1780] 2.ª ed. ,t.16 p.409 ss.)

A) Triunfo glorioso 1105

«Triunfo muy glorioso por su esplendor y por su solemnidad. Es muy verdadera la reflexión de los maestros de la vida cristiana y espiritual cuando miran y nos hacen mirar como triunfo la entrada de Jesucristo por la comunión en un alma y principalmente en un alma arrepentida...

No obstante, cristianos, este triunfo es del todo interior, y nada se ve de él exteriormente. Sólo Dios y el alma son testigos de él. Y así necesitaba Jesucristo un triunfo más público y manifiesto y que a lo menos una vez en el año hubiese un día en que saliese en público y se dejase ver de todo el mundo cristiano...

Así como los ángeles asisten en el cielo alrededor del trono y 1106
delante de la majestad del Altísimo, así asisten los sacerdotes al Santuario, dispuestos a ejercitar sus funciones. Las calles se ven sembradas de flores; las casas, las ventanas y los balcones colgados y entapizados; algunos altares de trecho en trecho en la carrera para recibir al Señor y servirle en alguna manera de descanso. En fin, se hace señal, sale Dios triunfante de su templo y comienza a mostrarse al pueblo.

Camina rodeado de sus ministros como gran Sacerdote y Pontífice soberano. Va debajo de palio como Rey de cielo y tierra. Ofrécenle incienso y lo recibe como Hijo de Dios y como Dios; y aun el mismo ruido de las armas le hace conocer y le honra como a vencedor del mundo».

[1] Véanse los textos que en relación con la Eucaristía hemos insertado en *La palabra de Cristo*: SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA (t.5 p.613-616), BEATO JUAN DE AVILA (t.3 p.626-629; t.5 p.252-256 y 426-432), FRAY LUIS DE LEÓN (t.5 p.621-629; t.8 p.883-886), FRAY LUIS DE GRANADA (t.6 p.261-117), BOURDALOUE (t.5 p.638-641) y CARDENAL GOMÁ (t.5 p.641-646)

1107 ## B) Triunfo legítimo

«Triunfo el más justo y el más legítimamente debido según las miras e intenciones de la Iglesia en su institución. ¿Qué se propone la Iglesia y qué pretende en esta ceremonia?

a) *Reconocer el excelente don que nos ha hecho Jesucristo* de su cuerpo y de su preciosa sangre... Por esto la Iglesia, deudora a Jesucristo de un sacramento que contiene todas las riquezas de la misericordia y en donde reside corporalmente la plenitud de la misma divinidad, no quiere que este tesoro esté escondido. Sensible al amor y a la infinita liberalidad del divino Esposo, que le ha hecho esta gracia, quiere honrarle por ella, y para esto, lejos de huir de él, le presenta en las plazas públicas y le pone a la vista de todos los pueblos, como si nos dijera aquellas palabras del Real Profeta: *Venid y ved lo mucho que el Señor ha hecho por mí* (Ps. 65, 16)...

1108 b) *Derramar las bendiciones celestiales* y las gracias que Jesucristo lleva consigo. En sus entradas distribuyen los príncipes con más abundancia sus dones; porque conviene a la majestad y grandeza real que los pueblos conozcan su presencia por los beneficios y se perpetúe la memoria de estos días solemnes... Yo sé bien que para obrar maravillas y ejercer su virtud todopoderosa no es absolutamente necesaria la presencia de Jesucristo, pues lo que hacía otras veces lo puede hacer también ahora. Ausente y presente veía el interior de los corazones, ganaba las almas, lanzaba los demonios, daba salud a los enfermos y resucitaba los muertos... Todo esto, cristianos, es incontestable; pero por otra parte puedo añadir que esta presencia de Jesucristo, especialmente en una ceremonia consagrada toda a su Majestad, le empeña particularmente a comunicarse, a abrir todos sus tesoros y a hacerlos correr con menos reserva. Bajando el Señor del monte, adonde se había retirado para orar, se detuvo en el valle, adonde vino a buscarle una gran multitud de personas... Y ¿por qué? Porque como nota el evangelista, *salía de El una virtud milagrosa que sanaba a todos* (Lc. 6,19). Esta virtud es siempre la misma, pues el manantial es inagotable, y en las santas visitas del Señor es donde se derrama con una nueva efusión por cuantas partes va. Y para esto no espera su Majestad que nosotros le busquemos; El se viene a nosotros, se manifiesta en medio de nosotros, nos alarga sus brazos y nos dice sin cesar: *Sacad y tomad con alegría de las fuentes de vuestro Salvador* (Is. 12,3).

1109 c) *Despertar y confirmar la fe de los fieles.* A la verdad son fieles y creen; pero como la caridad se resfría con el tiempo, así también se disminuye la fe y se hace enfermiza..., no tiene aquel grado de firmeza y actividad que hace obrar y conduce a la práctica... De aquí provienen tantas irreverencias como se cometen

delante de los altares y aquella tibieza con que asisten al sacrificio y llegan a la santa comunión. ¿Hay cosa alguna más eficaz que la celebridad de estos santos días para excitar y fortificar esta fe tibia y casi adormecida?... Es una nueva profesión de la fe que hace la Iglesia; profesión auténtica y pública, profesión común y, por lo mismo, más eficaz. Este recíproco ejemplo que se dan los unos a los otros, este consentimiento universal y esta unanimidad nos convence eficazmente y desde luego quita todas las dificultades y resuelve todas las dudas».

C) Triunfo eficaz 1110

«Triunfo el más capaz de excitar el fervor de los fieles y avivar los afectos de su piedad. Tres son los principales.

a) Veneración

«En todas partes donde se halla presente la sagrada persona de Jesucristo merece igualmente nuestros respetos..., pero, por otra parte, es preciso convenir que en algunas circunstancias estamos más eficazmente movidos... Cuando vemos un aparato pomposo y magnífico, a todo el pueblo humillado y postrado; cuando vemos los afectos y santas aceleraciones que se da una multitud para manifestar su celo y protestar su vasallaje y culto; cuando no se oyen sino aclamaciones, elogios y cánticos de piedad, todo esto ayuda a recoger el alma e inclina a volver sobre sí mismo, a humillarse y confundirse.

Entonces se imprimen en el espíritu con más fuerza y eficacia aquellas altas ideas que se han concebido del sacramento que honra y celebra la Iglesia, de la presencia real de un hombre Dios en el sacramento, de toda la majestad de Dios encerrada en él, de todo el poder de Dios puesto en obra, de todos los tesoros de la gracia reunidos en este sacramento, de este sacramento incomprensible, inefable y compendio de todas las maravillas del Señor... Adóreos, Señor, toda la tierra (claman entonces): ¿Es posible que no baje aquí todo el cielo a juntarse con la tierra para ensalzar vuestro santo nombre y vuestro misterio adorable? Porque ¿qué son las adoraciones de un hombre como yo?...

d) Devoción 1111

«De este afecto de respeto y veneración que inspira la ceremonia de este día nacen afectos de devoción..., pues de un golpe enmudece el corazón, se inflama y se enciende todo... Es la gracia interior la que produce estos sentimientos, pero, no obstante, un cierto exterior de religión que se advierte por todas partes no con-

tribuye poco a formarlos. Porque yo hablo de una devoción sensible que rebosa hasta en los sentidos después que los mismos sentidos han concurrido a excitarla»...

1112 c) CONSUELO

«¿De qué alegría se vió sorprendida la Magdalena cuando vió a su amado Maestro resucitado? Corre a El, se arroja a sus pies, y sin tardar un momento, va según el orden que recibió a llevar a los apóstoles una noticia tan dichosa. Tal es el consuelo de que se halla penetrada un alma que ama a Jesucristo, y que le ve en el esplendor de su gloria. Le sigue no como una esclava atada a su carroza, sino como su Esposa, que con una fidelidad inviolable toma partido en todos los sucesos de su Esposo; quiero decir en sus humillaciones y en su elevación; en sus humillaciones que ella ha llorado, y en su elevación en que no le puede felicitar como quisiera ni puede felicitarse a sí misma...

Pero sea lo que fuere, amados oyentes míos, éste es el fin de la octava en que os he representado la vida de Jesucristo en la santísima Eucaristía. Aprovechémonos de este sacramento para vivir una vida cristiana y del todo pura; porque éste es el fruto que debemos sacar de este sacramento augusto, y él nos mantendrá hasta el aliento postrero. En aquella última hora él será nuestro gran remedio, no precisamente para alargar en la tierra y en este valle de lágrimas unos días sujetos a tantas alteraciones y miserias, sino para librarnos de las asechanzas del enemigo, que aumenta entonces sus esfuerzos; para suavizar el dolor de una separación tan contraria a los sentidos y a la naturaleza; y, en fin, para servirnos de viático en una jornada tan larga y llevarnos a una vida bienaventurada y eterna. Así sea»

II. P. VIEIRA

La transubstanciación

Sermón primero del Santísimo predicado en 1645; verdadero alarde de vulgarización para los sencillos (cf. *Los grandes maestros de la predicación*: P. A. VIEIRA, t.2 p.285: «Sal Terrae», Santander 1928).

1113 *A) Exordio*

«Dos palabras de más, o una, dos veces repetida, hallaba yo con fácil reparo en la cláusula que propuse del Evangelio: *Vere cibus, vere potus*. Todos los misterios de la fe, todos los sacramentos de la Iglesia son verdaderos misterios y verdaderos sacramentos; con todo, si atentamente leemos todos los evangelistas, si atentamente

advertimos todas las palabras de Cristo, hallaremos que en ningún otro misterio, en ningún otro sacramento, sino en el de la Eucaristía, ratificó el Señor aquella palabra *vere*, verdaderamente...

En las mayores alturas siempre son más ocasionados los precipicios; y como el misterio de la Eucaristía es el más alto de todos los misterios, previó el Señor que había de hallar en él la flaqueza y descubrir la malicia mayores ocasiones de dudar. Habían de dudar los sentidos, habían de dudar las potencias; había de dudar la ciencia, y había de dudar la ignorancia; había de dudar el escrúpulo, y había de dudar la curiosidad; y donde estaba más ocasionada la duda era bien que quedase más expresa y más ratificada la verdad. Por eso ratificó la verdad de su cuerpo debajo de las especies de la hostia: *Caro mea vere est cibus*. Por eso ratificó la verdad de su sangre debajo de las especies del cáliz. *Et sanguis meus est potus*. Supuesta esta inteligencia que no es menos que del concilio Tridentino, y supuesta la ocasión de esta solemnidad, instituída para desagraviar la verdad de este soberano misterio; viéndome yo hoy en este verdaderamente grande teatro de la fe, determino sustentar contra todos los enemigos de ella la verdad infalible de aquel *Vere est cibus, vere est potus*... Saldrán a argumentar contra la verdad de este misterio no sólo los enemigos declarados de ella, sino todos los que por cualquier camino pueden dificultar, y serán siete: un judío, un gentil, un hereje, un filósofo, un político, un devoto y el mismo demonio. Todos éstos pondrán sus dudas, y a todos satisfará la razón. Y para que la victoria sea más gloriosa, venciendo a cada uno con sus propias armas: al judío responderá la razón con las Escrituras del Testamento Viejo; al gentil con sus fábulas; al hereje con el Evangelio; al filósofo con la naturaleza; al político con la conveniencia; al devoto con sus afectos, y al demonio con sus tentaciones».

B) *Judíos y gentiles*

a) La dificultad de los judíos para creer 1114

«La primera y mayor duda que tuvieron los judíos contra la verdad de este sacramento fué la posibilidad de él (Io. 6,53). ¿Cómo puede éste, decían, darnos a comer su carne? No es posible. Y Cristo, ¿qué les respondió? *Si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre, no tendréis vida* (ibid., 54)... Para que los judíos conociesen la posibilidad de aquel misterio no era necesaria la doctrina de Cristo Señor nuestro; bastábales la de sus Escrituras, y la razón... Y cuando Cristo Señor nuestro parece que había de acudir a la duda con la explicación, acudió a la malicia con el castigo porque los argumentos de los que negaban el misterio ya estaban convencidos con la razón de los que le defendían. De manera que para convencer al judaísmo de la posibilidad del sacramento de la Eucaristía, no es

necesaria la fe ni la doctrina de Cristo Señor nuestro; basta la fe y la razón de los mismos judíos.

Y si no, pasemos en particular a los imposibles, que en este misterio reconoce o se le representan al judío: *Quomodo potest?* Dice el judío que el misterio de la Eucaristía en la forma que lo creemos los cristianos no es posible, ni en cuanto a la substancia ni en cuanto al modo. No es posible en cuanto a la substancia, porque, como dice Moisés en el Exodo y Salomón en el tercero de los Reyes, Dios es inmenso e invisible; lo inmenso no se puede limitar a tan pequeña esfera, ni lo invisible reducirse a lo que se ve; y no es posible en cuanto al modo, porque, como dice David (cf. Ps. 71,18; 195,4), el autor de los milagros es sólo Dios, y el sujeto de los milagros son las criaturas. Siendo, pues, el sacerdote criatura, ¿cómo puede hacer milagros en Dios y convertir en cuerpo de Dios la substancia del pan?

1115 Entre tanto que Moisés se detenía en el monte recibiendo la ley, cansados los judíos—que ahora no se cansan—de esperar, dijeron así a Aarón: *Fac nobis deos, qui nos praecedant* (Ex. 33,1). Ahora hacednos un Dios que podamos ver y seguir, y vaya delante de nosotros en esta jornada. Notad la palabra *Eloim*, que no sólo significa Dios, sino el Dios verdadero que creó el cielo y la tierra.

Ved aquí lo que los judíos pidieron entonces, y ved aquí lo que nosotros adoramos hoy, un Dios debajo de especies visibles, puesto en ellas milagrosamente por ministerio de los sacerdotes. Los judíos fueron los que trazaron el misterio y nosotros somos los que le gozamos; ellos hicieron la petición, y nosotros recibimos el despacho; ellos erraron, y nosotros no podemos errar. Y ¿en qué estuvo la diferencia? Estuvo sólo la diferencia en que ellos creyeron que se podía hacer esta maravilla por autoridad humana: *Fac nobis Eloim, qui nos praecedat;* y nosotros creemos que sólo se hace y se puede hacer por autoridad divina: *Hoc facite in meam commemorationem.* ¿Y que creyendo el judío que se podía hacer por poder humano, no crea que se puede hacer por omnipotencia divina? *Quomodo potest?* No es esto sólo error de la fe, es ceguedad de la razón».

1116 b) La objeción de los gentiles

«Al gentil también le parece imposible este misterio y la mayor dificultad que halla en él son las mismas palabras de Cristo: *Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus* (Io. 6,56). ¿Cómo es posible, dice el gentil, que sea Dios quien dice que le coman la carne y le beban la sangre?...

Tertuliano se explicó sobre esto con el juicio que acostumbra: Las fábulas de los gentiles, si bien se consideran, son unos remedos, son unas semejanzas, son unas imágenes o imaginaciones de los misterios de los cristianos; y si los gentiles dieron fe a lo remedado solamente de nuestros misterios, ¿por qué no la han de dar ahora a lo verdadero de ellos? Si creyeron y adoraron los retratos, ¿por

qué han de dudar de la creencia y negar la adoración a los originales?...

No piense alguno que es descrédito de nuestra religión el parecerse sus misterios a las fábulas de los gentiles, porque antes ése es el mayor crédito de la fe y el mayor abono de la omnipotencia. Alaba David los misterios de la ley escrita y encarécelos por comparación con las fábulas de los gentiles (Ps. 118,85); alaba San Pedro los misterios de la ley de gracia y encarécelos por comparación a las fábulas de la misma gentilidad (2 Petr. 1,16)... Pues ¿por qué compararon David y Pedro los misterios sagrados no a las historias, sino a las fábulas? Porque las historias cuentan lo que los hombres hicieron, y las fábulas cuentan lo que los hombres fingieron. Y vencer Dios a los hombres en lo que pudieron hacer, no es argumento de su grandeza; pero vencer Dios a los hombres en lo que supieron fingir, eso es aplauso cabal de su poder»...

C) *Los herejes*

a) La doctrina católica 1117

«El hereje, como enemigo doméstico, argumenta con el Evangelio... Los católicos creemos que en la hostia está la substancia del cuerpo de Cristo, porque Cristo dice: *Hoc est corpus meum* (Io. 6,59), éste es mi cuerpo. Pues si en la hostia está la substancia del cuerpo, porque Cristo dice: *Hoc est corpus meum*, también en la hostia está la substancia del pan, porque Cristo dice: *Hic est panis*.

Responde la razón fácilmente. Llama Cristo pan a la hostia consagrada, sin ser pan, porque, aunque no es pan, fué pan; aunque no es pan, parece pan; y para tener el nombre no es necesario ser, basta haber sido; no es necesario ser, basta parecer. Pruébalo la razón con el mismo Evangelio: *El pan que yo os he de dar*, dice Cristo, *es mi cuerpo* (Io. 6,52). Pues si es su cuerpo, ¿por qué le llama pan? Y si se llama pan, ¿por qué le llama cuerpo? Llámale cuerpo por lo que es, y llámale pan por lo que fué; llámale cuerpo por lo que es, y llámale pan por lo que parece. Aquella hostia no es pan; pero fué pan, y parece pan; y basta el parecer y el haber sido para llamarse así...

b) Solución a dos argumentos de los herejes 1118

De aquí mismo insta y argumenta el hereje que, así como Cristo llamó pan a la hostia, sin ser pan, asimismo podía llamar su cuerpo sin ser su cuerpo. No podía, dice la razón, y de ahí mismo lo prueba y convence admirablemente. La hostia puede llamarse pan, sin ser pan porque fué pan, y parece pan; pero no se puede llamar cuerpo de Cristo, sin ser cuerpo de Cristo, porque ni lo fué ni lo parece. De uno de tres modos se puede llamar la hostia cuerpo de Cristo,

o porque lo es, o porque lo fué, o porque lo parece. Porque lo parece, no; porque aquella hostia, después de consagrada, no parece cuerpo de Cristo. Porque lo fué, no; porque aquella hostia antes de consagrada, no fué cuerpo de Cristo; luego si se llama cuerpo de Cristo es porque verdaderamente lo es, y porque no queda otro verdadero sentido en que las palabras de Cristo se puedan verificar.

1119 Contra—replica aún el hereje obstinadamente—: Cristo en la Escritura llámase piedra, llámase cordero, llámase vid..., y con todo esto, ni Cristo fué piedra, ni parece piedra, ni es piedra; ni fué cordero, ni parece cordero, ni es cordero; ni fué vid, ni parece vid, ni es vid... ¡Bendita sea, Señor, vuestra sabiduría y providencia, que contra toda la pertinacia y astucia de tan obstinados enemigos de vuestra fe dejasteis armada vuestra Iglesia y defendida la verdad de este soberano misterio con una sola palabra: *Vere!* Entre el sentido verdadero y el metafórico hay esta diferencia: que el sentido metafórico significa solamente semejanza, y el verdadero significa realidad, y para quitar toda esta equivocación y cualquier otra duda el mismo instituidor del sacramento, Cristo, declaró, repitió una y otra vez que el sentido en que hablaba así de su cuerpo como de su sangre no era metafórico, sino verdadero: verdadero en la significación del cuerpo: *Mi carne verdaderamente es comida* (Io. 6,56); y verdadero en la significación de la sangre: *Y mi sangre es verdaderamente bebida* (ibid., 71)...»

D) El filósofo

1120 a) Los argumentos del filósofo

El filósofo... piensa que tiene fortísimos argumentos contra este misterio, y dice que no puede ser verdadero por muchos principios. Primero, porque las naturalezas y substancias de las cosas son inmutables: luego lo que era substancia de pan no se puede convertir en substancia de Cristo. Segundo, porque el todo es mayor que la parte, y la parte menor que el todo; luego, si todo Cristo está en toda la hostia, todo Cristo no puede estar en cualquier parte de ella. Tercero, porque el entendimiento debe juzgar según las especies de los sentidos, que son las puertas de todo el conocimiento humano; los sentidos miran, gustan y tocan pan; luego pan es, y no cuerpo de Cristo, lo que está en aquella hostia.

Con la naturaleza argumenta el filósofo, y con la misma naturaleza le ha de convencer la razón, y muy fácilmente y sin trabajo; porque, aunque la fe sea sobrenatural, la mejor y más fácil maestra de la fe es la naturaleza...

b) SOLUCIÓN DE LAS DIFICULTADES 1121

A la primera dificultad responde la razón que no tiene el filósofo que espantarse de que le diga la fe que la substancia del pan se convierte en substancia del cuerpo y la substancia del vino en la substancia de la sangre de Cristo, porque este milagro lo vemos cada día sensiblemente en la nutrición natural del cuerpo humano. En la nutrición natural del cuerpo humano, la substancia del pan y del vino ¿no se convierten en substancia de carne y sangre? Pues si la naturaleza es poderosa para convertir el pan y el vino en carne y sangre, en espacio de ocho horas, ¿por qué no será poderoso Dios para convertir pan y vino en substancia de carne y sangre en menos tiempo? Para confesar este milagro no es necesario creer que Dios es más poderoso que la naturaleza; basta conceder que es más pronto. Lo que la naturaleza hace despacio, ¿por qué no lo hará Dios un poco más aprisa?...

El imposible de estar todo en todo y todo en cualquier parte, tampoco lo creerá el filósofo; pero confesaré fácilmente que es posible, si vuelve la consideración a la escuela de la naturaleza. Tome el filósofo en las manos un espejo de cristal, véase en él y verá una sola figura; quiebre luego el espejo, y ¿qué verá?»

E) Asimilación eucarística

a) ARGUMENTA EL DIABLO 1122

«Ahora se seguía el político, pero quédese para el fin, y entre en su lugar el diablo, que tal vez no será desacertado el trueque. Tiempos hubo en que los demonios hablaban y el mundo les oía; pero después que oyó a los políticos aún está peor del mundo. El diablo, como soberbio y como científico—que es doblada soberbia, doblada hinchazón, como la llamó San Pablo: *Scientia inflat*—, argumenta así: Si los hombres comulgaran a Cristo en el sacramento, fueran como Dios. Los hombres no pueden ser como Dios; luego no comulgan a Cristo en el sacramento. La consecuencia, dice el diablo, es tan evidente como mía: la suposición no la pueden negar los hombres, porque es suya. Si los hombres comulgaren a Cristo, serán como Dios. Su mismo texto lo dice (Io. 6,57): *En mí mora y yo en él.*

Y los hombres no pueden ser como Dios; yo lo digo y yo lo padezco, dice el demonio; que, si yo no intentara en el cielo ser como Dios, no pagara hoy este imposible, como lo estoy pagando... Nosotros, aunque perseguidos, somos ángeles; que quien nos pudo hurtar el lugar no pudo quitarnos la naturaleza. Y si el maná, que tanto era menos noble, se llamó pan de los ángeles, el cuerpo del Hijo de Dios, que excede al maná en infinita nobleza, ¿cómo ha de ser pan de hombres?

1123 b) GRANDE Y EXTRAÑA PARADOJA

A la última parte de este soberbio argumento del demonio responde la razón con la causa de su misma caída. Después que Dios unió a sí la naturaleza humana y no la angélica, no hay que espantarse que los hombres sean en todo preferidos a los ángeles. En esta primera admiración y en este primer asombro desaparecerán todos los espantos, y en cuanto al imposible de poder los hombres, comiendo, ser como Dios, no argumenta el diablo contra nosotros; argumenta contra sí. El primer inventor—ninguno se espante de lo que digo—, el primer inventor de la traza o diseño del misterio de la Eucaristía fué el demonio. Cuando el demonio tentó a Eva, le dijo así: *Comed del fruto vedado, porque en el día que comiereis, quedaréis como Dios* (Gen. 3,5). Lo que Cristo nos concedió en este misterio es lo que el diablo nos prometió en el paraíso. Hizo Cristo verdadera la mentira del demonio para que de esta manera quedase él vencido y nosotros desafrentados. En aquel reencuentro del paraíso quedó el demonio vencedor y el hombre afrentado; vencedor el demonio, porque engañó; afrentado el hombre, porque quedó engañado, despojado, perdido. ¿Pues qué remedio para desafrentar al hombre y vengarse del demonio? El remedio fué hacer Cristo de su promesa dádiva, y de su tentación sacramento, y así lo hizo; de la promesa del demonio hizo dádiva, porque nos dió a comer a la divinidad que él nos prometió, e hizo de su tentación sacramento, porque consagró debajo de las especies de pan lo que él fingía debajo de las apariencias de la manzana. De suerte que el demonio quedó vencido, porque su mentira quedó verdad; y el hombre, desafrentado, porque su engaño quedó fe...»

F) Anuncios de amor

1124 a) QUEJA AMOROSA DEL ALMA FIEL

«El devoto—no por falta de fe, sino por exceso de amor y más quejoso de los accidentes que dudoso de la substancia—, por parte de su afecto, arguye así con el mismo Cristo: Mi fe, con los ojos cerrados, cree firmemente, Señor, que estáis en este sacramento; pero mi amor, con los ojos abiertos, no puede entender ni penetrar cómo sea posible esta verdad. Si partiéndoos de la tierra quisisteis quedar en la tierra, fué para satisfacción de vuestro amor y para alivio del nuestro; para crédito de vuestras finezas y para remedio de nuestras ausentes ansias. Así lo dice aquel grande intérprete de los secretos de vuestro corazón en este misterio (cf. SANTO TOMÁS, *Opusc.* 57). Pues si dudasteis para nuestro consuelo, ¿cómo os encubrís de nuestros ojos? Si fué amor el quedar, ¿cómo puede ser amor el quedar de ese modo? Quedar y quedar encubierto, antes es martirio para el encendido deseo que alivio para las ardientes ansias. Por

cierto que no eran ésos los estilos de vuestro amor ni de su paciencia. Había entre vos y el alma una pared; pero aunque la pared era suya, había en ella una celosía vuestra por donde la mirabais y por donde os miraba ella. Para no podernos mirar vuestra divinidad, es nuestra la pared de este cuerpo; pero para no mirarnos vuestra humanidad, vuestra es la pared de esos accidentes. Pues si los impedimentos y estorbos de la vista son vuestros y vuestro amor es omnipotente, ¿cómo queréis que crea mi amor una tan grande implicación del vuestro, como es amarme tanto y no dejaros ver? La fe lo cree muy a su pesar, pero el amor no lo sufre, ni lo alcanza, ni lo puede dejar de tener por imposible.

b) Respuesta fácil 1125

Así arguye amorosamente quejosa la devoción; pero tiene fácil y muy cabal respuesta a su piedad. A un efecto amoroso del alma responde la razón con otro afecto más amoroso de Cristo, y dice que mayor amor es en Cristo el no dejarse ver, que en la devoción el desear verlo. Aunque Cristo no se deja ver de nosotros, es cierto que se quedó con nosotros; pero quedóse de manera que no le podamos ver, porque fió más su amor de nuestros deseos que de nuestros ojos. El fin para que Cristo se quedó en el sacramento fué para que los hombres le amásemos; y siendo así que el mayor conocimiento es causa de mayor amor, aman los hombres más finamente a Cristo, deseado por ausentes cariños, que gozado por patente vista. Y como a Cristo le va mejor con nuestros cariños que con nuestros ojos, por eso se quiso dejar en disfraz de deseado y no en traje de visto; descubierto para los ojos, no; encubierto, sí, para los cariños. Conozca, pues, nuestra devoción que es fineza y no implicación de amor en Cristo el dejarse invisible en aquel misterio, y confiese no sólo nuestra fe con los ojos cerrados, sino nuestro amor con los ojos abiertos, la verdad amorosa de aquel *vere: Vere est cibus, vere est potus*».

G) *Honor al Rey* 1126

«Ultimamente, argumenta el político, y del mismo caso que dió ocasión a esta solemnidad, infiere no estar la persona soberana de Cristo en aquella hostia. Los príncipes de ninguna cosa son ni deben ser más celosos que de su autoridad... ¿Cómo es posible, ni creíble, que dejase tan arriesgada y expuesta la majestad divina de su persona a caer en las manos infieles y sacrílegas de sus enemigos, como publican las memorias de este día, y la ocasión y el nombre de estos desagravios?

A los otros argumentos respondí por la razón con lo que estudié; a éste respondo con lo que veo; donde se conquistan veneraciones no se pierden autoridades. Estos son los dictámenes de Dios, ésta

fué siempre su razón de estado. Permitió lo que lloramos para conseguir lo que vemos. ¿Qué mayor exaltación de su fe? ¿Qué mayor confusión de la herejía? ¿Qué mayor honra de Cristo? Permite así Dios una ofensa, cuando es la cristiandad la que la siente y la nobleza quien la desagravia. Las majestades y altezas del mundo, los grandes, los títulos, los prelados, las religiones, todos postrados por tierra, todos sirviendo de rodillas, todos confesándose por esclavos humildes y adorando, como a supremo Señor, aquella soberana Majestad, siempre venerable y siempre veneranda; pero mucho más cuando ofendida. Vea ahora el político si pierde Dios autoridad o se conquista honra y gloria, cuando permite una indecencia... La afrenta de la cruz fué la mayor que padeció ni podría padecer Cristo en las manos de la infidelidad y temeridad humana; pero las consecuencias de esa misma afrenta, dice el Señor que habían de ser sus mayores glorias atrayéndolo todo a sí... Bien se cumplió esta promesa entonces; pero mucho mejor cumplida la vemos ahora: *Omnia traham ad me ipsum...*

Cuando el soldado infiel dió la lanzada a Cristo salieron del lado herido todos los sacramentos, dice juiciosamente Tertuliano: *Ut de iniuria lateris eius tota formaretur Ecclesia,* que de una injuria del cuerpo de Cristo se formó toda la Iglesia... Acabe de conocer el político la razón de estado de Dios, que, cuando se expone a caer en las manos de sus enemigos es para más defendernos de los nuestros; y para fundar sobre sus injurias el edificio de sus glorias, aprendiendo y confesando en la política de este altísimo consejo de Cristo la verdad secretísima y sacratísima de aquel *vere: Vere est cibus, vere est potus*».

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

La sagrada Eucaristía

El tema de la Eucaristía—en los documentos del pontífice reinante—lo hemos tocado en el 2.º domingo después de Pentecostés (cf. *La palabra de Cristo* t.5 p.646-648).

En esta fiesta del santísimo cuerpo de Cristo presentamos una selección de textos de la principal encíclica eucarística, la *Mirae caritatis*, de León XIII. Pueden consultarse como documentos eucarísticos importantes el decreto de la Sagrada Congregación de Sacramentos *Quam singulari*, sobre la comunión frecuente (8-VIII-1940) y la encíclica de Pío XII *Mediator Dei* (20-XI-1947). En la segunda parte trata extensamente del culto eucarístico en cuatro apartados: *a*) sacrificio eucarístico; *b*) participación de los fieles en el mismo; *c*) la comunión eucarística; *d*) adoración de la Eucaristía.

A) León XIII, próximo a morir, habla del sacramento del amor a un mundo perturbado por la soberbia 1127

«En verdad, cuando Cristo, Señor nuestro, al terminar el curso de esta vida mortal, bajo el exceso de su inmensa caridad para con los hombres, dejó este monumento y poderoso auxilio para la vida del mundo (Io. 6,52), nada más feliz podemos desear Nos, próximos a partir de esta vida, que excitar a las almas y alentar en los espíritus los débiles afectos de gratitud y religión al admirable sacramento, en el que juzgamos principalmente apoyar la esperanza y resultado de la paz y salvación tan buscadas por los cuidados y trabajos de todos.

No faltarán quienes depriman y quizás reciban con procaz animadver- 1128
sión este nuestro intento de presentar semejantes remedios para ayudar a un siglo tan perturbado y lleno de miserias. La causa de esto es principalmente la soberbia, cuyo vicio, introducido en las almas, debilita en ellas la fe cristiana (que pide el obsequio religiosísimo de la mente), haciendo necesariamente más tétrica la oscuridad en derredor de las cosas divinas, de tal modo que a muchos sea aplicable aquello de que *blasfeman de lo que ignoran* (Iudae 10). Ahora bien; tan distante está de Nos separarnos del propósito iniciado, que es cierto, por el contrario, que con más vivo ardor insistamos en iluminar a los que están bien dispuestos, y en rogar a Dios, interponiendo las fraternales súplicas de las almas justas, perdone a los que blasfeman de las cosas santas».

1129 ## B) La Eucaristía es el sacramento de la vida, que se nos da en forma de pan para que todos lo coman

«El que atenta y religiosamente considere los beneficios que promanan de la Eucaristía, entenderá ciertamente que ella excede y aventaja a todos los demás; cualesquiera sean, en dichos beneficios se contienen; de ella, pues, procede para los hombres la vida, que es la verdadera vida: *El pan que yo les daré es mi carne por la vida del mundo* (Io. 6,52). No de cualquier modo, según hemos enseñado en otro lugar, Cristo es vida; quien para esto vino y vivió entre los hombres, para darles abundancia de vida más que humana. *He venido para que tengan vida y la tengan abundantemente* (Io.10,10).

Mas como quiera que ésta que llamamos vida tiene manifiesta semejanza con la vida natural del hombre, así como ésta se sostiene y robustece con el alimento, así aquélla conviene tenga también un alimento o comida que la sustente y fortalezca.

1130 *Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo* (Io. 6,52); y les mostró la gravedad del precepto de este modo: *En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en nosotros* (ibid., 54). Lejos de la verdad el vulgar pernicioso error de los que sienten que el uso de la Eucaristía debe tan sólo dejarse para los que alejados de los negocios y de espíritu pusilánime pretenden vivir tranquilos en la práctica de una vida piadosa. Este es, pues, asunto al cual ningún otro supera en excelencia y saludable eficacia, y que atañe a todos sin excepción sea el que quiera su oficio y posición, cuantos quieran, y ninguno debe hacer que no quiera, fomentar en sí la vida de la divina gracia, cuyo término es la consecución de la vida bienaventurada con Dios.

Y ojalá sintiesen y usasen rectamente de esta vida, principalmente aquellos que por su ingenio, posición o autoridad están destinados a dirigir los negocios públicos».

1131 ## C) Restablece en los espíritus el vigor y fervor de la fe

«De este excelentísimo sacramento, en el cual aparece admirablemente cómo los hombres se unen en la divina naturaleza, reciben gran incremento todo género de virtudes sobrenaturales. En primer término la fe. Siempre ha tenido la fe sus enemigos, pues aunque eleva la humana inteligencia con el conocimiento de altísimas cosas, por lo mismo que al abrir estos superiores horizontes, oculta su esencia, parece que en esto la humilla y deprime. Antiguamente se combatía ora uno, ora otro de los artículos de la fe; después se encendió mucho más la guerra, llegándose hasta el extremo de negar todo el orden sobrenatural. Ahora bien; para restablecer en los espíritus el vigor y fervor de la fe nada más a propósito que el misterio eucarístico, llamado con toda propiedad «misterio de fe»; pues ciertamente, cuanto hay de admirable y singular en los milagros y obras sobrenaturales, se contiene en éste: *El Señor misericordioso hizo compendio de todas sus admirables obras, dió comida a los que le temen*» (Ps. 110,4-5).

D) Y refrena las pasiones en un mundo relajado por la molicie 1132

«Pero a enervar la fe en las cosas divinas contribuye mucho no sólo la soberbia, como ya hemos dicho, sino también la depravación del ánimo. Así se observa ordinariamente que cuanto es un sujeto más morigerado, tanto es más despierto para entender; y que los deleites corporales tornan obtusos los entendimientos, como ya lo echó de ver la prudencia de los paganos, y nos los avisó antes que ella la divina sabiduría (Sap. 1,4): *Pero en las cosas divinas mayormente esos placeres oscurecen la luz de la fe y aun, por justo castigo de Dios, llegan hasta extinguirla por completo.* Tras esos deleites córrese hoy con ardiente e insaciable anhelo; ésta es una como enfermedad contagiosa que a todos invade desde la más tierna edad. Remedio excelente contra tan gravísimo mal le tenemos siempre dispuesto en la divina Eucaristía.

Porque ante todo, aumentando ella la caridad, frena las pasiones, según 1133
lo que ya dijo San Agustín: «Lo que alimenta a la caridad, enerva a la pasión, y la extinción de la pasión es la perfección de la caridad (cf. *De divers. quaest.* 83 q.36). Además que la castísima carne de Jesús reprime la insolencia de nuestra carne, según enseñó San Cirilo de Alejandría: «Cuando Cristo está en nosotros hállase adormecida la ley de la carne que brama furiosa en nuestros miembros» (l.4 c.2 in Io. 6,57). Otro fruto singular y amenísimo de la Eucaristía es el que fué significado en aquel profético dicho: *¿Qué es lo bueno en él* (Cristo) *y qué lo hermoso de él sino el trigo de los elegidos y el vino que hace germinar vírgenes?* (Zach. 9,17). Esto es, el firme y constante propósito de la virginidad sagrada, que aun en medio de un mundo relajado por la molicie florece vigorosa más y más cada día en la Iglesia católica, con tanta ventaja y ornamento de la religión y aun de la misma sociedad civil, que no hay quien pueda resistir en este punto a la evidencia.

E) Robustece la esperanza de los bienes inmortales y es causa y prenda de la divina gracia y de la futura resurrección 1134

«Allégase a esto que con este sacramento la esperanza de los bienes inmortales y la confianza en los auxilios divinos maravillosamente se robustecen y confirman. Pues el deseo de la felicidad, grabado e innato en todos los hombres, se hace más agudo con los engaños patentes de los bienes terrenos y con las injusticias de los hombres perversos y los demás trabajos del cuerpo y del alma. Empero el augusto sacramento de la Eucaristía es causa y prenda a la vez de la divina gracia y de la gloria celestial, no ya sólo con relación al alma, sino también al cuerpo, pues él enriquece los ánimos con la abundancia de los bienes celestiales y derrama en ellos gozos dulcísimos que exceden en mucho a cuanto los hombres pueden en este punto entender ni ponderar; en los casos adversos la Eucaristía sustenta; en los combates de la virtud confirma; guarda las almas para la vida eterna, y a ella conduce como viático preparado al intento.

A este cuerpo nuestro, caduco y deleznable, la Hostia divina hace que 1135
en su día resucite; porque el recuerdo inmortal de Cristo infunde en él

la semilla de la inmortalidad que ha de brotar alguna vez. Uno y otro bien, el del cuerpo y el que ha de gozar el alma, la Iglesia lo ha enseñado siempre conforme a la sentencia de Cristo: *Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día»* (Io. 6,55).

1136 *F) Nos recuerda la Pasión de Cristo y el deber de llevar nuestra cruz*

«Con lo cual tiene conexión y es de gran momento considerar la necesidad que resulta de la misma Eucaristía, como instituída por Cristo en memoria perenne de su Pasión (S. THOMAS AQUIN., *Opusc.* 57: *Offic. de festo Corp. Christi*), de mortificar el hombre la propia carne. Pues Jesús dijo a aquellos que fueron sus primeros sacerdotes: *Haced esto en memoria mía* (Lc. 24,19); esto es, hacedlo para conmemorar mis dolores, mis aflicciones, mis angustias, mi muerte en el madero de la cruz. Por lo cual es en todo tiempo este sacramento y sacrificio una exhortación continua a la penitencia y a soportar los mayores trabajos, y una condenación grave y severa de los placeres que algunos hombres sin pudor alaban y ponen en las nubes: *Todas las veces que comiereis de este pan y bebiereis este caliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga»* (1 Cor. 11,26).

1137 *G) Frente a un mundo dividido, en que las clases se odian, aparece el amor de Dios, que quiere unirnos en este sacramento*

«Demás de esto, si alguno quisiera averiguar las causas de los males que oprimen a las gentes en nuestros días, no le sería difícil ver que habiéndose enfriado la caridad para con Dios, la que debe unir a los hombres entre sí, se ha entibiado también; olvidando que son hijos de Dios y hermanos en Jesucristo, nadie cuida de otros intereses sino de los suyos, y no sólo se desatienden los ajenos, sino que a menudo se hostilizan e invaden. De aquí las frecuentes riñas y controversias entre las diversas clases de ciudadanos: la arrogancia, la aspereza, los fraudes en los que más pueden, y en las clases ínfimas las miserias, la envida, los motines. Males son éstos contra los cuales no se da medicina alguna saludable ni en las leyes con que se quiere proveer a su remedio, ni en el miedo a las penas, ni en los dictámenes de la prudencia humana.

1138 Aquello, pues, debe procurarse con empeño que ya más de una vez Nos copiosamente amonestamos, que las diferentes clases se concilien entre sí mediante la conjunción de sus respectivos deberes; la cual emana de Dios, produce obras que llevan en sí el propio espíritu y caridad de Jesucristo.

He aquí, pues, lo que quiso Jesucristo cuando instituyó este augusto sacramento: excitando el amor de Dios, quiso fomentar el mutuo amor entre los hombres.

Porque este amor emana por su naturaleza de aquél y espontáneamente se difunde, y no podrá en ninguna parte dejar de ningún modo cosa alguna que desear; antes será necesariamente más ardiente y vigoroso si se considera cuán grande es el amor de Cristo a los hombres en este sacramento, en el cual si por una parte desplegó con singular magnificencia su infinita

potencia y sabiduría, de otra hubo de *derramar las riquezas de su divino amor a los hombres* (cf. Conc. Trid. sess.13, *De Euchar.* c.2).

A la vista de este ejemplo de Cristo, que así nos da todas las cosas, ¡oh cuánto debemos nosotros amarnos y socorrernos unos a otros, unidos más y más cada día con vínculos indisolubles de caridad fraternal!»

H) A la cual unión convidan oportunamente las señales exteriores del mismo 1139

«Y es muy de notar que hasta las señales exteriores de este sacramento convidan oportunamente a esta unión.

A este propósito, dice San Cipriano: «Finalmente, aun el mismo sacrificio del Señor declara la unanimidad cristiana unida con él con firme e inseparable caridad. Porque cuando el Señor llama «su cuerpo» al pan hecho con la unión de muchos granos, quiere decir que nuestro pueblo conducido por él es un cuerpo cuyos miembros están unidos; y cuando llama «su sangre» al vino sacado de muchos racimos y granos exprimidos, y hecho una sustancia indivisa, da asimismo a entender que nuestra grey está formada de una multitud de hombres reducidos a unidad» (cf. *Ep.* 69, *ad Magnum* n.5).

Así habla también el Doctor Angélico siguiendo a San Agustín (cf. *Tract.* 26 *in Io.* 13,17): «Nuestro Señor nos dejó representado su cuerpo y su sangre 1140
en aquellas cosas que más se juntan en uno; porque una de ellas, que no es el pan, es un todo formado de muchos granos; y la otra, que es la sangre, es un todo compuesto de muchos racimos»; y por esto San Agústín dice en otro lugar: «¡Oh sacramento de piedad!, ¡oh señal de unidad!, ¡oh vínculo de caridad!» (cf. *Sum. Theol.* 3 q.79 a.1). Todo lo cual fué confirmado con la sentencia del Concilio Tridentino, el cual enseña haber Cristo dejado a la Iglesia la Eucaristía «como símbolo de aquella unidad y caridad con que quiso que los cristianos fuesen conjuntos y unidos entre sí..., símbolo de aquel cuerpo verdaderamente uno del cual es El mismo la Cabeza, y al cual quiso que nosotros, como miembros, estuviésemos unidos con estrechísimo vínculo de fe, de esperanza y de caridad» (cf. sess.13, *De Euchar.* c.2).

Ya San Pablo lo había dicho: *Porque todos los que participamos del mismo pan, bien que muchos, venimos a ser un solo pan, un solo cuerpo* (1 Cor. 10,17)».

I) Constituyendo esta unión una bella manifestación de fraternidad social 1141

«Y, a la verdad, no deja de ser una bellísima y muy alegre manifestación de fraternidad e igualdad social la que se ofrece cuando ante unos mismos sagrados altares acuden y se postran el noble y el plebeyo, el rico y el pobre, el docto y el ignorante, participando igualmente del mismo celestial banquete. Y si en los fastos de la Iglesia naciente se refiere en alabanza de ella que toda la multitud de los fieles tenía *un mismo corazón y una misma alma* (Act. 4,42), no hay duda sino que este bien tan grande se lo debían a la presencia de la devoción eucarística, puesto que de ellos leemos: *Y perseveraban todos en oír las instrucciones de los apóstoles y en la comunicación de la fracción del pan o Eucaristía y en la oración* (Act. 2,42)».

1142 ### *J) Existe una íntima relación entre la comunión sacramental y la comunión de los santos*

«Además, la gracia de la mutua caridad entre los vivos, que tanta fuerza e incremento recibe del sacramento eucarístico, en virtud especialmente del sacrificio, es participada de todos aquellos que están en la comunión de los santos. Porque, como todos saben, la comunión de los santos no es otra cosa sino una recíproca participación de auxilio, de expiación, de oraciones, de beneficios entre los fieles, que están o gozando las alegrías del triunfo en la patria celestial, o sufriendo las penas del purgatorio, o peregrinando todavía en la tierra; de todos los cuales resulta una sola ciudad, cuya cabeza es Jesucristo y su forma la caridad.

1143 Sabemos también por la fe, que si bien el augusto sacrificio no puede ofrecerse sino sólo a Dios, pero sí puede celebrarse en honor de los santos que reinan en el cielo con Dios, que los ha coronado, para obtener su patrocinio, y aun como lo tenemos por tradición apostólica, para quitar las manchas de aquellos hermanos que, habiendo muerto en el Señor, no están todavía enteramente purificados. Así, aquella sincera caridad que por la salud y ventaja de todos suele obrar y padecer, se lanza, abrasada en fuego vivo y activo, desde la santísima Eucaristía, donde está y vive el mismo Cristo y donde afloja el freno al amor que nos tiene, y, movido por un ímpetu de caridad divina, renueva perpetuamente su sacrificio.

Así se ve fácilmente de dónde hayan tomado su origen los arduos trabajos y fatigas de los hombres apostólicos, y de dónde tantos y tan varios institutos de beneficencia han sacado, junto con su origen, la fuerza, la constancia y el feliz éxito de sus obras».

1144 ### *K) El Sacramento es el centro en que toda la vida cristiana se reduce*

«Sacramento tan grande como es éste, y tan universalmente eficaz, nunca podrá ser por nadie loado ni venerado tanto como merece. Porque ora se medite sobre él, ora sea devotamente adorado, ora pura y santamente se reciba, siempre debe ser mirado como centro en que toda la vida cristiana se resume; los otros modos de piedad, cualesquiera que ellos sean, todos conducen a éste y en éste vienen a parar. Y aquella benigna invitación y aun más benigna promesa de Cristo: *Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré* (Mt. 11,28) se verifica principalmente con este misterio y se cumple en él todos los días».

1145 ### *L) De él saca la Iglesia toda su virtud y gloria*

«El es también como el alma de la Iglesia, y a él se endereza por los diversos grados de las órdenes la misma amplitud de la gracia sacerdotal.

De él saca y tiene la Iglesia toda su virtud y su gloria, todos los ornamentos de los divinos carismas, todos los bienes, en fin. Por esto la misma Iglesia pone todo su cuidado en preparar y conducir las almas de los fieles

a una unión sublime con Cristo, mediante el sacramento de su cuerpo y de su sangre, y por esto mismo con el ornamento de ceremonias santísimas, aumenta la veneración que se le debe».

M) Que los sacerdotes respondan al honor recibido encaminando las almas a la Eucaristía 1146

«Los sacerdotes a quienes Cristo Redentor dió el oficio de celebrar y disponer los misterios de su cuerpo y de su sangre no pueden de ningún otro modo mejor responder al sumo honor por ellos recibido que promoviendo con el mayor estudio la gloria eucarística del mismo Jesucristo e invitando y guiando, conforme a los deseos de su sacratísimo Corazón, a todas las almas a las fuentes saludables de tan insigne sacramento, de tan sublime sacrificio.

Así resultará lo que a par del alma deseamos, que los excelentes frutos de la Eucaristía siempre sean percibidos con mayor abundancia, mediante el feliz progreso de la fe, de la esperanza, de la caridad, de todas las virtudes cristianas; lo cual redundará también en salud y ventaja de la república y siempre se descubrirán más y más los consejos de la caridad prudentísima del Señor, que tal misterio perpetuo instituyó para la vida del mundo».

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. PROFECIAS Y FIGURAS

1147

A) Profecías

Malaquías, el último de los profetas menores, que floreció cinco siglos antes de Cristo, reprobó a los sacerdotes hebreos porque *ofrecieron sobre el altar un pan contaminado* (Mal. 1,7) y anunció el gran sacrificio futuro (Mal. 1,11): *Desde el orto del sol hasta el ocaso mi nombre es grande entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblación pura.* Los Padres y Doctores de la Iglesia desde los primeros tiempos cristianos han interpretado este pasaje como un anuncio profético del sacrificio eucarístico. San Ireneo, a fines del siglo II, escribe: «Con sus palabras el profeta quería, evidentemente, decir que el nuevo sacrificio comenzaría en la época en que el pueblo hebreo cesara de ofrecer los sacrificios antiguos. Así, la oblación que el Señor ha ordenado a la Iglesia renovar en el mundo entero es un sacrificio puro a los ojos de Dios... Sólo la Iglesia ofrece al Dios Creador este sacrificio; los hebreos no pueden hacerlo. Sus manos están llenas de sangre; y no han recibido al Verbo que es ofrecido a Dios» (cf. SOLANO, *Textos eucarísticos primitivos:* BAC, t.1 p.75).

1148

B) Figuras

San Pablo en la epístola a los Colosenses dice (Col. 2,17): *Las cosas del Antiguo Testamento son una sombra de lo futuro, cuya realidad es Cristo;* e insiste en lo mismo en la epístola a los Hebreos (c.9 y 10). En la misma carrera mortal de Cristo, en el Nuevo Testamento, algunos milagros aluden claramente al gran milagro de la Eucaristía.

a) EL SACRIFICIO DE MELQUISEDEC

En el alba del género humano encontramos el sacrificio como supremo acto de culto a Dios: el de Abel, el de Noé. Después hallamos de súbito el de Melquisedec.

Melquisedec es un personaje rodeado de una sombra misteriosa, porque prefigura el gran misterio de Cristo. Reúne en sí mismo la dignidad de sacerdote y de rey de Salém. Su nombre significa «rey de la justicia», Salem quiere decir «paz». Melquisedec fué al encuentro de Abram cuando derrotó

a sus enemigos y liberó a Lot. Entonces el sacerdote y rey bendijo a Abram *y ofreció a Dios una oblación de pan y vino* (Gen. 14,8), imagen clarísima del sacrificio eucarístico en el que Cristo fué ofrecido al Padre bajo las especies del pan y del vino.

b) El sacrificio de Isaac 1149

El sacrificio de Isaac, una de las más bellas narraciones del Génesis (22,1-18), consumado en la intención, aunque suspendido por voluntad de Dios, es la imagen más evidente del futuro sacrificio de Cristo. *Porque tanto amó Dios al mundo que le dió su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna* (Io. 3,16). San Pablo dice que Cristo se hizo *obediente hasta la muerte y muerte de cruz* (Phil. 2,8), y añade que el Padre quiso que por El fuesen reconciliadas todas las cosas *restableciendo por la cruz de Cristo, por el sacrificio de su sangre, la paz entre el cielo y la tierra* (Col 1,20). El sacrificio de la cruz se renueva constantemente, sin derramamiento de sangre, pero con plenitud de méritos sobre nuestros altares, por medio de la misa.

c) El cordero pascual 1150

El cordero pascual constituye una de las figuras más características y conmovedoras de la santa Eucaristía, en cuanto es sacramento y sacrificio de la Nueva Ley. Huelga transcribir el relato del Exodo (12,3-7). El cordero era la pieza esencial de la Pascua judía desde que se instituyó la víspera de la salida de los hebreos de Egipto. Es figura del sacramento eucarístico en cuanto se comía y en cuanto se inmolaba, sin romperle ningún hueso. Así Cristo fué inmolado en la cruz, sin que se le quebrantara tampoco ninguno. Y así como la sangre del cordero salvó a los hijos de Israel, así la de Cristo salvó a toda la humanidad. Por eso, Cristo fué designado por el Precursor con el nombre de *Cordero que quita los pecados del mundo* (Io. 1,29). Y San Pedro (1 Petr. 1,19) dice: Habéis sido redimidos con la sangre preciosa del cordero inmaculado. San Pablo, en fin, afirma: *Nuestro cordero pascual es Cristo; así, pues, festejémoslo con los dcimos de la pureza y la verdad* (1 Cor. 5,7-8).

d) Los panes de la proposición 1151

El culto litúrgico rendido a Dios en el Antiguo Testamento estaba representado principalmente por el sacrificio y por la oblación. El sacrificio consistía en la inmolación de los animales, en especial de los corderos; la oblación era la ofrenda a la divinidad de cosas inanimadas, y la más característica en el culto hebreo fué la de los doce panes de la proposición, que permanecían siempre expuestos en el «santo», delante del «santo de los santos» y se renovaban cada siete días en el sábado (cf. Ex. 25,23-30; Lev. 24, 5-8).

e) Otras prefiguraciones 1152

Otras figuras del Antiguo Testamento son: *el pan subcinericio*, que confortó a Elías y le permitió llegar al monte santo de Dios, el Horeb (cf. 3 Reg. 19,6-8), *y el sacrificio de expiación*, que Santo Tomás considera como especialmente significativo de la Eucaristía (cf. *Sum. Theol.* 3 q.73

a.6 c). *La zarza de Moisés* (Ex. 3,1-6), que arde y no se consume, y en la cual se oculta Dios, es también una viva imagen de la Eucaristía, fuego de infinita caridad. Asimismo ha de considerarse importante figura *el Arca de la Alianza*, que representa la presencia real de Dios velado bajo las especies eucarísticas. Como aquélla, la Eucaristía acompaña a los hombres en su peregrinación por la tierra y se conserva en el «sancta sanctorum», esto es, en el tabernáculo de nuestras iglesias. Por último, figura insigne es *el maná*, representativo del «mysterium fidei», no sólo porque alimentó a los israelitas en el desierto, sino porque Cristo dijo (Io. 6,32): *Moisés no os dió pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo.* En otro orden de cosas, y ya dentro del Nuevo Testamento, representan la sagrada Eucaristía *el milagro de las bodas de Caná* y *la multiplicación de los panes y los peces.*

II. LA COMUNION DE CRISTO Y DE LA VIRGEN

1153

A) Cristo se comulgó a sí mismo

Los Santos Padres de la Iglesia casi por unanimidad aseguran que el Señor se comulgó a sí mismo al instituir el Santísimo Sacramento. Así lo testimonian, entre otros, San Ireneo, San Juan Crisóstomo (cf. *Hom.* 82 *in Mt.*: BAC, t.2 p.614), Tertuliano, San Cipriano y San Efrén. San Jerónimo dice tajantemente que «el Señor fué convidado y convite, comida y comensal» (cf. *Epist. ad Hediv.* q.2: PL 22,986). Santo Tomás de Aquino (cf. *Sum. Theol.* 3 q.81 a.1) razona su opinión, advirtiendo que Cristo observó siempre antes lo que instituyó para que lo observaran los otros. Por eso, al instaurar el bautismo quiso bautizarse primero, y por lo mismo comulgó su propio cuerpo y su sangre antes que comulgaran los demás. «Comió, pues, espiritualmente, pero también sacramentalmente, en cuanto que comió su propio cuerpo bajo el sacramento y entendió y dispuso el sacramento de su cuerpo». En otro lugar (cf. *Sum. Theol.* 3 q.84 a.7 ad 4), el Doctor Angélico resume así la cuestión: «El mismo comió y dió a otros la Eucaristía, tanto para recomendar la excelencia de este sacramento, como porque es recuerdo de su Pasión, en cuanto que Cristo es a la vez sacerdote y víctima». No menos explícito es San Buenaventura, quien refiriéndose a algunos sacramentos dice que el propio Cristo los inició, consumió y recibió en sí, «como los del Bautismo, Eucaristía y Orden, ya que los instituyó plenamente y aun los recibió El antes que todos» (cf. *Breviloquio* p.6.ª c.4,1: BAC, *Obras de San Buenaventura* t.1 p.445).

No nos resistimos, en fin, a transcribir el curiosísimo texto con que sor María de Agreda (cf. *Mística ciudad de Dios* p.2.ª [Barcelona, Gili, 1911] l.6 c.11 p.462-463) alude a esta autocomunión del Señor: «Mayor admiración me causa lo que sucedió al mismo Jesús, nuestro bien, quien habiendo levantado el Santísimo Sacramento, para que lo adorasen los discípulos, lo dividió en sus sagradas manos, y se comulgó a sí mismo, como primer y sumo sacerdote. Y reconociéndose en cuanto hombre inferior a la Divinidad que recibía en su mismo cuerpo y sangre consagrados, se humilló, encogió y tuvo como un temblor en la parte sensitiva, manifestando dos cosas: la una, la reverencia con que se debía recibir su sagrado cuerpo; la

otra, el dolor que sentía de la temeridad y audacia con que muchos de los hombres llegarían a recibir y tratar este altísimó y eminente sacramento. Los efectos que hizo la comunión en el cuerpo de Cristo fueron divinos y admirables; porque por un breve espacio redundaron en El los dotes de gloria de su alma santísima, como en el Tabor...»

B) La comunión de la Virgen 1154

Sólo tradiciones, hipótesis piadosas y leyendas aseguran la presencia de la Virgen en el Cenáculo y la recepción de la divina Eucaristía. Estas tradiciones han repercutido en el campo del arte desde el siglo IX. La primera representación iconográfica que conocemos de la Virgen asociada a la escena eucarística es una gaveta-relicario de plata, en forma de cruz, que se custodia en el Museo Vaticano. La tapadera está dividida en cinco recuadros. En el de arriba aparece Cristo en un trono flanqueado por los apóstoles y la Virgen. En el brazo transversal figuran tres escenas eucarísticas. En el recuadro inferior, Cristo bendice a los apóstoles al subir a los cielos. Lo más interesante para nuestro propósito es la escena de en medio del mencionado brazo transversal. Allí, en una representación sintetizada de la Cena, descuella la virgen a la derecha de Cristo, en actitud humilde y devota.

Esta inclusión de Nuestra Señora en el Cenáculo se repite en los primitivos italianos y especialmente en Fr. Angélico, y a la vez en multitud de tablas e iconos de la pintura oriental. La Virgen figura arrodillada, y en muchos casos recibe la Eucaristía de manos de su Hijo.

La Madre Agreda (cf. o.c., p.463-464), recogiendo estas piadosas tradiciones y después de describir la comunión del propio Jesús, se expresa de este modo: «Luego partió otra partícula del pan consagrado y la entregó al arcángel San Gabriel, para que la llevara y comulgase a María Santísima. Quedaron los santos ángeles con este favor como satisfechos y recompensados de que la dignidad sacerdotal tan excelente les tocase a los hombres y no a ellos: y sólo el haber tenido en sus manos en forma humana el cuerpo sacramentado de su Señor y verdadero Dios les causó grande y nuevo gozo a todos. Esperaba la gran Señora y Reina con abundantes lágrimas el favor de la sagrada comunión, cuando llegó San Gabriel con otros innumerables ángeles; y de las manos del santo príncipe la recibió la primera después de su Hijo santísimo, imitándole en la humillación, reverencia y temor santos. Quedó depositado el Santísimo Sacramento en el pecho de María y sobre el corazón, como legítimo sagrario y tabernáculo del Altísimo. Y duró este depósito del sacramento inefable de la Eucaristía todo el tiempo que pasó desde aquella noche hasta después de la resurrección, cuando consagró San Pedro y dijo la primera misa».

III. RELIQUIAS EUCARISTICAS

1155

A) La sagrada mesa

El Doctor Seráfico, al describir la Sagrada Cena en sus *Meditaciones de la Pasión* (cf. BAC, *Obras de San Buenaventura* t.2 p.751) dice lo siguiente: «La mesa estaba en tierra y para cenar se sentaron en la tierra, según la costumbre de los antiguos. La mesa era cuadrada y como se cree formada de tablas; yo mismo la he visto y la he medido en la iglesia lateranense de Roma. Cada cuadro tenía dos codos y tres dedos o cerca de un palmo. Por manera que, con bastante estrechez, en cada cuadro se sentaron, en opinión de muchos, tres discípulos; y el Señor se puso humildemente en una esquina, de suerte que todos podían comer de un mismo plato. Por esto no lo entendieron los discípulos cuando dijo: *El que mete la mano conmigo en el plato, ése me ha de entregar*, porque todos la metían.

Hoy en la nave transversal o crucero de la basílica de San Juan de Letrán de Roma, y más concretamente, en el altar del Santísimo Sacramento, se veneran varios pedazos de la mesa de la Eucaristía. Según una vieja tradición la reliquia fué transportada a Roma por Santa Elena. Hubo un tiempo en que se veneró en el «narthex» de la basílica dedicada a Santo Tomás Apóstol por el papa Juan XII en el siglo X, pero desde 1600 se conserva en el altar de Letrán.

Rohault de Fleury (cf. *Mémoire sur les instruments de la Passion*... [París 1870] p.280) dice que la mesa, acaso en un tiempo recubierta de plata, es de madera de cedro, y se compone de dos tableros, cada uno de los cuales mide 0,60 metros de ancho y 1,20 de longitud.

El mismo autor menciona otros trozos conservados en distintas iglesias de Italia. Mas aparte de estas reliquias, hay una en España, que pertenece a la basílica metropolitana hispalense. Se trata de un minúsculo pedazo de madera, alojado en un retablito de oro, plata y pedrería, en forma de tríptico. El estilo del diminuto retablo es renacentista y pertenece al siglo XVI. Consta de manera fehaciente que la reliquia fué donada a la catedral de Sevilla por el cardenal Hurtado de Mendoza (cf. BALBINO SANTOS OLIVERA, *Guía ilustrada de la catedral de Sevilla* [Madrid 1930] vitrina n.4 del relicario).

1156

B) El cáliz de Antioquía

Entre las varias colecciones que atesora el bellísimo Museo de los Claustros de Nueva York, donadas en su mayoría por John D. Rockefeller, y procedentes casi todas de la medieval del escultor americano Georges Grey Barnard, figura el llamado «tesoro de Antioquía», del que es pieza fundamental un primoroso cáliz de plata, en perfecto estado de conservación, que pasa por haber sido el que utilizó Jesús en la última Cena. Esta pieza se halló en 1910 en la localidad de Hama, cerca de Antioquía (cf. COSSÍO PIJOÁN, *Summa artis* vol.7 [1935] p.182 ss.). El cáliz mide 19 centímetros de altura y 15 de diámetro. Es doble. La taza interior, de plata, casi hemisférica, sin ningún motivo ornamental ni inscripción, está encerrada en otra copa, hecha de una gruesa hoja, también de plata machacada y envueltos en un

revestimiento del mismo metal, con un trabajo de cincel muy fino. El pie, muy bajo y formado por un bloque argénteo, se enlaza con la base de la copa, decorada con motivos de follaje, por un simple nudo o *pomellum*. Según los arqueólogos más autorizados, para valorarla como reliquia, hay que desglosar la copa interior de la externa. La primera, a pesar de carecer de asas, y de la singular morfología de la taza y el pie, es atribuíble por su simplicidad al siglo I, e incluso no repugna considerarla hipotéticamente como uno de los cálices de la última Cena. Puede pensarse que quizá fué la copa en que bebió el vino de la primera y segunda ronda pascual alguno de los discípulos del Señor, y que, oculta durante los primeros siglos, fué después recubierta del aderezo orfebrero en la época constantiniana o acaso más tarde. En este sentido, no hay tampoco grave obstáculo, siempre en el terreno de las suposiciones, para imaginarla como la copa apostólica que vió en Sión el Anónimo Placentino, la cual por razones desconocidas fué a parar a la metrópoli de Siria, donde se le fabricó la cobertura cincelada, y allí, en los avatares de la ciudad durante la dominación árabe, permaneció escondida hasta su hallazgo.

C) *El sacro catino de Génova* 1157

Desde el siglo XII se venera en Génova un sacro catino, que por su forma y tamaño no puede ser un cáliz, aunque se creyese desde esa fecha que había sido nada menos que el recipiente en que fué transustanciado el vino durante la última cena pascual. Esta reliquia fué entregada por Balduíno, rey cruzado de Jerusalén, en 1102, a los genoveses por la colaboración prestada en su lucha contra los musulmanes. Transportada a Génova, se custodia desde entonces con exquisito esmero en la catedral de San Lorenzo.

En realidad no se trata de un cáliz, pues el perímetro de sus líneas forma un hexágono regular, con 190 milímetros de lado. En el interior, seis cavidades se enlazan en ángulo, conjuntándose en el centro en un círculo bordeado de un anillo de puntos huecos. La altura del catino es de nueve centímetros. Dos asas de una sola pieza se incrustan simétricamente en el cuerpo del vaso. La materia es de cristal verde, liso, de un tono esmeralda. La forma resulta elegante, parecida a una pila. Aparece roto. Sus fragmentos están agrupados merced a un aparato de bronce, pero falta un pedazo importante, definitivamente perdido. Su capacidad es de tres litros, volumen considerable para un vaso individual destinado a la bebida. El conjunto, en fin, da la sensación, arqueológicamente hablando, de un gran catino o fuente, de buena época antigua, sin que pueda apreciarse con exactitud por ningún detalle decisivo si perteneció o no al siglo I de nuestra era.

Del análisis de la reliquia genovesa se deduce claramente que no pudo ser el cáliz del Señor. Nadie en aquella época hubiera llamado «poterion» a un vaso semejante. No puede identificársele tampoco por la materia vítrea ni con el «onychinus» del Anónimo, ni mucho menos con el de Arculfo y San Beda, que sobre ser de plata tenían más del doble de capacidad. Sería absurdo, en fin, considerarlo una crátera, dada la forma y tamaño. La conclusión terminante es que se trata de una simple fuente o plato hondo. Sólo como tal, si la tradición es cierta—y se carece en absoluto de documentos para asegurarlo—pudo figurar en la mesa eucarística. En el mejor de los casos, el catino de Génova podría ser no el cáliz del Señor, sino el plato en que colocó los fragmentos de pan consagrado para que los comieran los discípulos (cf. ROHAULT DE FLEURY, o.c., p.287).

1158

D) El santo cáliz de Valencia

Los estudios modernos nos dejan hoy presentir que sólo cabe identificar con el auténtico cáliz del Señor el que se venera en la ciudad del Turia. Es el único que, como pretende la tradición aragonesa, pudo haber sido trasladado a Roma por el príncipe de los apóstoles después de la muerte de la Virgen y considerarse como cáliz papal. En efecto, hoy se sostiene con no desdeñable verosimilitud que en el siglo II San Lorenzo, durante la persecución de Valeriano, mandó trasladar la reliquia a Huesca, el año 258, con una carta suya. El tesoro se confió a los padres del diácono San Orencio y Santa Paciencia, que vivían en Loret. El docto doctoral de la catedral valenciana D. Angel Oñate (cf. *El santo Grial, su historia, su culto y sus destinos*, Valencia 1952) ha descrito minuciosamente toda la historia del santo cáliz en la alta Edad Media española, hasta su traslado a San Juan de la Peña, y de allí a Zaragoza, Barcelona y Valencia el 18 de marzo de 1437.

La insigne reliquia, cuya altura total es de 17 centímetros, se compone de una base semioval de concha, de una vara o fuste con nudo o *pomellum*, de una copa o taza de ágata y de dos asas que unen la copa y el pie. La base, de forma elíptica, mide 16 por 14 centímetros y lleva una montura de filigrana de oro. Parece de concha y de color análogo al de la taza. Está esmaltada de 28 perlas, de las que dos desaparecieron; dos balaxes o rubíes y dos esmeraldas. Una de estas últimas, la mayor, desapareció en una de las traslaciones del cáliz. Las perlas y piedras preciosas fueron sobrepuestas, seguramente, cuando la reliquia se veneraba en San Juan de la Peña. Acaso fué entoncescuando orfebres medievales sustituyeron el antiguo pie. La vara o fuste de oro aparece trabajada finamente a buril, con motivos orientales, un tanto helenizados en su ejecución. En el centro hay un nudo grueso, redondeado, con análoga labra a buril, que asimismo ostentan las dos asas laterales, típicas en los cálices más antiguos. Finalmente, la copa o taza es casi semiesférica, del tamaño de media naranja de nueve centímetros de diámetro, y capacitada para unas doce onzas de líquido, y está vaciada en ágata o cornerina orientales, de color rojo oscuro, que a la luz solar presenta fajas verticales de irisación múltiples.

Salvada milagrosamente la reliquia durante la guerra civil española, volvió triunfalmente a su magnífica capilla de la catedral, donde Valencia y España la exhiben y adoran como el auténtico vaso eucarístico que recibió la sangre del Señor.

IV. CURIOSIDADES HISTORICAS

1159

A) El nombre

En los primeros siglos, la Eucaristía fué designada con diversos nombres: *Fractio panis, Coena, Coena Dominica, Mensa Domini, Sacrificium, Calix benedictionis, Oblatio, Synaxis*, etc. Pero después prevaleció el nombre griego de *Eucaristía*, que significa literalmente *rendimiento de gracias*. Tal nombre entró en uso desde los más antiguos tiempos. Lo encontramos en la *Doctrina de los Apóstoles* de fin del siglo I o del principio del II. Luego

en Tertuliano y más veces en San Cipriano. Este Santo, sin embargo, usa también una forma latina: *Caro Christi, Sanctum Domini, Corpus Domini*, etc. San Agustín emplea mucho el de *Eucaristía*, que pasó definitivamente al formulario teológico latino. Santo Tomás (cf. *Sum. Theol.* 3 q.73 a.4) explica así este significado: «Se dice *Eucaristía*, esto es, buena gracia; porque la vida eterna es gracia de Dios y porque contiene realmente a Cristo, que está lleno de gracia». En la terminología técnica, *Eucaristía* es el nombre propio e inconfundible para designar el sacramento y el sacrificio. Se usan, sin embargo, otras expresiones, como *hostia, oblatio, mysterium, panis caelestis, convivium*. Hoy se dice también por antonomasia el *Sacramento* o el *Santísimo*.

B) La más antigua representación 1160

Tal parece ser la «mesa eucarística» de la cripta del cementerio de Priscila, en Roma en el siglo II. «Esta pintura descubierta por Wilpert y publicada con el título de *Fractio panis* representa la mesa de la Eucaristía, con siete personajes que comen el pan y el pez. Tiene de especial que figura el ministro en el acto de partir el pan y hay delante de él un cáliz. El significado eucarístico de la escena se confirma por la presencia de los cestos de la multiplicación de los panes. Hay que notar que mientras en otras pinturas del banquete eucarístico las figuras exhiben tipos ideales y apenas acentuados, aquí el artista ha querido representar verdaderos retratos. Así, por ejemplo, puede observarse que el ministro en la pintura del siglo III la «Consagración eucarística», del cementerio de San Calixto, ofrece un tipo ideal, mientras que aquí es un viejo barbudo, con cierta semejanza a San Pedro»... (cf. O. MARUCCHI, *Le Catacumbe romane* l. dello Stato p.476).

C) La simbología del pez 1161

La epigrafía de Abercio fué llamada por De Rossi la reina de las epigrafías cristianas. Se conserva en el Museo Lateranense. Se refiere a Abercio, obispo de Gerópolis, en Frigia, y se remonta a los tiempos de Marco Aurelio (161-180). El prelado oriental en el epitafio habla de sus viajes y expresa su profesión de fe. El lenguaje, típicamente oriental e influído por la disciplina del arcano, es imaginativo y metafórico: «Yo soy Abercio, el discípulo del Pastor inmaculado, que apacienta su grey en montes y campos, cuyos grandes ojos todo lo ven. El me enseñó la doctrina de la vida y me mandó a Roma a contemplar el reino y a una reina vestida de oro y con áureos chapines; y yo he visto allí un pueblo decorado con espléndida señal, y vi los campos de Siria y de Nísibe, pasado el Eufrates. Y he encontrado por doquiera hermanos unidos. La fe fué siempre mi guía y se me dió por alimento el Pez grande que la Virgen casta extrae de la fuente y da a comer a sus amigos con óptimo vino»... El Pastor es Cristo; la doctrina de vida, el Evangelio; el reino y la reina vistos en Roma, la Iglesia; el Pez es Cristo bajo las especies eucarísticas. De aquí surge el famoso acróstico de «ichthys» (Jesús Cristo, Hijo de Dios, Salvador).

Otra insigne epigrafía es la de Pettorio. Es casi contemporánea de la de Abercio y se conserva en Autún. Usa el mismo lenguaje simbólico alusivo a la santa Eucaristía. El cristiano Pettorio se dirige así a sus hermanos: «¡Oh divina prosapia del Pez celeste! Consérvanos siempre un corazón

puro y haz que se reciba entre los mortales la fuente inmortal de las aguas divinas. ¡Oh amigo! Cura tu alma con las aguas que dan la sabiduría. Recibe el alimento dulce como la miel del Salvador de los santos. Cómelo con afán teniendo el Pez entre tus manos» (cf. KIRCH, *Arte cristiano* [1914] p.204-205 n.7).

1162 ## *D) El mártir de la Eucaristía*

Fué el niño Tarsicio, que sucumbió en la persecución de Valerio el 15 de agosto de 257, apaleado y apedreado hasta exhalar el último suspiro. Según se deduce de las actas de San Esteban Papa (cf. AAS, t.3 p.143-144), el muchacho pertenecía a la clerecía del título de San Calixto y circulaba con frecuencia entre Roma y la vía Apia. Llevaba aquel día, como acólito, según la costumbre de la época de persecución (cf. DUCHESNE, *Lib. Pontif.* 1,169,4), los sagrados misterios, ocultos bajo sus vestidos, a los presos de la cárcel Mamertina. Un grupo de soldados que custodiaba la entrada de las Catacumbas le apresó y le reclamó lo que llevaba en el pecho. El niño rehusó hacer traición a su fe y dijo: «No quiero dar a los perros rabiosos los misterios de Dios». La bárbara soldadesca lo maltrató hasta que rindió su vida. El cadáver, recogido allí mismo, fué depositado en el cementerio de San Calixto (cf. DE ROSSI, *Roma Sotterranea* t.2 p.7.10 y 89, Roma 1867).

El papa San Dámaso dedicó al mártir uno de sus poéticos epitafios (cf. PL 13,392): «Cuando Tarsicio llevaba la hostia de Cristo, una turba desenfrenada intentó profanarla. Pero él prefirió exhalar su vida bajo los golpes antes de entregar como presa a los rabiosos perros los miembros celestes»

1163 ## *E) Un himno de Prudencio*

Con la paz dada a la Iglesia, las funciones litúrgicas se realizaron en las basílicas. No cesó, sin embargo, la piadosa costumbre de celebrar privadamente la memoria de los mártires con ayunos en las Catacumbas y con la liturgia de la Eucaristía. Prudencio, en los albores del siglo V (precisamente en 402-405), nos habla de la distribución del pan en la cripta de San Hipólito: «Aquella mesa dispensadora del Sacramento, hecha a la vez depositaria fiel de su mártir, guarda en el sepulcro los huesos que ha de premiar el Juez eterno, y alimenta al propio tiempo con manjares divinos a los habitantes de la orilla del Tíber» (cf. *Peristeph.* hymn.11,171-175: BAC. *Obras completas* p.701).

1164 ## *F) El más grande poeta de la Eucaristía*

Urbano IV conoció en Francia a Santo Tomás de Aquino y lo llamó cerca de sí para confiarle en la corte pontificia el oficio del «Corpus Christi». El Doctor Angélico, con extraordinaria alegría, enlazando sus dotes poéticas con la ciencia teológica, y calentando una y otra con la llama de su tierna devoción a la Eucaristía que le ardía en el pecho, compuso una obra maestra de la liturgia, tejiéndola de los más bellos textos escriturarios alusivos a la Eucaristía en el Antiguo y el Nuevo Testamento, insertando en ella pre-

ciosas lecciones dogmáticas y engalanándola con devotos cánticos. «Tuvo también Tomás—dice el papa Pío XI (cf. encíclica *Studiorum Ducem*)—el don y el privilegio singular de poder traducir las enseñanzas de su ciencia en las plegarias y en los himnos de la liturgia y llegó a ser el poeta y el máximo laudador de la divina Eucaristía. En efecto, la Iglesia, en todas las partes del mundo y entre todas las gentes, se sirve, y se servirá siempre en los sagrados ritos, de los cánticos de Santo Tomás, en los que alienta el sumo fervor del alma suplicante, y que contienen a un tiempo la expresión más exacta de la doctrina tradicional, en torno al augusto sacramento, que principalmente se llama misterio de fe».

G) San Bernardo y el duque de Aquitania 1165

San Bernardo, abad de Claraval, no había logrado reducir a las leyes de la Iglesia al poderoso duque de Aquitania. Por eso—dice uno de sus biógrafos—«cesó de obrar como hombre, y dejó que actuara Dios mismo». Asistía el duque a la misa el día en que debía reanudarse la discusión sobre la vuelta del obispo de Poitiers a su sede, de la que se le había desposeído. San Bernardo, que decía la misa, se interrumpe de pronto, coloca la hostia divina sobre la patena, y con rostro encendido y los ojos rutilantes desciende las gradas del altar y avanza con pasos decisivos hacia el príncipe. «Por espacio de mucho tiempo—le dice—hemos empleado las súplicas y las habéis despreciado; muchos servidores de Dios se unieron a nosotros para añadir sus ruegos a los nuestros y no habéis hecho caso. Ahora viene ante vos el Hijo de la Virgen, Aquel a quien perseguís, el Jefe y Señor de la Iglesia, el Juez, a cuyo nombre se dobla la rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno... Entre sus manos caerá el alma que os vivifica, entre las manos del juez, vengador de los delitos... ¿También le despreciaréis? ¿Trataréis al Señor como habéis tratado a sus siervos?»

San Bernardo calla. La multitud se estremece silenciosa. Guillermo, aterrorizado, no osa pronunciar palabra. Cae en tierra, y levantado por sus guardias, lanza gritos de pavor. Entonces el siervo de Dios lo toca y le manda ponerse en pie. «Id—le dice con voz dulce y solemne—a reconciliaros con el obispo de Poitiers, que habéis lanzado de su sede; dadle el beso de paz en prenda de nueva alianza, conducidlo vos mismo a su iglesia y rendidle tanto honor cuantas fueron las injurias inferidas, estableced la unidad católica que la discordia y el cisma han separado y sed dócil a Inocencio, el Pontífice que Dios ha colocado en la Cátedra de Pedro».

El duque, vencido por la fuerza del Espíritu Santo, se convirtió en aquel instante en instrumento pasivo de la voluntad divina (cf. *Histoire de Saint Bernard par l'abbé Théodore Marie Ratisbonne* t.1 [París 1843] p.390-392).

H) Viajando con la Eucaristía 1166

Los cristianos de la Iglesia primitiva, cuando tenían que realizar un largo viaje por tierra o por mar, solían llevar consigo la santa Eucaristía. A este propósito San Ambrosio nos ha transmitido una viva descripción del naufragio que sufrió su hermano Sátiro (cf. *De excessu fratris sui Satyri*). «El —dice el Santo,—antes de ser iniciado en los más altos misterios de la fe, se encontró un día envuelto en un terrible naufragio, pues la nave que lo

transportaba, deshecha por el oleaje, vino a estrellarse en un acantilado lleno de escollos. Aunque no temía a la muerte, no quiso abandonar la vida sin el auxilio de los misterios. Por eso pidió a los iniciados que le dieran la Eucaristía... Entonces encerró el Sacramento en una bolsa que se ligó al cuello, y se arrojó al mar, sin agarrarse a ninguna tabla de la nave, y provisto sólo del arma de la fe. De esta manera, considerándose bien defendido, no necesitó otras ayudas...»

Algunos papas acostumbraron llevar también consigo en los viajes la santa Eucaristía. Pío IX, la noche del 24 de noviembre de 1848, cuando huyó de Roma y se refugió en Gaeta, llevaba consigo el Santísimo, en la misma minúscula custodia en que el pontífice Pío VI la transportó oculta en su pecho durante el viaje de destierro y prisión a Francia (cf. E. VERCESI, *Pío IX* [Milano 1930] p.118-119).

V. MILAGROS EUCARISTICOS ESPAÑOLES

1167 ### *A) Los corporales de Daroca*

«Cuando el gran rey Jaime I hubo decidido la conquista del reino de Valencia, convocó una especie de cruzada, de la cual formaban parte infinidad de adalides de la fe católica nacionales y extranjeros. Entre los alistados se contaban «los aguerridos tercios de las comunidades de Daroca, Calatayud y Teruel».

Habiendo tenido que ausentarse el rey del campamento, confió el mando del ejército a D. Berenguer de Entenza, quien decidió poner cerco al fuerte castillo de Chío, situado hacia el extremo del valle de Albaida.

Al amanecer mandó formar sus tropas para que antes de entrar en batalla oyeran misa en un altar de campaña que se levantó frente al ejército, y en el cual celebró el sacrificio el capellán del tercio de Daroca, mosén Mateo Martínez, rector de la entonces castrense iglesia de San Cristóbal, de la propia población. Mas inopinadamente oyóse el estruendo de atabales y añafiles y la gritería de los moros, que atacaban a la retaguardia de los aragoneses.

El acto religioso no pudo consumarse: caudillos y soldados se alzaron contra aquel inminente peligro, y corrieron a las armas, hicieron frente al enemigo y le obligaron a dejar el campo, que quedó cubierto de cadáveres moros, no sin que éstos abandonaran también el castillo de Chío a los aragoneses. Entre tanto, el buen sacerdote, seguro al abrigo del ejército, había terminado la misa, y no pudiendo administrar la comunión a los jefes cristianos, ocultó celosamente las seis hostias consagradas en los corporales que le habían servido para el sacrificio, y corrió a esconderlos entre unas peñas allí cerca.

Terminada la batalla quisieron dar gracias al Dios de las victorias por aquel sorprendente triunfo, y entonces el sencillo ministro de la religión les refirió las precauciones que había adoptado, con lo cual los capitanes vencedores reiteraron su deseo de comulgar en señal de gratitud al Altísimo.

Dirigiéronse, pues, al sitio donde los corporales se hallaban ocultos, guiados por el sacerdote, con el fin de recoger las formas y administrarles el Sacramento; pero al descubrir los corporales vieron con admiración

profunda y sorpresa incomparable que las seis hostias consagradas estaban tintas en sangre y adheridas por completo al blanco lienzo de los corporales, como si hubieran compenetrado su delicado tejido.

Inmediatamente guardaron aquella venerada reliquia en una caja de plata, y comenzó a disputarse entre los diferentes capitanes su posesión, pretendiéndola unos para Valencia, otros para Calatayud, éstos para Teruel y aquéllos para Daroca.

Deseando Berenguer de Entenza calmar las naturales aspiraciones de todos, resolvió, como jefe supremo, que se fiase a la suerte decidir la competencia sobre la posesión; y así se hizo, resultando agraciada por tres veces consecutivas la ciudad de Daroca.

Pero no se aquietaron aún los pretendientes; y como reiteraran sus quejas y sus instancias, hubo que ceder y apelar a un último recurso, a cuyo resultado prometieron someterse en definitiva.

Buscóse, pues, una mula, y en sus lomos colocaron con las debidas precauciones la caja que contenía los sagrados corporales; escoltada por el sacerdote mosén Martínez, por las convenientes fuerzas de tropa y por numeroso concurso de fieles, la dejaron suelta para que libremente caminara en la dirección que más plugiese a la Providencia.

Tomó entonces la mula el camino de Aragón, y todos la siguieron anhelantes; así continuó atravesando comarcas y pueblos, descansando todos por la noche en lugares convenientes del tránsito.

El día 7 de marzo de 1239 la mula y la comitiva que la venía siguiendo llegaron a Daroca, a cuya Puerta Baja e inmediaciones se agolpaba la multitud, haciendo fervientes votos por que aquella ilustre villa fuera la depositaria de los corporales.

En efecto, a pocos pasos de la puerta citada y ya en el antiguo camino que conduce a Calatayud, detúvose la mula y dejóse caer en tierra, según consigna la tradición, delante del antiquísimo Hospital de San Marcos para enfermos y peregrinos, que después fué convento de la Orden de la Santísima Trinidad. En aquel sitio quedó muerta la mula instantáneamente, y, por lo tanto, adjudicada la posesión de los santos corporales a Daroca.

Algunos días después de este suceso el arca sagrada fué trasladada procesionalmente y con toda pompa a la iglesia de Santa María, colegiata hasta el concordato de 1851, donde continúan venerándose los misteriosos corporales.

Apenas amanece el día del «Corpus», todos los caminos, sendas y veredas que conducen a Daroca vense interminables hileras de hombres de todas clases y condiciones.

Después de la solemne función religiosa sale de la ex colegiata una brillante procesión, en la que se lleva sobre preciosas andas, sostenidas por sacerdotes, el venerable relicario donde se ostentan los corporales con las seis sagradas formas.

La procesión se dirige a una especie de eremitorio, situado fuera de la ciudad, en el camino de Zaragoza, que apellidan La Toneta, donde se dice el sermón y después el preste muestra al pueblo los corporales y da la bendición con el relicario que los contiene» (cf. J. CERVERA, *Los corporales misteriosos*, tradiciones del siglo XIII, Madrid, Imprenta E. de la Riva, 1833).

1168 ### B) *La sagrada forma de El Escorial*

«Hacia el año 1572 saquearon los calvinistas la catedral de Gorcum, en Holanda, y con sacrílego furor pisotearon las hostias consagradas. Convertido uno de los herejes al ver que de una de ellas salía sangre, logró ponerla en salvo, entregándola a un prelado católico. Después de varios traslados, fué regalada a Felipe II por la noble dama D.ª Margarita de Cardona, y donada por el monarca al monasterio de El Escorial, en donde se conserva actualmente, en el retablo y altar de la Sagrada Forma, que ocupa el testero sur de la sacristía.

Sobre el altar se halla un cuadro de Claudio Coello, que ocupa toda la capilla transparente y que representa la primera función que se celebró en el altar de esta sacristía en tiempo de Carlos II.

Cuando se baja este lienzo, que sirve de velo al Santísimo, para manifestar al público la sagrada forma (en los días de San Miguel y San Judas), se ve un templete gótico de bronce dorado al fuego, de dos varas de alto, dibujado por Vicente López, y empezado en 1829 por Ignacio Millán y acabado en 1854 por Francisco Pecul, en Madrid» (cf. VALERIO SERRÁ Y BOLDÚ, *Costumbres religiosas* en *Folklore y costumbres de España* [Barcelona 1946] p.569-570).

1169 ### C) *Las sagradas formas de Alcalá de Henares*

«En Alcalá de Henares se conservan, desde el año 1597, incorruptas, veinticuatro sagradas formas, encerradas en una valiosísima custodia regalada por el cardenal Spínola. En la linterna, que es ochavada, en cada lado, están colocadas tres formas, hasta veinticuatro: las diecinueve enteras y las cinco partidas, en la prueba en que materialmente se examinó su incorrupción. Los viriles están soldados a fuego desde el año 1682, siendo imposible sacarlas sin romperlos.

Todos los años, o sea desde 1620, viene celebrándose, con gran pompa y orgullo de los alcalaínos, la grandiosa procesión que recorre las calles de la población. Llegan a la ciudad de Compluto miles de fieles de todas partes a rendir culto a esas sagradas formas, tan conocidas por todo el mundo, y por delante de las cuales han desfilado personas de todos los matices políticos» (cf. ibid., p.570).

VI. LA PROCESION Y LA FIESTA DEL "CORPUS"

1170 ### A) *Tradición española*

Se discute cuál fué la primera ciudad española que celebró la fiesta del «Corpus». Parece que ocupa la primacía Toledo, en 1230. Luego sigue por orden cronológico Sevilla, en 1282; Barcelona, en 1319; Gerona, en 1320, etc. Se sabe que en Vich se introdujo la fiesta en 1330 y en Valencia en 1348. En Barcelona, desde tres años antes, se había dictado un pregón ordenando

que cada año fuese fiesta del *Cors Sanct preciós de Jesucrist* el jueves después de Quincuagésima, y en 1322 se ordenó que todos los ciudadanos fuesen a la catedral para acompañar a Jesús Sacramentado (cf. *Archivo Municipal de Barcelona, Rúbrica de las Ordinaciones del any 1290 a 1471* fol.1). En la procesión de Barcelona en 1535, Carlos V llevó una de las varas del palio, como lo atestiguaron Pedro Juan Comes en *Llibre de Cous Assenyaladas (Archivo Municipal de Barcelona* fol.402). También anteriormente Alfonso V llevó la misma vara del palio en 1429, con los consellers y otros personajes. Milá y Fontanals dice que en 6 de junio de 1542 (cf. *Obras completas* VI tercera serie) los canónigos Rafael Ubach y Jaime Cassador fueron a la Casa de la Ciudad a anunciar a los consellers que el capítulo y el señor obispo habían acordado que la procesión saldría de la catedral a las tres de la tarde, después de rezadas las vísperas. Los consellers se oponían a la innovación; pero el virrey D. Francisco de Borja, marqués de Lombay y duque de Gandía (San Francisco), decidió a los conselleres a admitir la innovación propuesta por el obispo.

B). La procesión de Madrid 1171

«Según el antiguo ceremonial que existe en la villa de Madrid, el orden que llevaba en otro tiempo la procesión en la corte era magnífico. En primer lugar, en el ofertorio de la misa de «Corpus» que se celebra en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María del Real de la Almudena, se les servía al rey y al príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata, grandes e iguales, una hacheta pintada y una vela de la misma forma, una blanca de a libra y otra de a media, y en llegando al medio de la iglesia toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias, las entregan al capellán de honor que está de asistencia, y éste al sumiller de cortina, primero para el rey, y luego para el príncipe. Después se empieza la misa, se da comienzo a ordenar la procesión por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de Palacio. Madrid lleva el palio, repartiéndose las cuatro varas y ocho bordones de él por antigüedad. El orden que llevaba la procesión del año 1625 era el siguiente: abrían la marcha los atabales y clarines, seguían los niños desamparados y los de la doctrina, luego los pendones y las cruces de las parroquias; los hermanos del Hospital General, los de Antón Martín y las comunidades religiosas...; la cruz de Santa María de la Almudena, la del Hospital General de la corte; la clerecía en medio de las órdenes militares de Alcántara, Calatrava y Santiago, con mantos capitulares; al lado derecho, el Consejo de Indias, el de Aragón, el de Portugal, el Supremo de Castilla; y al izquierdo, el de Hacienda, el de Ordenes, el de la Inquisición, el de Italia, el Cabildo de la Clerecía, veinticuatro sacerdotes revestidos con incensarios, la capilla real con su guión, el arzobispo de Santiago de pontifical, los pajes del rey con hachas, las andas del Santísimo, la villa con el palio, el rey, el príncipe al lado izquierdo, un poco detrás el cardenal Zapata al derecho, el cardenal Spínola al lado, el nuncio en medio de los dos, el obispo de Pamplona detrás, el inquisidor general, el patriarca de las Indias, el embajador de Francia, el de Venecia, el de Inglaterra, el de Alemania, el conde-duque de Olivares, los grandes cerca de la persona del rey, los títulos y señores de tropas en medio de la procesión, las dos guardias española y tudesca a los lados, y atrás toda la guardia de arcabuceros» (cf. VALERIO SERRÁ Y BOLDÚ, o.c., p.557-558).

1172

C) Los «seises» de la catedral de Sevilla

a) Su historia

«Tres años antes de la bula de Urbano VI, en 1261, se había establecido en Sevilla la institución de los mozos, o niños de coro, encargados de cantar las preces en los oficios de culto... Es probable que en el siglo XIV iniciaran sus danzas ante el Santísimo. La primera noticia sobresas danzas data de 1508. Según parece, durante el siglo XVI bailaban ante la catedral y los cabildos, en el trascoro, al pasar la procesión ante la Audiencia y alguna vez en el Colegio del Salvador. Durante el siglo XVII la fama de los niños cantorcicos se extendió por toda España y su institución fué copiada por otras catedrales».

b) Su sagrada danza

«El escenario de esta singularísima coreografía catedralicia se reduce a una pequeña meseta, al pie de la escalinata del altar, limitada por dos bancas separadas entre sí por otras dos, que cierran geométricamente un espacio a modo de paralelogramo. Los diez niños se reparten en dos asientos perpendiculares al altar. Llegado el momento que marcan los compases orquestales, los «seises» se ponen de pie para iniciar la danza, que consta de tres movimientos. La salida se parece a la seguidilla, si bien los danzarines nunca elevan los brazos, sino que permanecen con ellos caídos, en actitud de naturalidad como reverencia a la majestad de Dios. El ritmo del baile viene impuesto por la música, pero nunca se altera la clásica y religiosa serenidad de los gestos y ademanes. Así, en lugar del salto, obligado en otras danzas, los «seises» se limitan a levantarse sobre la punta de los pies, con lo que resulta—en frase de La Rosa—«una especie de andar muy acentuado y uniforme, que en nada se asemeja a la saltación de la danza profana».

Es curiosa la nomenclatura de las figuras coreográficas, cada una adaptada a la correspondiente duración temporal: cadena grande o doble, cadena chica o sencilla, calado de a ocho con dos eses, calado de a ocho sencillo, calado de seis sencillo, calado de a diez sencillo, cruz palmada, cruz de frente, sea grande o doble y alas. Parece que los nombres saben a orfebrería o a bordado antiguo sobre ricas telas. Ninguna «sema» de las que solían resumir la evolución coreográfica en la tragedia griega podría superar tan fina belleza geométrica, tan elegante composición escultural en el tablado de la danza. Y es que a la mera concepción helénica del arte de Terpsícore como la figura humana en movimiento, sin más valoración que la plástica antropológica, se ha impuesto otra belleza más pura: la gracia cinemática de la corporeidad, pero supeditada reverencialmente a la adoración de Dios.

La cadena grande o doble, y la chica o sencilla, se diferencian en el número de danzantes. En ambas—como puede deducirse de su nombre—los movimientos de los «seises» tienden a formar un círculo que se deshace apenas se cierra. Los calados se distinguen unos de otros en el número de niños que intervienen y en otros detalles más complejos. El llamado de a diez sencillo se emplea cuando el baile termina antes que el canto. Entonces, para evitar que los «seises» se queden en pie en actitud de reposo, se recurre a esta sencilla figura, por la que divididos en dos filas de a cinco muchachos cada una, ambas hileras se dirigen al centro y allí se calan, volviendo después los niños a su punto de partida. En la cruz palmada los «seises» se sitúan delineando con sus cuerpos el símbolo de la nuestra redención,

La ese grande o doble se forma con dos eses de cinco niños cada una. Las alas constituyen otro recurso como el calado de a diez.

La peregrina belleza de esta danza sagrada llega a ser aún más relevante y cautivadora con la airosa gallardía de la proverbial indumentaria. Los «seises» bailaban en un principio vestidos de ángeles, con vaquero sin mangas, zaragüelles moriscos, alas doradas pegadas a la espalda, borceguíes argentados y una guirnalda de flores en la cabeza. En 1548 los niños figuraron en un baile con vestiduras de peregrinos. Diez años después lucieron trajes de pastorcillos. Hoy lucen los «seises» la misma indumentaria que hace un siglo: el sombrero chambergo, con el ala delantera levantada y galón y botones de oro, con plumas blancas y granas, según la festividad; el vaquero de damasco carmesí o celeste con listas verticales doradas y mangas de damasco blanco con galones horizontales; el calzón también de damasco del mismo color con rosetas carmesí o celeste. Las medias y el lazo de los zapatos varía según la festividad. Cruza el pecho una banda de albo tafetán con flecos de oro en las puntas, así como de la espalda penden dos cintas llamadas aletas que terminan a la altura de la mitad de la pierna. Y en las manos las castañuelas o crótalos, para acompasar el son del baile» (cf. LUIS ORTIZ MUÑOZ, *Sevilla en fiestas* [Madrid 1948] p.160-163).

D) La procesión valenciana 1173

«A las cinco de la mañana empiezan a marchar dos reyes de armas con cota y demás vestiduras de ceremonia, tejidas de seda amarilla y colorada, con barbas largas, peluca blanca y corona, llevando los guiones del blasón de la ciudad. Vienen luego seis enanos bailando al son del tamboril y de la dulzaina; tras éstos descuellan ocho gigantes, engalanados rica y pomposamente, que, a pesar de su elevación, danzan y saludan con mucha ligereza.

a) LOS GREMIOS

Siguen tras los gigantes los individuos de los gremios con ciriales, llevando cada cual en ricas andas las imágenes de sus santos titulares. El orden de precedencia se ha variado algunas veces; pero el de antigüedad, que debe observarse y que regularmente se ha observado, es el siguiente: 1.º, los enjalmeros llevando a San Antonio Abad; 2.º, los cajeros, a San José, conducido por cuatro vistosos volantes; 3.º, cesteros y peineros, a San Julián Obispo; 4.º, los trajineros, con una danza de pastorcillos, a la Virgen en acción de huir a Egipto con su Hijo y esposo; 5.º, los caldereros, a San Juan Evangelista en el martirio de la tina; 6.º, los colchoneros, a Nuestra Señora de las Nieves; 7.º, los corredores de cuello, a Nuestra Señora de la Piedad; 8.º, los roperos, a San Juan Apóstol; 9.º, los guanteros, a San Bartolomé Apóstol; 10, los oficiales y maestros horneros, con música y acompañados de una danza de cíngaros, de los representantes de Adán y Eva y de la serpiente que los engañó, de los discípulos del Señor en la milagrosa multiplicación de los panes y de los peces y de un bellísimo niño guiando un cordero adornado con cintas, símbolo del Bautista, llevan la custodia de Nuestra Señora de la Merced, y además, en un rico tabernáculo, al Salvador del mundo en ademán de instituir el sacramento del altar; 11, los cortantes, que en funciones públicas de esta especie a nadie ceden en ostentación y lucimiento, llevan, con acompañamiento de música, en dos preciosas andas, a los Patronos de la ciudad. San Vicente Ferrer y Nuestra Señora de

los Desamparados; 12, los molineros, con agradable danza de ángeles, a Nuestra Señora del Consuelo, llamada la Morenita; 13, los alpargateros, a San Onofre; 14, los zurradores, a San Juan Bautista; 15, los sogueros, al mismo Santo y a Nuestra Señora de los Desamparados; 16, los guarnicioneros, a San Sebastián; 17, los herreros, a San Eloy Obispo; 18, el gremio de cerrajeros, hojalateros, escopeteros y anzueleros, con una danza, a Santa Lucía; 19, los armeros, a San Martín; 20, los oficiales carpinteros, al Niño Jesús en andas bellísimas, y los maestros, en otra menos rica, a su Patrono San José; 21, los zapateros, con música y con el guión de los Santos Crispín y Crispiniano, adorando al Santísimo Sacramento, a San Francisco de Asís; 22, los sastres, con danza, a San Vicente Mártir; 23, los curtidores, en rica anda, al Santísimo Sacramento, en recuerdo de que lo rescataron a los moros que lo habían robado en Torreblanca; 24, los pelayres, con la danza de los monos, a la Santísima Trinidad.

b) Figuras simbólicas

Inmediatamente detrás de los gremios vienen cuatro matronas, figurando las heroínas Abigaíl, Ester, Judit y Rut. A estas cuatro matronas siguen diferentes personajes, como Melquisedec, Isaac, Josué, Gedeón, Caleb y otros, y para mayor expresión llevan algunos símbolos, como son: los panes de promisión, los racimos de la tierra prometida y otras figuras del Pan eucarístico. Ocupa el último lugar Noé, con la paloma. A estos héroes siguen doce personajes que representan los apóstoles. Suenan los timbales y clarines, ricamente adornados con el blasón e insignia de la ciudad, como manifestando que hasta aquí pertenecen las funciones al brazo secular y empiezan las del eclesiástico, y por éste sigue inmediatamente el portero de la iglesia mayor, con bordón para el despejo, seguido del diácono, con la cruz parroquial de San Pedro. Hasta este momento no se oye más que un repique general de campanas; mas luego que la dicha cruz sale, despliegan en vuelo general las de la Seo y las de todas las iglesias de la ciudad. A la cruz de San Pedro sigue el clero regular, a cuyos individuos, así como a los del secular, al tiempo de ingreso en el coro, se les entrega un cirio de media libra de peso, pero sin carga de devolver lo sobrante. costeándolo todo la ciudad. Lleva cada comunidad sus hermosas andas con la imagen de su Patrón, y solamente en esta procesión general se concede a las comunidades regulares el privilegio de llevar preste con capa pluvial y asistencia de dos ministros con dalmáticas.

Sigue el nuncio, vestido de oficio y con bordón en la mano. A continuación del nuncio, el clero secular, cuyos individuos, revestidos con roquetes y capas pluviales de tafetán blanco, forman un acompañamiento majestuoso. No llevan preste en esta procesión, porque oficia por todos generalmente su prelado superior inmediato, pero llevan levantadas cada clero sus grandes cruces parroquiales.

Después de este acompañamiento viene un personaje con cota y tunicela de tafetán amarillo y colorado, peluca y barbas blancas y corona en la cabeza, embrazando la adarga de las armas de la ciudad. Siguen después los evangelistas, que vienen figurados en los personajes siguientes: el primero, vestido del mismo modo y con cara de ángel, figura a San Mateo, y el guión que lleva en la mano denota la primacía en antigüedad de este evangelista; el segundo, con cabeza de león, figura a San Marcos; el tercero, con cabeza de buey, a San Lucas; San Juan, que como águila se remontó y acercó más a la divinidad, viene después y más inmediato al Sacramento. El gallardo mancebo que sigue, con cota azul y alas de ángel y estandarte en la mano

derecha, conduciendo a un joven con un pez, significa a San Rafael en el acto de acompañar a Tobías el joven.

Luego se presenta el ministro pertiguero del ilustre Cabildo, con el cetro para el despeje, y tras él un diácono con cruz de la catedral, en medio de dos velas montadas en riquísimos candelabros.

Después del diácono siguen los ministriles de la ilustre ciudad, vestidos de grana, con galones de plata, sonando sus instrumentos.

c) Las Águilas

Sigue la clerecía de la iglesia metropolitana, y entre su respetable cuerpo van tres grandes y bellísimas águilas, vistosamente escamadas de oropel, llevando de ala a ala, sostenido del pico, el mote «In principium erat Verbum et Verbum erat apud Deum».

Siguen dos niños adornados con sendas túnicas blancas, encajes, cintas y coronas de flores, conduciendo a cuatro ciegos vestidos con albas, que van tañendo la cítara, el arpa y otros instrumentos de cuerda. A éstos precede un magnífico tabernáculo con la imagen de San Vicente Ferrer.

Aparece luego la segunda águila, y tras ella la grandiosa y preciosísima custodia de plata, al estilo moderno, con la imagen de San Vicente Ferrer. Sigue un venerable anciano con diadema dorada en la cabeza, peluca y barba blancas, revestido con alba y estola, llevando en las manos el libro sagrado y una palma de oro sobre el pecho: simboliza a San Juan, autor del Apocalipsis. Acompaña al anciano un ángel con la cabeza ceñida de flores, vestido de talar carmesí, con valona de encaje y llevando en la mano una gran palma adornada de bellísimas flores. Sigue la tercera águila, y tras ella vienen veinticuatro ancianos con peluca y barbas blancas, coronados y vestidos con albas, sosteniendo un carcaj con blandones albos y muy gruesos, de ochenta y tres libras, adornados de raso de color de fuego y plata, a la antigua española, con espada y daga; tres de ellos llevan, en hermosos jarros, racimos de uvas, y los otros tres, espigas de trigo, símbolo de las especies sacramentales.

d) Su Divina Majestad

Dos beneficiados de la misma catedral, con ricas dalmáticas, ofrecen al Señor el incienso. El majestuoso palio, de riquísimo brocado, que cobija a Su Divina Majestad, y que de antemano está arrimado al púlpito de San Vicente Ferrer, es conducido por los maceros de la ciudad al pie del presbiterio, donde el regente del ceremonial debe asignar las varas a los sujetos que por cartas reales y por costumbre antigua deben servirle. Detrás del tabernáculo va de preste, entre cuatro señores canónigos revestidos con dalmáticas, el ilustrísimo señor arzobispo, a quien siguen sus capellanes de honor, con la mitra, y sus pajes, con almohada y sillón de terciopelo.

Siguen después los vergueros de la ciudad con las antiguas varas de oficio, de las que únicamente en esta solemnidad hacen uso para avisar que nadie se mantenga cubierto delante del Santísimo Sacramento. Presiden todas las autoridades y cierra la comitiva una compañía de granaderos» (cf. Valerio Serrá Boldú, o.c., p.558-563).

1174

VII. LOS AUTOS SACRAMENTALES

En relación con la fiesta del «Corpus», España posee el tesoro de sus autos sacramentales, verdadera innovación de nuestra escena nacional. Véase lo que sobre ellos dice Menéndez Pelayo (cf. *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* [ed. C. S. de I. C., 1941] t.3 p.138-139).

«La fiesta del Corpus no fué tema, sino más bien pretexto, ocasión o motivo para que los autos se escribiesen. Debo añadir que las representaciones sagradas, que durante la Edad Media se verificaron constantemente en el templo y por actores clérigos, en el siglo XVI salieron del todo a la calle y a la plaza pública, cayendo, lo mismo que todas las demás formas escénicas, en manos de farsantes e histriones pagados para este fin.

Tan católico es en la esencia nuestro teatro antes como después de esta transformación, y anima a todos los autos sacramentales un enérgico espíritu de oposición a la Reforma en el tema de la presencia sacramental, bárbaramente negada por Carlostadio y otros herejes del Norte; pero también es cierto que la verdadera reforma de las costumbres y de la disciplina hecha dentro de la Iglesia romana (en España muy pronto), y extendida a toda la cristiandad por el concilio de Trento y por varios pontífices, desterró del templo ciertas expansiones de la devoción, antes lícitas y ya ocasionadas y peligrosas, y fué causa de que las representaciones sagradas, que ya no se veían con los ojos de otras edades, saliesen del recinto del templo (en el que hasta entonces se habían albergado) y entrasen en el tumulto y agitación de la plaza pública y de los corrales o teatros dispuestos al efecto.

Los autos sacramentales fueron ejecutados ante muy heterogéneo auditorio, desde aquellos vislumbres o gérmenes de compañías llamadas *bululú* y *ñaque* (como las describe Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido)*, que por lugarejos oscurísimos representaban *La oveja perdida* y otros autos de Juan de Timoneda, de tan sencilla estructura que no requerían más que tres o cuatro personajes, hasta la complicadísima y ostentosa *mise en scène* de los autos de Calderón, ejecutados en el siglo XVII en la plaza Mayor ante los Consejos, ante el rey y ante todo el pueblo de Madrid congregado.

Parece que los autos sacramentales nunca fueron representados sino a la luz del día; es más: no se los concibe aprisionados en las condiciones materiales de un teatro moderno. Requieren la luz y el aire libre, y una escena tan ideal y fantástica como fantástico e ideal es el drama místico, y tal que rompe todos los límites y condiciones ordinarias del teatro. Es el auto representación de lo sobrenatural y de lo intangible, de la alegría y del misterio y vana empresa sería encerrar las abstracciones bajo techo, encadenarlas entre bastidores y cortinas o alumbrarlas con la tibia luz de las candilejas.

He dicho que entre los autos sacramentales anteriores a Lope, e igualmente olvidados en gran parte, pueden encontrarse rasgos de tal sencillez y tan honda ternura como a duras penas se hallan en el drama profano del mismo tiempo. Imposible sería encontrar en la mayor de las comedias, farsas y tragedias de aquel período nada que se acerque por ejemplo a un olvidado auto de *Las Donas*, de autor anónimo, en que Lázaro va presentando a la Virgen María los instrumentos de la pasión de su Hijo».

VIII. UNA LITURGIA EXCEPCIONAL 1175

«Existe en Valencia una iglesia especial que tiene una fundación debida al venerable patriarca D. Juan de Ribera, quien se propuso instituir un colegio y un templo en el cual se diese al culto divino, y en especial al Santísimo Sacramento, toda la veneración y esplendor posible. Es la iglesia llamada del Patriarca o del «Corpus Christi».

En todas las misas que se celebran en este templo sale de la sacristía, a una señal dada, un monaguillo que inciensa durante el tiempo de la elevación, encendiéndose al mismo tiempo hasta la consumación otras dos velas. Pero la función característica de esta iglesia es la de todos los jueves, que se dedican a honrar al Santísimo Sacramento. Después de una misa muy solemne, cantada a coros, se cantan sexta y nona con toda pausa, y durante éstas se celebra la ceremonia, bien original por cierto, del ofrecimiento de ramos. Sale de la sacristía una procesión, precedida de la cruz arzobispal, esto es, de dos travesaños, del pertiguero y monaguillos; siguen seis sacerdotes con grandes ramos de flores artificiales, sujetos a un jarrón de madera o metal, y vienen detrás seis sacristanes con otros ramilletes, aunque algo más pequeños. Al llegar al pie del presbiterio hacen muy acompasadamente y con movimientos uniformes tres genuflexiones y otros tantos saludos al Santísimo Sacramento, levantando los ramos en alto e inclinándolos profundamente hacia delante. Suben luego al presbiterio, donde, después de repetir la misma ceremonia, un sacerdote recibe los ramos y deposita los seis mayores en la mesa del altar, y los seis menores en las gradas que suben a él. Con este ofrecimiento coincide la terminación del rezo, después del cual sale el resto del clero para la reserva, o mejor dicho, para la ocultación del Santísimo Sacramento, pues la reserva solemne se hace después del rezo de la tarde. Inciensan los cuatro prestes con sendos incensarios, mientras uno de ellos repite nueve veces, con acompañamiento suave de órgano: «Alabado sea el Santísimo Sacramento». Después tira de un cordón que hace caer una rica cortina, tras la cual queda oculta la custodia; y así permanece hasta principiar el rezo solemne de la tarde, en que vuelve a descubrirse» (cf. VALERIO SERRÁ Y BOLDÚ, o.c., p.565-566).

IX. ARTE EUCARISTICO 1176

El arte universal ha plasmado en centenares de cuadros los prodigios de la Eucaristía y ha creado con los metales preciosos las custodias o relicarios de la majestad de Dios. No cabe en estas páginas la descripción de tales maravillas. Pero es imprescindible a lo menos aludir a una genial obra maestra del arte de todos los siglos, a saber, la famosa «Disputa del Santísimo Sacramento», de Rafael, joya del Vaticano.

«El maravilloso fresco que Rafael pintó en la estancia «della Segnatura» del Vaticano, frente a la Escuela de Atenas, se titula comúnmente la «Disputa del Sacramento».

Entre la Iglesia triunfante y la Iglesia militante aparece el Espíritu Santo, circundado por cuatro ángeles, en sustitución de los animales que simbolizan los cuatro evangelistas, los cuales despliegan los libros de los Evangelios. La figura del Espíritu Santo expresa que a El se adscribe congruentemente la admirable transubstanciación eucarística, la cual en

cierto modo es una continuación de la encarnación. En la parte más alta aparece Cristo Redentor y por encima el Eterno Padre. En torno a Cristo, la Virgen, San Juan, los apóstoles, los padres del Antiguo Testamento y otros santos.

Sobre el plano terreno, entre la Iglesia triunfante y la militante, figura el Santísimo, como divina señal que une las dos Iglesias y augusto vínculo entre la tierra y el cielo. Como el Santísimo es el centro del culto y del pensamiento católico, por eso ocupa el centro de la composición, en línea vertical con el Espíritu Santo, el Redentor y el Padre Eterno...

Los Padres de la Iglesia, los papas, los obispos, los santos, no disputan aquí poniendo en duda la presencia real de Cristo en la Eucaristía, sino que todos en ideal y animada conversación celebran la verdad del santo misterio, defendiéndole contra los errores heréticos. «Cielo y tierra se reúnen —dice Pastor (cf. *Storia dei Papi* v.3 c.10, Roma 1912)—para glorificar la suprema de las maravillas, la más gran obra de amor del Redentor del mundo. Un «Tantum ergo» único resuena en los oídos de quien contempla esta sublime composición. Abajo está la fe, en lo alto la visión». El pensamiento de Rafael es no sólo profundamente teológico, sino también litúrgico, esto es, se relaciona con el culto eucarístico, por el cual la Iglesia reconoce en la Eucaristía el sacramento y el sacrificio...

Los personajes del plano celestial, que se asientan sobre las nubes en semicírculo, donde alternan los del Nuevo y del Antiguo Testamento, pueden fácilmente identificarse por sus símbolos: patriarcas, apóstoles, místicos, confesores (San Pedro, Adán, David, San Esteban, Moisés, San Pablo, etc.). Es más difícil distinguir a los personajes del plano terreno. Los principales, sin embargo, fueron indicados por el mismo Rafael; los otros, en gran parte, representan la jerarquía eclesiástica y la multitud de los fieles; y probablemente el propio Rafael no tuvo otro pensamiento que dar actitudes de vida y gracia a genéricos grupos. Alguien pretende encontrar un retrato. Nada más natural, pero es un detalle puramente pictórico.

Los personajes indicados por Rafael son, a la derecha del espectador, los doctores de la Iglesia San Ambrosio, San Agustín, Santo Tomás, San Buenaventura, dos papas, Dante y los fieles; a la izquierda, San Jerónimo, San Gregorio Magno, tres obispos y fieles. Entre San Ambrosio y el altar hay un personaje vestido como un filósofo. Levanta el brazo y dice al santo Doctor algo muy importante, porque San Ambrosio, visiblemente conmovido, eleva los ojos y alarga las manos en un gesto de asombro. Se ha querido ver en esta figura a San Justino. Pero el personaje no tiene ni aureola de santo ni palma de mártir. A esto se responde diciendo que Rafael quiso representar simplemente al filósofo laico. Si la individuación no es cierta, sí lo parece, en cambio, el significado del personaje, que con el gesto une el plano inferior y el superior, como diciendo que en la Eucaristía está el mismo Redentor que se ve en la gloria.

El pontífice que aparece entre Santo Tomás y San Buenaventura podría ser Urbano IV, que instituyó la fiesta del «Corpus» y encargó al Doctor Angélico el oficio divino. Pero otros prefieren suponer que se trata de Inocencio III, quien escribió maravillas sobre la santa misa. Contra estas dos interpretaciones está el hecho de que la figura lleva la palma del martirio, por lo que se ha creído que en homenaje a Sixto IV se representa uno de los dos primeros Sixtos. El otro pontífice, que descuella sobre el graderío inferior, es, según Pastor, Sixto IV, tío de Julio II. Hay, sin embargo, quien prefiere a Eugenio IV, que convocó y presidió el concilio ecuménico de Florencia (1438-1445). Detrás del papa está el Dante, el autor del divino poema, «en que han puesto sus manos el cielo y la tierra».

En la otra parte del altar, esto es, «in cornu Evangelii», hay un sacerdote que habla animadamente con San Jerónimo. Este reclina la cabeza, en actitud pensativa, teniendo la Biblia sobre las rodillas. Se ha pensado que el tal sacerdote es Rufino Turannio, que fué amigo y colaborador del Santo y después adversario suyo en la cuestión del origenismo.

En fin, dice Pastor (cf. o.c., t.3 c.10): «Un elevado concepto desfila entre las incomparables creaciones del pintor de Urbino en el Vaticano: la grandeza y la majestad, la victoria y el triunfo de la Iglesia, de su ciencia y de su centro, el Papado; la admirable protección que el mismo Dios otorga a los sucesores de aquel a quien confirió su promesa: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y no prevalecerán las puertas del infierno...*» (cf. CARDENAL CELSO COSTANTINI, *Dio Nascosto* [Tumminelli, Roma 1944] p.352-361).

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS[1]

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

La Sagrada Eucaristía:

La Eucaristía y el Espíritu Santo (11).
La Eucaristía y María (9).
«¡Oh sagrado convite!» (4).
«Recuérdase la memoria de su pasión» (5).
«El alma se llena de gracia» (6).
«Prenda de la gloria futura» (7).

La Eucaristía en la vida cristiana:

El sacramento de nuestro consuelo (2).
La Eucaristía, símbolo de unidad (3).
La Eucaristía y la mortificación (8).
La Eucaristía y la fortaleza (10).
Las visitas al Santísimo (12).

La fiesta del Corpus:

La procesión del Corpus (1).

1

La procesión del Corpus

1177 I. *Orientación.*

A. Este guión litúrgico va encaminado únicamente a dar algunas ideas con las que puedan prepararse los fieles para sacar provecho de la procesión en orden a su vida espiritual. Todos los actos de culto que directamente van encaminados a Dios sirven también de provecho para las almas, en cuanto que son ocasión para que el alma cristiana ensalce a Dios y se una con El. Tal es el caso de las procesiones y en especial de la del Corpus.

---

1 Acerca del sacramento de la Eucaristía pueden encontrarse varios guiones en *La palabra de Cristo*. Véanse los guiones 9-12 del domingo IV de Cuaresma en el volumen 3 (p.695-706); la fiesta del Corpus Christi en el volumen 5; y los guiones 13, 14 del domingo VI después de Pentecostés en el volumen 6 (p.333-339). No obstante, completaremos el elenco de guiones ya publicados con otros nuevos, por lo menos en cuanto a la forma aun cuando muchas de las ideas serán repetición de las ya expuestas en otros lugares.

B. Por falta de la adecuada preparación suelen a veces ser las procesiones una exhibición que tiene mucho de mundano y que se presencia con curiosidad mundana y nada más fijándose en lo accesorio y dejando lo principal. ¿Por qué, si no, se guarda tan poco silencio cuando en realidad debieran convertirse las calles en templos de adoración?

C. Por todo ello hemos juzgado de interés este guión, muy propio para ser predicado en la homilía del Corpus o en una breve alocución antes de la procesión.

II. *Pasa el Señor.* **1178**

A. La liturgia y la piedad popular nos invitan a cantar al Santísimo Sacramento de la Eucaristía en el día del Corpus Christi.

a) «*Canta, ¡oh Sión!, con voz solemne al que a redimirte viene, a tu Rey, a tu Pastor*» (secuencia de la misa).
b) «*Canta, lengua, el misterio del cuerpo glorioso y de la sangre preciosa*» («Pange lingua»).
c) «*Cantemos al amor de los amores*», «*Alabad al Señor*», «*Alabado sea el Santísimo*», *etc.*

B. Todos los días baja el Señor al altar; todos los días viene a nuestros corazones; todos los días lo tenemos escondido en el sagrario. Por ello hoy hemos de cantar himnos de gratitud y ofrecer y dar lo nuestro al que se dió totalmente. «Al nacer se dió como compañero, en la Cena como alimento, al morir como precio y al reinar se da como premio» (himno «Verbum supernum»).

C. Para que el cristiano tenga oportunidad de dedicarse a esta oración de gratitud y rendir al mismo tiempo homenaje a Jesús sacramentado ha querido la Iglesia mandar la solemne procesión propia de este día. Pasa el Señor por las calles de las ciudades y aldeas, por los montes y los valles; y dondequiera que haya un sagrario y un racimo de hombres, allí saldrá el Señor. Pasará humilde como cuando entró en Jerusalén bajo la Hostia blanca de la custodia dorada. El mismo Cristo que está en los cielos, triunfador y glorioso como allí, sólo que oculto, pasa por nuestras calles en el día del Corpus Christi.

III. *El homenaje exterior.* **1179**

A. En torno a esta procesión del Santísimo, ya en este día del Corpus Christi, ya también en congresos eucarísticos se han dado las más bellas manifestaciones de fe. Se enjalbegan las casas, se alfombran las calles, se ador-

nan los balcones, etc. Junto al Santísimo, flores, cantos e inciensos. Lo mismo que un templo.

b. Son detalles exteriores del homenaje que el pueblo creyente tributa a su Dios. Los fieles confiesan y aclaman como Rey de los cielos y tierra a Jesús-Eucaristía. «Honor y gloria a Ti, Rey de la gloria. Amor por siempre a Ti, Dios del amor».

C. En Friburgo de Suiza se ponen árboles jóvenes, introducido el tronco en caldero lleno de agua, a la puerta de todas las casas. Los días anteriores al Corpus llegan a la ciudad camiones cargados de árboles jóvenes y se establece en las principales plazas de la ciudad este singular mercado. Se les introducía en agua para que conservaran su frescura durante toda la octava (hoy suprimida). La procesión no se regula por campanas. Da las órdenes oportunas un soldado desde lo alto de la torre de la catedral con disparos de revólver. El tiro de revólver es «amplificado» por un disparo de cañón, para que toda la ciudad se entere de la orden transmitida por el soldado.

1180 IV. *Nuestro homenaje interior.*

A. Todo lo exterior del Corpus Christi, con ser grandioso, es, sin embargo, medio y ayuda para el homenaje interior, que no puede faltar, porque sin él lo exterior carece de valor. Ni ha de ser tampoco la procesión acto de puro sentimentalismo. Tiene que ser más bien la gran ocasión para elevar nuestro corazón a Dios y rendirle un sincero homenaje interior, que consistirá en adoración, gratitud, expiación y petición.

B. Adoración. Lo mismo que los ángeles en el cielo, al mirar la Hostia blanca hemos de adorar la majestad del Dios tres veces santo aclamado por los querubines y serafines. Del fondo de nuestro corazón debe subir al cielo para unirse con los coros angélicos el «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria».

C. Gratitud. Hemos de tener presente que el sacramento de la Eucaristía es como si dijéramos el señuelo que atrae a Dios sobre la tierra y sobre cada una de nuestras almas. Debemos rendir gratitud a Jesucristo por las misas que oímos, por las veces que viene a nuestro corazón como alimento, por las oraciones que desde el sagrario eleva a Dios por nosotros. Pero, además, en torno a Jesucristo sacramentado debe volcarse nuestro corazón en un himno de acción de gracias por todos los beneficios que de una u otra manera nos hace Dios y que se deben a la Eucaristía.

D. Expiación. Es día de consolar al Señor y reparar por todos nuestros pecados, particularmente por todas las profanaciones y sacrilegios que se cometen contra el Sacramento del Amor.

E. Petición. La procesión es el gran momento para desgranar ante el Señor nuestras peticiones e impetrar de El beneficios tanto espirituales como materiales.

V. *Modo práctico de aprovechar la procesión.* 1181

A. Cuando caminéis acompañando a la Custodia, hacedlo como aquel pueblo sencillo que acompañaba a Jesucristo en los días de su vida mortal, como las turbas que seguían al Maestro y se agrupaban en torno suyo.

B. Los que contempláis desde las calles el paso de la procesión, hacedlo en silencio, manifestando en vuestra compostura exterior la actitud profundamente espiritual de vuestra alma.

C. Unos y otros ofreciéndoos a Jesucristo en este día, porque no hay ofrenda tan grata al Señor como la de nosotros mismos. Si amor con amor se paga, al amor de Jesucristo, que se entregó en la Eucaristía, debe corresponder nuestro amor entregándonos sin límites ni reservas a cumplir su voluntad.

D. Finalmente, cuando el Señor se detiene en los altares levantados en el recorrido, brote de vuestros corazones las palabras con que termina la secuencia de la misa:

«Buen Pastor, Jesús clemente,
tu manjar de gracia fuente,
nos proteja y apaciente,
y en la alta región viviente,
haznos ver tu gloria, ¡oh Dios!
Tú, el poder, la ciencia tienes,
tú mortales nos sostienes,
por comensales perennes,
al festín de eternos bienes,
con tus santos llámanos. Amén. Aleluya».

2

El sacramento de nuestro consuelo

I. *«Estoy con vosotros».* 1182

A. Al despedirse el Señor antes de subir a los cielos decía a los apóstoles: «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos» (Mt. 28,20).

B. Con nosotros, desterrados en el valle de lágrimas. Cristo en medio de nosotros velado por los accidentes blancos del pan es consuelo y alegría. Cada sagrario inunda nuestra alma de júbilo como esta fiesta del Corpus Christi, como el Cenáculo en la tarde de resurrección.

1183 II. *La tristeza.*

A. Es patrimonio de todos los mortales. «Es humano que la tristeza afecte al corazón» (cf. SANTO TOMÁS, véase domingo IV de Resurrección).

B. Particularmente en nuestros días el mundo se presenta triste.

a) *Un mal, una tribulación cualquiera causa abatimiento en nuestro espíritu flaco. Esto es la tristeza.*

b) *Hay que combatirla, porque absorbe energías espirituales que deben emplearse para el bien. «Que la tristeza se apodere del corazón es vicioso, porque puede perturbar el uso de la razón»* (cf. SANTO TOMÁS, l.c.).

1184 III. *Remedios ineficaces y el único consuelo.*

A. Es un fenómeno psicológico y una reacción natural del corazón oprimido por la tristeza buscar alivio y consuelo.

B. Con frecuencia nos equivocamos.

a) *Se busca en las creaturas: amigos, diversiones, etc. Ciertamente que algunas dan consuelo. Mas es pasajero y apegarse a él es preparar nuevas lágrimas para el mañana.*

b) *El único consuelo está en Dios y en su posesión. Por eso en el cielo, según el Apocalipsis, no habrá dolor ni llanto ni lágrimas.*

c) *En la tierra, en tanto viviremos consolados en cuanto estemos unidos con Dios. Por eso, los santos son los seres más felices.*

1185 IV. *La Eucaristía, consuelo.*

A. Como la Eucaristía nos da a Dios, por eso la Eucaristía es consuelo.

B. Dos aspectos de la Eucaristía son particularmente consoladores.

a) *En cuanto sacrificio. Nos recuerda las horas tristes de Jesucristo y nos impulsa a abrazarnos con el dolor y con el trabajo de nuestra vida, viendo en ellos la verdad, que no es otra sino la conformidad con la voluntad de Dios.*

b) *En la Eucaristía Jesucristo está como amigo. El amigo, según Santo Tomás, es, juntamente con la contemplación de la verdad, el verdadero consuelo, porque cuando uno está triste parece que lleva una cuesta, y si tiene un amigo verdadero al que comunicar su tristeza parece que alivia el peso* (cf. SANTO TOMÁS, domingo IV de Resurrección).

V. *Absurdo de almas buenas.* **1186**

A. Una de las tentaciones que hay que prevenir es el desaliento o decaimiento que, brotando de la tristeza, puede oscurecer la fe.

a) *Se oye de labios de almas espirituales: «Se me quitan los deseos de toda vida de piedad».*

b) *Sin llegar a esto, puede el demonio engañar a las almas con una frialdad o sequedad, que, aparte de la comunión, encierre al alma en sí misma, haciéndola ver que en esos momentos de tristeza preferible es no hacer nada que no hacerlo bien.*

B. El Señor sabe perfectamente lo que es la tristeza. El la pasó primero. No pretende elevaciones espirituales. Las almas tienen que pasar su Getsemaní. Sin embargo, lo mismo que El hizo en esos momentos debemos buscar todos, esto es, a Dios, a Jesucristo, a la Eucaristía.

VI. *Para nuestro consuelo.* **1187**

A. Sobre cada uno de nuestros sagrarios o de nuestros altares pudieran escribirse estas palabras: «Para nuestro consuelo».

B. En las horas de tristeza acudamos allí. Particularmente en la fiesta del Corpus Christi que pidan las almas tristes o afligidas al Señor el consuelo en la tribulación.

3

La Eucaristía, símbolo de unidad [1]

I. *La fiesta del Corpus Christi.* **1188**

A. Esta fiesta nos invita a cantar la misericordia y generosidad de Cristo, que nos amó hasta el fin, dando su cuerpo como comida de nuestra vida. Nos brinda, además, ocasión para meditar en las grandes verdades del cristianismo, a fin de sacar lecciones para nuestro progreso espiritual.

B. Una de estas grandes verdades esenciales en el cristianismo es la unidad de todos y la consiguiente caridad, aglutinante de la unión. La Eucaristía produce la unidad, según las palabras del himno: «Manducat Dominum, pauper, servus et humilis».

---

[1] Cf. el guión 9 del domingo IV de Cuaresma, *La palabra de Cristo* t.3 p.695.

1189 II. *Dos realidades distintas.*

A. Una, la que Cristo quiere conseguir, según lo manifestó en su última cena:

a) *«No ruego sólo por éstos, sino por cuantos han de creer en mí por su palabra. Para que todos sean uno como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado». Yo les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí para que sean consumados en la unidad»* (Io. 17,20-23).

b) *Los primeros cristianos, según los Hechos de los Apóstoles, vivieron de esta realidad, puesto que de la muchedumbre de creyentes se formó «cor unum et anima una».*

c) *Es una de las predicaciones más constantes en el apóstol San Pablo. Somos un cuerpo; tenemos una fe y un bautismo. Consecuencia de esta realidad ha de ser la unidad de todos. Lo mismo que los miembros del cuerpo siendo distintos se unen todos para la consecución de un mismo fin, así los cristianos deben ayudarse, amarse y unirse.*

B. En contraste con esta primera realidad está la realidad de nuestra vida.

a) *Son muchos los pecados contra la caridad. Pecados que tienen gran trascendencia por ser contra el Cuerpo místico, ya que destruye una de sus características esenciales, cual es la unidad.*

b) *Envidias, celos, juicios temerarios, murmuraciones, calumnias, etc., son tan frecuentes y extendidos como poco advertidos.*

c) *Es cierto que en muchos casos no pasan de ser meros sentimientos que escapan al influjo de la voluntad; pero no menos cierto que en otros, por una deformación de conciencia muy atenta para otro género de pecados y muy negligente para éstos, no se hace caso de la gravedad que encierran. Los pecados contra la caridad son mucho más graves que los pecados carnales.*

d) *Lo más triste en esto es que son pecados de almas en apariencia espirituales. Se presentan muy solapados, porque nuestro amor propio se encarga de justificarlos, como si fuera razón justa defensa cuando en realidad son falta de virtud.*

e) *Las almas de verdadero espíritu son eminentemente caritativas.*

1190 III. *La Eucaristía, símbolo de unidad.*

A. Lo expresa San Agustín en las siguientes palabras: «Nuestro Señor ha puesto su cuerpo y sangre en estas cosas (el pan y el vino), que, de múltiples que son en sí, se reducen a una sola, porque el pan de muchos granos se hace una sola cosa; el vino se forma de muchos granos que hacen un solo licor, por lo cual dice además

(SAN AGUSTÍN): «¡Oh sacramento de piedad! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad!» (3 q.79 a.1).

B. Las oraciones de la liturgia, v.gr., la secreta del Corpus Christi: «Te rogamos, Señor, que concedas propicio a tu Iglesia los dones de unidad, de paz, místicamente designados bajo las ofrendas que te hacemos». Lo mismo en la postcomunión de Resurrección, según la redacción primitiva, que dice: «Infúndenos, Señor, el espíritu de tu caridad para que por tu piedad hagas concordes a los que alimentaste de un mismo pan».

C. Esta unidad se expresa y realiza particularmente en la misa y en la comunión.

a) *La misa. La mezcla del agua y del vino es símbolo. En el agua está representada la multitud de creyentes que se unen entre sí y juntamente con Cristo. La paz, de la que decía San Agustín: «Grande, muy grande, este rito, porque designa la unión de todos. Lo que hace tu rostro hágase en tu interior, así como tu rostro se acerca al de tu hermano, que tu corazón viva unido al suyo»* (cf. «Serm.» 227: PL 38,1106).

b) *La comunión. Al comulgar con Cristo comulgamos también con todos los miembros del Cuerpo místico. «Esto que recibís en la Eucaristía sois vosotros mismos con Cristo»* (cf. SAN AGUSTÍN). *Y el Beato Avila: «La división de Adán viene porque de él toma cada uno su carne. La unidad, ¿de dónde? De la carne de Cristo. No hay más que una carne aquí... Sois muchos; tenéis muchas carnes; yo os daré una carta sola y seréis más fuerte carne y seréis uno. Esto es comulgar»* (cf. *Serm.* 57: BAC, *Obras* t.2 p.906).

IV. *Perdón y caridad antes de comulgar.* **1191**

A. Al pie del altar, en la misa y en la comunión, depongan todos los odios, rencores, desavenencias, envidias, etc.

B. Más aún, acérquese cada cual al Sacramento del Amor con el propósito de ser caritativo en las palabras, en la ayuda al hermano y en la predilección especial, tanto afectiva como efectiva, a los pobres, humildes y necesitados.

4

«¡Oh sagrado convite!» [1]

1192 I. *El convite divino.*

A. Tanto en las Sagradas Escrituras como en los Santos Padres una de las expresiones más frecuentes es la que presenta la Eucaristía como alimento o comida.

B. En las Escrituras, a través de todo el capítulo 6 de San Juan, donde se nos dice: «Mi carne es comida», «el que come de mi carne», «si no coméis de mi carne», «el que me come».

C. En los Padres son frecuentes las siguientes fórmulas: «Tomad del banquete del altar santo», «comed el cuerpo del Hijo de Dios» («manducare, edere, comedere, sumere») (cf. *Textos eucarísticos primitivos*: BAC, t.2 p.948).

D. La liturgia, eco de la Escritura y de la tradición, amplía en sus fórmulas de hoy esta misma idea.

1193 II. *La Eucaristía nos transforma místicamente.*

A. Lo mismo que el alimento se convierte en nuestra vida, así nosotros al comer la Eucaristía somos transformados en Cristo. Esta idea la expresa San Efrén con estas palabras: «Te comemos, Señor, y te bebemos no para consumirte, sino para que vivamos de ti» (cf. SAN EFRÉN, tomado de la *Evolución mística*, P. ARINTERO: BAC, p.296).

B. El Catecismo Romano: «No se muda este sacramento en nuestra substancia, como el pan y el vino; pero nosotros nos convertimos y mudamos en su realeza».

1194 III. *Nos transforma moralmente.*

A. Podemos precisar esta transformación moral diciendo que la influencia de la Eucaristía en nuestra vida espiritual es análoga a la del alimento en la corporal.

B. Así la Eucaristía.

a) *Sustenta y conserva en la vida espiritual del alma.*
b) *Desarrolla progresivamente esta misma vida de forma que el alma va haciéndose mayor en la vida espiritual.*
c) *Restaura las fuerzas que se pierden en la lucha diaria.*
d) *Recrea y solaza, particularmente en los momentos de tribulación o angustia interior.*

---

[1] Pueden consultarse el guión 10 del domingo IV de Cuaresma, t.3 de *La palabra de Cristo*, p.698, y el guión 13 del domingo VI de Pentecostés, t.6 p.333.

IV. *Tened los mismos sentimientos que Cristo Jesús.* **1195**

A. Necesitamos de la Eucaristía en lo espiritual lo mismo que del alimento en lo corporal. No es una necesidad, como la del bautismo. Sin embargo, podemos decir que es absolutamente necesaria: «Si no coméis de mi carne no tendréis vida en vosotros» (cf. SANTO TOMÁS, sec.4.ª, domingo IV de Cuaresma, t.3 p.610 ss.).

B. Nuestra vida de cristiano consiste en vivir interiormente de Cristo Jesús, es decir, «tener los mismos sentimientos de Cristo» (Phil. 2,5). El cristianismo no es solamente un conjunto de prácticas exteriores. Es mucho más. Consiste en asimilarnos interiormente a Jesucristo y conformar nuestra vida y modo de obrar con su vida y modo de obrar. Para esto necesitamos de la comida eucarística. Por eso el Señor decía: «Como yo vivo del Padre, así el que me come vivirá de Mí» (Io. 6,58).

5

«*Recuérdase la memoria de su Pasión*»

I. *Conmemoración de la Pasión.* **1196**

A. En la fiesta del Corpus Christi debemos presentar la Eucaristía bajo todos los sublimes aspectos que contiene. Uno es el de recuerdo de la Pasión de Cristo.

a) *La liturgia nos lo enseña en el «O sacrum convivium!», en la colecta y en otros lugares de la liturgia eucarística.*
b) *Cristo mismo al instituir el Sacramento del Amor hace alusión a la Pasión «pro vobis datur», «pro vobis effunditur».*

B. Por eso la Eucaristía ha sido instituída por Jesucristo bajo forma de sacrificio. «Ha querido Jesús instituir la Eucaristía bajo forma de sacrificio para desahogarse en su amor, que, no pudiendo después de la resurrección estarse inmolando pasiblemente a diario y en cada momento por nosotros, ha hallado el medio de aplicarnos continuamente los méritos de su pasión y muerte, encargando a los sacerdotes que, hasta su venida final en el día del juicio, sin cesar lo ofreciesen incruentamente a Dios Padre en los altares por la salud del mundo. Y no ha sido sólo eso. Como el acto que más impresiona al corazón humano y que mejor demuestra la caridad de Jesús con los hombres es precisamente el misterio de su muerte en la cruz, por eso el Señor ha

dispuesto que la tal inmolación no fuese solamente un acto ocurrido en remotos siglos de la historia que ahora ya no despierte ninguna impresión profunda, sino que ha resuelto que pueda renovarse incesantemente sobre los altares el acto de su mayor caridad hacia las criaturas» (cf. SCHUSTER, «Liber Sacramentorum» t.5 p.101, domínica I después de Pentecostés).

1197 II. *La santa misa.*

A. Es la reproducción del mismo sacrificio de la cruz. Las diferencias son accidentales. En todas partes de la tierra, de oriente a occidente, se ofrece la Víctima divina bajo los accidentes de pan y vino. Y así en todos los rincones del mundo se opera la obra de nuestra redención.

B. «Cuantas veces se celebra este sacrificio se realiza la obra de nuestra redención» (cf. secreta del domingo IX de Pentecostés).

1198 III. *Desviación de la piedad.*

A. No se puede concebir una auténtica piedad sin la Eucaristía. Y, sin embargo, de hecho existen muchas almas que se forman a sí mismas una piedad sin la misa. Esta es la desviación.

B. Existe una piedad eucarística marcadamente egoísta y sentimental. Para muchos devotos, que no dejan la comunión, apenas si tiene sentido la santa misa. Al comulgar lo hacen sin relacionar la comunión con el sacrificio. Es cierto que por causa justificada se puede comulgar antes o después de la misa e incluso separadamente de ella. Sin embargo, siempre que se comulga, la comunión, como tal, es participación en el sacrificio de la misa. De aquí que, según Pío XII en la *Mediator Dei*, lo más excelente sea comulgar dentro de la misa y, a ser posible, con formas consagradas en la misma misa.

1199 IV. *Comulgar con la Víctima.*

A. Por tanto, al comulgar nos unimos a Jesucristo, Víctima. Cada comunión exige, pues, de nosotros una auténtica victimación. Todo el que comulga debe hacer suyas las palabras del Apóstol a los de Roma.

a) *«Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, grata a Dios; éste es vuestro culto racional»* (Rom. 12,1).

b) *«Que no os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente, para que procuréis conocer cuál es la voluntad de Dios, buena, grata* (Rom. 12,2).

B. Pocas oraciones tan bellas para una acción de gracias como ésta: «Yo quiero, Señor, desde ahora acabar con una vida terrestre, vida de vanidad y concupiscencia. No quiero ser yo quien viva en mí. Quiero convertirme en Ti. Que Tú vivas en mí y que pueda ser hostia y víctima contigo y como Tú. Que a través de mí se manifieste tu victimación. Que sea molido como el grano de trigo con la piedra de los deberes de mi estado de los sufrimientos providenciales, de las humillaciones, de los fracasos, de las negaciones y renuncias».

6

«*El alma se llena de gracia*»[1]

I. *Sacramento excelentísimo.* **1200**

A. Santo Tomás, y con él todos los teólogos, consideran la Eucaristía el más excelente de los sacramentos. Entre otras razones, porque los otros dan la gracia, pero éste al mismo autor de la gracia y con él todo género de bendiciones.

B. En la colecta de la fiesta del Corpus, la petición de «que sintamos constantemente el fruto de la redención cuantos veneramos los misterios del cuerpo y sangre de Cristo» se refiere al fruto de purificación y santidad, de gracia y virtud que brotó de la cruz y que percibimos hoy a través de la Eucaristía.

C. Lo que la encarnación, dice Santo Tomás, ha traído al mundo lo da la Eucaristía a cada alma en particular (cf. «Sum. Theol.» 3 q.79 a.1 c).

II. *La Eucaristía hermosea al alma.* **1201**

A. Precisamente porque nos da el fruto de la pasión podemos afirmar que la Eucaristía confiere la hermosura al alma. «Ella es la salud de nuestras conciencias, con ella se lava el alma, con ella se hermosea, con ella se inflama; ella torna al alma más resplandeciente que el fuego; ella apenas derramada hace accesible el cielo»...

B. «Esta es fuente de luz, que brota rayos de verdad. Ante ella asisten las potestades del cielo, fija la mirada en la hermosura de sus corrientes, ya que contemplan con mayor claridad la eficacia de la oblación eucarística

[1] Cf. domingo IV de Cuaresma, *La palabra de Cristo* t.4 p.585.

y sus inaccesibles destellos de luz. Pues así como si uno metiera en el oro derretido, si posible fuese, la mano o la lengua, al punto las transformaría en oro, así también, y aun mucho más, aquí obra la Eucaristía en el alma estos efectos. Bulle hirviente este río, más que fuego; pero no quema, sino que lava tan sólo cuanto a su paso encuentra»... (cf. IV dom. de Cuaresma, sec.3.ª, SAN JUAN CRISÓSTOMO, en *La palabra de Cristo* t.3 p.585).

1202 III. *La Eucaristía sacia.*

A. Quizá la traducción más exacta del «mens impletur» fuera «el alma es saciada», o bien, «da hartura al alma».

B. Este es un pensamiento frecuente en los Santos Padres.

a) «*La carne es alimentada con el cuerpo y sangre de Cristo para que también el alma se harte de Dios*» (cf. TERTULIANO, «Textos eucarísticos primitivos»: BAC, t.1 n.146).

b) «*En este caso comerás el alimento del alma y la bebida del espíritu para que en adelante no tengas hambre ni sed jamás. Pues el que come coma hasta quedar harto y el que bebe beba hasta embriagarse*» (cf. SAN AMBROSIO, ibid., n.150).

c) «*Cristo es para mí comida; Cristo es para mí bebida... Ya para mi saciedad no espero las cosechas anuales; Cristo se me sirve todos los días. No temeré que algún mal temporal del cielo o esterilidad del suelo me lo disminuya con tal que persevere la diligencia del culto piadoso... Mi manjar es aquel que el que lo comiere no tendrá hambre*» (cf. SAN AMBROSIO, ibid., n.515).

1203 IV. *El secreto para el mayor fruto.*

A. Es evidente que el hecho de comulgar en gracia de Dios produce fruto en el alma «ex opere operato». Mas este fruto se aumenta según las disposiciones del que comulga. Cuanto mayor y más excelente sea la preparación, más hartura de gracia recibirá el alma. Los santos hablan mucho acerca de las disposiciones para acercarse a tan gran sacramento. Así San Buenaventura (cf. supra, sec. 4.ª).

B. Sin embargo, resumiendo, para comulgar con fruto basta el estado de gracia; pero si se desea sacar el máximo fruto, hace falta acercarse a la Eucaristía con espíritu, y mejor aún, en estado de sacrificio, de renuncia a los placeres y consuelos del mundo, de austeridad y caridad.

1204 V. «*Venid y comed*».

A. El Señor se ha quedado en la Eucaristía para llenarnos de su gracia. Podemos decir a todos los fieles: «Surge et comede» (3 Reg. 19,7). No importa que el alma sea

débil, porque la Eucaristía da fortaleza para la lucha. La comunión no es premio, sino alimento. A pesar de nuestras faltas e imperfecciones, debemos acercarnos a El. «No penséis, dice el Beato Avila, que si os quedan pecados veniales, ha de haber el Señor asco en vosotros y entrar de mala gana en vuestra ánima» (cf. *Serm.* 61: BAC, *Obras completas* t.2 p.831).

B. Cualquiera que seas, si arrogante o vanidoso, si pronto a la ira o la intemperancia, si negligente, perezoso o tibio, levántate y ven a la Eucaristía y come a Cristo. El llenará tu alma de gloria».

7

«*Prenda de la gloria futura*»

I. *La gloria futura. Decir que la Eucaristía es prenda de la gloria futura es afirmar que cuantos se alimentan del cuerpo y sangre de Jesucristo resucitarán en el último día a la eternidad feliz.* 1205

II. *Cristo y nuestra resurrección.* 1206

A. Hemos de afirmar con los teólogos que hay una doble relación de Cristo con nuestra resurrección.

B. Es causa: «Nuestro Señor Jesús, que fué entregado por nuestros pecados, ha resucitado para nuestra justificación» (Rom. 4,25).

a) *No sólo causa ejemplar: «Con El hemos sido sepultados con el bautismo para participar en su muerte, para que como El resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva»* (Rom. 6,4).

b) *Es también causa eficiente, instrumental y no principal, porque la resurrección como la pasión y muerte del Señor perdona los pecados y da la vida nueva.*

c) *Nótese, sin embargo, que es causa eficiente de la resurrección de las almas y de los cuerpos. En cambio, la ejemplaridad de la resurrección de Cristo en cuanto a los cuerpos afectará únicamente a los buenos, que serán conformados al cuerpo glorioso del Salvador»* (Phil. 3,21).

C. Es consecuencia necesaria: «Si Cristo resucitó, también nosotros resucitaremos» (1 Cor. 15,17). Incorporados a Jesucristo por el bautismo, formamos un cuerpo con El. Por eso El resucitó, como primicia de los que mueren. Después resucitamos nosotros (cf. estos conceptos en los guiones 10 y 11 del domingo de Resurrección, *La palabra de Cristo* t.4 p.146 ss.).

1207 III. *La Eucaristía, prenda de resurrección.*

A. Con el anterior preámbulo fácilmente se comprenden las palabras de Cristo en el sermón de Cafarnaúm: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día» (Io. 6,55).

B. La liturgia ha recogido esta idea cuando dice «futurae gloriae nobis pignus datur».

a) *Por la comunión, en efecto, comemos el cuerpo de Cristo. Nos hacemos concorpóreos con él. ¿Cómo podrá tal cuerpo permanecer incorrupto?*

b) *Por otra parte, las almas reciben la vida en abundancia por la Eucaristía. Esta vida exige y reclama imperiosamente la resurrección del cuerpo para derramar sobre él su claridad.*

c) *Dice San Efrén en el himno de los difuntos: «Los muertos que comieron tu cuerpo y sangre, ¡oh Hijo de Dios!, sean resucitados por ti y estén contigo el día de tu manifestación. No a todos los difuntos aprovechan las oblaciones, pues los hay que son extraños al Hijo de Dios. Los cuerpos vestidos de El serán vestidos de gloria el día de la resurrección y las bocas que le comieron cantarán sus alabanzas en el reino celestial. Todos los difuntos que comieron tu cuerpo, ¡oh Hijo de Dios!, sean resucitados por ti del polvo en que yacen. Tu virtud los vivificará y resucitará de su sepulcro y los vestirá de la estola de la gloria en el día de la resurrección»* (cf. *Textos eucarísticos primitivos:* BAC, t.1 n.396).

1208 IV. *Comunión y esperanza. Cuantas veces nos acerquemos a la misa y a la comunión hemos de avivar el recuerdo de lo que nos espera. De este modo nos estimulará más a vivir cristianamente cada día y hacer frente a las dificultades y sufrimientos, considerando las palabras del Apóstol: «No hay proporción entre los sufrimientos de esta vida y la gloria futura que se nos dará».*

8

La Eucaristía y la mortificación

1209 I. *La mortificación en la vida cristiana.*

A. Considerada en sí misma, la mortificación no tiene razón de ser. La tiene, en cambio, en relación con una vida superior, la sobrenatural. Por eso San Pablo insiste con frecuencia en el pensamiento de la mortificación como medio para vivir: «Si vivieres según la carne, moriréis; por el contrario, si con el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis» (Rom. 7,13).

B. El fundamento de la mortificación es la dualidad que existe en nosotros: carne y espíritu. A medida que disminuímos la fuerza de la carne y contrariamos sus exigencias, aumentamos las energías del espíritu y lo disponemos mejor para buscar a Dios. Por eso puede afirmarse que, a más mortificación, mayor unión con Dios.

C. Como la santidad consiste en la unión con Dios, se explica fácilmente que no haya ni pueda haber ni un solo santo sin mortificación. Como tampoco hay un maestro de espíritu que no la recomiende. «Será santo si es mortificado», decía San Francisco Javier cuando oía hablar de la santidad de una persona.

II. *Cristianismo fácil.* **1210**

A. Es el que a su antojo se forman muchas personas que huyen de la mortificación y consideran un tanto raros y extraños a los que la practican. Se han olvidado de la máxima del Señor: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt. 16,24).

B. Son muchos los que quieren este cristianismo fácil.

a) *«Jesucristo tiene ahora muchos amadores de su reino celestial, mas muy pocos que lleven su cruz. Tiene muchos que desean la consolación y muy pocos que quieran tribulación».*

b) *«Muchos compañeros halla para la mesa, y pocos para la abstinencia. Todos quieren gozar con El, mas pocos quieren sufrir algo por El. Muchos siguen a Jesús hasta el partir del pan, mas pocos hasta beber el cáliz de la pasión».*

c) *«Muchos honran sus milagros, más pocos siguen el vituperio de la cruz. Muchos aman a Jesús cuando no hay adversidades. Muchos le alaban y bendicen en el tiempo que reciben de El algunas consolaciones, mas si Jesús se escondiese y nos dejase un poco, luego se quejarían o desesperarían mucho»* (cf. T. KEMPIS, «Imitación de Cristo» l.2 c.9).

C. Comulgan, es cierto, y oyen misa, pero no saben aplicarla a la vida, pues de hecho objetivamente hay una íntima relación de aquélla con ésta, que debe practicarse y pasa inadvertida. La Eucaristía nos lleva y exige vida de mortificación.

III. *Ser santos como Cristo.* **1211**

A. Nuestra santidad tiene que ser, ni más ni menos, que la de Cristo.

a) *«Dios nos predestinó para ser conformes con la imagen de su Hijo»* (Eph. 1,1).

b) *«Conforme a la santidad del que os llamó, sed vosotros santos en todo, pues escrito está: Sed santos como yo soy santo»* (1 Petr. 1,16).

B. De aquí que los santos deban reproducir la pasión de Cristo en su cuerpo. «Llevando siempre en nuestro cuerpo la pasión de Cristo» (2 Cor. 4,10). Esta mortificación es una exigencia del bautismo y de la vida sobrenatural que mediante éste se nos infunde.

1212 IV. *La Eucaristía exige mortificación.*

A. Tenemos que acudir al altar para recibir a Jesucristo tal cual Cristo viene al altar. Y Cristo viene como víctima (cf. supra, guión 5).

B. Se comulga mucho y quizás la vida cristiana no florece en proporción con el número de comuniones. Falta la mortificación.

a) *Dejando aparte los distintos géneros de mortificación se puede recomendar especialmente la sobriedad y austeridad de vida tan recomendada en nuestros días por los pontífices modernos para que mejor se cumplan los deberes de caridad.*

b) *He aquí un bello párrafo de San Juan Crisóstomo pidiendo sobriedad a cuantos comulgan: «Piensa qué es lo que hicieron los apóstoles cuando participaron de aquellas cenas sagradas, ¿no se volvieron a la oración y a entonar himnos, a sagradas vigilias y a aquel largo adoctrinamiento lleno de gran sabiduría? Ciertamente, grandes y admirables cosas les narró y mandó (Jesús) después que salió Judas para llamar a los que le habían de crucificar. ¿No has oído cómo aquellos tres mil hombres participantes de la comunión* (cf. Act. 2,42) *perseveraban constantes en la oración y en la doctrina, no en borracheras y comilonas? Tú, antes de recibir la comunión, ayunas para aparecer digno de ella; pero después que la has recibido, cuando deberías aumentar la sobriedad, todo lo echas a perder. Y, sin embargo, es igual abstenerse antes o después; es necesario ser sobrios en ambos tiempos, pero, sobre todo, después de haber recibido al Esposo. Antes, para hacerse digno de recibirle; después, para que no parezcas indigno de lo que recibiste. Entonces ¿tengo que ayunar después de haberlo recibido? No digo esto, ni te obligo. Bueno sería, pero no te hago fuerza, sino que te exhorto a que no te entregues sin freno a los placeres. Pues si nunca conviene darse a los placeres, lo cual declaró Pablo diciendo: «Porque la que vive en deleites, viviendo, está muerta»* (1 Tim. 5,6), *mucho más morirá entonces»* (cf. *Textos eucarísticos primitivos:* BAC, t.1).

9

La Eucaristía y María

I. *Un cuadro de Fr. Angélico.* **1213**

A. El cuadro de la *Cena* del Beato Angélico presenta arrodillada y contemplando al Señor, a su Madre, la Virgen.
B. Esta idea indica, más bien, el alma mística del pintor que la realidad objetiva, porque según los exegetas, no es fácil que María se hallara presente en la sala del Cenáculo.
C. Pero ciertamente que hay una estrecha relación entre la Eucaristía y la Virgen, conocida sin duda por el delicado pintor dominico.

II. *La Eucaristía, prolongación de la encarnación.* **1214**

A. En la encarnación nació Enmanuel. La Eucaristía es un continuo Enmanuel. Dios con nosotros hasta la consumación de los siglos.
B. El fin de la encarnación es «que los hombres tengan vida, y la tengan en abundancia» (Io. 10,10). La Eucaristía es también para comunicar esa misma vida: «el que me come vivirá en mí» (Io. 6,58).
C. Por tanto, la misma relación de la Virgen en la Eucaristía y en la encarnación. Si aquí fué Madre, también, podemos decir que es la madre de la Eucaristía. Podemos, pues, cantar junto a la hostia consagrada: «Ave verum Corpus natum ex Maria Virgine».

III. *La Eucaristía aplica y perpetúa los frutos de la redención.* **1215**

A. Nuestra redención se consumó en el Calvario. Y allí, junto a Jesucristo, estaba María.
B. El sacrificio del Calvario se reproduce constantemente en nuestros altares. Podemos ver sobre el altar, místicamente, junto al Redentor, a la Corredentora, a María, ofreciendo y ofreciéndose con El por la salvación del mundo lo mismo que se ofreció al pie de la cruz.

IV. *Confirmación histórica.* **1216**

A. La historia de los cristianos a través de los siglos nos deja entrever esta relación de la Eucaristía con María.
B. Cuando los apóstoles se reunían en las casas para partir

el pan, con ellos estaría, sin duda, María, lo mismo que estaba cuando iban a rezar al templo.

C. Muchas imágenes antiguas de la Virgen se presentan con un hueco en su pecho destinado a conservar la Eucaristía, o bien, teniendo en sus manos una copa donde se guardaba. O también presidiendo el lugar de reserva de la Eucaristía. De aquí el nombre de la Virgen del Sagrario.

D. El pueblo cristiano en sus costumbres ha unido estas dos realidades cuando canta: «Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la Virgen concebida sin pecado original», o cuando reza: «Sea por siempre bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar y la pura y limpia concepción de María Santísima...»

1217 V. *Por la Eucaristía a María, y por María a la Eucaristía.*

A. El mejor medio, sin duda, de honrar y tributar homenaje a la Virgen será nuestra devoción eucarística; porque no hay cosa tan grata al corazón de la Madre como el unirnos con su Hijo natural. De aquí que el verdadero devoto de la Virgen debe frecuentar la misa, la comunión, las visitas al sagrario.

B. Ningún medio tan excelente para prepararnos a sacar fruto de la Eucaristía como el acudir a ella por medio de la Santísima Virgen (cf. SAN BUENAVENTURA, sec.4.ª).

10

La Eucaristía y la fortaleza

1218 I. *La fortaleza, virtud cristiana necesaria.*

A. La práctica de la virtud y el cumplimiento de los mandamientos está dificultado por nuestros enemigos mundo, demonio y carne. San Pablo da por supuesta la lucha: «No contra la carne ni la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra el espíritu malo del aire» (Eph. 6,12).

B. Para vencer estos obstáculos tenemos la virtud de la fortaleza, porque, según Santo Tomás, «lo que impide a la voluntad humana seguir la recta razón es el ser apartada de lo que se presenta conforme a la recta razón a causa de alguna dificultad que en ello encuentra. Ahora bien; para quitar este impedimento o dificultad se requiers la fortaleza del espíritu por el que resista a semejantee

dificultades como el hombre supera y repele por la fortaleza corporal los obstáculos corporales» (cf. «Sum. Theol.» 2-2 q.123 a.1 c).

II. *Fuertes en la fe.* 1219

A. La teología de la fortaleza se halla contenida en las palabras del Señor: «Cuando un fuerte bien armado guarda su palacio, seguros están sus bienes; pero si llega uno más fuerte que él, vencerá y quitará las armas en que confiaba y repartirá sus despojos» (Lc. 11,21).

B. Nosotros con nuestras fuerzas naturales solamente perderemos la batalla, porque el demonio es más poderoso como ángel, aun cuando sea ángel malo.

a) *Necesitamos al más fuerte y participar mediante la unión de su omnipotencia.*

b) *Así podremos exclamar con el apóstol San Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta»* (Phil. 4,13). *«Confortaos en el Señor y en la fuerza de su poder»* (Eph. 6,10).

III. *La Eucaristía da fortaleza.* 1220

A. Porque nos pone en contacto real con Cristo. Mediante ella, pues, participamos del poder de Cristo.

B. La Eucaristía, además, fortalece y robustece la vida interior y lo mismo que el hombre desarrollado es más fuerte que el niño, así quien comulga es más fuerte que el que no lo hace. Por eso en el himno eucarístico se dice: «O salutaris hostia da robur...»

C. Y el Catecismo Romano: «El manjar de la sagrada Eucaristía no solamente sustenta al alma, sino que le añade fuerzas y tiene virtud para librarnos de las tentaciones.»

IV. *La fortaleza de los primeros cristianos.* 1221

A. Los primitivos cristianos necesitaban ser fuertes para vencer obstáculos que venían del exterior y superar amenazas y sufrimientos de muerte.

B. Las sacaban de la Eucaristía como se ve por el siguiente texto de San Cipriano: «Y la comunión hemos de darla no a los que mueren, sino a los vivos. No debemos dejar inermes y desnudos a los que incitamos y exhortamos al combate. Los debemos defender con la protección de la sangre y del cuerpo de Cristo. Y puesto que éste es el fin de la Eucaristía, el de ser protección de los que la reciben, armemos con la defensa de la saciedad del Señor a los que queremos que estén seguros contra el enemigo. Porque ¿cómo les vamos a enseñar o les vamos a incitar a derramar su sangre en la confesión del nombre (de

Cristo) si a ellos, que van a luchar, les negamos la sangre de Cristo? O ¿cómo les haremos idóneos para el cáliz del martirio si no les admitimos primero a beber en la Iglesia el cáliz del Señor por el derecho de la comunión?» (cf. SOLANO, S. I., «Textos eucarísticos primitivos»: BAC, t.I p.146-147).

1222 V. *Fortaleza en nuestros días.*

A. Hoy como nunca la Iglesia necesita hombres fuertes, jóvenes, capaces de superar todos los obstáculos que el ambiente, la sensualidad y el respeto humano pueden presentar.

B. En el discurso a las Congregaciones Marianas Pío XII pedía «hombres, verdaderos hombres..., y jóvenes que, siempre derechos, tiendan al ideal de una vida de pureza».

C. De aquí el anhelo del mismo Papa de ver alrededor de los altares a las comunidades cristianas. «En la presente coyuntura, grave por muchos títulos, exhortamos a la juventud, a las familias, a las parroquias, a los institutos religiosos y a los movimientos de Acción Católica a meditar ante la hostia santa sobre el deber, más imperioso que nunca, de instaurar todo en Cristo. Sobre los altares de vuestras ciudades y aldeas, Cristo está presente como manantial de salvación, fuente de gracias, fermento de nuestra unidad y de nuestra paz. Id a El; vivid su vida; fundad sobre El la obra de vuestra santificación y el aliento de vuestro apostolado; cimentad sobre El la ciudad cristiana: «No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el cual debemos salvarnos» (Act. 4,12)» (Pío XII, «Mensaje al XVI Congreso Eucarístico de Francia», 25 de junio de 1956).

11

La Eucaristía y el Espíritu Santo

1223 I. *Pentecostés y Corpus Christi.*

A. Dos fiestas que se presentan casi unidas, la del Espíritu Santo y la de la Eucaristía.

B. Entre ambas existe estrecha relación, aun cuando no haya sido ésta la causa de la proximidad de ambas fiestas.

II. *Triple relación del Espíritu Santo y la Eucaristía. Según los tres aspectos.* 1224

A. Misa. La epiclesis antigua, aún conservada en las liturgias orientales, cuyo recuerdo en la nuestra puede ser la invocación «Veni Sanctificator», pide que baje el Espíritu Santo sobre el altar. Lo mismo que vino sobre la Virgen para obrar en ella la encarnación del Verbo, así se suplica que descienda sobre el altar para operar la transubstanciación.

B. La comunión. Nos da a Cristo, Hijo de Dios. Al volcar en nuestras almas las torrenteras de vida sobrenatural, se derrama una mayor efusión del Espíritu Santo; en el bautismo se nos da el Espíritu Santo. «La caridad de Dios es derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos da» (Rom. 5,5). Al aumentar la vida sobrenatural por la Eucaristía recibimos mayor efusión del mismo Espíritu.

C. La visita: ¿Quién pondrá la palabra justa en nuestros labios? «Nadie puede decir Señor Jesús, si no es en el Espíritu Santo» (1 Cor. 12,3). «El pide en nosotros con gemidos inenarrables» (Rom. 8,26). De aquí la importancia de acudir al Espíritu Santo en nuestras visitas al Señor.

III. *Por el Espíritu Santo a la Eucaristía.* 1225

A. El mejor que nadie puede preparar nuestros corazones.

B. Cuantas veces nos acerquemos a la comunión y a la misa debemos acudir a él, diciendo las palabras de la liturgia de Pentecostés: «Ven, ¡oh Espíritu Santo!, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor». «Lava lo que está manchado; riega lo que está seco; ablanda lo que está duro».

IV. *Por la Eucaristía al Espíritu Santo.* 1226

A. Aprovechándonos del mayor fruto eucarístico se notará mejor la eficacia del Espíritu en nosotros. «Como todo aumento de gracia va acompañado de una mayor efusión del divino Espíritu, es claro que donde tanto aumenta la vida de la gracia debe aumentar proporcionalmente la comunicación del Espíritu vivificador. Este, por otra parte, reside plenamente en la sagrada humanidad de Jesucristo, como en su morada predilecta, donde tiene sus complacencias».

B. Mas allí «espera, sin embargo, consumar la obra de amor, que es unir la Cabeza con los miembros, a Cristo con el cristiano. Comunicando, pues, con el cuerpo y sangre del

Salvador, estrechamos doblemente los lazos que nos unen al Espíritu Santo, puesto que nuestra participación de la Eucaristía realiza todos sus deseos, a la vez que nos une a su divina persona, eternamente fija en la humanidad de Jesús» (cf. P. ARINTERO, «La evolución mística: BAC [1952] p.304).

1227 V. *El gran desconocido.*

A. En la vida cristiana podemos decir del Espíritu Santo que es el gran desconocido. Aprendimos en el catecismo que existe y poco más. No todos los cristianos practican su devoción. La Eucaristía es un excelente medio para promoverla y fomentarla.

B. Cuando el sentimiento de imperfección y pequeñez nos oprima y nos impulse a apartarnos de la Eucaristía, acudamos al Espíritu Santo.

C. En nuestras peticiones después de comulgar no deben faltar las espirituales, y mucho menos esta de vivir durante el día en unión con el Espíritu que mora en nosotros constituyendo su templo y morada.

12

Las visitas al Santísimo

1228 I. *Las visitas al Señor, según el pensamiento de Pío XII.*

A. En la reciente alocución al Congreso Eucarístico de Francia dice: «Juntad a esto siempre la práctica de un culto esclarecido y ferviente para con la divina presencia de Jesús en los tabernáculos de vuestras iglesias. Nada podrá reemplazar en una vida sacerdotal a la plegaria silenciosa y prolongada a los pies del Santísimo Sacramento, y el ejemplo admirable del santo cura de Ars conserva todavía hoy todo su valor. ¿No ha sido, por otra parte, ante el altar, en adoración de Nuestro Señor, donde se han forjado, a lo largo de los siglos, las energías misioneras de los más valerosos apóstoles de vuestra patria?» (cf. Pío XII, «Mensaje al XVI Congreso Eucarístico Nacional de Francia», 25 de junio de 1956).

B. Antes, en la encíclica «Menti nostrae»: «El sacerdote, antes de poner fin a su jornada de trabajo, acérquese al sagrario y allí dedíquese algún tiempo a adorar a Jesús en el sacramento de su amor para reparar la ingratitud de innumerables almas hacia tan gran mis-

terio, para encenderse cada vez más en el amor de Dios y para permanecer, en cierto modo, aun durante el tiempo del descanso nocturno que recuerda al espíritu el silencio de la muerte en la presencia de Jesús» («Menti nostrae», n.43).

C. Aunque ambos textos se refieren a los sacerdotes, son, sin embargo, aplicables a todos los cristianos y ciertamente que por medio de ellos se ve cuánta importancia concede el Papa a la oración callada y silenciosa ante el Santísimo Sacramento.

II. *El sagrario.* 1229

A. La reserva de la Eucaristía en el sagrario es posterior al Evangelio. Nació en la vida de los cristianos como una necesidad a fin de reservar la Eucaristía para los enfermos.

B. El modo de reservar ha sido distinto según los siglos.

a) *Es difícil precisar cómo era al principio. Parece que se encerraba en un cofrecillo y se guardaba en los armarios de las casas particulares donde se celebraba la Eucaristía.*

b) *Más tarde aparece la paloma eucarística, que se suspendía del baldaquino o ciborio.*

c) *Luego el hueco practicado en la pared del presbiterio.*

d) *La forma actual del sagrario, según el Código, tiene que ser artística, de buen material, y debe, además, colocarse en el lugar más excelente y hermoso, en el altar mayor.*

1. Las leyes litúrgicas prescriben el conopeo. De este modo semejan los sagrarios una tienda de campaña y se llaman tabernáculos, porque, a semejanza del de la Antigua Ley, en él vive Dios, sólo que allí en figura; aquí, real, verdadera y sustancialmente.
2. Una lámpara encendida lo indica. Allí está Jesucristo, que es luz que ilumina a todo hombre.

III. *El amigo.* 1230

A. La presencia de Cristo encerrado en el sagrario día y noche debe considerarse como la presencia de un amigo. Le tenemos con nosotros lo mismo que Lázaro, Marta y María.

B. Amigo es el que ama de verdad, no por sí mismo, sino por el amado. Cristo es el amigo por excelencia. En el sagrario está con aquel mismo corazón que derramaba ternura y bondad por doquier. No le vemos; El sí nos contempla. Tampoco le escuchamos; pero El sí.

IV. *El fundamento de la visita.* 1231

A. Precisamente la presencia de Cristo amigo en el sagrario. Cuando se quiere de verdad a un amigo se tienen

delicadezas con él. La visita al Santísimo es la delicadeza con el Amigo.

B. Cada espadaña de nuestras iglesias nos predica que allí está Cristo, que es su casa, como lo fué la de Nazaret. ¿Quién tan duro que no entre? Sin embargo, abundan los cristianos que ni se acuerdan de saludar al Señor. Otros que, recordándolo, no se molestan en entrar. Otros, por fin, que entran de una forma mecánica y rutinaria...

1232 V. *Modo fácil de hacer la visita.*

A. Ninguna oración tan sencilla como ésta. A ella particularmente ha de aplicarse la definición de Santa Teresa: Conversar con el Señor como con un amigo. Una conversación fácil, sencilla, llena de naturalidad y de sinceridad es el mejor modo de hacer con fruto la visita al Señor.

B. Cada uno se presenta tal cual es, y esto, sin duda, le agrada más al Señor, aunque nuestro modo de decir sea más imperfecto que el párrafo literario de nuestros devocionarios. Hablar, contar las penas y alegrías, las preocupaciones, los problemas, etc., a Jesucristo, que tiene sus delicias en vivir con los hombres.

1233 VI. *Las ventajas de la visita al Santísimo.*

A. Por su sencillez es un método recomendable a todos. Lo es mucho más por su eficacia.

a) *Es un medio fácil de adoración y un arma eficaz para transformación de las almas. Persona que persevera en la visita al Santísimo, cambiará de vida sin duda alguna.*

b) *Muy eficaz también para conseguir gracias para el apostolado.*

B. Muchas son las prácticas de devoción hacia el Santísimo Sacramento del Altar: Adoración nocturna, Jueves eucarísticos, etc. Una que debe predicarse mucho es esta de la visita diaria al Amigo, prisionero del sagrario.

EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

(Viernes después de la octava del Corpus)

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

El culto del Sagrado Corazón
El amor de Dios
La encarnación del Verbo, obra del amor

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. PARTES VARIABLES DE LA MISA

1234

Introitus.—Ps. 32,11 et 19: Cogitatione cordis eius in generatione et generationem: ut eruat a morte animas eorum et alat eos in fame. (T. P. Alleluia, alleluia.)—Ps. 3,1: Exsultate, iusti, in Domino: rectos decet collaudatio. Gloria Patri...

Introito.—Los designios de su corazón abarcan a todas las generaciones: para librar de la muerte sus almas y alimentarlas en el hambre. (T. P. Aleluya...)—Ps.: Regocijaos, justos, en el Señor; los rectos deben alabarle. Gloria al Padre...

Oremus.—Deus, qui nobis in corde Filii tui, nostris vulnerato peccatis, infinitos dilectionis thesauros misericorditer largiri dignaris: concede, quaesumus, ut illi devotum pietatis nostrae praestantes obsequium, dignae quoque satisfactionis exhibeamus officium. Per eundem Dominum...

Oremos.—¡Oh Dios!, que en el corazón de tu Hijo, herido por nuestros pecados, te dignas prodigarnos misericordiosamente los infinitos tesoros de tu amor: te pedimos nos concedas que, ofreciéndole el devoto obsequio de nuestra piedad, cumplamos también el deber de condigna reparación. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo...

Grad.—Ps. 24,8-9: Dulcis et rectus Dominus, propter hoc legem dabit delinquentibus in via. Diriget mansuetos in iudicio, docebit mites vias suas.

Grad.—Dulce y recto es el Señor; por eso muestra el camino a los pecadores. Dirige rectamente a los humildes y enseña sus caminos a los mansos.

Alleluia, alleluia.—Mt. 11,29: Tollite iugum meum super vos, et discite a me, quia mitis sum et humilis Corde, et invenietis requiem animabus vestris. Alleluia.

Aleluya, aleluya.—Tomad a cuestas mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Aleluya.

Offert.—Improperium expectavit cor meum et miseriam: et sustinui qui simul mecum contristaretur, et non fuit: consolantem me quaesivi, et non inveni.

Ofert.—Improperio y miseria recibió mi corazón; y esperé quien se condoliese conmigo, y no lo hubo; busqué consolador, y no lo hallé.

Secr.—Respice, quaesumus, Domine, ad ineffabilem cordis dilecti Filii tui caritatem: ut quod offerimus sit tibi munus acceptum, et nostrorum expiatio delictorum. Per eundem...

Secr.—Mira, Señor, te rogamos, la inefable caridad del corazón de tu amado Hijo, para que nuestra ofrenda te sea don aceptable y expiación de nuestros delitos. Por el mismo...

Prefacio.—Vere dignum et iustum est, aequum et salutare nos tibi semper et ubique gratias agere: Domi-

Prefacio.—Digno y justo es, en verdad, debido y saludable, que siempre y en todo lugar te demos gracias, Señor

santo, Padre todopoderoso, Dios eterno. Que quisiste que tu Unigénito, pendiente de la cruz, fuese traspasado con la lanza del soldado, para que su corazón abierto, tesoro de la divina largueza, derramase sobre nosotros torrentes de misericordia y de gracia; y pues jamás cesó de abrasarse en nuestro amor, fuese para las almas piadosas lugar de descanso y refugio salvador abierto a los penitentes.—Y, por tanto, con los ángeles y arcángeles...

ne sancte Pater omnipotens, aeterne Deus: Qui Unigenitum tuum in cruce pendentem, lancea militis transfigi voluisti: ut apertum cor, divinae largitatis sacrarium, torrentes nobis funderet miserationis et gratiae: et quod amore nostri flagrare nunquam destitit, piis esset requies, et poenitentibus pateret salutis refugium.—Et ideo cum angelis et archangelis, cum thronis et dominationibus, cumque omni militia caelestis exercitus hymnum gloriae tuae canimus sine fine dicentes: Sanctus...

Com.—Uno de los soldados le abrió el costado, y al punto salió sangre y agua.

Comm.—Unus militum lancea latus eius aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua.

Poscom.—Infúndannos tus misterios, Señor Jesús, divino fervor, con que, gustada la suavidad de tu dulcísimo corazón, aprendamos a despreciar lo terreno y amar lo celestial. Que vives y reinas...

Postcom.—Praebeant nobis, Domine Iesu, divinum tua sancta fervorem: quo dulcissimi cordis tui suavitate percepta, despicere, et amare caelestia. Qui vivis et regnas...

1235

II. EPISTOLA

(Eph. 3,8-19)

8 A mí, el menor de todos los santos, me fué otorgada esta gracia de anunciar a los gentiles la incalculable riqueza de Cristo.

9 y darles luz acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas,

10 para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la Iglesia a los principados y potestades en los cielos,

11 conforme al plan eterno que El ha realizado en Cristo Jesús, nuestro Señor,

12 en quien tenemos la franca seguridad de acercarnos a El confiadamente por la fe.

13 Por lo cual os pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, pues ellas son vuestra gloria.

14 Por esto yo doblo mis rodillas ante el Padre,

15 de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra

8 Mihi omnium sanctorum minimo data est gratia haec, in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi,

9 et illuminare omnes, quae sit dispensatio sacramenti absconditi a saeculis in Deo, qui omnia creavit:

10 ut innotescat principatibus et potestatibus in caelestibus per Ecclesiam, multiformis sapientia Dei,

11 secundum praefinitionem saeculorum, quam fecit in Christo Iesu Domino nostro:

12 in quo habemus fiduciam, et accessum in confidentia per fidem eius.

13 Propter quod peto ne deficiatis in tribulationibus meis pro vobis: quae est gloria vestra.

14 Huius rei gratia flecto genua mea ad Patrem Domini nostri Iesu Christi,

15 ex quo omnis paternitas in caelis et in terra nominatur,

16 ut det vobis secundum divitias gloriae suae, virtute corroborari per Spiritum eius in interiorem hominem,

17 Christum habitare per fidem in cordibus vestris: in charitate radicati, et fundati,

18 ut possitis comprehendere cum omnibus sanctis quae sit latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profundum:

19 scire etiam supereminentem scientiae charitatem Christi, ut impleamini in omnem plenitudinem Dei.

16 para que, según los ricos tesoros de su gloria, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el nombre interior por su Espíritu,

17 que habite Cristo por la fe en vuestros corazones y, arraigados y fecundados en la caridad,

18 podáis comprender en unión con todos los santos cuál es la anchura, la longura, la altura y la profundidad,

19 y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.

III. EVANGELIO 1236

(Io. 19,31-37)

31 Iudaei ergo, quoniam Parasceve erat) ut non remanerent in cruce corpora sabbato (erat enim magnus dies ille sabbati), rogaverunt Pilatum ut frangerentur eorum crura, et tollerentur.

32 Venerunt ergo milites: et primi quidem fregerunt crura, et alterius, qui crucifixus est cum eo.

33 Ad Iesum autem cum venissent, ut viderunt eum iam mortuum, non fregerunt eius crura,

34 sed unus militum lancea latus eius aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua.

35 Et qui vidit, testimonium perhibuit: et verum est testimonium eius. Et ille scit quia vera dicit: ut et vos credatis.

36 Facta sunt enim haec ut Scriptura impleretur: Os non comminuetis ex eo.

37 Et iterum alia Scriptura dicit: Videbunt in quem transfixerunt.

31 Los judíos, como era el día de la Parasceve, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el día de sábado, rogaron a Pilato que les rompiese las piernas y los quitasen.

32 Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con El;

33 pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas,

34 sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua.

35 El que lo vió da testimonio, y su testimonio es verdadero. El sabe que dice verdad, para que vosotros creáis;

36 porque esto sucedió para que se cumpliese la Escritura: «No romperéis ni uno de sus huesos».

37 Y otra Escritura dice también: «Mirarán al que traspasaron».

IV. ALGUNOS TEXTOS DE LA ESCRITURA RELACIONADOS CON EL CORAZON DE JESUS 1237

(Pueden verse los que insertamos en *La palabra de Cristo* t.2 p.1097-1105, *sobre la caridad* y t.3 p.560-567, *sobre la misericordia.*)

8 Dulcis et rectus Dominus propter hoc legem dabit delinquentibus in via.

9 Diriget mansuetos in iudicio: docebit mites vias suas (Ps. 24,8-9).

8 Bueno y recto es el Señor; por eso señala a los errados el camino.

9 Y guía a los humildes por la justicia y adoctrina a los mansos en sus sendas.

El consejo del Señor permanece por la eternidad; los designios de su corazón por todas las generaciones.

Consilium autem Domini in aeternum manet: cogitationes cordis eius in generatione et generationem (Ps. 32,11).

8 Y me dije: Heme aquí; en el rollo de la Ley se escribió de mí;
9 en hacer tu voluntad, ¡Dios mío!, tengo mi complacencia y dentro de mi corazón está tu Ley.

8 Tunc dixi: Ecce venio. In capite libri scriptum est de me.
9 Ut facerem voluntatem tuam: Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis mei (Ps. 39,8-9).

El oprobio me destroza el corazón y desfallezco; esperé que alguien se compadeciese de mí y no hubo nadie; alguien me consolase y no lo hallé.

Improperium exspectavit cor meum et miseriam. Et sustinui qui simul contristaretur, et non fuit: et qui consolaretur, et non inveni (Ps. 68,21).

8 Es Yahveh piadoso y benigno, tardo a la ira, clementísimo.
9 No está siempre acusando, y no se aíra para siempre.
10 No nos castiga a la medida de nuestros pecados, no nos paga conforme a nuestras iniquidades.

8 Miserator et misericors Dominus: Longanimis et multum misericors.
9 Non in perpetuum irascetur: neque in aeternum comminabitur.
10 Non secundum peccata nostra fecit nobis: neque secundum iniquitates nostras retribuit nobis (Ps. 102,8-10).

Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración y alzarán sus ojos a mí; y a aquel a quien traspasaron le llorarán como se llora al unigénito, y se lamentarán por él como se lamenta por el primogénito.

Et effundam super domum David, et super habitatores Ierusalem spiritum gratiae, et precum; et aspicient ad me quem confixerunt: et plangent eum planctu quasi super unigenitum, et dolebunt super eum, ut doleri solet in morte primogeniti (Zach. 12,10).

Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

Tollite iugum meum super vos, et discite a me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris (Mt. 11,29).

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

A) *Los albores de la devoción* 1238

La fiesta y el culto al Sagrado Corazón de Jesús son relativamente recientes. Sin embargo, los albores de esta devoción alumbraron en el siglo XII, al orientar San Bernardo la piedad mística hacia un culto especial a la humanidad del Salvador. Y aun podríamos afirmar que en la misma tradición patrística se encuentran los primeros rayos, cuando se leen páginas de San Juan Crisóstomo o de San Agustín acerca del costado abierto del Salvador, que manó sangre y agua, y del que brotó la Iglesia y fluyeron los sacramentos.

La devoción específica del Sagrado Corazón se preparó a lo largo de la Edad Media, mediante revelaciones particulares a Santa Lutgarda (1246), Santa Matilde y Santa Gertrudis. Esta mística santa de la comunidad de Helfta fué invitada un día por San Juan a descansar juntamente con él en el corazón del Señor y, al preguntar ella por qué no había revelado al mundo las delicias y el misterio del amor que él había saboreado en la última cena, recibió en contestación que su misión fué únicamente revelar a los hombres la naturaleza divina del Verbo encarnado; pero que el lenguaje amoroso manifestado por los latidos del corazón de Cristo que él percibió serían revelados en los últimos tiempos, en que el mundo, envejecido y resfriado, tendría necesidad de caldearse mediante este místico amor.

En efecto, Gertrudis con su compañera Matilde fueron instrumentos de esta revelación con sus escritos, que tuvieron favorable acogida, particularmente en Alemania. Así, poco a poco, se fueron preparando los ánimos para las trascendentales apariciones en Paray le Monial a Santa Margarita María de Alacoque, quien con la ayuda de su confesor el Beato Claudio de la Colombière y con su ardiente celo consiguió que este culto adquiriese gran desarrollo.

En 1765, Clemente XIII aprobó un oficio en honor del Corazón de Jesús; mas solamente para algunas diócesis. Pío IX en 1856 hizo obligatoria esta fiesta en toda la Iglesia. León XIII en 1899 publicó una encíclica en la que mandaba que todo el mundo fuera consagrado al Corazón de Jesús. Pío XI reformó la liturgia de la fiesta y escribió la *Miserentissimus Redemptor* acerca de las características de esta devoción, y Pío XII ha publicado en el año centenario de la extensión de la fiesta del Corazón de Jesús la *Haurietis aquas*, que contiene la historia, teología y provechos de este culto y devoción.

1239 ## B) Características de la fiesta

Como podrá verse, repasando en la correspondiente sección algunos textos de la *Haurietis aquas*, la característica principal de la fiesta es tributar homenaje a Jesucristo «por su inmenso amor» a los hombres. Esta idea fué manifestada a Santa Margarita cuando el Corazón de Jesús le dijo: «He aquí este corazón que tanto ha amado a los hombres y en correspondencia solamente recibe ingratitudes». Esta misma idea se encuentra constantemente repetida a través de las fórmulas de la misa y oficio, elaborados por una comisión de teólogos bajo la presidencia del propio Pío XI.

En la colecta de dicha misa se expresa la doble finalidad de la fiesta: «Concédenos la gracia de tributarle el homenaje de nuestra devoción, para que así demos la debida satisfacción por nuestras culpas». De aquí que este culto nos lleva insensiblemente a un amor efectivo, de renuncia a lo humano y entrega al que nos amó primero. Por eso dice Pío XII que «no se trata de una forma cualquiera de piedad, que uno puede posponer a otras, o tenerla en menos, sino de una práctica religiosa sumamente apta para conseguir la perfección cristiana», porque «lo más importante no son las prácticas externas de piedad, y que el motivo principal de abrazarla no ha de ser la esperanza de los beneficios que Cristo Nuestro Señor ha prometido en revelaciones, por demás privadas, precisamente para que los hombres cumplan con más fervor los principales deberes de la religión católica; a saber: el deber del amor y el de la expiación, sino que también obtengan, de la mejor manera, su propio provecho espiritual» (cf. *Haurietis aquas*).

1240 ## C) El espíritu que le ha impuesto Pío XII

Debe, pues, el sacerdote trabajar por llevar a los fieles hacia esta devoción. De este modo satisfará los deseos de Pío XII cuando afirma: «A la vista de tantos males que, hoy como nunca, trastornan profundamente a los individuos, las familias, las naciones y el orbe entero..., deseando ardientemente poner una segura barrera contra las impías maquinaciones de los enemigos de Dios y de la Iglesia, como también hacer volver las familias y las naciones al amor de Dios y del prójimo, no dudamos en proponer la devoción al Sagrado Corazón de Jesús como escuela eficacísima de caridad divina; de esa caridad divina sobre la cual se ha de construir el reino de Dios en las almas de los individuos, en la sociedad doméstica y en las naciones, como sabiamente advirtió nuestro mismo predecesor de pía memoria: «El reino de Jesucristo recibe su fuerza y su hermosura de la caridad divina: su fundamento y su síntesis es amar santa y ordenadamente. De lo cual se sigue el cumplir los propios deberes, el no violar los derechos ajenos, el considerar los bienes naturales como inferiores a los sobrenaturales y el anteponer el amor de Dios a todas las cosas».

II. EL CULTO AL SAGRADO CORAZON

A) *Fundamento dogmático e historia*

a) Fundamento dogmático

1. Culto de latría 1241

Nada hay más fácil de demostrar que la santa humanidad de Cristo Nuestro Señor puede y debe ser adorada con culto de latría, esto es, con el que se tributa a Dios.

En efecto, cuando se honra o castiga a una parte del cuerpo humano, lo que se castiga u honra, en definitiva, no es la mentada parte, sino la persona a quien pertenece. Se besa la mano generosa de alguien a quien queremos demostrar nuestro agradecimiento o respeto. Lo besado y honrado de un modo inmediato es la mano, pero ciertamente que el honor va dirigido a la persona que la posee. Del mismo modo cuando honramos las llagas de Cristo Nuestro Señor, es cierto que de un modo inmediato besamos o reverenciamos las llagas, pero lo honrado y reverenciado es la persona, cuyas son esas heridas, persona que no es otra sino la divina del Verbo. Dicho de otra forma, cuando adoramos la santísima humanidad de Cristo, o una cualquiera de sus partes, la adoramos tal cual es, a saber, unida y dependiente de la persona divina y tributándoles el honor que la tal persona se merece.

En términos teológicos suele decirse que el *objeto total* de nuestra adoración es la persona de Cristo, y que su humanidad constituye el *objeto parcial*. Adoramos, pues, la persona de Cristo, pero esta persona puede ser considerada bajo uno u otro punto de vista, en una u otra de sus acciones, y por ello, sin olvidar nunca que esta persona es divina, podemos adorarla en cuanto a su humanidad, o en cualquiera de sus misterios, como el nacimiento, muerte, ascensión, etc., lo cual ha motivado las diversas fiestas litúrgicas.

Ahora bien, uno de los rasgos salientes, por no decir el más saliente y emotivo de la personalidad de Cristo, es su amor, el amor que le obligó a morir por nosotros. Si, pues, adoramos y celebramos cada una de las fiestas y acciones que fueron efectos de ese amor, ¿por qué no honrar al amor mismo? Pero sabiendo bien que honremos el amor de Dios o el del hombre, siempre serán amores de Cristo, persona divina.

2. Corazón físico, símbolo del amor 1242

Siguiendo una ley de la naturaleza humana, que la religión y la liturgia no sólo no han contrariado, sino que han sabido utilizar, este amor de Jesucristo, para convertirse en objeto de culto, debiera encontrar una manifestación sensible. «El imaginarse que los objetos sensibles no nos son necesarios para acercarnos a Dios por medio del conocimiento y del amor, equivale a olvidar que somos hombres» (cf. Santo Tomás, *Summa contra gent.* l.3 c.119).

Y ¿qué objeto mejor para simbolizar el amor de Cristo que su corazón? Prescindiendo de toda disquisición científica, el lenguaje popular ha unido siempre el amor y el corazón. Por lo tanto, cuando adoramos al Sagrado

Corazón de Jesús, adoramos su corazón de carne, aquel corazón físico que se quebró en dolores en la cruz, y que recibió la lanzada final. Podíamos adorarlo sin más, puesto que es el corazón de un Dios, que en su personalidad divina tiene también una naturaleza humana; pero en realidad lo adoramos, en cuanto que simboliza el amor de Cristo.

Para el pueblo basta con lo dicho, pero puesto que los teólogos, como buenos intelectualistas, no reposan si antes no dividen y subdividen un poco la cuestión, bueno será que digamos algo sobre sus explicaciones. Hablan ellos de un corazón puramente metafórico, que sería el amor de Jesús, designado bajo el título de corazón, pero sin ninguna conexión real con él. Aun cuando este amor sea adorable, nosotros adoramos verdaderamente el corazón físico y no puramente el amor. Entonces se preguntan que si lo que adoramos es aquel corazón físico, víscera cardíaca, y responden que aun cuando pudiera ser también, pero que en realidad lo que adoramos es precisamente ese corazón, en cuanto que simboliza el amor. Las devociones privadas pueden adorar el corazón físico o el metafórico, pero la devoción oficial de la Iglesia y el culto público aprobado va dirigido a lo que hemos dicho.

Así lo demuestran los documentos en que los papas contestaron a los jansenistas cuando nos acusaban de adorar una víscera. La respuesta hubiera sido fácil si los pontífices hubiesen querido asegurar que no adorábamos el corazón de carne sino el amor de Jesús. Pero, sin embargo, prefirieron asegurar que lo adorado era el mismo corazón, en cuanto unido al Verbo Dios. «El corazón de Jesús, esto es, el corazón de la persona del Verbo, a la que está unido inseparablemente, del mismo modo que fué también adorable el cuerpo de Cristo cuando yacía exangüe en el triduo de su muerte, pero sin que se separara de la divinidad» (cf. Pío VI: DB 1563).

Y continúan enseñando desde los primeros momentos que esta devoción «pretende que por medio de la imagen simbólica del corazón meditemos y veneremos la inmensa caridad y amor derramado de nuestro divino Redentor» (cf. Pío VI en su carta de 29 de junio de 1781 a Ricci, obispo de Pistoya; cf. NILLES, *De rationibus festorum Sacr. C. I.* [1885] p.345).

Suelen preguntar también los teólogos si adoramos el corazón divino o el humano de Cristo. La verdad es que no vemos por qué andar dividiendo amores, pero suelen contestar que el humano, porque el corazón no es símbolo del amor de Dios, que no tiene corazón, y porque de serlo habría de simbolizar el amor de las tres divinas personas, ya que el amor de Cristo, en cuanto Dios, es el mismo que el del Padre y del Espíritu Santo. Nos parecen demasiadas sutilezas, sobre todo para una obra de predicación.

1243 3. El fin de la devoción

La misma naturaleza de la devoción y además los documentos eclesiásticos demuestran que el fin primero es despertar el amor de Cristo en los corazones de los fieles, puesto que nada más a propósito para encenderlos en él que la meditación del suyo y de sus tristezas y beneficios...

Además de este fin, otro motivo que movió a los papas y que el mismo Señor indicó a Santa Margarita fué reparar las ofensas inferidas a Jesús, sobre todo en el sacramento de la Eucaristía.

La palabra *reparación*, como todo lo que se refiera a la tristeza actual de Cristo, debe entenderse con un sentido teológico. Cristo no padece, y, por lo tanto, no podemos reparar nada que le sea interno; pero, en cambio, padece el orden debido de las cosas, y ése sí que lo restablecemos, alabándole por los que le blasfeman y maldicen. De Cristo puede decirse que está triste

al modo que lo decimos de Dios, y que le atribuímos la ira, en cuanto que sus acciones exteriores castigando son las que se pondrían en el caso de que sintiese tales pasiones.

Es importantísimo recordar en qué consiste el amor, y por ello entre los textos patrísticos traemos a cuenta algunos de San Agustín. Si Taine desvirtúa la verdad cuando nos acusa de una piedad superficial y lánguida (cf. *Voyage en Italie* [París 1866] t.1 c.8 p.496), hemos de procurar que nuestro amor sea dulce, como el que predica Juan el apóstol, para no merecer tales censuras.

b) Historia de la devoción 1244

La devoción al Sagrado Corazón se propagó rápidamente entre los fieles en cuanto la liturgia la hizo pasar del ámbito privado en que se desenvolvía al oficial. Pero antes de que la Iglesia le diese su aprobación, y aun mucho antes de que el mismo Señor hablase a Santa Margarita, la devoción era conocida y practicada.

Desde los primeros tiempos se habló y reverenció al amor inmenso de Jesucristo, que es lo que constituye el fundamento teológico de la devoción, y poco a poco, a través de los siglos, se fué primero adorando al mismo amor, y después empleando como símbolo el corazón.

Hasta San Bernardo los textos que nos hablan «del corazón» son esporádicos, pero a partir de sus discípulos van presentándose más frecuentemente en la literatura cristiana. En el siglo XIII entra de lleno dentro de la vida mística con San Buenaventura en su *Vitis Mystica* (cf. *Opera omnia*, ed. de Quaracchi, t.8 opusc.10) y las religiosas Santa Matilde y Santa Gertrudis, que la formulan precisamente.

En el siglo XVI atraviesa las fronteras de la mística a la ascética, y Luis de Blois, Lansperg y el Beato Avila no sólo la predican, sino que le dan forma en determinadas prácticas y ejercicios. En el siglo XVII la devoción es corriente y aparece atestiguada hasta en los libros en que menos podía esperarse, como los de la jansenista Angélica Arnaud. San Juan Eúdes la va introduciendo en la liturgia.

Los protestantes y jansenistas se esforzaron desde el principio en presentar al P. La Colombière (discípulo, según ellos, de un puritano inglés) como causante de un estado de sugestión en Santa Margarita y a los dos como autores y propagadores de la devoción al Sagrado Corazón. 1245

Ni que decir tiene que las apariciones de Paray y el impulso que el mismo Señor quiso dar acompañando con su gracia la predicación sirvieron de mucho para extenderla, pero, sin embargo, acabamos de ver que antes de estos hechos existía ya, y que incluso su aparición en la liturgia se debe a San Juan Eúdes. Más aún. La apertura del proceso y el estudio de las revelaciones de Paray tuvieron lugar medio siglo después de la aprobación del culto al Sagrado Corazón, por medio de un decreto fechado en 1765 y que prescinde por completo de toda revelación previa. En cuanto al influjo del P. La Colombière sobre Santa Margarita, la cronología fuerza a admitir que fué la Santa la que influyó sobre el jesuíta, toda vez que éste llegó a París en febrero de 1675 y las apariciones ocurrieron desde 1673 hasta el 21 de junio de 1675.

Antes de que Roma decidiese nada, fueron los obispos quienes aprobaron aquí y allá el culto del Sagrado Corazón, erigieron capillas y hermandades e incluso instituyeron la fiesta con misa propia. Pero desde la segunda mitad del XVII Roma multiplica la concesión de indulgencias y privilegios, hasta que en 1765, y a petición de los reyes y el episcopado de Polonia, que repetía

gestiones anteriores, concede oficio y misa propias, afirmando que no hace sino cooperar a la extensión de un culto ya próspero.

Por esta época los jansenistas y sus amigos de Pistoya declararon guerra decidida a la devoción, que llamaban nueva, y la acusaron de fetichismo, cardiolatría, materialismo, etc. Gracias a ellos tenemos numerosos documentos pontificios, y muy especialmente de Pío VI, que explican la devoción al Sagrado Corazón en la forma en que la hemos expuesto.

1246 Uno de los lugares comunes contra la devoción es la supuesta animadversión que tenía contra ella el cardenal Próspero Lambertini, después Benedicto XIV. Aun prescindiendo de la poca importancia que pudiera tener la opinión personal de un cardenal, que llegado al solio pontificio no obra conforme a sus ideas anteriores, sino que firma 419 breves de aprobación de otras tantas cofradías dedicadas al culto del Sagrado Corazón, e incluso remite él mismo lo que hoy llamamos «detentes» a la reina María Leczinska (cf. NICOLLET, *Le parfait adorateur de S. C. de J.* (París 1761) p.74); la verdad es que el tan repetido argumento se basa en el informe que presentó como promotor de la fe (abogado del diablo), aduciendo de oficio las dificultades que podían oponerse a la petición de que fuera instituída una fiesta con misa propia, presentado a la Congregación de Ritos por el P. Gallifeet en 1726. Era su obligación, sintiera o no sintiera lo que decía.

B) Culto social del Sagrado Corazón

1247 ### a) CARÁCTER PÚBLICO

Desde el principio, y por voluntad del mismo Señor, según las revelaciones de Santa Margarita, el culto al Sagrado Corazón revistió una forma social. A ésta le pidió un triple homenaje nacional, a saber, la construcción de un templo, la consagración del país y la colocación de su emblema en la bandera. El pueblo ha acudido preferentemente al Corazón de Jesús en épocas de catástrofes públicas, y bien presente tenemos el ejemplo de Francia. Por otra parte, esta devoción nace en los tiempos en que la apostasía comienza a ser colectiva, y es muy lógico que se pretenda acudir colectivamente al amor de Cristo por su pueblo para que la impida. En el campo político y económico el egoísmo causa los grandes males de la época, y el amor desinteresado de Cristo es el mejor remedio.

Este carácter público y social de la devoción movió en Francia grandes ataques contra ella por parte de las fuerzas irreligiosas, que se apoyaban en el uso, más o menos interesado, políticamente hablando, de personas de buena fe. Es un fenómeno que se da en todas las épocas de lucha religiosa, y que nosotros hemos vivido con la fiesta y grito de Cristo Rey. La Jerarquía habló muy claro, y declaró el carácter puramente espiritual y ajeno de la devoción, y del templo erigido por voto nacional.

1248 ### b) LA PROMESA DE LOS PRIMEROS VIERNES

Las palabras con que fué hecha a «su indigna esclava, si es que ella misma no se engaña, fueron: «Yo te prometo en la excesiva misericordia de mi corazón que mi amor todopoderoso concederá a todos cuantos comulgaren nueve primeros viernes de mes seguidos la gracia de la penitencia final, que no mueran en su desgracia ni sin recibir los sacramentos, convirtiéndose

en su asilo seguro en aquellos últimos momentos» (cf. HAMON, *Vie de la B. Marguerite M.* [París 1907] p.452).

La promesa figura, entre los escritos aprobados por la Congregación de Ritos, en los trabajos preparatorios para la beatificación de Santa Margarita, y que fué estudiada con todo detenimiento lo demuestran los numerosos rasgos de lápiz que subrayan una y otra palabra.

Mucho se ha hablado y escrito contra tal promesa, acusándola de superstición. En cuanto a fijar el número de nueve, es muy fácil advertir que la misma Iglesia hace algo parecido cuando señala los días en que ha de comulgarse para cumplir con el precepto pascual. Conocemos muy de sobra nuestra indolencia y cómo para sacarnos de ella es necesario determinar fechas y días.

La principal dificultad la mueven quienes aseguran que esta promesa incluye una garantía de impunidad para los malvados. No es así, ni mucho menos, desde el momento en que las nueve comuniones deben ser comuniones santas, y, por lo tanto, acompañadas de buenos propósitos. En cuanto a la interpretación de la promesa, es muy distinta en diferentes autores, todos ellos de nota. Según Le Bachelet (cf. *Etudes*, 5 de agosto de 1901, p.385), el Señor no prescinde de la condición necesaria para salvarse, que es la de vivir cumpliendo los mandamientos. El que los infrinja ha perdido el *derecho* a recibir la ayuda divina en aquellos momentos, y sólo conserva la *esperanza* de que el Señor será más generosamente misericordioso con quien tuvo el derecho concedido por su promesa. En cambio, el P. Vermeersch (cf. *La grande promesse*, París 1903) afirma que la gracia es tan capaz de triunfar de la flaqueza humana como de la obstinación, y sobre todo de la presunción que pudiera producir haber cumplido con la condición exigida de las nueve comuniones. Esta gracia será abundante y eficaz en la hora de la muerte.

En cuanto a nosotros, nos parece que la interpretación primera es harto restrictiva y que de ser cierta la promesa no hubiera revestido los caracteres de excepcional y excesiva con que el mismo Corazón de Jesús la anuncia.

La práctica ha demostrado que nadie abusa del privilegio conseguido, o cual, por otra parte, sería un absurdo teológico, ya que si nadie puede estar seguro de que vive en estado de gracia (cf. Concilio de Trento: D 826), ¿cómo podrá estarlo de que aquellas sus nueve comuniones fueron perfectas? De ahí que los devotos las repitan continuamente.

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN AGUSTIN

Fiesta del amor

(Cf. *Serm.* 130: BAC, *Sermones* p.369 ss.)

1249 **A) *Cristo encarnado***

Volvamos al Hacedor de estas cosas. El es *el pan que bajó del cielo* (Io. 6,41); un pan, sin embargo, que repara sin mengua; se le puede sumir, no se le puede consumir. Este pan estaba figurado en el maná; de donde se dijo: *Dióles pan del cielo; comió el hombre el pan de los ángeles* (Ps. 77,24-25). ¿Quién sin Cristo es el pan del cielo? Mas para que comiera el hombre el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles hízose hombre. Si no se hubiera hecho esto, no tendríamos su carne; y si no tuviéramos su carne, no comeríamos el pan del altar. Y pues se nos ha dado una prenda tan valiosa, corramos a tomar posesión de nuestra herencia. Suspiremos, hermanos míos, por vivir con Cristo, pues tenemos en prenda su muerte. ¿Cómo no ha de darnos sus bienes quien ha sufrido nuestros males? En este país, en este siglo perverso, ¿qué abunda, sino el nacer, trabajar, padecer y morir? Examinad las cosas humanas y desmentidme si miento. Ved si los hombres están aquí para otro fin que nacer, padecer y morir. Tales son los productos de nuestro país; eso es lo que abunda. A proveerse de tales mercancías bajó del cielo el divino Mercader, y porque todo mercader da y recibe, da lo que tiene y recibe lo que no tiene, da el dinero de la compra y recibe lo comprado, también Cristo dió y recibió. Pero ¿qué recibió? Lo que abunda entre nosotros: *nacer, padecer y morir.* Y ¿qué dió? *Renacer y resucitar y para siempre reinar.* ¡Oh Mercader bueno, cómpranos! Mas ¿qué digo *cómpranos,* si más bien debemos darle gracias por habernos comprado? Y ¡a qué precio! Al precio de esa tu sangre que bebemos... Sí, nos das el precio... El evangelio que leemos es el acta de adquisición. Siervos tuyos somos, criaturas somos tuyas, porque nos hiciste y nos redimiste. Un esclavo puede comprarle cualquiera; lo que no puede es crearle; el Señor, en cambio, creó y redimió a sus siervos. Por la creación les dió la existencia; por la redención les dió la independencia. Habíamos venido a ma-

nos del príncipe de este siglo, el seductor y esclavizador de Adán, principio y origen de nuestra esclavitud; pero vino el Redentor y fué vencido el seductor. Y ¿qué le hizo el Redentor al esclavizador? Para rescatarnos hizo de la cruz un lazo, donde puso de cebo su sangre; sangre que pudo el enemigo verter y no mereció beber. Y porque derramó la sangre de quien nada le debía, fué obligado a devolver lo que debía; por haber derramado la sangre del Inocente, se le obligó a desprenderse de los culpables. El Salvador, en efecto, derramó su sangre por borrar nuestros pecados, y así quedó borrada por la sangre del Redentor la carta de obligación que al diablo nos sujetaba. Porque no estábamos sujetos a él sino por los vínculos de nuestros pecados. Ellos eran las cadenas de nuestra cautividad. Y vino El y encadenó al fuerte con su pasión, y entró a su casa, es decir, a los corazones donde moraba, *y le arrebató sus vasos* (Mt. 12, 29). Habíalos él llenado de su amargura, y aun se la dió a beber a nuestro Redentor con la hiel; pero, al arrebatarle los vasos que había—el diablo—llenado y hacérselos propios, nuestro Señor vertió la amargura y los llenó de dulzura».

B) Amabilidad de Cristo 1250

«Amémosle, porque es dulce. *Gustad y ved cuán dulce es el Señor* (Ps. 33,9). Se le ha de temer; pero se le ha de amar todavía más. Es hombre y Dios: un solo Cristo, Dios y hombre a la vez; y como es hombre es un alma y un cuerpo, pero no dos personas. En Cristo hay, ciertamente, dos substancias: Dios y hombre; mas personas sólo una; y así, no obstante la encarnación, es Dios una trinidad, no una *cuaternidad*. ¿Es posible, de consiguiente, no se apiade Dios de nosotros, cuando se hizo por nosotros hombre: tanto hizo—por nosotros—que aún asombra más que sus promesas, y sus obras deben movernos a creer en lo que prometió. A malas penas creyéramos lo que hizo de no haberlo visto. ¿Dónde lo vimos? En los pueblos que tienen su ley, en las muchedumbres que le siguen. Se ha realizado así la promesa que hizo a Abraham cuando se le dijo: *En tu descendencia serán benditas todas las gentes* (Gen. 12,3). De poner los ojos en sí mismo, ¿cuándo lo hubiera creído? Era un hombre, y solo, y viejo, y estéril su mujer, y de tan avanzada edad que, aun sin el defecto de la esterilidad, la concepción fuera imposible. No existía base alguna en absoluto donde apoyar la esperanza; mirando, empero, a quien hacía la promesa, lo creía, aun sin llevar camino. He ahí, pues, cumplido ante nosotros lo que fué objeto de su fe; creemos en consecuencia lo que no vemos por lo que viendo estamos. Engendró a Isaac: no lo hemos visto; Isaac engendró a Jacob, lo que tampoco vimos; éste engendró a doce hijos, que no hemos visto tampoco, y sus doce hijos engendraron al pueblo de Israel, que ahora estamos viendo. Pues que ya empecé a decir lo que estamos viendo, prosigo... Del pueblo de Israel nació la Vir-

gen María, que dió a luz a Cristo, y a los ojos está cómo en Cristo son benditas las naciones todas. ¿Hay algo más verdadero? ¿Hay algo más cierto? ¿Hay algo más palmario? Vosotros, que conmigo salisteis de la gentilidad, desead conmigo la vida futura. Si ya en este siglo cumplió Dios lo que había prometido hacer en la *descendencia* de Abraham, ¿cómo no ha de cumplir sus promesas eternas a los que hizo de la descendencia de Abraham? El Apóstol lo dice: *Si vosotros sois cristianos, luego sois descendientes de Abraham* (Gal. 3, 29). Son palabras del Apóstol».

C) *Las realizaciones de Cristo*

1251 a) ERAMOS NADA; YA SOMOS ALGO

«Gran cosa hemos empezado a ser; nadie lo tenga en poco. Eramos nada, ya somos algo. Nosotros hemos dicho al Señor: *Acuérdate de que somos polvo* (Ps. 102,14); mas del polvo hizo al hombre; a este polvo le dió la vida, y en la persona de Cristo nuestro Señor elevó este polvo a los reinos celestiales. De aquí, en efecto, quien hizo la tierra y el cielo. Supongamos, pues, que se nos habla hoy por vez primera de dos cosas no realizadas aún, y se nos pregunta qué cosa es más de asombrar: que Dios se haya hecho hombre o que el hombre se haga Dios. ¿Cuál es mayor maravilla? ¿Cuál más difícil? ¿Qué nos ha prometido Cristo? Lo que aún no hemos visto: ser hombres suyos, reinar con él y no morir por siempre jamás. Cosa recia se nos hace creer que un hombre, salido de la nada, arribe a la vida inmortal. Y, sin embargo, esto es lo que nosotros creemos cuando se ha sacudido del corazón el polvo del mundo, que ciega los ojos de la fe. Esto se nos manda creer: que después de la muerte iremos con estos cuerpos, víctimas de la muerte, a la vida donde no se muere. Admirable cosa, por cierto; todavía, no obstante, lo supera el morir Dios una vez. Entre recibir la vida los hombres de la mano de Dios y recibir Dios la muerte de mano de los hombres, ¿no parece más increíble lo último? Luego si esto es un hecho, creamos lo que ha de serlo. ¿No habrá Dios de darnos lo más creíble, si se realizó lo más increíble? Dios puede hacer ángeles a los hombres, pues hace a los hombres de una semilla terrena y horrible. ¿Qué seremos? Angeles. ¿Qué fuimos? Vergüenza da recordarlo; pero fuerza es pensarlo, aunque me ruborizo de mentarlo. ¿Qué fuimos? ¿De dónde hizo Dios a los hombres? ¿Qué fuimos antes de ser totalmente? Nada. Y cuando estábamos en el seno materno, ¿qué cosa éramos? Imaginárselo basta. Echad del entendimiento la materia de donde salisteis y traedle a lo que sois ahora. Vivís, pero también viven las hierbas y los árboles; sentís, mas también sienten los animales. Sois hombres, y en esto hacéis a los animales ventaja; y sois de orden superior a los animales, porque tenéis noción de los grandes bienes que Dios nos hizo.

Vivís, sentís, entendéis, sois hombres. ¿Qué otro beneficio puede compararse a éste? El de ser cristiano. Si este don no hubiéramos recibido, ¿de qué provecho nos fuera el ser hombres? Somos cristianos, pues; pertenecemos a Cristo. Allá el mundo se encrespe contra nosotros; no podrá doblegarnos, porque pertenecemos a Cristo. Y si nos acaricia, no podrá seducirnos. ¡Pertenecemos a Cristo!»

b) Gran protector hemos hallado 1252

«Gran protector hemos hallado, hermanos. Vosotros sabéis cuán anchos se ponen los hombres con sus protectores. Amenázase al privado de un poderoso y responde: «Viva fulano de tal, mi señor, y nada podrás hacerme». Cuánto más alto y con más razón podemos nosotros decir: «Viva nuestra Cabeza, y nada podrás hacerme». Porque nuestro protector es nuestra Cabeza. Por otra parte, quien se apoya sobre un protector cualquiera, cliente suyo es; nosotros no somos sino miembros de nuestro protector. Apoyados en él, nadie podrá separarnos, sean cualesquiera los males que nos sobrevengan en este mundo, porque todo lo que pasa es nada, y por el camino de los males llegaremos a los bienes que no pasan. Y, en llegando que lleguemos, ¿quién será poderoso a echarnos de allí? Se cerrarán las puertas de Jerusalén, se pasarán los cerrojos y a los moradores de la celestial ciudad se les dirá: *Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba, Sión, a tu Dios, porque redobló los cerrojos de tus puertas, bendijo a tus hijos dentro de ti y dió la paz a tu territorio* (Ps. 147,12-14). Cerradas las puertas y echados los cerrojos, ni sale amigo ni entra enemigo... Y entonces gozaremos de la verdadera y firme seguridad, si aquí no desertamos de la verdad».

D) El verdadero amor

El Papa, en su última encíclica sobre el Corazón de Jesús, parece pensar en ciertas desviaciones religiosas que menosprecian la devoción del Corazón de Jesús, como si el amor fuera algo sensiblero. Véase lo que es el verdadero amor (cf. *Serm.* 2 *in Io.*).

a) Dos amores 1253

«Mas ¿cómo podemos amar a Dios, si amamos al mundo? El amor del mundo nos separa de la caridad de Dios. Dos amores hay: el amor de Dios y el amor del mundo. Si el amor del mundo habita en nosotros, no tiene por dónde entrar el amor de Dios. Retírese el amor del mundo y habite el amor de Dios. El amor mejor ocupe el lugar. Si amabas antes al mundo, no quieras ya amar al mundo. Cuando hubieres vaciado tu corazón de amor terreno, le podrás llenar de amor divino, y sólo entonces empieza a habitar en ti la caridad, de la que ningún mal puede proceder.»

«Escuchad, pues, las palabras del que limpia. Acaba el Señor de encontrar, como un campo, los corazones de los hombres. ¿Y cómo los encuentra? Si los encuentra como bosque, lo tala; si como campo limpio, lo planta. Quiere plantar allí un árbol, la caridad. ¿Y qué bosque hay que talar? El amor del mundo. Oye ahora cómo se tala el bosque: *No améis al mundo*—así sigue efectivamente—*ni lo que hay en el mundo. Si alguno amare al mundo, el amor del Padre no está con él* (1 Io. 2,15). Ya lo habéis oído: *Si alguno amare al mundo, el amor del Padre no está con él.* Y que nadie diga para sus adentros que esto es falso. Hermanos, Dios es quien lo dice; el Espíritu Santo ha hablado por boca del Apóstol; no hay sentencia más verdadera que ésta: *Si alguno amare al mundo, el amor del Padre no está en él*».

1254 b) No amemos al mundo

«¿Quieres tener el amor del Padre a fin de ser coheredero con el Hijo? No ames al mundo. Despide de ti el amor malo del mundo a fin de llenarte del amor de Dios. Vaso eres, pero aún está lleno. Derrama lo que tienes para recibir lo que no tienes. Cierto que nuestros hermanos han renacido ya por el agua y el Espíritu Santo y nosotros también renacimos hace unos años por la misma agua y el mismo Espíritu. Bien será, pues, que amemos al mundo, no sea que quede en nosotros la señal del Sacramento para nuestra condenación y no su firmeza para nuestra salvación. Firmeza de nuestra salvación es tener la raíz de la caridad, tener la virtud de la piedad y no meramente su forma. Buena es la forma, santa es la forma; mas ¿de qué sirve la forma si no mantiene la raíz? ¿No se arroja al fuego el sarmiento cortado? Ten la forma, pero en la raíz. Ahora bien, ¿cómo arraigamos de modo que no os arranquéis? Asiéndoos a la caridad, como dice el apóstol Pablo: *Arraigados y cimentados en la caridad* (Eph. 3,17). Mas ¿cómo podrá arraigarse allí la caridad entre tanta maleza? Extirpad la maleza. Preciosa semilla vais a arrojar. Mirad que no haya en el campo nada que pueda ahogarla. Estas son las palabras que llamé taladoras: *No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno amare al mundo, el amor del Padre no está en él*».

1255 c) Lo eterno y lo temporal

«... Mas ¿por qué no he de amar lo que Dios hizo? ¿Qué prefieres: amar lo temporal y pasar con el tiempo, o no amar al mundo y vivir eternamente con Dios? Te arrastra el río de lo tamporal; mas nuestro Señor Jesucristo nació como un árbol junto a ese río. Tomó carne, murió, resucitó, subió a los cielos. Quiso, como si dijéramos, plantarse a sí mismo junto a la corriente de los tiempos. Si tú eres arrebatado a lo profundo, agárrate al tronco. Si te arrastra el amor del mundo, abrázate a Cristo. Por ti se hizo temporal,

para que tú llegues a ser eterno, puesto que también El de tal manera se hizo temporal que siguió siendo eterno. Acreciósele algo del tiempo, pero nada perdió de la eternidad. Tú, en cambio, naciste inmortal y por el pecado te hiciste temporal. Tú te hiciste temporal por el pecado y El se hizo temporal para perdonarte misericordiosamente tus pecados.

¡Cuánta diferencia va entre dos que están en la cárcel, uno que es reo y otro que le visita! Pues sucede a las veces que un hombre visita a su amigo preso y entra a visitarle en la cárcel y ambos parece que están en la cárcel. Sin embargo, gran distancia, gran diferencia va del uno al otro. Al uno le oprime su crimen; al otro le llevó allí su humanidad. Pues de la misma manera en esta cárcel de nuestra mortalidad nosotros éramos reos. El descendió por su misericordia. Entró al cautivo como redentor, no como opresor. El Señor derramó por nosotros su sangre, nos redimió y cambió nuestra esperanza. Cierto que todavía arrastramos la mortalidad de la carne y estamos esperando la inmortalidad futura. Cierto que fluctuamos aún entre las ondas del mar, pero ya tenemos fija en tierra el áncora de nuestra esperanza. No amemos, pues, al mundo ni lo que hay en el mundo, porque cuanto en el mundo hay es deseo de la carne y deseo de los ojos y ambición del siglo».

d) El mundo 1256

«Esas tres cosas son las que hay en el mundo, no sea que alguna diga: «Lo que hay en el mundo Dios lo hizo», a saber, el cielo, la tierra, el mar, el sol, la luna, las estrellas, los ornamentos todos de los cielos. ¿Cuáles son los adornos del mar? Todos los peces. ¿Cuáles los de la tierra? Los animales, los árboles, las aves... ¿Por qué, pues, no he de amar lo que Dios hizo?» ¡Que el espíritu de Dios te asista para que veas que todas esas cosas buenas son! Mas ¡ay de ti si amas lo criado y abandonas al Creador! Hermosas son para ti; mas ¿cuánto más hermoso no será el que las formó todas? Atienda vuestra caridad, pues por medio de semejanzas podéis instruiros, no sea que os deslice Satanás y os sople como suele: «¡Gozad en hora buena de las criaturas de Dios! ¿A qué fin las hizo sino para que gocéis de ellas?» Y luego se embriagan y se pierden y se olvidan de su Creador. Al no usar templadamente, sino con codicia, de las criaturas, se desprecia al Creador. De los tales dice el Apóstol: *Honraron y sirvieron a la criatura más bien que al Creador, que es bendecido por los siglos* (Rom. 1,25). No te prohibe Dios que ames esas cosas, sino que las ames poniendo en ellas tu bienaventuranza. Bien que las tengas por buenas y alabes, mas para amar al Creador».

1257 e) UNA COMPARACIÓN

«Una comparación, hermanos. Si un esposo manda fabricar un anillo para su esposa y ésta lo recibe y ama más al anillo que al esposo que se lo regaló, ¿no es cierto que en el don mismo del esposo se muestra adúltera el alma, por más que ame lo que el esposo le regaló? Cierto que ama lo que le dió el esposo. Sin embargo, ¿qué tal esposa dijéramos que era la que se dijera: «Bástame con el anillo. No quiero ver ya la cara de mi esposo?» ¿Quién no detestaría semejante locura? ¿Quién no tendría un ánimo así por adúltero? ¡Amas el oro en vez de tu marido! ¡Amas el anillo en lugar de tu esposo! ¿Luego es que te dió el arra, no con el fin de ganarte la voluntad, sino de enajenársela? Mas lo cierto es que el esposo da el arra para que en su arra sea él mismo amado. En conclusión, Dios fué quien te dió todas esas cosas. Más es que todo eso lo que El te quiere dar. Quiere dársete a sí mismo, que hizo todas las cosas. Mas si pones tu amor en esas cosas, por más que fué Dios quien las hizo y por amar al mundo abandonas al Criador, ¿no será tu amor reputado como adulterino?»

II. SAN BERNARDO

Triple modo de amor a Dios

(Cf. *Sermón* 20 *sobre el Cantar de los Cantares:* BAC, *Obras completas* t.2 p.119 ss; PL 183,867 ss.)

A) Obligación de amar a Cristo

1258 a) MOTIVOS DE ESTE AMOR

«Para que comience este sermón con las palabras del Maestro (San Pablo): *El que no ama al Señor Jesús sea anatema* (1 Cor. 16, 22). Muy obligado estoy a amar a Aquel que es el autor de mi ser, de mi vida y de mi razón y no puedo ser ingrato a tantos favores sin hacerme indigno de ellos. Cierto, es preciso reconocer, Señor Jesús, que quien rehusa vivir para ti es reo de muerte, y en realidad muerto está; que aquel cuyos sentimientos no son conformes a tus máximas celestiales es un insensato, y el que no tiene cuidado de no estar en este mundo sino para ti no pasa de ser nada, pura nada. Porque ¿en qué es el hombre algo sino en cuanto le haces la merced de que te conozca y te ame? (Ps. 143,3). Para ti solo, Dios mío, lo has criado todo, y quien no quiere vivir en el mundo sino para sí y no para ti comienza a ser nada y a no tener ya lugar entre todos los seres. *Teme a Dios y observa sus mandamientos,*

porque esto, dice el Sabio, *es el todo del hombre* (Eccli. 12,13). Si, pues, el todo del hombre en eso consiste, sin eso todo hombre será nada. Dame, Señor, que este poco que te plugo que yo fuera por tu bondad no sea para mí, sino todo para ti. Recibe, te suplico, los despojos de mi miserable vida, y por todos los años que perdí empleándolos en perderme, no deseches un corazón abatido de aflicción y arrepentimiento y traspasado de dolor y pesar. Mis días se han desvanecido como sombra y han transcurrido sin fruto. Imposible recuperarlos; haz siquiera, si te place, que los rumie ante ti con amargura de mi alma. Tú ves mis deseos, tú calas todos los designios de mi corazón. Si yo tuviera alguna sabiduría, bien sabes que no la emplearía sino para ti. Pero, Dios mío, tú conoces perfectamente todos mis extravíos y mi necedad; acaso sea un principio de sabiduría el reconocer que me falta, aunque eso mismo es don de tu gracia. Auméntamela, te ruego; no seré ingrato a esto poco que me des; antes procuraré adquirir lo que me falta. Todos estos beneficios me determinan a amarte con todas mis fuerzas.

b) El motivo mayor 1259

«Pero hay algo que me excita aún más, que me aprieta más, que me urge más a amarte. El cáliz que has bebido, ese brebaje de nuestra redención, hace que seas para mí infinitamente más amable, ¡oh buen Jesús! Esto es lo que acaba de ganarme, esto es lo que atrae mi amor con más dulzura, le exige con más justicia, le estrecha con lazos más fuertes y le abraza con más vehemencia. ¡Cuántos trabajos y fatigas ha soportado mi Salvador por rescatarme! Toda la inmensa fábrica del mundo no le ha costado tanto. *A su palabra todo quedó hecho; mandólo, y todo fué criado* (Ps. 32,9). En cambio, para realizar la obra de mi redención soportó en sus enseñanzas contradictores; en sus obras, envidiosos censores; burlas sangrientas en sus tormentos e irritantes insultos en su muerte. Tal ha sido el exceso de su amor. Añadid todavía, para colmo de favores, que no nos ha vuelto amor por amor, sino que gratuitamente nos ha amado. Porque *¿quién es el que le dió a El primero para que pretenda por ello retribución?* (Rom. 11,38). De aquí que diga el evangelista San Juan: *En esto consiste su caridad, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó primero a nosotros* (1 Io. 4,10). Nos amó siendo todavía nada nosotros; más aún, nos amó cuando resistíamos obstinadamente a su amor, según testimonio de Pablo, que dice: *Cuando éramos enemigos de Dios fuimos reconciliados con El por la muerte de su Hijo* (Rom. 5,10). Pero, cierto, si El no hubiera amado a sus enemigos, no los poseería como amigos, como tampoco existirían aún los así amados por El si no hubiese amado a los aún no existentes».

B) *Amor dulce, sabio y fuerte*

1260 a) CELO Y AMOR DIVINOS

«Amor dulcemente, sabiamente, fuertemente tierno. Llamaría-lo dulce por haberse revestido de nuestra carne; sabio, porque la tomó exenta de pecado; fuerte, porque sufrió la muerte. A los que visitó en la carne no les amó corporalmente, sino con la prudencia del Espíritu. Pues nuestro Señor Jesucristo, *que es espíritu, se ha hecho presente a nosotros* (Thren. 4,20), estando animado para con nosotros de celo divino, no humano, y de amor más puro que el de Adán a su esposa Eva; de forma que a aquellos a quienes vino a buscar en la carne los amó en espíritu y rescatólos con el poder de su brazo. ¡Qué espectáculo tan dulce y consolador ver al Creador del hombre hecho hombre y, al alejar con inefable sabiduría el pecado de su naturaleza, con su poder triunfar igualmente de la muerte! Al vestirse de nuestra carne manifiesta su amable condescendencia con nosotros; al rechazar de sí al pecado, mira por su honor, y al aceptar la muerte, satisface de lleno a la divina justicia, mostrándose a la vez tierno amigo, prudente consejero y poderoso protector.»

1261 b) SEGURIDAD EN EL AMOR DE DIOS

«Entrégome seguro a Aquel que quiere salvarme; que sabe cómo y que puede realizarlo. Al que ha buscado le ha llamado también con su gracia; ¿será posible que le deseche cuando a El se vuelva? ¡Oh! No temo que ni la violencia ni el artificio me puedan jamás arrancar de los brazos de Aquel que venció a la muerte, vencedora de todos, y engañó a la serpiente con artificio más ingenioso que aquel que ella empleó para seducir a todo el mundo, siendo en esto más prudente y poderoso. El se vistió realmente de la carne, pero tomando sólo la semejanza del pecado: dando en lo uno dulce consuelo al hombre enfermo y flaco y ocultando con prudencia en lo otro el lazo que quería tender al demonio. Y, a fin de reconciliarnos con su Padre, sufrió generosamente y domó la muerte, derramando su sangre como precio de nuestro rescate. Luego si esta soberana Majestad no me hubiera amado tiernamente, no me habría buscado en mi prisión. Pero juntó con el amor la sabiduría, para burlar al enemigo de nuestras almas, y la paciencia, para aplacar la cólera de su Padre. Estas son las normas que os prometí; pero he querido manifestároslas en Cristo para que más las apreciéis».

C) *Amor dulce, prudente, valeroso*

a) Cristo, modelo de amor 1262

«Aprende, cristiano, de Cristo cómo has de amarle. Aprende a amarle dulcemente, a amarle prudentemente y a amarle valerosamente. Dulcemente, para no ser atraído; prudentemente, para no ser reducido; valerosamente, para no ser apartado del amor de Cristo. A fin de que la gloria del mundo o los placeres de la carne no te arrastren, la Sabiduría, que es Cristo, tenga para ti atractivos y dulzuras superiores a ellos. Para no ser abatido por las adversidades, procura que la verdad de Dios, que es Cristo, te fortalezca. La caridad inflame tu celo, la ciencia lo ordene y la constancia lo afirme. Sea fervoroso ese celo, sea circunspecto, invencible. No sea tibio, no carezca de discreción ni de fortaleza. Considera cómo estas tres cosas fueron prescritas en la Ley, cuando Dios dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas* (Deut. 6,5). Paréceme, si tú no tienes otro mejor sentido que dar a esta triple distinción, que el amor del corazón se refiere al celo del afecto; el amor del alma, a la destreza o al juicio de la razón, y el fuerte, a la constancia y vigor del espíritu. Ama, pues, al Señor tu Dios con el afecto de un corazón lleno y entero; ámale con toda la sabiduría y vigilancia de la razón; ámale con todas las fuerzas del espíritu, de suerte que no temas ni siquiera el morir por amor suyo, según aquello que está escrito: *El amor es fuerte como la muerte; recios como el infierno son los celos* (Cant. 8,6). Sea el Señor Jesús para tu afecto un objeto de dulzura, a fin de destruir la dulzura criminal de los placeres de la vida carnal: una dulzura supere a la otra como con un clavo se expulsa otro clavo. Sea El para tu entendimiento luz que guíe tu razón, no sólo para evitar las asechanzas que la malicia de los herejes arma contra ti y conservar pura tu fe de sus ardides, sino también para que cuides de tu conducta. Sea también constante y generoso tu amor, sin ceder al temor ni sucumbir ante el trabajo. Amemos, pues, afectuosamente, con circunspección y con ardor, sabiendo que el amor del corazón, que llamamos afectivo, es dulce, sí, pero engañoso no yendo acompañado del de la voluntad; y que éste, a su vez, si no va con fortaleza y constancia, aunque es razonable, se muestra flaco y frágil en los trances difíciles».

b) Amor humano y amor espiritual 1263

«Y mira en algunos ejemplos claros que así es como decimos. Al anunciar Jesús a sus discípulos su próxima partida al Padre, quedáronse muy tristes, por lo cual les dijo el divino Maestro: *Si me amaseis, gozaríais de que voy al Padre* (Io. 14,28). ¿Cómo así? Aquellos que se dolían de que los dejaba, ¿no le amaban?

Amábanle, sin duda, aunque puede decirse que no le amaban. Amábanle humanamente, no espiritualmente. Amábanle, finalmente, con todo el corazón, mas no con toda el alma. Su amor era contrario a su salvación. Por esto les añadió: *Os conviene que yo me vaya* (Io. 16,7); culpando al consejo, no al afecto.

Y cuando, hablando de su muerte, reprendió y reprimió a Pedro, que le amaba tiernamente y quería estorbarla, ¿qué reprendió en él sino la imprudencia? Porque ¿qué quiere decir esta palabra: *Eres incapaz de saborear las cosas de Dios* (Mc. 8,32,33), sino tú no me amas con sabiduría porque te dejas llevar de un afecto humano contrario al consejo divino? Por eso le llamó Satanás, por oponerse a su propia salvación, aunque sin saberlo, queriendo impedir la muerte del Salvador. Después de corregido y reprendido, Pedro no pretendió más oponerse a su muerte; antes, cuando Jesús vino a hablar de nuevo de este triste asunto, ofrecióse a morir con El, aunque no cumplió por entonces su promesa, no habiendo llegado aún al tercer grado del amor, que consiste en amar a Dios con todas las fuerzas. Estaba dispuesto a amarle con toda su alma, mas era todavía flaco su amor. No le faltaba el conocimiento, pero faltábale el vigor; no ignoraba el misterio, pero temía el martirio. Su amor, por tanto, no era todavía fuerte como la muerte, ya que la muerte le hizo sucumbir. Lo fué poco tiempo después, cuando, hallándose ya revestido de la fortaleza de lo alto, según promesa de Cristo, comenzó a amar con tanta valentía que, cuando el Consejo de los judíos le prohibió predicar el nombre de Jesús, él respondió generosamente a los que se lo prohibían: *Más vale obedecer a Dios que a los hombres* (Act. 5,29). Entonces amó con todas sus fuerzas, pues sacrificó generosamente su misma vida en aras del amor; pues *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos* (Io. 15,13). Y si entonces no la dió, es evidente que se expuso a perderla. Así, pues, el no dejarse atraer por halagos, ni seducir por artificios, ni abatir por injurias y ultrajes, eso es amar de todo corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas».

D) Amor al Verbo encarnado

1264 a) CAUSA DE LA ENCARNACIÓN

«Mas observad que el amor del corazón es aún algo humano, por inspirar al corazón del hombre mayor afecto a Cristo en cuanto hombre y a lo que le concierne. El que está lleno de este amor se conmueve y enternece fácilmente con cualquier consideración o lectura relativa a este piadoso asunto. Nada oye más gustoso, nada lee más ansioso, nada repasa en su memoria con más frecuencia ni tiene meditación más dulce y agradable que ésta. Los sacrificios de sus oraciones con esto se perfeccionan, pareciéndose a las víctimas pingües y hermosas que eran ofrecidas al Señor. Siem-

pre, al orar, la imagen sagrada del Hombre Dios se presenta a sus ojos, ora en su humilde nacimiento, ora en el regazo de su purísima Madre, ora enseñando, ora muriendo, ora resucitando, ora subiendo al cielo; y la atenta contemplación de cualquiera de estos misterios impulsa indefectiblemente su corazón al amor de las virtudes, a purificarse de los vicios sensuales, a huir de los placeres, a ordenar sus afectos y deseos. Creo ser ésta la causa principal que ha determinado á Dios, naturalmente invisible, a hacerse visible en carne humana, a fin de poder tratar y conversar con los hombres de quienes se hizo semejante; quiso por ahí convertir en amor provechoso y saludable los afectos carnales del hombre, que no acertaba a amar sino carnalmente, elevándole como por grados al amor espiritual. Finalmente, ¿no os parece que se hallaban aún en ese grado inferior aquellos que decían: *Ya ves que nosotros lo hemos abandonado todo por seguirte?* (Mt. 19,27). Sin duda lo habían dejado por amor humano a Jesús y deseosos de gozar de su presencia corporal; y de ahí que ni pudieran soportar les hablara de su pasión y muerte, y que cuando les anunció su partida de este mundo se llenasen de tristeza, lo cual hubo de afearles el mismo Cristo diciéndoles: *Porque os he dicho estas cosas se ha llenado de tristeza vuestro corazón* (Io. 16,6). Así, la gracia de su presencia corporal les había curado de todo amor carnal y puramente humano».

b) Un amor más excelente 1265

«Luego les propuso otro grado de amor más excelente al decirles: *El espíritu es quien da la vida; la carne de nada sirve* (Io. 6,64). A este grado había llegado ya aquel que exclamaba: *Aunque antes conocimos a Cristo en la carne, ahora ya no le conocemos así* (2 Cor. 5, 16). Tal vez lo había alcanzado también Jeremías al decir: *El Cristo del Señor nos ilumina con su Espíritu* (Thren. 4,20); por cuanto lo que añade en seguida, a saber: *A su sombra viviremos entre las naciones* (ibid.), juzgo lo dice hablando en persona de los principiantes, los cuales, como no son bastante robustos para soportar los rayos del sol, necesitan descansar a la sombra y nutrirse aún con las dulzuras de la carne, no pudiendo aún gustar las cosas del Espíritu de Dios».

c) Amor a la divinidad de Cristo 1266

«Pues bien, creo yo que la sombra de Cristo es su carne y que con esta sombra quedó envuelta María (Lc. 1,35) a modo de velo que templase el calor y resplandor del Espíritu. Consuélese, pues, entre tanto, con la devoción y amor a Cristo en cuanto hombre aquel que todavía no tiene el espíritu vivificante, a lo menos en el grado que lo poseen aquellos que dicen: *El Cristo del Señor nos alumbra y está presente en nosotros con su Espíritu,* y aquellos otros que exclaman: *Aunque antes conocimos a Cristo en la carne, ahora*

ya le conocemos en el Espíritu. No queremos con esto significar que se pueda amar a Cristo en cuanto hombre sin la gracia del Espíritu Santo, sino sólo que tal amor no es aún perfecto. Lo propio de este amor es llenar el corazón totalmente con su dulce suavidad y poseerlo plenamente, desarraigando de él los atractivos y seducciones de las cosas creadas, y es lo que llamamos amar con todo el corazón. Cierto, si yo prefiriese a la carne de Cristo el amor a la carne y sangre y los placeres que pueden proporcionarme, haciéndome observar sólo imperfectamente lo que El me enseñó con sus palabras y ejemplos durante su vida mortal, ¿no sería esto una prueba palmaria de que no le amo aún con todo mi corazón al tenerlo repartido entre El y yo dándole a El una parte y reservando la otra para mí? Por eso dice Cristo: *El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí,* (Mt. 10,37). Así, para decirlo en pocas palabras: amar a Cristo con todo su corazón es preferir el amor de su carne sagrada a todo lo que nos puede lisonjear en la nuestra propia o en la de otros. En lo que yo comprendo también la gloria mundana; porque la gloria del mundo es la gloria de la carne, y los que en ella se complacen, sin duda son todavía carnales».

1267 d) Don del Espíritu Santo

«Pero aunque esta devoción y amor a la carne de Cristo sea un don, y precioso don del Espíritu Santo, aún se le puede llamar carnal o humano, siquiera respecto de aquel otro amor, que no tanto tiene por objeto al Verbo hecho carne cuanto al Verbo sabiduría, al Verbo justicia, al Verbo verdad, al Verbo santidad, piedad, virtud y todas las demás perfecciones. Pues Cristo *fué constituído por Dios para ser con relación a nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención* (1 Cor. 1,30). ¿Os parece que estarán animados de unos mismos sentimientos de afecto el que se compadece con lástima de los sufrimientos de Cristo, que siente vivo dolor por ellos, que se enternece fácilmente con sólo recordar lo que el Señor padeció, que se alimenta con la dulzura de esta devoción y es fortalecido con ella para toda obra saludable, santa y piadosa, y aquel otro que vive siempre abrasado en llamas de celo por la justicia, que arde en amor a la verdad, que siente vivas ansias de alcanzar la sabiduría, que ama la santidad de vida y el arreglo de las costumbres, que se avergüenza de toda porfía, aborrece la murmuración, no sabe qué cosa sea envidia, detesta la soberbia y no sólo huye de toda gloria humana, sino que profundamente la desprecia, que abomina y se esfuerza en destruir en sí toda impureza de la carne y del corazón y, en fin, desecha, como naturalmente, todo lo malo y abraza todo lo bueno? ¿No es cierto que, si se comparan entrambos afectos, consta que aquél frente a éste ama como carnalmente?»

e) El verdadero amor a Dios 1268

«Mas este amor carnal no deja de ser bueno, pues por él la vida de la carne es desterrada, el mundo vencido y despreciado. Además, es medio eficaz de progresar en la virtud y llegar al amor racional; éste, a su vez, se convierte en perfecto al espiritualizarse del todo. Ahora bien, se convierte en racional cuando las ideas que nos inspira acerca de Cristo comunican tal firmeza a nuestra fe que ni los sofismas del error ni los lazos de la herejía o del demonio son capaces de apartarnos un ápice de la doctrina de la Iglesia, e igualmente cuando nos inspira tal cautela en nuestro proceder, que nunca traspasamos los límites de la discreción, bien por superstición, por ligereza o llevados de un fervor y celo inmoderados. Y en esto consiste el amar a Dios con toda el alma, según arriba dijimos. Si juntamente con esto la gracia del Espíritu Santo comunica al alma tal valor y brío que ni los trabajos más penosos, ni la crudeza de los tormentos, ni el temor de la muerte misma son capaces de desviarla en lo más mínimo de la justicia, entonces podrá decirse que ama a Dios con todas sus fuerzas, en lo cual consiste el amor puramente espiritual. Si no me engaño, así debe ser calificado aquel amor que proviene de la plenitud del Espíritu Santo, que lo engendra en el alma. Y baste lo dicho acerca de las palabras de la Esposa: *Las doncellitas te aman por demás* (Cant. 1,2).

En lo que sigue dígnese abrirnos los tesoros de su misericordia, de los que es custodio Jesucristo, el que, como Dios verdadero, vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén».

SECCION IV. TEOLOGOS

I. SANTO TOMAS

Fundamentos teológicos

En el siglo en que Santo Tomás enseñó no se conocía el culto o devoción al Corazón de Jesús como tal culto. Por eso no hay alusión ninguna directa en las obras del Doctor de Aquino. Se encuentran, sin embargo, en la *Sama* los fundamentos teológicos para comprender esta devoción, hoy muy extendida y practicada en la Iglesia.

1269 ***A) En el culto al Corazón de Jesús se honra la persona divina de Cristo***

«Se honra propiamente hablando a toda la cosa subsistente; porque nosotros no decimos que se honra la mano del hombre, sino al hombre, y si alguna vez se dice esto en el sentido de que estas partes se honren en sí mismas, es porque en estas partes se honra al todo; por cuya manera también puede honrarse al hombre en alguna cosa exterior, por ejemplo, en su vestido o en su imagen o en su representante» (4 q.25 a.1 c).

1270 ***B) Es culto especial por ser distinto el motivo***

Dicen los teólogos y lo expone bellamente Pío XII en la «Haurietis aquas» que el motivo u objeto formal de la devoción al Corazón de Jesús es el amor que tiene a los hombres. En el párrafo que transcribimos a continuación nos enseña el Angélico que este motivo puede diversificar un culto.

«La causa del honor es el motivo por el que es honrado tiene alguna excelencia: porque el honor es la reverencia tributada a alguien a causa de su superioridad. Y por esto, si en un mismo hombre hay muchas causas de honor, como la dignidad, la ciencia y la virtud, el honor será uno de parte del que es honrado, pero múltiple en relación a las causas que lo motivan; porque el hombre es a quien se honra por su ciencia y por su virtud. Así, pues, existiendo en Cristo una sola persona de la naturaleza divina y humana, una hipóstasis y un solo supuesto, no hay más que una sola adoración

y un solo honor relativamente al que es adorado. Pero por parte de la causa, por que se le honra, puede decirse que hay más de una adoración, es decir, que se le honre con un honor por su sabiduría increada y con otro por su sabiduría creada» (ibid., a.1 c).

C) *El culto al Corazón de Jesús es culto de latría y de dulía* 1271

«El honor de adoración se debe propiamente a la hipóstasis subsiguiente; sin embargo, la razón del honor puede ser algo no subsistente, por lo que se honra a la persona, en que se encuentra. Luego la adoración de la humanidad de Cristo puede entenderse de dos maneras:

1.ª Refiriéndose a él como a la cosa adorada, y en este caso adorar la carne de Cristo no es otra cosa que adorar al Verbo de Dios encarnado, como adorar el vestido de un rey no es otra cosa que adorar al rey vestido, y según esto la adoración de la humanidad de Cristo es adoración de latría.

2.ª La que se hace por razón de la humanidad de Cristo perfeccionada por todo don de gracia. Así la adoración de la humanidad de Cristo no es adoración de latría, sino adoración de dulía, de tal suerte que una y la misma persona de Cristo es adorada con adoración de latría a causa de su divinidad, y con adoración de dulía a causa de la perfección de su humanidad. Esto no es inconveniente, puesto que al mismo Dios Padre se le debe el honor de latría por su deidad, y el honor de dulía por el dominio con que gobierna a la criatura. Así que sobre aquello (Ps. 7): *Señor, Dios mío, en ti esperé,* dice la Glosa (interl.): *Se le debe el culto de latría couo Dios de todas por la creación*» (cf. ibid., a.2 c).

D) *La imagen del Corazón de Jesús debe ser adorada con culto relativo de latría* 1272

«El movimiento del alma hacia la imagen es de dos maneras:

1.ª A la misma imagen, según que es una cosa.

2.ª A la imagen, según que es la imagen de otro objeto.

Y entre estos dos movimientos hay esta diferencia: que el primero, por el que uno se mueve hacia la imagen, según que es cierta cosa, es distinto del movimiento que se refiere a la cosa; mas el segundo, que se refiere a la imagen como tal, es uno y el mismo con el que se refiere a la cosa. Así ,pues, debe decirse que a la imagen de Cristo, en cuanto es cierta cosa (por ejemplo, un madero labrado o pintado), ninguna reverencia se le tributa, porque ésta no es debida sino a la naturaleza racional. Dedúcese, pues, que se exhibe reverencia solamente en cuanto es imagen, y así se sigue

que se tributa la misma reverencia a la imagen de Cristo y a Cristo mismo. Luego, como se adora a Cristo con adoración de latría, es consiguiente que su imagen debe ser adorada con culto de latría» (cf. ibid., a.3 c).

II. SAN BUENAVENTURA

La caridad del Corazón de Jesús

En el tratado *Vitis Mystica*, cuya autenticidad, después de muchas investigaciones, parece hoy indudable, elige San Buenaventura la rosa para ver en ella simbolizada la ardiente caridad del Corazón de Cristo, que nos amó gratuitamente hasta derramar su sangre por nuestro amor. En esa rosa, por tanto, podemos considerar el Corazón divino de Jesús, y de aquí el interés que pueden tener las ideas que el Santo expone, que darán a la predicación una unción singular (cf. BAC, *Obras de San Buenaventura* t.2, *La Vid mística* p.663 ss.).

1273 *A) El Corazón de Jesús, simbolizado en una rosa encarnada*

«En el benignísimo Jesús, nuestra Vid, florece la rosa bermeja y encendida. Bermeja de la sangre de la pasión, encendida por el fuego de la caridad, aljofarada con lágrimas del dulce Jesús. Lloró, en efecto, lloró y fué contristado el bondadosísimo Jesús, alegría mía y gozo de los ángeles. Dice San Pablo (Hebr. 5,7): *En el tiempo de su vida mortal, ofreciendo plegarias y ruegos con grande clamor y lágrimas al que podía salvarla de la muerte, fué oído por su reverencia.* ¡Oh corazón mío!, no de carne, sino de piedra, oyes que el grande y óptimo Jesús, durante su vida mortal, vivida por mi amor, se bañó en llanto, ¿y tú aún continúas árido? ¡Oh corazón duro!, oyes haberse conmovido por ti hasta las lágrimas aquel que *no será conmovido eternamente* (Ps. 124,1), ¿y tú ni aun así hasta las lágrimas te conmueves? Añadiré el fuego de la caridad y la sangre de la pasión, a ver si tú te enciendes, si te ablandas y ofreces algunas lágrimas al dulcísimo Jesús a cambio de sus lágrimas y de su sangre. Y, si fuere menester, tomaré el pesado martillo y te golpearé al férreo yunque para que, así a lo menos, salgas de tu insensibilidad. Si estuvieses árido *como tierra sin agua* (Ps. 142,6), con facilidad podrías ablandarte con solo el riego del llanto de Jesús dulcísimo; mas si, a causa del frío de tus muchas iniquidades, tuvieses la dureza de la roca, echaré mano de fuertes instrumentos, del martillo de la cruz y de bien forjadas escarpias, a fin de que, traspasado con ellas, des libre curso a la fuente de lágrimas saludables...» (cf. o.c., c.15,1: BAC, t.2 p.709).

B) Su amor inmenso a los hombres 1274

«Visto el color de la rosa, resta ver su ardor, esto es, el amor que nos manifestó Jesús en su Pasión. Notaremos el ardor de esta rosa de caridad si ahincadamente consideramos quién es el amante, por qué, a quiénes y en qué grado amó el amante misericordioso, aquel nuestro Amante, mayor que el cual no hay ninguno, ni más rico, ni más fuerte, a quien todo espíritu confiesa y dice (Ps. 15,2): *Tú eres mi Dios, por cuanto no tienes necesidad de mis bienes.* En esas palabras del Salmista se declara bien quién sea el amante y el porqué de su afecto. Nos amó, no porque esperase de nosotros cosa alguna, pues *no necesita de nuestros bienes,* sino por su caridad gratuita. Si algo bueno hubiese en nosotros que El codiciase, no lo tendríamos de nosotros mismos, sino de El. ¿Cuáles nos amó? Lo explica el Apóstol cuando dice (Rom. 5,10): *Siendo todavía sus enemigos, fuimos reconciliados con Dios.* Enamoróse el justo de los inicuos, el hermoso de los feos, *el bueno y piadoso* (Iudith 11,6) de los pecadores e impíos...» (cf. ibid., c.16, o.c., p.715).

C) La Pasión de Cristo, manifestación de su amor 1275

«¿Cuánto nos amó? Veámoslo. Mas ¿quién será suficiente a declarar lo incomprensible?

Para explicar esta palabra es necesario entretejer la rosa de la Pasión y la rosa de la caridad, a fin de que la rosa de la caridad arda en la Pasión y la rosa de la Pasión se inflame en el fuego de la caridad. Tanto nos amó nuestro Amante que, formado del ardor de la caridad, dió consigo en las llamas de la Pasión y *entregó su alma a la muerte y muerte de cruz* (Phil. 2,3): no a la muerte pasajera y final, sino a la que comenzando en su nacimiento, duró hasta el último suspiro entre acerbísimas torturas. Pues cuanto padeció Jesús en su vida mortal, todo pertenece a la púrpura encendida de la rosa de la Pasión; si bien esta rosa se coloreó señaladamente con las frecuentes efusiones de su sangre sacratísima...» (cf. ibid., c.17, o.c., p.715).

D) El amor del Corazón de Jesús en las efusiones de su sangre 1276

«Así como la rosa, cerrada con el hielo de la noche, cuando el sol naciente la hiere con sus rayos ábrese toda y los pétalos desplegados muestran en su púrpura un cierto ardor apacible; así también la deliciosa flor del cielo, el óptimo Jesús, que desde el pecado del primer hombre estaba como cerrada del frío nocturno, y no suministraba a los pecadores plenitud de gracia, al venir, en fin, *la plenitud de los tiempos* (Gal. 4,4), encendida con los rayos de ardorosa

caridad, se abrió toda de par en par, y la llama de la rosa de amor resplandeció en la púrpura viva de la sangre.

Ya ves cómo floreció en Jesús esta flor de rosa. Mira todo su cuerpo; ¿dónde no hallarás flor de rosa? Mira una mano, mira la otra, mira los pies: ¿no ves flores de rosa? Mira la llaga del costado: tampoco falta la rosa, si bien algo pálida por el agua mezclada con la sangre; porque *agua y sangre brotaron* de esa herida (Io. 19,34). El buen Jesús *vino a lavar nuestros pecados con agua y sangre*. ¡Oh suavísimo Señor y Salvador del universo, amado Jesús!, ¿qué gracias te daré? ¿Cómo te serviré dignamente tanta sangre por mí derramada desde la aurora de tu nacimiento hasta tu muerte acerbísima, y aun después de tu muerte? Manifestarme quisiste con tan frecuentes efusiones de sangre el ardor de tu caridad maravillosa. ¡Cuántos pétalos agrandan y hermosean tu rosa! ¿Quién podrá contarlos? Enumera las gotas de sangre vertidas del costado y cuerpo de Jesús amorosísimo y habrás contado las hojas de la rosa de la pasión y de la caridad. Cada una de las gotas es un pétalo» (cf. ibid., c.23, o.c., p.725-727).

1277 ### *E) El Corazón de Cristo, nuestro refugio*

«Sube, sube al paraíso de la caridad; vuela al *Corazón alto* (Ps. 63,7), porque muy alto está Aquel a quien buscas... Penetra, pues, ¡oh alma!, en este paraíso, más delicioso que todos los jardines, ahora por la meditación—no puedes de otro modo—, a fin de que más tarde, en alma y cuerpo puedas entrar en el paraíso celeste. Ni has de contentarte con una ojeada rápida, una vez dentro de este paraíso, antes debes volar de flor en flor y libar el néctar de todos sus cálices. Arroyos de sangre vierten las flores ya de un lado, ya de otro; a nosotros toca introducirnos en ellas cada vez más íntimamente. En todas partes hemos de buscar la devoción, la gracia de la compunción lacrimosa; de ambos lados hemos de considerar cuán crueles fueron las heridas de los clavos, la rotura de las venas, el quebranto de los huesos en las manos del Artífice del cielo y de la tierra... Mas en tanto que meditamos estas cosas, será bien repetir muchas veces: *Vuélveme la alegría de tu Salvador* (Ps. 50,14), imitando a la abeja, que, mientras vuela, deja oír un blando susurro y no calla hasta que ha penetrado en la flor para recoger y libar la dulzura de la miel codiciada. Dichosa tú si, admitida dentro de las llagas de Cristo—ensangrentadas flores de nuestro florido y ameno paraíso—, lograras verte enteramente libre del estrépito del mundo y de los asaltos de las tentaciones, y, toda ocupada en Aquel a cuya audiencia fuiste admitida, pudieses gustar y ver cuán bueno y dulce es Jesús. De igual modo se han de visitar los pies del Señor, no menos lastimados y doloridos que las manos. Atravesados y perforados, derraman sangre a torrentes y están en sangre bañados» (cf. ibid., c.24, o.c., p.729-731).

F) El Corazón de Jesús nos pide correspondencia en el amor 1278

«Penetremos en el corazón humildísimo del excelso Jesús. La puerta es el costado abierto por la lanza. Aquí está escondido el tesoro inefable y deseable de la caridad; aquí se encuentra la devoción, se obtiene la gracia de las lágrimas, apréndese la mansedumbre y la paciencia en las adversidades, la compasión para con los afligidos, y, sobre todo, aquí se halla *un corazón contrito y humillado* (Ps. 50,19). Jesús, tan bueno y tan grande, desea tus brazos y para abrazarte te espera. Inclina la florida cabeza traspasada de punzantes espinas, invitándote con el ósculo de paz. Parece decirte: Mira cómo estoy transfigurado, desgarrado, inmolado, y todo por traerte sobre mis hombros, oveja mía descarriada, y conducirte a los pastos beatificantes del paraíso. Págame el recambio. Apiádate de mis llagas, y en la figura en que ahora me contemplas *ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo* (cf. Gen. 1,26 ss.), para asemejarte a mí y a mi martirio en todos los pensamientos de tu corazón y en todas las empresas de tu brazo. Al crearte, te formé a mi divina imagen; me conformé, para reformarte, a tu imagen humana. Tú, pues, que no conservaste la imagen de mi divinidad impresa en ti en tu formación, conserva a lo menos la forma de tu humanidad, impresa en mí en esta tu nueva creación. Si no conservas la imagen nativa, guarda siquiera la que he modelado en ti con mi redención. Si no comprendes las virtudes que te di en la creación, comprende a lo menos cuantas miserias tomé sobre mí para removerte y hacerte capaz de delicias muy superiores a aquellas para que habías sido primeramente formada. Híceme hombre para ser visto de ti y así me amaste; porque, en cierto modo, no visto e invisible en mi divinidad, no era amado. Premia mi encarnación y pasión, entregándote todo a mí. Por ti me encarné, por ti padecí. Yo me di a ti; date tú a mí» (cf. ibid., c.24, 3, o.c., p.731-733).

G) Oración al dulcísimo Jesús 1279

«¡Oh dulcísimo buen Jesús! ¡*Oh Padre de las lumbres, de quien procede toda dádiva buena y todo don perfecto*! (Iac. 1,17). Mira con ojos de misericordia a los que humildes te confesamos, a nosotros que verdaderamente sabemos que nada podemos hacer sin ti. Tú, que te distes en precio de nuestro rescate, haz que aunque menos dignos de tanto precio nos rindamos a tu gracia íntegramente, perfectamente y en todo; y así conformados a la imagen de tu pasión, recobremos también aquella que perdimos pecando, la imagen de tu divinidad. Por nuestro Señor. Amén» (cf. ibid., o.c., p.733).

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. FRAY LUIS DE GRANADA

La Encarnación, obra del amor

1280 ### *A) Amor del Verbo encarnado*

«Para hablar de este misterio, verdaderamente yo me hallo tan indigno, tan corto y tan atajado, que ni sé por do comience, ni dónde acabe, ni qué deje, ni qué tome para decir. Si no tuviera la torpeza del hombre necesidad de estos estímulos para bien vivir, mejor fuera adorar en silencio la alteza de este misterio que borrarlo con la rudeza de nuestra lengua.

Cuentan de un famoso pintor que, habiendo pintado en una tabla la muerte de una doncella hija de un rey, y dibujado en torno de ella los deudos con rostros en gran manera tristes, y a la madre mucho más triste, cuando vino a querer dibujar el rostro del padre, cubriólo de industria con una sombra para dar a entender que allí ya faltaba el arte para imprimir cosa de tan gran dolor.

Pues si todo lo que sabemos no basta para explicar sólo el beneficio de la creación, ¿qué elocuencia bastará para engrandecer el de la redención? Con una simple muestra de su voluntad crió Dios todas las cosas del mundo, y quedáronle las arcas llenas y el brazo sano acabándolo de criar; mas para haberlo de redimir, sudó treinta y tres años, y derramó toda su sangre, y no quedó en El miembro ni sentido que no padeciese su dolor.

Menoscabo parece de tan grandes misterios ser con lengua de carne manifestados. Pues ¿qué haré? ¿Callaré o hablaré? Ni debo callar ni puedo hablar. ¿Cómo callaré tan grandes misericordias? Y ¿cómo hablaré misterios tan inefables? Callar es desagradecimiento y hablar parece temeridad. Por esto suplico yo ahora, Dios mío, a vuestra infinita piedad, que entre tanto que yo estuviere apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber más, deseando engrandecerla y declararla, estén allá en el cielo glorificándoos los que os saben alabar; y ellos compongan lo que yo descompongo y adoren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber» (cf. *Guía de pecadores* l.1 p.1.ª c.4: BAC, *Obra selecta* p.718).

B) *La Encarnación, obra de amor*

a) Obra de la misericordia amorosa de Dios 1281

«Estando el hombre tan caído, en los ojos de Dios y en tanta desgracia suya, tuvo por bien aquel Señor, no menos grande en la misericordia que en la majestad, de mirar no a la injuria de su bondad soberana, sino a la desventura de nuestra miseria; y teniendo más lástima de nuestra culpa que ira por su deshonra, determinó redimir al hombre por medio de su unigénito Hijo y reconciliarle consigo. Mas ¿cómo lo reconcilió? ¿Cómo lo podrá eso hablar lengua mortal? Hizo tan grandes amistades entre Dios y el hombre, que vino a acabar no sólo que Dios perdonase al hombre, y le restituyese en su gracia, y se hiciese una cosa con El por amor, sino, lo que excede todo encarecimiento, llegó a hacerle tan una cosa consigo, que en todo lo que tiene criado no hay cosa más una que son ya los dos; porque no solamente son uno en amor y gracia, sino también en persona. ¿Quién nunca jamás pensara que así se había de soldar esta quiebra?

¿Quién imaginara que estas dos cosas, entre quien la naturaleza y la culpa habían puesto tan grande distancia, habían de venir a juntarse, no en una casa, ni en una mesa, ni en una gracia, sino en una persona? ¿Qué cosas más distintas que Dios y el pecador? ¿Qué cosa ahora más junta que Dios y el hombre? Ninguna cosa hay, dice San Bernardo, más alta que Dios y ninguna más baja que el cieno de que el hombre fué formado. Mas con tanta humildad descendió Dios al cieno y con tanta dignidad subió el cieno a Dios, que todo lo que hizo Dios se diga que lo hizo el cieno y todo lo que sufrió el cieno se diga que lo padeció Dios.

¿Quién dijera al hombre, cuando tan desnudo y tan enemistado se sintió con Dios que andaba buscando los rincones del paraíso terrenal para esconderse, que tiempo vendría en que se juntase aquella tan baja substancia en una persona con El? Fué tan estrecha esta junta y tan fiel, que cuando hubo de quebrar, que fué al tiempo de la pasión, antes quebró que despegó, porque no faltó por la juntura, sino por lo sano. Porque pudo la muerte apartar el alma del cuerpo, que era junta de naturaleza; mas no pudo apartar a Dios ni del alma ni del cuerpo, que era junta de la persona divina; porque lo que una vez por nuestro amor tomó, nunca más lo dejó».

b) La Encarnación, remedio del hombre caído 1282

«Estas son las paces y éste el remedio que nos vino por mano de nuestro Salvador y medianero. Y aunque le seamos tan deudores por este remedio cuanto ninguna lengua criada puede explicar, no menos lo somos por la manera de remediarnos que por el mismo remedio. Mucho os debo, Dios mío, porque me librasteis del in-

fierno y me reconciliasteis con Vos; mas mucho más os debo por la manera en que me librasteis que por la libertad que me disteis. Todas vuestras obras en todo son maravillosas, y cuando le parece al hombre que no le queda espíritu para mirar sólo una, deshácese esta maravilla cuando alza los ojos y mira otra. No es deshonra, Señor, de vuestra grandeza que se deshagan las unas con las otras, sino muestra de vuestra gloria...

Os alaben, Señor, los cielos y los ángeles prediquen vuestras maravillas. ¿Qué necesidad teníais Vos de nuestros bienes ni qué perjuicio os venía de nuestros males? *Si pecares*, dice Job (25,6), *¿qué mal le harás?* Y si se multiplicaren tus maldades, ¿en qué le dañarás? Y si bien hicieres, ¿qué le darás o qué podrá El recibir de tus manos?

Pues aquel Dios tan rico y tan exento de males; aquel cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduría ni puede crecer ni ser más de lo que es; aquel que ni antes de la creación del mundo ni ahora después de criado es mayor ni menor de lo que era, ni porque todos los ángeles y hombres se salven y alaben es en sí más honrado, ni porque todos se condenen y le blasfemen menos glorioso; este tan gran Señor, no por necesidad, sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien de inclinar los cielos de su grandeza, y descender a este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas nuestras deudas, y padecer por ellas» (cf. ibid., p.719-720).

1283 ## *C) La vida y muerte de Jesús, obra de amor*

a) Todo por mí

«Por mí, Señor, naciste en un establo, por mí fuiste reclinado en un pesebre, por mí circuncidado al octavo día, por mí desterrado en Egipto y por mí, finalmente, perseguido y maltratado con infinitas maneras de injurias. Por mí ayunaste, velaste, caminaste, sudaste, lloraste y probaste por experiencia todos los males que había merecido mi culpa, no siendo tú el culpado, sino el ofendido. Por mí, finalmente, fuiste preso, desamparado, vendido, negado, presentado ante unos y otros tribunales y jueces, y ante ellos acusado, abofeteado, infamado, escupido, escarnecido, azotado, blasfemado, muerto y sepultado. Finalmente, remediásteisme muriendo en una cruz y acabando la vida en presencia de vuestra santísima Madre, con tan grande pobreza que no tuviste una sola gota de agua en la hora de vuestra muerte, y con tan gran desamparo de todas las cosas, que de vuestro mismo Padre fuiste desamparado. Pues ¿qué cosa de mayor espanto que venir un Dios de tan grande majestad a acabar así la vida en un madero con título de malhechor?

Cuando un hombre, por bajo que sea, viene por su culpa a parar a este lugar, si por caso le conocías antes, y te llegas a él de cara

para mejor verle, apenas acabas de maravillarte considerando a cuán baja suerte le trajo su miseria que así viniese a acabar. Pues si es cosa de admiración ver a un hombre bajo en tal lugar, ¿qué será ver en el mismo al Señor de todo lo criado? ¿Qué será ver a Dios en tal lugar, que para un malhechor es abatido? Y si cuanto la persona ajusticiada es más alta y más conocida, tanto mayor espanto nos pone su caída, vosotros, ángeles bienaventurados, que tan bien conocéis la alteza de este Señor, ¿qué sentisteis cuando allí le visteis?...»

b) La Encarnación, maravilla del poder divino 1284

«Como atónita queda la misma naturaleza, suspensas están todas las criaturas, espántanse los principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad como por aquí conocen en Dios. Pues ¿quién no cae debajo de la ola de tan grandes maravillas? ¿Quién no se ahoga en este piélago de tanta piedad? ¿Quién no sale fuera de sí como lo hizo Moisés en el monte cuando, mostrándole Dios la figura de este misterio, daba voces y decía (Ex. 43,6): Misericordioso, piadoso, sufridor, Dios de grande misericordia; sin saber decir otra cosa más que proclamar a gritos aquella gran misericordia que Dios allí le había representado? ¿Quién no cubre aquí sus ojos como Elías (3 Reg. 19,13) cuando ve pasar a Dios, no con pasos de majestad, sino de humildad; no trastornando los montes y quebrando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos y haciendo despedazar a las piedras de compasión? Pues ¿quién no cerrará aquí los ojos de su entendimiento y abrirá los senos de su voluntad para que ella sienta la grandeza de este amor y beneficio y ame cuanto pudiere, sin tasa y sin medida? ¡Oh alteza de caridad! ¡Oh bajeza de humildad! ¡Oh grandeza de misericordia! ¡Oh abismo de incomprensible bondad!

Pues si tanto, Señor, os debo, porque me redimisteis, ¿cuánto os deberé por esta manera de remedio? Redimísteme con inestimables dolores y deshonras y con venir a ser oprobio de los hombres y desecho del mundo; con estas deshonras me honrasteis, con estas acusaciones me defendisteis, con esta sangre me lavasteis, con esta muerte me resucitasteis y con esas lágrimas vuestras me librasteis de aquel perpetuo llanto y crujir de dientes. ¡Oh buen padre!, que así amáis a vuestros hijos. ¡Oh buen pastor!, que así os dais en pasto y mantenimiento a vuestro ganado. ¡Oh fiel guardador!, que así os entregáis a la muerte por lo que os encargasteis de guardar» (cf. ibid., p.721-722).

D) El Verbo encarnado facilita el amor

1285 a) La semejanza en el amor

«La semejanza es causa de amor, pues el amor es unión de voluntades y corazones. Pregunto, pues, ahora: ¿Qué semejanza hay entre la alteza divina y la bajeza humana? Porque las cosas contrarias o diferentes muy mal se pueden unir entre sí. Siendo, pues, esto verdad, ¿qué cosa más diferente y más distante una de otra que Dios y el hombre?...

Veis, pues, ahora cuán grandes impedimentos hay de parte del hombre para amar a Dios... Pues ¿qué remedio para que haya semejanza donde hay tantas diferencias? Esta fué la invención admirable de la divina sabiduría, la cual de un golpe cortó a cercén todos estos impedimentos del amor haciéndose hombre. Porque veis aquí a Dios, que era purísimo espíritu, vestido de carne; veislo abajado, veislo pobre, humilde, mortal y pasible, y sujeto a las mudanzas y cansancios de la vida humana, y, sobre todo esto, visible, para que el hombre, que no podía amar sino lo que veía, vestido ya Dios de esta ropa no tenga excusa para dejar de amarle.

Y porque es también grande impedimento del amor la desigualdad de las personas, por donde se dice que no concuerdan bien ni moran en una casa majestad y amor, veis aquí también quitada la desigualdad cuando de esta manera se abajó la Majestad y se acomodó a nuestra poquedad.

Mas no se contentó aquella soberana Majestad con quitarnos estos impedimentos de su amor, sino proveyéndonos también de grandes estímulos e incentivos de amor con la muestra de su bondad y de la grandeza de los beneficios que se encierran con este sumo beneficio».

1286 b) Dos propiedades del verdadero amor

«Porque dos propiedades señaladas tiene el verdadero amor. La una es querer bien y desear bien al que ama, y cuanto a esto, no nos pudo el Hijo de Dios desear y procurar más bien que darnos bienes de gracia y de gloria, los unos para esta vida y los otros para la otra.

La segunda propiedad es padecer trabajos y dolores por la persona amada. Pues esto vemos en la persona y vida de nuestro Salvador y mucho más en la muerte y en los grandes dolores y tormentos que por librarnos de la muerte padeció.

Y aquí interviene una cosa que suspende y arrebata las almas devotas a una grande admiración. Para lo cual habéis de presuponer que no solamente Dios, en cuanto Dios, no puede adquirir algo de nuevo, mas ni en cuanto hombre ganó ni mereció cosa que El

ya no tuviese. Porque su gracia y gloria nunca más creció de lo que le fué dada en el instante de su concepción, y la gloria de su cuerpo y de su santo nombre en ese mismo instante la mereció. Y así ninguna cosa adquirió de nuevo que ya no tuviese».

c) El desinterés de Cristo 1287

«Siendo, pues, esto así, ¿no es cosa que espanta haberse ofrecido a los mayores dolores que jamás se padecieron ni padecerán, sin caerle nada en casa ni adquirir nada de nuevo para sí? ¿Qué novedad es ésta? ¡Qué cosa tan nunca vista? Pues generalmente vemos que todos los hombres no dan paso sin algún interés ni se ponen a grandes trabajos sin grandes pretensiones.

Pues ¿no es cosa de admiración ver a este Señor en tan grande agonía y aflicción de espíritu que le bastó para hacerle sudar gotas de sangre; verle preso, maniatado, escupido, abofeteado, escarnecido, azotado, burlado de Herodes, coronado de espinas, pregonado por las calles públicas, con la cruz sobre sus hombros, quebrantados con los azotes pasados, jaropado con hiel y vinagre y después enclavado en una cruz entre dos ladrones, con su Madre presente; y que en todos estos trances, en todas estas batallas, en todos estos tormentos, ejecutados en el más delicado de los cuerpos, sin ningún linaje de consuelo ni del cielo ni de la tierra, y que en todos estos tragos y dolores ninguna cosa medrase para sí, sino para los hombres?

Los mártires, a cada azote que padecían se consolaban acordándose que a cada golpe que les daban correspondía un más alto grado de gracia y de gloria de que eternamente habían de gozar, y con esto se animaban y consolaban en sus dolores; mas nada de esto había lugar en Cristo, pues ninguno de sus tormentos padeció para sí, sino para los hombres, y, lo que es más: no sólo por los buenos, sino por los malos y enemigos suyos, para que a costa suya ellos pagasen; y padeciendo El, ellos gozasen; y siendo El humillado, ellos fuesen ensalzados y librados de todos sus males.

Lo cual es como si un padre se pusiese a remar en las galeras por que no remase un su hijo condenado a ellas. Porque de esta manera este celestial Padre, viéndonos sentenciados a muerte, se ofreció a esta muerte tan trabajosa para darnos eterna y gloriosa vida. ¿Veis, pues, qué grandes estímulos tenemos en esta sagrada humanidad para amar a Dios?» (cf. ibid., p.725-727).

II. FRAY LUIS DE LEON

Cristo, Amor que enciende

A) *El Amado*

(Cf. *Obras completas castellanas:* BAC, *Los nombres de Cristo: El Amado*, 2.ª ed. p.717 ss.)

1288 a) DESDE LA CREACIÓN

«Así que, cuanto son antiguas las cosas, tan antiguo es ser Jesucristo amado de ellas, y, como si dijésemos, en sus amores de El se conmenzaron los amores primeros, y en aflicción de su vista se dió principio al deseo, y su caridad se entró en los pechos angélicos, abriendo la puerta ella antes que ninguno otro que de fuera viniese. Y en la manera que San Juan (Apoc. 13,8) le nombra *Cordero sacrificado desde la origen del mundo*, así también le debemos llamar bien Amado y Deseado, desde luego que nacieron las cosas. Porque, así como fué desde el principio del mundo sacrificado en todos los sacrificios, que los hombres a Dios ofrecieron desde que comenzaron a ser, porque todos ellos eran imagen del único y grande sacrificio de este nuestro Cordero, así en todos ellos fué aqueste mismo Señor deseado y amado. Porque todas aquellas imágenes, y no solamente aquellas de los sacrificios, sino otras innumerables que se compusieron de las obras y de los sucesos y de las personas de los padres pasados, voces eran que testificaban este nuestro general deseo de Cristo; y eran como un pedírsele a Dios, poniéndole devota y aficionadamente tantas veces su imagen delante. Y como los que aman una cosa mucho en testimonio de cuanto la aman gustan de hacer su retrato y de traerlo siempre en las manos, así el hacer los hombres tantas veces y tan desde el principio imágenes y retratos de Cristo ciertas señales eran del amor y deseo de El, que les ardía en el pecho. Y así las presentaban a Dios para aplacarle con ellas, que las hacían también para manifestar en ellas su fe para con Cristo y su deseo secreto.

Y este deseo y amor de Cristo, que digo que comenzó tan temprano en hombres y en ángeles, no feneció brevemente, antes se continuó con el tiempo y persevera hasta ahora, y llegará hasta el fin y durará cuando la edad se acabare, y florecerá, fenecidos los siglos, tan grande y tan extendido cuanto la eternidad es grande y se extiende. Porque siempre hubo y siempre hay y siempre ha de haber almas enamoradas de Cristo. Jamás faltarán vivas demostraciones de este bienaventurado deseo; siempre sed de El; siempre vivo deseo de verle; siempre suspiros dulces, testigos fieles del abrasamiento del alma».

b) Por los ángeles 1289

«Y como las demás cosas para ser amadas quieran primero ser vistas y conocidas, a Cristo le comenzaron a amar los ángeles y los hombres sin verle y con solas sus nuevas. Las imágenes y figuras suyas o, diremos mejor, aun las sombras oscuras que Dios les puso delante y el rumor solo suyo y su fama les encendió los espíritus con increíbles ardores. Y por eso dice divinamente la Esposa (Cant. 1,2): *En el olor de tus olores corremos; las doncellicas te aman*. Porque sólo el olor de aqueste gran bien, que tocó en los sentidos recién nacidos y como donceles del mundo, les robó de tal manera las almas que las llevó en su seguimiento encendidas. Y conforme a esto es también lo que dice el profeta (Is. 26,9): *Esperamos en ti; tu nombre y tu recuerdo deseo del alma; mi alma te deseó en la noche*. Porque en la noche que es, según Teodoreto declara (cf. *In Is. Proph. eclogaria interpret.)*, todo el tiempo desde el principio del mundo hasta que amaneció Cristo en él como luz, cuando a malas penas se divisaba, llevaba a sí los deseos; y su nombre, apenas oído, y unos como rastros suyos impresos en la memoria, encendían las almas».

c) Por innumerables almas 1290

«Mas ¿cuántas almas?, pregunto. ¿Una o dos o a lo menos no muchas? Admirable cosa es los ejércitos sin número de los verdaderos amadores que Cristo tiene y terná para siempre. Un amigo fiel es negocio raro y muy dificultoso de hallar. Que, como el Sabio dice (Eccli. 6,14), *el amigo fiel es fuerte defensa; el que le hallare, habrá hallado un tesoro*. Mas Cristo halló y halla infinitos amigos que le aman con tanta fe que son llamados los fieles entre todas las gentes, como con nombre propio y que a ellos solos conviene. Porque en todas las edades del siglo y en todos los años de él, y podemos decir que en todas sus horas, han nacido y vivido almas que entrañablemente le amen. Y es más hacedero y posible que le falte la luz al sol que faltar en el mundo hombres que le amen y adoren. Porque este amor es el sustento del mundo y el que le tiene como de la mano para que no desfallezca. Porque no es el mundo más de cuanto se hallare en él quien por Cristo se abrasa. Que en la manera como todo lo que vemos se hizo para fin y servicio y gloria de Cristo, según que dijimos ayer, así en el punto que faltase en el cielo quien le reconociese y amase y sirviese se acabarían los siglos, como ya inútiles para aquello a que son. Pues si el sol, después que comenzó su carrera, en cada una vuelta suya produce en la tierra amadores de Cristo, ¿quién podrá contar la muchedumbre de los que amaron y aman a Cristo?»

1291 d) SIN QUE EL AMOR SE MENOSCABE POR EL NÚMERO DE AMANTES

«Y aunque Aristóteles (cf. *Etica* l.9 c.10) pregunta si conviene tener uno muchos amigos y concluye que no conviene; pero sus razones tienen fuerza en la amistad de la tierra, adonde como en sujeto no propio prende siempre y fructifica con imperfección el amor. Mas ésa es la excelencia de Cristo y una de las razones por donde le conviene ser el Amado con propiedad, que da lugar a que le amen muchos como si le amara uno solo, sin que los muchos se estorben y sin saber que El se embarace en responderse con tantos...

Y si teniendo respecto al interés, que es otra razón, no nos conviene porque habemos de acudir a sus necesidades, a que no puede bastar la vida ni la hacienda de uno, si los amigos son muchos, tampoco tiene aquesto lugar. Porque su poder de Cristo haciendo bien no se cansa, ni su riqueza, repartida, se disminuye, ni su alma se ocupa aunque acuda a todos y a todas sus cosas.

Ni menos impide aquí lo que entre los hombres estorba, que, y es la tercera razón, no se puede tener amistad con muchos si ellos también entre sí no son amigos. Y es dificultoso negocio que muchos entre sí mismos y con un otro tercero guarden verdadera amistad. Porque Cristo, en los que le aman, El mismo hace el amor y se pasa a sus pechos de ellos, y vive en sus almas, y por la misma razón hace que tengan todos una misma alma y espíritu. Y es fácil y natural que los semejantes y los unos se amen. Y si nosotros no podemos cumplir con muchos amigos, porque acontecería en un mismo tiempo, como el Filósofo dice, ser necesario sentir dolor con los unos y placer con los otros, Cristo, que tiene en su mano nuestro dolor y placer, y que nos le reparte cuando y como conviene, cumple a un mismo tiempo dulcísimamente con todos. Y puede El, porque nació para ser por excelencia el Amado, lo que no podemos los hombres, que es amar a muchos con estrecheza y extremo. Que el amor no lo es si es tibio o mediano; porque la amistad verdadera es muy estrecha, y así nosotros no valemos sino para con pocos. Mas El puede con muchos, porque tiene fuerza para lanzarse en el alma de cada uno de los que le aman y para vivir en ella y abrazarse con ella cuan estrechamente quisiere... Cosa sin duda no solamente rara y no vista, sino ni pensada ni imaginada jamás, que sea uno amado de tantos y que una naturaleza humana de Cristo abrase en amor a todos los ángeles, y que se extienda tanto la virtud de este bien que encienda afición de sí en todas las cosas».

1292 e) AMADO POR LA CREACIÓN INANIMADA

«Y porque dije casi en todas, podemos decir que las que ni juzgan ni sienten, las que carecen de razón y las que no tienen ni razón ni sentido apetecen también a Cristo y se le inclinan amo-

rosamente, tocadas de este su fuego, en la manera que su natural lo consiente. Porque lo que la naturaleza hace, que inclina a cada cosa al amor de su propio provecho, sin que ella misma lo sienta, eso obró Dios, que es por quien la naturaleza se guía, inclinando al deseo de Cristo aun a lo que no siente ni entiende. Porque todas las cosas, guiadas de un movimiento secreto, amando su mismo bien, le aman también a El y suspiran con su deseo y gimen por su venida en la manera que el Apóstol escribe (Rom. 8,19-22): *La esperanza de toda la criatura se endereza a cuándo se descubrirán los hijos de Dios; que ahora está sujeta a corrupción fuera de lo que apetece, por quien a ello le obliga y la mantiene con esta esperanza. Porque cuando los hijos de Dios vinieren a la libertad de su gloria, también esta criatura será libertada de su servidumbre y corrupción. Que cosa sabida es que todas las criaturas gimen y están como de parto hasta aquel día.* Lo cual no es otra cosa sino un apetito y un deseo de Jesucristo, que es el autor de esta libertad, que San Pablo dice y por quien todo vocea. Por manera que se inclinan a El los deseos generales de todo y el mundo con todas sus partes le mira y abraza»...

B) Amor que Dios enciende

a) Cristo, el más amado de los hombres 1293

«Y no se contentó con decir que Cristo tiene el medio y el corazón de esta universidad de las cosas para decir que le encierran todas en sí, ni se contentó con llamarle amor de ellas, para demostrar que todas le aman, sino añadió más y llamóle Amor encendido... Porque no es tan grande el número de los amadores que tiene este Amado con ser tan fuera de todo número, como dicho tenemos, cuanto es ardiente y vivo y por maravilloso modo entrañable el amor que le tienen. Porque, a la verdad, lo que más aquí admira es la viveza y firmeza y blandura y fortaleza y grandeza de amor con que es amado Cristo de sus amigos. Que personas ha habido, unas de ellas naturalmente bienquistas; otras que, o por su industria o por sus méritos, han allegado a sí las aficiones de muchos; otras que, enseñando sectas y alcanzando grandes imperios, han ganado acerca de las naciones y pueblos reputación y adoración y servicio. Mas no digo uno de muchos, pero ni uno de otro particular íntimo amigo suyo, fué jamás amado con tanto encendimiento y firmeza y verdad como Cristo lo es de todos sus verdaderos amigos, que son, como dicho habemos, sin número...»

b) Cristo forma a sus amantes 1294

«Conócese aquesto aún por otra razón; porque El mismo se forja los amigos y les pone en el corazón el amor en la manera que El quiere. Y cuanto de hecho quiere ser Amado de los suyos, tanto

los suyos le aman. Pues cierto es que quien ama tanto como Cristo nos ama quiere y apetece ser amado de nosotros por extremada manera. Porque el amor solamente busca y solamente desea el amor. Y cierto es que, pues nos hace que le seamos amigos, nos hace tales amigos cuales nos quiere y nos desea, y que, pues enciende este fuego, le enciende conforme a su voluntad, vivo y grandísimo.

Que si los hombres y los ángeles amaran a Cristo de su cosecha y a la manera de su poder natural, y según su sola condición y sus fuerzas, que es decir, al estilo tosco suyo y conforme a su aldea, bien se pudiera tener su amor para con El por tibio y por flaco. Mas si miramos quién los atiza de dentro y quién los despierta y favorece para que le puedan amar, y quién principalmente cría el amor en sus almas, luego vemos no solamente que es amor de extraordinario metal, sino también que es incomparablemente ardentísimo. Porque el Espíritu Santo mismo, que es de su propiedad el Amor, nos enciende de sí para con Cristo, lanzándose por nuestras entrañas, según lo que dice San Pablo (Rom. 5,5): *La caridad de Dios nos ha sido derramada en los corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado.* Pues ¿qué no será o cuántos quilates le faltarán o a qué fineza no allegará el amor que Dios en el hombre hace y que enciende con el soplo de su Espíritu propio? ¿Podrá ser menos que amor nacido de Dios y por la misma razón digno de El y hecho a la manera del cielo, adonde los serafines se abrasan? O ¿será posible que la idea, como si dijésemos, del amor y el amor con que Dios mismo se ama críe amor en mí que no sea en firmeza fortísimo, y en blandura dulcísimo, y en propósito determinado para todo y osado, y en ardor fuego, y en perseverancia perpetuo, y en unidad estrechísimo?»

1295 c) EL AMOR A CRISTO, AMOR INCOMPARABLE

«Sombras son, sin duda, y ensayos muy imperfectos de amor los amores todos con que los hombres se aman comparados con el fuego que arde en los amadores de Cristo, que, por eso, se llama por excelencia el Amado, porque hace Dios en nosotros, para que le amemos, un amor diferenciado de los otros amores, y muy aventajado entre todos.

Mas ¿qué no hará por afinar el amor de Cristo en nosotros quien es Padre de Cristo, quien le ama como a único hijo, quien tiene puesta en sólo El toda su satisfacción y amor? Que así dice San Pablo de Dios (Col. 1,13), que *Jesucristo es su hijo de amor,* que es decir, según la propiedad de su lengua, que es el hijo a quien ama Dios con extremo. Pues si nace de este divino Padre que amemos nosotros a Cristo su hijo, cierto es que nos encenderá a que le amemos, si no en el grado que El le ama, a lo menos en la manera que le ama El. Y cierto es que hará que el amor de los amadores de Cristo sea como el suyo, y que aquel linaje y metal, único, verdadero, dulce, cual nunca en la tierra se conoce ni ve. Porque

siempre mide Dios los medios con el fin que pretende. Y en que los hombres amen a Cristo, su Hijo, que les hizo hombre, no sólo para que les fuese señor, sino para que tuviesen en El la fuente de todo su bien y tesoro; así que en que los hombres le amen, no solamente pretende que se le dé su debido, sino pretende también que, por medio del amor, se hagan unos con El y participen sus naturalezas humana y divina, para que de esta manera se les comuniquen sus bienes. Como Orígenes dice (cf. *In Epist. ad Rom.*): Derrámase la abundancia de la caridad en los corazones de los santos, para que por ella participen de la naturaleza de Dios y para que por medio de este don del Espíritu Santo se cumpla en ellos aquella palabra del Señor (Io. 17,27): *Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, sean éstos así unos en nosotros; conviene a saber, comunicándoles nuestra naturaleza por medio del amor abundantísimo que les comunica el Espíritu*».

C) Amor que transforma 1296

«Pregunto, pues, ¿qué amor convendrá que sea el que hace una obra tan grande? ¿Qué amistad la que llega a tanta unidad? ¿Qué fuego el que nos apura de nuestra tanta vileza y nos acendra y nos sube de quilates hasta allegarnos a Dios? Es sin duda finísimo y, como Orígenes dice, abundantísimo el amor que en los pechos enamorados de Cristo cría el Espíritu Santo. Porque lo cría para hacer en ellos la mayor y más milagrosa obra de todas, que es *hacer dioses a los hombres* y transformar en oro fino nuestro lodo vil y bajísimo. Y como si en el arte de la alquimia, por sólo el medio del fuego, convirtiese uno en oro verdadero un pedazo de tierra, diríamos ser aquel fuego extremadamente vivo, y penetrable, y eficaz y de incomparable virtud, así el amor con que de los pechos santos es amado este Amado, y que en El los transforma, es sobre todo amor entrañable y vivísimo; y es no ya amor, sino como una sed y una hambre insaciable con que el corazón que a Cristo ama, se abraza con El y se entraña, y, como El mismo lo dice (Io. 6), le come y le traspasa a las venas. Que para declarar la grandeza de El y su amor, el amar los santos a Cristo le llama la Escritura *comer* a Cristo (Eccli. 24,29): *Los que me comieren*, dice, *aún tendrán hambre de mí. Y* (Io. 26,54) *si no comiéredes mi carne y bebiéredes mi sangre, no tendréis vida en vosotros*. Que es también una de las causas por que dejó en el sacramento de la Hostia su cuerpo, para que, en la manera que con la boca y con los dientes en aquellas especies y figuras de pan comen los fieles su carne, y la pasan al estómago y se mudan en ella ellos, como ayer se decía; así, en la misma manera, en sus corazones con el fuego del amor le coman y le penetren en sí, como de hecho lo hacen los que son sus verdaderos amigos; los cuales, como decíamos, abrasándose en El, andan, si lo debemos decir así, desalentados y hambrientos por El. Porque,

como dice el Macario (cf. *Hom.* 4), si el amor que nace de la comunicación de la carne divina del padre y de la madre y de los hermanos y toda su afición pone en el consorte, como es escrito (Gen. 2,24): *Por tanto dejará el hombre al padre y a la madre y se juntará con su mujer y serán un cuerpo los dos;* pues si el amor de la carne así desata al hombre de todos los otros amores, ¿cuánto más todos los que fuesen dignos de participar con verdad aquel don amable y celestial del espíritu, quedarán libres y desatados de todo amor de la tierra, y les parecerán todas las cosas de ellas superfluas e inútiles por causa de vencer en ellos y ser rey en sus almas el deseo del cielo? Aquello apetecen, en aquello piensan de continuo; allí viven, allí andan con sus discursos, allí su alma tiene todo su trato, venciéndolo todo y levantando bandera en ellos el amor celestial y divino y la afición del espíritu».

D) Amor probado

1297 a) Impedimentos del amor a Cristo

«Mas veremos evidentemente la grandeza no medida de este amor que decimos si miráremos la muchedumbre y la dificultad de las cosas que son necesarias para conservarle y tenerle... Porque para mantener su amistad es necesario, lo primero, que se cumplan sus mandamientos (Io. 14,23): *Quien me ama a mí,* dice, *guardará lo que yo le mando,* que es no una cosa sola, o pocas cosas en número, o fáciles para ser hechas, sino una muchedumbre de dificultades sin cuento. Porque es hacer lo que la razón dice, y lo que la justicia manda, y la fortaleza pide, y la templanza y la prudencia y todas las demás virtudes estatuyen y ordenan. Y es seguir en todas las cosas el camino fiel y derecho, sin torcerse por el interés, ni condescender por el miedo, ni vencerse por el deleite, ni dejarse llevar de la honra. Y es ir siempre contra nuestro mismo gusto, haciendo guerra al sentido. Y es cumplir su ley en todas las ocasiones, aunque sea posponiendo la vida. Y es negarse a sí mismo, y tomar sobre sus hombros su cruz, y seguir a Cristo, esto es, caminar por donde El caminó, y poner en sus pisadas las nuestras. Y, finalmente, es despreciar lo que se ve, desechar los bienes que con el sentido se tocan, y aborrecer lo que la experiencia demuestra ser apacible y ser dulce, y aspirar a sólo lo que no se ve ni se siente, y desear sólo aquello que se promete y se cree, fiándolo todo de su sola palabra»...

1298 b) Las cualidades del amor a Cristo

«San Pablo, ¿qué dice? (1 Cor. 13,4-7): *La caridad es sufrida, bienhechora; la caridad carece de envidia, no lisonjea ni tacañea; no se envanece ni hace de ninguna cosa caso de afrenta; no busca su*

interés; no se encoleriza; no imagina hacer mal ni se alegra del agravio, antes se alegra con la verdad; todo lo lleva, todo lo cree, todo lo sufre. Que es decir que el amor que tienen todos sus amadores con Cristo no es un simple querer ni una sola y ordinaria afición, sino un querer que abraza en sí todo lo que es bien querer y una virtud que atesora en sí juntas las riquezas de las virtudes y un entendimiento que se extiende por todo el hombre y le enciende en sus llamas.

Porque decir que es *sufrida* es decir que hace un ánimo ancho en el hombre, con que lleva con igualdad todo lo áspero que sucede en la vida y con que vive entre los trabajos con descanso, y en las turbaciones quieto, y en los casos tristes alegre...

Y añadir que es *liberal y bienhechora* es afirmar que no es sufrida para ser vengativa, ni calla para guardarse a su tiempo...

No lisonjea ni es tacaña, esto es, que sirve a la necesidad del prójimo, por más enemigo que lo sea, pero que no consiente en su vicio, ni le halaga por de fuera y le aborrece en el alma, ni le es tacaña e infiel.

No se envanece, que es decir que no hace estima de sí, ni se hincha vanamente para descubrir en ello la raíz del sufrimiento y del ánimo largo que tiene este amor. Que los soberbios y pundonorosos son siempre mal sufridos porque todo les hiere...

No hace de ninguna cosa caso de afrenta. En que no solamente se dice que el amor de Jesucristo en el alma, las afrentas y las injurias que otros nos hacen, por la humildad que nos cría y por la poca estima nuestra que nos enseña, no las tiene por tales; sino dice también que no se desdeña, ni tiene por afrentoso o indigno de sí ningún ministerio, por vil y bajo que sea, como sirva en él a su Amado en sus miembros.

Y por la razón de todo es lo que añade tras esto: *que no busca su interés ni se enoja de nada.* Toda su inclinación es al bien, y por eso *al dañar* a los otros *aún no lo imagina;* los agravios ajenos y que otros padecen son los que solamente le duelen; y la alegría y felicidad ajena es la suya. Todo lo que su querido Señor le manda hace; todo lo que le dice, lo cree; todo lo que se detuviere, le espera; todo lo que la envía, lo lleva con regocijo y no halla ninguno sino es en sólo El a quien ama...

Por manera que es tan grande este amor que desarraiga de nosotros cualquiera otra afición y queda él señor universal de nuestra alma. Y como es fuego ardentísimo, consume todo lo que se opone, y así destierra del corazón los otros amores de las criaturas, y hace él su oficio por ellos y las ama mucho más y mejor que las amaban sus propios amores. Que es otra particularidad y grandeza de este amor con que es amado Jesús, que no se encierra sólo en El, sino en El y por El abraza a todos los hombres...»

III. FRAY DIEGO DE ESTELLA

Sobre el amor de Dios

(Cf. *Meditaciones sobre el amor de Dios* med.13,14 y 15: BAC, *Místicos franciscanos* t.3 p.91-99.)

A) Amor eterno de Dios

1299 a) DIOS NOS HA AMADO PRIMERO

«Manifestaste, Señor, el amor grande que nos tenías en amarnos antes que fueses amado de nosotros. No fué tu amor paga de mi amor ni mi amor pudo satisfacer al amor que me tuviste. En amarme primero está la prueba del amor, y eternamente me amaste primero, según aquello del profeta: *La misericordia de Dios es eterna y durará en la eternidad* (Ps. 99,5). Usó el santo rey del nombre de *misericordia* hablando de tu santo amor, porque mayor conocimiento me da de quien tú eres este nombre de *misericordia* que el nombre de *amor*. La misericordia es afecto del ánimo, que se apiada de la misericordia ajena y provee al necesitado, dándole primero la compasión del alma».

1300 b) HAY QUE COMPRENDER EL VERDADERO AMOR

«Quitando lo que a ti no conviene por ser impasible, reconoceré lo que es propio y entenderé el amor. No pertenece a ti compasión ni corazón doloroso, porque tu naturaleza es esencia de perfección y gloria; mas es muy propio a ti proveer al mísero y necesitado. Conozco los bienes que me diste amándome, y esto debajo de nombre de *misericordia*, porque no hallaste en mí hermosura y bienes que amar, sino miseria que sanar y pobreza que enriquecer. Por amor de lo cual usó antes el profeta del nombre de *misericordia* que de amor; y así amaste a mí, miserable pecador, sin merecimientos míos, por sola tu bondad y amor; y este amor así fué antes que yo fuese que diciendo San Juan que *nos amaste primero*, y cantando David que *tu misericordia es eterna*, declaró la antigüedad de tu amor, pues sin principio y eternamente nos amaste. Conoces todas las cosas en ti mismo, y no es menester que sean hechas ni que hagan bien o mal para que sean conocidas de ti, porque como no recibes conocimiento de las cosas, así no esperas a que obren para entender tus obras. No puede haber novedad ni accidente en ti, porque sería grande imperfección, y la menor está muy lejos de ti; por lo cual, cuando veo hacerse alguna cosa de nuevo, no considero que entonces tiene nueva voluntad ni que entonces lo quisiste, mas

sube mi pensamiento a aquella antiquísima y entera disposición tuya en la que eternamente ordenaste todas las cosas y determinaste todo cuanto vemos hecho de nuevo. Nuevas son las cosas a nuestros ojos, y eternas a los tuyos, pues antes que sean hechas las conoces, y así, tu misericordia y amor son eternos, porque en tu eternidad viste y conociste perfectamente la miseria de nuestra culpa; y siendo merecedores de condenación, compadeciéndote de nosotros, tuviste misericordia y eficazmente quisiste a su tiempo darnos gracias y gloria para sanar nuestras heridas y destruir nuestra muerte, dándonos resurrección y vida».

c) Obligatoriedad del amor a Dios 1301

«Considera, pues, agora, ánima mía, cuán obligada estás al divino amor por haberte Dios amado tanto antes que tú le pudieses querer bien. Mide esas dos horas que ha que comenzaste a ser con la eternidad de Dios, en la cual te ama. Mil años son en el divino acatamiento como el día de ayer, que acabó de pasar. Compara unas cosas con otras, y hallarte has corrida y vencida, y pluguiese a Dios que entrases en la ley de las vencidas, que son aprisionadas debajo del poder del vencedor. Pluguiese a Dios que te hallases tan atada y vencida, que quedases presa en el amor del que tanto te amó en su eternidad, para que fueses libre de aquellas cadenas de fuego en que serán aprisionados todos los pecadores de la tierra.

Nunca, Señor, por desagradecidos que nos conociste, te arrepentiste por habernos hecho bien ni volviste atrás en tu misericordia; porque, como dice el Apóstol (Rom. 11,29), *sin arrepentimiento son tus dones...*» (cf. med.13: BAC, p.91-93).

B) Dones del Padre a Cristo

a) Grandeza del amor de Dios al hombre 1302

«Si después de contemplar la antigüedad y eternidad del amor con que me preveniste, quiero considerar la grandeza de este amor, aquí en tal meditación, ¡oh buen Redentor y Señor mío!, se agotará todo entendimiento criado. No hay lengua que baste a decirlo, y tu apóstol San Pablo dice que *tu caridad excede a todo conocimiento y sentido* (Eph. 3,19), aunque sea el de los ángeles. ¿Pues qué hombres lo podrán explicar si los ángeles no lo alcanzan a conocer?

Algunos ignorantes y duros no acaban de caer en la cuenta de este amor. Porque como el amor de ellos nazca de la bondad y perfición de la cosa amada, porque el cebo del amor es la bondad y perfición de las cosas, siendo el hombre una criatura tan baja y tan imperfecta según el cuerpo, y según el alma un vaso de maldad, ¿qué amor se puede tener a criatura tan miserable? Y si también en especial consideran que tu divino amor no es ciego, ni apasionado,

ni antojadizo, y así creerán, errando, que es pequeño el amor que nos tienes, si piensan que nace de nosotros. Porque donde no hay ceguedad ni pasión en el que ama, y la cosa que se ha de amar es tan imperfecta, fea y miserable, ¿qué amor se le podrá tener? No es ésta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor, porque no nace, Señor, tu santo amor de la perfición que hay en nosotros, sino de lo que tú tienes que mirar en tu Eterno Padre.»

1303 b) GRANDEZA DE LOS DONES CONCEDIDOS A LA HUMANIDAD DE CRISTO

«Por lo cual, si quieres, ánima mía, considerar el amor que te tiene tu Redentor, toma este negocio de los primeros principios, considerando la grandeza de la perfición y gracias inestimables que por toda la Santísima Trinidad fué concedida a aquella santísima humanidad de tu esposo Jesucristo en el instante de su concepción. Allí le fueron concedidas tres gracias tan grandes, que cada una de ellas, en su manera, es infinita; conviene, a saber; la gracia de la unión divina; la gracia universal que se le dió, como a cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su ánima.

Diósele primero a aquella santa humanidad el ser divino, juntándola y poniéndola con la divina persona, de manera que a aquella humanidad se le dió el ser divino, y de tal suerte que podemos con verdad decir que aquel hombre es Dios e Hijo de Dios y que ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Dios. Esta gracia ya se ve ser infinita por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios, y por la manera que se da, que es la más estrecha que hay, que es por vía de unión personal, y así, Cristo no es dos personas, sino una persona y un supuesto infinito».

1304 c) CRISTO, PADRE UNIVERSAL DE TODOS LOS HOMBRES

«También se le dió a aquel nuevo hombre que fuese padre universal y causa de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud; de manera que en cuanto Dios es igual al Padre Eterno, y en cuanto hombre es príncipe y cabeza de todos los hombres; y conforme a este principado, se le dió la gracia infinita, para que de El, así como de una fuente de gracia o como de una mar de santidad, reciban la gracia todos los hombres, y El se llame Santo de los santos no solamente por ser el mayor de todos, sino por ser santificador de todos y como si dijéremos un tinte de santidad de donde ha de recibir este color y lustre todo el que ha de ser santo. Esta gracia también es infinita, porque es para toda generación, de manera que no tiene número de personas determinado, sino puede cuanto es de su parte multiplicarse en infinito; y para todo lo que en ello se multiplicare hay méritos y gracia en la bendita ánima de Jesucristo. Diósele particularmente otra gracia especial para la santificación y perfición de su vida, la cual también se puede

llamar infinita, porque tiene todo aquello que pertenece para el ser y condición de la gracia, sin que nada le falte y sin que nada se le pueda añadir. Diéronsele también en aquel punto de su santísima concepción todas las gracias *gratis datas* de hacer milagros y maravillas cuantas él quisiere. Diéronsele todas en sumo grado y perfición, porque ésta es aquella hermosa flor de hermosura donde se asentó la paloma blanca del Espíritu Santo, y tendidas las alas, la cubrió y extendió sobre ella toda su virtud y gracia cumplidamente. Este es el vaso de escogimiento donde se infundió aquel caudaloso río de todas las gracias con todas sus avenidas abundantísimamente, sin que ninguna gota quedase sin entrar en El. Aquí le hizo Dios el mayor beneficio que le pudo hacer y le dió todo cuanto pudo dar, porque aquí hizo lo último de potencia y gracia, dando todo lo que podía a aquella ánima dichosísima en aquel punto que fué criada.

Y sobre todo, le fué dado en aquel mismo punto que viese luego la esencia divina y conociese claramente la majestad y gloria del Verbo con que era ayuntada, y así viendo, fuese bienaventurada y llena de tanta gloria esencial cuanta tiene agora a la diestra del Padre.

Si te pone admiración esta dádiva tan grande, junta con ella esta otra circunstancia maravillosa que hay en ella, y es que todo esto se dió de pura gracia, ante todo merecimiento, antes que aquella bendita ánima pudiese haber hecho obra meritoria alguna por donde lo pudiese merecer...» (cf. med.14: BAC, p.93-95).

C) El agradecimiento de Cristo redunda en los hombres 1305

«Recoge, pues, agora tus pensamientos, ánima mía, entra dentro de ti misma, y en silencio y soledad pasa adelante y considera la parte que te cabe de tan grandes riquezas como éstas. Dime, cuando aquella ánima santísima de Jesucristo, en aquel dichoso punto que fué criada, abrió los ojos y se vió tal cual se vió y conoció de cuyas manos le venía tanto bien, y como el que nace rey y no lo ganó por su lanza, y se hallase con el principado de todas las criaturas y viese arrodilladas delante de sí a todas las jerarquías del cielo, que en aquel dichoso punto le adoraron, como dice el Apóstol, ¡dime si es posible decirse con qué amor amaría esta tal ánima al que así quiso glorificarla! ¡Con qué deseos codiciaría que se le ofreciese algo en que poder agradar y servir a tal dador! ¿Hay algunas lenguas de serafines ni querubines que esto puedan decir? Pues añado más: que a este deseo le fué dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este negocio se encargase por la honra y obediencia suya, y que tomase a pechos esta empresa tan gloriosa y no descansase hasta salir al cabo con ella, y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas para obrar es por amor, porque todas ellas obran por amor de algún fin que desean, cuyo amor concebido

en sus entrañas les hace trabajar; y por tanto, pues, el Hijo de Dios humanado había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, menester era que los amase con tanto amor y deseo, que por amor de verlos remediados y restituídos en su primera gloria se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario. Después que conoció esto aquel ánimo tan generoso, deseoso de agradar al Eterno Padre con linaje de inefable amor, revolvió hacia los hombres para amarlos y abrazarlos por aquella obediencia del Padre...

¡Oh amor divino!, que saliste de Dios y bajaste al hombre y volviste a Dios, porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios, y en tanta manera lo amaste, que quien considera este amor no se puede defender de tu amor, porque hace fuerza a los corazones, como dice tu santo Apóstol (2 Cor. 5,14): *La caridad de Cristo nos hace fuerza*» (cf. med.15: BAC, p.96-97).

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

La devoción al Sagrado Corazón

Incluímos una relación de textos de la encíclica *Haurietis aquas*, de Su Santidad Pío XII, sobre el culto y devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

A) Hay cristianos que consideran el culto al Sagrado Corazón de ninguna o poca utilidad, cosa de mujeres, falto de acción intensa 1306

«Es muy doloroso comprobar que en el pasado y en nuestros días algunos cristianos no tienen este nobilísimo culto en el honor y estima debidos, y a veces ni aun los que se dedican animados de celo sincero por la religión católica y por la propia perfección...

Porque no faltan quienes, confundiendo o equiparando la índole primaria de este culto con las diversas formas de devoción que la Iglesia aprueba y favorece, pero que no prescribe, lo tienen como una añadidura que cada uno puede practicar a voluntad, y hay también algunos que consideran oneroso este culto y aun de ninguna o poca utilidad, en especial para los militantes del reino de Dios, que se empeñan en consagrar lo mejor de sus energías, de sus recursos y de su tiempo a la defensa de la verdad católica para enseñarla y propagarla y para difundir la doctrina social católica fomentando prácticas religiosas y obras que juzgan más necesarias en nuestros días.

Por último, hay quienes creen que este culto, lejos de ser un poderoso medio para establecer y renovar las costumbres cristianas en la vida individual y familiar, lo consideran como una devoción sensible no informada en altos pensamientos y afectos y, por lo tanto, más propia de mujeres que de personas cultas.

Además, otros, al considerar que esta devoción pide penitencia, expiación y otras virtudes, sobre todo las qué se llaman *pasivas*, porque no producen frutos externos, no la creen a propósito para volver a encender la piedad, que debe tender cada vez más a la acción intensa, encaminada al triunfo de la fe católica y a la valiente defensa de las costumbres cristianas, las cuales hoy, como todos lo saben, fácilmente se ven inficionadas por el indiferentismo, que no reconoce ningún criterio para distinguir lo verdadero de lo falso en el modo de pensar y de obrar, y se ven lamentablemente afeadas por los principios del materialismo ateo y del laicismo».

1307 *B) Pero los papas han visto en él un remedio a los males presentes, que trae innumerables frutos de salvación*

«¿Quién se atreverá a llamar inútil o menos acomodada a nuestros tiempos esta devoción que nuestro predecesor, de imperecedera memoria, León XIII llamó «estimadísima práctica religiosa» y en la que vió un poderoso remedio para los mismos males que en nuestros días, de manera más aguda y con más extensión, aquejan a los individuos y a la sociedad?...

Ni menos digno de aprobación y acomodado para fomentar la piedad cristiana lo juzgó nuestro inmediato predecesor, de feliz memoria, Pío XI, que en su encíclica *Miserentissimus Redemptor* escribía: «¿No están acaso contenidos en esa forma de devoción el compendio de toda la religión y aun la norma de vida más perfecta, como quiera que guía más suavemente las almas al profundo conocimiento de Cristo Señor nuestro y con mayor eficacia las mueve a amarle más apasionadamente y a imitarle más de cerca?»

Nos, por nuestra parte, en no menor grado que nuestros predecesores, hemos aprobado y aceptado esta sublime verdad; y cuando fuimos elevados al sumo pontificado, al contemplar el feliz y triunfal progreso del culto al Sagrado Corazón de Jesús entre el pueblo cristiano, sentimos nuestro ánimo lleno de gozo y nos regocijamos por los innumerables frutos de salvación que había producido en toda la Iglesia, sentimientos que nos complacimos en expresar ya en nuestra primera encíclica (cf. *Summi Pontificatus*, 20 octubre 1939: AAS 31 [1939] p.415). Estos frutos, a través de los años de nuestro pontificado—lleno no sólo de calamidades y angustias, sino también de inefables consuelos—no se mermaron ni en número, ni en eficacia, ni en hermosura, sino más bien se aumentaron».

1308 *C) Dos motivos por los que la Iglesia tributa el culto de latría al Corazón de Jesús*

«Para poder comprender mejor la fuerza que con relación a esta devoción encierran algunos textos del Antiguo y Nuevo Testamento, hay que entender bien el motivo por el cual la Iglesia tributa al Corazón del divino Redentor el culto de latría. Tal motivo, como bien sabéis, venerables hermanos, es doble: el primero, que es común también a los demás miembros adorables del cuerpo de Jesucristo, se funda en el hecho de que su corazón, siendo una parte nobilísima de la naturaleza humana, está unido hipostáticamente a la persona del Verbo de Dios encarnado. Se trata, pues, de una verdad de fe católica, que fué solemnemente definida en el concilio ecuménico de Efeso y en el segundo de Constantinopla (cf. *Conc. Ephes.* can.8; cf. MANSI, *Sacrorum Conciliorum Ampliss. Collectio* IV 1083 C; *Conc. Const. II* can.9; cf. ibid., IX 382 E). El otro motivo pertenece de manera especial al Corazón del divino Redentor, y, por lo mismo, le confiere un título del todo propio para recibir el culto de latría. Proviene de que su corazón, más que ningún otro miembro de su cuerpo, es el índice natural o el símbolo de su inmensa caridad hacia el género humano.

Es indudable que en los libros sagrados nunca se hace mención cierta de un culto de especial veneración y amor tributado al corazón físico del

Verbo encarnado por su prerrogativa de símbolo de su encendidísima caridad. Pero este hecho, que hay que reconocer abiertamente, no nos ha de admirar ni nos ha de hacer dudar en modo alguno de que la caridad divina hacia nosotros—razón principal de este culto—la exaltan tanto el Antiguo como el Nuevo Testamentos con imágenes sumamente conmovedoras».

D) El amor del Verbo encarnado a su Padre y a los hombres no fué únicamente espiritual, sino de verdadero afecto humano 1309

«Pero a fin de que podáis, cuanto es dado a los hombres mortales, *comprender con todos los santos cuál es la anchura y longura, la alteza y profundidad* (cf. Eph. 2,4), de la arcana caridad del Verbo encarnado a su Padre celestial y a los hombres manchados con tantas culpas, conviene tener bien presente que su amor no fué únicamente espiritual, como conviene a Dios, puesto que *Dios es espíritu* (Io. 4,24).

Al contrario, el amor que brota del Evangelio, de las epístolas de los apóstoles y de las páginas del Apocalipsis, donde se describe el amor del Corazón de Jesús, no comprende solamente la caridad divina, sino que se extiende también a los sentimientos del afecto humano».

E) Como nos lo dice la fe católica, solemnemente confirmada por los Romanos Pontífices y concilios 1310

«Para todo el que hace profesión de fe católica esta verdad es indiscutible. En efecto, el Verbo de Dios no ha tomado un cuerpo ilusorio y ficticio, como ya en el primer siglo de la era cristiana osaron afirmar algunos herejes... Sino que El ha unido a su divina persona una naturaleza humana individua, íntegra y perfecta, concebida en el seno purísimo de María Virgen por virtud del Espíritu Santo (Lc. 1,35). Nada, pues, faltó a la naturaleza humana asumida por el Verbo de Dios, en verdad. El la posee sin ninguna disminución, sin ninguna alteración, tanto en los elementos constitutivos espirituales como en los corporales, conviene a saber: dotada de inteligencia y de voluntad y demás facultades cognoscitivas internas y externas; dotada igualmente de las potencias afectivas sensitivas y de sus correspondientes pasiones. Esto es lo que enseña la Iglesia católica, que lo ha sancionado y solemnemente confirmado por los Romanos Pontífices y los concilios ecuménicos: «Entero en sus propiedades, entero en las nuestras» (cf. S. Leo Magnus, *Epist. dogm., Lectis dilectionis tuae ad Flavianum Const. Patr.*, 13 iun a.449; cf. PL 54,763); «perfecto en la divinidad y El mismo perfecto en la humanidad» (cf. *Conc. Chalced.* a.451; cf. Mansi, o.c., VII 115 B.); «todo Dios (hecho) hombre, y todo el hombre (subsiste en) Dios» (cf. S. Gelasius Papa, tr.2: «Necessarium de duabus naturis in Christo»; cf. A. Thiel, *Epist. Rom. Pont.* a *S. Hilario usque ad Pelagium* II p.532).

1311 ***F) Con todo, la verdad de la unión hipostática y de la redención debe iluminar esta realidad del Corazón amoroso de Cristo***

«Con todo, el hecho de que el Verbo de Dios haya tomado una verdadera y perfecta naturaleza humana y haya plasmado y como modelado un corazón de carne que, no menos que el nuestro, fuese capaz de sufrir y de ser herido, este hecho, decimos, si no se le ve y se le considera a la luz que emana no sólo de la unión hipostática y sustancial, sino también de la verdad de la humana redención, que es, por decirlo así, el complemento de aquélla, podría parecer a algunos *escándalo* y *necedad*, como de hecho pareció a los judíos y gentiles *Cristo crucificado* (1 Cor. 1,23). Ahora bien: los símbolos de la fe, perfectamente concordes con las divinas Escrituras, nos aseguran que el Hijo unigénito de Dios tomó la naturaleza pasible y mortal con la mira puesta principalmente en el sacrificio cruento de la cruz, que El deseaba ofrecer con el fin de cumplir la obra de la salvación del hombre».

1312 ***G) Aunque la Escritura no nos describe el Corazón de Cristo, nos pone de relieve las conmociones sensibles con él relacionadas***

«Por más que los evangelistas y los demás escritores sagrados no nos describan abiertamente el Corazón de nuestro Redentor, no menos vivo y sensible que el nuestro, y las palpitaciones y estremecimientos debidos a las diversas conmociones y afectos de su alma y a la ardentísima caridad de su doble voluntad, sin embargo, frecuentemente ponen de relieve su divino amor y las conmociones sensibles con él relacionadas; el deseo, la alegría, la tristeza, el temor y la ira, según las expresiones de su mirada, palabras y gestos.

Y principalmente el rostro adorable de nuestro Salvador fué sin duda el índice y como el espejo fidelísimo de los afectos, que, conmoviendo en varios modos su ánimo, a semejanza de las olas que se entrechocan, llegaban a su Corazón santísimo y excitaban sus latidos.

A la verdad, vale también, a propósito de Jesucristo, cuanto el Doctor Angélico, amaestrado por la experiencia, observa en materia de psicología humana y de los fenómenos de ella derivados: «La turbación que la ira produce repercute en los miembros externos, y principalmente en aquellos en que se refleja más la influencia del corazón, como son los ojos, el semblante, la lengua» (cf. *Sum. Theol.* 1-2 q.48 a.4: BAC, t.2 p.316.).

1313 ***H) Por eso es considerado como índice y símbolo del amor divino, humano espiritual y humano sensible de Cristo***

«Con mucha razón, pues, es considerado el Corazón del Verbo encarnado como índice y símbolo del triple amor con que el divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres. Es ante todo símbolo

del divino amor, que en él es común con el Padre y el Espíritu Santo, y que sólo en El, como Verbo encarnado, se manifiesta por medio del caduco y frágil organismo humano, *ya que en él habita la plenitud de la Divinidad corporalmente* (Col. 2,9). Además, el Corazón de Cristo es símbolo de aquella ardentísima caridad que, infundida en su alma, constituye la preciosa dote de su voluntad humana y cuyos actos son dirigidos e iluminados por una doble y perfectísima ciencia, la beatífica y la infusa (cf. *Sum. Theol.* 3 q.9 a.1-3: BAC, t.4 p.905).

En fin, y esto más natural y directamente, el Corazón de Jesús es símbolo de su amor sensible, ya que el cuerpo de Jesucristo, formado en el seno castísimo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, supera en perfección, y, por ende, en capacidad perceptiva, todo otro organismo humano» (cf. ibid., 3 q.33 a.3; q.46 a.6: BAC, t.4 p.262 y 367).

I) El Sagrado Corazón de Jesús, símbolo de amor perfectísimo durante la vida terrena del Salvador 1314

«Ahora, venerables hermanos, para que de estas piadosas consideraciones podamos sacar abundantes y saludables frutos, bueno es meditar y contemplar brevemente los múltiples afectos humanos y divinos de nuestro Salvador Jesucristo, en los cuales durante el curso de su vida mortal participó su Corazón, y ahora sigue participando y no dejará de participar por toda la eternidad».

J) El Corazón de Jesús late de amor divino y humano en la Encarnación, en Nazaret y en la vida pública 1315

«El adorable Corazón de Jesús late de amor, al mismo tiempo humano y divino, desde que la Virgen María pronunció aquella palabra magnánima «Fiat», y el Verbo de Dios, como nota el Apóstol, al entrar en el mundo dijo: *Tú no has querido sacrificio ni ofrenda, mas a mí me has apropiado un cuerpo; holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces dije: Heme aquí que vengo, según está escrito de mí al principio del libro, para cumplir, ¡oh Dios!, tu voluntad... Por esta voluntad, pues, somos santificados por la oblación del cuerpo de Cristo hecha una sola vez* (Hebr. 10,5-7.10). De manera semejante palpita de amor su Corazón, en perfecta armonía con los afectos de su voluntad humana y con su amor divino, cuando en la casa de Nazaret mantenía aquellos celestiales coloquios con su dulcísima Madre y con su padre putativo, San José, a quien obedecía y con quien colaboraba en el fatigoso oficio de carpintero.

Este mismo triple amor movía su Corazón en sus continuas correrías apostólicas, cuando realizaba aquellos innumerables milagros, cuando resucitaba a los muertos o devolvía la salud a toda clase de enfermos, cuando sufría aquellos trabajos, soportaba el sudor, el hambre y la sed; en las velas nocturnas pasadas en oración a su Padre amantísimo; finalmente, en los discursos que pronunciaba y en las parábolas que proponía, especialmente en aquellas que tratan de la misericordia, como la de la dracma perdida, la de la oveja descarriada y la del hijo pródigo. En estas palabras y en estas

obras, como dice Gregorio Magno, se manifiesta el Corazón mismo de Dios: «Conoce el Corazón de Dios en las palabras de Dios, para que con más ardor suspires por las cosas eternas» (cf. *Registr. epistol.* VI ep.31 *ad Theodorum medicum:* PL 77,706).

1316 *K) Igualmente Jesús expresa el amor de su Corazón ante los que le siguen y ante los que le rechazan*

«De amor aún mayor latía el Corazón de Jesucristo cuando de su boca salían palabras que inspiraban amor ardentísimo. Así, para poner algún ejemplo, cuando al ver a las turbas cansadas y hambrientas dijo: *Me da compasión esta multitud de gentes* (Mc. 8,2), y cuando al divisar a Jerusalén, su ciudad predilecta, destinada a una fatal ruina por su obstinación en el pecado, exclamó: *Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que a ti son enviados. ¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos bajo las alas, y tú no has querido!* (Mt. 23,37). Su Corazón palpitó también de amor hacia su Padre, y de santa indignación cuando vió el comercio sacrílego que se hacía en el templo, e increpó a los violadores con estas palabras: *Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración; mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones* (Mt. 21,13)».

1317 *L) Pero particularmente palpitó de amor en la Pasión y en la Cruz*

«Pero particularmente latió de amor y de pavor su Corazón cuando vió inminente la hora de los cruelísimos padecimientos y cuando, experimentando una repugnancia natural a los dolores y a la muerte, exclamó: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz* (Mt. 26,39); palpitó con amor invicto y con amargura suma cuando al recibir el beso del traidor le dirigió aquellas palabras, que parecen la invitación última de su Corazón misericordiosísimo al amigo que con ánimo impío, infiel y obstinado le había de entregar a los verdugos: *Amigo, ¿a qué has venido aquí? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?* (Mt. 26,50; Lc. 22,48); palpitó de compasión y amor íntimo cuando dijo a las piadosas mujeres que lloraban su inmerecida condenación al suplicio de la cruz: *Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos..., pues si el árbol verde lo tratan de esta manera, ¿en el seco qué se hará?* (Lc. 23,28-31).

Finalmente, cuando el divino Redentor pendía de la cruz, sintió arder su Corazón con los más varios y vehementes afectos, esto es, con afectos de amor ardentísimo, de consternación, de misericordia, de deseo encendido, de paz serena; afectos claramente manifestados en aquellas palabras: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen* (Lc. 23,34); *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (Mt. 26,46); *En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc. 23,43); *Tengo sed* (Io. 19,28); *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*» (Lc. 23,46).

M) La Eucaristía, la Santísima Virgen y el sacerdocio: dones del Corazón amantísimo de Jesús 1318

«¿Quién podrá describir dignamente los latidos del Corazón divino, índices de su infinito amor, en aquellos momentos en que dió a los hombres sus más preciados dones, esto es, a sí mismo en el sacramento de la Eucaristía, a su Madre Santísima y la participación del oficio sacerdotal?

Aun antes de celebrar la última cena con sus discípulos, al pensar que iba a instituir el sacramento de su cuerpo y de su sangre, con cuya efusión se había de confirmar la nueva alianza, sintió su corazón agitado de intensa conmoción, que manifestó a sus apóstoles con estas palabras: *Ardientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros antes de mi pasión* (Lc. 22,15). Conmoción que, sin duda, fué aún más vehemente cuando *tomó el pan, dió gracias, lo partió y lo dió a ellos diciendo: «Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros; haced esto en memoria mía». Del mismo modo tomó el cáliz, después que hubo cenado, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que se derramará por vosotros»* (Lc. 22,19-20).

Con razón, pues, se puede afirmar que la divina Eucaristía, como sacramento que El da a los hombres y como sacrificio que El mismo continuamente inmola *desde el levante hasta el poniente* (Mt. 1,11), y también el sacerdocio, son, sin duda, dones del Sagrado Corazón de Jesús.

Don asimismo preciosísimo del mismo sacratísimo Corazón es, como indicábamos, la Santísima Virgen, Madre excelsa de Dios y Madre amantísima de todos nosotros. Era justo que el género humano tuviese por Madre espiritual a la que fué Madre natural de nuestro Redentor, asociada a El en la obra de regeneración de los hijos de Eva a la vida de gracia. A propósito de lo cual escribe de ella San Agustín: «Evidentemente es Madre de todos lo miembros del Salvador, que somos nosotros, porque con su caridad cooperó a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza» (cf. *De sancta virginitate* 6: PL 40,399).

N) También la Iglesia y los sacramentos son dones del Sagrado Corazón de Jesús 1319

«No cabe, pues, dudar de que el Sagrado Corazón de Jesús, tan íntimo partícipe de la vida del Verbo encarnado y por lo mismo asumido como instrumento conjunto de la divinidad, no menos que los demás miembros de su naturaleza humana, en la realización de las obras de la gracia y de la omnipotencia divina (cf. D. THOM., *Sum. Theol.* 3 q.19 a.1: BAC, t.4 p.166), es también símbolo legítimo de aquella inmensa caridad, que movió a nuestro Salvador a celebrar, con el derramamiento de su sangre, su místico matrimonio con la Iglesia: «Sufrió la pasión por amor a la Iglesia, que había de unir a sí como Esposa» (cf. *Sum. Theol., Suppl.* q.42 a.1 ad 3: BAC, t.5 p.196). Por tanto, del Corazón herido del Redentor nació la Iglesia, verdadera administradora de la sangre de redención, y del mismo fluye abundantemente la gracia de los sacramentos, en la cual los hijos de la Iglesia beben la vida sobrenatural, como leemos en la sagrada liturgia: «Del Corazón abierto nace la Iglesia desposada con Cristo... Tú, que del Corazón haces manar la gracia» (cf. *Hymm. ad vesp. festi Smi. Cordis Iesu).*

De este símbolo, que ni aun a los antiguos Padres y escritores eclesiásticos fué desconocido, el Doctor Común, haciéndose eco de ellos, escribe así: «Del costado de Cristo brotó agua para lavar y sangre para redimir. Por eso la sangre es propia del sacramento de la Eucaristía; el agua, del sacramento del Bautismo, el cual, sin embargo, tiene fuerza para lavar en virtud de la sangre de Cristo» (cf. *Sum. Theol.* 3 q.66 a.3 ad 3: BAC, t.4 p.529). Lo que aquí se afirma del costado de Cristo, herido y abierto por el soldado, hay que aplicarlo a su Corazón, al cual, sin duda, llegó el golpe de la lanza, asestado precisamente por el soldado para que constase de manera cierta la muerte de Jesucristo. Por esto, durante el curso de los siglos, la herida del Corazón Sacratísimo de Jesús, muerto ya a esta vida mortal, ha sido la imagen viva de aquel amor espontáneo con que Dios entregó a su Unigénito por la redención de los hombres, y con el cual Cristo nos amó a todos tan ardientemente, que se inmoló a sí mismo como hostia cruenta en el Calvario: *Cristo nos amó y se ofreció a sí mismo a Dios en oblación y hostia de olor suavísimo*» (Eph. 5,2).

1320 *Ñ) El Sagrado Corazón de Jesús, símbolo de su triple amor a la humanidad en la vida gloriosa del cielo*

«Después que nuestro Salvador subió al cielo con su cuerpo glorificado y se sentó a la diestra de Dios Padre, no ha cesado de amar a su Esposa, la Iglesia, con aquel amor inflamado que palpita en su Corazón. Lleva en sus manos, en sus pies y en su costado las esplendentes señales de sus heridas, trofeos de su triple victoria: contra el demonio, contra el pecado y contra la muerte. Y lleva en su Corazón, como en preciosísima arca, aquellos inmensos tesoros de méritos, frutos de la triple victoria, que con largueza distribuye al género humano. Es ésta una verdad consoladora, enseñada por el Apóstol de las Gentes, cuando escribe: *Al subirse a lo alto, llevó consigo cautiva a una grande multitud de cautivos y derramó sus dones sobre los hombres... El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos, para dar cumplimiento a todas las cosas*» (Eph. 4,8.19).

1321 *O) Los dones del Espíritu Santo son también dones del Corazón adorable de Jesús*

«La efusión del Espíritu Santo a los discípulos es la primera y espléndida señal de su amor munífico, después de su subida triunfal a la diestra del Padre. A los diez días, el Espíritu Paráclito, dado por el Padre celestial, bajó sobre ellos, que estaban reunidos en el Cenáculo, según la promesa que les hiciera en la última cena: *Yo rogaré al Padre y os dará otro consolador para que esté con vosotros eternamente* (Io. 14,16). El cual Espíritu Paráclito, siendo, como es, el amor mutuo personal, con el cual el Padre ama al Hijo y el Hijo al Padre, es enviado por ambos, y bajo forma de lenguas de fuego infunde en el alma de los discípulos la abundancia de la caridad divina y de los demás carismas celestiales. Esta infusión de la caridad divina brotó también del Corazón de nuestro Salvador, *en el cual están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (Col. 2,3).

Esta caridad es, por tanto, don del Corazón de Jesús y de su Espíritu. A este común Espíritu del Padre y del Hijo se debe el nacimiento y la pro-

pagación admirable de la Iglesia en medio de todos los pueblos paganos, contaminados por la idolatría, el odio fraterno, la corrupción de costumbres y la violencia.

Esta divina caridad, don preciosísimo del Corazón de Cristo y de su Espíritu, es la que dió a los apóstoles y a los mártires aquella fortaleza con que lucharon hasta una muerte heroica para predicar la verdad evangélica y testimoniarla con su sangre; ella es la que dió a los doctores de la Iglesia aquel celo intenso por ilustrar y defender la fe católica; la que alimentó las virtudes en los confesores y los excitó a llevar a cabo obras admirables y utilísimas, por la propia santificación y por la salud eterna y temporal de los prójimos, y, finalmente, la que persuadió a las vírgenes a que espontánea y alegremente renunciaran a los goces de los sentidos y se consagrasen enteramente al amor del Esposo celestial.

A esta divina caridad, que redunda del Corazón del Verbo encarnado y se difunde por obra del Espíritu Santo en las almas de todos los creyentes, el Apóstol de las Gentes entonó aquel himno de victoria que ensalza a un tiempo el triunfo de Jesucristo Cabeza y el de los miembros de su Cuerpo místico sobre cuantos de alguna manera obstaculizan el establecimiento del reino divino del amor entre los hombres: *¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿O la angustia? ¿O el hambre? ¿O la desnudez? ¿O el riesgo? ¿O la persecución? ¿O el cuchillo?... Pero en todas estas cosas triunfamos por virtud de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo nuestro Señor* (Rom. 8,35.37-39)».

P) Debemos, por tanto, adorar al Corazón de Cristo, como símbolo de la caridad del Redentor 1322

«Nada, por tanto, prohibe que adoremos el Corazón Sacratísimo de Jesucristo en cuanto es partícipe y símbolo natural y sumamente expresivo de aquel amor inexhausto en que arde el divino Redentor aún hoy para con los hombres. Aun cuando ya no está sometido a las perturbaciones de esta vida mortal, sin embargo, vive y palpita y está unido de modo indisoluble con la persona del Verbo divino, y en ella y por ella, con su divina voluntad. Sobreabundando el Corazón de Cristo de amor divino y humano, y siendo inmensamente rico con los tesoros de todas las gracias que nuestro Redentor adquirió con su vida, sus padecimientos y su muerte, es, sin duda, una fuente perenne de aquella caridad que su Espíritu infunde en todos los miembros de su Cuerpo místico».

Q) No es, pues, ésta una forma cualquiera de piedad 1323

«A la verdad, si se ponderan debidamente los argumentos sobre los que se funda el culto al Corazón herido de Jesús, todos verán claramente que aquí no se trata de una forma cualquiera de piedad, que uno pueda posponer a otras o tenerla en menos, sino de una práctica religiosa sumamente apta para conseguir la perfección cristiana. Si «la devoción—según el con-

cepto teológico tradicional, expresado por el Doctor Angélico—no es otra cosa que la voluntad pronta de dedicarse a cuanto se relaciona con el servicio de Dios» (cf. *Sum. Theol.* 2-2 q.82 a.1: BAC, t.3 p.533), ¿puede haber servicio divino más debido y más necesario, y al mismo tiempo más noble y suave que el que se presta a su amor? ¿Qué cosa puede haber más grata y acepta a Dios que el servicio que se hace a la caridad divina y que se hace por amor, siendo todo servicio voluntario, en cierto modo, un don, y constituyendo el amor «el don primero y origen de todos los dones gratuitos»? (cf. ibid., 1 q.38 a.2: BAC, t.1 p.282). Es digna, pues, de sumo aprecio una forma de culto, mediante la cual el hombre honra y ama más a Dios y se consagra con mayor facilidad y libertad a la caridad divina; forma de culto que nuestro mismo Redentor se dignó proponer y recomendar al pueblo cristiano y los Sumos Pontífices han confirmado con memorables documentos y han enaltecido con grandes alabanzas. Por eso, quien tuviere en poco este insigne beneficio que Jesucristo ha dado a su Iglesia, procedería temeraria y perniciosamente y ofendería al mismo Dios...

Tengan, pues, todos la firme persuasión de que en el culto al augustísimo Corazón de Jesús lo más importante no son las prácticas externas de piedad, y que el motivo principal de abrazarlo no ha de ser la esperanza de los beneficios que Cristo Nuestro Señor ha prometido en revelaciones privadas, precisamente para que los hombres cumplan con más fervor los principales deberes de la religión católica, a saber, el deber del amor y el de la expiación, y así obtengan también, de la mejor manera, su propio provecho espiritual».

1324 *R) Exhorta el Papa a practicar esta devoción, tan acreditada en la Iglesia por tantos títulos*

«Exhortamos, pues, a todos nuestros hijos en Cristo a practicar con entusiasmo esta devoción, tanto a los que ya acostumbran a beber las aguas saludables que manan del Corazón del Redentor, como, sobre todo, a los que, a guisa de espectadores, miran de lejos, con curiosidad y duda. Consideren éstos con atención que se trata de un culto, como ya dijimos, desde hace tiempo arraigado en la Iglesia, y que se apoya sólidamente en los mismos Evangelios; un culto en cuyo favor está claramente la tradición y la sagrada liturgia, y que los mismos Romanos Pontífices han ensalzado con muchas y grandes alabanzas, pues no se contentaron con instituir una fiesta en honor del Corazón del Redentor y extenderla a toda la Iglesia, sino que tomaron la iniciativa de dedicar y consagrar con rito solemne todo el género humano al mismo Sacratísimo Corazón (cf. LEO XIII, enc. *Annum Sacrum:* «Acta Leonis», vol.19 [1900] p.71 ss.: *Decr. S. C. Rituum,* 28 iun. 1899, *in Decr. Auth.*, III n.3712; PIUS XI, *Miserentissimus Redemptor:* AAS [1928] p.177; *Decr. S. C. Rit.*, 29 ian. 1929: AAS 21 [1929] p.77). Consideren, finalmente, los frutos copiosos y consoladores que la Iglesia ha recogido de esta devoción: innumerables conversiones a la religión católica, la fe de muchos reavivada, la unión más estrecha de los cristianos con nuestro amantísimo Redentor; frutos que, sobre todo en estos últimos decenios, se han observado con mayor frecuencia y esplendidez».

S) *Y propone el culto al Sagrado Corazón como lábaro de salvación para el mundo de hoy* 1325

«A la vista de tantos males como, hoy más que nunca, trastornan profundamente a los individuos, las familias, las naciones y el orbe entero, ¿dónde, venerables hermanos, hallaremos un remedio eficaz? ¿Podremos encontrar alguna devoción que aventaje al culto augustísimo del Corazón de Jesús, que responda mejor a la índole propia de la fe católica, que satisfaga con más eficacia las necesidades actuales de la Iglesia y del género humano? ¿Qué homenaje religioso más noble, más suave y más saludable que este culto que se dirige todo a la caridad misma de Dios? (cf. *Miserentissimus Redemptor:* AAS 20 [1928] p.166). Por último, ¿qué puede haber más eficaz que la caridad de Cristo—que la devoción al Sagrado Corazón promueve y fomenta cada día más—para estimular a los cristianos a practicar en su vida la ley evangélica, sin la cual no es posible que haya entre los hombres paz verdadera, como claramente enseñan aquellas palabras del Espíritu Santo: *Obra de la justicia será la paz?* (Is. 32,17).

Por lo cual, siguiendo el ejemplo de nuestro inmediato antecesor, queremos recordar de nuevo a todos nuestros hijos en Cristo la exhortación que León XIII, de feliz memoria, al expirar el siglo pasado, dirigió a todos los cristianos y a cuantos se sentían sinceramente preocupados por su propia salvación y por la salud de la sociedad civil: «Ved hoy ante vuestros ojos un segundo lábaro consolador y divino: el Sacratísimo Corazón de Jesús..., que brilla con refulgente esplendor entre las llamas. En El hay que poner toda nuestra confianza; a El hay que suplicar y de El hay que esperar nuestra salvación» (cf. *Annum Sacrum:* «Acta Leonis», vol.19 [1900] p.79; enc. *Miserentissimus Redemptor:* AAS 20 [1928] p.167).

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. LA LLAGA DEL COSTADO

Los estudios modernos realizados sobre la Santa Sábana de Turín han arrojado mucha luz sobre la llaga infligida al Corazón de Cristo por la lanza del soldado. Recogemos por su interés un brevísimo extracto de las experiencias del profesor Barbet, cirujano de los hospitales de París (cf. *Las llagas de Jesús y el Santo Sudario:* Bibl. Sindon., n.9, Barcelona 1953).

1326

A) La posición

«El Santo Sudario evidencia la huella de esta llaga claramente en el lado izquierdo, lo que significa, estando las improntas invertidas, que el cadáver la había recibido en el derecho.

Es curioso que a pesar del prejuicio corriente que coloca el corazón en el lado izquierdo (mientras es solamente la punta la que en él golpea), nadie me ha contradicho nunca en cuanto a la cuestión del lado. Por lo demás, nunca se ha objetado el hecho de los estigmatizados. San Francisco, es verdad, tenía su llaga a la derecha; pero después de él numerosos estigmatizados han tenido sus heridas a la izquierda; Teresa Neumann, por ejemplo. Evidentemente, esta diferente localización del costado es más clara que en las manos; se han buscado explicaciones... que no explican nada. Por ejemplo, ésta: el estigmatizado, en este caso, tendría la llaga en el lado en que se encontraba estando de frente a la llaga de Jesús, a quien contemplaba. Más bien que adelantar teorías tan científicas, prefiero confesar que esto sobrepasa el campo de la ciencia y respetar el misterio de dichos fenómenos. Por lo demás, esto viene a reforzar la opinión que he expuesto a propósito de las manos: los estigmas tienen un significado puramente místico, y de ningún modo pueden pretender ser una reproducción más o menos exacta de las cinco llagas de la Pasión.

Sobre la imagen anterior del Sudario se ve en el lado izquierdo (por consiguiente, en el lado derecho del cadáver) un enorme flujo de sangre, en parte oculto sobre el borde externo por una pieza de tela cosida después del incendio de 1532 por las Clarisas de Chambéry. Se extiende hacia arriba al menos con una anchura de seis centímetros, y desciende, dividiéndose y ondulando, sobre alrededor de 15 centímetros de altura. Su margen interior está caprichosamente entrecruzado por líneas curvas, que apenas pueden explicarse en un flujo de sangre que se hubiese deslizado sobre un cadáver en posición vertical; por otra parte, no se extiende de un modo homogéneo y presenta algunas lagunas...» (cf. o.c., p.75-76).

B) Caracteres 1327

«La mancha sobre el Santo Sudario, vista en pleno día, resalta por su color rojizo, como todas las manchas de sangre, sobre el conjunto de la imagen, que tiene color parduzco. Corresponde exactamente a una eclosión importante de sangre, en parte caída en tierra, y en parte coagulada en el contacto con la piel, en zonas sucesivas. La parte superior del coágulo, la más cercana a la llaga, es más espesa y la más ancha, porque el chorro es importante: esto, como hemos dicho, lo conocen bien los cirujanos. Lo contrario se verifica cuando la sangre, saliendo en cantidad discreta, se para en su descenso y se acumula al topar con un obstáculo... En la parte superior se distingue netamente, así sobre el original como sobre las fotografías, una parte ovalada de gran eje transversal un poco oblicua hacia afuera y hacia arriba, que demuestra claramente ser la señal de la herida del costado, de donde manó la sangre. Esta herida mide 4,4 centímetros en su parte más ancha y 1,5 de altura» (cf. o.c., p.77).

C) Cómo fué la lanzada 1328

«La lanza se ha deslizado sobre la sexta costilla, ha perforado el quinto espacio intercostal y penetrado en su hondo, encontrando la pleura y el pulmón. Si el soldado de quien habla San Juan hubiese dado una lanzada en una dirección casi vertical, en primer lugar habría perforado con mucha dificultad el espacio intercostal; luego, la punta se hubiera perdido en el pulmón, de donde no habría podido brotar sangre sino de algunas venas pulmonares. Habría podido desprenderse sangre en pequeña cantidad, pero no agua. El líquido pleural, suponiendo que lo hubiera, debía estar acumulado en la parte inferior, hacia detrás, por debajo del nivel de la llaga. Me refiero, naturalmente, al hidrotórax, líquido de trasudación pléurica de origen agónico presente aun en el pericardio. La hipótesis de una pleuresía tuberculosa, emitida en el libelo *La folie de Jésus*, escrito desgraciadamente por un médico, a quien no haré el honor de nombrar ni siquiera como reclamo póstumo, queriendo ser una agudeza blasfema, es tan sólo una vulgaridad ridícula que no se puede sostener.

La lanzada fué, pues, oblicua y muy próxima a la horizontal, lo cual es fácil de realizar, porque, según opino, la cruz no era muy alta; si superaba los dos metros, cosa que no pienso verosímil, era necesario un hombre a caballo para asestar el golpe. Pero los verdugos y guardianes, y hasta quizás los soldados enviados por Pilatos para el *crurifragium* eran todos soldados de infantería y el centurión un oficial también de a pie. Con la cruz baja, de dos metros, un soldado tenía solamente que alzar los brazos en la posición de «en parada», como se dice en la esgrima a la bayoneta, para asestar correctamente el lanzazo.

Es hasta probable que este golpe a la derecha, en el corazón, siempre mortal, fuera clásico y se aprendiera en las legiones romanas, por hallarse, además, el lado izquierdo normalmente protegido por la adarga.

Encuéntrase en César *(De bello Gallico* l.1,25,6; l.7,50,1; *De bello civili* l.3,86,3) la expresión *latus apertum*, costado descubierto, para designar el costado derecho. Farabeu nos enseña que los golpes asestados en los espacios intercostales, a lo largo del borde derecho del esternón, son irremediables,

porque abren la pared muy delgada de la aurícula derecha. Y esto sigue siendo verdad aún hoy, a pesar de la intervención quirúrgica inmediata. Así las cosas, la punta se dirige con naturalidad a través de la parte anterior, delgada, del pulmón derecho y por un trayecto de ocho centímetros de anchura, según las radiografías, alcanza el borde derecho del corazón envuelto en el pericardio.

Ahora bien—aquí el nudo de la cuestión—, la parte del corazón, que sobrepasa la derecha del esternón, es la aurícula derecha. Y esta aurícula, prolongada hacia arriba por la vena cava superior y hacia abajo por la vena cava inferior, se halla siempre, en el cadáver, llena de sangre líquida.

Jesús—lo dice el texto evangélico—bien muerto estaba en el momento de la lanzada. Parece, por otra parte, que San Juan se da cuenta admirablemente de la importancia de este hecho, cuando añade con insistencia significativa que recuerda las primeras líneas de su Evangelio: *Y quien lo ha visto* (Io. 19,35) *ha dado testimonio y su testimonio es verdadero. Y Aquél* (Jesús) *sabe que dice la verdad, para que también vosotros credís.* Como comenta Lagrange, el vocablo *ille*, en griego *ekeinos*, señala al Señor, que Juan cita como testigo en apoyo de su veracidad.

Si la lanzada hubiera sido en el lado izquierdo hubiera atravesado los ventrículos, exangües en el cadáver, y no hubiera manado sangre, sino únicamente agua, como veremos. Pero tanto el Sudario como la tradición localizan la herida en el lado derecho» (cf. o.c., p.81-85).

1329

D) La sangre

«En una serie de cadáveres repetí diversas experiencias. Ante todo, tomé una larga aguja y la monté sobre una buena jeringa. Señalé el nivel de la llaga, hundí la aguja en el quinto espacio derecho intercostal, hiriendo hacia dentro, hacia arriba y un poco hacia atrás. Entre los 9-10 centímetros entré en la aurícula derecha y, al aspirar, llené la jeringa de sangre líquida. Mientras atravesaba el pulmón, la aspiración no aportaba ningún líquido ni sangre ni agua.

A continuación hundí, en las mismas condiciones, un ancho cuchillo de amputar. A la misma profundidad abrí la aurícula derecha y la sangre corrió a lo largo de la hoja, a través del orificio horadado en el pulmón. Todas mis experiencias fueron practicadas sobre cadáveres, pasadas ya las veinticuatro horas de su defunción, según reglamenta la ley, y han sido seguidas, naturalmente, de la disección» (cf. ibid.).

1330

E) El agua

«Si la sangre procede con toda naturalidad del corazón o no puede proceder más que de allí en tal cantidad, el agua ¿de dónde procede?

Había notado, en mis primeras necropsias, que el pericardio contenía siempre cierta cantidad de serosidad (hidropericardio) suficiente para que se la vea correr a la incisión de su hoja parietal. En algunos casos, el líquido era, incluso, muy abundante.

Tomé nuevamente la jeringa, pero adentrando la aguja muy lentamente y aspirando de modo continuo. Así pude sentir la resistencia del pericardio

fibroso; tan pronto lo hube perforado, aspiré una notable cantidad de serosidad. Luego, prosiguiendo la aguja su camino, aspiré sangre de la aurícula derecha. De nuevo con mi cuchillo, y hundiéndolo con las mismas precauciones, pude comprobar el derrame de serosidad primero, y luego, al proseguir hundiéndolo, de sangre.

Finalmente, si se hunde el cuchillo con violencia, se ve que sale un gran flujo de sangre; pero se puede también distinguir en los bordes una cantidad menos importante de serosidad pericárdica.

El agua era, pues, líquido pericárdico. Y puede suponerse que tras una agonía excepcionalmente penosa como fué la del Salvador el hidropericardio debió ser particularmente abundante, lo suficiente para que San Juan, testigo ocular, pudiera ver claramente brotar sangre y agua. La serosidad no podía ser para él más que agua, según sus apariencias. Como en el cuerpo no hay más agua que la de las serosidades, no puede tratarse de agua pura. Además, nosotros mismos hablamos de hidropericardio; esto es, agua contenida en el pericardio».

II. ESTIGMAS DE SANTOS

A) El primer estigmatizado 1331

He aquí cómo CELANO relata la impresión de las llagas de San Francisco de Asís, el primer estigmatizado de la historia (cf. *Escritos completos de San Francisco de Asís y biografías de su época:* BAC, p.347 ss.).

«Veíanse las manos y los pies traspasados en su mitad o centro y las cabezas de los clavos aparecían en la parte interior de la mano y en la superior de los pies, y sus puntas en la parte opuesta. Las señales de la palma de las manos eran redondas y por encima puntiagudas, de modo que se advertían algo más carnosas, como si las puntas salientes de los clavos hubieran sido retorcidas y machacadas sobresaliendo del resto de la carne. En idéntica forma estaban impresas las señales en los pies y más prominentes que lo restante. El costado derecho estaba atravesado como por una lanza, por cuya cicatriz abierta derramaba muchas veces sangre tan abundante, que llegaba en ocasiones a teñir la túnica y aun los paños menores. ¡Oh, y cuán pocos, mientras vivió el crucificado servidor de Dios, merecieron ver la sagrada llaga del costado! ¡Dichoso Elías, que en vida del Santo mereció contemplarla; y no menos feliz Rufino, que con sus propias manos llegó a tocarla! Pues como una vez dicho fray Rufino metiese la mano en el seno del santísimo Padre para restregarle, deslizósele un tanto hasta llegar al costado derecho, y entonces al acaso tocó aquella preciosa cicatriz. A cuyo tacto el siervo de Dios experimentó gravísimo dolor, y alejando la imprudente mano, pidió al Señor que le perdonara. Con extrema solicitud ocultaba estas cosas a los profanos, y tanto que aún las escondía a los más ellegados, de modo que los mismos religiosos que con él moraban y los compañeros devotísimos que siempre le seguían lo ignoraron por mucho tiempo».

1332

B) La revelación de Santa Gertrudis

Tomamos de la obra de JOHANNES M.ª HOCHT, *Los estigmatizados* (t.1 p.71 ss.), el relato de Santa Gertrudis.

«Siete años más tarde, antes del Adviento, por impulso vuestro, que sois la fuente de todo bien, una persona se había obligado a añadir por mí todos los días en su oración ante el crucifijo las siguientes palabras:« ¡Oh Señor, todo amor!, por vuestro corazón llagado, atravesad su corazón con las flechas de vuestro amor, de tal manera que no pueda contener nada terreno, sino que sea penetrado por la fuerza de vuestra divinidad». Movida por esta oración, como confío, el domingo (tercero de Adviento), en cuya misa se canta «Gaudete in Domino»: «Alegraos en el Señor»; en el momento mismo de acercarme al Sacramento me infundiste un deseo que me forzó a proferir estas palabras: «Aunque no soy digna de recibir ni siquiera el más mínimo de vuestros regalos, sin embargo, por los méritos y los votos de todos los presentes, imploro vuestra misericordia: atravesad mi corazón con la flecha de vuestro amor». Inmediatamente sentí que la fuerza de estas palabras tocaba vuestro divino corazón, así por la infusión de la gracia interior como por la señal manifiesta que mostrasteis en el cuadro de vuestra crucifixión.

Porque, como después de recibir el Sacramento de vida me retirara al lugar de oración, me pareció que de la llaga del costado derecho del crucifijo pintado en el trono salía como un rayo de sol penetrante como una flecha, que al principio parecía alargado y luego se encogía para volverse a alargar, halagando así apaciblemente mi alma durante cierto rato. Pero ni aun así quedaba colmado mi anhelo, hasta que el miércoles, en que después de la misa de los fieles se hace memoria de vuestra encarnación y predicación, a lo que no dejé de prestar oídos, de repente os aparecisteis, imprimiendo en mi corazón una llaga con estas palabras: «Aquí han de confluir las oleadas de todos tus sentimientos; todo tu goce, esperanza, alegría, dolor, temor y todos tus demás afectos han de consolidarse en mi amor».

Y cuán eficaces fueran estas efusiones de gracia se echa de ver, aunque no sea más que por una bella oración de acción de gracias posterior que repetía a menudo, alabando y glorificando a Dios por sus grandísimas gracias:

«De todos estos dones dos tengo en especial estima: el que hayáis impreso en mi corazón las augustas señales de vuestras saludabilísimas llagas *grabando además en él a vista de ojos y tan eficazmente la llaga del amor*. Pues, aunque no me hubierais dado nunca mayor consuelo interior ni exterior, con estos dos dones me habéis comunicado tal felicidad que, aunque hubiera de vivir mil años, sacaría de ello a cada hora más que suficiente consuelo, guía y materia de acción de gracias». Y en un fragmento posterior de esta oración en el que se acusa a sí misma de ingratitud por tan grandes dones recibidos—género de acusación humilde que se encuentra a menudo en los grandes santos—vuelve a hablar de su estigmatización «como del más gracioso atavío de mi interior mediante la impresión de vuestras sacratísimas llagas y la revelación de vuestros misterios, con lo que me habéis hecho gustar delicias del espíritu más suaves que todos los deleites corporales que hubiera podido encontrar si desde el principio hasta el fin hubiera recorrido el mundo...»

C) Las llagas de Santa Catalina de Siena 1333

«Catalina le refirió con todo detalle el emocionante suceso: «He visto, me contestó, cómo el Señor, clavado en cruz, bajaba de ella dirigiéndose hacia mí. Estaba envuelto en luz incomparable. Las intensas emociones de mi alma para ir prontamente a mi Creador hicieron levantar a mi cuerpo. Entonces vi brotar de sus cinco llagas espléndidos rayos que se dirigían a mis manos, pies y corazón. Comprendí el misterio y exclamé: Señor mío y Dios mío, os suplico, haced que mis llagas no aparezcan al exterior. Y en seguida se convirtió el rojo de sangre de los rayos en un color brillante: eran rayos de purísima luz, que penetraban en mis manos, pies y corazón».

A continuación le preguntó: «¿Así que ningún rayo fué a dar al lado derecho?» «No—repuso—, sino al izquierdo, exactamente sobre el corazón, porque el rayo que salía del costado derecho del Señor me cogió de lleno y no de lado». «¿Sentiste en ello algún dolor?» Catalina respondió después de lanzar un profundo suspiro: «El dolor que siento en los miembros, y sobre todo en el corazón, es tal, que, sin un nuevo milagro de Dios, me parece imposible poder vivir más tiempo» (cf. o.c., t.2 p.126).

D) Los estigmas de Teresa Neumann 1334

«Quien estreche por primera vez la mano de Teresa tendrá que vencer un cierto temor de tocar esa mano que tiene una especie de señal visible que se sabe ser un «estigma». Al principio, Teresa cubría su mano con un mitón, pero ahora enseña abiertamente los estigmas, vendándolos únicamente para protegerlos de la presión cuando va a trabajar, y no para evitar que el polvo penetre en ellos, ya que no tiene que temer que se le enconen.

Son heridas extraordinarias, reaccionan anormalmente: ni se curan ni supuran, resistiéndose a toda intervención médica, ya que empeoran si se les aplica cualquier medicación. Le duele sin cesar, y en ciertas épocas, y concretamente los viernes, en particular el Viernes Santo, sangran violentamente. Después, por sí solas, se recubren de una costra seca y limpia, hasta que con la misma espontaneidad vuelven a abrirse. A estas marcas especiales se las denomina «estigmas». Se dan sólo en los místicos católicos y en algunos de la Iglesia ortodoxa. Son representaciones, copias o símbolos de las heridas de Cristo crucificado.

Teresa los tiene en manos y pies y en el costado izquierdo, en la región del corazón. Estas heridas han sido examinadas muchas veces. Son auténticas heridas que afectan la piel y los tejidos subcutáneos. La del corazón es bastante profunda. No se ha medido aún su profundidad, pero puede ser deducida con aproximación de la profundidad de la impresión negativa que queda en el lienzo o apósito que, a veces, se introduce en la herida abierta y queda adherido tan fuerte que se hace necesario arrancarlo.

Parece evidente que el fondo de la herida se encuentra próximo al corazón, pues, al tocársela, Teresa siente fuertes dolores en aquel órgano. Los estigmas de la mano son cuadrangulares en el dorso de la mano, de aproximadamente un centímetro a centímetro y medio en cuadro. En la palma son redondos y algo más pequeños. Se corresponden directamente los del dorso y los de la palma de la mano, estando unidos al parecer de alguna manera, ya que son más duros al tacto que el resto de la mano. La sensación es como

si se tropezase con una sustancia cartilaginosa, observación que da motivo a afirmar que en la mano encierra una impresión de los clavos de la cruz» (cf. LUISA RINSER, *Konnersreuth* [ed. Dinor, San Sebastián 1955] p.80-82).

III. LAS REVELACIONES A SANTA MARGARITA MARIA DE ALACOQUE

1335 ### *A) Primera revelación (1673)*

«Es la fiesta del discípulo amado (27 diciembre 1673). Está Margarita en el coro bajo en presencia de su Amor sacramentado. El la hace reposar en su divino pecho, donde le descubre «todas las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Corazón sagrado, que siempre le había tenido ocultos hasta entonces cuando se le abrió por primera vez».

«Mi divino Corazón—le dice—está tan apasionado de amor a los hombres, en particular hacia ti, que, no pudiendo contener en él las llamas de su ardiente caridad, es menester que las derrame valiéndome de ti, y se manifieste a ellos para enriquecerlos con los preciosos dones que te estoy descubriendo...» Le pide en seguida su corazón y le introduce en el suyo, «en el que me lo hizo ver como un átomo que se consumía en aquella ardiente hoguera»; se convierte, a su contacto, en llama encendida, lo saca y se lo vuelve a colocar en su pecho «como una llama ardiente en forma de corazón». Este fuego le producirá toda su vida un violento dolor de costado, garantía de la verdad de la aparición. Durante muchos días queda Margarita como embriagada y toda abrasada de amor.

Seguía en su oficio de enfermera. Ahora la destinan sus superioras al pensionado en calidad de ayudante. Las catorce jóvenes de familias distinguidas que en él se educan pronto veneran también a su joven maestra como a una verdadera santa. Continúan entre tanto los divinos favores. Todos los primeros viernes se le presenta el Sagrado Corazón como un sol brillante, cuyos rayos ardorosos caen a plomo sobre su corazón. Parece que todo su ser va a quedar reducido a ceniza» (cf. P. JOSÉ M.ª SÁENZ DE TEJADA, S. I., *Vida y obras completas de Santa Margarita María de Alacoque* [Bilbao 1948] p.32).

1336 ### *B) Segunda revelación (1674)*

«El divino Corazón se me presentó en un trono de llamas, más esplendoroso que el sol y transparente como el cristal, con la llaga adorable, rodeado de una corona de espinas significando las punzadas producidas por nuestros pecados y una cruz en su parte superior...

El pensamiento de Jesucristo se va precisando; la devoción a su sagrado Corazón, que quiere difundir por todo el mundo, es como el último esfuerzo de su amor para abrasar el frío mundo. Será necesario en la nueva devoción venerar al Corazón divino bajo la forma de un corazón de carne; la llaga de la lanza estará bien visible, le rodearán llamas y le ceñirán las espinas, llevando en la parte superior una cruz. Los que honren en público

esta santa representación recibirán gracias muy especiales. Margarita deberá llevarla de continuo sobre su corazón. Poco a poco se aclararán estas promesas, y los rasgos todavía indecisos de la divina devoción se verán claros y de relieve» (cf. ibid., p.32-33).

C) *Tercera revelación (1674)* 1337

«Una vez entre otras, escribe la vidente, que se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento, después de sentirme retirada en mi interior por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, Jesucristo, mi amado Dueño, se presentó delante de mí todo resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y despidiendo de su sagrada humanidad rayos de luz de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecía un horno encendido, y, habiéndose abierto, me descubrió su amante y amable Corazón, vivo manantial de tales llagas.

Entonces me explicó las inexplicables maravillas de su puro amor, y hasta qué exceso había llegado su amor para con los hombres, de quienes no recibía sino ingratitudes.

Esta aparición es más brillante, más regia que las precedentes. Amante apasionado, se queja del desamor de los suyos, y, divino mendigo, nos tiende la mano el Señor para solicitar nuestro amor. Está atenta a mi voz, continúa Jesús, y le dirige varias peticiones:

«Primero me recibirás sacramentado tantas veces cuantas la obediencia quiera permitírtelo.

Comulgarás, además, todos los primeros viernes de cada mes.

Todas las noches del jueves al viernes haré que participes de aquella mortal tristeza que yo quise sentir en el huerto de los Olivos; tristeza que te reducirá a una especie de agonía más difícil de sufrir que la muerte. Para acompañarme en la humilde oración que hice entonces a mi Padre en medio de todas mis congojas, te levantarás de once a doce de la noche para postrarte durante una hora conmigo, el rostro en el suelo, tanto para calmar la cólera divina, pidiendo misericordia para los pecadores, como para suavizar, en cierto modo, la amargura que sentí al ser abandonado por mis apóstoles, obligándome a echarles en cara el no haber podido velar una hora conmigo; durante esta hora harás lo que yo te enseñaré»...

A todo esto, absorta Margarita en su larga oración, la tienen que hacer volver en sí las hermanas; la llevan a la superiora, la Madre De Saumaise, y cae temblorosa y conmovida de rodillas. La superiora la mortifica y humilla duramente. Mas ella cumple balbuceando las peticiones del Señor y se calla. La prudente superiora da un «no» tajante a todas ellas. Pero el mismo Jesucristo intervendrá directamente»... (cf. ibid., p.33-34).

D) *La gran revelación (1675)* 1338

«Es un día infraoctava del Corpus, probablemente el 16 de junio de 1675. La hermana Margarita María está ante Su Divina Majestad expuesto. De la blanca nube de los accidentes eucarísticos se adelanta radiante nuestro Señor Jesucristo, le descubre su divino Corazón y le dice con acento insinuante y amoroso ademán: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles

su amor, y que no recibe en reconocimiento de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este sacramento de amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. Por eso te pido que se dedique el primer viernes de mes después de la octava del Santísimo Sacramento a una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando ese día y reparando su honor con un acto público de desagravio, a fin de expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que he estado expuesto en los altares. Te prometo además que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que le den este honor y los que procuren le sea tributado».

«¿Cómo puedo cumplir estos encargos?» «Dirígete a mi siervo (el P. La Colombière) y dile de mi parte que haga cuanto pueda para establecer esta devoción y complacer así a mi Corazón divino; que no se desanime a causa de las dificultades que se le presenten y que no le han de faltar; pero debe saber que es omnipotente aquel que desconfía enteramente de sí mismo para confiar únicamente en mí» (cf. ibid., p.36-37).

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

Tema litúrgico:

La fiesta del Corazón de Jesús (1).

El Sagrado Corazón de Jesús:

El Corazón de Cristo (2).
Las dimensiones del Corazón de Cristo (3).
Gozo del Corazón de Jesús (4).
La correspondencia y la reparación (5).
Reparación al Sagrado Corazón (7).
El Corazón de Jesús, modelo de humildad y mansedumbre (8).

Actualidad social:

Remedio de la apostasía moderna (6).

1

La fiesta del Corazón de Jesús

I. *La liturgia conduce a la piedad confiada y gozosa.* 1339

A. Nuestra piedad depende en gran parte de la idea que habitualmente tenemos de Dios.

a) *Tres clases de piedad podrían señalarse: de temor, de esperanza, de caridad amorosa y confiada. De la diferente manera de considerar a Dios brota la clase de piedad.*

b) *Cuando se considera a Dios Padre, su bondad, providencia, amor..., brota en nosotros la confianza ciega, el abandono absoluto en sus brazos.*

B. Tal es la piedad que infunde la liturgia.

a) *Nos muestra a Dios como el Padre de todo consuelo, de quien todo bien procede; a Cristo, amándonos y perdonándonos; y al Espíritu Santo, como «dulce Huésped de las almas».*

b) *Por esto, quienquiera que recorra las fórmulas litúrgicas y estudie los sentimientos en ellas manifestados encontrará que uno de los más abundantes es nuestro amor y confianza en el Padre, Hijo y Espíritu Santo.*

1. Así, en la colecta de la misa «in die obitus» de difuntos, la Iglesia suplica a Dios la compasión por el alma del

difunto y parece excusar incluso las faltas y pecados para resaltar ante el Señor lo bueno: «Para que el que creyó y esperó en ti... no soporte las penas del infierno».

2. Más claramente se insiste en esto en las preces de la recomendación del alma al decir: «Pues aunque pecó, no negó al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo».

c) *De aquí que las almas que alimentan su piedad con la liturgia no pueden menos de amar confiadamente, alegremente, aun en medio de sus miserias, a quien primero nos amó.*

1340 II. *La fiesta del Corazón de Jesús, mensaje de misericordia.*

A. La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en la liturgia recapitula todo el mensaje misericordioso de Cristo.

a) *Las apariciones a Santa Margarita María de Alacoque van encaminadas a inspirar una confianza y amor crecientes: «Tengo ardiente sed de ser amado y honrado de los hombres..., y no encuentro casi ninguno que trate de extinguirla correspondiéndome como deseo...»* (cf. SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE, *Vida y obras completas*, ed. El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1948).

b) *Se instituye la fiesta litúrgica del Corazón de Jesús para enseñar a los hombres el amor:*

1. «Cuando se enfriaba la caridad de los hombres, la caridad de Dios se dió a conocer para ser honrada con culto especial» (cf. Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*).
2. «En tiempos turbulentos de la edad contemporánea, cuando apareció más astuta que todas la herejía jansenista, enemiga del amor a Dios y de la piedad, que predicaba a Dios no como padre digno de amor, sino como juez implacable, el benignísimo Jesús mostró a los pueblos, como bandera de amor y de paz, su Sacratísimo Corazón» (ibid.).

c) *Las fórmulas del breviario y de la misa insisten en la misma idea:*

1. Breviario: «Corazón, arca que contiene la ley, no de la servidumbre antigua, sino de la gracia, fiel perdón y de la misericordia».
2. La misa en el prefacio: «Para que tu Corazón abierto, sagrario de largueza divina, nos infundiera torrentes de misericordia y de gracia, y el que nunca cesó de arder por amor a nosotros, fuera descanso para los justos y se abriera a los pecadores un refugio de salvación».

B. El Corazón de Jesús es, según la teología, un relicario de amor y misericordia. Simboliza todo el tesoro de la vida moral de Cristo, sus virtudes, oraciones, sufrimientos, méritos..., volcados sobre la humanidad para reconciliarla con Dios.

III. *Nuestros sentimientos ante el Corazón de Jesús.* 1341

A. Amor en la forma especial de reparación...

a) *«Quis non amantem redamet?», canta la Iglesia en el himno de laudes.*

b) *Lo primero y principal en el culto al Corazón de Jesús, dice Pío XI, es «que al amor del Creador corresponda el amor de la criatura. De aquí brota espontáneamente el satisfacer la injuria inferida al Amor, cuando éste ha sido o despreciado por el olvido o ultrajado por la ofensa..., lo cual se llama de ordinario reparación»* (Pío XI, *Miserentissimus Redemptor).*

B. Confianza. Especialmente deben confiar los pecadores. Muy bello es el párrafo de San Bernardo que la Iglesia recuerda el día de la octava del Corazón de Jesús:

a) *«¿Dónde podrá hallar nuestra flaqueza un remanso firme y seguro sino en las llagas del Salvador? Yo permanezco allí con tanta mayor confianza cuanto que El es poderosísimo para salvarme».*

b) *«El mundo brama, el cuerpo me oprime, el diablo me tiende lazos; pero no caigo, colocado como estoy sobre la piedra firme. Si cometiere alguna gran culpa, mi conciencia me remorderá sin duda; mas no desesperaré por ello, recordando las llagas de mi Señor, pues ha sido cubierto de heridas por nuestros pecados».*

c) *«¿Qué hay tan mortífero que no sea sanado por la muerte de Jesús? Al recordar que siempre tengo a mano un remedio tan poderoso y eficaz, ninguna dolencia con su malignidad me podrá causar miedo»* (cf. San Bernardo, *Obras escogidas:* BAC, p.1128).

C. Imitación.

a) *Para revestirnos de Cristo, fin del año litúrgico, hemos de revestirnos de su misericordia: «Revestíos de entrañas de misericordia»* (Col. 3,12).

b) *La misa de hoy, impregnada de la misericordia de Cristo, nos lo recuerda.*

c) *Dios quiere que, a ejemplo de su Hijo, hagamos misericordia: «Quiero misericordia y no sacrificio»* (Os. 6,6).

2

El Corazón de Cristo

I. *El amor de Cristo.* 1342

A. Dos son las parábolas del evangelio que nos enseñan la misericordia de Jesús: las parábolas de la oveja y de la dracma perdidas.

B. No es lo mismo misericordia que amor. Aquélla es la manifestación inconfundible de éste. De aquí que las parábolas citadas descubran el amor de Jesús, aunque sólo sea en un aspecto parcial.

C. Este amor de Cristo será el objeto del presente guión. Tema muy propio para la fiesta del Corazón de Jesús.

1343 II. *Todos los misterios de Cristo predican amor.*

A. En la parábola primera.

a) *La oveja perdida representa al género humano, caído en el pecado original.*

b) *El pastor, al Verbo, que se hace hombre para redimirnos.*

c) *La redención fué la gran obra de misericordia y de amor.*

B. El amor de Cristo puede considerarse como fuente inagotable de dones: la encarnación, la pasión, los sacramentos.

a) *Todo este amor se puede considerar como si a mí particularmente se refiriese.*

b) *Todo él está simbolizado en el Corazón de Jesús. Una puerta se abrió en él por la lanza del soldado para que por ella pudieran entrar todos, por pecadores e ingratos que fueran* (cf. Io. 19,31-37).

c) *El Corazón de Jesús simboliza, ante todo, su amor humano; pero, además, es también manifestación del amor divino.*

1344 III. *Nuestra correspondencia.*

A. Amor con amor se paga. Por tanto, la correspondencia mejor al amor de Cristo será nuestro amor.

B. Para que este amor sea completo ha de ser afectivo y efectivo.

a) *Amor afectivo.*

1. Consiste en los sentimientos del alma ante la persona amada: complacencia, admiración, gracia, etc. Este amor engendra después la alabanza.

2. Se necesita amar a Jesucristo con afecto. Por un lado, nuestro propio amor lo necesita, pues al amarlo así, no puede resistir a la admiración y complacencia que experimenta. Por otro lado, Cristo lo dice. Cuando los fariseos pedían a Jesús que reprendiera a las turbas que gritaban: «Bendito sea el que viene en nombre del Señor», les respondió: «En verdad os digo que, si ellos se callan, hablarán las piedras» (Lc. 19,37-40).

3. Los santos han tenido este amor afectivo. San Francisco de Asís hasta por los caminos cantaba las divinas alabanzas (cf. JOERGENSEN, *Vida de San Francisco* t.2 c.1). Santa María Magdalena de Pazzis gritaba por los claustros de su monasterio: «¡Oh amor! ¡Oh amor!»

b) *No basta el amor afectivo. Ha de traducirse en las obras.*

1. Amor efectivo. «Si me amáis—dice Jesús—, guardad mis mandamientos» (Io. 14,15).

2. Esta es la piedra de toque del verdadero afecto. Almas hay que se derriten en lágrimas y que, sin embargo no se preocupan de mortificar su pasiones, destruir sus hábitos malos y apartarse de las ocasiones de pecar; les desalienta la tentación y murmuran en presencia de cualquier contratiempo. No aman bien al Señor.
3. Se le ama de verdad cantando sus perfecciones con todas las fuerzas del alma. Es cierto. Pero, además, lamentando las injurias que se hacen a su Corazón, ofreciéndole humildes reparaciones y, sobre todo, procurando obedecerle, aceptar las disposiciones de su providencia y gastándonos por su gloria, si fuera preciso.

IV. *El ejemplo de San Pablo.* **1345**

A. San Pablo ha comprendido «cuál es la anchura, la longura, la altura y la profundidad de la caridad de Cristo» (Eph. 3,18).

B. Por eso exclama: «¿Quién nos arrebatará el amor de Cristo?» (Rom. 8,35). Pablo le ama, y por El:

a) «*Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno*» (2 Cor. 11,24).
b) «*Tres veces fuí azotado con varas, una vez fuí apedreado, tres veces padecí naufragio, un día y una noche pasé en los abismos del mar*».
c) «*Muchas veces en viaje me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos*».
d) «*Trabajos y miserias en prolongadas vigilias, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y en desnudez*».
e) «*Esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada día, de la preocupación por todas las iglesias*» (2 Cor. 11,24-28).

V. *Falta de amor.* **1346**

A. No hay amor en el mundo.

a) *En las relaciones de unos pueblos con otros, de gobernantes con súbditos, de patronos con obreros.*
b) *En el desarrollo de la vida social, donde imperan los egoísmos, envidias, odios.*

B. Los cristianos aman poco a Cristo. Hablamos de amor efectivo. El Señor mismo se quejaba a Santa Margarita María: «He aquí este corazón que tanto ha amado a los hombres, y en correspondencia sólo recibe ingratitudes».

a) *El tiempo de verano, sobre todo, es tiempo de escándalos. ¿Se ama a Cristo en las playas, fiestas, modas? Sin embargo, las organizan y frecuentan los cristianos.*
b) *Muchos fieles se forman una doble conciencia. Para el verano y para todo otro tiempo. Se hace una moral acomodaticia, sin Evangelio, a gusto y capricho.*

c) *Pío XII ha reprobado el existencialismo ético, según el cual la moral varía con las distintas circunstancias en que se encuentra el sujeto.*

C. El amor verdadero a Jesucristo ha de ser incondicional. «El cristianismo es el amor de Dios manifestado al mundo por Cristo, y toda nuestra religión cristiana puede reducirse a contemplar este amor en Cristo y responder al amor de Cristo para unirnos a El» (cf. COLUMBA MARMION, *Jesucristo en sus misterios* c.19).

3

Las dimensiones del Corazón de Cristo

1347 I. *Medio de conocerlas.*

A. El apóstol San Pablo:

a) *Ha recibido gracia particular para conocer y misión especial para propagar entre los gentiles «las insondables riquezas de Cristo».*

b) *Sin embargo, encuentra tan sobrehumano el poder vislumbrarlas siquiera, que dobla sus rodillas ante el Padre y le suplica nos conceda la gracia de «poder comprender la anchura y la largueza, la altura y la profundidad y el inmenso amor de Cristo, que sobrepuja a todo entendimiento»* (Eph. 3,18-9).

c) *Es, por tanto, necesaria la luz de lo alto para comprender cada día más el valor del amor que Cristo nos tiene.*

B. Por los frutos:

a) *Esta es la norma para conocer hasta dónde ha llegado el amor de Cristo al hombre. Hasta dónde ha tenido que ir y va cada día tras la oveja perdida.*

b) *Estos frutos se conocen por la revelación sobrenatural y, consecuentemente, con la fe.*

c) *Cada día, no obstante, puede crecerse en el conocimiento de su amor y jamás llegaremos a desentrañar no sólo la caridad que se encierra en el corazón de Cristo, pero ni siquiera el valor infinito de sus manifestaciones más claras.*

1348 II. *Medidas de la misericordia.*

A. Se nos han ofrecido por Dios las manifestaciones más claras de su misericordia en estos hechos de profundidad insondable:

a) *Misterio infinito de condescendencia encerrado en las palabras: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»* (Io. 1,14).

b) *Misterio de infinitas proporciones de una vida divina reducida*

a voluntaria pobreza, anonadamiento, trabajo cotidiano, humildad, mansedumbre, obediencia hasta la muerte, para dar ejemplo de vida al hombre.

c) *Misterio sorprendente de su predicación.*

1. Busca al enfermo, al pobre, al pecador.
2. En las parábolas de la misericordia hace el retrato vivo de su corazón.
3. Junto a la samaritana, la pecadora pública, la Magdalena, Judas y otros, se presienten las dimensiones inacabables de la misericordia del Salvador.

d) *La institución de la Sagrada Eucaristía, de proporciones tan inauditas, que llega la tradición católica a llamarla:*

1. «Mysterium fidei», por la profundidad del mismo.
2. «Mysterium amoris», por el amor que en él nos da y manifiesta.
3. Pero siempre misterio, porque excede la capacidad de la criatura.

e) *«Me amó y se entregó»* (Gal. 2,20). *He aquí, declarada por San Pablo, la síntesis del más profundo misterio de la misericordia de Dios hacia el hombre: su pasión y muerte.*

1. Su alma, triste hasta la muerte.
2. Su cuerpo, envuelto en sudor de sangre, azotado, coronado de espinas, crucificado.
3. Su honor, ultrajado ante los tribunales. El, tratado como malhechor y blasfemo.
4. No escatimó nada al hombre. Ningún acto de sus potencias espirituales, ningún miembro de su cuerpo. Todo él fué campo de prueba del amor que nos tuvo. Toda su sangre la dió; no hubo dolor y afrenta que no recibiese.

f) *Para cada uno en particular ha tenido Dios:*

1. El llamamiento a la Iglesia, a la gracia, a la participación en los sacramentos, a la bienaventuranza.
2. Las gracias particulares con que conduce a cada uno, y que pertenecen al campo del conocimiento privado; todas constituyen la historia del amor íntimo a mi alma.

B. Sabíamos de antemano que en el corazón de Cristo se habían dado cita dos abismos insondables de amor.

a) *Todo el amor de Dios, infinito, que aporta su persona divina.*
b) *Todo el amor de su corazón humano, de proporciones inauditas y de valor infinito también.*
c) *Pero, aun así, nos sorprende en cada día las manifestaciones que ha tenido dicho amor.*

III. *Manifestaciones que sobrepujan toda inteligencia.* **1349**

A. En su raíz, ésta no es otra que la esencia misma de Dios.

a) *«Dios es amor»* (1 Io. 4,8), *y Jesucristo es Dios.*
b) *Su esencia es amor, y sus manifestaciones son amor inefable, que supera la capacidad intelectual de toda criatura.*

B. En los efectos que producen.

a) *El amor hace una cosa al amante con el amado: «Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío»* (Io. 17,10).

1. Cristo nos ama y hace esta misteriosa unidad. Por el bautismo se nos comunica la gracia.
2. La gracia santificante destruye la barrera que nos separa de Cristo y nos incorpora al mismo con una perfecta unidad de vida.

b) *En virtud de esta unidad mística se establece una corriente perfecta de méritos, de santificaciones, de oraciones que bajan de la Cabeza a los miembros.*

1. Y todo lo nuestro es de Cristo. Sufre, se humilla, padece hambre, se mortifica, alaba al Padre en cada uno de sus miembros.
2. La más misteriosa corriente de los miembros a la Cabeza es que se apropia nuestros pecados para satisfacer por los mismos.

1350 IV. *Conclusión. Pidamos con San Pablo un conocimiento cada día más profundo de las dimensiones del corazón de Jesucristo. El Apóstol lo conoció, se entregó a su amor y se dedicó a buscarle amadores.*

4

Gozo del Corazón de Jesús

1351 I. *La fiesta del Sagrado Corazón.*

A. Celebramos hoy la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

a) *En esta fiesta se da culto a Jesucristo, que nos ama tan entrañablemente y que, en cambio, ha recibido de parte del hombre la paga de la ingratitud.*

b) *Para preparación eficaz de ese amor no correspondido y positivamente ofendido veamos:*

1. Cuáles son los gozos que alegran su corazón.
2. Qué debemos hacer en nuestra vida individual para ser gozo suyo.
3. Qué medios utilizaremos para que los demás también lo sean.

B. El evangelio de las parábolas de la misericordia nos da la respuesta del mismo Jesucristo sobre estos extremos.

1352 II. *Gozo por la conversión del pecador.*

A. Lo afirma el mismo Jesucristo en el Evangelio.

a) *Cuando encuentra la oveja perdida y la dracma, un regocijo especial llena el corazón de quien la busca.*

b) *El es el Buen Pastor* (Io. 10), *que ha venido a buscar la oveja que se había perdido* (Io. 10,16), *para que tenga vida, y vida sobreabundante* (Io. 10,10).

c) *La conversión del pecador causa la alegría de Jesucristo y, por el contrario, la perdición de la misma es fuente de su dolor.*

B. Aprendamos:

a) *La verdadera justicia de Cristo.*

1. La que odia el pecado y se compadece de los pecadores.
2. Esta debe ser la actitud del cristiano ante el pecador: No contagiarse de su pecado. Usar, cuando sea conveniente, amonestaciones caritativas y severas al mismo tiempo. Apartarse de él cuando lo pide la verdadera virtud.
3. Pero siempre con humildad, anteponiendo en su corazón al pecador, con un verdadero celo por su conversión.

b) *La falsa justicia de los fariseos:*

1. Se apartan del pecador.
2. Se enorgullecen de su falsa justicia.
3. Desprecian a los pecadores y no tienen compasión de los débiles.

C. Tengamos los mismos sentimientos de Cristo. Esta escena nos enseña:

a) *La auténtica alegría del cristiano. Los verdaderos amigos y fieles servidores de Cristo deben regocijarse, con el Salvador, del bien espiritual de las almas, lo mismo que deben contristarse de su pérdida.*

b) *Jesús dice: «He hallado mi oveja».*

1. La oveja perdida, el pecador, es siempre oveja de Cristo, tanto más suya cuanto entonces necesita más del médico que la cure (Lc. 5,31).
2. Luego todo el celo y trabajo que se consagra a la conversión del pecador, el Salvador lo recibe como consagrados a El.

c) *Si un vaso de agua fría dado en su nombre al sediento es un obsequio que merece el ciento por uno y la vida eterna* (Mt. 25, 37), *la recompensa del apostolado, que ofrece el agua de la gracia a las almas, ha de tener necesariamente la paga más subida en frutos de propia santificación y de gloria eterna*

III. *Gozo que se comunica.* 1353

A. El pastor que encuentra la oveja, lo mismo que la mujer al hallar su dracma, convocan a los amigos para hacerles partícipes de su gozo.

a) *No les habían hecho saber su tristeza, que reservaron para sí; pero el gozo lo comunican en seguida.*

b) *Es un ejemplo exacto del dogma de la comunión de los santos:*

unos fieles tienen parte en los bienes espirituales de los otros como miembros que son de un mismo cuerpo. Comunicación del cielo con la tierra en el corazón de Cristo.

B. Así se derrama del corazón de Jesucristo, en todas direcciones, la alegría del pecador que vuelve a los brazos del Padre.

a) *Alegría del cielo. Se alegran:*

1. Dios, a quien se le devuelve una criatura muy querida.
2. Jesucristo, porque su redención ha fructificado en un alma.
3. María Santísima, porque ha recobrado un hijo.
4. Los ángeles, porque aprecian el valor de un alma.
5. Los bienaventurados, porque reciben a su hermano.
6. El ángel de la guarda, que ve los frutos de su misión cumplida.

b) *Alegría en la tierra.*

1. En el corazón del pecador que se convierte. El pecador que se convierte tiene experiencia de que las lágrimas de su arrepentimiento son un tesoro de verdadera y sana alegría, que supera con creces a cuanto pensaron encontrar en su vida de pecado anterior.
2. En el corazón de todos los que ven este dichoso cambio y son verdaderos cristianos.

1354 IV. *Conclusión. Una doble aplicación.*

A. Para cuantos somos pecadores: pensar en el evangelio de la oveja perdida y proporcionar gozo al cielo y a la tierra con nuestra sincera conversión.

B. Para cuantos viven en gracia: esforzarse en hacer participantes de ella a los que viven alejados de Dios, proporcionando con ello días de gozo al cielo y a la tierra.

5

La correspondencia y la reparación

1355 I. *Todos ovejas perdidas.*

A. Toda la humanidad ha sido oveja perdida a lo menos en Adán, con la sola excepción de la Virgen Santísima, que por especial disposición divina quedó fuera del común castigo.

a) *Todos necesitábamos que el Pastor viniese en busca nuestra.*

1. Corrió con una prisa única y de privilegio hacia la Virgen María y la preservó de la caída en el abismo.

2. Pero junto al abismo de la ley universal del pecado fué necesaria la mano de Cristo aplicando anticipadamente los méritos de su redención.

b) *Todos, por tanto, nos vemos retratados en el ejemplo de la parábola de hoy.*

B. La calidad de ovejas encontradas es nuevo título de una sincera correspondencia a Dios.

a) *La oración de la fiesta del Sagrado Corazón, que hoy celebramos, nos ofrece, sintetizando el sentido de la devoción al mismo, los modos de corresponder a los beneficios del Pastor, que ha corrido tras nosotros.*

b) *«Haz, Señor, que, con el obsequio de nuestra amorosa entrega a El, le ofrezcamos también una digna reparación».*

II. *Amorosa entrega a Jesucristo.* **1356**

A. Amor pide ser correspondido con amor, y el amor es donación de sí mismo.

B. Esta entrega significa:

a) *Un deseo íntimo de que Jesús sea conocido, amado y reverenciado.*

1. Satisfacción por el triunfo de sus intereses, de su doctrina, de la Iglesia, de su gracia.
2. Es el amor generoso de amigo, que ya no busca sus propios intereses.

b) *Un noble y sincero dolor ante la presencia de todo pecado, Jesús invita a los más íntimos a que le acompañen en su agonía del huerto, para que sufran con El por los pecados del mundo* (Mt. 26,36-46).

c) *Poner en Jesús toda nuestra confianza, preocuparnos de sus cosas y dejar todas las nuestras sobre su corazón amoroso.*

d) *Abrirle nuestro corazón y llorar sinceramente con El nuestros pecados e imperfecciones.*

1. Este don de lágrimas no es la pena o angustia del que duda del perdón de Cristo.
2. Es el dolor y el llanto de quien, confiado en su perdón encuentra en sus pecados la causa que motivó la pasión dolorosa del Salvador, la ofensa inferida a Dios y los daños causados a los intereses de Cristo.
3. Las lágrimas son camino abierto a una nueva efusión de amor y perdón por parte de Jesús.

e) *Obliga a revelarle todos nuestros trabajos, tribulaciones y dificultades, de cualquier orden que sean.*

1. Viéndolos como venidos de su mano providencial.
2. Pero confiando al mismo tiempo en que puede desligarnos de toda tribulación o bien aumentar la gracia para soportar la tribulación sin falta y con gran provecho.

f) *Esta amorosa entrega nos convierte en un retrato vivo de Cristo. El amor, en efecto, a las almas, o las encuentra semejantes, o las hace tales. Por lo cual:*

1. Obliga a una imitación perfecta de las virtudes interiores y exteriores de Jesucristo.
2. A una vida constante de renuncia y mortificación. Mediante ella nos asimilamos a Cristo y matamos al hombre viejo para que viva en nosotros sólo el Espíritu de Cristo.
3. Modera nuestro mismo porte exterior con recato y dulce austeridad para imitar a Cristo no sólo interior, sino exteriormente.

g) *Nos exige poner nuestra voluntad totalmente al servicio de la santa voluntad de Jesucristo, como Cristo puso su voluntad en las manos del Padre. Voluntad dispuesta a cumplir:*

1. Los mandamientos que obligan bajo pecado mortal.
2. Los mandamientos que obligan bajo pecado venial.
3. Lo que está solamente aconsejado por Cristo, pero que exige una mayor perfección.
4. Todo esto cumpliéndolo en cualquier estado al que Dios llame al alma que le quiere corresponder a su amor.
5. Pero aceptando con agradecimiento especial la voluntad de Dios, que le invita a consagrarse a la vida interior y al ejercicio del apostolado en una vida sacerdotal o religiosa.

C. Esta entrega así descrita es la mejor y más verdadera correspondencia al amor que Cristo ha mostrado por cada una de las ovejas que han venido en conocimiento de su amor. Así sería realizada la palabra de San Pablo: «Vivo yo, mas ya no soy yo quien vivo, sino Cristo que vive en mí» (Gal. 2,20).

1357 III. *Una digna reparación.*

A. El que ama a Jesús sufre con El las ofensas que se le hacen. Lo que a El hiere a nosotros nos hiere.

B. Por esto la reparación es una nota esencial de la devoción al Sagrado Corazón.

C. Este deseo de expiar hace:

a) *Que a más ofensas y frialdad en los demás, más se excita el alma para manifestarle su amor.*
b) *Más cuidado en evitar las propias faltas e infidelidades y cuanto puede agraviar su corazón.*
c) *Más renuncia propia, mortificación voluntaria.*
d) *Más alabanza y gloria externa se le procura.*
e) *En una palabra, más unión con Cristo en los mismos sentimientos de Cristo Jesús; todo lo cual nos proporcionará el gozo de entrar a vivir en la intimidad de su corazón y de participar en la alegría de todos sus consuelos.*

6

Remedio de la apostasía moderna

I. *La apostasía del obrero.* **1358**

A. Pocos fenómenos tan tristes en la historia de la Iglesia como la moderna apostasía de una gran parte del mundo obrero.

B. Y por varias razones:

a) *Lo extensa que es geográficamente. Afecta a todas las naciones civilizadas;*

b) *por el número de los obreros que se han apartado de la Iglesia;*

c) *por el valor individual y social de los individuos. Es clase social trabajadora, culta, enriquecida por las virtudes propias de la vida disciplinada;*

d) *por el sentido moderno progresivo de que en general disfruta, lo que la hace muy apta para la organización y para la influencia en la vida social y pública;*

e) *porque, a consecuencia de esto, ha conseguido en muchos países la influencia y hasta la dirección del Gobierno.*

C. Lejos del redil.

a) *Estas muchedumbres viven, con frecuencia, sin contacto con el clero. Le conocen a veces a través de sus calumniadores.*

b) *De hecho no están en el redil de la Iglesia, aunque están bautizadas. Se las puede considerar como ovejas perdidas o descarriadas.*

1. Y ante el fenómeno de que todas las clases sociales menos necesitadas gozan mucho más del apostolado eclesiástico, se ha dicho que en los tiempos modernos el espíritu de ciertos pastores se ha invertido y que, en lugar de abandonar las noventa y nueve para ir en busca de la perdida, se han abandonado las noventa y nueve perdidas para cuidar una que se mantiene en el redil.

2. Frase exagerada evidentemente. Pero feliz, en cuanto que puede poner muy de relieve un mal, invitar a la seria reflexión y sacudir eficazmente las conciencias.

II. *¿Se han alejado? ¿O nos hemos alejado de ellas?* **1359**

A. Nos hemos alejado:

a) *Físicamente.*

1. En las grandes ciudades. Descuidando el apostolado de los suburbios. Las parroquias, los templos, las casas de residencias religiosas, los colegios, suelen estar en los barrios céntricos o aristocráticos. Basta para com-

probarlo marcar sobre el plano de cualquier población el lugar que ocupan los centros religiosos citados. Modernamente se inicia una reacción contra este abandono.

2. En las grandes concentraciones obreras. Fábricas, minas, etc., donde ni en templos, ni en viviendas, ni en escuelas, ni en parques o campos deportivos la población obrera había sido debidamente atendida. También aquí la reacción y el deseo de reparar el error pasado son evidentes.
3. En los obreros del campo. El mal es aquí mucho mayor, aunque no se pone tan de bulto, porque la población está dispersa. Comarcas extensas del campo donde no hay ni iglesias, ni escuelas, ni moradas dignas, ni descanso dominical, y a veces los propietarios son católicos y tal vez gentes que practican la Acción Católica en la capital.

b) *Moralmente.*

1. Más triste es el alejamiento moral de esas masas.
2. El corazón se pone más bien en otras clases sociales. Para ellas el tiempo, las visitas, la organización de los ministerios.

c) *Intelectualmente.*

1. Desconocemos los problemas, los deseos, las aspiraciones de ese sector preterido.
2. No nos son conocidos sus ideales; ignoramos el tesoro que guardan en sus corazones.

B. La causa más grave.

a) *Consecuencia de lo dicho anteriormente es que ha perdido la confianza en nosotros la clase que vive de su trabajo.*

b) *No hemos sido sus abogados naturales, como debiéramos haberlo sido.*

1. Ocupan en la sociedad un lugar injusto. Injusto en jornales, en viviendas; en una palabra, injusto en el reparto de la renta nacional.
2. Se han ido redimiendo por su propio esfuerzo.

c) *Ni siempre les hemos facilitado el que ellos se defiendan por la asociación, siendo apologistas de sus derechos ciudadanos. Todo esto explica el alejamiento.*

C. ¿Perdida la fe?

a) *En algunos países sí, sobre todo en las nuevas generaciones, que ni se bautizan ni asisten a escuelas católicas.*

b) *En otras—como España—aún conserva la mayoría de ellos la fe y no han perdido plenamente la confianza en el sacerdote.*

c) *Es más, una parte considerable ama filialmente a la Iglesia y desea recibir de su mano el beneficio de la redención social.*

D. Generalización injusta.

a) *Lo dicho se puede aplicar al catolicismo de algunos países; pero sería injusto el generalizar.*

b) *Hay pueblos, de gloriosa historia cristiana, en que no hay proporción entre su fe tradicional y su actuación social católica moderna. «No se han abierto—como dice Pío XII—a las posibilidades de la doctrina social de la Iglesia».*

c) *Pero el catolicismo social tiene en otras naciones una historia brillantísima no sólo en el orden doctrinal, sino en el práctico y de la organización y de los frutos.*

1. Holanda, Alemania, Bélgica, etc., han creado fuertes organizaciones obreras cristianas.
2. Han ofrecido sacerdotes para ministros de Trabajo al Gobierno.
3. Han redactado, sostenido y aplicado programas sociales ampliamente progresivos.

III. *Los pastores supremos.* 1360

A. Esas ovejas nunca han sido abandonadas por los pastores supremos, antes han merecido de ellos, especialmente desde los días de León XIII, una preferente atención.

a) *El programa social de este Papa es la redención del proletariado: la elevación económica, social, cultural y política de los obreros y, en general, de cuantos viven de su trabajo.*

b) *Pío XI y Pío XII han conservado y ampliado el programa de León XIII y urgido su cumplimiento.*

c) *Citemos, entre tantos textos como podríamos elegir, los siguientes:*

1. «Es verdad que la condición de proletario no debe confundirse con el pauperismo; pero es cierto que la muchedumbre enorme de proletarios, por una parte, y los enormes recursos de unos cuantos ricos, por otra, son argumentos perentorios de que las riquezas multiplicadas tan abundantemente en nuestra época, llamada de industrialismo, están mal repartidas e injustamente aplicadas a las distintas clases» (Pío XI, «Quadragesimo anno» n.26).
2. «La Iglesia no puede ignorar o dejar de ver que el obrero, en su esfuerzo por mejorar su condición, tropieza con un cierto mecanismo que, lejos de estar conforme con la naturaleza, pugna con el orden establecido por Dios y con el fin que El ha señalado a los bienes terrenos» (Pío XII, «Mensaje de Navidad de 1942» n.30).
3. «Hay necesidades que tienen que ser satisfechas urgentemente: los alimentos, el vestido, la habitación, la educación de los hijos, lo necesario para el alma y para el cuerpo» (Pío XII, «Discurso a las A. L. I.», 29 de junio de 1948).
4. «La Iglesia no titubea en deducir las consecuencias prácticas que se derivan de la nobleza moral del trabajo y en apoyarlas con todo el nombre de su autoridad. Estas exigencias comprenden... la conservación y el perfeccionamiento de un orden social que haga posible una segura, aunque modesta, propiedad privada a todas

las clases del pueblo, que favorezca una formación superior para los hijos de las clases obreras particularmente dotados de inteligencia y buena voluntad» (Pío XII, «Mensaje de Navidad de 1942» n.43).

B. El plan de Pío XI. El plan eficaz y práctico de redención para los países más atrasados en materia social es el de Pío XI: las minorías.

a) *La primera: la minoría social sacerdotal; después, la de obreros industriales, comerciantes.*

b) *Un principio que debe tenerse muy presente es el siguiente: toda clase social que no sepa defenderse será clase social preterida, olvidada, injustamente tratada.*

1. Los obreros deben defenderse a sí mismos.
2. El mayor beneficio que puede hacerse a la clase obrera es facilitar la formación de jefes obreros.

c) *Los sacerdotes sociales, con respecto a ellos, deben:*

1. Formarlos religiosa y socialmente en materia fundamental; después, en el orden práctico, ellos sabrán pronto más que sus mismos formadores.
2. Mantener en ellos su espíritu de fe, de piedad, de justicia y caridad.
3. Moderar sus excesos demagógicos.
4. Defender ante los poderes públicos sus derechos individuales.
5. Crear una conciencia social favorable a los derechos, en todos los órdenes, de los que viven de su trabajo.

C. Institutos sociales.

a) *Una de las causas y síntomas a la vez del alejamiento de estas masas obreras es la poca atención prestada en las universidades eclesiásticas a la teología social.*

b) *El mismo tratado «De iustitia», como se ha dicho, debe ser «penitus revidendus»: «revisado por completo»* (P. Zeiger).

1. Revisión que se ha de hacer en beneficio del trabajo.
2. Conviene además: Suprimir cuestiones menos necesarias para atender más a la moral social. Seguir más de cerca el pensamiento pontificio. Crear en las universidades de la Iglesia institutos sociales, donde los sacerdotes estudien sociología, economía y derecho.

1361 IV. *Devoción al Sagrado Corazón.*

A. Estamos en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

a) *Esta devoción felizmente se ha extendido mucho en la Iglesia.*

b) *Esta devoción, bien comprendida, puede ser un magnífico elemento para atraer las ovejas alejadas del redil.*

B. ¿Qué decir de las consagraciones de pueblos, comarcas, centros fabriles al Sagrado Corazón?

a) *Buena cosa son y laudable.*

b) *Mas para que sea plenamente grato al divino Corazón es preciso procurar que los centros o actividades vitales, presididos por El, estén saturados de espíritu de justicia y de caridad.*
c) *A veces se consagra al Sagrado Corazón toda una comarca donde evidentemente los trabajadores del campo son injustamente tratados.*
   1. Al pie de la imagen se pone «Reinas ya».
   2. Sería más propio poner: «Me compadezco de esta muchedumbre», «porque son como ovejas que carecen de pastor».

C. La substancia de la devoción al Sagrado Corazón ha de ser en toda circunstancia el amor mutuo proyectado con eficacia sobre el plano real de las obras.

7

Reparación al Sagrado Corazón

I. *El evangelio de los leprosos.* 1362

A. El evangelio de los leprosos presenta un acto de generosidad del corazón misericordioso de Jesucristo. Y, por otra parte, manifiesta la ingratitud de la mayor parte de los que fueron curados (cf. Lc. 17,11-19).
B. Jesucristo se queja.
   a) *No puede soportar la ingratitud de los hombres.*
   b) *Es la misma queja que ha manifestado a Santa Margarita María de Alacoque: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, y, en cambio, no recibe de ellos más que ingratitudes».*

C. Aquel buen leproso que volvió agradecido puede representar al grupo de los verdaderos devotos del Sagrado Corazón, que quieren amar a Cristo con sentimientos de reparación por cuantas injurias le infieren los hombres.

II. *La reparación al Sagrado Corazón en los documentos de los últimos papas.* 1363

A. Los actos de consagración. Tres actos de consagración al Sagrado Corazón han promulgado oficialmente los papas de los últimos tiempos:
   a) *Pío IX el 22 de abril de 1875* (ASS 8 [1875] 402).
   b) *León XIII* (ASS 31 [1898] 651). *Este acto de consagración fué aceptado y prescrito por San Pío X para la fiesta del corazón de Jesús y por Pío XI para la fiesta de Cristo Rey.*

c) *Pío XI, juntamente con su encíclica «Miserentissimus Redemptor», publicó un acto de reparación, mandado recitar en adelante en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.*

B. La reparación. Analizando estas tres oblaciones se echa de ver:

a) *En la primera y tercera se especifica y subraya el aspecto reparador de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.*

b) *No quiere esto decir que León XIII no haya recomendado la práctica de la reparación en dicha devoción, puesto que, en su nombre, el prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos decía* (ASS 32 [1899] 52): *«Todos hemos de esforzarnos en procurar compensar con buenas obras y reparaciones las innumerables y gravísimas injurias que cada día en todo el orbe se infieren a la divina Majestad por hombres sumamente ingratos».*

1364 III. *Pío XI y la «Miserentissimus Redemptor».*

A. Es, sin duda alguna, Pío XI, en la encíclica «Miserentissimus Redemptor» (8 de mayo de 1928: AAS 20, 165-79), quien se ha detenido a desarrollar el contenido de la reparación, presentándola conforme al espíritu de las revelaciones a Santa Margarita María. Resumimos esta parte central de la encíclica.

B. Hay que unir la reparación a la consagración.

a) *El acto por el cual nos consagramos al Sagrado Corazón es fruto de nuestro amor al considerar lo mucho que debemos a Cristo.*

b) *El acto público de desagravio nace de los sentimientos de reparación de nuestro mismo amor a Cristo, nacidos al comprobar lo mucho que es ofendido el objeto de nuestros amores.*

C. Motivos que exigen este espíritu reparador.

a) *La justicia. Para que la injuria inferida a Dios por nuestros crímenes sea expiada, y el orden violado se restablezca con la penitencia,*

1. Es necesario adorar a Dios como Majestad soberana, suplicarle reconociendo su dominio supremo sobre todas las cosas, alabarle con acciones de gracias a su infinita largueza.
2. Pero además conviene que satisfagamos a Dios, justo vengador, por nuestras innumerables ofensas, negligencias y pecados.

b) *El amor. Para compadecernos con Cristo paciente, saturado de oprobios, y ofrecerle consuelo en la medida de nuestra poquedad.*

D. El hombre, reparador por virtud del mismo Cristo.

a) *Todo el género humano está obligado a la reparación desde el momento en que todos los hombres están contagiados de pe-*

cado; instintivamente el hombre ha ofrecido siempre sus sacrificios a la divinidad para aplacarla.

b) *Pero de por sí el hombre era incapaz de verdadera reparación. Al estar en pecado estaba radicalmente incapacitado para satisfacer.*

c) *Por lo cual, Cristo se ofreció como hostia agradable al Padre para satisfacer vicariamente por el hombre.*

d) *Pero, aunque la abundante redención de Cristo nos perdonó todos los delitos* (Col. 2,13):

1. Es necesario, sin embargo, por disposición divina, que nosotros completemos en nuestros cuerpos «lo que falta a la redención de Cristo» (Col. 1,24), para que puedan aplicarse en la Iglesia los méritos alcanzados por el acto reparador de Cristo.
2. Debemos unir nuestras satisfacciones a las que El ofreció por los pecados de todos.

E. La reparación en la devoción al Sagrado Corazón.

a) *La reparación ocupa el primer lugar en esta devoción.*

1. Lo confirman la historia, la costumbre, la liturgia, la actuación de los Sumos Pontífices.
2. Jesucristo, al aparecerse a Santa Margarita María y poner de manifiesto su infinita caridad, manifestó su tristeza por las ingratitudes de los hombres, pidiendo como prácticas especiales la Comunión Reparadora y la Hora Santa, que es asimismo de reparación.

b) *Estos ritos expiatorios consuelan a Cristo.*

1. Aunque parezca que ritos y actos de hoy no pueden llevar consuelo a quien vive en el gozo inalterable de la gloria, hemos de pensar que, así como entonces, al sufrir en su pasión, multiplicaron sus dolores los pecados que hoy se cometen, también llevaron consuelo a su corazón y lo alentaron en el camino de la cruz los actos de reparación previstos.
2. Además es aumentado el consuelo de Cristo, que ve cada día más extendido el fruto de su redención.

F. Necesidad urgente de reparación.

a) *Porque el mundo está poseído del mal espíritu* (1 Io. 15,19). *Continuamente vive la Iglesia en persecución y se levanta el ejército del mal para borrar a Dios en el individuo, en la familia, en la Iglesia, en la sociedad.*

b) *Porque los mismos católicos llevan una vida de espaldas a la fe que profesan y conocen; estas injurias son más dolorosas aún para el corazón de Cristo.*

c) *Ponen el colmo a estos males los muchos que hacen traición a su fe y se vuelven contra el propio Jesucristo.*

8

El Corazón de Jesús, modelo de humildad y mansedumbre [1]

1365 I. *Jesús ha presentado su Corazón como modelo de humildad y mansedumbre. «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón»* (Mt. 11,29).

1366 II. *El Corazón de Jesús, modelo de humildad* (cf. «La palabra de Cristo», t.6 p.1061-1064).

A. Su vida fué toda ella un modelo de humildad.

B. La humildad es condición indispensable para pertenecer a la escuela de Cristo:

a) *Esta es la doctrina de San Pablo* (Phil. 2).

b) *En la humildad han caminado todos los santos.*

C. La humildad es absolutamente necesaria en la vida espiritual.

a) *Es necesaria para cualquier acto sobrenatural.*

b) *Es necesaria en la cumbre más alta de la vida espiritual.*

1367 III. *El Corazón de Jesús, modelo de mansedumbre y misericordia.*

A. Modelo de misericordia. La practicó durante toda su vida. La cruz, suprema misericordia del Corazón de Cristo (cf. «La palabra de Cristo», t.5 p.502-503).

B. Modelo de mansedumbre. Manifestada sobre todo en el perdón de las injurias y de los enemigos (cf. «La palabra de Cristo», t.6 p.158-173 y 496-497).

[1] Extractamos a continuación varios guiones pertenecientes, el primero de ellos al domingo 10 después de Pentecostés (cf. *La palabra de Cristo* t.6 p.1061-1064), el segundo al domingo 1 después de Pentecostés (cf. o.c., t.5 p.498-503) y el tercero al domingo 5 después de Pentecostés (cf. o.c., t.6 p.158-161).

FESTIVIDAD DE SAN JOSE

(19 de marzo)

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

La paternidad de San José.
El patrocinio de San José.
La devoción a San José.
Los siete dolores y gozos de San José.
La virginidad.
San José, patrono de la buena muerte.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. PARTES VARIABLES DE LA MISA 1368

Introitus.—Ps. 91,13-14: Iustus ut palma florebit; sicut cedrus Libani multiplicabitur: plantatus in domo Domini, in atriis domus Dei nostri. (T. P. Alleluia, alleluia.)—Ps. 2: Bonum est confiteri Domino: et psallere nomini tuo, Altissime. Gloria Patri...

Introito.—El justo florecerá como la palma; se engrandecerá como cedro del Líbano plantado en la casa del Señor, en los atrios de nuestro Dios. (T. P. Aleluya, aleluya.)—Ps.: Bueno es alabar al Señor y cantar a tu nombre, ¡oh Altísimo! Gloria al Padre...

Oremus.—Sanctissimae Genitricis tuae Sponsi, quaesumus, Domine, meritis adiuvemur: ut, quod possibilitas nostra non obtinet, eius nobis intercessione donetur. Qui vivis...

Oración.—Suplicamos, Señor, nos ayuden los méritos del Esposo de tu Madre santísima para que por su intercesión se nos conceda lo que no alcanzamos por nuestros méritos. Que vives y reinas...

Grad.—Ps. 20,4-5: Domine, praevenisti eum in benedictionibus dulcedinis: posuisti in capite eius coronam de lapide pretioso. Vitam petiit a te, et tribuisti ei longitudinem dierum in saeculum saeculi. Alleluia, alleluia.—Ps. 91,13: Iustus ut palma florebit: sicut cedrus Libani multiplicabitur. Alleluia.

Grad.—Le preveniste, Señor, con dulcísimas bendiciones; pusiste sobre su cabeza una corona de oro purísimo. Te pidió vida, y tú le concediste largos días por siglos de siglos. Aleluya, aleluya.—El justo florecerá como la palma y se engrandecerá cual cedro del Líbano. Aleluya.

En tiempo pascual se omite el gradual y sólo se dice lo siguiente:

Alleluia, alleluia.—Eccli. 45,9: Amavit eum Dominus, et ornavit eum: stolam gloriae induit eum. Alleluia.—Iustus germinabit sicut lilium, et florebit in aeternum ante Dominum. Alleluia.

Aleluya, aleluya.—Le amó el Señor y le hermoseó y le vistió una vestidura de gloria. Aleluya.—El justo brotará como el lirio y florecerá eternamente ante el Señor. Aleluya.

Offert.—Ps. 88,25: Veritas mea et misericordia mea cum ipso: et in nomine meo exaltabitur cornu eius.

Ofert.—Mi verdad y mi clemencia serán como él, y con mi amparo crecerá su poder.

Secr.—Debitum tibi, Domine, nostrae reddimus servitutis, dupliciter exorantes: ut, suffragiis beati Ioseph, Sponsi Genitricis Filii tui Iesu Christi Domini nostri, in nobis tua munera tuearis, ob cuius venerandam festivitatem laudis tibi hostias immolamus. Per eundem Dominum...

Secr.—Te presentamos, Señor, el tributo de nuestra servidumbre, rogándote, suplicantes, que por los méritos de San José, esposo de la Madre de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, en cuya venerada festividad te ofrecemos hostias de alabanza, conserves en nosotros tus dones. Por el mismo Señor...

Prefacio.—Digno y justo es, en verdad, debido y saludable, que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno. Y que en la festividad de San José, con las debidas alabanzas, te engrandezcamos, bendigamos y ensalcemos. Porque éste fué el varón justo que diste por esposo a la Virgen Madre de Dios, y el siervo fiel y prudente que constituíste sobre tu familia, para que, haciendo las veces de padre, custodiase a tu Unigénito, concebido por obra del Espíritu Santo, Jesucristo Nuestro Señor.—Por el cual alaban a tu majestad...

Pref.—Vere dignum et iustum est, aequum et salutare, nos tibi semper et ubique gratias agere: Domine sancte Pater omnipotens, aeterne Deus. Et te in festivitate beati Ioseph debitis magnificare praeconiis, benedicere et praedicare. Qui et vir iustus, a te Deiparae Virgini Sponsus est datus: et fidelis servus ac prudens, super Familiam tuam est constitutus: ut Unigenitum tuum, Sancti Spiritus obumbratione conceptum, paterna vice custodiret, Iesum Christum Dominum nostrum. Per quem maiestaten tuam...

Com.—José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que en ella se ha engendrado, obra es del Espíritu Santo.

Com.—Mt. 1,20: Ioseph, fili David, noli timere accipere Mariam coniugem suam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.

Poscom.—Asístenos, te rogamos, Dios misericordioso, e intercediendo por nosotros San José, confesor, guarda propicio tus dones en nosotros. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Postcom.—Adesto nobis, quaesumus, misericors Deus, et intercedente pro nobis beato Ioseph confessore, tua circa nos propitiatus dona custodi. Per Dominum...

1369

II. EPISTOLA

(Eccli. 45,1-6)

1 Amado de Dios y de los hombres, cuya memoria vive en bendición.

2 Le hizo en la gloria semejante a los santos y le engrandeció, haciéndole espanto de los enemigos.

3 Le glorificó delante de los reyes y le dió mandamientos delante de su pueblo y le mostró su gloria.

4 Por su fe y por su mansedumbre le santificó y le escogió de entre toda carne.

5 Porque le oyó a él, y a la voz de él mismo, e introdújole en la nube.

6 Y le dió preceptos cara a cara, y ley de vida y de doctrina.

1 Dilectus Deo et hominibus: cuius memoria in benedictione est.

2 Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit.

3 Glorificavit illum in conspectu regum, et iussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam.

4 In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne.

5 Audivit enim eum, et vocem ipsius, et induxit illum in nubem.

6 Et dedit illi coram praecepta, et legem vitae et disciplinae.

III. EVANGELIO 1370

(Mt. 1,8-21)

18 Cum esset desponsata mater eius Maria Ioseph, antequam convenirent, inventa est in utero habens de Spiritu sancto.

19 Ioseph autem vir eius cum esset iustus, et nollet eam traducere: voluit occulte dimittere eam.

20 Haec autem eo cogitante, ecce Angelus Domini apparuit in somnis ei, dicens: Ioseph fili David, noli timere accipere Mariam coniugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu sancto est.

21 Pariet autem filium: et vocabis nomen eius Iesum: ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum.

18 Estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen, se halló haber concebido María del Espíritu Santo.

19 José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto.

20 Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo.

21 Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados.

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

Algunos pasajes biográficos de San José

En lugar de los acostumbrados comentarios exegético-morales, transcribimos algunos textos sobre la vida de San José. El resto de los episodios del Santo se reduce a la huída a Egipto, la pérdida del Niño y la vida oculta, pasajes de los que, lo poco que se sabe, ha sido comentado ya en las correspondientes dominicas.

A) *Las dudas de José*

(Cf. RICCIOTTI, *Vida de Jesús* [ed. Miracle, Barcelona 1946] p.245-256.)

1371 a) LAS PALABRAS DE MARÍA AL ÁNGEL

«*Empero María dijo al ángel: ¿Cómo será esto, ya que no conozco varón?* (Lc. 1,34). Esta es la frase eufemística usual en hebraico para aludir a la causa de la generación en una mujer según las leyes naturales. Para estimar el significado de esta frase como pronunciada por María, es preciso no olvidar que Lucas, poco antes, ha dicho de ella que era *una virgen desposada con un hombre llamado José* (1,27).

Entre los judíos el matrimonio legal se realizaba después de algunas gestiones preparatorias mediante dos procedimientos sucesivos, que eran los desposorios y las nupcias. Los desposorios no eran como hoy entre nosotros, la simple promesa de matrimonio futuro, sino el perfecto contrato legal de matrimonio, o sea, el verdadero *matrimonium ratum*. Por lo tanto, la mujer desposada era esposa ya; podía recibir el acta de divorcio de su desposado-marido; a la muerte de éste pasaba a ser viuda en regla, y, en caso de infidelidad, era castigada como verdadera adúltera conforme a las normas del Deuteronomio (22,23-24). Esta situación jurídica es definida con exactitud por Filón cuando afirma que, entre los judíos contemporáneos de él y de Jesús, el desposorio valía tanto como el matrimonio (cf. *De special. leg.* III 12). Cumplido este desposorio-matrimonio, los dos desposados-cónyuges permanecían algún tiempo todavía con sus respectivas familias. Semejante tiempo habitualmente se extendía hasta un año si la desposada era virgen, y hasta un mes, si viuda, y se empleaba en los preparativos de la nueva casa y del equipo familiar. En rigor, entre dos desposados-cónyuges no debieran mediar relaciones matrimoniales, pero en realidad mediaban generalmente, como atestigua la tradición rabínica (cf. *Ketuboth*, 1,5; *Jebamoth*, IV 10; *babli Ketuboth*, 12 a, etc.), la cual nos informa también de que semejante desorden existía en Judea, pero no en Galilea.

Las nupcias se celebraban una vez transcurrido el tiempo susodicho y consistían en la introducción solemne de la esposa en casa del esposo. Empezaba entonces la convivencia pública, y con esto las formalidades legales del matrimonio estaban cumplidas.

Generalmente, los desposorios de una virgen tenían lugar cuando contaba de doce a trece años, si bien a veces algo antes. En consecuencia de todo lo expuesto, las nupcias ocurrían usualmente de los trece a los catorce años. Tal era probablemente la edad de María a la aparición del ángel. El hombre solía desposarse entre los dieciocho y los veinticuatro años, y ésta debía ser en consecuencia la edad de José. 1372

En conclusión, sabemos por Lucas que María era una virgen ya desposada, y por Mateo (1,18) nos consta que quedó grávida antes de que fuese a convivir con José, o sea, antes de las nupcias judaicas. A la luz de estas noticias, ¿qué significado tienen sus palabras dirigidas al ángel: *¿Cómo será esto, ya que no conozco varón?*

Tomadas aisladamente en sí mismas, semejantes palabras sólo pueden tener uno de estos dos sentidos: o recordar la notoria ley de la naturaleza, según la cual todo hijo tiene un padre, o bien expresar para el futuro el propósito de no someterse a esa ley, y en consecuencia renunciar a la progenie. Por mucho que reflexionemos no nos es dable descubrir un tercer sentido.

Ahora bien: en boca de María, desposada hebrea, las palabras en cuestión no pueden tener el primero de esos dos sentidos, porque resultarían de una puerilidad desconcertante, al punto de constituir una cosa sin sentido. Era, en efecto, fácil contestar a una desposada judía que expresase un pensamiento de tal especie: «Lo que no ha ocurrido hasta hoy, puede normalmente ocurrir mañana». Es, por tanto, inevitable admitir el segundo sentido, en el cual la expresión *no conozco* se refiere no sólo al presente, sino también al futuro, expresando un propósito para el porvenir. Sabido es que todas las lenguas admiten esta aplicación del presente extendido al futuro, tanto más si entre presente y futuro no hay interrupción y se trata de un estado social («no me caso», «no me hago sacerdote, abogado», etc.). Si María no fuese ya una desposada-cónyuge, sus palabras, un tanto forzadamente, habrían podido interpretarse como un implícito deseo de tener un compañero en la vida; pero en su caso ya existía el compañero legal y regular, de modo que no había obstáculo alguno a que el anuncio del ángel pudiera cumplirse por las vías naturales.

Sin embargo, mediaba tal obstáculo y estaba representado por aquel *no conozco*, que implicaba un propósito para el porvenir y justificaba la pregunta: *¿Cómo será esto?* La tradición cristiana ha interpretado unánimemente en ese sentido el *no conozco*, siguiendo así el camino más fácil y hacedero, a la par que el único razonable y lógico» (cf. o.c., p.245-247).

b) El propósito de virginidad 1373

«Ahora bien: si María tenía previamente el propósito de permanecer virgen, ¿por qué había consentido en contraer el judaico desposorio-matrimonio? Sobre este punto los evangelios no ofrecen explicaciones, pero cabe hallarlas ateniéndose a los usos judaicos de la época. En el antiguo hebraísmo, el estado célibe o núbil no era apreciado y la principal preocupación familiar era la descendencia, y lo más numerosa posible. La falta de hijos se reputaba maldición de Dios (Deut. 7,14). Sólo se conocieron, entre los hombres, el antiguo caso del profeta Jeremías, que quedó célibe para consagrarse en absoluto a su misión de profeta (Ier. 16,2 ss.), y en tiempos de Jesús, el de los esenios, que no contraían matrimonio o lo contraían por excepción. En cuanto a las mujeres, no se sabría qué caso citar, ya que la mujer sin marido y sin hijos era para los hebreos un ser lúgubre...

Cediendo, pues, a esta tiránica costumbre común, María habíase des-

posado; pero su propósito, tan confiadamente alegado al ángel, ilumina con luz refleja la disposición de su desposado José, quien no habría sido nunca aceptado como esposo de no haber consentido en respetar el propósito de María. Semejante disposición de José halla un buen paralelo histórico en el celibato de los esenios antes mencionado...

En la narración de Mateo figura en primer plano José, quien apenas es mencionado en la de Lucas. Y así como respecto a Lucas se argumenta con buenas razones que la principal informadora debió ser María, ora directamente, ora por medio de Juan, así respecto a Mateo es razonable suponer que para este tema recurrió a informadores de Galilea que estuvieron en relaciones particulares con José, como, por ejemplo, Santiago, el «hermano» de Jesús.

Según Mateo, María, desposada de José, quedó embarazada antes de la convivencia, sin que José sea advertido del carácter sobrenatural de la concepción hasta que el hecho se ha consumado (Mt. 1,18). Este descubrimiento no pudo ocurrir sino después del regreso de María de su visita a Elisabet, o sea, entre el cuarto y quinto mes de embarazo. Al tornar María a Nazareth, de donde partiera a poco de la anunciación, sus condiciones físicas fueron pronto notadas por José, que ignoraba los precedentes. *Y José, su marido, siendo justo y no queriendo exponerla, resolvió despedirla secretamente* (Mt. 1,19). Dado lo que ya sabemos sobre las condiciones jurídicas de los desposados-cónyuges entre los judíos, los términos son claros: José, como legítimo *marido*, podía *despedir* a María entregándole el acta de divorcio, cuyo procedimiento tendría por consecuencia exponer a la repudiada a la reprobación pública, para evitar lo cual José resolvió *despedirla secretamente*, y tomó esta determinación *siendo justo*. De todo el período, esta última frase es la más importante y la verdadera clave de la explicación» (cf. ibid., p.247-255).

1374 c) La perplejidad del Patriarca

«En un caso de tal género, un judío recto y honrado, una vez convencido de la culpabilidad de su mujer, le habría entregado sin más el acta de divorcio, considerándose no sólo en el derecho, sino tal vez en el deber de obrar así, ya que una tolerancia silenciosa e inactiva podía parecer aprobación y complicidad. Pero José, precisamente *siendo justo*, no obró así. Luego estaba convencido de la inocencia de María, y por tanto juzgó inicuo someterla al deshonor de un divorcio público.

Por otra parte, ¿cómo podía José explicarse el estado de María? ¿Pensaría en una violencia sufrida por ella sin culpa durante los tres meses de ausencia? El silencio sistemático de María sobre aquel punto—silencio natural en una muchacha recatada que se halla en tales condiciones—podía suscitar una sospecha de tal género. ¿O acaso José, aproximándose a la realidad, entrevió en lo acaecido algo de divino y sobrenatural? No lo sabemos, porque nada dice Mateo sobre el propósito; sólo de la deliberación de José de romper su vínculo con María *secretamente*, es decir, sin dañar su fama, concluímos que obró, bien como convencido de la inocencia de María, bien como *justo* [1].

[1] La tradición cristiana no concuerda en el modo de interpretar la conducta de José. No pocos Padres, entre ellos Ambrosio, Crisóstomo, Agustín y otros, seguidos por algunos modernos (Fouard, etc.), creen crudamente que José sospechó realmente sobre la conducta de María; pero esto no se corresponde con el *siendo justo* de Mateo ni con el designio de *despedirla secretamente*. Algún escritor cae en el extremo opuesto y cree que José estaba tan persuadido de la maternidad sobrenatural de María que quiso alejarse de ella por un impulso de profunda humildad. Esta interpretación es muy piadosa, pero no muy

La perplejidad de José no duró mucho. *Empero, cuando él hubo tomado* 1375
esta deliberación, he aquí que un ángel del Señor le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo; y parirá un hijo y lo llamarás con el nombre de Jesús, porque él salvará al pueblo de sus pecados (Mt. 1,20-21). El sueño era un medio no infrecuente en el Antiguo Testamento, de que Dios se valía para comunicar su voluntad a los hombres. Mateo, el evangelista más interesado por el Antiguo Testamento, recuerda varias comunicaciones divinas mediante sueños (además de ésta, cf. Mt. 2,12.13.19.22; 27,19) que no citan los demás evangelistas. El nombre de Jesús, que había de imponerse al nacido, ya había sido comunicado a la madre. Aquí se añade el motivo de tal imposición—*salvará*, etc.—, fundada en el significado etimológico del nombre mismo.

Después de esta declaración imperativa del ángel, José lleva a su casa a María. Se celebrarían entonces las ceremonias acostumbradas en tales nupcias, y parientes y amigos concurrirían a la modesta fiestecilla externa, pero sin duda ignoraron el misterioso arcano que se ocultaba en el seno de la nueva familia.

Y José, hombre de la tribu de Judá y del linaje de David, carpintero de oficio, fué el jefe legal de aquella familia» (cf. ibid., p.255-256).

B) Los desposorios en Israel

(Cf. FRANCISCO MIGUEL, WILLIAM, *Vida de María*, Herder, Barcelona 1950.)

a) LAS DILIGENCIAS PREVIAS 1376

«Las «diligencias previas» para una boda constituían un verdadero negocio. Los negociadores y traficantes eran, por lo regular, los padres de los novios. Ambos procuraban sacar partido en provecho de la propia familia. Por consiguiente, el padre del novio procuraba asegurarse para la novia un patrimonio lo más rico posible, bajo las condiciones más favorables...

Como el contrato matrimonial tenía tanto de negociación jurídica, no era conveniente que los jóvenes se declarasen abiertamente su inclinación. Ello hubiera podido influir perniciosamente en la cuestión financiera para una parte o para la otra.

Las negociaciones previas llegaban a término con los desposorios. Estos equivalían substancialmente al enlace matrimonial y tenían las mismas consecuencias jurídicas. El ceremonial consistía en que el novio depositaba en la mano de la novia un objeto por valor al menos de cinco céntimos, como arras matrimoniales, y declaraba: «Con esto me quedas prometida solemnemente». Seguíase una fórmula de bendición. A partir de este momento la novia recibía el nombre de «esposa de fulano», exactamente como cuando presentan a María los evangelios como esposa de José» (cf. o.c., p.52-54).

---

perspicaz, ya que contradice el relato de Mateo, haciendo inútil e ilógica la sucesiva intervención del ángel que amonesta en sueños a José. El camino justo es el indicado por San Jerónimo, quien, mientras tiene en la debida consideración el *siendo justo*, afirma que José no dudó nunca de María y se halló por ello ante un problema insoluble. *¿Y cómo José, que cela el delito de su mujer (uxoris), es llamado «justo»? Pero ello es un testimonio en pro de María, ya que José, conociendo la castidad de su esposa y asombrado de lo ocurrido, cela con el silencio aquello cuyo secreto no conoce* (cf. *In Mt.* 1,19).

1377 b) El contrato nupcial

«El contrato se hacía muchas veces, pero no siempre ni en todas partes, por escrito. Siendo oral, se llamaban testigos. La costumbre fijaba el plazo de un año como intermedio entre los desposorios y el matrimonio. A esto se agregaban las visitas de presentación a domicilio, que tenía lugar más tarde o más temprano.

En los escritos extrabíblicos están previstas, además de este curso normal del contrato, toda clase de irregularidades, entre otras la de que se llegaran a disolver los desposorios. En este caso lo esencial no era, naturalmente, un rompimiento de las relaciones, acompañado de una última entrevista de tonos violentos. Por ambas partes se consideraba maduramente el aspecto financiero y se buscaba la manera de recobrar el patrimonio, dote y crédito de boda, si es que estaban ya bajo el dominio del novio. Si éste iba dando largas al matrimonio más que lo regular, la desposada tenía derecho a reclamar y a exigir, como decían muchos, que le extendiera un libelo de repudio, a fin de que ella pudiera casarse con otro. Si se moría el novio, su prometida quedaba en calidad de «viuda». Prueba también ésta de que los desposorios equivalían jurídicamente a nuestro matrimonio. El padre, o quien hiciese sus veces, reclamaba entonces el crédito de boda y todo lo demás que hubiera pasado a poder del desposado. Nuestro sentido sobrio se pregunta: ¿A qué venía entonces la boda, si los desposorios tenían el mismo valor? Era una costumbre que obedecía, probablemente, a una experiencia de vida mayor de lo que nosotros suponemos generalmente. Por una parte, era oportuno que la mujer tempranamente se ligase al varón que había de ser su marido y que éste se llevase sus pensamientos; por otra, no debía sometérsela muy joven a la carga del matrimonio. De ahí los desposorios tempranos, que unían con lazo firme, y la dilación de la boda después de ellos para tener cuenta con la doncella. A estos mismos motivos respondían los desposorios, tal como tenían lugar frecuentemente en nuestros países en la Edad Media.

Pero, como entre nosotros, también entre los israelitas fueron perdiendo su eficacia por aflojamiento del vínculo interno. En Egipto se celebraban más tarde bajo condición de que los derechos contraídos en ellos no tuviesen efecto hasta el matrimonio; se los fué, pues, rebajando más y más a la categoría que tienen entre nosotros y en otras partes.

La boda se celebraba con preferencia los miércoles, por ser el día de la semana casi equidistante de dos sábados. La fiesta empezaba con la conducción de la novia a casa del novio» (cf. o.c., p.54-55).

C) El desposorio de María con José

1378 a) Circunstancias biográficas de María

«En este marco de costumbres y leyes que acabamos de trazar ligeramente hay que encuadrar la vida de María por el tiempo de su desposorio con José; pero al mismo tiempo conviene indicar los puntos en que se separaba de la regla general.

Por todos los indicios, los padres de María ya habían muerto para aquellas fechas. María debía de vivir, por tanto, con algún pariente. Este sería jurídicamente su tutor o ejercitaría al menos este oficio sin poseer el título. La leyenda popular dice que María se educó en el templo. Si así fué,

influiría para ello su parentesco con Zacarías, el cual podía hacer valer sus recomendaciones. Nosotros prescindimos de esta eventualidad, porque al tiempo que de María nos hablan los evangelios la encontramos en Nazaret.

Sin duda que no viviría sola, sino, más bien, en casa de algún pariente. Cuando llegó la época en que las doncellas contraían matrimonio, el representante del padre de María tuvo que ocuparse de esta cuestión en favor de ella. En principio toda doncella tenía derecho para declararse contra el matrimonio con el joven que le propusiesen; pero las circunstancias llevaban consigo que no se atendiera siempre su repulsa.

«Si los parientes que substituían al padre concertaban un enlace sin contar con la doncella, llegada a mayor edad, tal enlace era inválido. Si lo habían concertado con su asentimiento durante la minoría, lo podía deshacer ella más tarde con su repulsa. Las «fórmulas» que corrían para este caso decían: «No quiero casarme con fulano y mengano» o algo parecido» (cf. ibid., p.55-56).

b) La petición de mano 1379

«En semejantes circunstancias se celebraron los desposorios de María y José. La petición de mano partió de José, o pudo también venir de la parentela, o de uno y otra. Lo que sí se tuvo sin duda en cuenta, conforme a la costumbre, fué la igualdad de condición de ambas partes. Esto tenía su fundamento no sólo social, sino también religioso. Del tiempo posterior a Cristo se conservan toda suerte de aforismos, que sin duda circulaban desde tiempo inmemorial entre el pueblo sencillo de Israel: «Al que se case con una mujer que no le cuadre, le considere la Escritura como si hubiese arado todo el mundo y sembrádolo luego de sal, inutilizándolo para siempre. El que se casa con una mujer por razón del dinero, engendra hijos que no son dignos de él. Las uvas son fruto de la vid, no de las zarzas. Lo semejante empareja bien con su semejante». Como celador de las genealogías del pueblo se consideraba al profeta Elías, quien en su segunda venida habría de separar de la comunidad todos los hijos ilegítimos. El atender a la igualdad de condición era, por consiguiente y ante todo, obligación de ciertas categorías privilegiadas, v.gr., del estado sacerdotal. A este propósito decía un proverbio: Si la hija de un sacerdote toma por marido a un individuo que no sea de línea sacerdotal, acabará o viuda o repudiada, o sin hijos. En todo caso, el matrimonio será desgraciado. Muchos rabinos hasta llegaban a prohibir a sus discípulos que asistiesen a una boda de este género.

También las familias de distinguida alcurnia atendían escrupulosamente, como los sacerdotes, a la igualdad de categoría para sus contratos matrimoniales. La costumbre impuso, pues, su fuerza con mayor rigor que en otros casos en el de María y sus parientes, sea cual fuera en último término su posición. Si a esto se agregaba que María era hija heredera y tenía por lo mismo propiedades personales, había para ella un título que la obligaba a casarse con un varón de su propia parentela. Y como el matrimonio con allegados, fuera del grado prohibido, se reputaba como digno de elogio, la elección de un pariente que no lo fuese en grado prohibido podía parecer en el caso de una heredera una elección según el espíritu de la Ley. Incluso podía uno creerse obligado a tal matrimonio por motivos religiosos, conforme a aquel espíritu. La historia del piadoso Tobías demuestra cómo se atenían las familias piadosas a la costumbre de casarse con gente de la parentela. El arcángel Rafael decía al joven Tobías a propósito de su primo Ragüel: «Tiene una hija que se llama Sara; fuera de ella no tiene hijos ni hijas; toda la herencia recae en ella; tómala por esposa» (Tob. 6,11 y 12). Después

de la petición de mano dice Ragüel (Tob. 7,14): «Yo creo que Dios os ha guiado (a Tobías y al ángel) aquí para que Sara se casase con uno de su parentela, conforme a la Ley de Moisés».

1380 c) El concierto de los desposorios

«La Biblia no cuenta cómo concertaron María y José sus desposorios. Por consiguiente, ignoramos los trances penosos que hubo de pasar María hasta contraerlos. Porque pudieron entrar en la cuenta hipótesis bien angustiosas. La intención de casarla a todo trance y lo antes posible, las conversaciones que de broma y en serio se sacaban a plaza sobre este asunto significaban para ella un verdadero tormento y le proporcionaban muchas horas amargas. No fué ésta probablemente su única aflicción. Precisamente por tratarse de una joven tan modesta y recogida como lo era María pudieron intervenir sus parientes más que por ley general y presentar en todo su relieve los motivos religiosos que se les ofrecían para el matrimonio. Tal vez precedieron a los desposorios con José diversas tentativas de casarla con otros jóvenes de la parentela, que a juicio de ellos representaban un partido especialmente ventajoso. Así pudo ser que la idea de casarla con José hubiese sido para María su último refugio» (cf. ibid., p.58).

1381 d) La virginidad de ambos

«Al reflexionar sobre estas cosas, nos gustaría, naturalmente, saber cuándo se pusieron al habla María y José. Ocasión obvia era el momento en que José pidió la mano de María. Antes hemos indicado ya que las promesas solemnes que tuvieron que ver con los desposorios, y por lo mismo con el matrimonio, había que darlas a conocer antes de ultimar el contrato. María lo sabía, y sabía conforme a eso que estaba obligada a revelar a José su resolución antes de desposarse con él. Así lo hizo, participándole en qué forma estaba ligada. Tal entrevista supone que María conocía de antemano a José como hombre «justo», como hombre «santo», en quien podía tener máxima confianza.

José, al escucharla, se encontraba tal vez en una situación semejante a la de María. Acaso fuese también el deseo de su corazón vivir célibe, consagrado por entero a Dios. Acaso fué la presión pública o la de sus parientes la que también a él le obligaba a casarse, fuera que le apremiasen en general para que tomase esposa, fuera que le indujesen a desposarse con María.

En tales circunstancias la declaración de ésta de haberse consagrado a Dios y de no contraer desposorios ni matrimonio sino con la condición de permanecer fiel a su propósito, sería para José como una voz del cielo, al cual había hecho él, por su parte, el mismo voto. Nosotros no tenemos ni idea del grado de concordia interna tan misteriosa que alcanzaron aquellas dos personas al revelarse los misterios más íntimos de sus almas, llenas de Dios.

A muchos se les resisten sus sentimientos a admitir como determinantes del matrimonio de María y José la presión de los parientes, la opinión pública y otras causas parecidas, que con tanta frecuencia suelen influir en los contratos matrimoniales ordinarios.

Semejante posición corresponde a la manera extraña y recelosa que se suele adoptar frente a Dios; diríase que se le quiere prohibir que edifique lo sobrenatural a base de lo natural. Ya el viejo Oriente cristiano inventó por esta razón una leyenda prodigiosa tocante a los desposorios de María.

convirtiendo esta cuestión de familia en asunto de todo el pueblo de Israel...

El hecho histórico fué mucho más sencillo que la ficción de la leyenda y se desarrolló conforme a la vida ordinaria de una pequeña ciudad oriental. La vida oculta de Jesús influía de antemano en María y José, haciendo que en su vida, con ser tan singular, todo el elemento divino se ocultase tras la forma, mejor dicho, en la forma de una vida ordinaria» (cf. ibid., p.58-60).

e) Patrimonio y dote 1382

«Con los desposorios se unieron naturalmente también en este caso los acuerdos jurídicos sobre los bienes. También en esto solemos estar preocupados, no queriendo representarnos a María y José ultimando detalles sobre toda clase de bienes insignificantes. Con todo, esto va vinculado a la vida en la tierra. María recibió un patrimonio que se componía de vestidos y muebles. Recibió también una dote integrada, asimismo, a lo que se puede juzgar, por algunos vestidos y muebles más; acaso también por algún pequeño huerto. Recibió, igualmente, una suma para la viudez; o sea, el seguro de una cantidad que le correspondería de los bienes de José a la muerte de éste. Tal vez todo ello montara muy poco; pero en familias pobres las nonadas se aprecian como las grandes fortunas en las familias de los ricos. Los trámites los dirigió José, bien en persona, bien por intermedio de algún experimentado. Aquellas negociaciones, no obstante el complejo de intereses naturales, se hicieron tan ocultamente, que la parentela creyese haber salvado, gracias a su prudencia, un asunto delicado para provecho de todos sin que interviniesen las partes más interesadas.

Si ya no antes, ahora lo más tarde corrió de boca en boca entre los habitantes de Nazaret: «María se ha desposado con José el carpintero». En los patios y en las azoteas se hacían comentarios, y como para todo desposorio, también para éste había sus observaciones. Lo que más se diría fué, sin duda: «¡Tal para cual!» María, la doncellita recatada que a los ojos de muchos, de tanto recato y retraimiento, parecía una insignificancia viviente. Y José, el carpintero, callado, en el que había algo parecido a lo de María» (cf. ibid., p.60-61).

SECCION III. SANTOS PADRES

SAN AGUSTIN

La paternidad de San José

Aunque San Agustín, y lo mismo podemos decir de todos los Santos Padres, no se extiende mucho sobre San José, sin embargo, alude a sus virtudes en diversos pasajes. Preferimos traer aquí el sermón 51 (PL 38,332-354). En él, San Agustín, al rechazar a los que encontraban oposición entre los evangelios de San Mateo y de San Lucas, explica largamente la paternidad de San José y desarrolla una doctrina muy clara sobre el matrimonio.

A) José el justo

1383 a) El justo no se irrita

«Correspóndenos ya el contar cómo nació y apareció entre los hombres, narración que sigue a lo que llevamos dicho y gracias a la cual creemos que nuestro Señor Jesucristo no sólo nació de Dios sempiterno, y es coeterno al que lo engendró antes de los tiempos y antes de toda criatura, y por el cual fueron hechas todas las cosas, sino que además nació del Espíritu Santo y de la Virgen María, según confesamos igualmente. Acordaos de que sabéis muy bien (estoy hablando a mis hermanos los católicos) que ésta es nuestra fe, esto es lo que profesamos y confesamos, y por esta fe murieron miles de mártires en todo el orbe de la tierra» (cf. ibid., 8).

«Pero los que quieren derogar la fe debida a los libros evangélicos intentan reírse de lo que se sigue, echándonos en cara, para convencernos de nuestra temeraria credulidad, lo siguiente: *Estando desposada María su madre con José, antes de que conviviesen se halló haber concebido María del Espíritu Santo. José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto* (Mt. 1,18-19). Al verla embarazada la juzgó naturalmente adúltera, pero siendo justo, según nos dice el Evangelio, no quiso denunciarla, esto es, divulgar el hecho, como se lee en muchos códices, sino repudiarla en secreto. El marido se turba, pero el justo no se irrita. Tanta fué la santidad de este varón que ni quiso conservar a la adúltera ni se atrevió a castigarla publicándolo».

b) La justicia sincera 1384

«Observó la justicia sincera. No quiso perdonarla como si deseara conservarla. Muchos perdonan a sus mujeres adúlteras llevados de su amor carnal... Este varón justo no quiere conservarla, luego no la ama carnalmente. Sin embargo, no quiere castigarla, luego perdona misericordiosamente... Con razón fué elegido testigo de la virginidad de su esposa, y el que se turbó con flaqueza humana fué robustecido con la autoridad divina» (cf. ibid., 9).

B) Paternidad de José 1385

«Otra de sus calumnias es la siguiente: la generación de Cristo se narra siguiendo a José y no a María. Atienda un poco vuestra santidad. Nos dicen que no debe seguirse la genealogía por José. ¿Y por qué no? ¿Acaso no era José el esposo de María? Contestan: No. ¿Y quién es el que lo dice? Porque la Sagrada Escritura, apoyándose en la autoridad de un ángel, nos afirma que lo era. *No temas recibir en tu casa a María, tu esposa, porque lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo* (Mt. 1,20), y se le manda que le imponga el nombre, aun cuando no haya sido concebido de él. *Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús* (ibid., 21). La Sagrada, Escritura al decirnos que era obra del Espíritu Santo, pretende indicarnos la razón de por qué no había sido concebido por José, ya que de esto había nacido su preocupación. Sin embargo, no se le quita la autoridad paterna, puesto que se le ordena imponer el nombre al niño».

a) Padre de Cristo 1386

«Además, la Virgen María, que sabía muy bien que no había concebido a Cristo por obra de José, le llama, no obstante, padre de Cristo» (cf. ibid., 16).

Comprobadlo. Cuando nuestro Señor Jesucristo tenía en cuanto hombre doce años, El, que en cuanto Dios es antes que los tiempos y sin tiempo, separóse de ellos y disputaba con los ancianos admirándolos con su doctrina. Saliendo María y José de Jerusalén le buscaban entre los acompañantes, esto es, entre los que caminaban a su lado, y al no encontrarle volvieron a la ciudad y allí le hallaron disputando en el templo con los ancianos, cuando tenía, como os he dicho, doce años. No es de admirar; el Verbo de Dios nunca se calla, aunque no siempre es escuchado. Al encontrarle en el templo, su madre le dice: *¿Por qué nos has hecho así? Mira que tu padre y yo, apenados, te andábamos buscando. Y él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que conviene que me ocupe en las cosas de mi Padre?* (Lc. 2,48-49).

Díjoles esto porque era el Hijo de Dios que estaba en el templo de Dios. Aquel templo no era de José, sino de Dios.

Pero me dice alguien: Ahí lo tenéis; no concede ser hijo de José. Escuchadme con un poco de paciencia para que el poco tiempo que tenemos nos sea suficiente. Cuando María dijo: *Tu padre y yo, apenados, te andábamos buscando*, él contestó: *¿No sabéis que conviene que me ocupe en las cosas de mi Padre?* Y es que no quería le creyesen su hijo en forma tal que no entendiesen era Hijo de Dios. El Hijo de Dios es siempre el Hijo de Dios, el Creador de ellos mismos. El Hijo del hombre, nacido en el tiempo, de una virgen sin concurso marital, los tiene, sin embargo, a los dos por padres. ¿Cómo lo probaremos? Pues porque María dijo: *Tu padre y yo, apenados, te andábamos buscando*» (cf. ibid., 17).

1387 b) El varón, cabeza de la mujer

«En primer lugar, no es cosa de pasar por alto aquella gran obediencia, especialmente para enseñar a las mujeres, hermanas nuestras, la santa modestia de la Virgen María. Era la Madre de Cristo, un ángel había venido a ella y le había dicho: concebirás y darás a luz un hijo... Había merecido dar a luz al Hijo del Altísimo y, no obstante, era humildísima y no se antepone a su marido ni siquiera al nombrarlo, pues no dijo: yo y tu padre, sino tu padre y yo. No tiene en cuenta la dignidad de su seno, sino el orden matrimonial. El humilde Cristo no enseñó nunca a su Madre la soberbia. Tu padre y yo, apenados, te andábamos buscando. Tu padre, dice, y yo, porque *el varón es cabeza de la mujer* (Eph. 5,23). ¿Y cuánto menos debieran ensoberbecerse las demás mujeres?» (cf. ibid., 18).

1388 c) Cristo, sujeto a sus padres

«La respuesta de nuestro Señor Jesucristo de que convenía que se ocupase en las cosas de su Padre no dice ser Dios su Padre de forma que equivalga a negar que lo sea San José. ¿Y por dónde lo probamos? Por la misma Escritura, que se expresa de esta forma: ... *Bajó con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto* (Lc. 2,51). No dice que estaba sujeto a su Madre o que le estaba sujeto, sino que les estaba sujeto a ellos. ¿A quiénes? A sus padres. Padres eran los dos, a quienes obedecía con la misma dignación con que se hizo hijo del hombre... El mundo está sujeto a Cristo, y Cristo, a sus padres» (cf. ibid., 19).

1389 d) Padres temporales

«¿Habéis entendido, pues, hermanos, cómo su frase de *conviene que me ocupe en las cosas de mi Padre* no quiere decir: Vosotros no sois mis padres? Ellos eran padres temporalmente, y el

Padre lo era sempiternamente. Estos padres lo son del hombre; el Padre lo es del Verbo, de su Sabiduría, de su Poder, por el cual lo creó todo. Y si por este poder creó la universalidad de las cosas, llegando de un fin hasta el otro y disponiéndolo todo fuerte y suavemente (Sap. 8,1) fué por el Hijo por quien inclusive ellos mismos fueron formados y a los cuales se sujetó después como hijo del hombre» (cf. ibid., 20).

e) Los esposos deben su estado al amor conyugal 1390

«Así, pues, José no deja de ser padre porque no tuviera trato matrimonial con la madre del Señor, como si los esposos debieran su estado a la libidinosidad y no al amor conyugal. Escúcheme vuestra santidad. Algún tiempo después el Apóstol de Cristo en la Iglesia había de decir: *Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran* (1 Cor. 7,29). Y nosotros hemos conocido a muchos hermanos muy llenos de fruto de la gracia que sujetaron la concupiscencia de la carne en nombre de Cristo y por mutuo consentimiento sin que sujetaran el mutuo amor conyugal. Cuanto más se reprime aquélla, tanto más fuerte es éste. ¿Y no son también esposos los que viven de esta forma sin buscar entre sí los frutos de la carne, sin exigirse mutuamente las deudas de la concupiscencia corporal? La una está sujeta al varón porque así conviene, y tanto más sujeta cuanto más casta, y el otro ama a su esposa como está escrito en honor y santificación (1 Thes. 4,4), como coheredera de la gracia, *como Cristo amó a su Iglesia* (Eph. 5,25).

No deja, pues, de existir matrimonio porque no se lleve a cabo lo que puede ejecutarse, aunque ilícitamente, en quien no es cónyuge. ¡Ojalá pudieran todos vivir de esta forma, aunque muchos ciertamente no pueden! Sin embargo, no superan a los que son capaces, y no les neguéis el nombre de marido y de mujer porque no se mezclen carnalmente, sino que se enlazan sólo con el corazón» (cf. ibid., 21).

f) El fin del matrimonio son los hijos 1391

San Agustín pasa a demostrar que el fin del matrimonio son los hijos, y para ello describe la ceremonia de los desposorios de su tiempo. «Léense las tablillas y se recitan delante de todos los testigos y, por lo tanto, se dice que el matrimonio se celebra para procrear los hijos. Estas son las llamadas tablas matrimoniales, y, en realidad, si las esposas no se dieran y recibieran para esto, ¿quién sería capaz de entregar a su hija con la frente alta a la lujuria ajena? Pero no se avergüencen los padres al darlas, porque las tablillas se leen para que sean suegros y no «lenones». ¿Y de qué hablan esas tablillas? Del fin de la procreación de los hijos. Serénese, pues, la frente paterna al oírlo, pero miremos la del varón que recibe a su mujer. Avergüéncese si la recibe de la forma en que el padre se avergonzaría en dársela» (cf. ibid., 22).

Escuchadme, pues, hermanos míos; grandes son los varones que contraen matrimonio para tener hijos, como leemos que lo fueron los Padres y lo encontramos en innumerables documentos, y lo claman sin duda alguna las páginas santas. Si, pues, los varones se casan sólo para tener hijos, en el caso de que pudiese concedérseles el tenerlos sin trato matrimonial, ¿no debieran recibir tal beneficio con gozo inefable? ¿No los hubieran recibido con gran alegría?»

1392 g) LAS OBRAS DE LA CARNE

«El género humano se sostiene gracias a las obras de la carne, a las cuales los hombres prudentes y santos se rebajan por obligación, mientras que los imprudentes corren hacia ellas o las desean. Una cosa es bajar algo por obligación y otra es caer en ellas por sensualidad. ¿Cuáles son estas dos obras que sostienen al género humano? La primera es la que toca a los alimentos (los cuales, ciertamente, no pueden tomarse sin algún deleite sensual); me refiero al comer y al beber. Si no lo hacen, mueren; el comer y el beber es uno de los sustentáculos del género humano, conforme a su naturaleza.

Pero con esto sólo se sostienen los hombres en cuanto a sí mismos, ya que lo tocante a su sucesión no lo procuran comiendo y bebiendo, sino casándose. El género humano se cuida, pues, primeramente de que los hombres vivan, pero como quiera que por mucha que sea la diligencia con que traten de conservar su cuerpo no conseguirán vivir siempre, síguese otra providencia, a saber, el que los que nacen sucedan a los que se mueren. Porque el género humano, según está escrito, es de la misma condición que las hojas en los árboles. Me refiero a los árboles que, como el olivo y el laurel, no carecen nunca de follaje, aun cuando no tienen siempre las mismas hojas. Según la Escritura, la una nace y la otra cae (Eccli. 14,18-19). Porque las que nacen suceden a las que cayeron y en continua rotación arrojan unas hojas y se visten con otras nuevas. De modo semejante, el género humano no se perjudica por el número de los que mueren a diario, puesto que son suplidos por los que nacen, y así en esta forma se sostiene la especie humana, y, del mismo modo que el árbol se ve siempre lleno de hojas, la tierra está siempre llena de hombres. Si murieran y no nacieran, la tierra se vería privada de hombres, como algunos árboles se ven desnudos de todas sus hojas».

1393 h) EL HOMBRE SABIO DESCIENDE A ELLAS POR OBLIGACIÓN

«Siendo, pues, necesarios para que subsista el género humano estos dos sustentáculos de que hemos hablado ya suficientemente, el hombre sabio, prudente y fiel desciende a ellos por obligación y no cae por sensualidad. ¡Cuántos son los que corren y comen y

beben vorazmente, colocando en ello su propia vida como si no existieran para otra cosa! Porque como comen para vivir, creen que viven para comer. El Sabio les reprende y la Sagrada Escritura sobre todo les llama glotones, borrachos, *cuyo dios es el vientre* (Phil. 3,19). No les lleva a la mesa la necesidad de sostenerse, sino la concupiscencia de la carne, y por eso caen sobre la comida y la bebida. En cambio, los que bajan a ello por la obligación de vivir, no viven para comer, sino que comen para vivir. Por lo tanto, si a estos hombres prudentes y moderados se les ofreciese el poder vivir sin necesidad de comida y bebida, recibirían este beneficio con tanta mayor alegría cuanto que no estaban acostumbrados a caer, sino que se veían obligados a descender».

Con esa alegría debió recibir Elías la comida que le sostuvo 1394
cuarenta días. «Pero privad de tal necesidad a un hombre de esos que colocan toda su felicidad en las comilonas como el ganado en el pesebre, y odiarán semejante beneficio, lo rechazarán y lo juzgarán castigo. Pues lo mismo ocurre en las obligaciones conyugales, en las cuales los hombre libidinosos no buscan a sus mujeres por otra cosa, y por ello apenas si se contentan con las suyas... Si preguntases a uno de esos hombres por qué se casa, quizá, pudoroso, te contestaría que para tener hijos, pero si alguien al cual creyese le dijera: Dios puede darte y ciertamente te dará hijos sin trato marital ninguno, con seguridad que había de sacar la conclusión y confesar que no buscaba a su mujer para tenerlos» (cf. ibid., 24).

«Aquellos santos antiguos, hombres de Dios, deseaban tener hijos, querían recibirlos y para esto se unían con sus mujeres, para tenerlos. Por esto mismo se les permitía tener varias esposas, pues si fuese la sensualidad inmoderada lo que place a Dios, también hubieran permitido en aquel tiempo que una mujer tuviese varios varones como un varón podía tener varias mujeres» (cf. ibid., 25).

«Pero tenían obligación de recibir mujeres por medio de las cuales el pueblo creciera, porque entonces convenía que en aquellos países se propagase el mundo abundantemente hasta Cristo, pues el número del pueblo prefiguraba a nuestra grande Iglesia».

i) Excelencia de la virginidad 1395

«Una vez que hubo nacido el Rey de todas las gentes, la virginidad comenzó a ser digna en la Madre del Señor, que mereció tener un hijo y no mereció verse corrompida. Y si, pues, aquéllo era un matrimonio, aunque no hubiera corrupción de los cónyuges, si la esposa dió a luz castamente, ¿por qué el marido no había de recibir (a su hijo) castamente también? Cónyuge casta era aquélla, cónyuge casto el marido, y como era casta la madre, así fué casto el padre. Y el que dice que no debe llamársele padre porque no engendró al hijo, lo que busca en la generación de los hijos es el placer y no el amor. Este (José) cumplió con su corazón mucho mejor lo que otros desean cumplir en la carne... Considerad, hermanos, los derechos

de la adopción y cómo un hombre llega a ser hijo del que no lo engendró y comprobaréis que la voluntad del que adopta tiene más derechos sobre él que la misma naturaleza del que engendra. Por lo tanto, José no sólo debe ser padre, sino que debe serlo máximamente. Los hombres, a veces, engendran hijos de mujeres que no son sus esposas y a los que suele llamarse naturales; sin embargo, los hijos del matrimonio se consideran de mejor clase. En cuanto a la carne, son exactamente iguales, ¿por qué, pues, se consideran de mejor clase, sino porque es más casto el amor matrimonial por el cual fueron engendrados? No se mira la obra de la carne, puesto que fué exactamente igual en las dos mujeres. Entonces ¿en qué vence la esposa sino en el afecto de la fidelidad, en el amor conyugal y en el cariño de la más sincera y casta caridad? Pues si pudieran tener hijos de la esposa sin trato carnal, ¿no deberían recibirlos con tanta más alegría y amarla tanto más cuanto ella haya sido más casta?» (cf. ibid., 26).

1396 j) PADRE SIN MEZCLA CORPORAL

«Pero ya hemos hablado suficientemente de por qué es oportuno que las generaciones se cuenten por José y no por María, porque del mismo modo que ella es madre sin concupiscencia carnal, él es padre sin mezcla corporal. Desciendan, pues, las generaciones y suban a partir de él. No les separemos porque haya faltado la concupiscencia carnal. Confirmemos su paternidad, que a buen seguro que la santísima María no nos reprenderá. Ella no se atrevió a anteponer su nombre al del marido: *Tu padre y yo, apenados, te andábamos buscando.* No lleven a cabo los murmuradores lo que no cumplió la casta cónyuge. Contemos a partir de José, porque del mismo modo que fué marido casto, fué casto padre. Antepongamos el varón a la mujer siguiendo el orden natural de la ley de Dios, pues si olvidándonos de él, sólo pensáramos en ella, nos diría, y con razón: ¿Por qué me separáis, por qué no contáis a partir de mí las generaciones ascendentes o descendentes? Y si le contestarais: Porque no engendraste carnalmente, nos diría: ¿Y acaso ella dió a luz por obra carnal? *Lo que el Espíritu Santo obró, lo obró para los dos.* Siendo un hombre justo, dice la Escritura. Justo era el varón, justa la mujer; el Espíritu Santo descansó en la justicia de ambos y a los dos les dió su hijo. En aquel sexo que era quien debía dar a luz, obró lo necesario para que naciese también para el marido. Y por eso es a los dos a quienes el ángel les dice que le pongan el nombre, ya que en poner el nombre se declaraba la autoridad paterna.

Se dice a María: *He aquí que concebirás un hijo y le darás por nombre Jesús* (Lc. 1,31). Se dice a José: *José, hijo de David, no temas..., dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús* (Mt. 1,20-21). Dice también: *Y le dió a luz un hijo* (Lc. 2,7, según la versión de San Agustín), lugar en el cual se afirma clarísimamente la paternidad no carnal, sino del amor.

Sea, pues, padre, como lo es. Cautísimamente y con toda prudencia, los evangelistas cuentan sus generaciones: Mateo descendiendo desde Abrahán hasta Cristo, y Lucas subiendo desde Cristo hasta Abrahán y Dios. El uno cuenta las generaciones que descienden, el otro las que ascienden; pero ambos se apoyan en José. ¿Por qué? Porque era el padre. ¿Por qué era el padre? Porque tanto más firmemente se es padre cuanto con más castidad. Había quien juzgaba que era padre de nuestro Señor Jesucristo de otra forma, a saber, como lo son los padres que engendran, según la carne, y no los que reciben a los hijos con sólo amor espiritual. Por eso dice Lucas: Se juzgaba era padre de Jesús. ¿Por qué se creyó? Porque los juicios y pareceres humanos siguen el cauce normal de lo que suele acaecer entre los hombres. El Señor no era carnalmente de José, aunque se creyese tal cosa, y, sin embargo, el que era el mismo Hijo de Dios nació de María Virgen para el amor y piedad de José» (cf. ibid., 30).

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. SANTA TERESA

Patrocinio universal de San José

(Cf. *Libro de la vida:* BAC, *Obras de Santa Teresa* t.1 c.6,5-8 p.622-624.)

1397 ***A) «Tomé por abogado y señor al glorioso San José»***

«Pues como me vi tan tullida, y en tan poca edad, y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces, que, si estando buena me había de condenar, que mejor estaba así; mas todavía pensaba que serviría mucho más a Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no dejarnos del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

Comencé a hacer devociones de misas y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fuí amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podía sufrir, y a ellas les hacía devoción (después se ha dado a entender no convenían, que eran supersticiosas); y tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que sosorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia, y aun hay muchas que le son devotas de nuevo experimentando esta verdad».

B) Bienes de la devoción a San José 1398

«Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento. Mas esto tenía malo —si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese—, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas. Para el mal y curiosidad y vanidad tenía gran maña y diligencia; el Señor me perdone. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío.

Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta, más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción. En especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas; que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino. Plegue al Señor no haya yo errado en atreverme a hablar en él; porque, aunque publico serle devota en los servicios y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo, como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y yo, como quien soy, en usar mal de esta merced»

II. SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO

La devoción a San José

(Cf. *Sermón de la festividad de San José* en *Sermones abreviados para todas las domínicas*. Edición aumentada con algunos sermones acerca de diversas materias, del mismo santo autor. Traducción del italiano por D. F. L. PONS Y COMP. [Barcelona 1897] p.566 ss.)

1399 ### *A) La devoción de los santos*

«Otro de los innumerables medios de salvación que Dios, movido del grande amor que nos tiene, y de los deseos que siente por nuestra salvación, nos ha proporcionado, consiste en la devoción de los santos, a quienes como amigos suyos encarga intercedan por nosotros, y con sus méritos y oraciones nos alcancen las gracias que nosotros no tenemos merecidas. No procede esta intercesión de que los méritos de Jesucristo no sean más que superabundantes para enriquecernos de toda suerte de bienes, sino porque place a su divina voluntad honrar a sus fieles servidores, haciéndoles cooperadores de nuestra salvación, y, por otra parte, quiere alentar la confianza que, a fin de alcanzar las divinas gracias, tengamos puesta en la mediación de los santos. Ahora bien, ¿quién ignora que San José es, entre todos los santos, y después de María Santísima, muy apreciado de Dios para impetrar las divinas gracias a favor de sus devotos? Veamos, pues, en los dos siguientes puntos:

a) Cuánta veneración debemos tributar al santo Patriarca por razón de su elevada dignidad.

b) Cuánta confianza debemos poner en el patrocinio del Santo por razón de su eminente santidad».

B) Veneración debida a San José

1400 #### a) POR SER PADRE DE CRISTO

«Bien nos cumple venerar al patriarca San José, a quien el propio Hijo de Dios quiso honrar llamándole padre suyo (cf. ORÍG., *Hom.* 17 *in Lc.* c.2). Idéntica denominación le dan los Evangelios (Lc. 2,33). Con el propio nombre le designó también la Santísima Virgen (ibid., 2,48). Si el Rey de los reyes encumbró, pues, a José a tan elevada honra, justo y debido es que nosotros procuremos ensalzarlo en cuanto podamos... ¿Qué ángel o qué santo, dice San Basilio, mereció jamás ser llamado padre del Hijo de Dios?...

Y vedlo como a tal padre, constituído señor de aquello reducida

familia, reducida por el número, pero grande por los dos eminentes personajes que la integran... José manda, y el Hijo de Dios obedece. Esta sujeción de Jesucristo, dice Gerson, al paso que ostenta la humanidad de Jesús, patentiza la elevada dignidad de José (cf. *Serm. de Nat. Virgin.)*. ¿Y puede darse mayor dignidad ni más encumbrada celsitud, prosigue diciendo, como la de mandar al que impera sobre todos los reyes?

Llenó de pasmo al mundo Josué cuando mandó parar al sol en mitad de su carrera... ¿Qué género de comparación puede caber entre Josué, a quien presta obediencia el sol, criatura inanimada, y José, a quien se sujeta Jesucristo, que es el Hijo de Dios? Jesucristo, en toda la duración de la vida de José, le respetó como padre, y por treinta años, y hasta que alcanzó el punto de la muerte le obedeció como a padre... San Bernardo, al hablar de San José, dice: *Fidelis servus et prudens, quem constituit Dominus suae Matris solatium, suae carnis nutritium solum denique in terris magni consilii coadiutorem fidelissimum* (cf. *Hom.* 2, *Missus)*. De suerte que José no fué exclusivamente destinado para servir de alivio a la Madre de Dios, que por tamañas tribulaciones hubo de pasar en esta vida; ni para proveer al sustento de Jesús, sino todavía para, en cierto modo, ser el cooperador de la redención del mundo, que fué la obra del gran consejo de las tres divinas Personas.»

b) Por su solicitud y santidad **1401**

«Al revestirle, pues, el Señor, respecto de su Hijo, de la cualidad de padre, puso igualmente a su cuidado la solicitud de alimentarle y de defenderle..., como si le dijera las palabras del Salmo (10,14): *Tibi derelictus est pauper*. José, yo he enviado a mi Hijo a la tierra cubierto de pobreza y de humildad, despojado del esplendor de las riquezas y sin aparente dignidad; por eso le menospreciará el mundo... Sé, pues, en la tierra su custodio y su padre en lugar mío: *Tibi derelictus est pauper;* en tus manos le abandono...

Llamándole para coadjutor de la obra de la redención, según dice San Bernardo, quiso que se autorizase con su presencia la natividad de Jesús, a fin de dar fiel testimonio de la gloria que tributaron los ángeles al Señor por el nacimiento de su Hijo; de la revelación que de la misma tuvieron los pastores, cuya revelación refirieron ellos mismos a María y a José al visitar al Salvador que les fuera anunciado; y fuese además testigo de la llegada de los Magos... Dispuso Dios, además, que José y María le ofreciesen al recién nacido Jesús, como lo cumplieron, presentándole en holocausto a la muerte por la salvación del género humano».

Después huye con él a Egipto. Un ángel se lo avisa y otro le advierte que vaya a Nazaret.

Perdió al Niño, «pero lo que mayor angustia le causaba era el recelo de que quizás Jesús le hubiese abandonado por razón de al-

gún disgusto que de él tuviese recibido, y no le considerase ya digno de conservar en su cuidado tan precioso tesoro... Pero llevóle el consuelo al corazón al oír de la boca de Jesús mismo que había quedado en el templo por los intereses de la gloria de Dios».

C) Confianza en él

1402 a) PRIVILEGIOS QUE DIOS LE OTORGÓ

«Gran confianza debemos colocar en la protección de San José, por el señalado amor que le mereció de Dios su eminente santidad... *Et idoneos nos fecit ministros novi testamenti*, escribe San Pablo (2 Cor. 3,6). Lo que equivale a decir, conforme indica Santo Tomás, que cuando Dios elige a un hombre para determinado cargo, derrama sobre él todas las gracias conducentes para adquirir idoneidad en aquel cargo (cf. *Sum. Theol.* 3 q.27 a.4). Al disponer, pues, Dios que José ejerciese el oficio de padre respecto de la persona del Verbo encarnado débese tener la certidumbre que le confirió todas las dotes de sabiduría y santidad que para tal cargo se requerían; ni cabe poner en duda que le enriqueció, además, con todos los privilegios y gracias a los demás santos concedidos. En sentir de Gerson y de Suárez, tres fueron los privilegios especiales que caracterizaron a José: 1.º El de ser santificado desde el vientre de su madre, como Jeremías y el Bautista. 2.º El de haber sido asimismo confirmado en la gracia. 3.º El de estar exento de los apetitos de la concupiscencia; de cuyo privilegio suele San José, por los méritos de su pureza, hacer participantes a sus devotos, librándoles de los movimientos de la carne.

El Evangelio atribuye a José el nombre de *Justo* (Mt. 1,19). ¿Qué nos viene a significar lo de hombre justo? Significa, dice San Pedro Crisólogo, un hombre perfecto, que posee todo género de virtudes. En efecto, José era ya santo antes de los desposorios; acrecentóse, sin embargo, señaladamente su santidad después de verificados aquéllos con la Virgen Santísima, cuyo ejemplo sólo hubiera sido suficiente para santificarle. Y siendo María, conforme dice San Bernardino de Sena, la dispensadora de las gracias que Dios concede a los hombres, ¿con cuánta profusión no es de creer enriqueciese de ellas a su esposo, a quien tanto amaba, y del que era respectivamente amada? ¿Cuánto no es también de creer aumentase la santidad de José el trato familiar que tuvo con Jesucristo en el tiempo que vivieron unidos? Si los dos discípulos que iban al castillo de Emaús se sintieron inflamados en el divino amor en los cortos momentos que estuvieron en compañía del Salvador y escucharon sus palabras, por manera, que se dijeron después uno a otro: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur in via* (Lc. 24,32), ¿qué llamas de acendrada caridad no debemos suponer encendidas en el pecho de José por las conversaciones que durante treinta años consecutivos

tuvo con Jesucristo, escuchando sus palabras de vida eterna, observando sus ejemplos de perfecta humildad, de paciencia y de obediencia, viéndole aparejado para ayudarle en sus laboriosas fatigas y servicial en todos los domésticos quehaceres? ¿Qué incendio de amor divino no debían levantar estas antorchas de caridad en el corazón de José, purificado como estaba de todo afecto terreno? Y si intenso fué el amor de José respecto de su esposa María, este amor, empero, no dividía su corazón, conforme suele acontecer al hombre casado, según expresión del Apóstol (1 Cor. 7,33), porque el amor que a su esposa profesaba henchía todavía más su corazón de amor divino. No cabe duda, pues, que mientras José vivió en compañía de Jesús, creció de tal suerte en méritos y santificación que podemos decir que aventajó en ellos a los demás santos».

b) Méritos del Santo 1403

«Esto supuesto, y diciéndonos el Apóstol que Jesucristo remunera en la otra vida a cada cual, según sus méritos (Rom. 2,6), ¿qué cúmulo de gloria no debemos juzgar fuese otorgado a José, que tan tiernamente sirvió y amó a Jesús, mientras viviera sobre la tierra? En el día postrimero, el Salvador dirá a los elegidos (Mt. 25,35): *Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis; estando desnudo me cubristeis;* mas esos elegidos no alimentaron, ni hospedaron, ni vistieron propiamente a Jesucristo, sino en la persona de los menesterosos. San José, empero, procuró el sustento, la habitación y el vestido a la persona misma de Jesús... Sirvan, por tanto, estas consideraciones para acrecentar nuestra confianza en José, persuadidos de que Dios, en obsequio de los elevados méritos del Santo, no se negará a concederle lo que pida a favor de sus devotos.

Encarécelos todavía más San Bernardino de Sena, diciendo: «No hay duda alguna de que Cristo no ha negado, sino, por el contrario, acrecido aquella familiaridad y reverencia que le demostró en vida, reverencia de hijo a padre» (cf. *Serm. de S. Ioseph)*. Nótense las palabras *familiaridad* y *reverencia;* aquel Señor que acá en la tierra mostró a José reverencia cual a su propio padre, nada le negará por cierto en el cielo de cuanto le pida. Agréguese a esta consideración la de que, si bien José no obtuvo en este mundo autoridad alguna como padre natural sobre la humanidad de Jesucristo, ejercióla, sin embargo, siquiera en cierta manera, como esposo de María, a quien, cual Madre natural del Salvador, compitió una autoridad real sobre su Hijo. El que tiene dominio sobre un árbol, tiénele también sobre el fruto que el mismo árbol produce. De ahí dimanó que Jesucristo respetó y obedeció en la tierra a José como a su propio superior, y que, actualmente en el cielo, las súplicas del Santo sean atendidas por Jesucristo como órdenes. Ya dijo Gersón que cuando un padre ruega al hijo, sus ruegos son mandatos: *Dum pater orat natum, velut imperium reputatur»* (cf. *De S. Ioseph*, l.c.)»...

San Bernardo escribe unas palabras que después repite Santa Teresa «por experiencia adquirida diciendo: A los demás santos parece que el Señor les concedió el ser protectores en una necesidad especial; pero a San José la experiencia acredita que es protector universal»...

1404 c) TRES GRACIAS: PERDÓN DE LOS PECADOS, AMOR A CRISTO Y BUENA MUERTE

«Hagámonos, pues, cargo, oyentes míos, que movido el Señor a la vista de las miserias que nos afligen, nos dice a todos nosotros las palabras que Faraón dirigió a su pueblo cuando ocurrió la penosa carestía de trigo que afligió al Egipto: *Ite ad Ioseph* (Gen. 41, 55). Id a José si queréis hallar consuelo... Y muy especialmente os exhorto a que le pidáis tres gracias particulares, conviene a saber, el perdón de los pecados, el amor a Jesucristo y una buena muerte.

En cuanto al perdón de los pecados, raciocino de este modo: Si cuando Jesucristo vivía acá en la tierra en casa de José un pecador hubiese deseado alcanzar el perdón de sus culpas, ¿qué medio pudiera hallar más eficaz que el de José para obtener el anhelado consuelo? Si deseáramos, pues, ser de Dios perdonados, acudamos a José, que más amado es ahora de Dios en el cielo que no lo fué en la tierra.

Pidamos igualmente a San José que nos alcance amor a Jesucristo, que, a mi entender, es la gracia más singular que el Santo impetra para sus devotos; un tierno amor hacia el Verbo encarnado por los méritos del que tan acendradamente le profesó San José en este mundo.

Supliquémosle, por fin, nos alcance una buena muerte, pues a todos consta que José es abogado para conseguir una muerte dichosa, puesto que él obtuvo la dicha de morir entre Jesús y María; por lo cual deben esperar sus devotos que en la hora de la muerte merecerán ver a San José, que, junto con Jesús y con María, les asistirán en aquel trance. Gran copia de ejemplos nos lo confirman».

III. BOSSUET

El santo depósito confiado a San José

(Cf. ed. FIRMIN-DIDOT, t.3 p.410-420.)

A) Depósito santo 1405

«Un depósito es algo sagrado que se conserva no sólo por fidelidad, sino casi por religión. Si hay un depósito santo es el que el Padre entregó a San José. Señora, alcanzadme gracia para que pueda cantar las glorias de vuestro Esposo.

Nada más honroso para San José que el título de depositario, pues nos descubre los designios de Dios sobre este Patriarca y la fuente de sus gracias. Atestigua su probidad y fidelidad, y su gloria, puesto que Dios le hace depositario no sólo de la pureza angélica de María, sino de su propio Hijo, objeto de sus complacencias y esperanza de nuestra salvación.

Estudiando la Escritura veo que todo lo de José se refiere a su cualidad de depositario, porque, en efecto, se le han confiado tres cosas: la virginidad de María Santísima, el Hijo eterno y el secreto de Dios; la virginidad que conserva su matrimonio, el Hijo que se deposita en sus manos y cuidados, y el secreto, verdadero depósito de quien le confía, que en esta ocasión es el Padre. ¿Qué secreto fué? El admirable de la Encarnación, pues ya sabéis que los designios de Dios eran retener su Hijo escondido hasta el momento preciso.

José correspondió a estos tres depósitos con tres virtudes. No dudo que tuviese otras, pero éstas son las más brillantes. La primera, su pureza; la segunda, su fidelidad; la tercera, su humildad y amor a la vida oculta. Pureza que custodia a María, fidelidad que cuida de Jesús, humildad que esconde el secreto y se esconde él con Dios.

¿Qué virtud necesitaba para guardar la virginidad de María? Una pureza angélica. ¿Cuál para cuidar de Jesús en medio de las persecuciones? Una fidelidad inviolable. ¿Cuál para conservar el secreto confiado? Una admirable humildad».

B) El depósito de la virginidad

1406 a). VIDA ANGÉLICA EN LA TIERRA

«La virginidad es una virtud amada del cielo y útil en la tierra. No ignoráis que Dios quería que su Hijo, nacido en la eternidad por una generación virginal, naciese en el tiempo de una madre virgen. Por eso lo anunciaron así los profetas (Is. 7,14). ¿Cuál es la causa de este deseo? Los doctores antiguos nos contestan de acuerdo diciendo que la virginidad es una imitación de la vida de los ángeles que coloca a los hombres por encima de su propio cuerpo y eleva de tal manera la carne que la iguala en cierto modo a la pureza de los espíritus. ¡Oh gran Agustín!, dinos la palabra exacta. «Tienen un algo en su carne que ya no es propio de la carne» (cf. *De sancta virginitate*, 12). La virginidad es, pues, un lazo entre los espíritus y los cuerpos, y, por lo tanto, es fácil comprender que esta virtud hubiera de intervenir en el misterio de la Encarnación, que consiste en la estrechísima unión de Dios y el hombre, la divinidad y la carne.

¿Que existe una inmensa desproporción entre ambas? Pues por eso se interpone la virginidad y acerca ambos términos. Cuando la luz cae sobre un cuerpo opaco que no puede penetrar porque su oscuridad la rechaza, parece como si se retirara reflejando sus rayos, pero si encuentra un cuerpo transparente diríase que se funde en él. La divinidad del Verbo, queriendo unirse a un cuerpo mortal, pidió que se mezclase en el asunto la transparencia purísima de la santa virginidad. Todo esto lo explica San Gregorio Niceno (cf. *De virginitate* c.2)».

1407 b) EXCELSA DIGNIDAD DE MARÍA Y DE JOSÉ

«Brillan aquí la dignidad de María y de José. La de María porque su virginidad feliz fué escogida para dar a Cristo al mundo; la de José por habérsele confiado el cuidado de esa virginidad.

Digno de admiración es el espectáculo que maravilla a la misma naturaleza: un matrimonio celestial destinado a proteger la virginidad y dar, por este medio, Jesucristo al mundo. San Agustín nos lo explicará (cf. *De Gen. ad litt.* l.9 c.7 n.12). Nos dice el santo Doctor que en el matrimonio existen tres lazos: el contrato, por el cual los cónyuges se entregan mutuamente y por completo; el amor conyugal, por el que se dan el corazón sin compartirlo con otros amores, y, finalmente, los hijos. Estas tres cosas existen, según él, en el matrimonio de San José, y las tres concurren a guardar la virginidad (cf. *Contra Iulian.* l.5 c.12 n.46). Existe un contrato por el que se entregan el uno al otro y donde triunfa la pureza en la verdad del matrimonio. «Porque María pertenece a José y José a María, afirmo que su matrimonio es muy verdadero, ya que

se han entregado el uno al otro. Pero ¿de qué forma se entregaron? ¡Pureza, he ahí tu triunfo! Se entregan recíprocamente su virginidad y se ceden un derecho mutuo sobre la misma. ¿Qué derecho? El de guardar el uno la del otro. Sí; María tiene el derecho de preservar la virginidad de José, y José el de salvaguardar la de María, y la fidelidad de ese matrimonio consiste en custodiar la virginidad. Esas son las promesas que les unen, ése el tratado que les ata. Son dos virginidades que se unen para conservarse en una casta correspondencia de deseos púdicos. Me parece ver dos astros que no entran en conjunción más que por la unión de sus luces». Matrimonio tanto más firme cuanto más inviolables y santas son sus promesas (cf. *De nupt. et concup.* l.1 c.2)».

c) Modelo de amor conyugal 1408

«¿Quién podrá cantar este amor conyugal? ¡Oh santa virginidad! Tus llamas son más fuertes cuanto más puras. ¿Dónde encontrar un amor espiritual más perfecto que en el matrimonio de José? Porque, decidme, ¡oh santo Patriarca!, ¿qué amáis en María? A buen seguro que no es su belleza mortal, sino aquella otra escondida, interior, cuyo principal ornato era la virginidad. La pureza de María la conviertes en objeto casto de tu fuego.

Por lo tanto, hemos visto cómo se verifican las dos primeras condiciones del matrimonio: el contrato para conservarse puros y el amor intenso que nace de esa pureza. Réstanos ver el fruto de aquel matrimonio: Jesús. ¿Os extraña que le llame fruto del matrimonio? ¿No es muy digno de la virginidad de María, la que le trajo del cielo a la tierra? ¿No fué su pureza la que agradó al Padre y la causa de que el Espíritu Santo la cobijara con su sombra? Sí, y por eso mismo no temo afirmar que José tuvo gran parte en este milagro, porque si la pureza angélica es el bien de María, es también el depósito del justo José.

Pero puedo decir más; puedo decir que Jesús le pertenece precisamente por su matrimonio y por los castos cuidados con que conservó a María. «¡Oh virginidad fecunda, si tú eres el bien de María, lo eres también de José! María te prometió, José te conservó y ambos te presentan al Padre Eterno como un tesoro cuidado por sus afanes comunes. Si, pues, tuvo tanta parte en la santa virginidad de María, justo es que la tenga en el fruto de esa misma virginidad».

Y vosotros, cristianos, debéis sacar como conclusión el aprecio de esta virtud. Dice Tertuliano (cf. *De pudicitia* 6) que es fácil entender que los hombres sirvieran a la carne cuando ésta era todavía la descendiente de la corrupción de Adán, pero que es imposible de imaginar sigamos los mismos caminos después que Dios ha venido al mundo atraído por la virginidad, después de haber querido unos padres vírgenes y haber santificado el agua salvadora para que lavase todas nuestras manchas».

C) *El depósito del Hijo de Dios*

1409 a) San José sólo vivió para Jesús y María

«Tras confiar a José la virginidad de María, Dios quiere agotar su liberalidad y le confía su Hijo. Jesús nació como un huérfano, sin padre. Verdad es que lo tenía en el cielo, pero en la tierra lo abandonó desde su nacimiento hasta el punto de que él mismo, en la cruz, tiene un día que quejarse de esta soledad. Lo que dijo al morir pudo decirlo en la cuna, puesto que desde entonces le abandonó el Padre a las persecuciones e injurias. Todo lo que hizo a favor de su Hijo único y para demostrarle que no le olvidaba fué entregarle a San José.

¿Qué hará este Santo? ¿Quién podrá decir la alegría con que recibió a Dios abandonado? Ya no vivió más que para El. San Juan Crisóstomo nos explica cómo San José desempeñó todos los oficios del padre, imponiendo el nombre a Jesús, recibiendo el aviso del ángel, la reverencia y obediencia del Niño, etc. Y la razón, según el Santo, no es otra sino que Dios había decidido dar a San José todo lo que se refiere al padre con tal que no hiera a la virginidad (cf. *Hom.* 6 *in Mt.*). Os lo explicaré: la virginidad se oponía a que el Hijo de Dios tuviese un padre. Parecía natural que puesto que eligió una madre para hacerse en todo semejante a los hombres, hubiera elegido también un padre, mas la virginidad se opuso e impidió la paternidad natural de San José. ¿Pero pudo impedirla hasta el punto de que no poseyera ninguna otra de las cualidades del padre? De ninguna manera, dice el Crisóstomo, porque la virginidad no es incompatible sino con aquello que la hiera, y los cuidados, la ternura, el afecto, los sufrimientos por Cristo no la hieren en nada absolutamente. Este es el secreto de Dios sobre la paternidad de José».

1410 b) Padre y virgen al mismo tiempo

«Santa pureza, tus derechos se conservarán intactos. Existe algo en el nombre de padre que tú no puedes sufrirlo; San José no lo tendrá, pero todo aquello que pertenece al padre sin que dañe a la virginidad se le dará. María, pues, no tendrá un hijo de José; sin embargo, compartirá con él todos sus cuidados vitales y las inquietudes que lleva consigo la educación del hijo.

Pero ¿de dónde y cómo va a tener un corazón paternal si la naturaleza no se lo ha concedido? No es cosa que pueda conseguirse con el estudio ni el trabajo. Cierto, pero si la naturaleza no se lo otorgó, Dios se lo fabricará con su propia mano. Dios, que sabe trocar los corazones de los hombres ablandándolos por la caridad o endureciéndolos al retirarles sus gracias en castigo de sus pecados anteriores; Dios, que supo hacer que Saúl cam-

biase de sentimientos y modo de pensar al ser elegido rey, sabrá también dar un corazón de padre al artesano José y un corazón de hijo a Jesús. Por eso Jesús obedece y José no teme mandar».

c) Generosidad y abnegación de San José 1411

«Recordemos ahora la generosidad y abnegación de José para guardar ese depósito sagrado. Cuando se quiere conservar un depósito de Dios hay que prepararse a sufrir, porque dondequiera que entra Jesús lo hace con su cruz y sus espinas para repartirlas entre los que ama. Vedlo: José y María eran pobres, pero tenían una casa; en cuanto el Niño viene al mundo, ni casa tienen, porque se la quita aquel que vino a los suyos y los suyos no le recibieron. ¿Os parece gran pobreza? Pues faltan las persecuciones. Dios mismo envía una estrella que en apariencia sirve para llevar adoradores a Jesús y en realidad despierta el odio de Herodes. Y sobrevienen las angustias de la huída a Egipto, las privaciones y los sufrimientos de un obrero en país extraño.

No bastan aún estas pruebas. Es necesario que el mismo Jesús se convierta en perseguidor, y entonces desaparece en el templo, acongojando a sus padres».

D) El depósito del secreto 1412

«José, que tuvo con María el honor de los honores de cuidar a Jesús, que compartió con ella las mayores gracias, vivió escondido, ocultando gracias y honores. Aprendamos que podemos ser muy grandes en el silencio.

Hay dos vocaciones diferentes que parecen opuestas: la vocación de los apóstoles y la de José. Jesús se muestra a los unos y al otro; a los primeros para que lo anuncien al mundo; al segundo para que lo oculte. Los apóstoles son luces para iluminar a Cristo; José, un velo para cubrirlo. Esta diversidad nos enseña que la perfección no consiste ni en brillar ni en ocultarse, sino en someterse a la voluntad de Dios, porque quien glorificó a los apóstoles por su predicación glorificó también a San José por su silencio. Si no todos podemos gozar la honra de predicar a Cristo, todos podemos tener la de obedecerle, y ésa fué la de José».

A partir de este momento el orador se pregunta por qué este empeño de ocultarse durante treinta años y de tener un padre desconocido casi para el mundo, y contesta diciendo que es para convencernos de lo vano de los honores mundanos y la excelsitud de la vida silenciosa. Hasta en la cruz hay algo que hace ruido y llama la atención; en cambio, la mayor parte de su vida la pasa Jesús en el silencio.

IV. P. BONIFACIO LLAMERA, O. P.

Teología de San José

(Cf. *Teología de San José* [BAC, 1953] p.1.ª c.1 p.53 ss.)

A) Naturaleza del matrimonio de San José y la Virgen María

«Recordemos brevemente el verdadero concepto del matrimonio, elementos que lo integran, constitutivo esencial, fines y bienes del mismo».

1413 a) DEFINICIÓN

«El matrimonio se puede considerar activamente o *in fieri*, esto es, en el período de su formación, y en este sentido es un contrato que podemos definir con Zubizarreta: «Es un contrato por cuya virtud el varón y la mujer, jurídicamente hábiles, se conceden el derecho mutuo para realizar aquellos actos conducentes de suyo a la generación y educación de la prole, obligándose a vivir en sociedad de vida» (cf. *Theologia dogmatico-scholastica* t.4 p.413, Bilbao 1937).

Es, pues, un acto de la voluntad mediante el cual cada uno de los contrayentes entrega y acepta, respectivamente, el derecho perpetuo y exclusivo al cuerpo del otro en orden a aquellos *actos de por sí aptos* para engendrar hijos.

Ya podemos adelantar la distinción entre el *derecho* a pedir y poner esos actos y *uso* del mismo derecho. El objeto inmediato del contrato matrimonial es solamente el derecho, no precisamente el uso del mismo. Por ese derecho, ninguno de los consortes puede negar al otro el uso del matrimonio si éste lo pide. Pero es claro que no está obligado a pedirlo, y ambos pueden convenir en no usarlo.

Considerado el matrimonio *in facto esse*, o sea, pasivamente —como sociedad constituída—, lo define el Maestro de las Sentencias: «Es la unión marital del varón y la mujer que carecen de impedimento, constituyendo vida doméstica común» (cf. IV *Sent.* dist.27 n.2: PL 92,910)»...

1414 b) ELEMENTOS DEL MATRIMONIO

«En el matrimonio aparecen cinco elementos:

1.º Contrato por el cual los esposos se entregan y reciben mutuamente.

2.º Vínculo que nace del contrato y que constituye la sociedad entre esposo y esposa.

3.º La sociedad misma que procede del vínculo.

4.º Potestad recíproca en el cuerpo del otro esposo.

5.º Unión carnal o uso de los actos del matrimonio.

El contrato incluye el consentimiento interno y externo por el cual el varón y la mujer se entregan y aceptan mutuamente. El vínculo arranca de ese contrato, por el cual quedan unidos y ligados permanentemente. Este vínculo no es relación de razón, sino relación real y mutua entre los cónyuges, de mutuo derecho y dominio, potestad, sujeción y obligación.

La sociedad y mutua convivencia quedan obligados por ese vínculo.

La unión carnal es el uso o realización de aquellos actos a que se ordena este contrato y para los cuales concede mutuo derecho».

c) ¿CUÁL DE ESTOS ELEMENTOS ES FORMA DEL MATRIMONIO O CONSTITUYE LA ESENCIA DEL MISMO? 1415

«Que la esencia del matrimonio no consiste en la potestad mutua sobre los cuerpos o en la vida común entre los cónyuges lo conceden fácilmente todos los teólogos, ya que estos elementos se ve que son consecuencia o efecto del matrimonio...

La esencia, pues, la constituyen ambos elementos a la vez: el contrato y el vínculo. El matrimonio cristiano, en cuanto sacramento, propiamente es constituído por el contrato, porque el sacramento causa gracia y esta gracia sólo se produce cuando se dan el mutuo consentimiento.

Pero en cuanto matrimonio es permanente e indisoluble, lo cual se realiza por el vínculo permanente y perdurable que establece (cf. *Suppl.* q.45 a.1 ad 2: q.44 a.3; q.47 a.3 ad 1; 3 q.23 a.2)...

Toda esta doctrina nos lleva a una conclusión de gran importancia, y es que la *unión carnal o uso de los actos del matrimonio no constituyen la esencia del mismo.*

Este uso o estos actos matrimoniales son una *operación* a la cual concede derecho el matrimonio, o sea, que le suponen ya constituído en su esencia. Antes de estos actos y sin ellos existe verdadero matrimonio *(simpliciter et absolute)*, aunque no esté consumado...

Ya lo dijo claramente San Ambrosio: «No es el desfloramiento de la virginidad lo que constituye el matrimonio, sino el pacto conyugal. Se realiza el matrimonio cuando la joven se entrega, no cuando interviene la acción del varón» (cf. *De instit. virg.* c.6 n.41: PL 16,331).

También San Juan Crisóstomo dice con expresión enérgica: «El matrimonio no lo constituye la unión carnal, sino la voluntad» (cf. *Op. imperf. in Mt.* hom.32)».

1416

d) Fué verdadero matrimonio

1. Testimonio de la tradición

A primera vista parece que los Santos Padres no están acordes en este punto. Sin embargo, podemos afirmar que en cuanto a la sustancia todos defienden la misma opinión, que es la que proponemos como verdadera.

«Para comprender mejor su pensamiento debemos notar tres cosas:

1.º Todos a una afirman, ante todo, que María permaneció siempre virgen. Así lo nota ya Lepicier: «Como entre estas dos cosas, parto virginal de María y matrimonio con José, afectó más íntimamente al dogma lo primero que lo segundo, de aquí que por divino consejo los Santos Padres se abstuvieron de esclarecer la verdad de este matrimonio, para que las mentes de los primeros rudos cristianos no sacaran la conclusión de que Cristo nació de José como nacen los demás hombres» (cf. o.c., p.85).

2.º Lo que Santo Tomás dice acerca de San Jerónimo, quien parece negar el verdadero matrimonio, debemos aplicarlo a los otros Padres; es decir, cuando dice que fué más bien custodio que marido, se refiere a los actos del matrimonio consumado; o sea, que San Jerónimo entiende aquí por nupcias el matrimonio consumado (cf. 3 q.29 a.2 ad 1 et 2). Toman, pues, los Santos Padres las palabras *esposo* y *esposa, mujer* y *nupcias* en el significado vulgar, o sea, por el uso del matrimonio o unión carnal. Con razón, pues, niegan esto en José y María... Podemos afirmar que todos ellos defienden la existencia de verdadero matrimonio entre José y María tanto los que ponen en el momento de la anunciación sólo los esponsales como los que admiten también las nupcias ya celebradas».

1417

2. Doctrina de Santo Tomás de Aquino

En cuanto a la opinión y explicación de los doctores, baste recordar la doctrina de Santo Tomás, príncipe de todos ellos. Su palabra suplirá debidamente la voz de los otros.

Trata *ex professo* de la conveniencia, veracidad y perfección de este matrimonio en la *Suma* y en el libro IV de las *Sentencias*, analizando cuándo el matrimonio es verdadero y las condiciones que debe tener.

«Se dice que el matrimonio es verdadero si alcanza la perfección a que tiende. Hay una doble perfección que llamamos primera y segunda. La primera viene dada por la forma que produce la especie. La segunda consiste en la operación mediante la cual se alcanza el fin. Ahora bien, la *forma* del matrimonio consiste en la unión indivisible de las almas, por la que mutuamente los esposos se obligan a guardar fidelidad. El *fin* del matrimonio es la prole que se ha de engendrar y educar. Lo primero se consigue

por el trato conyugal; lo segundo, por los trabajos del varón y de la mujer, con los cuales se ayudan mutuamente para criar la prole» (cf. 3 q.29 a.2).

Tenemos, pues, una doble conclusión:

1.º *En cuanto a la primera perfección—esencia—, el matrimonio de José y María fué verdadero en todo rigor* **1418**

Razón: Porque uno y otro dió su consentimiento para la unión conyugal; no fué expreso en cuanto a la unión carnal, sino con la condición: «si Dios lo quiere» (si Dios los manda). Mas consintieron explícitamente en la unión conyugal, es decir, en la unión indivisible de los ánimos, e implícitamente también en la unión carnal, dándose el dominio mutuo sobre sus propios cuerpos.

2.º *En cuanto a la segunda perfección—operación—que se logra por el uso del matrimonio*

a') Si nos referimos a la unión carnal, por la que se engendra la prole, no fué matrimonio perfecto.

b') Mas tuvo la segunda perfección, en cuanto a la educación de la prole (ibid.).

Así consta la posibilidad de este hecho atestiguado por la Sagrada Escritura».

3. Razones de conveniencia **1419**

«Los Santos Padres razonan la conveniencia de esta sapientísima disposición de muchos modos.

San Alberto Magno recoge dieciséis de ellos y doce más Santo Tomás. Los proponemos en esquema.

Fué conveniente que Jesús naciera de una virgen desposada o, lo que es igual, convino que este matrimonio fuese real y verdadero por el mismo misterio de la encarnación, por orden a Cristo, por María y mirando a nosotros».

1.º *Respecto de la encarnación*

«El fin de este matrimonio respecto de la encarnación se colige del ministerio de San José, a quien Dios eligió para que fuese como velo de tan alto misterio que se debía manifestar a los hombres paulatinamente. Era, pues, más a propósito para ello que este matrimonio no fuera sólo aparente, sino real».

2.º *Respecto de Cristo* **1420**

«1) Para que no fuera tenido por ilegítimo por los impíos.

2) Para escribir su genealogía, dentro del uso corriente, por medio del varón.

3) Para ocultar al diablo el parto de la Virgen.

4) Para que José tuviera el oficio de alimentarlo».

3.º *Respecto de la Virgen*

«1) Para librarla de toda infamia.
2) Para que no fuera apedreada por adúltera.
3) Para que tuviese el auxilio de José».

4.º *Respecto de nosotros*

1) «Para que el nacimiento virginal de Jesús fuera confirmado por José...
2) Para honrar a la virginidad y al matrimonio y presentar a las vírgenes y desposadas, a la vez, un ejemplo vivo».

B) Paternidad de San José respecto de Jesucristo (cf. o.c., p.74 ss.)

1421 a) Su dignidad como padre de Jesús

«De ordinario se considera más la gloria de San José como esposo de la Virgen María que su dignidad en cuanto padre de Jesús. Los autores, principalmente antiguos, desarrollan y profundizan poco en este aspecto de la personalidad y ministerio de San José. Es, con todo, muy digno de seria consideración, pues constituye el segundo principio y fundamento de la altísima dignidad del santo Patriarca. No es independiente del anterior—el matrimonio con María—, antes, dependiendo de él, completa y eleva a un grado muy superior sus consecuencias...

La paternidad se funda en la generación; de ella depende y a ella dice orden. «Las voces *paternidad, maternidad* y *filiación* —dice Santo Tomás—son consecuencia de la generación» (1 q.27 a.2)»...

1422 b) Concepto de paternidad y sus clases

1. Paternidad natural

«Padre natural se llama al que da la vida material humana. Es la paternidad propia de los hombres...

Podemos discernir *dos vínculos* en la paternidad humana:

1.º *Vínculo físico* o procreación carnal, en la que el padre engendra la materia viva—parte de su propio ser sustancial—para que se forme el cuerpo del hijo a semejanza de la naturaleza paterna.

2.º *Vínculo moral* o afecto espiritual que se comunica junto con el vínculo natural. Este lazo moral constituye una verdadera realidad y es lo más grande en la paternidad humana. Implica por sí mismo deberes y obligaciones reales entre el padre y el hijo...

La paternidad no sería grande ni digna de aprecio si no tuviera la excelencia del vínculo moral, del cual, como también del físico,

ella es principio natural. Si el vínculo físico pudiese existir en sí mismo separado del moral, la paternidad humana no excedería a la que poseen los brutos animales. En cambio, si el vínculo moral pudiese existir sin el físico, bastaría él solo para constituir verdadera paternidad en lo que tiene de más bello, perfecto y elevado. El corazón puede suplir el vínculo físico y establecer otro moral más estrecho, a semejanza del que procede del orden natural de paternidad» (cf. o.c., c.3 p.111).

2. Paternidad adoptiva 1423

«Finalmente, la paternidad se llama adquirida por analogía con las precedentes; conviene con la natural sólo en los efectos, porque el ser vivo en ese orden no engendra por comunicación de sustancia, sino analógicamente, en un orden espiritual, de amor.

Cualquiera que induce a otro a la ejecución de un acto vital, por ejemplo, a obrar el bien, a entender, a querer, a amar, puede llamarse padre espiritual suyo. Este es el fundamento de la paternidad espiritual, que es dar la vida espiritual del alma por la predicación de la verdad o la enseñanza de la virtud.

1.º Se distingue una doble especie de adopción: en el orden natural, *la adopción humana*, por la que una persona extraña es recibida como hijo. Consiste en la producción, conservación o desenvolvimiento de la vida jurídica o moral de un individuo.

2.º Y en el orden sobrenatural, *la adopción divina*, por las que nos llamamos y somos hechos hijos de Dios por cierta generación espiritual (Eph. 1,5; Gal. 4,4-6; 1 Cor. 4,15)...

La adopción humana consiste en «recibir legalmente a una persona extraña como hijo» y «se ordena a la sucesión en la herencia» (cf. *Suppl.* q.57 a.1 c y ad 3).

Implica tres condiciones: que el adoptado sea extraño al que lo recibe, que no esté en relación alguna con el matrimonio que lo adopta y que sea recibido libre y espontáneamente por el adoptante».

C) Paternidad de San José según las Sagradas Escrituras (cf. o.c., p.78 ss.)

La Sagrada Escritura afirma expresamente la paternidad de San José. Para verlo claramente señalemos algunas de sus afirmaciones:

a) En algunas ocasiones llama a San José padre de Jesús como a María madre 1424

«Principalmente hallamos este término en el capítulo segundo de San Lucas. Leemos en él referente a la presentación de Jesús en el templo: *Y al entrar los padres con el niño Jesús*... (v.27). Siguiendo a la profecía de Simeón, añade: *Su padre y su madre estaban maravi-*

llados de las cosas que se decían de El (v.33). Más adelante dice: *Sus padres iban cada año a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Y cuando era ya de doce años, al subir sus padres, según el rito festivo, al volverse acabados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo echasen de ver* (v.41-43). Y en último lugar hallamos el testimonio de la misma Virgen diciendo al niño: *Mira que tu padre y yo, apenados, te andábamos buscando* (v.48)».

b) JESÚS ES CONSIDERADO HIJO DE JOSÉ

«San Lucas lo manifiesta claramente: *Jesús, al empezar, tenía unos treinta años, y era, según se creía, hijo de José* (3,23)»...

1425 c) SAN JOSÉ EJERCE EL OFICIO DE PADRE DENTRO DE LA SAGRADA FAMILIA

«San José debe imponer el nombre a su hijo: *Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados* (Mt. 1,21)... (Mt. 2,13-14)... (Mt. 2,19-21). En todo momento Jesús obedece a San José como a padre: *Bajó con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto*... (Lc. 2,51)».

D) *Afirmaciones de la teología católica sobre la paternidad de San José (cf. o.c., p.84 ss.)*

1426 a) CONCLUSIÓN 1.ª: LA PATERNIDAD DE SAN JOSÉ SOBRE JESUCRISTO NO FUÉ FÍSICA Y NATURAL

«La paternidad de San José dice referencia al misterio de la encarnación del Hijo de Dios, cuya grandeza exige gran exactitud en la exposición de su contenido dogmático y en la pureza de nuestra fe.

La fórmula sencilla de este sublime dogma *es que Cristo fué concebido en el seno de la Virgen María por virtud del Espíritu Santo*. Sólo María y el Espíritu Santo o María y la Santísima Trinidad, cuya acción se apropia el Espíritu Santo, intervienen en la realización de este misterio...

Aunque la Sagrada Escritura llame después a San José padre de Jesús en general, es evidente que no lo entiende en la acepción corriente y común, pues en el relato de la concepción de Cristo no se menciona la intervención del Santo para nada. Es sólo la Virgen y el Espíritu Santo, supliendo las veces de varón con su virtud divina y sobrenatural, quienes realizan el misterio. Por eso la paternidad física y natural de San José sobre Jesús queda totalmente excluída...

No es que hayan faltado herejes a través de toda la historia del cristianismo que no hayan afirmado esta doctrina. La Iglesia ha

levantado siempre su voz contra todos los herejes para anatematizarlos. Desde fines del siglo I, en que Cerinto enseñaba que Jesús fué engendrado por San José de modo ordinario, pasando por los ebionitas, los anabaptistas y los socinianos»...

b) CONCLUSIÓN 2.ª: NO PUEDE DECIRSE QUE LA PATERNIDAD DE SAN JOSÉ FUÉ UNA PATERNIDAD REAL Y VERDADERA, PROPIA Y PLENA, EN EL SENTIDO ABSOLUTO DE LAS PALABRAS 1427

1. **No fué paternidad propia y plena**

«Quizá tengamos que renunciar a expresar con exactitud esta relación singular de paternidad de San José, pero esto será preferible a que la maticemos con terminología filosófica y teológicamente inexacta e inconveniente para la expresión del dogma católico.

Por eso no se puede decir que la paternidad de San José sea *propia* y *plena* o que es *padre en sentido propio y pleno*, aunque nos parezca poco afirmar solamente que su paternidad es impropia»...

2. **Tampoco es una paternidad real y verdadera en el sentido estricto de la palabra**

«Tratándose de la paternidad de San José, los autores, con mucha frecuencia, le llaman simplemente verdadero padre de Jesús, al estilo del Evangelio, cuando la Virgen dice *tu padre* y yo. Claro que cuando quieren precisar, siempre añaden algún calificativo, como putativo, adoptivo, etc., lo cual indica que en su mente el verdadero siempre tiene un sentido restringido»...

c) CONCLUSIÓN 3.ª: LAS DENOMINACIONES PADRE LEGAL, PUTATIVO, NUTRICIO, ADOPTIVO, VIRGINAL Y VICARIO DEL PADRE CELESTIAL EXPRESAN SÓLO ASPECTOS PARCIALES E INCOMPLETOS DE LA PATERNIDAD DE SAN JOSÉ 1428

1. **Padre legal**

«Padre legal puede tomarse... en cuanto que así aparecía delante de la ley, o sea, social y públicamente... Es exacta la denominación, pues ciertamente el santo Patriarca asumió y ejerció esa representación, y vemos cómo la misma genealogía de Jesús la hacen los evangelistas a través de San José»...

2. **Padre putativo** 1429

1.º *San José puede llamarse padre «putativo» de Cristo*

«Este apelativo se funda en el testimonio del Evangelio cuando dice: *Jesús, al empezar, tenía unos treinta años, y era, según se creía, hijo de José* (Lc. 3,23)... Con el fin de alejar de María todo trato

carnal con José, los Santos Padres llaman comúnmente a éste padre putativo de Cristo. Así San Jerónimo (cf. *Adv. Helvid.* l.2 n.4: PL 23,197) y San Ambrosio (cf. *Expos. in Lc.* l.3 n.2: PL 15,671)»...

2.º *Este título no expresa la verdadera y objetiva paternidad de San José*

«Siendo cosa evidente que este atributo de San José no expresa la razón plena ni principal de su paternidad, no puede ser el único ni primer título. «Esta denominación—escribe Mons. Sinibaldi—sería falsa si se interpretase en el sentido de que la paternidad de San José consistía sólo en la opinión, sin tener fuera de esto ningún título verdadero de paternidad» (cf. *La grandeza di S. Giuseppe* c.3 p.131).

De hecho, la Escritura le llama padre a secas, de modo que fué padre por una razón muy singular; mas el vulgo le llamaba «padre» por otra causa muy distinta. Con acierto ha expresado esta idea Estío: «José fué padre por una razón y tenido como padre por otra distinta: verdadero por razón del matrimonio; putativo, atendiendo a la generación corporal» *(In IV Sent.* d.30 a.11. Cf. SILVIO, *In III P.* q.28 a.1-2).

Esto aparece muy conforme con la Sagrada Escritura, que ordinariamente llama a José «padre», sin calificativo alguno, «mas respondemos—prosigue—que el evangelista, cuando llama una y otra vez a José «padre de Cristo» en el segundo capítulo, no lo hizo guiado por la opinión vulgar ni recitando siquiera las palabras de la Madre a su Hijo, sino que habla siempre en nombre propio. Así, dijo en absoluto: «Padre de Cristo»...

1430 3. **Padre nutricio**

1.º *Esta denominación es menos frecuente*

«San José ejerció los oficios de verdadero padre. Así alimentó, nutrió su cuerpo y le defendió... La encontramos por primera vez quizá en Orígenes, y Teofilacto repite sus palabras: «Por su fiel ministerio la Escritura le concede este nombre de padre» (cf. *Homil.* 12 *in Lev.*: PG 12,53)»...

2.º *Esta denominación es también impropia para expresar la paternidad de San José*

«Varios autores la rechazan con vehemencia... Por esto, sin duda, este título es mucho menos usado por los Padres y la Iglesia, y su justificación está en el deseo de alejar todo contacto material entre San José y la Virgen».

1431 4. **Padre adoptivo**

1.º *Es calificación muy superior a las precedentes*

«También San José es llamado padre adoptivo de Jesús, y ciertamente puede llamarse padre adoptivo. Su paternidad respecto de

Jesús tiene semejanzas con la paternidad humana adoptiva. Véanse dos principales. La adopción humana coincide con la verdadera paternidad de San José negativamente, en que no se da generación corporal en ninguna de ellas, y en ambas positivamente existen oficios, deberes y derechos mutuos entre el padre y el hijo»...

2.º *Con mayor exactitud, diríamos que San José fué adoptado como padre por Jesús*

«Esta denominación, con ser muy superior a las anteriores, tampoco expresa exactamente el contenido y el modo de paternidad de San José respecto de Jesús, resultando, por tanto, también imperfecta. Bien dice Cornelio a Lápide: «San José fué más padre de Cristo que el padre adoptivo es padre del hijo adoptado» (cf. *Comm. in IV Evang.* t.1 p.47, Antuerpiae 1685).

He aquí algunas diferencias entre la adopción humana y la paternidad de San José:

1) La paternidad adoptiva es arbitraria y libre para cualquier hijo extraño al matrimonio. La paternidad de San José tiene un fundamento *moral* y *jurídico*, porque Jesús está en íntima relación con el matrimonio de José, que fué verdadero cuanto a la substancia, no al uso o actos naturales del mismo.

2) La paternidad adoptiva se extiende más o menos a ciertos efectos; la paternidad de San José implica todos los derechos y deberes paternos.

3) La paternidad adoptiva humana es disoluble; la de San José es tan insoluble como el mismo matrimonio y sobrepasa a éste.

Por eso San Agustín enseña en el lugar citado que San José fué padre «mucho más unido que si lo fuera adoptivo» (cf. *De consensu* 1432
Evang. l.2 c.1: PL 34,1071-72).

Lo mismo afirma Santo Tomás en el famoso texto: «Cristo fué fruto de aquel matrimonio; ni el hijo del adulterio ni el adoptivo, que es educado en el matrimonio, porque éste no se ordena a la educación de ellos, como este matrimonio fué ordenado esencialmente a recibir y educar la prole» (cf. *In IV Sent.* d.30 q.2 a.2 ad 4).

Jesús es hijo de José no como los hijos nacidos antes del matrimonio y después aceptados por una de las partes, ni como los extraños adoptados por hijos. Hay un lazo de unión y dependencia mucho más real, sutil e íntimo que es su dependencia del matrimonio entre José y María, principalmente, como después veremos. Cristo no profana ni hace injuria a este matrimonio. Antes lo santifica con su presencia y puede decirse fruto maravilloso de él...»

Así vemos llamar hijastros a los hijos de un matrimonio que se hace posteriormente al nacimiento de éstos, y adoptivos a los hijos que son recibidos como tales. Mas propiamente Cristo no es hijo de José en esta forma. Aquéllos—hijastros e hijos adoptivos—proceden de otro matrimonio distinto. Jesús nació en el mismo...

Queda, pues, suficientemente claro que estos nombres—padre *legal*, padre *putativo*, *nutricio* y *adoptivo*—atribuídos a San José, aun-

que manifiestan parte de la verdad, no valen para expresar toda la íntima relación que une al santo Patriarca con Jesús, aunque están bien empleados para no inducir a error hablando de otra forma».

1433 5. **Padre virginal**

«Los autores modernos han empezado a llamar a San José *padre virginal* de Jesús. Así Renard (cf. S. *Ioseph* p.288, Tours 1920) y después Breynat, quien lo recomienda con calor diciendo que padre virginal de Jesús es el único título que conviene a San José, si se quiere precisar la naturaleza de su paternidad (cf. o.c.)... El santo Pío X indulgenció la jaculatoria «¡Oh José, padre virginal de Jesús!» (cf. AAS 40 [1906] 59).

El calificativo es verdadero y, sin duda, el más elevado y exacto de cuantos se le han aplicado.

Por un lado, salva el dogma, pues su sentido primero es que el matrimonio, en virtud del cual San José es padre, fué virginal. De otra parte expresa uno de los títulos de esa paternidad de San José sobre Jesús. Este de la virginidad es ciertamente íntimo, delicado y nobilísimo. Decir que no fué padre porque fué virgen, es ver el misterio desde un plano muy humano y material. Precisamente, tanto la virginidad de José como la de María, estuvieron ordenadas al misterio de la encarnación, y el consentimiento de ambos en aquélla influyó en la realización de éste, como más adelante veremos con el testimonio de los Padres. Unicamente debemos advertir que tampoco este título es exhaustivo, pues San José es padre virginal de Jesús, pero no solamente por haber conservado intacta su virginidad, sino por otros títulos más profundos»...

1434 d) CONCLUSIÓN 4.ª: LA PATERNIDAD DE SAN JOSÉ ES NUEVA, ÚNICA Y SINGULAR, DE ORDEN SUPERIOR A LA PATERNIDAD NATURAL Y ADOPTIVA HUMANAS

1. **Tres vínculos principales**

«Ciertamente la paternidad de San José para con Jesús es distinta de toda otra paternidad natural, lo mismo física que adoptiva. Se dice verdadera paternidad, pero muy singular. Una paternidad nueva, única y especial, pues no procede de la generación según la naturaleza, antes está fundada en un vínculo moral realísimo. Y así real es esta paternidad singular, como verdadero es el vínculo del matrimonio entre María y José...

Por lo mismo que no se trata de un vínculo físico y natural basado en la comunicación material, no nos queda más que el vínculo jurídico, moral y espiritual que definen la paternidad humana impropiamente dicha.

Esto no quiere decir que se trata de una paternidad metafórica o pura ficción, pues precisamente nos encontramos con un vínculo moral y jurídico tan verdadero y excepcional que no hallamos otro

igual en el orden humano... Una dependencia verdadera, que también podemos llamar objetiva y real, siempre que estas palabras no se tomen en sentido físico y material, pues nada material, físico ni intrínseco pone en la constitución del misterio adorable de la encarnación. Se trata de un fundamento verdadero, pero jurídico, que es el matrimonio entre San José y la Virgen, con consecuencias morales—derechos, deberes, gracias y merecimientos—singularísimas, por haber sido todo especialmente dispuesto por Dios en orden al gran misterio de la encarnación».

Esta paternidad de San José, no menos admirable que difícil de expresar en una palabra, es confirmada y esclarecida por los Santos Padres y escritores del santo Patriarca, que han concretado esa sutil realidad que une a San José con Jesús en tres vínculos principales: *el derecho conyugal, la virginidad* y *la autoridad*, que adornan el misterio de San José».

2. Por razón del matrimonio 1435

«Como hemos dicho anteriormente, es sentencia teológicamente *cierta*, según la expresión de Santo Tomás *(certum est)*, que este matrimonio fué verdadero en cuanto a la esencia (cf. q.29 n.2; *IV Sent.* d.30 q.2 a.2), de modo que la opinión contraria no se puede defender sin nota, al menos, de temeridad; y según Benedicto XIV (cf. *De festis B. M. V.* l.2 c.1), Suárez (cf. *In III P.* q.29 d.7 sect.1), Vázquez (cf. *In III P.* d.125,63) y Seldmayr (cf. *Scholastica Mariana* p.2.ª q.1 a.4), etc., es una verdad de fe y Lepicier entre los modernos dice que «la verdad de este matrimonio la defendemos como próxima a la fe» (cf. *Tractatus de S. Ioseph* p.1.ª a.4 p.68)...

San Efrén resalta con especial vigor y belleza cómo se trata de verdadera paternidad al decir: «El hijo de David, José, se desposó con una hija de David, de la cual tuvo descendencia sin concurso de varón...; cosa torpe era, en verdad, que Cristo procediese del germen de varón, y poco honesto que naciera de mujer desligada del matrimonio. María dió a luz un niño, que no fué puesto a su nombre, sino a nombre de José, aunque no procedió de él. Sin influjo de José nació el hijo de José, que a la vez era hijo y padre de David» (cf. *Opera omnia*, v.6 a P. BENEDICTO MOBAREK, S. I. [Romae 1732-34] AS. III 601).

Nótense las expresiones «de la cual tuvo descendencia sin concurso de varón», y también «sin el concurso de José nació el hijo de José»... 1436

San Agustín—el defensor más notable de la paternidad y virginidad de San José—ha sido el primero en exponer con toda fuerza este argumento... «Cuando Lucas refiere que Cristo nació de la Virgen María y no del contacto con José, ¿por qué le llama padre, sino porque rectamente entendemos que es esposo de María, no por unión carnal, sino por concierto conyugal? Por esto ciertamente es padre de Cristo mucho más íntimo, pues nació de su esposa, que si lo hubiese adoptado de fuera» (cf. *De consensu Evang.* l.2 n.3:

PL 34,1072). Y también: «Así como aquel matrimonio fué verdadero matrimonio sin corrupción alguna, así ¿por qué no había de recibir castamente el marido lo que castamente dió a luz la mujer? Como ella fué castamente esposa, así él fué castamente esposo, y así como ella fué madre castamente (madre virginal), así él castamente padre (padre virginal). Quien diga, pues, que no debe llamársele padre, porque no engendró al hijo, ese tal busca en la procreación de los hijos el placer sensual, no el afecto de la caridad» (cf. *De concordia Mt. et Lc.* c.21. También *De nupt. et concup.* l.2 c.1 n.3; *Serm.* 51, c.16 n.26; c.20 n.30: PL 44,420-21; 34,1072; 38,348.350.351, etc.)...

Gotti... comentando a San Agustín, escribe: «Con estas palabras afirma San Agustín que, por la fuerza del pacto conyugal, que unía indisolublemente los ánimos de María y de José, no sus cuerpos, de forma que, María verdadera esposa, y José auténtico marido, todo lo que nacía de la mujer, de cualquier modo que fuese, era también del marido... Así, pues, Cristo, como verdadero hijo de María, pertenece a José, esposo de la Virgen, por un título peculiar, en cuanto fruto de aquel matrimonio; no como nacido *de* él, sino *en* él; y como engendrado y procreado en la heredad de José; es decir, nació en aquel cuerpo y de aquellas entrañas virginales en que José, por derecho matrimonial, tenía potestad. Más estrictamente que el padrastro pueda decirse padre del hijo de su esposa nacido en otro matrimonio, se dice de José padre de Cristo, nacido *en* el mismo, aunque no *del* mismo matrimonio» (cf. o.c., t.4 p.1.ª c.4 a.3).

1437 San José adquiere un derecho y un dominio o propiedad sobre el cuerpo de María que el Espíritu Santo no derogó, al suplir todo concurso de varón en la concepción del Hijo de Dios. Por eso, todos los teólogos y escritores no se cansan de repetir que Jesús es propiedad de San José por nacer de aquel jardín, en aquel seno y de aquella carne inmaculada sobre la que él tenía verdadero dominio...

Por un lado resalta sobremanera el profundo contenido de esta verdad, si consideramos que este matrimonio fué decretado por altísima ordenación de Dios para recibir en él a Cristo, a lo cual concurrieron singularmente José y María, ante todo por su libre consentimiento.

Y es porque «este matrimonio—como dice Santo Tomás—fué ordenado especialmente a recibir y educar la prole» (cf. *In IV Sent.* d.30 q.2 a.2 ad 4). Es famoso este texto del libro IV de las *Sentencias*, pues no se encuentra otro más vigoroso y expresivo en todos los comentarios sobre San José. El santo Doctor establece un nexo de causalidad en esta ordenación divina y en este consentimiento de San José y María en virtud del cual Cristo es verdadero *fruto y efecto* del matrimonio.

1438 Efectivamente, se objetaba que este matrimonio no fué perfecto, porque careció del fruto propio de él, pues la prole fué educada en este matrimonio sin ser efecto de él como sucede con el hijo adoptivo, que no es bien propio del matrimonio.

Y contesta: «A la cuarta dificultad respondo que la prole no es efecto del matrimonio sólo en cuanto por él es engendrada, sino también en cuanto en él es recibida y educada, y, en este sentido, aquella descendencia (Cristo) fué fruto de este matrimonio, no en el primero...», pues «este matrimonio fué especialmente ordenado a recibir y educar aquella prole divina». Distingue, pues, un doble lazo o nexo para señalar la dependencia de un hijo respecto del matrimonio: o que sea *engendrado por él (vel inquantum per matrimonium generatur)* o recibido y educado en el matrimonio *por una ordenación especial (vel inquantum ex speciali ordinatione in matrimonio suscipitur et educatur)*. Y éste es el caso único y singular del matrimonio de San José y la Santísima Virgen respecto de Cristo, que fué de esta forma fruto del mismo. Y ello pone un nexo también excepcional de íntima unión o dependencia entre Cristo y José y María, que realizaron la esencia del matrimonio sin menoscabo de su virginidad. José sólo puso su libre consentimiento, pero con él ejerce cierta causalidad *permisiva*, pues al aceptar a María por su esposa, acepta al menos implícitamente que el Espíritu Santo obre en su seno virginal. Después, cuando se lo revela con claridad el ángel acepta explícitamente y con toda responsabilidad el misterio realizado y el misterio paternal que se le impone. Pone también cierta causalidad condicional, pues cumple una condición necesaria, así decretada por Dios, para la ejecución de este gran misterio.

Por otra parte, la fuerza intrínseca del contrato conyugal y los derechos que de él nacen nos autorizan para afirmar que Jesús es **1439** propiedad de José, como nacido en aquel jardín, en aquel seno y de aquella carne inmaculada, sobre la que él tenía verdadero dominio...

San Francisco de Sales ha expuesto con una bella comparación esta doctrina que, arrancando del lazo conyugal, hace de María y José un solo cuerpo y una misma carne, de donde Jesús es fruto de la heredad de José. «Acostumbro a decir—cuenta el Santo—que si una paloma... lleva en su boca un dátil y lo deja caer en un jardín, ¿no decimos que la palmera es propiedad del jardinero? Pues si esto es así, ¿quién podrá dudar que el Espíritu Santo, habiendo dejado caer este divino dátil, como divina paloma en el jardín cerrado de la Santísima Virgen (jardín sellado y rodeado por todas partes con el voto de virginidad y castidad inmaculada), que pertenece a San José, como la mujer o esposa pertenece al esposo; quién dudará, digo, que se puede afirmar con verdad que esa divina palmera, que produce frutos de inmortalidad, pertenece al excelso San José» (cf. *Oeuvres:* entr.19 t.3 p.541, París 1862)...

Por eso al santo Patriarca le concedió los sentimientos pater- **1440** nales de amor y afectos más tiernos acerca de Jesús en cuanto hombre.

La singular ordenación y causalidad de este matrimonio en orden a Cristo, como fruto de él, hace que esta paternidad del santo Patriarca no sólo sea superior a la paternidad intelectual y

espiritual entre los hombres, que son de orden metafórico, sino que es muy superior también a la paternidad adoptiva, que se funda también en un orden jurídico con derechos y deberes especiales sobre el hijo adoptado. La paternidad adoptiva humana consiste en recibir legalmente a una persona extraña al matrimonio por hijo, confiriéndole un título extrínseco y accidental. Muy distinta es nuestra adopción sobrenatural, en la cual se da una verdadera renovación intrínseca por la infusión de la gracia en nuestras almas».

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. ALGUNAS CURIOSIDADES BIOGRAFICAS DEL SANTO PATRIARCA

A) Patria y parientes 1441

«Sobre la patria de San José ha habido tres opiniones en la antigüedad, que le hacen originario ya de Belén, ya de Nazaret o ya de Jerusalén.

Nos atenemos estrictamente a lo que podemos colegir por las indicaciones de los santos evangelios, ya que otros testimonios ofrecen muy escasas garantías. Que San José haya nacido en Belén no lo dice el texto sagrado. Los que le hacen oriundo de esta ciudad davídica—entre los cuales el más respetable es San Justino (cf. *Dialogus* 78,10: PG 6,657 C)—apoyan su parecer en la intención que el Santo tenía de volar a Belén después del destierro de Egipto, como relata San Mateo: *Y levantándose tomó al niño y a su madre y partió para la tierra de Israel. Mas, habiendo oído que en Judea reinaba Arquelao, en lugar de Herodes, su padre, temió ir allá, y, advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea, yendo a habitar en una ciudad llamada Nazaret...* (Mt 2,21-23).

Más probabilidad tienen los que afirman que nació en Nazaret, pues es opinión favorecida por los relatos del Evangelio.

En cuanto a los parientes de José, sólo hay un testimonio serio y digno de fe. Es el de Hegesipo (cf. EUSEBIO, *Hist. Eccles.* 3,11: PG 20,248), el cual dice era hermano de Cleofás. Todas las demás referencias están envueltas en la fábula. Incluso las que señalan el parentesco entre José y María.

Sin duda, tanto San José como la Virgen fueron de la casa y familia de David, pero sin que podamos precisar su parentesco» (cf. P. BONIFACIO LLAMERA, O. P., o.c., p.44-45).

B) Oficio 1442

«La Sagrada Escritura nos dice que San José fué τέκτων—*faber*—, cuyo significado es general, traduciéndose por el artífice, artesano o bien maestro en algún arte mecánico o manual.

Cierto es que, tanto en la Biblia a veces como en la terminología sobre todo, estos términos designan por sí el oficio de carpintero.

Esto fué, sin duda, San José. Un argumento negativo muy fuerte es el hecho de que nunca se le atribuya en los apócrifos otro oficio, v.gr., el de

herrero, que fué una opinión socorrida por los autores latinos de la Edad Media, hasta que Santo Tomás escribió *(In Mt.* 13,55): «Ioseph non erat faber ferrarius, sed lignarius»: «José no fué herrero, sino carpintero».

Tal fué la primitiva tradición, encabezada por San Justino (cf. *Dial.* 88, 18: PG 6,688 B) y recogida por Orígenes (cf. *Contra Celsum* 6,36 ss: PG 11, 1352 C-1353 A), San Efrén (cf. *Serm.* 17: *Opera syriace* 3,33 E), el autor del *Opus imperfectum* (cf. *Hom.* 1: PG 56,630 ss) y San Juan Damasceno (cf. *In Nativit. Deiparae:* PG 96,665 A). Una cosa es indiscutible: que San José fué un humilde trabajador, sin duda con su rudimentario taller de carpintería y empleado en todos los menesteres que este oficio lleva consigo.

Por eso decían los judíos, según refiere San Mateo (13,55): *¿No es éste el hijo del carpintero?* También Jesús ejerció este oficio en compañía de José, como testifican sus paisanos de Nazaret: *¿No es acaso el carpintero hijo de María...?* (Mc. 6,3)» (cf. o.c., p.46).

1443

C) Edad de San José

«Los evangelistas nada dicen sobre este punto, que los apócrifos llenaron con su fantasía.

En favor de María permaneció siempre la opinión de que era joven cuando se unió a José. No han juzgado lo mismo del santo Patriarca.

Isidoro de Isolano recoge tres opiniones: «Unos proponen que fué joven, hermoso y adornado de toda virtud; otros presentan al viejo barbado y un tanto deforme... Finalmente, algunos sostienen un término medio: sobrepasó la juventud y se aproximaba a la edad varonil; era fuerte y dotado de firmeza; digno en su físico, como consecuencia de la edad. Esta opinión me inclino a seguir».

Rechacemos la invención pintoresca de los apócrifos, aunque el arte cristiano haya mojado en ella sus pinceles. Es más exacto y conforme al Evangelio que José, cuando contrajo matrimonio con María, no era viejo octogenario, sino varón en la flor de la edad. El Evangelio nada afirma explícitamente. Mas en el silencio de esta narración sencilla y ordinaria está supuesta nuestra afirmación. No se encuentra dificultad ninguna en la Escritura que se oponga a tal aserto» (cf. o.c., p.46-47).

1444

II. LOS DESPOSORIOS

«Cuando se encienden las primeras estrellas y comienza el día que equidista entre dos sábados, dichos los salmos de la oración de la tarde; cuando los pájaros lanzan su postrer canto, en esa hora recogida y silenciosa, José el carpintero se apresta para traer a su hogar su esposa, la virgen de la casa de David. Lo rodean sus amigos. Pronto el asno enjaezado para la novia se abre la marcha. Las gentes, agolpadas al paso del cortejo, los miran pasar, y algunos dejan caer sobre el esposo bendiciones, explosión de ánimos vehementes, donde los deseos buenos y los malos tienen corto espacio que recorrer entre el corazón y los labios. Las pupilas se cargan de unción religiosa. Las gentes contemplan a José con reverencia y curiosidad, atisbando en su rostro los movimientos de su alma. Detrás de él y sus amigos marcha el pueblo. Crece la expectativa a medida que se acercan a la casa de la novia.

Al fin se detiene el cortejo. Un minuto de silencio tenso en el deslumbra-

miento de la visión inolvidable. Todos respetan la emoción del esposo. La novia lo espera. La novia se ofrece a sus miradas, rodeada de las vírgenes, las doncellas sus amigas. Tienen en las manos las lámparas encendidas, llenas de aceite perfumado. El conjunto reluce, a la luz vacilante, con reflejos arrancados a los tocados, a las muñecas, a los tobillos, donde resaltan, armoniosamente distribuídos, el oro y la plata de las monedas, los anillos, los brazaletes. La novia, con túnica de púrpura y ajustada con el cinturón nupcial, adornado de monedas de oro, que le enviara José esa mañana, está envuelta en los pliegues de su velo de Sidón. Las amigas avanzan para conducir el esposo hasta su prometida. La novia tiene los ojos bajos y una inefable sonrisa. Salta de gozo el corazón del esposo, y su rostro se ilumina con una luz muy distinta a la que proyectan las lámparas de las vírgenes. María es acomodada sobre el asno. Sus vestiduras, perfumadas de ungüentos preciosos, se derraman en pliegues sobre la montura. José toma la brida. En torno suyo se agrupan sus amigas y los amigos del novio. La mujer casada, predilecta de su fiel corazón, al lado de la cabalgadura, la acompaña. Y vuelve el cortejo...

Al paso de la novia los niños arrojan flores. Se oyen los sones de las flautas y los timbales. Por encima de las cabezas se agitan ramos de palmas y de olivo. Los cantos nupciales se elevan. Canta la novia. Responde el amado. La novia se dirige a sus amigas, haciéndolas partícipes de la dicha que inunda su corazón. Contesta el cortejo nupcial, las amigas y los compañeros del esposo...

La casa de José espera a su dueña. Tapizado el suelo de esteras, en orden las mantas en las concavidades de las paredes, adornadas con utensilios de labor. Al entrar el cortejo, se ilumina con los hachones de los hombres. Los ramos de palma despiden su fresca fragancia. Entonces, gravemente, los novios son conducidos al dosel, bajo el cual se sientan, y la novia es coronada de mirto. El maestresala, el más íntimo de los amigos del esposo, escancia vino en una copa. Lo prueba y lo da a beber a los novios. El sacerdote avanza hacia ellos, Zacarías, cuyo viejo corazón tiene cariño de predilección por estos jóvenes que se unen para hacerse compañía. Para ellos se abre entonces la herencia del pueblo israelita, de la cual, por un designio misterioso de Dios, han sido excluídos él y Elisabeth, su mujer: la generación del Mesías. Zacarías los contempla bajo el dosel. Recuerda los amores de Tobías y Sara. Las oraciones de aquellos seres, alejados uno del otro, habían subido juntas ante el acatamiento de Dios. Un ángel mensajero había indicado a Tobías que pidiera a Sara en matrimonio. El viejo corazón de Zacarías se regocijaba al ver la serenidad en el rostro de los esposos, cuya unión debía bendecir...

Entonces se acercó a María y José, unió la derecha de la doncella con la derecha del varón y dijo con la voz transportada de gozo, según comentaron los invitados:

El Dios de Abrahán, y el Dios de Israel, y el Dios de Jacob sea con vosotros, y él os junte y cumpla en vosotros su bendición (Tob. 7,15).

Impulsado siempre por el recuerdo vivido, se inclinó hasta que su testa se unió al tenue velo de María, bajo el cual se escapaban sus trenzas adornadas de joyas, y a la de José, y les dijo muy quedo a los dos las palabras de Tobías a Sara en su noche de bodas:

Nosotros somos hijos de santos y no podemos juntarnos a la manera de los gentiles, que no conocen a Dios (Tob. 8,5), y al fin, casi en murmullo: *Velad orando.*

La bendición nupcial fué la señal de los festejos»... (cf. AGUSTINA SCHROEDER, *Historia de la Virgen María* [Ed. Fax, Madrid 1951] p.20-25).

1445

III. CAMINO DE BELEN

«Sobresaltóse María cuando oyó los pasos de su esposo ante la puerta de la casita de Nazareth. Estos pasos sonaban hoy lentos, pesados, como si el carpintero que regresaba a su hogar trajese una gran carga. Detúvose por un momento ante el umbral de la puerta y después entró. Saludó a la santa virgen con una muda inclinación de cabeza; dejó el hacha y la sierra en el taller, volvió de nuevo a la estancia y se dejó caer fatigado sobre un banco, apoyada la cabeza en su mano.

María se estremeció. Al oír el pesado paso ante la puerta comprendió que el que llegaba venía oprimido por una aflicción. Durante unos instantes fijó su mirada llena de bondadoso cuidado sobre el obrero, que seguía sin decir palabra, fija la vista en el suelo. Después dijo dulcemente:

—¡Cuéntame, José!

Pasado un rato, y sin levantar la mirada, empezó a decir el carpintero:

—Ha sido publicada una orden del gobernador de que todos deben inscribirse en el lugar de su procedencia. Un mensajero se ha presentado hoy al prefecto de la sinagoga, apremiando para el cumplimiento de esta disposición. Es para el pago de contribuciones, o para prestar algún juramento; ¡qué sé yo!

El corazón de la Virgen late fatigosamente.

—Y esto ¿cuándo debe ser?

—El mensajero ha advertido que la cosa es urgente. Antes de fin de año ha de quedar terminado el empadronamiento. Es preciso, por lo tanto, que vaya a Belén. Y tú—la voz de José tiembla entonces de tristeza—, tú tendrás que quedarte sola. Precisamente ahora tengo que dejarte.

María dejó caer el hilo de lana que tenía en sus manos; contempló tranquila al carpintero y le dijo:

—Tú no irás solo a Belén, pues yo iré contigo.

Sobresaltóse José. Miró fijamente a la Virgen, y, asustado, replicó:

—¡No puede ser que digas esto en serio, María!

—Esta es mi voluntad—repuso sin titubear la sierva de Dios.

Pero José movió la cabeza y dijo, buscando penosamente las palabras:

—¡Esto no puede ser, María! ¡Tú no conoces la inmundicia de los albergues en los cuales deberíamos pernoctar! Tú no sabes la aglomeración de gentes que habrá en Belén. Tampoco sabes si allí encontraremos posada.

Contestóle entonces María, llena de suave ternura:

—Sólo sé que Dios puso mi mano en la tuya; que El te ha erigido en protector y guardián de Aquel a quien va a enviar en medio de la miseria de todos los hombres. Es posible que cuando llegue al mundo lo rodeen incluso la pobreza y la necesidad; pero conviene que aquel a quien El ha escogido como padre no se encuentre lejos cuando El nazca.

Una vez más intentó el carpintero disuadirla haciendo mención de todos los impedimentos.

—Los caminos son malos y están anegados por la lluvia. De vez en cuando el caminante se hunde casi en el lodo. Además, las noches son frías.

María contestóle, animándole:

—No hay caminos que no allane el amor, ni noches tan frías y tenebrosas que por el amor no se tornen cálidas y luminosas.

Levantóse entonces José el carpintero, avanzó hacia la Santísima Virgen, su esposa, y le dijo con voz que temblaba de gozo:

—¿Tanta confianza tienes en mí, María?

—Sí, tanto confío en ti—contestó con serenidad la Virgen.

Iluminároнse entonces los ojos del varón, el cual, inundado de rara claridad, pronunció como juramento sagrado estas palabras:

—Dios ha depositado la vida de su Hijo en las manos pobres, callosas y arrugadas de un artesano. Pero en estas manos será acogido y amparado. Ellas mantendrán alejados de El el dolor y la necesidad. ¡Ellas darán de comer al hambriento y calentarán al aterido! ¡Estas manos serán su patria! ¡Vamos, María, preparémoslo todo para emprender el viaje a Belén!» (cf. W. HUNERMANN, *El coro de los santos* [ed. Lit. Españ., Barcelona 1955] p. 148-149).

IV. EL NACIMIENTO DE JESUS 1446

«La cosa ocurrió así...—empezó—. Hacía un día como hoy. Igual, igual. Nevaba, todo estaba cubierto de barro, los camellos y los asnos temblaban de frío y tenían el pelo enmarañado y mojado. Habían llegado muchísimos viajeros. Era por causa de aquel censo... Al llegar la noche, la posada estaba llena de animales y los hombres dormían uno al lado de otro...

Me cansé terriblemente. Estaba extenuada. Mi marido no cesaba de gritarme que fuera a buscar agua, o moliera grano, o cuidara de los camellos. Mi Judas, mi hijito pequeño, lloraba en mis brazos porque el cansancio me había secado el pecho. Sólo deseaba que llegara de una vez la noche y que toda aquella gente, que no hacía sino hablar y comer, se fuera por fin a dormir.

Entonces se me acercó un hombre. Debía de haber llegado en aquel momento porque llevaba la ropa muy mojada. En voz baja, como si allí todos no hablaran a grito pelado produciendo una insoportable algarabía, me preguntó si podía darles alojamiento a él y a su esposa. Me explicó que acababan de llegar; que estaban muy cansados; que la mujer esperaba dar a luz de un momento a otro. Yo estaba como loca de cansancio. Grité con toda mi voz: «¡No, aquí no hay sitio! Buscad otra posada. ¿No ves lo lleno que está todo esto?» Intentó explicarme que ya habían recorrido todo el pueblo y que nadie había querido acogerles. «Si quisierais tener un poco de caridad y la gente intentara estrecharse un poco—continuó diciendo con aquel suave tono de voz—, seguramente se encontraría aún un rinconcito para mi esposa... Yo puedo quedarme fuera». Estas palabras acabaron de irritarme. Con su puño menudo, Judas me golpeaba el pecho, del que ya no salía nada... Los hombres, a mi alrededor, hablaban y gritaban como locos. Con su estúpida jactancia masculina amenazaban a los romanos. Entre todo aquel griterío oí la voz de mi marido que me llamaba; probablemente quería que fuera de nuevo a buscar agua a la fuente. Al pensar que otra vez me haría bajar allí de noche y con aquel frío, sentí que la rabia me ahogaba. Comencé a gritar como si aquel hombre me hubiera hecho algo: «¡Fuera, fuera, marcha de aquí! ¿Oyes? ¡Aquí no hay sitio para ti ni para tu mujer! ¡Fuera!»...

Debí gritar mucho, porque mi marido me oyó y se acercó. Estaba encantado con el movimiento que reinaba en la posada; conversaba con los recién llegados, escuchaba sus relatos y contaba a otros viajeros los sucesos que había oído. «¿Por qué le gritas así a este honrado caminante?», preguntó. No podía soportar aquella amabilidad suya de tendero. Consideraba que había que demostrar respeto a todo recién llegado. Claro: él no se cansaba; él sólo hablaba, y luego recogía el dinero por la comida y la cama. Me asusté al pensar que sería capaz de ceder mi jergón, en el que yo estaba soñando

desde hacía horas, a la mujer de aquel hombre. Estallé de nuevo: «¡Que se vaya! ¡No tenemos más sitio!»...

Mis palabras produjeron el efecto deseado. La amable expresión de mi marido cambió radicalmente. Pero aquel par debió darle lástima, porque llamó al hombre aparte y se puso a hablar con él. El otro insistía y rogaba, señalando a su mujer. A unos pasos de él estaba su compañera. Apoyaba todo su cuerpo contra uno de los postes que sostienen el techo. Precisamente contra éste, rabí... Sus pies estaban sucios de barro como los míos ahora. Su abrigo, empapado de agua, yacía en un charco. Se oprimía el pecho con sus manos amoratadas... Notábase que se le estaba acercando la hora. Pero yo comencé a gritar de nuevo, porque me parecía que mi marido iba a ceder y les ofrecería mi cama. Casi estaba dispuesta a saltar sobre ellos y golpearles como me estaba golpeando mi Judas. Mi marido se encogió de hombros y se rascó la cabeza. A no ser por mis gritos, hubiera acabado por dejar que se quedara en algún rincón. El hombre seguía implorando señalando a la mujer... Con un movimiento de cabeza mi marido les indicó la puerta de la posada. «Venid, os voy a encontrar algo...», dijo. El hombre iba a su lado, mirando con temerosa esperanza la cara de mi marido. Este les acompañó hasta la verja, les señaló una dirección y les dijo algo. Salieron. El hombre rodeó a su mujer con el brazo y la condujo lentamente...

Por fin, ya muy entrada la noche, la gente terminó de hablar y comer y se dispuso a descansar. La posada se llenó de ronquidos. Mi marido dormía a mi lado; había cedido su yacija a un viajero que se la pagó a buen precio...

—¿De modo que las paredes de vuestra posada no se agrandaron?—pregunté impaciente—. ¿Y no hubo ninguna estrella que señalara este lugar?

Se encogió de hombros y contestó sin levantar la vista:

—Las mujeres como yo no tenemos tiempo para fijarnos en estas cosas. Contemplar las estrellas es asunto de hombres...

Aunque había hablado bastante rato, no se quitó el cántaro del hombro.

—Pero luego oí decir—añadió después de una pausa—que, en efecto, apareció una estrella. Me lo contó Simje, el hijo de Tadeo. Dicen que también se oyeron voces y cantos. Les encontré cuando salían de la cueva... Fuí allí porque no podía dormir... Cogí un cacharro con agua caliente, un poco de aceite, algunos trapos... Me costó salir de la posada, pues el suelo estaba atestado de hombres dormidos... En la cueva que mi marido había mencionado recogíamos nuestros animales: dos cabras, un buey y un asno. Había allí un pesebre hecho con un tronco vaciado. Por la abertura de la cueva salía una claridad que iluminaba el camino. Antes de entrar en ella oí llorar al niño. Había nacido antes de que yo llegase. La mujer estaba arrodillada junto al pesebre y hablaba al recién nacido en voz baja» (cf. JAN DOBRACZYNSKI, *Cartas de Nicodenco* [Barcelona, Herder, 1957] p.183-187).

1447

V. MUERTE DE SAN JOSE

«Ya va siendo tiempo de dar remate a la historia de San José, pues no hablan ya más de él los evangelistas, y, en las últimas palabras que de él escribe San Lucas, le dejan tan honrado, que dice que le estaba el Hijo de Dios sujeto y obediente; con lo cual parece que se cumplió en él aquel sueño misterioso que tuvo el primer José, figura de este segundo, cuando señaba que el sol, la luna y las estrellas le hacían reverencia, porque el sol de justicia, Cristo, y María, luna llena y hermosísima, obedecían y reve-

renciaban a José en la tierra; y si el sol y la luna le hacían reverencia, no es mucho que digamos que las estrellas que lucen en la eternidad, que son los demás justos, también le veneran y reverencian. Del tiempo en que San José murió no consta de la Escritura, y así hay de su muerte diferentes opiniones entre los autores. Unos dicen que murió poco después que volvieron a Nazareth, después de la pérdida del Niño en Jerusalén; pero esto no es conforme a la Escritura, que, acabando de tratar de la niñez de Cristo, dice que estaba sujeto a José y a la Virgen, y esto insinúa que vivió después más tiempo del que le daban estos autores. Y esfuérzase más esto con otros lugares de la Escritura, como del capítulo 6 de San Juan, donde, admirados los judíos de las palabras de Cristo, decían: *¿No es éste el hijo de José, cuyo padre y madre conocimos?* De donde parece que estaba aún muy fresca la memoria de José en Jerusalén entre la gente vulgar, con no haber él vivido de propósito en aquella ciudad. Y San Lucas dice: *Que entrando Cristo en los treinta años era tenido por hijo de José;* y todo esto no se acomoda bien a esta opinión de tan temprana muerte. Otros autores hacen vivo a San José cuando Cristo padeció; lo cual también es poco verosímil, pues si fuera entonces vivo hicieran mención de él los evangelistas en tantos lugares de su historia evangélica, donde tratan de la Virgen y de sus parientes; y estando la Virgen a cargo de San José, como su verdadero esposo, no la encomendara el Salvador a San Juan, que es argumento que hace a este propósito San Epifanio. Y así, la opinión que hace más buena consonancia con las palabras de la Escritura y con las razones de prudente conveniencia es la de Cedreño y otros autores graves, que dicen que murió a los veintinueve años de Cristo y a los setenta de su edad, llegándose ya el tiempo del bautismo de Cristo y de su predicación...

Siendo, pues, la muerte de San José antes de la Pasión de Cristo, sin duda se hallarían en aquella hora a su cabecera, como dice San Bernardino, aquellas dos lumbreras del cielo: Cristo y la Virgen, su Madre, y es de creer que este Señor, que para tan gran dignidad escogió a San José y le santificó en el vientre de su Madre, como dice Gerson, le preservó de pecado mortal, como afirma San Agustín, y le conservó virgen, como dice San Jerónimo; le diría también la hora de su muerte y le consolaría en ella. Con lo cual se representa en este paso al alma devota las razones tiernas y amorosas con que se despedirían aquellas tres personas tan amadas y las lágrimas que derramaría la Virgen, con el sentimiento natural de apartarse de un esposo tan santo y agradable, que con tanto cuidado la había servido y acompañado en todos sus trabajos. ¿Qué de consuelos daría el buen Jesús al ayo amado, que sentía apartarse de El, y cómo le animaría para que hiciese alegremente aquella jornada inevitable?...

Es de creer que le diría el Hijo que serían bien premiados los trabajos que por El había padecido, y que aquellos lazos estrechos de filiación representada que en la tierra había contraído, se perfeccionarían en el cielo, adonde obedecería sus ruegos, como en la tierra había obedecido sus mandatos; y al nombre de padre que el Espíritu Santo le había dado, le correspondería la gloria de lugar de padre. La Virgen Santísima le agradecería la buena compañía que en todas sus fatigas le había hecho y la gran fidelidad que había guardado al Padre Eterno en ser guarda tan leal de su pureza, y que por más que la dignidad de Madre de Dios la levantase, no perdería la estimación de su esposa y de eso se honraría aun en el cielo. Dichoso fin que prometía principio tan glorioso. ¿Qué cortés y comedida llegaría la muerte a herir al que tenía presente y tan de su mano al autor de su vida? Lo que los autores dicen que la Virgen y su Hijo recibieron los pésames de la muerte de San José y que le lloraron y trataron de su enterramiento, que

se pusieron las insignias de luto y tristeza que en aquel tiempo se usaban por los difuntos y que le hicieron todos los demás oficios funerales que la piedad y costumbre habían introducido en aquel pueblo, es muy verosímil. Porque la Virgen, por razón de esposa, y Cristo nuestro Señor, por razón de hijo, en cuya opinión le tenía el mundo, no podían dejar de cumplir estas obligaciones sin nota de sus vecinos, y nunca en sus obras dieron ocasión a esto, sino singular ejemplo. Y si Cristo nuestro Señor lloró de ver llorar a la Magdalena y de ver a Lázaro muerto, ¿cuánto más piadosa cosa es creer que lloraría la muerte de San José acompañando con sus lágrimas las que por ella derramaría la Virgen?» (cf. R. P. José de Jesús María (Quiroga), carmelita descalzo, *Historia de la vida y excelencias de la Santísima Virgen María* [Madrid 1956] l.4 c.33 p.1027-1031).

1448

VI. EL CULTO Y LA DEVOCION

«El culto de San José, como un tesoro para la Iglesia, nos vino del Oriente, de donde parte el sol y por donde apuntó Jesús. Debió de ser la ciudad de Antioquía donde por vez primera los cristianos acudieron en su plegaria al Santo. El hecho es que en los años que suceden al triunfo de la Iglesia y anteceden al cisma ya se celebra por allí la fiesta del bendito José, pero en la octava de la Natividad y en compañía del rey David y de Santiago el Menor, es decir, la fiesta del padre del Señor con su ilustre antepasado y su sobrino. Ingenua poesía encierra el viejo himno de este oficio, donde se canta sobre todo la virginidad de San José expresada en la vara florida, de la que nos dijeron cosas fantásticas los apócrifos. Ellos también fueron extendiendo la leyenda amable, ofreciéndonos aquella escena ingenua y deliciosa de Jesús en el monte Olivete, enseñándoles a los apóstoles dónde había muerto su padre San José.

Pero pronto la devoción al santo de la grandeza y de la humildad nos llegó a Occidente. Vino en mano de frailes mendicantes. Ciertamente, no podían ser otros los mensajeros e introductores del pobre carpintero de Nazareth. Los carmelitas, primero, y con ellos, después, los franciscanos y dominicos traen en sus oficios y rezos lo que aprendieron en las iglesias orientales. Ellos enseñaron al pueblo devoto del cuatrocientos lo que en el firmamento de la santidad católica significaba el padre de Jesús. La devoción se propagó con la velocidad con que Dios propaga sus bendiciones. Los papas y las naciones, los príncipes y los artesanos, todos los sinceramente católicos, se postraron por entonces ante el santo descubierto por los frailes. Bohemia primero y después Bélgica le eligen por patrono; en España, la iglesia de Toledo le incorpora a su rezo, y al siglo siguiente Santa Teresa se constituye en su primer apologista y gran propagadora. Ella y la Compañía de Jesús completan cerca del pueblo con escritos y predicaciones la labor ejecutada por los mendicantes medievales. Ya podrán los papas ir incorporando este culto al de todos los santos del misal romano. Urbano VIII permitió que su oficio se rezase por todas partes y Gregorio X lo impuso por fin a comienzos del siglo XVII en toda la Iglesia. Después vinieron los tiempos modernos, más y más necesitados de la protección y enseñanza de San José; él, que enseñó a Jesús a dar sus primeros pasos; él, que tenía mucho que hacer con los hombres amargados y cultos de los tiempos novísimos. Sabemos y conocemos bien cómo los últimos pontífices le declararon patrono de la Iglesia y protector especial de los hombres de trabajo, los de la gran crisis del siglo, patronos de ellos y de las familias y de la

muerte hermosa. Eran muchos y graves asuntos los que se encomendaban al santo que con su silencio celestial y su paterna intercesión se ha ido constituyendo en un símbolo clarísimo y elevado de la espiritualidad moderna, sus necesidades y su angustia.

Todavía enseñan por el valle de Josafat un sepulcro que dicen fué de José, todavía los perusinos veneran infantilmente el anillo legendario que también le atribuyen. Una vara florida como su emblema, un sepulcro vacío como su gloria y ese anillo milagroso como señal de que él sigue siendo en los cielos el que signa y sella sobre nosotros los decretos de Dios (cf. JOSÉ MARÍA LLANOS, S. I., *El desfile de los santos* [Ed. Sapientia, Madrid 1956] p.262-263).

VII. PATROCINIO ESPECIAL DE SAN JOSE

A) Patrono universal de la Iglesia católica 1449

«Pío IX, atendiendo a los ruegos y votos de los prelados y fieles del universo entero y a la petición del mismo sínodo ecuménico Vaticano, declaró y constituyó a San José patrono universal de la Iglesia por decreto *(Quemadmodum Deus)* de la Sagrada Congregación de Ritos publicado el día 8 de diciembre de 1870.

El mismo Pontífice, en las letras apostólicas *Inclytum Patriarcam,* del año siguiente (7 de julio de 1871) afirma: «Y Nos, movido por estas peticiones, habiendo implorado la divina iluminación, determinamos satisfacer tantos y tan piadosos deseos, y, por decreto especial de nuestra Sagrada Congregación de Ritos, declaramos solemnemente al mismo bienaventurado José patrono de la Iglesia católica, ordenando se publicase el 8 de diciembre del pasado año, fiesta de la Inmaculada Concepción de su Esposa, en nuestras basílicas patriarcales Lateranense, Vaticana y Liberiana durante la solemnidad de la misa. Y mandamos que su fiesta de 19 de marzo se celebre como doble de primera clase, aunque sin octava por razón de la cuaresma».

Más tarde, Benedicto XV (en su *motu proprio* 525 de julio de 1920), con ocasión del cincuenta aniversario de esta proclamación, insiste: «Nos, por tanto, confiados grandemente en su patrocinio, a cuya vigilancia y providencia quiso Dios encomendar su Unigénito encarnado y la Virgen Madre, ordenamos a todos los prelados del mundo católico que en tiempos tan necesitados para la cristiandad exhorten a los fieles a invocar con diligencia a San José» (cf. P. BONIFACIO LLAMERA, O. P., o.c.: BAC, p.319).

B) Patrono de las familias cristianas, especialmente las pobres 1450

«En las letanías de San José se le llama «modelo de obreros», «gloria de la vida doméstica», «sostén de las familias», «consuelo de los desgraciados», títulos estos que son explanados bella y profusamente en los documentos pontificios, en los que insistentemente se inculca la devoción a San José y a la Sagrada Familia...

Benedicto XV, con ocasión del quincuagésimo aniversario de la proclamación de San José como patrono de la Iglesia universal, inculca con todas sus fuerzas este aspecto del patrocinio de San José. Así, pues, dice: «Por esta causa, para que a nuestros hombres, cuantos ganan el alimento con el trabajo de sus manos, los conservemos en el deber y los conservemos intactos del contagio del socialismo, enemigo de la cristiana sabiduría, especialmente proponemos a San José, a quien deben mirar como especial guía y honrar como patrono. Pues él transcurrió su vida en una situación semejante, por cuya causa Cristo Dios, siendo unigénito del Padre Eterno, quiso ser llamado hijo del carpintero» (cf. ibid., p.322 y 324).

1451 ### *C) Patrono de los religiosos y sacerdotes*

«Cuanto podemos decir sobre esta materia está compendiado en aquellas palabras de Benedicto XV, que bien podemos llamar principio y fundamento de esta doctrina: «Por José somos conducidos directamente a María, y mediante María a la fuente de toda santidad, Jesús».

San José, pues, ejerce una singular protección sobre todas las almas que abrazan la vida espiritual: primero, como ejemplar excelso de toda vida perfecta; segundo, por su eficacísima intercesión ante Jesús y María. Consta su excelsa santidad por su fe, obediencia, humildad, sujeción y adoración de los decretos de la Providencia divina en todos los acontecimientos de su vida, y sobre todo su amor intensísimo, tan probado, y el fiel ejercicio de su ministerio para con Jesús y María» (cf. ibid., p.325).

1452 ### *D) Patrono de los moribundos*

«Se cree rectamente que a su muerte estuvieron presentes Jesús y María y que en sus manos exhaló el último suspiro. Muerte dulce y felicísima. De aquí arranca el fundamento de su singular patrocinio sobre los moribundos. San José es por ello llamado «esperanza de los enfermos», «patrono de los moribundos», «terror de los demonios».

Este aspecto es el más difundido de la devoción a San José, fomentado por asociaciones piadosas, enriquecido con abundantes gracias e indulgencias. También es recomendado por Benedicto XV en su *motu proprio*: «Habiendo aprobado esta Sede Apostólica diversos modos de honrar al santo Patriarca, celébrense con la solemnidad posible los miércoles y el mes que le está dedicado. Pero principalmente, como sea singular protector de los moribundos, pues a su muerte estuvieron presentes el mismo Jesús con María, fomenten, los venerables hermanos, aquellas asociaciones piadosas que fueron fundadas para orar por los moribundos, como la Asociación de la Buena Muerte, la del Tránsito de San José, a fin de que ayude con todo el sufragio y favor de su autoridad a los agonizantes» (cf. ibid. p.328-329).

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

La paternidad de San José:

«Guardián del depósito» (2).
Custodio de la virginidad de María (3).
San José, custodio del Hijo (4).

Vocación:

El secreto de una vida (1).

Los siete dolores y gozos de San José:

Primer dolor y gozo: Noche obscura de San José (5).
Segundo dolor y gozo: San José, modelo de obediencia (6).
Tercer dolor y gozo: Las ofensas a Dios (7).
Cuarto dolor y gozo: Oblación generosa y esperanza cumplida (8).
Quinto dolor y gozo: Persecución, destierro y desamparo (9).
Sexto dolor y gozo: El temor de Herodes y la alegría de Nazaret (10).
Séptimo dolor y gozo: El Niño, perdido y hallado en el templo (11).

1

El secreto de una vida

I. *Una vida obscura.* **1453**

A. ¿Dónde encontraremos rayos de luz para perforar las tinieblas que envuelven la vida de José? ¿Osaremos quebrantar el misterioso silencio de las Escrituras?

B. La vida oculta de José sea objeto de nuestra veneración, no materia de nuestro discurso.

C. Lección para el mundo. Aprendamos que se puede ser grande sin esplendor, dichoso sin aparentarlo, glorioso sin renombre. «Gloria nostra est: testimonium conscientiae nostrae» (2 Cor. 1,12).

II. *Vocaciones distintas.* **1454**

A. Admiremos la variedad de medios de la divina Providencia en la variedad de caminos por donde conduce a los hombres al mismo fin. Cada santo tiene el suyo propio.

Más aún, a veces las vocaciones son opuestas. Lo que en uno puede ser virtud sería falta, vicio y acaso pecado en el otro. Dios sólo en sus misteriosos designios conoce el porqué de tan encontrados caminos.

B. Dos vocaciones opuestas. Lo son la de San José y la de los apóstoles. Jesús Dios es revelado a los apóstoles; Dios es revelado a San José, mas Dios les impone condiciones totalmente contrarias.

a) *A los apóstoles se les encarga anunciar el misterio de Jesús al universo mundo: «Euntes docete omnes gentes»* (Mt. 28,19). *A San José se le impone el más profundo silencio.*

b) *Los apóstoles son como faros de luz que iluminan a Jesucristo. San José es como un velo que le oculta.*

c) *Los apóstoles, siempre en la cumbre de la vida social. San José pasa inadvertido en un oficio modestísimo a los ojos del mundo.*

d) *Jesús es para los apóstoles una palabra que se debe anunciar. «Loquimini omnia verba vitae huius»* (Act. 5,20). *Jesús es en las manos de José «verbum absconditum»* (Lc. 18,34), *la palabra arcana y misteriosa.*

e) *Los apóstoles predicaron el Evangelio a la tierra y al propio cielo, como osa decir San Pablo en la Epístola a los Efesios. José, por el contrario, oye hablar de las maravillas de Jesucristo y escucha, se admira y se calla.*

1455 III. *La perfección.*

A. La perfección cristiana no está en la actividad exterior. La perfección consiste en someterse a la voluntad de Dios.

B. Por eso nadie debe juzgar de nadie. Todo juicio está reservado a Aquel que penetra en el fondo de los corazones y sabe las causas por las cuales los hombres hablan o los hombres se callan. Admiran al hombre con su elocuencia o le edifican con su silencio.

C. La propia vocación. Nadie juzgue, pues, de la vocación del hermano porque no conoce los designios de Dios.

a) *Procuremos conocer cada uno nuestra propia vocación.*

b) *Nuestra propia vocación es nuestra relación con Jesucristo cabeza; nuestra posición en el Cuerpo místico.*

c) *No pretendamos ser cosa distinta de lo que Dios quiere que seamos. No pretenda el ojo ser mano ni la mano pie.*

d) *Seamos todos dóciles a las órdenes, a las inspiraciones que proceden de la cabeza y en lugar de juzgar a los demás meditemos la fidelidad a Cristo con que cada uno de nosotros procede en su vida.*

2

«*Depositum custodi*» (*1 Tim. 6,20*): «*Guardián del depósito*» [1]

I. *El depósito.* **1456**

A. Es idea recibida y sentida comúnmente que el depósito tiene algo de santo. Que debemos conservar el depósito no sólo por fidelidad, sino por cierta especie de religión.

a) *En la antigüedad se entregaban los depósitos más sagrados a los obispos y al clero. Los judíos tenían costumbre de llevarlos al templo de Jerusalén.*

b) *Los mismos paganos se servían de los templos de sus falsas divinidades para colocar sus depósitos más queridos en lugar seguro.*

B. El depósito más sagrado.

a) *No ha habido en la tierra depósito comparable al que Dios confió al patriarca San José. El Señor eligió a este justo para guardar su tesoro. La propia casa de José era como un templo, puesto que el mismo Dios se dignó habitar en ella.*

b) *Dios adornó el alma de San José de las virtudes necesarias para que fuera en lo posible digno depositario de los bienes incomparables que ponía en sus manos.*

II. *Depositario de Dios.* **1457**

A. Es una sólida doctrina tomada de las Escrituras y de los Padres el que todas las grandezas de San José se fundan en haber sido el hombre escogido por Dios entre todos los hombres para poner en sus manos «su tesoro», para hacerle en la tierra su depositario.

B. Virtudes del depositario. Las suponemos más preciosas y firmes cuanto es mayor el valor del tesoro que se le entrega. Y así exigimos en él:

a) *Virtud reconocida.*

b) *Fidelidad comprobada.*

c) *Amistad íntima.*

d) *Amistad confidencial.*

---

[1] Bossuet tiene dos magníficos panegíricos de San José. Es importantísimo el primero, pronunciado el 19 de marzo de 1656 y reproducido delante de la reina Ana de Austria. Desarrolla el texto de la primera Epístola de San Pablo a Timoteo «depositum custodi». Es riquísimo en ideas teológicas, sólido y elocuente y en él se inspiran varios de nuestros guiones (cf. LEBARQ, *Obras oratorias de Bossuet*, t.2 p.118 ss.).

III. *El triple depósito.*

1458 A. Dios confió a San José un triple depósito:

a) *La virginidad de María.*
b) *La persona del Niño Dios.*
c) *El secreto del Padre Eterno: la Encarnación del Verbo.*

B. La virginidad de María: Dios le confió la santa virginidad de María, que él debía conservar bajo el velo sagrado del matrimonio y que él guardó siempre santamente como un depósito sagrado que no podía tocar.

C. Segundo, y más augusto todavía, «la persona de Jesucristo». El Padre celestial puso en sus manos este Niño que no tuvo padre en la tierra; para quien San José hizo las veces de padre.

D. El secreto como depósito. El más grande de los secretos, la encarnación del Verbo, fué confiado por el Padre solamente a este hombre singular. María debía conocer el secreto del Padre, porque su conocimiento era necesario para que la encarnación se verificara, pero Dios quiso poner en el corazón de San José el doble secreto de la Madre virginal y del Niño divino.

E. Aun para la ley civil el secreto es un depósito santo. Los romanos establecieron una acción especial para perseguir a los que violaran la fidelidad del secreto. El que divulgara, por ejemplo, el secreto de un testamento podía ser llevado a juicio en virtud de la «depositi actione tecum agi posse».

1459 IV. *Tres virtudes.*

A. El triple secreto confiado a San José supone en él la existencia en grado heroico de tres virtudes:

a) *La pureza, que brilló en su santa continencia en el estado matrimonial; San José estableció con María una santa sociedad de deseos púdicos; una admirable correspondencia con la virginidad de su esposa.*
b) *La fidelidad. En todo el evangelio de la infancia de Jesús resplandece la fidelidad, el cuidado infatigable en medio de circunstancias bien azarosas para salvar la vida del divino Niño. El cielo mismo le inspira y le conduce. San José realiza fidelísimamente las instrucciones que recibe de los ángeles.*
c) *La humildad. Depositario del secreto de Dios, San José garantizó por su humildad que el secreto no sería violado.*

1. No se vanagloria; no se enorgullece de su altísima misión. No busca las alabanzas de los hombres. Se oculta tanto cuanto puede a los ojos de los mortales.
2. El Padre, según expresión de San Bernardo, se lo había confiado: «Cui tuto committere [posset] secretissimum et sacratissimum sui cordis arcanum». «Dios le había con-

fiado el arcano secretísimo y sacratísimo de su corazón».

3. Los mortales violamos frecuentemente los secretos del corazón por el uso indebido de la lengua. San José es admirable por su silencio.

B. La Virgen Santísima habló pocas veces, siempre sabiamente. San José no habla nunca en el Evangelio.

a) *La Virgen Santísima cantó, porque era la voluntad de Dios Nuestro Señor, su secreto en el «Magníficat». La voluntad de Dios fué que San José jamás hablara del secreto que le había confiado el Padre.*

b) *San José a los ojos de los hombres no es más que un carpintero. Jesucristo es el «hijo del obrero».*

c) *San José es personificación altísima de la vida oculta, de las virtudes pasivas, de la humildad perfecta...*

3

Custodio de la virginidad de María

I. *La virginidad de María.* **1460**

A. La virginidad de María fué cara al cielo y útil a la tierra. La virginidad era necesaria para que Jesucristo naciera en el mundo.

B. Era un consejo de la Providencia el que, así como Dios produce a su Hijo en la eternidad por una generación virginal, así también el Hijo naciera en el tiempo de una madre virgen.

C. Los profetas habían anunciado que una virgen concebiría. Nuestros padres vivieron en esta esperanza. El Evangelio nos refiere la dichosa realización de la misma.

II. *Causas de la virginidad.* **1461**

A. Penetremos en cuanto podamos con nuestra mente en este gran misterio. Los Padres nos dicen que el Hijo de Dios debía venir al mundo atraído por la virginidad.

B. Virtud angélica.

a) *La virginidad es una imitación por los hombres de la vida de los ángeles. Los eleva por encima de sus cuerpos, cuyos placeres desprecian. De tal manera subliman a la carne, que, en cierta manera, la igualan a la pureza del espíritu.*

b) *Dice San Agustín: «Habens aliquid iam non carnis in carne». «Tienen en su carne algo que no es de la carne».*

C. Medio entre el espíritu y cuerpo.

a) *La virginidad es un término medio entre el espíritu y el cuerpo. Nos acerca a las naturalezas espirituales. Por aquí podemos columbrar cuán conveniente era esta virtud para el misterio de la Encarnación.*

b) *La Encarnación es el misterio del Verbo que se une a la carne. Mas ¡cuán grande es la desproporción entre la corrupción de nuestros cuerpos y la belleza inmortal de un espíritu puro!*

D. Intermedio de la santa virginidad.

a) *Entre la carne y el espíritu se interpone la santa virginidad. Cuando la luz cae sobre un cuerpo opaco no penetra en él. Al contrario, puede parecer, por la reflexión de sus rayos, que el cuerpo la rechaza.*

b) *Cuando la luz toca un cuerpo transparente, entra en él, se une a él, resplandece en él, y el cuerpo transparente, en cierto modo, se convierte en luz. Así el Verbo eterno, para unirse a nuestros cuerpos mortales, buscó el intermedio de la virginidad, que tiene cierta cosa de espiritual y prepara la carne para unirse al espíritu puro.*

E. Un texto de San Gregorio. La doctrina se encuentra expuesta en San Gregorio de Nisa (L): «De virginitate» c.2: «Quae adeo natura distans ipsa intercedens sua virtute concilians adducitque in concordiam».

1462 III. *Consecuencias.*

A. La dignidad de María, por su virginidad.

B. La dignidad de José, al que fué confiado la virginidad de María. «Depositum custodi».

C. La pureza de María supone la pureza de José, porque la virginidad de María hay que guardarla bajo el velo del matrimonio. Exige, pues, un varón cuya pureza en cierto modo es necesaria al mundo, porque ella sirve para defender la pureza de María.

1463 IV. *Verdadero matrimonio. Siguiendo a San Agustín diremos que se encuentran en las nupcias de María y José los tres bienes del matrimonio:*

A. El contrato, por el cual mutuamente se donan el uno al otro.

B. El amor conyugal, por el cual los corazones se unen plenamente.

C. Los hijos, nuevo vínculo entre los esposos.

4

San José, custodio del Hijo

I. *El Padre entrega a su Hijo.* 1464

A. El Padre agotó su liberalidad en favor del santo Patriarca poniendo en sus manos a su divino Hijo.

B. Cristo nació en la tierra como un huérfano; «sine patre», dice el apóstol San Pablo (Hebr. 7,3). Su Padre le abandonó. El «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» puede pronunciarlo Jesús desde el momento de nacer. Aparece en la tierra abandonado de su Padre, expuesto a las persecuciones, al hambre, al frío, a las injurias.

II. *En sustitución del Padre Eterno.* 1465

A. Dios le puso un guardián en la tierra, un hombre mortal, que fuera para él verdadero padre. No quedó Jesús abandonado. José es verdadero padre, no por la naturaleza, pero sí por afecto.

B. José en su actividad exterior puede presentarse a todos los padres de la tierra como modelo de padre. El más perfecto de los padres naturales no haría por sus hijos más de lo que José, guiado por el cielo, hizo por Jesús.

a) *José le pone nombre, le gobierna, le defiende, le dirige en todos los momentos de su conducta, le procura casa y alimento.*

b) *Por eso el ángel se dirige siempre a San José, y San José puntualmente le obedece.*

c) *San José era jefe efectivo de la sagrada familia. María y el Niño le estaban sometidos.*

III. *Doctrina del Crisóstomo.* 1466

A. Sostiene este Santo Padre que Dios dió a San José todo lo que puede pertenecer a un padre sin herir la virginidad. «Hoc tibi do, quod, salva virginitate, paternum esse potest».

a) *María no concebirá de José porque se opone la virginidad, pero José partirá con María sus cuidados, sus vigilias, sus temores, sus inquietudes para defender y educar a este divino Niño.*

b) *Lo que importa más: San José gozará de la inclinación natural, de las dulces emociones, de la amorosa diligencia, de la vigilante cautela, de la ternura inefable de un corazón paternal.*

B. Dios forma los corazones uno a uno.

a) *Dice el salmista: «Qui finxit singillatim corda eorum»* (Ps. 32, 15). *Como un alfarero que con mano de artista da forma y figura singular y propia a cada uno de los vasos que fabrica con la tierra.*

b) *Dios prepara el corazón de cada hombre para el fin a que le destina. Dios, por tanto, dió a San José un corazón de padre y, como había de ser padre del mejor Hijo, puso en su corazón los más puros, elevados y perfectos sentimientos paternos.*

C. Una chispa del amor infinito.

a) *Bossuet llega a decir que Dios infundió en el corazón de San José como un rayo del amor infinito que El tiene por su propio Hijo.*

b) *San José percibió claramente dos cosas: la paternidad de su corazón y el derecho a mandar en el divino Niño. Ambas fueron concesión singularísima del Padre.*

1467 IV. *Fidelidad de San José.*

A. El Santo se muestra en todo el Evangelio como modelo de padre. Continuas fueron sus tribulaciones por causa del Hijo: pobreza, viajes difíciles, peligros, pérdida de la casa, destierro...

B. El padre obediente. San José aparece en el Evangelio como un modelo de obediencia.

a) *Obediencia a la autoridad civil, al subir a Jerusalén.*

b) *Obediencia a la Ley, al presentar al Niño en el templo al subir todos los años el día de la fiesta. El Evangelio marca la fidelidad de esta obediencia. «Cumplidas todas las cosas según la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a la ciudad de Nazareth»* (Lc. 2,39).

c) *Las órdenes del cielo respecto del Niño:*

1. Imposición del nombre.
2. Huída a Egipto.
3. Vuelta a Nazaret.

1468 V. *La terrible profecía.*

A. José participó, con María, de la terrible profecía de Simeón. También su corazón de padre fué atravesado por la espada del dolor.

B. El supremo dolor. El supremo dolor del padre se verificó en Jerusalén al perder el Niño.

a) *El dolor de San José por la pérdida de Jesús y la diligencia en buscarlo son comparables a los de María. Al dolor y diligencia de la madre se unió la diligencia y el dolor del padre.*

b) *En este episodio se encierra el verdadero panegírico de San José. El encargado de pronunciar este brevísimo y profundo*

panegírico fué María Santísima: «Pater tuus et ego dolentes quaerebamus te» (Lc. 2,48).

1. ¡Insondables conceptos los que se encierran en estas palabras! José unido a María en un mismo amor, en un amor de la misma especie; amor paterno en él, materno en la Madre.
2. Unidos en el cumplimiento del primer deber de los padres: velar por la vida de los hijos. Fundidas ambas vidas en el amor de Jesús y en la busca del divino Niño.
3. De ningún santo puede decirse nada parecido. San José mereció este altísimo honor de fundir su corazón con el de la Virgen en el amor de Dios precisamente porque tenía un corazón de padre.

C. Aprended, padres.

a) *Aprended a formar a Cristo en vuestros hijos. «Hijitos míos, que de nuevo os engendro hasta que Cristo se forme en vosotros», debéis decir con San Pablo* (Gal. 4,19).

b) *Aprended a buscar a Cristo. Aprended a buscar a vuestros hijos descarriados. Aprended a concentrar todos los afectos de vuestra vida en vuestros hijos, confiados por Dios a vosotros para que hagáis de ellos otros Cristos.*

5

Primer dolor y gozo: Noche oscura de San José

I. *Los textos.* 1469

A. «La concepción de Jesucristo fué así: Estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen, se halló haber concebido María del Espíritu Santo» (Mt. 1,18).

B. «José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto» (ibid., 19).

C. «Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo» (ibid., 20).

II. *Esponsales o matrimonio.* 1470

A. Muchos creen que la Virgen Santísima estaba desposada con San José por palabra de futuro. Que no había propiamente matrimonio, sino promesa de matrimonio. Otros opinan que se había celebrado matrimonio por palabra de presente y que realmente habían contraído nupcias.

B. Muchos modernos son de la primera opinión. Son, empero, muy convincentes las razones que en favor de la segunda alega A Lápide.

a) *San José es llamado «marido de María»* (v.16).
b) *San José, al verla grávida, quería abandonarla. Luego ya la había recibido.*
c) *María concibió inmediatamente que accedió a las palabras del ángel. «Et Verbum caro factum est»* (Io. 1,14). *Y al punto, «cum festinatione», salió para visitar a su prima Isabel* (Lc. 1, 39), *con quien permaneció tres meses. No parecía conveniente que María, ya desposada, hiciera el camino sola o acompañada de otra persona que no fuera su esposo, ni que permaneciera en casa de Isabel sola por tanto tiempo.*
d) *Que parecía conveniente que Cristo naciera de una mujer ya casada y recibida por su marido con tiempo para que el nacido apareciera a los ojos de todos como concebido en matrimonio.*

1471 III. *Interpretación del hecho.*

A. ¿Tuvo San José dudas verdaderas de la virginidad de su esposa? El Evangelio no lo dice. San José veía que María había concebido y no sabía de quién. Natural y lógicamente hablando, San José pudo concebir sospechas.

B. Sin embargo, esto no hubiera sido lo más perfecto. Lo más perfecto hubiera sido suspender todo juicio o pensamiento desde el primer momento que se trataba de un hecho sobrenatural fuera de las leyes ordinarias. Tal se debe esperar de la eminente santidad de San José.

1472 IV. *Santidad de San José.*

A. Suárez ha tratado este asunto con su competencia y prudencia acostumbradas (cf. BAC: «Misterios de la vida de Cristo» v.1 p.262 ss.).

B. «Se puede dudar—dice Suárez—si la dignidad de San José es mayor que la del Precursor, la de los apóstoles y evangelistas por lo que hace al cargo y oficio mismo». «Las razones de duda pueden ser varias:

a) *El ministerio de San José estuvo, al parecer, íntimamente unido con la persona de Cristo.*
b) *Parece la suya la más próxima a la dignidad de la madre de Dios.*
c) *Parece haber sido el puesto más apto—exceptuando solamente el de la madre de Dios—para ejercitar todas las acciones de la vida activa y contemplativa».*

C. En efecto:

a) *Vida activa.*

1. «¿De quién puede decir Cristo Nuestro Señor tan propiamente como de San José: «Tuve hambre, y me diste

de comer; tuve sed, y me diste de beber?» (Mt. 25,31)».

2. «Todos los trabajos y acciones en que San José se ejercitó estuvieron íntimamente relacionados con la persona de Cristo».

b) *Vida contemplativa.*

1. Al casarse hizo voto de virginidad.
2. Tomó una esposa tal, cuya sola compañía y frecuente familiaridad bastaban para aprender y adquirir todas las virtudes, y especialmente la virtud de la religión y piedad para con Dios.
3. Por el trato tan frecuente e íntimo con Cristo tuvo ocasión casi continua de oír de su boca los divinos misterios, de acudir a El en la oración y orar con El. ¿Se puede desear más para la perfección de la vida contemplativa?

D. Objeción.

a) *Parece que los Santos Padres prefieren a todas las dignidades la dignidad de apóstol, «porque engendra a Cristo en las almas de los fieles». Las obras de San José pertenecían a la misericordia corporal; las de los apóstoles, a la espiritual.*

b) *Parece cierto, por otra parte, que los ministerios y oficios de la ley de la gracia llegaron al supremo grado de perfección y de dignidad; pero en la ley de gracia, el grado primero y superior, que Cristo instituyó, es el del apostolado; luego...*

E. Contestación de Suárez.

a) *«No quiero lanzar afirmación temeraria. Esta comparación nadie la ha discutido y aclarado suficientemente». «Pudiera decir que probablemente ambos oficios—el de San José y el de los apóstoles—son, en cierto modo, de diverso orden, y que, por lo mismo, no cabe comparación propiamente. En ambos hay razón de excedente y excedido. Ambos se puede decir que exceden el uno al otro».*

b) *«En mi sentir el de apóstol es el supremo en la Iglesia de Cristo. Sin embargo, no creo improbable la opinión de que el oficio o ministerio de San José se diga más perfecto en cuanto que es de un orden superior. Ciertos ministerios pertenecen al orden de la gracia santificante. Y en éste los apóstoles llegaron a la cumbre más alta».*

c) *«Hay otros ministerios rayanos con los límites del orden de la unión hipostática. Orden de suyo más perfecto; y en este orden está constituído, a mi ver, el ministerio de San José, bien que en él parece que ocupa el puesto más bajo; y por esta parte aventaja a toda otra dignidad, por hallarse en un orden superior. Nótese que Santo Tomás dice que el apostolado es el oficio más alto del Nuevo Testamento. Mas el oficio de San José no pertenece al Nuevo Testamento, ni propiamente al Antiguo, sino al autor de uno y otro, a la piedra angular que unió ambos Testamentos».*

1473 V. *La conducta de San José.*

A. San José pensó en abandonar a María. ¿Por qué? No hubo, decimos, juicio, que hubiera sido temerario y, por consiguiente, pecado.

a) *Dada la santidad de San José, que acabamos de exponer, según la mente de Suárez, no se puede admitir que el Santo cometiera este pecado.*

b) *Por otra parte, bien veía él que todo era extraordinario en la vida de su mujer, santísima en grado incomparable. Tal vez, según algunos autores, sin llegar a entenderlas por completo, había oído las palabras de Isabel, y bien veía que en ellas se encerraba algún altísimo secreto.*

c) *Por estas razones él quiso dejar a María, según dice Santo Tomás: «Propter reverentiam, timens cohabitare tanta sanctitate».*

B. Noche oscura. La prueba de San José fué durísima. El tuvo que vivir la noche oscura de la fe, noche horrenda (San Juan de la Cruz).

a) *Total abandono en las manos de Dios y de la Providencia. Suspendiendo su juicio y sin encontrar en el orden natural apoyo ni arrimo. Ni podía dudar de la santidad de su esposa ni sabía por qué su esposa estaba embarazada.*

b) *Suspendió con un acto penosísimo porque era durable el juicio del entendimiento y quedó en un mar de confusiones, puesto que, por otra parte, él tenía que adoptar alguna providencia en el orden práctico.*

1474 VI. *Santidad de María.*

A. Sufrió al ver sufrir a San José. Percibió, tal vez, que el estado de duda del esposo le podía llevar a abandonarla. Sin embargo, María confió plenamente en la Providencia divina. Dió muestras especialmente de humildad, de modestia, de silencio.

B. La virtud del silencio. Merece subrayarse, sobre todo, el silencio de María Santísima. Fué en ella perfecto el uso de la lengua. «El que no peca con la lengua es varón perfecto», dice Santiago (Iac. 1,26).

a) *No usó de la palabra para descubrir a San José la visita del ángel. Redundaba en alabanza suya y no tenía orden de Dios Nuestro Señor de comunicarlo.*

b) *No la usó para defenderse. Dejó la defensa al mismo Dios.*

c) *Aprendan los esposos a ser perfectos en el uso de la lengua en la vida íntima del hogar.*

1. ¡Cuántas veces por la intimidad se creen dispensados de guardar secretos y se confían mutuamente lo que no tienen derecho a confiarse, porque puede afectar al honor de tercera persona o puede ser pecado contra la prudencia!

2. ¡Cuántas veces, guiados por el amor propio de la defensa individual, ofenden a la otra parte!
3. ¡Cuántas veces hay palabras iracundas que empañan la santa amistad y confianza propias de los casados!

VII. «*Nolite iudicare*». 1475

A. San José no juzgó. Cumplió el «nolite iudicare». Creyó al ángel. Obedeció. También es admirable el santo Patriarca en el uso de la lengua. Los Evangelios no nos refieren una sola palabra de San José después de la revelación angélica.

B. Podemos terminar este primer dolor y gozo contemplando al patriarca San José de rodillas adorando a Dios en el seno de María.

a) *San José ante el primer sagrario. Sin ruido de palabras, uniendo su oración a la de María, que llevaba a Jesús en el seno.*
b) *Tras de la noche horrenda, el día gloriosísimo de la presencia del Verbo encarnado en el propio hogar.*

C. Aplicaciones:

a) *En las grandes pruebas y tribulaciones y dolores de la vida que Dios te envía, a veces, sin que sepas por qué, imita a San José. Recíbelas con mansedumbre, en silencio, con confianza, obediente a los consejos de tu director, a las normas de la ascética.*
b) *Acompáñate de María y de José. Acude al Sagrario a depositar a los pies del Señor tus sufrimientos, a pedirle luz y a suplicarle que levante su mano.*
c) *Si eres fiel, tras de la tribulación, no lo dudes, te espera un gran gozo.*

6

Segundo dolor y gozo: San José, modelo de obediencia

I. *Textos evangélicos. El Evangelio nos presenta a San José constantemente dirigido por la virtud de la obediencia.* 1476

A. Obedece al ángel en el nombre que pone al Señor. «Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1,21).

B. En la huída a Egipto. «Partido que hubieron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al niño para quitarle la vida. Levantándose de noche tomó

al niño y a la madre y partió para Egipto» (Mt. 2,13-14).

C. En la vuelta de Egipto:

a) *«Muerto ya Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque son muertos los que atentaban contra la vida del niño».*

b) *«Levantándose, tomó al niño y a su madre, y partió para la tierra de Israel. Mas habiendo oído que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Herodes, temió ir allá, y, advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea»* (Mt. 19,20-22).

D. Obedece constantemente a la Ley:

a) *Circuncisión: «Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al niño, le dieron el nombre de Jesús, impuesto por el ángel antes de ser concebido en el seno»* (Lc. 2,21).

b) *Presentación: «Así que se cumplieron los días de la purificación, conforme a la Ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor. Según está escrito en la Ley del Señor que todo varón primogénito sea consagrado al Señor. Y para ofrecer en sacrificio, según lo prescrito en la Ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones»* (Lc. 2,22-24). *«Cumplidas todas las cosas según la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a la ciudad de Nazaret»* (Lc. 2,39).

c) *Subida al templo: «Sus padres iban cada año a Jerusalén en la fiesta de la Pascua»* (Lc. 2,41).

E. Obedece a la autoridad civil

a) *No sólo obedece el mandato del ángel y a la autoridad religiosa, expresada por la ley, sino que obedece fielmente a la autoridad civil. La subida de Nazaret a Belén a inscribirse es la ejecución de un decreto del César. San José no estaba obligado. Por sus circunstancias especiales tenía excusas. Menos obligada estaba María Santísima por lo avanzado de su estado.*

b) *No hay obligación de obedecer una ley cuando va en contra de otra ley superior. Por encima de la ley civil está la ley eclesiástica, el derecho natural y el derecho divino positivo.*

c) *En este caso, por el estado avanzadísimo de María, parecía estar en contradicción la ley del César con el derecho natural. Y, sin embargo, María Santísima se puso en camino.*

d) *El César representa a Dios. San José practicó lo que posteriormente habían de prescribir los apóstoles.*

1. «Todos habéis de estar sometidos a las autoridades superiores, que no hay autoridad sino por Dios, y las que hay, por Dios han sido ordenadas» (Rom. 13,1).
2. «Amonéstales que vivan sumisos a los príncipes y a las autoridades; que las obedezcan, que estén prontos para toda obra buena» (Tit. 3,1).
3. «Por amor del Señor, estad sujetos a toda autoridad humana. Ya el emperador, como soberano; ya a los gobernantes, como delegados suyos, para castigo de los malhechores y elogio de los buenos» (1 Petr. 2, 13-14).

II. *Desobediencia legítima.* 1477

A. He aquí la fórmula diamantina de la «Diuturnum illud»: «Una sola causa tienen los hombres para no obedecer, y es cuando se les pide algo que repugna «abiertamente» al derecho natural o divino» («Diuturnum», n.16: Col. Enc. p.102).

B. Subrayamos el «abiertamente» y explanamos el concepto de derecho divino, incluyendo en él no sólo el derecho divino positivo y el natural, sino el derecho eclesiástico, que está por encima de la ley civil, por ser los fines de la Iglesia superiores a los del Estado.

III. *Doctrina inadmisible.* 1478

A. Modernamente se ha llegado a decir que no hay obligación de obedecer a la autoridad civil cuando ésta manda algo que es contrario al bien común. No puede admitirse esta doctrina tal como suena:

a) *Porque supone «que el súbdito está en condiciones de juzgar del bien común»; que le corresponde juzgar; que en algún modo lo representa y que, en nombre del mismo bien común, juzga y condena un mandato de la autoridad establecida, y declara injusta la ley y no la acata.*

b) *Fórmula verdaderamente revolucionaria y disolvente de toda autoridad: en la Iglesia, en el claustro, en la familia, en la universidad... Esta fórmula ha envenenado la conciencia moderna.*

B. La fórmula católica supone que el súbdito se halla sometido a varias leyes. Y él no juzga de la ley civil; pero entre dos preceptos se somete al que tiene título superior para mandar.

a) *El orden de las autoridades:*

1. Derecho divino revelado.
2. Derecho divino natural.
3. Derecho eclesiástico.
4. Derecho civil.

b) *Las tres primeras se resumen en «Dios». «Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres»* (Act. 5,29).

c) *La fórmula de León XIII, que es la de toda la tradición, hasta llegar a los apóstoles, salva la virtud de la obediencia. La otra destruye, porque pone por principio, a discusión, las órdenes de toda autoridad.*

IV. *Prudencia en el obedecer.* 1479

A. León XIII ha recordado una comparación de Santo Tomás. Según el santo Doctor, una es la prudencia del que manda; otra la prudencia del que obedece. La prudencia está arquitectónicamente en el que manda;

en el que obedece, como en el obrero manual. El que manda es semejante al arquitecto que construye un edificio; el que obedece es semejante al obrero que ejecuta las órdenes del arquitecto.

a) *Esta concepción arquitectónica del bien común ilustra mucho esta materia. Según el santo Doctor—y el Papa lo recoge—, el gobernante supremo debe mirar al bien común en todas sus disposiciones y ésa es la razón de su prudencia.*

b) *El que obedece debe obedecer con fidelidad lo mandado.*

B. Ya se entiende que toda obediencia ha de ser discreta. Pero una cosa es la obediencia discreta y otra la crítica de la orden del superior.

a) *El ser racional no puede obedecer mecánicamente. Y por eso cuando, de un modo abierto y manifiesto, se conculca una orden superior no hay que obedecer. Lo mismo digamos cuando de un modo abierto y manifiesto se quiere ejercer una autoridad que no se tiene.*

b) *Tal sería, por ejemplo, el caso de un invasor que quisiera convertirse en jefe de una nación. Sus leyes—leyes de un enemigo—no merecen ser obedecidas.*

c) *Tal sería el caso del que teniendo autoridad se saliera en el mando de la órbita de su derecho. Como dice Santo Tomás, incurriría en este pecado el padre que tratara de imponer a su hijo esposo o esposa contra su voluntad.*

1480 V. *Grados de la obediencia.*

A. Son tres:

a) *Obediencia de hecho. Para el orden jurídico basta. La autoridad civil no puede exigir otra. Sea cual fuere la intención interna, no puede castigar al que cumple las leyes. Obediencia esta imperfecta que puede llegar a ser pecaminosa.*

b) *De voluntad. Se obedece al superior porque representa a Dios; y la voluntad acepta la voluntad del superior cual voluntad de Dios. San Pablo nos dice: Obedeced no solamente por el temer al castigo, sino en conciencia porque manda en nombre de Dios. «Siervos, obedeced en todo a vuestros amos, según la carne, no sirviendo al ojo como quien busca agradar a los hombres, sino con sencillez de corazón, por amor al Señor. Todo lo que hagáis hacedlo de corazón, como obedeciendo al Señor y no a los hombres»* (Col. 3,22-23).

c) *De entendimiento. El que no comprende la orden del superior y hasta la considera imprudente y, sin embargo, la obedece hace un acto grande de virtud. El que no sólo obedece de voluntad, sino de entendimiento, hace un acto de virtud más meritorio.*

B. La llamada obediencia ciega que San Ignacio recomienda en su famosa carta a los jesuítas de Portugal no es una invención ignaciana.

a) *Es doctrina moral corriente. La ascética se la pide a los que aspiran a la perfección. Pero esa obediencia es muy difícil. «Obedientia ex corde—dice San Agustín—donum Dei».*

b) *Lo mismo se lee en San Francisco de Sales. Esa obediencia está inspirada y movida por la caridad. Es un acto de amor a Dios Nuestro Señor.*

C. Semejante a esta prudencia, aunque de orden inferior, porque no interviene la caridad, es la que practicamos en la vida cuando, contra nuestro parecer, obedecemos de entendimiento a los técnicos: un médico, un arquitecto, un ingeniero. Aceptamos sus criterios como orden y suponiendo que ellos tienen razón y no nosotros, aunque veamos de distinta manera, puesto que ellos saben más de la materia.

a) *Basta esta consideración para indicar que la obediencia de entendimiento es la más racional.*

b) *Por eso no es extraño que practiquen la obediencia de entendimiento personas que han ejercido mucho tiempo el cargo de autoridad o que ejercen cargos de autoridad intermedios con respecto a las autoridades superiores.*

VI. *La obediencia amorosa.* **1481**

A. Este que podríamos llamar el cuarto grado de obediencia lo encuentro en San Francisco de Sales[1]. El ansia y el amor de obedecer, porque la obediencia es el camino más seguro para unir nuestra voluntad con la voluntad de Dios.

B. San Francisco lo refiere a las personas que en la vida se someten gustosas en las cosas lícitas a la voluntad de los demás, no solamente por complacerlas, sino por renunciar a su propia voluntad y haciendo en el acto de esta complacencia u obediencia un acto de amor de Dios, considerando que lo que el prójimo desea de nosotros nos lo pide Dios mismo.

C. «Sujetos los unos a los otros en el temor de Cristo» (Eph. 5,21). «La obediencia del cuarto grado es siempre amorosa» (cf. o.c.: BAC, p.636).

VII. *Obediencia de San José.* **1482**

A. No se puede dudar que la del Santo sería una obediencia perfectísima, que en todo momento vió en los que le mandaban la voluntad de Dios nuestro Señor, ya en el ángel, ya en la Ley, ya en el César.

B. Practican esta obediencia en la vida muchas almas sencillas. La practican los niños en el hogar. La practica mucha gente del pueblo en sus relaciones con el clero o con autoridades, cuyos preceptos no discuten por considerarse ellos ignorantes y torpes. ¡Santa ignorancia!

---

[1] Cf. *La palabra de Cristo:* BAC, t.1 p.622-636.

1483 VIII. *El premio de Dios.*

A. Dios premia en la tierra esta obediencia perfecta. Lo vemos en la vida de los santos.

a) *Santa Teresa recibió orden de ponerse a escribir «cosas de oración». A la Santa se le hizo muy penoso porque estaba con continuos dolores de cabeza y, por otra parte, tenía que trabajar «hilando» para ganar con qué sostener las casas. Pero, «considerando que la obediencia da fuerzas», se pone a escribir cosas de oración y al cabo de pocos meses está terminado e insuperable libre áureo de «Las moradas».*

b) *José y María por haber obedecido dieron cumplimiento a las profecías. El César no solamente representaba a Dios, sino que era instrumento de Dios para que la palabra de Dios no fuera vana.*

B. San José, de rodillas en la cueva, contemplando y adorando al Niño, recibió el premio de su obediencia. El mayor premio que puede tener el hombre, que es la paz profunda del corazón.

a) *Cuando los ángeles entonaron aquella noche «paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», San José ya había experimentado lo que los ángeles cantaban. Ya él tenía la paz y la dicha más profundas, que puede imaginarse, en su corazón, porque su voluntad era buena; su voluntad, acrisolada por la obediencia, estaba perfectamente unida con la voluntad de Dios.*

b) *San José había escogido el camino más seguro para alcanzar la cumbre de la divina voluntad, que es el camino de la santa obediencia.*

7

Tercer dolor y gozo: Las ofensas a Dios

1484 I. *La sangre del Niño.*

A. San José tuvo el inmenso dolor de ser el primero que viera la sangre del Niño Dios. El produjo las primeras gotas de la misma. El tuvo, sin duda, presente en aquel momento, por visión profética o por conocimiento de la ley, que el Niño, ya hombre, derramaría hasta la última gota.

B. No fué tanto el dolor natural de ver sufrir a un niño cuanto el dolor sobrenatural de las ofensas a Dios y del desprecio de la sangre redentora.

II. *El dolor de los profetas.* 1485

A. En el salmista y en los profetas son frecuentes las exclamaciones de dolor por el desprecio de los mandamientos divinos. Bástenos un solo ejemplo, tomado del más grande de los profetas: Elías.

B. Para Elías era insoportable la vida y pedía la muerte. «He sentido vivo celo por Yahveh Sebaot; porque los hijos de Israel han roto tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a cuchillo a tus profetas, de los que sólo he quedado yo, y me están buscando para quitarme la vida» (1 Reg. 19,10). Y el profeta pide la muerte.

III. *El dolor de los santos. Hable por todos San Pablo.* 1486

A. «Os digo la verdad en Cristo, no miento, y conmigo da testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo, que siento una gran tristeza y un dolor continuo en mi corazón, porque desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne» (Rom. 9, 1-3).

B. «Esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada día, de la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?» (2 Cor. 11,28-29).

IV. *El dolor de Jesucristo.* 1487

A. Es doctrina común, que recoge Santo Tomás, que una de las causas que más influyeron en la agonía de Jesucristo en el huerto fué la consideración de las ofensas que se hacían al Padre celestial. El considerarse El cargado con todos los pecados del mundo. El desprecio de su propia sangre, que no había logrado borrar todas las faltas de los hombres. «Quae utilitas in sanguine meo?» (Ps. 30,10).

B. De este mismo dolor participó el patriarca San José al contemplar el derramamiento de la primera sangre.

V. *Gozo inefable.* 1488

A. Privilegio altísimo del patriarca San José ha sido el oír el primero de todos los hombres el nombre de Jesús; el pronunciarlo él por primera vez; el imponerlo. San José lo oyó de boca del ángel.

a) «*Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados*» (Mt. 1,21).

b) *«Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al Niño, le dieron el nombre de Jesús, impuesto por el ángel antes de ser concebido en el seno»* (Lc. 2,21).

B. El nombre de Jesús. El nombre de Jesús quiere decir Salvador.

a) *Jesús es salvador. Es el único salvador. «Os anuncio una grande alegría...: os ha nacido el Salvador»* (Lc. 2,10-11).

b) *No un salvador. El Salvador. Es el único que merece este dulce y suspirado nombre. El único porque es salvador de todos los hombres. Salvador de todos los males. Salvador definitivo, porque la salud o salvación que comunica dura para siempre. El Salvador nos libra de un mal o nos ampara de un peligro* [1].

C. Jesús, salvador de todos los hombres.

a) *Los salvadores de la historia. Los que la historia llama salvadores, aun aceptando que lo sean, son siempre salvadores de un grupo, de una clase, de una nación entera si se quiere, pero a costa de la desgracia del grupo, de la clase o de la nación enemiga y opresora.*

b) *Cristo viene a salvar a todos. Un salvador de toda la humanidad es una idea que no cabe en nuestros mezquinos corazones, y menos podía caber en la estrecha mentalidad judía.*

D. Nos salvó de todos los males.

a) *Todos se reducen a la muerte. De todos en su raíz, o causa, u origen. Porque todos los males de los hijos de Adán se reducen a uno: la muerte* (cf. BEATO OROZCO, en BAC, ibid., t.1 p.813 ss.).

b) *La muerte es término y síntesis y acabamiento de todos. Mientras haya pecado habrá muerte. No merece el nombre de Jesús, el nombre de Salvador, más que el que triunfe plenamente del pecado y de la muerte: «Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte»* (Rom. 5,12).

c) *La doble victoria de Jesús. Jesús nuestro salvador obtuvo plenamente la doble victoria. Triunfó del pecado en la cruz. Triunfó de la muerte en la resurrección gloriosa.*

E. Jesús nos salvó definitivamente.

a) *Los hombres a quienes la historia llama salvadores no triunfan de la muerte nunca. Son servidores y esclavos de la muerte misma. Lograrían, en el mejor de los casos, conceder temporalmente paz a un pueblo, vencer o alejar un peligro, de una comunidad de hombres; pero siempre a costa de la destrucción y la muerte y el exterminio de la parte adversa. No son enemigos de la muerte, son aliados.*

b) *Será salvador de la humanidad el que triunfe de la muerte. «Seré tu muerte, ¡oh muerte!»* (Os. 13,14). *No cabe otro grito de victoria. Ese grito de victoria no ha resonado aún en el*

[1] Cf. *La palabra de Cristo:* BAC, t.1 p.875.

mundo. «El último enemigo reducido a la nada será la muerte» (1 Cor. 15,26).

c) *Cristo triunfó del pecado, primero, por su muerte en la cruz. Cristo triunfó de la muerte por su resurrección gloriosa.*

VI. *Los santos y el nombre de Jesús.* 1489

A. Los santos han dicho cosas bellísimas y profundas del nombre de Jesús.

a) *San Agustín nos dice: «Porque este nombre, Señor, este nombre de mi salvador, tu Hijo, lo había yo por tu misericordia bebido piadosamente con la leche de mi madre y lo conservaba en lo más profundo del corazón; y así cuanto estaba escrito sin este nombre, por muy verídico, elegante y erudito que fuese, no me arrebataba del todo»* (cf. «Confes.» l.3 c.4: BAC, t.2 p.403).

b) *San Bernardo dijo cosas dulcísimas, como suyas, del nombre de Jesús* (cf. lección VI de la fiesta del Santísimo Nombre de Jesús).

B. La Iglesia se deshace en dulzuras y alabanzas en las «laudes» de la fiesta del Santísimo Nombre de Jesús.

C. El testimonio de San Pablo.

a) *Nadie ha dicho cosas más altas y profundas del nombre de Jesús que el apóstol San Pablo en la Epístola a los Filipenses.*

b) *«Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos»* (Phil. 2,5-10).

VII. *El gozo de San José.* 1490

A. ¡Qué gozo no experimentaría el patriarca San José, al pronunciar por primera vez en la tierra el nombre de Jesús, al imponérselo a su divino Hijo! Sin duda, en su esposa María y en él se cumplió anticipadamente el texto de San Pablo.

B. Momento sublime en el que al oír el nombre de Jesús ambos esposos cayeron de rodillas delante del Niño.

a) *Dios por inspiración profética les haría comprender todos los bienes que habían de seguirse a la tierra y al cielo por el dulce nombre de Jesús.*

b) *San José, el obediente, experimentaría una alegría singular al contemplar que Dios había concedido a Jesucristo el nombre de Jesús como premio a su obediencia hasta la muerte y muerte de cruz.*

8

Cuarto dolor y gozo: Oblación generosa y esperanza cumplida

1491 I. *El texto evangélico.*

A. «Así que se cumplieron los días de la purificación, conforme a la Ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor, según está escrito en la Ley del Señor «que todo varón primogénito sea consagrado al Señor», y para ofrecer en sacrificio, según lo prescrito en la Ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones» (Lc. 2,22-24).

B. «Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor. Movido del Espíritu Santo vino al templo, y al entrar los padres con el niño Jesús para cumplir lo que prescribe la Ley sobre El, Simeón le tomó en sus brazos y, bendiciendo a Dios, dijo: Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra: porque han visto mis ojos tu salud, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminación de las gentes y gloria de tu pueblo, Israel» (Lc. 2,26-32).

C. «Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de El. Simeón los bendijo, y dijo a María, su madre: Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para blanco de contradicción, y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones» (Lc. 2,33-35).

D. «Había una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, muy avanzada en años; casada en los días de su adolescencia, vivió siete años con su marido y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro. No se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día. Como viniese en aquella misma hora, alabó también a Dios y hablaba de El a cuantos esperaban la redención de Jerusalén. Cumplidas todas las cosas según la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a la ciudad de Nazaret» (Lc. 2,36-39).

II. *La escena del templo.* 1492

A. Cinco figuras aparecen en esta escena: Jesús, María, José, Simeón y Ana. La figura central es el Niño. Cuadro de luz y sombras. Se anuncia el dolor; se cumple la esperanza. Cuadro en cuyo fondo se diseña la historia de la humanidad, siendo Jesús el punto central de la misma.

B. Unos, con Jesús; otros, contra Jesús. Para unos, Jesús vida; para otros, muerte. Para unos, gloria; para otros, la condenación eterna.

C. Jesús es signo de contradicción.

III. *Sacrificio y fidelidad.* 1493

A. Cristo va al templo para cumplir la ley. El es la víctima prefigurada.

a) *En esta primera señal de culto que da el Padre quiere enseñarnos la disposición que hemos de adoptar para consagrarle nuestra nueva vida de cristianos.*

b) *Jesucristo se ofrece al Padre con un espíritu de sacrificio que no se reserva nada, y María le ofrece con un espíritu de fidelidad, ejemplo del que no nos debe faltar en el servicio del Señor* (cf. «Sermons de Massillon», Mystères, second sermon pour la fête de la Purification, p.64-112, París 1763) [1].

B. San José participó del mismo espíritu de fidelidad de que participó María.

IV. *La figura de María.* 1494

A. El dolor de José es inseparable del dolor de María. Después de Jesús, la primera figura es María. María, sometida a la obediencia, da ejemplo altísimo de pobreza y humildad.

B. María, que es la pureza misma, acude a purificarse. Y en los Padres se encuentran estas palabras misteriosas: María salió del templo más purificada. Por encima de la pureza de María está la pureza de Dios. Y María, con este acto de virtud, se acercó más a Dios nuestro Señor.

C. La espada de dolor. Simeón se refiere a María Santísima. Sin embargo, la misma espada atravesó el corazón de José. La causa del dolor es la misma. Doble:

a) *La pasión y muerte de Jesús, veladamente anunciada.*

b) *El que la sangre redentora sirva de condenación a muchos hombres por haberla despreciado.*

[1] Cf. *La palabra de Cristo:* BAC, t.1, 2.ª ed. p.662.

1495 V. *Ayuno y oración.*

A. No es posible en esta escena dejar de poner la vista en las virtudes de Ana, que representa el ayuno y la oración.

B. Dice bella y compendiosamente el P. Granada: «El ayuno mortifica la carne, la oración levanta el espíritu; el ayuno santifica el cuerpo, la oración purifica el alma; el ayuno mortifica las pasiones, la oración hincha el corazón de buenos deseos...; el ayuno merece las consolaciones, la oración las recibe; el ayuno limpia el alma de los vicios, la oración la hermosea con las virtudes; con el ayuno vence el hombre al demonio, con la oración trinfa de Dios...» (cf. «La palabra de Cristo»: BAC, t.1 p.655). Son virtudes tan conexas que nadie perseverará en la mortificación sin la oración, «ni la oración se podría cumplidamente ejercitar sin la templanza del ayuno» (cf. «La palabra de Cristo»: BAC, t.1 p.655).

1496 VI. *El gozo de Simeón.*

A. Simeón representa la esperanza cumplida. La vida de Simeón fué esperanza.

a) *Todos los patriarcas y profetas quisieron ver el día de Cristo y lo vieron en esperanza.*

b) *«Abraham, vuestro padre, se regocijó pensando en ver mi día; lo vió y se alegró. Pero los judíos le dijeron: ¿No tienes aún cincuenta años y has visto a Abraham? Respondió Jesús: En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham naciese, era yo»* (Io. 8,56-58).

B. Simeón de un modo especial alimentaba esta esperanza porque sabía que con sus ojos corporales había de ver al Salvador. Dios le colmó el gozo. Tuvo al Niño en las manos. Presencia la oferta hecha por María Santísima. El primer «ofertorio» que se hizo al Padre.

C. Cumplida su esperanza, para el anciano ha terminado su vida. Simeón entona el «nunc dimittis... Quia viderunt oculi mei salutare tuum». «Mis ojos han visto tu salud». «Dimittis in pace». ¡Qué bella salida de la vida! Morir en la paz del Señor.

1497 VII. *Comparación con San José.*

A. El gozo de Simeón no puede ser comparado con el gozo de San José. Es del mismo género, pero de muy distinto grado.

B. La Iglesia, en la oración preparatoria de la misa, pone en boca del sacerdote, en la oración dirigida a San José: «Cuántos patriarcas y profetas quisieron verle y no le vieron, oírle y no le oyeron. Pero tú no solamente le ves

y le oyes, sino que le llevas en tus brazos, le besas, le vistes, le custodias».

C. San José se unió con María en el ofertorio ofreciéndose él mismo como hostia y ofreciendo lo que de él dependía como padre sobre todos los cristianos vivos y difuntos.

VIII. *El «nunc dimittis» de San José.* **1498**

A. San José vió llegar a su Hijo a la plenitud de la vida. El Evangelio nos dice que, cumplidos los doce años, cuando bajó a Jerusalén, «les estaba sometido y obediente».

B. El Evangelio le llama «el hijo del carpintero». Fundadísima es la tradición de que San José enseñó el oficio a su hijo y que Jesús trabajaba en el taller con San José.

C. Hay que suponer lógicamente que San José no murió hasta dejar a Jesús hecho un hombre. Es decir, hasta cumplir perfectamente su oficio de padre.

D. ¿Cuándo murió San José? No lo sabemos. La opinión más probable es que murió antes que comenzara la vida pública de Jesús. Ya entonces había terminado su misión en la tierra.

IX. *La muerte de San José.* **1499**

A. El «nunc dimittis» de San José es mil veces más bello que el de Simeón. Sus ojos han visto no un breve rato como Simeón, sino durante lustros, la salud del mundo, la luz de las almas.

B. San José ha contemplado la participación más alta de esa luz celestial que ha existido, que fué María Santísima.

C. San José muere acompañado de los dos. Colmada su esperanza terrena, María y Jesús confortan en él la seguridad de contemplar eternamente a su divino Hijo en la gloria.

D. La devoción del pueblo cristiano ha envidiado, pues, la muerte del santo Patriarca. El murió en una paz incomparablemente más profunda que la del propio Simeón. Por eso ha hecho del patriarca San José el abogado de la buena muerte. Y los moribundos, para alimentar su esperanza, a la par que invocan a María y a Jesús, unen a estos dos nombres dulcísimos el del patriarca San José.

9

Quinto dolor y gozo: Persecución, destierro, desamparo

1500 I. *Textos:*

A. «Partido que hubieron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al niño para quitarle la vida» (Mt. 2,13).

B. «Levantándose de noche tomó al niño y a la madre y partió para Egipto» (Mt. 2,14).

1501 II. *El dolor de San José.*

A. La fuente del dolor nace en este caso de ver perseguido al Niño desde los primeros días de su existencia. Procede, en segundo lugar, de las molestias, sufrimientos, dolores físicos y penas del espíritu que lleva consigo el destierro y el desamparo.

B. Virtudes del Patriarca. Otra vez resplandece la obediencia del patriarca San José. Del texto se desprende que obedeció al punto. Se levantó «de noche», tomó al niño y a la madre y emprendió el camino de Egipto. Nos dió San José altísimo ejemplo de lo que es la solicitud virtuosa y la confianza en la Providencia divina.

1502 III. *La doble solicitud.*

A. Hay una doble solicitud.

a) *San Pablo nos dice: «Solícitos en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz»* (Eph. 4,3). *«El que manda, que mande con solicitud»* (Rom. 12,3).

b) *Jesucristo nos dice: «Ne solliciti sitis»* (Mt. 6,25). *No tengáis solicitud. San Pedro añade: «No tengáis solicitud. Arrojad todas vuestras preocupaciones en el seno del Señor».*

c) *Hay, pues, una doble solicitud: una solicitud virtuosa y una solicitud pecaminosa. Una solicitud laudable; otra solicitud reprobable.*

B. Solicitud virtuosa. Es una parte integrante de la virtud de la prudencia. Consiste en poner con rapidez y eficacia los medios conducentes al fin. San José es advertido de

que tiene que partir para Egipto, se despierta, toma a la madre y al niño y emprende el camino. Fué solícito.

a) *La solicitud por los bienes temporales es loable cuando es ordenada. Porque los bienes temporales tienen que servir a la vida natural, que es necesario y obligatorio sostener. Porque esos bienes facilitan con la tranquilidad del espíritu la práctica de la vida cristiana.*

1. Cuando se buscan esos bienes para atender decorosamente a los hijos que Dios ha dado al hogar.
2. Cuando se buscan para un bien social.
3. Cuando se hace para emplearlos en obras de misericordia.

b) *Todos estos modos de buscar los bienes temporales están ordenados según la voluntad de Dios* .

C. Solicitud pecaminosa. Dice Santo Tomás: «La solicitud de los bienes temporales es ilícita por tres razones: 1) Si se los busca como fin. 2) Cuando se los busca con excesiva y superflua afición. 3) Cuando se los busca con temor, «cum aegritudine animi» (Cicerón).

IV. *La solicitud de San José.* 1503

A. San José nos da ejemplo de solicitud virtuosa y de ausencia total de solicitud pecaminosa. San José en esta ocasión puso los medios conducentes al fin. Pero confió en la divina Providencia, en lo que respecta a la seguridad del niño, a los alimentos, a la casa. No contaba con nada, sino con su plena confianza en la providencia amorosa de Dios.

B. San José practicó la solicitud virtuosa viviendo de su trabajo. No confió la alimentación de María y del Niño a una providencia extraordinaria de Dios, que podía parecer lógico esperar. Sabemos perfectamente por el Evangelio que trabajó honradamente para ganar su pan.

V. *El sermón de la Montaña. Comentando el capítulo 6 de San Mateo, dice muy bien Cornelio a Lápide.:* 1504

A. «Las palabras griegas μὴ μεριμνᾶτε significan «no vivir ansiosos» y no excluyen la razonable preocupación por el trabajo y por el futuro, según hubo de explicar ya abundantemente San Agustín en su obra sobre el trabajo de los monjes, escrita en respuesta a cierto monasterio que, apoyándose en nuestras palabras, quería excluir de sus claustros el trabajo».

B. «No es el trabajo lo que hay que excluir, puesto que es el mejor medio de santificación, y Dios nos ha dado la

[1] Cf. *La palabra de Cristo:* BAC, t.7 p.469, guión 8, II, A, b).

tierra para que nos sustente, a condición de que le arranquemos sus bienes, sino la mentalidad estrecha del que se acongoja y no ve ni piensa más allá de las necesidades materiales de la vida presente».

C. «Para oponerse a este modo de pensar, Cristo nos da siete razones o argumentos. El primero, contenido en este versículo en sus primeras palabras, se basa en que Dios cuida de nuestros cuerpos; el segundo, contenido en el versículo 26, en el ejemplo de cómo Dios se preocupa de las aves y las alimenta; el tercero, en el versículo 27, tiene como fundamento que toda nuestra preocupación es inútil sin la ayuda de Dios; el cuarto, que encontramos en el versículo 28, se apoya en el hecho de que Dios viste a los lirios y al heno; el quinto lo hallamos en el versículo 32, afirmando que esa solicitud es propia de paganos y no de cristianos; el sexto, en el mismo versículo, haciéndonos ver que es cosa de Dios, que todo lo sabe y gobierna, el proveer a nuestra comida y darla como añadidura a los que buscan el reino de Dios; el séptimo, en el versículo 34, estableciendo que a cada día le basta su malicia».

D. «Cristo emplea todos estos argumentos porque la mayor parte de los hombres se afanan con estos excesivos cuidados, y de la mañana a la tarde no hay quien piense ni quien trabaje en otra cosa sino en conseguir su comida y vestido para sí y para los suyos, lo cual constituye una gran miseria y un trabajo más que de asnos» (cf. Cornelio a Lápide *apud.* «La palabra de Cristo»: BAC, t.7 p.357-8, 2,1.º).

1505 VI. *La confianza en Dios.*

A. San José practicó, pues, la virtud de la confianza en Dios. La confianza no es la esperanza, pero es una condición de la esperanza. Es base y fundamento de la esperanza. La confianza es aquella disposición de nuestro espíritu por la cual tenemos seguridad de que Dios nuestro Señor como Padre no nos negará si nosotros somos verdaderos hijos lo que necesitamos para nuestro provecho espiritual y temporal.

B. La confianza se basa:

a) *En la paternidad divina. Dios es Padre sapientísimo, misericordiosísimo y omnipotente.*

b) *Inmediatamente en los méritos de Jesucristo: «Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret»* (Io. 3,16). Nos dió a su Hijo, y con su Hijo todas las cosas.

c) *En nuestros propios méritos. El que es fiel en lo poco, merecerá lo mucho.*

C. Después de María Santísima ¿quién pudo comprender y practicar esta teología como San José?

a) *La paternidad divina se le muestra reiteradamente por los mensajes evangélicos.*
b) *Los méritos de Jesús los está viendo en la misma escena que comentamos: la huída a Egipto.*
c) *De la fidelidad de su esposa y de su propia fidelidad a Dios nuestro Señor tenía plena conciencia.*
d) *San José partió de noche para Egipto con una confianza ilimitada en la providencia de Dios.*

10

Sexto dolor y gozo: El temor de Arquelao y la alegría de Nazaret

I. *El hecho.* **1506**

A. Conocemos el texto por el Evangelio de San Mateo.
B. Dios habla muchas veces a los santos en sueños.

a) *Es una forma de inspiración que se encuentra en el Antiguo y Nuevo Testamento y en la vida de los santos.*
1. Por sueños reveló a José, hijo de Jacob, tipo del José esposo de María, su futura grandeza.
2. Por sueños reveló a Nabucodonosor su futura desgracia.
3. Por sueños reveló a San Pablo que pasara a Europa y comenzara a evangelizar en Macedonia.
4. Por sueños a Santa Mónica que un día estaría San Agustín en la misma línea de santidad en que estaba ella.

b) *Entre los santos modernos son famosos los sueños de San Juan Bosco.*

II. *San José recibió una orden.* **1507**

A. La perfecta obediencia de San José mereció esta providencia especialísima. Una intervención directa del cielo le muestra el camino que debe seguir en la tierra.
B. Las almas que sinceramente buscan a Dios nuestro Señor encuentran con frecuencia por medios extraordinariamente marcados el camino de su divina voluntad. Sobre todo cuando un alma es obediente a una inspiración celestial tiene mucho adelantado para merecer la inspiración siguiente.
C. El Espíritu Santo está muy cerca de las almas. Y unas veces les habla en sueños y otras por consolaciones y desolaciones (San Ignacio), y otras por visiones, como es tan frecuente en la vida de los santos.

1508 III. *Obediencia discreta.*

A. El ángel le manda ir a la tierra de Israel. San José temió. Supo que allí estaba Herodes. El temor de San José era prudente. San José quiso asegurarse antes de terminar su camino. Fué cauto.

B. La cautela es parte integrante de la virtud de la prudencia. La cautela prevé los peligros y los evita.

C. Acudió, sin duda, a la oración y mereció que Dios le hablara nuevamente en sueños y le concretara todavía más su orden. Le señala el término de su viaje. Debe ir a Nazaret.

1509 IV. *San José en Nazaret.*

A. Por consiguiente, cuatro veces habló Dios a San José:

a) «*No temas aceptar a María*» (Mt. 1,20).
b) «*Huye a Egipto*» (Mt. 2,13).
c) *Vuelve a Israel* (Mt. 2,20).
d) *Retírate a Galilea. A Nazaret* (Mt. 2,23).

B. Cuatro cosas sabemos por el Evangelio de la vida de San José en Nazaret.

a) *Que allí trabaja en su oficio;* «*faber*» (Mt. 13,54).
b) *Que Jesucristo le estaba sujeto.* «*Subditus illis*» (Lc. 2.51).
c) *Que Jesucristo no hizo estudios* (Io. 7,15).
d) *Que fué también obrero e hijo del obrero* (Mt. 13,55).
e) *Que San José era el cabeza de familia lo demuestra el que él recibe las órdenes directamente de Dios nuestro Señor. Dios gobierna por los constituídos en autoridad.*

1510 V. *San José trabaja.*

A. El trabajo es ley divina. Cristo trabajó también con San José.

B. La Sagrada Escritura condena la ociosidad. El siervo perezoso que no cultiva su talento es arrojado a las tinieblas exteriores (Mt. 25,30; cf. Lc. 19,22-24).

C. De ley ordinaria, el que no trabaja está muy lejos de ser un cristiano perfecto. El trabajo es fuente de virtud.

D. Es triste que se haya alejado de la Iglesia una parte grande de los hombres que viven de su trabajo, de los hombres, diríamos, naturalmente virtuosos.

1511 VI. *No todo trabajo es cristiano.*

A. La esclavitud de suyo no lo era. No es trabajo libre. No es trabajo digno. Sin embargo, ese mismo trabajo puede ennoblecerse viendo en el amo a Cristo.

B. Pablo, que trabajó también, se cuidó de ennoblecer el trabajo del esclavo (Epístolas a Filemón, a los Colosenses y a los Efesios).

VII. *Trabajo perfecto el de San José.* 1512

A. Hay que ennoblecer el trabajo:

a) *Desde luego, en un orden técnico: racionalización, productividad, condiciones del trabajador, etc., etc.*
b) *También en un orden moral: justa retribución del trabajo, horas prudentes, trabajo adecuado a la condición, a la edad, etc.*
c) *Pero, sobre todo, en un orden espiritual: San José nos ofrece la suma perfección del trabajo.*

B. San José trabaja:

a) *Porque es la voluntad de Dios.*
b) *Colaborador de Dios en el trabajo, hasta materialmente tiene al mismo Dios trabajando con él. Pero todo hombre espiritualmente puede ser colaborador de Dios.*
c) *Para alimentar a Dios: San José trabaja para alimentar al Niño Dios. Pero los que cumplen el precepto de San Pablo: «El que robaba, ya no robe; antes bien, afánese trabajando con sus manos en algo de provecho de que poder dar al que tiene necesidad»* (Eph. 4,27), *también trabajan para mantener al pobre.*
d) *En presencia de Dios: San José trabaja en presencia de Dios y de María Santísima. Todos podemos trabajar en presencia de Dios.*

C. Todos podemos imitar a San José en la incomparable alcurnia de su trabajo.

VIII. *Trabajo, amor; trabajo, oración.* 1513

A. San José cumplió perfectamente toda su vida el precepto que había de dar el Apóstol: «Todo lo que hagáis hacedlo de corazón, como obedeciendo al Señor y no a los hombres» (Col. 3,23).

B. Trabajó por amor.

a) *El trabajo en San José es un acto constante de amor.*
b) *El trabajo en San José es un acto de oración.*

IX. *Dolor y gozo de San José.* 1514

A. El dolor inmenso de San José al tomar al Niño y emprender un viaje de vuelta a una tierra donde le amenazaba un peligro cierto se trocó en un gozo inefable, en el gozo más grande que hay entre los placeres humanos, el hechizo incomparable de la vida honrada del hogar. Donde no falta pan porque no falta trabajo. Donde el amor mutuo de los esposos, de los padres con los hijos y de los

hijos con los padres está consagrado por el amor de Dios.

B. No ha existido en la tierra morada más feliz que la casa de Nazaret, donde descansó de su vida de trabajo el amable obrero, padre de nuestro Señor Jesucristo.

1515 X. *Muerte de San José.*

A. No consta cómo murió San José. Pero la tradición cristiana le hace morir en Nazaret, acompañado de Jesús y de María.

B. No puede ser más lógica esta devoción popular en la Iglesia universal. Por eso San José es el Patrono de la buena muerte.

11

Séptimo dolor y gozo: El niño perdido y hallado en el templo

1516 I. *Texto: cf. San Lucas c.2:*

A. «Sus padres iban cada año a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Cuando era ya de doce años, al subir sus padres, según el rito festivo, y volverse ellos, acabados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo echasen de ver» (v.41-43).

B. «Pensando que estaba en la caravana, anduvieron camino de un día. Buscáronle entre parientes y conocidos, y al no hallarle, se volvieron a Jerusalén en busca suya» (v.44-45).

C. «Al cabo de tres días le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Cuantos le oían quedaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas» (v.46-47).

D. «Cuando sus padres le vieron se maravillaron, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote. Y El les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les decía» (v.48-50).

E. «Bajó con ellos y vino a Nazaret, y les estaba sujeto, y su madre conservaba todo esto en su corazón. Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia antre Dios y ante los hombres» (v.51-52).

II. *Subrayamos de este texto las palabras de María Santísima: «Tu padre y yo, con dolor, te estábamos buscando».* 1517

A. En esta frase se encuentra el panegírico de San José. Un panegírico el más perfecto y más alto que se ha hecho de ningún santo. El panegírico está hecho por María Santísima.

B. María habla pocas veces. Siete veces en el Evangelio. Pero una de ellas quiso hacerlo para ensalazr el grado de santidad de su esposo.

III. *Veamos todas las ideas encerradas en las palabras de María:* 1518

A. Paternidad de San José: «Tu padre y yo». Consagra la paternidad de San José. La palabra «padre» en labios de María tiene una significación plena en el orden espiritual, moral y afectivo.

B. Preferencia: Le honra de tal manera que le pone por delante. Y, en efecto, la preferencia le correspondía a San José, no en el orden de la santidad, sino en un orden externo jurídico, familiar social.

C. Fusión de corazones: Es verdadero esposo de María. Ambos corazones están unidos, y están unidos en lo que parece que une más a los corazones, el profundo dolor. Es más íntima la compenetración del dolor en sus horas más agudas que la compenetración en las horas de gozo. Pues con dolor María y José estaban unidos, y María lo proclama.

D. Fundidos en el amor propio de los padres: Están fundidos por la pérdida del hijo. El mayor dolor que los padres pueden tener en la tierra. Mucho más cuando el hijo que se pierde es divino; es el mismo Dios.

E. Causa del dolor: La ausencia de Jesús.

a) *Así como el amor espiritual es incomparablemente superior al amor puramente natural, es, como dicen los santos, verdadero amor, «al cual los amores de la tierra le tienen usurpado el nombre»* (Santa Teresa); *«el que ama con amor espiritual necesitaría tener dos corazones: uno de carne para amar; otro de hierro para recibir los golpes por la pérdida de los hijos espirituales»* (Beato Juan de Avila).

b) *¿Qué amor espiritual comparable al que María y José tenían a Jesús, su Dios y su Hijo? ¿Qué dolor comparable al de ambos esposos? ¿Qué fusión análoga a la de estos dos corazones?*

F. Unidos en la misma duda angustiosa: «Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros?», dice María.

a) *«Con nosotros»; con los dos. María se hace intérprete del dolor de José.*

b) *María refiere a los dos la conducta de Jesús. No son dos; son uno solo.*

G. Unidos en la misma acción: «Te estábamos buscando».

H. Unidos en la prudencia: Poniendo en práctica los mismos medios.

a) *La acción es buscar a Dios. Lo más alto que puede realizarse después de gozar de El por el amor y la unión de caridad.*

b) *Lo más digno de los santos. El empleo más sabio: buscar a Dios. María y José juntos buscando a Dios.*

I. Esta unión se puede decir que dura toda la vida. La conocemos porque María la expresa. Pero brota del texto mismo del Evangelio la fusión de los corazones de los dos esposos.

a) *Unidos estaban en el dolor, en el temor, en la preocupación, en la acción, en el gozo.*

1. En la casa de Nazaret.
2. En el viaje a Belén.
3. En la noche del nacimiento.
4. En el día de la presentación en el templo.
5. En la huída a Egipto.
6. En la vuelta de Egipto.
7. Ante la profecía de Simeón.
8. En la escena del templo que relatamos.

b) *Comparten la autoridad y la responsabilidad.*

c) *En fin, estuvieron unidos en el gobierno de la casa. Estuvieron unidos en el gobierno de Jesús. Jesús estaba «subditus illis», sometido a ellos. A José y a María. Al padre y a la madre.*

d) *En la casa cristianamente ordenada, la autoridad del padre y de la madre se funde y es una sola. La madre apoya la autoridad del padre. El padre respalda la autoridad de la madre.*

1519 IV. *Paternidad de San José.*

A. Lo dicho confirma plenamente lo que los santos escriben de la paternidad de San José. Fué una auténtica y verdadera paternidad. Tuvo corazón de padre para con su Hijo. Amó con amor idéntico al que los padres aman a los hijos.

B. Su vida entera respecto de Jesús fué la vida más perfecta que ningún padre ha desempeñado en la tierra respecto de sus hijos.

C. La paternidad de San José es el título que el Santo tiene en la gloria para disponer de la omnipotencia divina.

D. La Iglesia moderna, sobre todo a partir de Santa Teresa, ha comprendido esto muy bien, y, después de la devoción a la Madre de Dios, la más extendida en la tierra es la devoción al santo Patriarca de Nazaret.

FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

(1 de noviembre)

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

La fiesta y el culto de Todos los Santos.
El sermón de la Montaña.
Las bienaventuranzas.
La felicidad del cielo.
La perfección cristiana.
Las aureolas de los santos.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. PARTES VARIABLES DE LA MISA

Introitus.—Gaudeamus omnes in Domino, diem festum celebrantes sub honore Sanctorum omnium: de quorum solemnitate gaudent angeli et collaudant Filium Dei.—Ps. 32,1: Exsultate, iusti, in Domino; rectos decet collaudatio. Gloria Patri...

Oremus. — Omnipotens sempiterne Deus, qui nos omnium Sanctorum tuorum merita sub una tribuisti celebritate venerari: quaesumus, ut desideratam nobis tuae propitiationis abundantiam, multiplicatis intercessoribus, largiaris. Per Dominum...

Grad.—Ps. 33,10 et 11: Timete Dominum, omnes sancti eius: quoniam nihil deest timentibus eum. Inquirentes autem Dominum, non deficient omni bono. Alleluia, alleluia.—Mt. 11,28: Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Alleluia.

Ofert.—Sap. 3,1-2 et 3: Iustorum animae in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum malitiae: visi sunt oculis insipientium mori, illi autem sunt in pace. Alleluia.

Secr.—Munera tibi, Domine, nostrae devotionis offerimus: quae et pro cunctorum tibi grata sint honore iustorum, et nobis salutaria, te miserante, reddantur. Per Dominum...

Comm.—Mt. 5,8-10: Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt; beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur; beati qui persecutionem patiuntur propter iustitiam, quoniam ipsorum est regnum caelorum.

Introito.—Gocémonos todos en el Señor al celebrar esta fiesta en honor de todos los santos, de cuya solemnidad se alegran los ángeles y juntos alaban al Hijo de Dios.—Alborozaos, justos, en el Señor; a los rectos conviene alabarle. Gloria al Padre...

Oremos.—Omnipotente sempiterno Dios, que nos has dado celebrar en una solemnidad los merecimientos de todos tus santos: rogámoste que, por los ruegos de tantos intercesores, nos concedas abundantemente tu deseada misericordia. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Grad.—Temed al Señor todos sus santos, porque nada falta a los que le temen. Los que buscan al Señor, no carecerán de bien alguno. Aleluya, aleluya.—Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré. Aleluya.

Ofert.—Las almas de los justos están en manos de Dios y no les llegará tormento que les dañe; a los ojos de los necios pareció que morían, pero descansan en paz. Aleluya.

Secr.—Ofrecémoste, Señor, los dones de nuestra devoción, los cuales te sean gratos en honor de todos los justos, y a nosotros, por tu misericordia, saludables. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Com.—Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios; bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios; bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Poscom.—Rogámoste, Señor, concedas al pueblo fiel que se goce siempre en venerar a todos los santos y por sus plegarias sea continuamente protegido. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Postcomm.—Da, quaesumus, Domine, fidelibus populis omnium Sanctorum semper veneratione laetari, et eorum perpetua supplicatione muniri. Per Dominum...

1521

II. EPISTOLA

(Apoc. 7,2-12)

2 Vi otro ángel que subía del naciente del sol, y tenía el sello de Dios vivo, y gritó con voz fuerte a los cuatro ángeles a quienes había sido encomendado dañar a la tierra y al mar, diciendo:

3 No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado a los siervos de nuestro Dios en sus frentes.

4 Oí que el número de los sellados era de ciento cuarenta y cuatro mil sellados, de todas las tribus de los hijos de Israel.

5 De la tribu de Judá, doce mil sellados; de la tribu de Rubén, doce mil; de la tribu de Gad, doce mil;

6 de la tribu de Aser, doce mil; de la tribu de Neftalí, doce mil; de la tribu de Manasés, doce mil;

7 de la tribu de Simeón, doce mil; de la tribu de Leví, doce mil; de la tribu de Isacar, doce mil;

8 de la tribu de Zabulón, doce mil; de la tribu de José, doce mil; de la tribu de Benjamín, doce mil.

9 Después de esto miré, y vi una muchedumbre grande, que nadie podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua, que estaban delante del trono y del Cordero, vestidos de túnicas blancas y con palmas en sus manos.

10 Clamaban con grande voz, diciendo: Salud a nuestro Dios, al que está sentado en el trono, y al Cordero.

11 Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes, y cayeron sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios

2 Et vidi alterum Angelum ascendentem absortu solis, habentem signum Dei vivi: et clamavit voce magna quattuor Angelis, quibus datum est nocere terrae et mari,

3 dicens: Nolite nocere terrae et mari, neque arboribus, quoadusque signemus servos Dei nostri in frontibus eorum.

4 Et audivi numerum signatorum centum quadraginta quattuor millia signati, ex omni tribu filiorum Israel.

5 Ex tribu Iuda duodecim millia signati: ex tribu Ruben duodecim millia signati: ex tribu Gad duodecim millia signati:

6 ex tribu Aser duodecim millia signati: ex tribu Nephthali duodecim millia signati: ex tribu Manasse duodecim millia signati:

7 ex tribu Simeon duodecim millia signati: ex tribu Levi duodecim millia signati: ex tribu Issachar duodecim millia signati:

8 ex tribu Zabulon duodecim millia signati: ex tribu Ioseph duodecim millia signati: ex tribu Beniamin duodecim millia signati.

9 Post haec vidi turbam magnam quam dinumerare nemo poterat ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis: stantes ante thronum, et in conspectu Agni, amicti stolis albis, et palmae in manibus eorum:

10 et clamabant voce magna dicentes: Salus Deo nostro, qui redet super thronum et Agno.

11 Et omnes Angeli stabant in circuitu throni, et seniorum, et quattuor animalium: et ceciderunt in conspectu throni in facies suas, et adoraverunt Deum,

12 dicentes: Amen. Benedictio, et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor, et virtus, et fortitudo Deo nostro in saecula saeculorum. Amen.

12 diciendo: Amén... Bendición, gloria y sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.

III. EVANGELIO 1522

(Mt. 5,1-12)

1 Videns autem Iesus turbas, ascendit in montem, et cum sedisset, accesserunt ad eum discipuli eius,

2 et aperiens os suum docebat eos dicens:

3 Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum caelorum.

4 Beati mites: quoniam ipsi possidebunt terram.

5 Beati qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur.

6 Beati qui esuriunt, et sitiunt iustitiam: quoniam ipsi saturabuntur.

7 Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur.

8 Beati mundi corde: quoniam psi Deum videbunt.

9 Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur.

10 Beati, qui persecutionem patiuntur propter iustitiam: quoniam ipsorum est regnum caelorum.

11 Beati estis cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversum vos mentientes, propter me:

12 gaudete, et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis.

1 Viendo a la muchedumbre, subió a un monte, y cuando se hubo sentado, se le acercaron los discípulos;

2 y abriendo El su boca, les enseñaba diciendo:

3 Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

4 Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

5 Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

6 Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

7 Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

8 Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

9 Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

10 Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos.

11 Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mí.

12 Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa.

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

1523

I. SITUACION LITURGICA

A) Historia de la festividad

Para conocer la historia de la fiesta de Todos los Santos transcribimos literalmente una página de Schuster en el *Liber Sacramentorum* (cf. t.9 p.103): «Ya en el siglo IV aparece en Siria una fiesta colectiva en honor de todos los mártires, relacionada con el triunfo pascual del Redentor. Los bizantinos la celebraban en la domínica que sigue a la fiesta de Pentecostés, y este uso llegó a introducirse también en Roma, según lo atestigua el más antiguo «cómes» del conocido códice de Würzburgo, publicado por dom Morin: *Dominica in Natale Sanctorum.*

Mas esta fiesta, trasplantada de Bizancio a las orillas del Tíber, tuvo muy corta duración. Una antigua tradición imponía a los romanos en la semana de Pentecostés el solemne ayuno de las tres témporas, con la gran velada dominical de San Pedro, y resultaba imposible celebrar en aquella misma mañana la solemnidad de *Todos los Santos* después de tanta fatiga.

Hubo, pues, que renunciar al uso bizantino y contentarse con la fiesta del 13 de mayo en honor de los mártires, que había sido instituída por Bonifacio IV al consagrar el Panteón al culto cristiano.

Entre tanto, la idea de una solemnidad colectiva de *Todos los Santos*, no ya sólo de los mártires, fué abriéndose camino. Mientras en el Oriente los iconoclastas destruían sagrados iconos y reliquias, y en Italia, en el mismo Lacio, estaban los cementerios relegados al abandono a causa de las continuas incursiones de los longobardos por la campiña romana, Gregorio III erigió en San Pedro un oratorio expiatorio en honor de Todos los Santos, así mártires como confesores, muertos por todo el orbe. Para la celebración del oficio litúrgico en aquel santuario vaticano había destinado un coro de monjes, quienes cada día en la misa hacían una especial conmemoración de Todos los Santos cuyo natalicio se celebrase aquel día en las diferentes iglesias de la catolicidad.

No está del todo claro cómo fué inducida Roma a celebrar en las calendas de noviembre la fiesta de Todos los Santos. En cambio, se efectuó durante el pontificado de Gregorio IV (827-844), y en ello actuó también Ludovico Pío y el episcopado franco, mas no se ha llegado a demostrar de una manera terminante que la iniciativa procediese del papa más bien que del emperador. Luego, Sixto IV añadió a la fiesta el séquito de una octava».

B) Su carácter litúrgico 1524

La proximidad de la Conmemoración de los Fieles Difuntos ha dado a esta fiesta un matiz triste y lúgubre, con la preparación de los crisantemos que han de adornar las sepulturas, las visitas al cementerio y otras costumbres religiosas populares. Sin embargo, la fiesta de hoy es una de las que más debieran colmar nuestro corazón de alegría. *Gaudeamus omnes* (introito). Hoy se completa la glorificación de Cristo por la pléyade de santos *(turbam magnam)*, que son su triunfo y su corona. Hoy aparece la Iglesia adornada de una luminosa aureola de santidad. Hoy es el día de nuestro padre o nuestra madre o del amigo bueno que vivió con nosotros dándonos con su vida ejemplos de virtud y ahora duermen en el Señor. Hoy es, en fin, nuestra fiesta, porque esperamos en Jesucristo que un día, por su misericordia, entre el número de santos a los que la Iglesia venera estaremos también nosotros.

Por tanto, la predicación más acertada será la que se oriente a levantar los corazones de los fieles con una firme esperanza, de la que brotará, en consecuencia, la sana alegría con que hoy se regocija la Iglesia.

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

El Evangelio: El sermón de la Montaña

(Cf. RICCIOTTI, *Vida de Jesucristo* [ed. Miracle, Barcelona 1946] p.351-358.)

A) Declaración de programa 1525

«La elección de los doce fué una elección material que habría valido de poco si no fuese seguida de una espiritual, o sea de una información doctrinal. Pese a su afecto por el Maestro, los doce debían estar muy escasamente informados acerca de su pensamiento y con certeza se habrían hallado en una seria dificultad si cualquier docto fariseo les invitase a hacer una exposición precisa y completa de las doctrinas de Jesús. Le habían visto ejecutar milagros para favorecer a los afligidos; le habían oído explicarse como *teniendo autoridad* y afirmar principios de bondad y justicia; ellos mismos se habían sentido dominados por El y a El atraídos, y le amaban cordialmente; ello era todo cuanto hubieran podido decir. Pero tal conjunto resultaba demasiado insuficiente el día que fueron elegidos cooperadores suyos, y tampoco Jesús les había hecho ninguna comunicación secreta sobre sus enseñanzas e intenciones.

Además, también para el pueblo era necesaria una exposición fundamental de la doctrina de Jesús, porque el pueblo, que hasta entonces le oyera predicar ocasionalmente, debía tener sobre El una idea todavía más imprecisa y vaga que la que tenían los doce. La hostilidad siempre creciente de escribas y fariseos hacía también oportuna una declaración de programa, a fin de que las respectivas posiciones quedasen netamente definidas. Cierto que el pueblo había notado en seguida que Jesús *les enseñaba... no como los*

escribas; pero si el pueblo hubiese de descender a detalles anotando los puntos de acuerdo y los de disensión entre Jesús y los fariseos, habría quedado, sin duda, más confuso aún que los doce.

A llenar estas diversas exigencias atendió el sermón de la Montaña. Jesús ahora era ya bien conocido no sólo en Galilea, sino también fuera de ella... Grupos de gentes salían de aquellos países en busca del profeta galileo para verle y *oírle,* pero a la vez, y aún más, para *ser curados de sus enfermedades* (Lc. 6,18). Las oleadas de gente debieron sucederse y crecer por algún tiempo, hasta que un día Jesús juzgó oportuno pronunciar ante la numerosa multitud y los doce el discurso expositivo de su programa».

1526

B) El lugar

«Los tres sinópticos indican como lugar del sermón *la montaña,* con el artículo, pero sin una determinación precisa; fué, pues, una de las colinas de Galilea. La tradición que supone ser esta colina el actual «Monte de las Bienaventuranzas» tiene en su favor razones no despreciables... La montaña sería la colina de unos 150 metros de altura situada en la orilla occidental del lago de Tiberíades, sobre Tabgha, y distante unos 13 kilómetros de Tiberiades y aproximadamente tres de Cafarnaúm. El lugar exacto del sermón no sería la cima de la colina..., sino un punto algo más bajo, en una explanada al sudeste de la colina...»

1527

C) Las recensiones de Mateo y Lucas

«Del sermón de la Montaña tenemos dos recensiones, la de Mateo y la de Lucas, bastante diferentes entre sí. La principal diferencia estriba en la cantidad y disposición de la materia, ya que la recensión de Mateo es sobre tres veces y media más amplia que la de Lucas (107 versículos contra 30). Sin embargo, Lucas, en compensación, transcribe en otras circunstancias de la vida de Jesús amplias partes del discurso tal como nos es transmitido por Mateo (unos 40 versículos)...

Se puede admitir sin dificultad que acaso Lucas separase del sermón de la Montaña algunos pasajes refiriéndolos en otras circunstancias históricas, y, por el contrario, que Mateo englobara en el sermón sentencias pronunciadas por Jesús en otras ocasiones. Para citar sólo un ejemplo del segundo caso, vemos que Mateo incluye la oración del *Padrenuestro* en este sermón (6,9-13), mientras Lucas la sitúa mucho más tarde, en el segundo año, adentrado ya, de la vida pública de Jesús y pocos meses antes de su muerte... Ciertamente, es posible que Jesús enseñara más de una vez el *Padrenuestro*...

Otra y mayor posibilidad es que el sermón, tal como lo pronunció Jesús, fuese más amplio que cada una de las dos recensiones actuales. La de Mateo, que es la más extensa, se podría recitar hoy en alta voz como predicación a una multitud en veinte minutos, y añadiéndole las pocas sentencias particulares de Lucas se prolongaría sólo en tres o cuatro minutos, lo que no era, en verdad, una predicación muy prolongada para quienes venían de lejos a escuchar a Jesús. Es, pues, muy probable que este discurso fundamental fuera referido en la primitiva catequesis oral de manera mucho más amplia de como hoy lo poseemos y que, mientras Marcos prescindía de él casi totalmente, los otros dos sinópticos reprodujeran sólo aquellas de sus

partes que mejor respondían a sus propios objetivos. Además, posteriormente, pudo muy bien Jesús, al presentársele oportunidad, volver sobre algunos puntos de su exposición programática, quizá repitiendo las mismas sentencias y empleando las mismas comparaciones, como han hecho siempre los maestros de todas las edades y de cualquier materia.

En resumen, la recensión según Mateo parece la más cercana a la forma que el sermón tenía en la primitiva catequesis, y por tanto es la más idónea para ser elegida como base».

D) *Majestuosa sinfonía* 1528

«Empleando una terminología musical, el sermón de la Montaña puede compararse a una majestuosa sinfonía que desde los primeros compases, sin preparación inicial y con el empleo simultáneo de todos los instrumentos, enunciara con precisión nitidísima sus temas fundamentales, que son los temas más inesperados e inauditos de este mundo, totalmente distintos de cualquier otro tema formulado nunca por ninguna orquesta, y, sin embargo, presentados como si fuesen los temas más espontáneos y naturales para un oído bien cultivado. Y, en realidad, hasta el sermón de la Montaña todas las orquestas de los hijos del hombre, aun entre variaciones de otro género, habían anunciado al unísono que la bienaventuranza consiste para el hombre en la dicha, la saciedad es producida por saturación, el placer es el efecto de la satisfacción y el honor consecuencia de la estima. Por el contrario, y desde los primeros compases de su obertura, el sermón anuncia que la bienaventuranza consiste para el hombre en la infelicidad, la saciedad en el hambre, el placer en la insatisfacción, el honor en la desestima; todo, empero, con miras al premio futuro. El oyente de la sinfonía queda consternado ante la enunciación de semejantes temas, pero la orquesta prosigue, imperturbable, volviendo sobre cada singular enunciado, escogiéndolos uno a uno, remachándolos, bordando variaciones en torno a ellos. Recoge luego en el sonido del metal otros temas tímidamente insinuados por la cuerda, los corrige, los transforma, los sublima lanzándolos sobre altísimas cumbres, sumerge en un fragor de tonos algunas viejas resonancias de lejanas orquestas, excluyéndolas de su cuadro sinfónico, y funde luego el todo en una oleada sonora que, subiendo por encima de la humanidad real y del mundo material, alcanza y se vuelca sobre una humanidad ya no humana y sobre un mundo inmaterial y divino».

E) *La más amplia paradoja* 1529

«Los antiguos estoicos habían llamado paradoja al enunciado que iba contra la opinión común. En este sentido, el sermón de la Montaña es la más amplia y radical paradoja que se haya enunciado jamás. Nunca se pronunció sobre la tierra discurso más desconcertante o, mejor dicho, más subversivo que éste. Lo que antes todos llamaban blanco es llamado aquí no gris u obscuro, sino francamente negro, mientras lo negro es precisamente llamado blanco. El antiguo bien es aquí situado en la categoría del mal y el antiguo mal en la del bien. Donde antes se sublimaba la cumbre se sitúa ahora la base y donde se ahondaba la base se coloca ahora la cumbre. Comparadas con la revolución que se contiene en el sermón de la Montaña,

las máximas revoluciones operadas por el hombre sobre la tierra parecen batallas ficticias de niños en cotejo con la de Cannas o la de Gaugamela.

Y esta subversión es presentada no como consecuencia de largas investigaciones intelectuales, sino con un tono resueltamente imperativo que se apoya sólo en la autoridad del orador. «Esto es así porque os lo digo yo, Jesús». «Otros os han dicho blanco, pero yo, Jesús, os digo negro». «Os ha sido prescrita la suma de cincuenta, pero ésta está bien sólo en parte, y yo, Jesús, os prescribo la suma total de ciento».

1530

F) La nueva ordenación

«¿Y cuáles son las sanciones de esta nueva ordenación? No existen sanciones humanas, sino sólo divinas; no sanciones terrenas, sino sólo ultraterrenas.

Los pobres son bienaventurados porque de ellos es el reino de los cielos, mas no uno de la tierra; los que sufren son bienaventurados porque serán consolados, pero en un lejano futuro no precisado; los puros de corazón son bienaventurados porque verán a Dios, pero no porque su pureza sea estimada ni elogiada por los hombres; y, en general, todos los afligidos por su amor a la justicia son bienaventurados, pero nuevamente porque de ellos es el reino de los cielos y no porque les espera una amplia recompensa en la tierra. Así que la nueva ordenación promulgada por Jesús tiene una base jurídica regular sólo para los que acepten y esperen el reino de los cielos. En cambio, un Nicodemo cualquiera que, *nacido de la carne* y viendo solamente materia no acepte ni espere un reino de los cielos, encontrará que el ordenamiento de Jesús carece de base y es, más que una paradoja, un franco absurdo; pero precisamente la razón de esta repulsa había sido prevista y explicada por Jesús cuando en su coloquio con Nicodemo le advirtiera que *ninguno que no haya nacido de lo alto puede ver el reino de Dios*, porque *lo nacido de la carne es carne y lo nacido del Espíritu es espíritu*... (Io. 3,5-6)».

1531

G) Desarrollo del sermón de la Montaña

«El sermón de la Montaña se desarrolla conforme a un esquema bastante claro, sobre todo en la recensión según Mateo...

El prólogo, que entra en seguida *in medias res* de la manera más resuelta, está representado por las bienaventuranzas (5,3-12). Lo mismo sucede en Lucas (6,20-26), si bien con divergencias. En Mateo, la bendición *bienaventurados*... se repite nueve veces, pero las bienaventuranzas en substancia son sólo ocho, ya que la última constituye casi una repetición de la penúltima y una especie de resumen de todas las precedentes. En Lucas, la bendición sólo se repite cuatro veces, pero en seguida se añaden cuatro maldiciones: *¡Ay de vosotros...!*, dirigidas a los contrarios de los bendecidos antes. Esta forma literaria con la que se comenzaba afirmando una idea y a continuación se negaba la opuesta se halla usadísima en la poesía bíblica *(paralelismo antitético)*; pero más importante aún es notar que precisamente en antiguas promulgaciones de la Ley mosaica se había seguido la misma alternativa de bendiciones y maldiciones (Deut. 11,26-28; 27,12-13; 28,2 ss. y 15 ss.; Ios. 8,33-34). Y puesto que el sermón de la Montaña quiere ser indudablemente, tanto por el contenido como por el escenario, el contrapuesto

mesiánico a la Ley mosaica, es muy probable que su prólogo en la primitiva catequesis consistiese en una lista de bienaventuranzas seguidas o alternadas con otras tantas maldiciones. Mateo extrajo de este complejo sólo ocho bienaventuranzas, y Lucas sólo cuatro, pero reforzadas por cuatro maldiciones...

Jesús no es un demoledor de la Ley, sino un renovador que en parte suprime y en parte conserva perfeccionando (Mt. 5,17-20). La Ley mesiánica perfecciona la mosaica en los preceptos de la concordia, de la castidad, del matrimonio, del juramento de la venganza y de la caridad (ibid., 21-48). Supera en gran manera las costumbres de los fariseos respecto a la limosna, a la oración y al ayuno (6,1-18). Es, para quien la recibe, el único y verdadero tesoro y libra de todas las demás preocupaciones (ibid., 19-34). Exige una caridad más perfecta y una oración más insistente (7,1-12). Es una puerta angosta, pero libra de los falsos profetas y lleva a cumplir buenas obras (ibid., 13,23). En conclusión, la nueva Ley es una casa construída sobre la roca viva y resistirá, por lo tanto, a los huracanes (ibid., 24,27).

Ya de este rápido sumario resulta evidente que el sermón de la Montaña tiene, entre otros objetos, el de presentarse como un contraste no destructivo, sino perfectivo de la Ley de Moisés».

SECCION III. SANTOS PADRES

SAN AGUSTIN

Las bienaventuranzas

Extractamos el sermón 53, que amplía la doctrina expuesta en el libro *Sobre el sermón de la Montaña* (cf. PL 38,364-372).

1532 ### *A) Deseo universal de la felicidad*

«Vamos a hablar de lo que puede producir la vida feliz, esa vida feliz que no hay quien no desee. Es imposible encontrar quien no quiera ser feliz. Pero, ¡ay!, ojalá que los hombres, así como aman el premio, no rechazaran el trabajo que lo merece. ¿Quién es el que no corre con todas sus fuerzas cuando se le dice que será feliz? Pues oiga también con gusto cuando se le añade: Si hicieres tal y tal cosa. Nadie rechace la lucha si desea el premio, y enciéndase el ánimo con el afán de la recompensa. Lo que queremos, lo que deseamos, lo que buscamos, vendrá después; lo que se nos manda hacer para conseguirlo corresponde al momento presente. Comenzad, pues, a recordar las palabras divinas, sean preceptos o premios».

1533 ### *B) Las bienaventuranzas*

a) Pobreza de espíritu

«*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt. 5,8). Después será tuyo el reino de los cielos; ahora debes ser pobre de espíritu. ¿Quieres que el reino de los cielos sea tuyo más tarde? Mírate ahora y observa de quién eres. Sé pobre de espíritu. Quizás me preguntes en qué consiste eso. Ningún hinchado es pobre de espíritu; luego el humilde lo es. Alto es el reino de los cielos, pero *el que se humilla será ensalzado* (Lc. 14,11)».

b) Mansedumbre 1534

«Escucha lo que sigue: *Bienaventurados los mansos, porque a ellos se les dará la tierra* (Mt. 5,4). Ya estás deseando poseer la tierra. Ten cuidado, no sea ella quien te posea a ti. La poseerás si eres manso; serás poseído si no lo eres. Cuando oigas el premio que te proponen de poseer la tierra no ensanches la bolsa de esa avaricia con que quieres poseerla excluyendo a todo vecino, no sea que te engañe tu juicio. Poseerás verdaderamente la tierra cuando te apegues al que hizo al cielo y a ella. Ser manso es no resistir a Dios, de forma que cuando obres el bien, El te plazca a ti y tú a ti mismo, y que cuando sufras justamente un castigo no te desagrade El a ti, sino a ti mismo. No es poca cosa el que desagradándote tú a ti mismo le desagradarás».

c) Llanto 1535

«Atiende lo tercero. *Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados* (Mt. 5,5). El trabajo es el llanto, el consuelo es el premio. Porque los que lloran carnalmente, ¿qué consuelo tienen? Molestias temibles. Los que lloran sólo se consuelan donde no temen volver a llorar. Por ejemplo, da pena un hijo muerto y alegría el que nace. Quita el uno y recibe el otro. En uno hay tristeza y en el otro temor; pero en ninguno consuelo. Luego el único consuelo verdadero es el que da lo que no puede perderse, y así se consolarán alegres después los que ahora gimen peregrinando».

d) Hambre y sed de justicia 1536

«Veamos el cuarto trabajo y su premio. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos* (Mt. 5,6). ¿Quieres hartarte? ¿De qué? Si es la carne la que desea un hartazgo, pasado éste volverá a hambrear, y el *que bebiere de este agua,* dice el Señor, *volverá a tener sed* (Io. 4,13). La medicina que cura hace que la herida no vuelva a doler. En cambio, la comida que se da al hambre la alivia sólo por un momento. Pasa la hartura, vuelve el hambre... Tengamos, pues, hambre y sed de justicia, para que nos sature esa justicia de que ahora tenemos sed y hambre... Tenga hambre y sed nuestro hombre interior, puesto que a mano está su comida y su bebida. *Yo soy,* dice Cristo, *el pan que bajó del cielo* (Io. 6,41). Ahí tienes un pan que comer, ahí tienes una bebida para tu sed, *porque en él está la fuente de la vida* (Ps. 35,10)».

e) Misericordia 1537

«Oye lo que sigue: *Bienaventurados los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos* (Mt. 5,7). Haz y se te hará con el prójimo y será hecho contigo. Porque abundas, padeces necesidad;

abundas en bienes temporales y necesitas los eternos. Escuchas a un mendigo; también tú eres mendigo de Dios. Te piden y tú pides; como obres con el que te pide, así obrará Dios contigo cuando le pidas a El. Estás lleno y vacío; llena el vacío de tu abundancia y Dios te llenará a ti de la suya».

1538 f) PUREZA

«Escucha también lo que sigue: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt. 5,8). Este es el fin de nuestro amor; fin en el sentido de que nos perfecciona, no de que nos termina. La comida se termina, y se termina el vestido; la primera, porque se consume al ser comida, y el segundo, porque se concluye al ser tejido. Aquélla termina y éste también, pero la una termina consumiéndose y el otro adquiriendo la perfección.

Cuando llegue la visión de Dios no necesitaremos nada. ¿Qué va a buscar aquel que tiene a Dios, o qué le bastará a aquel a quien Dios no le es bastante? Deseamos ver a Dios, buscamos ver a Dios, ardemos en deseos de ver a Dios, ¿quién no? Pero escucha lo que se acaba de decir: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. Prepara lo necesario para verle. Poniéndote un ejemplo carnal, ¿cómo deseas ver la salida del sol con unos ojos legañosos? Sánalos y entrará la alegría de la luz; déjalos enfermos y se te convertirán en tormento. No te permitirán contemplar con un corazón manchado lo que no es posible ver sino con uno limpio; te rechazarán y no verás. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*...

1539 ¿Cuántas clases de bienaventuranzas he enumerado ya? ¿Cuántas causas de la felicidad, cuántas obras y premios, qué méritos y remuneraciones? Pues todavía no había dicho que verían a Dios... Ahora es cuando se dice. Hemos llegado a los limpios de corazón, a quienes se promete la visión de Dios, y no sin causa, porque éstos son los que tienen los ojos con que se ve a Dios. De estos ojos hablaba San Pablo al decir: *Ojos iluminados de vuestro corazón* (Eph. 1,18). Hasta ahora nuestros ojos, en medio de su debilidad, son iluminados por la fe, después serán iluminados con la visión gracias a su futura robustez, porque *mientras moramos en este cuerpo estamos ausentes del Señor, porque caminamos por la fe y no por la esperanza* (2 Cor. 5,6). ¿Qué es lo que se dice de nosotros mientras vivimos de la fe? *Ahora vemos por medio de un espejo y en enigma, entonces cara a cara* (1 Cor. 13,12). Si limpiáis su templo al Creador, si queréis que venga y haga mansión en vosotros, pensad rectamente del Señor y buscadle con sencillez de corazón (Sap. 1,1), pensad a quién decís, si es que se lo decís y lo decís de verdad... *te dice mi corazón: buscaré tu rostro* (Ps. 26,8).

Si quieres, tú eres la sede de Dios. ¿Dónde tiene Dios su sede sino donde habita, y dónde habita sino en su templo? *El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros* (1 Cor. 3,17). Mira, pues,

dónde hayas de recibir al Señor. *Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad* (Io. 2,24). Entre, pues, ya, si te place, en tu corazón el Arca del Testamento y caiga Dagón (1 Reg. 5,3). Oye y aprende a desear a Dios, busca el modo de prepararte para conseguir verle: *Bienaventurados*, dice, *los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*».

g) El gran premio de la pureza 1540

«Escucha y entiende, si es que yo soy capaz de explicarlo, con su gracia. Ayúdeme El para que podamos entender cómo en los antedichos trabajos y premios los unos son muy a propósito para los otros.

Como quiera que los humildes parecen más alejados de reinar, dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos, es el reino de los cielos*. Como los hombres mansos son tan fácilmente excluídos de su tierra, dice: *Bienaventurados los mansos, porque a ellos se les dará la tierra*. Todo lo demás es patente, claro, fácilmente cognoscible y no necesita ni de explicación ni de comentario. *Bienaventurados los que lloran;* ¿quién llora que no desee consuelo? *Bienaventurados los que tienen hambre;* ¿quién tiene hambre y sed que no desee satisfacerlas? *Bienaventurados los misericordiosos;* ¿y quién es misericordioso sino el que desea que Dios, en atención a sus obras, se porte con El como El se porta con los pobres? Por eso dice: *Bienaventurados los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos*. En ninguno de estos casos se ha indicado un premio que no sea congruente con el precepto. Se impuso el de la pobreza de espíritu: el premio será el reino de los cielos..., y así ahora se manda que limpies tu corazón, y el premio será el ver a Dios.

Pero cuando se habla de los preceptos y de los premios y escu- 1541
ches: *Los limpios de corazón son bienaventurados, porque verán a Dios*, no pienses que no lo han de ver los pobres de espíritu, ni los mansos... Los bienaventurados poseen todas estas virtudes. Verán, pero no verán por ser pobres de espíritu, ni por ser misericordiosos, ni..., sino por ser limpios de corazón. Ocurre lo mismo que si, refiriéndonos a los miembros corporales, dijéramos: Bienaventurados los que tienen pies, porque andarán; bienaventurados los que tienen manos, porque trabajarán...; los que tienen ojos, porque verán. Del mismo modo, al referirse a los miembros espirituales, nos enseña lo que pertenece a cada uno de ellos. La humildad es a propósito para conseguir el reino de los cielos; la mansedumbre, para poseer la tierra..., y el corazón limpio, para ver a Dios.

¿Y cómo limpiaremos el corazón si deseamos ver a Dios? Nos lo ha enseñado la Sagrada Escritura: *La fe limpió sus corazones* (Act. 15,9)».

SECCION IV. TEOLOGOS

SANTO TOMAS

La fiesta de Todos los Santos

En dos grandes apartados clasificamos la doctrina de Santo Tomás acerca de la fiesta de Todos los Santos. En el primero presentamos las enseñanzas referentes a Cristo, Cabeza de la Iglesia; ideas muy luminosas para entender la comunión de los santos y la unión de todos los miembros de la Iglesia en Cristo. En el segundo apartado transcribimos algo acerca de los bienaventurados en el cielo, tema muy útil y consolador para los que peregrinamos en la tierra. Uno y otro apartado están tomados de la *Suma Teológica.*

A) Cristo, Cabeza de la Iglesia

1542 a) Jesucristo es Cabeza de la Iglesia

«Así como se dice que toda la Iglesia constituye un solo cuerpo místico, a semejanza del cuerpo natural del hombre, que, según sus diversos miembros, tiene diversas operaciones, como enseña el Apóstol (Rom. 12,4-5 y 1 Cor. 12,12 ss.); así también Cristo se dice que es la Cabeza de la Iglesia a semejanza de la cabeza humana, en la cual podemos considerar tres cosas: el orden, la perfección y la virtud.

El orden, por ser la cabeza la primera parte del hombre comenzando por arriba; por esto a todo principio se le suele llamar cabeza, según aquello (Ez. 16,25): *En toda cabeza de calle levantaste una señal de su prostitución.* La perfección, porque en la cabeza radican todos los sentidos interiores y exteriores, no habiendo en todos los demás miembros sino sólo el tacto; por lo cual se dice (Is. 9,15): *El anciano y el hombre respetable, ése es la cabeza.* La virtud, porque ésta y el movimiento de los demás miembros y el gobierno de ellos en sus operaciones proviene de la cabeza a causa de la fuerza sensitiva y motora allí dominante. Por esto bien se dice cabeza del pueblo a su rector o gobernador, según aquello (1 Reg. 15,17): *porque eras pequeñito a tus ojos, fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel.*

Estas tres cosas competen espiritualmente a Cristo. Primero, porque según su proximidad a Dios su gracia es más elevada y anterior, aunque no en el tiempo; puesto que todos los demás recibieron la gracia en consideración a la gracia de Cristo, según

aquello (Rom. 6,29): *Los que conoció en su presciencia, a éstos también predestinó para ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos.* Segundo, tiene la perfección en cuanto a la plenitud de todas las gracias, según se dice (Io. 1,14): *Le vimos lleno de gracia y de verdad.* Tercero, tiene la virtud de infundir la gracia en todos los miembros de la Iglesia, según aquello (Io. 1,16): *Todos nosotros recibimos de su plenitud.* Es, pues, evidente que se llama con razón a Cristo Cabeza de la Iglesia».

b) Es cabeza de todos los hombres 1543

«Entre el cuerpo natural del hombre y el cuerpo místico de la Iglesia existe esta diferencia: que los miembros del cuerpo natural existen todos a la vez, y los del cuerpo místico no, tanto desde el punto de vista del ser natural, puesto que el cuerpo de la Iglesia está constituído por los hombres que existieron desde el principio del mundo hasta el fin del mismo; como desde el punto de vista del ser de la gracia, porque entre los hombres que existen en un mismo tiempo algunos carecen de ella que luego la lograrán, y otros ya la poseen. Por tanto, los miembros del cuerpo místico se consideran no sólo en cuanto lo son de hecho, sino también en cuanto lo son en potencia. Hay, sin embargo, algunos que, siéndolo en potencia, jamás son reducidos al acto; y otros que a veces lo son, y esto según tres grados: 1.º, por la fe; 2.º, por la caridad de esta vida, y 3.º, por la fruición de la patria.

Debe decirse, por consiguiente, que, tomando en general todo el tiempo del mundo, que Cristo es cabeza de todos los hombres según diversos grados. Pues, primero y principalmente, es cabeza de los que se le unen en acto por la gloria; segundo, de los que se le unen en acto por la caridad; tercero, de los que le están unidos en acto por la fe; cuarto, de los que le están unidos solamente en potencia, no reducida aún al acto, pero que han de serlo según la divina predestinación; y quinto, de los que le están unidos en potencia, que jamás será reducida al acto, como los hombres que viven en este mundo y no son predestinados; los cuales, cuando salen de esta vida, dejan de ser por completo miembros de Cristo, puesto que ya no están en potencia para ser unidos a Cristo» (3 q.8 a.3 c).

c) En cuanto a las almas y en cuanto a los cuerpos 1544

«El cuerpo humano está ordenado naturalmente al alma racional, que es su propia forma y motor; en cuanto que el alma es su forma, el cuerpo recibe de ésta la vida y las demás propiedades convenientes al cuerpo humano según su especie. Pero, en cuanto que el alma es su motor, el cuerpo sirve a ésta instrumentalmente.

Así, pues, debe decirse que la humanidad de Cristo tiene la virtud de influir por estar unida al Verbo de Dios, a quien el cuerpo está unido por el alma, según lo dicho (q.6 a.1). Por tanto, toda la humanidad de Cristo, esto es, su alma y su cuerpo, influye en los hombres, ya en cuanto al alma, ya en cuanto al cuerpo; pero principalmente respecto al alma y secundariamente respecto al cuerpo; de un modo, en cuanto que los miembros del cuerpo son las armas de la justicia existente en el alma por Cristo, como dice el Apóstol (Rom. 6,13); y de otro modo, en cuanto que la vida de gloria se deriva del alma en el cuerpo, según aquello (Rom. 8,11): *El que resucitó a Jesucristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu, que mora en vosotros*» (3 q.8 a.2 c).

1545 d) Es también Cabeza de los ángeles

«Donde hay un solo cuerpo es necesario reconocer una sola cabeza; y metafóricamente se califica como un solo cuerpo toda multitud que está ordenada por sus diversos actos u oficios a un mismo fin. Ahora bien, es evidente que tanto los hombres como los ángeles están ordenados a un solo fin, que es la gloria de la divina fruición; y por esto el cuerpo místico de la Iglesia no se compone sólo de los hombres, sino también de los ángeles. De toda esta multitud, Cristo es la Cabeza, porque se halla más cercano a Dios y participa con mayor perfección de sus dones, no sólo con relación a los hombres, sino también con relación a los ángeles; y de su influencia reciben no sólo los hombres, sino también los ángeles, pues se dice (Eph. 1,20 ss.) que Dios Padre *le constituyó*, esto es, a Cristo, *a su derecha en los cielos sobre toda potestad y principado, y virtud y dominación, y sobre todo nombre que se nombra no sólo en este siglo, mas aun en el venidero; y todas las cosas sometió bajo los pies de Cristo*. Por esto Cristo no solamente es Cabeza de los hombres, sino también de los ángeles; por lo cual se lee (Mt. 4,2) que *se acercaron los ángeles y le servían*» (3 q.8 a.4 c).

1546 e) Es cabeza en cuanto que derrama la gracia en nosotros

«En el alma de Cristo es recibida la gracia en el grado más eminente posible; y por eminencia de la gracia recibida le compete que esa gracia se derive a los demás, lo cual pertenece al carácter de cabeza. Por esto la gracia personal, por la cual es justificada el alma de Cristo, es esencialmente idéntica a la gracia, según la cual es Cristo Cabeza de la Iglesia y justifica a otros; la diferencia reside solamente en la razón» (3 q.8 a.5 c).

1547 f) Dar la gracia es propio de Cristo Dios y hombre

«Dar la gracia o el Espíritu Santo conviene a Cristo como Dios por su propia autoridad; pero instrumentalmente le conviene también en cuanto hombre, esto es, en cuanto que *su humanidad fué*

instrumento de su divinidad (cf. DAMASCENO, *De fide ort.* 3,15: PG 94,1049), y así las acciones de Cristo por virtud de la divinidad fueron saludables para nosotros, porque producen en nosotros la gracia, ya por el mérito, ya por una cierta eficiencia» (3 q.8 a.1 ad 1).

B) Los santos en el cielo

a) LOS SANTOS EN EL CIELO VEN A DIOS CARA A CARA 1548

Por ser predominantemente abstracta y poco útil para el púlpito, omitimos las principales razones del Angélico sobre este punto y nos limitamos a las ideas más predicables.

«El medio en la visión corporal e intelectual es de tres clases. El primero es el medio bajo el cual se ve; y éste es el que perfecciona la vista para ver en general, pero sin determinar la vista a un objeto especial; como, por ejemplo, la luz corporal con relación a la vista corporal, y la luz del entendimiento agente con relación al entendimiento posible. El segundo es el medio con que se ve, y ésta es la forma visible con la que se determinan ambas vistas a un objeto especial, como, por ejemplo, la forma de la piedra para conocer la piedra. El tercero es el medio en el cual se ve, y esto es aquello cuya inspección lleva la vista a otra cosa; como por ejemplo al mirar a un espejo se ve ir aquellas cosas que en el espejo se representan, y viendo la imagen se conoce lo imaginado, y de la misma manera el entendimiento por medio del conocimiento del efecto es guiado hacia la causa, o al contrario. Por tanto, en la visión de la gloria no habrá un tercer medio para que Dios sea conocido por las especies de otras cosas como es conocido ahora, y por lo cual se dice que vemos ahora *en espejo* (1 Cor. 13,22); ni habrá allí un segundo medio, porque la misma esencia divina será aquello con que nuestro entendimiento verá a Dios. Solamente habrá allí un primer medio que elevará nuestro entendimiento para que pueda unirse a la substancia increada del modo ya dicho. Pero por este medio no puede calificarse de mediato el conocimiento, porque no se antepone entre el sujeto que conoce y la cosa conocida, sino que es aquello que da al que conoce la fuerza para conocer» (*Suppl.* q.92 a.1 ad 15).

b) LOS SANTOS NO PUEDEN PECAR 1549

Aunque el párrafo se refiere solamente a los ángeles, es aplicable también a los santos en general.

«Los ángeles bienaventurados no pueden pecar, porque su bienaventuranza consiste en ver a Dios por esencia, y la esencia de Dios es la esencia misma de la bondad. Por tanto, el ángel que ve a Dios se halla respecto de El en la misma situación en que se halla el que no ve a Dios con relación a la común razón del bien. Y como es imposible que nadie quiera u obre cosa alguna sin tener

en cuenta el bien, o que quiera separarse del bien en cuanto tal, infiérese que el ángel bienaventurado no puede querer ni obrar, sin atender a Dios; y es evidente que, queriendo u obrando así, no puede pecar. Por consiguiente, de ningún modo puede pecar el ángel bienaventurado» (1 q.62 a.8 c).

1550 c) Los santos que ven a Dios no ven en El todas las cosas

«Dios, viendo su propia esencia, conoce todas las cosas que son, serán y han sido, y estas cosas se dice que las conoce con ciencia de visión, porque a semejanza de la visión corporal conoce aquellas cosas como presentes. Además, Dios conoce, viendo su propia esencia, todo lo que puede hacer, aunque nunca lo haya hecho ni lo haya de hacer; de lo contrario, no conocería perfectamente su potencia, porque no puede conocerse la potencia si no se conocen los objetos de esta potencia, y esto es lo que se dice conocer con ciencia o conocimiento de simple inteligencia.

Pero es imposible que un entendimiento creado, viendo la divina esencia, conozca todas las cosas que Dios puede hacer. Porque cuanto más perfectamente se conoce un principio, tantas más cosas se conocen de él; de la misma manera que en un principio democrático el que es de ingenio más agudo ve más conclusiones que otro que es de ingenio más tardo. Y como la cantidad de la potencia divina se determina según las cosas que caen bajo su esfera, si su entendimiento viese en la divina esencia todas las cosas que Dios puede hacer, la cantidad de perfección en este ser inteligente sería la misma que la cantidad de la divina potencia en la producción de los efectos, y así comprehendería la divina esencia, lo cual es imposible a todo entendimiento creado.

1551 Mas todas aquellas cosas que Dios conoce con ciencia de visión, las conoce un entendimiento creado en el Verbo; es decir, en el alma de Cristo. Pero acerca de los demás videntes de la esencia divina hay dos opiniones. Porque unos afirman que todos los que ven a Dios por esencia ven todas las cosas que Dios ve en ciencia de visión. Pero esto es contrario a las expresiones de los santos, que establecen que los ángeles ignoran algunas cosas; y, sin embargo, consta, según la fe, que todos los ángeles ven a Dios por esencia.

Y por esto otros dicen que los demás distintos de Cristo, aunque ven a Dios por esencia, sin embargo no ven todas las cosas que Dios ve, porque no comprenden la esencia divina. Porque no es necesario que el que conoce la causa conozca todos los efectos de ésta, salvo en el caso de que comprehenda la causa; lo cual no compete al entendimiento creado.

Y, por tanto, cada uno de los que ven a Dios por esencia ven en su esencia tantas más cosas cuanto más claramente contemplan la esencia divina, y esto es lo que explica que acerca de ellas los unos puedan instruir a los otros. Y así la ciencia de los ángeles y de las almas santas puede aumentarse hasta el día del juicio, como también

son susceptibles de aumento aquellas otras cosas que pertenecen al premio accidental. Paro no pasará más adelante, porque entonces será el último estado de las cosas, y en aquel estado es posible que todos conozcan cuanto Dios conoce con ciencia de visión» *(Suppl.* q.92 a.3 c).

d) Pero saben todo cuanto aquí se hace 1552

«Las almas de los muertos no saben lo que aquí sucede por conocimiento natural, y la razón de este hecho puede deducirse de lo dicho anteriormente (a.4). Porque el alma separada conoce los objetos singulares por el hecho mismo de estar determinada en cierto modo a ellos, ya sea por reminiscencia de algún conocimiento anterior o ya por una disposición divina. Mas las almas de los muertos se hallan separadas por divina disposición y según su modo de ser del trato con los vivos y en comunicación con las substancias espirituales separadas del cuerpo. Y por esto mismo ignoran lo que entre nosotros sucede. Razón insinuada por San Gregorio (cf. *Mor.* 12,21: PL 75,999): «Los muertos no saben cómo se desenvuelve la vida de los que les sobreviven en la carne, porque la vida del espíritu dista mucho de la del cuerpo, y así como los seres corpóreos e incorpóreos son de diverso género, lo es también su conocimiento». Es lo que San Agustín parece explicar en su libro sobre *El cuidado de los muertos* (13,16: PL 40,604.607) diciendo que «las almas de los muertos no intervienen en los asuntos de los vivos».

Sin embargo, en cuanto a las almas de los bienaventurados pare- 1553
cen discordes San Gregorio y San Agustín. Porque el primero añade en el lugar citado: «Lo cual no debe pensarse de las almas santas, porque no es de creer en modo alguno que las que ven íntimamente la claridad de Dios omnipotente, ignoren algo de lo que afuera sucede». San Agustín, por su parte, dice expresamente (o.c., 13 y 14) que «no saben los muertos, aun los santos, qué es lo que hacen los vivos y sus hijos», como se lee en la Glosa (interl.) de San Agustín sobre aquellas palabras (Is. 64,16): *Abraham no nos conoció*, y prueba su aserto porque no era visitado de su madre ni consolado en sus aflicciones como cuando vivía, y no es probable que su madre se hiciese más cruel en una vida más feliz; y por la promesa del Señor al ey Josías de que moriría antes para que no presenciase los males que afligirían a su pueblo (cf. 4 Reg. 22,20). San Agustín, sin embargo, lo afirma con cierta duda, pues advierte de antemano que «cada uno tome lo que digo según le parezca». San Gregorio, en cambio, habla afirmativamente, como lo prueban sus palabras «de ningún modo debe creerse...»

Parece más probable, de acuerdo con San Gregorio, que las almas de los santos, que ven a Dios, conocen todo lo que actualmente sucede aquí, pues son iguales a los ángeles, de quienes el mismo San Agustín (o.c., c.15) asegura que no ignoran lo que sucede entre los vivos. Pero como las almas de los santos están perfectísimamente

unidas a la justicia divina, no se entristecen, ni se mezclan en los asuntos de los vivos, sino según la justicia divina lo dispone» (1 q.89 a.8 c).

1554 e) Y NO SUFREN CON LAS TERRENAS CALAMIDADES

«Los santos, aunque después de esta vida conocen las cosas que aquí pasan, sin embargo no debe pensarse que sean afectados con dolores, al conocer las adversidades de aquellos que amaron en este siglo; porque de tal modo están llenos del gozo de la bienaventuranza, que el dolor no tiene cabida en ellos. Por lo cual, aunque conozcan los infortunios de los suyos después de la muerte, sin embargo se mitiga su dolor si antes de sufrir tales infortunios son substraídos de este siglo» *(Suppl.* q.72 a.1 ad 2).

1555 f) LAS AUREOLAS

1. Es un premio accidental

«(La obra meritoria) tiene razón de mérito por dos cosas, las que tienen también razón de bondad, a saber: por la raíz de la caridad, con la cual queda referido al fin último, y en este sentido se le debe el premio esencial, esto es, llegar por completo al fin, que es la *áurea;* y por parte del mismo género del acto, el cual tiene cierta propiedad de alabanza, según las debidas circunstancias, por parte del hábito que se practica y por parte del fin próximo. Y así se le debe al acto cierto premio accidental que se llama *aureola;* y en este sentido hablamos ahora de la aureola. De este modo debe decirse que la aureola significa algo sobreañadido a la *áurea*, esto es, cierto gozo de las obras practicadas por uno mismo, que tienen razón de victoria excelente, lo cual constituye otro gozo distinto de aquel que consiste en gozar de Dios, cuyo gozo se llama *áurea*» *(Suppl.* q.96 a.1 c).

1556 **2. Tres aureolas**

«La aureola es un premio privilegiado que corresponde a una victoria privilegiada, y por tanto, según las privilegiadas victorias en las tres pugnas a que cada hombre está expuesto, podemos hablar de tres aureolas. Porque en la lucha que hay contra la carne, obtiene principalmente la victoria aquel que se abstiene totalmente de las delectaciones carnales, que son las principales en este género, y éste es el virgen; y, por tanto, a la virginidad se debe una aureola. En la lucha con que se combate contra el mundo, la principal victoria la logramos cuando por el mundo sufrimos persecución hasta la muerte; por lo cual también a los mártires, que en esta lucha obtienen la victoria, se debe la segunda aureola. Y en la pugna con que se combate contra el diablo, la principal victoria se verifica cuando uno no sólo rechaza de sí al enemigo, sino también de los

corazones de otros, lo que se hace por medio de la doctrina y la predicación; y por esto a los doctores y predicadores se debe la tercera aureola.

Algunos, sin embargo, distinguen tres aureolas según las tres 1557
facultades del alma, de forma que las tres aureolas corresponden a los principales actos de las tres facultades del alma. Porque el principal acto de la potencia racional es infundir también en otros la verdad de la fe, y a este acto se debe la aureola de los doctores. El principal acto de la potencia irascible es afrontar la misma muerte por causa de Cristo, y a este acto se debe la aureola de los mártires. Y el principal acto de la potencia concupiscente consiste en abstenerse enteramente de las máximas delectaciones de la carne, y a éste se debe la aureola de las vírgenes.

Otros distinguen tres aureolas, según los medios con que nos conformemos a la nobilísima imitación de Cristo. Porque Cristo fué mediador entre el Padre y el mundo. Fué, pues, doctor, porque manifestó al mundo la verdad que había recibido del Padre. Fué mártir, porque sufrió persecución del mundo. Y fué virgen en cuanto conservó en sí mismo la pureza. Y, por tanto, los doctores, los mártires y los vírgenes se conforman perfectísimamente con El, por lo cual a estos estados se debe aureola» *(Suppl.* q.96 a.11 c).

g) Debemos invocar a los santos 1558

«Este orden está divinamente establecido en las cosas», según San Dionisio (cf. *De eccl. hier.* c.5 p.1,4: PG 3,504), «de modo que por los seres intermedios se reduzcan a Dios los seres últimos». Por lo cual, como los santos que están ya en la gloria se hallan muy cerca de Dios, este orden de la ley divina requiere que nosotros, que permaneciendo en el cuerpo peregrinamos lejos de Dios, nos reduzcamos a El por medio de los santos, lo cual ciertamente sucede cuando por medio de ellos la divina bondad derrama sobre nosotros su efecto. Y como nuestra vuelta a Dios debe corresponder al movimiento de las bondades del mismo hacia nosotros, así como mediando los sufragios de los santos llegan a nosotros los beneficios de Dios, así conviene que nosotros volvamos a Dios para que de nuevo recibamos sus beneficios por medio de los santos. Y por estas razones los constituímos delante de Dios como intercesores por nosotros, y como mediadores, cuando les pedimos que oren por nosotros» *(Suppl.* q.72 a.2 c).

h) A todos, aun a los menores 1559

«Aunque los santos superiores son los más aceptos a Dios que los inferiores, es útil, sin embargo, orar de vez en cuando aun a los santos menores. Y esto por cinco razones: 1.ª, porque algunas veces tiene uno mayor devoción al santo menor que al santo mayor, y de la devoción, sobre todo, depende el efecto de la oración; 2.ª, para evitar el fastidio, porque la asiduidad de una sola cosa engendra hastío. Y así al orar sucesivamente a varios santos se excita en el que

ora un nuevo fervor de devoción; 3.ª, porque se ha concedido a ciertos santos patrocinar a sus devotos principalmente en algunas causas especiales, como a San Antonio para librar del fuego del infierno; 4.ª, para que tributemos a todos el honor debido; y 5.ª, porque por las oraciones de muchos se alcanza algunas veces lo que no se logra por la oración de uno solo» *(Suppl.* q.72 a.2 ad 2).

1560 i) LOS SANTOS CONOCEN NUESTRAS SÚPLICAS

«Es necesario que cada bienaventurado conozca en la esencia divina todas aquellas cosas que requiere la perfección de su bienaventuranza. Pero para la perfección de esta bienaventuranza se requiere que el hombre tenga cuanto quiera y no quiera nada desordenadamente. Ahora bien, con recta voluntad todos quieren conocer aquellas cosas que tocan al mismo. Por lo cual, como los santos tienen toda la rectitud, quieren conocer las cosas que a los mismos pertenecen, y, por tanto, conviene que las conozcan en el Verbo. Y pertenece a su gloria el prestar auxilio a los que lo necesitan para su salud, porque de este modo se hacen cooperadores de Dios, «que es lo más divino que hay», como dice San Dionisio (cf. *De eccl. hier.* c.6 p.3,2: PG 3,165). De donde se deduce que los santos tienen conocimiento de aquellas cosas que para esto se requieren. Y así es manifiesto que conocen en el Verbo los deseos, las devociones y las oraciones de los hombres que se acogen a su protección» *(Suppl.* q.72 a.1 c).

1561 j) LAS ORACIONES DE LOS SANTOS SON SIEMPRE ESCUCHADAS, AUNQUE POR DEFECTO NUESTRO QUEDEN FRUSTRADAS

«Se dice que los santos ruegan por nosotros de dos maneras: una, con oración expresa, cuando con sus votos llaman a los oídos de la divina clemencia en nuestro favor, y otra, con oración interpretativa, a saber, por sus méritos, los cuales, estando como están delante de Dios, no sólo ceden en gloria suya, sino que también son para nosotros sufragios y oraciones; así como la sangre de Cristo derramada por nosotros se dice que pide perdón. Y de estas dos maneras las oraciones de los santos son, cuanto están de su parte, eficaces para impetrar lo que piden. Pero de parte nuestra puede haber defectos que nos impidan conseguir el fruto de las oraciones de los santos cuando se dice que ruegan por nosotros, ayudándonos con sus méritos. Pero desde el punto de vista de su oración en favor nuestro, exigiendo con sus votos alguna cosa para nosotros, siempre son oídos, porque no quieren sino lo que Dios quiere ni piden sino lo que quiere que se haga; y lo que Dios quiere siempre se cumple, a menos que hablemos de la voluntad antecedente, según la cual quiere que todos los hombres se salven, la cual no siempre se cumple. Por lo cual no debe extrañarnos si aun lo que los santos quieren conforme a este modo de voluntad alguna vez no se cumpla» *(Suppl.* q.72 a.3 c).

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. CORNELIO A LAPIDE

Las bienaventuranzas

Trasladamos la exposición de Cornelio a Lápide en su comentario al capítulo 5 de San Mateo, suprimiendo las abundantísimas citas en que apoya su doctrina (cf. ed. Luis Vives, [París 1877], t.15 p.135 ss.).

A) «*Bienaventurados...*» 1562

«Bienaventurados en cuanto a la esperanza, no en cuanto a la realidad; bienaventurados con la felicidad del camino y no de la patria, puesto que están en una senda recta que conduce a la felicidad; bienaventurados en la virtud y paz incoadas, no en la consumación de la corona y de la gloria».

Alude a lo que dijo Moisés (Deut. 23,29): *Venturoso tú, Israel, ¿quién semejante a ti, pueblo salvado por Yahveh?* Porque pobres de espíritu son los que constituyen a Israel, pueblo elegido; son los que colocaron en el Señor su esperanza, sus riquezas, su salud y su felicidad, y porque desprecian los bienes terrenos los dominan.

Cicerón (cf. *Tuscul.* 3) dice que «es feliz aquel que sin padecer mal alguno reúne el conjunto de todos los bienes». En este lugar Cristo nos enseña cuáles sean los verdaderos bienes, a saber, la pobreza de espíritu, la mansedumbre, las lágrimas santas, la sed de justicia, etc., porque quienes esto poseen son felices y viven siempre alegres».

Estas ocho bienaventuranzas son como ocho paradojas del mundo. El mundo y los filósofos colocan la felicidad en la opulencia y no en la pobreza, en las alturas y no en la humildad, en el hartazgo y no en el hambre».

B) «*... los pobres de espíritu*»

a) El nombre de pobre 1563

«Llámanse aquí pobres de espíritu los que carecen, no precisamente de los bienes de la naturaleza ni de la gracia, sino de la fortuna y de las riquezas; aquí la palabra *pobre* se toma en sentido

propio y se opone a los ricos (Lc. 6,24): *¡Ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo!* Las riquezas dan origen a la soberbia, a la gula, a la lujuria, a las injusticias, cosas todas ellas que arrastran a los ricos al infierno como arrastraron al epulón. Por eso en este lugar se prometen las riquezas de los cielos y su mismo reino a los que son verdaderamente pobres en la tierra». Tanto la palabra griega, como la hebrea, como la siríaca se refieren a los pobres en sentido literal.

«Se da aquí el nombre de pobres no a todos los que lo son, ni a los que padecen ese estado por una necesidad triste y no aceptada, o por vanagloria o deseo de dedicarse a la filosofía con toda libertad, como se cuenta de Diógenes..., sino a los que lo son *en espíritu*, esto es, por un laudable deseo inspirado por el Espíritu Santo y para procurarse los bienes espirituales; a los que reciben la pobreza espontáneamente por Dios y por el reino de los cielos, como lo hacen los religiosos que la profesan y prometen; o, por lo menos, a los que la toleran pacientemente, como suele ocurrir a los fieles cuando se ven despojados de sus bienes por los perseguidores, los ladrones, el incendio»...

1564 b) Clases de pobres y ricos

«Hay tres clases de pobres: 1.ª Los que carecen de dinero, como los mendigos. 2.ª Los que lo son en espíritu, como Abrahán, que era rico en cuanto al dinero, pero pobre en su espíritu y afecto. 3.ª Los que lo son en cuanto al dinero, y en cuanto al espíritu, como los religiosos... Por el contrario, hay tres clases de ricos: 1.ª Los que tienen dinero, como los mercaderes. 2.ª Los que lo son de espíritu, como los avaros, que se esfuerzan en conseguirlo. 3.ª Los que lo tienen y se gozan en él, como los poderosos que ambicionan crecer en riquezas».

1565 c) La palabra «espíritu»

«Así, pues, la palabra *espíritu* significa tres cosas. En primer lugar, se opone a la carne y al dinero, y significa que no es el cuerpo el sujeto de esta pobreza, sino el espíritu y la voluntad, como si dijera: Bienaventurados los pobres que lo son no en la carne ni en el dinero, sino en el espíritu, aquellos cuya alma es pobre porque aman la pobreza, desprecian lo terreno y anhelan lo celestial.

Así lo explicaba San Bernardo en el sermón primero de la fiesta de Todos los Santos: «Pobre de espíritu, esto es, de voluntad espiritual, de intención espiritual, de deseo espiritual, buscando sólo el beneplácito de Dios y la salvación de las almas».

La palabra *espíritu* significa, en segundo lugar, el origen de esta pobreza..., a saber, el Espíritu Santo que inspira en nosotros el deseo de la pobreza evangélica y la convierte en virtud cristiana, más aún, religiosa y divina.

En tercer lugar, indica también el fin de esta pobreza, o sea, que el desprecio de las riquezas se refiere al espíritu, esto es, a los bienes espirituales, para que, libres de las preocupaciones terrenas, entendamos mejor las cosas celestiales y nos dirijamos más libremente hacia ellas.

Advierte que la frase «de espíritu» hay que sobrentenderla en 1566
todas las bienaventuranzas que se siguen: bienaventurados los mansos, pero no por su natural flemático..., sino los mansos de espíritu, con una virtud espiritual infundida por el Espíritu Santo y que busca los bienes del alma...

Esta pobreza de espíritu está unida íntimamente con la humildad y desprecio de las riquezas y honores, por lo cual San Hilario, San Agustín... entendían por pobres de espíritu a los humildes de entendimiento y voluntad.

Analógicamente, Francisco de Sales, hace poco obispo de Ginebra, varón muy sabio, piadoso y santo, decía en el libro 12 a Teótimo, capítulo 2: «Son pobres o mendigos de espíritu los que mendigan, esto es, los que hambrean y tienen sed insaciable del espíritu, a saber, del amor, celo de Dios y su aumento».

Por eso hubo alguno que explicaba lo de *bienaventurados los pobres de espíritu* de esta forma: Bienaventurados los que hacen con Dios lo que los mendigos con los ricos, los que le ofrecen su pobreza con tanta humildad y mendigan la gracia de Dios con tal deseo como los mendigos piden la limosna a los opulentos».

d) Grados y especies de la pobreza 1567

«Me preguntarás si la pobreza de espíritu es precepto o consejo y cuáles son sus grados y especies. Te contesto que sus grados son varios, los unos de consejo y los otros de precepto.

El primero y sumo de todos consiste en abandonar las riquezas y todas las cosas caducas por la imitación y amor de Cristo, tanto en el afecto interno como en las obras y afecto exterior, conforme a lo que hicieron los apóstoles y hacen los religiosos. Este grado es de consejo y no de precepto.

El segundo consiste en sufrir pacientemente y por Cristo y la fe católica la confiscación de los bienes... Este grado es de precepto, pues estamos obligados a dar no sólo los bienes, sino la sangre y hasta la vida por Cristo y su fe.

El tercer grado de pobreza consiste en sufrir con paciencia las rápiñas e injusticias de los poderosos.

El cuarto, en no apegarse a las riquezas dadas por Dios, sino dejándolas en cuanto al afecto, estar preparados a abandonarlas realmente cuando lo exija la mayor gloria de Dios. Este es el grado de Abrahán.

El quinto lo practicaremos al preferir tener poco donde mejor se sirva a Dios que abundar donde encontremos más riquezas, pero menos piedad; dígase lo mismo de la comida, el vestido, etc.

El sexto es tener riquezas, pero distribuirlas entre los pobres o usos piadosos, quitando algo a lo necesario.

Y, por fin, el séptimo consiste en preferir ser pobre antes que cometer un delito o injusticia.

Los grados segundo y séptimo son de precepto; el primero, cuarto y quinto, de consejo; el tercero y sexto, unas veces de precepto y otras de consejo».

1568 e) ¿POR QUÉ CRISTO ASIGNÓ EL PRIMER LUGAR A LOS POBRES?

«Me preguntarás además por qué Cristo asignó el primer lugar de las bienaventuranzas evangélicas a los pobres de espíritu. La respuesta es, en primer término, que la pobreza aleja el deseo, raíz y fuente de todo pecado y mal (2 Tim. 6,10).

El segundo motivo es porque la pobreza libra al hombre de los mil cuidados y preocupaciones de que le colman las riquezas y su deseo...

El tercero, porque hace que los hombres, separando su amor de todo lo creado, coloquen su esperanza en Dios Creador, puesto que la felicidad verdadera de esta vida y el ápice de la virtud consisten en el amor pleno y perfecto del Señor. El pobre es el que dice con sinceridad: *Dios es la parte de mi heredad y de mi cáliz, El es quien sostiene mi heredad* (Ps. 15,5), y también: *¿A quién tengo yo en los cielos fuera de Ti? Nada deseo sobre la tierra* (Ps. 72,25).

Tú, Señor, eres el mayor de mis bienes, el tesoro de mi alma; sacude de mí todo el peso de los deseos terrenales para que arda con el fuego de tu solo amor y sea absorbido totalmente por el diluvio de tu caridad. Ea, pues, honor mío, alegría mía, sincero placer mío, ¡oh Jesús!, enciende en lo más hondo de mi corazón esa llama grande de tu amor para que después no elija nada en la tierra ni nada desee fuera de Ti». Expone a continuación ejemplos de santos, entre ellos San Francisco.

1569 f) «PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS»

«Es conveniente y observa cierta igualdad que los que por amor de Cristo desprecian las riquezas del reino de la tierra sean recompensados con las del reino celestial. Es más, despreciando los reinos de abajo los consiguen y dominan, según aquello de San Pablo: *Como quienes nada tienen, poseyéndolo todo* (2 Cor. 6,10)... Escuchad a San Bernardo (cf. *Serm. 21 sobre el Cantar de los Cantares*): «*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* No crean que poseen sólo las cosas celestiales, porque sólo escuchen que se les prometen éstas, pues poseen también las terrenas, y en verdad que no teniendo nada y poseyéndolo todo, son tanto más señores cuanto menos deseosos». El hombre fiel posee todas las riquezas del mundo, porque tanto lo próspero como lo adverso le sirve igualmente y se le convierte en bien. Por lo tanto,

el avaro hambrea las cosas terrenas como un mendigo, y el fiel las posee como un dueño; el uno, poseyendo, mendiga, y el otro, despreciando, atesora.

Llámase reino de los cielos la felicidad celestial en la que los bienaventurados reinan felicísimos con Dios, llenos de gloria por toda la eternidad. La palabra *reino* significa: 1.º La abundancia de toda clase de bienes existentes en el cielo. 2.º La grandeza de los honores con que los santos son colmados por la Santísima Trinidad y los ángeles. 3.º La dignidad real, puesto que son como reyes que dominan, no a toda España, ni aun a toda Asia o toda la tierra..., sino al orbe universal, incluídos los condenados y demonios. Este reino merecieron con su pobreza espiritual».

C) «*Bienaventurados los mansos...*»

a) Mansedumbre 1570

«Unense los mansos con los pobres de espíritu, y con razón, puesto que los pobres y humildes suelen tener gran mansedumbre... Cristo aquí alude al dicho de David (Ps. 36,11): *Los mansos poseerán la tierra y gozarán de gran paz.*

La mansedumbre, en primer lugar, nos hace gratos a Dios y a los hombres; en segundo lugar nos asemeja a Cristo, que dijo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11,29). Por último, nos convierte en más aptos para aprender la sabiduría y conseguir los bienes celestiales... Como también dice el Salmo (24,9): *Adoctrina a los mansos en su senda*».

b) Sus grados 1571

«Los grados de mansedumbre y de su consecuente bienaventuranza son: 1.º Hablar a todos con corazón y palabras mansas. 2.º Quebrantar la ira ajena con la respuesta blanda. 3.º Sufrir mansamente las injurias y robos. 4.º Alegrarse en ellas. 5.º Vencer la malevolencia de los enemigos y la iracundia con la mansedumbre y los beneficios, hasta conciliárselos como amigos benéficos».

c) «... porque ellos poseerán la tierra» 1572

«Según San Crisóstomo..., aquí se promete la tierra presente..., porque aunque los mansos sean muchas veces oprimidos, sin embargo, Dios suele hacer que vivan tranquilos y estables... Pero parece mejor lo que dice San Jerónimo y... de que por tierra ha de entenderse el cielo, que es la patria de los que verdaderamente viven, ya que ésta es la de los que mueren.

A cada una de estas bienaventuranzas se promete el reino de los cielos, pero cada vez con un título distinto, a saber, a los pobres

el nombre de reino, a los mansos con el de tierra, atendiendo quizás a que éstos son muchas veces expoliados de sus fincas por los poderosos... Así lo dice Salmerón».

1573 d) Modos de conseguir la mansedumbre

«Modos de conseguir la mansedumbre son los siguientes: 1.º El meditar con frecuencia la dignidad y utilidad, pensando, en cambio, en la indignidad y daño de la ira. 2.º No decir ni obrar nada cuando se está airado, hasta que la ira se amanse... 3.º El ser de ánimo grande. El príncipe, según Julio César, es superior a todo súbdito, por lo cual Augusto despreciaba la murmuración, afirmando que en una ciudad digna las lenguas deben serlo. 4.º El considerar los ejemplos de los mansos para imitarlos, y principalmente el de Cristo, de quien predijo Isaías que sería llevado a la muerte como una oveja (Is. 53,7)».

1574 *D) «Bienaventurados los que lloran»*

«Los que lloran, no carnalmente, sino con el espíritu, como en todas las bienaventuranzas, esto es, los que lloran, no por la pérdida de riquezas, parientes ni amigos, sino de los bienes espirituales; lágrimas santas que se oponen a los que ríen y se alegran con las prosperidades mundanas, a los que el mundo aplaude como si fueran felices, mientras que Cristo les amenaza con sus ¡ay!: *¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis* (Lc. 6,25), aludiendo a Isaías (55,14).

Llámanse, pues, bienaventurados, en este lugar, los que sufren pacientemente las tristes adversidades enviadas o permitidas por Dios. Son más bienaventurados aún los que lloran y gimen sus pecados o los ajenos.

Porque ellos serán consolados. Tanto aquí, según acaece con frecuencia, como en el futuro, donde sucede siempre. En realidad, la misma compunción consuela el ánimo del arrepentido, lo alimenta y restablece, y si hay algún goce sincero en este mundo, habremos de decir que radica en el alma arrepentida. Pruébalo y lo gustarás».

1575 *E) «Bienaventurados los que tienen hambre y sed»*

San Lucas omite la palabra *justicia*, y como contrapone a esta bienaventuranza la amenaza contra los que viven hartos, debe entenderse que se trata de hambre y sed real. «Por lo tanto, el primer grado de esta bienaventuranza consiste en tolerar el hambre y sed, nacidas de una pobreza pública o privada; el segundo, en tener hambre y sed nacidas del ayuno voluntario...; en tercer lugar, el padecer cárceles con hambre y sed, e incluso morir de ellas, como ha

ocurrido a algunos mártires por Cristo; el cuarto, tener hambre y sed, pero de justicia y de toda clase de virtudes.

La justicia puede entenderse aquí por la virtud especial que consiste en dar a cada uno lo suyo, como si dijera: Bienaventurados los que desean se cumpla la justicia, que parece haber abandonado el mundo..., pero debe entenderse, y con más razón, que la justicia significa una virtud general, más aún, la reunión de todas las virtudes.

Místicamente, tiene hambre y sed de justicia el que tiene hambre y sed de Cristo, al que desea unirse con todo amor.

Porque ellos serán hartos. Tanto porque la misma hambre espiritual alimenta y satura..., tanto porque Dios ofrece su gracia con más liberalidad al que la desea que a los perezosos, tanto porque en el cielo se les saciará toda su hambre con la felicidad y gloria».

F) «*Bienaventurados los misericordiosos*» 1576

«Después de la justicia viene la misericordia, porque toda virtud, o es debida, en cuyo caso procede de la justicia, o es indebida y gratuita, naciendo entonces de la misericordia, que es la que templa y endulza la justicia. Los mundanos llaman felices a los que, dando poco, reciben mucho y aumentan así sus riquezas, mientras que la enseñanza de Cristo, aunque parezca paradoja, es harto verdadera. *Mayor dicha es dar que recibir* (Act. 20,35)... Existe una ley del talión por la que el misericordioso encuentra misericordia, porque todo lo que se hace a un pobre, Cristo lo considera como hecho a El mismo, razón por la cual en el día del juicio...

Aquí se promete la misericordia a los misericordiosos, y Cristo mismo se encargará de cumplir esa promesa, con mucha frecuencia en esta vida y en la otra siempre. La bienaventuranza celestial que se promete a los pobres bajo el nombre del reino de los cielos, se promete a los misericordiosos con el nombre de misericordia.

Simbólicamente, a los misericordiosos prométeseles misericordia, esto es, la visión y posesión de Dios, cuya naturaleza es la misma misericordia».

Después de extenderse sobre la limosna, dice: «La limosna no es sólo misericordia, sino rédito y usura que paga Dios, quien siempre devuelve más de lo que se le debe, pues al que da al pobre, El le dará recompensa (Prov. 19,6), ya que, como explica San Crisólogo (cf. *Sermón* 42), Dios come en el cielo el pan que el pobre recibe en la tierra. Dale, pues, pan, dale bebida, si quieres que Dios sea tu deudor y no tu juez».

1577 ## G) «*Bienaventurados los limpios de corazón*»

«En primer lugar, el corazón limpio significa la mente casta y pura, libre de todo deseo y concupiscencia carnal... En segundo, y con más acierto, significa la conciencia pura de los que se han limpiado de cualquier clase de pecados y de deseos, sobre todo de la mala intención, la doblez y la hipocresía. Finalmente, y ya con toda razón, son limpios de corazón los que se limpiaron de todo amor creado y han convertido el mundo en espejo de Dios.

Porque ellos verán a Dios. Le verán cara a cara, con la visión beatífica que no puede alcanzar el corazón inmundo.

Puede entenderse también esta visión de Dios por un conocimiento puro y afectuoso del mismo, conocimiento que consiguen en esta vida los limpios de corazón».

1578 ## H) «*Bienaventurados los pacíficos*»

«El mundo ensalza como felices a los que con valentía llevaron a cabo guerras mil y sometieron a sus enemigos, pero yo llamo bienaventurados a los que reconcilian a cuantos ven luchar y dividirse, llevándoles a la paz y la unión entre sí y con Dios o, por lo menos, trabajan y se empeñan en conseguirlo. Obra es ésta ardua y difícil, pero gratísima a Dios. Así lo enseña San Juan Crisóstomo...

Los grados de esta bienaventuranza son: 1.º Tener y procurar la paz interna del alma con Dios. 2.º Cuidar de la paz con los vecinos y prójimos. 3.º Procurar la concordia de los enemigos.

Porque se llamarán hijos de Dios. Esto es, lo serán de tal forma que podrán usar con todo derecho ese nombre de hijos de Dios. Hijo de Dios es una catecresis o metalepsis que quiere decir que serán muy semejantes a Dios y muy queridos de El, porque Dios ama la paz sobre todas las cosas y para conseguirla envió su Hijo al mundo, ya que El es por esencia paz y unión. Por serlo, une a las tres personas divinas en la única e individua esencia y las une esencial e íntimamente en la deidad. Por eso Dios es llamado Dios de paz, mientras que el demonio, por el contrario, es el dios de la disensión, y los que la siembran hijos son del diablo y no de Dios.

Los pacíficos se llaman también hijos de Dios porque participan del oficio y nombre del Hijo de Dios, esto es, de Cristo, cuya obra consiste en reconciliar a los hombres con Dios y consigo mismo, trayendo con el orden la paz, que el mundo no podía darles (2 Cor. 5, 18; Col. 1,20; Eph. 2,14), por lo que se llama príncipe de la paz (Is. 9,6) y con su nacimiento vino la paz a la tierra y los ángeles hubieron de cantar: *Gloria a Dios...*

Los pacíficos se llaman también, y éste es el verdadero sentido,

hijos y herederos de Dios en la gloria celestial que consiguieron con los méritos obtenidos por sus obras. En el cielo, todos los santos, gracias a la gloria beatífica, son hijos de Dios».

I) «*Bienaventurados los que padecen persecución...*» 1579

«Esta octava y suma bienaventuranza consiste en sufrir y tener paciencia, mientras que las anteriores se basaban en la actividad. Por eso dice San Ambrosio (cf. *In Lc.* 5,4,22) «que conduce hasta el final, que lleva hasta el martirio, y ello le coloca la octava de las bienaventuranzas». En realidad, es más difícil padecer grandes cosas que acometer otras difíciles según aquel dicho: «Obrar cosas duras es propio de los romanos; padecer cosas fuertes, propio es de los cristianos», por lo cual es más perfecta la fortaleza cuyos actos consisten en padecer, según enseña Santo Tomás».

a) Por la justicia 1580

Por defender alguna virtud cristiana, como la fe, los derechos de la Iglesia, los pobres, etc.

«Son bienaventurados los que padecen por la justicia: 1.º Porque las persecuciones nos separan del mundo y nos unen a Dios. 2.º Porque las padecemos por Dios. 3.º Porque nos asemejan a Cristo, que las sufrió hasta la muerte de cruz recibida de los judíos... La Iglesia creció siempre en la persecución y se enfrió en la paz».

Esta es la razón por la que Dios permite la cizaña en este mundo.

«San Francisco de Borja, tercer prepósito general de nuestra Sociedad, decía ser tres las cosas que conservaban a la Compañía de Jesús: primero, la oración; segundo, la unión mutua; tercero, la persecución. Y explicaba la causa diciendo que la oración nos une a Dios; la unión une los compañeros, y es muy difícil romper un haz triple, pero que sobre ello la persecución, separándonos del mundo, nos obligaba a obrar prudentemente, no fuera que los perseguidores tuvieran por donde asirnos o acusarnos».

b) «... porque de ellos es el reino de los cielos» 1581

«Comenzaron las bienaventuranzas en el reino de los cielos y en él terminan. La primera y la última lo presentan como merced y premio, para indicar que en las otras seis debe sobrentenderse también, y que si se nombra aquí explícitamente al referirse a los pobres y a los que padecen persecución es porque parece muy justo que quienes sufren por la persecución y por la pobreza sean ricos y dominen a sus perseguidores.

San Agustín (cf. *Serm. en la Montaña* l.1) advierte que el reino de los cielos es prometido en las ocho bienaventuranzas, pero que recibe en cada una un nombre, propiedad y título especialmente aco-

modados a las obras exigidas en ellas. Así, por ejemplo, a los pobres y a los que padecen se les anuncia con el nombre y título de reino; a los mansos, con el de tierra; a los que lloran, con el de consuelo; a los hambrientos, con el de hartura... Y es que en realidad, Dios, en el cielo, da a los bienaventurados: 1.º El mismo reino celestial. 2.º Una patria o tierra de felicidad estable. 3.º Lo que consuela. 4.º Abundancia. 5.º Misericordia llena de gracia y gloria. 6.º La visión. 7.º La adopción, filiación y herencia del Señor.

Con toda elegancia y exactitud, San Agustín (cf. *Enarrat. in Ps.* 98) nos presenta a Dios hablando de esta forma: «—Estoy vendiendo. —¿Qué vendes, Señor? —El reino de los cielos. —¿Con qué se compra? —El reino con la pobreza, el gozo con el dolor, el descanso con el trabajo, la gloria con la humillación, la vida con la muerte». Añade tú: el consuelo con el llanto, la saciedad con el hambre, la misericordia con la misericordia, la visión con la limpieza y la filiación divina con la paz».

1582 c) Gradación de los premios

«Todos estos nombres y títulos indican cierta gradación en los premios, en los cuales se va subiendo, como por una escala, de virtud en virtud hasta el ápice de la gloria celestial. El primer grado de las bienaventuranzas es arrojar el cuidado de las riquezas siendo pobres; el segundo, ordenar nuestras costumbres y tranquilizar nuestro ánimo con la mansedumbre; el tercero, llorar los pecados; el cuarto, tener hambre y sed de santidad y de crecimiento de la virtud; el quinto, acumular obras de misericordia corporales y espirituales; el sexto, dedicarse por completo a la pureza del alma; el séptimo, buscar la paz entre todos; el octavo, padecer humillaciones, calumnias y persecuciones con humildad y fortaleza. A estos grados de virtud corresponden los grados de gloria celestial que se promete como premio, a saber, el reino, la eternidad del reino estable, la alegría...»

Advierte también que estas ocho bienaventuranzas están unidas entre sí; nadie puede tener la primera si no tiene las otras, y cada una de ellas ayuda a poseer las demás.

II. P. ALONSO RODRIGUEZ

El deseo de santidad

Muy propio de esta festividad es considerar la necesidad de la perfección, de que ya hemos tratado en otros lugares, y los medios de conseguirla, entre los que el P. Rodríguez entiende ser muy principal el deseo de alcanzarla, a lo que la Iglesia nos anima hoy con el ejemplo de los santos (cf. *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* (tr.1 c.2 [7.ª ed. del Apost. de la Prensa, Madrid 1950] p.10-16).

A) Justicia, nombre común de virtud y santidad 1583

«*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos* (Mt. 5,6). Justicia, aunque es nombre particular de una de las cuatro virtudes cardinales distinta de las otras, pero también es nombre común de toda virtud y santidad. La vida buena y virtuosa llamamos justicia, y al santo y virtuoso decimos que es justo. Dice el Sabio: *La justicia de los buenos los librará* (Prov. 11,6); quiere decir: su vida santa los librará; y así se toma en muchos lugares de la Escritura: *Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos,* dice Cristo nuestro Redentor (Mt. 5,20), que es decir: Si vuestra virtud, religión y santidad no fuere mayor. Y de la misma manera se entiende aquello que dijo el mismo Cristo a San Juan Bautista cuando rehusaba de bautizarle: *Así nos conviene cumplir toda justicia* (Mt. 3,15): así conviene para dar ejemplo de obediencia y humildad y de toda perfección. De esta manera se toma también en las palabras presentes. Pues dice Cristo nuestro Redentor: Bienaventurados los que tienen tanto deseo y afición a la virtud y perfección, que tienen hambre y sed de ella, *porque ésos serán hartos,* ésos la alcanzarán. Y es ésta una de las ocho bienaventuranzas que nos enseñó y predicó en aquel soberano sermón del Monte San Jerónimo, sobre estas palabras, dice: «No basta cualquier deseo de la virtud y perfección; es menester que tengamos hambre y sed de ella, que podamos decir con el profeta: *De la manera que el ciervo herido y acosado de los cazadores desea las fuentes de las aguas, así mi ánima desea a ti, Dios mío* (Ps. 41,2)».

B) El amor y deseo del fin 1584

«Esta es una cosa de tanta importancia que, como comenzamos a decir en el capítulo pasado, de ella depende toda nuestra medra espiritual, y ése es el principio y el medio único para alcanzar la perfección, conforme a aquello del Sabio: *El principio para alcanzar la sabiduría* (que es el conocimiento y amor de Dios, en que consiste

nuestra perfección) *es un verdadero y entrañable deseo de ella* (Ps. 6,18); y la razón de esto es porque, como dicen los filósofos, en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor y deseo del fin es la primera causa que mueve todas las otras a obrar; de tal manera, que cuanto es mayor el amor y deseo del fin, tanto es mayor el cuidado y diligencia que se pone para alcanzarle. Y así importa mucho que el deseo y afición de la virtud y perfección sea grande para que el cuidado y diligencia en procurarla y alcanzarla sea también grande.

Es tan importante y necesario para aprovechar que haya en nosotros este deseo, que nos salga del corazón y nos lleva tras sí, y no sea menester andar tras nosotros en esto, que del que no tuviere esto muy poca esperanza habrá. Pongamos ejemplo en el religioso, y cada uno podrá aplicar la doctrina a sí, conforme a su estado. Bueno y necesario es en la religión el cuidado y vigilancia de los superiores sobre los súbditos y menester es la reprensión y la penitencia; pero del que por eso hiciere las cosas, no hay mucho que fiar, porque eso cuando mucho podrá hacer que por alguna temporada, cuando andan sobre él, proceda bien; pero si ello no sale de allá dentro del corazón y del deseo verdadero de su aprovechamiento, no hay que hacer mucho caso de eso, porque no podrá durar.

1585 Esta es la diferencia que hay entre las cosas que se mueven con movimientos violentos y las que se mueven con movimientos naturales; las que se mueven con movimientos violentos, como aquello nace de una fuerza e impresión ajena, cuanto más van adelante, tanto más van aflojando y enflaqueciéndose, como cuando tiráis la piedra hacia arriba; mas en las cosas que se mueven con movimiento natural, como cuando la piedra va a su centro, es al contrario, que cuanto más va, más ligeramente se mueve. Pues ésta es también la diferencia que hay de los que hacen las cosas por temor de la penitencia y de la reprensión o porque les están mirando o por otros respetos humanos, a los que se mueven por amor de la virtud y por puro deseo de agradar a Dios; que aquello no dura sino mientras dura la reprensión y el andar sobre ellos y luego se va cayendo. Como refiere San Gregorio (cf. *Hom.* 38 *in Evang.)* de aquella tía suya, Gordiana, que reprendiéndola las otras dos hermanas suyas,Ársila y Emiliana, de la liviandad de sus costumbres, y porque no guardaba la gravedad que convenía al hábito de religión que tenía, ella, mientras duraba la reprensión, mostraba gravedad en su rostro y parecía que lo tomaba bien; pero luego, pasada la hora de la reprensión y el castigo, perdía aquella fingida gravedad y gastaba el tiempo en hablar palabras livianas y en holgarse con la compañía de las doncellas legas que había en el monasterio. Era como el arco flechado con una recia cuerda, que en aflojándose ella, él también se afloja y se torna a su primera postura. Como no le salía del corazón, sino era cosa violenta, no podía durar».

C) La perfección ha de salir del corazón 1586

«Este negocio de la perfección no es negocio que se ha de hacer por fuerza, ha de salir del corazón. Y así dijo Cristo nuestro Redentor a aquel mancebo del Evangelio: *Si quieres ser perfecto* (Mt. 19,21). Pero si vos no queréis, no bastarán todas las diligencias y medios que pueden poner los superiores para haceros perfecto. Esta es la solución y respuesta de aquello que pregunta San Buenaventura (cf. *De perfec. relig.* l.1 c.39). ¿Qué es la causa, dice, que antiguamente bastaba un superior para mil monjes, y para tres mil y cinco mil, que dicen San Jerónimo y San Agustín que solían estar debajo de un superior; y ahora para diez y aun para menos no basta un superior? La causa de esto es porque aquellos monjes antiguos tenían en su corazón un vivo y ardiente deseo de la perfección, y aquel fuego que ardía allá dentro los hacía tomar muy a pechos su propio aprovechamiento y caminar con grande fervor.

Resplandecerán los justos y correrán como centellas por el cañaveral (Sap. 3,7). Con esta metáfora nos declara muy bien el Espíritu Santo la velocidad y ligereza con que caminan los justos por el camino de la virtud, cuando ha prendido este fuego en su corazón. Correrán, dice, como centellas de fuego por el cañaveral. Mirad con qué velocidad y ligereza corre la llama por un cañaveral seco cuando prende el fuego en él; pues de esa manera corren los justos por el camino de la virtud, cuando están encendidos y abrasados de este fuego divino. Así lo estaban aquellos monjes antiguos, y por eso no tenían necesidad de superior para eso, sino antes para que les fuese a la mano en sus fervores; pero cuando eso no hay, no sólo no bastará un superior para diez, sino diez superiores no bastarán para uno ni le podrán hacer perfecto si él no quiere. Claro está eso, porque ¿qué aprovechará visitar la oración? Después que ha pasado el visitador, ¿no puede uno hacer lo que quisiere? Y estando allí de rodillas, ¿no puede estarse pensando en el estudio y en el negocio y en otras cosas impertinentes? Y cuando va a dar cuenta de la conciencia, ¿no puede decir lo que quisiere y callar lo que hace más al caso, y decir que le va bien, no yéndole bien, sino mal? Que por demás es, si él no quiere y lo desea de veras».

D) Queriendo, os salvaréis 1587

«Aquí viene bien lo que respondió Santo Tomás de Aquino (cf. *Hist. Praedicat.* p.1.ª l.3 c.37). Preguntándole una vez una hermana suya cómo se podría salvar, respondió el Santo: «Queriendo». Si vos queréis, os salvaréis; y si vos queréis, aprovecharéis; y si vos queréis, seréis perfecto. En eso está el punto de la dificultad, en que vos queráis y lo deseéis de veras y os salga del corazón; que

Dios de su parte muy presto está para acudirnos; y si eso no hay, todo lo que acá pueden hacer los superiores será por demás; vos sois el que habéis de tomar a pechos vuestro aprovechamiento, porque ése es vuestro negocio y a vos os va en ello y no a otro, y a eso vinisteis a la religión. Y tenga cada uno entendido que el día que aflojare en esto y se olvidare de sí, y de lo que toca a su aprovechamiento, y no tuviere cuidado de hacer bien hechos sus ejercicios espirituales, y un vivo y encendido deseo de aprovechar e ir adelante en la virtud y mortificarse, ese día va perdido su negocio. Y así nuestro Padre al principio de las Constituciones y de las Reglas nos pone esto por fundamento (cf. *Proem.* 1): «La interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones, es la que nos ha de conservar, regir y llevar adelante en la vía comenzada del divino servicio». Este fuego de amor de Dios y el deseo de su mayor honra y gloria es el que nos ha de estar siempre solicitando para subir e ir adelante en la virtud.

Cuando hay de veras este deseo en el corazón, él hace que pongamos diligencia y cuidado para alcanzar lo que deseamos; porque nuestra inclinación es muy industriosa para buscar y hallar lo que desea y nunca le faltan medios para ello; y por eso dijo el Sabio que *el principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo de ella* (Sap. 6,18)».

1588 ### *E) Otro bien, el de hacer fáciles las cosas*

«Y más, esto de salir la virtud del corazón trae consigo otro bien que es lo que hace tan eficaz este medio, y es que hace fáciles y suaves las cosas, por muy dificultosas que sean de suyo. Si no, decidme: ¿por qué se os hizo a vos tan fácil el dejar el mundo y entrar en religión sino porque os salió del corazón? Os dió el Señor una voluntad y afición grande a eso, que fué la gracia de la vocación; os quitó la afición a las cosas del mundo y os la puso en las cosas de la religión; y con eso se os hizo fácil. ¿Y por qué a los que se quedan allá en el mundo se les hace eso tan dificultoso? Porque no les ha dado Dios esa voluntad y afición que os dió a vos, no los ha llamado Dios, como ellos dicen, ni hecho esa gracia de la vocación. Pues así como para entrar en la religión os lo facilitó la voluntad y el deseo grande que tuvisteis de eso, que no bastaron vuestros padres y parientes ni todo el mundo para apartaros de ello, así también para aprovechar en la religión y para que sus ejercicios se os hagan fáciles es menester que dure esa voluntad y deseo con que vinisteis a ella, y mientras durare se os harán fáciles, pero en faltando, todo se os hará dificultoso y cuesta arriba. Esta es la causa por qué nos hallamos algunas veces tan pesados y otras tan apurados; no eche nadie la culpa a las cosas ni a los superiores, sino a sí y a su poca virtud y mortificación. Dice el P. Maestro Avila (cf. *Epist.* p.1.ª carta 2): «Un hombre sano y recio fácilmente levanta una arroba de peso,

pero un enfermo o un niño dice: ¡Ay, cómo pesa!» Esa es la causa de nuestra dificultad, que las cosas las mismas son, y en otro tiempo se nos hacían fáciles y no reparábamos en ellas; en nosotros está la culpa, que, habiendo de ser varones y haber crecido en perfección, como dice San Pablo (Eph. 4,13), somos niños en la virtud y habemos enfermado y aflojado en aquel deseo de aprovechar con que entramos en la religión».

III. BOSSUET

La felicidad de los bienaventurados

Insertamos el sermón para la fiesta de Todos los Santos (cf. ed. Lebarq, 5,47).

A) Exordio 1589

Si la mitad del tiempo que gastamos en pensar en las vanidades de este mundo la empleáramos en meditar sobre la eternidad, no despreciaríamos nuestra salvación. Las preocupaciones y placeres de aquí abajo apenas si nos permiten un ligero recuerdo de la gloria que Dios nos tiene preparada. Nos parecemos a aquellos insensatos sobre los cuales hablaba la Sabiduría, y decía: *Verán el fin del sabio sin entender los designios del Señor sobre él* (Sap. 4,17).

Por eso hoy, fiesta de los bienaventurados, vamos a cantar sus glorias descubriendo los secretos encerrados en el texto paulino que me ha servido de tema. Todo es para vosotros, hombres, y vosotros para Cristo, para unirnos al goce de la misma felicidad de Jesús.

B) En qué consiste la felicidad de los bienaventurados

Consideremos cuán grande sea la felicidad de los bienaventurados y en qué consiste.

a) El remate de las obras divinas 1590

Para ver su magnitud, recordemos que la gloria de los bienaventurados es el remate de las obras divinas. «Maravilla ver la ejecución de los deseos de Dios. Es capaz de derribar en un momento la más sublime empresa; todos los elementos cambian su naturaleza por servirle y ponen de manifiesto en todas sus acciones que es el único Dios, creador del cielo y de la tierra. Ahora bien, aquí se trata de cumplir el mayor de los deseos de Dios, a saber, llevar todas sus obras a la perfección final.

Porque toda causa inteligente se propone un fin en su trabajo. El fin de Dios no puede ser otro que El mismo..., ni puede conseguir otra gloria que la de hacer bien a los demás y manifestar así su propia excelencia..., para que los otros noten en sí mismos su abundancia. Si es cierto que corresponde a la grandeza de Dios el expansionarse, haciéndola participar, sin duda que su mayor placer no puede consistir en comunicarse a las naturalezas insensibles... Por eso cuando les da algo, no es a ellas a quien se lo quiere entregar, sino que lo destina a las naturalezas inteligentes..., que son las únicas que pueden conocerlo y usarlo y bendecir a su Autor... He ahí por qué el hombre fué colocado por Dios como árbitro de todo lo creado... Dios, pues, creó las naturalezas inferiores para las racionales, y en cuanto a éstas, las destinó a aquella soberana felicidad que consiste en poseer al soberano bien. Las creó para sí mismo. He aquí el orden de la Providencia divina: formar criaturas insensibles y sin conocimiento para las inteligentes, y las razonables para la posesión del bien eterno. Por lo tanto, cuanto se refiera a la soberana felicidad, no es sino la perfección final de las obras de Dios. Por esta razón dice en el juicio universal a sus elegidos: *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo* (Mt. 25,34). En cambio, dirigiéndose a los condenados, exclama: *Id al fuego que os está preparado* (sic); pero no añade: que fué preparado desde el principio del mundo; lo cual no quiere indicar otra cosa sino que la creación del mundo era un preparativo de la obra de Dios, y que la gloria de sus serafines será su última perfección. Es como si dijese: Venid, amados de mi Padre, porque en vosotros era en quienes pensaba cuando forjaba al mundo».

1591 b) La Providencia

«Si meditamos en la Providencia, veremos esto con mayor claridad todavía. La prudencia perfecta no debe proponerse más que un solo fin, y su objeto debe consistir en ordenarlo todo, y el orden no se encuentra sino en la disposición de todos los medios y su coordinación al fin. Debe recogerlo todo al ser universal, ordenarlo todo para ser sabia, ligarlo todo para ser uniforme, y por esta razón ha de existir una dependencia entre todos los miembros, para que así el plano sea más firme y todas las partes se ayuden mutuamente. Lo imperfecto debe ordenarse a lo perfecto, lo natural a la gracia, y la gracia a la gloria. Y éste es el motivo de que si los cielos se mueven con ritmo eterno, si las cosas inferiores se mantienen en medio de movimientos ordenados, si la naturaleza manifiesta sus propiedades en las distintas estaciones, todo ello y todos estos resortes se muevan únicamente para los elegidos de Dios».

c) Cuatro comunicaciones de su naturaleza 1592

«Y si nos adentramos más todavía en el pensamiento divino, encontraremos cuatro comunicaciones de su naturaleza. La primera, la creación del mundo; la segunda, la gracia; la tercera, su gloria; la cuarta, su persona. Y si lo menos perfecto se ordena a lo más excelso, la creación debe ordenarse a la justificación; la justificación, a la comunicación de la gloria, y la comunicación de la gloria, a la suya personal. Esta es la gradación de San Pablo: *Todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo es de Dios.*

Pero tened cuidado de no separar a Jesucristo de sus elegidos. Son miembros suyos, y la glorificación no es otra cosa sino la consumación del cuerpo de Jesucristo. *Hasta que todos alcancemos el estado de un hombre perfecto en la medida de la edad y la plenitud según la cual Jesucristo debe ser formado en nosotros* (Eph. 4,13). Entonces seremos todos bendecidos en Jesucristo *como uno* (Gal. 3,16).

Debemos subrayar dos cosas: que todos los planes de Dios terminan en los justos, y la otra que termina en ellos, pero en cuanto unidos a Cristo.

¡Oh y qué grande tiene que ser esta obra para la que ha servido de preparación la creación del universo, obra que Dios tuvo presente en todos sus actos, que fué el fin de todos sus deseos y después de cuya ejecución descansará toda la eternidad! Con esto tendrá bastante para contentar su naturaleza infinita. El, que no juzgó la creación del mundo empresa digna de sí mismo, se contentará después de haber completado el número de sus elegidos y en toda la eternidad no hará otra cosa sino decirles: He ahí lo que yo he hecho; mirad, ¿no he conseguido bien mis deseos? ¿Podría yo proponerme un fin más excelente?»

d) El más grande de sus milagros 1593

«No podemos dudar que su propósito debió ser extraordinario, puesto que Dios obró en él con verdadera pasión. Se contentó con decir una palabra para crear el cielo y la tierra y no vemos en ella ni una sola emoción, pero en cuanto se trata de la gloria de sus elegidos, podemos decir que se aplica a ella con todas sus fuerzas, o, por lo menos, que emplea el más grande de sus milagros, la encarnación de su Hijo». Se compara a un águila que nos enseña a volar, a una gallina que recoge sus pollitos; condescendiente con nuestras flaquezas, y hasta ejecuta acciones aparentemente extravagantes, como cuando, colocado en medio del templo, grita: *El que tenga sed, que venga a mí y beba* (Io. 7,37). Nunca hemos visto obrar a un Dios con tanto apasionamiento; nos busca, se entrega, muere. Si hay en este mundo quien se parezca en algo a los santos del cielo, entonces vuelca sobre ellos sus favores y hasta les concede el don de milagros».

1594 e) La herencia de los hijos de Dios

«Pero debemos saber muy bien que todos los bienes que Dios promete a los predestinados serán recibidos conjuntamente con Jesucristo, cuyos intereses no pueden separarse de los de ellos... La herencia nos corresponde porque somos hijos de Dios. Somos hijos de Dios porque somos uno con su Hijo natural, y no podemos participar de la cualidad de hijos de Dios más que por nuestra unión con Aquel a quien pertenece principalmente. Por eso Dios envió dentro de nuestros corazones al Espíritu de su Hijo, que grita: *Padre mío* (Gal. 4,6). Este Espíritu es uno solo y mismo en Cristo. Por lo tanto, nuestra cualidad de hijos y el derecho a la herencia y la nueva vida, en tanto lo tenemos en cuanto que formamos sociedad con Jesucristo en uno solo». Dios derramó sobre El toda la plenitud, y de esa plenitud recibimos nosotros.

1595 «La vida, pues, que tenemos nosotros es común con Jesucristo, ya sea que hablemos de la vida de la gracia o de la gloria, puesto que entre una y otra no existe más diferencia que la que hay entre la adolescencia y la edad madura. Una está consumada, la otra en edad de perfeccionarse, pero la vida es la misma, y la única distinción que encontramos es que en el cielo esta vida puede ejercer más libremente sus operaciones gracias a la justa disposición de todos los órganos, mientras que aquí todavía no son perfectos porque el cuerpo no ha crecido aún lo debido. Esto es lo que explica San Pablo: *Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col. 3,3). Ahora, durante nuestra mortalidad, la mayor parte de sus operaciones está escondida, la fuerza de este corazón nuevo no se descubre, pero cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces vosotros os manifestaréis también (Col. 3,3). ¡Oh y qué hermosa será la vida de Jesucristo en nosotros cuando se manifieste plenamente, después de que la gracia se haya convertido en gloria, cuando hayamos adquirido la estatura y edad del hombre perfecto y la plenitud del justo!

Por lo tanto, el apóstol San Pablo coloca la vida de la gloria y la de la gracia en Jesucristo, y con toda razón, porque el ser en el que crecemos debe ser el mismo en quien recibamos la perfección. Crecemos en Jesucristo, pues debemos consumarnos en Jesucristo..., y es tan verdad, que si el comienzo forma ya una unidad, la consumación debe hacerla más estrecha todavía. Y precisamente porque somos llamados a gozar de la gloria unidos con Cristo poseeremos su mismo reino, para significar lo cual y demostrar su más estrecha unidad la Escritura nos dice que nos sentaremos en el mismo trono: *Al que venciere le haré sentarse conmigo en mi trono* (Apoc. 3,21)».

f) Grandeza de la gloria 1596

«Para concebir la grandeza de esta recompensa basta pensar lo que el Padre debe haber hecho para su Hijo». ¡Su Hijo, único partícipe de su divinidad y objeto de sus delicias! Si nosotros somos hijos adoptivos es porque hemos recibido algo del espíritu de ese Hijo, y por ello nos debe la misma predilección que le debiera a El. Jesucristo nos ha asociado a su lucha y triunfo, y de ahí que estemos asociados al amor y al premio que a El le diera su Padre: *Al que venciere le haré sentarse conmigo en mi trono, así como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono* (ibid.). Como si dijese: Grandes cosas espero de mi Padre, yo, que derribé a todos mis enemigos, yo, que le conquisté un pueblo nuevo, y de todas estas cosas os haré partícipes a los que habéis luchado y triunfado conmigo.

Su gloria es grande y la hará nuestra, porque sus intentos son nuestros también. Venció, pero para nosotros; obedeció a su Padre para nosotros y hasta el mismo sacrificio lo ofreció este gran sacerdote para consumarnos en su Padre. *Yo me santifico*, dice, *por ellos, para que todos sean uno como tú en mí y yo en ti, y así ellos sean también una sola cosa en nosotros* (Io. 17,19). Morimos en su muerte, resucitamos en su resurrección, nuestros sufrimientos son una misma cosa con los suyos y su premio será el nuestro. Las propiedades de su vida se nos comunicarán entonces completamente.

La gracia y la nueva vida residen en El, pero sólo como en la 1597
parte principal. Y del mismo modo que la vida del corazón no sería perfecta si no se derramase sobre los miembros, aunque sea cierto que reside principalmente en él, así también faltaría algo a la nueva vida de Jesucristo si no se esparciese por todos sus miembros... Estropeáis una fuente si le impedís que derrame por todos los arroyos». Todos estos pensamientos son los que expresaba el Señor en la última cena cuando quería que fuésemos consumados en uno y todos juntos con El en el Padre, cuando decía que nos daría la misma gloria que el Padre le había dado a El, para que todos fuésemos uno y así el mundo conociera que Jesús había sido enviado por Dios.

«Si un miembro cualquiera fracasa, basta con castigar al jefe, pero si se corona al jefe, es necesario coronar a los miembros, porque si no participan de su gloria, es señal de que la gloria del jefe es bien pequeña... La gloria del jefe recae sobre todos los miembros, y la gloria de los miembros vuelve hacia su jefe. Yo soy, dice el Señor, glorificado en ellos; es necesario que ellos sean glorificados en mí, Padre santo, Padre justo, te lo pido».

No nos extrañemos, pues, del interés que pone Dios en que nuestra gloria sea magnífica.

1598 ### *C) Las maravillas de la gloria*

Dios es infinitamente superior a todos y no puede adquirir otro título que el de bienhechor. Todo lo que da es para su gloria, y no sabe tampoco granjear la gloria si no es dándola. Si, pues, todo el mundo lo ordenó a su gloria y el cielo es el fin del mundo, ¿qué maravillas habrá encerrado en él?

Bossuet se extiende sobre las maravillas del mundo y nos invita a pensar qué será la gloria, que las supera a todas. Hermosa es la creación y Dios la hizo así para que los hombres la veamos y le alabemos. ¿Qué será el cielo, donde quiere que le veamos a El mismo para que le alabemos perfectamente?

IV. P. ROYO MARIN, O. P.

La perfección cristiana

(Cf. *Teología de la perfección cristiana:* BAC [1954] p.2.ª c.3 p.205-215.)

1599 ### *A) Naturaleza de la perfección cristiana*

«Veamos, ante todo, la doctrina de Santo Tomás en la *Suma Teológica*.

Comienza el Doctor Angélico preguntando si la perfección de la vida cristiana consiste especialmente en la caridad (cf. 2-2 q.184 a.1). Como se ve, va directamente al fondo de la cuestión, prescindiendo de toda clase de prenotandos y de cuestiones secundarias.

La respuesta, como es sabido, es afirmativa. Lo prueba en primer lugar por la autoridad de San Pablo: *Super omnia autem haec, caritatem habete, quod est vinculum perfectionis* (Col. 3,14); porque la caridad—comenta el Angélico Doctor—en cierto modo liga a todas las demás virtudes en una unidad perfecta.

En el cuerpo del artículo establece la prueba de razón, que no puede ser más sencilla. Si un ser alcanza su perfección cuando llega a su propio fin, hay que concluir que la perfección cristiana consiste especialmente en la caridad, ya que es ella precisamente la virtud que nos une directamente con Dios en cuanto último fin sobrenatural.

Expuesta brevemente la doctrina del Angélico, veamos de ampliarla un poco más. Vamos a proceder por conclusiones a la manera escolástica».

B) La perfección cristiana consiste especialmente en la perfección de la caridad 1600

a) Sentido de la cuestión

«Precisemos ante todo el sentido de la cuestión. No queremos decir que la perfección cristiana consista *integra y exclusivamente* en la perfección de la caridad, sino que es ella el elemento *principal*, el más esencial y característico de todos. En este sentido hay que decir que la medida de la caridad en el hombre es la medida de su perfección sobrenatural, de tal manera que el que ha conseguido la perfección del amor de Dios y del prójimo puede ser llamado «perfecto» en el sentido más genuino de la palabra *(simpliciter)*, mientras que sólo lo sería relativamente *(secundum quid)* si lo fuera tan sólo en alguna otra virtud. Esto último, por lo demás, es imposible en el orden sobrenatural, dada la conexión de las virtudes infusas con la gracia y la caridad (cf. 1-2 q.65)».

b) Valor de la tesis 1601

«Entendida de esta manera, la presente conclusión les parece a muchos teólogos casi de fe *(proxima fidei)*, por el evidente testimonio de la Sagrada Escritura y el consentimiento unánime de la tradición (cf. De Guibert, *Theologia spiritualis* n.50)...

La prueba de razón la da Santo Tomás diciendo que la perfección de un ser consiste en alcanzar su último fin, más allá del cual nada cabe desear; pero es la caridad quien nos une con Dios, último fin del hombre; luego en ella consistirá especialmente la perfección cristiana. Escuchemos sus mismas palabras: «Respondeo dicendum quod unumquodque dicitur esse perfectum inquantum attingit proprium finem, qui est ultima rei perfectio. Caritas autem est quae unit nos Deo qui est ultimus finis humanae mentis: quia *qui manet in caritate, in Deo manet et Deus in eo*, ut dicitur 1 Io. 4,16. Et ideo secundum caritatem specialiter attenditur perfectio vitae christianae» (cf. 2-2 q.184 a.1)».

c) Naturaleza y efectos de la caridad 1602

«La razón fundamental que nos acaba de dar Santo Tomás se aclara y complementa examinando la naturaleza misma y los efectos de la caridad. Sólo ella nos une enteramente con Dios como último fin sobrenatural. Las demás virtudes preparan y comienzan esa unión, pero no pueden acabarla y consumarla, ya que las virtudes *morales* se limitan a apartar o aminorar los obstáculos que nos impiden el paso hacia Dios y nos acercan a El tan sólo *indirectamente*, estableciendo el orden en los *medios* que a El nos conducen (cf. 1-2 q.63 a.3 ad 2). Y en cuanto a la fe y la esperanza, nos unen

ciertamente con Dios—como virtudes *teologales* que son—, pero no como último fin absoluto, o sea como sumo Bien infinitamente amable por sí mismo—motivo perfectísimo de la caridad—, sino como primer principio del que nos viene el conocimiento de la verdad (fe) y la perfecta bienaventuranza (esperanza). La caridad mira a Dios y nos une a El como *fin;* la fe y la esperanza le miran y nos unen a El como *principio* (cf. 2-2 q.17 a.6). La fe nos da un conocimiento de Dios necesariamente oscuro e imperfecto *(de non visis)*, y la esperanza es también radicalmente imperfecta *(de non possessis)*, mientras que la caridad nos une con El ya desde ahora de una manera perfectísima, dándonos la posesión *real* de Dios (cf. 1-2 q.66 a.6) y estableciendo una corriente de mutua amistad entre El y nosotros (cf. 2-2 q.23 a.1.—Cf. Io. 14,23; Cant. 2,16; 6,2; 7,10). Por eso la caridad es inseparable de la gracia, mientras que la fe y la esperanza son compatibles, de alguna manera, con el mismo pecado mortal (fe y esperanza *informes)* (cf. 2-2 q.24 a.12 c et ad 5.—Cf. 1-2 q.65 a.4). La caridad, en fin, supone la fe y la esperanza, pero las supera en dignidad y perfección (cf. 2-2 q.23 a.6).

Está, pues, fuera de toda duda que la caridad constituye la esencia misma de la perfección cristiana. La caridad supone y encierra todas las demás virtudes, que carecen sin ella de valor, como dice expresamente San Pablo (cf. 1 Cor. 13)».

1603 d) Papel de las demás virtudes

«Sin embargo, es preciso entender rectamente esta doctrina para no incurrir en lamentables confusiones y errores. Del hecho de que la perfección cristiana consista *especialmente* en la caridad no se sigue en modo alguno que el papel de las otras virtudes sea puramente *accidental* o que no entren a formar parte bajo ningún aspecto de la esencia misma de la perfección. *Specialiter* no quiere decir *totaliter*, ni hay que confundir la esencia *metafísica* con la esencia *física* de una cosa. La esencia metafísica de la perfección cristiana se salva con la simple perfección de la caridad; pero para su esencia física, total o integral, se requieren todas las demás virtudes infusas en el mismo grado de perfección que la caridad.

No hemos de olvidar, en efecto, que las virtudes morales, y con mayor razón la fe y la esperanza, tienen también su excelencia propia aun consideradas en sí mismas independientemente de la caridad (aunque no sin su compañía). Porque, aunque todos los actos de la vida cristiana puedan y deban ser *imperados* por la caridad, muchísimos de ellos, sin embargo, son actos *elícitos* de las otras virtudes infusas, y es evidente que puede haber diversidad de grados de perfección en la manera de producirse el acto *elícito* de alguna virtud, aun prescindiendo del mayor o menor influjo que haya podido tener sobre él la caridad *imperante*. De hecho, cuando la Iglesia quiere juzgar de la santidad de algún siervo de

Dios cuya beatificación se demanda, no se fija únicamente en la caridad, sino también en el ejercicio de las demás virtudes en grado heroico. Ello quiere decir bien a las claras que las virtudes infusas son todas ellas partes *integrantes* de la perfección cristiana. Vamos a precisarlo en una nueva conclusión»...

C) La perfección de la vida cristiana se identifica con la perfección del doble acto de caridad; pero primariamente con relación a Dios, y secundariamente con relación al prójimo

a) La caridad es una y única 1604

«Es elemental en teología que no hay más que una sola virtud, un solo hábito infuso de caridad, con el cual amamos a Dios por sí mismo y al prójimo y a nosotros mismos por Dios (cf. 2-2 q.23 a.5; q.25 a.12; q.26 a.1-4). Todos los actos procedentes de la caridad, cualquiera que sea el término donde recaigan, se especifican por un mismo objeto formal *quo*, a saber, la bondad infinita de Dios en sí misma considerada. Ya sea que amemos directamente a Dios en sí mismo, ya que amemos directamente al prójimo o a nosotros mismos, si se trata de verdadero amor de caridad siempre el motivo formal es el mismo: la infinita bondad de Dios. No se puede dar verdadera caridad hacia el prójimo o hacia nosotros mismos si no procede del motivo sobrenatural del amor a Dios; y es preciso distinguir bien este acto formal de caridad de cualquier inclinación hacia el servicio del prójimo nacida de una compasión puramente humana o de cualquier otra forma de amor producida por algún motivo puramente natural.

Siendo esto así, es evidente que el crecimiento del hábito infuso de la caridad determinará una mayor capacidad con relación a su doble acto. No se puede aumentar en el alma la capacidad de amar a Dios sin que se aumente correlativamente y en el mismo grado la capacidad de amar al prójimo. Esta verdad constituye el argumento central de la sublime epístola primera del apóstol San Juan, donde se pone de manifiesto la íntima conexión e inseparabilidad de ambos amores.»

b) Pero hay jerarquía en su ejercicio 1605

«Sin embargo, en el ejercicio del amor hay un orden y jerarquía exigido por la naturaleza misma de las cosas. En virtud de ese orden, la perfección de la caridad consiste *primariamente* en el amor de Dios, infinitamente amable por sí mismo, y *secundariamente* en el amor del prójimo y de nosotros mismos por Dios. Y aun entre nosotros mismos y el prójimo hay que establecer un orden, que se toma de la mayor o menor relación con Dios de los bienes de que se participa. Y así hay que amar antes el bien espi-

ritual propio que el bien espiritual del prójimo, pero hay que amar más el bien espiritual del prójimo que nuestro propio bien corporal.

La razón de esta jerarquía o escala de valores es porque—como explica Santo Tomás—a Dios se le ama como *principio* del bien sobre el que se funda el amor de caridad; el hombre se ama a sí mismo con amor de caridad en cuanto que *participa directamente* de ese mismo bien, y al prójimo se le ama con ese mismo amor en cuanto *socio y compartícipe* de ese bien. Luego es evidente que hay que amar en primer lugar a Dios, que es el manantial y la fuente de ese bien; en segundo lugar, a nosotros mismos, que participamos *directamente* de él; y, por último, al prójimo, que es nuestro socio y compañero en la participación de ese bien (cf. 2-2 q.26 a.4; q.184 a.3). Pero como el cuerpo participa de la bienaventuranza únicamente por cierta *redundancia* del alma, síguese que en cuanto a la participación de esa bienaventuranza está más próxima a nuestra alma el alma del prójimo que nuestro mismo cuerpo; de donde hay que anteponer el bien espiritual del prójimo a nuestro propio bien corporal (cf. 2-2 q.26 a.5)».

D) La perfección cristiana consiste en la perfección de la caridad afectiva y efectiva; primariamente de la afectiva, y secundariamente de la efectiva

1606 a) Dos maneras de ejercitar la caridad

«Es preciso, ante todo, distinguir cuidadosamente ambas maneras de ejercitar la caridad. He aquí cómo lo explica San Francisco de Sales: «Dos son los principales ejercicios de nuestro amor a Dios: uno *afectivo* y otro *efectivo o activo*, como dice San Bernardo. Por el primero nos aficionamos a Dios y a todo lo que a El place; por el segundo servimos a Dios y hacemos lo que El ordena. Aquél nos une a la bondad de Dios, éste nos hace cumplir su voluntad. El uno nos llena de complacencia, de benevolencia, de aspiraciones, de deseos, de suspiros, de ardores espirituales, de tal modo que nuestro espíritu se infunde en Dios y se mezcla con El; el otro pone en nosotros el firme propósito, el ánimo decidido y la inquebrantable obediencia para cumplir los mandatos de su voluntad divina y para sufrir, aceptar, aprobar y abrazar todo cuanto proviene de su beneplácito. El uno hace que nos complazcamos en Dios; el otro, que le agrademos» (cf. San Francisco de Sales, *Tratado del amor a Dios* 6,1)».

1607 b) Distinción entre el afecto y el efecto

«Ahora bien, presupuesto lo que hemos sentado más arriba de que la perfección cristiana será tanto mayor a medida que la caridad produzca más intensamente su propio acto elícito e impere el de las demás virtudes de una manera más intensa, actual y universal, es evidente que la perfección depende primariamente de

la caridad *afectiva* y sólo secundariamente de la *efectiva*. Porque:

a) Sin la influencia de la caridad informando de algún modo el alma, los actos internos o externos de cualquier virtud *adquirida*, por muy perfectos que sean en su género, no tienen ningún valor sobrenatural, no sirven para nada en orden a la vida eterna.

b) Los actos sobrenaturales procedentes de cualquier virtud *infusa* realizados con afecto de caridad débil y remiso tienen un valor meritorio igualmente débil y remiso por muy duros y penosos que puedan ser en sí mismos. No olvidemos que, como enseña Santo Tomás, la mayor o menor dificultad de un acto no añade *per se* ningún valor al mérito *esencial* del mismo—que depende exclusivamente del grado de caridad con que se hace—, aunque puede añadirle *per accidens* por el mayor ímpetu de caridad que ordinariamente llevará consigo.

c) En cambio, los actos de cualquier virtud infusa, por muy fáciles y sencillos que sean en sí mismos, realizados con afecto de caridad intensísima, tienen un gran valor meritorio y son de altísima perfección. De este modo, la más pequeña acción de Cristo, el simple cocinar y barrer la casita de Nazaret realizado por María, tenían un valor incomparablemente superior al martirio de cualquier santo.

d) Esto mismo se desprende del hecho de que la perfección cristiana consista *especialmente* en el acto propio o elícito de la misma caridad (caridad afectiva) y sólo *integralmente* en los actos de las demás virtudes *imperados* por la caridad (caridad efectiva).

Todo esto es de suyo o *quoad se*».

c) Salvedad práctica **1608**

«Sin embargo, *quoad nos*, la perfección del amor divino se manifiesta mejor en el ejercicio de la caridad *efectiva*, o sea en la práctica por amor de Dios de las virtudes cristianas, sobre todo si hay que superar para ello grandes dificultades, tentaciones o trabajos. El amor afectivo, aunque más excelente de suyo, se presta a grandes ilusiones y falsificaciones. Es muy fácil decirle a Dios que le amamos con todas nuestras fuerzas, que desearíamos ser mártires, etc., etc., sin perjuicio de faltar inmediatamente al silencio —que cuesta bastante menos que el martirio—o de mantener, con una terquedad ribeteada de amor propio, un punto de vista incompatible con aquella plenitud del amor tan rotundamente formulada. En cambio, la legitimidad de nuestro amor a Dios se hace mucho menos sospechosa cuando nos impulsa a practicar callada y perseverantemente, a pesar de todos los obstáculos y dificultades, el penoso y monótono deber de cada día. El mismo Cristo nos enseña que *por sus frutos se conoce el árbol* (Mt. 7,15-20) y que no entrarán en el cielo los que se limiten a decir: *¡Señor, Señor!, sino los que cumplen la voluntad de su Padre celestial* (Mt. 7,21). Y esto mismo pone de manifiesto en la parábola de los dos hijos (Mt. 21,28-32)».

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. LA GLORIA DE LOS SANTOS

1609 ### A) Apóstoles y mártires

«En el sublime diluvio de luz y de melodía fulguran radiantes los santos de Dios. Así como en la tierra ninguno de ellos es idéntico a los demás, existe también diferencia entre ellos en la sumisión a la gloria del cielo. A ello se refiere la palabra de San Pablo cuando dice: «Uno es el resplandor del sol, otro la claridad de la luna, otro el fulgor de las estrellas. Y no hay lucero cuyo fulgor no se distinga del de los demás».

Siéntanse los apóstoles en encumbrados tronos. Ellos son los compañeros escogidos de Cristo que llevaron el Evangelio a los confines del mundo y sellaron la fe que profesaban con la sangre de sus venas. Quienes en la tierra estuvieron tan cerca de Dios, en el cielo se regocijan igualmente en las beatíficas proximidades de la presencia divina.

Vemos a los mártires con la radiante vestidura de los que dieron testimonio del Señor. Son hombres, mujeres y niños de corazón magnánimo que soportaron con alegría los dolores de los tormentos y padecieron la heroica muerte de la fidelidad hacia Cristo.

Juan nos los muestra en el libro de la misteriosa revelación: «Estos son los que vienen de la gran tribulación y lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo, y El, que está sentado en el trono, extiende sobre ellos su tabernáculo. Ya no tendrán hambre ni tendrán ya sed, ni caerá sobre ellos el sol ni ardor alguno, porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a las fuentes del agua de la vida, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos».

1610 ### B) Confesores, vírgenes y madres

«Hallamos también la cohorte inmensa de los santos confesores en el reino de la luz eterna. Aquellos que perseveraron en la fidelidad a Cristo, sobrellevaron con valentía las cargas de la vida y practicaron obras de amor. Vemos sacerdotes y legos, reyes y mendigos, doctores de la Iglesia y otros muchos que poseyeron un corazón llano y sencillo. Mas ahora ciñen sus cabezas coronas de riquísima pedrería.

Sigue el coro de las vírgenes que conservaron puras sus almas como cosecha inmaculada que desprende destellos de suavísima claridad. El mundo

engreído tomó su vida como locura, mas ellas «entonaron un cántico nuevo ante el solio del Señor. Son vírgenes y siguieron al Cordero y le siguen ahora adondequiera que vaya. Ellas permanecen cándidas, sin mácula, ante el trono de Dios.

Junto al divino Cordero encuentran su sitio innumerables mujeres y madres, todos aquellos corazones nobles que dispensaron torrentes de amor y escucharon el grito de los afligidos y necesitados que invocaban a su madre. Y ¿cómo podían quedar alejadas del Amor eterno las que en la tierra encendieron un destello de la caridad divina a través de las obras de misericordia?»

C) La Reina de todos los santos 1611

Levantemos nosotros los ojos hacia aquella sobre cuya cabeza se cierne la más hidalga corona. Todo el resplandor de los santos se acumula radiante en ella. Es la Reina de los apóstoles, aquella por quien vino al mundo el Verbo de Dios; es la Dolorosa, la Reina de los mártires, cuya alma atraviesan siete espadas de dolor en las tinieblas del Gólgota. Reina y Señora de los confesores y de los doctores de la Iglesia, es sede de sabiduría y maravilloso dechado de fidelidad. Es la Inmaculada, Reina de las vírgenes, cuya alma no conoció ni una vez siquiera la sombra del pecado original. Es la Reina de todas las mujeres y de todas las madres, a quien el Hijo de Dios en la hora de su muerte dió por madre a toda la humana aflicción. Y así le será conferida la corona de todos los santos, la bienaventuranza más amorosa de los cielos, y, en el eterno «Sanctus», se oye también incesantemente en su honor el saludo de los ángeles junto con el de los hombres: «¡Ave, María!»

¡Cuán lejos de toda miseria terrena está el coro sin fin de los ángeles! Una voz procedente del proceloso valle en que nos debatimos ¿podría alcanzar sus oídos estando como están atentos, en completo arrobamiento, a los júbilos de lo eterno? Sus ojos, que no quedan nunca saciados del divino resplandor, ¿podrían por ventura dedicar una sola mirada a las necesidades y a los agobios que afligen a sus hermanos de la remota tierra? Su corazón, embriagado en los amores del Padre, ¿sería capaz de prestar atención al clamor desgarrador de quienes imploran?»

D) El misterioso Cuerpo de Cristo 1612

«Pues sí: la luz de sus ojos, que acá en la tierra se dirigía hacia el cielo, ahora se inclina misericordiosa desde aquellas alturas hacia aquí, hacia el desdichado mundo. El mismo Dios dispone que ninguna plegaria, que ningún grito de imploración de sus hermanos de la tierra encuentre oído sordo. Es más: sabemos que un vínculo misterioso reúne en una sola persona a todos los que por el bautismo vinieron a convertirse en miembros del misterioso Cuerpo de Cristo. Lo que nosotros sabemos aquí por la fe contémplanlo los felices moradores del reino celestial entre las luces de la gloria. Ellos ven el lazo que une a los hijos de la familia de Dios. Y así está más cerca, mil veces más cerca de nosotros que cuando recorrían los caminos de la tierra. Siempre que un ser humano los invoca desde este valle de lágrimas, escuchan su voz y unen sus propias plegarias a la súplica del desdi-

chado, lanzando un impetuoso torrente de plegarias sobre el divino Corazón, demandando gracia. No sólo los catorce son abogados, sino también los santos todos del infinito coro, que no se cansan de atraer sobre nosotros la misericordia del Señor de los ejércitos.

Por todo ello no debe enmudecer jamás en nuestros labios la alabanza de los amigos de Dios. Forman una inmensa multitud y todos son dignos de nuestra veneración.

Sin embargo, bien pudiéramos elegir confiadamente a algunos pocos entre ellos constituyéndolos en nuestros especiales protectores. Sus imágenes deberían adornar nuestro aposento. Cuando juntemos nuestras manos para orar, pronunciemos sus nombres y que su conducta en la tierra nos sirva de ejemplo y estímulo.

Resulta impresionante ver cómo en muchas iglesias encienden los devotos luces ante la imagen del santo de su predilección. Y ¡qué hermosa es entonces su apariencia bajo el reflejo de los cirios! Arde en sus ojos el fuego de una íntima reverencia y el cálido fulgor de su santa confianza. ¿Has elegido ya a un santo para ti ante quien encender tu luz?» (cf. W. HUNERMANN, *El coro de los santos* [Ed. Lit. Esp., Barcelona 1955] p.616-618).

1613 II. SANTOS DEL PRIMERO DE NOVIEMBRE

«Alcemos nuestra mirada y esperanza hacia arriba y añadamos al desfile de los señalados en las tribus misteriosas el desfile de los santos que murieron en un primero de noviembre y que por ello hoy reciben especial conmemoración. Por una vez vamos a mencionarlos a todos, a todos los que hoy reciben culto en alguna parte del mundo. Para que veamos cuán ancha y variada, cuán grande y continua es esta fqmilia de santos que día tras día desfila ante nosotros».

A) Desfile de siglos

«Veamos cómo pasan los bienaventurados que representan los siglos diversos, desde el primero hasta el XIX. En cabeza, San Fotino, primer obispo de Benevento, con San Eustremonio, primer obispo de Clermont; pertenecen a los tiempos apostólicos. Tras ellos, representantes del siglo II, San Profuturo, obispo de Pavía, y San Primo, obispo de Alejandría. El siglo III está representado por San Benigno, mártir de Dijon, y el siglo IV, por San Maturino de Gatinais. Un mártir de Vasconia, San Severo, nos viene procedente del siglo V, con un San Marcelo, obispo de París. También el siglo VI tiene su embajador en San Severino, monje de Tívoli, y el siglo VII en dos obispos de la misma ciudad de Auvergne: son San Cesáreo y San Gallo. Una virgen española, Santa Lumbrosa, nos recuerda el siglo VIII, y otro obispo español, San Gonzalo, el X. También español es el célebre San Pedro del Barco, del siglo XI, interesante figura que gastaba sus ratos de descanso en soledad trabajando la tierra para hacerla laborable a los campesinos. Con él, del mismo siglo, es el suizo San Adalgotho, como suizo es asimismo el beato Bertoldo, que vivió en el siglo XII. En el XIII encontramos a un fraile franciscano, el beato Collazo, como franciscano también es el beato Rainerio, del siglo XIV. Por último nos llega un grupo de jesuítas: Pedro Navarro

y sus compañeros, martirizados en el Japón en el siglo XVII, y otro grupo de dominicos, con los beatos Hermosilla y Berriochoa, martirizados en China en el XIX».

B) De todos los tiempos, de todos los países 1614

«Santos de todos los tiempos, santos de todos los países. Del Oriente acuden Santos Cesáreo y Decio, mártires de Damasco, con Santos Juan y Santiago, mártires de Persia. De la Europa oriental, Santos Vigilancio y Nundino, que alcanzaron sus palmas en Macedonia. Y de la occidental, esta serie citada de obispos franceses, incrementada con San Licinio, obispo de Anjou; San Vigor, obispo de Bayeux, y San Genesio, obispo de Lyón. Con ellos, el abad San Santeno, de los montes alpinos, y el abad San Florberto, del país de Flandes. Y, al fin, tras la serie de santos irlandeses Brenan, Canan, Fiuntina, Bigill, Ailtin, Ceomhog, etc., los representantes de nuestra Patria, en esta fecha numerosos. Ya hemos mencionado algunos. A ellos sumemos un abad del siglo VI, San Donato, y más remotos un par de discípulos de Santiago Apóstol, a los que se da culto en Compostela, llamados Atanasio y Teodoro, y el célebre obispo de Mérida San Másona, que es sin duda alguna el más notable de esta fecha.

Santos de todos los países, santos también de todas las diversas categorías en que la Iglesia clasifica a sus héroes. Además de los dichos hoy, avanzan, representando a los mártires, los célebres santos de Terracina Meltagaro, Víctor y Félix, con el otro grupo también de italianos Cesáreo y Julián, sepultados en el mar encerrados en un saco. Santa María, una esclava virgen y mártir de su castidad, muerta en Roma, lleva la representación de las vírgenes, siempre abundantes. Los obispos vemos que, a su vez, están presentes en San Januario, de Benevento; San Secino, de Angers; San Annario, de S. Eanne, y Santos Brugario y Carpeo, de Irlanda. Los abades vienen con San Lauteno; los monjes, con San Rómulo, y los frailes, con el beato Conradino, franciscano».

C) Los más cercanos a nosotros 1615

«Fiesta de Todos los Santos. Hemos podido mencionar a un grupo numeroso, pero alegrémonos pensando que detrás de ellos agitan sus palmas y nos invitan con clamores «la innumerable muchedumbre», «tan grande que no se puede contar».

Y como remate de nuestra caravana feliz en esta jornada clamorosa detengámonos ante los dos grupos de santos más cercanos a nosotros, los mártires de Japón y los mártires de China. Aquéllos, jesuítas; éstos, dominicos; aquéllos, en el siglo XVI; éstos, en el XIX. Unos y otros regando de sangre generosa los dos grandes pueblos del Asia. Pedro Navarro, joven italiano de Basilicata, hace un tipo valiente y decidido en aquella persecución que devastó la cristiandad japonesa. Su vida de aventuras anterior a su prendimiento es una verdadera novela que va a terminar del modo más bello. No ha querido huir cuando le prendieron; tenía ya gana de terminar sus correrías, dando la sangre. Y ha podido en la cárcel estar rodeado de cristianos y celebrar misa todos los días, hasta el último, en que, condenado a ser quemado vivo, la celebra con un fervor extraordinario. Fué entonces cuando

tuvo a sus amigos la última plática acerca de aquellas palabras del Evangelio: «Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin». Murió entre dos japoneses catequistas suyos. Los tres, al llegar al lugar de su suplicio, se inclinaron profundamente, haciendo reverencias a los postes del martirio. Después se dejaron atar y ardieron como brasas.

Paralela a la narración de este bello triunfo es la del vasco Valentín de Berriochoa y la del asturiano Jerónimo Hermosilla, muertos en un primero de noviembre, aunque su fiesta se celebre otro día. Persecuciones, aventuras, vida en Tonkín entregada ya desde el comienzo, pues arriban a la China en plena persecución. Y en ella encuentran, primero, mitras, y después, martirios. El beato Valentín fué consagrado obispo de Centuria en la choza de Ninh-Luong; su dignidad fué el comienzo de su tragedia, pero él repetía constantemente: «Soy feliz, soy feliz». Al fin, la captura y el suplicio de la conga. Los mandarines se empeñaban en que ambos obispos pisasen una cruz puesta en el suelo. Antes morirán; uno es vasco y otro asturiano. Pero ¡qué saben de esto los pobres chinos! Llevados en jaulas como bichos raros, dieron sus cabezas a la espada en 1861» (cf. JOSÉ MARÍA LLANOS, S. I., *El desfile de los santos* [Ed. Sapientia, Madrid 1956] p.1128-1130).

III. ORIGEN Y DESARROLLO DE LA FIESTA

1616

A) El traslado al Panteón

«En los primeros años del siglo VII, un papa, Bonifacio IV, recorría las catacumbas, emocionado al recoger en aquellos subterráneos el palpitar generoso de los tiempos heroicos del cristianismo. Calixto, Ceferino, Sebastián, Cecilia, Inés, Valeriano..., nombres luminosos que hablan de gestas inmortales. Pero, también, ¡cuántos sepulcros sin un verso, sin una letra, sin un indicio que dijese quién descansaba en el interior! ¡Cuántos huesos anónimos! Y, sin embargo, eran huesos consagrados por el martirio. Junto a ellos se veía la palma victoriosa, o el instrumento de suplicio, o la ampolla de cristal donde los cristianos recogieron su sangre. Tal vez podían distinguirse aún sus vestidos enrojecidos, sus cabezas segadas, sus miembros mutilados, ahumados o magullados. Y he aquí que llega el Pontífice, recoge tembloroso aquellas prendas sagradas y, sacándolas de la oscuridad, las coloca en aquel templo que Agripa levantara seis siglos antes a la gloria de los dioses paganos. En sus vestidos pontificales brillan la púrpura y las piedras que llevaran antaño los perseguidores, veinticuatro carros le siguen llevando los venerables trofeos, y los hijos de los quirites cantan el himno de la marcha triunfal: «Vuestra salida será dichosa y vuestro caminar lleno de alegría. Al veros, los montes saltan de gozo, y las colinas famosas de la ciudad de Rómulo os aguardan con impaciencia. Apareced ya, santos de Dios, dejad el puesto de combate, entrad en Roma, que es ya la ciudad santa; bendecid al pueblo romano, que os sigue al templo de las falsas divinidades, desde hoy iglesia vuestra para adorar en él con vosotros la majestad del Señor».

B) La extensión a todos los santos 1617

«Este hecho fué el primer paso en el nacimiento de la fiesta de Todos los Santos. Pronto la solicitud de la Iglesia se extiende más lejos. A los mártires de Roma se asocian los de toda la cristiandad, y a los que derramaron su sangre para dar testimonio de su fe vienen a juntarse todos los justos que se santificaron día tras día en el cumplimiento cotidiano del deber, martirio lento y oscuro, mas no por eso menos difícil y heroico que el de la sangre. Ya en el siglo VIII, Beda el Venerable escribía estas palabras: «Hoy, dilectísimos, celebramos en la alegría una sola fiesta, la solemnidad de Todos los Santos, cuya sociedad hace que el cielo tiemble de gozo, cuyo patrocinio alegra la tierra, cuyos triunfos son la corona de la Iglesia, cuya confesión, cuanto más varonil, más ilustre es en su gloria, porque al crecer la lucha, crece también la honra de los luchadores y a la fuerza de los tormentos corresponde la grandeza del premio».

La fiesta se había completado abriendo a nuestra consideración los horizontes infinitos de la santidad creada e increada. Ante todo, la Trinidad Beatísima, el Rey de esos reyes que son los santos, el Dios de los dioses de Sión, Dios todo en todas las cosas. «Venid—canta la liturgia del día—, adoremos al Rey de los reyes, porque El es la corona de todos los santos». Después, María, canal de la gracia, que produce la santidad en los hombres, y tras Ella los nueve coros angélicos y todos los escogidos que nacieron de Adán: los patriarcas y los profetas, los apóstoles y los mártires, los confesores y las vírgenes; rosas de martirio y violetas de humildad, siemprevivas de caridad y lirios de pureza; los que dejaron su huella luminosa en la senda de la humanidad y los que se extinguieron en el silencio bajo la mirada bondadosa de Dios; los que fueron luminarias de su siglo y los que vivieron con nosotros una vida ignorada y humilde; los ancianos de pasos vacilantes y manos temblorosas, pero de corazón juvenil para abrazarse con el deber; los niños que comenzaban a vivir y corrieron impacientes al manantial de una vida mejor; los jóvenes que despreciaron los encantos que el mundo les ofrecía y, animosos, dejaron ensueños por realidades; el rey que entre los esplendores del trono conservó puro su corazón y se sirvió de su poder para hacer felices a los pueblos; el poderoso que no puso su corazón en el brillo del oro, sino que siguió sencillamente la ley santa del Señor; el pobre sacerdote que en el rincón de su aldea, desterrado casi del mundo, repartió el pan de su mesa con el labriego y el mendigo; el honrado comerciante, el humilde labrador, la doncella dulce y recatada, la esposa virtuosa y solícita, la madre cuidadosa y amante, el criado fiel, el industrial laborioso, el pobre artesano, el mendigo que corre por los caminos helados o lodosos, devorado acaso por el ardor de la fiebre y la tristeza de la soledad. Todos los que en la riqueza y en la pobreza, en la obediencia o en el poder, supieron hacerse santos, imitando las virtudes del modelo de toda santidad, Jesucristo, son en este día el objeto de nuestro culto. Con nuestra fe los vemos en aquella patria de todo contento, como los veía el vidente de Patmos, vestidos con las cícladas de oro, ceñidas las sienes con brillantes coronas, cantando el cántico nuevo, que sólo ellos pueden cantar, y bebiendo la dicha perenne en la fuente maravillosa de la sangre del Cordero» (cf. FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL, *Año cristiano* t.4 p.205-207).

IV. SANTIDAD Y AMOR A DIOS

Transcribimos del libro de M. RAYMOND, O. C. S. O., *La familia que alcanzó a Cristo*, cuya traducción española de FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL acaba de aparecer, una de las más bellas escenas. La obra es un relato amenísimo de aquella prodigiosa familia de San Bernardo, que produjo seis hermanos y una hermana religiosos, y unos padres santos también. Acaso pueda decirse que ninguna familia de la tierra ha conseguido tales y tantas figuras de la santidad, cifrada en el amor a Dios. La página que copiamos se refiere al viejo Tescelín, el padre y cabeza de esta legión de santos, que de gran señor y guerrero vino a morir como lego del Cister (cf. o.c., p.44-46).

1618 **A) *Junto a la tumba***

A los dos años justos de separarse Tescelín y Hugo de Borgoña, Gerardo, el hombre de las ideas fijas, se hallaba arrodillado junto al montón de tierra fresca que cubría una tumba reciente. En pie, enfrente de él, se hallaba Geoffrey de la Roche, prior de Clairvaux. Gerardo llevaba un rato arrodillado, inmóvil como una estatua; sólo se movían sus ojos: iban de la cruz de hierro que se erguía a la cabecera de la tumba a la tierra húmeda que la cubría. De pronto, se echó cuan largo era sobre la tumba, besó la cruz y la tierra y prorrumpió en tristísimos sollozos, mientras decía:

—Perdóname, padre, por haber llegado a pensar que eras un cobarde...

Las lágrimas corrían de sus ojos. El monje duro y ascético volvía a ser un chiquillo. El prior había aguardado algo por el estilo. Se inclinó, puso su mano sobre el hombro robusto sacudido de sollozos y le dijo:

—Venid, Gerardo; venid a mi celda y contádmelo todo.

Apenas entraron en la celda, Gerardo prorrumpió de nuevo en sollozos.

—No lloro de dolor, Geoffrey; lloro de vergüenza. No lloro por mi padre; lloro por mí. ¡Imaginad! Una vez le dije que era un cobarde... ¿Cómo pude ser tan estúpido? El me respondió que algún día lo comprendería... ¡Y ese día es hoy, Geoffrey!

Geoffrey esperó sabiamente a que aquel hombre conmovido le relatara la historia a su manera. Gerardo prosiguió:

—Vos lo habéis visto durante dos años. Era un hombre metódico, ¿verdad?

—De lo más metódico—fué la respuesta.

1619 **B) *El lego, padre de cinco frailes***

«—Cualquiera que no lo supiera, ¿habría podido sospechar que este anciano lego, conocido por Tescelín, era el padre del abad de Clairvaux y de otros cinco miembros de la comunidad?

—No, nunca lo habría sospechado.

—¿Habéis pensado alguna vez lo que eso significaba, Geoffrey? Mi padre, que toda su vida había mandado sobre centenares de hombres, que era consejero y amigo íntimo del duque de Borgoña, señor de Fontaines y de los territorios que de Fontaines dependían, ¡obedecía las órdenes de sus hijos! Para eso se necesita mucho heroísmo, Geoffrey. Todos podemos llegar a

acostumbrarnos a las exigencias de nuestro voto de pobreza y no encontrar graves dificultades para observar el de castidad. Pero ¿quién es el que teniéndose por hombre y habiendo tenido experiencia del mando no admita que se siente rebelar casi instintivamente ante la idea de obedecer al prójimo?

—Es el brote de nuestra independencia innata—convino Geoffrey.

—Sí, y ¡cómo brota cuando el que manda es en muchos aspectos nuestro igual! Entonces, ¿qué no le habrá costado a mi padre obedecer a sus hijos? ¡Es algo milagroso, Geoffrey!»

C) Sólo para alabar a Dios 1620

«—Sí, lo es—repuso el prior—. Y lo digo no porque fuera vuestro padre, sino porque conocí algo de su vida anterior a su ingreso en la abadía. Si comparáis sus dos últimos años con cualesquiera otros años de su vida, aún tendréis mayores motivos para asombraros. Pensadlo, Gerardo, vuestro padre se levantaba a las dos de la mañana. ¿Y para qué? Sólo para alabar a Dios. Trabajaba en la alquería y con el ganado durante largas horas. ¿Y para qué? ¿Por qué él, que había sido caballero, señor y consejero de señores, había de ensuciarse las manos y cansar su espalda con trabajos tan humildes? ¿Por qué? Sólo para alabar a Dios. Guardaba silencio durante casi el día entero, estaba satisfecho con las ropas más pobres y los manjares más sencillos. ¿Y por qué?... ¿Por qué Tescelín, señor de Fontaines y favorito del duque, había de pasar sus últimos años haciendo aquellas labores aparentemente tan tontas que cansaban su cuerpo con el trabajo rudo, y negándole todos los regalos de la vida, descansando en un durísimo lecho unas breves horas y alimentándose sólo con los vegetales más sencillos? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?... ¡Sólo para alabar a Dios! ¡Qué inspiración ha sido él para todos nosotros! Los libros y los manuscritos son buenas para ayudarnos hacia la santidad. Mejor todavía es la voz del maestro vivo. Pero para obtener verdaderos resultados nada tan útil como contemplar a un viejo caudillo realizando el monótono trabajo del día con los ojos iluminados por la luz del amor y una canción en el corazón. ¡Eso es lo mejor de todo! Y todo eso era tu padre, Gerardo.

—Gracias, Geoffrey—contestó Gerardo, secándose las lágrimas—. Yo soy su hijo, y es natural que yo le admire; pero el escucharos ese tributo que yo creo le es debido, me llena de consuelo. Mi padre era un guerrero de los pies a la cabeza. Y sus dos últimos años lo han probado con mucha más fuerza que los setenta y ocho precedentes. El ha muerto en lo que voy empezando a considerar como el más amargo campo de batalla, en el que el hombre debe vencer no sólo al mundo y al demonio, sino también a sí mismo. Mi padre me dijo una vez que había una victoria mayor que la de vencer al enemigo que viene de fuera vistiendo la armadura y espada en ristre. ¡Bien me lo ha probado durante estos dos últimos años! Pero de lo que me avergüenzo, Geoffrey, y de lo que me avergonzaré eternamente, es de haber pensado de él un día que era cobarde. Entonces era yo joven. No sabía lo que era el valor. Desde entonces lo he aprendido, al aprender lo que necesitamos para probar nuestro amor a Dios. Mi padre me lo ha enseñado. También mi vida ha de ser digna de tal señor. Me dijo que había de enseñarme una lealtad más profunda y un amor más intenso. Así lo ha hecho. Lo que hace grande la vida de un hombre y lo que hace que un hombre viva grandemente es el amor a Dios. Mi padre lo tuvo.

Y al decirlo, en los ojos de Gerardo ardía una nueva luz.

Geoffrey se alegraba de haber esperado junto a la tumba. Aquella entrevista había cambiado en admirador a un hombre apesadumbrado. Gerardo se dirigió luego en busca de su hermano Bernardo. Y mientras la puerta se cerraba tras él, Geoffrey exclamó:

—Sí, vuestro padre poseía ese amor por Dios. Y yo, sin miedo a equivocarme, digo: De tal palo, tal astilla.

¿Os parece mal que la agradecida y apreciativa Orden de Citeaux llame venerable a aquel viejo guerrero?»

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SINOPSIS DE LOS GUIONES

El culto de los santos:

El culto de los santos (1).
El culto a las reliquias e imágenes de los santos (2).
Historia del culto a los santos (3).
La oración a los santos y su intercesión (4).

Perfección y santidad:

Maravillas de Dios en sus santos (5).
Los santos, modelos nuestros (6).
Santos en el propio estado (7).
Obligatoriedad de la perfección (8).
El sermón de la Montaña, síntesis del cristianismo (9).
Cristo, Maestro y Reformador (10).
Santidad falsa y santidad verdadera (11).

1

El culto de los santos

I. *En el día de Todos los Santos explicaremos el fundamento dogmático del culto que se da a los mismos.* **1621**

A. Muchas de las objeciones puestas contra la religión son tan deleznables que caen por sí solas con una simple exposición del dogma.

B. Los primeros protestantes arremetieron con denuedo, e incluso con un lenguaje grosero, contra el culto de los santos, acusándonos de idolatría por tributarles honores propios de Dios. Hoy repiten los mismos argumentos los propagandistas populares que vienen a España. En cambio, los más serios se avergüenzan de tales dichos, aunque afirman ser su culto propenso a supersticiones (cf. WINER, «Komparative Darstellung» 4.ª ed., p.64).

C. En realidad, la vana observancia es más frecuente en los países protestantes, en los cuales no se honra a los santos; pero además de esta razón práctica tenemos sobre todo la doctrina dogmática que vamos a exponer.

1622 II. *Culto es una palabra latina que equivale a «honor tributado».*

A. Los honores se tributan a una persona por algún motivo o excelencia de ésta. Así vemos que se honra a los sabios, a los héroes, deportistas, etc.

B. Según la clase de excelencia será la clase de honor tributado. No son los mismos los honores científicos que los militares, ni los que se tributan a un número grande de defensores de una plaza que los dados al que realizó una hazaña impar.

C. Aplicando esta doctrina, y clasificando de un modo más amplio los motivos de honor, tendremos:

a) *Personas a las que se puede o debe honrar por motivo de su excelencia humana, v.gr., gobernantes, sabios, etc. Este culto se llama civil.*

b) *Personas a las que se puede o debe honrar por su excelencia sobrenatural, esto es, por los dones de gracia, virtud y amistad divina de que gozaban. A éstos se les da un culto llamado «dulía», o sea, culto propio de «los siervos» de Dios.*

c) *Por último, nos encontramos con Dios, cuyas excelencias y dominio sobre nosotros no iguala nadie. Por lo tanto, a El se le reserva un culto del que no participa ni aun la Santísima Virgen, y al que se denomina de «latría» o adoración.*

1623 III. *Consecuencias.*

A. Este culto está exento de toda posible acusación de idolatría, puesto que nosotros no consideramos nunca dioses a los santos. Ya en las actas del martirio de San Policarpo se lee que los judíos pretendían arrebatar el cuerpo quemado del Santo para que los cristianos «no comenzaran a adorarle..., ignorando que nosotros ni podremos abandonar jamás a Cristo, que padeció por nosotros, ni adorar a ningún otro» (cf. «Martirio de San Policarpo», c.17).

B. Es muy razonable, porque, como continúan las mismas actas, «a El lo adoramos como a Hijo de Dios, y a los mártires los amamos, y con razón, como a discípulos e imitadores del Señor por el gran amor que tuvieron a su rey y maestro, deseando ser nosotros consortes y condiscípulos suyos». En este mismo párrafo de la tradición primitiva tenemos expuestos los motivos que hacen razonable el culto de los santos.

a) *Son personas que han sobresalido en la virtud y ocupan, por tanto, un puesto preeminente en el cielo. ¿Por qué, pues, no honrar a los príncipes y héroes de la gloria como honramos a los de la tierra?* (cf. *Catec. rom.* p.3 c.2 n.9).

b) *Son los grandes amantes, y, por ende, los grandes amados de Dios. Quien ame y glorifique a Dios, debe amar y glorificar*

a sus amigos. El que los glorifique en cuanto tales, glorifica a la vez a Dios (Eph. 1,6; 12,14).

c) *Nos sirven de modelo humano y de aliento poniéndonos ante los ojos que ésta no es nuestra patria definitiva, sino que debemos, como ellos, buscar la futura* (Hebr. 12,1.22.23).

IV. *Por esto Dios* **1624**

A. Glorifica a sus santos con los premios del cielo y canta sus honras, v.gr., las descripciones que de ellos hace el Apocalipsis (7,13 ss.). Y recompensa y promueve con milagros y gracias este culto.

B. Y la Iglesia desde los primeros tiempos les dió culto, comenzando por los mártires. En el siglo II, Tertuliano nos dice «que ofrecían oblaciones (el santo sacrificio) en sus aniversarios» (cf. «De corona» 3: PL 22,79).

C. Posteriormente no sólo aprueba el culto a los santos, sino que lo impone en la misa y oficio divino.

V. *No olvidemos, sin embargo, que «antes es Dios que todos los santos». El culto de adoración—tributado esencialmente en la santa misa—es propio de Dios y el acto principal de la religión. La reforma litúrgica actual ha tendido a inculcar esta idea, disminuyendo las fiestas de los santos para mayor importancia de las llamadas de «tiempo» y dirigidas directamente a Dios.* **1625**

2

El culto a las reliquias e imágenes de santos

I. *Del culto dado a los santos pasemos al tributado a las reliquias e imágenes que los representan.* **1626**

A. Por reliquias entendemos partes de su cuerpo, o al menos de cosas que tuvieron una relación íntima con ellos.

B. Es innecesario explicar qué son las imágenes.

II. *Ni que decir tiene que no justificamos los abusos que hayan podido existir o existan. Como tampoco podemos justificar los excesos iconoclastas a ultranza de algunos reformistas contemporáneos.* **1627**

A. Debemos restablecer la verdad doctrinal. Después la práctica debe acomodarse, dentro de los límites de la

doctrina, al carácter de las distintas regiones y tiempos.

B. El protestantismo no fué enemigo de las imágenes sólo y exclusivamente por reacción contra el abuso, sino porque el gusto de aquellas regiones es más seco en la decoración de sus iglesias.

1628 III. *Tanto el culto que demos a las reliquias como el propio de las imágenes no tiene por objeto directo a la parte del cuerpo honrada, ni a la efigie, sino en cuanto que dicen relación con la persona santa cuyas fueron. Es, pues, un culto relativo. De la misma especie del santo a quien se refieran.*

1629 IV. *Testimonio de la Escritura y enseñanzas del magisterio.*

A. La Sagrada Escritura nos muestra cómo Dios honraba los miembros y prendas usadas por los santos, aun en vida de éstos.

a) *La fimbria del vestido de Jesús curó a la hemorroísa* (Mt. 8,20).
b) *La sombra de San Pedro curaba a los enfermos* (Act. 5,14).
c) *Las sábanas y prendas de San Pablo conseguían lo mismo* (ibid., 19,12).

B. La Iglesia comenzó desde el principio a venerar las reliquias.

a) *Las reliquias de San Ignacio, uno de los primeros mártires, fueron veneradas «como tesoro inapreciable»* (actas del martirio).
b) *Los Santos Padres nos cuentan los milagros obrados ante los sepulcros de los mártires, v.gr., San Ambrosio (sobre San Gervasio y Protasio,* Ep. 22 n.9, 16,17: PL 16,1022 ss.). *San Agustín refiere haberlo presenciado él también* (cf. *De civit. Dei* l.22 c.8 n.2: PL 41,761).
c) *Lo definió como dogma cuando hizo falta para condenar a los herejes que rechazaban este culto* (cf. *conc. Niceno II* [D 245], *Lateran. IV* [D 365] y *Trento* [D 861]).

1630 V. *San Agustín nos explica cuán razonable sea este culto.*

A. «No deben ser despreciados ni abandonados los cuerpos de los difuntos, y mucho menos los de aquellos justos y fieles de los que se sirvió el Espíritu Santo como de órganos y vasos para hacer el bien. Si el vestido, anillo paterno y otras cosas semejantes son tan queridas para quienes les suceden..., cuánto más los cuerpos... El cuidado que les prestamos afirma la fe en la resurrección» (cf. «De civit. Dei» l.1 6,13: PL 41,27).

B. Este párrafo, que se refiere a los difuntos en general, cobra especial valor con relación a los santos.

a) *La reverencia con que trataríamos el anillo paterno es indicio de aquella con que debemos tratar el cuerpo de un santo.*

b) *Han sido templos del Espíritu Santo, que los utilizó para grandes empresas.*

c) *Si los cuerpos de nuestros ciudadanos son cuidados pensando en la resurrección futura que nos recuerdan, ¿cómo no nos la recordarán los que sabemos que gozan del cielo? ¿Y cómo no habremos de conservar honrosamente sus cuerpos?*

VI. *El culto a las imágenes.* **1631**

A. Durante mucho tiempo se procuró justificar la falta de imágenes primitivas diciendo que los cristianos no las esculpían ni pintaban por el odio a la idolatría que los rodeaba. Al abrirse de nuevo las catacumbas se pudo ver que daban a las imágenes el mismo culto que nosotros les damos.

B. Hasta el año 426 nadie objetó nada. Por ese tiempo, León el Isáurico, empujado por judíos y mahometanos, promovió una persecución seria, en la que perecieron San Juan Damasceno y San Germán, éste estrangulado. Cuando en el 480 Constantino y su madre Irene piden un concilio que defina la materia, Adriano, que convoca el Niceno II, les escribe diciendo que no hay sino «volver a la fe antigua y ortodoxa» (cf. «Mauri» 13,528).

C. La Iglesia vivió tranquila reverenciando sus imágenes, de las que supo poblar las puertas de las iglesias góticas, hasta que Calvino arremetió con su humor sombrío contra ellas, basándose en que estaban prohibidas ¡al pueblo judío! (Ex. 20,4). Hoy los calvinistas siguen acérrimos. En la catedral de Berna puede verse en el suelo una *Piedad*, obra y regalo de un bernés, con este letrero: «Obra de arte». En cambio, los anglicanos van teniendo ya hasta sus procesiones.

VII. *La regla debe ser «en tanto en cuanto»...* **1632**

3

Historia del culto a los santos

I. *El racionalismo del siglo XIX y primeros años de este siglo aseguraba que el culto de los santos no era otra cosa sino la cristianización de los antiguos dioses.* **1633**

A. A la hora de aducir pruebas documentales, la única que podía encontrarse era que en el calendario jeronimiano (una especie de campo arqueológico en el que hay que trabajar mucho y con grandes conocimientos) del si-

glo V hay una frase que pudiera entenderse en el sentido de que en Livroux de Bourges (Galias) se había introducido la fiesta de un tal San Silvano para sustituir la del dios del mismo nombre.

B. A esto se reducen todos los datos, a una frase oscura, debiendo añadir, por otra parte, que existen numerosos San Silvanos perfectamente auténticos.

1634 II. *Precisamente hubo algún intento por parte de los paganos de introducir a Cristo entre los dioses del Panteón, pero estos intentos fracasaron, lo mismo el más o menos dudoso de Tiberio, recogido por Tertuliano* (cf. «Apol.» 5: PL 1,290), *que los comprobados históricamente de Alejandro Severo y Adriano. No entraba en los planes de la Providencia que el Hijo de Dios fuera confundido ni un momento con aquella turba de dioses.*

1635 III. *El culto de los santos comenzó por los mártires, pero desde el principio los Santos Padres tenían buen cuidado de afirmar que no se trataba de dioses ni de venerarles como tales.*

A. San Agustín, después de dejar sentado «para nosotros no son dioses, puesto que uno y el mismo es el Dios nuestro y de los mártires» (cf. «De civit. Dei» 22: PL 41, 772), se queja de que la lengua latina no tenga sino un vocablo, el de «culto», para referirse al dado a unos y otro, y encuentra en la griega la palabra «latría» para aplicarlo al divino (cf. ibid., 10,1 y 2: PL 41,278).

B. Terminada la época de los mártires, podemos distinguir tres etapas en las historias de la canonización de los mártires. La primera, hasta el siglo XII, o etapa popular. La segunda, hasta el XVII, durante la que se van formulando los términos de los procesos pontificios de canonización, y la tercera, desde aquella fecha hasta nuestros días, sobresaliendo la egregia figura de Benedicto XIV.

C. Primera etapa. El entusiasmo espontáneo de las muchedumbres concede el honor de los altares a numerosos santos, pero a cada uno de ellos dentro de la región en que eran conocidos. Los obispos suelen animar al pueblo, y en no pocos casos son los mismos papas los que intervienen. Cuando la devoción de estos santos trasciende de su comarca, pasan a incorporarse al santoral católico universal.

a) *De esta época son los numerosos martirologios locales y los generales que constituyen una refundición metódica de aquéllos. El romano, en uso hoy, procede del 1583, bajo Gregorio XIII.*

b) *Los autores de tales martirologios y santorales no han pretendido jamás ser infalibles, y su trabajo es meramente his-*

tórico. Según Benedicto XIV, la presencia de un santo en el martirologio romano no es prueba definitiva de su canonización sino a partir del papa Alejandro III (1159-1181).

c) *Poco a poco los papas fueron tomando cartas en las canonizaciones.*

D. Segunda etapa. Hasta este momento las canonizaciones no pasaban de ser sino un culto comenzado a tributar espontáneamente. Ahora comienzan con la aprobación del ya existente y con la iniciación de un proceso. Alejandro III recaba para la Santa Sede la canonización de los santos que poco a poco se van perfilando. Se admite todavía como santos a los que hayan recibido culto durante cien años, norma que deja de estar en vigor en 1534.

E. Tercera etapa. Urbano VIII, en 1634, redacta la disciplina poco más o menos como la que impera hoy, y queda totalmente prohibido dibujar o esculpir figura alguna con aureolas, etc., antes de que la Santa Sede beatifique a ningún siervo de Dios. Más aún, si no se puede probar el «non cultus», la causa se detiene.

IV. *Infalibilidad de la Iglesia en las canonizaciones.* **1636**

A. Benedicto XIV, en su libro clásico «De servorum Dei beatificatione» (1734-1738, 4 vol.), da las siguientes razones:

a) *El papa no puede inducir a error a la Iglesia universal en materia de costumbres proponiendo a la veneración a un pecador. Cita a Santo Tomás, que dice: «En la Iglesia no puede existir un error condenable, y lo sería el venerar como santo a un pecador; porque algunos, conociendo sus pecados, podrían creer que no lo eran..., y de esta forma llegar al error»* (cf. «Quodl.» 9 q.7 a.16).

b) *La asistencia del Espíritu Santo debe preservar a la Iglesia de error en materia tan grave.*

c) *El culto de los santos es una profesión activa de la fe en la cual no puede errar la Iglesia.*

d) *Las objeciones propuestas contra las canonizaciones propiamente tales son todas fútiles y solubles.*

B. El mismo autor explica y exige tales condiciones en el proceso diocesano y apostólico que hasta humanamente es imposible el error. Dedica el primer libro de su obra a estudiar cuáles han de ser los testigos y cómo ha de tomárseles el testimonio. El segundo y tercero, a la prueba demostrativa de las virtudes heroicas, y el cuarto, a la de los milagros.

1637 V. *La meticulosidad de la Iglesia católica contrasta con la ligereza de las disidentes.*

A. En la Iglesia ortodoxa, sobre todo rusa, que es la que ha pretendido imitar a Roma en esto, bastó durante mucho tiempo para ser considerado santo el hecho de que se conservara incorrupto el cuerpo. Esta condición era exigida, lo cual ha dado lugar a tener que «descanonizar» a algún santo.

B. Pedro el Grande, en 1721, encomendó las canonizaciones al Santo Sínodo, el cual en dos siglos ha elevado a los altares a cinco obispos. En 1903 se canonizó al monje Serafín por un «ukase» imperial, que resolvió la cuestión difícil de la corrupción en que se encontró su cuerpo (cf. «Analecta Bollandiana», t.38 [1920] p.172).

C. Los anglicanos también han sentido el deseo de tener santos, y en 1924 la House of Clergy (especie de parlamento clerical) canonizó una serie, entre los que se encontraban figuras tan dispares como Tertuliano, Wiclef, Santa Catalina de Siena, Crammer y el decapitado rey Carlos I, en cuya estatua se colocó una inscripción: «Sancte Carole, martyr, ora pro nobis».

4

La oración a los santos y su intercesión

1638 I. *Oración y culto.*

A. El culto tributa honor a los santos; la oración busca nuestro provecho. Sin embargo, la adoración supone implícitamente un acto de honor, puesto que al recurrir a ellos confesamos la amistad que creemos tienen con Dios.

B. Orar a Dios es absolutamente necesario; invocar a los santos es bueno y útil. Negarse a invocarlos es una herejía, puesto que se niega una verdad de fe; menospreciar su invocación, a lo que tienden algunos movimientos espirituales de hoy algo desviados, es un error y puede ser un acto de soberbia.

1639 II. *El culto dado a los santos se basa en su poder intercesor.*

A. No es lo mismo, dice Santo Tomás (2-2 q.83 a.4), orar a uno como al que puede cumplir nuestros deseos que orar a otro como a quien puede impetrarlos. Del primer modo sólo nos dirigimos a Dios. Del segundo, a los san-

tos y a los ángeles, y aun cuando la Iglesia no ha dicho nada, el pueblo invoca también a las almas del purgatorio, y esta invocación es piadosa.

B. Este poder intercesor de los santos tiene su raíz en la constitución del Cuerpo místico y forma parte esencial de la frase incluída en el Credo a partir del siglo V: «La comunión de los santos».

C. En el Cuerpo místico forman las tres Iglesias: militante, purgante y triunfante, y así como cada miembro de esta última desempeña su papel dentro del organismo total, así también cada una de las tres Iglesias tiene su parte en la constitución del todo para el mejor desarrollo del Cuerpo de Cristo.

D. La función principal de los santos con relación a las demás partes del Cuerpo místico no es precisamente la de merecer, puesto que están en estado de término, en el cual el mérito no existe, sino el de aplicar sus méritos a los miembros de la Iglesia militante y purgante.

E. Una de las formas de aplicación de sus méritos son las indulgencias, de las que participamos los vivos o los difuntos. Puede decirse que la Iglesia triunfante está esperando de nosotros que hagamos el favor de aplicar sus méritos a la purgante.

F. La segunda forma de aplicación consiste en su intercesión. Los santos oran por nosotros y escuchan nuestras oraciones.

III. *La creencia en el poder intercesor de los ángeles y santos no es nada nuevo. Judas Macabeo ve al gran sacerdote Onías y a Jeremías orando por Jerusalén* (2 Mach. 15,12). *El Apocalipsis nos muestra el coro de mártires orando por la Iglesia en torno al Cordero* (6,9). **1640**

A. Para no aducir textos antiguos nos conformaremos con un párrafo de Orígenes y un texto de San Agustín.

B. Orígenes, notable por su ciencia y su antigüedad, dice: «No es nuestro Sumo Sacerdote (Cristo) el único que se une a las oraciones de los que rezan bien, sino también además de El los ángeles, que se alegran más por un alma que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no la necesitan, y los santos después de su muerte. Prueba de ello es Rafael, que ofrece a Dios un culto razonable por Tobías y Sara (Tob. 3,24)... Prueba lo es también Jeremías, que reza, según los Macabeos, por la ciudad santa». A continuación y después de establecer que la fe desaparece en donde existe la visión, demuestra que la caridad crece y, por lo tanto, los santos, al tener más caridad, aman e interceden más por los que penan todavía por aquí abajo (cf. «In orat.» 11: PG 448 B).

C. San Agustín, el que habla de la oración a los santos y su intercesión en innumerables lugares, tiene en otro este hermoso párrafo: «El origen recto de nuestra profesión de fe exige que después de haber hablado de la Santísima Trinidad se le una la Iglesia como la casa a quien la habita, como el templo a su Dios y la ciudad a su fundador. Pero esta Iglesia ha de ser entendida toda ella, y no sólo en cuanto a esta parte, que peregrina en la tierra, cantando..., sino de manera que comprenda también a aquella otra que está por siempre en el cielo y unida a Dios desde que empezó a existir, incapaz de padecer daño alguno. Esta Iglesia feliz se compone de los santos y protege como es decoroso a su otra comparte, la que vive en peregrinación. Una sola será después la sociedad eterna que formen ambas, y uno solo es ahora el vínculo de la caridad que las une para honrar a Dios» (cf. «Enchir.» 55,15: PL 40,258).

D. La tradición, la enseñanza de la Iglesia y hasta los milagros con que Dios ha acompañado las oraciones elevadas a los santos son pruebas de la verdad de esta creencia. Recuérdese que no puede existir canonización sin milagros.

1641 IV. *La razón nos demuestra también lo natural que es que los santos disfruten de un poder intercesor. El Señor nos manda que amemos a nuestros hermanos y que oremos por ellos. Pues bien, «si los apóstoles y los mártires, cuando viven todavía, cuando aún deben preocuparse de sí mismos, pueden orar por los demás, ¿con cuánta mayor razón deberán preocuparse una vez que han obtenido la corona, la victoria y el triunfo? ¿Valdrán menos después de haber comenzado a vivir con Cristo? ¿Tendrá que callarse San Pablo sin hablar por todos aquellos que creyeron en su evangelio por el mundo? ¿O es que tú, Vigilancio (el destinatario de esta obra), siendo un perro vivo, vas a ser más poderoso que el león muerto?»* (cf. «Contra Vig.» n.6; PL 23,344).

1642 V. *Aun cuando no es absolutamente necesario que los santos conozcan las oraciones que les dirigimos, pues basta con que Dios las oiga en atención al amor que les tiene, sin embargo es creencia general que los bienaventurados conocen todas aquellas cosas de este mundo que les interesan o se refieren a ellos* (cf. SANTO TOMÁS, 2-2 q.83 a.4 ad 2), *y naturalmente las oraciones que se les dirigen.*

A. Su intervención no consiste en la de un abogado o adulador que consigue influir en la voluntad de Dios. Es Dios mismo, que así como suele servirse de las causas segundas para obtener los efectos que quiere en este mundo, así también ha decidido honrar a sus santos valiéndose de ellos para concedernos favores.

B. Tampoco es supersticioso creer que algunos santos disfruten de un patronazgo especial, puesto que Dios, que para mayor perfección del Cuerpo místico distribuye a sus miembros militantes los diversos oficios según le place, puede hacerlo también con los más selectos y gloriosos, tanto más cuanto que este patronazgo las más de las veces es un premio accidental a alguna de las virtudes que les distinguieron en vida.

VI. *Ciertamente que existen abusos o, mejor dicho, ignorancia en el pueblo, al que conviene adoctrinar sobre algunos puntos, tales como el de las misas aplicadas en honor de un santo, etc. San Agustín resume la doctrina, que el predicador puede ampliar diciendo: «El pueblo cristiano celebra reunido la memoria de los mártires con religiosa solemnidad para excitar su imitación, para aprovecharse de sus méritos y para recibir la ayuda de sus oraciones, pero de forma que jamás elevemos altares a los mártires, sino al Dios de los mártires, aun cuando los construyamos para memoria suya. ¿Qué obispo hay que celebrando en el altar en algún lugar dedicado a los mártires diga: Te ofrecemos a ti, Pedro, Pablo o Cipriano? Lo que se ofrece se ofrece a Dios, que coronó a los mártires, y en los monumentos que construímos en memoria de los que fueron coronados, para que los mismos lugares nos prediquen y enciendan en un mayor deseo de ardiente caridad hacia aquellos a los que podemos imitar y hacia Aquel gracias al cual podemos imitarles»* (cf. «Contr. Faust.» l.20 c.21: PL 38,484). **1643**

5

Maravillas de Dios en sus santos

I. *Dios ha constituído a los santos como protectores nuestros e intercesores de la humanidad junto a su trono.* **1644**

II. *La providencia de Dios brilla maravillosamente en su sabiduría al constituir a los santos como nuestros protectores e intercesores.* **1645**

A. Dios quiso conseguir la unidad más perfecta posible entre todos los miembros de su Iglesia, incluso los más distantes. ¿Cómo alcanzar esto de la Iglesia dividida en sus tres estadios, de triunfante, militante y purgante?

a) *La fe no podía ser el vínculo de unión, puesto que en el cielo no existe, y, además, la comunidad de fe en un mismo Dios puede y debe promover la unidad, pero por sí sola queda en el orden intencional y no eficaz.*

b) *Dígase exactamente lo mismo de la esperanza.*

c) *Dios supo unirnos mediante el amor, que es exactamente igual, en cuanto a su esencia, en las tres Iglesias y, además, activo por efecto indisoluble y necesario. Los santos ruegan por nosotros, y nosotros por las almas del purgatorio. Nosotros rezamos y satisfacemos por éstas, pero como nuestros ruegos y méritos son tan pequeños, los santos ruegan por nosotros y nos facilitan sus propios méritos.*

d) *Esta jerarquía, instituída por la divina Providencia, se llama la comunión de los santos.*

B. Esta jerarquía de santos y hombres es perfecta.

a) *Dios ha querido que los hombres tengan una organización jerárquica: Iglesia, Estado, familia, sociedades subordinadas, etc. Pero la malicia de los hombres suele turbar el orden querido por Dios. Con frecuencia los que mandan son los que debieran obedecer y los grandes y ricos oprimen a los súbditos y a los pobres.*

b) *La única jerarquía perfecta es la que ha establecido Dios, organizando a los hombres según la gracia santificante de que estén llenos, y constituyendo a los santos, los que la poseen de un modo inamisible y más perfecto como señores y cabeza de todo el cuerpo social de la gracia.*

c) *Esta jerarquía no despierta movimiento de envidia y odio en los inferiores.*

1. Porque todos sabemos que la consiguieron con su esfuerzo, y que si ponemos el mismo que pusieron ellos, conseguiremos la misma gloria.
2. Porque sabemos que emplean todo su poder en hacernos el bien, y que cuanta mayor gloria disfrutan, mayor es su deseo de ayudarnos y mayor el poder que de ello tienen.

1646 III. *Dios, al constituir a los santos en nuestros protectores e intercesores, ha encontrado el mejor de los medios para animarnos a la santidad.*

A. Cuando David quiere excitar a los hombres para que sigan los caminos del bien, les habla de la protección divina dispensada a los suyos. «¿Hasta cuándo los grandes habéis de ser insensatos? ¿Por qué amáis la vanidad y seguís la mentira? Pues sabed que Dios distingue al que le es grato» (Ps. 4,3).

B. Una vez que se alcanza el conocimiento de Dios y de su gloria todo se reputa «por estiércol» (Phil. 3,8).

a) *Pero ¿cómo alcanzar el conocimiento de la gloria de los santos, que de tal modo nos ayudaría a imitarles? La fe es fría y no mueve nuestros corazones duros. Se necesita algo experimental.*

b) *Para que lo experimentáramos y sintiéramos, Dios los constituyó en nuestros protectores e intercesores. Por eso abundan tanto en el Antiguo y Nuevo Testamento las gracias concedidas a través de los santos.*

C. A la vez conseguía Dios el mejor medio para fomentar el culto a los santos.

a) *Es justo que les tributemos el culto a que tienen derecho. Pero somos tan egoístas que pensaríamos poco en los santos si ellos no pensaran en nosotros. Dios se sirvió de nuestro egoísmo y de la ayuda que encontramos en ellos para fomentar su culto entre los hombres.*

b) *Por eso, según Santo Tomas* (cf. *Suppl.* 72 q.2 a.2), *y para que los honremos a todos:*

1. Concedió a unos el poder sobre algunas gracias o asuntos y a otros sobre otras.
2. Y concede por medio del último de los santos lo que no concede por medio de otros superiores.
3. Por eso ha sido instituída la fiesta de hoy.

IV. *Dios, al constituir a los santos en nuestros intercesores, encontró algo extremadamente ventajoso para nosotros.* **1647**

A. Corrigen nuestras oraciones.

a) *Con harta frecuencia pedimos a Dios lo que, sabiéndolo nosotros o sin saberlo, no nos conviene, sino que nos es perjudicial.*

b) *Pero los santos, que ven nuestras verdaderas necesidades en la esencia divina y cuyas oraciones son mucho más eficaces que las nuestras, unas veces completan nuestra oración y otras la contradicen, pidiendo lo que en realidad nos conviene para salvarnos.*

B. Las refuerzan. Ruegan por nosotros con mucho más celo que nosotros mismos, porque

a) *Su caridad es más viva.*

b) *Ven mucho más clara nuestra conveniencia sobrenatural.*

c) *La presencia de Dios les hace más atentos.*

d) *Como decía San Cipriano* (cf. *De oratione domin.* 4), *están «seguros de su inmortalidad y preocupados de nuestra salvación».*

V. *¿Cómo correspondemos nosotros y cómo honramos a los santos? Dejando aparte a quienes profanan sus templos y fiestas y ciñéndonos a los creyentes, señalemos dos abusos.* **1648**

A. Pedimos lo que a ellos no les interesa pedir. Bienes materiales, salud, puestos honrosos, etc., y muy pocas veces arrepentimiento...

B. Otras veces los espirituales piden lo que a los santos les interesa, pero no en la forma que ellos quieren. Pedimos nuestra santificación, pero de modo que ellos la concedan, sin que a nosotros nos sea costosa, etc.

6

Los santos, modelos nuestros

1649 I. *Nos enseñan y hacen apreciar la santidad.*

A. Enseñar la santidad es darla a conocer, y hacerla apreciar es lo mismo.
B. La santidad es una idea hecha realidad visible y palpable en los santos, a los que no hay sino que imitar.
C. El mismo Dios no era el mejor modelo, puesto que nuestra santidad ha de ser penitente, llena de flaquezas, etc.

1650 II. *El ejemplo de los santos nos hace fácil la santidad.*

A. Porque nos hace ver que no es imposible y que el hombre puede vencer en las más terribles pruebas.
B. Porque nos hace ver que han sabido encontrar dulce y agradable lo que parecía más áspero y amargo.

1651 III. *El ejemplo de los santos nos quita todo pretexto.*

A. ¿Nuestro estado? Hay santos en todos los estados y santos que abandonaron, por creerlo preciso o mejor, todos los estados.
B. ¿Nuestra salud? Los ha habido con toda clase de salud.
C. ¿Nuestras pasiones? Las mismas que las suyas.

7

Santos en el propio estado

1652 I. *Una lección necesaria.*

A. Los cuadros que pintan el cielo, lo mismo sean de pintores de primer orden que láminas catequísticas, nos presentan siempre un grupo de santos repartidos entre todas las condiciones sociales.
B. Debemos aprender la lección de que, contra el pretexto tan frecuentemente aducido por nuestra pereza, se puede ser santo dentro de todos los estados.

II. *Los santos se santificaron dentro del estado en que vivían.* **1653**

A. Dios ha elegido para nosotros un estado y quiere que dentro de éste nos santifiquemos.

a) *Creer que es imposible equivale a hacer a Dios responsable de nuestra imperfección, e incluso de las faltas que cometemos en él.*

b) *San Pablo, en el capítulo 7 de la primera Epístola a los Corintios, después de repasar todos los estados, incluso el de la esclavitud, repite por dos veces la misma idea: «Cada uno ande según el Señor le dió»* (v.17). *«Hermanos, persevere cada uno ante Dios en la condición a que por El fué llamado»* (v.24). *Ni que decir tiene que todo el capítulo va destinado a proponer la santidad dentro de cada género de vida.*

B. Los santos nos demuestran cómo se puede alcanzar la santidad en todos los estados. Reyes y súbditos, monjes y en el mundo, vírgenes y casados. Más aún, incluso en los que parecen más opuestos, como v.gr., en la disolución que suponía la molicie y la corte de aquellos tiempos.

C. Un paso más. Hubo santos que llegaron a estados a que Dios no les llamaba. Casados por interés solamente; sacerdotes sin vocación. Pero una vez convertidos aceptaron las obligaciones de ese estado, y por medio de la penitencia y la oración se hicieron dignos de él.

III. *Los santos han santificado su estado mediante la religión y la práctica sincera de su doctrina.* **1654**

A. Se sirvieron de la religión para evitar los desórdenes de su estado.

a) *Todos los estados son propensos a ciertos desórdenes, abusos autorizados por el mundo, y tentaciones, de las que sólo la obediencia a las normas de la religión y el recurso de a gracia de Dios podían librarles.*

b) *Por eso han sabido y podido ser grandes sin orgullo, ricos sin avaricia, santos sin soberbia.*

c) *Se sirvieron de la armadura de Dios* (Eph. 6,14) *y su fe venció al mundo* (1 Io. 3,5).

B. Se sirvieron de la religión para cumplir heroicamente las obligaciones de su estado. En efecto, los santos han sido los cumplidores hasta el sacrificio de todas sus obligaciones, para lo que sacaban fuerza de la santidad de su religión y de sus medios.

IV. *Los santos utilizaron las obligaciones de su propio estado para conseguir la perfección.* **1655**

A. La santidad consiste en cumplir la voluntad de Dios sobre nosotros. Esta voluntad no suele manifestarse por

vía ordinaria mediante la revelación, sino por medio de la Providencia, que nos ha colocado en una situación determinada. Cumplir las obligaciones que nos impone esa condición querida por Dios es el medio que El destinó para que nos santificáramos.

B. Los santos, al ver la obligación que tenían de cumplir sus deberes temporales y para con los demás hombres, entendían cuál era su obligación de servir a Dios.

C. Esas mismas obligaciones les suministraban ocasión para sus actos de virtud. San Luis, de no ser rey, no hubiera podido legislar santamente; ni Santa Rita, de no ser casada, hubiera podido sacrificarse por su marido.

D. Su estado les dió también ocasión de mortificaciones abundantes, con tanto más mérito cuanto que no eran buscadas personalmente, sino proporcionadas por el estado de vida en que Dios les había colocado.

8

Obligatoriedad de la perfección

1656 I. *La Iglesia honra hoy a todos sus santos.*

A. Cuando celebra la fiesta de uno en particular no se limita sólo a honrarle, sino a la vez nos lo propone como modelo.

B. Cuando honra a todos juntos es oportuno que hablemos de la perfección y de su obligatoriedad.

1657 II. *Al decir que la perfección es obligatoria*

A. No nos referimos a la perfección mínima, que se reduce a no perder la gracia recibida, sino a la perfección activa, que consiste en irla acreciendo, o lo que es lo mismo, en ir aumentando la caridad o amor de Dios.

B. No nos referimos sólo a los sacerdotes y religiosos, aun cuando éstos tengan buenos motivos, sino a todos los cristianos.

C. No se trata de un consejo, sino de una verdadera obligación, cuyo incumplimiento sería pecado.

D. Tampoco exigimos la perfección, sino aspirar a ella y hacer algo por conseguirla.

1658 III. *El mismo Señor nos impuso el mandamiento de la perfección al terminar el sermón de la Montaña, que vino a recapitular di-*

ciendo: «Sed vosotros perfectos como lo es vuestro Padre celestial» (Mt. 5,48). *Este sermón fué dirigido a todos los fieles.*

A. Cuando San Pablo habla de la vocación del cristiano la enfoca siempre mirando a la perfección sin límites, esto es, según la frase del Señor, como el Padre: «El nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados delante de El» (Eph. 1,4). Hasta tal punto no concebía él al cristiano sino como al hombre que corre en pos de la santidad, que el nombre de santo vino a ser en sus epístolas un nombre común del cristiano.

B. Para San Pablo no vivimos independientemente, sino formando el Cuerpo místico de Cristo, cuya restauración total debemos contribuir a alcanzar (Eph. 4,13), y esto lo conseguiremos si somos «varones perfectos» (ibid.) y crecemos en caridad (ibid. 15).

C. La voluntad de Dios no es otra sino nuestra santificación (1 Thes. 4,3).

IV. *En cuanto al mandato de la Iglesia, transcribiremos unas palabras de la encíclica de Pío XI sobre San Francisco de Sales* (26 enero 1923, «Rerum Omnium»: AAS, t.15 p.50): «*No crea nadie que esto corresponde sólo a unos pocos y muy elegidos, pudiendo contentarse los demás con un grado inferior de virtud. Esta ley alcanza a todos sin que se exceptúe nadie*». **1659**

V. *Es muy razonable que así sea.*

A. La vida sobrenatural es una verdadera vida que admite progreso. Todo ser vivo tiende naturalmente a desarrollar la vida que posee. En el orden natural lo hacemos instintiva y gustosamente. En el orden sobrenatural, si queremos acomodarnos a sus exigencias lógicas, debemos hacerlo libremente, cooperando a la gracia y desarrollando su vida en nosotros. **1660**

B. La gracia es una semilla y también ha de decirse de la simiente lo mismo que se dice de la vida. Claro está que es una semilla cuyo crecimiento exige nuestra libre cooperación y esfuerzo.

C. Finalmente, y es un raciocinio de Santo Tomás, nuestro fin es el amor, el cual no admite límites, como tampoco lo admite el fin. Los medios deben utilizarse en tanto en cuanto, pero el fin debe conseguirse en toda su amplitud. Por eso se nos manda que amemos con todo nuestro corazón, alma y entendimiento (cf. 2-2 q.184 a.3).

1661 VI. *Lo exige también el carácter de vida amisible que tiene la gracia.*

A. Estamos rodeados de peligros por todas partes, peligros de los espíritus enemigos, del mundo y de nuestra propia carne, pereza, etc.

B. Para resistirlos es necesario aspirar a más. El que no sube baja, según frase clásica en los Santos Padres, y vida que no se desarrolla, se anquilosa y muere.

C. Por eso San Pablo nos recomienda que para resistir nos revistamos de su famosa panoplia, la cual incluye todas las virtudes.

D. Nuestro interés nos la recomienda. ¿Quién se contenta con el menor premio por ahorrarse un pequeño esfuerzo?

1662 VII. *Esta obligatoriedad admite grados. Es más intensa cuanto mayores sean los títulos que la exigen.*

A. Los simples cristianos están obligados:

a) *Por el bautismo, que los incorporó a Cristo, en cuya perfección deben vivir; que los hizo partícipes de la sangre de Cristo, a la que deben ser agradecidos; que sembró en ellos la vida de la gracia, cuya necesidad de crecimiento hemos descrito.*

b) *Por la confirmación, sacramento destinado a acrecentar su perfección.*

c) *Por el hecho de vivir en una Iglesia a cuya perfección total deben contribuir como todo ciudadano debe contribuir a la de su patria.*

B. Los religiosos, por haber hecho un voto. Aun cuando el voto se refiera a la pobreza, castidad, obediencia, se profieren estos votos, en cuanto que son medios para conseguir la perfección. De lo contrario no tendrían sentido.

C. Los sacerdotes, por haber asumido un ministerio que exige la perfección si ha de ser administrado dignamente.

9

El sermón de la Montaña, síntesis del cristianismo [1]

1663 I. *En el sermón de la Montaña Cristo Nuestro Señor se muestra Mesías definidor de la nueva y definitiva religión.*

A. Para ello, enseñando con propia autoridad, contrapone la Ley Antigua y la Nueva, y, sobre todo, el espíritu de temor y el de amor que las caracterizan.

[1] No podemos desarrollar una serie de sermones sobre todas y cada una de las bienaventuranzas porque nos falta espacio para ello; pero, por otra parte, tampoco es necesario, porque a lo largo de esta obra se han explicado todas en distintos lugares.
Damos como ejemplo algunos de ellos. Sobre los mansos y misericordiosos véanse

B. Corrige no sólo los defectos de los judíos contemporáneos, sino los de la misma ley.

II. *Llegado el momento de estudiar la Nueva Ley, la centra en dos puntos.* **1664**

A. Es una religión interior, en la que hay que cuidar hasta del pensamiento.
B. Es una religión de amor.

III. *Hoy, día de la fiesta de Todos los Santos, no hacemos sino celebrar a quienes entendieron y practicaron sin glosa esa doctrina.* **1665**

10

Cristo, Maestro y Reformador

I. *Cristo Nuestro Señor se apropia dos títulos, el de Maestro y el de Rey. Más aún, los une porque a Pilatos, y como prueba de que es Rey, le dice: «Yo para eso he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad»* (Io. 19,37). **1666**

A. La razón de ello es que la fuente de su realeza y de su magisterio es la misma, a saber, su divinidad y su humanidad unidas.
B. Del mismo modo que el ser Hombre-Dios le constituye en Rey natural, el tener un entendimiento humano y otro divino le otorgan el título de Maestro natural (cf. t.6 p.138).

II. *Este magisterio nos era necesario.* **1667**

A. El hombre tiene capacidad natural para conocer las verdades de la religión natural, pero a pesar de esta capacidad es un trabajo que le resulta tan difícil que, de no ser ayudado por la revelación, no alcanza a conseguirlo.
B. Si se trata de verdades sobrenaturales, entonces el Maestro es de todo punto necesario. Cristo Nuestro Señor vino a llenar esta necesidad (cf. t.6 p.131).

---

los guiones del tomo 4, p.843; los del tomo 8 a partir de la página 579, amén de los numerosísimos sobre la ira y la misericordia de otras domínicas. Sobre los que lloran véase el tomo 4, p.628 y 679 ss. Sobre los que han hambre y sed de justicia, el t.8, p.357. Sobre los pacíficos, t.4, p.323. Sobre los que padecen persecución, t.2, p.523 y 768.

Ahora sintetizaremos alguno de los guiones de otros tomos que se relacionan de algún modo con el sermón de la Montaña.

Para desarrollar este guión véase el que figura en el t.6, p.128.

1668 III. *Su magisterio y su reinado añadieron una nota más, a saber, la de la reforma.*

A. En doctrina, purificando lo que los hombres habían añadido y revelando dogmas nuevos.
B. En moral, de un modo parecido y perfeccionándola con los consejos (cf. las bienaventuranzas). En la organización visible, fundando la Iglesia.
C. Su reforma tiene un carácter especial, que la distingue de todos los revolucionarios. No destruye, sino que perfecciona (cf. t.6 p.142).

11

Santidad falsa y santidad verdadera

1669 I. *Las bienaventuranzas podemos decir que son una especie de recopilación métrica de todo el sermón de la Montaña, y éste, a su vez, una contraposición de la santidad falsa que los maestros de Israel enseñaban a su pueblo y de la verdadera que quiere el Señor.*

1670 II. *La verdadera santidad no puede ser farisaica, esto es:*

A. Ni exclusivista.
B. Ni puramente exterior.

1671 III. *Tampoco puramente interna.*

A. Lo externo sin lo interno es hipocresía propia del fariseo.
B. Lo interno sin lo exterior deja al hombre incompleto, y a Dios sin su homenaje total.

1672 IV. *La verdadera santidad de Cristo, de su Iglesia y de sus santos une ambos elementos, y para manifestar y fomentar la santidad interior, que es la esencial, se vale de los medios externos* (cf. t.6 p.150).

CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS

(2 de noviembre)

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

La conmemoración de los fieles difuntos.
La oración por los difuntos.
Las indulgencias.
El purgatorio.
La muerte.
La fragilidad de la vida.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. PRIMERA MISA

A) Partes variables de la misa

Introitus.—Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis.—Ps. 64,2-3: Te decet hymnus, Deus, in Sion, et tibi reddetur votum in Ierusalem: exaudi orationem meam, ad te omnis caro veniet. Requiem...

Introito.—Dales el eterno descanso, Señor, y resplandezca para ellos la luz indeficiente.—En Sión debes ser alabado, ¡oh Dios!; en Jerusalén se te han de ofrecer votos; atiende a mi oración, y toda carne vendrá a ti. Dales...

Oremus.—Fidelium, Deus, omnium conditor et Redemptor: animabus famulorum famularumque tuarum remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Qui vivis...

Oremos.—¡Oh Dios, Creador y Redentor de todos los fieles!, concede a las almas de tus siervos y siervas la remisión de todos sus pecados, a fin de que por estas piadosas súplicas consigan el perdón que siempre desearon. Que vives y reinas...

Grad.—Esdr. 2,34 et 35: Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis.—Ps. 111,7: In memoria aeterna erit iustus: ab auditione mala non timebit.

Grad.—Dales, Señor, el eterno descanso y resplandezca para ellos la luz indeficiente. Eterna será la memoria del justo; no temerá la mala fama.

Tractus.—Absolve, Domine, animas omnium fidelium defunctorum ab omni vinculo delictorum. Et gratia tua illis succurrente, mereantur evadere iudicium ultionis. Et lucis aeternae beatitudine perfrui.

Tracto.—Absuelve, Señor, las almas de todos los fieles difuntos de todo reato de culpa. Y, con el auxilio de tu gracia, merezcan evadir la vengadora sentencia. Y gozar de la felicidad de la luz eterna.

Sequentia.—Dies irae, dies illa,
solvet saeclum in favilla:
teste David cum sibylla.
Quantus tremor est futurus,
quando iudex est venturus,
cuncta stricte discussurus!
Tuba mirum spargens sonum
per sepulcra regionum,
coget omnes ante thronum.
Mors stupebit et natura,
cum resurget creatura,
iudicanti responsura.

Secuencia.—¡Día de ira, aquel día
reducirá al mundo en pavesas!
Testigo David con la sibila.
¡Cuánto temblor ha de haber
cuando el Juez ha de venir
a examinarlo todo estrictamente!
Una trompeta esparciendo sonido mara-
[villoso
por los sepulcros de las regiones
congregará a todos ante el trono.
Muerte y naturaleza quedarán atónitas
cuando resuciten los hombres

para responder al Juez.
Abriráse el libro escrito
en que todo se contiene,
por donde el mundo será juzgado.
Luego, pues, que el Juez se siente,
todo lo oculto quedará patente:
no quedará delito sin castigo.
¿Qué diré yo entonces, cuitado?
¿A qué abogado rogaré,
cuando apenas el justo estará seguro?
Rey de tremenda majestad,
que a los escogidos salvas por pura gra-
sálvame, fuente de piedad. [cia,
Acuérdate, Jesús piadoso,
que por mí bajaste al mundo:
no me pierdas en aquel día.
Fatigado en buscarme, te sentaste;
clavado en la cruz, me redimiste:
no sea inútil tanto trabajo.
Justo Juez de la venganza,
concédeme el perdón
antes del día de la cuenta.
Gimiendo estoy como reo:
enrojece mi rostro por mis culpas;
perdona, ¡oh Dios!, te lo suplico.
Pues a María absolviste
y atendiste al ladrón,
esperanza me infundiste.
No son dignas mis plegarias;
mas tú, bueno, haz, benigno,
que no me abrase en fuego eterno.
Ponme entre tus ovejas;
de los cabritos apártame,
colocándome a tu diestra.
Rechazados los malditos
y a terribles llamas condenados,
llámame con los benditos.
Ruego suplicante y postrado,
deshecho el corazón como ceniza;
cuida tú de mi dichoso fin.
Lacrimoso aquel día
en que resucitará del polvo,
para ser juzgado, el hombre reo.
Perdóname, pues, ¡oh Dios!
¡Piadoso Jesús, Señor,
dales el descanso! Amén.

Liber scriptus proferetur,
in quo totum continetur,
unde mundus iudicetur.
Iudex ergo cum sedebit,
quidquid latet apparebit:
nil inultum remanebit.
Quid sum miser tunc dicturus?
quem patronum rogaturus,
cum vix iustus sit securus?
Rex tremendae maiestatis,
qui salvandos salvas gratis,
salva me, fons pietatis.
Recordare, Iesu pie,
quod sum causa tuae viae:
ne me perdas illa die.
Quaerens me, sedisti lassus,
redemisti crucem passus:
tantus labor non sit cassus.
Iuste iudex ultionis,
donum fac remissionis
ante diem rationis.
Ingemisco, tamquam reus:
culpa rubet vultus meus:
supplicanti parce, Deus.
Qui Mariam absolvisti,
et latronem exaudisti,
mihi quoque spem dedisti.
Preces meae non sunt dignae:
sed tu bonus fac benigne,
ne perenni cremer igne.
Inter oves locum praesta,
et ab haedis me sequestra,
statuens in parte dextra.
Confutatis maledictis,
flammis acribus addictis:
voca me cum benedictis.
Oro supplex et acclinis,
cor contritum quasi cinis:
gere curam mei finis.
Lacrimosa dies illa,
qua resurget ex favilla,
iudicandus homo reus.
Huic ergo, parce Deus,
pie Iesu Domine,
dona eis requiem. Amen.

Ofert.—Señor Jesucristo, Rey de la gloria, libra a las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno y del lago profundo; líbralas de la boca del león; no las trague el abismo, ni caigan en las tinieblas; mas el príncipe San Miguel las lleve a la luz santa, que

Offert.—Domine Iesu Christe, Rex gloriae, libera animas omnium fidelium defunctorum de poenis inferni et de profundo lacu: libera eas de ore leonis, ne absorbeat eas tartarus, ne cadant in obscurum: sed signifer sanctus Michael repraesentet eas in lucem sanctam: quam

olim Abrahae promisisti et semini eius. Hostias et preces tibi, Domine, laudis offerimus: tu suscipe pro animabus illis, quarum hodie memoriam facimus: fac eas, Domine, de morte transire ad vitam: quam olim Abrahae promisisti et semini eius.

en otro tiempo prometiste a Abrahán y a sus descendientes. Ofrecémoste, Señor, hostias y súplicas de alabanza; recíbelas tú por las almas de quien hoy te hacemos memoria. Haz, Señor, que pasen de la muerte a la vida, que en otro tiempo prometiste a Abrahán y a sus descendientes.

Secr.—Hostias, quaesumus, Domine, quas tibi pro animabus famulorum famularumque tuarum offerimus, propitiatus intende: ut, quibus fidei christianas meritum contulisti, dones et praemium. Per Dominum...

Secr.—Rogámoste, Señor, mires propicio las hostias que te ofrecemos por las almas de tus siervos y siervas; y, pues les concediste el mérito de la fe cristiana, dales también el premio. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Pref.—... per Christum Dominum nostrum. In quo nobis spes beatae resurrectionis effulsit, ut quos contristat certa moriendi conditio, eosdem consoletur, futurae immortalitatis promissio. Tuis enim fidelibus, Domine, vita mutatur, non tollitur; et dissoluta terrestris huius incolatus domo, aeterna in caelis habitatio comparatur. Et ideo cum Angelis et Archangelis, cum Thronis et Dominationibus, cumque...

Prefacio.—... por Cristo Nuestro Señor... En el cual brilló para nosotros la esperanza de feliz resurrección, para que, pues nos contrista la inexorable necesidad de morir, nos consuele la promesa de la inmortalidad venidera. Porque para tus fieles la vida no fenece, se transforma; y al deshacerse la casa de nuestra habitación terrenal se nos prepara en el cielo eterna morada. Y, por tanto, con los ángeles y arcángeles, con los tronos...

Comm.—Esdr. 2,35 et 34: Lux aeterna luceat eis, Domine. Cum Sanctis tuis in aeternum, quia pius es. Requiem aeternam dona eis, Domine; et lux perpetua luceat eis. Cum Sanctis tuis in aeternum, quia pius es.

Com.—Alúmbreles, Señor, la claridad eterna. Con tus santos para siempre, pues eres piadoso. Dales, Señor, eterno descanso y resplandezca sobre ellos la luz indeficiente. Con tus santos para siempre, pues eres piadoso.

Postcomm.—Da, quaesumus, Domine, fidelibus populis omnium Sanctorum semper veneratione laetari, et eorum perpetua applicatione muniri. Per Dominum...

Poscom.—Pedímoste, Señor, que aproveche a las almas de tus siervos y siervas nuestra humilde súplica, para que las libres de toda culpa y las hagas participar de tu redención. Que vives...

B) Epístola 1674

(1 Cor. 15,51-57)

51 Ecce mysterium vobis dico: Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur.

52 In momento, in ictu oculi, in novissima tuba: canet enim tuba, et mortui resurgent incorrupti: et nos immutabimur.

51 Voy a declararos un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos inmutados.

52 En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de la trompeta—pues tocará la trompeta—los muertos resucitarán incorruptos y nosotros seremos inmutados.

53 Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad.

53 Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem: et mortale flos induere immortalitatem.

54 Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: La muerte ha sido sorbida por la victoria.

54 Cum autem mortale hoc induerit immortalitatem, tunc fiet sermo, qui scriptus est: Absorpta est mors in victoria.

55 ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?

55 Ubi est mors victoria tua? ubi est mors stimulus tuus?

56 El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado la ley.

56 Stimulus autem mortis peccatum est: virtus vero peccati lex.

57 Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo.

57 Deo autem gratias, qui dedit nobis victoriam per Dominum nostrum Iesum Christum.

1675

C) Evangelio

(Io. 5,25-29)

25 En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y es ésta, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucharen vivirán.

25 Amen, amen dico vobis, quia venit hora, et nunc est, quando mortui audient vocem Filii Dei: et qui audierint, vivent.

26 Pues así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dió también al Hijo tener vida en sí mismo,

26 Sicut enim Pater habet vitam in semetipso: sic dedit et Filio habere vitam in semetipso:

27 y le dió poder de juzgar, por cuanto El es el Hijo del hombre.

27 et potestatem dedit ei iudicium facere, quia Filius hominis est.

28 No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán su voz,

28 Nolite mirari hoc, quia venit hora, in qua omnes, qui in monumentis sunt, audient vocem Filii Dei:

29 y saldrán los que han obrado el bien para la resurrección de la vida, y los que han obrado el mal para la resurrección del juicio.

29 et procedent qui bona fecerunt, in resurrectionem vitae: qui vero mala egerunt, in resurrectionem iudicii.

II. SEGUNDA MISA

1676

A) Partes variables de la misa

Oremos.—¡Oh Dios, Señor de las misericordias!, concede a las almas de tus siervos y siervas el lugar de refrigerio, la felicidad del descanso y la claridad de la luz eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Oremus.—Deus, indulgentiarum Domine: da animabus famulorum famularumque tuarum refrigerii sedem, quietis beatitudinem et luminis claritatem. Per Dominum...

Secr.—Propitiare, Domine, supplicationibus nostris, pro animabus famulorum famularumque tuarum pro quibus tibi offerimus sacrificium laudis: ut eas sanctorum tuorum consortio sociare digneris. Per Dominum...

Postcomm.—Praesta, quaesumus, Domine: ut animae famulorum famularumque tuarum, his purgatae sacrificiis, indulgentiam pariter et requiem capiant sempiternam. Per Dominum...

Secr.—Muéstrate propicio a las súplicas que te ofrecemos, Señor, por las almas de tus siervos y siervas, por quienes te ofrecemos este sacrificio de alabanza, para que te dignes agregarlas a la compañía de tus santos. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Poscom.—Rogámoste, Señor, que las almas de tus siervos y siervas, purificadas por este sacrificio, alcancen juntamente el perdón y el descanso eterno. Por Nuestro Señor Jesucristo...

B) Epístola 1677

2 Mach. 12,43-46)

43 Et facta collatione, duodecim millia drachmas argenti misit Ierosolymam offerri pro peccatis mortuorum sacrificium, bene et religiose de resurrectione cogitans

44 (nisi enim eos, qui ceciderant, resurrecturos speraret, superfluum videretur, et vanum orare pro mortuis).

45 Et quia considerabat quod hi, qui cum pietate dormitionem acceperant, optimam haberent repositam gratiam.

46 Sancta ergo, et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut a peccatis solvantur.

43 Y mandó hacer una colecta en las filas, recogiendo hasta dos mil dracmas, que envió a Jerusalén para ofrecer sacrificios por el pecado; obra digna y noble, inspirada en la esperanza de la resurrección;

44 pues si no hubiera esperado que los muertos resucitarían, superfluo y vano era rezar por ellos.

45 Mas creía que a los muertos piadosamente les está reservada una magnífica recompensa.

46 Obra santa y piadosa es orar por los muertos. Por eso hizo que fuesen expiados los muertos, para que fuesen absueltos de los pecados.

C) Evangelio 1678

(Io. 6,37-40)

37 Omne, quod dat mihi Pater, ad me veniet: et eum, qui venit ad me, non eiiciam foras:

38 quia descendi de caelo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem eius, qui misit me,

39 Haec est autem voluntas eius, qui misit me, Patris: ut omne, quod dedit mihi, non perdam ex eo, sed resuscitem illud in novissimo die.

37 Todo lo que el Padre me da viene a mí, y al que viene a mí yo no lo echaré fuera,

38 porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.

39 Y ésta es la voluntad del que me envió, que yo no pierda nada de lo que me ha dado, sino que lo resucite en el último día.

40 Porque ésta es la voluntad de mi Padre, que todo el que ve al Hijo y cree en El tenga la vida eterna y yo le resucitaré en el último día.

40 Haec est autem voluntas Patris mei, qui misit me: ut omnis, qui videt Filium, et credit in eum, habeat vitam aeternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

III. TERCERA MISA

1679

A) Partes variables de la misa

Oremos.—¡Oh Dios, que otorgas el perdón y quieres la salvación de los hombres!, rogamos a tu clemencia que, por intercesión de la siempre virgen Santa María y de todos tus santos, concedas a las almas de tus siervos y siervas que salieron de este mundo llegar a la eterna compañía de los bienaventurados. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Oremus.—Deus, veniae largitor et humanae salutis amator: quaesumus clementiam tuam, ut animas famulorum famularumque tuarum, quae ex hoc saeculo transierunt, beata Maria semper Virgine intercedente cum omnibus sanctis tuis, ad perpetuae beatitudinis consortium pervenire concedas. Per Dominum...

Secr.—¡Oh Dios, cuya misericordia es infinita!, recibe propicio nuestras humildes súplicas y, por estos sacramentos que nos salvan, concede a las almas de todos los fieles difuntos, a quienes diste confesar la fe en tu nombre, la remisión de todos sus pecados. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Secr.—Deus, cuius misericordiae non est numerus, suscipe propitius preces humilitatis nostrae, et animabus omnium fidelium defunctorum, quibus tui nominis dedisti confessionem, per haec sacramenta salutis nostrae, cunctorum remissionem tribue peccatorum. Per Dominum...

Poscom.—Suplicamos nos concedas, Dios omnipotente y misericordioso, que las almas de tus siervos y siervas, por quienes hemos ofrecido a tu Majestad este sacrificio de alabanza, purificadas, por virtud de este sacramento, de todos sus pecados, reciban por tu misericordia la felicidad de la luz indeficiente. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Postcomm.—Praesta, quaesumus, omnipotens et misericors Deus: ut animae famulorum famularumque tuarum, pro quibus hoc sacrificium laudis tuae obtulimus maiestati: per huius virtutem sacramenti a peccatis omnibus expiatae, lucis perpetuae, te miserante, recipiant beatitudinem. Per Dominum...

1680

B) Epístola

(Apoc. 14,13)

13 Oí una voz del cielo que decía: Escribe: Bienaventurados los que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos, pues sus obras los siguen.

13 Et audivi vocem de caelo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo iam dicit Spiritus, ut requiescant a laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

C) *Evangelio* 1681

(Io. 6,51-55)

51 Ego sum panis vivus, qui de caelo descendi.

52 Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum: et panis, quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita.

53 Litigabant ergo Iudaei ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum?

54 Dixit ergo eis Iesus: Amen, amen dico vobis: Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis eius sanguinem, non habebitis vitam in vobis.

55 Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam: et ego resuscitabo eum in novissimo die.

51 Yo soy el pan vivo bajado del cielo.

52 Si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo.

53 Disputaban entre sí los judíos, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

54 Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.

55 El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré el último día.

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

SITUACION LITURGICA

1682 ### A) Espíritu de la conmemoración

El espíritu de esta conmemoración se manifiesta en el anuncio del martirologio: «Es este día la conmemoración de todos los fieles difuntos. La Iglesia nuestra madre, común y piadosa, después de haber procurado celebrar con alabanzas dignas a todos sus hijos que gozan ya de la bienaventuranza celestial, quiere también socorrer con poderosos sufragios a todas las almas que gimen todavía en el purgatorio, intercediendo por ellas delante de Jesucristo, su Señor y Esposo, para que se sumen lo antes posible en la comunidad de los ciudadanos del cielo» (cf. DOM PIO PARSCH, *El año litúrgico* t.5 p.243).

1683 ### B) Notas históricas

Pueden interesar al predicador algunas notas históricas que resumimos del *Liber Sacramentorum* (cf. l.c.).

a) LOS PAGANOS

«En todas las civilizaciones paganas se descubre un fondo de religión, particularmente cuando se trata de los difuntos. Tienen por gran crimen la violación de una tumba. Su máxima era: «Parce sepultos». Dan al culto de los difuntos un carácter familiar. Los entierran en los jardines *(in hortulis nostris secessimus,* dice un antiguo epitafio) o siguiendo los bordes de los grandes caminos consulares que partían de Roma a los confines del Imperio. Cubrían de flores los sepulcros. Los visitaban con frecuencia, e incluso celebraban banquetes para unirse en espíritu con los difuntos».

1684 #### b) LOS CRISTIANOS DE LOS PRIMEROS SIGLOS

«No suprimen estas costumbres paganas, al contrario, las admiten para purificarlas y cristianizarlas. Erigen los cementerios en las grandes vías *(Via Appia, Via Maris)*. Guardan los *novemdialia* (San Agustín protesta más tarde). Los días 3 y 9 van a las tumbas para celebrar banquetes; guardan los *rosalia,* los *dies violationis,* etc., etc.

La Iglesia de los primeros siglos con espíritu de maternal comprensión admitió cuanto había de inofensivo en el ritual fúnebre y fijó el latino, pero lo sublimó y santificó introduciendo el sentido de vida y optimismo.

Así, desde los primeros tiempos va íntimamente vinculada a la liturgia funeral la idea de la resurrección, a ejemplo de Cristo. Nada de calaveras ni de tibias o dibujos raros, ni de espectáculos macabros. Toda suavidad y esperanza, su espíritu se refleja en el *Cum Christo vivas, in pace dormias...*, tan frecuentes en las catacumbas. Pero santifica, sobre todo, las honras fúnebres introduciendo en ellas el sacrificio eucarístico en sufragio por los difuntos. Las *Acta Iohannis* (a.160) muestran al discípulo orando sobre una tumba y celebrando sobre ella la *fractio panis*. Tertuliano afirma: «Celebramos nosotros la oración por los difuntos *natalitiis*, y en el aniversario de los muertos» (cf. *De exhortatione castitatis*). Bello texto también el de Santa Mónica: «Ponite, inquit, hoc corpus ubicumque; nihil vos eius cura conturbet. Tantum illud vos rogo ut ad Domini altare memineritis mei ibi fueritis» (cf. *Confes.* l.9 c.2).

Sabemos, además, que desde los tiempos de las persecuciones se recitaban unas preces funerarias que pueden considerarse como el rito primitivo de las exequias cristianas. No se pueden determinar exactamente cuáles fueron. San Jerónimo, al describir las de Fabiola, dice que se oía resonar por las vías romanas el canto del aleluya. Y en la vida de Santa Paula dice que la Santa fué conducida llevando el féretro los obispos con sus propias manos y hombros, y otros prelados portaban antorchas y cirios; cantando ordenadamente salmos en griego, latín y siríaco, no sólo por espacio de tres días hasta que fué sepultada en la cripta junto a la gruta del Señor, sino durante toda la semana. San Agustín, describiendo los funerales de su madre, Mónica, dice que Evodio entonó el salmo 100 y que todos los asistentes respondían a cada versículo *Misericordiam et iudicium cantabo tibi, Domine*».

c) Los cristianos después de la invasión de los bárbaros 1685

«Invadida Italia por los bárbaros, dejan de existir los cementerios y se entierra a los fieles en las iglesias o cerca de ellas.

Dividen a éstas, desaparecen los banquetes, los *rosalia*, etc., todo aquello que es de carácter puramente familiar, para dejar luego tan sólo lo estrictamente litúrgico, a saber: enterramiento en lugar sagrado y la misa el día del entierro, el tercero, séptimo y el aniversario. Comienza a enriquecerse esta liturgia con la introducción del oficio *defunctorum*, que se canta en los monasterios de Roma probablemente en el siglo VIII».

d) La Conmemoración de Todos los Fieles Difuntos 1686

«En el siglo X prevaleció, principalmente en los monasterios benedictinos, el uso de celebrar anualmente una memoria de todos los bienhechores o amigos difuntos del cenobio.

Atribúyese a San Odilón, abad de Cluny, el haber dado fuerza de ley y carácter universal a tal usanza, que ya había prevalecido en muchas iglesias. Conocemos el edicto de San Odilón, que data del 998, pero no atañe más que a los cenobios que entonces dependían de Cluny, los cuales sumaban varios centenares, esparcidos por Francia, por España y por Italia. En ese documento ordena el piadoso abad que el día 1 de noviembre, después de las vísperas solemnes, se toquen las campanas con carácter fúnebre y celebren los monjes en el coro el oficio de difuntos. Además, al día siguiente todos los sacerdotes debían ofrecer a Dios el divino sacrificio *pro requie omnium defunctorum*.

Este uso fué muy imitado primero en los diferentes cenobios benedictinos, luego fué penetrando poco a poco en los rituales diocesanos, como en

Lieja (a.1008) y en Besanzón, hasta que al fin se convirtió en rito universal de la Iglesia latina.

En los *Ordines Romani*, el *anniversarium omnium animarum* aparece por vez primera en el Ordo XIV, del siglo XIV» (cf. SCHUSTER, *Liber Sacramentorum* t.9 p.114).

1687 e) EN NUESTROS DÍAS

«La piedad para con las pobres almas del purgatorio ha alcanzado en los siglos posteriores un enorme desarrollo, como en general toda la devoción católica, sucediendo en esto lo que con un frondoso árbol, que cada vez extiende más sus ramas, se cubre de hojas y se esmalta de flores. Asimismo, con ocasión de la primera gran guerra, cuando las ciudades, por no decir todas las familias, se veían en el trance de tener que llorar a sus propios difuntos, Benedicto XV hizo extensivo a toda la Iglesia católica un privilegio que en otro tiempo Benedicto XIV había concedido a los Estados sujetos a la corona de España: el de que todo sacerdote pudiera celebrar tres misas en sufragio de los difuntos el día 2 de noviembre.

Pero en la mente del otorgante influyeron otras razones, además de la inútil mortandad, según él llamó a aquella cruel guerra. La piedad de los antepasados había dotado ricamente altares, iglesias y cabildos, para que después de su muerte el alma del piadoso donante se beneficiase con la aplicación de la misa. Mas habiendo la revolución y la confiscación de los bienes eclesiásticos disipado las más de las veces aquellos legados, aquel gran Pontífice se consideraba obligado, a causa de la miseria a que entonces se veía reducido el clero, a dispensar a cabildos, a comunidades religiosas y a simples sacerdotes de la carga de esos antiguos legados de misas, que resultaban insolventes. ¿Qué hizo entonces Benedicto XV? Habituado como estaba a la usanza litúrgica de España, desde el tiempo en que había estado en aquella nunciatura pontificia con el difunto cardenal Rampolla del Tindaro, autorizó a todos los sacerdotes para celebrar tres veces la misa en la Conmemoración de los Fieles Difuntos. Las condiciones fueron las siguientes: uno de estos sacrificios podía ser ofrecido según la intención particular del celebrante; mas los otros dos quiso el papa que se celebrasen, el uno por todos los fieles difuntos en general, y el otro para satisfacer por un enorme cúmulo de legados de misas que habían resultado insolventes a causa de las confiscaciones.

En la actual disciplina eclesiástica, esta poliliturgia del 2 de noviembre constituye un privilegio más bien único que raro, que equipara en cierto modo la Conmemoración de Todos los Fieles Difuntos al mismo santo día de Navidad. Es el verdadero natalicio de las almas purgantes» (cf. SCHUSTER, *Liber Sacramentorum* t.9 p.115-116).

Puede apreciarse, según la anterior nota histórica, la gran importancia que se ha dado a la misa por los difuntos. Santo Tomás demuestra teológicamente que es el principal sufragio (cf. infra, sec.IV). Incumbe, por tanto, al predicador formar la piedad de los fieles para con los difuntos, de modo que no sea excesivamente sentimental ni consuma grandes cantidades en adornos de sepulcros que sirven a veces para consuelo, a veces para vanidad de los vivos más que para provecho de los difuntos. A éstos beneficia, en cambio, la misa, las limosnas y todo género de obras caritativas.

f) Ideas que se deducen de las fórmulas litúrgicas 1688

Esta idea, como la del purgatorio y el cielo, la de la resurrección y descanso de los muertos, etc., puede sacarse de las fórmulas litúrgicas, verdadero tesoro de profundidad teológica, ternura y consuelo. Y debieran predicarse con frecuencia al pueblo que manifiesta su fe en torno a los muertos. No sabemos por qué el día de difuntos se omite la predicación, siendo así que en muchos lugares éste es el único día en que algunos pisan la iglesia. Un movimiento muy laudable se observa en pro de la predicación en este día, y no sólo en los templos, sino también en el cementerio. Más aún, en muchas parroquias, los sacerdotes han introducido la costumbre de decir unas palabras en los funerales y aniversarios, lo cual, además de laudable, es muy provechoso.

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN AGUSTIN

Sufragios por los difuntos

A) De las sepulturas y sufragios por los difuntos

Extracto del libro *De cura pro mortuis*. Es un librito dirigido a San Paulino de Nola, en el que explica que a los muertos no les aprovecha nada que sus cuerpos sean sepultados o no, aunque debe hacerse, por proceder de un afecto humano natural y excitar a orar por ellos (cf. PL 40,591-610).

1689 a) INFLUJO DE LOS MÉRITOS ANTERIORES SOBRE LOS SUFRAGIOS

«Hace tiempo que le debo a vuestra santidad, venerable coepíscopo Paulino, una respuesta a la carta que me enviaste... preguntándome si aprovecharía a alguien el que su cuerpo fuese sepultado cerca del monumento de algún mártir» (cf. 1: 592).

«Una de las cosas que te mueve a dudar es la oposición que parece existir entre las costumbres de la Iglesia y la frase de San Pablo de que nos presentemos ante Dios y no nos aprovechará más que los méritos que hayamos contraído en vida (2 Cor. 5,10). Esta cuestión se resuelve recordando que mientras vivimos en este cuerpo es nuestra propia conducta la que decide si todas estas cosas nos aprovecharán o no cuando seamos ya difuntos, y así resulta que según lo que hayamos obrado viviendo en carne mortal nos servirá o no de ayuda cuanto religiosamente se haga después por nosotros. En efecto, hay algunos a los cuales no les aprovecha para nada, sea porque llegaron a tal número sus deméritos que son indignos de que les sirva de ayuda, sea porque fueron tan buenos que no necesitan de ninguna. Así, pues, la clase de vida que se ha llevado en este mundo es la causa de que aproveche o no aproveche lo que se les ofrece piadosamente una vez que han abandonado su cuerpo. Porque, en realidad, si en esta vida no merecieron en forma alguna que les aproveche, inútilmente lo buscarán después. Esta es la causa

de que la Iglesia no ofrezca en balde sus cuidados religiosos por los difuntos y de que, sin embargo, Dios dé a cada uno según las obras buenas o malas que ejecutó en su cuerpo» (cf. 2: 593).

b) Razón de la honrosa sepultura cristiana 1690

Aunque el libro de los Macabeos (2,12-43) no alabase el cuidado tenido con los cuerpos de los difuntos y las oraciones ofrecidas, tendríamos, sin embargo, la costumbre de la Iglesia universal...

A las almas no les molesta que sus cuerpos hayan sido o no sepultados. «La tierra no cubrió muchos cuerpos de cristianos y, no obstante, ninguno de ellos fué separado del cielo o de la tierra que llena por completo con su presencia aquel que sabe de dónde ha de resucitar a sus criaturas.

1. Las exequias son más bien un consuelo 1691

«Por lo tanto, todas estas cosas, como los funerales, la clase de sepultura, la pompa de las exequias, son más bien un consuelo para los vivos que una ayuda para los muertos. Si al impío le sirviera de algo su magnífica sepultura, le perjudicaría al piadoso el no tenerla o tenerla pobre. Preclaras fueron delante de los hombres las exequias que a aquel rico y purpurado le ofreció la multitud de sus domésticos. Pero mucho más hermosas fueron ante el Señor las que ofrecieron los ángeles a aquel pobre lleno de llagas, al que no condujeron a un túmulo de mármol, sino al seno de Abrahán». Hasta los mismos filósofos paganos despreciaron los soberbios panteones» (cf. ibid., 3 y 4: 593).

2. No han de ser menospreciados los restos mortales 1692

«Sin embargo, los cuerpos de los difuntos no han de ser menospreciados ni arrojados de cualquier manera, sobre todo si pertenecen a justos y fieles, porque el Espíritu Santo los ha sabido usar como órganos para toda clase de obras buenas.

Si un vestido paterno, o un anillo, o cualquier otra cosa de este jaez es tanto más querida para sus descendientes cuanto mayor era el cariño que le tenía, con mucha más razón habrá de cuidar de unos cuerpos a los que estuvieron unidos mucho más íntima y familiarmente que con cualquier vestido. Estas cosas no son adornos ni ayudas que nos hayan sido añadidas extrínsecamente, sino que brotan de la misma naturaleza humana». Por eso los antiguos se cuidaron de las sepulturas y exequias y encargaron a sus hijos que trasladasen sus cuerpos, y Tobías, enterrando los cadáveres, mereció que Dios lo alabase, y el mismo Señor alabó a la mujer que derramó sobre él un ungüento como anunciando su próxima sepultura. «Todos estos ejemplos no quieren significar que los cadáveres sientan algo todavía, sino que nos hablan de la providencia de Dios (a quien

le agrada este oficio de la piedad), y al cual pertenece el cuidado de unos cuerpos de cuya resurrección nos habla la fe. Aprendamos además y muy saludablemente cuál será el premio de la limosna entregada al que vive y siente, si no se pierde ante Dios ni aun siquiera lo que se ejecuta cuidadosamente con los miembros exánimes de un hombre» (cf. ibid., 5: 595).

1693 **3. Un recto afecto humano**

«Igualmente indica un recto afecto humano el preocuparse de enterrar los cuerpos cerca de los monumentos de algún santo, puesto que si es oficio de la religión cuidar que se entierren, también habrá de serlo preocuparse del lugar en que serán enterrados. Sin embargo, en todas estas cosas que sirven de consuelo a los que viven y con las cuales manifiestan el ánimo piadoso hacia los suyos, no veo otra ayuda para los muertos, sino el hecho de que al visitar los lugares donde han sido depositados los cuerpos que amaban, se acuerdan también de rezar por ellos ante los santos bajo cuya protección los sepultaron. Podían hacerlo, ciertamente, aunque no los hubieran enterrado allí, pero eso es precisamente lo que quiere significar el nombre de *memoria* y *monumento* que damos a los sepulcros... Pues el sentido de la palabra *memoria* es bien claro y el de *monumento* viene de avisar a la mente *(moneat mente)*». Viendo así el sepulcro de un familiar nuestro junto al de un mártir, nos es más fácil encomendarle a este santo.

1694 **4. Oraciones por sus almas**

«Pero aun cuando nos fuera imposible inhumarlos en lugares parecidos, no por ello estamos excusados de dirigir por sus almas las oraciones que la Iglesia ofrece de un modo general, y aun omitiendo los nombres, por todos los que han muerto en su cristiana y católica comunión, para que si algunos careciesen de padres, hijos, parientes y amigos, se acuerde por lo menos de ellos la piadosa madre común. Y si faltaren las oraciones procedentes de la piedad y el amor, paréceme que de nada les serviría a las almas el lugar, cualquiera que fuere, en que sus cuerpos hubiesen sido sepultados» (cf. ibid., 6: 596).

«Lo que ayuda al alma del difunto no es el lugar donde esté su cuerpo muerto, sino el afecto de su madre que se despierta ante el recuerdo del lugar de la sepultura; ésta es la que hace recordar quién es el recomendado y a quién se le recomienda. Ocurre exactamente igual que a los que oran cuando acompasan los movimientos de su cuerpo con sus súplicas, arrodillándose, extendiendo las manos, prosternándose en el suelo o ejecutando acciones parecidas, porque aunque su voluntad invisible y la intención de su corazón sea bien conocida de Dios, que no necesita de tales signos para penetrar en el interior del hombre, sin embargo, éste se excita a orar y gemir más humilde y fervientemente con todas estas cosas.

No sé de qué manera ocurre, siendo así que estos movimientos corporales proceden ya de un estado de ánimo, pero lo cierto es que el mismo ánimo invisible se excita y aumenta con las obras exteriores de forma tal que le sirven de pábulo las mismas acciones a que él dió origen». Claro está que el que no pudiere mover sus miembros en la oración, deberá, sin embargo, orar, y del mismo modo el que no pueda ofrecer a sus difuntos ninguna de estas señales exteriores, debe ofrecer lo principal, que es la oración» (cf. ibid.; 7: 596).

Cuando estamos vivos nos preocupamos ya, y no con mucha razón, de lo que se hará con nuestro cuerpo muerto. «Y puede asustarse, entristecerse vivo, sobre lo que no ha de sentir cuando esté muerto».

B) ¿Conocen los difuntos lo que pasa en la tierra? 1695

Se pregunta San Agustín sobre si los difuntos se aparecen, y después de hablar de antiguas fábulas, de admitir casos de alguna que otra aparición y distinguirlos de los sueños de los frenéticos, afirma que los muertos en la otra vida no saben sino por revelación especial lo que ocurre en ésta. Transcribimos unas frases sentidísimas que tiene sobre su madre.

«Reciba cada uno como le parezca lo que voy a decir. Si las almas de los muertos estuviesen en medio de nuestros asuntos y fuera cierto que cuando los vemos en sueños nos estuvieron hablando ellos en realidad, omitiendo otras cosas os diría que a mí no me hubiera abandonado ni una sola noche aquella amante madre que me seguía por tierra y por mar para vivir siempre conmigo. ¿Cómo pensar que ahora que está en una vida más feliz se haya hecho cruel hasta el punto de que viendo mi corazón angustiado no corra a consolar a su hijo triste, a ese hijo que fué el único que amó y al que no quiso ver nunca con penas?» (cf. ibid., 16: 604).

«Entonces ¿cómo pidió el epulón que lo dejasen venir a la tierra? Se cuidaba de los vivos sin saber qué es lo que estaban haciendo, como nos cuidamos de los muertos aun sin saber qué es lo que hacen» (cf. ibid., 17: 605).

«Pueden, sí, las almas de los muertos saber algo de lo que aquí ocurre cuando les sea necesario saberlo, y en ese caso el Espíritu de Dios les revelará no sólo lo pretérito, sino hasta el presente» (cf. ibid., 18: 606).

C) Resumen 1696

«Así, pues, no pensemos que podemos ayudar a los difuntos de quienes cuidamos, de otra forma que no fuere con el sacrificio solemne del altar, de la oración o de la limosna, aun cuando estas cosas

no aprovechen a todos aquellos por quienes se ofrecen, sino sólo a los que lo merecieron en su vida. Mas como quiera que no podemos distinguir quiénes sean éstos, conviene que las ofrezcamos por todos los bautizados para que no queden relegados al olvido ninguno de aquellos a quienes estos bienes puedan y deban llegar. Mejor es que sobre a aquellos a quienes nada aprovecha ni daña, que no que falte a los que les puede aprovechar.

Todo lo que se gasta en enterrar el cuerpo no es provecho para la salvación, sino obligación de nuestros sentimientos humanos, según el afecto natural de que nadie debe tener odio a su propia carne (Eph. 5,29).

Y si así obran los que no creen en la resurrección de la carne, ¿cuánto más deberán practicarlo los que creen para que esta obligación que cumplen con un cuerpo muerto, pero que ha de resucitar y permanecer en la eternidad, sea también un testimonio de su fe? Lo de que sea enterrado junto al sepulcro de un mártir me parece aprovecha al difunto para que encomendándole al patrocinio suyo, aumente el fervor de las oraciones» (cf. ibid., 22: 609).

«Ahí tienes respuesta a todo lo que me preguntabas, y si ha resultado demasiado extensa, perdóname. Ha sido el amor quien me ha movido a hablar tan largamente contigo» (cf. ibid., 23: 609).

D) Muerte de Santa Mónica

1697 a) Deseo del cielo

«Estando ya inminente el día en que había de salir de esta vida —que tú, Señor, conocías, y nosotros ignorábamos—, sucedió—a lo que yo creo, disponiéndolo tú por tus modos ocultos—que nos hallásemos solos yo y ella apoyados sobre una ventana desde donde se contemplaba un huerto o jardín que había dentro de la casa, allí en Ostia Tiberina, donde, apartados de las turbas, después de las fatigas de un largo viaje, cogíamos fuerzas para la navegación.

Allí solos conversábamos dulcísimamente, y *olvidando las cosas pasadas, ocupados en lo por venir* (Phil. 3,13), inquiríamos los dos delante de la verdad presente, que eres tú, cuál sería la vida eterna de los santos, *que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre concibió* (1 Cor. 2,9). Abríamos anhelosos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos de tu fuente—de la fuente de vida que está en ti—para que, rociados según nuestra capacidad, nos formásemos de algún modo idea de cosa tan grande.

Y como llegara nuestro discurso a la conclusión de que cualquier deleite de los sentidos carnales, aunque sea el más grande, revestido del mayor esplendor corpóreo, ante el gozo de aquella vida no sólo no es digno de comparación, pero ni aun de ser mentado, levantándonos con más ardiente afecto hacia el que es siempre el mismo, recorrimos gradualmente todos los seres corpóreos hasta el mismo cielo desde donde el sol y la luna envían sus rayos a la tierra.

Y subimos todavía más arriba, pensando, hablando y admirando tus obras, y llegamos hasta nuestras almas y las pasamos también a fin de llegar a la región de la abundancia indeficiente en donde tú apacientas a Israel eternamente con el pasto de la verdad y es la vida de la Sabiduría, *por quien* todas las cosas existen (Io. 1,3), así las ya creadas como las que han de ser, sin que ella lo sea por nadie; siendo *ahora* como fué *antes* y como será *siempre*, o más bien sin que haya en ella *fué* ni *será*, sino sólo *es*, por ser eterna, porque lo que ha sido o será no es eterno.

Y mientras hablábamos y suspirábamos por ella llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón, y suspirando y dejando allí prisioneras las primicias de nuestro espíritu, tornamos al estrépito de nuestra boca donde tiene principio y fin el verbo humano, en nada semejante a tu Verbo, Señor nuestro, *que permanece en sí* sin envejecerse y *renueva todas las cosas*.

Y decíamos nosotros: si hubiera alguien en quien callase el tumulto de la carne; callasen las imágenes de la tierra, del agua y del aire; callasen los mismos cielos y aun el alma misma callase y se remontase sobre sí, no pensando en sí; si callasen los sueños y revelaciones imaginarias, y, finalmente, si callase por completo toda lengua, todo signo y todo cuanto se hace pasando—puesto que todas estas cosas dicen a quien les presta oído: *No nos hemos hecho a nosotras mismas, sino que nos ha hecho el que permanece eternamente* (Ps. 99,3)—; si dicho esto callasen dirigiendo el oído hacia aquel que las ha hecho, y sólo él hablase, no por ellas, sino por sí mismo, de modo que oyesen su palabra, no por lengua de carne, ni por voz de ángel, ni por sonido de nubes, ni por enigma de semejanza, sino que le oyéramos a él mismo, a quien amamos, en estas cosas el mismo sin ellas, como al presente nos elevamos y tocamos rápidamente con el pensamiento la eterna Sabiduría, que permanece sobre todas las cosas; si, por último, este estado se continuase y fuesen alejados de él las demás visiones de índole muy inferior, y ésta sola arrebatase, absorbiese y abismase en los gozos más íntimos a su contemplador, de modo que fuese la vida sempiterna cual fué este momento de intuición por el cual suspiramos, ¿no sería esto el *entra en el gozo de tu Señor?* (Mt. 25,21). Mas ¿cuándo será esto? *¿Acaso cuando todos resucitemos*, bien que no todos seamos inmutados? (1 Cor. 15,51). 1698

Tales cosas decía yo, aunque no de este modo ni con estas palabras. Pero tú sabes, Señor, que en aquel día, mientras hablábamos de estas cosas—y a medida que hablábamos nos parecía más vil este mundo con todos sus deleites—, díjome ella: «Hijo, por lo que a mí toca, nada me deleita ya en esta vida. No sé ya qué hago en ella ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del siglo. Una sola cosa había por la que deseaba detenerme un poco en esta vida y era verte cristiano católico antes de morir. Superabundantemente me ha concedido esto mi Dios, puesto, que despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago, pues, aquí?» (cf. *Confes.* c.10: BAC, *Obras de San Agustín* t.2 p.685-686).

1699

b) Lugar de la sepultura

«No recuerdo yo bien qué respondí a esto; pero sí que apenas pasados cinco días o no muchos más, cayó con fiebres. Y estando enferma tuvo un día un desmayo, quedando por un poco privada de los sentidos. Acudimos corriendo, mas pronto volvió en sí, y viéndonos presentes a mí y a mi hermano, díjonos como quien pregunta algo: «¿Dónde estaba?» Después, viéndonos atónitos de tristeza, nos dijo: «Enterráis aquí a vuestra madre». Yo callaba y frenaba el llanto, mas mi hermano dijo no sé qué palabras, con las que parecía desearle como cosa más feliz morir en la patria y no en tierras tan lejanas. Al oírlo ella reprendióle con la mirada con rostro afligido por pensar tales cosas; y mirándome después a mí, dijo: «¡Mira lo que dice!» Y luego, dirigiéndose a los dos, añadió: «Enterrad este cuerpo en cualquier parte, ni os preocupe más su cuidado; solamente os ruego que os acordéis de mí ante el altar del Señor doquiera que os hallareis». Y habiéndonos explicado esta determinación con las palabras que pudo, calló, y agravándose la enfermedad, entró en la agonía.

1700 Mas yo, ¡oh Dios invisible!, meditando en los dones que tú infundes en el corazón de tus fieles y en los frutos admirables que de ellos nacen me gozaba y te daba gracias, recordando lo que sabía del gran cuidado que había tenido siempre de su sepulcro, adquirido y preparado junto al cuerpo de su marido. Porque así como había vivido con él concordísimamente, así quería también—cosa muy propia del alma humana, menos deseosa de las cosas divinas—tener aquella dicha y que los hombres recordasen cómo después de su viaje transmarino se le había concedido la gracia de que una misma tierra cubriese el polvo conjunto de ambos cónyuges.

Ignoraba yo también cuándo esta vanidad había empezado a dejar de ser en su corazón por la plenitud de tu bondad; alegrábame sin embargo, admirando que se me hubiese mostrado así, aunque ya en aquel nuestro discurso de la ventana me pareció no desear morir en su patria al decir: «¿Qué hago ya aquí?»

También oí después que, estando yo ausente, como cierto día conversase con unos amigos míos con maternal confianza sobre el desprecio de esta vida y el bien de la muerte estando ya en Ostia, y maravillándose ellos de tal fortaleza en una mujer—porque tú se la habías dado—, le preguntasen si no temería dejar su cuerpo tan lejos de su ciudad, respondió: «Nada hay lejos para Dios ni hay que temer que ignore al fin del mundo el lugar donde estoy para resucitarme».

Así, pues, a los nueve días de su enfermedad, a los cincuenta y seis de su edad y treinta y tres de la mía, fué libertada del cuerpo aquella alma religiosa y pía» (cf. o.c., c.11: BAC, p.689).

c) Dolor de Agustín 1701

«Cerraba yo sus ojos, mas una tristeza inmensa afluía a mi corazón, y ya iba a resolverse en lágrimas cuando al punto mis ojos, al violento imperio de mi alma, resorbían su fuente hasta secarla, padeciendo con tal lucha de modo imponderable. Entonces fué cuando, al dar el último suspiro, el niño Adeodato rompió a llorar a gritos; mas reprimido por todos nosotros calló. De ese modo era también reprimido aquello que había en mí de pueril y me provocaba el llanto, con la voz juvenil, la voz del corazón, y callaba. Porque juzgábamos que no era conveniente celebrar aquel entierro con quejas lastimeras y gemidos, con los cuales se suele frecuentemente deplorar la miseria de los que mueren o su total extinción; y ella ni había muerto miserablemente ni había muerto del todo; de lo cual estábamos nosotros seguros por el testimonio de sus costumbres, por su fe no fingida y otros argumentos ciertos.

¿Y qué era lo que interiormente tanto me dolía sino la herida reciente que me había causado el romperse repentinamente aquella costumbre dulcísima y carísima de vivir juntos?

Cierto es que me llenaba de satisfacción el testimonio que había 1702
dado de mí, cuando en esta su última enfermedad, como acariciándome por mis atenciones con ella, me llamaba *piadoso* y recordaba con gran afecto de cariño no haber oído jamás salir de mi boca la menor palabra dura y contumeliosa contra ella. Pero ¿qué era, Dios mío, Hacedor nuestro, este honor que yo le había dado en comparación de lo que ella me había servido? Por eso, porque me veía abandonado de aquel tan gran consuelo suyo, sentía el alma herida y despedazada mi vida, que había llegado a formar una sola con la suya.

Reprimido, pues, que hubo su llanto el niño, tomó Evodio un salterio y comenzó a cantar—respondiéndole toda la casa—el salmo *Misericordia y justicia te cantaré, Señor* (Ps. 100). Enterada la gente de lo que pasaba, acudieron muchos hermanos y religiosas mujeres, y mientras los encargados de esto preparaban las cosas de costumbre para el entierro, yo, retirado en un lugar adecuado, junto con aquellos que no habían creído conveniente dejarme solo, disputaba con ellos sobre cosas propias de las circunstancias, y con este lenitivo de la verdad mitigaba mi tormento, conocido de ti, pero ignorado de ellos, quienes me oían atentamente y me creían sin sentimiento de dolor.

Mas en tus oídos, en donde ninguno de ellos me oía, increpaba yo la blandura de mi afecto y reprimía aquel torrente de tristeza, que cedía por algún tiempo, pero que nuevamente me arrastraba con su ímpetu, aunque no ya hasta derramar lágrimas ni mudar el semblante; sólo yo sabía lo oprimido que tenía el corazón. Y como me desagradaba sobremanera que pudiesen tanto en mí estos sucesos humanos, que, forzosamente han de suceder por el orden debi-

do y por la naturaleza de nuestra condición, me dolía de mi dolor con nuevo dolor y me atormentaba con doble tristeza.

1703 Cunado llegó el momento de levantar el cadáver acompañámosle y volvimos sin soltar una lágrima. Ni aun en aquellas oraciones que te hicimos, cuando se ofrecía por ella el sacrificio de nuestro rescate, puesto ya el cadáver junto al sepulcro antes de ser depositado, como suele hacerse allí, ni aun en estas oraciones, digo, lloré, sino que todo el día anduve interiormente muy triste, pidiéndote, como podía, con la mente turbada, que sanases mi dolor; mas tú no lo hacías, a lo que yo creo, para que fijase bien en la memoria, aun por solo este documento, qué fuerzas tiene la costumbre aun en almas que no se alimentan ya de vanas palabras.

Asimismo me pareció bien tomar un baño, por haber oído decir que el nombre de *baño (balneo,* en latín) venía de los griegos, quienes le llamaron *Balanion* (= arrojar), por creer que arrojaba del alma la tristeza. Mas he aquí—lo confieso a tu misericordia, ¡oh Padre de los huérfanos!—que habiéndome bañado me hallé después del baño como antes de bañarme. Porque mi corazón no trasudó ni una gota de la hiel de su tristeza.

Después me quedé dormido; desperté, y hallé en gran parte mitigado mi dolor; y estando solo como estaba en mi lecho, me vinieron a las mentes aquellos versos verídicos de tu Ambrosio. Porque

Tú eres, Dios, creador de cuanto existe,
del mundo supremo gobernante,
que el día vistes de luz brillante,
de grato sueño la noche triste;
a fin de que a los miembros rendidos
el descanso al trabajo prepare,
y las mentes cansadas repare,
y los pechos de pena oprimidos.

1704 Mas de aquí poco a poco tornaba el pensamiento de antes sobre tu sierva y su santa conversación, piadosa para contigo y santamente blanda y morigerada con nosotros, de la cual súbitamente me veía privado. Y sentí ganas de llorar en presencia tuya por causa de ella y por ella y por causa mía y por mí. Y solté las riendas a mis lágrimas, que tenía contenidas, para que corriesen cuanto quisieran, extendiéndolas yo como un lecho debajo de mi corazón; el cual descansó en ellas, porque tus oídos eran los que allí me escuchaban, no los de ningún hombre que orgullosamente pudiera interpretar mi llanto.

Y ahora, Señor, te lo confieso en estas líneas: Léalas quienquiera e interprételas como quisiere, y si hallare pecado en haber llorado yo a mi madre la exigua parte de una hora, a mi madre muerta entonces a mis ojos, ella que me había llorado tantos años para que yo viviese a los tuyos, no se ría; antes, si es mucha su caridad, llore por mis pecados delante de ti, Padre de todos los hermanos de tu Cristo» (cf. o.c., 12: BAC, ibid., p.692).

d) Oración por su madre 1705

«Mas sanado ya mi corazón de aquella herida, en la que podía reprocharse lo carnal del afecto, derramo ante ti, Dios nuestro, otro género de lágrimas muy distintas por aquella tu sierva: las que brotan del espíritu conmovido a vista de los peligros que rodean a toda alma que muere en Adán. Porque, aun cuando mi madre, vivificada en Cristo, primero de romper los lazos de la carne vivió de tal modo que tu nombre es alabado en su fe y en sus costumbres, no me atrevo, sin embargo, a decir que desde que fué regenerada por ti en el bautismo no saliese de su boca palabra alguna contra tu precepto. Porque la Verdad, tu Hijo, tiene dicho: *Quien llamare a su hermano necio será reo del fuego del infierno* (Mt. 5,22); y ¡ay de la vida de los hombres, por laudable que sea, si tú la examinas dejando a un lado la misericordia! Mas porque sabemos que no escudriñas hasta lo último nuestros delitos, vehemente y confiadamente esperamos ocupar un lugar contigo. Porque quien enumera en tu presencia sus verdaderos méritos, ¿qué otra cosa enumera sino tus dones? *¡Oh si se reconociesen hombres los hombres* (Ps. 9,21) *y quien se gloría se gloriase en el Señor!* (1 Cor. 1,31).

Así, pues, alabanza mía y vida mía, y Dios de mi corazón. 1706
Dejando a un lado por un momento sus buenas acciones, por las cuales gozoso te doy gracias, pídote perdón por los pecados de mi madre. Oyeme por la Medicina de nuestras heridas, que pendió del leño de la cruz y *sentado ahora a tu diestra intercede contigo por nosotros* (Rom. 8,34). Yo sé que ella obró misericordia y que *perdonó de corazón las deudas a sus deudores; perdónale también tú sus deudas* (Mt. 6,12) si algunas contrajo durante años después de ser bautizada. Perdónala, Señor, perdónala, te suplico, y *no entres en juicio con ella* (Ps. 132,2). *Triunfe la misericordia sobre la justicia* (Ier. 2,13), porque tus palabras son verdaderas y prometiste *misericordia a los misericordiosos* (Mt. 5,7), aunque lo sean porque tú se lo das, tú, que *tienes compasión de quien la tuviere y prestas misericordia a quien fuere misericordioso* (Rom. 9,15).

Yo bien creo que has hecho ya con ella lo que te pido; *mas deseo aprobéis, Señor, los deseos de mi boca* (Ps. 118,108). Porque estando inminente el día de su muerte, no pensó aquélla en enterrar su cuerpo con gran pompa o que fuese embalsamado con preciosas esencias, ni deseó un monumento escogido, ni se cuidó del sepulcro patrio. Nada de esto nos ordenó, sino únicamente deseó que nos acordásemos de ella ante el altar del Señor, al cual había servido sin dejar ningún día, sabiendo que en él es donde se inmola la víctima santa, con cuya sangre fué borrada la *escritura que había contra nosotros* (Col. 2,14) y vencido el enemigo que cuenta nuestros delitos y busca de qué acusarnos, *no hallando nada en aquel en quien nosotros vencemos* (Io. 14,30).

¿Quién podrá devolverle su sangre inocente? ¿Quién resti- 1707
tuirle el precio con que nos compró para arrancarnos de aquél?

A este sacramento de nuestro precio ligó tu sierva su alma con el vínculo de la fe. Nadie la aparte de tu protección. No se interponga ni por fuerza ni por insidia el león o el dragón. Porque no dirá ella que no debe nada para ser convencida y presa del astuto acusador, sino que sus deudas le han sido perdonadas por aquel a quien nadie podrá devolverle lo que no debiendo por nosotros dió por nosotros.

Sea, pues, en paz con su marido, antes del cual y después del cual no tuvo otro; a quien sirvió, ofreciéndote a ti el fruto con paciencia, a fin de lucrarle para ti. Mas inspira, Señor mío y Dios mío, inspira a tus siervos, mis hermanos; a tus hijos, mis señores, a quienes sirvo con el corazón, con la palabra y con la pluma para que cuantos leyeren estas cosas se acuerden ante tu altar de Mónica tu sierva y de Patricio, en otro tiempo su esposo, por cuya carne me introdujiste en esta vida no sé cómo. Acuérdense con piadoso afecto de los que fueron mis padres en esta luz transitoria, mis hermanos, debajo de ti, ¡oh Padre!, en el seno de la madre católica, y mis ciudadanos en la Jerusalén eterna, por la que suspira la peregrinación de tu pueblo desde su salida hasta su regreso, a fin de que lo que aquélla me pidió en el último instante le sea concedido más abundantemente por las oraciones de muchos con estas mis «Confesiones», que no por mis solas oraciones» (cf. o.c., c.13: BAC, ibid., p.695).

II. SAN BERNARDO

Orad por los difuntos

(Cf. *Obra selecta:* BAC, *Sermones varios* p.717.)

1708 «La tercera región es la de la expiación. Tres son los lugares en que son recibidas las almas de los nuestros según sus méritos respectivos: el infierno, el purgatorio y el cielo. En el infierno, las de los impíos; en el purgatorio, las que necesitan purificarse, y en el cielo, las puras y santas. Las que van al purgatorio esperan la redención, mas antes deben ser atormentadas o con el calor del fuego, o con el rigor del frío, o de alguna otra manera más o menos grave y pesada; las que están en el cielo gozan inefablemente con la visión beatífica, como hermanas de Cristo en la naturaleza humana, coherederas suyas en la gloria y semejantes a El en los goces eternos de que participan.

1709 Ahora bien, como las primeras no merecen ser redimidas y las terceras no necesitan redención, réstanos sólo volver los ojos de nuestra compasiva caridad a las segundas, con quienes nos unieron los lazos de humanidad. Iré, pues, a esta región y veré esa gran maravilla de los fuegos expiatorios, donde el piadoso

Padre deja en manos del tentador a sus hijos que un día han de ser glorificados, no para su muerte, sino para su purificación; no movido de su indignación, sino de su misericordia; no para su destrucción, sino para nuestra lección; no para que sean vasos de ira destinados a la muerte eterna, sino vasos de misericordia preparados para la eterna glorificación. Me apresuraré a socorrerlos, me interesaré por ellas con mis suspiros, imploraré su perdón con mis penitencias, intercederé por ellas con mis plegarias, satisfaré por ellas con el incruento sacrificio, por ver si con ello consigo que el Señor se digne aceptar estos sufragios y juzgue oportuno aplicárselos, trocando su trabajo en descanso, su miseria en riqueza y su aflicción en corona de gloria sempiterna. Con estos sufragios e intercesiones y otros parecidos podemos abreviar sus tormentos, poner término a su cautiverio y destruir la pena que merecen.

Recorre, pues, alma fiel, quienquiera que seas, recorre aquella región de la expiación y observa lo que allí se hace y padece y en este mercado haz tus provisiones de afectos de compasión que te nspiren aplicar a aquellas almas toda clase de sufragios».

SECCION IV. TEOLOGOS

SANTO TOMAS DE AQUINO

La Conmemoración de los Fieles Difuntos

La doctrina teológica acerca de los sufragios es de excepcional trascendencia para el predicador, y no solamente para el día de difuntos, sino para explicar también a los fieles en los funerales o misas. La tomamos de la *Suma Teológica*, anteponiendo unos párrafos acerca de los lugares de las almas después de la muerte.

1710 ***A) Cinco mansiones de las almas después de la muerte***

«Las moradas de las almas se distinguen según los diversos estados de éstas. El alma unida al cuerpo mortal tiene un estado de merecer; pero salida del cuerpo se halla en estado de recibir por sus méritos el bien o el mal. Por lo tanto, después de la muerte se halla en estado de recibir el premio final o en un estado por el cual es impedida de este premio. Si se halla en el estado de recibir la retribución final, esto sucede de dos modos: o en cuanto al bien, y así es el *paraíso*, o en cuanto al mal, y así por razón de la culpa actual es el *infierno*, y por razón del pecado original es el *limbo de los niños*. Pero si se halla en el estado por el cual es impedida de conseguir la retribución final, o esto es a causa del defecto de la persona, y entonces es el *purgatorio*, en el que son detenidas las almas para que no consigan inmediatamente el premio, a causa de los pecados que cometieron; o por el defecto de naturaleza, y así es el *limbo de los Padres*, en el que eran detenidos antes de la consecución de la gloria por causa del reato de la humana naturaleza, que aún no había podido ser expiado» (cf. *Suppl.* q.69 a.7 c).

B) Las obras de uno pueden aprovechar a otro en virtud de la comunión de los santos

1711 a) No por vía de mérito

«El mérito se basa en la justicia. Debe afirmarse, por tanto, que la obra de una persona de ningún modo puede valer a otra persona para conseguir un estado por la vía del mérito, como si

por mis obras personales mereciese otro hombre la vida eterna. Porque el premio de la gloria se da según la medida del que lo recibe; y cada cual se halla dispuesto en virtud de sus propios actos, no en virtud de los ajenos; por disposición entiende aquí lo que hace digno de una recompensa» (cf. *Suppl.* q.71 a.1 c).

b) Sino por vía de oración 1712

«La oración, en cambio, se apoya en la misericordia, porque el que ora obtiene lo pedido en virtud solamente de la liberalidad de aquel al que se ruega... Por la vía de la oración, también en cuanto a la consecución del estado, la obra de uno puede valer a otro mientras éste vive en el mundo, como cuando un hombre logra para otro la primera gracia. Porque como la súplica de la oración se ajusta a la liberalidad de Dios, a quien se ora, esta súplica puede extenderse a todas las cosas que están sometidas ordenadamente a la potestad divina» (cf. ibid.).

c) Por la unión en la caridad, el mérito es provechoso a otros 1713

«Pero en cuanto a lo que es consecuencia o elemento accesorio del estado, la obra de uno puede valer a otro no sólo por vía de la oración, sino también por la vía del mérito. Esto tiene lugar de dos maneras: primera, por la comunicación en la raíz de la obra, que es la caridad en las obras meritorias; y por esto todos los que están unidos entre sí por la caridad reportan alguna ventaja de las mutuas obras; pero según la medida del estado de cada uno, puesto que también en el cielo cada cual se regocijará de los bienes de otro; y de aquí proviene el artículo de la fe referente a *la comunión de los santos*» (cf. ibid.).

d) Por la intención del que obra, el mérito ayuda a otros 1714

La obra de uno puede también ayudar o aprovechar a otro «en virtud de la intención del que obra, el cual hace especialmente algunas obras para que aprovechen a otros individuos. Por lo cual estas obras se hacen en cierto modo propias de aquellos por quienes se hacen, como si fueran otorgados a ellos por el que las hace; y, en su consecuencia, pueden servir a los primeros para cumplimiento de satisfacción o para otra cosa semejante que no cambie el estado» (cf. ibid.).

1715 ### *C) No es contrario a la justicia que lo de uno aproveche a otros*

«La obra hecha a favor de alguien se hace propia de aquel en cuyo favor se hace, e igualmente la obra del que está unido conmigo es también en cierto modo obra mía. Por consiguiente, no es contrario a la divina justicia el que uno perciba el fruto de las obras hechas por el que está unido con él por medio de la caridad o de las obras hechas en su favor. También sucede según la justicia humana que la satisfacción de uno sea aceptada por la de otro» (cf. *Suppl.* q.71 a.1 ad 2).

1716 ### *D) Los muertos pueden ser ayudados por los vivos*

«La caridad, que es el vínculo que une a los miembros de la Iglesia, no solamente se extiende a los vivos, sino también a los muertos que mueren en la caridad; porque la caridad no acaba cuando acaba la vida del cuerpo: *La caridad nunca perece* (1 Cor. 13, 8). De modo parecido también los muertos viven en la memoria de los hombres que existen. Y por esto la intención de los vivos puede dirigirse a los ya muertos, y en este sentido los sufragios de los vivos aprovechan a los muertos, como también a los vivos, ya por la unión de la caridad, ya por la intención dirigida en su favor. Sin embargo, no debe creerse que los sufragios de los vivos tengan tanto valor que cambie en los muertos el estado de la miseria en estado de felicidad, o viceversa, sino que sirven para la disminución de la pena o algo semejante que no cambie el estado de los muertos» (cf. *Suppl.* q.71 a.2 c).

E) Los sufragios de los pecadores por los difuntos

1717 #### a) Tienen valor en sí mismos

«En los sufragios realizados por los pecadores pueden considerarse dos cosas. Primera, la misma obra ejecutada, como por ejemplo el sacrificio del altar. Y como nuestros sacramentos tienen eficacia por sí mismos, prescindiendo de la obra del que los ejecuta, y producen igualmente su efecto sea quien sea el que los haga en este sentido, los sufragios hechos por los pecadores aprovechan a los difuntos» (cf. *Suppl.* q.71 a.3 c).

b) No lo tienen en cuanto obra de un pecador 1718

«Segunda cosa, en cuanto a la obra del operante: y en este sentido hay que distinguir, porque la operación del pecador que hace sufragios puede ser considerada de un modo como obra suya personal, y de esta manera no puede ser meritoria en modo alguno para sí ni para los otros» (cf. ibid.).

c) A menos que el pecador represente a la Iglesia 1719

Pero podemos considerar que «el pecador al hacer los sufragios representa a la persona de la Iglesia, como el sacerdote cuando recita las exequias de los muertos en la iglesia; y, puesto que se entiende que lo hace aquel en cuyo nombre o voz se hace, como consta por San Dionisio (cf. *De eccl. hier.* c.13 § 4: PG 3,305), de ahí es que los sufragios de tal sacerdote, aunque sea pecador, aprovechen a los difuntos» (cf. ibid.).

d) O que el pecador sea instrumento o mandatario de un justo 1720

Puede la obra del pecador aprovechar también a los difuntos «cuando obra como instrumento de otro, porque la obra del instrumento pertenece en sentido más propio al agente principal. Por lo cual, aunque aquel que obra como instrumento de otro no se halle en estado de merecer, su acción, sin embargo, puede ser meritoria por razón del agente principal, como si el siervo estando en pecado hace alguna obra de misericordia por mandato de su dueño, que tiene caridad. Por consiguiente, si alguno, muriendo en caridad, manda que se le hagan sufragios, u otro que vive en caridad ordena que se hagan, estos sufragios sirven al difunto aunque aquellos que los hacen estén en pecado. Sin embargo, mayor sería su valor si éstos estuviesen en caridad, porque entonces aquellas obras serían meritorias por las dos partes» (ibid.).

F) Los sufragios no aprovechan a los condenados 1721

«Los condenados en el infierno se hallan fuera del vínculo de la caridad, según la cual las obras de los vivos son provechosas para los difuntos. Además, los condenados han llegado totalmente al término de su vida, recibiendo la última retribución por sus méritos, como por su parte también los santos que están en el cielo. Pues lo que queda todavía de la pena o de la gloria del cuerpo no les atribuye la condición de viadores, ya que la gloria como igualmente la miseria de los condenados consiste esencial y radicalmente en el alma. Y, por consiguiente, no puede disminuirse la pena de los condenados, como no puede ser aumentada la gloria de los santos en cuanto al premio esencial.

Sin embargo, podía sostenerse en cierto sentido el modo que algunos establecen para explicar cómo los sufragios aprovechan a los condenados, como si se afirma que no les aprovechan en cuanto a la disminución o interrupción de la pena, ni tampoco en cuanto a la disminución de la sensación de ésta, sino que con estos sufragios se les sustrae solamente alguna materia de dolor que podría existir en ellas, si se vieran de tal modo despreciados que no se tuviese por ellos cuidado alguno; materia de dolor que se les sustrae cuando se hacen por ellos sufragios.

Pero esto no puede aceptarse tampoco como norma común; porque, como dice San Agustín en el libro sobre *El cuidado de los muertos* (cf. c.13: PL 40,605), afirmación que se realiza principalmente en los condenados, «allí están los espíritus de los difuntos donde no ven las cosas que se hacen o suceden en esta vida a los hombres». Por consiguiente, ignoran cuándo se hacen por ellos los sufragios, a menos que excepcionalmente se les dé divinamente este remedio a algunos condenados, lo cual es de todo punto incierto.

Por lo tanto, es más seguro decir simplemente que los sufragios no aprovechan a los condenados ni la Iglesia pretende orar por ellos, según es notorio por las autoridades aducidas» (cf. *Suppl.* q.71 a.5 c).

1722 ### *G) Son útiles a las almas del purgatorio*

«La pena del purgatorio sirve para suplir la satisfacción que no había sido plenamente consumada en el cuerpo. Y como las obras de una persona pueden servir a otra para satisfacer, ya esté viva, ya esté muerta, no hay duda que los sufragios hechos por los vivos aprovechan a los que están en el purgatorio» (cf. *Suppl.* q.71 a.6 c).

1723 ### *H) Aprovechan más, como satisfacción, a aquel por quien se ofrecen*

«El valor de los sufragios puede ser considerado de dos maneras. En primer lugar, por la virtud de la caridad, que hace comunes todos los bienes, y en este sentido valen más para aquel que está más lleno de caridad, aunque no se hagan especialmente por él. De esta manera el valor de los sufragios se considera más según una cierta consolación interior y según el deleite que experimenta el que tiene caridad por los bienes de otro después de la muerte que en cuanto a la disminución de la pena; porque después de la muerte no hay lugar para adquirir gracia o para aumentarla, para lo cual nos valen en la vida las obras de otros por la virtud de la caridad.

En segundo lugar, valen los sufragios en virtud de la intención con que uno los aplica a otro. Y en este sentido la satisfacción de uno se computa a otro; así es indudable que valen más para aquel por quien se hacen. Más aún, valen sólo para él; porque la satisfacción está ordenada propiamente a la remisión de la pena. Por consiguiente, en cuanto a la remisión de la misma aprovecha en especial el sufragio a aquel por quien se hace» (cf. *Suppl.* q.71 a.12 c).

I) Y más si se ofrecen por uno solamente 1724

«Si el valor de los sufragios se considera según lo que valen en virtud de la caridad que une a los miembros de la Iglesia, los sufragios hechos por muchos difuntos aprovechan a cada uno de ellos especialmente; porque la caridad no disminuye al dividirse su efecto entre muchos, antes por el contrario se aumenta más. Del mismo modo que el gozo, cuanto es mayor el número de los sujetos que participan en él, tanto mayor se hace, como dice San Agustín (cf. *Confess.* 8,4: PL 32,752). Y así de una obra buena son muchos los que se alegran en el purgatorio y no uno solo.

Pero si se considera el valor de los sufragios en cuanto son ciertas satisfacciones aplicadas por la intención del que las hace a los muertos, entonces vale más el sufragio hecho particularmente en favor de un difunto que el que se hace en común por él y por otros muchos, porque de esta manera el efecto de los sufragios se divide por divina justicia entre aquellos por quienes se hacen los sufragios. Por lo cual es evidente que esta cuestión depende de la primera, y de esto se deduce claramente la causa por la cual se ha instituído que se hagan en la Iglesia sufragios especiales» (cf. *Suppl.* q.71 a.13 c).

J) Principales sufragios en particular

a) La misa y la comunión 1725

«Los sufragios de los vivos aprovechan a los muertos por la unión que éstos tienen con los vivos en virtud de la caridad y por la intención de los vivos aplicada a los difuntos. Y, por tanto, se dirigen principalmente a ayudar a los muertos aquellas obras que pertenecen primordialmente a la comunicación de la caridad o la dirección de la intención hacia otros. Ahora bien, a la caridad pertenece principalmente el sacramento de la Eucaristía, puesto que es el sacramento de la unión eclesiástica, que contiene a aquel en el cual toda la Iglesia se une y se consolida, esto es, Cristo. De donde se sigue que la Eucaristía es como un cierto origen o vínculo de caridad» (cf. *Suppl.* q.71 a.9 c).

1726 b) Las limosnas

«Entre los efectos de la caridad, el más importante son las limosnas. Y así estas dos cosas por parte de la caridad ayudan principalmente a los muertos, es decir, el sacrificio de la Iglesia y las limosnas» (cf. ibid.).

c) Las oraciones

«Pero de parte de la intención dirigida hacia los difuntos tiene un valor especial la oración, porque ésta, por su misma esencia, no sólo dice relación al que ora, como todas las demás obras, sino que implica una relación más directa con aquel por quien se ruega» (cf. ibid.).

d) Resumiendo

«Por tanto, estas tres cosas constituyen los tres principales socorros de los difuntos, aunque también debe creerse que aprovechan a los difuntos cualesquiera otras buenas obras que se hacen en caridad» (cf. ibid.).

1727 *K) Es laudable la costumbre de mandar sufragios por sí mismo*

«Los sufragios tienen valor de dos maneras, a saber, por la obra del operante, *ex opere operante*, y por la obra obrada, *ex opere operato;* y llamo *opus operatum* no solamente al sacramento de la Iglesia, sino al efecto resultante de la operación, como, por ejemplo, del dar limosnas se sigue el remedio de los pobres y la oración de éstos a Dios por el difunto. Igualmente, el *opus operans* puede entenderse tanto por parte del agente principal como por parte del que lo ejecuta. Digo, pues, que tan pronto como el que muere dispone que le sean hechos algunos sufragios, consigue plenamente el premio de los sufragios aun antes de que se hagan, en cuanto a la eficacia del sufragio que deriva *ex opere operante* del agente principal, pero en cuanto a la eficacia de los sufragios que proviene *ex opere operato* del que la ejecuta, no se consigue el fruto antes de que se hagan los sufragios. Y si sucede que el difunto se ve sometido anteriormente a la purificación de su cuerpo, se verá privado en este concepto de los sufragios, lo cual recaerá sobre aquellos que son responsables de la privación de estos sufragios, porque no repugna que en las cosas temporales alguien se vea defraudado por culpa de otro, y la pena del purgatorio es temporal, si bien en cuanto a la eterna retribución nadie pueda ser defraudado sino por culpa propia» (cf. *Suppl.* q.71 a. 9 ad 4).

L) Las indulgencias por los difuntos 1728

«La indulgencia puede aprovechar a una persona de dos maneras. Una, principalmente, y otra, secundariamente. Principalmente aprovecha al que recibe la indulgencia, o sea, el que hace aquello por lo que la indulgencia se concede, como el que visita el templo de algún santo. Ahora bien, como los difuntos no pueden hacer ninguna de las cosas que sirven para ganar las indulgencias, de aquí se sigue que no pueden valer directamente para ellos las indulgencias.

Sin embargo, secundaria e indirectamente aprovechan a aquel por el cual alguien hace la obra que es causa de la indulgencia, lo cual unas veces es posible y otras imposible, según la diversa forma de la indulgencia... Porque si la forma de la indulgencia es ésta: *El que haga esto o lo otro tendrá tal indulgencia,* el que realiza lo mandado no puede transferir a otra persona el fruto de la indulgencia, porque no está en su poder aplicar a otro la intención de la Iglesia, que es la que puede comunicar a los demás el valor que tienen las indulgencias, como ya se ha dicho (cf. q.27 a.3 ad 2). Pero si la indulgencia está dada bajo esta forma: *El que hiciere esto o lo otro, él mismo y su padre, o cualquier otro relacionado con él detenido en el purgatorio, tendrá tanto de indulgencia,* esta indulgencia no sólo aprovechará al vivo, sino también al difunto. Porque no hay razón alguna por la cual la Iglesia pueda transferir los méritos comunes en que se apoyan las indulgencias a los vivos, excluyendo a los muertos» (cf. *Suppl.* q.71 a.10 c).

M) Los adornos del cementerio son más para consuelo de vivos que para provecho de muertos 1729

«La sepultura fué inventada por causa de los vivos y de los muertos. Por causa de los vivos, para que sus ojos no se ofendan por la fealdad de los cadáveres y sus cuerpos no se inficionen con el mal olor; y esto en cuanto al cuerpo. Pero espiritualmente aprovecha también a los vivos, en cuanto que por este medio se establece la fe de la resurrección. Pero aprovecha además a los muertos, porque (los vivos) al ver los sepulcros conservan la memoria de los difuntos y ruegan por ellos; y por esta razón también la palabra *monumentum* (sepultura) toma su nombre de la memoria.

Sin embargo, aquellas cosas que se utilizan para la ornamen-

tación de la sepultura aprovechan en realidad a los vivos, porque son un solaz para éstos; pero pueden también aprovechar a los difuntos, no ciertamente por sí mismos, sino accidentalmente, es decir, en cuanto que mediante tales cosas los hombres se excitan a compadecerse y, por consecuencia, a orar; o también en cuanto que de los gastos de la sepultura reciben limosna los pobres o es decorada la iglesia; porque así es como se cuenta la sepultura entre las demás limosnas» (ibid.).

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. BOSSUET

Oración fúnebre sobre la fragilidad de la vida

Enriqueta Ana de Inglaterra era hija del infortunado rey de Inglaterra Carlos I, decapitado por los rebeldes. Después de una vida breve y un tanto frívola en la corte del Rey Sol, murió casi repentinamente. Escogemos esta oración fúnebre porque al referirse a una princesa cuyos hechos no fueron notables, y, por lo tanto, no se prestaban a que el orador se extendiese en ellos, Bossuet levantó un monumento de elocuencia sobre la fragilidad de la vida. El mismo, al enviar su oración al abate Rancé, le dice que es un libro a propósito para un solitario. Suprimimos casi todo lo que se refiere a la historia personal de la princesa (cf. ed. LEBARQ, V p.650).

A) Exordio 1730

«Señor:

Estaba yo destinado a cumplir esta obligación fúnebre con la muy alta y poderosa princesa Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleáns. Ella, a quien visteis tan atenta cuando yo cumplía el mismo deber para con la reina, su madre, debía ser muy pronto objeto de un sermón parecido, y a mi triste voz estaba reservado este doloroso ministerio. ¡Oh vanidad, oh nada, oh mortal, ignorante de su destino! ¿Lo hubiera creído ella hace diez meses? ¿Hubierais pensado vosotros, señores, cuando la veíais llorar tan abundantemente en este lugar, que habíais de reuniros tan pronto para llorarla a ella?... *¡Vanidad de vanidades y todo vanidad!* (Eccl. 1,2). He aquí las únicas palabras que me es permitido decir, la única reflexión que me resta en un accidente tan extraño. No he necesitado recorrer los libros sagrados para encontrar un texto aplicable a esta princesa...

Quisiera, apoyándome en una sola desgracia, recordar todas las calamidades del género humano, y contemplando una sola muerte, hacer ver la muerte y la nada de todas las grandezas humanas... Todo es vano en nosotros, excepto la sincera confesión, hecha ante Dios, de nuestra vanidad.

Pero ¿digo acaso verdad? El hombre, imagen de Dios, ¿no es más que una sombra? Lo que Jesús vino a buscar desde el cielo y creyó poder comprar con su sangre sin envilecerse, ¿es sólo nada?

Reconozcamos nuestro error... No conviene permitir que el hombre se desprecie completamente... Por eso el Eclesiastés, después de haber comenzado su obra con las palabras que he recitado, después de haber llenado todas las páginas con el desprecio de las cosas humanas, quiere mostrar al hombre algo que sea más saludable, y concluye todo su discurso diciendo: *Teme a Dios y guarda sus mandamientos, pues eso es el hombre todo. Porque Dios ha de juzgarlo todo, aun lo oculto, y toda acción, sea buena o mala* (Eccl. 12, 13-14). Sí, todo es vano en el hombre, si miramos lo que concede al mundo; pero, por el contrario, todo es grande si consideramos lo que le da a Dios. Más aún, todo es vano en el hombre si atendemos al curso de su vida mortal, pero todo es importante si contemplamos el fin en que desemboca y la cuenta que hay que entregar. Meditemos hoy ante ese altar y ese túmulo la primera y la última palabra del Eclesiastés, porque la una muestra la nada del hombre y la otra fundamenta su grandeza...

Ved lo que una muerte súbita le arrebata; mirad lo que una muerte santa le da».

B) Vanidad de lo humano

1731 a) La igualdad de la muerte

«*Todos morimos*, decía la mujer cuya prudencia alaba la Escritura (2 Reg. 14,14), *y somos como agua que se derrama en la tierra, que no puede volver a recogerse*. En efecto, nos parecemos al agua que corre; por muy alto que sea el origen de que se precien los hombres, todos tienen el mismo, y es bien pequeño. Sus años se empujan sucesivamente como las olas, no dejan de correr, de forma que después de haber hecho un poco de ruido, después de haber atravesado un país, algo más grande los unos que los otros, todos van a reunirse, a confundirse en un abismo donde no se conoce ni a los príncipes ni a los reyes, ni a ninguna de esas cualidades espléndidas que distinguen a los hombres; lo mismo que esos ríos tan alabados permanecen sin nombre ni gloria mezclados en el océano de riberas desconocidas.

Si el nacimiento, que nos es común, sirviese para distinguir a los hombres, ¿habrá quien lo tenga más ilustre que esta princesa, nieta de reyes? Si su estirpe era noble, ¿qué diríamos de su ciencia y buen gusto, así como de su prudencia, que la convirtió en embajadora durante el viaje que acaba de realizar a Inglaterra?»

1732 b) Lo mortal, incapaz de elevación

«¡Grandeza y gloria! ¿Seremos capaces todavía, ante la victoria de la muerte, de escuchar esos nombres? No, hermanos, no puedo pronunciar esas palabras, con las que la arrogancia humana se em-

peña en aturdirse para no darse cuenta de su nada. Este es un momento propicio para hacer ver que rodo lo que es mortal, aunque le añadamos por fuera cuanto queramos para hacerlo parecer grande, es por sí mismo incapaz de elevación. Escuchad el raciocinio profundo, no de un filósofo en la escuela, ni de un religioso en el claustro, porque quiero confundir al mundo por medio de lo que él precisamente reverencia más, por medio de quienes lo conocen mejor, y no voy a traer más testimonio que el de un hombre sentado sobre un trono: *Brevísimos hiciste mis días, y mi existencia delante de ti es la nada; no dura más que un poco todo hombre* (Ps. 38,6). Así es, cristianos; todo lo que se mide se acaba, todo lo que ha nacido para acabarse, apenas si ha salido de la nada, cuando vuelve a hundirse en ella. Ni el edificio es más sólido que los cimientos, ni los accidentes sostenidos por el ser son más reales que éste. Y mientras nuestra naturaleza sea tan baja, ¿qué puede hacer la fortuna para sublimarla?»

Imaginemos un rey vencedor paseando por medio de un campo lleno de cadáveres vencidos. Un día caerá en las manos de la muerte, y «entonces aquellos desgraciados vencidos llamarán a su soberbio triunfador para que les acompañe, y desde la cueva de sus sepulturas saldrá esa voz que pulveriza todas las grandezas: *Ya estás herido como nosotros y te has hecho semejante a nosotros* (Is. 14,10). No se empeñe, pues, la fortuna en sacarnos de la nada ni en forzar lo bajo de nuestra naturaleza».

c) También es vanidad la sabiduría 1733

«Pero ¿conseguirá tal vez exaltarnos cuando, para distinguirnos de los demás hombres, atienda a las cualidades del espíritu, los grandes deseos y los anchos pensamientos? No lo creáis, porque todos los pensamientos que no tienen a Dios por objeto pertenecen al dominio de la muerte. *Vuela su alma a su lugar y en ese día perecen todos sus designios* (Ps. 145,4), esto es, los pensamientos de los conquistadores, los pensamientos de los políticos que imaginaron en sus despachos deseos en los cuales se encerraba el mundo entero. Rodeáronse por todas partes de precauciones infinitas y lo perdieron todo, excepto la muerte, que en un solo momento barrió todos sus designios.

El Eclesiastés (2,15), al referirse a la misma sabiduría de los hombres, dice que *también es vanidad*, porque hay una falsa sabiduría que, encerrándose dentro del marco de las cosas mortales, se entierra con ellas mismas en la nada. Por eso, cuando rememoro aquellas bellas cualidades de la princesa que la hacían admirable al mundo, es como si nada dijera; hasta el momento en que comience a hablaros de lo que la une a Dios no he dicho de ella nada que valga la pena.

Mirad, señores, a esos grandes poderosos que vemos desde tan bajo. Mientras temblamos en sus manos, Dios los hiere para ense-

ñarlos. Su altura es la causa de nuestro temor, y Dios la considera tan poco que no teme sacrificarla al resto de los hombres. ¡Oh noche desastrosa, oh noche espantosa, en la que resuena de repente, como el estallido de un trueno, esta noticia que aterra: la princesa se muere, la princesa se ha muerto!»

1734 d) La nada de nuestro cuerpo

«Ahí la tenéis a pesar de su gran corazón; ahí está esa gran princesa tan admirada y querida, tal y como la muerte la ha dejado. Y hasta esta sombra de gloria va a desvanecerse y vamos a despojarla de la triste decoración que la rodea cuando descienda a esos lugares sombríos, a esa morada subterránea donde dormirá en el polvo con los grandes de la tierra, como decía Job, con los reyes y los príncipes aniquilados, en medio de los cuales costará trabajo colocarla por lo apretadas que están sus filas. ¡Tanta prisa se ha dado la muerte a llenar los huecos! Pero, ¿qué digo?, todavía está exagerando nuestra imaginación; la muerte no nos deja ni aun siquiera el cuerpo que ocupe realmente un lugar, pues allí lo único que vemos son tumbas que engañan. Nuestro cuerpo cambia rápidamente, de tal forma que llega a recibir otro nombre, como dice Tertuliano, y hasta el mismo nombre de cadáver desaparecerá pronto, porque esta palabra nos recuerda la forma humana y nuestro cuerpo se cambiará en un no sé qué, pues no hay nombre que darle en ninguna lengua; tan cierto es que todo muere en él, que hasta mueren las palabras funerarias con que designamos estos desgraciados restos.

Así es como el poder divino, justamente irritado contra nuestro orgullo, nos empuja hasta la nada. ¿Qué podremos construir sobre esas ruinas, qué podremos apoyar sobre esos restos cambiadizos de las cosas humanas?»...

1735 ***C) Lo que queda***

«Pero ¿qué, señores, no hay sino desesperación para nosotros? Dios, que humilló toda nuestra grandeza hasta reducirla a polvo, ¿no nos deja esperanza alguna? El, que rige sabiamente hasta la más mínima partecilla de nuestro cuerpo, en cualquier lugar del mundo, por apartado que fuere, donde nos hubiere colocado. El, que cuida de nuestro corazón y de todos nuestros órganos, ¿dejará perecer sin recurso lo que fué capaz de conocer y amar? No, aquí se me presenta un nuevo orden de cosas; las sombras de la muerte se disipan, se me abren los caminos a la verdadera vida (Ps. 15,3). La princesa no está ya en la tumba; la muerte, que parece destruirlo todo, lo ha restablecido todo: he ahí el secreto del Eclesiastés, según os había hecho notar en el principio del discurso».

a) Todo retorna a su principio 1736

«Nos vemos, pues, precisados a pensar que, además de la relación que tenemos, por parte de nuestro cuerpo, con la naturaleza cambiante y normal, gozamos, por otro lado, de una relación íntima y una afinidad secreta con Dios, porque Dios mismo puso en nosotros un algo que puede confesar la verdad de su Ser, adorar la perfección, admirar la plenitud; un algo que puede someterse a su poder soberano, entregarse a su alta e incomprensible sabiduría, confiarse a su bondad, temer su justicia y esperar su eternidad. De esta forma, señores, si el hombre cree tener en sí algo alto, no se engaña. Es necesario que todas las cosas retornen a su principio, y por eso dice el Eclesiastés que el cuerpo vuelve a la tierra de donde salió (12,6), y por la misma razón es preciso que lo que lleva en nosotros la marca divina sea capaz de unirse a Dios y sea llamado por El. Y lo que ha de volver a Dios, grandeza primera y esencial, ¿no será también grande y alto? Así, cuando decía que la grandeza y la gloria no eran entre nosotros sino nombres pomposos, vacíos de sentido, pensaba en el mal uso que hacemos de esas palabras. Pero si he de deciros la verdad completa, ni el error ni la vanidad inventaron esos nombres magníficos, pues no hubiéramos sido capaces de encontrarlos si no hubiéramos hallado algo de ellos en nuestro mismo fondo. Porque ¿cómo descubrir ideas tan nobles en la nada? Nuestra equivocación no radicaba en utilizar esas palabras, sino en aplicarlas a objetos mundanos. San Juan Crisóstomo comprendía perfectamente esta verdad cuando decía: «Gloria, riquezas, nobleza, poder, no son más que palabras para los hombres del mundo, pero para nosotros, que servimos a Dios, son cosas reales. Pobreza, vergüenza, muerte, es algo muy efectivo y real para ellos; para nosotros, meros nombres» (cf. *Hom.* 88 *in Mt.* 5).

b) Todo es vanidad bajo el sol 1737

Por eso el Eclesiastés dice que todo es vanidad bajo el sol; igual es la muerte del hombre que la de los jumentos (Eccl. 2,19). «En efecto, hasta que hemos tropezado con la verdadera sabiduría y mientras mirábamos al hombre con los ojos del cuerpo, sin que nuestra inteligencia descubriera ese principio secreto de todas nuestras acciones que al ser capaz de unirse a Dios debe necesariamente volver a El, ¿qué hallamos en nuestra vida sino locas inquietudes? ¿Qué encontramos en nuestra muerte sino un vapor que se desvanece, unos alientos que se agotan, unos resortes que se desmontan y desconciertan; en resumen, una máquina que se deshace y rompe? La Sabiduría nos lo ha enseñado con las últimas palabras del Eclesiástico y la princesa nos lo va a decir con las últimas palabras de su vida.

Ved cómo obra la gracia de Dios. Hubiera sido una reina poderosa, pero de una monarquía cismática, en que todo la llamaba a la

herejía; Dios, para llamarla al cielo, hizo morir a su padre bajo el hacha del verdugo.

Veamos ahora el segundo efecto de la gracia. Su muerte cambia la naturaleza de las cosas».

1738 c) LA MUERTE CAMBIA DE NATURALEZA PARA LOS CRISTIANOS

«La última gracia de Dios consiste en que la muerte ha cambiado de naturaleza para los cristianos, porque, en vez de despojarnos de todo, nos reviste, como dice San Pablo, y nos asegura eternamente la posesión de los bienes verdaderos. Mientras estamos detenidos en esta mansión de muerte, vivimos sujetos a cambios continuos, porque, si me permitís decirlo, ésta es la ley del país en que habitamos. No poseemos ningún bien, ni aun siquiera el de la gracia, que no podamos perder en un momento con la mutabilidad natural de nuestros deseos. Pero en cuanto dejamos de contar las horas y de medir nuestra vida por días y por años, en cuanto salimos de este reino de apariencias que pasan y de sombras que desaparecen y llegamos al de la verdad, nos vemos liberados de la ley del cambio. Ya nuestra alma no está en peligro, ya nuestros propósitos no vacilan, porque la muerte, mejor dicho, la gracia de la perseverancia final, los ha fijado, y lo mismo que el testamento de Jesucristo, por el cual se entregó a nosotros, quedó firme con la muerte del testador, la muerte del fiel hace que este feliz testamento por el cual nos entregamos al Salvador sea irrevocable...

¿Qué podíamos pedir a Dios para esta princesa sino que fuese firme en el bien y conservase la gracia? Dios nos oía, pero con frecuencia, dice San Agustín (cf. *Tract.* 6,7-8 sobre la *Epístola de San Juan)*, al escucharnos engaña felizmente nuestra previsión. La princesa ha quedado afirmada en el bien mucho más de lo que podíamos imaginar, y como Dios no quería exponer los sentimientos de una piedad sincera a las ilusiones del mundo, hizo lo que dice el Sabio: se dió prisa (Sap. 4,14). Nueve horas, y la princesa... Aun cuando no contemos su dedicación a la piedad más fervorosa en estos últimos tiempos de su vida, esas pocas horas pasadas en la prueba más dura y en los sentimientos más puros del cristianismo equivalen a una larga edad. El tiempo ha sido corto, lo confieso, pero la obra de la gracia ha sido grande, y la fidelidad del alma, perfecta».

1739 ***D) La lección para nosotros mismos***

«Pero al rogar por su alma, ¡oh cristianos!, pensemos también en nosotros mismos. ¿Qué esperamos para convertirnos, qué dureza hay semejante a la nuestra, si un percance tan inesperado, que debiera llegar hasta el fondo de nuestra alma, no sirve sino para aturdirnos unos momentos? ¿Esperamos que Dios resucite a los muertos para instruirnos?»

II. BOURDALOUE

Sermón de difuntos

(Cf. traducción de D. MIGUEL DEL CASTILLO [Madrid 1778] t.10 p.311 ss.)

A) Cómo socorrer a las almas del purgatorio 1740

«*Os digo con verdad que llegó la hora en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán* (Io. 5,25).

Esta voz del Hijo de Dios es la de su sangre, que en el sacrificio del altar se ha ofrecido hoy a Dios por los difuntos. Se hizo escuchar de estas almas que la justicia de Dios tiene en el purgatorio y les anunció la dichosa nueva de su libertad.

No socorrer a las almas del purgatorio porque no se creen las penas que allí padecen ni que hay purgatorio es una conducta tan fuera de razón como llena de error: parte primera. Creer las penas que padecen y no trabajar para aliviarlas es una dureza tan culpable como contraria a la piedad y aun a las leyes de la humanidad: parte segunda. Estar dispuesto a socorrer a estas almas y sólo usar a este fin medios ineficaces es un desorden tan común como digno de llorarse en la cristiandad: parte tercera».

B) La conducta de los que no creen en el purgatorio 1741

«No socorrer a las almas del purgatorio porque no se creen las penas que allí padecen ni que hay purgatorio es una conducta tan fuera de razón como llena de error. Esta es, no obstante, la conducta de los herejes y de los que por libertad de creencia siguen en esta parte su opinión. En esta conducta es fácil descubrir tres grandes defectos».

a) EN LA DUDA, ORAR 1742

«En una duda de especulación se exponen a faltar a una de las obligaciones más importantes de la justicia y caridad cristiana. Los herejes, al fin, están obligados a reconocer, a pesar suyo, que así como no tienen seguridad de que hay purgatorio, tampoco la tienen de que no la hay; en tal duda, sacar por consecuencia que el no orar por los difuntos no es conducta prudente ni sabia. Nosotros, que creemos en el purgatorio, no estamos ciertos por esto de que los difuntos por quienes pedimos en particular estén en él actualmente; porque pueden estar o en el cielo o en el infierno, y, no obstante, pedimos

por ellos, porque, como dice San Agustín, más vale exponerse a orar superfluamente por estas almas que ponerse a riesgo de no hacer por ellas las oraciones que necesitan. Así deberían discurrir los herejes».

1743 b) El testimonio de la Escritura y de los Padres

«No ruegan por los difuntos porque no creen en el purgatorio; pero antes deberían, por el contrario, creer en el purgatorio, porque es evidente e indisputable que es necesario orar por los difuntos. Nada está más sólidamente establecido con la autoridad de la Escritura, con la de los antiguos concilios y Padres y con toda la tradición que orar por los difuntos. Si es necesario orar por ellos, luego hay purgatorio; pero no queriendo los herejes sacar esta consecuencia, niegan el principio, y negándolo, no admiten los libros más auténticos de la Escritura ni se sujetan a los concilios, a los Padres ni a la tradición».

1744 c) Debe bastar saber que padecen y que podemos aliviarlas

«Por cosas inciertas en cuanto al purgatorio, se preocupan contra el purgatorio mismo. Por ejemplo, lo que les disgusta son algunas pinturas sensibles y espantosas que se nos hacen de él. Pero yo, si estuviera en su lugar, me diría: yo no sé expresamente dónde padecen las almas de los difuntos que Dios purifica ni qué es lo que padecen ni cómo lo padecen; pero sin examinar estas circunstancias, que no son esenciales, me basta saber que padecen, que es justo que así sea y que yo puedo aliviarlas en sus penas. ¡Qué felicidad es para nosotros, oh fieles católicos, ser hijos de una Iglesia que no nos abandona ni durante nuestra vida ni después de nuestra muerte!»

1745 *C) Dureza contraria a la piedad y a las leyes humanas*

«Creer las penas que padecen estas almas y no trabajar por aliviarlas es una dureza tan culpable como contraria a la piedad y aun a las leyes de la humanidad. Ella perjudica tres intereses distintos: el interés de Dios, el interés de nuestros hermanos, nuestro propio interés».

a) El interés de Dios

«El interés de Dios; porque librar a un alma del purgatorio es procurar a Dios un aumento de gloria. En esto se glorifica a Dios tanto como en la conversión de los infieles; en esto se le glorifica, como lo hizo Jesucristo cuando bajó a los infiernos para sacar las

almas de los antiguos Padres. Y en esto (explicándolo de este modo) se le saca al mismo Dios de un estado violento en que se halla viéndose obligado a castigar unas almas que quiere y desea llevarlas a su gloria».

b) El interés de nuestros hermanos 1746

«Se perjudica el interés de nuestros hermanos, pues los que padecen son nuestros propios hermanos, nuestros parientes y nuestros amigos».

c) Nuestro propio interés

«Se perjudica nuestro propio interés; tantas almas como libertamos son otros tantos protectores que tenemos en el cielo. Pero si abandonamos sus almas, permitirá Dios que algún día seamos nosotros abandonados».

D) Es desorden valerse de medios ineficaces 1747

«Estar dispuestos a socorrer las almas del purgatorio, y sólo valerse a este fin de medios ineficaces, es un desorden tan común como digno de llorar en la cristiandad. No se deja de tener alguna piedad por los difuntos, pero es piedad estéril e infructuosa, piedad de ostentación y fausto, piedad del todo pagana y piedad que, aunque cristiana, sólo produce obras muertas y sin mérito».

a) Piedad estéril e infructuosa

«Es piedad estéril e infructuosa, pues hay en ella muchas lágrimas y poca oración, y aun se descarga en otros absolutamente el cuidado de orar».

b) Piedad de ostentación y fausto 1748

«Llamo piedad de ostentación y fausto para con los difuntos la que se reduce a lo exterior de las exequias fúnebres, a las ceremonias de un duelo, al aparato del convite y acompañamiento a su entierro y a todo lo que puede brillar a los ojos de los hombres, buscando este falso esplendor hasta en las cosas más santas, como son los oficios de la Iglesia, en los que por lo común hay más pompa que religión, poniendo a los ojos esta vanidad hasta en los altares, colocando en ellos más blasones de la nobleza del difunto que señales augustas de la religión cristiana... No intento, cristianos, condenar absolutamente todas las exterioridades que se practican en los funerales; ni nuestro abuso puede impedir que en su origen fuesen santas y conformes a la intención de la Iglesia, que las instituyó; sólo quiero

decir que no se ha de reducir a esto toda nuestra piedad para con los difuntos...; pues, como observó muy bien San Agustín, todo este cuidado de una sepultura honrosa, más es consuelo para los vivos que alivio para los muertos. Que un alma en el purgatorio más nos agradece las buenas obras y limosnas cuyo fruto la aplicamos que todo el gasto y magnificencia de sus exequias; que una comunión aplicada por ella la manifiesta mejor nuestro reconocimiento que los más ricos y soberbios mausoleos, y que, en cuanto a lo demás, es una especie de iniquidad o infidelidad hacer tan excesivos gastos para enterrar un cuerpo que sólo es polvo y no tener caridad ni misericordia con su alma, que es esposa de Jesucristo y heredera del cielo».

1749 c) PIEDAD PAGANA

«Llamo piedad enteramente pagana con los difuntos a la que, no teniendo más objeto que la carne y sangre, no obra según los principios de la fe... ¡Ah!, hermanos míos, decía San Pablo a los tesalonicenses, no permita Dios que os deje de enseñar lo que se debe a los muertos y cómo os debéis portar con ellos. Quiero que lo sepáis, para que no los lloréis como las naciones infieles, que no tienen esperanza alguna de una vida eterna (1 Thes. 4,13). Atended, dice San Juan Crisóstomo explicando este lugar, que no les prohibe llorar la muerte de los que amaron y debían amar en vida, sino que les prohibía llorar como los paganos, que... confunden en esta parte la piedad con lo sensible, la obligación con la ternura y lo que debe ser de Dios con lo que es puramente del hombre»...

1750 d) PIEDAD ESTÉRIL E INÚTIL

«Pero ¿es posible que nuestra piedad con los muertos pueda ser estéril e inútil, aunque cristiana en sí?... Si queréis saber a quiénes comprendo en este pensamiento y en quiénes hallo estos dos caracteres tan difíciles de conciliar en la apariencia, piedad cristiana en sí misma y no obstante inútil delante de Dios, oíd. Son los que ruegan por los muertos hallándose ellos en estado de muerte, esto es, en desgracia y enemistad de Dios. En tan funesto y desgraciado estado, pecador que me oyes, en vano haces sufragios por las almas del purgatorio, en vano oras e intercedes por ellas, en vano das limosnas a los pobres y en vano practicas por ellas todo lo que el fervor de una devoción particular puede inspirarte; pues estas almas que padecen jamás experimentarán con ello algún alivio. Mientras Dios te mire como enemigo suyo, eres incapaz de aliviarlas, pues tus oraciones no son admitidas, todas tus limosnas se pierden y todos tus ayunos y penitencias son de ningún efecto, porque el pecado con que está gravada tu conciencia destruye la virtud de todas tus buenas obras... Socorrer un

alma en el purgatorio es cederle el fruto de las buenas obras que practicas; luego tus buenas obras en el estado de culpa tendrían delante de Dios algún mérito si pudieses aliviarlas con ellas, pero es de fe que no le tienen, porque sin la gracia y sin la caridad son obras muertas»...

e) El sacrificio de la misa 1751

«No obstante, exceptúo de esta regla el sacrificio de la misa, porque su valor no depende de la santidad del que le ofrece, y mucho menos del que le hace ofrecer, sino que únicamente está ligado a la persona de Jesucristo y al precio de su sangre... Es el único medio que Dios le deja para suplir la imposibilidad en que se halla de socorrer de otro modo aquellas almas predestinadas, y Dios entonces mira la hostia que se le ofrece, que es Jesucristo, y no a aquel por cuyo cuidado se le ofrece, que es el pecador. En cuanto a lo demás, es siempre cierto que, obrando el pecador por sí mismo, nada puede hacer que sea útil a los muertos; y éste es el fundamento de una devoción tan autorizada hoy y tan solemne en la Iglesia de Dios que consiste en purificarse por el sacramento de la penitencia y participación del cuerpo de Jesucristo para disponerse a socorrer útil y seguramente a las almas del purgatorio... Esto es, amados oyentes míos, lo que Dios os pide hoy y a lo que os exhorta El mismo por su profeta: *Mundi estoti, auferte malum cogitationum vestrarum, quiescite agere perverse, dicite benefacere* (Is. 1,16). Lavaos, nos dice, y purificaos; lavaos en las aguas de la penitencia y purificaos con la sangre del Cordero. Aplicaos con una contrición verdadera este segundo bautismo, tan saludable como el primero, pues es el bautismo de un corazón contrito y humillado: *Auferte malum cogitationum vestrarum.* Quitad de mi vista todo lo que haya corrompido en él, no sólo en vuestras acciones, sino en vuestros pensamientos; renunciad las compañías y tratos viciosos, dejad de hacer lo malo, aprended a hacer lo bueno y no os contentéis sólo con hacerlo, sino empezad a hacerlo bien: *Et venite, et arguite me, dicit Dominus* (ibid., 18). Y después venid y defended ante mí la causa de esas almas por quienes os interesáis, que entonces os oiré, aceptaré vuestros sacrificios y me aplacaré con vuestros ruegos. Aprovechémonos, cristianos, de esta advertencia y experimentaremos la verdad de las promesas del Señor. Por este medio le glorificaremos, consolaremos a nuestros hermanos en su aflicción y alcanzaremos para nosotros las más abundantes gracias de salvación que nos conducirán a la vida eterna, que es la que os deseo».

III. P. ROYO MARIN

Doctrina sobre el purgatorio

Tomamos del libro *Teología de la salvación* (cf. BAC, p.418-454) lo que estimamos más necesario explicar sobre el purgatorio.

1752 ### *A) Naturaleza del purgatorio*

«Vamos a estudiar ahora la naturaleza íntima del purgatorio. Ante todo nos apresuramos a decir que la Iglesia nada ha definido sobre esta cuestión. Pero es doctrina común, sólidamente fundada en los principios teológicos más firmes, que, a semejanza del infierno, hay en el purgatorio una doble pena, que corresponde a los dos aspectos del pecado: la de *daño* (o dilación de la gloria), en castigo de la aversión de Dios, y la de *sentido*, por el goce ilícito de las cosas creadas»...

1753 ### *B) La pena de dilación de la gloria*

«Es cierto y de fe que las almas del purgatorio sufren en castigo de sus pecados un aplazamiento o dilación de la visión beatífica, que hubieran podido gozar desde el instante mismo de la muerte si no lo hubiera impedido el reato de pena que tenían pendiente con la divina justicia; y en este sentido ese aplazamiento tiene carácter de verdadera pena o castigo...

Toda la tradición católica está de acuerdo en que se trata de una pena intensísima, humanamente imposible de describir. Escuchemos, sin embargo, algunos balbuceos de los teólogos y místicos experimentales.

«Las almas justas—escribe el gran teólogo Lesio (cf. *De perf. div.* l.13 c.17)—, en el momento mismo en que la gloria que les está preparada debía de habérseles dado, se ven rechazadas y relegadas a un cruel exilio hasta que hayan satisfecho del todo las penas debidas por los pecados pasados. Con ello experimentan un dolor incomparable».

1754 Cuán grande sea este dolor podemos conjeturarlo por cuatro consideraciones. En primer lugar, se ven privadas de un tan gran bien precisamente en el momento en que hubieran debido gozarlo. Ellas comprenden la inmensidad de este bien con una fuerza que iguala únicamente a su ardiente deseo de poseerlo. En segundo lugar, advierten claramente que han sido privadas de ese bien por su propia culpa. En tercer lugar, deploran la negligencia que les

impidió satisfacer por aquellas culpas cuando hubieran podido hacerlo fácilmente, mientras que ahora se ven constreñidas a sufrir grandes dolores; y este contraste aumenta considerablemente la acerbidad de su dolor. Finalmente, se dan perfecta cuenta de qué tesoros inmensos de bienes eternos, de qué grados de gloria celestial tan fácilmente accesibles les ha privado su culpable negligencia durante su vida terrestre. Y todo esto, aprehendido con conciencia vivísima, excita en ellas un vehementísimo dolor como acá en la tierra lo experimentamos también de algún modo en las cosas humanas cuando se juntan y reúnen esas cuatro circunstancias.

Así, pues, es creíble que aquel dolor sea muchísimo mayor que el que los hombres pueden llegar a concebir en esta vida por los daños materiales; porque aquel bien es muchísimo más excelente, y la aprehensión más viva, y más ardiente el deseo de poseerlo».

C) *La pena de sentido*

a) Existencia 1755

«La tradición católica está perfectamente de acuerdo en que las almas del purgatorio, además de la pena de dilación de la gloria en la forma que acabamos de exponer, sufren una especie de pena de *sentido* en castigo de los goces ilícitos de los bienes creados que se permitieron durante su permanencia en el cuerpo mortal. Este desorden existe en toda clase de pecados, incluso en los veniales, mientras que la aversión a Dios (a la que corresponde la pena de daño) no se da propiamente más que en el pecado mortal. En el purgatorio tiene que haber, por consiguiente, una pena de *sentido* con mayor razón todavía que una pena de daño. Hasta aquí, repetimos, el acuerdo es completo en toda la tradición católica»...

b) Naturaleza 1756

«Al tratar de determinar *en qué consiste*, surgen profundas diferencias entre los teólogos y aun entre los Padres griegos y latinos. La controversia fundamental gira en torno a la existencia de un fuego *real y corpóreo* parecido al del infierno, si es que no se trata enteramente del mismo...

La cuestión, como es sabido, se planteó con toda su fuerza en el concilio de Ferrara-Florencia, celebrado por los años de 1438 a 1445 bajo el pontificado de Eugenio IV. Los teólogos latinos defendían la existencia en el purgatorio de un fuego real y corpóreo, mientras que los griegos lo negaban rotundamente. El concilio no quiso dirimir la contienda, limitándose a definir la doctrina del purgatorio en la siguiente forma: «Definimos que... los verdaderos penitentes que salieron de este mundo antes de haber satisfe-

cho con dignos frutos de penitencia por sus acciones y omisiones, son purificadas sus almas después de la muerte con penas purificadoras» (cf. DENZ., 693).

Como se ve, la fórmula florentina deja en pie la cuestión... El concilio de Trento volvió a hablar de la existencia del purgatorio, pero nada dijo tampoco sobre la naturaleza de sus penas...

En vista... del sentir de la casi totalidad de los teólogos católicos—incluso entre los modernos—nos parecería imprudente y temerario apartarnos de la doctrina tradicional...

Todo se explica fácilmente si consideramos que ese fuego material es un *instrumento de Dios* para purificar al alma, y Dios puede muy bien utilizar un instrumento corporal para producir un efecto espiritual y aun sobrenatural; como ocurre, por ejemplo, con el agua del bautismo, que produce en el alma del bautizado nada menos que la gracia santificante».

1757

c) FINALIDAD

«El objeto o finalidad de las penas del purgatorio no es otro que proporcionar al alma la limpieza total y pureza perfectísima que se requiere para ser admitido a la visión beatífica...

Escuchemos a Santo Tomás explicando esta doctrina: «Los pecados veniales se les perdonan después de esta vida, incluso en cuanto a la culpa, del mismo modo que se perdonan en esta vida, a saber, por un acto de amor de Dios que rechaza los pecados veniales cometidos en esta vida. Pero como después de esta vida nadie puede merecer, por haber terminado el estado de merecimiento, ese movimiento de amor les quita ciertamente el impedimento del pecado venial, pero sin que merezcan la absolución o remisión de la *pena*, como ocurre en esta vida» (cf. *De malo* q.7 a.11).

1758

d) LOS RASTROS Y RELIQUIAS DEL PECADO

«Como explica Santo Tomás (cf. 3 q.86 a.5), cuando el pecado mortal es remitido por la gracia, el alma no está ya en estado de voluntario alejamiento de Dios, pero puede quedar en ella una disposición defectuosa que le inclina hacia una cosa creada. Esta inclinación desordenada se encuentra hasta en el pecado venial, que es compatible con la gracia.

Estas disposiciones desordenadas se conocen en teología con el nombre de *rastros y reliquias del pecado*. La gracia las disminuye mucho, pero no siempre las quita del todo; no predominan en el justo, pero permanecen todavía, como el *fomes peccati* (la inclinación al pecado) perdura en el bautizado. Esto se advierte, por ejemplo, en el que ha contraído el vicio de la embriaguez: aunque se confiese y reciba la virtud infusa de la sobriedad, permanece en él una disposición o facilidad para embriagarse de nuevo. Lo

mismo que el que siente antipatía por alguna persona y se arrepiente de ello: con facilidad volverá a criticarle si no está muy sobre sí para evitarlo»...

e) El reato de pena temporal 1759

«Hay que notar, sin embargo, dos cosas muy importantes:

1.ª Que nosotros, los que vivimos en la tierra, podemos apresurar la extinción del reato de pena temporal con nuestras oraciones y sufragios.

2.ª Que ese cumplimiento de la pena no tiene en las almas del purgatorio ningún carácter *meritorio*, que supone el estado de *vía*, ni siquiera propiamente *satisfactorio*, que supone el libre y espontáneo ofrecimiento de una pena. Las almas del purgatorio propiamente no *satisfacen* su deuda, sino que se limitan a *cumplirla*, que es muy distinto. No se trata de verdadera satisfacción, sino sólo de una *satispasión*, como dicen los teólogos. La razón de esto es porque, aunque las almas del purgatorio aceptan muy de corazón el castigo purificador que les impone la justicia divina —y en este sentido las penas que sufren pueden llamarse *voluntarias*, como explica Santo Tomás—, sin embargo, para que haya verdadera *satisfacción* es preciso que quien la ofrece lo haga espontánea y libremente o, al menos, la acepte de tal modo que no quiera librarse de ella *pudiéndolo* hacer libremente, como ocurre con el martirio. No basta la simple aceptación, aunque sea de muy buen grado, cuando se la imponen desde fuera sin que pueda rechazarla libremente».

f) Conclusiones 1760

1.ª *En igualdad de condiciones, la duración del purgatorio será más o menos larga según el diferente reato de pena que corresponde a cada alma.* (Sentencia cierta en teología.)

«Lo pide así la equidad y justicia más elemental. No es lo mismo un pecado que ciento, ni deja en el alma la misma huella un pecado mortal gravísimo (perdonado ya en cuanto a la culpa) que una ligera mentira jocosa que no perjudique a nadie»...

2.ª *Es imprudente y temerario tratar de precisar con exactitud cuánto tiempo permanecen las almas en el purgatorio.* (Común en teología.)

«La razón es muy clara. Ni la Sagrada Escritura ni la Iglesia dicen absolutamente nada sobre esto. Y aunque se aducen a veces infinidad de revelaciones privadas, no puede sacarse de ellas ningún argumento serio, ya porque no concuerdan entre sí (las hay para todos los gustos, prueba de que muchas de ellas son falsas), ya porque no es aceptable en teología esa fuente puramente particular y privada de información»...

1761 ### *D) Con relación a las almas: los consuelos del purgatorio*

«No todo es dolor y tormento en el purgatorio. Si las almas allí detenidas experimentan sufrimientos que exceden con mucho a los que puedan padecerse en esta vida, disfrutan también de consuelos verdaderamente inefables. Es éste uno de los aspectos más bellos de la teología del purgatorio.

He aquí los principales de estos consuelos».

1762 #### a) La certeza de su salvación

«Las almas del purgatorio están absolutamente ciertas de que han obtenido la salvación eterna y de que ingresarán de hecho en el cielo apenas terminada su purificación. Lo negó Lutero, pero su doctrina fué condenada por la Iglesia...

La certeza de la propia salvación es de tan soberana trascendencia, que si a las almas del purgatorio se les diera a elegir entre permanecer allí hasta el día del juicio o volver a la tierra para expiar en poco tiempo sus culpas, aumentando con ello sus merecimientos eternos, escogerían sin vacilar un instante lo primero; porque la vuelta a la tierra podría serles ocasión de ofender a Dios y de condenarse eternamente, mientras que en el purgatorio tienen asegurada su salvación».

1763 #### b) La plena conformidad con la voluntad de Dios

«Es otra fuente de profundísimos consuelos. Aun en esta vida, cuando se abraza una cruz con valentía y decisión, viendo en ella la voluntad de Dios, se aligera la carga extraordinariamente. Es un hecho de experiencia y una verdad reconocida por los teólogos que la pena no es otra cosa que algo que contraría a la voluntad: «de razón de la pena es que contraríe a la voluntad» (cf. Santo Tomás, *De purgatorio*, Suppl. a.4). Cuanto menos contraria es a la voluntad, menos razón de pena tiene. Ahora bien, la conformidad con la voluntad divina es tan absoluta en las almas del purgatorio, que nada quieren ni dejan de querer sino lo que Dios quiere o no quiere. Por eso no experimentan ninguno de esos sentimientos de angustia y horror que imaginó Lutero, y que constituiría en ellas una verdadera falta.

1764 Las almas del purgatorio advierten con toda claridad que las penas que padecen son justísimas y las tienen plenamente merecidas por sus pecados. Se inclinan con amor ante la divina justicia, que les parece tan santa y adorable como su misma misericordia. No darían un solo paso para libertarse de sus penas antes de la hora señalada por la justicia y voluntad de Dios. Quedan perfec-

tamente tranquilas y gozosas cualquiera que sea la distribución de los sufragios que disponga la divina Providencia, y no sentirían la menor envidia ni enojo aunque vieran aplicar a otras almas los que fueron ofrecidos por ellas.

Nada les turba, nada les hace perder la paz. No quieren sino lo que Dios quiere. La intensidad de sus sufrimientos no perturba en nada la serenidad de su espíritu, porque esa turbación del alma proviene en esta vida de la alteración de las potencias sensitivas, y ellas las poseen tan sólo radicalmente (en el alma, raíz de las mismas), pero no en su realidad actual. No experimentan, pues, la menor impaciencia y es imposible en ellas el menor sentimiento de rebeldía contra el castigo de Dios.

Todo esto produce en su alma una paz y sosiego profundísimos. Con razón la santa Iglesia, al pedir por las almas del purgatorio en el memento de difuntos de la santa misa, pronuncia estas bellísimas palabras: «Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas que nos precedieron con la señal de la fe y duermen el sueño de la paz».

c) El gozo de la purificación 1765

«He aquí otro motivo de inefable alegría para las almas del purgatorio: el ver que se van limpiando y purificando de las manchas que las afean ante la mirada de Dios.

En efecto, en el momento mismo del juicio particular, el alma se contempla a sí misma tal como es en realidad ante la mirada de Dios. Y la vista de sus pecados e imperfecciones la causa un horror tal, que ella sola se precipita en el infierno o en el purgatorio sin que nadie le diga ni le enseñe el camino.

Escuchemos a Santa Catalina de Génova explicando estas ideas:

«Cuando llega la separación de los cuerpos y de las almas, las almas gravitan, si puedo hablar así, como naturalmente hacia los diversos lugares que les están destinados.

La que está manchada por el pecado mortal no espera que se 1766
la conduzca al lugar de los tormentos, adonde la llama la justicia divina. Un horroroso instinto la lleva a precipitarse por sí misma, y si se la impidiese llegar a él, padecería más cruelmente que en el mismo infierno. ¿Por qué?, se preguntará. Porque en cualquiera otra parte estaría separada de la voluntad de Dios, que siempre va mezclada de misericordia; pues, como tengo dicho, los réprobos en el infierno padecen menos de lo que han merecido. No encontrando, pues, un lugar más conveniente a su estado y más suave para ella que el infierno, el alma criminal acude allí como a su propio lugar.

Pues lo mismo sucede en el purgatorio. El alma justa, al salir de su cuerpo, viendo en sí misma alguna cosa que empaña su inocencia primitiva y se opone a su unión con Dios, experimenta una aflicción incomparable, y como sabe muy bien que este impedimento no puede ser destruído sino por el fuego del purgatorio,

se baja allí de repente y con plena voluntad, de manera que quien la detuviese en el camino la serviría muy mal. Sus tormentos serían mucho más intolerables en cualquier otro lugar que en aquel que está especialmente designado a su purificación, porque sabe que mientras subsista aquel impedimento no llegará a su último fin. Es verdad que la pena del purgatorio es diferente de la del infierno, como he dicho más arriba; pero la que sufriese en cualquier otro lugar que dejara subsistir el obstáculo para su felicidad sería todavía más cruel...

Sabiendo, pues, que el purgatorio es el baño destinado a lavar esta especie de manchas, corre allá apresuradamente y se precipita en sus llamas, pensando mucho menos en los dolores que le esperan que en la dicha de encontrar allí su primitiva pureza» (cf. SANTA CATALINA DE GÉNOVA, *Tratado del purgatorio* 11 y 12)»...

1767 d) EL ALIVIO CONTINUO

«Como hemos explicado más arriba, la opinión teológica más probable es aquella que concede a las almas del purgatorio un alivio a medida que se van purificando. Cada vez la visión beatífica está más cerca y el fuego purificador tiene menos materiales que consumir. En este sentido puede decirse que el momento más terrible del purgatorio es el de la entrada. A partir de ese momento comienza para el alma un alivio continuo, que puede ser intensificado todavía con la ayuda exterior de los sufragios.

Santa Catalina de Génova enseña claramente esta doctrina. Escuchemos sus mismas palabras: «Me valdré de una comparación, que puede dar alguna luz sobre esta verdad. Un cristal cubierto con una capa de lodo no podría recibir los rayos del sol, sin que esto proviniese del astro, el cual no cesa de esparcir su luz por todas partes, sino porque esta luz está interceptada por aquel cuerpo extraño. Empezad a limpiar aquel cristal y veréis cómo va penetrándole la luz a proporción que lo limpiáis. De la misma manera el pecado es un orín que cubre el alma y le impide recibir los rayos del verdadero sol, que es Dios. Mas el fuego del purgatorio devora aquel orín, y, a medida que éste desaparece, el alma recibe con más abundancia aquella luz divina que introduce consigo el contento y la paz»...

1768 e) LA ASISTENCIA ESPIRITUAL DE LA VIRGEN MARÍA Y DEL ÁNGEL DE LA GUARDA

«Nada puede afirmarse con certeza sobre esto. Pero, si hemos de dar crédito a un gran número de revelaciones privadas—algunas de las cuales parece arbitrario rechazar por provenir de grandes santos canonizados por la Iglesia y ofrecer todas las garantías de autenticidad que la crítica más severa puede exigir—, parece

ser que las almas del purgatorio gozan con frecuencia de la asistencia espiritual y de los consuelos maternales de la Santísima Virgen María lo mismo que de las visitas y consuelos de su antiguo ángel de la guarda».

E) Con relación a nosotros

a) Obligación de ayudarlas 1769

«La ayuda a las almas del purgatorio no sólo es posible y altamente recomendable, sino que es, además, obligatoria para todos los cristianos. Lo exige así la caridad y a veces también la piedad y la justicia».

1. Lo exige la caridad

«Que es la virtud por excelencia y la virtud universal que abarca al mundo entero, incluso a los mismos enemigos. No puede excluirse absolutamente a nadie que sea capaz de obtener todavía el reino de los cielos. Y como las almas del purgatorio están precisamente en esta situación y necesitan, por otra parte, la ayuda de nuestros sufragios, es un deber de caridad que obliga a todos los cristianos, tengan o no parientes y amigos en el purgatorio».

2. Lo postula la piedad 1770

«Como es sabido, la virtud de la piedad es la que regula las relaciones entre los miembros de una familia, principalmente entre padres e hijos. Por extensión alcanza también a todos los que forman una familia espiritual... Y como los lazos que nos unen en Cristo no pueden romperse con la muerte, síguese que la virtud de la piedad reclama y exige nuestra ayuda a esos seres queridos que están sufriendo en el purgatorio»...

3. Lo reclama la justicia

«Pero puede haber más. Puede ocurrir que algunos de nuestros conocidos estén en el purgatorio por culpa nuestra: malos ejemplos, escándalos, pecados de complicidad, etc., etc. Entonces ya no es sólo la caridad o la piedad, sino la misma justicia, la que reclama nuestra ayuda. Es preciso reparar aquellos escándalos»...

b) Triple modo de ayuda 1771

«Los teólogos están de acuerdo en que nuestra ayuda al purgatorio reviste una triple forma: la *impetración*, el *mérito* y la *satisfacción*. Puede ocurrir que una misma acción—la oración por ejemplo—revista a la vez esta triple formalidad. El mérito *con*

relación a otros no puede ser sino un mérito de pura conveniencia, ya que, en sentido estricto, sólo Cristo mereció para los demás»... (cf. *Sum. Theol.* 1-2 q.114 a.6).

1772 c) La satisfacción

«La obra satisfactoria puede definirse: Una obra cuyo carácter expiatorio ofrece a Dios una *compensación* por la pena temporal debida por los pecados perdonados. Esta compensación puede uno ofrecerla por sí mismo, como es obvio, y puede también ser ofrecida por los demás en virtud de la solidaridad entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo. Y nótese que, a diferencia de la impetración y del mérito, la satisfacción puede ser ofrecida por los demás a título de *condignidad*, o sea, para substituir ante la divina justicia la satisfacción que esos otros debían ofrecer a Dios. La única condición que se requiere para ello es el estado de gracia, tanto por parte del que ofrece la satisfacción como por el que se beneficia de ella. Esta es la doctrina de Santo Tomás, compartida por la inmensa mayoría de los teólogos, hasta el punto de que puede afirmarse que ésta es una verdad completamente *cierta* en teología.

Ahora bien: ¿puede extenderse esta satisfacción de *condignidad* realizada por los vivos a las almas del purgatorio? Santo Tomás responde afirmativamente, apoyándose en el vínculo de la caridad, que se extiende también a los muertos en Cristo»...

1773 d) Aplicación de los sufragios

1. **Los sufragios comunes**

«Es preciso confesar, ante todo, que ignoramos las leyes que presiden la aplicación de estos sufragios comunes ofrecidos indeterminadamente por las almas del purgatorio en general. Sin duda alguna, Dios tiene sus normas, dictadas a la vez por su sabiduría, su justicia y su misericordia infinitas; pero ignoramos en absoluto cuáles sean esas normas. Con todo, no parece temerario conjeturar que Dios regula la aplicación de esos sufragios según las disposiciones que tuvieron los difuntos durante su vida mortal, por ejemplo, su cuidado en ganar indulgencias a favor de las almas del purgatorio, su devoción a María, su caridad para con los otros etcétera, etc. Ninguna injusticia puede hallarse en esta distribución desigual, puesto que la caridad de las almas es, de una manera normal, la condición de su refrigerio. Cristo nos dice en el Evangelio que son *bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* (Mt. 5,7); y San Agustín estableció su conocido

principio de que no «aprovechan a todos por quienes se ofrecen, sino sólo a aquellos que, mientras vivían, se hicieron acreedores a ello» (cf. SAN AGUSTÍN, *De cura pro mortuis* 18,22: PL 40,609)».

2. Los sufragios particulares **1774**

«En cuanto a los sufragios ofrecidos en favor de alguna o de algunas determinadas almas, no cabe duda que aprovechan a esas almas con *preferencia* a todas las demás. Sobre si aprovechan a esas almas *exclusivamente*—sin que participen en nada las demás—, las opiniones están divididas».

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

1775

I. LA VISION DE EZEQUIEL

«Fué sobre mí la mano de Yahveh, y llevóme fuera y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos. Hízome pasar por cerca de ellos todo en derredor, y vi que eran sobremanera numerosos sobre la haz del campo y enteramente secos. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿revivirán estos huesos? Y yo respondí: Señor, Yahveh, tú lo sabes. Y él me dijo: Hijo de hombre, profetiza a estos huesos y diles: Huesos secos, oíd la palabra de Yahveh. Así dice el Señor Yahveh a estos huesos: Yo voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis; y pondré sobre vosotros nervios, y os cubriré de carne, y extenderé sobre vosotros piel, y os infundiré espíritu, y viviréis y sabréis que yo soy Yahveh.

Entonces profeticé yo como se me mandaba; y a mi profetizar se oyó un ruido, y hubo un agitarse y un acercarse huesos a huesos. Miré y vi que vinieron nervios sobre ellos, y creció la carne y los cubrió la piel, pero no había en ellos espíritu. Díjome entonces: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así habla el Señor, Yahveh: Ven, ¡oh espíritu!, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos huesos muertos, y vivirán. Profeticé yo como se mandaba, y entró en ellos el espíritu, y revivieron, y se puso en pie un ejército grande en extremo.

Díjome entonces: Hijo de hombre, esos huesos son la entera casa de Israel. Andad diciendo: «Se han secado nuestros huesos, ha fallado nuestra esperanza, estamos perdidos».

Por eso, profetiza y diles: Así habla el Señor, Yahveh: Yo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel; y sabréis que yo soy Yahveh, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío, y ponga en vosotros mi espíritu, y viváis, y os dé reposo en vuestra tierra; y sabréis que yo, Yahveh, lo dije y lo hice, dice Yahveh» (cf. Ez. 37,1-14).

II. EL PURGATORIO

1776

A) El purgatorio en el Antiguo Testamento

«El único lugar del Antiguo Testamento que ofrece una seria garantía en torno a la existencia del purgatorio es el clásico y tradicional del segundo libro de los Macabeos. Tan claro es, que el mismo Lutero, dándose perfecta cuenta de que con él se venía abajo su rotunda negación de que la Biblia

hable del purgatorio, soslayó la dificultad insuperable negando el carácter canónico del famoso libro. No advierte que, aparte de lo gratuito e infundado de su afirmación—todos los ejemplares griegos, latinos y siríacos, tanto impresos como manuscritos, traen uniformemente el famoso texto, lo mismo que la Vulgata, y los antiguos Padres le han conocido y citado sin ninguna duda ni variación—, todavía, negada su canonicidad, sería un testimonio histórico de primer orden para probar la fe del pueblo israelita en las purificaciones de ultratumba.

He aquí el famoso episodio relatado en el libro segundo de los Macabeos: Al día siguiente de su victoria sobre Gorgias, Judas Macabeo descubrió bajo las túnicas de sus soldados caídos en el campo de batalla algunos objetos idolátricos procedentes del pillaje de Jamnia, ciudad que habían destruído y saqueado poco antes. Estos objetos, según la ley judía, eran esencialmente impuros, por haber sido consagrados a los ídolos. Los soldados caídos habían cometido, por consiguiente, un pecado por haberlos retenido junto a sí. Todos vieron en su muerte un castigo de Dios por tal pecado.

Toda la tradición cristiana ha considerado este texto como demostrativo de la existencia del purgatorio. Sin duda alguna, Judas Macabeo vió ante todo la futura resurrección de los soldados caídos... Pero para que en la futura resurrección puedan tener parte entre el pueblo de Dios, es preciso que se purifiquen antes del pecado cometido. Tal es la finalidad de la colecta que envió a Jerusalén para ofrecer sacrificios por aquel pecado. Los soldados caídos no estaban, por consiguiente, en el infierno, donde no hay remisión posible. Habían cometido una culpa que necesitaba perdón de Dios; pero ese perdón podía ser obtenido en la otra vida a base de las expiaciones ofrecidas por ellos acá en la tierra. No se trataba, pues, de un pecado grave—que les hubiera acarreado la condenación eterna—, sino de un pecado leve (por ignorancia de la ley o por conciencia errónea), o, al menos, de un pecado grave del que se arrepintieron antes de morir, como ocurrió con muchos de los que murieron anegados por las aguas del diluvio (cf. 1 Petr. 3,19-20). He aquí con toda claridad y nitidez la doctrina católica sobre el purgatorio, aunque no se emplee materialmente esa palabra. La situación en que se encontraban las almas de los soldados caídos es precisamente la que nosotros designamos con la palabra *purgatorio:* un lugar o estado donde se purifican las almas buenas, pero no exentas de toda mancha, antes de entrar en el cielo, y a las cuales podemos ayudar con nuestras oraciones y sufragios.

Y no se diga que eso podía ser un pensamiento supersticioso de Judas Macabeo como persona particular. No hay tal. El pueblo entero vió con muy buenos ojos la colecta, y en Jerusalén la encontraron también muy natural, como cosa acostumbrada entre los israelitas. En todo caso no hay que perder de vista que el autor sagrado aprueba y aplaude la buena acción realizada por Judas Macabeo, afirmando por su cuenta que es una obra santa y piadosa rogar por los muertos a fin de que sean libres de sus pecados. No es una obra particular de un israelita determinado, ni siquiera una piadosa creencia de todo el pueblo; es el mismo autor sagrado—mero instrumento y oráculo del Espíritu Santo—quien afirma terminantemente la legitimidad de esa práctica y, por consiguiente, la de la doctrina dogmática que de ella se desprende» (cf. Fr. Antonio Royo Marín, O. P., *Teología de la salvación* [BAC] p.404-405).

B) El purgatorio en «La divina comedia»

1777 a) La primer alma

«Como las ovejas salen del redil una a una, dos a dos, tres a tres, mientras las demás permanecen tímidas bajando a tierra los ojos y el hocico, y lo que hace la primera hacen las demás, deteniéndose con ella si ella se detiene, sencillas y quietas, sin saber el porqué de lo que hacen, así vi caminar hacia nosotros la primer alma de aquella tímida y afortunada grey, con rostro púdico y recatado andar. Cuando las que iban delante vieron interrumpida la luz en tierra a mi derecha, porque mi sombra iba desde mí a la roca, se detuvieron y echaron un poco atrás, y todas las demás que venían con ellas, no sabiendo por qué, hicieron otro tanto. «Sin que me lo preguntéis, os confieso que este que veis aquí es un cuerpo humano, por lo cual ha interceptado la luz del sol sobre la tierra. No os asombréis, pero creed que sólo por virtud venida del cielo está tratando de escalar esta pared». Así dijo el maestro, y aquella digna multitud respondió: «Volveos y seguid más adelante aún». Y al mismo tiempo nos hacían señal con el dorso de las manos» (cf. *Obras completas de Dante Alighieri:* BAC, vers. de Nicolás González Ruiz, canto 3 p.248-250).

1778 b) El alma de Manfredo

«Uno de ellos empezó a decir: «Quienquiera que seas, conforme vas andando, vuelve el rostro y piensa si en el mundo me viste alguna vez». Me volví hacia él, mirándole fijamente. Era rubio, hermoso y de gentil porte, pero tenía una ceja rota de un golpe. Cuando negué humildemente haberlo visto nunca, él dijo: «Mira, pues», y me mostró una herida en lo alto del pecho. Después, sonriendo, añadió: «Yo soy Manfredo, nieto de la emperatriz Constanza, y te ruego que cuando regreses vayas a visitar a mi bella hija, madre de los que son honra de Sicilia y Aragón, y le digas la verdad, si es que se dice otra cosa. Después de tener mi cuerpo herido por dos golpes mortales, me volví llorando hacia Aquel que se complace en perdonar. Horribles fueron mis pecados, pero la bondad infinita tiene brazos tan largos que toma en ellos a quien a ella se vuelve. Si el pastor de Cosenza, que fué enviado en mi persecución por Clemente, hubiese leído bien entonces esta página de Dios, los huesos de mi cuerpo estarían aún a la entrada del puente cerca de Benevento, bajo la guarda de las pesadas piedras. Ahora los moja la lluvia y los empuja el viento fuera del reino, casi a orillas del Verde, donde él los trasladó con cirios apagados. Por su maldición, uno no se pierde de modo que no pueda volver al eterno amor mientras florezca la esperanza. Verdad es que quien muere contumaz con la santa Iglesia, aunque se arrepienta al final, debe estar fuera de esta orilla treinta veces el tiempo en que vivió en su arrogancia, si tal plazo no resulta abreviado por eficaces oraciones. Mira, pues, si puedes hacerme dichoso revelando a mi buena Constanza cómo me has visto, pues esta prohibición de aquí mucho se abrevia con ruegos de los de allá» (cf. ibid., p.250-252).

c) «Que los buenos recen por mí...» 1779

«Este tropel que avanza hacia nosotros es muy numeroso y viene a hacerte alguna súplica—dijo el poeta—, pero sigue andando y mientras andas escucha». «¡Oh alma que caminas hacia la dicha con aquellos mismos miembros con que naciste!—venían gritando—. Acorta un poco el paso; mira si viste un día a alguno de nosotros, de modo que puedas llevar noticias de él. ¡Eh! ¿Por qué te vas? ¡Eh! ¿Por qué no te detienes? Nosotros fuimos muertos todos por la violencia y pecadores hasta la última hora. Entonces la luz del cielo nos iluminó, de modo que, arrepintiéndonos y perdonando, salimos de la vida en paz con Dios, que nos enciende el corazón con el deseo de verle». Y yo contesté: «Aunque por más que mire vuestros rostros no reconozco ninguno, si os place cualquier cosa que yo pueda hacer, espíritus bien nacidos, decídmela y yo la haré por aquella paz que, caminando detrás de este guía, se me hace buscar de mundo en mundo». Y uno exclamó: «Todos nos fiamos de tu buena voluntad sin que lo jures, a no ser que ella no pueda por algún obstáculo. Por eso, yo, que hablo solo antes que los demás, te ruego que, si ves alguna vez aquel país que está entre la Romaña y el de Carlos, que tú me consigas por tus ruegos corteses en Fano que los buenos recen por mí para que pueda purgar mis graves pecados» (cf. ibid., canto 5 p.260).

d) Desfile de almas 1780

«Mientras, yo me deleitaba contemplando los ejemplos de tanta humildad, que eran más gratos de ver pensando en su artífice. «He aquí que llegan, pero con paso lento—murmuraba el poeta—, muchas almas. Ellas nos enviarán a las gradas más altas». Mis ojos, contentos de mirar por ver las novedades de que estaban ansiosos, no fueron tardos en volverse a él. No quisiera, lector, que te desanimaras de tus buenos propósitos al oír cómo quiere Dios que se paguen las deudas. No atiendas a la forma del martirio; piensa en lo que ha de sucederle; piensa que en el peor caso no puede ir más allá del día de la gran sentencia.

Empecé a hablar diciendo: «Maestro, los que veo venir hacia nosotros no me parecen personas ni sé lo que son, pues se me desvanece la vista». Y me contestó: «La grave condición de su tormento los arroja a tierra, por lo cual mis propios ojos al principio no podían distinguir bien. Pero mira fijamente allí y trata de percibir con la mirada lo que viene debajo de aquellas peñas, y observarás cómo cada uno se golpea el pecho». ¡Oh soberbios cristianos, míseros infelices que, enfermos de ceguera mental, confiáis en los pasos que os hacen retroceder! ¿No os acordáis que somos gusanos nacidos para formar la mariposa angelical que vuela sin obstáculos hacia la justicia? ¿Por qué se ensoberbece vuestro espíritu, si sois nada más que insectos defectuosos, especie de gusanos cuya formación quedó manca? Así como para sustentar un piso o un techo se pone de ménsula a veces una figura a la que se ve con las rodillas junto al pecho, la cual produce por su aspecto verdadera angustia en quien la mira, así vi yo a aquellas almas cuando puse atención. Verdad es que se contraían más o menos según llevaban más o menos sobre la espalda; pero la que más aliviada se mostraba, llorando, parecía decir: «No puedo más» (cf. ibid., canto 10 p.294-295).

1781 e) «PADRE NUESTRO, QUE ESTÁS EN LOS CIELOS»

«Padre nuestro, que estás en los cielos, no circunscrito a ellos, sino por el mayor amor que a los primeros efectos de tu creación allá arriba sientes, alabado sea tu nombre y tu poder por toda criatura, como es justo dar gracias a tu benigna sabiduría; vénganos la paz de tu reino, porque no podemos alcanzarla por nosotros mismos si ella no viene, ni usando de todas nuestras fuerzas; como los ángeles todos te sacrifican su voluntad cantando hosannas, hagan así los hombres con la suya; el pan nuestro de cada día dánosle hoy, porque sin él, en este áspero desierto, hacia atrás camina quien más adelante se afana por ir; y como nosotros perdonamos a cada cual el mal que nos ha hecho, perdónanos tú, benigno, sin reparar en nuestros méritos; no permitas que nuestra virtud, que tan ligeramente cae, sea puesta a prueba por el viejo enemigo, mas líbranos de él, que de tal modo la ataca. Este último ruego, Señor amado, ya no se hace por nosotros, sino por aquellos que quedaron tras de nosotros».

De este modo, pidiendo para ellas y para nosotros buen camino, iban aquellas sombras bajo un peso semejante a aquel con que algunas veces se sueña. Desigualmente oprimidas y fatigadas, seguían todo alrededor del primer circuito purgando los humos del mundo. Si desde allí siempre se pide nuestro bien, desde aquí, ¿que no podrán pedir y hacer por ellas las que tengan buena voluntad junto con la divina gracia? Es justo ayudarlas a lavar las manchas que llevaron de aquí, de modo que, limpias y ligeras, puedan subir a las esferas celestiales» (cf. ibid., canto 11 p.296-298).

1782 f) EL PESO DE LA CULPA

«¡Ah! Que la justicia y la piedad os descarguen pronto del peso, de modo que podáis batirlas a las y elevaros según vuestro deseo. Mostradnos por qué lado se va más rápidamente hacia la escala; y si hay más de un sendero, enseñadnos el que sea menos áspero, que este que viene conmigo aún está revestido de la carga de la carne de Adán y, contra su voluntad, es lento para subir». Las palabras que contestaron a estas que había pronunciado aquel a quien yo seguía, no supimos claramente de quién venían; pero nos fué dicho: «A mano derecha, por la orilla, venid con nosotros y encontraréis el paso practicable para que suba una persona viva. Y si no me viera impedido por el peñasco que doma la soberbia cerviz, por lo que tengo que llevar baja la cabeza, miraría a ese que aún está vivo y no se nombra para ver si lo conozco y para inspirarle piedad por este tormento. Yo fuí latino y nací de un gran toscano. Guillermo Aldobrandeschi fué mi padre, a quien no sé si habréis oído nombrar. La sangre antigua y la gloriosa hazaña de mis mayores me hicieron tan arrogante, que, no pensando en la madre común, tuve en tal desprecio a todos los hombres, que por ello morí, como saben los sieneses y saben en Campagnático hasta los niños. Yo soy Humberto, y no solamente a mí me dañó la soberbia, sino que a todos mis parientes les ha traído la misma ruina. Y debo llevar aquí este peso por mis pecados hasta satisfacer a Dios, pues, ya que no lo hice entre los vivos, he de hacerlo aquí entre los muertos...» (cf. ibid., canto 11 p.298).

III. INDULGENCIAS Y SUFRAGIOS 1783

«Las indulgencias son «la remisión de la pena temporal debida por los pecados ya perdonados, que se concede a los vivos y a los difuntos utilizando el depósito del tesoro de la Iglesia». No se aplican de la misma manera a los vivos y a los muertos. Aquéllos están bajo la jurisdicción eclesiástica, y puede la autoridad que las concede transferírselas, siempre y cuando se cumplan los requisitos necesarios para lucrarlas. A las almas del purgatorio se les transfiere el valor del tesoro de la Iglesia por vía de sufragio.

El Cuerpo místico es el fundamento doctrinal de las indulgencias. De hecho hay un sobrante de valores satisfactorios: los de Cristo, que son inagotables, y los de María, que también son abundantísimos. Ni uno ni otra necesitan aplicar para sí las satisfacciones que ofrecieron a Dios, porque no tienen pecado. Hay, además, un sobrante en los santos que satisficieron más de lo que para sí necesitaban. Nada se pierde. Todo va a parar al depósito de la Iglesia, que lo utiliza para transferirlo a quienes tienen un déficit en su haber.

No se podría hacer esto sin dos condiciones previas: la solidaridad entre quienes realizaron el bien que no necesitan y quienes utilizan el bien que sobra y la falta de conexión individual entre el santo a quien sobra y el fiel a quien falta. Sin lo primero no habría posibilidad de hacer ninguna transferencia; sin lo segundo, la transferencia se haría por sí misma, sin necesidad de que interviniera la autoridad eclesiástica.

Bien considerado esto, no es otra cosa que afirmar la existencia de una unidad característica entre todos cuantos intervienen: Cristo, los santos, los justos de la tierra, que se aprovechan de las obras satisfactorias que sobran, y las almas del purgatorio, a las que también se aplica el excedente. Las almas están unidas a Cristo y a los santos; no ésta o aquélla, ni a éste o al otro santo, sino todas a Cristo y a los santos. Esto es una confirmación de que son miembros de la Iglesia.

El segundo hecho es el de los sacrificios y sufragios que aplicamos por las almas de los difuntos. A veces, aun sin que nos sobre el bien que hacemos, nos desprendemos de él y lo aplicamos a los muertos. Todas las oraciones y toda la liturgia por los difuntos son una manifestación de este desprendimiento. Pues bien, no tendría esto valor ni sería eficaz si no existiera la solidaridad de que hablamos o si no perteneciéramos todos a un mismo cuerpo; en una palabra, si los difuntos no fueran miembros del Cuerpo místico, al que pertenecemos también nosotros» (cf. EMILIO SAURAS, O. P., *El cuerpo místico de Cristo* [BAC] p.610).

IV. LA EFICACIA DE LA MISA 1784

«Antes que se fundase este monasterio de San José en Malagón, cuatro o cinco meses, tratando conmigo, un caballero principal, mancebo, me dijo que, si quería hacer monasterio en Valladolid, que él daría una casa que tenía con una huerta muy buena y grande que tenía dentro una gran viña, de muy buena gana, y quiso dar luego la posesión; tenía harto valor. Yo la tomé, aunque no estaba muy determinada a fundarla allí, porque estaba casi un cuarto de legua del lugar; mas parecióme que se podría pasar a él, como allí se tomase la posesión; y como él lo hacía tan de gana, no quise dejar de admitir su buena obra ni estorbar su devoción.

Desde a dos meses, poco más o menos, le dió un mal tan acelerado que le quitó la habla y no se pudo bien confesar, aunque tuvo muchas señales de pedir al Señor perdón. Murió muy en breve, harto lejos de donde yo estaba. Díjome el Señor que había estado su salvación en harta aventura y que había habido misericordia de él por aquel servicio que había hecho a su Madre en aquella casa que había dado para hacer monasterio de su Orden, y que no saldría del purgatorio, hasta la primera misa que allí se dijese, que entonces saldría. Yo traía tan presente las graves penas de esta alma, que aunque en Toledo deseaba fundar, lo dejé por entonces y me di toda la priesa que pude para fundar como pudiese en Valladolid.

No pudo ser tan presto como yo deseaba, porque forzado me hube de detener en San José de Avila—que estaba a mi cargo—hartos días y después en San José de Medina del Campo, que fuí por allí, adonde estando un día en oración me dijo el Señor que me diese priesa, que padecía mucho aquel alma, que aunque no tenía mucho aparejo, lo puse por obra y entré en Valladolid, día de San Lorenzo. Y como vi la casa, dióme harta congoja, porque entendí era desatino estar allí monjas sin muy mucha costa; y aunque era de gran recreación, por ser la huerta tan deleitosa, no podía dejar de ser enfermo, que estaba cabe el río.

Con ir cansada, hube de ir a misa a un monasterio de nuestra Orden que vi que estaba a la entrada del lugar, y era tan lejos, que me dobló más la pena. Con todo, no les decía a mis compañeras por no las desanimar. Aunque flaca, tenía alguna fe que el Señor—que me había dicho lo pasado—lo remediaría. Hice muy secretamente venir oficiales y comenzar a hacer tapias para lo que tocaba al recogimiento y lo que era menester. Estaba con nosotros el clérigo que he dicho, llamado Julián de Avila, y uno de los dos frailes que queda dicho, que quería ser descalzo, que se informaba de nuestra manera de proceder en estas casas. Julián de Avila entendía en sacar la licencia del Ordinario, que ya había dado buena esperanza antes que yo fuese. No se pudo hacer tan presto que no viniese un domingo antes que estuviese alcanzada la licencia; mas diéronnosla para decir misa adonde teníamos para iglesia y ansí nos la dijeron.

Yo estaba bien descuidada de que entonces se había de cumplir lo que se me había dicho de aquel alma; porque, aunque se me dijo a la primera misa, pensé que había de ser a la que se pusiese el Santísimo Sacramento. Viniendo el sacerdote adonde habíamos de comulgar, con el Santísimo Sacramento en las manos, llegando yo a recibirle, junto al sacerdote se me representó el caballero que he dicho, con rostro resplandeciente y alegre; puestas las manos, me agradeció lo que había puesto por él para que saliese del purgatorio y fuese aquel alma al cielo. Y cierto, que la primera vez que entendí estaba en carrera de salvación, que yo estaba bien fuera de ello y con harta pena, pareciéndome que era menester otra muerte para su manera de vida; que aunque tenía buenas cosas, estaba metido en las del mundo. Verdad es que había dicho a mis compañeras que traía muy delante la muerte. Gran cosa es lo que agrada a Nuestro Señor cualquier servicio que se haga a su Madre, y grande es su misericordia. Sea por todo alabado y bendito, que ansí paga con eterna vida y gloria la bajeza de nuestras obras y las hace grandes siendo de pequeño valor» (cf. *Obras de Santa Teresa:* BAC, t.2, *Las fundaciones* c.10 p.725-727).

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS [1]

El purgatorio (1).
Cómo vió el purgatorio Santa Catalina de Génova (2).
La misa por los difuntos (3).
El dogma y la historia de las indulgencias (4).
Práctica de las indulgencias (5).
Sepultar a los muertos (6).
Consuelo en la muerte (7).

1

El purgatorio

I. *La existencia del purgatorio es reclamada por:* **1785**

A. La divina justicia.

a) *Dios, esencialmente justo y remunerador, ha de exigir la más exacta satisfacción de la culpa.*
b) *Hay culpas veniales no satisfechas en esta vida.*
c) *Hay reliquias de culpas mortales, como es la pena temporal, que con frecuencia no se perdonan en esta vida y cuya cuenta debe saldarse con exactitud.*

B. La divina misericordia. Como no puede entrar en el cielo cosa que tenga la menor mancha (Apoc. 21,27), hay almas que no podrían ser glorificadas de no haber creado la misericordia de Dios el purgatorio, donde pueden purificarse con las penas y hasta recibir el auxilio de la intercesión de los bienaventurados y de nuestros sufragios.

C. La santidad de Dios. La ciudad santa, la nueva Jerusalén (Apoc. 21,1 ss.), reclama ciudadanos limpios, tales como si no hubiesen pecado ni siquiera en Adán. Todos han de estar conformados con la claridad e imagen de Cristo (Phil. 3,21; Rom. 8,29).

[1] Véanse además los guiones sobre la recomendación del alma en *La palabra de Cristo* t.8 (2.ª ed.) p.936 ss.; la extremaunción, ibid., p.963 ss.; las lecciones de la muerte, ibid., p.944 ss.; el juicio particular y el juicio final, ibid., p.1281 ss.; y la muerte del Señor, o.c., t.3 p.1126 ss. y 1163 ss.

1786 II. *Nuestros sufragios por las almas del purgatorio son reclamados.*

A. Por Dios mismo.

a) *Que ama infinitamente a aquellas almas.*
b) *Que desea ardientemente su entrada en el cielo cuanto antes.*
c) *Que, por su parte, exige en ellas, con rigor de justicia, lo que deben, y no pueden pagar sino con penas.*
d) *Que, por consiguiente, ve complacido cómo su misericordia llega abundantemente a ellas por medio de nuestros sufragios.*

B. Por las propias almas del purgatorio. Ellas viven en necesidad verdaderamente extrema.

a) *Por la acerbidad de sus penas, tanto de daño como de sentido.*
b) *Por la amargura que les produce:*
1. La ofensa que infirieron a Dios.
2. La facilidad con que pudieron evitarla primero o repararla después.
c) *Por el desconsuelo de ver que sufren sin nuevo mérito, cuando esas mismas penalidades en el mundo hubiesen aumentado extraordinariamente el grado de gloria.*

C. Por nuestro propio interés. Con los sufragios ofrecidos conseguimos que se realicen las esperanzas de las almas del purgatorio de que las llevemos al cielo. Por ello:

a) *Ellas serán nuestras intercesoras ante Dios para de algún modo pagarnos el gran beneficio que recibieron.*
b) *Asimismo nos preparamos la mejor sentencia para el juicio final.*
1. Porque hemos ejercitado las mejores obras de misericordia, cuales son las espirituales, con las almas más necesitadas, que son las del purgatorio.
2. También Cristo en aquel juicio nos podrá decir que estaba El, en sus miembros purgantes, encarcelado en la dura cárcel del purgatorio, y no sólo le visitamos, sino que rompimos las rejas de su prisión; que estaba hambriento y sediento de la gloria del Padre, y saciamos su sed y su hambre llevando aquellas almas al cielo.
c) *Aun cediendo a las almas del purgatorio todo el valor satisfactorio de nuestras buenas obras, todavía nos queda de éstas el valor meritorio, que incluso se ha acrecentado.*

2

Cómo vió el purgatorio Santa Catalina de Génova

1787 I. *La figura de la Santa.*

A. Datos biográficos. Santa Catalina nació en Génova en 1447, de la ilustre familia de los Fieschi. Casó con Juliano Adorno, de prosapia no inferior a la suya. Seis

años de matrimonio desgraciado por causa del marido infiel, la llevaron a buscar alivio de sus penas en una vida no disoluta, pero sí mundana. Convertida de lleno a Dios nuestro Señor en 1473, arrastró a su marido a la piedad, al sacrificio y al heroísmo. Ambos se retiraron a vivir en un hospital, donde practicaron la caridad generosamente. En 1497 murió Juliano. Desde 1500 a 1510, en que murió a su vez Catalina, experimentó extraordinarios fenómenos místicos, visiones, éxtasis, revelaciones, y muchas veces, durante ellos, manifestaba en voz alta lo que veía y lo que entendía.

B. Su «Tratado del purgatorio». Sus discípulos tomaban nota de sus relatos, y con estas notas se han compuesto las obras que de la Santa poseemos. Entre las más notables figura el «Tratado del purgatorio», cuya traducción francesa, de la que nos servimos (cf. Les Editions du Cerf, 1922), está tomada de la italiana de Vernazza.

C. Purificada en el purgatorio del amor divino. Santa Catalina fué colocada en vida en el purgatorio ardiente del amor divino, donde quedó perfectamente purificada, al punto de poder comparecer ante Dios. La Santa describe el estado de las almas detenidas en el purgatorio, que ella supo experimentalmente.

II. *Ideas de la Santa sobre el purgatorio.* **1788**

A. Muerte del amor propio. Característico de las almas del purgatorio es estar exentas de todo amor propio.

a) *Ellas no quieren otra cosa que permanecer donde Dios ha ordenado que estén por un decreto de su justicia divina. Ellas aman todo lo que ama Dios. Quieren todo lo que Dios quiere y de la manera que a Dios le agrada. No pueden pensar en sí mismas. Su pensamiento y su voluntad están puestos continuamente en Dios.*

b) *Están confirmadas en caridad y ya no pueden ni cometer pecado ni merecer. No tienen otra voluntad ni otro deseo que la pura voluntad del perfecto amor* (cf. c.1).

B. La paz del purgatorio.

a) *No hay paz comparable a la del purgatorio, si no es la paz de que los santos gozan en el cielo.*

b) *Pero la paz del purgatorio va creciendo a medida que Dios invade más las almas, porque desaparecen los obstáculos que impiden la comunicación de la vida divina.*

c) *Son semejantes dichas almas a un espejo empañado, en el cual no puede resplandecer, sino muy imperfectamente, la brillante luz del sol. Mas a medida que la superficie del espejo va quedando limpia y purificada, el sol resplandece con mayor vigor en su cristal* (cf. c.2).

C. Tormentos indecibles. Estas almas sufren al mismo tiempo tormentos indecibles. No hay lengua que pueda describirlos ni inteligencia que pueda comprenderlos, si no son revelados por una gracia especial. La Santa añade: «Dios se ha dignado concederme a mí esta gracia, pero yo soy incapaz de explicar lo que vi y sentí. Esta visión no se borrará jamás en mi memoria» (cf. c.2).

D. Diferencia entre infierno y purgatorio.

a) *Los que mueren en pecado mortal salen de este mundo con una voluntad perversa. Y como el pecado mortal no puede ser ya remitido, son incapaces de cambiar el estado de su voluntad.*

b) *El alma permanece confirmada por toda una eternidad en el bien o en el mal, es decir, en el estado en el cual le sorprende la muerte.*

c) *Las almas del purgatorio, según lo dicho, están en conformidad perfecta con la voluntad de Dios. Se sienten atraídas con impetuosidad creciente hacia El. Gozan de la certeza de que algún día le verán y de que será enteramente calmada su sed de lo infinito.*

d) *Por el contrario, las almas de los condenados, al permanecer en un estado de perversión, no pueden alcanzar comunicación ninguna de la bondad divina. Persisten en su situación desesperada, en guerra y en oposición perpetua a la voluntad de Dios* (cf. c.3 y 4).

E. El beneficio del purgatorio.

a) *Nunca podremos comprender cuán grande ha sido la misericordia de Dios Nuestro Señor al crear un lugar de purificación para las almas manchadas a la hora de la muerte.*

b) *En este instante, el alma va al lugar que le corresponde «guiada por la naturaleza del pecado mismo». Si muere en pecado mortal, va directamente al infierno.*

c) *Pero el alma, «encontrando en sí misma la más pequeña imperfección, se arrojaría voluntariamente en mil infiernos antes que comparecer impura en la presencia de la divina Majestad».*

d) *«Y como sabe que Dios ha establecido el purgatorio para purificar a las almas después de la muerte, ella, alabando la misericordia divina, se precipita por sí misma en el fuego purificador».*

e) *«Yo he comprobado que estas penas son tan grandes como las del infierno. Pero el alma no les da valor, porque para ella la pena más grande consiste en el retraso del gozo pleno de su único amor»* (c.8).

F. La purificación del alma. La Santa emplea la comparación corriente de que el alma se purifica en el purgatorio como el oro en el crisol. El fuego destruye todas las escorias que estaban unidas al oro. El alma es purificada en sí misma. Destruída en sí misma. Muere en sí misma. Y a medida que ella va muriendo a sí misma, va pasando

de un modo más perfecto a gozar de la vida divina. Se va transformando más en Dios.

G. Sufrimiento y gozo. Es, pues, característico del purgatorio reunir con un dolor y un sufrimiento inexplicables un gran gozo nacido del amor y de la esperanza. Del amor divino, que subyuga a estas almas y las infunde una paz inimaginable, y de la esperanza cierta de salir del purgatorio (cf. c.12). En las almas del purgatorio hay una doble operación:

a) *La consideración de la misericordia divina. Estas almas comprenden que un solo pecado merecía cien infiernos, consideran que la sentencia dictada contra ellas es justísima y, al mismo tiempo, entienden claramente que es una sentencia misericordiosa.*

b) *Tales almas experimentan una satisfacción inmensa al contemplar los decretos bondadosísimos de Dios para con ellas y al sentirse envueltas en la generosidad incomprensible de la infinita misericordia. Aunque sufren, saben que están en gracia de Dios. Y saben que sufren menos de lo que debieran sufrir, por efecto de ese amor en el cual ellas viven* (c.16).

3

La misa por los difuntos

I. *Debemos satisfacer por las almas del purgatorio.* **1789**

A. Sabemos que en el purgatorio son detenidas algunas almas para pagar la pena temporal por sus pecados.

a) *Ellas no pueden satisfacer por esa pena, sino sólo padecer, y purgar así hasta el momento de pagarla entera.*

b) *Mas nosotros, por el dogma sublime de la comunión de los santos, podemos satisfacer por ellas.*

c) *El cristiano consciente de esta solidaridad, entre sus prácticas piadosas no se olvida de las que miran a los difuntos.*

B. Es muy extendida en el pueblo la devoción a las almas del purgatorio.

a) *No hay ni puede haber tal devoción en sentido teológico.*

b) *Puede, no obstante, llamarse devoción en sentido vulgar a la costumbre o al hábito de dirigir plegarias a Dios en favor de ellas.*

c) *Entre todas éstas, ninguna tan excelente y que pueda ayudar tan eficazmente a las almas del purgatorio como la santa misa.*

II. *La misa, la mejor satisfacción.* **1790**

A. En el Antiguo Testamento leemos que Judas Macabeo mandó que ofrecieran en Jerusalén sacrificios por los di-

funtos (2 Mach. 12,43-46). Estos sacramentos eran imperfectos y de un valor muy limitado.

B. Hoy, en el Nuevo Testamento, poseemos el sacrificio infinito, que podemos ofrecer por las almas del purgatorio.

a) *El concilio de Trento afirma que son ayudadas éstas principalísimamente por el sacrificio del altar* (cf. conc. Trid. ses.22 c.2.3: DB 940 y 950).

b) *No es necesario un largo raciocinio.*

1. La misa es el sacrificio infinito de Cristo.
2. Aplicándole a un alma, en el mismo instante se debería borrar toda la pena temporal que ésta deba pagar.

1791 III. *La misa por los difuntos en los primeros tiempos.*

A. A los sacrificios puramente profanos de los romanos, que acudían a las tumbas de sus difuntos para ofrecer sobre ellas libaciones y celebrar banquetes, sucedió el verdadero sacrificio: el de la misa.

B. A partir del siglo III tenemos documentos que nos manifiestan la costumbre de decir la misa por los muertos.

a) *«Celebramos nosotros la oblación por los difuntos... en el aniversario de su muerte»* (cf. TERTULIANO, «De exhortatione castitatis»).

b) *San Cipriano afirma que ofrecen el sacrificio por los difuntos ante el altar de Dios el mismo día de su muerte.*

c) *Santa Mónica dice a su hijo las siguientes palabras: «Poned este cuerpo dondequiera; que no os preocupe nada su cuidado. Solamente os ruego que os acordéis de mí en el altar del Señor allí donde estuviereis»* (cf. SAN AGUSTÍN, «Confesiones» 9, 11,27: BAC, «Obras de San Agustín» t.2 p.445).

d) *Y el mismo San Agustín nos cuenta cómo, efectivamente, ofrecieron el sacrificio del altar por el descanso del alma de su madre: «Cuando llegó el momento de levantar el cadáver, acompañámosle, y volvimos sin soltar una lágrima. Ni aun en aquellas oraciones que te hicimos cuando se ofreció por ella el sacrificio de nuestro rescate, ni aun en estas oraciones, digo, lloré...»* (cf. ibid., o.c., 9,12,32: ibid., p.449).

C. En algunos sacramentarios antiguos aparece claramente el sacrificio de la misa ofrecido por el alma de algún difunto determinado.

a) *«Por lo tanto, te rogamos que recibas aplacado esta oblación de nuestra servidumbre, que te ofrecemos por el alma de tu siervo N. N., y que le concedas poseer la parte de beatitud con los propósitos y dignidades apostólicas, cuyo oficio siguió».*

b) *«Te rogamos, Señor, que mires propicio esta oblación de nuestra servidumbre, que te ofrecemos por el descanso de las almas de tus siervos y siervas, y concedas que sea para los muertos perdón lo que te dignaste preparar para los vivos como remedio»* (cf. SCHUSTER, *Liber sacramentorum* p.136-137).

IV. *La misa por los difuntos hoy.* 1792

A. Forma parte de las exequias.

a) *La Iglesia ha introducido la costumbre de celebrar el aniversario, así como los días tercero, séptimo y trigésimo, con misas especiales.*
b) *En el día de la Conmemoración de los Fieles Difuntos, cada sacerdote puede decir tres misas.*

B. El pueblo se ha percatado de la trascendencia de la misa por las almas de los muertos.

a) *Las iglesias suelen verse llenas el día de los Difuntos.*
b) *Muchos son los que no oyen una misa este día, sino las tres.*
c) *En todas las familias cristianas existe la costumbre de ofrecer, además de la misa funeral, el octavario de misa, o una misa mensual, o las misas gregorianas.*
d) *Debemos formar al pueblo, diciéndole que fomente la práctica de ofrecer la misa en sufragio de las almas del purgatorio, insistiendo que sean caritativos con ellas.*

C. El mejor recuerdo, sin duda, en memoria de los fieles difuntos, es el sacrificio de la misa. Las flores y luces y adornos de tumbas y cementerios son más bien, dice San Agustín, para consuelo de vivos que para provecho de los difuntos.

4

El dogma y la historia de las indulgencias

I. *El dogma.* 1793

A. El castigo del pecado. El pecado consiste en apartarse de Dios por escoger viciosamente una criatura. Al desacato cometido contra la Divinidad le corresponde un castigo eterno en el infierno; a la conversión viciosa a la criatura, un castigo menor y temporal, cual le corresponde también al pecado venial, en el que no se da la aversión a Dios.

B. La pena temporal. Cuando el sacerdote absuelve, queda perdonada instantáneamente la pena eterna del infierno, pero generalmente no desaparece toda la temporal, pues ello depende de la disposición del penitente y de que no quede en él ninguna inclinación pecaminosa a las criaturas, siquiera no llegue a constituir falta mortal.

C. ¿Cómo pagar esa pena? Las deudas se pagan o del pecu-

lio propio o del ajeno, si nos regalan lo suficiente. Esta pena temporal podemos pagarla de estas dos maneras:

a) *Se paga con peculio propio haciendo penitencia voluntaria en esta vida o sufriendo el purgatorio en la otra.*
b) *Pero se puede pagar también tomando lo necesario del tesoro de la Iglesia.*

D. La Iglesia, depositaria de los méritos de Cristo.

a) *La Iglesia es depositaria y administradora, instituída por Cristo, de los méritos del Señor, que por ser infinitos se sobran para pagar cuantas penas puedan merecer los hombres.*
b) *A estos méritos se añaden los superabundantes de María Santísima y de los santos, que por haberles sobrado se han unido, como los de San Pablo, a los de Cristo, en beneficio de su Cuerpo, que es la Iglesia* (Col. 1,24).

E. La Iglesia administra este tesoro para compensar las penas. La Iglesia tiene poder para administrar este tesoro y aplicarnos los méritos suficientes en compensación de la pena que debemos. Lo hace por medio de las indulgencias, esto es, concediendo a todos los que ejecuten en las debidas condiciones algún acto piadoso que ella determine la aplicación de los méritos de su tesoro, necesarios para obtener el perdón de una pena que también ella indica. Es el último río de perdón, que brota del costado de Cristo, agua a la que debemos acercar nuestros labios ávida y respetuosamente.

1794 II. *La historia.*

A. Los datos más antiguos. Los datos ciertos y más antiguos nos vienen del siglo III. Después de la persecución de Decio, numerosos apóstatas pedían el reingreso en la Iglesia, pero para ello tenían que someterse a una durísima penitencia pública. Entonces recurrían a pedir cédulas de recomendación a los mártires que no habían muerto en los tormentos, y los obispos comenzaron a dispensarles de la tal penitencia en atención a los méritos de los mártires, pero entendiendo que no dispensaban sólo de la penitencia exterior, sino de lo que Dios les hubiera perdonado de purgatorio, en el caso de haberse sometido a aquella disciplina de que eran dispensados.

B. Se generaliza el uso de las indulgencias.

a) *En la Edad Media continuó esta costumbre de rebajar la pena, generalmente a los que acudían en peregrinación a Roma.*
b) *Durante esta época, los teólogos explicaron la doctrina en la forma que la hemos expuesto, y poco a poco fué generalizán-*

dose más su uso, hasta que el concilio de Trento, debido a la revuelta protestante contra las indulgencias, determinó claramente su sentido y forma.

C. La forma actual. Conservamos todavía una fórmula que recuerda la antigua disciplina penitencial, pues cuando una oración aparece con indulgencia por cinco años, por ejemplo, no es que perdone cinco años de purgatorio (¿quién sabe el tiempo por el que Dios condena a sus almas?), sino el tiempo de purgatorio que Dios hubiera remitido en el caso de que se cumplan cinco años de penitencia canónica.

5

Práctica de las indulgencias

I. *¿Quién concede las indulgencias?* **1795**

A. Cuando se hubo formado en Egipto aquel inmenso depósito de trigo durante los años de abundancia, sólo pudo disponer de él José, a quien el Faraón había otorgado la administración (Gen. 41,48-49).

B. Cristo nuestro Señor ha concedido la administración del tesoro de la Iglesia a los jefes de ésta. Sólo el papa y aquellos en quienes haya delegado pueden, por lo tanto, conceder indulgencias. El Romano Pontífice puede concederlas sin límite; los obispos conceden cien días, y los arzobispos, trescientos.

II. *¿A quién se concede el lucro de las indulgencias?* **1796**

A. El tesoro de la Iglesia está constituído para los que pertenecen a ella. Por lo tanto, ni los no bautizados ni los excomulgados pueden ganar indulgencia alguna.

B. Además de esto, la indulgencia sólo sirve para perdonar la pena temporal a aquellos que no estén sujetos a la eterna. Por lo tanto, para lucrarla se necesita vivir en estado de gracia, por lo menos en el momento de cumplir el último de los actos requeridos, que es cuando se gana la indulgencia (can.925).

C. Pero dentro de este Cuerpo místico de la Iglesia tenemos unos hermanos que sufren sin poder ayudarse en nada ellos a sí mismos. Son las almas del purgatorio. La reversibilidad de los méritos llega hasta ellos, y del mismo modo que los de Cristo me aprovechan a mí, yo puedo

ser el conducto para que lleguen hasta aquel lugar de pena.

D. Las indulgencias pueden ser por los vivos, en cuyo caso sólo aprovechan al que las lucra, y pueden ser aplicables a los difuntos, y entonces el que ejecuta la obra indulgenciada cede su premio a las almas del purgatorio.

1797 III. *¿Cómo se lucran?*

A. En general, practicando la obra preceptuada con intención de lucrar indulgencia.

B. Es necesario ejecutar la obra completa, aun cuando, si se omite una parte mínima (menos de la quinta parte), no por ello deja de ganarse la indulgencia. Si se pide la confesión y comunión en determinado día, aquélla puede hacerse ocho días antes o después, y ésta la víspera o dentro de la octava. Las personas que se confiesen cada quince días no tienen por qué preocuparse de la confesión, a no ser que se trate de un jubileo.

C. Además de ello es necesario tener alguna intención, por lo menos general, de ganar las indulgencias, por lo cual se recomienda renovar esta intención todos los días.

D. Las indulgencias plenarias y algunas otras suelen concederse con la condición de que se rece alguna oración por Su Santidad. Esta oración ha de ser vocal y no mental. Puede ser simplemente un padrenuestro y un avemaría.

1798 IV. *División de las indulgencias. No hemos hablado todavía de las indulgencias plenarias y parciales.*

A. La terminología de la Iglesia suele ser la de conceder indulgencias por determinado tiempo, pero a veces la indulgencia es plenaria, lo cual quiere decir que la Iglesia concede de su tesoro tanto cuanto haga falta para que se perdone la pena temporal que debemos.

B. No es fácil ganar la plenitud de estas indulgencias, porque para ello se requiere que no conservemos afecto alguno al pecado venial, pues de lo contrario quedaría sin remitir, por lo menos, la pena correspondiente a ese afecto. Dedúzcase de ahí la necesidad de prepararse bien para ganar las indulgencias, amén de lo absurdo de ciertas prácticas a las que acompaña la indicación de que con esa oración «se saca ánima».

6

Sepultar a los muertos

I. *Una obra de misericordia.* **1799**

A. Encontramos en el evangelio de la viuda de Naím una comitiva que se dispone a realizar una obra de misericordia dando tierra a un joven difunto.

B. Entre las obras de misericordia de nuestro catecismo cristiano aparece ésta también.

II. *Dos conductas.* **1800**

A. Conducta de los paganos.

a) *No fué unánime el proceder de los paganos con sus muertos, si bien ninguno pudo fundamentar el culto que a veces dieron a sus difuntos con los motivos que los cristianos han tenido y tienen para hacerlo.*

b) *Hubo bárbaros que arrojaron los cadáveres al campo para que fuesen devorados por las fieras; otros, entre ellos los romanos, los quemaban; otros, como los atenienses, los sepultaban con honra.*

B. Conducta de los creyentes.

a) *En el Antiguo Testamento. Los hebreos eran los que daban más honores al cuerpo de sus difuntos. Son alabados en la Escritura como ejemplares en el ejercicio de esta obra de piedad cristiana Abrahán, Jacob, José, Tobías, Nicodemo y José de Arimatea.*

b) *Los primeros cristianos han dejado testimonio del honor que rendían a los difuntos en los cementerios cristianos que nos quedan en las catacumbas. Honores especialísimos que se tributaban a los mártires del Señor.*

III. *Motivos para honrar el cuerpo de los difuntos.* **1801**

A. Porque el cuerpo es lo más importante que deja el difunto sobre la tierra.

a) *Es cosa conforme a razón tener en estima aquellas cosas que pertenecieron a los mayores. Solemos conservarlas como recuerdos caros de sus personas.*

b) *Con mayor razón debemos hacer esto con aquello que más íntimamente estuvo unido al difunto. Todas las demás cosas se le unían accidentalmente. El cuerpo le estaba sustancialmente unido.*

c) *Se honra el cuerpo sepultándolo en la tierra, que es su lugar más propio, porque ella es madre común, de la cual salió nues-*

tro cuerpo, y después de muerto lo quiere recibir de nuevo. El mismo Ciro, rey de los persas, decía que nada tan honroso como ser sepultado en la misma tierra, que tantos y tan bellos frutos produce.

B. Porque el cuerpo del cristiano pertenece al Espíritu Santo.

a) *San Agustín dice que no se puede menospreciar a los cuerpos de los difuntos, sobre todo de los justos y fieles, porque el Espíritu Santo se ha servido de ellos como de órganos y vasos para todas las buenas obras* (cf. «De civitate Dei» 1,13: PL 40,22).

b) *Es la doctrina de San Pablo, el cual nos dice que «nuestros cuerpos son miembros de Cristo»* (1 Cor. 12,27) *y que somos «templos del Espíritu Santo»* (1 Cor. 6,19).

c) *Los cuerpos de los cristianos han sido santificados por el contacto de Cristo, realmente presente en la sagrada Eucaristía.*

d) *Es un cuerpo dado a la tierra, pero que un día ha de resucitar.*

e) *Dios ha manifestado esta complacencia en el honor tributado a tales cuerpos de modos muy diversos. Por los milagros que hace usando reliquias de ellos; a veces los mismos animales han dado sepultura a los cuerpos de los santos por disposición de Dios, como ocurrió con San Pablo el Eremita.*

C. Porque es un testimonio de nuestra fe en la resurrección de la carne.

a) *Así lo afirma Santo Tomás* («In 4» d.45 q.4 a.3 ad 3): *«La sepultura aprovecha espiritualmente a los vivos, que con ello manifiestan y aumentan su fe en la resurrección».*

b) *San Pablo nos ha dado la bella comparación de la semilla que se entierra y germina: Nuestros cuerpos son sembrados en ignominia para levantarse con gloria* (cf. 1 Cor. 15,35 ss.).

1. Por esto los gentiles arrojarán los cuerpos humanos a los ríos o al fuego, porque no tienen esperanza de la resurrección.
2. Pero los cristianos, en espera de que se levanten gloriosos del sepulcro, llamarán a sus cementerios camposantos y dormitorios, porque son lugar de siembra y sitio de espera.
3. Ellos saben que si les preguntaran a los cadáveres qué hacen allí reposando, podrían contestar: «Esperamos al Salvador y Señor Jesucristo, que reformará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso» (Phil. 3,20-21).

D. Porque es una obra meritoria para los vivos.

a) *Lo mismo que es una obra de misericordia vestir al desnudo y dar posada al peregrino, el cual, sin embargo, podría quizás valerse de alguna manera; así, y más aún, es obra agradable a Dios y de especial mérito atender el cuerpo del difunto, que de ningún modo puede valerse por sí mismo.*

b) *En el Antiguo Testamento es ejemplar el caso de Tobías, el cual dejaba la comida sobre la mesa para salir a enterrar a los*

muertos; esta obra es alabada por el ángel como muy grata a los ojos de Dios (cf. Tob. 12).

c) *El mismo Cristo alaba la acción de la Magdalena, defendiéndola de Judas; Magdalena ha hecho una buena obra, porque, derramando ungüento sobre su cuerpo, lo ha preparado para la sepultura* (Mt. 26,10 ss.).

E. Porque nos trae el recuerdo de nuestra propia muerte.

a) *Esta obra de misericordia nos trae una gran lección acerca de nuestra vileza y de lo que han de ser muy pronto las riquezas, la hermosura, los placeres y las vanidades.*

b) *Como dice San Agustín, aquellas cenizas y huesos, si atendemos, pueden ser para nosotros magníficos predicadores* (cf. Serm. 66, «*De verbis apost.*»).

c) *San Jerónimo* (cf. «In Ez.», c.40) *nos dice que él mismo, como hacían los antiguos cristianos con sus hijos, se iba los domingos y días de fiesta a contemplar las sepulturas de los cristianos.*

d) *¡Ojalá en nuestros días estas visitas en días festivos a nuestros cementerios produzcan en quienes las hacen frutos tan excelentes!*

7

Consuelo en la muerte

I. *Es cristiano llorar a los muertos.* **1802**

A. Jesucristo tiene para la madre viuda de Naím estas palabras: «No llores».

a) *No se trata de un mandato o reprensión por las lágrimas que vierte ante su hijo muerto.*

b) *Son palabras de suprema consolación. Valen tanto como decirle que se consuele, porque ha encontrado al que tiene poder para limpiar radicalmente sus lágrimas.*

B. El mismo Jesús llora en el Evangelio la muerte de su amigo Lázaro, hasta el punto de conmover y llamar la atención de los presentes.

a) *El llanto es legítimo a la naturaleza, que se ve separada de los seres queridos.*

b) *Más justo aún es el llanto por la muerte de los padres, y más cuando se les ha abreviado la vida con desobediencias e ingratitudes.*

C. San Agustín en un bello capítulo de sus «Confesiones» (9,12), después de explicar las abundantes lágrimas que derramó sin consuelo delante del cadáver de su madre, termina diciendo: «Léalo el que quisiere e interprételo como gustare. Si le pareciere que hice mal

y que pequé por haber llorado a mi madre..., a una madre que por muchos años me había llorado..., le pido que no se ría de mi llanto; antes bien, si tiene bastante caridad, llore él también por mis pecados delante de vos».

1803 II. *Llanto con esperanza.*

A. Debemos conceder a la naturaleza el derecho que le corresponde de un llanto que alivie el dolor, pero siempre «que nuestra tristeza no sea como la de aquellos que no tienen esperanza» (1 Thes. 4,12).

B. Motivos de esta esperanza consoladora son:

a) *Saber que Dios envía la muerte. Es un Padre quien ha decretado esta ley absolutamente universal* (Hebr. 9,27).

b) *La muerte es un sueño tan sólo.*

1. Jesús dijo de Lázaro, que estaba muerto: «Nuestro amigo duerme» (Io. 11,11-3).
2. Y San Esteban, que muere bajo la violencia de las piedras que le arrojan, no cae sino para «dormirse en el Señor» (Act. 7,59).

c) *Pensar que tras el sueño le ha venido a aquella alma el verdadero gozo de la patria.*

1. Si no de una manera inmediata, porque necesita nuestros sufragios, sí con la seguridad de que, aunque se encuentre en el purgatorio, ya no puede pecar y tiene la esperanza cierta del cielo.
2. Esta es la ganancia que pensaba alcanzar Pablo con su muerte (cf. Phil. 1,21).

d) *Considerar que nosotros iremos a reunirnos un día con ellos, puesto que solamente nos han antecedido unas horas o breve tiempo en el viaje que todos hemos de emprender hacia la eternidad.*

1804 III. *Consuelo por lo que han dejado.*

A. El que ha muerto deja su cuerpo.

a) *«Mientras estamos en la tienda de campaña de nuestros cuerpos, dice San Pablo, gemimos agobiados bajo su peso, sabiendo que, mientras estamos en el cuerpo, viajamos lejos del Señor»* (2 Cor. 5,4-6).

b) *Con toda razón se llama tienda de campaña a nuestro cuerpo, pues:*

1. La permanencia del alma en el cuerpo es de poca duración.
2. La casa propia es lugar de tranquilidad, de posesión, de reposo: la tienda es lugar que se ocupa unos días y, cuando se sale de ella, se abandona, como el cuerpo: «No tenemos aquí una mansión permanente, sino que buscamos la futura» (Hebr. 13,14).
3. El nombre de tienda indica que somos extraños en la

tierra y que como extraños debemos tratar todas las cosas del mundo, sin apegos a lo que no es nuestro.

4. Como el soldado se aloja en la tienda para las campañas de guerra, así los soldados de Cristo, mientras vivan en este cuerpo corruptible de pecado, han de sostener una batalla contra las pasiones de su propia carne.

c) *Todas estas consideraciones consuelan en presencia del cadáver, sabiendo que aquel a quien amábamos ha dejado lo transitorio para conseguir lo eterno.*

B. El muerto se despide del mundo.

a) *Y con él le abandonan todas sus iniquidades y sus peligros.*
b) *Aquella vida de gracia deja de estar en peligro; aquí en el mundo lo estaría siempre, porque el mundo es enemigo irreconciliable de Jesucristo.*

C. Deja los bienes de la tierra.

a) *Todos los cuales son lazos y dificultades para que el reino de Dios se desarrolle en nosotros.*
b) *Ya no son dos preocupaciones, por las cosas temporales y por las espirituales, las que tiene quien ha muerto, sino que todo él se emplea en Dios.*

D. Deja las miserias de la vida. Tres motivos hay para felicitarse por la muerte:

a) *Se queda libre de todo trabajo.*
b) *De todo pecado.*
c) *De todo peligro.*

IV. *Consuelo por su memoria.* **1805**

A. Quien muere después de una vida ejemplar deja a los suyos sobre la tierra el consuelo que podemos sintetizar en la inscripción colocada sobre la tumba del cardenal Alciati, en Santa María de los Angeles, de Roma.

B. «Virtute vixit, memoria vivit, gloria vivet».

a) *Vivió en la virtud.*
b) *Vive en la memoria de los hombres sobre la tierra.*
c) *Vivirá en la gloria eternamente.*

INDICE DE SAGRADA ESCRITURA [1]

Los números de este índice remiten a la numeración marginal de las páginas de este volumen

Sap 6,18 1587
Eccl 1,2 1781
45,1-6 1869
Ps 2,6-8 788
4,9 21
24,10 799
33,9 1250
68,8 782
71,17 72
84,11 797
102,14 1251
Is 60,1-6 207
Ier 31,3 352
2 Reg 14,14 1731
2 Mac 2,12-13 1690
15,12 1640
Mt 1,8 - 21 1371, 1383, 1469, 1476
2,1 - 12 208, 228, 238
2,13-14 1500
2,16-18 278
5,1 - 12 1525 ss., 1532, 1562, 1583, 1590, 1683
5,48 1658
6,25 1502
11,29 793
16,24 990
19,21 1586
19,23 1506
28,20 999, 1182
Mc 15,34 812
16,14-20 834, 858
Lc 2,1 - 14 8,135
1,34 1371
2,14 98 ss.
2,21 1488
2,22-39 1492
2,41-52 1517
19,13 1006
23,34 804
23,43 805
23,46 824
Io 1,2-3 38
3,13 884
3,16 731
5,25 1740
6,56-69 1048, 1056, 1069
10,11-16 315
13,1 728, 731
13,2-15 400, 425, 462, 585, 742
14,3 977
14,17 756
14,30 757
15,12-18 746
16,6 741
16,28 1010
17,1-26 753, 758, 1010, 1189
18,1-40 405, 432, 477, 480, 547, 632
19,1-42 412, 420, 446, 452, 489, 554, 593, 809, 817, 821, 1326, 1365
20,29 976
Act 1,1-11 834
Rom 5,12 1488
7,13 1209
7,30 346
12,1-1 1199
13,1 1476
1 Cor 2,8 254
7,17 1653
11,23-29 725, 1037, 1061
13,22 1548
15,17 1206
16,22 1258
2 Cor 5,4-6 1804
5,10 1689
11,23-29 764
Eph. 2,10 355
2,14 15
3,8-19 1340, 1347
4,1 356
4,3 22, 1502
5,25 1390
Phil 2,5-10 887, 1489
3,8 1646
Col 1,16 185
3,3 1595
3,23 1513
Gal 1,10 748
1,15 354
1 Thess. 4,12 1803
1 Tim 2,4 349
6,20 1456
Tit 2,11-15 6,7
Hebr 1,3 871, 973
7,3 1404
10,5-10 979
10,6 822
1 Pet 4,11 97
2 Pet 1,3-4 193
1 Io 2,15-16 754
Apoc 6,9 1640
7,2-12 1521
7,13 1624

[1] Nos limitamos a consignar los textos que están comentados en el presente volumen.

INDICE DE MATERIAS

Los números de este índice remiten a la numeración marginal de las páginas de este volumen

Adopción: adopción divina del hombre 190; elementos 190; dogma de fe 193; comparación con la adopción humana 190.

Alegría: sentido de la alegría cristiana 986; si hay amor, hay alegría 362; el camino de la cruz, fuente de alegría 986; alegría y cumplimiento de la voluntad de Dios 986; Navidad, día de santa alegría 31 37 135.

Amistad: la amistad en el sermón de la Cena 746; los discípulos, amigos de Jesús 747; la servidumbre, camino de la amistad con Dios 748; labilidad de la amistad humana 698.

Amor: dar y darse, esencial al amor 722 1356; unifica al amante con el amado 1349; es la medida del dolor 702 800; fuerte como la muerte 482; dos propiedades del verdadero amor 1286; donde hay amor no hay fatiga 362 766; la semejanza es causa del amor 1285; el amor mayor, el amor de caridad 800; a la unidad por el amor 752; impulsa a vivir para los demás 738; hay que saber entender el verdadero amor 1300; amor humano y amor espiritual 1263; amor de lo terreno y amor de lo temporal 1235; los obstáculos del amor a Dios 177; dos amores incompatibles 1253; Dios, amor esencial 384 723 1299; grandeza del amor de Dios al hombre 1302; amor de Cristo a los hombres 728 731; el amor a Cristo, amor transformante 1296; obligatoriedad del amor a Dios 1301; motivos del amor a Dios 177; el amor a Cristo debe ser incondicional 1258 1346; amor afectivo y amor efectivo 1344; triple modo de amar a Dios 1258; Cristo, modelo de amor 1262; amor de Dios y santidad 1618; la creación, obra del amor 729; la Encarnación, misterio de amor 731 1280; la deificación

[Amor]
del hombre, obra del amor 729; no hay amor en el mundo 1346; hay que reconstruir el amor 737; no amemos al mundo 1254; un amor más excelente 1265.

Apóstoles: su vocación 1412; amigos del Señor 746; continuadores de su obra 1011; necesidad 343; misión 878; la última lección del Maestro 934; reproche de su incredulidad 1000; las dudas de los Apóstoles, provechosas para nosotros 849 857; por qué estuvo Cristo con ellos cuarenta días después de la resurrección 843 848 857.

Ascensión: hecho único en la historia 988; triunfo de Cristo 839 907 921 967 969 983; conveniencia 844 863 975; causa 868; motivos secundarios 838 891; día de gozo 966 948; festividad de la Ascensión, características 832; liturgia 833; afectos propios de esta fiesta 930; simbolismo 922; frutos 888; lecciones 847 852 875 968 1009 1012; anuncio de la segunda venida del Señor 855; estímulo de los deseos del cielo 856; la ascensión del cristiano 926; la Ascensión y el juicio final 1005; y la venida del Espíritu Santo 978; y la Eucaristía 976; y la vida cristiana 865; la fiesta de la Ascensión y el mundo del trabajo 945.

Aureolas de los santos: concepto 1555; clases 1556.

Avaricia: enemiga de la caridad 856; hace al hombre peor que un demonio 421.

Ayuno: y oración 1495.

Bautismo: puerta de nuestra glorificación 927.

Bienaventuranzas: felicidad de los bienaventurados 1589; esencia 1590; grandeza 1596; el deseo universal de felicidad 1532;

[Bienaventuranzas] la pobreza 1533 1563; mansedumbre 1534 1570; llanto 1535 1574; hambre y sed de justicia 1536 1575; misericordia 1537 1576; pureza 1538 1577; paz 1578; persecución 1579.

Buen Ladrón: su petición 654; reconoció la realeza de Jesús 652; practicó las tres virtudes teologales 623; insigne en la humildad 626; no se ha de hacer de este ejemplo regla general 622.

Caridad: traída por Cristo al mundo 937; vencedora del mundo 937; es una y única 1604; pero hay jerarquía en su ejercicio 1605; esencia de la perfección 1601; caridad afectiva y efectiva 1606; es el mandamiento nuevo 386 480 484 587 735; distintivo del verdadero cristiano 483; cualidades de la auténtica caridad 1298; cubre todos los pecados 382; plenitud de vida sobrenatural 1003; caridad y humildad 745; fuente de unión 1137 1188; la paz, efecto de la caridad 383; incompatible con la avaricia 856; pecados contra la caridad 1189.

Cielo: tenemos un lugar preparado en el cielo 933; perspectiva obligatoria del cristiano 934; la pretendida inexistencia de la gloria 946; es posible y fácil la conquista del cielo 936; entrada triunfal de Cristo en la gloria 906 913; hora de la victoria definitiva 899; felicidad inenarrable del cielo 896 901; bienes del alma y del cuerpo en la gloria.

Comunión: la comunión y la misa 1198; hay que rechazar a los indignos 430 517; la comunión frecuente 19; fuente de fortaleza cristiana 1222; cómo debemos comulgar 427; comunión sin mortificación, comunión infructuosa 1212; el secreto para comulgar con fruto 1203; comunión sacramental y comunión de los santos 1142 1711.

Confianza: fundamento 932 1505; la gracia del Espíritu Santo 942; es condición de la esperanza 1505.

Corpus Christi: liturgia de la festividad 1020; orígenes 1019 1021 1027 1107; reacción contra sectas antieucarísticas 1022 1029; afectos propios de esta festividad 1110; triunfo glorioso de Cristo 1106; Jueves Santo y Corpus Christi 1019; los autos sacramentales 1174; la procesión del Corpus 1106 1177 1770; **[Corpus Christi]** homenaje exterior 1179; e interior 1180.

Creación: obra del amor 729; reflejo de las perfecciones divinas 185 195; proceso de la acción creadora 729.

Cristianismo: no es un mero conjunto de prácticas exteriores 1195; el cristianismo fácil de no pocos cristianos 1210.

Cristiano: la vocación de cristiano 233 385; soldado de Cristo 936; las dos miradas del cristiano 934; el cristiano y el amor 736; imitador de Cristo 648 674 1009; su alimento, la Eucaristía 1010; éramos nada, en Cristo somos algo 1251; el cristiano ante la Pasión de Cristo 663 700; ante la muerte 1738 1802; debe ser fiel cumplidor de su deber 676 823; trabajar y sufrir 833; necesita mortificación 675 700; debe vacar a la oración 677; y esmerarse en las obras diarias 678; tendiendo seriamente a la santidad 227; su vida es vida de combate 302; no debe desentenderse de los problemas de la vida temporal 945; su grave responsabilidad en la hora presente 941; debe sacudir toda pereza 221.

Cruz: lecciones de la cruz 583; en ella se firmó la carta del perdón 413 660; el trono de la cruz, trono de misericordia 799; triunfo de Cristo 412; consumación y perfección de todas las cosas 657; diversas maneras de llevar la cruz 795; el camino de la cruz, fuente de alegría interior 796 986; gloriémonos en la cruz 389.

Culto: definición 1622; culto y oración 1638; culto al Sagrado Corazón 1270 1308; culto social 1247; culto de San José 1448; culto de los santos 1621; fundamento 1639; justificación 1623; historia 1633; culto a las reliquias e imágenes de los santos 1626.

Derecho: la reintegración del ordenamiento jurídico, base para la paz 108; la base última del derecho no es la utilidad 101; utilitarismo y positivismo jurídicos 108; derecho del hombre a la seguridad jurídica 108; la autoridad judicial, sus condiciones 108.

Devoción: —**al Sagrado Corazón:** orígenes 1238; historia 1244; características 1239; fin propio 1243; la promesa de los prime-

[Devoción]
ros viernes 1248; fundamentos teológicos 1269; prejuicios infundados 1306; no es una forma más de piedad 1323; la reparación, nota esencial 1243 1278 1357 1362; remedio de la apostasía moderna 1358; las consagraciones sociales 1361; lábaro de salvación para el mundo de hoy 1307 1325.
—**a San José:** 1448; motivos 1400; bienes 1398; tres gracias especiales 1404.
—**a los santos:** 1399.
Doctrina social católica: en el campo económicosocial 948; el verdadero humanismo es el humanismo cristiano 951; el sentido trascendente de la vida humana 954.
Dolores y gozos de San José: primer dolor y gozo 1469; segundo 1473; tercero, 1484; cuarto 1491; quinto 1500; sexto 1506; séptimo 1516.

Economía: subordinada al fin trascendente del hombre 950; el orden económico justo 950; economía y santificación del domingo 953; relación entre necesidades reales y necesidades artificiales 953; economía y progreso 952; economía y dignidad humana 950; las excesivas diferencias económicas, peligro para la paz 102.
Encarnación: expresión del Verbo 51 312; don máximo del Espíritu Santo 53; dos naturalezas y una sola persona 25; maravilla de las maravillas 15 1284; humillación asombrosa del Verbo 91; causa 52 161 261 276 1264; obra del amor 314 731 1280; manifestación del poder de Dios 176 250; la gloria del Padre, fin de la Encarnación 96; conveniencia 59; la Encarnación y la filiación adoptiva del hombre 33; salvación de la humanidad 26 1282.
Epifanía: origen de la fiesta 205; significación 206; manifestación de Cristo 235 243 254 342; y vocación de los gentiles 312 345; grandeza de esta fiesta 247; cuestiones en torno a los Magos 331; circunstancias del relato evangélico 208; el viaje de los Magos 216; su pregunta a los judíos 229; malicia de Herodes 214 244 309; la estrella, significado 210 218 232 238 260 268 271 280 304 341; la adoración 215 231 245 263 290; las ofrendas 237 239 261; el regreso de

[Epifanía]
los Magos 241; virtudes de los Magos, fe 281; fortaleza, 283; obediencia 234.
Esperanza: mantiene erguido al cristiano en la vida 936; brota de las promesas de Cristo 991; está condicionada por la confianza 1505; esperanza y temor 1007; la esperanza y el Cuerpo místico 977.
Espíritu Santo: Maestro de la verdad 943; el Gran Desconocido 1227; triple relación con la Eucaristía 1224; nos lleva a Cristo, si no matamos sus inspiraciones 273; omnipotencia de sus dones 944; su asistencia perpetua a la Iglesia 940.
Eucaristía: don del amor 722 1318; prolongación de la Encarnación 1214; pan de vida 1249; gran misterio de fe 426 1113; la transubstanciación 1113; símbolo de unidad 1032 1074 1137 1188; centro de la vida cristiana 1144; sagrado convite 1040 1192; recuerdo de la pasión 1136 1196; llena el alma de gracia 1200; prenda de la gloria futura 1058 1134 1205; institución de la Eucaristía 425 1037 1043 1061; necesidad 1057 1195; veneración debida 18 1110; misa y Eucaristía 1023; auténtica piedad eucarística 1198; visitas al Santísimo 1228; cómo debe recibirse 427; disposiciones para comulgar 1055 1066 1072 1088 1100; necesidad de limpieza de alma para comulgar 1065; honor que supone la comunión 1064; castigos de la comunión indigna 1063; efectos transformadores de la comunión fructuosa 1052 1194; Eucaristía y fortaleza 1218; mortificación 1136 1209; seis efectos de la Eucaristía 1076; es el sacramento de la vida 1129; restablece el vigor de la fe 1131; refrena las pasiones 1132; vida nueva del cristiano 1066.
Exaltación de Cristo: sentado a la diestra del Padre 894 916 973; significado de esta expresión 871; títulos de Cristo para esta exaltación 872.

Fe: objeto 865 976; principio de vida espiritual 1002; es la perfecta sabiduría 249; superior a la razón 935 1120; es la gran victoria sobre el mundo 854; las pasiones desordenadas apagan la fe 1132; la puerta de la fe es la humildad 252; fe y Eucaristía 1131 426; consecuencia de

[Fe]
las obras con la fe 856; no basta la fe, se necesitan obras 880.
Fieles difuntos, conmemoración de los: espíritu de la conmemoración 1682; notas históricas 1683; pueden ser ayudados por los vivos 1716 1722; en virtud de la comunión de los santos 1711; las exequias por los difuntos 1691; la oración por ellos 1694 1708; los sufragios de los pecadores por los difuntos 1717; principales sufragios por los difuntos 1725; la misa, el mayor sufragio 1789 1791; las indulgencias 1728.
Filiación: condiciones para ser hijo 77; filiación natural del Verbo 77 80; la generación intelectual del Verbo 86; filiación divina adoptiva del hombre 189; herencia de los hijos de Dios 1594; no es metáfora, es realidad 187; dogma de la fe cristiana 186; la filiación adoptiva, efecto de la Eucaristía 39; consecuencias de esta adopción 40; hemos de vivir conforme a ella 41; origen y defensa de la verdadera paz 44.
Fortaleza: teología de la fortaleza 1219; su fuente, la comunión eucarística 1222; la fortaleza de los primeros cristianos 1221; virtud necesaria 1218; hoy más que nunca 1222.

Gloria: definición 160; la gloria de Dios, fin del hombre 155; fin de la religión 97; fin de las obras divinas 96; fin de la vida de Cristo 161; la gloria de Dios, mensaje de Belén 153; la glorificación de Dios, obligación de justicia para el hombre 156.
Gozo: origen 765; gozo navideño 135; la Ascensión, fiesta de íntimo gozo 966 853 931.
Gracia: instrumento de elevación del hombre al orden sobrenatural 182; Jesucristo, fuente de la gracia 1547; la fuerza de la gracia 654; conquista poco a poco a todo el hombre 896; sin la gracia, la voluntad es impotente 425; la gracia y la perseverancia 612; la Eucaristía, fuente de gracia 1134; eficacia de las divinas inspiraciones 280.

Hombre: es el rey de la creación 16; es por esencia una manifestación de la grandeza de Dios 155; su alma es inmortal 946; su fin, la gloria de Dios
[Hombre]
155; lo común y lo específico del hombre 858; el hombre en el orden puramente natural 181; la suprema dignidad del hombre 155; el hombre cristiano 953; su destino trascendente 951 953; la elevación del hombre al orden sobrenatural 179 182 729; la filiación divina adoptiva del hombre 33 184 189; el hombre, objeto del amor de Dios 729; la deificación del hombre 192; la Encarnación, remedio del hombre caído 1282; Cristo, modelo del hombre querido por Dios 792 1304; está obligado a dar gloria a Dios 156; la lucha espiritual del hombre 895; las cuatro edades del hombre 423; la dignidad y los derechos de la persona humana, base indispensable para la paz 105; la dignidad humana, centro del orden económico 950.
Humanidad: la humanidad y el nacimiento del Verbo encarnado 147; Jesucristo, Cabeza de toda la humanidad 1543; Cristo, fin de la humanidad 663; la historia de la humanidad, sus dos periodos 141; humanismo cristiano y humanismo no cristiano 951.
Humildad: es la verdad 743; requiere un especial auxilio divino 743; su absoluta necesidad 475; sin humildad no hay santidad 743; debe ser completa y con todos 22; es fundamento negativo de la justificación 1002; regla práctica de la sabiduría cristiana 252; vencedora de la muerte 252; humildad y caridad 745; humildad y oración 744; ¿cómo se consigue? 744; la humillación, camino para la humildad 744; humildad real y humildades aparentes 890; camino de la gloria verdadera 889; los tres escalones de la humildad cristiana 887; Navidad, lección perpetua de humildad 23; humillación del Verbo en la Encarnación 91; el lavatorio de los pies, monumento de humildad 585 742 464; la oración del huerto, modelo de humildad 547; la pasión, prodigio de humildad 669; modelos de humildad: Cristo 558; su Sagrado Corazón 1366; San José 1459 144; el Buen Ladrón 626.

Iglesia: Cuerpo místico de Cristo 996 897; fundada para conducir a los pueblos al reino de Dios 343; goza de la asistencia

[Iglesia]
perpetua de Cristo 936; y del Espíritu Santo 940; la hora de la victoria definitiva 899; quiénes son miembros de la Iglesia 468; infalibilidad de la Iglesia en las canonizaciones 1636; la Iglesia ante la humanidad dividida 327; sus juicios no son partidistas 329; la supuesta neutralidad política de la Iglesia 330; su supranacionalidad 319; doble sentido de esta supranacionalidad 320; constituye un todo indivisible con Cristo 320; no puede enfeudarse a nación alguna 321 326; no es un imperio 324; sin ella no hay unión social firme 322; su contribución en la consolidación de las bases de la sociedad 324; respeta el valor de la iniciativa privada 325; no puede ponerse al servicio de intereses meramente políticos 327; no ha abandonado al obrero 1360 948.

Indulgencias: dogma e historia 1793; ¿quién las concede? 1795; ¿a quién se conceden? 1796; ¿cómo se lucran? 1797; clases 1798; indulgencias por las almas del purgatorio 1783 1728.

Infalibilidad: de la palabra de Cristo 1062; y de la Iglesia en las canonizaciones 1636.

Infancia espiritual: el ejemplo del Salvador 251; la infancia del espíritu 253; la humildad, secreto del triunfo 252.

Jesucristo: Hijo único de Dios 80 924; es igual al Padre 846; la generación intelectual del Verbo 86; su amor al Padre 1309 1283; su amor por los hombres 729 1274 1283; su Encarnación 1249; dos naturalezas y una sola persona 38 62 189 868 1250; grandeza de los dones concedidos a la humanidad de Cristo 1303; Jesús, Salvador 1488; vino a salvarnos del pecado 174; es nuestro modelo 180; Ecce homo 668; nuestro intercesor ante Dios 596 919 870 979; Cabeza de los ángeles 1545; padre universal de todos los hombres 1304 1543; Cabeza de la Iglesia 1542 869; su presencia en la tierra 936 994; en la misa 995; en la Iglesia 996; en el sacerdocio 997; fuente de la gracia 1547; su Pasión, ejemplo y consuelo para el cristiano 648; el testamento de Cristo 691; su entrada triunfal en la gloria 907 913; su exaltación en la Ascensión 871; es rey 665

[Jesucristo]
894 900; sacerdote 753; único Maestro del hombre 474 656 198 1666; el gran testigo de la verdad 499 666 935; su segunda venida 1005 910; juez universal 860 663.

Judas Iscariote: por qué Cristo eligió a Judas 515; el discípulo traidor 514; su maldad 551; el beso traidor 552; poseído del demonio 462 422; su desesperación y muerte 438 523.

Limosna: alabanza de la limosna 450; el pobre representa a Cristo 458; hay quien se queja de oír hablar tanto de la limosna 459; contra los ladrones que hacen limosna 440.

Liturgia: su excelencia y superioridad sobre cualesquiera otras devociones 403; la plegaria litúrgica 391; la participación del pueblo en la liturgia 403; lleva a la piedad confiada y gozosa 1339; liturgia de Navidad 4 135; de la Epifanía 341 205; la nueva liturgia de la Semana Santa 402; liturgia de la festividad de la Ascensión 966; de la festividad del Corpus Christi 1020; de la fiesta del Sagrado Corazón 1238; de la fiesta de San José 1371; de la fiesta de todos los Santos 1523; de la conmemoración de los fieles difuntos 1682.

Mansedumbre: es bienaventuranza 1534 1570; sus grados 1571; dueña de la tierra 1572; cómo conseguirla 1573; Cristo, modelo de mansedumbre 557; especialmente en su pasión 437; el Sagrado Corazón, modelo de mansedumbre 1367.

María: el nombre de María 70; dulzura de este nombre 71; su excelsa dignidad 1407; su santidad 1474; la virginidad de María 1460; la maternidad de María 48; Madre de Jesús 800; sin detrimento de la virginidad 50; Madre de todos los hombres 810 801; su fecundidad 709; sus virtudes 145; su unión con San José 1518; la purificación de María en el templo 1494; despídese de su Hijo 631; encuentra a su Hijo en la calle de la Amargura 645; al pie de la Cruz 701 800; la lanzada del Hijo atraviesa el corazón de la Madre 600; el descendimiento de la cruz y el llanto de la Virgen 603; la compasión de María 598; tres elementos de

[María]
su sacrificio 701; vencedora de nuestros enemigos 272; la intercesión de María 351.

Matrimonio: elementos del matrimonio 1414; esencia 1415; forma 1415; fin 1391; bienes 1463; matrimonio y virginidad 1395; las obras de la carne 1392; doble perfección del matrimonio 1417; los esposos deben su estado al amor conyugal 1390; los desposorios en Israel 1444; el matrimonio de la Virgen y San José 1416; San José y la Virgen, modelos de amor conyugal 1408.

Milagros: han existido siempre en la Iglesia 880; dos clases de milagros 859.

Misa: el sacrificio de la misa 1751; es sacrificio y sacramento 995; reproducción del sacrificio de la cruz 1197; perpetuidad del sacrificio de la misa 1047; la devoción al altar y la devoción de la misa 1024; la misa y la Encarnación 1023; la misa por los difuntos 1791.

Moral: la moral cristiana, incompatible con el espíritu del mundo 779.

Mortificación: necesidad 795 968 387 674 1209 990; motivos 675; fundamento 1209; la mortificación en la vida cristiana 1209 390; mortificación y Eucaristía 1209 1136; mortificación de los afectos desordenados 697.

Muerte: la gran igualadora 1731; vanidad de lo humano 1731; lo que queda 1735; la muerte para el cristiano 1738; la turbación del cristiano ante la muerte 479; consuelo cristiano en la muerte. 1802; confianza en Dios 679; la sepultura cristiana 1799; su fundamento y sentido 1801 1690 1729; la muerte de Jesús, modelo del cristiano en la hora de la muerte 825; muerte de San José 1499; San José, Patrono de la buena muerte 1452 1404.

Mundo: definición del mundo 754 1256; el gran enemigo 754; enemigo de la Trinidad 756; aspecto social del mundo 755; dos mundos 754; inconciliable con el espíritu cristiano 1013 779; las armas del mundo 755; armas contra el mundo 755; la huida del mundo 1103; la victoria sobre el mundo 757; el desprecio del mundo y el aprecio de la salvación 690.

Navidad: fiesta de Navidad 135; fiesta de la santa liberación 23; actualidad de la Navidad 136; notas históricas 4; cómo celebrarla 5; los dos nacimientos de Cristo 46; el nacimiento eterno de Cristo 83; el nacimiento temporal de Cristo, centro de los tiempos 140; circunstancias históricas del misterio 8; ¿cuándo nació Jesucristo? 119; el nacimiento de Jesús 1446; ¿quién es el Niño que nos ha nacido? 296; ¿cómo encontrarlo? 301; contemplación del misterio 76; la providencia en Belén 139; las personas de Belén 143; adoradores de Belén: los pastores 149; Belén, escuela de santidad 176; las lecciones del pesebre 275; costumbres navideñas 134; el origen de la «Misa del Gallo» 129; el mensaje de Belén 153; la Navidad y la paz 15.

Obediencia: a la autoridad civil 1473; desobediencia legítima 1477; una doctrina inadmisible 1478; prudencia en la obediencia 1479; grados de obediencia 1480; la obediencia ciega de San Ignacio 1480; obediencia amorosa 1481; el premio de la obediencia perfecta 1483; San José, modelo de obediencia 1507 144 1473; obediencia de los pastores de Belén 151; y de los Magos 234; la oración del huerto, modelo de obediencia 548.

Obrero: la apostasía moderna del obrero 1358; causas 1359; la Iglesia no ha abandonado al obrero 1360; la Iglesia se ha preocupado por la situación de los obreros 948.

Oración: su absoluta necesidad 615 677 392; necesidad de orar los unos por los otros 476; modos de orar 393; en el nombre de Jesucristo 394; eficacia de la oración 395; oración mental y oración vocal 396; excelencia del Padrenuestro 397; debe santificar el trabajo 1006 1513; oración y culto 1638; la plegaria litúrgica 391; oración por los fieles difuntos 1711; oración y humildad 744.

Orden: la vocación en el orden natural y en el orden sobrenatural 353; diferencia entre el orden natural y el orden sobrenatural 181; concepto y ámbito del orden natural 181; el hombre en el orden puramente na-

[Orden]
tural 181; la elevación al orden sobrenatural 179 729; el hombre, hijo adoptivo de Dios 184 189; la deificación del hombre 192; sentido exacto de esta realidad 194; la gracia, instrumento de elevación al orden sobrenatural 182; consecuencias de la elevación al orden sobrenatural 182; el verdadero orden es el orden cristiano 949; el verdadero orden social cristiano 949; el orden económico justo 950; el contenido del orden nuevo 98; el desorden provocado por las divisiones sociales 1137.

Pasión: misterio de amor divino 695; la pasión de Cristo fué verdadero sacrificio 540; manifestación de la justicia y bondad del Padre 537; y del amor de Cristo 537; motivos por los que Cristo padeció 546; satisfacción de nuestros pecados 539; las tres voluntades que entregan a Cristo 521; efectos de la pasión 542; eficacia de la sangre divina 418; lecciones de la pasión del Señor 690 547; el cristiano ante la pasión de Cristo 663; el lavatorio de los pies 420 462 585; el mandato de la caridad 480; institución de la Eucaristía 425; la Eucaristía, recuerdo de la pasión de Cristo 1136; la oración del huerto 567 589 547 632 405; el prendimiento 640 489 407 664; el proceso de Cristo 408; Jesús en el tribunal de Anás 491 767; Jesús en el tribunal de Caifás 773; las negaciones de Pedro 778 642; la flagelación 781; la coronación de espinas 785; la soldadesca injurió al Señor 437 452; Ecce homo 503 593 643 668 791; Jesús postergado a Barrabás 667; en el pretorio de Pilato 665 494 446; Jesús condenado a muerte 432 504; el lavatorio de Pilato 409; Jesús con la cruz a cuestas 507; la calle de la Amargura 794 645; crucifixión 554 797; Jesús en la cruz 570 417 509; palabras del Señor en la cruz 511; el desamparo del Señor en la cruz, provecho de los desamparados 415; escarnios de Jesús en la cruz 672; la lanzada 600 513; el descendimiento de la cruz 603; el entierro del Señor 456.

Pasiones: hay que dominar y corregir las pasiones 423; si entran en el hombre, es difícil expulsarlas 446; el dominio de

[Pasiones]
las pasiones hace al hombre dueño de sí mismo 21 434.

Paternidad: de San José 1519 1424; concepto y clases de paternidad 1422; la paternidad adoptiva 1423; teología de la paternidad de San José 1426 1434.

Patrocinio: de San José 1449.

Paz: la bienaventuranza de la paz 1578; la verdadera paz 44; definición agustiniana 164; elementos de la paz 164; requiere el dominio de las pasiones 21; consiste en luchar contra el pecado 20; efecto de la caridad 383; Jesucristo, restaurador de la paz 165; la santidad y la paz del alma 68; la paz con Dios es lo único necesario 20; la paz consigo mismo 21; la paz con los hermanos 22; ¿por qué el mundo vive en guerra? 166; la Navidad y la paz 15; el mensaje de Belén 163; el verdadero deseo de la paz 943; la paz interna de los pueblos 110; bases indispensables para lograrla 111; necesidad de solidaridad entre los individuos 112; cinco puntos fundamentales para la paz del mundo 104; dignidad y derechos de la persona humana 105; defensa de la unidad social y de la familia 106; dignidad y prerrogativas del trabajo 107; reintegración del ordenamiento jurídico 108; concepción cristiana del Estado 109; cinco condiciones de la paz 98; victoria sobre el odio 99; sobre la desconfianza 100; sobre el principio de utilidad como base del derecho 101; sobre las divergencias en el campo de la economía mundial 102; y sobre el espíritu de frío egoísmo 103.

Pecado: es el pan de la muerte 1070; fuente de tristeza 984; la maldición rodea al pecador 687; tiene en sí su propio castigo 681; reitera la elección de Barrabás 667; motivos para detestar el pecado 697; tormento de Jesús en su pasión 683; sin lucha contra el pecado no hay paz verdadera 20; para encontrar a Dios hay que salir del pecado 301; el pecador no humilde pronuncia su propia sentencia condenatoria 170; el perdón de los pecados, efecto de la pasión del Señor 542 539; el perdón de los pecados y la devoción a San José 1404; pecados contra la caridad 1189.

Perdón: el perdón de las injurias 804; el premio del perdón 806.

Perfección: concepto de perfección cristiana 1455 890; naturaleza 1569; su esencia, la caridad 1600; papel de las demás virtudes 1603; su secreto, la sumisión completa a Dios 155; su obligatoriedad 1656; debe brotar del corazón 1586; no despreciemos las faltas pequeñas 447; perfección en las obras de cada día 678.

Perseverancia: es un don de Dios 363; imposible sin el auxilio divino 622.

Piedad: no hay auténtica piedad sin piedad eucarística 1198; una piedad estéril e inútil 1750; la piedad pagana 1749.

Pobreza: es bienaventuranza 1533 1563; el pobre 1563; clases 1564; la palabra «espíritu» 1565; grados de la pobreza 1567; la pobreza de corazón, lección difícil 198; es señal de Cristo 197; síntesis de la doctrina de Cristo 197; Cristo y los pobres 198; Cristo pobre en Belén 197; el pobre representa a Cristo 458; el reino de los cielos es de los pobres de espíritu 1569.

Predicación: universal del Evangelio 858; extraordinaria importancia 761; necesidad 472; la predicación como medio normal de la vocación divina 371; graves responsabilidades del predicador 470; la palabra sacerdotal, instrumento de unión 762; los cristianos que no gustan de la predicación 842; oigámosla con atención 471.

Presunción: el pecado de presunción 527 612; no prometamos nada para el futuro 528; el remedio de la presunción, acudir a la oración 615.

Profecías: profecías y figuras de la Eucaristía 1147; profecías mesiánicas: el salmo 21 711; los frutos de la redención 712; la transfixión 713.

Progreso: el verdadero progreso humano está querido por Dios 952; el progreso y las reformas sociales necesarias 107.

Providencia: sostiene y gobierna todo lo creado 139; ordenadora de todos los acontecimientos humanos 935; su plan actual: la instauración de todo en Cristo 142; providencia y vocación 372; la providencia de Dios resplandece por muchos caminos 284; la providencia y la bienaventuranza del hombre 1591; fe viva en la providencia divi-

[Providencia]
na 281; confianza y lealtad a ella 282; la providencia y el poder intercesor de los santos 1645; la providencia en Belén 139.

Prudencia: la solicitud, parte importante de la prudencia 360; las reglas de la prudencia en el conocimiento de la vocación divina 367; prudencia en la obediencia 1479.

Pureza: escalón necesario para llegar al cielo 889; es una bienaventuranza 1539; el gran premio de la pureza 1540.

Purgatorio: su existencia, pruebas 1785; en el Antiguo Testamento 1776; naturaleza 1788 1732; la pena de sentido 1755; la pena de dilación de la gloria 1753; los consuelos del purgatorio 1762; cómo lo vió Santa Catalina de Génova 1787; los que no creen en el purgatorio 1741; obligación de rogar por las almas del purgatorio 1786 1789 1769; cómo socorrer a las almas del purgatorio 1740; tres maneras de ayudar a las almas del purgatorio 1771.

Redención: concepto y funciones 179; la redención por el padecimiento y la muerte 591 798; su prolongación en la Eucaristía 1215.

Reino de Cristo: no es de este mundo, pero está en él 935; dos estados del reino de Cristo 894; el estado presente de lucha 895; el estado futuro de gloria 896; la Iglesia, reino de Cristo en la tierra 897; reino de verdad y de vida 762; la realeza de Cristo 788; la gran declaración del Rey ante Pilato 497; Cristo Rey, modelo de mansedumbre y humildad 557; triunfo sobre los enemigos de la Iglesia 898; la hora de la victoria definitiva 899; el rey de la gloria 900.

Religión: está exigida por la justicia 97; la gloria de Dios, fin de la religión 97.

Resurrección: Cristo, causa de nuestra resurrección 1026; la Eucaristía, prenda de nuestra resurrección 1207.

Sacerdocio: don del Sagrado Corazón a los hombres 1318; la perfección del sacerdocio 759; perpetúa la presencia de Cristo en la tierra 997; el sacerdocio eterno de Cristo 979; Cristo, primer sacerdote 753 1038; cau-

[Sacerdocio]
sa formal del sacerdocio de Cristo 979; eficacia del sacerdocio de Cristo 979; el sacerdote, intermediario 758 1146; los sacerdotes y el mundo 754; gravísima obligación de predicar en el sacerdote 761; la palabra sacerdotal, instrumento de unión 762.

Sacrificio: la pasión de Cristo, verdadero sacrificio 540; el sacrificio de la redención exigido por la justicia de Dios 798.

Sagrado Corazón de Jesús: la festividad del Corazón de Jesús 1249 1339; mensaje de misericordia 1340; características de la fiesta 1239; el espíritu que le ha impuesto Pío XII 1240; índice y símbolo del amor divino 1313; la unión hipostática y el culto al Sagrado Corazón 1311; el Corazón físico del Señor, símbolo del amor 1242 1274; el culto al Sagrado Corazón 1241 1269; historia del culto 1244; el culto social al Sagrado Corazón 1247; dos motivos del culto de latría al Sagrado Corazón 1308; el Corazón de Cristo, nuestro refugio 1277; la llaga del costado 1326; las dimensiones del Corazón de Cristo 1347; el gozo del Corazón de Jesús por la conversión del pecador 1352; los dones del Sagrado Corazón a la humanidad 1318 1321; correspondencia 1344 1355; la reparación al Sagrado Corazón 1362 1357; en los documentos de los últimos papas 1363; la «Miserentissimus Redemptor» 1364; modelo de humildad y mansedumbre 1366; las revelaciones de Santa Margarita 1335.

Salvación: extraño descuido de nuestra salvación 591; no hay salvación sin sacrificio propio 174; la pasión de Cristo, causa de nuestra salvación 538.

Santidad: vocación del cristiano a la santidad 233; su absoluta necesidad 227; el deseo de santidad 1583; debe ser nuestra primera preocupación 18; santidad y amor de Dios 1618; no hay santidad sin humildad 743; y sin mortificación 1209; necesitamos purificarnos a diario 455 467; hay que atender dócilmente las inspiraciones divinas 350; el peligro de ciertos consejos 66; no hay que oírlos 67; santidad falsa y santidad verdadera 1669.

Santos: son nuestros modelos 1649; santos en el propio estado 1652; debemos invocar a todos los santos 1558; la gloria de los santos 1609; doctrina de las aureolas 1555; los santos en el cielo 1548; los santos y el nombre de Jesús 1489; el culto de los santos 1621; historia del culto a los santos 1633; la oración a los santos y su intercesión 1638; conocen nuestras súplicas 1560; su oración es siempre escuchada 1561; el culto a las reliquias e imágenes de los santos 1626; la Reina de todos los santos 1611.

San José: su eminente dignidad 1403 1407 1421 1472; teología de San José 1413; paternidad de San José 1385 1400 1421 1519; padre y virgen al mismo tiempo 1396 1410 1466; depositario de Dios 1405 1457; triple depósito confiado por Dios a San José 1406 1458; custodio de la virginidad de María 1460; custodio del Hijo 1464; sustituto del Padre eterno 1465; vivió sólo para Jesús y María 1409; privilegios que Dios le concedió 1402; su gran santidad 1401; su unión con la Santísima Virgen 1518; tres virtudes de San José 1459; modelo de obediencia 144 1476 1507; generosidad y abnegación 1411; humildad 144; obrero 1509; la muerte de San José 1447 1499; el culto y la devoción a San José 1400 1448; su patrocinio universal 1397 1449; los siete dolores y gozos de San José 1469 ss.

San Pedro: pastor supremo de la Iglesia 535; la escena del cenáculo 524; su actitud en el lavatorio de los pies 466 586; las negaciones de Pedro 492 526 618 642 778; la lección que nos dan 612 614; el triple amor de Pedro 534.

Santos Inocentes: mártires de Cristo 278; la crueldad de Herodes 278; grandeza de la bondad divina 279.

Semana Santa: su importancia para la vida cristiana 403; la reforma litúrgica de la Semana Santa: sus fines 402.

Sermón de la Cena: sus dos partes 742; características 739; tres temas capitales 740; primer aspecto del sermón 741; la hora del desbordamiento del Corazón de Cristo 750; el gran sermón contra el mundo 746 754; la oración sacerdotal 759.

Sermón de la Montaña: síntesis del cristianismo 1683; el sermón de las bienaventuranzas 1532;

[Serm. de la Montaña] declaración de programa 1525; el lugar 1526; las recensiones de Mateo y Lucas 1527; sinfonía majestuosa 1528; la más amplia paradoja 1529; la nueva ordenación 1530; desarrollo 1531; doctrina de Cristo sobre la doble solicitud 1504.

Siete Palabras: introducción general 803; primera palabra: el perdón 804; segunda palabra: por el sufrimiento al amor 652 805; tercera palabra: maternidad de María 54 809; cuarta palabra: el desamparo de Cristo 812; quinta palabra: la sed de Cristo 512 817; sexta palabra: el cumplimiento del deber 512 656 821; séptima palabra: muerte del Señor 824.

Solicitud: es parte muy importante de la prudencia 360; solicitud virtuosa y solicitud pecaminosa 1502; el sermón de la Montaña 1504.

Tentación: no es sinónimo de pecado 880; vigilancia necesaria frente a toda tentación 856; el ataque progresivo del demonio 450; hay que rechazarla desde el principio 448; las trazas del demonio 450.

Todos los santos: origen y desarrollo de la fiesta 1616; historia de la festividad 1523; su carácter litúrgico 1524.

Trabajo: el valor del trabajo 1012; es necesario para la santificación 1006; el trabajo y la observancia de los días festivos 953; trabajo y oración 1513; hay que ennoblecer el trabajo 1512; no todo trabajo es cristiano 1511; el mundo del trabajo ante la fiesta de la Ascensión 945; dignidad y prerrogativas del trabajo 107; exigencias de justicia que hay que satisfacer en el campo laboral 107; la Iglesia no ha desatendido el mundo del trabajo 8 948; San José, modelo de trabajadores 1509.

Transubstanciación: la realidad del misterio 1113; objeciones contra esta realidad y solución 1114; la objeción judía 1114; la objeción de los gentiles 1115; la objeción de los herejes 1117; la objeción de cierta filosofía 1120; doctrina católica 1117.

Tristeza: secuela y herencia del pasado 948; es patrimonio de todos los mortales 1183; remedios ineficaces y único consuelo 1184; puede debilitar la fe 1186; la tristeza del Señor en Getsemaní 405 632.

Unión: su necesidad 22 750; impuesta por Jesús a la Iglesia 751; su aglutinante, la caridad 752 1188; unión del hombre con Dios en la Encarnación 59 994; triple unidad necesaria 751 760; la unión intelectual 761; necesidad de solidaridad entre los individuos 112; sin la Iglesia no hay unión social firme 322; la Eucaristía, medio de unión interior y exterior 1138 1141.

Verdad: ¿qué es la verdad? 500; la verdad es austera 170; los hombres temen la verdad 170; verdad y humildad 170; verdad y justificación 30; Cristo, rey de la verdad 787; Cristo, el gran testigo de la verdad 499 666 935; cifra y compendio de la verdad revelada 1010; los que aman la verdad siguen a Cristo 666.

Vida cristiana: la vida cristiana es un combate 222; necesita la comida eucarística 1057; la Eucaristía, centro de la vida cristiana 1144; la fe, principio de la vida cristiana 1002; la caridad, plenitud de vida cristiana 1003; el principio y fundamento de la vida cristiana 1010; incompatible con el espíritu del mundo 1013; la mortificación en la vida cristiana 1209; las dos conexiones de la vida sobrenatural 356; concilia y equilibra el trabajo natural y el sobrenatural 1012; no enerva, sino que potencializa el trabajo 1012.

Virginidad: su gran excelencia 1395 1406 1462; vida angélica en la tierra 1406; causas de la virginidad 1461; la virginidad de María 49 1460; virginidad y San José 1407.

Virtud: necesidad de la virtud para alcanzar el cielo 993; las virtudes puramente humanas no son perfectas 699; la ascensión del cristiano por el camino de las virtudes 884; las virtudes teologales, vencedoras del mundo 934; la Eucaristía, manantial de virtudes 1145; función social de las virtudes cristianas 952.

Visitas al Santísimo: según el pensamiento de Pío XII 1228; el sagrario 1229; el amigo 1230; fundamento de la visita 1231; ventajas 1233.

Vocación: definición y explicación paulina 346; ámbito de la vocación 363; origen eterno de la vocación 352 354 358; todo

[Vocación]
hombre tiene su especial vocación 316 378; el llamamiento de Dios 356 376; voz de la verdad 246; el misterio de la predestinación 377; Dios prepara los caminos 353; nuestra vocación de cristianos 233 385; la vocación cristiana es la filiación divina 347; conoce tu vocación 359; vocación y providencia divina 372; nuestra vocación en Cristo es como una segunda creación 355; medios más frecuentes en la vocación divina 371; los tres enemigos de toda vocación 363; fidelidad a la vocación 349; la fe, camino de la vocación 304; tres modos de conocer la propia vocación 364; la vía mística en la doctrina ignaciana 365; doctrina de Santa

[Vocación]
Teresa 366; eficacia de las inspiraciones divinas 280; tres maneras de seguir a Cristo 380; hay que realizar la vocación con prontitud 360; generosidad 361; amor y alegría 362; y con perseverancia hasta la muerte 363; la vocación de un pueblo 379; la vocación de los gentiles 248 315 345; Epifanía, fiesta de la vocación de los gentiles 206 312; la piedra de toque de una vocación apostólica 357; muchos son los caminos de Dios 370 1454; dos vocaciones opuestas: San José y los Apóstoles 1412 1454; doble vocación 348 356; vocación a la fe y a la salvación 317; vocación religiosa de los hijos 375.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN NOVENO DE
«LA PALABRA DE CRISTO», DE LA BIBLIOTECA
DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 24 DE
DICIEMBRE DE 1957, VÍSPERA DE LA
FIESTA DE LA NATIVIDAD DE
NUESTRO SEÑOR JESUCRIS-
TO, EN LOS TALLERES
DE LA EDITORIAL CA-
TÓLICA, S. A.,
MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

VOLUMENES PUBLICADOS

1 SAGRADA BIBLIA, de NÁCAR-COLUNGA, 7.ª ed., corregida en el texto y copiosamente aumentada en las notas. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. D. GAETANO CICOGNANI, nuncio de Su Santidad en España. 1957. LXXVI + 1409 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 7 mapas.—100 pesetas tela, 145 piel.

2 SUMA POETICA, por JOSÉ MARÍA PEMÁN y M. HERRERO GARCÍA, 2.ª edición. 1950. XVI + 800 págs.—(Agotada. Se prepara la 3.ª ed.)

3 OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON. Edición revisada y anotada por el P. Fr. FÉLIX GARCÍA, O. S. A. 2.ª ed. 1951 XII + 1799 págs. en papel biblia.—95 pesetas tela, 140 piel.

4 SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*. Edición preparada por los PP. Fr. JUAN R. DE LEGÍSIMA y Fr. LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M. 3.ª ed. 1956. XL + 872 págs., con profusión de grabados.—75 pesetas tela, 120 piel.

5 HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. RIBADENEYRA, S. I. *Vida de los PP. Ignacio de Loyola, Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Francisco de Borja. Historias del Cisma de Inglaterra. Exhortación a los capitanes y soldados de la «Invencible»*. Introducción y notas del P. EUSEBIO REY, S. I. 1945. CXXVI + 1355 págs., con grabados.—Agotada tela, 95 pesetas piel.

6 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 2.ª ed. 1955. XLVIII + 755 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos II (9), III (19), IV (28), V (36) y VI y último (49).

7 CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los Dres. D. LORENZO MIGUÉLEZ, Fr. SABINO ALONSO MORÁN, O. P., y P. MARCELINO CABREROS DE ANTA, C. M. F., profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, obispo de Túy. 5.ª ed. 1954. XLVIII + 1092 págs.—(Agotada. En prensa la 6.ª ed.)

8 TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de ALASTRUEY. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. ANTONIO GARCÍA Y GARCÍA, arzobispo de Valladolid. 4.ª ed. 1956 XXXVI + 978 págs., con grabados de la *Vida de la Virgen*, de Durero.—80 pesetas tela, 125 piel.

9 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios:* 1) *En su infancia.* 2) *En la Eucaristía.* 3) *En su Pasión.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 2.ª ed. 1957. XVI + 849 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos III (19), IV (28), V (36) y VI (49).

10 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín*, por POSIDIO. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A. 3.ª ed. 1957. XII + 822 págs., con grabados.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos II (11), III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

11 OBRAS DE SAN AGUSTÍN. Tomo II: *Confesiones* (en latín y castellano). Edición crítica y anotada por el P. Fr. ANGEL CUSTODIO VEGA, O. S. A. 3.ª ed. 1955. VIII + 740 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

12-13 OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes). Recopiladas y anotadas por el Dr. D. JUAN JURETSCHKE, profesor de la Facultad de Filosofía de Madrid. 1946. Tomo I: XVI + 953 págs. Tomo II: VIII + 869 págs.—Cada tomo, 70 pesetas en tela.

14 BIBLIA VULGATA LATINA. Edición preparada por el P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., y D. LORENZO TURRADO, profesores de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Salamanca. 1953. Reimpresión. XXIV + 1592 + 122* págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 4 mapas.—En tela, 80 pesetas; en piel, 135.

15 VIDA Y OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía*, por el P. CRISÓGONO DE JESÚS, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías*

Prólogo general, introducciones, revisión del texto y notas por el P. LUCINIO DEL SS. SACRAMENTO, O. C. D. 3.ª ed. 1955. XXXVI + 1400 págs., con grabados.—90 pesetas tela, 135 piel.

16 TEOLOGIA DE SAN PABLO, del P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 1952. Reimpresión. XVI + 971 págs.—65 pesetas tela, 110 piel.

17-18 TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Selección, introducciones y notas de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ. Tomo I: *Autos sacramentales.* 2.ª ed. 1954. LXXII + 924 págs. Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos.* 2.ª ed. 1953. XLVIII + 924 págs.—Cada tomo, 60 pesetas tela, 105 piel.

19 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaéméron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 2.ª ed. 1957. XII + 798 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos IV (28), V (36) y VI (49).

20 OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA: *Una suma de la vida cristiana.* Los textos capitales del P. Granada seleccionados por el orden mismo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por el P. Fr. ANTONIO TRANCHO, O. P., con una extensa introducción del P. Fr. DESIDERIO DÍAZ DE TRIANA, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, Obispo de Salamanca. 1952. Reimpresión. LXXXVIII + 1162 páginas.—70 pesetas tela, 115 piel.

21 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. EVARISTO SEIJAS, Fr. EUSEBIO CUEVAS, Fr. MANUEL MARTÍNEZ y Fr. MATEO LANSEROS, O. S. A. 1951. Reimpresión. XVI + 1047 págs.—65 pesetas tela, 110 piel. Publicados los tomos IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI 99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

22 SANTO DOMINGO DE GUZMAN. *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vida de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo.* Introducción general por el P. Fr. JOSÉ MARÍA GARGANTA, O. P. Esquema biográfico, introducciones, versión y notas de los PP. Fr. MIGUEL GELABERT y Fr. JOSÉ MARÍA MILAGRO, O. P. 1947. LVI + 955 págs., con profusión de grabados.—(Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

23 OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección, versión, introducciones y notas del P. GERMÁN PRADO, O. S. B. 1947. XXIV + 1515 págs., con grabados. (Agotada. Véase núm. 110 de este catálogo.)

24 OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía y Diario espiritual.* Introducciones y notas del P. VICTORIANO LARRAÑAGA, S. I. 1947. XII + 881 págs.—35 pesetas tela, 80 piel.

25-26 SAGRADA BIBLIA, de BOVER-CANTERA. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego. 4.ª ed., en un solo volumen. 1957. XVI + 1650 páginas en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.—100 pesetas tela, 145 piel.

27 LA ASUNCION DE MARIA. Tratado teológico y antología de textos, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 2.ª ed., con los principales documentos pontificios de la definición del dogma. 1951. XVI + 482 págs.—40 pesetas tela, 85 piel.

28 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección Discursos mariológicos.* Edición, en latín y castellano, preparada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F M. 1947. VIII + 975 págs.—45 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos V (36) y VI (49).

29 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo I: *Introducción general* por el P SANTIAGO RAMÍREZ, O. P., y *Tratado de Dios Uno.* Texto en latín y castellano. Traducción del P. Fr. RAYMUNDO SUÁREZ, O. P., con introducciones, anotaciones y apéndices del P. Fr. FRANCISCO PÉREZ MUÑIZ, O. P. 2.ª ed. 1957. XVI + 231* + 718 págs., con grabados.—90 pesetas tela, 135 piel.—Publicados los tomos II (41), III (56), IV (126), V (122), VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

30 OBRAS DE SAN AGUSTIN Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer.* Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. TEÓFILO PRIETO, Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. SANTOS SANTAMARTA y Fr. HERMINIO RODRÍGUEZ, O. S. A. 1956. Reimpresión. XVI + 899 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

31 OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL. *Libro de Caballería. Libro de Evast y Blanquerna. Félix de las Maravillas. Poesías* (en catalán y cas-

tellano). Edición preparada y anotada por los PP. MIGUEL BATLLORI, S. I., y MIGUEL CALDENTEY, T. O. R., con una introducción biográfica de D. SALVADOR GALMÉS y otra al *Blanquerna* del P. RAFAEL GINARD BAUÇÁ, T. O. R. 1948. XX + 1147 págs., con grabados.—55 pesetas tela, 100 piel.

32 VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. ANDRÉS FERNÁNDEZ, S. I. 2.ª ed. 1954. XXXII + 65* + 760 págs., con profusión de grabados y 7 mapas.—75 pesetas tela, 120 piel.

33 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía y Epistolario.* Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. JUAN PERELLÓ, obispo de Vich. 1948. XLIV + 898 págs. en papel biblia, con grabados.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos II (37), III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

34 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo,* por el Prof. FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CANTÓN. 1948. VIII + 192 págs., con 304 láminas.—Agotada en tela, 115 pesetas piel.—Publicados los tomos II (64) y III (47).

35 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 1.º: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo.* Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1948. XXXVI + 915 págs.—45 pesetas tela, 90 piel.—Publicado el volumen 2.º (55).

36 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1948. VIII + 754 págs.—40 pesetas tela, 85 piel.—Publicado el tomo VI (49).

37 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental.* 1948. XXXII + 824 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel. Publicados los tomos III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

38 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: FRAY ALONSO DE MADRID: *Arte para servir a Dios y Espejo de ilustres personas.* FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo.* Introducción del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XII + 700 págs. en papel biblia.—45 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos II (44) y III (46).

39 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad.* Edición en latín y castellano. Primera versión española, con introducción y notas del P. Fr. LUIS ARIAS, O. S. A. 2.ª ed. 1956. XX + 943 págs., con grabados.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

40 NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nácar-Colunga.) 1948. VIII + 451 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.—(Agotada.)

41 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad,* en latín y castellano, versión del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. MANUEL CUERVO, O. P. *Tratado de la creación en general,* en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. JESÚS VALBUENA, O. P. 2.ª ed. 1953. XX + 594 págs.—65 pesetas tela, 110 piel.—Publicados los tomos III (56), IV (126), V (122), VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

42 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental y El Criterio.* 1948. XX + 755 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

43 NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego con notas exegéticas, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. (Separata de la Bover-Cantera.) 1948. VIII + 622 págs. en papel biblia, con 6 mapas.—(Agotada.)

44 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: FRAY BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del monte Sión.* FRAY ANTONIO DE GUEVARA: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos.* FRAY MIGUEL DE MEDINA: *Infancia espiritual.* BEATO NICOLÁS FACTOR: *Doctrina de las tres vías. Introducciones del* P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XVI + 837 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicado el tomo III y último (46).

45 LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por el P. FRANCISCO DE B. VIZMANOS, S. I. Estudio histórico-ideológico seguido de una antología de tratados patrísticos sobre la virginidad. 1949. XXIV + 1306 páginas en papel biblia.—65 pesetas tela, 110 piel.

46 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III y último: FRAY DIEGO DE ESTELLA: *Meditaciones del amor de Dios.* FRAY JUAN DE PINEDA: *Declaración del «Pater noster».* FRAY JUAN DE LOS ANGELES: *Manual de vida perfecta y Esclavitud mariana.* FRAY MELCHOR DE CETINA: *Exhortación a la verdadera devoción de la Virgen.* FRAY JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL: *Homiliario evangélico.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1949. XII + 868 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.

47 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo III: *La Pasión de Cristo,* por JOSÉ CAMÓN AZNAR. 1949. VIII + 106 páginas, con 303 láminas.—60 pesetas tela, 105 piel.

48 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo IV: *El protestantismo comparado con el catolicismo.* 1949. XVI + 768 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

49 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo VI y último: *Cuestiones disputadas sobre la perfección evangélica. Apología de los pobres.* Edición en latín y catellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y FRAY MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1949. VIII + 48* + 779 páginas.—50 pesetas tela, 95 piel.

50 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VI: *Del espíritu y de la letra. De la naturaleza y de la gracia. De la gracia de Jesucristo y del pecado original. De la gracia y del libre albedrío. De la corrección y de la gracia. De la predestinación de los santos. El don de la perseverancia.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. GERARDO ENRIQUE DE VEGA, Fr. EMILIANO LÓPEZ y Fr. TORIBIO DE CASTRO, O. S. A. 2.ª ed. 1956. XII + 953 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

51 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo V: *Estudios apologéticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del clero católico. De Cataluña.* 1949. XXVIII + 1002 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos VI (52), VII (57) y VIII (66).

52 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VI: ESCRITOS POLÍTICOS: *Triunfo de Espartero. Caída de Espartero. Campaña de gobierno. Ministerio Narváez. Campaña parlamentaria de la minoría balmista.* 1950. XXXII + 1061 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos VII (57) y VIII (66).

53 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VII: *Sermones.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. AMADOR del FUEYO, O. S. A. 1950. XX + 945 págs.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

54 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo I: *Edad Antigua (1-681): La Iglesia en el mundo grecorromano,* por el P. BERNARDINO LLORCA, S. I. 2.ª ed. 1955. XXXII + 961 págs., con grabados.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos II (104) y IV (76).

55 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 2.º y último: *Pasión, resurrección y segunda venida de Jesucristo.* Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1950. XXIV + 1226 páginas.—60 pesetas tela, 105 piel.

56 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo III: *Tratado de los Angeles.* Texto en latín y castellano. Versión del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. AURELIANO MARTÍNEZ, O. P. *Tratado de la creación del mundo corpóreo.* Versión e introducciones del P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P. 1950. XVI + 943 págs., con grabados.—50 pesetas tela, 95 piel. Publicados los tomos IV (126), V (122), VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

57 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VII: ESCRITOS POLÍTICOS: *El matrimonio real. Campaña doctrinal. Campaña nacional. Campaña internacional. Desenlace. Ultimos escritos políticos.* 1950. XXXII + 1053 páginas en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicado el tomo VIII (66).

58 OBRAS COMPLETAS DE AURELIO PRUDENCIO. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por el P. Fr. ISIDORO RODRÍGUEZ, O. F. M., y D. JOSÉ GUILLÉN, catedráticos en la Pontificia Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 84* + 825 págs.—50 pesetas tela, 95 piel.

59 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo I: *Evangelio de San Mateo.* Versión castellana, introducción y notas del P. LUIS MARÍA JIMÉNEZ FONT, S. I. Introducción biobibliográfica del P. JOSÉ CABALLERO, S. I. 1956. Reimp. VIII + 1159 págs. en papel biblia.—95 pesetas tela, 140 piel.—Publicados los tomos II (27) y III (112).

60 CURSUS PHILOSOPHICUS, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo V: *Theologia Naturalis,* por el P. JOSÉ HELÍN, S. I. 1950. XXVIII + 928 págs.—65 pesetas tela, 110 piel.

61 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in Theologiam. De revelatione christiana. De Ecclesia Christi. De Sacra Scriptura,* por los PP. MIGUEL NICOLÁU y JOAQUÍN SALAVERRI, S. I. 3.ª ed. 1955. XX + 1191 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.—Publicados los tomos II (90), III (62) y IV (73).

62 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *De Verbo incarnato. Mariología. De gratia Christi. De virtutibus infusis,* por los PP. JESÚS SOLANO, JOSÉ A. DE ALDAMA y SEVERINO GONZÁLEZ, S. I. 3.ª ed. 1956. XXIV + 902 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.—Publicado el tomo IV (73).

63 SAN VICENTE DE PAUL: BIOGRAFIA Y ESCRITOS. Edición preparada por los PP. JOSÉ HERRERA y VEREMUNDO PARDO, C. M. 2.ª ed. 1955.

XVI + 976 págs. en papel biblia, con profusión de grabados.—85 pesetas tela, 130 piel.

64 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo II: *Cristo en el Evangelio*, por el Prof. FRANCISCO J. SÁNCHEZ CANTÓN. 1950. VIII + 124 págs., con 255 láminas.—60 pesetas tela, 105 piel.—Publicado el tomo III (47).

65 PADRES APOSTOLICOS: *La Didaché o Doctrina de los doce apóstoles. Cartas de San Clemente Romano. Cartas de San Ignacio Mártir. Carta y martirio de San Policarpo. Carta de Bernabé. Los fragmentos de Papías. El Pastor de Hermas.* Edición bilingüe, preparada y anotada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 1130 págs. en papel biblia.—Agotada en tela, 110 pesetas piel.

66 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VIII y último: *Biografías. Misceláneas. Primeros escritos. Poesías. Indices.* 1950. XVI + 1014 páginas en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.

67 ETIMOLOGIAS, de SAN ISIDORO DE SEVILLA. Versión castellana total, por vez primera, e introducciones parciales de D. LUIS CORTÉS, párroco de San Isidoro de Sevilla. Introducción general e índices científicos del Prof. SANTIAGO MONTERO DÍAZ, catedrático de la Universidad de Madrid. 1951. XX + 88* + 563 páginas.—(Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

68 EL SACRIFICIO DE LA MISA. Tratado histórico-litúrgico. Versión española de la obra alemana en dos volúmenes *Missarum sollemnia*, del P. JUNGMANN, S. I. 2.ª ed. 1952. XXVIII + 1264 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.

69 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VIII: *Cartas.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. LOPE CILLERUELO, O. S. A. 1951. VIII + 921 páginas.—55 pesetas tela, 100 piel.—Publicados los tomos IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

70 COMENTARIO AL SERMON DE LA CENA, por el P. JOSÉ M. BOVER, S. I. 2.ª ed. 1955. VIII + 334 págs.—60 pesetas tela, 105 piel.

71 TRATADO DE LA SANTISIMA EUCARISTIA, por el Dr. GREGORIO ALASTRUEY. 2.ª ed. 1952. XL + 426 págs., con grabados.—45 pesetas tela, 90 piel.

72 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo II: *Evangelio de San Marcos y San Lucas.* Versión castellana, introducción y notas del P. JOSÉ CABALLERO, S. I. 1954. Reimpresión. XVI + 881 págs. en papel biblia.—65 pesetas tela, 110 piel.—Publicado el tomo III y último (112).

73 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo IV: *De Sacramentis. De novissimis*, por los PP. JOSÉ A. DE ALDAMA, FRANCISCO DE P. SOLÁ, SEVERINO GONZÁLEZ y JOSÉ F. SAGÜÉS, S. I. 3.ª ed. 1956. XXVIII + 1110 páginas.—90 pesetas tela, 135 piel.

74 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo I: *Bibliografía teresiana*, por el P. OTILIO DEL NIÑO JESÚS, O. C. D. *Biografía de Santa Teresa*, por el P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D. *Libro de la Vida*, escrito por la SANTA. Edición revisada y preparada por los PP. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y OTILIO DEL NIÑO JESÚS. 1951. XII + 904 págs. en papel biblia.—(Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)—Publicado el tomo II (120).

75 ACTAS DE LOS MARTIRES. Edición bilingüe, preparada y anotada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1951. VIII + 1185 págs. en papel biblia.—(Agotada.)

76 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo IV y último: *Edad Moderna: La Iglesia en su lucha y relación con el laicismo*, por el P. FRANCISCO JAVIER MONTALBÁN, S. I. Revisada y completada por los padres BERNARDINO LLORCA y RICARDO GARCÍA VILLOSLADA, S. I. 1953. Reimpresión. XII + 851 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

77 SUMMA THEOLOGICA SANCTI THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. I: *Prima pars.* 1955. Reimpresión. XXIV + 851 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos II (80), III (81), IV (83) y V (87).

78 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo I: *Obras dedicadas al pueblo en general.* Edición crítica. Introducción, versión del italiano, notas e índices del P. ANDRÉS GOY, C. SS. R. 1952. XVI + 1033 págs. en papel biblia.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo II y último (113).

79 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IX: *Los dos libros sobre diversas cuestiones a Simpliciano. De los méritos y del perdón de los pecados. Contra las dos epístolas de los pelegianos. Actas del proceso contra Pelagio.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA y Fr. GREGORIO ERCE, O. R. S. A. 1952. XII + 799 págs.—60 pesetas tela, 105 piel.—Publicados los tomos X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

80 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis in quinque volumina divisa. Vol. II: *Prima secundae.* 1955.

Reimpresión. XX + 848 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos III (81), IV (83) y V (87).

81 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. III: *Secunda secundae.* 2.ª ed. 1956. XXVIII + 1230 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.—Publicados los tomos IV (83) y V (87).

82 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo I: *Monologio. Proslogio. Acerca del gramático. De la verdad. Del libre albedrío. De la caída del demonio. Carta sobre la encarnación del Verbo. Por qué Dios se hizo hombre.* Edición en latín y castellano, con extensa y documentada introducción general, preparada por el P. JULIÁN ALAMEDA, O. S. B. 1952. XVI + 897 páginas.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo II y último (100).

83 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. IV: *Tertia pars.* 1952. XX + 798 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicado el tomo V (87).

84 LA EVOLUCION HOMOGENEA DEL DOGMA CATOLICO, por el P. FRANCISCO MARÍN-SOLA, O. P. Introducción general del P. EMILIO SAURAS, O. P. 1952. VIII + 831 págs.—60 pesetas tela, 105 piel.

85 EL CUERPO MISTICO DE CRISTO, por el P. EMILIO SAURAS, O. P. 2.ª ed. 1956. VIII + 960 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.

86 OBRAS COMPLETAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Edición crítica. Transcripción, introducciones y notas de los PP. CÁNDIDO DE DALMASES e IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I. 1952. XVI + 80* + 1075 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.

87 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. V: *Supplementum. Indices.* 1952. XX + 652 + 389* págs.—90 pesetas tela, 135 piel.

88 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe de los contenidos en la Sagrada Escritura y los Santos Padres, preparada por el P. JESÚS SOLANO, S. I. Tomo I: *Hasta fines del siglo IV.* 1952. XL + 754 páginas, con grabados.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicado el tomo II y último (118).

89 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO MAESTRO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo I: *Epistolario. Escritos menores.* Biografía, introducciones y notas del Dr. D. LUIS SALA BALUST, catedrático de la Pontificia Universidad de Salamanca. 1952. XL + 1120 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicado el tomo II (103).

90 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo II: *De Deo uno et trino. De Deo creante et elevante. De peccatis,* por los PP. José M. DALMÁU y JOSÉ F. SAGÜÉS, S. I. 2.ª ed. 1955. XXXII + 1066 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.—Publicados los tomos III (62) y IV (73).

91 LA EVOLUCION MISTICA, por el P. MTRO. FR. JUAN G. ARINTERO, O. P. 1952. LXIV + 804 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

92 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *Theodicea. Ethica,* por los PP. JOSÉ HELLÍN e IRENEO GONZÁLEZ, S. I. 1952. XXVIII + 924 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.

93 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por el P. MARCELINO ZALBA, S. I. Tomo I: *Theologia moralis fundamentalis. Tractatus de virtutibus theologicis. Tractatus de virtute religionis.* 2.ª ed. 1957. XX + 992 págs.—120 pesetas tela, 165 piel.

94 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe, con el texto crítico de la leonina. Tomo I: *Libros I y II: Dios: su existencia y su naturaleza. La creación y las criaturas.* Traducción dirigida y revisada por el P. Fr. JESÚS M. PLA, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. Fr. JESÚS AZAGRA y Fr. MATEO FERRER, O. P. Introducción general por el P. Fr. JOSÉ M. DE GARGANTA, O. P. 1952. XVI + 712 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo II y último (102).

95 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo X: *Homilías.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. AMADOR DEL FUEYO, O. S. A. XII + 943 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168)

96 OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA. *Sermones de la Virgen María* (primera versión al castellano) y *Obras castellanas.* Introducción biográfica, versión y notas del P. Fr. SANTOS SANTAMARTA, O. S. A. 1952. XII + 665 págs.—65 pesetas tela, 110 piel.

97 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo I: *Adviento y Navidad: El juicio final. La misión del Precursor. El testimonio de Juan a los judíos. Predicación del Bautista. Presentación y purificación en el templo. El Dulce Nombre de Jesús.* 1955. Reimp. XXIV + 948 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos II (119), III (123), IV (129), V (133), VI (138), VII (140), VIII (107) y IX (167).

98 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in Philosophiam. Logica. Critica. Metaphysica generalis*, por los PP. LEOVIGILDO SALCEDO y JESÚS ITURRIOZ, S. I. 2.ª ed. 1957. XXIV + 870 páginas.—95 pesetas tela, 140 piel.—Publicados los tomos II (137) y III y último (92).

99 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XI: *Cartas* (2.ª). Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. LOPE CILLERUELO, O. S. A. 1953. VIII + 1100 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

100 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo II y último: *De la concepción virginal y del pecado original. De la procesión del Espíritu Santo. Cartas dogmáticas. Concordia de la presciencia divina, predestinación y gracia divina con el libre albedrío. Oraciones y meditaciones. Cartas.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. JULIÁN ALAMEDA, O. S. B. 1953. XVI + 804 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

101 CARTAS Y ESCRITOS DE SAN FRANCISCO JAVIER. Unica publicación castellana completa según la edición crítica de «Monumenta Historica Soc. Iesu» (1944-1945), anotadas por el P. FÉLIX ZUBILLAGA, S. I., redactor de «Mon. Hist. Soc. Iesu». 1953. XVI + 578 págs.—60 pesetas tela, 105 piel.

102 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe con el texto crítico de la leonina. Tomo II: *Libros III y IV: Dios, fin último y gobernador supremo. Misterios divinos y postrimerías.* Traducción dirigida y revisada por el P. Fr. JESÚS M. PLA, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. Fr. JOSÉ M. MARTÍNEZ y Fr. JESÚS M. PLA, O. P. 1953. XVI + 960 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

103 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo II: *Sermones. Pláticas espirituales.* Introducciones y notas del Dr. D. LUIS SALA BALUST, catedrático de la Pontificia Universidad de Salamanca. 1953. XX + 1424 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.

104 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo II: *Edad Media: La cristiandad en el mundo europeo y feudal*, por el P. RICARDO GARCÍA VILLOSLADA, S. I. 1953. XII + 1006 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicado el tomo IV (76).

105 CIENCIA MODERNA Y FILOSOFIA. *Introducción físico-química y matemática*, por el P. JOSÉ M.ª RIAZA, S. I. 1953. XXXII + 756 páginas, con profusión de grabados y 16 láminas.—75 pesetas tela, 120 piel.

106 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por el P. MARCELINO ZALBA, S. I. Tomo II: *Theologia moralis specialis: De mandatis Dei et Ecclesiae. De statibus particularibus.* 2.ª ed. 1957. XX + 982 págs.—120 ptas. tela, 165 piel.

107 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo VIII: *Pentecostés (4.ª): La parábola de los invitados a la boda. La curación del hijo del régulo. El perdón de las ofensas. El tributo al César.* 1957. Reimp. XXXII + 1368 págs.—100 pesetas tela, 145 piel.—Publicado el tomo IX (167).

108 TEOLOGIA DE SAN JOSE, por el P. Fr. BONIFACIO LLAMERA, O. P., con la *Suma de los dones de San José*, de Fr. ISIDORO ISOLANO, O. P., en edición bilingüe. 1953. XXVIII + 663 págs.—65 pesetas tela, 110 piel.

109 OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo I: *Introducción a la vida devota. Sermones escogidos. Conversaciones espirituales. Alocución al Cabildo catedral de Ginebra.* Edición preparada por el P. FRANCISCO DE LA HOZ, S. D. B. 1953. XX + 800 págs.—65 pesetas tela, 110 piel. Publicado el tomo II y último (127).

110 OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. Tomo I: *Vida de San Bernardo*, por PEDRO RIBADENEIRA, S. I. *Introducción general. Sermones de tiempo, de santos y varios. Sentencias.* Edición preparada por el P. GREGORIO DÍEZ, O. S. B. 1953. XXXVI + 1188 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo II y último (130).

111 OBRAS DE SAN LUIS MARIA GRIGNION DE MONTFORT. *Cartas. El amor de la Sabiduría eterna. Carta a los Amigos de la Cruz. El secreto de María. El secreto admirable del Santísimo Rosario. Tratado de la verdadera devoción. Escritos destinados a los misioneros de la Compañía de María y a las Hijas de la Sabiduría. Preparación para la muerte. Cánticos.* Edición preparada por los PP. NAZARIO PÉREZ (†) y CAMILO MARÍA ABAD, S. I. 1954. XXVIII + 984 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

112 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo III y último: *Evangelio de San Juan.* Versión castellana, introducción y notas del P. LUIS MARÍA JIMÉNEZ FONT, S. I. 1954. VIII + 1064 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

113 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo II y último: *Obras dedicadas al clero en particular.* Edición crítica. Introducciones, versión del italiano, notas e índices del P. ANDRÉS GOY, C. SS. R. 1954. XXIV + 941 págs. en papel biblia.—75 pesetas tela, 120 piel.

114 TEOLOGIA DE LA PERFECCION CRISTIANA, por el P. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Dr. Fr. ALBINO G. MENÉNDEZ-REIGADA, obispo de Córdoba. 2.ª ed. 1955. XL + 904 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

115 SAN BENITO. *Su vida y su Regla,* por los PP. GARCÍA M. COLOMBÁS, LEÓN M. SANSEGUNDO y ODILÓN M. CUNILL, monjes de Montserrat. 1954. XX + 760 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

116 PADRES APOLOGISTAS GRIEGOS (s. II). Edición bilingüe, preparada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1954. VIII + 1006 págs. en papel biblia.—80 pesetas tela, 125 piel.

117 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. EDUARDO F. REGATILLO y MARCELINO ZALBA, S. I. Tomo III y último: *Theologia moralis specialis. De sacramentis. De delictis et poenis,* por el P. EDUARDO F. REGATILLO, S. I. 1954. XVI + 1000 págs.—(Agotada. En prensa la 2.ª ed.)

118 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe de los contenidos en la Sagrada Escritura y los Santos Padres, preparada por el P. JESÚS SOLANO, S. I. Tomo II y último: *Hasta el fin de la época patrística.* 1954. XX + 1012 págs., con grabados.—85 pesetas tela, 130 piel.

119 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo II: *Epifanía a Cuaresma: La Sagrada Familia. El milagro de las bodas de Caná. La curación del leproso y la fe del centurión. Jesús calma la tempestad. La cizaña en medio del trigo. Parábola del grano de mostaza y de la levadura. Los obreros enviados a la viña. La parábola del sembrador. El anuncio de la pasión y el ciego de Jericó.* 2.ª ed. 1957. XXXII + 1330 págs.—100 pesetas tela, 145 piel.—Publicados los tomos III (123), IV (129), V (133), VI (138), VII (140), VIII (107) y IX (167).

120 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo II: *Camino de perfección. Moradas del castillo interior. Cuentas de conciencia. Apuntaciones. Meditaciones sobre los Cantares. Exclamaciones. Libro de las Fundaciones. Constituciones. Visita de Descalzas. Avisos. Desafío espiritual. Vejamen. Poesías. Ordenanzas de una cofradía.* Edición preparada y revisada por el P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D. 1954. XX + 1046 págs. en papel biblia.—80 pesetas tela, 125 piel.

121 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XII: *Del bien del matrimonio. Sobre la santa virginidad. Del bien de la viudez. De la continencia. De los enlaces adulterinos. Sobre la paciencia. El combate cristiano. Sobre la mentira. Contra la mentira. Del trabajo de los monjes. El sermón de la montaña.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. FÉLIX GARCÍA, Fr. LOPE CILLERUELO y Fr. RAMIRO FLÓREZ, O. S. A. 1954. XVI + 995 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos XIII (139), XIV (165) y XV (168).

122 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo V: *Tratado de los hábitos y virtudes en general,* en latín y castellano; versión, introducciones y apéndices del P. Fr. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P. *Tratado de los vicios y pecados,* en latín y castellano; versión del P. Fr. CÁNDIDO ANIZ, O. P., e introducciones y apéndices del P. Fr. PEDRO LUMBRERAS, O. P. 1954. XX + 975 páginas.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

123 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo III: *Cuaresma y tiempo de Pasión: Las tentaciones de Jesús en el desierto. La transfiguración. Curación del endemoniado ciego y mudo. La multiplicación de los panes. Los fariseos acusan a Cristo. La entrada en Jerusalén.* 2.ª ed. 1957. XXVIII + 1208 págs.—100 pesetas tela, 145 piel.—Publicados los tomos IV (129), V (133), VI (138), VII (140), VIII (107) y IX (167).

124 SINOPSIS CONCORDADA DE LOS CUATRO EVANGELIOS. Nueva versión del original griego, con notas críticas, por el P. JUAN LEAL, S. I. 1954. XX + 353 págs.—55 pesetas tela, 100 piel.

125 LA TUMBA DE SAN PEDRO Y LAS CATACUMBAS ROMANAS, por los Dres. ENGELBERTO KIRSCHBAUM, EDUARDO JUNYENT y JOSÉ VIVES. 1954. XVI + 616 págs., con 127 láminas.—90 pesetas tela, 135 piel.

126 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo IV: *Tratado de la bienaventuranza y de los actos humanos,* en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P. *Tratado de las pasiones,* en latín y castellano; versión e introducciones de los PP. Fr. MANUEL UBEDA y Fr. FERNANDO SORIA, O. P. 1954. XX + 1032 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos V (122), VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

127 OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo II y último: *Tratado del amor de Dios. Constituciones y Directorio espiritual.*

Fragmentos del epistolario. Ramillete de cartas enteras. Edición preparada por el P. FRANCISCO DE LA HOZ, S. D. B. 1954. XXIV + 982 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

128 DOCTRINA PONTIFICIA. Tomo IV: *Documentos marianos,* por el P. HILARIO MARÍN, S. I. 1954. XXXII + 892 págs.—80 pesetas tela, 125 piel

129 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo IV: *Ciclo pascual: La resurrección del Señor. «¡Señor mío y Dios mío!» El buen Pastor. «Vuestra tristeza se volverá en gozo». La promesa del Paráclito. «Pedid y recibiréis» Persecución y martirio.* 2.ª ed. 1957. XX + 1284 págs.—100 pesetas tela, 145 piel.—Publicados los tomos V (133), VI (138), VII (140), VIII (107) y IX (167).

130 OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. Tomo II y último: *Sermones sobre el Cantar de los Cantares. Sobre la consideración. De las costumbres y oficios de los obispos. Sobre la conversión. Del amor de Dios. Del precepto y de la dispensa. Apología. De la excelencia de la Nueva Milicia. De los grados de la humildad y de la soberbia. De la gracia y del libre albedrío. Sobre algunas cuestiones propuestas por Hugo de San Víctor. Contra los errores de Pedro Abelardo. Vida de San Malaquías. Cartas.* Edición preparada por el P. GREGORIO DÍEZ, O. S. B. 1955. XVI+1260 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.

131 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo XII: *Tratado de la vida de Cristo,* en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P. 1955. XVI + 684 págs.—70 pesetas tela, 115 piel. Publicados los tomos XIII (164), XIV (163) y XV (145).

132 HISTORIA DE LA LITURGIA, por Mons. MARIO RIGHETTI, abad mitrado de la Pontificia Colegiata de Nuestra Señora del Remedio (Génova). Tomo I: *Introducción general. El año litúrgico. El breviario.* Edición preparada por D. CORNELIO URTASUN, prof. de Liturgia en el Seminario Metropolitano de Valencia. 1955. XX + 1343 págs. en papel biblia, con profusión de grabados.—95 pesetas tela, 140 piel.

133 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo V: *Pentecostés (1.º): La venida del Espíritu Santo. La Santísima Trinidad. «Sed misericordiosos». La gran cena. La oveja perdida. La pesca milagrosa.* 1955. XXIV + 1100 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos VI (138), VII (140), VIII (107) y IX (167).

134 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo X: *Tratado sobre la templanza;* versión e introducciones del padre Fr. CÁNDIDO ANIZ, O. P. *Tratado sobre la profecía;* versión e introducciones del P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P. *Tratado de los distintos géneros de vida y estados de perfección;* versión del P. Fr. JESÚS GARCÍA ALVAREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. 1955. XX + 887 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

135 BIOGRAFIA Y ESCRITOS DE SAN JUAN BOSCO. *Memorias del Oratorio. Ideario pedagógico. Ascética al alcance de todos. Extractos de artículos y discursos. Vidas de Domingo Savio y Miguel Magone. Epistolario.* Edición preparada por el P. RODOLFO FIERRO, S. D. B. 1955. XXIV + 990 páginas.—75 pesetas tela, 120 piel.

136 DOCTRINA PONTIFICIA. Tomo I: *Documentos bíblicos,* por SALVADOR EIJO GARAY, patriarca de las Indias Occidentales y obispo de Madrid-Alcalá. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. LEOPOLDO MUÑOZ IGLESIAS. 1955. XXXII + 705 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicado el tomo IV (128).

137 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo II: *Cosmologia. Psychologia,* por los PP. JOSÉ HELLÍN y FERNANDO M. PALMÉS, S. I. 1955. XX + 845 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicado el tomo III y último (92)

138 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo VI: *Pentecostés (2.º): Reconciliación fraterna. Segunda multiplicación de los panes. Lobos con piel de oveja. El mayordomo infiel. Llanto sobre Jerusalén. El fariseo y el publicano. El sordomudo.* 1955. XXIV + 1301 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos VII (140), VIII (107) y IX (167).

139 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XIII: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (1-35); texto en latín y castellano; versión, introducción y notas del P. TEÓFILO PRIETO, O. S. A. 1955. VIII + 800 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos XIV (165) y XV (168).

140 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo VII: *Pentecostés (3.º): El buen samaritano. Los diez leprosos. «Buscad primero el reino de Dios y su justicia...» Resurrección del hijo de la viuda. La curación del hidrópico. El más grande y primer mandamiento. El*

paralítico de Cafarnaúm. 1955. XXIV + 1244 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos VIII (107) y IX (167).

141 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. Tomo I: *Homilías sobre San Mateo* (1-45). Edición bilingüe, preparada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1955. XVI + 894 págs. en papel biblia.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicado el tomo II (146).

142 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo IX: *Tratados de la religión, de las virtudes sociales y de la fortaleza;* versión bajo la dirección del P. Fr. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P.; introducciones y apéndices del P. Fr. PEDRO LUMBRERAS, O. P. 1935. XX + 906 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

143 OBRAS DE SANTA CATALINA DE SIENA. *El Diálogo.* Edición preparada por D. ANGEL MORTA. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. Dr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, obispo de Salamanca. 1955. XXXII + 642 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

144 HISTORIA DE LA LITURGIA, por Mons. MARIO RIGHETTI, abad mitrado de la Pontificia Colegiata de Nuestra Señora del Remedio (Génova). Tomo II y último: *La Eucaristía. Los sacramentos. Los sacramentales.* Edición preparada por D CORNELIO URTASUN. 1956. XX + 1192 págs. en papel biblia, con grabados.—95 pesetas tela, 140 piel.

145 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo XV: *Tratado del orden;* versión e introducciones del P. Fr. ARMANDO BANDERA, O. P. *Tratado del matrimonio;* versión e introducciones del P. Fr. SABINO ALONSO MORÁN, O. P. 1956. XX + 645 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

146 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. Tomo II: *Homilías sobre San Mateo* (46-90). Edición bilingüe, preparada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1956. XII + 800 págs. en papel biblia.—75 pesetas tela, 120 piel.

147 TEOLOGIA DE LA SALVACION, por el P. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, O. P., obispo de Salamanca. 1956. XX + 660 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

148 LOS EVANGELIOS APOCRIFOS. Colección de textos, versión crítica, estudios introductorios, comentarios e ilustraciones, por AURELIO DE SANTOS OTERO. 1956. XVI + 761 págs., con 32 lám.—80 pesetas tela, 125 piel.

149 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo VI: *Tratado de la ley en general.* Versión e introducciones del P. Fr. CARLOS SORIA, O. P. *Tratado de la ley antigua.* Versión e introducciones del P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P. *Tratado de la gracia.* Versión del P. Fr. JUAN JOSÉ UNGIDOS, O. P., e introducciones del P. Fr. FRANCISCO PÉREZ MUÑIZ, O. P. 1956. XVI + 923 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

150 HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES, de MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO. Tomo I: *España romana y visigoda. Período de la Reconquista. Erasmistas y protestantes.* 1956. XVI + 1086 págs. en papel biblia.—80 pesetas tela, 125 piel.

151 HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES, de MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO. Tomo II y último: *Protestantismo y sectas místicas. Regalismo y Enciclopedia. Heterodoxia en el siglo XIX.* Con un estudio final sobre Menéndez Pelayo y su *Historia de los heterodoxos,* por el Dr. RAFAEL GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO, arzobispo de Granada. 1956. XVI + 1223 págs. en papel biblia.—80 pesetas tela, 125 piel.

152 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo VIII: *Tratado de la prudencia.* Versión e introducciones del P. SANTIAGO RAMÍREZ, O. P. *Tratado de la justicia.* Versión e introducciones del P. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P. 1956. XVI + 880 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

153 BIOGRAFIA Y ESCRITOS DE SAN VICENTE FERRER. Edición preparada por los PP. Fr. JOSÉ M. DE GARGANTA y Fr. VICENTE FORCADA, O. P. 1956. XXXII + 730 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

154 CUESTIONES MISTICAS, por el P. Mtro. Fr. JUAN G. ARINTERO, O. P. 1956. LVI + 689 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

155 ANTOLOGIA GENERAL DE MENENDEZ PELAYO. Recopilación orgánica de su doctrina. Elaborada por JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ DE MUNIÁIN. Tomo I: *Biografía y autorretrato. Juicios doctrinales. Juicios de Historia de la filosofía. Historia general y cultural de España. Historia religiosa de España.* Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Dr. ANGEL HERRERA, obispo de Málaga. 1956. 172* + 968 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.

156 ANTOLOGIA GENERAL DE MENENDEZ PELAYO. Recopilación orgánica de su doctrina. Elaborada por JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ DE MUNIÁIN. Tomo II: *Historia de las ideas estéticas. Historia de la literatura española. Notas de Historia de la literatura universal. Selección de poestas. Indices.* Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Dr. ANGEL HERRERA, obispo de Málaga. 1956. 68* + 1350 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.

157 OBRAS COMPLETAS DE DANTE. Versión castellana de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ sobre la interpretación literal de GIOVANNI M. BERTINI. Colaboración de JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ GARCÍA. 1956. VIII + 1146 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.

158 CATECISMO ROMANO de SAN PÍO V. Texto bilingüe y comentario. Versión, introducciones y notas de PEDRO MARTÍN HERNÁNDEZ, sacerdote operario. 1956. XL + 1084 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.

159 SAN JOSE DE CALASANZ. Estudio pedagógico y selección de escritos por el P. GYÖRGY SÁNTHA, Sch. P. Versión del estudio pedagógico, sobre el original inédito, por el P. CÉSAR AGUILERA, Sch. P. Versión de la selección de escritos por una comisión dirigida por el P. JULIÁN CENTELLES, Sch. P. 1956. LII + 830 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.

160 HISTORIA DE LA FILOSOFIA. Tomo I: *Grecia y Roma*, por el P. GUILLERMO FRAILE, O. P. 1956. XXVII + 840 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.

161 SEÑORA NUESTRA. *El misterio del hombre a la luz del misterio de María*, por JOSÉ MARÍA CABODEVILLA. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. Dr. D. CASIMIRO MORCILLO, arzobispo de Zaragoza. 1957. XII + 433 páginas.—65 pesetas tela, 110 piel.

162 JESUCRISTO SALVADOR. *La persona, la doctrina y la obra del Redentor*, por TOMÁS CASTRILLO. 1957. XII + 524 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

163 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo XIV: *Tratado de la penitencia*. Introducciones del P. Fr. ARMANDO BANDERA, O. P., y versión bajo su dirección. *Tratado de la extremaunción*. Versión e introducciones del P. Fr. ARTURO ALONSO LOBO, O. P. 1957. XX + 611 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicado el tomo XV (145).

164 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo XIII: *Tratado de los sacramentos en general*. Versión e introducciones del P. Fr. CÁNDIDO ANIZ, O. P. *Tratados del bautismo y confirmación*. Versión e introducciones del P. Fr. ARTURO ALONSO LOBO, O. P. *Tratado de la Eucaristía*. Versión del P. Fr MANUEL GARCÍA MIRALLES, O. P., e introducciones del P. Fr. EMILIO SAURAS, O. P. 1957. XVI + 882 págs. — 90 pesetas tela, 135 piel.—Publicados los tomos XIV (163) y XV (145).

165 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XIV: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (36-124). Edición en latín y castellano, preparada por el P. VICENTE RABANAL, O. S. A. 1957. XII + 770 págs.—95 pesetas tela, 140 piel. Publicado el tomo XV (168).

166 TEOLOGIA MORAL PARA SEGLARES, por el P. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. Tomo I: *Moral fundamental y especial*. 1957. XVI + 823 págs. 100 pesetas tela, 145 piel.

167 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo IX: *Fiestas* (1.°): *Navidad. Epifanía. Jueves y Viernes Santo. La Ascensión del Señor. Corpus Christi. Sagrado Corazón de Jesús. San José. Todos los Santos. Conmemoración de los Fieles Difuntos*. 1957. XX + 1024 págs.—100 pesetas tela, 145 piel.

168 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XV: *De la doctrina cristiana. Del Génesis contra los maniqueos. Del Génesis a la letra, incompleto. Del Génesis a la letra*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. BALBINO MARTÍN, O. S. A. 1957. XII + 1268 págs.—115 pesetas tela, 160 piel.

DE PROXIMA APARICION Y EN PREPARACION

DOCTRINA PONTIFICIA. Tomo II: *Documentos políticos*.
OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XVI.
LA PALABRA DE CRISTO. Tomo X.
OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Tomo III y último.
OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA. Tomo III y último.
HISTORIA DE LA IGLESIA. Tomo III. (Aparecidos ya el I, el II y el IV y último.)

Este catálogo comprende la relación de obras publicadas hasta el mes de enero de 1958.

La BAC viene publicando, al menos, doce volúmenes nuevos cada año.

Al hacer su pedido haga siempre referencia al número que la obra solicitada tiene, según este catálogo, en la serie de la Biblioteca de Autores Cristianos

Dirija sus pedidos a LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.
Alfonso XI, 4. Madrid